HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

JUAN DE MARIANA

TOMO SEGUNDO

A partir de la edición de 1780:

HISTORIA/GENERAL/DE/ESPAÑA/COMPUESTA, EMENDADA Y AÑADIDA/POR EL PADRE JUAN DE MARIANA/DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS/CON EL SUMARIO Y TABLAS./DECIMAQUINTA IMPRESIÓN./TOMO PRIMERO./EN MADRID POR ANDRÉS RAMÍREZ/AÑO M. D. CC. LXXX.

Y:

Idem/TOMO SEGUNDO./EN MADRID POR ANDRÉS RAMÍREZ/AÑO M. D. CC. LXXXII.

[Edición impulsada por la *Real Bibliotheca*, que se basa en la de 1623, revisada por el autor.]

Editada por JAVIER MARTÍNEZ ROMEO

ÍNDICE

LIBRO UNDÉCIMO

CAPÍTULO PRIMERO
CÓMO LOS ALMOHADES VINIERON A ESPAÑA

Una nueva entrada que los almohades hicieron en España, gente bárbara y fiera, hemos de contar. Un nuevo reino que en África y en España se fundó por estos tiempos, nuevas asonadas de guerras sangrientas, con cuyas olas la república cristiana fue trabajada; maravillosos y extraordinarios juegos de la fortuna mudable hasta tanto que ganada una victoria señalada, y la más ilustre que en aquella sazón hubo en el mundo, las fuerzas de los moros mucho se enflaquecieron y quebrantaron.

Tenía el imperio de los moros en África y en España Albohalí, príncipe del linaje de los almorávides, como arriba queda declarado, en el cual tiempo un cierto hombre, llamado Tumerto, en África, muy docto, así bien en las demás partes de astrología como señalado en pronosticar por el nacimiento de cada uno la vida, ingenio, costumbres y accidentes que había de tener, que es una ciencia vanísima, considerado el rostro de un mozo llamado Abdelmon, de cuerpo membrudo y muy animoso y por el aspecto de las estrellas, sin embargo que era de muy bajo suelo, tanto, que su padre era ollero, le pronosticó sería rey de su nación; que así lo mostraba el cielo y tales eran sus hados, cuya fuerza no poderse quebrantar la gente y nación de los moros está muy persuadida. Abríanse las zanjas de una fábrica muy grande.

Sucedió muy a propósito para sus intentos que un gran predicador de la ley mahometana, en aquella sazón tenido por hombre de santa vida y de doctrina singular, llamado Almohades, introduciendo y publicando nuevas declaraciones de la ley, despertaba y alborotaba los ánimos de la muchedumbre, mudable de ingenio, principalmente en África, y deseosa grandemente de novedades. A este como quier que Tumerto persuadiese su pronóstico, y él, o de verdad lo creyese así, o lo mostrase, trataron entre sí de mudar el estado de aquel reino. No hay trama más engañosa en la apariencia que el pretexto y capa de la mala religión cuando se usa de ella para dar cubierta a otras maldades; ni hay cosa más perjudicial en la república que alterar la fe y religión que los mayores abrazaron. Así de todo tiempo consideramos haberse destruido grandes imperios por la diferencia en la religión, porque dividido el pueblo en parcialidades, de la contienda y de las palabras se pasa a enemistades descubiertas; y la una parte y la otra defiende sus opiniones con las armas, sin parar hasta arruinarlo todo; lo que sucedió al presente, ca Almohades por la mucha autoridad que tenía persuadió a los que le seguían tomasen las armas debajo la conducta de Abdelmon, atropellasen y destruyesen el reino de los almorávides, pues era ilegítimo el señorío que se fundara por fuerza destruyendo a los alavecinos, linaje que descendía de Fátima, hija mayor de Mahoma, su profeta. Demás de esto, que si no sacudían de sí el imperio de los almorávides, no podrían las opiniones que de la religión tenían abrazadas pasar adelante, que los intentos impíos e insultos de aquella ralea de gente era justo fuesen castigados y vengados con toda diligencia.

Movidos por estas razones los del pueblo, se determinaron a tomar las armas; pero como no fuesen diestros en la guerra, al principio quedaron vencidos en batalla por las armas y poder del rey Albohali. Sobrepujó el esfuerzo a la muchedumbre y canalla. Mas en breve juntadas nuevas fuerzas, volvieron a la guerra, y no pararon hasta que, vencidos los almorávides, dieron la muerte al rey Albohali. Abdelmon sucedió en su lugar. En tiempo de este rey los que seguían a Almohades, de quien se tomó el nombre de los almohades, se apoderaron de aquel reino y mudaron en él las leyes y costumbres antiguas. Demás de esto, dado asiento en las cosas de África, volvieron sus pensamientos a España. Tumerto se quedó en África con intento que sus enemigos no tuviesen lugar de alterarse; el nuevo rey Abdelmon y el profeta Almohades con mucha y muy buena gente pasaron a España, al

principio sin hacer daño, porque no desconfiaban que los de su nación voluntariamente se les rendirían; que si entretenían su esperanza y tomaban consejo diferente, venían determinados no excusar ninguna cosa de las que se pudiesen padecer o temer, en fin usar de fuerza. Sucedióles como deseaban, que sin dificultad se persuadieron todos los moros que quedaban en España de acomodarse con el tiempo y recibir públicamente las nuevas opiniones y ritos que aquella gente abrazaba, esto con tanta afición y con tanto odio, así de su antigua superstición como de la religión cristiana, que todas las cosas ordenadas por los reyes moros pasados las trastrocaban y forzaban a las reliquias de los cristianos, que mezclados con los moros como las estrellas en las tinieblas de la noche resplandecían, y vulgarmente los llamaban mozárabes, con tormentos que les daban de todas maneras para que dejasen la religión de sus padres.

Muchos por este miedo se huyeron a tierras de cristianos; entre los demás Clemente, prelado de Sevilla, llegado a Talavera, falleció algunos años adelante por este tiempo en aquel lugar, persona santa y muy ejercitado en la lengua arábiga. Otros muchos, oprimidos con el peso de los males, obedecieron a los vencedores, de tal suerte, que desde este tiempo pocos quedaron entre los moros que de nombre y de profesión fuesen cristianos. Los almohades, contentos con sujetar a su imperio los moros de España, no les pareció por entonces hacer guerra a los cristianos, que eran poderosos por tierra y por mar, antes acordaron dar la vuelta a África, donde tenían las principales fuerzas de aquella secta y parcialidad. Falleció el profeta Almohades en breve después que volvieron, y cerca de Marruecos, silla de aquel reino, por mandado del rey le edificaron un magnífico sepulcro; la muchedumbre, engañada con la muestra fingida de santidad y con la fama, comenzó a le honrar y hacer romerías a él por devoción. Vinieron a España los almohades año de nuestra salvación de 1150, del imperio de los árabes 545. El arzobispo don Rodrigo pone seis años menos al fin de la *Historia de los árabes*, pero sin duda lleva la razón de los años errada en esta parte.

CAPÍTULO II
COMO MURIÓ DON GARCÍA, REY DE NAVARRA

En el mismo año que salió el emperador don Alfonso al encuentro a los almohades, y talados los campos de Andalucía, puso cerco a Córdoba después que Abdelmon era vuelto a África, como yo sospecho; don García, rey de Navarra, cerca de Lorca, pueblo de su señorío, de una caída de un caballo que dio en la caza sobre una peña, murió a los 21 de noviembre, víspera de santa Cecilia. Iba a la sazón de Estella a Pamplona mal enojado con no muy grande causa contra aquellos ciudadanos y con resolución de castigarlos; más este accidente le atajó los pasos y pensamientos. Reinó dieciséis años; los hijos que dejó fueron estos: don Sancho, que luego le sucedió en el reino y se coronó en la iglesia mayor de Pamplona, do hizo enterrar a su padre; doña Blanca, nuera del emperador, y doña Margarita, que casó con Guillermo, rey de Sicilia, por sobrenombre el Malo. Hijos otrosí legítimos del rey don García fueron don Alfonso Ramírez, señor de Castro el Viejo, y doña Sancha, que casó primero con Gastón, vizconde de Bearne, después con don Gonzalo, conde de Molina.

La muerte de don García dio ocasión a los otros príncipes de nuevas alteraciones, en especial a don Ramón, príncipe de Barcelona, y al emperador don Alfonso, no obstante los muchos vínculos de afinidad que con el muerto y con sus hijos tenía. Es así que los reyes en más estiman ensanchar su señorío que ser alabados de humanos y de modestos; no hacen caso con el deseo de mandar de lo que la fama puede hablar de ellos y pensar los venideros, como si con el poder presente se pudiese también apagar la memoria del tiempo adelante. Estos dos príncipes se juntaron en Tudelín, pueblo de Navarra, cerca de los baños que allí hay; hallóse asimismo presente don Sancho, ya días antes declarado rey de Castilla por el emperador, su padre. Hicieron dos acuerdos y conveniencia con estas condiciones: que todo lo que de nuevo se quitara a Castilla se restituyese enteramente a don Alfonso; lo que de Aragón a don Ramón; y que el antiguo señorío de Navarra, luego que juntadas las fuerzas le hubiesen quitado al nuevo rey, le dividiesen entre sí por partes iguales, a cada cual lo que más le estuviese a cuenta, en particular que Pamplona quedase por don Ramón, Estella por el emperador, Tudela fuese de ambos, y cada uno pusiese en su parte quien la gobernase; que don Ramón por los pueblos y ciudades que adquiriese en Navarra fuese feudatario de Castilla, renovando en esto la confederación de don Sancho y don Pedro, reyes de Aragón.

Añadióse demás de esto que pues el principal cuidado era de hacer guerra a los moros, luego que Valencia con todo lo que hay desde Tortosa hasla Júcar, y también Murcia, se ganase de moros, quedase por los aragoneses, como obligados eso mismo y feudatarios a los reyes de Castilla. Juraron los reyes estas condiciones; diéronse las manos entre sí, que conforme a las costumbres de España es una grande atadura de la fe dada y recibida; púsose término y señalóse tiempo para comenzar la guerra de Navarra, pasado el mes de septiembre. La liga se hizo a 27 de enero, que tuvo no buen principio, y fue adelante de ningún efecto, porque el nuevo rey, avisado de lo que pasaba, se apercibió con mucha diligencia, y aunque era de pequeña edad, estaba muy fortalecido, no más de socorros de fuera que de la benevolencia de los suyos, en que sobrepujó a su padre, príncipe que fue a sus vasallos pesado y comúnmente de los mismos aborrecido. Entre los señores de Navarra, don Ladrón de Guevara, de antigua nobleza y señor de Aivar, tenía muy grande autoridad, tanto, que por pasar a los otros muy adelante en riquezas y poder, le llamaron príncipe de Navarra.

Al emperador y a don Ramón entretuvieron otros cuidados para que no pudiesen con todas sus fuerzas acudir a la nueva guerra, si bien los aragoneses con entradas que hicieron y correrías comenzaron a trabajar lo de Valderroncal, las gentes de Castilla a lo que de Navarra les caía cerca; los unos y los otros sin hacer cosa notable, mayormente que don Ramón se partió para Narbona contra Trencavello, vizconde de Carcasona, con quien filialmente se concertó por el mes de noviembre tuviese en feudo a Carcasona y Rodes. El emperador don Alfonso se hallaba ocupado en concertar nuevos parentescos y casamientos, ca Luis, rey de Francia, repudiado que hubo a Leonor, condesa

de Poitiers, en quien tenía dos hijas, en su lugar se casó con hija del emperador don Alfonso, que unos llaman doña Isabel, y otros doña Constanza, y pudo tener entrambos nombres. El emperador por el mismo tiempo casó con Rica, hija de Uladislao, duque de Polonia, que es parte de la antigua Sarmacia, habida en Berta, hermana de Otón, obispo frisingense, como lo dice Radevico en lo que añadió a la historia que escribió el mismo Otón. Entre tan grandes regocijos y aparatos de bodas como se hicieron no podían las armas tener lugar, fuera de que los navarros estaban confederados con los franceses, por lo cual pensamos que el emperador se amansó más y comenzó a divertir su ánimo de aquella empresa, que condenaban las leyes de la amistad y los juicios de los hombres.

Además que a don Sancho, rey de Navarra, favorecían todos ordinariamente por el excelente natural que en su pequeña edad mostraba; y el mismo don Alfonso era muy amigo de justicia, aborrecedor de toda insolencia y demasía; virtud que por este tiempo mostró con un ejemplo digno de memoria. Un cierto soldado de sangre noble y del número de los que vulgarmente en España llaman infanzones, en Galicia, confiado en que aquella tierra caía lejos y en la revuelta de los tiempos, despojó a un labrador de todos sus bienes. Amonestado por el rey y gobernador de la provincia hiciese satisfacción de lo que tomara injustamente, no quiso obedecer. Disimuló el rey por entonces, y pospuestas todas las demás cosas, en hábito disfrazado para que la cosa fuese más secreta, desde la ciudad de Toledo fue por la dicha causa a lo postrero de Galicia. Llegado, cercó de sobresalto las casas del soldado, que huyó por miedo del castigo, más él le mandó prender y ahorcar delante de las mismas casas. Con este hecho el rey ganó autoridad y la inocencia quedó valida, y aquel hombre castigado como su desatino y soberbia merecía. Valeroso príncipe, que ni en paz ni en guerra estaba ocioso, antes vuelto a la guerra contra los moros, este año puso cerco a Jaén, el siguiente de 1152 a Guadix, ciudad de Andalucía, que los antiguos llamaron Accí, pero no parece salió con estas empresas.

Doña Petronila, reina de Aragón, parió un hijo, que en vida de su padre se llamó don Ramón, y después de él muerto, don Alfonso. Es cosa notable que, estando para parir, a 4 días del mes de abril, otorgó su testamento, en que dejaba el reino paterno al preñado, si naciese varón; pero si fuese hembra, nombraba por heredero a su marido don Ramón; que fue ejemplo bien extraordinario. Nombró por sus albaceas a tres obispos, Guillelmo, de Barcelona; Bernardo, de Zaragoza; Dodo, de Huesca; y junto con ellos otros hombres principales. Dice en él en particular que deja el reino a sus herederos libre como su tío don Alfonso le tuvo, es a saber, pospuesta la confederación y asiento que poco antes se tomó con Castilla.

Por el mismo tiempo falleció don Pedro de Atarés, señor de Borja; sepultáronlo en el monasterio de Veruela, que no lejos de Zaragoza él mismo fundara. Borja quedó por el rey; a los templarios, a quien el difunto la dejó en su testamento, dio en trueque y recompensa a Ambela y otros pueblos. ítem, lo que los moros poseían a las riberas de Segre y Cinca, o por fuerza o por voluntad se ganó por los aragoneses. Demás de esto, ciertos castillos que caían entre Tarragona y Tortosa en bosques y lugares altos, y por tanto era difícil conquistados, en fin se venció la dificultad y vinieron a poder del rey. Lo mismo Miravete, a la ribera de Ebro, pueblo muy fuerte, que se dio a los templarios para que le poseyesen y tuviesen en él guarnición. En estas guerras se señalaron entre los demás en esfuerzo y diligencia el conde de Urgel y Ramón de Moncada y Poncio Hugón, conde de Ampurias, que falleció el mismo año. La tercera parte de Tortosa, que conforme a lo asentado cuando se ganó era de los genoveses, el rey al presente la compró de ellos y la rescató con dinero.

Con estas cosas el nombre de don Ramón comenzó en toda España y también acerca de las naciones extrañas a ser muy célebre, si bien él por su modestia o porque el reino de Aragón le tenía en dote, nunca en toda su vida se quiso llamar rey; solamente se intitulaba príncipe de Aragón, y contento con este apellido, lo gobernaba todo él sólo a su voluntad en guerra y en paz. Es cierto que desde este tiempo las armas antiguas de los reyes de Aragón se trocaron en las de los condes de Barcelona, que eran cuatro fajas o bandas rojas, que a iguales espacios de arriba abajo dividen un cam-

po o escudo dorado.

Don Sancho, el que adelante sucedió en el reino de Portugal a don Alfonso, su padre, nació a 11 de noviembre del año 1154, en Coimbra, donde la reina de buena gana moraba. Hermanas de don Sancho, doña Urraca, que casó en León, y doña Teresa, en Flandes. El nacimiento de este infante don Sancho fue la cosa más señalada que sucedió este año, y juntamente la venida de Luis, rey de Francia, a España, de que se hablará luego.

CAPÍTULO III. DE LA VENIDA A ESPAÑA DE LUIS, REY DE FRANCIA

Tenía Luis, rey de Francia, llamado el más Mozo, un gran deseo de ver a España y visitar a su suegro. Era menester buscar algún color para tan larga jornada; pareció el más a propósito ir en romería a Santiago por voto que el tiempo pasado había hecho. Ésta era la voz que se decía en público; de secreto otra puridad le aguijoneaba más, como lo dice el arzobispo don Rodrigo, que los escritores franceses no hablan de esto. Ésta era informarse y saber en presencia si su mujer era nacida de legítimo matrimonio, porque algunos malsines, hombres malos, cuales tienen muchos los palacios de los príncipes, que todo lo tuercen, afirmaban al rey que la reina, su mujer, era bastarda, y por el mismo caso con aquel casamiento se disminuía y afeaba la majestad real de Francia. No dejaba él de dar oídos a estos chismes, porque a ejemplo de madama Leonor, su primera mujer, parece buscaba ocasión de repudiarla, por haber también ella parido dos hijas y ningún hijo varón. Que Felipe, por sobrenombre Augusto, hijo de este rey Luis, nació de Alisa, hija que fue del señor de Bles, con quien este rey se casó últimamente después de la muerte de doña Isabel.

El emperador, su suegro, sin saber lo que pasaba, acompañado de sus dos hijos y de don Sancho, rey de Navarra, salió al encuentro a su yerno hasta Burgos. Acudieron de toda España de las partes comarcanas, de las que caían lejos y de las postreras, así señores como gran muchedumbre de hombres, a ver tantos reyes en unas mismas casas y morada. Sacaban arreos, galas, libreas, finalmente, todo lo que en España era hermoso y magnífico, como para hacer alarde y muestra de su grandeza acerca de los franceses, que tenían por pobreza todo lo de acá. Con este aparato llegaron desde Burgos a Santiago, y cumplidos enteramente sus votos, volvieron a la ciudad de Toledo para donde de las dos naciones, moros y cristianos, que obedecían al emperador, tenía convocadas Cortes con intento de hacer ostentación de mayor grandeza y poderío. Vino entre otros a la fama y al llamado don Ramón, príncipe de Aragón, con muy lucido acompañamiento. El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto nunca en la ciudad real se vio antes; demás de esto, sabida la verdad del negocio porque era venido, dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte más lucida ni arreada; provincias en que se hallara en el tiempo que fue a la guerra de la Tierra Santa. Que daba gracias a Dios por tener por mujer hija del emperador don Alfonso, sobrina de don Ramón, príncipe de Aragón. Hiciéronse juegos con gran magnificencia y presentes al rey, huésped de gran estima; más no quiso tomar cosa alguna, fuera de un carbunco muy grande y de gran valor, y con tanto se volvió alegre a su tierra. Acompañóle don Ramón hasta Jaca, en que los recibieron con aparato real y toda muestra de alegría, como testifican las historias de Aragón.

Falleció el conde de Urgel a 28 días del mes de agosto; fue nieto de don Peranzules; y del lugar donde se crió y para diferenciarle de otros del mismo nombre, lo llamaron Armengol de Castilla.

El año siguiente 1155, a 11 de noviembre, viernes, como dicen los *Anales Toledanos*, nació a don Sancho, rey de Castilla, de doña Blanca, su mujer, un hijo, llamado don Alfonso, heredero que fue adelante del reino de su padre y abuelo. Habíase tratado en la alianza que se hizo en Tudelín de repudiar a esta doña Blanca por no ser aún de edad para casarse; pero las leyes de la equidad, el amor del marido y la inocencia de aquella señora prevalecieron para que no se le hiciese tal agravio.

Siguióse una guerra en aquella parte de la Galia Narbonense que se llama la Provenza por esta ocasión; Hugón Baucio y sus hermanos, hijos que eran de Raimundo Baucio y nietos de Gilberto, ganaron el tiempo pasado un privilegio de los emperadores alemanes Conrado y Federico, en que les concedían todo lo que el conde Gilberto, su abuelo, había poseído. Fundados en este privilegio, pretendían toda la Provenza; y fortificándose en el pueblo Trencatayo, trabajaban todos los lugares comarcanos. Don Ramón, con el cuidado que tenía de su sobrino, marchó para allá con un grueso

ejército, con que abatió el atrevimiento y orgullo de los Baucios y en breve los redujo a obediencia.

En el mismo tiempo el cardenal Jacinto, legado en España, sosegaba las contiendas y daba asiento en el estado de las iglesias, en particular a instancia de Juan, arzobispo de Toledo, pronunció sentencia en Nájera en favor del primado de Toledo contra los arzobispos de Santiago y de Braga. Fue esta legacía de Jacinto muy señalada y famosa en esta era. Envióle Anastasio IV, pero llegó a España en tiempo que era ya pontífice el que le sucedió, que fue Adriano IV.

En el tiempo que Luis, rey de Francia, estaba en Toledo, sucedió hacerse mención de san Eugenio, primer arzobispo de Toledo, cuyas reliquias poco antes se dijo tenían en la iglesia de San Dionisio cerca de París; pedían que los sagrados huesos se trasladasen a España; llevaban mal los franceses esta demanda; alcanzóse solamente que les enviasen una parte. El rey Luis, vuelto a su patria, hizo esto y lo cumplió enteramente, que envió el abad de aquel monasterio a su suegro con el brazo derecho del mártir. Ya que llegaba cerca de Toledo, salieron en procesión a recibirle el emperador don Alfonso, los dos reyes, sus hijos, los grandes, el pueblo y varones sagrados. La sagrada arca fue en hombros del emperador y de sus dos hijos llevada a la iglesia mayor, y puesta en el sagrario de ella a 12 días de febrero el año de nuestra salud de 1156. Los demás huesos del sagrado cuerpo se trujeron a Toledo a instancia de don Felipe II, rey de las Españas, y por diligencia de don Pedro Manrique, canónigo de Toledo, que para este efecto fue enviado por embajador a Carlos IX, rey de Francia, cuatrocientos nueve años, nueve meses y seis días más adelante, con igual ejemplo de piedad, pompa y aparato el mayor que se vio en España; y se pusieron en el mismo templo debajo del altar mayor en capilla particular y devota.

CAPÍTULO IV
DE LA MUERTE DEL EMPERADOR DON ALFONSO

Con las vistas de estos príncipes parecía ser acabadas las guerras civiles entre cristianos; pero el haberse apartado y desmembrado el reino de Navarra del de Aragón, como se hizo los años pasados, tenía puesto en mayor cuidado a don Ramón, príncipe de Aragón, que fácilmente lo pudiese olvidar. Solicitó al emperador para que, renovado el asiento y liga hecha en Tudelín, juntas las fuerzas acometan a don Sancho, rey de Navarra, enemigo común. Como prendas de este concierto y para mayor seguridad se concertó casamiento entre doña Sancha, hija del emperador, habida en Rica, su mujer, y el hijo de don Ramón. Acordóse esto por entonces sin pasar adelante a causa de la poca edad de los dos. En esta confederación comprendieron a los hijos del emperador, don Sancho y don Fernando.

Verdad es que don Alfonso el emperador deseaba más ser medianero en la paz que movedor de la guerra, y aún estaba más inclinado al rey de Navarra, de do se mostraba igual esperanza y partido, esto es, de casar con él otra hija,llamada doña Beatriz, habida en su mujer doña Berengaria o Berenguela, lo cual se efectuó adelanto, y entonces se movió este tratado, que no era de menospreciar; por esto con diferentes excusas se entretenía de día en día , y alegaba, ya una, ya otra causa de la tardanza para no juntar, como lo tenían concertado, sus armas con los aragoneses; decía que se debía primero de acudir a la guerra sagrada y atajar las pretensiones de los moros, antes que el imperio de los almohades con el tiempo se amigase más en España, en especial que por muerte de Abdelmon, su hijo y sucesor Jacob, que otros llaman Yusuf, hombre muy soberbio y de grande experiencia en las cosas de la guerra, asentadas las cosas de África, con sesenta mil de a caballo y mucho mayor número de infantes era pasado con grande espanto de los fieles en España, llamado de los moros que en ella estaban para ayudar a su gente y vengarla.

Aquejábale este cuidado y riesgo; rogó grandemente a don Ramiro, príncipe de Aragón, que juntado un grueso ejército se aparejaba para entrar por tierras de Navarra, que no comenzase la guerra antes de la fiesta de san Martín. Hízose así, que se dilató aquella empresa; solamente por entonces se confirmó con nuevos homenajes en Toledo la confederación pasada por el mes de febrero del año 1187. Llevó esla tardanza don Ramón con ánimo más igual a causa que en el mismo tiempo los movimientos de Francia le forzaron a ir de nuevo a Narbona con esta ocasión: Hermengarda, vizcondesa de aquella ciudad, trabajada por las armas de los comarcanos, fue forzada entregarse a sí y a su señorío en la fe y amparo de don Ramón, su tío. El que dio este consejo, Berengario, arzobispo de Narbona, dejada la Francia, la acompañó hasta Perpiñán, donde todas estas pláticas se trataron y concluyeron.

El emperador don Alfonso, determinado de hacer guerra a los moros, convocó a sus dos hijos, a los prelados y señores de todo su estado, y formando un grueso campo, rompió por el Andalucía, taló los campos y quemó los lugares, robólos y saqueólos por todas partes. Era miserable aquella parte de España en este tiempo, por ser trabajada y afligida de la una gente y de la otra, moros y cristianos. Ganóse la ciudad de Baeza, que había vuelto a poder de moros, Andújar y Quesada; y porque los calores del estío eran grandes y los lugares mal sanos, determinado el emperador de volver a Castilla, dejó en el gobierno de aquellas ciudades al rey don Sancho, su hijo, porque si quedaban sin tal amparo no volviesen a poder de moros como otras muchas veces. La mayor parte del ejército quedó con don Sancho. Él con don Fernando, su hijo, y con los demás volvieron atrás. En este camino, en el mismo bosque de Cazlona y Sierra Morena, el emperador cayó enfermo, y como no pudiese sufrir ni disimular más tiempo la fuerza de la dolencia, por tener el cuerpo quebrantado con tantos trabajos más que por su edad, cerca del lugar de Fresneda mandó debajo de una encina le armasen una tienda; hacíale compañía don Juan, arzobispo de Toledo, que le confesó y comulgó; dio la postrera boqueada a 21 del mes de agosto; vivió cincuenta y un años, cinco meses, veintiún días;

dignísimo príncipe de más larga vida.

No hubo persona más santa que él siendo mozo, ni vio España cosa más justa, fuerte y modesta siendo varón; reinó treinta y cinco años, poco mas o menos; tuvo título y majestad de emperador veintidós años y seis meses; fue príncipe colmado de todo género de virtudes, y su memoria fue muy agradable a la posteridad por la voluntad que mostró perpetuamente de ayudar a la religión cristiana. Tuvo tres mujeres, doña Berenguela, doña Beatriz y doña Rica. En doña Beatriz no parece tuvo hijos; de doña Rica hubo a doña Sancha; doña Berenguela parió a don Sancho y don Fernando, que sucedieron a su padre, y a doña Isabel y doña Beatriz; demás de estos, a don Alfonso y don Fernando, como parece por un privilegio de la iglesia mayor de Toledo. Este don Fernando murió niño, y su padre le hizo sepultar en el monasterio de San Clemente que hay de monjas en aquella ciudad, que él edificó; el letrero de la sepultura decía:

Aquí está el muy ilustre D. Fernando,
hijo del emperador D. Alonso,
que hizo este Monesterio.
Púsole aquí por honralle.

CAPÍTULO V
CÓMO DON SANCHO Y DON FERNANDO SUCEDIERON A SU PADRE

Don Sancho y don Fernando, hijos del difunto emperador, mozos el uno y el otro muy escogidos y aventajados, como su padre lo dejó señalado y dispuesto, así dividieron sus estados. El reino de León y los gallegos quedaron por don Fernando; don Sancho, que era el hermano mayor, poseyó a Castilla y a las demás provincias que andaban con ella; ambos fueron buenos príncipes en tiempo de paz y diestros en la guerra, de tal manera, que parece querían imitar a porfía las virtudes de su padre. Don Sancho era más amado del pueblo, por ser de condición blanda y benigna; por esto y porque murió antes de tiempo le llamaron don Sancho el Deseado; don Fernando daba orejas a los malsines, que tienen por costumbre torcer las palabras y los servicios de otros, con que se enajenó las voluntades de los grandes. Era otrosí sospechoso naturalmente, enfermedad que si no se reprime con la razón, acarrea mal y daño. Por esta causa, como no se fiase de su hermano, antes que hiciesen las honras a su padre y antes que le sepultasen, acudió a León para tomar la posesión de aquel reino. Al contrario don Sancho, sabida la muerte de su padre, a grandes jornadas llegó a Fresneda, donde, acompañado de los prelados y grandes llevó el cuerpo de su padre difunto a Toledo, do le sepultaron con aparato real, y muy célebre por las lágrimas de todo el pueblo, en la iglesia mayor de aquella ciudad.

A esta sazón don Sancho, rey de Navarra, a quien con la edad por la grandeza de las cosas que hizo y por la erudición de su ingenio dieron sobrenombre de Sabio, por parecerle tenía buena ocasión de vengar las injurias pasadas, juntado el ejército de los suyos que tenía apercibido para defenderse, pisó hasta Burgos haciendo mal y daño. Parecía haber con esto hecho lo que bastaba para sustentar el crédito y opinión, pues acometía a sus contrarios el que apenas se entendía sería bastante para defenderse de los intentos de tan grandes reyes que le pretendían derribar. Para muestra de lo cual traía este rey por blasón en campo rojo una banda dorada con dos leones, que por una parte y otra la despedazaban a porfía. Hecha pues esta entrada, con la misma presteza dio la vuelta para su tierra.

Los moros de Andalucía, por quedar las plazas, que en la guerra pasada les habían sido tomadas, desamparadas de la ayuda de don Sancho, sin dilación las tornaron a recobrar. Era necesario acudir a entrambas partes; pareció reprimir primero el atrevimiento del rey de Navarra, porque disimulando la injuria, no se disminuyese la autoridad y majestad del nuevo rey, dado que de su condición se inclinaba más a la paz que a la guerra. Hacía sus apercibimientos de armas, dinero y soldados. Sucedió muy a propósito que Ponce, conde de la Minerva, el más principal de los señores leoneses, y que fue paje de armas del emperador don Alfonso, agraviado por el rey don Fernando que le despojó de su estado, dejado León, se pasó a Castilla. Era grande el crédito de su esfuerzo, y muy aventajado el ejercicio que en las armas tenía. Por esto y porque don Sancho estaba ocupado en dar asiento en las cosas del reino, recibido que hubo benignamente al conde, y dádole esperanza de alcanzarle perdón de su señor, le hizo general y le dio cuidado de la guerra de Navarra. Aceptó el cargo, y con un grueso ejército que llevaba, por tierra de Briviesca llegó a la Rioja en busca del enemigo.

Hay una llanura no lejos del lugar de Bañares, llamada Valpiedra, en que se dio la batalla. Los navarros ordenaron sus huestes de esta manera. Don Lope de Haro iba en la vanguardia, don Ladrón de Guevara en la retaguardia, el mismo rey don Sancho en el cuerpo de la batalla. Las gentes de Castilla, como en número así en valor sobrepujaban; ordenaron también ellos sus haces, y presentaron la batalla al enemigo; cerraron los escuadrones con igual denuedo. Los castellanos al principio fueron echados de su lugar, después mudándose la fortuna de la pelea, quedaron con la victoria. Los navarros volvieron las espaldas desapoderadamente. La matanza fue menor que conforme a la victoria. Muchos se acogieron y salvaron en los pueblos y castillos comarcanos, que eran suyos. Hizoles

daño no esperar los socorros que de franceses les venían. Sin embargo, luego que llegaron, cobrado el rey ánimo de nuevo, no temió ponerse al trance de la batalla. En el mismo lugar y en el mismo llano tornaron a pelear. La batalla fue muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, los otros por vencer. Finalmente, los navarros, atemorizados con la matanza pasada y daño recibido, quedaron vencidos, y el campo por los contrarios. Muchos de los más nobles quedaron presos, que trató don Ponce benignamente. Decía no era venido a hacer guerra con los prisioneros y con su miseria, sino a vengar solamente la temeridad del rey. Soltólos demás de esto, y dejólos ir libres; humanidad que fue entonces muy alabada, en especial que, no sólo dio libertad a los navarros, sino también a los franceses.

Ganada esta victoria, volvió a Burgos; el rey, después de alabar el esfuerzo de los soldados y hacerles mercedes según los méritos de cada cual, más que a todos honró con todo género de cortesía al general Ponce. El agrado llegó a tanto, que con deseo de restituirle en su patria y en su estado, como lo tenía prometido, revolvió contra las tierras de León, y llegó con su ejército y con sus gentes hasta Sahagún, determinado hacer la guerra a don Fernando, su hermano, si no venía en lo que parecía justo y él quería. El rey don Fernando, visto el peligro que corría, vino desarmado a verse con su hermano el rey don Sancho; con estas vistas se acabaron los desabrimientos, mayormente que don Fernando, no solo prometía de restituir al conde don Ponce su estado y perdonarle, sino de hacerle mucho mayores honras y mercedes. Ofrecía otrosí para mayor muestra de humildad de hacer pleito homenaje a su hermano y ponerse en su poder y en sus manos; cortesía que don Sancho, trocado el enojo en humanidad, como acontece sosegada la contienda, dijo que no sufriría que el hijo del emperador fuese sujeto ni reconociese homenaje a imperio de ningún príncipe ni monarca.

CAPÍTULO VI
DE LOS PRINCIPIOS DE LA CABALLERÍA DE CALATRAVA

El lugar de Calatrava está puesto en los oretanos, cerca de Almagro, en un sitio fuerte y a la ribera de Guadiana. En el tiempo que se ganó de los moros le entregaron para fortificarle y guardarle a los templarios, soldados de cuyo esfuerzo y valentía se tenía grande crédito; pretendían que sirviese como de fuerte para reprimir las correrías de los bárbaros; pero ellos, por aviso que tuvieron que los moros con grande esfuerzo en muy gran número le querían poner cerco, perdida la esperanza de poderle defender, le volvieron al rey. No se hallaba entre los grandes alguno que de su voluntad o convidado por el rey se ofreciese y atreviese a ponerse al peligro de la defensa; solos dos monjes del Císter, que venidos por otras causas a la corte, se hallaban a la sazón en Toledo, se atrevieron a esta empresa; estos eran fray Raimundo, abad de Fitero, junto al río de Pisuerga (yerran los que atribuyen esta loa a otro monasterio de Fitero que está en Navarra cerca de Tudela, pues consta que no estaba edificado en este tiempo), y el compañero que traía, llamado fray Diego Velázquez; éste había sido soldado viejo del emperador don Alfonso, afamado por muchas cosas que en la guerra hiciera, después cansado y por menosprecio de las cosas humanas se metió monje, y al presente, como era de gran corazón, con muchas y buenas razones persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza; consejo, al parecer, temerario, pero en efecto inspirado de Dios, como yo pienso, porque contra tantas dificultades como se presentaban, ninguna razón ni prudencia era bastante. Fue esta oferta muy agradable, primero al rey, después a don Juan, arzobispo de Toledo, que estaban antes tristes y faltos de consejo en aquel aprieto tan grande. El dicho arzobispo demás de esto, porque Calatrava era de su diócesis, ayudó con sus dineros, y desde el púlpito persuadió así a los nobles como a los del pueblo que debajo de la conducta del Abad se ofreciesen al peligro y a la defensa, porque no pareciese que desamparaban en aquel trance y faltaban al deber y a las cosas de los cristianos; cuanto menos perdonasen a sí y a sus haciendas, tanto estarían y serían más seguros; perdido aquel pueblo, que era como baluarte, la llama y el fuego pasaría a las haciendas particulares y tierras de cada cual. Sucedieron estas cosas al principio del año 1158.

El rey hizo donación del señorío de Calatrava y de su tierra a Santa María, de la orden del Císter, y en su nombre al abad Raimundo y compañeros para siempre. Es de grande momento la fama para cualquier negocio; que las más veces es mayor que la verdad. Así, como se divulgase el ruido de este apercibimiento que se hacía para defender aquel pueblo, los moros, perdida la esperanza de ganarle o embarazados en otras cosas, no vinieron sobre Calatrava. Éste fue el principio dichoso y bienaventurado de aquella milicia y orden, porque muchos soldados siguieron al abad y tomaron el hábito que él les dio, señalado y a propósito para no impedir el uso de las armas; y luego vuelto a Toledo, hinchó al rey y a los ciudadanos y corte de alegría por lo que acometiera y hiciera; juntamente de su monasterio, do era prelado, trajo gran copia de ganado, y de los lugares comarcanos hasta veinte mil personas, a quien repartió los campos y pueblos cercanos a Calatrava para que en ellos poblasen y viviesen, por estar yermos de moradores. Con esta diligencia el pueblo de Calatrava quedó muy bien fortificado para cualquier cosa que sucediese. El abad Raimundo falleció algunos años después en Ciruelos, aldea en que también estuvo sepultado. La gente de aquel lugar, por la diligencia que usó en defender a Calatrava, le hace tanta honra, que se persuade haber hecho milagros, y le ponen en el número de los santos. Desde allí fue trasladado el año 1471 a Nuestra Señora de Monte Sion, monasterio de bernardos, junto a Toledo, por bula de Paulo II, expedida a instancia del doctor Luis Núñez de Toledo, arcediano de Madrid y canónigo de Toledo. Diego Velázquez, después que vivió muchos años adelante, falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro, en que está enterrado.

De estos principios la sagrada milicia y orden de Calatrava ha llegado al lustre que hoy tiene y vemos. Alejandro III la confirmó con su bula, siendo un caballero, llamado don García, el primer

maestre de aquella orden, que fue el año 1164; a don García sucedió Fernando Escaza, a éste don Martín Pérez, a don Martín Nuño Pérez de Quiñones, a estos otros. El convento que la primera vez fue puesto en Calatrava, después le pasaron a Ciruelos, y más adelante a Bujeda, y de allí a Córcoles y a Salvatierra, últimamente a Covos en tiempo de Nuño Fernández, el maestre duodécimo de aquella orden. Hay otros menores conventos de aquella orden fundados en otros lugares, pero este es el principal. Esta milicia adquirió adelante riquezas, autoridad y señorío de muchos lugares por sus servicios y por la gran liberalidad de los reyes. Estos lugares y encomiendas se daban antiguamente a los soldados viejos de aquella orden para que con aquellas rentas sustentasen honestamente la vida, sin que los pudiesen dejar en su testamento a los herederos; al presente con la paz, mudadas de lo antiguo las cosas, sirven por voluntad de los reyes a los deleites, estado y regalo de los cortesanos; así ordinariamente las cosas de la tierra de buenos principios suelen trocarse con el tiempo y alterarse.

CAPÍTULO VII
CÓMO EL REY DON SANCHO DE CASTILLA FALLECIÓ

A este tiempo don Ramón, príncipe de Aragón, por entender que con la muerte del emperador expiró la confederación pasada, en cuya virtud tenía como en feudo la parte de Aragón que cae de esta parte del río Ebro, acordó de verse con el rey don Sancho. Señalaron para estas vistas un pueblo llamado Nasama; allí en presencia de los grandes y de don Juan, primado de Toledo, se trató de esta diferencia. El aragonés pretendía que Zaragoza, Calatayud y otros pueblos y ciudades quedaban libres de toda jurisdicción de Castilla; más como quier que no pudiese alcanzar esto, por conclusión se concertaron que el de Castilla no poseyese en aquella comarca algunos castillos o lugares, y sin embargo, los reyes de Aragón les hiciesen homenaje por aquellas ciudades y fuesen obligados cuando los llamasen de venir a las Cortes del reino de Castilla; demás de esto, la liga que tantas veces se hiciera contra el rey de Navarra se renovó y confirmó, sin que fuese de mayor efecto que antes, dado que la fresca memoria de la guerra pasada estimulaba a don Sancho, a don Ramón el dolor de haberle quitado a sin razón aquel reino.

Acabadas estas vistas, que fueron por el mes de febrero, los aragoneses movieron guerra contra el rey de Navarra. Las armas de Castilla no pudieron acudir, como quedó concertado, a causa de las muertes, que sucedieron casi a un mismo tiempo del rey y de la reina. La reina falleció a 24 de junio el año 1158 de Cristo. Fue sepultada en Nájera en el monasterio real de Santa María, en que estaban los sepulcros de los reyes de Navarra; y ella poco antes le había hecho donación de un pueblo llamado Nestar, por la cual causa todos los años le hacen allí un aniversario el día de su muerte. El rey, aquejado del dolor que recibió muy grande por la muerte de su mujer o de otra dolencia que le sobrevino, falleció en Toledo, postrero de agosto luego siguiente, en sazón que se apercibía para la guerra sagrada, que juntados socorros y gentes de todas partes, con todo su poder pensaba hacer contra los moros. Sepultáronle junto al sepulcro de su padre en la iglesia mayor de la misma ciudad, a la cual iglesia dejó a Illescas y Hazaña. Reinó un año y once días; fue esclarecido en la guerra y en la paz, y que se igualara con la gloria de sus antepasados si tuviera más larga vida. Dejó sin duda increíble deseo de sí, que parece encendieron más las desventuras y alteraciones del reino, que por su muerte resultaron y se siguieron.

Con todo esto, las gentes que tenía apercibidas, con la divisa que cada uno llevaba de la cruz, y por tanto espantosas a los enemigos de la religión cristiana, aunque el rey era fallecido, luego que entraron por el Andalucía, vencieron en una grande batalla a Jacob, miramamolin,que iba la vuelta de Sevilla. Fue grande el destrozo de la morisma; el moro, pasado este peligro, rehaciéndose de fuerzas, acometió a otros reyes moros que no le querían obedecer, y dando la vuelta, hizo guerra al rey de Valencia y de Murcia; mas no pudo salir con su intento, porque le defendió don Ramón, príncipe de Aragón y Barcelona, a cuya devoción estaba. Desde allí, vueltas sus fuerzas contra Alhagio, rey de Mérida, le puso en término, que se le rindió, aparejado a hacer lo que se le mandase y ayudar y servirle en todas las cosas. Pusieron sus asientos, con que dos hijos de Alhagio, rey de Mérida, llamados Fadala y Ornar, ayudados de la gente de Jacob, en una entrada que hicieron por tierra de cristianos, se metieron por las comarcas de Plasencia y de Ávila; y dada la vuelta hacia tierra de Talavera, como por todas partes hubiesen puesto espanto, cargados de despojos se volvían a Mérida. En esto las gentes de Ávila y sus capitanes, Sancho y Gómez, hijos de don Jimeno, que eran de la más principal nobleza de Ávila, los alcanzaron, y en una batalla que les dieron en un lugar que se llama Siete Vados, los vencieron y desbarataron, quitáronles otrosí toda la presa y cautivos que llevaban.

Diestros y grandes capitanes en este tiempo fueron los ya dichos Sancho y Gómez, pues cuatro años adelante con una entrada que hicieron por aquella parte de Extremadura en que están los campos de la Serena, tierra de abundosos pastos, robaron muchos ganados y vencieron en un encuentro los moros que salieron contra ellos; con que trujeron a sus casas muy grandes despojos. Del

linaje de estos capitanes vienen los señores de Villatoro y los marqueses de Velada, caballeros en riquezas, aliados y deudos; demás de esto, en la privanza de los príncipes esclarecidos y señalados, en especial en nuestra era y la de nuestros padres.

El rey don Sancho cuando estaba a la muerte encomendó su hijo don Alfonso, que era de cuatro años, a don Gutierre Fernández de Castro, que otro tiempo fue su ayo. Los demás señores mandó que tuviesen en su poder las ciudades y castillos que a su cargo estaban, hasta tanto que el rey fuese de quince años cumplidos, acuerdo y consejo en lo uno y en lo otro poco acertado; pero la prudencia humana es corta para prevenir los inconvenientes todos, y muchas veces lo que parecía estar saludablemente determinado, reveses que suceden lo desbaratan. Diose sin duda con esto ocasión y fuerzas para revolver el hato a los que mal pensaban. Los demás señores, no menos nobles que don Gutierre, llevaron mal que el peso del gobierno fuese puesto en los hombros de uno solo, y que en su poder quedase el rey en aquella edad flaca y deleznable.

CAPÍTULO VIII
DE NUEVOS MOVIMIENTOS QUE SE LEVANTARON EN CASTILLA

Entre los grandes y ricos hombres de Castilla por este tiempo dos casas se aventajaban a las otras, las más principales en estados, riquezas y aliados; los Castros y los de Lara. Estos tuvieron por largo tiempo la primera voz y voto en las Cortes del reino. Entre los Castros, don Gutierre, a quien se encomendó la crianza del rey, alcanzaba grande autoridad, que le daba su larga edad y la grandeza de las cosas que por él pasaron. Carecía de hijos y sucesión. Su hermano menor, por nombre don Rodrigo, tenía cuatro, que eran don Fernando, don Álvaro, don Pedro y don Gutierre, una hija, por nombre doña Sancha, que casó con don Álvaro de Guzmán, por donde era de poco menos autoridad y poder que su hermano. Los de Lara eran tres hermanos; don Enrique, don Álvaro y don Nuño; a las riberas del río Duero tenían grandes heredamientos y lugares. Fue padre de todos estos el conde Pedro de Lara, de quien arriba se ha hecho mención y dijimos fue muerto en el cerco de Bayona. Madre de los mismos era una señora, llamada doña Aba, que estuvo casada la primera vez con don García, conde de Cabra; y por haber nacido de este matrimonio don García Acia, heredero de aquel estado, era ocasión que el poder de los tres hermanos se aumentase mucho más.

Estos mostraron llevar mal que siéndoles antepuesto por juicio del rey don Sancho don Gutierre de Castro, se hubiese oscurecido el lustre y resplandor de su casa. Extrañábanlo en público y en secreto; decían que los Castros quedaban por reyes; que esto solamente entre las cosas que el rey don Sancho mandó no se debía ejecutar; ni sufrirían ellos que al albedrío de uno se revolviese el estado del reino, ni otro alguno reinase fuera de aquel que era rey natural. Esto decían con tanta porfía, que mostraban deseo de llevar el negocio por las armas y llegar a las puñadas. Don Gutierre, con deseo del bien común y con ejemplo señalado de modestia más que de prudencia, fácilmente se dejó persuadir que entregase el rey en poder de don García Acia, hombre sin duda templado, pero de más sencillo ánimo que parece requería el estado de las cosas, en tanto grado, que con excusa de los gastos que le era forzoso hacer en la crianza del rey, por no estar las rentas reales del todo desembarazadas, entregó el rey niño a don Manrique de Lara, su hermano de madre, para que él le criase, que era concederle todo lo que en esta porfía pretendía y deseaba. Quejábase don Gutierre que con esto le quebrantaban la palabra; y por el testamento del rey don Sancho pretendía tornarse a encargar de la crianza del rey. Burlábanse los contrarios; y claramente por esta vía se tramaban alteraciones y bullicios de guerra.

Don Fernando, rey de León, movido por esta discordia con que todo el reino se dividía en parcialidades y pretendiendo se le hizo injuria en no le nombrar para el gobierno y crianza de su sobrino, tomadas las armas, entró por las tierras de Castilla muy pujante, principalmente hacía mal y daño en aquella parte por do corre Duero y donde la casa de Lara tenía muy grande señorío. Don Manrique y sus hermanos por miedo de don Fernando llevaron el rey a Soria para que estuviese muy lejos y más seguro del peligro de la guerra. Falleció a la sazón don Gutierre de Castro; sepultáronle en el monasterio de Encas, que tiene nombre de San Cristóbal. Don Manrique de Lara, hecho más insolente con el poder, requirió a los herederos del difunto, sobrinos suyos, le entregasen las ciudades y castillos que tenían encomendadas. Excusábanse ellos con el testamento del rey don Sancho. Decían que antes de la legítima edad del rey niño no podían licitamente hacer lo que les demandaban. Con esto el cuerpo de don Gutierre por mandado de don Manrique fue desenterrado, como de traidor y que había cometido crimen contra la majestad. Nombráronse jueces sobre esta diferencia, que dieron sentencia en favor de don Gutierre, por ser cosa inhumana embravecerse y mostrar saña contra los muertos; así por su mandado fue vuelto a la sepultura y a enterrar.

Entre tanto que esto pasaba, las armas de don Fernando, rey de León, volaban libremente por toda la provincia, sin que se juntase para resistir algún ejército señalado en número o en esfuerzo, por no tener capitán y estar el reino dividido en bandos. No se puede pensar género de trabajo que

los naturales no padeciesen, cansados no más con el sentimiento de los males presentes que con el miedo de los que amenazaban, en tanto grado, que el mismo don Manrique, perdida la esperanza de poderse defender y movido por el peligro que sus cosas corrían, fue forzado hacer homenaje al rey don Fernando que le entregaría el gobierno del reino y las rentas reales, que las tuviese por espacio de doce años juntamente con la crianza del rey. Para que esto se confirmase con común consentimiento del reino llamaron Cortes para la ciudad de Soria, do guardaban al rey niño.

En este peligro que amenazaba mayores males, la resolución y esfuerzo de un hombre noble, llamado Nuño Almejir, sustentó y defendió el partido de Castilla. Éste, viendo llevar el niño a su tío, le arrebató a los que le llevaban, y cubierto con su manto le llevó al castillo de San Esteban de Gormaz, con la cual diligencia quedaron burlados los intentos del rey don Fernando, porque los tres hermanos de Lara, con muestra de querer seguir y alcanzar al niño rey, despedidos de don Fernando, hicieron para mayor seguridad fuese el niño llevado a Atienza, plaza muy fuerte. Según esto, arrepentidos del consejo y asiento que tomaran, últimamente andando con él huyendo por diversas partes, pararon en Ávila, ciudad muy fuerte. Allí con grande lealtad los ciudadanos le defendieron hasta el año onceno de su edad. Por este hecho los de Ávila se comenzaron a llamar vulgarmente los fieles.

El rey don Fernando, burlada su esperanza, con que se prometía el reino de Castilla, y por esta razón movido a furor, acusó primero a don Nuño de Lara, después a don Manrique, su hermano, de haberle quebrantado la fe y palabra; envió para esto reyes de armas para desafiarlos; pero la revuelta de los tiempos no dio lugar a que defendiesen por las armas su inocencia ni se purgasen en el palenque de lo que les era impuesto, como era de costumbre. Recelábanse que si les sucedía alguna desgracia, se pondría en cuentos y peligro todo el reino. Solamente respondieron a don Fernando que la conciencia de lo hecho y lealtad que guardaron con el rey niño, si no a los otros, a lo menos a sí mismos daban satisfacción bastante. Era grande el regocijo que tenía todo el reino por ver el rey niño escapado de las asechanzas de su tío; pero en breve toda aquella alegría se desvaneció, porque toda Castilla fue trabajada con las armas del rey don Fernando. Las ciudades y los lugares, o por fuerza o de grado, a cada paso se ponían en su poder y le hacían homenaje, en tanto grado, que fuera de una pequeña parte del reino que perseveró en la fe del niño, todo lo demás quedó por el vencedor.

Toledo, también ciudad real, y don Juan, su prelado, siguieron las partes de don Fernando, creo por algún desabrimiento que tenían o por acomodarse al tiempo. Hay un privilegio del rey don Fernando dado en Atienza, a 1 de febrero, año 1162, en que entre los otros grandes y ricos hombres y obispos firma también el arzobispo don Juan; demás de esto, consta de los *Anales de Toledo* que el rey don Fernando entró en Toledo a 9 del mes de agosto luego siguiente.

Allegóse a estas desgracias una nueva guerra que hicieron los navarros, porque el rey don Sancho de Navarra después de grandes alteraciones se concertó con el aragonés. Hecho esto, por entender que era buena ocasión para vengar las injurias pasadas y recobrar por las armas lo que los reyes de Castilla le tomaron en la Rioja y en lo de Bureva, con un grueso ejército que de los suyos juntó se apoderó de Logroño, de Entrena, de Briviesca y de otros lugares por aquellas partes. Tenía soldados muy buenos y ejercitados en muchas guerras. Los señores de Navarra eran personas muy escogidas. Entre los demás se cuentan los Dávalos, casa muy noble y poderosa, como lo muestran las escrituras y memorias de aquel tiempo. Con esto no tenían fin ni término las guerras ni los males, todo andaba muy revuelto y alterado.

CAPÍTULO IX
DE LA MUERTE DE DON RAMÓN, PRÍNCIPE DE ARAGÓN

Estaba Castilla encendida con alteraciones civiles en un tiempo muy fuera de propósito por quedar en la provincia gran número de gente bárbara; sólo con las armas de Portugal y de Aragón eran los moros apretados; más en el Andalucía, donde tenían mayor señorío, vivían con todo sosiego, y el poder de aquella nueva gente de los almohades con el tiempo se arraigaba más de lo que fuera razón.

En este tiempo Italia era trabajada con no menores males y discordias que lo de España. Dos se tenían en Roma por pontífices, y cada cual pretendía que él era el verdadero, y el contrario no tenía razón ni derecho alguno. Estos eran Alejandro III, natural de Sena, y Víctor IV, ciudadano romano; a este ayudaba mucho el emperador Federico Barbarroja por la grande amistad que con él tenía. A Alejandro nombró por pontífice la mayor y más sana parte de los cardenales; pero como no tuviese bastantes fuerzas para resistir al emperador, que se apoderaba de las ciudades y lugares de la Iglesia, en una armada de Guillermo, rey de Sicilia, se huyó a Francia, y en ella para sosegar estas discordias y este cisma juntó en Tours, el año 1163, un concilio muy principal. Acudieron a su llamado ciento cincuenta obispos, y entre ellos don Juan, primado de Toledo.

Por el mismo tiempo don Ramón, aragonés, era muy nombrado por la fama de las cosas que acabó y su perpetua felicidad, tanto, que tenía por sujeto en España a Lope, rey moro de Murcia, y a los Baucios en Francia, que movían guerra en la Provenza, los trabajaba con muchos daños que les hacía, porque, no solamente defendió la Provenza sobre que contendían, sino también les quitó de su estado antiguo treinta castillos, y la villa de Trencatayo, que era muy fuerte, tomado que la hubo por fuerza, la allanó y arrasó el año 1161. Con aquella victoria quedaron de todo punto quebrantadas las fuerzas de los Baucios. El emperador Federico, que parecía favorecer a los enemigos y contrarios, con nueva confederación que con él hizo quedó muy su amigo. Trajo don Ramón de Castilla a Aragón a Rica, viuda del emperador don Alfonso, y a su hija doña Sancha, que estaba desposada con el hijo del mismo don Ramón. A instancia pues del emperador Federico se concertó que Rica, que era deuda suya, casase con don Ramón Berengario o Berenguel, conde de la Provenza; y que los aragoneses y provenzales jurasen por pontífice y diesen la obediencia al que él ayudaba. Con esto les hacía merced que, no solo quedasen con el principado de la Provenza, que se comprendía y extendía desde el río Druenza hasta el mar, y desde el río Ródano basta los Alpes, sino demás de esto de la ciudad de Arles con toda su tierra. Para que todo esto fuese más firme, se decretó y concertó que ambos los don Ramones, el aragonés y el provenzal, fuesen a Turín, ciudad de Italia, a verse con el emperador. Señalóse el primer día de agosto para estas vistas del año 1162.

En este camino, en San Dalmacio, que es un pueblo a las raíces de los Alpes hacía Italia, adoleció don Ramón, príncipe de Aragón, y falleció de aquella enfermedad a 6 días de aquel mismo mes. Parecía que aquella muerte sucedía en muy mala sazón, dado que don Ramón, conde de la Provenza, fácilmente alcanzó del emperador todas las cosas por que eran idos, luego que se vio con él en Turín, como tenían concertado; y aún el emperador dice en sus letras que se expidieron sobre el caso gratificar al difunto porque había tratado muy honradamente a la reina Rica y mirado por la honra de aquella matrona viuda. De aquí tomaron ocasión los escritores catalanes de fingir que don Ramón, príncipe de Aragón, en Alemania defendió en un desafío y campo que hizo, la fama de una reina viuda que la acusaban haber hecho lo que no debía, y que el premio de defender la honestidad de aquella señora fue darle el principado de la Provenza. Nosotros, siguiendo la verdad de la historia, contamos la cosa como pasó. El cuerpo del difunto traído a su tierra sepultaron en el monasterio de Ripol, como él mismo a la muerte lo dejó ordenado.

Hiciéronse Cortes del reino en Huesca, y refirióse el testamento de aquel príncipe, que hizo a

la hora de su muerte solo de palabra, en que nombró por su heredero a don Ramón, su hijo, que trocado este nombre en el de don Alfonso, entró en posesión del principado, de su padre. A don Pedro, hijo segundo, mandó a Cerdaña, Carcasona y Narbona con el mismo derecho que él las tenía. Don Sancho, que era el menor de todos, quedó nombrado en lugar de don Pedro para que le sucediese si muriese sin hijos. De doña Dulce, su hija, que adelante fue reina de Portugal, no hizo mención alguna; tampoco de don Berengario o Berenguel, que fue obispo de Tarazona y de Lérida y abad de Montearagón, al cual el príncipe hubo fuera de matrimonio.

La edad del nuevo rey don Alfonso no era bastante para el gobierno, porque apenas tenía once años. Esto y la flaqueza y pocas fuerzas de la reina, su madre, pareció a propósito a los amigos de novedades para revolver el reino. Un cierto embaidor se hizo caudillo de los que mal pensaban con afirmar públicamente era el rey don Alfonso, aquel que veintiocho años antes de éste fue muerto en la batalla de Fraga, como de suso queda dicho. Decía que cansado de las cosas humanas estuvo por tanto tiempo disfrazado en Asia, y se halló en muchas guerras que los cristianos hicieron contra los moros en la Tierra Santa. Su larga edad hacía que muchos le creyesen, y las facciones del rostro no de todo punto desemejable; el vulgo, amigo de fábulas, acrecentaba estas mismas cosas, por donde el gobierno de la reina, como de mujer, era de muchos menospreciado. Grandes males se aparejaban por esta causa, si el embaidor no fuera preso en Zaragoza y no le dieran la muerte en los mismos principios del alboroto. Éste fue el pago de la invención y fin de toda esta tragedia mal trazada.

El año próximo de 1163 se tuvieron otrosí Cortes del reino de Aragón en Barcelona. En ellas la reina doña Petronila, a persuasión de los grandes, dio y renunció el reino a su hijo, que andaba ya en trece años. Don Ramón, conde de la Provenza, que un poco de tiempo gobernara a Cataluña por el rey su primo, dejado el gobierno, se volvió a su tierra, que andaba alborotada otra vez y trabajada por las armas de los Baucios. Para fortificarse contra aquella familia y linaje y apercibirse de socorros de fuera procuró hacer liga con el conde de Tolosa y concertar casamiento de su hija, una sola que tenía, con el hijo de aquel conde; pláticas que se impidieron por su muerte, que sucedió el año 1166. El rey de Aragón, que se hallaba a la sazón en Gerona, avisado que su primo era muerto, a ejemplo de su padre y a persuasión de los grandes, se llamó marqués de la Provenza. Así pretendían estar decretado por el privilegio del emperador Federico, que aquel principado, no sólo se daba al conde de la Provenza, sino asimismo a don Ramón, príncipe de Aragón, y sus descendientes; ocasión de nuevos movimientos y alteraciones que sucedieron en Francia.

CAPÍTULO X.
CÓMO DON ALFONSO, REY DE CASTILLA, VISITO EL REINO

Gran mudanza de las cosas se hizo en Castilla; porque los naturales, cansados del gobierno del rey de León, aficionados al mozo rey don Alfonso, como es cosa natural y lo merecía la memoria agradable del rey don Sancho, su padre, no cesaban de moverle con cartas y embajadores para que tomase el cetro y mando del reino paterno. Ofrecíanle que no le fallarían las voluntades de los suyos ni sus fuerzas, que siempre de secreto estuvieron por él, dado que por acomodarse al tiempo y forzados suportaban el señorío forastero. El rey a la sazón andaba en el año undécimo de su edad; a los grandes que le tenían en su poder parecía aquella edad bastante, especial que les movía el ejemplo fresco de los aragoneses, que entregaron el gobierno a su rey, que tenía poca más edad.

A persuasión pues de ellos y por su consejo determinó partir de Ávila para visitar el reino y hacer entrada en cada una de las ciudades, el año de nuestra salvación de 1168, como algunos dicen; nosotros de la razón de estos años y de este número quitamos dos años con fundamento bastante y cierto, pues cuando murió su padre se sabe era este rey de cuatro años, y ahora once no cumplidos. No le engañó su esperanza; muchas ciudades y pueblos en toda la provincia, como lo tenían ofrecido, abrían con gran voluntad las puertas al rey y le ayudaban con dinero, provisión y todas las demás cosas. Al principio pocos eran los que acompañaban al rey, que fueron algunos grandes de Castilla que perseveraran con él o de nuevo se le juntaron. Demás de estos, una compañía de guarda de ciento cincuenta de a caballo, que los de Ávila le dieron para que le acompañasen; poca gente para acabar cosas tan grandes y para recobrar el reino, parte del cual tenían los grandes, parte estaba en poder de los leoneses con guarniciones que tenían puestas por todas partes. No hay cosa más segura en las revueltas civiles que apresurarse. Al rey parecía que todas las cosas le serían fáciles; y así, determinaron de probar a Toledo, cabeza del reino, y experimentar cuánta lealtad hubiese en sus ciudadanos.

Poca esperanza tenían que don Fernando Ruiz de Castro, que la tenía en su poder, la entregase de su voluntad. El color que tomaba era no ser lícito, como él decía, entregar aquella ciudad a alguno antes de la edad que por el rey difunto quedó señalada. Lo que principalmente le movía era que tenía pena de que le hubiesen quitado la tutela del rey y sus contrarios estuviesen apoderados del gobierno del reino. Don Esteban Illán, ciudadano principal de aquella ciudad, en la parte más alta de ella a sus expensas edificara la iglesia de San Román, y a ella pegada una torre, que servía de ornato y fortaleza. Era este caballero contrario por particulares disgustos de don Fernando y de sus intentos. Salió secretamente de la ciudad, y trajo al rey en hábito disfrazado con cierta esperanza de apoderarle de todo. Para esto le metió en la torre susodicha de San Román; campearon los estandartes reales en aquella torre y avisaron al pueblo que el rey estaba presente. Los moradores, alterados con cosa tan repentina, corren a las armas, unos en favor de don Fernando, los más acudían a la majestad real; parecía que si con presteza no se apagaba aquella discordia, que se encendería una grande llama y revuelta en la ciudad; pero como suele suceder en los alborotos y ruidos semejantes, por quien acudían los más, casi todos los otros siguieron la autoridad real.

Don Fernando, perdida la esperanza de defender la ciudad por ver los ánimos tan inclinados al rey, salido de ella, se fue a Huete, ciudad en aquel tiempo, por ser frontera de moros y raya del reino, muy fuerte, así por el sitio como por los muros y baluartes. Los de Toledo librados del peligro a voces y por muestra de amor decían: «Viva el rey.» Esto hacían no más los que habían estado por él, que la parcialidad contraria entraban donde estaba a besarle la mano, y cuanto más fingido era lo que algunos hacían, tanto daban mayores muestras de voluntad y le adulaban con más cuidado. A don Esteban en gratificación de aquel servicio le hizo el rey mucha honra y le encomendó el cuidado de la ciudad. Después de su muerte, los ciudadanos, para memoria de tan gran varón, en la iglesia catedral, en lo más alto de la bóveda, detrás del altar mayor, hicieron pintar su imagen a caballo

como está hoy.

Entró el rey en Toledo a 20 de agosto, día viernes. Luego el día de san Miguel, don Juan, arzobispo de Toledo, falleció cansado de la pesadumbre de tantos males o por su larga edad. La letra dominical muestra que la entrada del rey no pudo ser sino el año 1166. Conforman los *Anales de Toledo* y el letrero del sagrario de aquella iglesia, que señalan la muerte del arzobispo, era 1204, que es el año dicho puntualmente, y así se debe tener. Gobernó aquella iglesia loablemente como dieciséis años; su cuerpo se entiende fue allí mismo sepultado. Algunos dicen que renunció y que de su voluntad dejó el arzobispado, y de él explican la ley pontificia y canon promulgado por Alejandro III, pontífice romano, que es el primer capítulo en el título de las órdenes hechas después de renunciado el obispado, enderezado al arzobispo de Toledo, como se contiene en su título. La verdad es que en las decretales de mano antiguas no reza aquel título al arzobispo de Toledo, sino al coloniense; así, lo de la renunciación no se debe tener por verdadero.

Sucedió don Cerebruno o Cenebruno, persona de igual ánimo y prudencia, agradable al rey don Alfonso, ca fue su maestro y le enseñé las primeras letras. Fue arcediano de Toledo antes, y obispo de Sigüenza, y aún se sospecha era francés de nación. A este prelado parece se enderezó sin duda la epístola decretal del mismo Alejandro III, que es el capítulo 11 en el título de Simonia, sobre la que se cometió en la elección del obispo de Osma. Conforma con esto lo que ordenó el mismo rey don Alfonso en su testamento, su fecha en Fuentidueña, a 8 de diciembre, era 1242; dice que sus tutores, el conde don Nuño y don Pedro, por elegir al obispo de Osma, recibieron cinco mil maravedíes; manda que se restituyan. Era por el mismo tiempo prelado de Tarragona Hugo Cervellon, que sucedió a Bernardo Torte.

El rey de Castilla, sosegado que tuvo a Toledo, a persuasión del conde don Manrique, salió contra don Fernando de Castro, ca ayudado de las gentes de Huete, que le eran aficionadas y muy leales, salió al encuentro al ejército del rey. Diose la batalla dos leguas de aquel pueblo junto a Garcinaharro; era grande la fama del esfuerzo de don Manrique; era tenido por gran defensor de la autoridad real, tales eran las muestras, si bien muchos pensaban que en nombre ajeno quería mandarlo todo, por ser, como era, atrevido, astuto, presto y conforme a los negocios y ocurrencias, cuándo seguía la virtud, cuándo lo malo. Don Fernando, por recelarse en la pelea de sus fuerzas, entró en la batalla, quitadas las sobrevistas y disfrazado. Don Manrique, por yerro, con todas sus fuerzas embistió y mató a un caballero ordinario, el cual, porque llevaba vestidura de general, creyó era su contrario. Quedó cansado de aquella pelea y a propósito para ser agraviado; así fue él mismo muerto; uno de los que acompañaban a don Fernando le metió por el cuerpo la espada. Con la muerte del general los del rey, parte se pusieron en huida, parte fueron muertos en la pelea.

Sabido el engaño y astucia, don Nuño, hermano de don Manrique, acusaba a don Fernando de aleve. No paró en esto, sino que le desafió a pelear de persona a persona y hacer campo, como se acostumbraba en casos semejantes. Intervinieron varones santos y personas graves, por cuyo medio por entonces la diferencia se sosegó algún tanto, pero el odio entre aquellas dos casas quedó muy más arraigado que antes, con grande daño muchas veces de las cosas y del reino, por anteponer cada cual de las partes sus particulares pasiones y debates al bien común. Verdad es que la guerra que hizo el rey por entonces no fue muy grande ni continuada, y muchas ciudades y castillos, por estar obligados con beneficios que recibieran, quedaron en poder de don Fernando de Castro, con que el rey desistió del intento y esperanza de atropellarle, y vuelto hacía otras partes, no dejaba de sujetar a su señorío las ciudades y castillos que hallaba sin guarnición.

Demás de esto, pareció por la comodidad del lugar probar el castillo de Zurita, que está puesto en un collado empinado, cuyas raíces y faldas baña el río Tajo. Tenía la guarda de esta fuerza Lope de Arenas como teniente de don Fernando de Castro. Convidado a que se rindiese, se excusó con la edad del rey, como otros muchos, que él no era señor, sino lugarteniente, y como tal tenía jurado a don Fernando; que si no fuese con su licencia, no entregaría el castillo a persona alguna; que no su-

friría que con color y voz de la autoridad real se burlasen de los demás aquellos que por la flaca edad del rey le tenían en su poder y le aconsejaban lo que les parecía. Como los del rey perdiesen la esperanza que el alcaide haría por su voluntad lo que pretendían, determinaron de usar de fuerza y apretar el cerco de aquel castillo. Convocaron para este efecto socorros de todas partes. Don Lope de Haro, avisado de lo que el rey pretendía, de lo postrero de Vizcaya, en que tenía grande estado, sin ser llamado, a causa que él y el conde don Nuño tenían diferencias particulares y andaban torcidos, de su voluntad vino a servir en aquel cerco. Llegado, miró el sitio del castillo, y se encargó de acometerle por aquella parte que parecía más agria y de que mayor peligro se mostraba; cosa propia de la nación vizcaína. Iba adelante el cerco. Los del rey no tenían esperanza de salir con su intento. Los cercados padecían falta de mantenimientos; por esta causa usaron de engaño, y con dar esperanza de rendirse, convidado que hubieron y recibido dentro para tratar de esto a los condes don Nuño y don Suero, los prendieron a traición, por entender que el rey, movido de su peligro, se apartaría del propósito que tenía de combatir el castillo, por lo menos vendría en algún buen partido. En lo que pensaron consistía su remedio estuvo su destrucción.

Hallábase en los reales del rey un cierto hombre, llamado Domingo, que salió del castillo no se dice por qué causa; este, si le diesen algún premio, prometió haría entregar aquella fuerza. Aceptado el partido, en cierto ruido hechizo dio una herida a Pedro Ruiz, ciudadano de Toledo; él mismo vino en ello y con voluntad del rey; hecho esto, Domingo se puso en huida. Con esta ficción las guardas le recibieron en el castillo. Era criado del alcaide, mañoso, servicial, y por aquella nueva hazaña le ganó más la voluntad; trataba con él muy familiarmente sin recelo de lo que le sobrevino. El traidor, hallada ocasión a propósito para ejecutar su intento, a tiempo que el alcaide se afeitaba la barba le mató; tras esto se huyó a los reales. El pueblo sin dilación, muerto su caudillo, sin grande dificultad vino en poder del rey y se rindió luego; perdonó el rey a los soldados, y el lugar no fue puesto a saco; solo a Domingo hizo sacar los ojos, que fue ejemplo señalado de castigo contra los traidores, dado que le señalaron sustento bastante para pasar la vida, porque no pareciese que el rey quebrantaba su palabra. Este sustento no mucho después por mandado del mismo le quitaron junto con la vida, porque maguer que ciego y castigado se alababa de aquella maldad; doblada alevosía que cometió en matar a su señor y hacer traición a los cercados. Esto del traidor.

Los soldados, alegres con la victoria, se partieron para sus casas. Don Lope de Haro, que entre todos se señaló de animoso, alabado con palabras muy honrosas, se volvió a su tierra, sin querer aceptar los dones que le ofrecían, por saber muy bien cuánta falta y pobreza padecía el tesoro real. Este caballero dicen edificó en la Rioja la villa de Haro, no lejos del río Ebro, y que de aquel pueblo y de su nombre, así él como sus descendientes, tomaron este apellido.

El rey se fue a Toledo a las Cortes del reino, para donde tenía convocados los grandes y ciudades de toda la provincia. Tratóse en ellas de componer el estado del reino, que por la revuelta de los tiempos andaba muy alterado, y de recobrar las ciudades y pueblos que aún no se querían entregar. Fue esto año memorable por las muchas lluvias y grandes crecientes, en particular en Toledo el río Tajo salió de madre y llegó hasta la iglesia de San Isidro, a 20 de febrero; el año luego siguiente de 1169, a 8 de febrero, tembló la tierra en aquella ciudad; cosa que sucede pocas veces y que puso en cuidado a los ciudadanos, por pensar que aquel temblor era pronóstico de algunos nuevos y mayores trabajos.

CAPÍTULO XI
DE LAS BODAS DE DON ALFONSO, REY DE CASTILLA

Don Fernando, rey de León, los años pasados casó con doña Urraca, hija de don Alfonso, rey de Portugal; de este casamiento nació don Alfonso, el que sucedió a su padre en el reino de León, dado que la misma doña Urraca, por el parentesco que tenía con su marido, fue de él repudiada y apartada. Este camino hallaban para deshacer los casamientos cuando nacían desabrimientos entre los casados; que aún no estaba introducida la costumbre de dispensar en las leyes matrimoniales, ni los pontífices comenzaban a usar de semejantes dispensaciones. De este repudio resultaron grandes enemistades entre el suegro y el yerno, y de ellas muchos daños que se hicieron y recibieron de una parte y de otra.

Don Fernando andaba ocupado en reedificar las ciudades y pueblos que por la revuelta de los tiempos pasados estaban destruidas, otros edificaba de nuevo. Cerca de Salamanca reparó la antigua Bletisa con nombre de Ledesma, a Granada cerca de Coria, demás de esto Benavente, Valencia de Oviedo, Villalpando, Mansilla, Mayorga. Fuera de estas poblaciones, por consejo de un forajido portugués edificó en los confines del reino, por do se divide de Portugal, a Ciudad Rodrigo, que antiguamente se llamó Mirobriga, para que fuese como firme baluarte en que se quebrantasen los ímpetus de los portugueses y para hacer desde allí correrías y cabalgadas por los lugares comarcanos. El desabrimiento que comenzó de estos principios entre leoneses y portugueses se encendió después y paró en graves enemistades. Era don Fernando príncipe de grande corazón y bravo; y aunque de costumbres muy suaves, condición simple, liberal y manso, no dudaba hacer rostro a las armas y poder de los dos reyes de Castilla y de Portugal.

Don Alfonso, rey de Castilla, al principio del año de nuestra salvación de 1170 fue a Burgos para tener Cortes del reino, en las cuales, porque el rey era entrado en los quince años de su edad, que era el tiempo señalado por el testamento de su padre, y legal para que le entregasen las ciudades, se trató de que se ejecutase así; y con grande voluntad de los grandes y de todos salió decretado se hiciese guerra, así a los señores si no obedeciesen ala voluntad del rey, como al rey don Fernando, su tío, que tenía todavía con guarniciones ocupada una parte no pequeña del reino; pero esta guerra, a causa de otras dificultades, se dilató mucho. Los grandes, interesados por no ser acusados de traidores y porque no les quedaba excusa alguna para no hacerlo, entregaron al rey los castillos, fuerzas y lugares que tenían en su poder. Entre los primeros hizo esto don Fernando de Castro; dado que desconfiado de la voluntad del rey por estar muchos grandes irritados contra él y la parcialidad contraria apoderada del gobierno, determinó dejar la tierra; y públicamente renunciada la patria, conforme a lo que entonces los españoles usaban, se retiró a tierra de moros, ca decía que el destierro sería tolerable, principalmente al que se hallaba inocente y no había hecho vileza alguna; pero que él haría que al que no querían por amigo experimentasen serles enemigo muy grave. Muchas veces la paciencia ofendida se muda en furor; así, don Fernando, agraviado con muchas injurias como él se quejaba, no dejaba de hacer muchos daños en tierras de cristianos.

Tratóse demás de esto en las Cortes de Burgos del casamiento del rey por ser la edad a propósito y tener todos grande cuidado de que quedase de él sucesión. Enrique, segundo de este nombre, rey de Inglaterra, muy poderoso a la sazón, abrazaba debajo de su señorío lo de Angers y Normandía en Francia y toda Inglaterra; y su mujer doña Leonor en dote le ayuntó a los demás estados lo de Guyena y Poitiers, como arriba queda dicho. Parecíales a los grandes que sería a propósito Leonor, hija de estos príncipes, doncella muy escogida, para casarla con su rey, si su padre viniese en ello. Don Alfonso, rey de Aragón, con deseo de verse con el rey de Castilla, su primo, y que era casi de la misma edad, vino a Sahagún; allí se puso confederación entre aquellas dos naciones. Hecho esto, los dos reyes, mediado el mes de julio, fueron a Zaragoza; desde allí se envió una embajada muy principal a Francia para tratar lo del casamiento del rey. La cabeza de esta embajada era don Cerebruno,

arzobispo de Toledo; acompañábale don Ramón,.obispo de Palencia, con otros prelados y caballeros en gran número. Llegados a Burdeos, do estaba la reina de Inglaterra con su hija, fácilmente alcanzaron lo que pretendían. Concertáronse las bodas, la doncella vino a España, y en su compañía, no sólo los que envió el rey don Alfonso, sino también se juntaron con ellos Bernardo, prelado de Burdeos, y otros señores de Francia.

Entretanto que esto pasaba en Francia, en España entre los dos reyes de Castilla y de Aragón se hizo liga y avenencia en que se juntaban las fuerzas de los dos reinos contra todos los príncipes, sacado sólo el de Inglaterra, en que se tuvo respeto al nuevo parentesco. Para confirmar este concierto y palabra de una parte y otra se dieron algunos pueblos para que en poder del otro estuviesen como en rehenes y en tercería: al de Aragón dieron a Nájera y Biguera, a don Alfonso, rey de Castilla, Ariza y Daroca, que por aquel tiempo también, como ahora, pertenecían al reino de Aragón.

La doncella esposa del rey de Castilla llegó finalmente a Tarazona. Allí, como antes tenían concertado, se hicieron los desposorios con grandes regocijos por el mes de septiembre. El rey de Aragón fue el padrino; las arras que dieron a la esposa fue gran parte de Castilla, Burgos, Medina del Campo con otros lugares en gran número; fuera de esto, le consignaron la mitad de todo lo que se ganase de los moros. El rey, aficionado a la hermosura de su esposa, que era apuesta y agraciada, como era de poca edad, parecía querer en liberalidad demasiada aventajarse a los reyes pasados.

Lope, rey moro de Murcia, tenía confederación y amistad con el rey de Castilla, porque hallo también que por estos años vino a Toledo. Estaba el rey de Aragón ofendido del mismo, y pretendía hncerle guerra, porque rehusaba de pagar las parias que acostumbraba dar a don Ramón, su padre. Concertóse que aquel rey bárbaro le quedase sujeto a tal que él desistiese de favorecer a los macemutes, bando entre los moros contrario al rey Lope. Ibase por estos tiempos despeñando el imperio de los moros en España, por estar dividido en parcialidades, en especial la ciudad de Murcia muchas veces andaba alborotada con discordias civiles.

Despedidos entre sí los dos reyes y concluidas las fiestas de Tarazona, las bodas se celebraron en Burgos con aparato increíble, y concurso de gentes no menor. Acabadas las fiestas, se dio licencia a la compañía de a caballo de los de Ávila que hasta entonces acompañaron y guardaron al rey. A la ciudad de Ávila, por la fidelidad que guardó muy grande en tiempos tan ásperos, otorgó el rey grandes y señalados privilegios. Concluidas estas cosas, el rey y reina se partieron para Toledo.

En el mismo tiempo el rey de Aragón procuró e hizo que la cabeza del mártir san Valero, obispo que fue de Zaragoza, desde Roda do estaba fuese llevada a Zaragoza. Vino en ello, por dar contento al rey, don Guillén Pérez, obispo de Lérida y de Roda.

Doña Garsendis, princesa de Bearne, muertos su padre y hermano, a ejemplo de sus antepasados, hizo su homenaje al rey de Aragón; y en particular renovó la confederación hecha antes, en que se mandaba no se pudiese casar sin voluntad del rey. Los obispos Bernardo, de Oleron, y Guillelmo, de Lescar, fueron los que hicieron los conciertos en su nombre. Algunos piensan que casó, y fue mujer de Guillén de Moncada, hombre principal en Cataluña y senescal; cosa que no se puede probar con bastantes fundamentos, y que nos pareció sería mejor dejarla sin resolver que poner por cierto en lo que dudamos.

CAPÍTULO XII
DE LA CONFEDERACIÓN QUE SE HIZO CONTRA DON PEDRO RUIZ DE AZAGRA

Entre las ocupaciones y ejercicios de la paz no se dejaba el cuidado de la guerra, en especial las reliquias de los moros eran trabajadas por las armas de los aragoneses de tal guisa, que apenas les quedaba por aquella parte lugar en que pudiesen estar seguros. En Edetania la Vieja, a las riberas del río Alga, los pueblos Favara, Maella, Fresneda y otros muchos fueron con el próspero suceso de las guerras quitados a los moros; demás de esto, Caspe, villa muy fuerte junto al rio Ebro. Quedaba por conquistar una parte del monte Idubeda en los confines de la Edetania y de la Celtiberia, porque gran número de moros, confiados en la fortaleza y fragura de los lugares, se habían retirado a aquella parte. A los fieles, por la aspereza de los montes era dificultosa la empresa y la entrada; con el esfuerzo vencieron todas las dificultades y echaron de aquellos lugares a los enemigos, juntamente se apoderaron de la ciudad de Teruel, que es lo postrero de Aragón. Así el señorío de los moros por aquella parte desde allí adelante tuvo por término y lindero la tierra y reino de Valencia.

En el mismo tiempo Pero Ruiz Azagra, hijo de Rodrigo Azagra, señor que era de Estella, como arriba queda dicho, por cierta ayuda que dio a Lope, rey de Murcia, le obligó de tal suerte, que alcanzó de él que le hiciese donación de Albarracín, ciudad puesta en un monte áspero y fragoso a las fuentes del río Tajo. Poco después para que aquella ciudad tuviese más autoridad, Jacinto, cardenal y legado del papa, y por su orden Cerebruno, prelado de Toledo, pusieron el año 1171 en ella por obispo a uno, llamado don Martín, con orden que la nueva iglesia fuese sufragánea de Toledo; llamaron el nuevo obispado arcabicense. A este obispado después por voluntad de Inocencio IV, pontífice máximo, y de Alejandro IV, su sucesor, aplicaron la ciudad de Segorbe en el tiempo que volvió a poder de cristianos y la hicieron cabeza de aquella diócesis. Estaban los reyes de Castilla y de Aragón ofendidos contra Pedro de Azagra, por causa que el rey de Aragón pretendía que la ciudad de Albarracín le pertenecía como de su conquista. Don Pedro, como se tuviese por libre y exento, no quería hacer homenaje a ningún príncipe. Quejábase el rey de Castilla que en sus tierras el dicho don Pedro se apoderara de algunos castillos; decía era justo con las armas de los dos y por voluntad de entrambos domar la soberbia e insolencia de aquel hombre y sus demasías. Para confirmar este concierto se dieron los dos reyes en rehenes algunos lugares de ambas partes; al rey de Aragón entregaron a Agreda, Cervera y Aguilar; al rey de Castilla Aranda, Borja y Argueda. Concertaron otrosí que Ariza con su castillo fuese entregada al rey de Castilla, según que en la confederación pasada quedó concertado. El ánimo era diferente, y no eran llanos estos tratos, porque como fuese entregada por industria de Nuño Sánchez sin que el rey de Aragón en particular lo mandase, fue ocasión de grandes discordias. Verdad es que solamente se alteraron los ánimos y no se pasó a más que palabras. Esta discordia fue ocasión de confirmar las fuerzas de Pedro de Azagra, ca ninguno de los dos le hizo guerra, y el rey de Aragón, menospreciada la afinidad de Castilla y casamiento que su padre dejó concertado, comenzó a tratar de hacer un nuevo casamiento, de que se agradaba más. Envió sus embajadores a Emanuel Comneno, emperador de Constantinopla, para pedirle a su hija por mujer.

Hallábase demás de esto alterada Aragón por la muerte de Hugo Cervellón, prelado de Tarragona, al cual, porque defendía los derechos de su iglesia, dio la muerte Guillén Aguilón. Era este Guillén hijo de Roberto, persona noble y que por donación de Ondegario, prelado de aquella ciudad, alcanzó el señorío de Tarragona, y a causa de tener pocas fuerzas la entregara a don Ramón, conde de Barcelona y padre del rey de Aragón, con retención para sí de parte de las rentas. Su hijo Guillén, ensoberbecido por esta causa más de lo que pedía el estado y fuerzas que tenía, se atrevió hacer tan gran maldad. Por la muerte de Hugo sucedió Pedro Tarrogio, que era obispo de Zaragoza. La muerte de Hugo fue a 22 de abril del año ya dicho, que fue otrosí año señalado por la muerte de santo To-

más, cantuariense, que por la misma causa mataron ciertos sacomanos malamente en Inglaterra dentro de su iglesia; canonizóle y púsole en el número de los santos Alejandro III como a mártir muerto injustamente. Y parece que en España se le comenzó a hacer luego honra como a santo, pues consta de antiguas memorias que en la iglesia mayor de Toledo no más de seis años adelante hubo altar con nombre de Santo Tomás, que el conde don Nuño y su mujer doña Teresa dotaron de los heredamientos que tenían en Alcabón. Devoción que yo entiendo se hizo por respeto de la santidad del mártir y por agradar de camino a la reina, que era natural de aquella tierra, y hermana del rey Enrique III, que le hizo matar. Hay grandes razones para entender que aquel altar estuvo donde al presente se ve la capilla de Santiago, en que está magníficamente sepultado el condestable don Alvaro de Luna.

Lope, rey de Murcia, falleció el año 1172. Su muerte dio ocasión y despertó al rey de Aragón para que hiciese guerra a los moros de aquella comarca. Pensaba que por faltarles aquel príncipe tan señalado podría fácilmente destruir a los demás. Comenzó primero por Valencia, cuyo Rey por temer las fuerza del aragonés, su contrario, fue forzado a comprar la paz por dineros y prometer que las parias que acostumbraba antes pagar los daría para adelante dobladas. Desde allí pasó la guerra a Murcia, y se puso sobre la ciudad de Játiva, que era principal en aquel tiempo. Estaba casi para tomarla cuando fue forzado a dar la vuelta a su tierra, porque los de Navarra le movían guerra en muy mala sazón, pues le apartaban de una empresa tan santa; pero los hombres suelen tener más cuenta con su interés particular que con la religión ni con hacer lo que deben. Solamente se hicieron treguas con el nuevo rey de Murcia a tal que pagase el tributo que su padre acostumbraba a pagar.

Hecho esto, el rey de Aragón dio la vuelta hacía Navarra sañudo asaz; no se vino a las manos y al trance de la batalla, porque cada una de las partes rehusaba de aventurar todo lo que era en el suceso de una pelea; sólo el rey de Aragón por la parte de Tudela entró en Navarra talando los campos y robando lo que hallaba, y redujo a su poder la villa de Argueda. Esto se hizo al fin de este año, el cual pasado y venido el siguiente, que se contaba de Cristo 1173, de nuevo volvieron a las armas y a la guerra, en que los aragoneses destruyeron y abatieron la villa de Milagro, puesta entre Calahorra y Alfaro; porque desde allí como desde frontera se hacían muchos daños en tierra de Aragón. Debió adelante este pueblo reedificarse, pues el día de hoy vemos quu está en pie.

Falleció doña Petronilla, madre del rey de Aragón, en Barcelona a 13 días del mes de octubre. Al principio del siguiente año, 18 días andados del mes de enero, en Zaragoza se hicieron en fin las bodas del rey de Aragón y de doña Sancha, que el padre del rey dejó concertadas; y aunque el esposo estaba arrepentido y mudado, todavía mudada de nuevo la voluntad, antepuso la afinidad y deudo de los reyes de Castilla, en que se contenían muchos parentescos de otros reyes y comodidades, al casamiento y parentesco forastero del emperador, de donde poca ayuda se podía esperar. Efectuó, como yo creo, todo esto Jacinto, legado del papa, ca no hay duda sino que se halló presente en la solemnidad de las bodas. La hija del emperador griego casi en este mismo tiempo y sazón llegó a Montpellier, ciudad de la Galia Narbonense; allí, por hallarse burlada y por no poder más, casó con el señor de aquella ciudad, que fue un trueco muy desigual de reina en particular.

CAPÍTULO XIII
DEL PRINCIPIO DE LA CABALLERÍA DE SANTIAGO

Por estos tiempos comenzaron a ser nombrados los caballeros que tienen el apellido de Santiago, que nos da ocasión para tratar brevemente de los principios de esta milicia y orden y en qué manera de bajos principios ha crecido y llegado a la grandeza que hoy tiene, poco menos que real, y que algún tiempo se hizo temer de los reyes. En el tiempo que se descubrió el sepulcro del apóstol Santiago comenzó la devoción de aquel lugar a extenderse, no solamente por toda España, sino también acerca de las naciones extrañas; muchos de todas partes del mundo concurrían a visitarle, a otros muchos espantaban la dificultad del camino por la aspereza y esterilidad de aquellos lugares y las correrías de los moros, que se decía cautivaban a muchos de los peregrinos. Los canónigos de San Eloy, no se sabe puntualmente en qué tiempo, los años siguientes, con deseo de remediar estos males, edificaron en muchas partes por todo aquel camino que llega hasta Francia hospitales para recibir a los peregrinos. Entre estos el que se edificó en el arrabal de León, con nombro de San Marcos, fue el de más cuenta, y tuvo el más principal lugar. Con este oficio de piedad, no sólo ganaron los ánimos del pueblo, sino también las voluntades de los principales, tanto, que les dieron por entonces grandes riquezas y rentas; y adelante por su ejemplo algunos en Castilla, ejercitados en la guerra, personas nobles y ricas, con el celo que tenían de ensanchar el señorío de cristianos, juntaron en común los bienes particulares de cada uno a manera de religiosos. Estos, por industria del cardenal Jacinto y a su persuasión, por estos tiempos determinaron de unirse y juntar sus fuerzas con los canónigos de San Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago. Con este acuerdo se partieron para Roma para alcanzar aprobación del pontífice Alejandro de su instituto y manera de vida, que querían ordenar conforme a la regla de san Agustín, que abrazaban los dichos canónigos.

Pero Fernández de Puente Encalada, que fue el principal en esta embajada, a persuasión de Cerebruno, arzobispo de Toledo, ganó una bula del pontífice, su data a 5 de julio, año de 1175, en que se señala a los soldados la manera de vivir, poniéndoles leyes muy buenas; a la cual manera de vida se reciben también mujeres, con tal que no se puedan casar, sino fuere con consentimiento del maestre. Mandóse que de todo el número de los caballeros señalasen trece que nunca se apartasen del lado del maestre, y juntamente con él todos los años en un lugar señalado hiciesen su capítulo general. Demás de esto, otros muchas cosas se ordenaron., que sería largo relatarlas. El mismo Pero Fernández fue creado por maestre de aquella milicia y orden, y así fue el primero de los maestres; las insignias de los soldados en manto blanco una cruz roja hecha a manera de espada. Señalóseles por convento el hospital de San Márcos, que estaba en León. Tenían por este mismo tiempo en Castilla y en León grandes heredamientos, no pocos castillos y lugares, entre los demás se cuentan Uclés, Mora, Estriana, Almodóvar, Larunda, Santacruz de la Zarza, que así se llama en la bula del papa un lugar que antiguamente se llamó Vicus Cuminarius cerca de Ocaña.

Sucedió el año siguiente de 1176 que don Alfonso, rey de Castilla, siendo de mayor edad y estando determinado de vengar los agravios que los navarros y leoneses le hicieron los años pasados, se aparejaba para la guerra. Hizo sus votos en Toledo antes que se pusiese en camino y saliese en campaña; hizo donación de Illescas, que parece había vuelto a ser del rey, y de Hazaña a la iglesia mayor de Toledo por el mes de julio, para alcanzar de los santos patrones de aquel la ciudad que la guerra que trataba de hacer tuviese próspero fin. Hecho esto, entró por la Rioja con grandes gentes hasta la ribera de Ebro. Lo demás que sucedió en esta guerra no se sabe, sino que después de maltratados los navarros, consta dio la vuelta contra el reino de León, taló los campos, tomó y saqueó y abrasó los lugares; y esto a causa que el rey, su tío, era de menores fuerzas y rehusaba de venir a las manos con aquel bravo y mozo príncipe.

Pero la ira del rey de León se volvió contra los nuevos soldados de Santiago, por sospechar favorecían al rey de Castilla como a su antiguo señor, tanto, que los echó a todos del reino y los forzó

a retirarse a Castilla. Arrepintióse presto el rey don Fernando de lo que hizo, por despojar sin bastante causa su reino de una ayuda tan grande como era la de estos caballeros; más no lo pudo remediar, dado que por intercesión de prelados y grandes y otras buenas personas, con cierta manera de treguas por entonces se dejaron las armas y se apaciguaron estos bullicios. Esto nos pareció referir y poner por escrito de los principios de aquella orden, que parecerá corto si se mira a su dignidad, si la brevedad que llevamos en esta obra, lo que basta. No ignoramos que algunos le señalan más alto principio; unos de don Alfonso el Casto, otros del rey don Ramiro; engañó sin duda a los unos y a los otros el deseo de ilustrar aquella milicia y un privilegio que alegan en esta razón de don Fernando el Magno, primer rey de Castilla, con data y antigüedad de más de cien años antes de este tiempo, que dicen concedió al monasterio de monjas de Salamanca, que se llama de Sancti Spiritus; pero los más eruditos le tienen por falso. Las razones que les mueven no hay para qué declararlas; la misma cosa se da a entender, ora se considere el estilo diferente del que en aquellos tiempos tan groseros se usaba, ora la cuenta que sigue de los años por el nacimiento de Cristo; cuenta por estos tiempos aún no recibida en España.

Dejado esto aparte, en Francia entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa, después de grandes alteraciones se hicieron paces. Estaba el de Tolosa sentido que el matrimonio de su hijo, que dejó antes de su muerte concertado el conde de la Provenza, don Ramón Berenguel, que falleció diez años antes de éste, con su hija y heredera, habida en Rica, la emperatriz, el rey de Aragón le hubiese impedido. Pretendía con las armas el condado de la Provenza, así por el derecho antiguo que mostraba tener, como nuevamente por tocar a su hijo como dote de aquella doncella. Concertó el rey y prometió de darle tres mil marcos de plata porque se apartase de aquella querella. Con esto una hermana de Trencavello, vizconde de Carcasona, llamada doña Beatriz, casó con el hijo del conde de Tolosa; que no se pudo alcanzar del rey de Aragón le diese, como él lo pretendía, por mujer la hija del conde de la Provenza. Hízose esta confederación principalmente por diligencia y autoridad de Hugo Jofre, maestre de los templarios, que intervino en todo esto.

CAPÍTULO XIV
CÓMO LOS DE CASTILLA GANARON LA CIUDAD DE CUENCA

Comenzaba Castilla después de largas miserias a alzar cabeza por el esfuerzo del rey don Alfonso, y como de unas tinieblas muy profundas a mirar la luz. Las fuerzas de los moros se iban enflaqueciendo y envejeciendo. Los almohades ocupados con los movimientos de África, no podían cuidar de las cosas de España; tanto más, que por muerte de Abdelmon, fundador de aquel nuevo imperio, su hijo Abenjacob los años pasados se encargó del imperio de aquella gente, puesto que hombre animoso, pero ni de igual esfuerzo ni de igual felicidad a su padre. Por lo uno y por lo otro se ofrecía buena ocasión de volver con mayor esfuerzo a la guerra sagrada. Los fieles hasta ahora impedidos o por la flaca edad de los reyes, o por los movimientos civiles de la provincia, no parece miraban bastantemente por la dignidad del nombre cristiano. Don Alfonso, rey de Castilla, venido d mayor edad, fue el primero a tomar aquel cuidado, y después que en la guerra pasada se satisfizo de los navarros y de los leoneses, se determinó de tratar con el rey de Aragón de acometer la guerra contra los moros.

Juntáronse para esto a vistas; trataron en ellas por qué parte sería bien hacer la guerra e los moros. Ofrecióse la ciudad de Cuenca, puesta en los *limes* de la Celtiberia, edificada por los moros (que en el imperío romano ni en la historia de los godos no hay mención alguna de aquella ciudad) y asentada en un collado áspero y empinado, que a manderecha y a mano izquierda estrechan los ríos Júcar y Huécar con las riberas y hoces muy alias, de tal guisa, que es inexpugnable por la naturaleza del lugar. La subida dificultosa, las calles estrechas y tan agrias, que muchas veces no se pueden andar a caballo, y apenas se andan a pie. No tenían en aquel tiempo fuentes ni pozos dentro de la ciudad; mas en nuestra era han traído de los montes cercanos fuentes y caños perpetuos, que corren por todas las partes; así, que podíanle quitar el agua, más no la podían ceñir con cerco por la aspereza de los lugares y sitio. Pareció a los reyes de combatir primero esta ciudad, porque era como un fortísimo baluarte de los moros y de su señorío, hiciéronse grandes juntas de gentes en la una provincia y en la otra; capitanes muy señalados en sangre y en hazañas, prelados y grandes en buen número acompañaban a los reyes, como fueron: Pedro, obispo de Burgos; Jocelin, de Sigüenza; Sancho, de Ávila; Raimundo, de Palencia; sin estos Pedro, arcediano de Toledo, y Gonzalo, arcediano de Talavera; don Gonzalo Marañón, paje de armas del rey de Castilla; Ordoño Garcés y Garci Garcés. Entre todos, don Pedro de Azagra, ya reconciliado con los dos reyes, fue el primero de todos que con su particular escuadrón se presentó delante de aquella ciudad.

Comenzóse el cerco al principio del año; el sitio del lugar no sufría que acometiesen la ciudad, ni se aprovechasen de los ingenios. Y los moros, así por su esfuerzo como con la esperanza que tenían de ser socorridos de África, se defendían valientemente; duraba el cerco mucho tiempo, y no padecían mucho menor falta de mantenimientos en los reales que dentro de la ciudad. Erales forzoso sustentarse con lo que robaban, y de las presas, de que tenían poca comodidad por la esterilidad de los lugares; faltaba el dinero para pagar el sueldo, que es lo que convida a los obligados y hace a los regatones traer provisiones a los reales.

Movido el rey de Castilla por estas dificultades, se partió para Burgos con intento de juntar dineros. Hiciéronse Cortes del reino y procuróse que, no solo los pecheros y gente popular, sino también los francos, que en España llamamos hidalgos, cada año pagasen al rey cinco maravedíes de oro, y esto a causa que el pueblo, gastado con tantas imposiciones, no podía llevar los gastos de la guerra; que era justo moviese a los demás el amor de la patria y la falta del tesoro real, para que cediesen en parte a su derecho y a su antigua libertad; daño que se podía recompensar adelante con mayores provechos. Daba este consejo don Diego de Haro, señor de Vizcaya, hombre poderoso por sus fuerzas y por el parentesco del rey de León, de grande presunción y ánimo; porque don Fernando, rey de León, repudiado que hubo la reina doña Urraca, como arriba queda dicho, casó con doña

Teresa, hija de don Nuño, conde de Lara; por cuya muerte, que fue en breve, casó de nuevo con doña Urraca, hija de don Lope de Haro y hermana de este don Diego. De este casamiento nacieron don Sancho y don García. Opúsose a los intentos de don Diego don Pedro, conde de Lara. Arrimósele gran número de nobles, que arrebatadamente se salieron de las Cortes, determinados de defender por las armas la franqueza ganada por las armas y esfuerzo de los antepasados. Decía que en ninguna manera sufriría que en su vida se abriese aquella puerta, y se hiciese aquel principio para oprimir la nobleza y trabajarla con nuevas imposiciones, bien que fuese necesario dejar el cerco de Cuenca. El rey, movido por el peligro, desistió de aquel pensamiento. A don Pedro, por lo que hizo y por el valor que mostró, acordaron los nobles entre sí que cada año a él y a sus sucesores le hiciesen un gran convite para que quedase memoria de aquel hecho y los descendientes fuesen por aquella manera amonestados a no sufrir por cualquiera ocasión que se presente les sea menoscabado el derecho de la antigua libertad.

Entre tanto que estas cosas pasaban en Burgos, pasados nueve meses que duraba el cerco, fue Cuenca por el esfuerzo de los fieles ganada por el mes de septiembre el mismo día de San Mateo, año de 1177. El cual año, no solamente fue señalado por la memoria de esta jornada y empresa, sino eso mismo dichoso por la virtud y felicidad del pontífice Alejandro y haberse acabado la discordia y cisma que en Roma duraba, a causa que Inocencio, sucesor de Víctor, de su voluntad renunció el pontificado. Fue también alegre a los navarros por el nacimiento de don Fernando, que le parió la reina doña Beatriz, abundante en sucesión, porque antes de esto tuvo estos hijos: don Sancho, don Ramón, doña Berenguela, doña Teresa y doña Blanca. Los vencedores, concluida aquella empresa, con intento de ennoblecer la ciudad de Cuenca, ganada de nuevo, trataron de hacerla catedral y trasladar a ella los derechos de Valera, en que hubo silla obispal en tiempo de los godos. Vino en esto el pontífice romano y en que su primero obispo fuese un varón señalado por nombre Juan. A los ciudadanos fue concedido que tuviesen voto en las Cortes del reino. A los aragoneses en premio de su esfuerzo alzaron la sujeción, con que solían obedecer y hacer homenaje a los reyes de Castilla como sus feudatarios y que eran forzados a jurarles fidelidad. Hízose confederación entre los dos reyes contra todos los príncipes, excepto solamente el rey de León; hízosele aquella honra por ser pariente tan cercano.

Ganada que fue Cuenca, la villa de Alarcón, de asiento y sitio no menos fuerte, se ganó, ca continuaron la guerra contra los moros por aquella parte los años siguientes. Demás de esto, la villa de Iniesta vino a poder de cristianos, pueblo en aquella comarca, más conocido por las minas que tiene de sal a manera de piedras trasparentes y espejadas, que por la fertilidad de los campos. A los caballeros de Santiago se ordenó que para que mejor pudiesen hacer la guerra a los moros, pusiesen su asiento y convento en Uclés, de donde, como don Fernando, rey de León, arrepentido de lo hecho, pretendiese volverlos a su antigua morada, después de muchos debates sobre el caso, se hizo concierto que cuatro sacerdotes de aquella orden se enviasen a León; con tal condición que quedasen sujetos al convento de Uclés: sujeción que ellos adelante por ser diferentes los reyes rehusaron constantemente de sufrir. Tratóse mucho tiempo el pleito, hasta tanto que las diferencias se sosegaron por autoridad de Urbano V, que mandó ambos conventos fuesen exentos el uno del otro y que obedeciesen solamente al maestre de la orden. No mucho después recibieron a estos caballeros en Portugal, y en él les dieron riquezas y lugares, obedecieron largo tiempo al maestre de toda la orden, hasta tanto que don Dionisio, rey de Portugal, puéstoles diferente cabeza, los eximió de la sujeción y la obediencia de Castilla. Estas cosas, aunque sucedieron en muchos y diferentes años, las juntamos aquí para ayudar la memoria.

Volvamos al orden de los tiempos. Cuando el rey don Alfonso hizo donación de diversas rentas a estos caballeros, a los principios de su orden les dio a Ocaña y a Colmenar de Oreja, que está a la ribera del Tajo, con otros pueblos. Maqueda, Azeca, Cogolludo, Zorita, asimismo fueron por el mismo rey dados a los caballeros de Calatrava. Edificó él mismo a la frontera del reino la ciudad de

Plasencia, y quiso que fuese obispal, donde antes se veía una aldea llamada Ambroz; este nombre quiso mudar en el de Plasencia para pronosticar que sería agradable y daría placer a los santos y a los hombres y también por la frescura del sitio, bien que el cielo que tiene no es muy saludable. Repáronse los muros de Toledo, y el pueblo de Alarcos se edificó, y pobló en los oretanos, no lejos de Almagro, en un sitio alto.

Estas cosas se hacían en el año del Señor de 1178, en el tiempo que don Alfonso, rey de Aragón, se apoderó del condado de Rosellón por muerte del conde Giraldo, que no dejó sucesión. Así comenzó a intitularse en escrituras públicas rey de Aragón, conde de Barcelona y Rosellón y marqués de la Provenza. El año siguiente de 1179, a 20 del mes de marzo, partió de Perpiñán y fue al lugar de Cazola, donde tenían señaladas vistas entre él y el rey de Castilla. En esta habla, porque tenían diferencia sobre la manera cómo se debía hacer la guerra a los moros y qué parte de aquella conquista a cada cual de los dos tocaba, se acordó que a la conquista de Aragón perteneciesen Valencia, Játiva, Denia con todas sus tierras; los demás pueblos y ciudades que se contenían en los contestanos, que eran el reino de Murcia, fuesen de la conquista de Castilla. Hicieron liga contra don Sancho, rey de Navarra, en gran perjuicio suyo, porque con las armas de Castilla fueron ganados y quedaron por aquellos reyes Briviesca, Cerezo, Logroño y los demás pueblos que hay desde los montes Doca hasta Calahorra. El arzobispo don Rodrigo pone también en este cuento a Navarrete, pueblo que otros dicen aún no era edificado en aquel tiempo; pero más caso se debe hacer de la autoridad y testimonio de don Rodrigo.

Desde allí revolvieron las armas de Castilla contra los leoneses, talaron los campos, tomaron y saquearon los lugares y robaron todo lo que pudieron. El rey de León, como quier que no tuviese fuerzas bastantes, no desistía de mover al rey de Aragón, y con cartas y mensajeros avisarle que el rey de Castilla había quebrado la confederación hecha en Cuenca; que pertenecía a su dignidad quebrantar la soberbia de aquel fiero mozo, porque, aumentado su poder, no destruyese a los demás, que siempre es bien contrapesar las potencias. Daba el de Aragón oídos a esto; más era menester algún color nuevo para romper. Envió a don Berenguel, obispo de Lérida, y don Ramón de Moncada al de Castilla para pedir el pueblo de Ariza y su castillo, que por los conciertos pasados quedó como en tercería, con orden que si no alcanzasen por bien lo que pretendían, le denunciasen la guerra. Grande espanto y muestra de una grande guerra se representaba a toda España, por revolverse entre sí en un mismo tiempo tantos reyes. La modestia del rey de Castilla lo allanó todo, ca entregó Ariza a los aragoneses y se la restituyó. Dejó otrosí y alzó mano de la guerra de León, pareciéndole con lo hecho dejaba vengadas bastantemente las injurias y excesos pasados.

CAPÍTULO XV
CÓMO DON ALFONSO, REY DE PORTUGAL, FUE PRESO POR EL DE LEÓN

Los ánimos de los leoneses estaban adversos de don Femando, su rey, y parece que si se ofrecía ocasión, mostrarían el odio que tanto tiempo tenían en sus pechos encubierto. Causados con nuevas imposiciones que les cargaba, llevaban mal la aspereza del rey y su condición. A otros movían otras causas particulares; en particular los de Salamanca sentían que habiendo el rey reedificado a Ledesma, les hubiese, para darle término, quitado parte de su tierra. Así, en sazón que el rey se hallaba embarazado en la guerra sobredicha, fueron los primeros a declararse y se levantaron contra él. El principal movedor de este alboroto, llamado Nuño Ravía, fue elegido por capitán; don Lucas de Tuy dice que le llamaron rey. Los de Ávila, con quien tenían antigua amistad, avisados de todo el negocio, les enviaron ayudas. El rey don Fernando, porque el mal no cundiese, acudió luego a sosegar estos alborotos. Juntáronse los campos; diose la batalla junto a Valdemusa, en que fueron vencidos y desbaratados los rebeldes; forzáronles asimismo y ganáronles los reales. El mismo capitán Nuño Ravía fue preso y justiciado conforme a las leyes de la guerra. Los demás, de feroces que poco antes eran, luego quedaron humildes y obedientes; que ninguna cosa hay en el vulgo templada y mediana; o espantan o temen. La misma ciudad de Salamanca volvió a la obediencia. Desde allí partió el rey para Zamora, porque le avisaban que también aquella ciudad con deseo de novedades andaba alterada; pero ella fácilmente se sosegó; el ejemplo y trabajo ajeno la hizo más recatada. En esta sazón el cuerpo del rey don Ramiro, tercero de este nombre, fue trasladado del lugar de Destriana a Astorga y puesto en la iglesia mayor en un sepulcro más cómodo que antes.

Sosegados estos movimientos, al rey aquejaba el cuidado de defender a Ciudad Rodrigo, que la tenía cercada don Fernando de Castro con gran número de moros. La ayuda de san Isidro, al cual los leoneses tenían por patrón particular, les asistió para que los bárbaros quedasen por el rey don Fernando vencidos en batalla, muertos y desbaratados. Con esta victoria cobraron los leoneses orgullo, pasaron adelante y trabajaron las tierras de Portugal comarcanas con talas y con robos. Lo que más era a propósito y muchos grandemente deseaban, el mismo don Fernando de Castro por diligencia de este rey se redujo a mejor consejo; ca le exhortó que le ayudase a él contra el rey de Castilla antes que a los enemigos del nombre cristiano. Aceptó él este partido que le ofrecían, y como era de gran corazón y en las cosas de la guerra señalado entre pocos, con deseo de mostrarse entró luego por las tierras de Castilla con gentes de León. En tierra de Campos, junto a un lugar llamado Lubrical, venció en una batalla las gentes contrarias que le salieron al encuentro. Muchos señores quedaron presos, y entre ellos el mismo don Nuño de Lara, su enemigo capital. Mas él los trató benigna y cortesmente, y con grande loa de modestia y de humanidad los dejó ir libres a sus tierras, solamente les hizo jurar que le serían amigos fieles. Él mismo, repudiada su primera mujer, casó con doña Estefanía, hermana del rey don Fernando; y el que por sangre y hazañas era esclarecido, quedó más ennoblecido por el parentesco real. De este matrimonio nació don Pedro de Castro, de quien adelante se hará mención.

Siguióse otra guerra, que se hizo contra Portugal por esta ocasión: Don Alfonso, rey de Portugal, puesto que de grande edad y muy viejo, nunca aflojaba en el cuidado de la guerra. Tenía el ánimo muy fuerte, si bien el cuerpo era flaco. Llevaba mal que el rey don Fernando con haber reedificado a Ciudad Rodrigo a la raya de su reino hubiese por el mismo caso puesto como grillos a Portugal y edificado una fuerza, de donde los campos de aquella provincia pudiesen libremente, como poco antes lo hicieran, ser maltratados. Juntó un grueso ejército y mandó a don Sancho, su hijo, que con aquellas gentes se pusiese sobre aquella ciudad. Prometíase seguramente la victoria, a causa que el rey de León en el mismo tiempo se hallaba apretado con la guerra de Castilla, como poco antes se ha dicho, y los suyos alborotados. El rey don Fernando en aquel peligro no se olvidó de la honra y reputación, además que no ignoraba cuánto se disminuirían sus fuerzas si perdiese aquella ciudad.

Salió pues con parte de sus gentes al encuentro a los portugueses. Pelearon cerca del lugar llamado Arraganal; los portugueses fueron vencidos, unos muertos y desbaratados, otros presos, que dejó todos ir libres a sus tierras. Don Alfonso, rey de Portugal, avisado de aquella pérdida, juntadas sus gentes, entró por las tierras de Galicia, apoderóse de Limia,de Turonia y otros lugares por aquella comarca. Después de esto, rehaciéndose de nuevas gentes, con deseo devengarse, determinó acometer a Badajoz, ciudad que aunque era de moros, estaba a devoción del rey don Fernando. Por esto, juzgando él que pertenecía a su autoridad no desamparó la en aquel peligro, acudió a socorrerla. El portugués tenía ya tomada gran parte de la ciudad; más como se atreviese a dar la batalla a los leoneses, fue en ella vencido y forzado a retirarse a la misma ciudad de do saliera. No era la recogida segura; apretaban al vencido de una parte los moros, que tenían en su poder lo más alto del pueblo, y de la otra los leoneses; intentó de salvarse por los pies y huir; al salir se hirió malamente en el cerrojo de la puerta de la ciudad y cayó del caballo. Así, preso de los enemigos, vino en poder del rey don Fernando, que le trató humanísimamente, y le hizo curarla herida, no con menos cuidado que si fuera su padre. Fuera de esto, luego que estuvo sano, le dejó ir a su tierra; si bien el portugués, movido de esta humanidad, se mostraba aparejado a poner en su poder todo su reino y obedecerle como a señor. Mas no quiso aceptar el rey don Fernando, contento solo con recobrar los lugares que poco antes le tomara en Galicia. Tenía otrosí por bastante fruto de la victoria usar de templanza y humanidad.

En Cuenca por la muerte de Juan I, obispo de aquella ciudad, fue puesto en su lugar Julián, hombre santo, maravilloso por la vida y la erudición. Era natural de Burgos, y aún se halla en los papeles de la iglesia de Toledo que fue arcediano de Toledo; con sus predicaciones en la mayor parte de Castilla tenía hecho gran provecho en los moros y cristianos y ganado gran renombre y fama en el oficio de predicar, que fue el escalón por donde subió al obispado, y después en el número de los santos le pusieron ésta y otras virtudes.

Doña Urraca, reina de Navarra, hija del emperador, después de la muerte del primer marido, casó los años pasados con don Álvaro Rodríguez, persona principal en Castilla, y sin tener hijos de este matrimonio, falleció este año por el mes de agosto. Su cuerpo yace en Palencia en la iglesia mayor con este letrero:

AQUÍ REPOSA DOÑA URRACA, REINA DE NAVARRA, MUJER DE DON GARCI RAMÍREZ,
LA CUAL FUE HIJA DEL SERENÍSIMO DON ALFONSO EMPERADOR DE ESPAÑA, QUE GANÓ A ALMERÍA.
FALLECIÓ A 12 DE OCTUBRE, AÑO DEL SEÑOR DEL 1189.

Así dice el letrero. Nos en la razón de los tiempos seguimos los *Anales de Toledo*, y por ellos quitamos diez años de esta cuenta.

El año luego siguiente de 1180, a 5 de octubre, Luis, rey de Francia, seteno de este nombre, falleció en París; dejó por su sucesor a su hijo Felipe, por sobrenombre Augusto. Por el mismo tiempo en aquella parte de Vizcaya que se llama Álava edificaron por mandado de don Sancho, rey de Navarra, la ciudad de Vitoria, cabeza de aquella provincia, do antes estaba una aldea llamada Gasteiso. La causa de mudarle el nombre antiguo y ponerle éste no se sabe, aunque no debió faltar.

En Tarragona otrosí se tuvo un concilio de obispos, en que se trató, así de otras muchas cosas, como también se estableció por ley que en adelanto mudada la antigua costumbre que los catalanes guardaban, se dejase, y no escribiesen en las escrituras públicas el nombre de los reyes de Francia ni pusiesen en ellas el año de su reinado, como lo acostumbraban.

Siguióse el año 1181 y en él la muerte de don Cerebruno, arzobispo de Toledo, a 12 de mayo. Sepultáronle en su iglesia en la capilla de San Andrés. Sucedióle don Gonzalo, primero de este nombre, varón de grande y excelente virtud. Quién pone antes de don Gonzalo a Pedro de Cardona, quién después de él; debió ser electo y no consagrado, y aún hay memoria en Toledo que le hace cardenal; los más le pasan en silencio en este cuento de los prelados de Toledo.

CAPÍTULO XVI
CÓMO MURIERON LOS REYES DE PORTUGAL Y DE LEÓN

La jornada que don Alfonso, rey de Portugal, hizo contra los moros, dado que le sucedió mal, fue ocasión que los nuestros entendiesen se podrían apoderar de Badajoz; por esto don Fernando, rey de León, a cuya conquista pertenecía, juzgó que no se debía dejar pasar aquella ocasión, como príncipe que era de suyo enemigo de ocio y de condición bulliciosa y más aventajado en la disciplina militar que en las artes de la paz. De Zamora, donde se retiró después que soltó al rey de Portugal, apercibido de nuevas gentes, marchó para aquella guerra y ganó la dicha ciudad de Badajoz. Era habitada de moros, y no podía por entonces llevar nueva población de cristianos ni poner en ella guarnición bastante de soldados. Acordó dejar por gobernador a un moro, llamado Abenabel. Los bárbaros no guardan la fe, la palabra ni juramento sino cuando no pueden más. En breve pues se rebeló contra don Femando y llamó en socorro suyo a los almohades. Pasó adelante, que no contento con la posesión de aquella ciudad, formado un buen ejército, acometió primeramente las tierras de León, en que taló, saqueó y robó todo lo que por aquella parte se le puso delante; luego dio la vuelta a Portugal, cercó al rey don Alfonso dentro de Santarem, que halló descuidado y desapercibido de todo lo necesario. Don Fernando, rey de León, encendido en deseo de vengar sus injurias y movido por el peligro del rey, su suegro, de cuya defensa ya una vez se encargó, juntadas de presto sus gentes, salió al encuentro a los moros que estaban feroces por lo hecho. Pero ellos luego se pusieron en huida por no sentirse iguales a las fuerzas de ambas naciones. El rey de Portugal, como al principio sospechase que don Fernando venía mudado de voluntad contra él y no menos se recelase de su poder que de las armas de los moros, sabida la verdad, se alegró y cobró ánimo.

Don Fernando, ganada muy gran gloria y cargado de los despojos de moros, volvió a su tierra el mismo año, que fue el de nuestra salud de 1181, en que comenzó a gobernar la Iglesia de Roma Lucio, tercero de este nombre, natural de Luca, sucesor de Alejandro III. De este pontífice dicen que envió cierto cardenal, cuyo nombre no se refiere, por su legado y con grandes poderes a España para asentar las paces entre los reyes cristianos, que, divididos en gran daño del común, contendían entre sí con odios muy grandes, muchas veces sin muy grande ocasión, por donde dejaban pasar grandes ocasiones que se ofrecían y comodidades para oprimir la morisma, gente bárbara. El rey de Aragón, por estar determinado de ir en romería a Santiago, hizo compañía al legado hasta Castilla, en particular por el deseo que tenía de interponer su autoridad para que se hiciesen las paces. Parecíale cosa muy honrosa que por su medio se estableciese la concordia deseada entre los reyes y se dejasen las armas. Sucedió como lo pensaba, que a su instancia se concertó la paz, y a cada uno de los reyes señalaron los términos hasta donde llegasen sus estados. De lo que quedaba en poder de los moros, al tanto determinaron las ciudades, lugares y castillos que pertenecían a la conquista de cada cual de estos príncipes, sobre lo cual tenían antes de esto no pequeño debate. En estas pláticas, no solo ganó el rey de Aragón loa de pacificador, sino también de modestia; ca se contentó con lo que le señalaron para su conquista, que fue sola aquella comarca que desde Aragón llega hasta Valencia, dado que por agraviarse el rey don Pedro, su hijo, que en esta confederación y concordia se le hizo sinrazón, alcanzó que los términos de la conquista de Aragón llegasen y se extendiesen hasta Alicante. Los demás reyes con los términos y rayas que se les señalaren terminaron de buena gana su señorío.

Solamente el rey de Navarra quedaba sentido y extrañaba los grandes agravios que le tenía hechos don Alfonso, rey de Castilla. Por esta causa no se pudo persuadir a venir en aquella común confederación y corte que se dio entre los demás. Todavía después de este asiento duró algún tiempo la paz entre los cristianos; por lo menos hubo pocas revueltas y de poca consideración. Hacíase la guerra a los moros, mayormente el rey de Portugal se señalaba en esto; demás que entre los alborotos de la guerra, cuidadoso de acrecentar la piedad cristiana y culto divino, él mismo desde el promontorio Sacro, que por este respeto y para con su presencia considerar el lugar fue allá por dos ve-

ces, procuró e hizo que los huesos de san Vicente mártir, se trasladasen a la iglesia mayor de Lisboa, que fue el año 1183. Él se ocupaba en ésta y semejantes obras de piedad.

A su hijo don Sancho envió de la otra parte de Tajo para que tuviese cuidado de la frontera e hiciese rostro a los moros. Él, como mozo y fervoroso por la edad y con deseo de ganar honra, con buen número de los suyos entró en el Andalucía y taló las tierras de los moros por todas partes hasta llegar a Sevilla. Asimismo a los sevillanos, que con intento de vengar aquella afrenta le salieron al encuentro, los desbarató en batalla, puso cerco sobre Ilipa, que hoy se llama Niebla, pero no la pudo ganar, porque vino nueva que grandes gentes de moros tenían puesto cerco sobre Beja, en los confines de Portugal. Así don Sancho, movido por el peligro de los suyos y porque no pareciese que por pretender lo ajeno dejaba perder lo que era suyo y cayese en reprensión de lo que pretendía honrarse, alzado el cerco de Niebla, acudió a Portugal. Con su venida los bárbaros fueron vencidos y forzados a partirse de aquella ciudad. Don Sancho, esclarecido con tantas victorias, entró en Santarem a manera de triunfante.

Al mismo tiempo vino aviso que los almohades con su caudillo el rey Abenjacob apercibían grandes gentes contra Portugal. La diligencia de que usaron fue grande; más presto que se pensaba pusieron cerco sobre aquella villa de Santarem. Don Alfonso, rey de Portugal, dado que se hallaba muy pesado por la edad y por haber quedado cojo de una pierna después que en Badajoz se le quebró, de tal manera, que usaba de coche por no poder andar a caballo, convocados soldados de todo su reino, se apresuró para ir a Santarem. Diose la batalla, en que los moros no fueron iguales a los portugueses, porque el padre por frente, y el hijo, que salió de la villa, por las espaldas los apretaron; fue grande la matanza y muchos los que se pusieron en huida; al mismo rey bárbaro dieron en la batalla una herida mortal, y como quier que pretendiese para escapar pasar a Tajo, que por aquella parte va muy arrebatado y lleva mucha agua, se ahogó en el río, que fue el año de 1184. Sucedióle en los dos imperios de África y de España Abenjuzef, su hermano. Esta victoria se tuvo por muy señalada, y por ella se hicieron grandes regocijos en toda España.

Verdad es que la muerte de Armengaudo o Armengol, conde de Urgel, aguó algún tanto esta alegría; era hijo de Armengaudo Castilla, conde de Barcelona, y tenía por mujer una hermana del rey de Aragón; y no solo poseía gran estado en Cataluña y Aragón, sino también en Castilla era señor de Valladolid, por ser bisnieto de don Peranzules, de quien en su lugar se hizo mención, que fue un gran personaje. Este príncipe, con deseo de adelantar el partido de los cristianos, con sus gentes particulares rompió por la tierra de Valencia; pero después de algunos buenos sucesos que tuvo fue muerto por los moros junto a la villa de Requena en una celada que le pararon y con engaño. Otros dicen que los castellanos le dieron la muerte; la pública voz y fama fue que los moros le mataron; que parece más probable y es más justo que se tenga por verdad. Lo cierto es que este desastre sucedió a 11 días de agosto; dejó un hijo de su mismo nombre por heredero de sus estados.

En otra parte don Sancho, rey de Navarra, se metió por tierras de Castilla, y llegado hasta el lugar de Atapuerca, como llevase gran presa robada por aquellos lugares, el abad de San Pedro de Cardeña, movido por el trabajo y lágrimas de los comarcanos, fue apresuradamente en busca del rey que se volvía a su tierra; alcanzóle y pidióle restituyese la presa a los que padecieron el daño, pues parecía cosa injusta que los agravios hechos por los reyes los pagase la gente miserable y sobre ellos descargase la saña. Condescendió el rey a los ruegos del abad por ser tan justificado lo que le pedía, demás del particular respeto que tuvo al estandarte del Cid, que el abad y los monjes del templo do le tenían le tomaron y le llevaban delante para moverle más. Lo cual hizo tal impresión en su ánimo y en tanto grado, que él mismo acompañó el dicho estandarte hasta dejarle en el lugar en que antes le tenían. Sucedieron estas cosas el año de 1185.

En este año los reyes de Portugal, padre e hijo, fueron primero a Coimbra, desde allí se partieron para la ciudad de Oporto. Allí celebraron las bodas entre Felipe, conde de Flandes, y doña Teresa, hija del mismo rey don Alfonso, a quien los flamencos llaman Matilde. Concluidas las fiestas,

volvieron a Coimbra; allí el rey, agravado de enfermedad y de los años, falleció a 6 del mes de diciembre en edad de noventa y un años. Su cuerpo, según que él ordenó en su testamento, sepultaron en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo fundó, en una sepultura humilde; de donde por mandado del rey don Manuel, en tiempo de nuestros abuelos, le pasaron a otro sepulcro de mármol blanco de labor muy prima. Fue varón admirable, acabado en todo género de virtudes, del reino de Portugal no sólo fundador, sino conquistador en gran parte. Pasó su larga edad y reinado casi sin ningún tropiezo. En las cosas de la guerra y en las artes de la paz se señaló igualmente, junto con el celo que tenía a la religión, de que dan muestra muchos templos que en Lisboa y en Ébora y en otros lugares edificó. Corría a las parejas en piedad y devoción su mujer doña Malfada, hacía en todo el reino edificar a sus expensas muchos monasterios y iglesias; señales muy manifiestas de la virtud que ambos tenían. Hallábase España en sosiego después que entre los reyes se concertaron las paces y por la muerte del rey Jacob de los almohades. Sólo comenzaba por otra parte una nueva guerra y un nuevo miedo, que ponía a muchos en cuidado.

Era cosa muy honrosa a don Pedro Ruiz de Azagra que en los ojos de tan grandes reyes conservase un tan pequeño estado como el que tenía sin reconocer a nadie vasallaje. Acudía él de buena gana a ayudar a los reyes en la guerra contra los moros, y arriba queda dicho lo mucho que hizo cuando se ganó la ciudad de Cuenca; pero no se podía persuadir a hacer homenaje a ninguno, y para mostrar su exención se llamaba vasallo de Santa María, que era el nombre de la iglesia mayor de Albarracín. La causa de conservarse tanto tiempo, cuanto no sé si alguno de los capitanes antiguos, entiendo fue la fortaleza del sitio y la emulación y contienda que los reyes tenían entre sí por desear cada cual la presa, hacerle su vasallo y que no lo fuese del otro. El año pues luego siguiente de 1186, por el mes de enero, los reyes de Castilla y de Aragón se juntaron para tomar acuerdo sobro este caso en Agreda. En las vistas de común consentimiento hicieron una ley en que desterraban de los dos reinos a todos los deudos y aliados del dicho don Pedro que siguiesen su partido; con este principio de rompimiento se contentaron por entonces.

En el principio del año siguiente Gastón, vizconde de Bearne, a ejemplo de sus mayores, hizo en Huesca homenaje al rey de Aragón, año desgraciado por la prisión de Guidon, rey de Jerusalén. Saladino, grande enemigo de cristianos, le prendió a él y al maestre de los templarios en la ciudad de Tiberíades; y se apoderó por concierto de la misma ciudad de Jerusalén a 2 días del mes de octubre, que fue un daño y mengua notable y sin reparo.

En Castilla el rey don Alfonso, vuelto el pensamiento a las cosas de la paz, con muy buenas leyes y estatutos ordenaba y enderezaba la milicia y orden de Calatrava en el mismo tiempo que don Fernando, su tío, rey de León, falleció en Benavente el año que se contó de 1188; reinó por espacio de treinta y un años. Sepultáronle en Santiago en la capilla real. Fue tenido por más aventajado y más a propósito para la guerra que para el gobierno. Las señaladas partes que tuvo de cuerpo y ánimo pareció estragar la insaciable sed de reinar que mostró, mayormente en la menor edad del rey de Castilla, su sobrino. Por lo al sufría mucho los trabajos, su ingenio agudo, prudente y próvido, y en los peligros tuvo corazón animoso y grande.

Martín, presbítero de León, por estos tiempos florecía por la erudición y por la su vida muy santa que hacía. Ocupábase en escribir muchos libros, si bien era persona idiota y sin letras; más de repente le hizo muy aventajado en letras una extraordinaria visión en que san Isidro, en cuyo monasterio vivía, entre sueños le dio a comer un libro en señal de la mucha doctrina que por aquel medio le comunicaba; desde entonces comenzó a señalarse en el conocimiento de las divinas letras y escritura sagrada. A nuestras manos no ha venido cosa alguna de aquellos sus libros. Dícese que los canónigos de aquella iglesia y convento los guardan con grande cuidado como un precioso tesoro y para testimonio muy claro de lo que sucedió y de aquel milagro.

CAPÍTULO XVII
DE VARIAS CONFEDERACIONES QUE SE HICIERON ENTRE LOS REYES

Los hijos sucedieron a sus padres, don Sancho a don Alfonso, rey de Portugal; a don Fernando, rey de León, don Alfonso, noveno de este nombre, que se volvió con la nueva de la muerte de su padre del camino que llevaba, porque se quería ausentar y se iba para su tío el nuevo rey de Portugal por miedo del odio y asechanzas de su madrastra. Llevaba ella mal que don Alfonso, hijo bastardo, como ella decía, sólo por ser de más edad y porque se le antojaba a su padre, fuese preferido a sus hijos, y tratado como quien había de suceder en aquella corona. De aquí resultaron desabrimientos perpetuos, de que avino que dado que el rey, su antenado, al principio le dejó los lugares de su dote por respeto y contemplación de su padre, pero en fin la puso en necesidad de retirarse a Nájera, do pasó lo restante de su vida. En el monasterio de Santa María el Real de aquella ciudad están en una capilla, que se llama de Santa Cruz, dentro del claustro, las sepulturas de esta señora y de sus hermanos, que fueron don Lope, obispo de Segovia, y don Martín de Haro. Don Alfonso, rey de León, fue casado dos veces: la primera con doña Teresa, hija de don Sancho, rey de Portugal, en quien tuvo tres hijos: a doña Sancha, a don Fernando, que vivió poco, y a doña Dulce; después, por mandado de los pontífices, se apartó de doña Teresa a causa que era su parienta, y casó con doña Berenguela, hija de don Alfonso, su primo, rey de Castilla.

Don Sancho, rey de Portugal, primero de este nombre, que llamaron el Poblador y el Gordo, casó los años pasados con doña Aldonza Dulce, hermana del rey de Aragón. De este matrimonio tuvo muchos hijos, es a saber, a don Alfonso, el mayorazgo, a don Fernando, don Pedro, don Enrique, que murió mozo; cinco hijas, doña Teresa, doña Malfada, doña Sancha, doña Blanca, doña Berenguela. Y muerta la mujer, tuvo en otras dos concubinas seis hijos, parte varones, parte hembras: de la primera, por nombre Juana, a doña Urraca y a don Martín; de la otra, que se llamó María, a doña Teresa, don Egidio, doña Constanza y don Rodrigo. Doña Teresa casó con Alfonso Tello, el que fundó y pobló la villa de Alburquerque; tales eran las costumbres de aquel siglo, que no tenían por torpe cualquier antojo de los reyes, en que don Alfonso, rey de Castilla, fue muy más medido y juntamente dichoso en sucesión, porque de un solo matrimonio tuvo once hijos; entre los demás doña Blanca fue la más dichosa, porque casada con Luis, rey de Francia, octavo de este nombre, con dichoso parto dio al mundo un hijo del mismo nombre de su padre, el que por la conocida bondad de su vida y por su piedad muy señalada alcanzó renombre de santo y se llamó san Luis. Después de doña Blanca se siguieron doña Berenguela, don Sancho, doña Urraca y don Fernando, que consta haber nacido el año 1189, a 29 de noviembre, día miércoles. Después de él se siguieron doña Malfada y doña Constanza, y luego adelante dos o tres hermanas, cuyos nombres no se saben; demás de estos doña Leonor y el menor de todos don Enrique, que con maravillosa variedad de las cosas vino a suceder en el reino a su padre, como se mostrará en otro lugar.

Fuera de los muchos hijos que el rey de Castilla tuvo, se aventajaba a los demás príncipes sus vecinos en la grandeza del señorío, muy mayor que el de los otros, por do ponía espanto a todas las provincias de España. El, aunque se vía rodeado de tantas riquezas y ayudas, no se daba al ocio ni a la flojedad, antes extendía con las armas los términos da su señorío y los dilataba; en que asimismo sobrepujaba a los demás reyes de su tiempo; y en ingenio y maña y en riquezas, gracia y destreza igualaba a sus antepasados. Con esto sustentaba la autoridad real y se hacía temer. Nunca el poder de los príncipes es seguro a los comarcanos, por ser cosa natural buscar cada uno ocasión de acrecentar sus estados, sea justa, sea injustamente. Por esta causa los demás reyes de España se hermanaban contra el rey de Castilla, y se confederaban y prometían que tendrían los mismos por amigos y por enemigos. Procuraban traer a esta confederación al rey de León, si bien pareció estar más aficionado y obligado al rey de Castilla, don Alfonso, su primo. Y es así que luego que tomó la posesión del reino paterno, con deseo de ganar su amistad, de su voluntad fue a las Cortes de Castilla,

que se tenían en Carrión, el año 1188. Armóle allí caballero a la manera que entonces se usaba; y para muestra de darle la obediencia le besó la mano; cortesía en que pareció diminuir la majestad de su reino y reconocer a su primo por más principal, como lo era. Halláronse en aquellas Cortes Conrado, hijo del emperador Federico, llamado Barbarroja, que aportó a España en peregrinación, y Raimundo Flacada, conde de Tolosa; el uno y el otro tuvieron por cosa honrosa que el rey los armase caballeros con las ceremonias que en España so usaban. Fuera de esto, se concertó casamiento entre Conrado y doña Berenguela, hija del rey; pero no vino a efecto por esquivarla doncella de ir a Alemania, sea por aborrecerlas costumbres de aquella nación, sea por el largo y trabajoso camino, porque, ¿a qué propósito mudar la templanza de España y el arreo de su patria y trocarle por el cielo áspero de Alemania y otras condiciones asaz diferentes de sus naturales? Finalmente, este desposorio se apartó por autoridad de don Gonzalo, primado de Toledo, y de Gregorio, cardenal de Santangel.

Los demás reyes, entre tanto que esto pasaba, consultaban entre si por sus embajadores qué era lo que debían hacer, en especial el de Aragón, que llevaba mal que todas las cosas estuviesen en el albedrío de su cuñado, el rey de Castilla, y don Sancho, rey de Navarra, que pretendía recobrar por las armas lo que por fuerza le quitaron los años pasados. Con este intento el año de Cristo 1190 se juntaron de propósito en Borja por el mes de septiembre; en esta habla hicieron entre sí confederación y asiento contra las fuerzas de Castilla. Los leoneses otrosí y los portugueses entraron en esta liga, atraídos a ella por industria de los dos reyes. En Huesca se hallaron los embajadores de los otros reyes. Tratóse del negocio con el rey de Aragón, que hacía sus veces y las del navarro. Allí, no sólo se concertó paz entre los cuatro reyes y se ligaron para las guerras, sino demás de esto se añadió expresamente que ninguno en particular sin que los otros lo supiesen y viniesen en ello por sus particulares intereses hiciese paz o tregua con el enemigo, ni aún tuviese licencia sin el tal consentimiento de hacer guerra a nadie ni comenzarla.

Estas cosas se concluyeron por el mes de mayo, año de 1191, en que falleció en Roma Clemente, tercero de este nombre, a 25 de marzo. Sucedió en su lugar cuatro días después Celestino III, llamado antes que fuese papa Jacinto Bobo. Fue natural de Roma, y en España mucho tiempo legado de los pontífices pasados. Don Gonzalo, arzobispo de Toledo, pasó asimismo de esta vida a 29 del mes de agosto luego siguiente. En su tiempo el rey don Alfonso dio a él y a su iglesia de Toledo a Talamanca y Esquivias. En su lugar fue puesto don Martín López, que por la grandeza de su ánimo, y por las excelentes cosas que hizo, tuvo por sobrenombre y se llamó el Grande; tuvo antes el obispado de Sigüenza; su patria se llamó Pisonea; sus virtudes, don Rodrigo que le sucedió en la dignidad, las celebró y contó muy en particular. Este mismo año el río Tajo se heló en Toledo; cosa que por la templanza de la región y del aire suele acontecer muy pocas veces.

CAPÍTULO XVIII
CÓMO SE PERDIÓ LA JORNADA DE ALARCOS

En el mismo tiempo del arzobispo don Martín vivía Diego López de Haro, señor de Vizcaya; en riquezas, prudencia y autoridad sobrepujaba claramente a los demás grandes de Castilla. Tenía en nombre del rey de Castilla y por su mandado el gobierno de Briviesca, Nájera y Soria, como se muestra por las escrituras de aquellos tiempos. Éste persuadió al rey que se hiciesen Cortes de todo el reino de Castilla en Carrión, el año de nuestra salvación de 1192, para resolverse en hacer guerra a los moros, que por la flojedad de los nuestros confirmaban sus fuerzas y eran espantosos a los cristianos. Impedía estos excelentes intentos y empecía la discordia y enemiga que andaba entre el rey de Castilla y los leoneses y navarros; temían que si por aquellas partes acometían a Castilla como por las espaldas, forzarían a dejar las armas contra los moros y volver atrás; parecía sería lo más acertado primeramente asentar amistad con aquellos reyes; con embajadas que de una parte y de otra se enviaron, al fin se hizo y se concluyeron las paces.

Después se mandó a don Martín, arzobispo de Toledo, que con buen número de soldados hiciese guerra en el Andalucía, que fue el principio de otra más grande guerra que se siguió y emprendió por aquella parte. Entretanto que se tenían las Cortes en Carrión, se tiene por fama, confirmada por el testimonio de muchos, que el rey de Castilla a la raya de su reino edificó a Navarrete, pueblo bien conocido. Yo entiendo que le reedificó o aumentó, porque el arzobispo don Rodrigo hace mención de aquel lugar antes de este tiempo.

En Aragón el conde de Urgel, que después de la muerte de su padre anduvo fuera de aquel reino por enemistad particular que tenía con Ponce de Cabrera, hombre poderoso, en fin, en este tiempo volvió a la obediencia de su rey y a sosegarse. Con don Gastón, conde de Bearne, casó una hija de Bernardo, conde de Cominges, y con ella hubo en dote el señorío de Bigorra, como feudatario y vasallo del rey de Aragón; asimismo don Berengario o Berenguel, arzobispo de Tarragona, fue muerto a 16 de febrero, año de nuestra salvación de 1194. Dícese que le mató don Guillén de Moncada, dado que no se saben las causas de aquellas enemistades.

En Pamplona también don Sancho, séptimo de este nombre, rey de Navarra, siendo ya de larga edad y muy esclarecido por sus hazañas y grande prudencia, por lo cual y por ser en las letras más que medianamente ejercitado, tuvo renombre de Sabio, falleció a 27 del mes de junio. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella noble ciudad con enterramiento y honras y aparato real. Reinó por tiempo de cuarenta y tres años, siete meses y seis días. De su mujer doña Sancha, tía que era del rey de Castilla, dejó a don Fernando, don Ramiro, doña Berenguela, doña Teresa, doña Blanca, sus hijos, y sin estos el mayor de todos, que le sucedió en el reino, conviene a saber, don Sancho, rey de Navarra, octavo de este nombre, el que por la grandeza de su ánimo y por sus excelentes hazañas en la guerra tuvo sobrenombre de Fuerte. También le llamaron don Sancho el Encerrado, porque en lo último de su vida, por causa de una cruel dolencia que padecía de cáncer, se estuvo retirado en el castillo de Tudela del trato y conversación de los hombres, sin dar lugar a que ninguno le visitase o hablase. Hay grandes rastros y muestras de su magnificencia y liberalidad, en particular sacó a Ebro de su madre antigua para que pasase por Tudela, y edificó sobre él un puente para comodidad de los moradores. Fundó a su costa dos monasterios del Císter, llamados de Fitero y de la Oliva; demás de esto, en Roncesvalles una iglesia con nombre de Santa María, donde él y sus descendientes se enterrasen. Casó con doña Clemencia, hija de Raimundo, conde de Tolosa, cuarto de este nombre. En ella tuvo a don Fernando, que en vida de su padre murió de una caída que dio de un caballo andando a caza. Su cuerpo enterraron en Tudela en la iglesia de Santa- María.

En el tiempo que este don Sancho comenzó a reinar toda España estaba suspensa por el temor de una grande guerra que la amenazaba. Don Martín, arzobispo de Toledo, como le era mandado,

rompió por los campos de Andalucía, destruyó por todas partes todo lo que se le puso delante; muchos hombres, ganados y otras cosas fueron robadas, quemados los edificios, los lugares y los campos destrozados; y por no salirle al encuentro algún ejército de moros, se volvió con el suyo a su tierra sano y salvo y rico.

Los moros, mondos por el dolor de esta afrenta y daño, hicieron grandes juntas de de soldados en toda la provincia. El mismo miramamolín Abenjuzef Mazemuto, avisado de lo que pasaba, con gran número de gentes y con deseo de venganza pasó en España; no solo los almohades, sino también los etíopes y alárabes con la esperanza de la presa de España seguían sus reales. Con esta muchedumbre pasaron a Sierra Morena y llegaron al lugar de Alarcos, que poco antes los nuestros edificaran.

Don Alfonso, rey de Castilla, avisado del apercibimiento de los moros y del peligro de los suyos, en ninguna manera perdió el ánimo; antes avisado que hubo a los reyes de Navarra y de León que le acudiesen, con los cuales poco antes se concertó, él primero que nadie con su ejército particular acudió a Alarcos y puso sus reales cerca de los enemigos, cuya muchedumbre era tan grande, que con sus tiendas ocupaban todos aquellos campos y collados; por esto algunos juzgaban que se debían reportar y con astucia y maña entretener al enemigo hasta tanto que los otros reyes viniesen, que se decía llegarían muy presto. Otros eran de parecer que se viniese luego a las manos, porque los navarros y leoneses no tuviesen parte en la victoria y en la presa, que arrojada y temerariamente al cierto se prometían. Este parecer prevaleció como el que era el más honrado, dado que el rey no ignoraba que aquellos consejos en la guerra son más saludables que más seguros, y que menospreciar al enemigo y confiar en si mismos es daño igualmente perjudicial a los grandes reyes, como el suceso de esta batalla le dio a entender. Ordenaron los reyes sus gentes. Diose la batalla junto a Alarcos, a 19 de julio, que fue miércoles, el año de 1195. Fue grande el coraje y denuedo de entrambas las partes; pero el esfuerzo de los nuestros fue vencido por la muchedumbre de los enemigos, porque mereciéndolo así los pecados del pueblo y por voluntad de Dios amedrentados los nuestros, les faltó el ánimo y corazón en la pelea. Muchos, así en la batalla como en la huida, fueron muertos, entre ellos Martín Martínez, maestre de Calatrava. Quién dice que don Martín, arzobispo de Toledo, se halló en esta batalla. De don Diego de Haro, que fuera el principal movedor de esta guerra, se decía mostró cobardía, ca se retiró de la pelea y volvió a Alarcos al principio de la batalla, sea por no tener confianza de salir con la victoria, sea, como hubo fama, por estar agraviado del rey, que en cierta ocasión igualó los caballeros del Andalucía con los nobles de Castilla en esfuerzo y destreza del pelear.

Los moros, ensoberbecidos con tan grande victoria, no sólo se apoderaron de Alarcos, que luego se les rindió, sino pasaron adelante, y metiéronse por las tierras del reino de Toledo. Llegaron hasta Yébenes, que está seis leguas de aquella ciudad; desde allí, hechos muchos daños, volvieron atrás. En nuestra edad solamente restan algunos paredones de Alarcos y un templo bien antiguo, con nombre de Santa María, con que los comarcanos tienen mucha devoción. Entiéndese que el rey bárbaro hizo echar por tierra aquel pueblo y abatir sus murallas.

Túvose por cierto que con aquel desastre tan grande castigó Dios en particular un pecado del rey, y fue que en Toledo, menospreciada su mujer, se enamoró de cierta judía, que fuera de la hermosura, ninguna otra cosa tenía de estimar. Era este trato, no sólo deshonesto, sino también afrentoso a la cristiandad. Los grandes, movidos por tan grande indignidad y porque no se esperaba enmienda, hicieron matar aquella mujer. Andaba el rey furioso por el amor y deseo. Un ángel que de noche le apareció en Illescas le apartó de aquel mal próposito; mostrósele en aquella forma que tenía en una pintura e imagen del mismo rey, a manera de mancebo con rostro hermoso, más grave, que le amenazaba si no volviese en sí, y le apercibía esperase el premio de la castidad si la guardase, y temiese el castigo si la menospreciase. En la iglesia de Illescas, a la mano derecha del altar mayor, hay una capilla, llamada del Ángel, con un letrero que declara ser aquel el lugar en que se apareció

el ángel al rey don Alfonso el Bueno, que así le llaman.

La verdad es que sabido el desastre de Alarcos, los reyes de León y de Navarra desistieron del propósito de ayudar en aquella empresa. El rey de León acudió a visitar al rey don Alfonso, sea con ánimo llano, sea fingidamente; don Sancho, rey de Navarra, sin saludar al rey se volvió a su tierra. La memoria de esta descortesía quedó en el pecho del rey de Castilla fijada más altamente que ninguno pudiera pensar; y desde aquel tiempo, congojado con la saña y con el miedo, comenzó a tratar y aparejarse para vengar el agravio y satisfacer aquel su sentimiento, no sólo contra los moros, sino también contra los navarros.

CAPÍTULO XIX
DE LO QUE SUCEDÍA EN PORTUGAL

El año luego siguiente, que se contaba de Cristo 1196, fue desgraciado en España por la muerte del rey don Alfonso de Aragón, que entre los reyes de España tenía el segundo lugar en autoridad y señorío, y en esfuerzo no daba ventaja a ninguno. Falleció en Perpiñán, a 25 de abril, en tiempo que todo su señorío gozaba de gran paz y el reino de Aragón florecía en gente, riquezas y fama. Nombró por heredero a don Pedro, su hijo mayor, segundo de este nombre; a don Alfonso mandó en su testamento el condado de la Provenza y los demás estados que de él dependen. A don Fernando, el menor de todos, mandó que en el monasterio de Poblet del Císter, que su padre comenzó y él le dejó acabado, y está puesto entre Tarragona y Lérida, en que pensaba hacer el enterramiento suyo y de sus sucesores, tomado el hábito, se ocupase en rogar a Dios por 1as ánimas de sus antepasados. Las tres hijas infantas, doña Constanza, doña Leonor y doña Dulce, nombró y sustituyó a la sucesión del reino, si sus hermanos muriesen sin herederos, mudada en esta parte y corregida la voluntad de doña Petronila, su madre, que excluyó las hembras de la herencia de aquellos estados, como arriba queda señalado.

Este año, en que sucedió la muerte del rey de Aragón, fue también desgraciado por la hambre y peste, males que Cataluña principalmente padeció. Demás de esto, con una nueva entrada que hizo el rey bárbaro; Cáceres y Plasencia fueron tomadas, talados los campos de Talavera y puesto fuego a los olivares, que se dan allí muy buenos. La villa no pudo ser entrada por la fortaleza de los adarves y esfuerzo de los moradores, echó por tierra empero los lugares de Santolalla y Escalona, que están más adelante. La misma ciudad de Toledo estuvo cercada espacio de diez días. En Castilla la silla obispal de Nájera, en que hasta entonces estuvo, se trasladó a la iglesia de Santo Domingo de la Calzada, la cual de una excelente fábrica se comenzara dieciséis años antes, y a la sazón se acabó, de tanta grandeza y anchura, que compite con las principales de España. Lo uno y lo otro se hizo por diligencia de don Rodrigo, obispo de Calahorra. El año siguiente de 1197 hubo nuevos movimientos en Cataluña, por estar la provincia dividida en parcialidades; unos seguían a Armengaudo, conde de Urgel; otros favorecían a Raimundo Rogerio, conde de Foix; por la cual parcialidad la ciudad de Urgel fue cercada y tomada por fuerza.

El moro Abenjuzef, soberbio por la victoria pasada y la prueba que hizo de sus fuerzas y fortuna, con orgullo se prometía en su pensamiento el señorío de toda España. Rehaciéndose pues de fuerzas y juntadas más gentes, volvió otra vez a Toledo; no tenía esperanza de apoderarse de la ciudad por la fortaleza del sitio; taló los campos, saqueó los lugares comarcanos, hizo grandes robos, llegó con las talas hasta Madrid y Alcalá, y a mano izquierda hasta Ocaña, Uclés, Huele y Cuenca, destrozando todo lo que encontraba. Los nuestros por los daños del año pasado y por el miedo presente estaban sin consejo y sin saber qué partido tomarían para defender la patria. Era extremo el peligro en que las cosas de los cristianos se hallaban, porque el moro, efectuadas tan grandes cosas, se volvió al Andalucía con su ejército sano y salvo, determinado de tornar a la guerra el año siguiente con mayor furia.

Don Alfonso, rey de Castilla, rodeado de tantos males, por no tener fuerzas iguales al enemigo, trataba de buscar socorros y ayudas de fuera. Poca esperanza tenía que los leoneses y navarros hiciesen cosa de provecho, pues demás del desacato pasado, en tiempo tan trabajoso acometían por diversas partes las tierras de Castilla, sin tener cuenta con la cristiandad ni considerar lo que la fama diría de ellos. Fue así, que el rey de Navarra trabajó las tierras de Soria y Almazán, por do entró a robar con sus soldados; el rey de León, puesta confederación y alianza con los bárbaros que moraban en Extremadura en las tierras que caen entre Tajo y Guadiana, se metió por tierra de Campos, en que taló toda la campaña. En solo don Pedro, rey de Aragón, llamado el Católico, quedaba alguna esperanza. Convidóle el rey de Castilla para hacer confederación y juntar las fuerzas contra los ene-

migos comunes. Vino el aragonés en ello. Hecho este concierto, pareció primero vengar las injurias del rey de León, después los agravios que hicieron los navarros; con esto de primera instancia fueron tomados del rey de León los pueblos de Bolaños, Castroverde, Valencia y el Carpio. Contra los navarros no se pudo hacer la guerra como lo tenían acordado, a causa que Abenjuzef se apercibía para hacer nueva guerra, como aquel que estaba acostumbrado demasiadamente a hacer entradas por nuestras tierras; con todo esto, los castellanos y aragoneses con la gente que fuera justo acometer a los bárbaros, sin ningún cuidado de la cristiandad, revolvieron contra el rey de León, causa de todos los males, como ellos decían; tornaron o entrar por sus tierras el año de 1198 y llegaron hasta Astorga; destrozaron la tierra de Salamanca, apoderáronse de la una y de la otra Álava, y de Monterrey con otros lugares; después de esto tornaron a tratar de vengarse del rey de Navarra, que no menos agravios tenía hechos, y esto con tanta voluntad de los reyes de Castilla y Aragón, que olvidados de su reputación y sin moverse por el peligro de la cristiandad, se determinaron hacer concierto con Abenjuzef, común enemigo de cristianos, y no tuvieron por cosa fea ser los primeros a convidarle con la confederación.

El bárbaro no dejaba de dar orejas a esta plática, por tener gran deseo de volver sus fuerzas contra el rey de Portugal, que tenía hecho en los bárbaros grande estrago, fuera de que estaba con cuidado de las cosas de África. Asentáronse treguas con los moros por diez años. En este tiempo don Sancho, rey de Portugal, parte de su cuidado y pensamiento ocupaba en reparar o edificar de nuevo diferentes pueblos, de donde ganó el renombre y fue llamado don Sancho el Poblador; en este número se cuentan Valencia de Miño, Montemayor el Nuevo, Vallelas, Peñamacor, Sortella y Penella con otros, parte de los cuales por donación del rey se dieron a los caballeros de Santiago, parte a los de Avis, que por este tiempo comenzaron en Portugal a tener fama. El mayor cuidado que tenía era de echar los moros de toda aquella provincia; y así, se apoderó de la ciudad de Silves, que está al promontorio Sacro o cabo de San Vicente, ayudado de una gruesa armada que vino de Francia y Inglaterra. En particular el conde Felipe, cuñado del rey, envió en su ayuda veintisiete naves, y en ellas muy escogidos soldados de Flandes. En la razón del tiempo en que esto sucedió no concuerdan los escritores; algunos señalan el año de 1199, otros lo ponen diez años antes, que fue en el tiempo que los reyes Enrique de Inglaterra, y Felipe de Francia, con deseo de promover y sustentar la cristiandad que estaba para perderse, se determinaron de pasar por mar a la Tierra Santa, después que tuvieron primero vistas en los vellocases, donde está la villa de Gisors, cabeza que es de los pueblos que llaman vergasins; pero el inglés, mudada la voluntad, se quedó en su tierra y envió en su lugar a su hijo Ricardo. Hizo compañía a los reyes Enrique, a la sazón conde de Campaña, en Francia; después por casar con doña Isabel, hija del rey Amalarico, fue rey de Jerusalén. Hijo de este Enrique, de la primera mujer, fue Teobaldo, conde de Campaña, con quien por estos tiempos casó doña Blanca, hermana de don Sancho, rey de Navarra, madre de otro Teobaldo que el tiempo adelante vino a ser rey de Navarra. Los corazones de los mortales, trabajados con tantos males y aquejados de miedos, tenían otrosí atemorizados muchos prodigios, que se veían como anuncios de grandes males.

En Portugal hubo peste y hambre gravísima, y en el cielo se vieron otras señales; el vulgo, inclinado a pensar lo peor y dado a supersticiones, decía ser venganza del cielo y ira de Dios, porque el matrimonio de don Alfonso, rey de León, y de doña Teresa, infanta de Portugal, si bien era ilegítimo y por las leyes ninguno, no se apartaba; dado que Inocencio, pontífice tercero de este nombre, sucesor de Celestino, que había comenzado a gobernar la Iglesia romana, lo procuraba con todo cuidado de tal suerte, que puso entredicho en todo Portugal y pena de excomunión a todos los que no obedeciesen a su mandato. Acrecentóse este miedo por perderse, como se perdió a la sazón, la ciudad de Silves, destruidos y talados los lugares y campos de aquella comarca; lo uno y lo otro por las armas y esfuerzo de Abenjuzef, que pretendía por esta manera satisfacerse de las injurias y daños que el rey de Portugal le tenía hechas el tiempo pasado.

CAPÍTULO XX
DE LA GUERRA QUE SE HIZO CONTRA NAVARRA

Apartóse aquel matrimonio del rey de León por causa del parentesco que tenían él y su mujer con dificultad y tarde; pero en fin, se apartó el año de nuestra salvación de 1200, y luego se comenzó a poner en plática de pedir a la infanta doña Berenguela, hija de don Alfonso, rey de Castilla, de la cual se dijo poco antes que estaba concertada de casar con Conrado, duque de Suabia, más ella se excusaba por las costumbres de los alemanes y por el largo camino, puesto que no menos aborrecía el matrimonio de León por el parentesco que con él tenía, causa que el primero se apartase; pero los reyes muchas veces posponen la honestidad y religión a sus particulares. Los halagos de la madre ablandaron el corazón de la doncella, y a su padre parecía que los casamientos de diversas naciones muchas veces suelen ser desgraciados, y que no se debía dejar la ocasión de ganar al rey de León que les hacía tantos daños, demás de apartarle de la amistad del rey de Navarra, de quien principalmente deseaba satisfacerse y vengarse, y entendía que desamparado del rey de León, no tendría fuerzas bastantes para resistir. Por una epístola de Inocencio III enderezada al de Compostela, se ve que el de Toledo fue a Roma el año pasado para alcanzar dispensación del papa sobre este matrimonio que se trataba, y no la quiso dar.

Entre tanto, pues, que estas causas se trataban y maduraban, el rey de Castilla don Alfonso, con grande deseo de vengarse, se apercibía con todo cuidado para aquella guerra; a don Pedro, rey de Aragón, para no poder venir luego, como en la confederación quedó asentado, impidió la discordia que tenía con su madre la reina doña Sancha; ca teniéndola por sospechosa y creyendo que trataba de volverse a Castilla, procuró quitarle los lugares de su dote. Pero a instancia del rey de Castilla se asentó la concordia entre la madre y el hijo; juntáronse los dos reyes en Ariza, pueblo asentado a la raya de los dos reinos, donde por medio y diligencia del rey don Alfonso y por su voluntad, se determinó que a trueco de Tortosa y de Azcona y de otros pueblos, la reina diese al rey de Aragón los de Ariza, Épila y Embite, que le pertenecían a ella; en que pretendía el aragonés quitar la entrada por aquella parte al rey de Castilla, si en algún tiempo quisiese acometer las tierras de Aragón; consideraba que las voluntades de los hombres, y más las de los reyes, son varias y mudables, y por ningún respeto de parentesco se mueven cuando se les muestra esperanza de ensanchar su estado. Don Pero Ruiz de Azagra, señor de Albarracín, se halló en aquellas vistas de los reyes por estar, es a saber, ya reconciliado con ambos. Hízose esta confederación a 30 de noviembre. En el mismo año doña Berenguela, hermana del rey don Sancho de Navarra, casó con Ricardo, rey de lngalaterra; así lo dicen las historias de España. Los escritores ingleses refieren que sucedió esto el año pasado, y afirman que en éste falleció el mismo Ricardo.

El rey don Alfonso, con la comodidad de las treguas que tenía con los moros, deseaba reparar los daños que el tiempo pasado se recibieran, y para esto procuraba reparar a Plasencia y a Béjar, y a Mirabel y a Segura en el monte Argentario, a Monfredo y a Moya en la Mancha de Aragón, a Aguilar en Tierra de Campos. Estas cosas hacía, y no aflojaba con eso el cuidado de la guerra que pensaba hacer a los navarros, ni cesaba de amonestar al rey de Aragón que juntase con él las fuerzas y las armas. Así en un tiempo las gentes de Aragón y Castilla se movieron contra los navarros.

El rey don Sancho, vista la tempestad que cargaba sobre él y que no tenía fuerzas bastantes, como quier que esperase poca ayuda de los príncipes cristianos, que sentía estar enajenados por industria y maña del rey de Castilla, tanto, que se comenzaba a tratar del casamiento entre Luis, hijo de Felipe, rey de Francia, y la infanta doña Blanca, hija de don Alfonso, rey de Castilla; determinó por el mar pasarse a África para pedir ayuda al miramamolin Abenjuzef; grande afrenta y notable maldad, mayormente que se entendía no dejaría él, como era soberbio, pasar la ocasión que la discordia de los nuestros le presentaba de acometer de nuevo a España. Los historiadores navarros no conforman con lo que de verdad pasó, sino con deseo de excusar aquella jornada, fingen que don

Sancho pasó en África con intento de socorrer al rey moro de Tremecén contra el de Túnez; la invención por si misma se manifiesta, por no haber entonces reyes en África de aquellas ciudades; así, no me pareció era menester refutarla con más palabras.

La verdad es que pasado el rey don Sancho en África, los reyes de Castilla y de Aragón se metieron por Navarra como por tierra sin dueño y sin valedor. Aivar y lo de Valderroncal tomó el rey de Aragón. Los pueblos de Miranda y Inzula se dieron al rey de Castilla, que puso también cerco sobre Vitoria, cabeza de Álava; y porque se defendían los ciudadanos valientemente y el cerco se dilataba, dejando en su lugar a don Diego de Haro para apretarlos, el rey se partió a Guipúzcoa, una de las tres provincias de Vizcaya, la cual, irritada por los agravios de los navarros, estaba aparejada a entregársele, como lo hicieron luego, ca rindieron al rey todas las fuerzas de la provincia; lo que también al fin hizo Vitoria, perdida la esperanza de poderse defender, y por su autoridad todas las demás villas de Álava. Solamente sacaron por condición que no les pudiese el rey dar leyes ni poner gobernadores, excepto en Vitoria solamente y Treviño, lugares y plazas en que se permitía que el rey pusiese quien los gobernase. Todo era fácil a los reyes de Castilla y de Aragón, por estar toda la provincia de Navarra desamparada de todo socorro y sin fuerzas, fuera de que de nuevo se divulgó por la fama que el rey don Sancho comenzara a estar enfermo de cáncer que le nació en una pierna, sin esperanza de poder sanar. La melancolía, que por la poca esperanza que tenía de remedio se le engendró, fue causa de aquella mala dolencia. Las marinas de Vizcaya, que importaba mucho para conservar el señorío de aquella provincia, fueron fortificadas, reparados los lugares de San Sebastián, Fuenterrabía, Guetaria y Motrico; los pueblos de Laredo, Santander y San Vicente de nuevo se fundaron en las riberas cercanas.

Entre tanto que el rey don Alfonso de Castilla se ocupaba en hacer estas cosas, don Sancho, rey de Navarra, sin hacer ningún efecto, volvió afrentado a su patria y reino, que halló disminuido y falto en muchas partes, muchos pueblos enajenados. Envió sobre estos agravios a los dos reyes embajadores con toda humildad; pero no alcanzaron cosa alguna fuera de buenas palabras, por no poderse persuadir a restituir lo que tenían adquirido por el derecho de la guerra, ni les podían faltar razones y títulos con que colorear su codicia y paliarla.

CAPÍTULO XXI
CÓMO EL REY DE ARAGÓN FUE A ROMA

Estas cosas sucedían en España en el tiempo que Ricardo, rey de Inglaterra, en prosecución de la guerra que emprendió en Francia, conque mucho tiempo trabajó aquella provincia, en el cerco que tenía sobre Limoges, ciudad muy fuerte, fue muerto con una saeta que le tiraron desde los adarves. Sucedió en el reino su hermano de padre y madre, llamado Juan. Felipe, por sobrenombre Augusto, rey de Francia, con intento de derribar al nuevo rey y desbaratar sus intentos antes que cobrase fuerzas, hizo grandes juntas de gentes. Acometió a la Normandía, a la Bretaña y a los de Anjou, estados que eran de los ingleses en Francia; apoderóse de las ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado. Contra su poder no tenía el nuevo rey ni le quedaba alguna esperanza, por ser desigual en fuerzas y no hallar camino para defenderse de contrario tan bravo y ejecutivo. Enviáronse el uno al otro embajadas, y por este medio, para que los reyes se viesen, señalaron a Butavento, pueblo de Normandía. Hízose allí confederación y alianza, más necesaria que honrosa para los ingleses, en que dejaban al francés las ciudades de que se apoderara, sólo con una condición y gravamen, que una hija del rey de Castilla casase con Luis, hijo de Felipe, rey de Francia, sin llevar otra dote alguna. Este color se tomó y esta capa por ser sobrina del inglés, hija de su hermana. Sólo lo de Anjou se restituyó a los ingleses.

Enviáronse embajadores al rey de Castilla de todo lo que pasaba. Él, alegre con la nueva y con el concierto que demás del bien común le traía a él tanto provecho, vino en lo que le pedían. Tenía el rey don Alfonso cuatro hijas, las tres en edad de casarse; éstas eran doña Berenguela, doña Urraca, doña Blanca. Doña Berenguela por este mismo tiempo casó con el rey de León. A los embajadores que de Francia vinieron sobre el caso dieron a escoger entre las dos que restaban. Doña Urraca era más apuesta y de más edad. Sin embargo, ellos ofendidos del nombre doña Urraca, escogieron a doña Blanca. En Burgos se hicieron los desposorios, dende acompañada del padre fue la doncella llevada a la Guyena, por estar en poder de los ingleses; de allí con acompañamiento de grandes de Francia pasó adonde estaba su esposo. Los ingleses quedaron muy sentidos de que con aquella confederación se hubiese oscurecido la majestad de aquel reino, en tanto grado, que pasado el rey a Inglaterra, le miraban de mala gana y con malos ojos, y al entrar en las ciudades no le hacían las aclamaciones que suelen y acostumbran. Sucedieron estas cosas el año de 1201.

En el mismo año falleció Teobaldo, conde de Campaña; dejó por heredero el preñado de su mujer doña Blanca; parió después de la muerte de su marido un hijo del mismo nombre. Doña Berenguela, hija de don Alfonso, rey de Castilla, últimamente casó con don Alfonso, rey de León. Era cosa muy honrosa para don Alfonso, rey de Castilla, casar dos hijas casi en un mismo tiempo con dos reyes sin dote ninguna, porque a doña Berenguela dio solamente los lugares que por las armas quitó poco antes a su marido, restituyéndoselos por las condiciones del casamiento. Celebráronse las bodas en Valladolid, do los reyes se juntaron, con grandes fiestas y muestras de alegría.

Entre don Alfonso, conde de la Provenza, en Francia, y don Guillén, conde de Focalquer, aunque era tío de doña Garsenda, mujer del mismo don Alfonso, se levantó guerra, que forzó a don Pedro, rey de Aragón, para ponerlos en paz de pasaren Francia. En Aguasmuertas, pueblo en las marinas de la Galia Narbonense, que los antiguos llamaron Fosas Marianas, por la diligencia del rey se trató de la concordia, y hechas sus avenencias, se apartaron de las armas.

Deseaba el rey de Aragón con cuidado de hacer la guerra a los mallorquines, por estar aquellas islas en poder de moros. Para este efecto era menester ganar la voluntad de los genoveses y pisanos, que en aquella sazón eran poderosos por el mar. La autoridad de Inocencio III, pontífice máximo, era muy grande, y no menor el deseo de ayudar a los aragoneses, como lo mostraba en muchas ocasiones. Partido pues el rey de la Provenza, en una flota se fue a Roma a verse con el pontífice; reci-

bióle él con grande aparato, y para honrarle más en la iglesia de San Pancracio, que está de la otra parte del Tíber, el año de nuestra salvación de 1204, a 21 de noviembre fue ungido por Pedro, obispo portuense, y por la misma mano del pontífice con solemne ceremonia recibió la corona y las demás insignias reales. Concedió otrosí para adelante que los reyes de Aragón pudiesen ser coronados en sus tierras y que hiciese el oficio y toda la ceremonia el arzobispo de Tarragona, como vicario del pontífice romano. Hay bula de todo esto, más no pareció ponerla en este lugar. Aún no se acostumbraba en aquel tiempo que los reyes de Aragón luego después de la muerte de sus padres tomasen las insignias reales, sino cuando a la manera usada entre los españoles los armaban caballeros o se casaban; entonces, finalmente, usaban del nombre y insignias reales. Por esta merced que hizo a Aragón el papa, el rey de Aragón hizo su reino feudatario a los pontífices romanos, concertó y prometió de pagar cada año cierta cantidad de oro; cosa que llevaron mal los naturales que se menoscabase con aquel color y capa el derecho de la libertad y se diese a los pontífices poder y ocasión y entrada con esto para intentar mayores cosas en Aragón. Este sentimiento se aumentó por un tributo que el año siguiente el rey impuso sobre el reino muy pesado, que vulgarmente se llamaba monetal. En Huesca al fin del mes de noviembre se promulgaron los tales edictos, en que no solamente el vulgo, sino también todos los nobles e hidalgos se comprendían sin sacar a nadie. Reprendían al rey y extrañaban que en particular fuese pródigo y en público codicioso para suplir con tales imposiciones públicas y comunes lo que derramaba sin propósito.

No se había el rey casado por este tiempo, y estaban con cuidado que dejase sucesión para heredar el reino. Procuró el pontífice romano Inocencio que madama María, hija de Isabel, reina de Jerusalén, que venía a suceder en aquel reino, casase con el rey de Aragón. Tenían este negocio para concluirse, cuando el rey, a persuasión de sus grandes, casó con madama María, hija y heredera de Guillén, señor de Montpellier, por la comodidad de aquel estado. Con esto los deseos piadosos del pontífice quedaron burlados, que con aquel casamiento pretendía hacer que las fuerzas de Aragón se empleasen en la guerra de la Tierra Santa. Doña Urraca, tercera hija de don Alfonso, rey de Castilla, que pretendía antes casar con el aragonés, perdida esta esperanza, casó el año 1206 con don Alfonso, hijo primogénito de don Sancho, rey de Portugal.

Esteaño, postrero de febrero, hubo grande eclipse del sol, tanto, que por espacio de seis horas el día se mudó en escura noche. A 1 de julio dio el rey al arzobispo de Toledo don Martín el oficio de chanciller mayor de Castilla. Los ríos con las continuas lluvias crecieron tanto, que Tajo en Toledo, a 27 de diciembre, principio del año siguiente, sobrepujó la puerta del Almofala un estado de hombre. Esto dicen los *Anales de Toledo*. La puerta del Almofala puede ser que fuese la que hoy se llama de San Isidoro.

El rey de de Navarra, perdida la esperanza de rehacerse, vino a verse con el rey de Castilla a Guadalajara, donde hicieron treguas por cinco años. Para mayor seguridad se dieron como en rehenes algunos pueblos de la una parte y de la otra; y en particular se concertó que el rey don Alfonso procurase que el de Aragón entrase en la misma confederación.

El año adelante de 1208 fue señalado por la muerte de muchos príncipes y señores. A 28 de agosto murió don Martín, arzobispo de Toledo; sucedióle algo adelante don Rodrigo Jiménez, navarro de nación, natural de Puente de Rada, su padre Jimeno Pérez de Rada, su madre doña Eva. Tuvo por hermana a doña Guiomar de Rada, por sobrino a don Gil de Rada, a quien él mismo dio la tenencia de algunos castillos. Todo consta de papeles de la su iglesia de Toledo, y fue primero obispo de Osma; de allí le trasladaron a Toledo. Las raras virtudes y buena vida, y la erudición, singular para en aquellos tiempos, hicieron que, sin embargo que era extranjero, subiese a aquel grado de honra y a aquella dignidad tan grande; y porque las treguas entre los reyes se concluyeron en gran parte por su diligencia, tenía ganada la gracia de los príncipes y las voluntades de la una y de la otra nación. Por el mes de noviembre falleció doña Sancha, madre del rey de Aragón, en el monasterio de Sijena, que era de monjas, y ella le fundó a su costa debajo de la obediencia y gobierno de los co-

mendadores de San Juan, y en el mismo, cansada de las cosas del mundo y con deseo de vida más perfecta, había tomado aquel hábito. En Toledo el mismo día de San Martín falleció don Esteban Illán; fue enterrado en la iglesia de San Román; persona señalada en todo género de virtud y que tenía el gobierno de la ciudad y la tenencia de los alcázares en premio del servicio que hizo los años pasados al rey cuando le apoderó de Toledo. Fue piadoso para con Dios, de ánimo liberal con los pobres; las riquezas que alcanzó igualaron a su ánimo. Demás de esto, falleció el conde de Urgel; de su mujer doña Elvira dejó una sola hija, llamada Aurembiasis. Esta doncella, Gerardo de Cabrera, hijo de Ponce, despertadas diferencias y pleitos pasados, como quier que por ser mujer la trabajase y tratase de despojarla, por voluntad de doña Elvira, su madre, dio el estado de Urgel y le entregó al rey, y ellas se pusieron debajo de su amparo. Con esto la sucesión del gran Borello, antiguamente conde de Barcelona y de Urgel, cayó del señorío de aquella ciudad, si bien su padre mandó y dejó en su testamento la mitad de su villa de Valladolid al pontífice Inocencio con intento que amparase a su hija en lo demás; pero no entiendo que el papa entró en posesión de aquella manda y legado.

CAPÍTULO XXII
DE LAS PACES QUE SE HICIERON ENTRE LOS REYES

Espiraba el tiempo de las treguas asentadas con los moros, y el deseo de volver a hacerles guerra tenía a todos puestos en cuidado, más que a todos al rey de Castilla, coma el que caía más cercano al peligro. Era menester sosegar las diferencias entre los cristianos y los movimientos, y concertar los reyes entre sí para que de buena gana hiciesen liga contra el común enemigo, poderoso con la junta de tantos reinos, feroz con tantas victorias y que amenazaba a nuestras tierras. Los reinos comarcanos, mayormente si los reyes son bulliciosos, no pueden largamente estar sosegados, por nacer cada día entre ellos nuevas causas de guerras y pleitos trabadas unas de otras.

Don Alfonso, rey de León, fue el primero que por acometer los lugares que tenía en dote su madrastra turbó el reposo común. Reprendía a su padre y quejábase que por ser liberal con sus mujeres diminuyó la majestad del reino y enflaqueció las fuerzas. Don Diego de Haro, por ser hermano de la reina viuda, como hiciese rostro a los intentos del rey, despertó contra sí las armas de León y de Castilla de tal guisa, que ni pudo defender el estado y derecho de su hermana, y él, ofendidas las voluntades de los dos reyes, fue forzado a retirarse a Navarra. Hacía desde allí ordinariamente correrías en los campos de Castilla; sobrevinieron los reyes, que le vencieron cerca de la ciudad de Estella y le forzaron a meterse dentro de aquel pueblo, que era muy fuerte, por las murallas y baluartes; así, no trataron de combatirle todavía los cuatro reyes de Castilla, León, Navarra y Aragón, con seguridad que entre sí se dieron, se juntaron a vistas en Alfaro, en que hicieron entre sí las paces; don Diego de Haro, desamparado de todos y desconfiado de sus fuerzas, se fue a Valencia a valerse de los moros.

Avino que el rey de Aragón, con el cuidado que tenía de la guerra contra los moros y porque así quedó en la habla concertado, entró por las tierras de Valencia. Matáronle el caballo en cierto encuentro, y sin duda viniera en poder de los moros si don Diego de Haro, que se halló con ellos, movido de su humanidad y olvidado de las injurias, no le diera un caballo, con que se libró del peligro; cosa que a él fue causa de grande odio, y le fue muy contado entre los bárbaros, tanto, que para purgarse y aplacarlos le fue necesario pasar a África y dar razón de sí al Miramomolin y defender por derecho y por las leyes su inocencia. Concluido el pleito por una parte, y por otra aplacados los reyes cristianos, volvió desde allí a Castilla el año, como yo pienso, de 1209. Sea lícito en la razón de los tiempos a veces andar a tiento, porque otros dicen que la confederación de los reyes en Alfaro se hizo dos años antes de éste, a instancia y por grande diligencia de doña Sancha, madre del rey de Aragón, que aún no era difunta a la sazón, según dicen.

La verdad es que los dos reyes don Sancho de Navarra, y don Pedro de Aragón, que tenían entre sí mayores diferencias, se juntaron a vistas y habla este mismo año en una llanura cerca del lugar llamado Mallén. En aquel lugar, a 4 del mes de junio, se hicieron las paces, y por muestra de amistad don Sancho prestó al rey de Aragón veinte mil ducados, con prendas de cuatro lugares que consignó el aragonés para que los tuviese en tercería don Jimeno de Rada, que sospecho era pariente de don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que tenía el mismo sobrenombre, ca se llamó don Rodrigo Jiménez de Rada. Pusieron por condición que si al tiempo señalado no se pagase la deuda, él entregase aquellos lugares en poder del rey de Navarra. Don Alfonso, rey de Castilla, fue el principal movedor y causa de estas paces, que se asentaron entre los reyes por el miedo que de fuera amenazaba, que suele entre ciudadanos y parientes muchas veces quitar grandes diferencias.

Procuraba también hacer venir socorros de Francia; pero impidió estos intentos y pláticas la guerra que entre ingleses y franceses, más brava que antes, andaba de nuevo encendida, dado que con deseo de pacificar aquellos reyes entró armado en la Guyena con intento de emplear sus fuerzas contra la parte y nación que no quisiese venir en las paces. Su trabajo fue en balde, porque toda la

Francia ardía en guerras y discordias, sin mostrarse alguna esperanza de paz. Además que los apercibimientos que hacían los moros para la guerra le pusieron en necesidad de dar la vuelta para España.

En el tiempo que las treguas duraron con los moros, a persuasión del arzobispo don Rodrigo, se fundó una universidad en Palencia por mandado del rey y a sus expensas para la enseñanza de la juventud en letras y humanidad; ayuda y ornamento de que sólo hasta entonces España carecía, a causa de las muchas guerras que los tenían ocupados. De Italia y de Francia, con grandes premios y salarios que les prometieron, trajeron catedráticos para enseñar las facultades y ciencias.

En las Huelgas otrosí, cerca de la ciudad de Burgos, se edificó a costa del rey un monasterio muy grande de monjas con nombre de Santa María, para que fuese enterramiento de los reyes, y junto con él un hospital. Doña Constanza, hermana del rey de Aragón, que quedara viuda de Eimerico, rey de Hungría, del cual parió un hijo, llamado Ladislao, a persuasión del pontífice Inocencio III, casó con don Fadrique, rey de Sicilia, y esto mismo año en una flota la llevaron a su marido. Festejaron los sicilianos asaz estas bodas, si bien fueron desgraciadas por la muerte del conde de la Provenza y de otros grandes que acompañaron la casada hasta Sicilia, que fallecieron en Palermo. El cielo y aire de España y Francia son muy sanos; aquellos lugares de Sicilia no tan saludables, a lo menos para extraños; esta mudanza les acarreó este daño.

CAPÍTULO XXIII
CÓMO SE COMENZÓ LA GUERRA CONTRA LOA MOROS

Éste era el estado de las cosas en España. Las paces hechas entre los príncipes cristianos después de tantas discordias henchían los ánimos de los naturales de esperanza muy grande y alegría. Que todos consideraban cuánta ayuda y fuerzas hay en la agradable compañía y alianza entre los príncipes comarcanos; dado que don Alfonso, rey de León, en sazón por cierto muy mala, repudió a doña Berenguela, su mujer, por causa del parentesco y por mandado del pontífice Inocencio, y la enviara a su padre. Hay una carta del mismo Inocencio sobro esto a don Alfonso, rey de Castilla, que hacía contradicción al divorcio, grave y llena de amenazas. Por otra del mismo se entiende puso entredicho en el reino de León, porque no se apartaba aquel matrimonio, y tuvo excomulgado aquel rey sobre el caso.

Los moros con su rey Mahomad, el cual los años pasados sucediera en lugar do Abenjuzef, su hermano, entraron en grande esperanza de apoderarse de toda España, que determinaban de seguir hasta el cabo y deshacer el nombre cristiano y desarraigarle de toda ella. A los fieles no les faltaba ánimo ni brío para defender lo que tenían ganado, ni voluntad de echar los moros de la tierra. Los unos y los otros con gran resolución y igual esperanza se movieron a las armas y entraron en este debate. Los cristianos se aventajaban en esfuerzo y en la prudencia del capitán; los moros sobrepujaban en muchedumbre, y con grande diligencia juntaban en uno para aquella guerra las fuerzas de África y de España.

En el mismo tiempo las armas de Castilla y de Aragón se movieron contra los moros. En el reino de Valencia se apoderó el rey don Pedro de Aragón de Adamuz y de otros lugares. Hizo donación de Tortosa a los templarios en premio de lo que trabajaron y sirvieron en las guerras pasadas. Entrególa al maestre de aquella orden, que se llamaba don Pedro de Montagudo. Don Fernando, hijo de don Alfonso, rey de Castilla, por mandado de su padre acometió las tierras de Andalucía, taló las campañas de Baeza, da Andújar y de Jaén por todas partes, cautivó hombres, hizo robos de ganados.

En el mismo tiempo que Mahomad, rey de los moros, que llamaron el Verde, del turbante o bonete que acostumbraba a traer de esta color, se apoderó por fuerza del lugar de Salvatierra; los moradores, parte fueron pasados a cuchillo, parte tomados por esclavos. Por el mes de junio del año de Cristo de 1210 sitiaron el lugar y el mes de septiembre le tomaron; iba don Alfonso, rey de Castilla, con gente escogida de los suyos a socorrer los cercados; más llegado que hubo a Talavera, don Fernando, su hijo, que volvía de la empresa del Andalucía, le hizo tornar del camino dándole a entender el peligro en que se ponía y que era menester mayor ejército para hacer rostro a los enemigos.

Los intentos del rey que tenía concebidos en favor de la religión cristiana no poco alteró y entretuvo la muerte del mismo infante don Fernando, que se siguió el año luego adelante, día viernes, a 14 del mes de octubre. Fue tanto mayor el sentimiento de su padre y el lloro de toda la provincia, que daba ya asaz claras muestras de un grande y valeroso príncipe. Su cuerpo llevaron desde Madrid, donde falleció, a las Huelgas, acompañóle el arzobispo don Rodrigo y su hermana la reina doña Berenguela para honrarle más. Ésta fue la causa por qué la empresa contra los moros se dilató hasta el año siguiente. Solamente se hicieron por entonces Cortes del reino en la ciudad de Toledo para aprestar las cosas que eran necesarias para la guerra. En estas Cortes se hicieron premáticas contra los demasiados gastos, porque las costumbres se iban estragando con los deleites.

Mandóse que en todo el reino se hiciesen procesiones para aplacar a Dios. A los reyes despacharon embajadores para requerirles no faltasen de acudir con sus gentes al peligro común. Don Rodrigo, arzobispo de Toledo, fue a Roma por mandado de su rey para alcanzar indulgencia y cruzada para todos los que conforme a la costumbre de aquellos tiempos, tomada la señal de la cruz, acudiesen a sus expensas a la guerra sagrada. Él mismo con grande cuidado se apercibía de caballos, ar-

mas, dineros y vituallas. Los moros al contrario, avisados de tan grandes apercibimientos y de la determinación delos cristianos, fortificaban con muros y baluartes cuanto el tiempo daba lugar, y ponían guarniciones en los lugares de su señorío, que tenían en el reino de Toledo y en el Andalucía y hacia el cabo de San Vicente, por tener entendido que el primer golpe de la guerra descargaría sobre aquellas partes. Demás de esto llamaban nuevas gentes de socorro desde África.

Don Alfonso, rey de Castilla, en tanto que se juntaban todas las gentes, con deseo de poner espanto al enemigo, rompió por las tierras de los moros, y a la ribera de Júcar les ganó algunas plazas. Con tanto dio la vuelta a la ciudad de Cuenca, que cae por aquellas partes. Allí se vio con el rey de Aragón, y comunicó con él sus haciendas, todo lo que a la guerra tocaba. Don Sancho, rey de Navarra, por sus embajadores que envió, avisó que no faltaría de hallarse en la jornada. El arzobispo don Rodrigo dejó en su lugar para el gobierno del arzobispado e iglesia de Toledo a don Adam, obispo de Palencia; y él en Italia y en Francia, con esperanza de la indulgencia que alcanzó del pontífice Inocencio III, y mostrando el peligro si no socorrían a España, no cesaba de despertar a los grandes y prelados para la empresa sagrada, asimismo a la gente popular. Decía ser tan grande la soberbia del bárbaro, que a todos los que adoraban la cruz por todo el mundo amenazaba guerra, muerte y destrucción: afrenta del nombre cristiano intolerable y que no se debía disimular; hízose gran fruto con esta diligencia. Tan grande era el deseo de pelear contra los enemigos de la religión cristiana y en tanto grado, que dicen se juntaron de las naciones extranjeras cien mil infantes y diez mil caballos, gran número y que apenas se puede creer; la verdad ¿quién la podrá averiguar? Como quier que en otra parte hallé que fueron doce mil caballos, cincuenta mil peones los que de fuera vinieron.

A todos estos, porque con la junta y avenida de tantas naciones no se alterase Toledo, donde se hacía la masa, señalaron la huerta del rey, que es de muy grande frescura, y con ella otros lugares cerca de la ciudad a la ribera de Tajo para sus alojamientos. Comenzaron estas gentes a venir a Toledo por el mes de febrero, año de nuestra salvación de 1212. Levantóse un alboroto de los soldados y pueblo en aquella ciudad contra los judíos. Todos pensaban hacían servicio e Dios en maltratarlos. Estaba la ciudad para ensangrentarse, y corrierran gran peligro si no resistieran los nobles a la canalla, y ampararan con las armas y autoridad aquella miserable gente. Don Pedro, rey de Aragón, acudió y fue recibido en la ciudad con pública alegría de todos y con procesión la misma fiesta de la Trinidad. Venían con él desde Aragón veinte mil infantes, tres mil quinientos caballos.

Don Sancho, rey de Portugal, no pudo hallarse en la guerra sagrada, porque falleció en este mismo tiempo en Coimbra; hízose allí el enterramiento en el monasterio de Santa Cruz en un humilde sepulcro, de donde en tiempo del rey don Manuel le trasladaron a otro más magnifico. Sucedióle don Alfonso, su hijo, segundo de este nombre, que ya tenía dos hijos infantes en su mujer doña Urraca, llamados don Sancho y don Alfonso; don Fernando, tío del nuevo rey, hermano del difunto don Sancho, el año pasado casó con madama Juana, condesa de Flandes, hija y heredera de Balduino, emperador de Constantinopla. Todavía de Portugal vino un buen golpe de soldados movidos de sí mismos o enviados de socorro por su rey.

A toda la muchedumbre de soldados señaló el rey de Castilla sueldo para cada día, a cada uno de los infantes cinco sueldos, a los hombres de a caballo veinte; a los príncipes conforme a cada cual era y a su dignidad se hicieron presentes muy grandes. Tenían apercibidas vituallas en abundancia y almacén para que no faltase alguna cosa necesaria a tan grande ejército, en tanto grado, que sólo para llevar el bagaje tenían juntados sesenta mil carros, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo, que fue testigo de vista en toda la empresa, y puso por escrito para memoria de los venideros todo lo que en ella pasó; otros dicen que fueron bestias de carga hasta aquel número. Lo uno y lo otro fue cosa de gran maravilla en tan grande apretura de tiempos y pobreza de los tesoros reales; pero no hay cosa tan dificultosa que con diligencia no se alcance, y las naciones y príncipes extranjeros a porfía enviaban caballos, mulos y dinero.

Partieron de Toledo a 21 de junio. Regía la vanguardia don Diego de Haro, en que iban las na-

ciones extranjeras. En el segundo escuadrón el rey de Aragón, y por caudillo de la retaguardia el rey de Castilla don Alfonso, en que se contaban catorce mil de a caballo. La infantería apenas se podía contar, porque de toda Castilla los que eran de edad a propósito eran forzados todos a tomar las armas. El tercero día llegaron a Malagón, lugar que tenía guarnición de moros y está distante de Toledo catorce leguas. Los bárbaros por miedo de tan grande muchedumbre fueron forzados a desamparar el lugar y recogerse a la fortaleza que tenían en un cerro agrio; pero por el esfuerzo e ímpetu de las naciones extranjeras, tomado el castillo por fuerza a 23 días de junio, todos sin faltar ninguno fueron degollados; tan grande era el deseo que tenían de destruir aquella nación impía. A 1 de junio, Calatrava, lugar muy fuerte puesto de la otra parte del río Guadiana, se ganó por entrega que de él hicieron los moradores y vecinos que consideraban el extremo peligro que sus cosas corrían y que no tenían esperanza alguna de socorro.

Los soldados extranjeros, conforme a su condición, querían pasar a cuchillo los rendidos, y apenas se pudo alcanzar que se amansasen por intercesión de los nuestros, que decían cuán justo era y razonable se guardase la fe y seguridad dada a aquella gente, bien que infiel; y que no era razón con la desesperación, que suele ser la más fuerte arma de todas, exasperar más y embravecer los ánimos de los enemigos. El pueblo se restituyó a los caballeros de Calatrava, a quien los moros le habían tomado; los despojos se dieron a los aragoneses y soldados extraños, a los cuales los desacostumbrados calores, ciclo malsano y falta de todas cosas, según ellos decían, forzaban, dejada aquella empresa, a volverse a sus tierras. Amoldo, obispo de Narbona, y Teobaldo Blazon, natural de Poitiers, como más aficionado a nuestras cosas por ser castellano de nación de parte de su madre, el uno y el otro con sus compañías particulares perseveraron en los reales. Acusaban la cobardía de su nación, determinados de ponerse a cualquier peligro antes de faltar al deber.

La partida de los extraños, puesto que causó miedo y tristeza en los ánimos del resto, fue provechosa por dos razones: la una, porque los extranjeros no tuviesen parte en la honra y prez de tan grande victoria; la otra, que con aquella ocasión Mahomad, que estaba en Jaén en balanzas y aún sin voluntad de pelear, se determinó a dar la batalla. Así que los nuestros con sus reales llegaron a Alarcos, el cual lugar porque pocos años antes fue destruido y desmantelado por los moros, desampararon los moradores que quedaban, y vino a poder de los cristianos. En este lugar, don Sancho, rey de Navarra, con un buen escuadrón de los suyos alcanzó a los reyes, y se juntó con los demás. Fue su venida muy alegre; con ella la tristeza que por el suceso pasado de la partida de los extranjeros recibieran, se trocó en regocijo. Algunos castillos en aquella comarca se entraron por fuerza. En tierra de Salvatierra se hizo reseña; pasaron alarde gran número de a pie y de a caballo. Esto hecho, con todas las gentes llegaron al pie de Sierra Morena. El moro, avisado de lo que pasaba, marchó para Baeza, determinado de, alzadas las vituallas, atajar el paso de aquellos montes y particularmente guardar el pueblo de la Losa, por donde era forzoso pasasen los nuestros. Si pasaban adelante, prometíase el moro la victoria; si se detenían, se persuadía por cierto perecerían todos por falta de bastimentos; si volviesen atrás, sería grande la mengua y la pérdida de reputación forzosa. Sus consejos, aunque prudentes, desbarató otro más alto poder.

Hízose junta de capitanes para resolver por qué parte pasarían los montes y lo que debían hacer. Los más eran de parecer volviesen atrás; decían que rodeando algo más por camino más llano se podrían meter en los campos del Andalucía; que debían de excusar aquellas estrechuras de que el enemigo estaba apoderado. Por el contrario, el rey de Castilla don Alfonso tenía por grande inconveniente la vuelta, por ser la fama de tan gran momento en semejantes empresas, que conforme a los principios sería lo demás; con volver los reyes atrás se daría muestra de huir torpemente, con que a los enemigos crecería el ánimo, los suyos se acobardarían, que de suyo parecía estar inclinados a desamparar los reales, como poco antes por la partida de los extranjeros se entendió. Contra las dificultades que se presentaban, invocasen el auxilio y socorro de Dios, cuyo negocio trataban, que les asistiría sin duda, si ellos no fallaban a sí mismos; muchas veces a los valerosos se hacen fáciles las

cosas que a los cobardes parecían imposibles. Esta resolución se tomó y este consejo. Con esto don Lope, hijo de don Diego de Haro, enviado por su padre con buen número de gente, en lo más alto de los montes se apoderó del lugar de Ferral e hizo con escaramuzas arredrar algún tanto a los moros. No se atrevió a pasar el puerto de la Losa ni acometerle, por parecerle cosa áspera y temeraria pelear juntamente con la estrechura y fragura del lugar y paso, y con los enemigos que le guardaban.

CAPÍTULO XXIV
CÓMO LA VICTORIA QUEDÓ POR LOS CRISTIANOS

Toda muchedumbre, especial de soldados, se rige por ímpetu y más por la opinión se mueve que por las mismas cosas y por la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los más de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales parecíales corrían igual peligro, ora los reyes pasasen adelante, ora volviesen atrás; lo uno daría muestra de temeridad, lo otro sería cosa afrentosa. Ponían mala voz en la empresa, cundía el miedo por todo el campo.

La ayuda de Dios y de los santos valió para que se sustentasen en pie las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano, que tenía grande noticia de aquellos lugares por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hubo el camino, no se vio más), prometió a los reyes que si de él se fiasen, por senderos que él sabía, todo el ejército y gente llegarían sin peligro a encumbrar lo más alto de los montes. Dar crédito en cosa tan grande a un hombre que no conocían no era seguro, ni de personas prudentes no hacer de todo punto caso en aquella apretura de lo que ofrecía. Pareció que don Diego de Haro y Garci Romero, como adalides, viesen por los ojos lo que decía aquel pastor. Era el camino al revés de lo que pretendían, y parecía iban a otra parte diferente, tanto, que los moros, considerada la vuelta que los nuestros hacían, pensaron que por falta de vituallas huían y se retiraban a lo más adentro de la provincia. Conveníales subir por la ladera del monte, pasar valles en muchos lugares, peñascos empinados que embarazaban el camino. Pero no rehusaban algún trabajo con la esperanza cierta que tenían de la victoria si llegasen a las cumbres de los montes y a lo más alto; el mayor cuidado que tenían era de apresurarse por recelo que los enemigos no se apoderasen antes del camino y les atajasen la subida.

Pasadas pues aquellas fraguras, los reyes en un llano que hallaron fortificaron sus reales. Apercibióse el enemigo a la pelea y ordenó sus haces repartidas en cuatro escuadrones, quedóse el rey mismo en el collado más alto rodeado de la gente de su guarda. Los fieles, por estar cansados con el trabajo de tan largo y mal camino, así hombres como jumentos, determinaron de esquivar la pelea; lo mismo el día siguiente, con tan grande alegría de los moros, que entendían era por miedo; que el Miramamolin con embajadores que envió y despachó a todas partes y muy arrogantes palabras, prometía que dentro de tres días pondría en su poder los tres reyes que tenía cercados como con redes. La fama iba en aumento como suele, cada uno añadía algo a lo que oía para que la cosa fuese más agradable.

El día tercero, que fue lunes, a 16 del mes de julio, los nuestros, resueltos de presentar la batalla, al amanecer, confesados y comulgados, ordenaron sus batallas en guisa de pelear. En la vanguardia iba por capitán don Diego de Haro. Del escuadrón de en medio tenía cuidado don Gonzalo Núñez y con él otros caballeros templarios y de las demás órdenes y milicias sagradas. En la retaguardia quedaban el rey don Alfonso, el arzobispo don Rodrigo y otros prelados. Los reyes de Aragón y de Navarra con sus gentes fortificaban los lados, el navarro a la derecha, a la izquierda el aragonés. El Moro, al contrario, con el mismo orden de antes puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armaron la tienda real cerraron con cadenas de hierro, y por guarda los más fuertes moros y más esclarecidos en linaje y en hazañas; los demás eran en tan gran número, que parecía cubrían los valles y los collados. Exhortaron los unos y los otros y animaban los suyos a la pelea. Los obispos andaban de compañía en compañía, y con la esperanza de ganar la indulgencia animaban a los nuestros. El rey don Alfonso desde un lugar alto para que le pudiesen oír dijo en sustancia estas razones:

«Los moros, salteadores y rebeldes al emperador Cristo, antiguamente ocuparon a España

sin ningún derecho, ahora a manera de ladrones la maltratan. Muchas veces gran número de ellos fueron vencidos de pocos, gran parte de su señorío les hemos quitado, y apenas les queda donde poner el pie en España. Si en esta batalla fueren vencidos, lo que promete el ayuda de Dios y se puede pronosticar por la alegría y buen talante que todos tenéis, habremos acabado con esta gente malvada. Nosotros peleamos por la razón y por la justicia; ellos por ninguna república, porque no están entre sí atados con algunas leyes. No hay a do se recojan los vencidos, ni queda alguna esperanza salvo en los brazos. Comenzad pues la pelea con grande ánimo. Confiados en Dios tomasteis las armas, confiados en el mismo arremeted a los enemigos y cerrad.»

El moro, el contrario, avisó a los suyos y les dijo que aquel día debían pelear con extremo esfuerzo, que sería el fin de la guerra, quier venciesen, quier fuesen vencidos. Si venciesen, toda España sería el premio de la victoria, por tener juntadas los enemigos para aquella batalla con suma diligencia todas las fuerzas de ella; si fuesen vencidos, el imperio de los moros quedaba acabado en España; no era justo que en aquel peligro perdonasen a sí o a sus cosas. Su ejército constaba de una nación, el de los cristianos de una avenida de muchas gentes, diferentes en leyes, lengua y costumbres; la mayor parte había desamparado las banderas, los demás no pelearían constantemente por ser de unos el peligro, el provecho y premio particular de otros.

Dichas estas razones, por una y por otra parte se comenzó la pelea con grande ánimo y coraje. La victoria por largo espacio estuvo dudosa de ambas partes; peleaban todos conforme al peligro con grande esfuerzo. La vista de los capitanes y su presencia no sufría que la cobardía ni el valor se ocultasen, y encendía a todos a pelear. Los del escuadrón de en medio y cuerpo de la batalla fueron los primeros a acometer, siguiéronles los navarros y aragoneses sin mejorarse al principio, dado que por tres veces dieron carga a los contrarios; antes, al contrario, nuestros escuadrones algún poco desalojados parece ciaban y se querían poner en huida. En esto el rey don Alfonso, movido juntamente del peligro y de la afrenta, se quería meter por lo más espeso de los enemigos, si no le detuviera el arzobispo don Rodrigo, que tenía a su lado. Advirtióle que en su vida consistía la suma de la victoria y esperanza de los cristianos; que perseverase, como comenzara, a confiar del favor de Dios y no se metiese en el peligro. Con esto el postrer escuadrón se adelantó, y por su esfuerzo y el de los demás se mejoró la pelea. Los que parecía titubeaban, por no quedar afrentados, vueltos a la ordenanza, tornaron a la batalla con mayor ferocidad. Los moros, cansados con el continuo trabajo de todo el día, no pudieron sufrir la carga de los que estaban de respeto los postreros y de nuevo entraban en la pelea. Fue muy grande la huida, la matanza no menor que tan grande victoria pedía.

Perecieron en aquella batalla doscientos mil moros, y entre ellos la mitad fueron hombres de a caballo, otros quitan la mitad de este número. La mayor maravilla que de los fieles no perecieron más de veinticinco, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo; otros afirman que fueron ciento y quince; pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. Otra maravilla, que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vio rastro de sangre, según que lo atestigua el mismo don Rodrigo. El rey moro, por amonestación de Zeit, su hermano, se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza; desde allí, mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche a Jaén.

A puesta de sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las preseas del rey moro y sus alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes a los reyes de Navarra y de Aragón. En particular la tienda de seda roja y carmesí en que alojaba el rey bárbaro se dio al rey de Aragón por orden de don Alfonso, rey de Castilla; el cual, como quier que deseoso solamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria, de buena gana dejó lo demás a sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacarlo en público y repartirlo, como era razón, conforme a los méritos de cada cual, antes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenían recelo de algún alboroto y entendían que a los particulares sería más

agradable lo que por su mano tomaron que si de la presa común se lo restituyesen mejorado y multiplicado.

Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la cruz que de varios colores se vio en el aire ya que querían pelear. Otros refutan esto por no hacer el arzobispo don Rodrigo mención de cosa tan grande, ni aún el rey en la carta que escribió del suceso y prosecución de esta guerra al pontífice Inocencio. Verdad es que todos concuerdan que Pascual, a la sazón canónigo de Toledo, y que después fue deán y aún arzobispo, cuya sepultura está en la capilla de Santa Lucía de la iglesia mayor de Toledo, con la cruz y guión que llevaba, como es de costumbre, delante el arzobispo don Rodrigo, pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recibir algún daño, dado que todos le pretendían herir con sus dardos, y muchas saetas que le tiraban quedaron hincadas en el asta de la cruz; cosa que a los nuestros dio mucho ánimo y puso grande espanto en los moros. Fue tan grande la muchedumbre que hallaron de lanzas y saetas de los enemigos, que en dos días enteros que allí se detuvieron los nuestros, aunque para los fuegos no usaban de otra leña y de propósito procuraban acallarlas, no lo pudieron hacer.

La victoria se divulgó por todas partes, primero por la fama, después por mensajeros que venían unos en pos de otros. Fue grande el lloro y sentimiento de los moros, no sólo por el mal y daño presente, sino porque temían para adelante mayores inconvenientes y peligros. Entre los cristianos se hacían grandes fiestas, juegos, convites con toda magnificencia y regocijos y alegrías, no sólo en España, sino también las naciones extrañas, con tanta mayor voluntad cuanto el miedo fue mayor. Nunca la gloria del nombre cristiano pareció mayor ni las naciones cristianas estuvieron en algún tiempo más gloriosamente aliadas. Los españoles asimismo parecía igualar en valor la gloria de los antiguos; el mismo rey don Alfonso comenzó a ser tenido como príncipe venido del cielo y más que hombre mortal.

El rey de Navarra para memoria de tan grande victoria al escudo bermejo de que usaban sus antepasados añadió por orla unas cadenas, y en medio del escudo una esmeralda por señal que fue el primero a romper las cadenas con que tenían los enemigos fortificada aquella parte de los reales en que el rey bárbaro estaba. El mismo don Alfonso, a las insignias antiguas de los reyes de Castilla añadió un castillo dorado en escudo rojo, como lo afirman algunos varones de erudición y diligencia muy grande; otros lo niegan movidos de los privilegios antiguos, en cuyos sellos se ve puesta antes de estos tiempos en las insignias y armas de los reyes de Castilla la figura de torre o castillo. De algo más crédito es lo que hallo de algunos afirmado por testimonio de cierto historiador, que desde este tiempo se introdujo en España la costumbre que se guarda de no comer carne los sábados, sino solamente los menudos de los animales, y que se mudó, es a saber, por esta manera y templó lo que antiguamente se usaba, que era comer los tales días carne; costumbre que los godos sin duda trajeron de Grecia y la tomaron cuando se hicieron cristianos.

La verdad es que esta victoria nobilísima y la más ilustre que hubo en España se alcanzó, no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo fueron muchas, principalmente en Roma, donde se hicieron procesiones y rogativas asaz. En que se debe notar que para aumento de la devoción y que no hubiese confusión y otros desórdenes, se ordenó fuesen a diversas iglesias los varones, las mujeres, el clero y los demás del pueblo. Hallábase presente el pontífice, que movía a los demás con su ejemplo. De todo hay una carta suya al rey don Alfonso, muy grave y muy elegante, la respuesta otrosí del rey al papa en que refiere todo el discurso de esta empresa y batalla, pero muy larga para ponerla en este lugar.

CAPÍTULO XXV
DEL FIN DE ESTA GUERRA

Halláronse en esta guerra los obispos Tello de Palencia; Rodrigo de Sigüenza; Meneado de Osma; Pedro de Ávila; Domingo de Plasencia; García Frontino de Tarazona; Berengario de Barcelona. El número de los grandes no se podía contar; los maestres de las órdenes Arias, de Santiago; Rodrigo Díaz, de Calatrava; Gómez Ramírez, de los templarios; demás de estos, Juan Gelmírez, prior de San Juan. De Castilla Gómez Manrique, Alfonso de Meneses, Gonzalo Girón, Íñigo de Mendoza, caballero vizcaíno y pariente de don Diego de Haro, que es la primera vez que en la historia de España se hace mención de la casa de Mendoza; fuera de estos, se halló con los demás el conde don Fernando de Lara, de alto linaje, y él por su persona señalado, poderoso en grande estado y muchos aliados; estos fueron de Castilla. De Aragón Garci Romero, Jimeno Coronel, Aznar Pardo, Guillén de Peralta y otras personas principales que iban en compañía de su rey. Ante todos se señaló Dalmacio Cresel, natural de las Ampurias, de quien dicen los historiadores de Aragón que por el grande conocimiento que tenía de las cosas de la guerra y singular prudencia ordenó las haces para la batalla. Entre los navarros Garcés Argoncillo, García Almoravides, Pedro Leet, Pedro Arroniz, Fernando de Montagudo, Jimeno Aivar fueron los más señalados que en esfuerzo, industria y ejercicio de guerra vinieron a esta empresa.

En conclusión, el tercero día después de la victoria se movieron los reales de los fieles, ganaron de los moros el lugar de Ferral, que había vuelto a poder de moros, Bilche, Baños, Tolosa, de la cual tomó nombre esta batalla, que vulgarmente se llama de las Navas de Tolosa. Todo era fácil a los vencedores, y por el contrario a los vencidos. La ciudad de Baeza, desamparada de sus ciudadanos, que perdida la esperanza de tenerse, se recogieron a Úbeda, vino en poder de los vencedores. Algunos pocos que confiados en la fortaleza de la mezquita mayor no se querían rendir, con fuego que les pusieron, los quemaron dentro de ella misma.

El octavo día después de la victoria la ciudad de Úbeda fue entrada por fuerza, ca sin embargo que los ciudadanos ofrecían a los reyes cantidad de oro porque los dejasen en paz, los obispos fueron de parecer que no era justo perdonar aquella gente malvada. Conforme a este parecer se hizo grande matanza sin distinción de personas de aquella miserable gente. Una parte de los vecinos fue tomada por esclavos; toda la presa se dejó a los soldados, con que se puso miedo a los moros y se ganaron las voluntades del ejército, que estaba cansado con el largo trabajo. Las enfermedades los afligían y no podían sufrir la destemplanza del cielo; por esto los reyes fueron forzados en un tiempo muy fuera de propósito volver con sus gentes a tierras más templadas.

A la vuelta, cerca de Calatrava, llegó el duque de Austria con doscientos de a caballo, que para muestra de su esfuerzo y ayudar en aquella santa guerra traía en su compañía. El rey de Aragón, por ser su pariente, a la vuelta para su tierra le acompañó hasta lo postrero de España. Al rey de Navarra restituyó el de Castilla catorce lugares sobre que tenían diferencia, y porque poco antes se ganaron por los de Castilla, la memoria de sus antiguos señores hacía que no se asegurasen de su lealtad; este fue el principal premio de su trabajo.

Don Alfonso, rey da Castilla, despedidos los dos reyes, entró en Toledo a manera de triunfador con grande aplauso, aclamaciones y regocijo de los ciudadanos y del pueblo. Lo primero que hizo fue dar gracias a Dios por la merced recibida; después se mandó y estableció que para siempre se renovase la memoria de aquella victoria y se celebrase por toda España a 10 de julio; en Toledo más en particular sacan aquel día las banderas de los moros, y con toda muestra de alegría festejan aquella solemnidad; ca se ordenó fuese de guardar aquella fiesta con nombre del Triunfo de la Santa Cruz.

El rey, por ser enemigo del ocio y con el deseo que tenía de seguir la victoria y ejecutarla, al

principio del año siguiente de nuevo se metió por tierras de moros. Ganó el lugar de Dueñas de los moros, que dio a la orden de Calatrava, e la de Santiago el castillo de Eznavejor. Alcaraz, pequeña ciudad, y que está metida dentro de los montes Marianos y asentada en un collado áspero y empinado, con cerco de dos meses se ganó por el rey y se entró por fuerza a 22 de mayo, día miércoles, vigilia y víspera de la Ascensión; demás de esto, algunos otros lugares de menos cuenta se tomaron por aquella comarca, entre los demás Lezuza, que se tiene por la antigua Libisosu.

Concluidas estas cosas, el rey don Alfonso, ganada mayor fama que ninguno de los príncipes de Europa, dio vuelta a Toledo, donde las reinas doña Leonor, su mujer, doña Berenguela, su hija, y su hijo don Enrique, que le sucedió en sus estados y a la sazón era de diez años, aguardaban su venida. Toda la ciudad llena de juegos y de regocijos y fiestas, dada que el año fue muy falto de mantenimientos a causa de la sequedad, en especial en el reino de Toledo, dicen que en nueve meses continuos nunca llovió, tanto, que los labradores cuyo era el daño principal, eran forzados a desamparar las tierras, dejarlas yermas y irse a otras partes para sustentarse; gravísima miseria y trabajo memorable.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO
CÓMO LOS ALBIGENSES ALTERARON A FRANCIA

Ganada aquella noble victoria de los moros, las cosas de España procedían bien y prósperamente a causa que los almohades, trabajados con una pérdida tan grande, no se rebullían, y los nuestros se hallaban con grande ánimo de sujetar todo lo que de aquella nación restaba en España, cuando por el mismo tiempo los reinos de Francia y de Aragón se alteraron grandemente y recibieron graves daños. Estas alteraciones tuvieron principio en la ciudad de Tolosa, muy principal entre las de Francia y que cae no lejos de la raya de España. La ocasión fueron ciertas opiniones nuevas que en materia de religión se levantaron en aquellas partes, con que los de Aragón y los de Francia se revolvieron entre sí y se ensangrentaron. En los tiempos pasados todas las naciones del cristianismo se conformaban en un mismo parecer en las cosas de la fe, todos seguían y profesaban una misma doctrina. No se diferenciaban el alemán del español, no el francés del italiano, ni el inglés del siciliano en lo que debían creer de Dios y de la inmortalidad y de los demás misterios; en todos se veía un mismo corazón y un mismo lenguaje.

Los valdenses, gente perversa y abominable, comenzaron los años pasados a inquietar la paz de la Iglesia con opiniones nuevas y extravagantes que enseñaron; y al presente los albigenses o albienses, secta no menos aborrecible, apellido y nombre odioso acerca de los antiguos, siguieron las mismas pisadas y camino, con que grandemente alteraron el pueblo cristiano. Enseñaban que los sacerdotes, ministros de Dios y de la Iglesia, no tenían poder para perdonar los pecados. Que el verdadero cuerpo de Jesucristo no está en el santo Sacramento del altar. Que el agua del bautismo no tiene fuerza para lavar el alma de los pecados. Que las oraciones que se acostumbran a hacer por los muertos no les prestaban; todas opiniones nuevas y malas y acerca de los antiguos nunca oídas. Decían otrosí contra la Virgen, madre de Dios, blasfemias y denuestos, que no se refieren por no ofender al piadoso lector; dejólas escritas Guillermo Nangiaco, francés de nación, y que vivió poco adelante. Llegaba su desatino a poner lengua en la familiaridad de Cristo con la Madalena. Así lo refiere Pedro, monje del Císter, en una historia que escribió de los albigenses, intitulada al papa Inocencio III, en que depone como testigo de vista de las cosas en que él mismo se halló. Sería muy largo cuento declarar por menudo todos los desvaríos de estos herejes y secta; y es así, que la mentira es de muchas maneras, la verdad una y sencilla.

La verdad es que en aquella parte de Francia donde está asentada la ciudad de Cahors, muy nombrada, se ve otra ciudad llamada Albis, que en otro tiempo tuvo nombre de Alba Augusta; y aún se entiende que César en los *Comentarios de la guerra de Francia* llamó helvios los moradores de aquella comarca. Riega sus campos el río Tarnis, que son de los más fértiles de Francia, de grandes cosechas y esquilmos, de trigo, vino, pastel y azafrán; por donde el obispo de aquella ciudad tiene más gruesas rentas que alguno otro obispo en toda la Francia. La iglesia catedral, grande y hermosa, está pegada con el muro de la ciudad, su advocación de Santa Cecilia. Los moradores de la ciudad y de la tierra son gente llana, da condición apacible y mansa, virtudes que pueden acarrear perjuicio si no hay el recato conveniente para no dar lugar a gente mala que las pervierta y estrague. Los más se sustentan de sus labranzas y de los frutos de la tierra; el comercio y trato de mercaderes es pequeño por estar en medio de Francia y caer lejos el mar.

De esta ciudad, en que tuvo su primer principio esta nueva locura y secta, tomó el nombre de albigense, y desde allí se derramó por toda la Francia y aún por parte de España, puesto que el fuego emprendió en Tolosa más que en otra parte alguna; y aún de aquí procedió que algunos atribuyeron la primera origen de este error y secta a aquella ciudad. Otros dicen que nació primeramente en la

Provenza, parte de la Galia Narbonense. Don Lucas de Tuy, que por su devoción y por hacerse más erudito pasó a Roma, y de allí a Constantinopla y a Jerusalén, vuelto a su patria, entre otras cosas que escribió no menos docta que píamente, publicó una larga disputa contra todos estos errores, en que, como testigo de vista, relata lo que pasó en León, ciudad muy conocida en España y cabeza de aquel reino; cuyas palabras será bien poner aquí para mayor claridad y para que mejor se entienda la condición de los herejes, sus invenciones y trazas.

«Después de la muerte del reverendo don Rodrigo, obispo de León, no se conformaron los votos del clero en la elección del sucesor; ocasión que tomaron los herejes, enemigos de la verdad y que gustan de semejantes discordias, para entrar en aquella ciudad, que se hallaba sin pastor, y acometer las ovejas de Cristo. Para salir con esto se armaron, como suelen, de invenciones. Publicaron que en cierto lugar muy sucio y que servía de muladar se hacían milagros y señales. Estaban allí sepultados dos hombres facinerosos, uno hereje, otro que por la muerte que dio alevosamente a un su tío le mandaron enterrar vivo. Manaba también en aquel lugar una fuente, que los herejes ensuciaron con sangre a propósito que las gentes tuviesen aquella conversión por milagro. Cundió la fama, como suele, por ligeras ocasiones; acudían gentes de muchas partes, tenían algunos sobornados de secreto con dinero que les daban para que se fingiesen ciegos, cojos, endemoniados y trabajados de diversas enfermedades, y que bebida aquel agua, publicasen que quedaban sanos.

De estos principios pasó el embuste a que desenterraron los huesos de aquel hereje, que se llamaba Arnaldo, y había dieciséis años que le enterraron en aquel lugar; decían y publicaban que eran de un santísimo mártir. Muchos de los clérigos simples con color de devoción ayudaban en esto a la gente seglar. Llegó la invención a levantar sobre la fuente una muy fuerte casa y querer colocar los huesos del traidor homiciano en lugar alto para que el pueblo los acatase, con voz que fue un abad en su tiempo muy santo. No es menester más sino que los herejes después que pusieron las cosas en estos términos, entre los suyos declaraban la invención y por ella burlaban de la Iglesia, como si los demás milagros que en ella se hacen por virtud de los cuerpos santos fuesen semejantes invenciones; y aún no faltaba quien en esto diese crédito a sus palabras y se apartase de la verdadera creencia.

Finalmente, el embuste vino a noticia de los frailes de la santa predicación, que son los dominicos, y en sus sermones procuraban desengañar el pueblo. Acudieron a lo mismo los frailes menores, y los clérigos que no se dejaron engañar ni enredar en aquella sucia adoración. Pero los ánimos del pueblo tanto más se encendían para llevar adelante aquel culto del demonio, hasta llamar herejes a los frailes predicadores y menores porque los contradecían y les iban a la mano. Gozábanse los enemigos de la verdad y triunfaban, decían públicamente que los milagros que en aquel todo se hacían eran más ciertos que todos los que en lo restante de la Iglesia hacen los cuerpos santos que veneran los cristianos. Los obispos comarcanos publicaban cartas de excomunión contra los que acudían a aquella veneración maldita; no aprovechaba su diligencia, por estar apoderado el demonio de los corazones de muchos, y tener aprisionados los hijos de inobediencia.

»Un diácono, que aborrecía mucho la herejía, en Roma, do estaba, supo lo que pasaba en Lyon, de que tuvo gran sentimiento, y se resolvió con presteza de dar la vuelta a su tierra para hacer rostro a aquella maldad tan grave. Llegado a León, se informó más enteramente del caso, y como fuera de sí comenzó en público y en secreto a afear negocio tan malo; reprendía a sus ciudadanos, cargábalos de ser fautores de herejes. No se podía ir a la mano, dado que sus amigos le avisaban se templase, por parecerle que aquella ciudad se apartaba de la ley de Dios. Entró en el ayuntamiento, díjoles que aquel caso tenía afrentada a toda España; que de donde salían en otro tiempo leyes justas, por ser cabeza del reino, allí se forjaban herejías y maldades nunca oídas. Avisóles que no les daría Dios agua ni les acudiría con los frutos de la tierra hasta tanto que echasen por el suelo aquella iglesia, y aquellos huesos que honraban los arrojasen. Era así, que desde el tiempo que se dio principio a aquel embuste y veneración, por espacio de diez meses nunca llovió y

todos los campos estaban secos. Preguntó el juez al dicho diácono en presencia de todos: "Derribada la iglesia, ¿aseguraisnos que lloverá y nos dará Dios agua?" El diácono lleno de fe: "Dadme, dijo, licencia para abatir por tierra aquella casa, que yo prometo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, so pena de la vida y perdimiento de bienes, que dentro de ocho días acudirá nuestro Señor con el agua necesaria y abundante". Dieron los presentes crédito a sus palabras; acudió con gente que le dieron y ayuda de muchos ciudadanos, allanó prestamente la iglesia y echó por los muladares aquellos huesos. Acaeció con grande maravilla de todos que al tiempo que derribaban la iglesia entre la madera se oyó un sonido como de trompeta para muestra de que el demonio desamparaba aquel lugar.

»El día siguiente se quemó una gran parte de la ciudad a causa que el fuego por el gran viento que hacía no se pudo atajar que no se extendiese mucho. Alteróse el pueblo, acudieron a buscar el diácono para matarle; decían que en lugar del agua fue causa de aquel fuego tan grande. Acudían los herejes, que se burlaban de los clérigos, y decían que el diácono merecía la muerte y que no se cumpliría lo que prometió; mas el Señor todopoderoso se apiadó de su pueblo, ca a los ocho días señalados envió agua muy abundante, de tal suerte, que los frutos se remediaron y la cosecha da aquel año fue aventajada. Animado con esto el diácono, pasó adelante en perseguir a los herejes, hasta tanto que los hizo desembarazar la ciudad.»

Hasta aquí son palabras de este autor, por las cuales se entiende que la pestilencia de esta herejía cundió por España, si bien la mayor fuerza de este mal cargó sobre la ciudad de Tolosa, de que le resultaron graves daños, y al rey de Aragón, que la quiso ayudar, la desastrada muerte, como luego se dirá.

CAPÍTULO II
CÓMO MURIÓ EL REY DE ARAGÓN

La secta de los albigenses se hacía temer y cobraba mayores fuerzas de cada día, no sólo por las que el pueblo le daba, que mucho se le arrimaba, sino más principalmente por los príncipes y grandes personajes que con su favor le acudían, sin hacer caso ni de la autoridad del papa, ni de lo que por el mundo de ellos se diría. Éstos eran los condes el de Tolosa, el de Foix, el de Besiers y el de Cominges. Acudíales asimismo el rey de Aragón, a causa que estas ciudades estaban a su devoción y aún eran feudos suyos, como en otro lugar queda apuntado; además que tenía deudo en particular con el conde de Tolosa, que casó tercera vez con doña Leonor, hermana del rey de Aragón; y aún el mismo hijo y heredero del conde, que se llamaba don Ramón como su padre, tenía por mujer otra hermana del mismo rey, por nombre doña Sancha. Esta fue la verdadera causa de declararse por los albigenses y tomar las armas en su favor; que por lo demás fue príncipe muy católico, como se puede fácilmente entender en que entregó su hijo don Jaime a Simón, conde de Monforte, para que le criase y amaestrase, el que por este tiempo acaudillaba los católicos y era duro martillo contra los herejes.

El negocio era de tal condición, que tenía puestos en cuidado los católicos de Francia, y más en particular al papa, que se recelaba no se arraigase de cada día más aquel mal y con tantas ayudas cobrasen mayores fuerzas, especial que el vulgo, como amigo de novedades, engañado con los embustes de aquellos herejes, fácilmente se apartaba de la creencia de sus mayores y abrazaba aquellas opiniones extravagantes. Buscaban algún medio para atajar aquel daño. Pareció intentar el camino de la paz y blandura, si con diligencia y buenos ministros que predicasen la verdad se podrían reducir los descaminados. Don Diego, obispo de Osma, camino de Roma, donde iba enviado por el rey de Castilla, pasó por aquella parte de Francia; y visto lo que pasaba y el riesgo que corrían aquellos si no se acudía en breve con remedio, hizo al papa relación de todo aquel daño y del peligro que se mostraba mayor. Llevaba en su compañía al glorioso padre santo Domingo, entonces canónigo reglar de San Agustín, y adelante de estos principios fundador de la orden de los predicadores; era natural de Caleruega, tierra de Osma, nacido de noble linaje. Avisado el papa de lo que pasaba, acordó acudir al remedio de aquellos daños. Despachó al obispo y a su compañero con poderes bastantes para que apagasen aquel fuego. Nombró también un legado de entre los cardenales con toda la autoridad necesaria.

Llegados a Francia, juntaron consigo doce abades de la orden de San Bernardo, naturales de la tierra, para que con sus predicaciones y ejemplo redujesen a los descaminados; pero cuanto provecho se hacía con esto por convertirse muchos de su error, especialmente con la predicacion de santo Domingo y milagros que en muchas partes obró, tanto por otra parte crecían en número los pervertidos de los herejes. Porque ¿quién pondrá en razón un vulgo incitado a mal? ¿Quién bastará a hacer que tengan seso los hombres perdidos y obstinados en su error? Débese cortar con hierro lo que con medicinas no se puede curar, y no hay medio más saludable que usar de rigor con tiempo en semejantes males.

Mudado pues el parecer y la paz en guerra, acordaron de usar de rigor y miedo; juntóse gran multitud de soldados de Italia, Alemania, Francia, con la esperanza de la indulgencia de la Sede Apostólica concedida por Inocencio III a los que tomasen la insignia y divisa de la cruz, como era de costumbre en casos semejantes y acudiesen a la guerra. Estos soldados tomaron primeramente a Besiers, ciudad antigua de los volcas cabe el río Obris. Pasaron en ella siete mil hombres de los alborotados a cuchillo. Algunos decían era castigo del cielo por la muerte que cuarenta y dos años antes ellos dieron a Trencavelo, señor de aquella ciudad, y con él hirieron al mismo obispo. Con el miedo de este rigor la ciudad de Carcasona, que era de herejes, se entregó a los católicos, y los culpados fueron muertos. Estos principios daban alguna esperanza que se podrían reparar aquellos da-

ños.

No tenían los católicos capitán que los acaudillase y a quien todos obedeciesen. Acordaron de elegir para este cargo a Simón, conde de Monforte, pueblo conocido en el distrito de la ciudad de Chartres, por ser aventajado en las cosas de la guerra y señalarse mucho en la piedad y amor de la religión católica. Aceptó aquel oficio por servir a Dios y a la Iglesia. Juntó las gentes que pudo, con que ganó de los herejes el castillo de Minerva, la ciudad de Albis y otro pueblo, llamado Vauro, cerca de Tolosa, demás de otros muchos lugares. Pasaron adelante, pusieron cerco sobre Tolosa, no la pudieron tomar a causa que los condes el de Tolosa y el de Fozy el de Cominges se hallaban dentro y se la defendieron con mucho valor. Desde allí revolvieron sobre el condado de Foix e hicieron la guerra por aquella comarca.

El rey de Aragón cuidaba del peligro que estos príncipes corrían, sus amigos y confederados. Recelábase otrosí de Simón de Monforte, que so color de piedad, que es un engaño muy perjudicial, no pretendiese para si y para los suyos adquirir nuevos estados. Movido de estas razones, luego que se ganó aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, en que se halló presente, volvió su pensamiento a las cosas de la Francia, tanto, que se halla que por el mes de enero, principio del año de 1213, estaba en Tolosa, ciudad de Francia, para tomar acuerdo, es a saber, de lo que debía hacer, y el mes siguiente de mayo hacía gente en Lérida y otras partes para volver a aquella guerra. Luego que allá llegó, le acudieron aquellos príncipes parciales. Con sus gentes y con su venida se formó un ejército tan grande, que llegaba a cien mil hombres de pelea; gran número y que apenas se puede creer.

Simón de Monforte, por el contrario, se apercibía para resistir contra fuerzas tan grandes. Acordó ribera de la Garona fortificar el castillo de Murello, plaza muy importante, para reprimir el orgullo de los enemigos. Acudieron aquellos príncipes confederados con sus gentes con intento de apoderarse de aquella fuerza. Acudió asimismo a la defensa Simón de Monforte con poca gente, pero escogida y arriscada. Iban en su compañía siete obispos, el padre santo Domingo y tres abades. Estos varones intentaron al principio medios de paz, porque no se llegase a rompimiento, de que se temían graves daños. En especial avisaron al rey y le requirieron de parte de Dios no se juntase con los herejes, gente maldita y excomulgada por el padre santo; que temiese el castigo de Dios a quien ofendía, por lo menos excusase la infamia con que acerca de todo el mundo quedaría su buen nombre amancillado y el odio que contra su persona resultaría. El rey se hizo sordo a consejos tan saludables y buenos.

Diéronse vista los dos campos y los dos caudillos adelantaron sus haces con resolución de venir a las manos. En el ejército de los católicos no pasaban de ochocientos caballos y mil infantes; pequeño número para la muchedumbre de los contrarios. Sin embargo, fiados en la buena querella que seguían, se determinaron de probar ventura. Embistieron de ambas partes y cerraron, trabóse la pelea, que fue muy brava y sangrienta. Los católicos se dieron tal maña y mostraron tal esfuerzo, que los herejes no pudieron sufrir su ímpetu, y en un punto se desbarataron y pusieron en huida. Los condes se salvaron por los pies. El rey quedó tendido en el campo con otros muchos de los suyos, caballeros de cuenta, en particular Aznar Pardo y su hijo Pedro Pardo, don Gómez de Luna, don Miguel de Luesia, gente toda de la principal de Aragón. El número de los otros muertos no fue grande para victoria tan señalada.

Todos comúnmente juzgaban al rey por merecedor de aquel desastre, así por el favor que dio a los herejes, si bien de corazón era y de apellido católico, ca entre los reyes de Aragón se llamó don Pedro el Católico, como por la soltura que tuvo en materia de honestidad, con que amancilló las demás virtudes y partes, en que fue muy aventajado. Pasó en esto tan adelante, que repudió a la reina, su mujer, hembra de mucha bondad. El color que tomó fue que era deuda suya y que estuvo antes casada con el conde de Cominges, matrimonio que no fue válido, antes contra derecho, según que por su sentencia lo pronunciaron los jueces nombrados sobre esta diferencia por el papa Inocencio

III. Verdad es que de aquel matrimonio nacieron dos hijas, Matilde y Petrona, como parece por el testamento de la misma reina. Hallábase esta señora en Roma, do era ida a seguir este pleito, y sustanciado el proceso, se esperaba en breve sentencia, cuando llegó la nueva de aquella jornada y de la muerte del rey, que fue viernes, a los 13 de septiembre de este año. Su cuerpo entregaron a los caballeros de San Juan, que le hicieron enterrar en el monasterio de Sijena, en que su madre la reina doña Sancha estaba asimismo sepultada.

CAPÍTULO III
QUE EL REY DON ALFONSO DE CASTILLA FALLECIÓ

Dejó el rey de Aragón un solo hijo habido en su mujer, que se llamó don Jaime, en edad de solos cuatro años. Quedaron otrosí dos tíos del niño, don Fernando, hermano del muerto y abad de Montearagón, y por el mismo caso monje profeso, y don Sancho, conde de Rosellón, persona de mucha edad, ca era tío del muerto, hermano de su padre. Estos dos señores, sin embargo el uno de su edad, y el otro de su profesión, entraron en pensamiento de apoderarse del reino. Para salir con esto, cada cual por su parte procuraban ganar las voluntades del pueblo, y conquistar por todas las vías posibles a la gente principal. Alegaban para esto que don Jaime era hijo bastardo, y que excluido el niño como tal, entraban ellos en el derecho de la corona como deudos más cercanos, por razones que cada cual proponía en su favor y para excluir al otro competidor.

Los prelados, los señores y ricos hombres del reino llevaban mal la ambición de estos dos personajes y sus pláticas. En especial Pero Fernández de Azagra, señor de Albarracín, sentía mucho que se tratase de excluir aquel niño de la sucesión y privarle del reino de su padre, y mucho más que en tal coyuntura estuviese como cautivo en poder de Simón de Monforte. Comunicóse con los demás; acordaron despachar una embajada al papa Inocencio, en que le suplicaban interpusiese su autoridad y mandase a Simón de Monforte les restituyese el niño para ponerle en lugar de su padre y alzarle por su rey, que tal era la voluntad de los de aquel reino, grandes y menores. Oyó el pontífice benignamente esta embajada; parecióle la demanda muy justificada; despachó sus breves enderezados a su legado el cardenal Pedro Beneventano, que en su nombre asistía a la guerra contra los herejes. Encargábale diese todo contento a los de Aragón, si juzgase todavía que pedían razón.

Entre tanto que se trataba de esto, Simón de Monforte se apoderó de la ciudad de Tolosa, nido y guarida principal de los alborotados y rebeldes. Juntó el legado un concilio en Montpellier para resolver lo que se debía hacer. Acordaron los padres entre otras cosas de nombrar por príncipe y señor de todo lo conquistado al mismo conde de Monforte en premio de sus trabajos. Para que el papa confirmase este su decreto le enviaron por embajador al obispo ebredunense o de Ambrun. En este término se hallaban las cosas de Francia.

En España se padecía grande hambre por causa de la sequedad. Tras la hambre, como es ordinario, se siguió gran mortandad, ocasionada de los malos manjares de que la gente se sustentaba. Por la una y por la otra causa muchos pueblos y aldeas se yermaron, y más en el reino de Toledo, como más sujeto a esta calamidad, por ser lo más alto de España. Acudió al remedio don Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo; repartió gruesas limosnas de su hacienda, y con sus sermones animó al pueblo para que todos ayudasen, cada cual conforme a su posibilidad.

Esta diligencia y el fruto que de ella se siguió, que fue notable, agradó tanto al rey don Alfonso, que en lo postrero de su edad estando en Burgos, hizo donación a la iglesia de Toledo de muchos pueblos hasta en número de veinte aldeas, por parecerle se empleaban muy bien las riquezas y mando en quien usaba bien de ellas, y que era ponerlas como en un depósito común para acorrer a las necesidades. En particular concedió al arzobispo de Toledo que por tiempo fuese el oficio y preeminencia de chanciller mayor de Castilla, que en las cosas del gobierno era la mayor dignidad y autoridad después de la del rey; privilegio que siete años antes se dio al arzobispo don Martín, pero por tiempo limitado; al presente para siempre a don Rodrigo y sus sucesores. Este oficio ejercían los arzobispos en lo de adelante cuando andaban en la corte; si se ausentaban, nombraban con el beneplácito del rey un teniente que supliese sus veces y despachase los negocios. Esto se continuó hasta el tiempo del arzobispo don Gil de Albornoz, cuando por su ausencia y por la revuelta de los tiempos se comenzó a dar aquel oficio a diferentes personas sin consentimiento de los arzobispos, que, sin embargo, todavía se intitulan chancilleres mayores de Castilla; por lo demás, ninguna otra preemi-

nencia de aquel oficio les queda, ni tienen en su poder los sellos reales, ni acuden a ellos los negociantes.

Hallábase el rey en Burgos, deseaba reconciliarse con su primo el rey de León, de quien se mostraba muy sentido después que repudió a su hija doña Berenguela, y todavía duraba la enemiga. Concertaron vistas para Valladolid, y allí asentaron sus haciendas; en particular se acordó echasen por tierra y despoblasen al Carpio y Monterrey, sobre que tenían diferencias, y los de Castilla los tomaran a los de León. Tomado este asiento, se partió el rey de León para su tierra, y con licencia del rey de Castilla llevó en su compañía a don Diego López de Haro para ocuparle en la guerra que por aquellas partes hacía contra moros. Era don Diego famoso capitán en aquel tiempo, amado de los príncipes, agradable a los soldados; así, demás de su hijo don Lope, le siguió un buen golpe de los soldados castellanos, por el deseo que todos tenían de ejercitarse en aquella guerra debajo de la conducta de caudillo tan principal. El rey de Castilla, aunque viejo y muy cansado, no tenía menos deseo de proseguir por su parte la guerra contra moros, que quedaron amedrentados por la pérdida pasada y a pique de perderse, por estar divididos entre sí y alborotados con bandos y parcialidades.

Adelantóse el rey de León; rompió por aquella parte de la antigua Lusitania que confinaba con su reino y hoy se llama Extremadura. Talóles los campos, quemóles y saqueóles los pueblos y las aldeas, hizo grandes presas de hombres y de ganados. En particular a la ribera del río Tajo ganó de los moros una villa antigua y fuerte, que se llama Alcántara. Para que la defendiesen, hizo de ella gracia a los caballeros de la orden de Calatrava, que pusieron allí buena guarnición de soldados, que de ordinario salían a correr la tierra de los moros y a hacer sus cabalgadas. Éste fue el principio que tuvo la caballería de Alcántara, pequeño y flaco, como suele ser en las cosas grandes que se levantan de pequeños principios. De aquí vino que esta nueva caballería al principio fue sujeta a la de Calatrava; al presente se tiene por exenta, en especial después que estos caballeros ganaron una bula en este propósito del papa Julio II, en ninguna cosa quieren reconocer esta mayoría. El hábito de Calatrava antiguamente fue un escapulario con una capilla que de él salía sobre el vestido a manera de los frailes; más por concesión del papa, que en tiempo del cisma se llamó Benedicto XIII, el año de 1397 dejaron la capilla y tomaron la cruz roja florlisada de la forma que hoy la usan, que se remata en cuatro flores de lis. Los de Alcántara en sus principios usaron por hábito de un capirote y una chía roja, ancha cuatro dedos, y larga una tercia; pero el mismo papa les concedió por su bula trocasen aquellas insignias en la cruz verde florlisada de que usan en manto blanco de la misma forma y remates que la de Calatrava, que fue el año adelante de 1411. Los unos y los otros militan debajo de la regla de San Bernardo y son sujetos a la orden del Císter. Este fin tuvo y este efecto hizo la guerra que el rey de León movió contra los moros por este tiempo, algo más próspero que la que se hizo de parte de Castilla.

Fue así, que el rey don Alfonso de Castilla dio vuelta al reino de Toledo. Seguíale mucha gente, que hizo levantar en todas partes, con que llegó hasta Consuegra y hasta Calatrava, que eran las fronteras por aquella parte de su reino. Pasó adelante, rompió por las tierras de los moros hasta llegar a Baeza, que era vuelta a poder de moros. Hizo grandes talas por aquella comarca, robos y sacomanos, finalmente se puso sobre aquella ciudad con intento de rendirla. Acudió a servirle en este cerco, entre otros, Diego López de Haro, después que se dio fin a la guerra de Extremadura. Hicieron todo el esfuerzo posible, más no pudieron salir con su intento a causa que el año era muy falto de mantenimiento y no se podían proveer de vituallas. Hicieron treguas con los moros, y con tanto dieron la vuelta para proveerse de lo necesario y poderse sustentar.

Por lo demás, se presentaba buena ocasión de sujetar los moros, por estar divididos y tener entre sí guerras civiles. La cosa pasó de esta manera. El rey Mahomad, por sobrenombre el Verde, después que perdió aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, acordó para rehacerse de fuerzas pasar en África. Entre los moros, más que entre otras gentes, ningún respeto se guardan de lealtad y parentesco. Zeyt Abenzeyt, su hermano, tomó ocasión de aquella ausencia para apoderarse de

la ciudad de Valencia y de Monviedro con toda aquella comarca. Lo mismo hizo un su primo, por nombre Mahomad Zeyt, en las ciudades de Córdoba y de Baeza, que se alzó con ellas con color que era nieto de Abdelmon de parte de un hijo suyo llamado Abdalla, y por esta causa le pertenecían los reinos de África y de España, que fueron de su abuelo. Demás de esto, otro moro, por nombre Albullali, muy principal en riquezas y vasallos, movido por el ejemplo de los moros ya dichos y convidado de la ocasión que se le presentaba, sin otro mejor derecho se apoderó de Sevilla, de Écija y de Jerez. De esta manera las fuerzas de los moros, que de suyo no eran muy grandes, se dividieron en muchas partes y por el mismo caso se enflaquecieron. Buena ocasión era esta; más el rey don Alfonso, que era el más poderoso príncipe de España, no pudo acudir a esta guerra, no sólo por falta de vituallas, sino por dar socorro a los ingleses, con quien tenía deudo y amistad, y cuyo partido en las partes de Francia andaba muy de caída, a causa que los franceses, contra lo que tenían asentado, de repente les movieron una guerra muy cruel y sangrienta.

Por el mismo tiempo el rey de Portugal, don Alfonso el Segundo, por sobrenombre el Gordo, andaba ocupado en recobrar por las armas los estados que en aquel reino su padre dejó en su testamento a sus hermanas: causas que alegar para lo que quieren nunca a los príncipes faltan. Acudieron aquellas señoras al amparo del rey de León, que era su deudo, y les caía más cerca para valerse de sus fuerzas. No fue él mismo en persona; pero envió a su hijo don Fernando, el cual con las armas ganó de los portugueses algunos pueblos, que adelante se volvieron por mandado del papa Inocencio, que interpuso su autoridad para sosegar estos bullicios y componer todas aquellas diferencias.

El rey de Castilla a la misma sazón deseaba verse con el rey de Portugal, su yerno, para comunicar con él cosas muy graves. Convidóles por sus embajadores que se llegase a Plasencia; y porque entendió que la venida del portugués se dilataría algún tiempo, pasó a Burgos con intento de acudir a lo de Francia y enviar en favor de los ingleses gente de socorro. La muerte atajó todas estas trazas. Daba la vuelta desde Burgos por el deseo que tenía de verse con el rey de Portugal, cuando en Garcimuñoz, pueblo conocido, le sobrevino una dolencia mortal, que se le aumentó con cierto aviso que le llegó de que aquel rey se excusaba de llegar hasta Plasencia, y sólo venía en que si aquellas vistas importaban tanto, se hiciesen a la raya de los dos reinos. Esto es la condición de muchos príncipes, que por no reconocer ni dar ventaja a nadie, sea deudo, sea superior, sea más anciano, dejan pasar muchas ocasiones de concluir negocios muy importantes. Puédese también sospechar que aquel príncipe no se fió mucho del de Castilla, si bien era su suegro, por ser astuto y mañoso y muy atento a sus particulares. Agravóse la dolencia tanto, que los médicos le desahuciaron. Asistióle en aquel último trance el arzobispo de Toledo, que desde Calatrava, donde residió algún tiempo para remediar el hambre, como queda dicho, concluido aquel negocio, acudió a Burgos y hacía compañía al rey. Él mismo le confesó e hizo que recibiese los demás sacramentos como suelen los cristianos, ordenase y otorgase su testamento. Esto hecho, rindió el alma, lunes, a 6 de octubre, día de santa Fides, virgen, del año que se contaba de 1214. Conforme a esto se ha de corregir la letra del arzobispo don Rodrigo, que muchas veces por culpa de los impresores y de los escribientes está muy estragada. Este fin tuvo el rey don Alfonso, el más esclarecido príncipe en guerra y en paz de cuantos en aquel siglo florecieron. Él solo acabó muchas cosas y salió con grandes empresas; los otros reyes de España sin él y sin su ayuda apenas hicieron cosa alguna que fuese de mucha consideración. Falleció en edad de cincuenta y siete años y más veintidós días; de ellos reinó por espacio de los cincuenta y cinco. Sepultaron su cuerpo en las Huelgas de Burgos, acompañáronle la reina doña Leonor, su hija doña Berenguela, el arzobispo don Rodrigo con otros principales del reino.

Fallecieron asimismo este año la reina de Castilla, viuda, doña Leonor, y don Fernando, el hijo mayor del rey de León, habido en su primera mujer; y demás de estos don Diego López de Haro, don Pedro de Castro, hijo de Fernando de Castro, todos personajes muy principales. La muerte de la reina fue en Burgos, viernes, último de octubre. El dolor que recibió por ver muerto su marido, que le quería mucho, le aceleró su fin; como fueron muy conformes en la vida, así sepultaron su

cuerpo junto al de su marido.

Don Fernando, hijo del rey de León y de su mujer doña Teresa, era mozo de aventajadas partes y que daba muy buenas muestras, si la muerte antes de tiempo no le atajara los pasos y cortara las esperanzas que tales virtudes y la apostura de su cuerpo prometían; enterráronle en el templo de Santiago de Galicia. Quedó otro hermano suyo de su mismo nombre, pero nacido de otra madre, que fue doña Berenguela, y que adelante sucedió en el reino de Castilla y también a su padre, como se verá en sus lugares.

Don Pedro de Castro ayudó y sirvió muy bien al rey de León en las guerras que hizo contra moros. Su muerte fue en Marruecos, ciudad de Berbería. La causa por qué pasó en África no se sabe; por ventura algún disgusto o la amistad que tenía trabada con los moros desde el tiempo de su padre. Falleció a 18 de agosto de este mismo año en que vamos.

CAPÍTULO IV
CÓMO EN CASTILLA Y ARAGÓN HUBO REVUELTAS Y GUERRAS

Después de la muerte de don Pedro, rey de Aragón, y de don Alfonso, rey de Castilla, resultaron en el un reino y en el otro bullicios y alteraciones muy graves, a causa de la poca edad de los nuevos reyes don Enrique y don Jaime, que sucedieron a sus padres. Los señores, a cuyo cargo estaba mirar por el bien y pro común, todos tenían más atención a sus particulares. Muchos en Castilla pretendían apoderarse del gobierno, y en nombre de otro, que era el rey, mandarlo ellos todo, quitar y poner a su voluntad. Algunos en Aragón pasaban más adelante, ca pretendían coronarse y gobernar en su nombre todo aquel reino. ¡Cuán desapoderado y perjudicial es el apetito de reinar y la ambición! Todo lo revuelve y lo trueca sin tener cuenta con la infamia ni lo que la modestia y templanza piden.

Entre estas tempestades, el gobierno y la gente andaba como nave sin gobernalle azotada de los vientos y de las olas del mar, especialmente en Aragón se veían estos daños por la ambición perjudicial de don Sancho y de don Fernando, tíos de aquel rey, que, según queda dicho, pretendía cada cual para sí aquella corona: No les faltaba brío para salir con su intento, ni maña para granjear las voluntades del pueblo. Alegaban que el rey don Jaime no podía heredar a su padre por no ser de legítimo matrimonio. Demás de esto, don Sancho contra su competidor se valía de que era monje profeso y por el mismo caso incapaz de la corona; don Fernando, del ejemplo del rey don Ramiro, que sin embargo que era monje y de mucha edad, sucedió en aquel reino a su hermano; y que quitado este impedimento, él era de los trasversales el pariente más cercano. Con esto el reino se dividió en tres parcialidades; pocos, pero los mejores y más poderosos, seguían el partido del verdadero rey. El pueblo, sin cuidar mucho de lo que era justo, se arrimaba a los que de presente con dádivas y con promesas los granjeaban.

Enviáronse sobre el caso embajadores al papa Inocencio, como arriba queda dicho, para pedir a su rey, el cual en compañía del obispo ebredunense con muy buenas palabras los remitió a Francia enderezados al cardenal beneventano, su legado, con orden que al conde de Monforte entregase lo que tenían ganado en Francia contra los herejes, a tal que él mismo pusiese en libertad al niño rey de Aragón y le entregase a sus vasallos. Sabida la voluntad del papa, el legado y el conde de Monforte obedecieron sin dificultad. Hallábanse en Carcasona, desde donde acompañaron al rey, que tenía sólos seis años y cuatro meses, hasta la ciudad de Narbona; en su compañía don Ramón, conde de la Provenza, su primo hermano y de la misma edad del rey, para que se criase en Aragón entre tanto que las guerras de Francia se apaciguaban. Acudieron a aquella ciudad por estar a la raya de los dos reinos muchos señores de la corona de Aragón para recibir, servir y acompañar a su rey, todos con gran muestra de alegría y grandes regocijos y recibimientos; que todos los pueblos por do pasaba le hacían procesiones y rogativas por su salud y larga vida. Tenía el niño para aquella edad buena presencia, y la estatura del cuerpo mayor que pedían aquellos años; muestra de lo que fue adelante, de su valor y grandeza. El conde de Monforte se quedó para proseguir la guerra.

El legado, que en todo tenía mano, hizo convocar Cortes para la ciudad de Lérida con atención a dar asiento en todas las cosas. Juntáronse a su llamado los señores, ricos hombres, los prelados y procuradores para el día que les señalaron. Los infantes don Sancho y don Fernando no quisieron acudir por ver el pleito mal parado. En aquellas Cortes todos los que presentes se hallaron de los tres brazos del reino juraron al nuevo rey; cosa nueva en Aragón, pero que de este principio quedó asentado para adelante, y así se acostumbra de jurar aquellos reyes. Nombraron por ayo del niño para que le amaestrase a don Guillén Monredon, maestre y superior de los templarios en aquel reino y el principal de los embajadores que se enviaron al papa. Señalaron otrosí la fortaleza de Monzón para que allí se criase el nuevo rey, hasta tanto que las parcialidades se compusiesen, y que él tuviese edad para encargarse del gobierno.

Entre los ciudadanos de Zaragoza y la gente de Navarra se abrió la contratación que, según parece, tenían impedida por causa de las alteraciones de Aragón o por otras diferencias, que siempre resultan entre los reinos comarcanos, mayormente que el rey don Sancho de Navarra por su edad y poca salud poco podía acudir al gobierno y al amparo de sus vasallos, antes vivía retirado en el castillo de Tudela sin atender ni a las cosas de la guerra ni a las del gobierno.

Esto pasaba al fin de este año, en que cerca de la ciudad de Tornay, principal en los estados de Flandes, y puesta a la ribera del río Escalda, el emperador Otón y Felipe, rey de Francia, tuvieron una sangrienta batalla. Estaba de parte del emperador don Fernando, infante de Portugal, casado con la condesa propietaria de Flandes, que vencidos y desbaratados los de su parte y los imperiales, quedó preso por largo tiempo en poder de los franceses. Ésta fue la famosa batalla de Bovinas, así dicha de un puente junto al cual se dio.

En Aragón todavía continuaban en procurar algún medio de paz; parecióles sería conveniente para contentar a don Sancho, conde de Rosellón, encargarle el gobierno del reino de Aragón, como se hizo el año siguiente de 1215. Lo que pensaban sería ocasión de sosiego sucedió muy al revés; que como persona deseosa de mandar, con la mano que le dieron, se encendió en mayor deseo de coronarse por rey; de que resultaron mayores revueltas y bullicios, como se verá adelante.

Las cosas de Castilla no estaban en mejor estado. Era el nuevo rey don Enrique de once años, cuando por muerte de su padre y por haber faltado sus hermanos mayores sucedió en aquella corona. Encargóse su madre del gobierno, como era razón, que duró poco, por la muerte que muy en breve le sobrevino. En su testamento nombró para el gobierno en su lugar y para la tutela del rey a doña Berenguela, su hija, reina de León, aunque apartada de su marido. Esta señora por ser de ánimo varonil y muy poderosa en vasallos, ca tenía por suyas las villas de Valladolid, Muñoz, Curiel y Santisteban de Gormaz por merced y donación que de ellas le hizo el rey, su padre, cuando volvió a Castilla, sustentaba el peso de todo y aún ayudaba con su hacienda a los gastos que forzosamente en el gobierno se hacían. ¿Quién podrá bastantemente encarecer las virtudes de esta señora, su prudencia en los negocios, su piedad y devoción para con Dios, el favor que daba a los virtuosos y letrados, el celo de la justicia con que enfrenaba a los malos, el cuidado en sosegar algunos señores que gustaban de bullicios, y que el rey, su hermano, se criase en las costumbres que pertenecen a estado tan alto? Sólo la aquejaba la muchedumbre de los negocios y el deseo que tenía de su recogimiento y quietud.

Olieron esto algunos que tienen por costumbre de calar las aficiones y desvíos de los príncipes para por aquel medio encaminar sus particulares; en especial los de la casa de Lara, como acostumbrados a mandar, procuraron aprovecharse de aquella ocasión para apoderarse ellos del gobierno. Eran tres hermanos, Álvaro, Fernando y Gonzalo, hijos de don Nuño, conde de Lara, poderosos en riquezas y en aliados. Éstos hacían poco caso del rey, por ser niño, y de su hermana, por ser mujer. Pretendían salir con su intento, quier fuese con buenos medios, quier con malos. Ofreciéronse dos ocasiones muy a su propósito: la una, que un hombre particular, llamado Garci Lorenzo, natural de Palencia, tenía mucha cabida con doña Berenguela. De la industria de este hombre y de su maña, que era muy grande, se pretendieron valer, y para esto le prometieron, si terciaba bien y les acudía conforme a su deseo, de darle en premio la villa de Tablada, que él mucho deseaba. Ésta fue la primera ocasión. La segunda y de menos importancia fue la ausencia que a la sazón hizo don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que sólo por su mucha autoridad y prudencia pudiera descubrir y desbaratar estas trazas.

Partióse para Roma para hallarse con los demás prelados en el concilio laterano, que por sus edictos tenía convocado el papa Inocencio. Juntáronse a su llamado cuatrocientos y doce prelados, y entre ellos los setenta y uno eran arzobispos, el patriarca de Jerusalén y el de Constantinopla. El Alejandrino y el Antioqueno no acudieron, pero enviaron sus tenientes que supliesen sus veces. Los demás sacerdotes que acudieron apenas se podían contar. Los negocios que en este concilio se trata-

ron fueron muchos y muy graves. Sobre todo pretendían renovar la guerra de la Tierra Santa y apaciguar las alteraciones de Francia, que los herejes traían revuelta. Abrióse el concilio por el mes de noviembre en la iglesia de San Juan de Letrán. Entre los demás padres se señaló mucho el arzobispo don Rodrigo; hizo una oración a los del concilio en lengua latina, pero mezcladas sentencias y como flores de las otras lenguas italiana, alemana, inglesa, francesa, como el que bien las sabía, que puso admiración a los padres hasta decir que desde el tiempo de los apóstoles nunca se vio cosa semejante.

En particular se trató de la primacía de Toledo, a causa que los arzobispos de Tarragona, Braga, Santiago y Narbona no le querían reconocer ventaja por razones que cada cual en su defensa alegaba. Presentáronse por la iglesia de Toledo las bulas de los pontífices romanos más antiguos, sus sentencias y determinaciones, los decretos de los concilios, argumentos y probanzas tomadas de la antigüedad, que en los hombres es venerable y en las ciudades se tiene por cosa sagrada. Salieron a la causa el arzobispo de Braga y el de Santiago, que presentes se hallaron, y el obispo de Vic, como lugarteniente del de Tarragona. Pretendían alegar, y alegaron de su derecho, y responder a los argumentos y razones que por el de Toledo militaban. No se procedió a sentencia a causa que algunos de los interesados se hallaban ausentes y era necesario oírlos. Sólo concedió el papa al arzobispo don Rodrigo que por espacio de diez años tuviese autoridad de legado en toda España, y que si la ciudad de Sevilla viniese a poder de cristianos, como esperaban que sería en breve por la flaqueza de los almohades, que en tal caso quedase sujeta al arzobispo de Toledo como a primado, sin que pudiese contradecir ni apelar de este decreto. Concedióle demás de esto facultad de dispensar y de legitimar trescientos hijos bastardos, y que en todas las iglesias de España, en las ciudades que se ganasen de moros pudiese nombrar y poner los obispos y sacerdotes que en ellas faltasen.

Grande fue el crédito que el dicho arzobispo ganó en aquel concilio, no sólo por las muchas lenguas que sabía, sino por sus muchas letras y erudición, que para aquel tiempo fue grande. Dejó dos libros escritos, uno de la historia de España, el otro de las cosas de los moros, fuera de otro tratado que anda suyo en defensa de la primacía de su iglesia de Toledo.

Tocante a la guerra de la Tierra Santa se acordó y decretó en el mismo Concilio que todos los eclesiásticos ayudasen para los gastos y para llevarla adelante con cierta parte de sus rentas. Con este subsidio enviaron gente de socorro, y por su general a Pelagio, cardenal y obispo albanense, de nación español, según que lo testifica don Lucas de Tuy; y que con este socorro se ganó la muy famosa ciudad de Damiata, puesta en lo postrero de Egipto.

Cuanto a las revueltas de Francia, los dos Raimundos o Ramones, padre e hijo, condes de Tolosa, acudieron al concilio para pleitear contra Simón de Monforte, que los tenía despojados de su estado. La resolución fue que los condenaron como a herejes, y adjudicaron a Simón de Monforte la ciudad de Tolosa con todo aquel condado, y los demás pueblos y ciudades que había ganado a los herejes con su valor y buena maña. En virtud de lo cual fue a verse con el rey de Francia para hacerle sus homenajes, como feudatario suyo, por aquellos estados, como lo hizo, y juntamente asentó con aquel rey confederación y perpetua amistad. Pero como quier que no se fiase de los vasallos, que todavía se inclinaban a sus señores antiguos, hizo desmantelar las ciudades de Tolosa, Carcasona y Narbona, por donde y por los tributo s muy graves que derramó sobre aquellos estados incurrió en grave odio de los vasallos, de tal manera, que muchos pueblos a la ribera del río Ródano se le rebelaron y se entregaron a Raimundo el más Mozo, hijo del despojado, y aún poco adelante se perdió la misma ciudad de Tolosa. Para todo ayudó mucho que diversos señores de Francia y de Cataluña, sin embargo de lo decretado por el papa y por el concilio, acudieron con sus fuerzas o aquellos príncipes despojados y pobres. El de Monforte pretendía con sus gentes recobrar aquella ciudad de Tolosa, y se puso con este intento sobre ella, y aún saliera con la empresa si no le mataran con una piedra que dispararon los cercados de un trabuco; hombre dignísimo de más larga vida y de mejor fin por sus muchas virtudes y valor, y que a la destreza en las armas igualaba su piedad y amor de la re-

ligión católica. Dejó dos hijos en edad muy florida: el uno se llamó Aimerico, el otro Simón. El Aimerico, luego que mataron a su padre, alzó el cerco, y perdida grande parte de aquellos estados, desistió de la guerra. No se igualaba a su padre en grandeza de ánimo, en hazañas y valor; así, desconfiado de poder sosegar aquellos vasallos y contrastar con tantos príncipes como le hacían resistencia, se resolvió de renunciar aquellos pueblos y entregarlos al rey de Francia, que en recompensa le nombró por su condestable; trueco muy desigual. Esto pasó tres años adelante; volvamos a la orden de los tiempos que poco arriba dejamos.

CAPÍTULO V
CÓMO LOS DE LA CASA DE LARA SE APODERARON DEL GOBIERNO DE CASTILLA

Los de la casa de Lara todavía continuaban en su pretensión y solicitaban a Garci Lorenzo para que les ayudase. Él, engolosinado con las promesas que le hacían, y porque no se le pasase aquella ocasión de adelantarse, se ofreció de hacer todo lo que le pedían. Sólo esperaba alguna buena coyuntura, y hallada, dijo un día a la reina gobernadora, que muy descuidada estaba de aquellas tramas, que la carga de aquel gobierno era muy pesada y sobre las fuerzas mayormente de mujer; encareció mucho las dificultades, los peligros, la diversidad de aficiones y parcialidades que entre los señores y entre los del pueblo andaban. La reina, que mucho deseaba su quietud, fácilmente se dejó persuadir y llevar de aquellas engañosas palabras. *«¿Quién, dijo, me podrá descargar de este cuidado? Quién os parece a propósito para encargarle el gobierno y la crianza del rey?»* Respondió: *«Ninguno en el reino en poder y en riquezas se iguala a los de la casa de Lara, que podrán acudir a todo y reprimir los intentos de los mal intencionados.»*

Parecióle bien este consejo a la reina y esta traza. Acordó juntar los obispos, los ricos hombres y los señores para consultar el negocio. Los más, preguntado su parecer, se allegaron al de Garci Lorenzo y se conformaron con la voluntad de la reina, unos por no entender el engaño, otros por estar negociados, otros por aborrecer el gobierno presente como de mujer y ser cosa natural de nuestra naturaleza perversa creer de ordinario que lo venidero será mejor que lo presente. Salió por resolución que la reina dejase el gobierno del reino y le renunciase en los tres hermanos y señores de Lara. Volvió en esta sazón de Roma el arzobispo don Rodrigo con poder y autoridad de legado del papa, no le plugo nada que la reina renunciase; pero el negocio le tenían tan adelante, que no se atrevió a contradecir. Solo hizo que aquellos señores de Lara en sus manos hiciesen juramento que mirarían por el bien común y por el pro de todo el reino, en particular que no darían ni quitarían tenencias y gobiernos de pueblos y castillos sin consulta de la reina y sin su voluntad; que no harían guerra a los comarcanos ni derramarían nuevos pechos sobre los vasallos; finalmente, que a la reina doña Berenguela tendrían el respeto que se debía y era razón tenerle a la que era hermana, hija y mujer de reyes. Con este homenaje les parecía se cautelaban y aseguraban que todo procedería bien y a contento, como si pudiese cosa alguna enfrenar a los ambiciosos, y si el poder adquirido por los malos medios tuviese de ordinario mejores los remates.

Fue así que, luego que don Álvaro, el mayor de los hermanos, se apoderó del gobierno, partió de Burgos, do se hizo la renunciación y todos estos conciertos. Lo primero desterró del reino a ciertos señores por causas ya verdaderas, ya falsas. Apoderóse de los bienes públicos y particulares, sin perdonar a las mismas rentas de las iglesias. A los patrones legos, que tenían derecho y costumbre de presentar para los beneficios de las iglesias, quitó aquella libertad con color que no eran de orden sacro y de reparar el culto divino, que en muchas maneras andaba menoscabado. En todo procedía por vía de fuerza, sin cuidar de las leyes ni de la revuelta que los tiempos amenazaban. Pasó tan adelante en esta rotura, que puso en necesidad a don Rodrigo, deán de Toledo y vicario del arzobispo, de pronunciar sentencia de excomunión contra el dicho don Álvaro, gobernador. Enfrenóse algún tanto por este castigo e hizo alguna restitución y satisfacción de los daños pasados; pero no se mudó del todo su condición y nial ánimo. Juntó Cortes en Valladolid. Acudieron a su llamado y a su persuasión por la mayor parte los de su parcialidad y de su valía, que socolor del bien público y con voz de todo el reino, ayudaron sus intentos de arraigarse en el gobierno y pertrecharse con todo cuidado para todo lo que pudiese resultar. Éste fue el principal efecto de aquellas Cortes.

A gran parte de la nobleza pesaba mucho que don Álvaro con aquellas trazas se apoderase de todo sin que nadie le pudiese ir a la mano, y que uno solo tuviese más fuerza y autoridad que todos los demás. En especial don Lope de Haro, hijo de don Diego de Haro, y don Gonzalo Ruiz Girón,

mayordomo de la casa real, y sus hermanos, que todos eran de los más principales, sentían mucho el desorden. Comunicaron entre sí el negocio; acordaron hacer recurso a doña Berenguela y querellarse de la renunciación que hizo del gobierno. Pusiéronle delante el peligro que todo corría si prestamente no se acudía con remedio. Que bien estaban satisfechos del buen ánimo e intención que tuvo, en renunciar el gobierno; mas pues las cosas sucedían al revés de lo que se pensó, era forzoso mudar propósito y volver al oficio y cuidado que dejó para que aquellos hombres locos y sin término no acabasen de hundirlo todo. *«¿Por ventura será razón que antepongáis vuestro descanso y quietud al bien común y pro de todo el reino, permitir que todos nos despeñemos y nos perdamos? ¿Porqué no quitaréis el oficio y cargo que sin darnos parte renunciasteis a un hombre sin juicio y desatinado? Librad pues a nos y al reino de las tempestades que a todos amenazan; que si en este trance no nos acudís, será forzoso remediar los daños con las armas. Mirad, señora, no se diga que por el deseo de vuestro particular descanso fuisteis causa que el reino se revolviese y alterase, como será necesario.»*

Movían estas razones a la reina. Conocía el yerro que hizo; todavía como era mujer y flaca no se atrevía a contrastar con los que tenían en su poder las fuerzas y los armas del reino. Temía que si intentaba de despojarlos del gobierno resultarían mayores males; tomó por expediente avisar a los de Lara de la jura que hicieron de gobernar el reino con todo cuidado sin hacer agravios ni demasías, en que parecía haberse desmandado. Sirvió este aviso muy poco; antes, irritado don Álvaro, se apoderó del estado y pueblos de la misma reina, y no contento con esto, la mandó salir de todo el reino; grande atrevimiento y afrenta notable, bien fuera de lo que sus obras merecían y de lo que la nobleza y agradecimiento pedía. La reina, por excusar mayores inconvenientes, en compañía de su hermana la infanta doña Leonor se retiró al castillo de Otella, cerca de Palencia, por ser una plaza muy fuerte; muchos de los grandes tomaron su voz, en que perseveraron hasta la muerte del rey, su hermano. Todo era principio de algún gran rompimiento, mayormente que a don Gonzalo Girón removieron de| oficio de mayordomo mayor, y se dio a don Fernando de Lara, hermano de don Álvaro.

Al rey, aunque de poca edad, no contentaban estas tramas; deseaba hallar ocasión para librarse de los que en su poder le tenían e irse para su hermana. Era por demás tratar de esto, porque don Álvaro le tenía puestas guardas y tomados los pasos. Demás de esto, por asegurarse más y ganarle la voluntad con deleites fuera de tiempo, trató de casarle. Despachó embajadores para pedir por mujer del rey a doña Malfada, hermana del rey de Portugal, don Alfonso. Concertóse el casamiento y trajeron la novia a Palencia, do se celebraron las bodas. Recibió de esto mucha pesadumbre doña Berenguela por los daños que podían resultar a causa de la edad del rey, que era muy poca. Escribió sobre el caso al papa Inocencio, avisólo del deudo que tenían entre sí los desposados. El papa, informado de todo, por un breve suyo remitió el negocio a los obispos don Tello, de Palencia y don Mauricio, de Burgos, para que examinasen lo que la reina decía, y si se averiguase el impedimento, apartasen aquel casamiento, so graves penas y censuras si no obedeciesen a sus mandatos. Los obispos, luego que recibieron el breve, procedieron en el caso como les era mandado, y averiguado el parentesco que se alegaba, dieron sentencia de divorcio; con que la desposada, a lo que se cree, doncella y sin perjuicio de su virginidad, dio la vuelta a Portugal. Allí fundó el monasterio de Rucha, y en él pasó lo que le restó de la vida santa y religiosamente, aunque muy sentida no sólo de aquella mengua, sino en especial contra don Álvaro, que no contento de haberle sido causa de aquel daño, trató de casarse con ella; que fuera un trueco muy desigual y de reina sujetarse a su mismo vasallo.

Todo esto pasaba en Castilla el año que se contó de Cristo 1216, en que a 16 de julio falleció en Roma el papa Inocencio II!, persona de aventajadas prendas y virtudes, y que pocos en el número de los pontífices se le igualaron, en particular fue muy elocuente y muy sabio en letras divinas y humanas. Sucedió en su lugar Honorio III, natural de Roma, en cuyo tiempo y pontificado falleció en aquella ciudad la reina de Aragón doña María, madre del rey don Jaime; sepultaron su cuerpo en el

Vaticano, cerca del sepulcro de santa Petronila. Allí reposaron sus huesos de los muchos trabajos que padeció por toda su vida, desterrada de su reino y de su patria, pobre y apartada de su marido. En su testamento dejó encomendado su hijo y el reino de Aragón al pontífice, para que como padre universal los recibiese debajo de su protección y amparo. La edad del rey tenía necesidad de semejante favor, y por estar los del reino divididos en parcialidades, de que se temían revueltas y guerras, era menester que la prudencia del pontífice los enfrenase, lo que él hizo con todo cuidado por cuanto le duró la vida.

En esta sazón don Ramón, conde de la Provenza, por cartas que sus vasallos le enviaban, se determinó de huirse secretamente de Monzón, do le tenían como preso en compañía del rey de Aragón, su primo. Embarcóse en una galera que en el puerto de Salou, cerca de Tarragona, le tenían aprestada. Con su llegada a su estado se apaciguaron graves diferencias que andaban entre los principales de aquella tierra, como los que estaban sin cabeza, y cada cual pretendía poner mano en el gobierno. Tomás, conde de Mauriena, cepa de los duques de Saboya, tenía una hija, por nombre Beatriz, que casó con este don Ramón, conde de la Provenza. De este matrimonio nacieron cuatro hijas, que casaron las tres con otros tantos reyes, y la cuarta con el emperador; rara felicidad y notable.

La huida de don Ramón fue ocasión de poner en libertad al rey de Aragón. Don Guillén Monredón, maestre del Temple, comenzó a recelarse por este ejemplo no le sacasen con semejante maña de su poder al rey, que sería ganar otros las gracias de ponerle en libertad y quedar él cargado de haberle tenido tanto tiempo como preso. Con este cuidado y para dar corte en lo que se debía hacer, se comunicó con don Pedro de Azagra, señor de Albarracín, y con don Pedro Ahones, ambos personajes de mucho poder y nobleza. Acordaron de llamar a Monzón a don Aspargo, que de obispo de Pamplona lo era a la sazón de Tarragona, y a don Guillén, obispo de Tarazona. Juntos que fueron, de común acuerdo se resolvieron de poner al rey en libertad y entregarle el gobierno del reino, si bien no pasaba de nueve años. Tomaron este acuerdo por el mes de septiembre, y se juramentaron entre sí de llevar adelante esta resolución.

No hay cosa secreta en las casas reales, mayormente en tiempo que reinan pasiones y parcialidades. Don Sancho, tío del rey, que tenía el gobierno del reino, sabido lo que pasaba, con intento de conservarse en el mando, llevaba muy mal aquel acuerdo. Desmandábase en palabras y fieros en tanto grado, que llegó a amenazar cubriría de grana el camino por do el rey pasase, que era tanto como decir le regaría con sangre de los que le acompañasen. Su soberbia era tan grande, que nunca pensó se atrevieran a lo que hicieron, y todavía se fue con buen golpe de gente a Selga, que es un pueblo puesto en el mismo camino por do habían de pasar. El rey, cuando esto supo, tuvo miedo, tanto, que sin embargo de su poca edad, se puso una cota de malla con intento de pelear, si fuese necesario. Valió que don Sancho, aunque tenía en las manos la victoria por ser muy pocos los que acompañaban al rey, bien que de los más ilustres y principales, no se determinó a acometerlos; la causa no se sabe, parece que le cegó Dios para que no viese la caída que de este principio muy en breve le esperaba.

El rey, libre de este peligro, pasó a Huesca, de allí a Zaragoza. Allí y por todo el camino se hicieron grandes fiestas y alegrías y recibimientos por verle puesto en libertad, ca todos esperaban y tenían por cierto que para adelante el gobierno procedería mejor que hasta allí y los daños del reino se remediarían. Convenía dar asiento en negocios muy graves que tenían represados, sosegar las voluntades y parcialidades, alentar a los buenos y cortar los pasos a los no tales. Para todo tenían necesidad de recoger dineros, de que se padecía gran falta, a causa de los gastos que los años pasados se hicieran y de los bandos y pasiones que continuaban y todo lo tenían consumido. Los catalanes acudieron a esta necesidad con mucha voluntad; otorgaron que se cobrase el tributo que vulgarmente llaman bovático, por repartirse por las yuntas de bueyes y las demás cabezas de ganados. Este tributo se concede pocas veces y sólo en tiempo de graves necesidades; y sin embargo de que le otorga-

ron al rey don Pedro los años pasados por tres veces, al presente se le concedieron al rey don Jaime, su hijo, que fue el año 1217. Fue esta concesión de grande momento; de que se recogió tanto dinero cuanto era menester para el sustento de la casa real y para apercibirse de gente que enfrenase las demasías de cualquiera que se desmandase.

CAPÍTULO VI
DE LO RESTANTE HASTA LA MUERTE DEL REY DON ENRIQUE DE CASTILLA

La división y enemiga entre don Álvaro de Lara y la reina doña Berenguela traía alborotado el reino, pequeños y grandes; unos acudían a una parte, otros a la contraria, de que resultaban muertes y robos y otros géneros de maldades. Sucedió un nuevo embuste de don Álvaro con que echó el sello a los demás desórdenes y trazas. Pasó el rey al reino de Toledo, y entreteníase en Maqueda, villa poco distante de aquella ciudad. Doña Berenguela, su hermana, cuidadosa de su salud le despachó un hombre para que de secreto le visitase de su parte y le llevase nuevas de todo lo que pasaba. Tuvo don Álvaro de esto aviso; prendió al hombre con achaque que traía cartas que él mismo contrahizo con el sello de la reina, en que persuadía a los de palacio diesen hierbas al rey, su señor. Para dar mayor color a esta invención y para hacer sospechosa a la reina y que el rey se recatase de la que era su amparo, hizo dar garrote al mensajero, que sin culpa alguna estaba. Con este hecho tan atroz se enconaron más las voluntades; los mismos vecinos de Maqueda, sabido el embuste, con mano armada pretendieron dar la muerte a hombre tan malo; y salieran con ello, si con tiempo no se retirara y en compañía del rey se partiera camino de Huete.

A aquella ciudad envió de nuevo la reina doña Berenguela, a instancia del mismo rey, otro hombre, que se llamaba Rodrigo González de Valverde, para comunicar con él la manera que tendría para retirarse donde la reina estaba. A éste también prendieron y enviaron a Alarcón para que allí le guardasen; no se atrevieron a darle la muerte por no indignar más la gente. La tempestad empero que con estas nubes se armaba revolvió sobre los señores que seguían el partido de la reina. Tuvo el rey la Cuaresma en Valladolid; desde allí envió don Álvaro buen golpe de gente para cercar a Montalegre, en que se tenía don Suero Téllez Girón, caballero de muy antiguo y noble linaje, y bien apercibido de soldados para defender aquella plaza; demás que tenía dos hermanos, el uno don Fernando Ruiz, y el otro don Alfonso Téllez, que le pudieran acudir, y no lo hicieron por respeto del rey; antes don Suero, luego que en nombre del rey le requirieron entregase aquella fuerza, lo hizo, si bien se pudiera entretener largamente. Mas los nobles antiguamente en España sobre todo se esmeraban en guardar a sus príncipes el respeto y la debida lealtad. Después de esto corrieron los campos comarcanos, y el rey mismo con su gente se puso sobre Carrión. Desde a poco pasó sobre Villalva, dentro de la cual fuerza se hallaba Alfonso de Meneses, no menos ilustre que los Girones, pero no tan comedido como ellos. La venida del rey fue de sobresalto, y don Alfonso a la sazón se hallaba fuera del pueblo; para entrar dentro le fue forzoso hacerse camino con la espada, en que estuvo a punto de perderse y quedó herido, y muertos muchos de sus criados y algunos caballos que le tomaron en la refriega. Sin embargo, defendió aquella plaza obstinadamente hasta tanto que el rey, perdida la esperanza de salir con la empresa, dio la vuelta para la ciudad de Palencia, en sazón que por otra parte se hacía la guerra contra don Rodrigo y don Álvaro de los Cameros, en cuyo poder estaba la ciudad de Calahorra.

Acudió el rey a esta empresa, con que fácilmente se apoderó de aquella ciudad por entrega que Garci Zapata le hizo del castillo, cuyo alcaide era, sea por acomodarse al tiempo, o por juzgar le sería mal contado si hacía resistencia a su rey, que se hallaba presente. Tomada aquella ciudad, marcharon contra don Lope de Haro, señor de Vizcaya. La tierra es áspera y la gente muy aficionada a sus señores, que fue causa que la guerra se alargase y el rey diese la vuelta. Esto dio ánimo a don Lope para con la gente que tenía junta para su defensa hacer entrada por las tierras del rey y correr los campos sin reparar hasta la villa de Miranda de Ebro. Salióle al encuentro don Gonzalo, hermano del gobernador don Álvaro. Asentaron sus reales los unos a la vista de los otros con intento de pelear. Excusóse la batalla por la diligencia de varones graves y religiosos que se pusieron de por medio y les persuadieron desistiesen de aquel intento, de que resultarían graves daños por cualquie-

ra de las partes que quedase la victoria. Con esto don Gonzalo se partió para do el rey estaba, y don Lope se fue a Otella para verse con la reina doña Berenguela y asistirla, ca se temía no la cercasen dentro de aquel castillo, y aún refieren que el rey con su gente, más por engaño de don Álvaro que por su voluntad, lo intentó; sin hacer empero efecto dio la vuelta a Palencia. Añaden que se trató de casar de nuevo el rey con doña Sancha, hija del rey don Alfonso de León y de su primera mujer, y que estuvieron muy adelante los conciertos con tal que la infanta heredase el reino de su padre, sin embargo que tenía en doña Berenguela a su hijo don Fernando; la verdad ¿quién la podrá averiguar? Que la historia de este tiempo no menos revueltas y perplejidades tiene que las mismas cosas del reino.

Concuerdan en que como el rey estuviese aposentado en las casas del obispo y jugase con otros sus iguales en el patio, fue muerto por un caso repentino y desgracia extraordinaria; una teja que cayó le descalabró la cabeza, de que desde a once días murió, martes a 6 de junio, año de 1217. Gran burla de las cosas del mundo, grande la miseria; pues muere un rey joven en la flor de su edad en la entrada del reino, que apenas había probado qué cosa es vivir y reinar. Hay fama, aunque sin autores bastantes, que un mancebo del linaje de los Mendozas tiró una piedra desde una torre que estaba cerca, y con ella quebró la teja que cayó sobre la cabeza del rey y le mató. El cuerpo el tiempo adelante enterraron junto a la sepultura de su hermano don Fernando en las Huelgas de Burgos, en que cada año el día de su muerte le hacen aniversario en aquel mismo tiempo. Vivió menos de catorce años; de ellos reinó los dos y más nueve meses.

Este mismo año en Portugal se ganó de los moros un pueblo principal, que se llama Alcázar de Sal, y antiguamente se llamó Salacia, y era colonia de romanos. El autor y movedor principal de esta empresa fue Mateo, obispo de Lisboa. Él juntó para ello mucha gente de Portugal y persuadió a los caballeros templarios que ayudasen; y lo que más hizo al caso, una armada de más de cien velas, en que gran número de ingleses, flamencos y franceses, tomada la señal de la cruz por lo que se trató en el Concilio lateranense, pretendían, rodeado el mar Océano y Mediterráneo, pasar a las partes de levante y a la Siria en defensa de la Tierra Santa, y para dar calor a aquella guerra sagrada, aportó a Lisboa y echó anclas en aquel puerto. Estos, a persuasión de aquel prelado, se juntaron con los demás para combatir aquel pueblo. Acudió a la defensa y a dar socorro a los cercados gran morisma de Sevilla, Córdoba y otras partes. Vinieron a batalla, en que murieron más de sesenta mil moros; gran matanza. Diose la batalla a los 25 de septiembre, y a los 18 de octubre se ganó la plaza.

CAPÍTULO VII
CÓMO ALZARON POR REY DE CASTILLA A DON FERNANDO, LLAMADO EL SANTO

El rey don Enrique tenía dos hermanas mayores que él; doña Blanca y doña Berenguela. Doña Blanca casó con Luis, hijo mayor de Felipe Augusto, rey de Francia. Doña Berenguela a su marido don Alfonso, rey de León, durante el matrimonio le parió cuatro hijos, que fueron don Fernando, don Alfonso, doña Constanza y doña Berenguela. Doña Blanca se aventajaba en la edad, ca era mayor que su hermana, y parecía justo sucediese en el reino de su hermano difunto, si el derecho de reinar se gobernara por las leyes y por los libros de juristas, y no más aína por la voluntad del pueblo, por las fuerzas, diligencia y felicidad de los pretensores, como sucedió en este caso. Juntáronse muchos donde la reina estaba con toda brevedad para consultar este punto. Salió por resolución de común acuerdo, sin hacer mención de doña Blanca, que el reino y la coronase diesen a su hermana doña Berenguela. Aborrecían, como es ordinario, el gobierno de extranjeros, y recelábanse que si Castilla se juntaba con Francia, podrían de ello resultar alteraciones y daños. Antes que esta resolución se tomase, la reina doña Berenguela, para evitar inconvenientes, despachó a don Lope de Haro y a Gonzalo Ruiz Girón para que alcanzasen del rey de León le enviase a su hijo don Fernando, para que la asistiese contra las fuerzas y embustes de don Álvaro Núñez de Lara, el gobernador, que a la sazón la tenía cercada dentro de Otella, como queda dicho. Desistió por entonces de pretender contra los de Lara, porque alzaron el cerco; al presente, sabida la desgracia del rey, su hermano, volvió a su primera demanda. Era menester usar de presteza antes que la muerte del rey llegase a noticia del rey de León, del cual se recelaban no intentase de apoderarse del reino de Castilla como dote de su mujer, si bien el matrimonio estaba apartado. El recelo, por lo que se vio adelante, no era sin propósito. Los embajadores se dieron tal prisa y usaron de tal diligencia, que antes que el rey de León supiese nada de lo que pasaba, alcanzaron de él lo que pretendían. Fue cosa fácil encubrir la muerte del rey, por causa que el conde don Álvaro ponía en esto gran cuidado; el cual, aunque de repente se vio apeado del gran poder que tenía, no se olvidó de sus mañas, antes llevó el cuerpo del difunto a Tariego. Desde allí echaba fama que vivía, y despachaba en su nombre muchos recados y negocios, dando diversas causas por qué no salía en público ni comunicaba con nadie. Bien veía él que semejante invención no podía ir a la larga; más procuraba en este medio pertrecharse y asegurarse lo más que podía.

Llegó pues el infante don Fernando a Otella, donde estaba su madre, bien ignorante de lo que pasaba y ella pretendía; que fue renunciarle luego, como lo hizo, el reino y la corona. La ceremonia que se acostumbra a hacer cuando alzan a alguno por rey se hizo en la ciudad de Nájera debajo de un gran olmo; tal era la llaneza de aquellos tiempos. Alzaron los estandartes por el nuevo rey y hiciéronse las demás solemnidades. De Nájera volvieron a Palencia con intento de visitar el reino. Recibiéronlos los ciudadanos con muestra de mucha voluntad y alegría a persuasión de su obispo don Tello, que con su autoridad y diligencia los allanó y quitó todas las dificultades. Pasaron adelante, llegaron a la villa de Dueñas, que les cerró las puertas; pero como quier que el pueblo no es grande ni muy fuerte, fácilmente le entraron por fuerza. Allí comenzaron algunos de los grandes y ricos hombres a mover tratos de paz con los de la casa de Lara y los demás de su valía. El conde don Álvaro de buena gana daba oídos a los que de esto trataban. Todavía como el que estaba acostumbrado a mandar pretendía llevado adelante, y para esto quería le encargasen la tutela del nuevo rey; gran soberbia y temeridad. Tenía don Fernando a la sazón dieciocho años, si bien otros dicen que no eran más de diez y seis; edad no muy fuera de propósito para encargarse del gobierno. Las cosas amenazaban rompimiento y guerra. Los reyes pasaron a Valladolid, pueblo grande y abundante en Castilla. Juntáronse en aquella villa Cortes generales del reino, en que por voto de todos los que en ellas se hallaron se decretó que la reina doña Berenguela era la legítima heredera de los reinos de su herma-

no, según que por dos veces lo tenían determinado en vida del rey, su padre. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo; añade luego que era la mayor de sus hermanas, que lo tengo por más verosímil, si bien algunos otros autores son de otro parecer. Lo cierto es que la reina, por el deseo que siempre tuvo de su quietud, tornó segunda vez con la aprobación de las Cortes a renunciar el reino a su hijo; y en esta conformidad le alzaron de nuevo por rey en una plaza grande que está en el arrabal de aquella villa. Desde allí con gran acompañamiento le llevaron a la iglesia mayor para que él jurase los privilegios del reino y los demás le hiciesen sus homenajes acostumbrados en semejantes solemnidades.

Por otra parte, el rey de León, su padre, luego que supo lo que pasaba y cómo la reina le engañó, se dolía grandemente de verse burlado. No le pareció que podría por bien alcanzar lo que deseaba, que era entregarse del nuevo reino de Castilla; acordó acudir a la fuerza, envió delante a su hermano don Sancho para que rompiese por las fronteras, y él mismo con otro grueso ejército entró por tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que pudo. La reina, aquejada del temor que le causaba aquella nueva tempestad, envió dos obispos, Mauricio, de Burgos, y Domingo, de Ávila, para que con su prudencia y buenas razones amansasen al rey y le persuadiesen alzase mano de aquella su pretensión tan fuera de camino y de sazón. Esta diligencia no fue de provecho alguno, antes el pecho del rey se encendió en mayor saña, mayormente que el conde don Álvaro y sus parciales le daban grandes esperanzas que saldría con su intento; y a la verdad, la guerra para ellos era de provecho, y la paz les acarreara mal y daño. Despedidos los obispos, prosiguió el rey con su gente en las talas que hacía, en las presas y quemas muy grandes. Intentó apoderarse de Burgos, ciudad real y cabeza de Castilla; más don Lope de Haro y otros caballeros le salieron al encuentro y le forzaron a dar la vuelta más de prisa que viniera. Las ciudades de Segovia y Ávila, que por estar prevenidas del conde don Álvaro no vinieron en la elección del nuevo rey, al presente, mudado parecer, enviaron embajadores a la reina para disculparse de lo pasado y para adelante ofrecerse a su servicio, que cumplieron muy enteramente, y nadie les hizo ventaja en obedecer al nuevo rey y en hacer resistencia a los alborotados. Por otra parte, el conde don Álvaro, visto lo poco que le prestaban sus mañas, vino en que el cuerpo difunto del rey don Enrique, que todavía le tenía en Turiego sin darle sepultura, le llevasen a enterrar. Acudieron a esto dos obispos, el de Burgos y el de Palencia, que acompañaron el cuerpo hasta la ciudad de Palencia. La reina doña Berenguela que los esperaba, desde allí junto con los obispos acompañó el cuerpo y le hizo enterrar en las Huelgas de Burgos, como arriba se tocó. No acudió el rey don Fernando por tener cercado a Muñón, pueblo fuerte y que no quería obedecer; pero en fin le ganó por fuerza y prendió dentro de él los soldados que tenía de guarnición, en sazón que la reina, su madre, concluidas las honras y enterramiento, dio la vuelta para verse con su hijo.

De allí fueron a Burgos para asistir en las Cortes que tenían aplazadas para aquella ciudad. Tras esto se apoderaron de las villas de Lerma y de Lara, y se las quitaron a don Álvaro. Vueltos a Burgos, hicieron su entrada con representación de majestad a manera de triunfo. Pasaron a la Rioja, do sujetaron a Villorado, Nájera y a Navarrete; todo se le allanaba al nuevo rey, porque demás que tenía de su parte la justicia, y por el mismo caso el favor del cielo, con su noble condición y con la apostura de su cuerpo granjeaba las voluntades y todo el mundo se le aficionaba. Solos los señores de Lara y sus aliados no acababan de sosegar, ni los daños y males rendían sus corazones obstinados, en que pasaron tan adelante, que con golpe de gente que juntaron de todas partes, se pusieron en un lugar llamado Herreruela, puesto en el mismo camino por do el rey había de pasar a Palencia. La mayor parte de los soldados alojaban dentro del pueblo, don Álvaro en un cortijo allí cerca acompañado de poca gente. Este descuido o sea menosprecio de sus contrarios fue causa de su perdición, porque avisados los del rey, dieron sobre él de repente, y aunque pretendió defenderse, y apeado del caballo, y aún después caído en tierra, se cubría con el escudo de los golpes que sobre él cargaban, al fin le rindieron y quedó preso; con que se pudiera poner fin a los males y revueltas del reino si no se aseguraran demasiadamente. Fue así, que don Álvaro, como se vio preso, rindió al rey

luego todos los pueblos y castillos que de la corona le quedaban en su poder; estos fueron Alarcón, Amaya, Tariego, Villafranca, Villorado, Nájera, Pancorvo. Esto hecho, no sólo le dieron libertad, sino que el rey le recibió en su gracia y amistad. La misma facilidad usó con don Fernando, hermano de don Álvaro, que tenía en su poder a Castrojeriz y Orejón; y como no los quisiese rendir, confiado en los muchos soldados y provisión que dentro de ellos tenía, por excusar la guerra finalmente se concertaron que los dichos pueblos quedasen en su poder, pero que los tuviese en nombre y como teniente del rey, y para esto hiciese los homenajes acostumbrados. La revuelta de los tiempos forzaba a venir en semejantes conciertos, puesto que parecía menoscabo de la majestad real, y no faltaba quien murmurase de tanta facilidad.

A la verdad, la paz no fue duradera, ni los que estaban acostumbrados a gobernar y mandar se podían contentar de vida particular y retirada, antes en breve se declararon en deservicio del rey, y con gente que juntaron, corrieron la Tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que podían. Armóse el rey contra ellos y apretóles de manera, que fueron forzados a desembarazar la tierra. Recogiéronse a lo del rey de León, que se mostraba sentido por el reino y corona que no le daban, a él debida según su parecer; y se aprestaba para de nuevo con mayor fuerza que antes hacer guerra en las tierras de Castilla, a que le incitaban con mayor calor los de la casa de Lara luego que se retiraron a su reino. Algunos caballeros de Castilla quisieron ganar por la mano, y con golpe de gente se metieron por las tierras del reino de León. No eran tan fuertes que pudiesen contrastar a las fuerzas de los contrarios, ni su entrada fue muy considerada. Sobrevino el rey de León de rebato, dio sobre ellos y cercólos en un pueblo en que se hicieron fuertes, llamado Castellón, puesto entre Medina del Campo y Salamanca. Acudieron gentes de ambas partes, unos a socorrer los cercados, otros para apretarlos. Tratóse de medios de paz, y finalmente se asentaron treguas entre los dos reyes padre e hijo.

Hallábase presente el conde don Alvar Núñez de Lara, a la sazón enfermo de una dolencia que se le agravó mucho con la pena que tomó por ver los reyes concertados; que a los revoltosos la paz y el sosiego suele ser odioso y contrario a sus intentos. Hízose llevar en hombros a la ciudad de Toro, con el camino se le agravó más la enfermedad, de suerte que en breve pasó de esta vida; cuya muerte fue muy saludable para todo el reino, así bien que su vida fue inquieta y perjudicial. Al tiempo de la muerte tomó el hábito de la caballería de Santiago; que así se acostumbraba en aquel tiempo para con aquella ceremonia y las indulgencias concedidas a los que tomaban la cruz aplacar a Dios en aquel trance y alcanzar perdón de sus pecados. El cuerpo enterraron en Uclés, convento el más principal de aquella orden. Su hermano don Fernando, que de su voluntad se había desterrado en África, con licencia de miramamolin hacía su residencia en Elbora, población de cristianos, cerca de la ciudad de Marruecos. Allí enfermó de una dolencia mortal, y a ejemplo de su hermano, poco antes de expirar, se hizo vestir el hábito de San Juan. Su mujer doña Mayor y sus hijos don Fernando y don Álvaro procuraron que su cuerpo se trajese a Castilla, y le hicieron enterrar en la Puente de Fitero, convento y casa de aquella orden, en tierra de Palencia. Comenzó con esto a mostrarse una nueva luz en Castilla, muertos los que la alborotaban, y una grande esperanza que las treguas puestas con León se trocarían en una paz perpetua, como todos lo deseaban.

En particular pretendían volver las fuerzas contra los moros; concedió el papa sus indulgencias para los que armados de la señal de la cruz se hallasen en aquella guerra. Juntóse gran gentío, más por deseo de robar que por alcanzar perdón de sus pecados. Dieron sobre Extremadura, talaron los campos, quemaron los pueblos, hicieron presas de hombres y de ganados, finalmente, se pusieron sobre la villa de Cáceres con intento de forzarla o rendirla. Engañóles su esperanza a causa de las muchas aguas que sobrevinieron y el tiempo contrario que les forzó, sin pasar adelante, dar la vuelta para sus casas al fin del año, que se contaba de nuestra salvación de 1218.

CAPÍTULO VIII
EN ESPAÑA SE FUNDARON MONASTERIOS DE DIVERSAS RELIGIONES

En este estado se hallaban las cosas de España; los reinos comarcanos eso mismo tenían guerras civiles. De las guerras siempre suelen venir otros males y pérdidas grandes, muchos vicios y maldades. La licencia y costumbre de pecar casi había apagado la luz de la razón; los vicios eran tenidos por virtudes, y las virtudes por vicios: gravísimo mal y daño. En tantas tinieblas y tan espesas de ignorancia despertó Dios hombres, como siempre ha hecho, señalados en santidad y admirables, los cuales no dejaban de encaminar los hombres a la vida eterna y mostrarles el sendero que Cristo enseñó y abrió, que habían cegado en gran parte los vicios. Allegáronse a estos santos varones otros muchos que, con deseo de imitar su virtud, renunciaban las cosas del mundo; conque por este tiempo muchas familias y congregaciones santas se levantaron.

Entre todos tuvo muy principal lugar el padre santo Domingo. Nació en tierra de Osma en un lugar llamado Caleruega, entre Osma y Aranda. Siendo mozo, fue canónigo reglar de San Agustín. Llegado a mayor edad, trabajó mucho en desarraigar la herejía de los albigenses en Francia, como de suso se dijo. Ocupado en esto, como viese cuán pocos predicadores se hallaban de la palabra de Dios, que con buen celo y ejemplo de vida y buena doctrina enseñasen a los hombres engañados la verdad y santidad, pensó y trazó en su pensamiento y comunicó con otros un modo de vida, cuyos seguidores se ocupasen.en predicar el santo Evangelio por todo el mundo. Ofreció este modo de vivir y regla al papa Honorio, y su Santidad la aprobó el año primero de su pontificado. De allí a dos años se vino a España y publicó la bula que traía de su aprobación a los reyes y príncipes; con cuya licencia y beneplácito fundó algunos monasterios en ciudades principales. El primero fue en Segovia, otro en Madrid, el tercero en Zaragoza. Hecho esto en España, y vuelto a Italia, finó en Bolonia, ciudad de la Lombardía; ilustre varón en virtud y santidad de vida, fundador de su orden muy principal, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido y salen muchos varones admirables en toda virtud y letras.

El mismo año que santo Domingo vino a España se ordenó otra religión en Barcelona, llamada de Nuestra Señora de la Merced. La ocasión fue que muchos cristianos por mar y por tierra venían en poder de infieles hechos esclavos, y para librarse de la mala vida que les daban sus amos renegaban y se apartaban de Jesucristo y de su fe, con grande afrenta de la religión cristiana. Para procurar el remedio y rescate de estos cautivos se ordenó esta religión, cuyos frailes con limosnas allegadas de todas partes rescatasen los cautivos antes que apostatasen de la fe. Don Jaime, rey de Aragón, fue el primer inventor de esta orden y manera de vivir por voto, como algunos escriben, que hizo a nuestra Señora de instituir esta orden cuando estuvo en Monzón encerrado a modo de cautivo y probó en sí cuánto mal es carecer de libertad. El primero después del rey que se ofreció a ser guia de los que le quisieron imitar fue un Pedro Nolasco, francés de nación. Éste hizo muy buenas reglas y constituciones para que los religiosos se gobernasen por ellas. Tienen por insignia sobre el hábito blanco y capilla las armas del rey de Aragón con una cruz encima en campo colorado. El mismo Nolasco, de mano de san Raimundo de Peñafuerte, que fue después general de la orden de Santo Domingo, tomó con mucha solemnidad el hábito en la iglesia de Santa Cruz, en presencia del rey y de muchos caballeros del reino.

Siguióse tras estos dos san Francisco, ciudadano de Asís en la Umbría o condado de Espoleto, parte de Italia; varón de singular inocencia, virtud y santidad. Aprobó su instituto y modo de vivir el papa Honorio. Él mismo, después de aprobado su instituto y regla, vino a España, donde llegó hasta Portugal y Compostela. En poco tiempo se fundaron en estos reinos muchos monasterios de su orden, como en Barcelona, Zaragoza y otras ciudades y villas de España. Movían estos religiosos a devoción y al menosprecio del mundo con la aspereza de su vida y con el vestido pobre y humilde de que usaban. En Portugal se juntó con san Francisco san Antonio de Padua, excelente predicador

adelante y muy santo. Para tomar el hábito de los menores dejó el de los canónigos reglares de San Agustín, cuyo instituto abrazara desde niño, y entró en aquel orden en la ciudad de Lisboa, de donde era natural, en el convento de San Vicente, que es de canónigos reglares. Allí pasó algunos años; después en el convento de la misma orden de Santa Cruz de Coímbra, en que vivía cuando se pasó a la religión de San Francisco. Junto con la mudanza de vida trocó el nombre de Fernando, que recibió en el bautismo, en el de Antonio, del apellido y nombre del monasterio en que tomó aquel nuevo hábito. Muchas ciudades de Italia, por sus predicaciones santas y fervorosas, se reformaron; gran número de gente por su medio dejaron la mala vida y se trocaron en nuevos hombres. Finalmente, después que padeció muchos trabajos por Dios, falleció en Padua lleno de virtudes y de milagros. Su santo cuerpo es allí acatado en propia iglesia, que por mucha devoción del pueblo fundaron en su nombre; que tal honra se debe a la virtud y al autor y fuente de toda santidad, Dios, que es el que hace los santos. A san Francisco y a santo Domingo, algunos años después de su muerte, canonizó el papa Gregorio IX, y puso sus nombres en el número de los santos.

En Castilla, a instancia del arzobispo don Rodrigo, prelado ferviente y enemigo de estar ocioso, se hizo nueva jornada contra los moros. Juntáronse con la divisa de la cruz doscientos mil hombres, los más número, con los cuales se hizo la guerra por el mes de agosto del año 1219, en la Mancha y en tierra de Murcia. Ganáronse algunos pueblos de poca cuenta. Pusieron sitio sobre Requena; más no la pudieron forzar ni rendir, como quiera que hicieron todo el esfuerzo posible. El cerco se puso a 29 de octubre, y se alzó a los 11 de noviembre. Finalmente, el suceso de esta empresa no fue como se esperaba y conforme al grande aparato que se hizo; solamente se ganaron muchos despojos de moros, con que los soldados dieron vuelta a sus casas.

CAPÍTULO IX
CÓMO SE CASARON LOS DOS REYES
DON FERNANDO DE CASTILLA Y DON JAIME DE ARAGÓN

Por el mismo tiempo trataba el rey de Aragón don Jaime de quitar el gobierno a don Sancho, su tío, y porque se enmendaba y prometía proceder de otra manera le tornó a recibir en su gracia y perdonarle. Esto era el año de 1219, cuando en España se padeció una muy grande hambre y mortandad. El rey, aunque niño, que apenas tenía once años, comenzaba a dar claras muestras de valor y ensayarse en los ejercicios de las armas y de la guerra. Sucedió que don Rodrigo de Lizana, hombre poderoso, tenía diferencias con un deudo suyo, que se llamaba don Lope Albero, y de grandes amigos que eran, había resultado entre ellos grande enemistad. Esperó buena ocasión, y a tiempo que el contrario estaba descuidado, le prendió y llevó al castillo de Lizana. Avisóle el rey no pasase adelante en aquella vía de fuerza y que se contentase con el mal hecho a su contrario. No quiso apaciguarse ni obedecer a este mandato. Como el rey era de poca edad no le estimaban, antes cada cual con tanto se quería salir cuanto era su poder y fuerzas. Desdeñóse por esta causa; tomó las armas con deseo de defender al preso y ponerle en libertad y para conservar por el mismo camino su autoridad y hacerse respetar. Juntó en Huesca buen número de gente, y con ella se encaminó la vuelta de Albero, pueblo de que se había apoderado el Rodrigo Lizana, y dentro de dos días hizo que los de dentro se le rindiesen. Revolvió sobre el castillo de Lizana, patrimonio de aquel caballero alzado; y porque los soldados y moradores no querían hacer virtud, dio orden que de Huesca le trajesen una máquina o trabuco, en aquel tiempo muy famoso por tirar entre día y noche mil quinientas piedras, con que aportilló los muros y hacía grande estrago en los soldados que los defendían; llamaban esta máquina fundíbulo. Rindiéronse los cercados, y Lope Albero fue restituido en su libertad.

Su contrario, perdido el castillo, por entender que en ninguna parte de Aragón estaría seguro, se fue a guarecer a Albarracín, por tener con don Pedro Fernández de Azagra, señor de aquella ciudad, amistad de años atrás. Desde allí, según la costumbre de aquellos tiempos, renunció por escrito la naturaleza de Aragón y la obediencia que debía al rey como su vasallo; con que comenzó a hacer cabalgadas en las tierras comarcanas de aquel reino. No quiso disimular el rey estas insolencias, antes animado con el buen principio que tuvo en esta guerra, revolvió sobre Albarracín, ciudad puesta en aquella parte por do antiguamente partían mojones los contestanos y los celtíberos, de poca vecindad, pero por su sitio muy fuerte, que está por todas partes cercada de peñas y riscos muy altos, y alderredor casi por todas partes la rodea el río Turia, que vulgarmente se llama Guadalaviar. Púsose el rey sobre ella, levantó sus máquinas e ingenios, que como no podían llegar al muro por ser el sitio tan áspero, no hacían efecto alguno ni los soldados se podían arrimar a la muralla por las saetas y dardos que por las troneras y travesías y desde las almenas les tiraban. Lo que hizo más al caso, que como suele acontecer en guerras civiles, de todos los intentos del rey tenían aviso los cercados y tiempo para apercibirse. Dos meses se gastaron en el cerco, en lo más recio del estío, hasta tanto que el rey perdió la esperanza de salir con la empresa, a causa que cierta noche los de dentro dieron al improviso sobre las máquinas y quemaron el mejor trabuco. Hallábase otrosí poco guarnecido de gente, y restaban en el cerco pocos soldados, en tanto grado, que los de a caballo no llegaban a ciento cincuenta; el número de los peones no señalan, pero no debía ser grande. Alzaron pues el cerco, y sin embargo, en breve don Pedro Fernández de Azagra volvió en gracia del rey. Los caballeros del reino, con quien tenía grande amistad, hicieron mucha instancia sobre ello, y sus servicios de tiempo atrás eran muy notables, por donde tenía oficio de mayordomo de la casa real, además que el rey entendía muy bien cuánto le importaba tener por amigo y en su servicio un personaje tan valeroso y principal. Esto pasaba en Aragón el año que se contaba de 1220.

En el mismo en Castilla se celebraron las bodas, día de San Andrés, apóstol, del rey don Fernando con doña Beatriz, hija de Felipe, emperador que fue de Alemania. La edad del rey era bastan-

te, y la madre se recelaba no se estragase con deleites dañosos y malos. Acordó despachar a Mauricio, obispo de Burgos, y a fray Pedro, abad de San Pedro de Arlanza, para que concertasen el casamiento con el emperador Federico II, primo de la doncella; tardóse más tiempo de lo que pensaron; en fin, con sufrimiento de cuatro meses que residieron en aquella corte acabaron todo lo que deseaban. Encamináronse por la vía de Francia; en París el rey Felipe de Francia festejó la novia y la trató con mucha liberalidad. Salió otrosí para recibirla doña Berenguela hasta la raya de Vizcaya, y a cabo de un año que gastaron en ida y vuelta, llegaron a Burgos, ciudad que tenían señalada para las bodas. Veló a los reyes el obispo Mauricio de aquella ciudad en la iglesia mayor con las solemnidades y ceremonias acostumbradas, y el día antes él mismo celebró misa de pontifical en el monasterio de las Huelgas, en que el rey se armó a sí caballero, por no hallarse otro más digno que hiciese aquella ceremonia, conforme a lo que en aquellos tiempos se usaba. Este casamiento fue en generación abundante; de él nacieron siete hijos por el orden que aquí se ponen: don Alfonso, don Fadrique, don Felipe, don Sancho, don Manuel, doña Leonor, que murió niña, y doña Berenguela, que en las Huelgas de Burgos tomó el hábito.

A los aragoneses por el mismo tiempo aquejaba el deseo de tener sucesión de su rey don Jaime. Parecíales que por este medio se aplacarían los bandos, que todavía continuaban entre los dos tíos del rey, don Sancho y don Fernando, por la esperanza que cada cual tenía de la corona, si el que la tenía faltase. De todo resultaban males y daños. La edad del rey era poca, en que mucho reparaban para casarle; más prevaleció el deseo grande que de hacerlo tenían. Tomado este acuerdo y pospuesto todo lo al, despacharon embajadores a la reina doña Berenguela para pedir a su hermana la infanta doña Leonor. No se podía ofrecer mejor casamiento para aquella doncella; así, hechas las capitulaciones, señalaron la villa de Ágreda, que es de Castilla, a la raya de Aragón, para que allí se hiciesen los desposorios. Acudió primero doña Berenguela en compañía de su hermana; después vino el rey don Jaime con lucido acompañamiento de suyos. Los desposorios se hicieron allí a 6 de febrero del año de Cristo de 1221, las bodas poco después en Tarazona, en la iglesia de Santa María de la Vega, si bien por la poca edad del rey la desposada se estuvo doncella por espacio de año y medio, según él mismo lo relata en la historia que dejó escrita de sus cosas y de su vida.

En la ciudad de Toledo el arzobispo don Rodrigo consagró la iglesia de San Román, puesta a guisa de atalaya en lo más alto de la ciudad, día domingo, a 20 de junio. Por el mes de noviembre, a los 23, martes, día de San Clemente, nació allí mismo el hijo mayor del rey don Fernando, por nombre don Alfonso. Luego por principio de diciembre un gran temblor de tierra maltrató gran parte de los edificios, y con las muchas aguas y vientos que se siguieron, en gran parte cayeron por tierra los adarves y casas particulares. El miedo por esta causa fue tanto mayor cuanto más segura está aquella ciudad de accidentes semejantes por su sitio, que es muy empinado y sobre peñas; y lo que hace mucho al caso para no padecer temblores de tierra, que le cae muy lejos el mar.

CAPÍTULO X
EL REY DON FERNANDO APACIGUÓ OTRAS NUEVAS ALTERACIONES

Quietos estaban y pacíficos por una parte los navarros, y por otra los portugueses y los leoneses. Los moros se abrasaban entre sí en guerras civiles. En Castilla y en Aragón continuaban las alteraciones, bien que no eran de mucha consideración. Don Rodrigo, señor de los Cameros, de antiguo linaje y que tenía mucha autoridad entre los principales de Castilla por su estado y sus tenencias de diversas villas y castillos del patrimonio real, confiado en sus fuerzas y poder y más en la revuelta de los tiempos, se atrevió a hacer mal y daño en las tierras comarcanas. Citóle el rey para que en presencia se descargase de lo que le acusaban. Respondió que había tomado la cruz para ir a la guerra de la Tierra Santa; excusa de que muchos se valían para declinar jurisdicción y no poder ser convenidos delante los jueces ordinarios, por los muchos privilegios y exenciones que el papa concedía a los tales. En particular les otorgaba no los pudiesen citar delante jueces seglares, sino que sus causas solamente se ventilasen en los tribunales eclesiásticos. No le valió este recurso; hiciéronle comparecer en Valladolid, do la corte de Burgos se había pasado, hiciéronle cargos graves y feos, acordó de ausentarse y huir, condenáronle en rebeldía en privación de todo su estado. Él, que era hombre determinado, se hizo fuerte dentro de los pueblos y castillos que tenía más fortalecidos con resolución de hacer resistencia. Mas porque de aquellos principios no resultasen guerras más graves, acordaron tomar asiento con él, y demás del perdón darle catorce mil ducados por que alzase mano de los pueblos y castillos, cuya tenencia por el rey tenía a su cargo.

Sosegada esta alteración, resultó otra nueva. Don Gonzalo Núñez de Lara, que era el que solo quedaba de los tres hermanos, conforme a la costumbre que tenía este linaje de gustar de alborotos, persuadió a don Gonzalo Pérez, señor de Molina, que hiciese mal y daño a las tierras comarcanas. Nunca a semejantes personajes faltan quejas y causas para tomar las armas. En particular don Gonzalo de Lara por medio de estas revueltas pretendía y esperaba restituirse en su patria, ca después de la muerte de su hermano don Fernando se quedó en Berbería, donde era ido juntamente con él. Vinieron a las manos y a rompimiento; la guerra no fue de mucha consideración a causa que el señor de Molina, conocido el engaño y el riesgo que sus cosas corrían, pidió perdón y le alcanzó por medio de la reina doña Berenguela. Con esto, don Gonzalo de Lara, desconfiado de poder salir con sus intentos, se pasó o los moros del Andalucía, y en Baeza dio fin a lo restante de su vida, ni muy santa ni muy honradamente. Tal fin tuvieron estos tres hermanos bien conforme a sus obras, de quien desciende el linaje de los Manriques, bien conocido en España.

Corría en esta sazón el año de Cristo de 1222, en que el rey de León juntó un grueso ejército, parte de los que levantó a su sueldo, y en especial de los que, tomada la señal de la cruz, a su costa se querían hallar en aquella empresa. Con estas gentes corrió las tierras de Extremadura y se puso sobre la villa de Cáceres. Los moros por librarse del cerco concertaron de dar cierta cantidad de dineros que esperaban de África. Alzado el cerco, no cumplieron lo asentado, ni los nuestros pudieron por entonces revolver sobre ellos.

Por este mismo tiempo Mauricio, obispo de Burgos, inglés que era de nación, abrió los cimientos de la iglesia mayor que hoy se ve en aquella ciudad, y no solo la comenzó a edificar, sino la acabó; antes de este tiempo la iglesia de San Lorenzo era la catedral, y junto a ella las casas del obispo y su habitación. No sólo en Burgos, sino en otras muchas partes del reino se levantaban fábricas suntuosas y templos; que parece los prelados a porfía pretendían señalarse en aumentar el culto divino. En particular once años antes de este en que vamos se dio principio a la iglesia mayor de Talavera, villa bien conocida en el reino de Toledo. Su fundador, don Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo, puso en ella doce canónigos y cuatro dignidades, que mandó fuesen sujetos a los de Toledo, y en señal de este reconocimiento cada un año, el día de la Asunción de Nuestra Señora, les acudiesen con cinco maravedíes de tributo. Don Juan, chanciller del rey, edificó a su costa dos igle-

sias, primero la mayor de Valladolid, y después, siendo obispo de Osma, levantó la que hoy se ve en aquella ciudad. Don Nuño, obispo de Astorga, sus casas obispales y el claustro de aquella su iglesia. Don Lorenzo, jurista que fue muy nombrado, en Orense, donde era obispo, edificó la puente sobre el río Miño, que por allí pasa, la iglesia mayor y las casas obispales. Finalmente, don Esteban, obispo de Tuy, y don Martín, obispo de Zamora, se esmeraban y gastaban sus rentas en semejantes edificios. La piedad del rey y de su madre, y la liberalidad grande con que acudían a estas obras y a proveer de ornamentos y todo lo necesario por cuanto la estrechura de los tiempos daba lugar, despertaba a todos los prelados para que los imitasen en gastar bien sus haciendas.

Volvamos al orden de la historia. Por el mes de julio falleció Rogerio, conde de Foix; el que le sucedió en el estado fue su hijo Rogerio Bernardo, y luego por el mes de agosto falleció Ramón, conde de Tolosa; el uno y el otro por el favor que dieron a los albigenses incurrieron en mal caso y en las censuras que el papa fulminó contra ellos; por esto el hijo y sucesor del conde de Tolosa, que se llamó también Ramón, nunca pudo alcanzar licencia para enterrar en sagrado el cuerpo de su padre; tal era la fuerza de los eclesiásticos en aquellos tiempos y la constancia y severidad de que usaban contra los malos.

En Aragón el rey, a 21 de diciembre, otorgó perdón y recibió en su gracia a Gerardo, vizconde de Cabrera, hombre poderoso en rentas y vasallos; teníale ofendido por causa que en tiempo de la vacante del reino con mano armada se apoderó del condado de Urgel y despojó a Aurembiase del estado que su padre, el conde Armengol, le dejara. Púsole por condición estuviese a juicio con aquella señora y pasase por lo que los jueces determinasen. En esta sazón vivía todavía don Sancho, conde de Rosellón y tío del rey. Gobernaba aquel estado don Nuño, su hijo, contra el cual don Guillén de Moncada, señor de Bearne, como quier que antes fuesen muy amigos, por ligera ocasión se indignó en tanto grado, que con su gente entró por las tierras de Rosellón haciendo todo mal y daño. Don Nuño se hallaba con pocas fuerzas para resistir a las de su contrario, que demás de lo de Bearne tenía en Cataluña un grande estado. Acordó valerse de las fuerzas del rey y de su sombra; ofrecía de estar a derecho y satisfacer cualquier cargo que contra él resultase. Amonestó el rey al Moncada que siguiese su derecho y dejase las armas, y porque no quiso obedecer, antes pasaba adelante en los daños que hacía, revolvió contra él con tal furia, que le despojó a él y a sus aliados de ciento y treinta, parte torres, parte castillos, de que se apoderó de unos por fuerza, y de otros que se rindieron de su voluntad, en particular el pueblo de Cervellón cerca de Barcelona; con que se entendió cuán peligrosa cosa es enojar a los que pueden más y a los reyes. No pudo hacer lo mismo del castillo de Moncada a causa de estar muy fortalecido y dentro con buena guarnición el mismo Guillén de Moncada. Ponerle cerco fuera cosa larga, mayormente que muchos de los que seguían al rey favorecían y daban aviso, y aún proveían a los que guardaban aquella plaza.

Esto pasaba el año que se contó de Cristo de 1223, en que a los 15 de julio, en Medun falleció de cuartanas Felipe, rey de Francia. Sucedióle en el reino su hijo Ludovico, octavo de esto nombre, marido de doña Blanca, y padre de Ludovico, al que por sus muchas virtudes y piedad llamaron el Santo. En Coimbra asimismo el año adelante pasó de esta vida el rey de Portugal don Alfonso el segundo, por sobrenombre el Gordo. Sepultáronle en el monasterio de Alcobaza junto a su mujer la reina doña Urraca en una sepultura llana y grosera, cuales en aquel tiempo se usaban. Dejó tres hijos, los infantes don Sancho, que le sucedió en el reino, llamado vulgarmente Capelo; don Alfonso, que casó con Matilde, condesa de Boulogne en los Morinos, pueblos de la Picardía, cerca del mar de Bretaña en Francia; don Fernando, señor de Serpa,que casó con doña Sancha, hija de don Fernando de Lara; finalmente, dejó una hija, por nombre doña Leonor, que casó con el rey de Dacia, según que lo refieren las historias de Portugal, si con verdad o de otra manera, aquí no lo averiguamos.

CAPÍTULO XI
DE LA GUERRA QUE SE HIZO A LOS MOROS

Reprimidas las parcialidades de Castilla y las alteraciones, el rey don Fernando para que la paz fuese durable dio perdón general a los que le habían deservido, y mandó que los demás hiciesen lo mismo y pusiesen en olvido los desabrimientos que entre si tenían y los agravios. Para el gobierno de las ciudades nombraba a los que en virtud y prudencia se adelantaban a los demás y los que entendía serían más agradables a los vasallos. De los herejes era tan enemigo, que no contento con hacerlos castigar a sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego. Ya se dijo que por estos tiempos la secta de los albigenses andaba valida y que vinieron y entraron en España. Con estas virtudes tenía tan ganados o los naturales cuanto ningún otro príncipe. Mas por aprovecharse de esta buena voluntad y porque no se estragasen los soldados con la ociosidad y con los vicios que de ella resultan, acordó renovar la guerra contra moros. Mandó arbolar banderas y tocar atambores por todas partes para juntar un grueso campo. Los de Cuenca, Huete, Moya y Alarcón con los demás de aquella comarca, entendida la voluntad del rey, se apellidaron unos a otros; y junto buen golpe de gente, rompieron por el reino de Valencia, talaron los campos, quemaron y saquearon los pueblos, y con una grande cabalgada, volvieron ricos y contentos a sus casas.

Por otra parte, el rey, alegre con tan buen principio, que era como pronóstico de lo restante de aquella guerra, con un grueso ejército que juntó se enderezó contra los moros de Andalucía. hacíanlo compañía entre los más principales el arzobispo don Rodrigo, persona de gran valor y brío y que no podía estar ocioso, los maestres de las órdenes, don Lope de Haro, don Rodrigo Girón, don Alfonso de Meneses, sin otros ricos hombres y caballeros de menor cuenta. Luego que pasaron la Sierra Morena, vinieron embajadores de parte de Mahomad, rey de Baeza, para ofrecer la obediencia, que estaba presto de rendir la ciudad y ayudar con dineros y vituallas. El miedo hacía cobardes a los moros, los deleites los tenían estragados, y por las discordias que entre sí tenían a punto de perderse. Hiciéronse los asientos y capitulaciones en Guadalimar; desde allí pasaron nuestras gentes sobre Quesada, villa principal en lo que hoy es adelantamiento de Cazorla. Los moradores, fiados en la fortaleza de sus murallas y en que eran muchos, al principio se pusieron en defensa; pero al fin el lugar se entró por fuerza. Pasaron a cuchillo todos los que podían tomar armas, los demás tomaron por esclavos en número de siete mil. Con el castigo y destrozo de este pueblo se dio aviso a los demás para que no se atreviesen a hacer resistencia. Sería largo cuento relatar por menudo todo lo que sucedió en esta jornada. La suma de todo es que muchos pueblos por aquella comarca quedaron yermos de gente, huidos los moradores, otros se rindieron por no desamparar sus casas; algunos quedaron destruidos del todo, y en otros pusieron guarniciones de soldados con intento de conservarlos. Don Lope de Haro y los maestres de las órdenes militares con parte de la gente acometieron un pueblo llamado Víboras, de que se apoderaron sin embargo que tenían dentro mil quinientos árabes, de los cuales unos mataron y otros se huyeron. En estas empresas pasaron los meses del estío y parte del otoño; y porque cargaba el tiempo, por el mes de noviembre del año 1224 dieron la vuelta a Toledo, donde las reinas, madre y nuera, esperaban la venida del rey. Gastáronse algunos días en fiestas y regocijos que se hicieron en aquella ciudad para alegrar la gente, procesiones y rogativas para dar gracias a Dios por mercedes tan grandes.

Hecho esto, luego que el tiempo dio lugar y las fiestas, mandó el rey a la gente se enderezase la vuelta de Cuenca con intento de acometer por aquella parte a los moros del reino de Valencia; más aquel rey, por nombre Zeit, acordó ganar por la mano. Los daños que le hicieron la vez pasada y el miedo de mayores males le aquejaban de suerte, que vino a la ciudad de Cuenca a ponerse en las manos del rey don Fernando y concertarse con él como fuese su voluntad y merced. Los aragoneses se quejaron de aquellos tratos, por pretender que el reino de Valencia era de su conquista, y que los castellanos no tenían en él parte ni derecho alguno. Despacharon embajadores para quere-

llarse de aquel agravio, y juntamente para mostrar sus fuerzas y valor hicieron entrada en las tierras de Castilla por la parte de Soria. No pudieron llevar adelante esta demanda por entonces, a causa de nuevas alteraciones que en Aragón resultaron.

Fue así, que don Guillén de Moncada y don Pedro Aliones se juntaron con el infante don Fernando, tío del rey. La junta fue en Tauste, cuya tenencia estaba a cargo del dicho don Pedro. Tomaron su acuerdo, y quedó resuelto que se apoderasen de la persona del rey. La voz era ser así necesario y cumplidero para el bien del reino, que decían se estragaba a causa de los malos consejeros que tenía al lado y a las orejas el rey; mas a la verdad cada cual de los tres tenía sus pretensiones particulares. El Moncada estaba sentido del estado que le quitaron, don Fernando, aunque monje y abad del monasterio de Montearagón, no tenía perdida la esperanza ni el deseo de la corona; que la dolencia de ambición es mala de sanar. A don Pedro Aliones daba pesadumbre verse descaído de la privanza que solía tener, con que todo lo gobernaba a su voluntad, y pretendía convertir la gracia en fuerza y por aquel camino conservarse. Para más fortificar su partido acordaron por medio de Lope Jiménez de Luesia ganar a don Nuño, hijo del infante don Sancho, conde de Rosellón, para que, olvidadas las enemistades que ya tocamos, les asistiese en aquella demanda. Tomado este acuerdo, se enderezaron la vuelta de Alagón, en que a la sazón se hallaba el rey descuidado de aquellos tratos. Entraron de tropel, y con buenas palabras le persuadieron se fuese a Zaragoza para tomaren aquella ciudad acuerdo sobre algunos puntos de importancia que pertenecían a su servicio y al bien del reino. El rey, si bien los semblantes eran buenos, como quier que la mentira sea más artificiosa que la verdad, todavía echó de ver que procedían con engaño y que su pretensión era mala.

No hay arma más fuerte que la necesidad; otorgó con lo que le pedían, demás que para todo lo que resultase le venía mejor estar en aquella ciudad que en algún otro pueblo pequeño; acompañaron al rey hasta Zaragoza, aposentáronle en su casa real, que llaman Zuda. Pusiéronle guardas para que no se pudiese comunicar con nadie ni de palabra ni por escrito. Los capitanes de estas guardas eran Guillén Boy y Pero Sánchez Martel, que para mayor recato de noche dormían muy junto al lecho del rey; gran infamia y mengua de la gente aragonesa y de su acostumbrada lealtad. Por espacio de veinte días tuvieron al rey encerrado, sin darle libertad alguna hasta tanto que condescendió con muchas demandas que le hirieron; en particular a don Guillén de Moncada hizo restituir los lugares y castillos que le quitó en Cataluña, demás de veinte mil ducados que por los daños prometió de darle. Tomado este asiento, todavía el infante don Fernando continuaba en el gobierno del reino, de que por fuerza con aquella ocasión se apoderara. Excusábase con la poca edad del rey y otras diversas causas que para ello alegaba. Para vencer tan graves dificultades no bastaba prudencia humana; solo ponía el rey su fiducia en Dios, que con paciencia y disimulación le libraría de aquella apretura y trabajo, y que las cosas se trocarían de manera que alcanzase su libertad.

Las cosas de Castilla por el contrario, conforme a los buenos principios iban en prosperidad y, en aumento. El rey don Fernando, porque los moros no se rehiciesen de fuerzas si los dejaba descansar, entrado el verano del año 1225, salió con sus gentes en campaña, y con nuevas compañías que levantó de soldados reforzó su ejército, y con él se encaminó la vuelta del Andalucía. Llevó en su compañía a don Rodrigo, arzobispo de Toledo, sin el cual veo que ninguna cosa de importancia acometían. Acudióles el rey moro de Baeza, ayudóles con bastimentos y recibiólos dentro de su ciudad; lealtad poco acostumbrada entre aquella gente. De esta vez ganaron a Andújar y a Martos, pueblos principales. Martos quedó por los caballeros de Calatrava, para que desde allí hiciesen frontera a los moros y correrías en sus tierras. Sin estos ganaron la villa de Jódar y otros muchos pueblos de menor cuenta, demás de las talas que dieron a los campos y de las grandes presas que hicieron de hombres y ganados; con que los soldados ricos y alegres volvieron a sus tierras pasado el verano. Esto mismo se continuó los años adelante, por el deseo y esperanza que todos tenían de acabar por aquel camino con lo restante de la morisma de España.

Las cosas de Aragón asimismo comenzaron a mejorarse, y los parciales y alborotados afloja-

ron algún tanto; con que el rey partió de Zaragoza la vía de Tortosa, ciudad puesta a la marina por la parte que el río Ebro desagua en el mar, y no lejos de los pueblos llamados antiguamente ilergavones, que se extendían largamente por las riberas de aquel río. Iban en su compañía aquellos caballeros conjurados con muestra de quererle servir, como quier que a la verdad pretendiesen continuar en lo comenzado. Para este intento se les juntaron otros muchos de los ricos hombres y principales, en particular don Sancho, obispo de Zaragoza, por respeto de su hermano don Pedro Abones y para asistirle, y con él don Eril, obispo de Lérida; que todos, así eclesiásticos como seglares, se mezclaban en esta trama. Deseaba el rey librarse de esta opresión a sí y a su reino y satisfacerse del agravio que le hacían, y de aquel tan notable desacato; mas hacía poca confianza de los que tenía a su lado, de sus cortesanos y criados, por ser muchos de ellos parciales. Acordó partirse sin darles parte y recogerse en Huerta, pueblo de los caballeros templarios. Desde allí despachó sus cartas en que mandaba a los señores y a la demás gente que con sus armas acudiesen a la ciudad de Teruel para hacer guerra en el reino de Valencia, empresa que los de Aragón mucho deseaban. Con que de un camino pensaba ganar las voluntades de la gente y acreditarse, si, como confiaba, saliese con aquella demanda.

Los señores y gente principal hacían burla de este acometimiento. Parecíales era juego de niños, si bien al llamado del rey para el día que señaló en sus cartas se juntaron en aquella ciudad algunos pocos aragoneses y algo mayor número de los catalanes. Con esta gente, aunque era poca, rompió por aquella parte donde se tendían los ilergavones, y hecho mucho daño en aquella comarca, se puso sobre Peñíscola, plaza fuerte, y que tomó aquel nombre por estar asentada sobre un peñol empinado a modo de pirámide, cercado del mar casi por todas partes, y que tiene por frente la isla de Mallorca. En lo bajo del peñasco hay muchas cavernas y calas, con una fuente de agua dulce que luego entra en el mar; el circuito es de una milla, la subida agria en demasía y muy áspera, sino es por la parte que están edificadas las casas. El rey Zeit, con la nueva que le vino de esta entrada, cobró grande miedo, y los de Valencia se turbaron de suerte, que ya les parecía tener a los enemigos a las puertas de aquella ciudad. Despacharon sus embajadores para requerir de paz al rey de Aragón; él se la otorgó de buena voluntad, a tal que cada un año le pagasen la quinta parte de las rentas reales que se recogían de los reinos de Valencia y de Murcia. Tomado este asiento, sin pasar adelante dieron los aragoneses la vuelta para Teruel, y desde allí se fueron a Zaragoza.

En el camino encontraron junto a una aldea llamada Calamocha a don Pedro Abones, que a su costa y del obispo, su hermano, llevaba golpe de gente para hacer entrada en el reino de Valencia. Quisiera el rey estorbarle aquella entrada, por guardar la palabra, que dio y concierto que hizo con aquella gente. Como él se excusase con la mucha costa que hiciera en las pagas y sustento de su gente, y porque le querían echar mano se huyese, los soldados que en compañía del mismo rey le seguían, sin poder irles a la mano, le mataron; indigno de tal suerte por su mucho valor y maña, si los servicios que tenía hechos y su privanza, que alcanzó otro tiempo muy grande, no la trocara en deslealtad y en conjurarse con los demás; sin embargo, todo el reino sintió su muerte de suerte que, excepto Calatayud que se conservó por el rey, todas las otras ciudades tomaron la voz de su tío don Fernando; cosa que al rey puso en mucho cuidado, que por una parte deseaba apaciguar la gente por bien, y por otra le parecía que si no era por fuerza y con las armas en puño, no podría sujetar a sus contrarios.

Vinieron pues a las manos, y la guerra se continuaba con varios sucesos y trances el año que se contó de Cristo de 1226; en el cual año el rey Luis VIII de Francia hacía la guerra contra los albigenses, y en el discurso de ella tomó por fuerza la ciudad de Aviñón, y le abatió las murallas porque los herejes no se tornasen a afirmar en ella. Cortó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Montpellier a los 13 de noviembre. Dejó, entre otros, su hijo mayor de su mismo nombre, que lo sucedió en la corona, y por su gran piedad y sus obras muy santas alcanzó adelante renombre de santo. Su hermano Alfonso, conde de Poitiers, casó con la hija y heredera de Ramón, el postrero conde de

Tolosa, que fue escalón para que aquel estado los años adelante recayese por los conciertos que hicieron y capitulaciones nupciales en la corona de Francia. Tuvo otrosí otros dos hermanos; el uno se llamó Roberto y fue conde de Arras y de Picardía, estados que confinan con Flandes y son partes de la Galia Bélgica; el otro se llamó Carlos, que fue duque de Anjou y conde de la Provenza, después rey de Sicilia y de Nápoles, como se dirá en su lugar.

CAPÍTULO XII
QUE EL REY DON FERNANDO VOLVIÓ A LA GUERRA DEL ANDALUCÍA

El señorío de los moros y su poder iba muy de caída en España, lo cual sabía muy bien el rey don Fernando. El arzobispo de Toledo, que tenía la mayor autoridad entre todos (como él lo merecía), persuadió al rey hiciese de nuevo jornada contra moros, aunque no le pudo acompañar como solía en las guerras, porque cayó enfermo de una dolencia que le puso en aprieto en Guadalajara, donde se quedó. Envió en su lugar a don Domingo, obispo de Palencia. Tomaron los nuestros de esta vez algunos pueblos de poca suerte; pusieron cerco a la ciudad de Jaén, que tenía buena guarnición de soldados y buenos pertrechos, por donde no se pudo tomar, y porque allende de su fortaleza don Alvar Pérez de Castro, que algunos días antes, renunciada su patria, se pasara a los moros y estaba dentro, con otros ciento setenta que le siguieron animaron a los cercados para que no se diesen. Este don Álvaro era hijo de don Fernando de Castro, de quien dijimos murió en la ciudad de Marruecos. A la verdad muchos de los Castros por estos tiempos con facilidad se pasaban a la parte de los moros. No les faltaban ocasiones y excusas con que colorear su poca lealtad, si alguna causa fuese bastante para excusar tal inconstancia.

Revolvió el rey sobre Priego, pueblo tan fuerte, que los moros tenían en él recogidas sus haciendas para mayor seguridad. Todavía le entraron por fuerza con muerte de muchos de los que dentro hallaron y prisión de los demás, fuera de los que se retiraron al castillo, que se rindieron a partido y condición que los dejasen ir libres. Desde allí pasaron a la ciudad de Loja, que tomaron al tanto por fuerza, si bien los ciudadanos se recogieron al castillo y se hicieron fuertes en él; y porque parecía que con buenas palabras y esperanza de rendirse se pretendían entretener, los combatieron de suerte, que a escala vista entraron el castillo, y pasados a cuchillo los que el él hallaron, le abatieron las murallas; aviso para los demás, que no experimentasen la saña de los vencedores, ni se pusiesen en defensa. Así los de Alhambra, pueblo fuerte y asentado sobre peñas no muy lejos de Granada, por miedo le desampararon, y aún, dejando buena parte de sus bastimentos y menaje, se fueron a la ciudad de Granada. En ella para su habitacion les señalaron lo alto de aquella ciudad, que por esta causa, según se entiende, se llamó y se llama el Alhambra; si bien algunos son de parecer que aquel nombre se tomó de la tierra roja que hay en aquella parte, y la significa en arábigo aquella palabra alhambra. Siguieron los nuestros a los que huían sin parar hasta dar vista a la misma ciudad, en cuya vega, que es muy deleitosa, quemaron y asolaron los jardines y campos. Los ciudadanos cobraron tanto miedo, que acordaron requerir al rey de paz. Entre los embajadores que para esto despacharon fue uno el ya nombrado don Alvar Pérez de Castro. Tenía el rey deseo de ganarle y reducirle a su servicio por la fama que tenía de valor y prudencia, demás que le ofrecían de dar libertad a mil y trescientos cautivos cristianos. Por esto, tomado asiento con los de Granada y reducido don Álvaro a su servicio, revolvió sobre Montejo, y del cual pueblo se apoderó y le echó por tierra por estar tan adentro, que no se pudiera conservar.

Demás de esto, se halla que por este tiempo en las partes de Extremadura se ganó Capilla, pueblo que antiguamente se llamó Miróbriga, como se averigua por los letreros de mármoles que en él se han hallado; verdad es que en breve volvió a poder de moros, o sea que le entregaron al rey de Baeza. En estas cosas se pasaron los calores del estío, y el tiempo comenzaba a cargar; el rey por este respeto acordó que el maestre de Calatrava quedase en guarda de Andújar y de Mártos, y en su compañía don Alvar Pérez de Castro, por la mucha noticia que tenía de aquella tierra y de las cosas de los moros; que de su lealtad y constancia no dudaban, antes confiaban que pretendería con su esfuerzo y valor recompensar la falta pasada.

Con tanto dio la vuelta para Toledo, do la reina le esperaba, sin descuidarse en apercibirse de todo lo necesario para llevar adelante la guerra comenzada. Asimismo los soldados que quedaron de guarnición en el Andalucía, por no estar ociosos, acordaron de correr la campiña de Sevilla, ciudad

de las más principales de España. Indignados los ciudadanos por ver delante sus ojos abrasarse sus cortijos y olivares, salieron con su rey Abulali contra los cristianos. El número era grande, la destreza y valentía de los moros no tanto. Vinieron a las manos, en que murieron de los moros en la pelea y en el alcance hasta en número de veinte mil, que fue un destrozo muy grande. Sin embargo, por otra parte los moros se pusieron sobre el castillo de Garcés, y le apretaron con tal rabia, que ni por el mucho daño que los de dentro les hicieron, ni por entender que el rey don Fernando, pasado el invierno, volvía con gente a continuar la guerra, desistieron de su intento hasta tanto que forzaron aquella plaza, que fue alguna mengua para los nuestros; la pérdida no fue muy grande, mayormente que se recompensó bastantemente aquel daño con lo que de nuevo se hizo en el Andalucía.

Luego que llegó el rey don Fernando le salió a recibir el rey moro de Baeza, y en su compañía tres mil de a caballo y gran gente de a pie con intento, no sólo de hacer alarde de sus fuerzas, sino de servirle en la guerra, si fuese necesario. Dio este ofrecimiento mucho contento; rogáronle llevase adelante su buena voluntad, y en particular concertaron viniese en que en Salvatierra y en Capilla y en Burgalhimar, tres plazas importantes, residiesen soldados de guarnición para su seguridad; demás que como en rehenes, para cumplimiento de lo concertado, entregó la fortaleza de la misma ciudad de Baeza para que el maestre de Calatrava la tuviese en fidelidad. Los moros de Capilla, por ser aquella plaza muy fuerte, su sitio áspero y empinado, no quisieron pasar por este concierto ni recibir los soldados que les enviaban de guarnición; de que resultó que el castillo de Baeza quedó en propriedad por los cristianos, y sin embargo, el rey con todo su campo se fue a poner sobre Capilla con intento de rendirla o forzarla. Era esta buena ocasión para adelantarse los nuestros y mejorar su partido; pero era necesario, porque la gente era poca, afirmarla con nuevas compañías.

Por esta causa acordó el rey dejar su gente en el cerco y volver él atrás, muy dudoso en lo que debía hacer, si continuar la guerra del Andalucía, si acudir a Francia al socorro de su tía, lar reina doña Blanca, que por sus cartas y embajadas le hacía instancia la ayudase para apaciguar las alteraciones de aquel reino y sujetar a los señores, que por ser el rey de pocos años, que no pasaba de doce, y ella mujer y extranjera, se les atrevían y los desestimaban. Pareciόle al rey cosa fea desamparar aquellos reyes, sus deudos, mayormente en aquel aprieto y trance; pero sucedieron dos cosas que le impidieron aquella empresa: la una, que los soldados que quedaron sobre Capilla, sin embargo de su ausencia, tomaron aquella plaza, a que era necesario acudir para que no se tornase a perder; la segunda, que camino de Almodóvar su misma gente dio la muerte al rey de Baeza, que se huía por miedo de los suyos, que tenía muy irritados por la amistad y asiento que puso con los cristianos; con que la guarnición del castillo de Baeza quedaba a mucho riesgo, si con presteza no le acorrían. Por estas dos causas el rey se determinó de sobreseer en lo de Francia y proseguir la empresa del Andalucía, pues era no menos justo y honroso vengar la muerte de aquel rey, su amigo y confederado, que ayudar a sosegar las pasiones de Francia; en especial que con aquella ocasión pretendió, si pudiese, lanzar toda la morisma de toda España. A la verdad la reina doña Blanca con la ayuda de Dios y su buena maña y prudencia, sin socorro de su sobrino sosegó los alborotos de su reino, de que se temían graves daños.

Todo esto pasaba el año de nuestra salvación de 1227; en él se abrieron los cimientos de la iglesia mayor de Toledo, tan célebre edificio y de tanta majestad como hoy se ve, en el mismo sitio en que estaba la antigua, aunque mudada la traza. El rey y el arzobispo se hallaron a poner la primera piedra, debajo de la cual echaron medallas de oro y plata, conforme a la costumbre antigua de los romanos. Otros templos se podrán aventajar a éste en la hermosura y primor de la traza, en la grandeza y capacidad; más en la muchedumbre y riqueza de sus preseas y de su ornato, en la grandeza de las rentas, en el número de los ministros, en la majestad de ceremonias y culto divino, ninguno en toda la cristiandad se le iguala; muestra muy ilustre de la cristiandad y piedad de España, en especial de la dicha ciudad. Falleció a los 18 de julio el papa Honorio III; sucedióle en el pontificado Gregorio IX, natural de la ciudad de Anagni.

Floreció otrosí en España don Lucas, primero diácono de León, y después obispo de Tuy. Deseoso de adelantarse en virtud y letras y por visitar los lugares santos, cuando era más mozo pasó a Italia y a Roma y desde allí a las partes de Levante. Fue contemporáneo de don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y ejercitóse en los mismos estudios, porque compuso una *Historia de las cosas de España*, en cuyo principio ingirió el *Cronicón* de San Isidoro; que dio ocasión a algunos de tener y citar la primera parte de aquella historia por del mismo santo. Escribió demás de la historia la vida del dicho san Isidoro y otro libro grande de sus milagros; obra en que de la mitad adelante confuta la secta de los albigenses y sus errores, que son los mismos de los luteranos. De la confutación consta que estos herejes entraron en España, según que arriba se mostró por un pedazo que de este libro tomamos. Escribió estas obras, como él mismo lo testifica, por mandado de la reina doña Berenguela, señora muy devota y favorecedora de los hombres virtuosos y letrados.

CAPÍTULO XIII
QUE SE VOLVIÓ DE NUEVO A LA GUERRA DE LOS MOROS

Los moros de Baeza tenían apretado el castillo de aquella ciudad, que, como se dijo, quedó en poder de cristianos; que si bien eran en pequeño número, por estar proveídos de vituallas, se defendieron y entretuvieron hasta tanto que el rey don Femando sobrevino con un grueso ejército. Con su venida los moros, visto que no tenían fuerzas bastantes para resistir, no solo desistieron del cerco, sino desamparada la ciudad, se retiraron a lo más dentro del Andalucía. Quedó por gobernador de aquella ciudad nuevamente ganada don Lope de Haro; merced debida a sus servicios, pues en todas las empresas de importancia se hallaba. El cuidado de Martos se encargó a Alvar Pérez de Castro y a Tello de Meneses. No se hizo alguna otra cosa que sea digna de memoria en esta jornada, salvo que después que el rey dio la vuelta a Toledo, don Tello con sus soldados entró a correr los campos de Baena y de Lucena, sin parar hasta dar vista a la campiña de Sevilla y hacer por todas partes grandes talas y presas. Por el contrario, el rey de Sevilla, para divertirle con su gente, llegó a la ciudad de Baeza y le corrió sus campos. Los moros que se ausentaron de aquella ciudad, por ser restituidos en su patria, le incitaron a emprender esta jornada; pero visto que no tenía fuerzas bastantes para salir con la empresa, trató de hacer paces con los cristianos y se concertó de pagar cada un año de tributo trescientos mil maravedíes, en especial que de su misma gente se le armaba otra mayor tempestad; y fue que los moros de Murcia por este tiempo alzaron por rey un moro, por nombre Abenhut, que venía del linaje de los reyes de Zaragoza, y era grande enemigo de los almohades.

Decía públicamente que la causa de los males y calamidades pasadas y de hallarse su nación en aquel término y tan sin fuerzas eran las novedades que aquella secta introdujo en España. No hay cosa más poderosa para mover al pueblo que la capa de religión, debajo de la cual se suelen encubrir grandes engaños. Arrimósele pues gran morisma por esta causa, gran muchedumbre de gentes, en especial en la comarca de Granada y en lo restante de Andalucía, con esperanza en que todos entraban, que por medio de este moro se mejoraría y adelantaría su partido, que iba muy de caída. Los demás de aquella nación, y aún los príncipes cristianos, estaban con cuidado no resultase de aquella centella y de aquel principio algún fuego con que todo se abrasase. Esto pasaba en España el año que se contó de Cristo 1228.

En Francia, el mismo año, Ramón, postrer conde deTolosa, apretado con la guerra que el rey Luis le hacía por causa de su herejía, se redujo y se reconcilió con la Iglesia. Las condiciones y cargas que el mismo rey y Romano, cardenal de San Angel, como legado del papa, le impusieron, fueron las siguientes: que el conde con todo cuidado procurase desterrar de su tierra la secta de los albigenses; que su hija y heredera, por nombre Juana, casase con uno de los hermanos de aquel rey, el que más le agradase; si de este matrimonio no quedase sucesión, el condado de Tolosa se juntase con la corona de Francia. La ignorancia suele acarrear grandes daños; para la enseñanza del pueblo mandaron que en la ciudad de Tolosa asalariase a su costa cuatro lectores de teología, dos juristas, seis maestros de las artes liberales y dos gramáticos. Para seguridad que cumpliría todo esto puso en poder del rey y le entregó cinco castillos y su misma hija. Tomóse este asiento en la ciudad de París; y hechas las capitulaciones, por el mes de abril compareció el conde en la iglesia mayor de aquella ciudad desnudo, fuera de la camisa; allí le absolvió el legado de las censuras incurridas por los excesos pasados; juntamente le dio la divisa de la cruz, como se acostumbraba, para que dentro de cierto tiempo pasase a la guerra de la Tierra Santa y en ella residiese por espacio y término de cinco años, que era una de las condiciones que se capitularon; tan grande autoridad tenían por estos tiempos los papas, tanta fuerza la Iglesia, ayudada del favor y asistencia de los reyes, para castigar los rebeldes y malos y escarmentar a los demás.

Fallecieron otrosí en España algunos grandes personajes, y entre ellos don Ramiro, obispo de Pamplona, de la nobilísima alcurnia de los reyes de Navarra. Sucedióle en el obispado don Pedro

Ramírez, en cuyo tiempo el papa Gregorio IV tomó debajo de su protección aquella iglesia y sus prelados; que era eximirla de la jurisdicción de los metropolitanos de España.

En Aragón el rey con su buena maña conquistaba aquellos caballeros parciales para que se le rindiesen. Recibió en su gracia a su tío el infante don Fernando, sin embargo de las revueltas pasadas, y púsole por condición diese orden como los conjurados se alzasen entre sí unos a otros los homenajes y la palabra que se tenían dada. Don Sancho, obispo de Zaragoza, pretendía le restituyesen los pueblos que eran de su hermano don Pedro Ahones, de que el rey se apoderó luego que le mataron. Otorgóle que estuviese a derecho y que pasasen por lo que los jueces determinasen. Hízose así, y oídas las partes, pronunciaron que los pueblos que tenían en tenencia quedasen por el rey; los demás heredados de sus padres, se restituyesen al Obispo, pues no era justo que por la falta de uno padeciese todo el linaje. Parecía con esto quedar el reino sosegado.

Los de la casa de Cabrera no acababan de apaciguarse. Aurembiase, hija de Armengol, conde de Urgel, según que se concertara, pretendía en juicio que le restituyesen el estado de su padre, de que los Cabreras se apoderaron por fuerza. Ellos, no solo no hacían caso de aquella demanda, más aún mostraban burlarse de la autoridad real, y no querían dejar el estado que poseían de años atrás. Vinieron a rompimiento y a las manos; el rey, que hacía las partes de aquella señora, quitó a los Cabreras muchos de aquellos pueblos, unos por fuerza, otros que se rindieron de su voluntad, en especial la ciudad de Balaguer, cabeza de aquel estado de Urgel. Hecho esto, acordó casar aquella doncella Aurembiase, para que nadie se le atreviese, con don Pedro, infante de Portugal, tío suyo, primo hermano de su padre, que a la sazón andaba huido en la corte de Aragón. Gerardo Cabrera el desposeído tomó el hábito de los templarios, quién sabe si por devoción, si por otro respeto; lo cierto es que los años adelante don Ponce, su hijo, por el derecho que su padre pretendía, alcanzó el condado de Urgel a causa que Aurembiase no dejó sucesión alguna de su marido el infante don Pedro, como se dirá en otro lugar; con tanto tuvieron fin aquellos debates.

El deudo del rey y del infante era de esta manera. El infante don Pedro fue hijo de don Sancho, rey de Portugal, habido en la reina doña Aldonza, hermana que fue de don Alfonso, rey de Aragón, abuelo del rey don Jaime;de suerte que el infante era tío del rey, primo hermano de su padre el rey don Pedro, que mataron en Francia.

CAPÍTULO XIV
QUE EL REY DE ARAGÓN GANÓ LA ISLA DE MALLORCA

En un mismo tiempo en Castilla y en Aragón se hacía guerra contra los moros. Los aragoneses adelantaron mucho sus cosas, los de Castilla no hicieron de presente grande progreso. El nuevo rey Abenhut tenía puesto en cuidado al rey don Fernando por verle de nuevo apoderado de Granada, ciudad populosa y principal. Juntó sus huestes y llegó con ellas hasta dar vista a aquella ciudad y pasó adelante hasta Almería; más no hizo otro efecto de importancia, a causa que el enemigo, escarmentado en cabeza ajena, se excusó de venir a las manos. Con esto se pasó lo restante de este año y del luego siguiente 1229, en el cual tiempo se tuvo aviso de Alemania que los caballeros teutónicos, que por espacio de muchos años mostraron mucho valor en las guerras de la Tierra Santa, con la cruz negra que traían por divisa sobre manto blanco, luego que se perdió la ciudad de Ptolemaide, se volvieron a su patria, que eran naturales de Alemania, y con licencia del emperador Federico II, hicieron su asiento en la Prusia, provincia áspera e inculta, puesta entre Sajonia y Polonia, cuyos moradores aún no eran cristianos. Aumentáronse poco adelante estos caballeros en poder y fuerzas con apoderarse y conquistar la provincia de Livonia, que se cuenta entre los sármatas y cae sobre el reino de Polonia. Mantuviéronse por muchos años e hicieron buenos efectos hasta tanto que Alberto, último maestre de aquella caballería, se inficionó con la herejía luterana, y con la libertad de aquella secta dejó el hábito y renunció, por casarse, aquellas provincias y las entregó al rey de Polonia.

Volvamos al rey don Jaime de Aragón. Luego que vio apaciguado su reino, comenzó a tratar de qué manera podría emplear sus fuerzas contra los enemigos de Cristo. Acaeció que cierto día un hombre principal de Tarragona, por nombre Pedro Martello, le convidó a comer en su casa; las ventanas de la sala en que era el convite caían sobre la mar, y por frente la isla de Mallorca. Con esta ocasión, de una plática en otra vinieron a tratar de la fertilidad, frescura y riqueza de aquella isla y de las demás que caen en aquel paraje. Tomó la mano Pedro Martello, como el que tenía larga experiencia de todo lo que pasaba en este caso. Encareció con muchas palabras las excelencias de Mallorca, su fertilidad y abundancia, los grandes daños que desde allí se hacían en las costas de Cataluña y las otras comarcanas de España.

Sucedió muy a propósito que pocos días antes aquellos moros tomaron ciertas naves catalanas; y al embajador que enviaron para requerir que las restituyesen, como hiciese su demanda en nombre del rey don Jaime de Aragón, respondió el rey moro, que se llamaba Retabohihes, con grande arrogancia: *«¿Qué rey me nombráis aquí?»* El embajador: *«Al hijo,* dijo*, del rey de Aragón, que en las Navas de Tolosa desbarató y destrozó un grande ejército de vuestra nación.»* Indignóse el moro de suerte con esta respuesta tan resoluta, que poco faltó no pusiesen la mano en el embajador; mas en fin prevaleció el derecho de las gentes; sólo le hicieron luego salir de la isla. Alteróse el rey de Aragón oídas estas cosas, y resolvióse de emprender aquella guerra, en que tantas comodidades se representaban. Para apercibirse de todo lo necesario juntó Cortes en Barcelona, dio cuenta de la empresa que pensaba tomar; de que los presentes recibieron tanto gusto, que con grande voluntad para este efecto le otorgaron segunda vez el boyático, tributo que se solía dar a los reyes una vez solamente. Con esto despachó sus cartas, en que mandó que para mediado el mes de mayo los soldados y las compañías se juntasen en el puerto de Salou, cerca de Tarragona, do se aprestaba la armada y se hacía toda la masa de la gente para pasar a Mallorca.

En este medio vino de Roma a Aragón por legado del papa, Juan, monje de Cluny y cardenal sabinense, sobre negocios muy graves. Acudió el rey a Calatayud para verse con el legado. Vino asimismo a aquella ciudad Zeit, rey de Valencia, despojado de aquel reino y de aquella ciudad por otro moro llamado Zaen. El amistad que tenía con los cristianos le acarreó este daño y este revés tan grande, demás que se rugía quería hacerse cristiano. Por esto el rey don Jaime se resolvió de recibir-

le debajo de su protección, no solo a él, sino también a su hijo Abahomat, y para restituirlos en su estado, hacer guerra a aquel tirano, como lo cumplió adelante. El negocio principal sobre que vino el legado era el casamiento del rey, que pretendía apartarse de la reina, y para ello alegaba el impedimento de consanguinidad, si bien tenía ya un hijo, por nombre don Alfonso, para suceder en la corona y estados de su padre. Para averiguar este pleito el rey y el legado pasaron a Tarazona. Acudieron allí don Rodrigo, arzobispo de Toledo, y Aspargo, arzobispo de Tarragona, con otros muchos obispos de Castilla y de Aragón para hallarse a la determinación de aquel negocio tan grave y que a todos tocaba. Alegaron las partes de su justicia, formóse el proceso, y por conclusión se pronunció que el casamiento era ninguno y que al rey y la reina quedaban libres para disponer de sí; y sin embargo, determinaron que el hijo, como legítimo, heredase el reino de su padre. Dada la sentencia, la reina doña Leonor, ya ni viuda ni casada, se partió de buena gana para hacer compañía a su hermana doña Berenguela y consolarse con ella en aquella su soledad. Dejáronle los pueblos que tenía en Aragón como en arras y parte de dote, llevó otrosí muchas preseas de paños ricos, oro, plata y pedrería.

Despedida la junta, el rey acudió a Tarragona para hallarse al tiempo señalado. Lo restante del estío gastó en aprestar la flota y en juntar los soldados, que de cada día le venían en gran número con gran voluntad de tener parte en aquella empresa. Luego que todo estuvo a punto se embarcó la gente, y por el mes de septiembre, con buen tiempo, se hicieron a la vela y se alargaron a la mar. El número de la gente, quince mil infantes y mil quinientos caballos. Ciento y treinta y cinco velas entre naves de alto borde, que eran veinticinco, doce galeras, y los demás bergantines y vasos pequeños; iban otrosí algunos bajeles, que servían para llevar los caballos. La navegación es corta; así en breve llegaron a vista de Mallorca. Allí de súbito les sobrevino tal tempestad y les cargó el tiempo de suerte, que la armada se derrotó en gran parte y estuvieron a riesgo de no pasar adelante. Fue Dios servido que a puesta de sol el viento leste o levante, que traía desasosegado el mar y sopla de ordinario por aquellas partes, calmó y se trocó en cierzo, muy a propósito para proseguir su navegación y acabarla. En todo este peligro mostró el rey grande constancia y ánimo; con que todos se animaron y se remediaron los daños.

La figura de Mallorca es cuadrada, con cuatro cabos y remates, que miran a las cuatro partes del mundo. A la parte de poniente tiene el puerto de Palumbaria, y por frente la isla llamada Dragonera, el cabo o promontorio de las Salinas cae a mediodía, y en medio del puerto y de este cabo, casi a igual distancia, está asentada la principal ciudad, que tiene el mismo nombre de la isla, ca se llama Mallorca; los cabos de la Piedra y de San Vicente miran a las partes de levante y de septentrión. Cerca del cabo de la Piedra está situado un pequeño lugar, pero que tiene buen puerto y abrigo para las naves; llámase Polencia, y antiguamente fue colonia de romanos. Quisiera el rey tomar este puerto; pero el viento contrario le forzó a surgir en el de Palumbaria, distante de la ciudad treinta millas. La galera capitana, en que el rey iba, fue la primera a entrar en el puerto y tras ella lo restante de la armada, sin que faltase bajel alguno de toda ella. Acudió gran morisma para impedir que no saltasen en tierra; por esto les fue forzoso pasarse al puerto de Santa Poncia, que está más adelante entre poniente y mediodía. Allí echaron anclas, y a pesar de los moros, saltaron en tierra.

Hubo algunas escaramuzas al desembarcar, en que siempre los cristianos llevaron lo mejor. El intento era enderezarse la vuelta de la ciudad de Mallorca; porque ella tomada, lo demás de la isla se rendiría con mucha facilidad. No ignoraba esto el rey moro, antes para su defensa tenía hechas sus estancias en el monte Portopí, que está a vista de la ciudad. La gente que tenía era más en número que en fuerzas señalada. Acordó valerse de maña y parar una celada en el camino entre unas quebradas y bosques para tomar a los enemigos descuidados y de sobresalto. Sucedióle como lo pensaba, que los cristianos se descuidaron como si caminaran por tierra segura. Visto el desorden, los moros cargaron con tal denuedo, que los pusieron en grande aprieto. Murieron en la refriega, entre otros muchos, don Guillén de Moncada, vizconde de Bearne, y don Ramón de Moncada, personajes de

gran cuenta y que iban en la vanguardia, y fueron los primeros a hacer rostro en aquel trance, que fue una pérdida muy grande y notable desgracia. Bajaban del monte, que cerca está, los moros en gran número para ayudar a los suyos, de suerte que de una parte y de otra se trabó una reñida batalla, y los fieles se vieron en gran peligro y cercados de todas partes. El esfuerzo y valor del rey y su buena dicha venció estas dificultades; ca sin saber el daño que los suyos recibieron al principio, peleó valientemente y forzó a los moros, primero a retirarse poco a poco, después a huir y recogerse en sus reales. La pelea fue con poca orden a fuer de África, de tropel, y que ya acometen, yo vuelven las espaldas, aquí se retiran, allí cargan. Los cristianos siguieron el alcance, subieron al monte al son de sus cajas y entraron los reales de los moros, con que la victoria y el campo quedó de todo punto por ellos.

No pasaron adelante ni se curaron de ejecutar la victoria y de seguir a los vencidos, porque tenían la guarida cerca y más noticia de toda aquella tierra. Contentáronse con lo hecho y con asentar sus reales a vista de la ciudad para combatirla, por entender que los de dentro estaban muy proveídos y de su voluntad no se rendirían. Los días adelante pusieron diligencia en levantar todo género de máquinas, trabucos, torres y mantas para batir y arrimarse a las murallas. Cegaron el foso de la ciudad, que era ancho y hondo, con hornija y otros materiales. Salían los moros de rebato para desbaratar e impedir estos ingenios, pero las más veces volvían con las manos en la cabeza. Finalmente, los soldados se arrimaron al muro, y con picos arrancaron las piedras de los cimientos de cuatro torres, que apuntalaron con vigas, y después les pegaron fuego; con que las dichas cuatro torres dieron en tierra, y en el muro quedó abierta una grande entrada.

Los moros, visto el peligro que corrían si la ciudad se entraba por fuerza de ser muertos y saqueadas sus casas, vinieron en pedir concierto. Pretendían les dejasen las vidas y las haciendas y que con su rey se pudiesen pasar en África. A muchos parecía bueno este partido y que se debía venir en lo que pedían. De este parecer era don Nuño, conde de Rosellón, que era el medianero en estos tratos; los amigos y deudos del príncipe de Bearne, con deseo de vengarse, pretendían que era afrenta e infamia acabar la guerra antes de tomar venganza de tantos y tan buenos caballeros como aquellos bárbaros mataron. Los cercados, perdida la esperanza de concierto, tornaron con furia rabiosa a la pelea y con mayor ímpetu que antes a defender la ciudad. La desesperación es una muy fuerte arma; hicieron mucho daño en los nuestros, tanto, que ya se arrepentían los que estorbaron el concierto y holgaran se admitiera de nuevo. Finalmente, derribada gran parte del muro, era forzoso a los nuestros que por las piedras y ruinas procurasen hacer camino. Algunos decían convenía acometer la ciudad de noche cuando las centinelas están cansadas; el rey, por excusar la libertad y desórdenes que trae consigo la noche, mandó que se guardasen las puertas y portillos con todo cuidado porque no huyesen los enemigos. Al alba concertó y puso en orden los suyos para dar el asalto, y de parte que pudo ser oído les habló en esta manera:

«Bien conozco, amigos, que para premiar vuestros trabajos y vuestro valor no tengo fuerzas bastantes; el reconocimiento y estima será perpetua por cuanto la vida durare. La ocasión que de presente se ofrece de hacer un nuevo servicio a Dios, a vuestra patria y a mi corona, y para vos ganar prez y honra inmortal es, cual veis, la mejor que se pudiera pensar. Con la toma de esta ciudad y con sus despojos quedaréis ricos y bien parados; con su sangre vengaréis la de vuestros deudos y hermanos, y yo por vuestro trabajo conquistaré un nuevo reino y estado. Los de dentro son pocos en número, sin aliento por la hambre que padecen, enfermedades, trabajos. ¿Quién será tan de tan poco ánimo que no arremeta y cierre con los enemigos y por aquellos muros aportillados no se haga camino con la espada para entrar en la ciudad? A Dios tenéis favorable, por cuyo nombre peleáis; éste será el remate de vuestros largos trabajos y fatigas, principio de alegría y de descanso. Los flacos y temerosos, si alguno hubiese, correrán más peligro; en el ánimo y osadía consiste la seguridad de los que valientemente pelearen.»

Dichas estas razones, mandó dar señal de acometer y cerrar por una, dos y tres veces. Los sol-

dados se detenían; no sé qué miedo y espanto los tenía casi pasmados. El rey, *«¿qué esperáis,* dice*, soldados? ¿Qué hacéis? Acometed y embestid con vuestro ánimo acostumbrado; los enemigos son los mismos que hasta aquí; ¿qué dudáis?»* Despertados con estas palabras como de un sueño, arremeten de golpe y de tropel con gran grita y alarido; los moros acuden a todas partes con gran coraje para defender la entrada; hacen el último esfuerzo. Encendióse la batalla y la refriega en diversos lugares. Por conclusión, muertos y heridos muchos de los enemigos, se entró la ciudad, que saquearon los soldados a toda su voluntad, en que los unos y los otros se ensangrentaron. El rey moro, perdida toda esperanza, se escondió en cierto lugar secreto. De allí le sacaron; el rey don Jaime, como lo tenía jurado, para mayor afrenta le tomó por la barba, si bien con palabras corteses le animó y prometió que todo se haría bien. Tomada la ciudad, sin dilación se entregó la fortaleza, en que hallaron un hijo de aquel rey, en edad de trece años, que adelante bautizaron y se llamó don Jaime. Heredóle el rey en tierra de Valencia, y diole por juro de heredad la villa de Gotor, de que toman su apellido sus descendientes, caballeros principales de aquel reino; así bien como de otro caballero por nombre Currocio, natural de Alemania, noble, y que sirvió muy bien en esta guerra, y en recompensa de sus trabajos le dieron el lugar de Rebolledo, descienden los Carrocios, gente noble y principal, y que dura hasta nuestros tiempos, en el misma reino de Valencia.

Ganóse la ciudad de Mallorca, postrero día de diciembre, entrante el año de Cristo de 1230. Acordó el rey hacerla catedral y poner en ella obispo, si bien los canónigos de Barcelona pretendían pertenecerles aquel obispado por escrituras que alegaban, del todo olvidadas y desusadas; así no salieron con su pretensión. Los demás castillos y pueblos de toda la isla con facilidad vinieron a poder de cristianos; más ¿cómo pudieran sustentarse perdida la ciudad principal? Apaciguada la tierra y dado asiento en las cosas del nuevo reino, los más soldados dieron vuelta para sus casas y el rey pasó a Cataluña.

En este mismo año la religión de nuestra Señora de la Merced, que se instituyó pocos años antes, según que de suso queda apuntado, su modo de vivir y la regla que profesan, fue aprobada por el papa Gregorio IX, como parece por su bula, dada en Perosa, ciudad de Toscana, a 17 de enero de este mismo año, según que rezan las constituciones de esta orden al principio.

CAPÍTULO XV.
QUE EL REINO DE LEÓN SE UNIÓ CON EL DE CASTILLA

En el mismo tiempo que los de Aragón emprendieron la conquista de Mallorca y la ganaron, el rey don Alfonso de León con sus huestes y las de su hijo hizo una nueva entrada en tierra de moros. Púsose con sus gentes sobre Cáceres, villa principal de Extremadura y que otras veces había intentado de tomarla y no pudo salir con ello. Era príncipe brioso y denodado, las fuerzas que llevaba eran mayores que antes, y así pudo salir con la empresa, y aún pasó adelante animado con este principio a poner sitio sobre la ciudad de Mérida, que en otro tiempo fue la más principal de aquellas partes y de presente era populosa y grande.

El rey moro Abenhut,sabido lo que pasaba, por ganar reputación entre su gente acordó de ir con su hueste en socorro de los cercados. Su venida y determinación puso en cuidado al rey don Alfonso; por una parte se recelaba de ponerse al trance de una batalla por la poca gente que tenía, por otra el miedo de la infamia, si se retiraba, le aquejaba mucho más; que a tales personajes la afrenta suele ser más pesada que la misma muerte. Para resolverse juntó a consejo los capitanes, los pareceres fueron diferentes, como es ordinario. Los más en número y de mayor prudencia querían se excusase la batalla con aquel enemigo que venía poderoso y bravo; más el rey todavía se arrimó al parecer contrario de los que se mostraban más animosos y honrados. Tomada esta resolución, ordenó sus haces en guisa de pelear; lo mismo hicieron los moros, que ya tenían allí cerca sus estancias. Diose la señal de acometer; resonaban las trompetas, las cajas, los atabales por todas partes. Cerraron con grande ánimo los unos y los otros. La batalla por algún espacio fue muy herida y sangrienta, pero en fin, el valor de los cristianos sobrepujó la muchedumbre de los paganos. La victoria fue tan señalada y el destrozo de los enemigos de Cristo tan grande, que de miedo muchos pueblos de aquella comarca quedaron yermos por huirse sus moradores por diversas partes. Díjose por cosa cierta que el apóstol Santiago y en su compañía otros santos con ropas blancas en lo más recio de la batalla esforzaron a los nuestros y amedrentaron a los contrarios; y aún en Zamora no faltaron personas que publicaron haber visto a san Isidoro, que con otros santos se apresuraba para hallarse en aquella batalla en favor de los cristianos. La verdad ¿quién la podrá averiguar? La alegría de victorias semejantes suele dar ocasión a que se tengan por ciertos cualquier suerte de milagros.

Después de esta rota los de Mérida, por no tener esperanza les vendría otro socorro, abrieron las puertas a los vencedores, que fue el fruto principal de la victoria. Demás que de esta vez se ganó y vino a poder de cristianos la ciudad de Badajoz, puesta en aquella parte por do parten términos Extremadura, Andalucía y Portugal. El rey don Alfonso, que en el cuento de los reyes de Castilla y de León se pone por noveno de aquel nombre, acabadas cosas tan grandes y porque el tiempo cargaba, despidió su gente para que se fuese a invernar, resuelto de revolver con mayores fuerzas sobre los moros luego que el tiempo diese lugar. Atajó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Villanueva de Sarriá, de una dolencia aguda que allí le acabó al fin de este año, yendo a visitar el sepulcro del apóstol Santiago, para en él cumplir sus votos y dar gracias a Dios por mercedes tan señaladas; su cuerpo sepultaron en aquella iglesia de Santiago.

De doña Teresa, su primera mujer, dejó dos hijas, doña Sancha y doña Dulce; de la reina doña Berenguela quedaron don Fernando, que ya era rey de Castilla, y don Alfonso, que fue señor de Molina, y doña Berenguela, que casó con Juan de Brena, rey de Jerusalén. Tuvo otro hijo fuera de matrimonio, que se llamó don Rodrigo de León. Reinó por espacio de cuarenta y dos años, fue valeroso y esforzado en la guerra, tan amigo de justicia, que a los jueces, porque no recibiesen de las partes ni se dejasen negociar, señaló salarios públicos, y los castigaba con todo rigor si en esto excedían. Verdad es que oscureció y amancilló las demás virtudes de que fue dotado con dar orejas a chismes y reportes de los que andaban a su lado; falta muy perjudicial en los grandes príncipes. El odio que tuvo a su hijo don Fernando, de cuya virtud y santidad se debiera honrar más que de otra cosa, fue

grande, y le duró por toda la vida, tanto que en su testamento nombró por sus herederas a las dos infantas, sus hijas mayores.

Por esta causa, para prevenir inconvenientes y pasiones, era forzoso que el rey don Fernando, pospuesto todo lo al, se apresurase para tomar posesión de aquel reino, si bien a la sazón se hallaba ocupado en la guerra que hacía en Andalucía; príncipe esforzado y valeroso y que no sabía reposar ni miraba por su salud a trueque de adelantar el partido de los cristianos. Puso cerco sobro Jaén, pero aunque la apretó con todo su poder, teníanla tan pertrechada de gente y de todo lo demás, que no pudo ganarla. Pasó con su campo sobre Daralherza. En este cerco estaba ocupado cuando le vinieron nuevas de la muerte de su padre. Aconsejábanle los que con él estaban, y entre ellos don Rodrigo, arzobispo de Toledo, diese la vuelta. Solicitábale sobre todos su madre, y cada día cargaban mensajes de todas partes en esta misma razón. Bien entendía él que le aconsejaban lo que era bueno y que la dilación le podría empecer más que todo; pero aquejábale en contrario el deseo de llevar adelante la empresa del Andalucía.

Su madre, con el cuidado que el amor de hijo le daba y por los miedos que él mismo le ocasionaba, acordó partirse para hablarle. En Orgaz, que está cinco leguas de Toledo, camino del Andalucía, se encontraron madre e hijo. Allí tomaron su acuerdo, que fue sin más dilación apresurar el camino para el reino de León, sin detenerse ni en Toledo ni en otra parte alguna. Hízose así, y el rey luego que llegó al reino de León, le halló más llano de lo que se pensaba. Los pueblos le abrían las puertas y le festejaban. Llamábanle rey pío y bienaventurado, con otros muchos títulos y renombres que le daban. Coronóse en Toro, honra debida a aquella ciudad por ser la primera que le ofreció la obediencia por sus cartas. Los ricos hombres no estaban del todo llanos, antes algunos seguían la voz de las infantas, con algunos pueblos que se les arrimaban. Pudiera resultar de esta división algún grande inconveniente, si los prelados de aquel reino no ganaran por la mano, cuyo oficio es no solo predicar, al pueblo y administrarle las cosas sagradas, sino mirar por el bien y pro común; y así, visto por quién estaba la justicia, enfrenaron sus particulares aficiones con la razón y dieron de su mano el reino a quien venía de derecho. Los principales en este número fueron Juan, obispo de Oviedo; Nuño, de Astorga; Rodrigo, de León; Miguel, de Lugo; Martín, de Mondoñedo; Miguel, de Ciudad-Rodrigo; Sancho, de Coria.

Doña Teresa, madre de las infantas, acudió de Portugal para darles como a hijas el ayuda y consejo necesario. Parecióle sería más acertado concertarse con su antenado, y para esto se vio con doña Berenguela, madre del rey, en Valencia la de Galicia; en esta vista y habla se acordaron que las infantas cediesen a su hermano el derecho que pretendían tener al reino, y que él les acudiese cada un año con treinta mil ducados para sus alimentos. Tomado este asiento, el rey de León, do estaba, partió para Valencia, las infantas fueron a Benavente para visitarle y verse con él. Al arzobispo don Rodrigo, en premio del trabajo que tomó en todos estos tratos y caminos tan largos y tan continuos que hacía sin cansarse jamás, dio el rey en aquella tierra la villa de Cascata. Por esta manera el reino de León tornó a juntarse con el de Castilla a cabo de setenta y tres años que andaba dividido, no sin perjuicio y daño de todos. La unión y atadura que en el rey don Fernando y sus descendientes se hizo y se ha continuado hasta nuestros tiempos fue principio y como pronóstico de la grandeza que hoy tienen los reyes de España.

CAPÍTULO XVI
DE ALGUNAS VISTAS QUE DIVERSOS REYES TUVIERON ENTRE SÍ

Don Sancho, rey de Navarra, por sobrenombre llamado el Fuerte, título que en su mocedad le dieron sus hazañas, mudado el modo de vivir y la traza en esta sazón a causa de su mucha grosura y de la poca salud que tenía, se estaba retirado en el castillo de Tudela sin cuidar mucho del gobierno. De este retiramiento los vasallos tomaron ocasión de atreverse y de alterarse, en especial en Pamplona, que diversas veces se alborotó por este tiempo. La falta del castigo hace a los hombres osados, y la dolencia de la cabeza redunda en los demás miembros. Asimismo don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, con golpe de gente por la parte de la Rioja hizo entrada en las tierras de Navarra, y en ella se apoderó de algunos pueblos y castillos. Sospechóse que el rey don Fernando tenía en esto parte, y que por su consejo y con sus fuerzas se encaminaban estas tramas. Lo que hacía más al caso que Teobaldo, conde de Campaña en Francia, sobrino de aquel rey por ser hijo de su hermana doña Blanca, infanta de Navarra, y que si tuviera paciencia había de heredar aquella corona por no tener el rey hijos, con demasiada prisa traía sus inteligencias con los señores de aquel reino para desposeer a su tío; grande crueldad y que le puso en condición de perder lo que tenía en la mano. Porque el rey don Sancho, avisado de lo que pasaba y punzadodel dolor que estos desórdenes le acarreaban, visto que porsí no tenía fuerzas bastantes para contrastar con los suyos y con los extraños, acordó buscar socorros de fuera y de camino vengarse de aquellos ultrajes y deslealtad.

El rey don Jaime, acabada la empresa de Mallorca, ganara renombre de esforzado y valeroso en tanto grado, que los demás príncipes a porfía pretendían su amistad y buena gracia. Acordó enviarle sus embajadores para rogarle se fuese a ver con él en Tudela para comunicarle algunos negocios muy graves y que no se podían tratar en ausencia por terceros. Hallábase el rey don Jaime en Zaragoza, donde por la vía de Poblet y de Lérida era venido después de la conquista de Mallorca. No le pareció dejar pasar aquella ocasión, que, según él imaginaba, se le presentaba de acrecentar su estado; así, sin pedir otra seguridad, se vino para el rey don Sancho. Mostráronse mucho amor de la una parte y de la otra. Acabados los comedimientos y cortesías, entraron en materia y trataron de lo que importaba. Querellóse don Sancho de su sobrino el conde Teobaldo, que sin respeto al deudo ni tener paciencia para esperar su muerte, con sus malas mañas le alteraba los vasallos. Del rey don Fernando dijo que, sin embargo que tenía tantas provincias, era su ambición tan grande, que con los nuevos ditados le crecía el apetitode mandar, mal desasosegado e incurable. Que tenía pensado valerse de sus fuerzas, de su dicha y de su maña, recobrar lo de Vizcaya, que le tenían contra derecho usurpado, y reprimir los insultos e intentos de Francia, y juntamente sosegar los naturales para que no se atreviesen. En recompensa de su trabajo le quería dejar aquel reino para después de sus días, y para más asegurarle desde luego nombrarle por su sucesor y adoptarle por hijo, como lo hizo por estas palabras: *«Yo os nombro por mi heredero por vía de adopción para que hayáis y poseáis esta corona. Prospere Dios, nuestro Señor, y ayude esta nuestra voluntad; que bien entiendo después de mis días miraréis por mis vasallos, y mientras viviere haréis lo que de un buen hijo puede su padre esperar.»*

Aceptó el rey don Jaime esta adopción y la buena suerte que se lo presentaba. Para dar mejor color a todo concertaron que la adopción fuese recíproca, de suerte que cualquiera de los dos que faltase, el otro le sucediese en el reino. Era cosa ridícula y juego que un mozo y que se hallaba en lo mejor de su edad, además que tenía hijo y heredero, prohijase un viejo doliente y que estaba en lo postrero de su vida. Puédese sospechar que el navarro por su edad y dolencia no estuviese muy entero. A los 4 de abril se otorgaron las escrituras de este concierto, que confirmaron los señores que de Aragón y Navarra se hallaron presentes. Demás de esto, el navarro dio al de Aragón prestados para los gastos de la guerra cien mil sueldos, y en prendas recibió para seguridad de la deuda ciertos pueblos de Aragón. En esto vino nueva que el rey de Túnez aprestaba una gruesa armada pan recobrar

la isla de Mallorca, que hizo despedir las vistas y abreviar,y forzó al rey don Jaime a dar la vuelta a Zaragoza para acudir a la defensa, si necesaria fuese.

En este tiempo falleció Aurembiase, dejó en su testamento el condado de Urgel, y Valladolid en Castilla al infante don Pedro, su marido, por no tener hijos; de que resultaron nuevos inconvenientes a causa que don Ponce de Cabrera acudió a los derechos y pretensiones antiguas de su casa, resuelto, si no le hacían razón, de valerse de las armas y de la fuerza. Atajó el rey con su prudencia la tempestad que se armaba. Concertó que al nuevo pretensor se diese aquel condado, fuera de la ciudad de Balaguer, que retuvo para sí, y al infante mientras que viviese entregó la isla de Mallorca para que la gobernase en su lugar y como teniente suyo. Tomado este acuerdo, el rey del puerto de Salou se hizo a la vela y aportó a Mallorca. Supo que el rey de Túnez por aquel año no venía; por esto sin hacer otra cosa dio la vuelta para su casa.

El rey don Fernando se ocupaba en visitar el nuevo reino de León a propósito de granjear las voluntades de la gente con todo género de buenas obras y mercedes que les hacía. En el entre tanto encargó el cuidado de la guerra contra moros al arzobispo don Rodrigo, y en recompensa le hizo merced de la villa de Quesada, a tal que echase de ella los moros, a cuyo poder era vuelta. Venido pues el verano, el arzobispo con gente rompió por aquella parte, corrió los campos, hizo presas, quemó las mieses que ya estaban sazonadas, y no sólo ganó de los moros a Quesada y Cazorla, villas puestas en los pueblos que antiguamente se llamaron bastetanos, sino también les tomó a Cuenca, Chelis, Niebla, que llamaron los romanos Elepla, con otros pueblos comarcanos de menor cuenta. Éste fue el principio del adelantamiento de Cazorla, que por largos tiempos por merced y gracia de los reyes poseyeron los arzobispos de Toledo, que nombraban como lugarteniente suyo al adelantado, hasta tanto que en nuestros días don Juan Tavera, cardenal y arzobispo de Toledo, le dio por juro de heredad para sus descendientes a don Francisco de los Cobos, comendador mayor de León, al cual de secretario suyo levantó a grande estado y dignidad el favor y privanza que alcanzó con el emperador Carlos V, rey de España. Verdad es que don Juan Silíceo, sucesor del dicho Cardenal, pretendió por pleito revocar aquella donación, como hecha en notable perjuicio de su iglesia; pero ni él ni sus sucesores salieron con su pretensión hasta que don Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal de Toledo, concertó la diferencia y restituyó a su iglesia aquella dignidad. Quesada, porque volvió a poder de moros y adelante la recobró con sus armas el rey don Fernando, se quedó por los reyes de Castilla.

Por estos tiempos Juan de Brena, rey de Jerusalén, perdido casi todo aquel reino, pasó por mar en Italia. Era francés de nación, solicitó a los príncipes de Europa que le ayudasen con sus gentes para recobrar su reino. De camino casó a Violante, única hija suya, con el emperador Federico II, que por este casamiento tomó título de rey de Jerusalén, y de él se quedó en los reyes de Sicilia, sus sucesores en aquel reino, hasta pasar con él y continuarse en los reyes de Aragón y de España sucesivamente. Solemnizadas estas bodas, el rey Juan de Brena pasó en España y aportó por mar a Barcelona, año de 1232. Hospedóle el rey de Aragón con mucho amor y regalo y le tuvo consigo algún tiempo. Fuese desde allí a Santiago de Galicia por voto que tenía hecho de visitar aquel santuario. Honróle mucho el rey don Fernando, y para mayor muestra de amor, si bien era extranjero y su estado en balanzas, le dio por mujer a su hermana la infanta doña Berenguela a la vuelta de su romería. Concluidas las bodas, dio aquel príncipe vuelta a Italia para, con los socorros que juntó, pasar a la guerra de la Tierra Santa. El suceso no fue conforme a sus esperanzas ni trabajos que por fuerza sufrió en viaje tan largo. Los *Anales de Toledo*, a quien damos mucho crédito, señalan la venida de este rey a España ocho años antes de esto, y que el rey don Fernando le recibió solemnemente en Toledo, día viernes, a 12 de abril. La verdad es que vuelto a Italia, perdida la esperanza de recobrar su reino, por orden del papa se encargó del imperio de Constantinopla, por ser de poca edad el emperador Balduino y estar aquel imperio que tenían los franceses a punto de perderse. Casó el mozo emperador con María, hija de aquel rey y de su mujer doña Berenguela. Éste quiso fuese el premio

de los trabajos que pasó en aquel gobierno y tutela.

En Castilla los soldados de las órdenes militares se juntaron con el obispo de Plasencia, y de consuno ganaron de los moros a Trujillo, pueblo principal de la Extremadura. La toma fue a los 25 de enero.

El rey don Jaime pasó tercera vez a Mallorca, y se apoderó de la isla de Menorca, que la de Ibiza, una de las Pitiusas y la mayor en el mar Ibérico, se conquistó el año adelante de 1234. Guillén Mongrio, prelado de Tarragona, sucesor de Aspargo, ya difunto, envió sus gentes para este efecto, y por esta causa quedó aquella isla sujeta a su diócesis y obispado, como era razón.

Este año, a los 7 de abril falleció en Tudela el rey don Sancho de Navarra. Su cuerpo enterraron en Nuestra Señora de Roncesvalles, convento de canónigos reglares, que él mismo edificó a su costa y le dotó de buenas rentas. Traen en el pecho una cruz azul en forma de cayado o de báculo, por lo demás el hábito es de clérigos ordinarios. Los navarros, luego que murió su rey, llamaron a Teobaldo, conde de Campaña, como a pariente más cercano. Coronóse por el mes de mayo en Pamplona. Un autor dice que el rey de Aragón, si bien tuvo aviso de todo, disimuló y no quiso irles a la mano ni seguir su derecho; que por ventura la conciencia le remordía para no pretender lo que no era suyo. Las guerras que emprendió adelante dan a entender que si disimuló fue por un poco de tiempo hasta desembarazarse y aprestarse para seguir su derecho de adopción, que le tenía por bien fundado; mas la esperanza de salir con su intento era poca por la aversión que mostraban los naturales.

Teníale otrosí puesto en cuidado un nuevo casamiento que trataba para sí con doña Violante, hija del rey de Hungría, que procuraba estorbar con todas sus fuerzas el rey don Fernando, porque todavía deseaba reconciliarle con su tía doña Leonor, que repudió los años pasados. Andaban embajadas sobre el caso; y porque por vía de terceros no se concluía nada, acordaron los dos reyes de verse en el monasterio de Huerta, puesto a la raya de los dos reinos. Allí se hablaron a los 17 de septiembre. No se hizo efecto alguno en el negocio principal por razones que el aragonés alegó en su defensa; sólo demás de los pueblos que antes tenía dio a la reina doña Leonor la villa de Ariza, en que pasase su soledad; y para mayor entretenimiento vino en que su hijo quedase en su compañía hasta tanto que fuese de más edad.

Empleaba esta señora su tiempo y sus rentas en obras de piedad; en particular a su costa, cerca de Almazán, fundó un monasterio de Premostre, orden cuyo fundador no muchos años antes de este tiempo fue Humberto, natural de Lorena en Francia. El nombre de premostratenses tomaron estos religiosos del primer monasterio que edificaron en el bosque de Premostre.

CAPÍTULO XVII
EL PRINCIPIO QUE TUVIERON LAS CONQUISTAS DE CÓRDOBA Y VALENCIA

Acabada la habla y las vistas, los dos reyes de Aragón y Castilla volvieron a proseguir la guerra santa contra los moros. Los aragoneses, feroces con la victoria de Mallorca y con odio que tenían al rey Zaen, que estaba por fuerza apoderado del reino de Valencia y había entrado por las tierras de Aragón robando y quemando aldeas y villas hasta llegar a Amposta y Tortosa, determinaban intentar la guerra de Valencia. Los castellanos proseguían la guerra comenzada en el Andalucía. La división que a esta sazón tenían entre sí los moros daba esperanza de buen suceso a los fieles, porque entre ellos andaban todos estos bandos: almohades, almorávides, benimerines, benadalodes. Era de tal manera la división y desconcierto, que aunque nadie les diera empellón, el mismo reino se cayera de suyo y se fuera a tierra. Concedieron los de Cataluña al Rey el tributo que llaman bovático para la guerra de Valencia, que no suelen conceder sino en el último aprieto y extrema necesidad.

Muchos de los cristianos comenzaron a hacer entradas en las tierras de los moros; talaban y robaban lo que podían, especialmente don Blasco de Alagón, que tomó de los moros a More11a, pueblo fuerte. Este buen agüero y pronóstico para la guerra siguiente, que una persona particular hiciese tan buen efecto, al rey dio pesadumbre; sentía que ninguno se le adelantase en dar principio a esta guerra. El castigo fue que tomó aquella villa para sí y dio a don Blasco en recompensa la villa de Sástago, que fue el principio de la guerra de Valencia y de los condes de Sástago, principal casa de aquel reino. Después de tomado Morella, otro pueblo llamado Burriana, pasados dos meses de cerco, se entregó al rey con condición que a los moradores les concediese la vida y libertad. Salieron de este pueblo siete mil personas entre hombres y mujeres. Grave daño fue para los moros la pérdida de estos dos pueblos, que con la fertilidad de sus campos sustentaban en aquella comarca otras muchas villas y castillos, a los cuales fue asimismo forzoso rendirse. De los primeros fue Peñíscola, a quien llama Ptolemeo Quersoneso, y con ella Castellón y Buñol. Don Jimeno de Urrea tomó a Alcalaten; por esto se hizo merced de aquel lugar y señorío a la nobilísima familia de los Urreas continuado hasta este tiempo. Más adentro, en medio del reino de los moros, a la ribera del río Júcar, conquistaron la villa de Almazora; entráronla los nuestros de noche, y así los moros huyeron sin ponerse en defensa.

En este tiempo el rey don Fernando, apaciguadas las cosas de León, dejó allí la reina para ganar más con esto las voluntades de aquella gente. Hecho esto, en Castilla se guarneció de un grande ejército con determinación de proseguir la guerra del Andalucía, que por algún tiempo forzosamente se había dejado. Puso cerco sobre Úbeda y combatióla con todo género de máquinas, y aunque por ser de suyo ciudad principal y estar cerca de Baeza no más de una legua, la tenían fortalecida de muchos valientes soldados de guarnición, baluartes y vituallas para entretenerse mucho tiempo; pero la fortaleza y constancia del rey venció todas las dificultades y se entregaron los moradores, salvas solamente las vidas. Por otra parte las órdenes tomaron a Medellín, Alfanges y Santa Cruz.

La alegría de estas victorias se mezcló y turbó con nueva pérdida, como es muy usado en esta vida mortal y llena de mudanzas. La reina, mientras el rey andaba ocupado y contento con el buen suceso que Dios le daba en la guerra, falleció en la ciudad de Toro. Llevaron su cuerpo al monasterio de las Huelgas de Burgos; las exequias se le hicieron muy solemnes y el entierro. De allí fue trasladado su cuerpo o la ciudad de Sevilla después de algunos años, donde junto con su marido la sepultaron y yace, con quien vivió muy unida en amor y voluntad. Tomada Úbeda, el rey se volvió a Toledo, determinado de visitar otra vez las ciudades y villas del reino de León; con estos halagos pretendía ganar las voluntades de los nuevos vasallos. Los soldados que quedaron en el presidio de Úbeda hicieron una entrada en tierra de Córdoba, quemaron y talaron aquella campiña.

Algunos de los moros, llamados vulgarmente almogárabes, fueron presos en esta cabalgada. Almogárabes se llamaban los soldados viejos y que estaban puestos en los castillos de guarnición. Estos cautivos dieron aviso que se ofrecía buena coyuntura para tomar a Córdoba, sea que pretendiesen ganar la gracia de sus señores o que estuviesen mal con los de aquella ciudad. El arrabal de Córdoba, que llaman Ajarquía, está pegado con las murallas, y le tenían a su cargo este género de soldados, que dieron lugar a los cristianos para que de noche por aquella parte escalasen la ciudad y la entrasen; que fue el año de nuestra salvación de 1235, a los 23 de diciembre. El número de los soldados que entraron era pequeño para salir con empresa tan grave. Tomaron solamente algunas torres y apoderáronse de la puerta de Martos con intento y esperanza que les acudirían socorros de todas partes; así, despacharon a toda prisa mensajeros que avisasen de lo hecho y del aprieto en que quedaban, si no les acorrían con toda presteza. A la verdad, los moros luego que amaneció, sabido lo que pasaba y que la ciudad era entrada, se pusieron a punto para combatir aquellas torres y lanzar por fuerza a los que en ellas estaban. Don Alvar Pérez de Castro, cuya lealtad y valor fue muy conocido después que se redujo, desde Martos, do se hallaba, fue el primero que acudió a lo de Córdoba. Lo mismo hizo el rey; luego que llegó el aviso, partió de la ciudad de León, y aunque la distancia era grande y el tiempo del año muy contrario, acudió con buen golpe de soldados allegados de presto; dejó otrosí mandado a los caballeros y ayuntamientos de las ciudades que fuesen en su seguimiento. Está en el camino un castillo, que se dice Bienquerencia, pareciólos probar si le podrían rendir. El alcaide del castillo sirvió al rey con vituallas; pero en lo que tocaba a entregarse, dijo no lo podía hacer hasta ver lo que se hacía de Córdoba, cuya autoridad seguía; que rendida la ciudad, prometía hacer lo mismo. Dejada pues esta fuerza pasaron con presteza adelante. Halló el rey que de muchas partes habían acudido al socorro muchos soldados, si bien todos ellos no llegaban a hacer bastante ejército.

El rey Abenhut se hallaba en esta sazón en la ciudad de Écija, aprestado para cualquiera ocasión que se le presentase con un poderoso campo. Don Lorenzo Suárez por andar desterrado seguía el partido y reales de este rey. El moro no estaba determinado si acudiría a los moros de Valencia, si a los de Córdoba, por estar la una ciudad y la otra en un mismo peligro y hacerle instancia de ambas partes por socorro. La conquista de Valencia se encaminó de esta suerte. El rey de Aragón probó a conquistar a Cullera, mas cesó de la conquista por la falta de piedras que halló en aquel campo, para tirar con los trabucos; cosas pequeñas en las guerras tienen grande vez y son de mucha importancia; verdad es que en la llanura de Valencia fue tomado el castillo de Moncada por los aragoneses, y luego le echaron por tierra porque los demás moros escarmentasen con aquel ejemplo y castigo. Todo esto supó en un mismo tiempo el rey Abenhut. Estaba confuso, que no sabía en qué determinarse ni qué consejo tomase. Envió a don Lorenzo Suárez para que espiase lo que pasaba; él, deseando con algún señalado servicio volver a la gracia del rey don Fernando, comunicóle en secreto el intento de los moros y el estado de sus cosas. Avisado de lo que debía hacer, volvió al rey moro, engrandecióle nuestras fuerzas mucho más de lo que eran; díjole que el aparato y ejército era muy grande, mostraba en el rostro tristeza y miedo, mentiroso es a saber, y fingido. Esta maña y artificio fue causa que el rey moro no tratase de socorrer a Córdoba en gran pro de los cristianos; que si el moro viniera, no fueran bastantes para resistir y hacer contraste a los de la ciudad y a los de fuera. La alegría que los nuestros recibieron por esta causa aumentó una nueva cierta que vino que el rey moro pocos días después que pasó esto en la ciudad de Almería, en que estaba a punto para ir al socorro de Valencia, fue muerto por los suyos. Avino esta muerte muy a buen tiempo, porque el moro era diligente y valeroso príncipe, elocuente en hablar, diestro en persuadir lo que quería, sosegar y amotinar la gente según que le venía más a cuento, robaba lo ajeno y daba de lo suyo francamente. En fin, en aquel tiempo, ni en paz ni en guerra, ninguno le hacía ventaja, y fuera gran parte si viviera para que las cosas de los moros se restauraran en España.

CAPÍTULO XVIII
CÓMO LA CIUDAD DE CÓRDOBA SE GANÓ DE LOS MOROS

En el medio casi de la Andalucía, en la parte que antiguamente se tendían los pueblos llamados túrdulos, está edificada la ciudad de Córdoba. Su asiento en un llano a las faldas de Sierra Morena, que se levanta a la parte de septentrión o norte, forma algunos recuestos y collados. A la mano izquierda la baña el río famoso Guadalquivir, que por entrar en él muchos ríos es tan grande que se puede navegar. La figura y forma de la ciudad es cuadrada; extiéndese por la ribera del río, y así es más larga que ancha. El tiempo que los moros la tuvieron en su poder asentaron en ella los reyes su casa y silla real, y le quitaron mucho de su hermosura y gentileza, como gente que ni sabe de arquitectura ni de edificios ni se precia de algún primor. Antiguamente tenía cinco puertas, ahora tiene siete; los arrabales de fuera son tan grandes como una entera ciudad, especialmente el que dijimos se llama de Ajarquía, a la ribera del río, a la parte de levante, que está todo cercado de muro y pegado con la ciudad.

El alcázar del rey y su casa está a la parte del poniente cercada con su muro particular; una puente muy hermosa puesta sobre el río, cuya cepa comienza desde la iglesia mayor. Antiguamente se llamó Colonia Patricia, porque en sus principios la habitaban los príncipes y escogidos de los romanas y de la tierra, como lo dice Estrabón; fue siempre madre da grandes ingenios, excelentes en las artes de la guerra y de la paz; los campos de la ciudad son hermosos y fértiles; danse toda manera de frutos y esquilmos, alegres por su mucha frescura y arboleda. No sólo tienen esto en la llanura, sino los mismos montes con las copiosas fuentes crían viñas y olivares y toda manera de árboles. En estos montes, una legua de la ciudad, está edificado un monasterio de frailes de San Jerónimo, en que parecen rastros de Córdoba la Vieja, que edificó Marco Marcelo desde sus principios, o sea que la aumentó y adornó en el tiempo, es a saber, que fue pretor en España. Este sitio se entiende que por ser malsano le trocaron en el lugar en que al presente está.

La toma de esta ciudad fue de esta suerte: los cristianos se apoderaron de una parte de los muros, el rey don Femando luego que llegó puso cerco sobre lo demás. Corría el año 1236. Defendiéronse los moros con grande esfuerzo como los que se hallaban en el último aprieto, que suele hacer a los hombres esforzados. El gran número de gente que dentro tenían y los socorros que de fuera esperaban, los hacía asimismo confiados. Muchas veces por las plazas y por las calles peleaban valientemente los unos por salir con la empresa, los otros por la patria y por la libertad. Gastóse algún tiempo en esto, hasta tanto que por la fama y por dicho de algunos cautivos que prendieron los de dentro supieron lo que pasaba acerca de la muerte de Abenhut, rey de Granada, y juntamente que don Lorenzo Suárez se era pasado a la parte de los cristianos y se hallaba con los demás en aquel cerco. Con esto, perdida la esperanza de poderse defender con sus fuerzas y de ser socorridos de fuera, acordaron da rendirse.

Tuvieron plática sobro ello personas señaladas de ambas partes; los del rey encarecían sus fuerzas para sujetar los rebeldes, su clemencia para con los que se rendían; los moros, si bien entendían el aprieto en que estaban, no venían en lo que era razón. Pasábase el tiempo en demandas y respuestas, en proponer condiciones y en reformarlas. Los cristianos, vista su porfía y que de cada día los cercados se hallaban en mayor aprieto, se aprovechaban de la dilación para agravar las capitulaciones, y a los moros era forzoso pasar por lo que antes desechaban, como suele acontecer a los duros y porfiados. Finalmente, de grado en grado se redujeron a término de entregar la ciudad, con sólo que les concedieron las vidas y libertad para irse cada cual donde mejor le estuviese.

Hízose la entrega en 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo; en señal de la victoria en lo más alto de la iglesia mayor levantaron una cruz y con ella el estandarte real, que se podía ver de todas partes. La iglesia, con las ceremonias acostumbradas, de mezquita que era, la más famosa de Es-

paña, la consagraron diversos obispos que seguían la guerra y se hallaron en la toma. Señalaron por primer obispo de aquella ciudad a fray Lope, monje de Fitero, convento situado cerca del río de Pisuerga. Conformóse en todo esto con la voluntad del rey, y puso en todo la mano don Juan, obispo de Osma, que suplía las veces por su comisión del primado don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que a la sazón estaba ausente y era ido a Roma. Juntamente le dejó los sellos reales para ejercitar en su lugar el oficio de chanciller mayor, dado por los reyes los años pasados a los arzobispos de Toledo en la persona del mismo don Rodrigo. No se contentó el rey con lo hecho, antes por acordarse y saber que doscientos y sesenta años antes de éste en que vamos, los moros hicieron traer las campanas de Santiago de Galicia en hombros de cristianos, mandó que de la misma manera las llevasen los moros hasta ponerlas en su lugar; recompensa bastante y enmienda de aquella befa y afrenta.

Idos los moros, quedaba la ciudad sola y yerma; prometió el rey por sus cartas muchos privilegios a los que viniesen a poblar, con que acudieron muchos, y entre ellos repartieron las casas y heredades. Quedó por gobernador de aquella ciudad don Alfonso de Meneses, y don Álvaro de Castro por general de aquellas fronteras, el uno y el otro con todo el poder y autoridad necesaria. A los títulos reales se añadió el de rey de Córdoba y de Baeza, según que consta por los privilegios y cartas reales que de aquel tiempo y del de adelante se hallan.

La silla obispal de Calahorra por este tiempo se trasladó a Santo Domingo de la Calzada, a instancia de don Juan Pérez, obispo de aquella ciudad. Pleitearon adelante las dos ciudades sobre este punto y preeminencia por algún tiempo, concertóse finalmente el debate, en que las hicieron iguales, de tal suerte, que ambas iglesias fuesen, como lo son hoy, catedrales.

CAPÍTULO XIX
CÓMO SE GANO LA CIUDAD DE VALENCIA

El rey de Aragón no cesaba de acosar los moros del reino de Valencia por todas partes y con toda manera de guerra. El rey Zeit andaba fuera de Valencia desterrado. Estaba de antes aficionado a mudar religión, y con la comunicación de los cristianos finalmente se bautizó. Así lo habían profetizado en Valencia algunos años antes dos frailes de San Francisco, fray Juan y fray Pedro, los cuales él mismo por esta causa mandó matar. Instruido pues en la fe, le bautizaron y llamaron don Vicente. Esto se hizo secretamente; porque sabido por los moros, no cobrasen más odio y indignación contra él, que no tenía perdida la esperanza de recobrar su reino. Don Sancho Ahones, arzobispo de Zaragoza, procuró se casase conformo al uso de la Iglesia católica, porque con la mala costumbre y soltura que tenía antigua y con la mucha torpeza de su vida y deshonestidad, parecía que hacía burla de la religión cristiana que profesaba. La mujer que casó con él se llamó Dominga López, natural de Zaragoza. De ella nació una hija, llamada Alda Hernández, mujer que fue después de don Blasco Jiménez, señor de Arenos, que sucedió en otros muchos lugares que eran del rey, su suegro, y los heredaron después los de Arenos.

El rey de Aragón para continuar la empresa comenzada, destruyó los campos de Ejerica, quemó las mieses que ya se veían sazonadas. Don Bernardo Guillén, tío del rey de parte de madre, que tenía gran fama de valiente y había hecho hazañas en las guerras señaladas, fue nombrado por general de la frontera de los moros de Valencia para que resistiese y enfrenase sus acometimientos y entradas.

El mes de octubre siguiente hubo Cortes en la villa de Monzón, en que se trató de continuar y llevar adelante la guerra de Valencia y de ponerla cerco. Acordaron otrosí por parecer de todos no se vedase por entonces cierta manera de moneda, llamada jaquesa, que tenía mucha mezcla de cobre, y los que se hallaban con ella temían que si la prohibían recibirían daño notable. Por esta causa se le concedió al rey que cada casa de siete a siete años pagase al Fisco Real un maravedí.

El castillo que se llamaba el Poyo de Santa María, con las guerras de los moros destruido, los cristianos le repararon, y don Bernardo Guillén le tenía con fuerte guarnición. Zaen, rey de Valencia, emprendió con la gente que tenía, que se contaban seiscientos de a caballo y cuarenta mil peones, de combatir este castillo; los nuestros con increíble ánimo y esfuerzo determinaron de salir de la fortaleza a pelear con los que en número de soldados les hacían ventaja; la cosa llegó al último aprieto, pero en fin la multitud y gran número de moros se rindió al esfuerzo y valentía, de suerte que los enemigos fueron maltratados, vencidos y ahuyentados. Publicóse por cierto que san Jorge ayudó a los cristianos y que se halló en la pelea. Acostumbran los hombres cuando las cosas suceden sobre todas las fuerzas y esperanza, atribuirlo a Dios y a sus santos, autores de todo bien. Acrecentó la fe del milagro una imagen de nuestra Señora que se halló debajo de la campana que tenían en el castillo. Los moradores de la comarca hicieron luego una iglesia para acatarla, muy devota, y en que se hacen muchos milagros, como lo dicen los de aquella tierra. La batalla se dio el mes de agosto, año de 1237. Murió en ella don Rodrigo Luesia, caballero principal.

El rey don Jaime, sabida la victoria y el peligro que los suyos corrían, partió luego para allá, especialmente que le vinieron nuevas, aunque falsas, que los moros volvían con nuevos soldados de refresco a la empresa. Con mayor ánimo y esfuerzo que prudencia, con solos ciento treinta de a caballo, llegó hasta más adelante del Poyo y de Monviedro. Allí se encontró con un valiente escuadrón de moros, que llegó hasta aquellos lugares a hacer rostro a los nuestros. Traía por capitán a don Artal de Alagón, que andaba desterrado entre los moros y era hijo de don Blasco. El peligro era grande; la constancia y fortaleza del rey y su buena dicha remediaron el daño que se pudiera temer; sobre todo Dios, que proveyó se fuesen los moros por otra parte sin dar la batalla ni encontrarse con los

fieles.

El castillo del Poyo, por estar cerca de Valencia y lejos de Aragón, no se podía conservar sin mucha costa y peligro, especialmente que aquellos días falleciera don Bernardo Guillén, tío del rey, a cuyo cargo quedó la guarda de aquella plaza; que fue la causa que el rey saliese de Zaragoza, en que tuvo el invierno, y se pusiese al riesgo ya dicho. Hizo merced a don Guillén Eutenza, hijo del difunto, de todo lo que él poseía, oficios y tenencias, merced debida a los méritos y servicios de su padre. La tenencia del castillo se encomendó a don Berenguel Eutenza, si bien los caballeros del reino eran de perecer se debía desamparar. Perseveró el rey en sustentar aquel castillo por ser de mucha comodidad para la conquista de Valencia. Y porque los soldados trataban de huir y dejarle secretamente, los juntó en la capilla del castillo, y juró en el ara consagrada solemnemente de no volver a su casa sin tomar a Valencia. Con esta resolución los ánimos de los soldados que allí tenían se esforzaron y quedaron allí de buena gana; los de los contrarios de tal manera desmayaron, que Zaen envió a requerirle de paz, y ofreció que daría muchos castillos y fortalezas y cierta cantidad de oro de tributo cada un año. El rey, con la esperanza que tenía de ganar la ciudad, aunque contra el parecer de los suyos, todo lo desechó; mayormente que Almenara, Betera, Bulla y otros castillos muy importantes se le entregaron de su voluntad. Con esto se aumentaron los ánimos y la esperanza de los soldados. No tenía el rey a esta sazón más que mil peones y trescientos y sesenta hombres de a caballo. ¿Qué era esta gente para una empresa tan grande? ¿Qué osadía y temeridad aventurarse con fuerzas tan pequeñas? Mas los consejos atrevidos por tales se tienen comúnmente cuales son los remates; tal es el juicio de los hombres.

Con tan poca gente, pasado el río Guadalaviar, se atrevió a poner sitio a una ciudad tan grande y tan populosa. Asentaron los reales y los barrearon entre el Grao, que así se llama aquella parte del mar por ser a manera de escalones, y entre la ciudad, a iguales distancias, una milla de cada una de estas dos partes. Valencia está situada en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los edetanos. Su asiento en una gran llanura, fértil y abastada de todo lo necesario a la vida y al regalo, aunque el trigo le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercadurías de toda suerte; de tan alegre suelo y cielo, que ni padece frío de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Sus edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados, de suerte que vulgarmente se dice hace a los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines muchos y muy frescos, viciosos en demasía; los árboles por su orden concertados, en especial todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretejen de manera, que ya representan diversas figuras de aves y de animales y diversos instrumentos, ya los enlazan i manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazón de los ramos, la vista la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan a manera de una graciosa enramada que siempre está verde y fresca. Tales eran los campos Elisios, paraíso y morada de los bienaventurados, según que los fingieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura de esta ciudad, dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las más principales de Europa. A mano izquierda la baña el río Guadalaviar, que pasa entre el muro y el palacio del rey, que llaman el Real, y está por la parte de levante pegado con la ciudad con una puente por do se pasa de la una parte a la otra. Sangran el río con diversas acequias para regar la huerta y para beber los ciudadanos. Junto al mar cae la Albufera, distante por espacio de tres millas, de aire no muy sano, pero que compensa este daño con la abundancia de toda suerte de peces que cría y da.

Los muros de la ciudad eran entonces de figura redonda, mil pasos en contorno, cuatro puertas por donde se entraba. La primera, Boatelana, entre levante y mediodía; la segunda, Baldina, a septentrión; la tercera, Templaria, que tomó este nombre de una iglesia que allí edificaron los templarios, a la parte de levante; la cuarta, Jareana, entre la cual y la Boatelana fortificó el rey sus estancias, por ser el lugar más cómodo para la batería y para los asaltos, a causa de cierto ángulo o escon-

ce que el muro hacía por aquella parte. Dábanse los cristianos toda diligencia en levantar y plantar sus máquinas y trabucos, de que entonces se usaba, para combatir las murallas.

El rey Zaen, el primer día que los cristianos llegaron, antes de fortificarse, sacó sus gentes al campo con muestra de querer pelear. Excusaron los cristianos la batalla por ser en pequeño número y porque de cada día les acudían nuevas compañías. Halláronse presentes muchos prelados, ricos hombres y caballeros, un escuadrón de franceses escogidos debajo la conducta de Aimillio, obispo de Narbona, socorros y gente de Inglaterra que vinieron a la fama. Trabáronse los días siguientes algunas escaramuzas, en que los contrarios llevaron siempre lo peor; que los enfrenó para no hacer en adelante tan de ordinario salidas. Arrimáronse al muro los del rey; sacaron algunas piedras con picos y palancas, con que por tres partes aportillaron la muralla de suerte, que podía pasar un soldado por cada parte. Acudían los cercados a este daño y peligro con todo cuidado, según el tiempo les daba.

En el entre tanto Pedro Rodríguez de Azagra y Jimeno de Urrea con golpe de gente de la otra parte de Valencia rindieron la villa de Cilla. Descubrióse asimismo en la mar la armada del rey de Túnez, que venía en favor de los cercados, en número de dieciocho galeras y naves. Surgió a vista de la ciudad, con que los moros cobraron ánimo y entraron en esperanza de poderse defender. Más fue el ruido y el cuidado que el efecto, porque avisados los africanos que en Tortosa se aprestaba otra armada contra la suya, desancoraron, y sin poder dar socorro a la ciudad ni forzar a Peñíscola, que está en aquellas riberas de Valencia, y asimismo lo intentaron, dieron la vuelta. Comenzaron con esto a enflaquecer los de la ciudad, y por la gran falta de bastimentos y almacén, que cada día se aumentaba, como suele, no sólo por la estrechura presente, sino por el miedo de mayor falta. En nuestros reales, por el contrario, gran alegría, mucha abundancia de todo, si bien la gente era ya tanta, que llegaban a sesenta mil infantes y mil de a caballo. En todo se mostraba la prudencia del rey, no menor que el esfuerzo y destreza en el pelear, tanto, que no se contentaba con hacer oficio de caudillo y mandar, sino que metía en todo las manos, tanto, que un día por adelantarse mucho le hirieron con una saeta en la frente; la herida ni fue muy grave ni tampoco muy ligera; solos cinco días estuvo retirado, que no salió en público.

Vinieron a esta sazón embajadores del papa Gregorio y de las ciudades de Lombardía para pedir les enviase socorros contra el emperador Federico II, que gravemente los apretaba. Ofrecían, si los librada de aquella tiranía gravísima, que los de aquellas ciudades se le darían por vasallos. Oyó esta embajada a 13 de junio de 1238 años, y en los mismos reales puso su amistad con aquella gente, según que lo demandaban y la reina doña Violante aconsejaba, que tenía gran parte en los negocios y podía mucho con su marido a causa de sus aventajadas partes, y que tenía en ella una hija del mismo nombre de su madre. Verdad es que el socorro no tuvo efecto por estar el rey ocupado en las cosas de España, mayormente que el emperador, aunque fingidamente, se reconcilió con el papa; además que no era justo cuidar de los males ajenos el que tenía entre las manos guerras tan importantes.

Los de Valencia, rodeados de los males que acarrea un largo cerco y perdida la esperanza de ser socorridos ni de África ni de España, acordaron de rendirse. Para tratar de conciertos salió un moro, por nombre Halialbata, persona de cuenta y muy privado de aquel rey; después enviaron otro, que era sobrino del mismo rey y se llamaba Abulhamalet; movieron diversos partidos. Todos deseaban concluir y toda tardanza les era pesada, los unos por el deseo que tenían de poseer aquella noble ciudad, los otros aquejados de la necesidad y peligro que corrían. Finalmente, se tomó asiento debajo de las condiciones siguientes: el rey moro entregue la ciudad de Valencia con los demás castillos y villas aquende el río Júcar; los moros puedan ir libres a Cullera y a Denia con seguridad y debajo la fe y palabra real; los mismos, sin que nadie los cate, puedan llevar consigo todo su oro y plata y las demás preseas que quisieren y pudieren; haya treguas entre los dos reyes por término de ocho años que se guarden enteramente. Para el cumplimiento de estas capitulaciones pusieron término de cinco días; pero antes que se llegase el plazo y se cerrase, los moros acordaron dejar la ciudad en

número cincuenta mil entre hombres, mujeres y niños. Pasaron por medio de los soldados cristianos que para su seguridad pusieron de la una y de la otra parte, pues era justo cumplir lo que les prometieron y usar de clemencia con los que se rendían y les dejaban sus casas.

Víspera de San Miguel, por el fin de septiembre, hicieron los vencedores su entrada en Valencia y se apoderaron de aquel reino. Limpiaron la ciudad, reconciliaron y consagraron en templos de Dios las mezquitas. Quedó por primer obispo Ferrer de San Martín, preboste de la iglesia de Tarragona, quién dice era de la orden de los predicadores. Vinieron a poblar nuevos moradores, los más catalanes de Gerona, Tarragona, Tortosa. Los campos de la ciudad y las huertas se repartieron por iguales partes entre los obispos y los caballeros y los ayuntamientos de las ciudades que ayudaron en la conquista. Cupo eso mismo su parte a los caballeros templarios y a los de San Juan. Entre los conquistadores señalaron trescientos y ochenta de a caballo, que mejoraron en el repartimiento, a tal que se encargasen de guardar las fronteras de aquel reino, repartido el trabajo de manera que cada cuatro meses por turno guardaban los ciento de ellos. El sitio de la ciudad no es muy fuerte, y sus murallas eran flacas, mayormente que quedaban maltratadas y aportilladas por causa de la guerra. Acordó el rey fortificarla de nuevos muros, mudada la primera forma y traza de suerte, que quedases más anchos y la figura cuadrada, con doce puertas que de tres en tres miran a las cuatro partes del cielo. Ordenáronse nuevas leyes, constituciones y fueros para el gobierno y sentenciar los pleitos.

Por esta manera el rey moro Zaen perdió en breve el reino que malamente usurpó; que el poder adquirido contra justicia prestamente desfallece. Verdad es que él se preciaba de venir de linaje de reyes, porque era hijo de Modef, nieto de Lope, rey de Murcia, como arriba queda declarado. Las alegrías que en toda España se hicieron por la toma de Valencia fueron extraordinarias, mayormente que en esta conquista no se mezcló, como en otras, ningún revés ni desastre. El ejército quedó entero, que apenas faltó caballero de cuenta; solo don Artal de Alagón, que por estar las cosas de los moros tan caídas se había reducido al servicio de su rey, y en compañía del vizconde de Cardona don Ramón Folch fue sobre Villena, y tomada aquella ciudad, en una refriega que tuvieron con los moros junto a Saix, pueblo de aquella comarca, le mataron de una pedrada. No faltó quien dijese se le empleaba bien aquel desastre al que ayudó a los moros y estuvo de su parte en el tiempo de su prosperidad. Éste fue el remate de la guerra y de la conquista muy afamada de Valencia.

Mientras los aragoneses estuvieron ocupados en esta guerra, los navarros no se desmandaron en cosa alguna. Reinaba en aquella parte Teobaldo, conde de Campaña, como queda dicho; el obispo de Pamplona se llamaba Pero Jiménez de Gazolaz, sucesor poco antes de Pedro Ramírez de Piedrola. Este rey, con deseo de gloria y alabanza y por servicio de Dios, con la paz de que gozaba su reino, emprendió guerras extrañas y fuera de España. Fue así, que el rey Teobaldo y los condes Enrique de Bari, Pedro de Bretaña y Aimerico de Monforte, se concertaron de pasar con sus huestes a la guerra de la Tierra Santa. Apercibido el ejército y puestas las demás cosas a punto para un tan largo viaje, los genoveses no les acudieron con la armada necesaria para su pasaje. Encamináronse forzosamente por tierra; pasaron por Alemania y Hungría y Constantinopla y el estrecho de mar que se llama Bósforo Tracio. En Cilicia, junto a las hoces y estrechuras del monte Tauro corrieron gran peligro, y perecieron muchos de los suyos a causa del gran número de turcos que sobre ellos cargaron, en tanto grado, que apenas la tercera parte de la gente que sacaron, y esos enfermos, mal parados, llegaron a la ciudad de Antioquía en aquellas partes de la Siria. El remate y efecto fue conforme y semejable a los principios y medios. Siempre en tierra de Palestina les fue mal. Dieron la vuelta para sus casas muy pocos. Tal fue la voluntad de Dios, tal el castigo que merecían los pecados. Los historiadores franceses ponen esta jornada del rey Teobaldo diez años adelante, cuando el rey san Luis de Francia pasó a aquella empresa, y en su compañía el rey ya dicho de Navarra. Contra esto hace que el arzobispo don Rodrigo al fin de su historia refiere esta jornada de Teobaldo, y no pudo alcanzar la de san Luis; que era ya muerto, y puso fin a su escritora cinco años, y no más, después de este año en que los de Aragón conquistaron a Valencia.

LIBRO DÉCIMOTERCIO

CAPÍTULO PRIMERO
CÓMO MUCHOS PUEBLOS FUERON GANADOS POR LOS NUESTROS

Los dos reyes de España don Jaime y don Fernando, como quier que antes fuesen esclarecidos y excelentes entre los demás por sus grandes virtudes y valor, comenzaron a ser más nobles y afamados después que ganaron a Córdoba y a Valencia. Los pueblos y las ciudades daban gracias inmortales a los santos por las cosas que dichosamente se habían acabado, trocaban en pública alegría el cuidado y congoja que tenían del suceso y remate de las guerras pasadas. Los capitanes y soldados con tanto mayor vigilancia ejecutaban la victoria y de todas maneras apretaban a los vencidos; recatábanse otrosí no les sucediese alguna cosa contraria y algún revés, ca no ignoraban que muchas veces después de la victoria el suceso de las guerras se trueca y se muda todo en contrario. Los príncipes extranjeros, do era llegada la fama de tan grandes hazañas, con embajadas que enviaron daban el parabién de la buenandanza a los reyes y exhortaban a los nuestros que por el camino comenzado no dejasen de apretar a los moros que se iban a despeñar y acabar.

Todavía por un poco de tiempo se dejaron las armas y se aflojó en la guerra a causa que el rey de Aragón concedió por un tiempo treguas a los moros, y poco después paso a Montpellier. Asimismo el rey don Fernando en Burgos se ocupaba en celebrar un su nuevo casamiento. Doña Berenguela con el cuidado que tenía, como madre, no estragase el rey con deleites deshonestos el vigor de su edad en que estaba, dado que al juicio de todos no había persona ni más santa ni más honesta que él, procuró se hiciese el dicho matrimonio. Doña Juana, hija de Simón, conde de Poitiers, y de Adeloide, su mujer, nieta de Luis, rey de Francia, y de doña Isabel, hija de don Alfonso el emperador, vino traída de Francia para casarla con el rey don Fernando. De este matrimonio nació don Fernando, por sobrenombre de Poitiers, y sus hermanos doña Leonor y don Luis.

El rey, concluidas las fiestas y con deseo de visitar el reino, trujo a la nueva casada por las principales ciudades de León y de Castilla; visitaba con esto sus estados. Tenía costumbre de sentenciar los pleitos y oírlos y defender los más flacos del poder y agravio de los más poderosos. Era muy fácil a dar entrada a quien le quería hablar, y de muy grande suavidad de costumbres. Sus orejas abiertas a las querellas de todos. Ninguno por pobre, o por solo que fuese, dejaba de tener cabida y lugar, no solo en el tribunal público y en la audiencia ordinaria, sino aún en el retrete del rey le dejaban entrar. Entendía, es a saber, que el oficio de los reyes es mirar por el bien de sus súbditos, defender la inocencia, dar salud, conservar y con toda suerte de bienes enriquecer el reino: como sea no sólo del que manda a los hombres, sino también del que tiene cuidado de los ganados, procurar el provecho y utilidad de aquellos cuyo gobierno tiene encomendado. Con este estilo y manera de proceder no cesaba de granjear la gracia y voluntades, así de los de León como de los castellanos. Llegó a Toledo, de donde envió suma de dinero a Córdoba, por tener aviso que los nuevos moradores de aquella ciudad por falta de la labranza de los campos y por la dificultad de los tiempos padecían mengua de mantenimientos y por esta causa corrían peligro. Costaba una hanega de trigo doce maravedíes, la hanega de cebada cuatro; lo cual en aquel tiempo se tenía por grandísima carestía.

Fueron estos tiempos extraordinarios, pues sin duda se halla en las historias que el año siguiente de 1239 hubo dos eclipses del sol. El uno a 3 de junio, que fue viernes, se oscureció el sol a medio día como si fuera de noche; eclipse que fue muy señalado. El segundo a 35 del mes de junio, como lo dice y lo afirma Bernardo Guidon, historiador de Aragón. Mas parece hubo engaño en este segundo eclipse, y no va conforme a los movimientos de las estrellas, pues no pudo caer la conjunción de la luna y del sol en aquellos días, sin la cual nunca sucede el eclipse del sol; ni aún la luna después que se aparta del medio del zodiaco y de la línea eclíptica por do el sol discurre y en que es

necesario estén las luminarias cuando hay eclipse (de que tomó el nombre de eclíptica) no torna a la misma antes de pasados seis meses, poco más o menos. Plinio señala en particular que el eclipse de la luna no vuelve antes del quinto mes, ni el del sol antes del seteno.

Demás de esto, fue aquel año desgraciado para Castilla por la muerte de dos varones muy esclarecidos. Éstos son don Lope de Haro, a quien sucedió su hijo don Diego, y don Álvaro de Castro, por cuyo esfuerzo se mantuvieron los nuestros en el Andalucía. Este caballero, visto el aprieto en que se hallaban las cosas, se partió para Toledo a verse con el rey, que con otros cuidados parecía descuidarse de lo que tocaba a la guerra. Concluido esto, ya que se volvía, en el mismo camino murió en Orgaz. A la sazón que don Álvaro se ausentó, cincuenta soldados, que quedaron de guarnición en el castillo de Martos, salieron de él a robar, y por su capitán Alfonso de Meneses, pariente de don Álvaro. Alhamar, que en lugar de Abenhut nombraron por rey de Arjona, como entendiese lo que pasaba y la buena ocasión que se le ofrecía, puso cerco a aquel castillo. La mujer de don Álvaro, que dentro se hallaba, en aquel peligro tan de repente hizo armar a sus mujeres y criadas y que tirasen de los adarves piedras contra los moros y diesen muestra de que eran soldados. Con este ardid se entretuvieron hasta tanto que Alfonso de Meneses y sus compañeros, avisados del peligro, acudieron luego. Era dificultosa la entrada en el castillo por tenerle los enemigos rodeado. Animóles Diego Pérez de Vargas, ciudadano de Toledo, y por su orden apretado su escuadrón y cerrado, pasaron por medio de sus enemigos con pérdida de pocos. Entrados en el castillo, fueron causa que se salvase, porque los que estaban cercados se animaron con su ayuda y con esperanza de mayor socorro que entendían les acudiría. El rey moro, por salirle vana su esperanza y forzado de no menos falta de vituallas, alzó el cerco. Pusieron estos negocios en gran cuidado al rey, que consideraba cuántas fuerzas le faltaban por la muerte de dos capitanes tan señalados, cuánto atrevimiento habían cobrado los moros. Por esta causa desde Burgos, donde era ido con intento de llegar dinero para la guerra, a grandes jornadas se partió para Córdoba. Llevó consigo a sus hijos don Alfonso y don Fernando, mozos de excelentes naturales y de edad a propósito para tomar las armas. El padre, como sagaz, pretendía que los primeros principios y ensayes de su milicia fuesen en la guerra contra los infieles, enemigos de los cristianos. Pretendía otrosí con el uso de las armas despertar su esfuerzo y hacerlos hábiles para todo.

En el mismo tiempo el rey don Jaime fue a Montpellier para ver si podía juntar algún dinero de aquellos ciudadanos para la guerra; de que tenía no menos falta que la que en Castilla se padecía. Deseaba asimismo sosegar los moradores de aquella ciudad, que andaban divididos en bandos, castigando a los culpados: lo uno y lo otro se hizo.

El rey moro Alhamar juntó a los demás estados que tenía el señorío de Granada con voluntad de aquellos ciudadanos; ciudad poderosa en armas y en varones y que por la fertilidad de sus campos no tiene mengua de cosa alguna. Éste fue el principio del reino de Granada, que duró desde entonces hasta el tiempo y memoria de nuestros abuelos. En Murcia, por odio que tenían a Alhamar, los ciudadanos alzaron por su rey a uno llamado Hudiel; ocasión de que se comenzaron las enemistades graves y para aquella gente perjudiciales, que largo tiempo se continuaron entre aquellas dos ciudades. Los moros de Andalucía cansaban a los nuestros con rebates, valíanse de engaños y celadas sin querer venir a batalla. Al contrario, diversas compañías de soldados enviados por el rey don Fernando en tierra de los enemigos se apoderaban de castillos, pueblos y ciudades, cuando por fuerza, cuando por rendirse de su voluntad; en particular sujetaron al señorío de cristianos a Écija, Estepa, Lucena, Porcuna, Marchena (los antiguos la llamaron Martia), Cabra, Osuna, Baena. Los pueblos menores que se ganaron no se pueden contar, ni aún entonces se pudiera hacer cuando la memoria estaba fresca; parte de ellos se dio a las órdenes de Santiago y de Calatrava y a los obispos que acompañaban al rey para ellos y sus sucesores, parte también se entregaron en particular a los grandes y caballeros. Los moros por estas pérdidas cobraron tanto miedo cuanto nunca tuvieran antes.

Un cierto moro, del linaje de los almohades, avisado en África del peligro que su gente corría, con esperanza de fundar un nuevo estado y deseoso de acaudillar las reliquias y fuerzas de los moros de España, pasó ultra mar. La voz era vengar por las armas la afrenta de su nación y las injurias que se hacían a la religión de sus padres. Pudiera este acometimiento ser de consideración, si no atajaran sus intentos la inteligencia de los nuestros y la buena dicha del rey, que le prendió y hubo a las manos; con qué industria o en qué lugar no se escribe, ni aún refieren el nombre que el moro tenía, ni lo que de él se hizo; en el caso no se duda.

A Alhamar, rey de Granada, otorgó treguas por un año el rey don Femando; con que gastados no menos de trece meses en aquella empresa y jornada, dio la vuelta a Toledo, do su madre y mujer le esperaban alegres con las victorias presentes. De allí pasó a Burgos y trasladó la universidad de Palencia, que fundó el rey don Alfonso, su abuelo, a la ciudad da Salamanca. Convidóle a hacer este trueco la comodidad del lugar, por ser aquella ciudad muy a propósito para el ejercicio de las letras. El río Tormes que por ella pasa la hace abundante; su cielo saludable y apacible; finalmente, proprio albergue de las letras y erudición. Pretendía otrosí con este beneficio ganar las voluntades del reino de León, en que está Salamanca; y aún don Alfonso, su padre, rey de León, los años pasados para que sus vasallos no tuviesen necesidad de ir a Castilla a estudiar, enderezó en aquella ciudad cierto principio de Universidad, pequeña a la sazón y pobre, al presente por el cuidado y liberalidad de don Fernando, su hijo, y más adelante por la franqueza de don Alfonso, su nieto, como de príncipe muy aficionado a los estudios y a las letras, se aumentó de tal suerte, que en ninguna parte del mundo hay mayores premios para la virtud ni más crecidos salarios para los profesores de las ciencias y artes.

Don Diego de Haro, señor de Vizcaya, primera y segunda vez, no se sabe la causa, pero anduvo por este tiempo alborotado; la blandura del rey don Fernando y su buena manera y el cuidado que en ello puso don Alfonso, su hijo, le hicieron sosegase con darle mayores honras y hacerles más crecidas mercedes que antes, en que se tuvo consideración a los servicios de sus antepasados; además que era mala sazón para ocuparse en alteraciones domésticas por la buena ocasión que se ofrecía de desarraigar el nombre y nación de los moros de España.

Sucedieron estas cosas el año de 1240; el cual año, no sólo para Castilla fue dichoso, sino también señalado y de mucha devoción para los aragoneses, por el milagro que sucedió en el castillo de Chio. Por la ausencia del rey, los soldados que quedaron de guarnición en Valencia, salieron en compañía de Guillén Aguilón y de otros caballeros a correr y robar las tierras de moros. Cargaron sobre el territorio de Játiva y tomaron a Rebolledo de sobresalto. En aquellos montes estaba el castillo de Chio, como llave de un valle muy fresco y abundante. Pusiéronse sobre él; los cercados con ahumadas apellidaron en su ayuda los moros de la comarca, que se juntaron en número de veinte mil, y asentaron sus reales a vista del castillo. Los cristianos eran pocos, más valientes y animosos. Determinados de pelear con aquella morisma, con el sol se pusieron a oír misa, a que querían comulgar seis de los capitanes. En esto oyeron tal alarido en los reales por causa de los moros, que de repente los acometieron, que les fue forzoso, dejada la misa, acudir a las armas. El preste envolvió y escondió las seis formas consagradas en los corporales, que, vencidos los moros, hallaron bañados en la sangre que de las formas salió. Ganada la victoria, forzaron luego y abatieron aquel castillo. Los corporales se guardan en Daroca con mucha devoción. La hijuela en un convento de dominicos de Carboneras, puesta allí por su fundador don Andrés de Cabrera, marqués de Moya, ca la hubo por el mucho favor que alcanzó con los Reyes Católicos.

Vuelto el rey don Jaime, los moros se le querellaron de aquella entrada fuera de sazón, y él les hizo enmienda de los daños. Verdad es que luego que espiraron las treguas, con mejor orden rompió por sus tierras, en que tomó el castillo de Bairén, puesto en un valle en que se da muy bien el azúcar y arroz, como en toda aquella campaña de Gandía; ganóse también Villena. Cercaron a Játiva, más no se pudo tomar, si bien rindieron a Castellón, que está una legua solamente de aquella ciudad. Hallábase el rey don Jaime ocupado en esta guerra, con que pretendía desarraigar la morisma de aquel

la comarca toda, cuando otros mayores cuidados le hicieron alzar la mano para acudir a las cosas de Francia que le llamaban.

CAPÍTULO II
CÓMO EL REINO DE MURCIA SE ENTREGÓ

Compuestas pues y ordenadas las cosas conforme al tiempo y al lugar en la una provincia y en la otra, es a saber, en Castilla y en Aragón, en un mismo tiempo el rey don Jaime trataba de la jornada de Francia, y el rey don Fernando de volver a la empresa de Andalucía. Sin embargo, una grande enfermedad, de que el rey don Fernando cayó en la cama, fue causa que no pudiese salir de Burgos. Así don Alfonso, su hijo mayor, fue forzosamente enviado delante a aquella guerra, a causa que el tiempo de las treguas concertadas con el rey de Granada expiraba, y era menester acudir a los nuestros y que no les faltase el socorro necesario. Llegado don Alfonso a Toledo, se le ofreció ocasión de otra cosa más importante, y fue que los embajadores de Hudiel, rey de Murcia, venían a ofrecer en su nombre aquel reino con estas condiciones: que el rey Hudiel, recibido en la protección de los reyes de Castilla, fuese defendido por las armas de los nuestros de toda fuerza y agravio, así doméstico como de fuera, y en particular le ayudasen contra las fuerzas del rey Alhamar, al cual conocía no poder resistir bastantemente; que en tanto que él viviese, para sustentar su vida quedasen por él la mitad de las rentas reales. Estas condiciones parecieron al infante don Alfonso muy aventajadas, y la fortuna, cierto Dios, ofrecía una buena ocasión de una grande empresa y prosperidad. Era menester apresurarse, porque si se detenía, todos o la mayor parte no mudasen de parecer; tan grande es la inconstancia y mutabilidad que tiene la gente de los moros. Por esta causa sin esperar a dar parte a su padre, como a cosa cierta, se partió luego tras los embajadores que envió delante. Llegado, sin dificultad se apoderó de todo y puso guarniciones en el reino, que de su voluntad se le entregaba, en especial en el mismo castillo de la ciudad de Murcia. Los señores moros, conforme a la autoridad de cada uno, fueron premiados con señalarles ciertas rentas cada un año.

La ciudad de Lorca, que de los antiguos fue llamada Eliocrota, la de Cartagena y Mula no quisieron sujetarse al señorío de los cristianos ni seguir el común acuerdo de los demás. Era cosa larga usar de fuerza, y don Alfonso no venía bien apercibido para hacer guerra como el que vino de paz; por esto, contento con lo demás de que se apoderó, volvió por la posta a su padre, que ya convalecido, era llegado a Toledo, y alegre con tan buen suceso y deseoso de confirmar los ánimos de los moros en aquel buen propósito, determinó de pasar adelante y visitar en persona aquel nuevo reino. Hállase un privilegio suyo dado en Murcia al templo de Santa María de Valpuesta en aquella sazón. Desde allí fue necesario que el rey don Fernando y don Alfonso, su hijo, volviesen a Burgos por cosas que se ofrecían de grande importancia. En el mismo tiempo doña Berenguela, hija del rey, se metió monja y consagró a Dios su virginidad en el monasterio de las Huelgas. Don Juan, obispo de Osma, le puso el velo sagrado sobro la cabeza, como era de costumbre.

Don Jaime, rey de Aragón, se entretenía en Montpellier, donde después de asentadas las cosas de Aragón, y dejando para el gobierno en su lugar a don Jimeno, obispo de Tarazona, era ido. Viniéronle a visitar los condes de la Provenza y de Tolosa; la voz y color era que estos príncipes querían hacer reverencia al rey y visitarle; pero de secreto se trató que el conde de Tolosa hiciese divorcio con doña Sancha, tía del rey don Jaime. Es cosa ordinaria que ningún respeto ni parentesco es bastante para enfrenar a los príncipes cuando se trata del derecho de reinar. Doña Juana, como nacida de aquel matrimonio, por no tener hermanos varones, había de llevar como en dote a don Alfonso, su marido, conde de Poitiers y hermano de Luis, rey de Francia, la sucesión del principado de su padre. Esto llevaba mal el rey don Jaime que a los franceses se les allegase un estado tan principal; buscaban algún color para que repudiada la primera mujer, el conde se casase con otra, y por este orden tuviese esperanza de tener hijos varones. Era esto contravenir a lo concertado en París, como se dijo arriba. Acordóse que para este efecto y para prevenirse contra el poder de Francia los tres príncipes hiciesen liga entre sí; efectuóse y tomóse este asiento a 5 del mes de junio, año de 1241.

En el mismo año, a 22 de agosto, murió Gregorio IX, pontífice romano. Sucedió Celestino IV,

por cuya muerte, que fue dentro de diecisiete días después de su elección, Inocencio, cuarto de este nombre, natural de Génova, después de una vacante de veinte meses se encargó del gobierno de la Iglesia romana. En tiempo de estos pontífices, Hugón, fraile dominico y cardenal, natural de Barcelona, famoso por su mucha erudición y letras, escribía largamente comentarios sobre los libros casi todos de la Escritura sagrada. Este famoso varón fue el primero que acometió, con ánimo sin duda muy grande, de hacer las concordancias de la Biblia, obra casi infinita; la cual traza puso en ejecución y salió con ella ayudado de quinientos monjes. La diligencia de Hugon imitaron después los hebreos y también los griegos; con que no poco todos ayudaron los intentos de los personas dadas a los estudios y letras.

CAPÍTULO III
CÓMO EL REY DON FERNANDO PARTIÓ PARA EL ANDALUCÍA

Entre tanto que en Francia pasaba lo que se ha dicho, en el Andalucía, concluido el tiempo de las treguas que se concertó, se hacía la guerra, ni con grande esfuerzo y pujanza por estar el rey don Fernando embarazado en otros cuidados, ni con suceso alguno digno de memoria por la una ni por la otra parte. Bien que don Rodrigo Alfonso, por sobrenombre de León, hermano bastardo del rey Fernando, en una entrada que hizo en las tierras de Granada con intento de robar, quedó vencido en una pelea por los moros, que en mayor número se juntaron. Murieron en la pelea don Isidro, comendador de Martos, que ya era aquella villa de los caballeros de Calatrava, y Martín Ruiz Argote con otras personas nobles y de cuenta y soldados en gran número;quefue una gran pérdida para los nuestros, así de gente como mengua de reputación; por lo cual, más que por la verdad y realidad de las cosas, se suelen gobernar los sucesos de la guerra. El rey moro, ensoberbecido con esta victoria, talaba nuestras tierras sin que ninguno le fuese a la mano, mudada la fortuna de la guerra y trocado en atrevimiento el temor y miedo que los moros tenían antes.

El rey don Fernando, avisado del peligro y del daño, mandó en Burgos a su hijo don Alfonso se apresurase para asegurar con su presencia el nuevo reino de Murcia, por estar él determinado de partirse para el Andalucía. Luego pues que llegó a Andújar, dio el gasto a los campos de Arjona y de Jaén, ciudades que se tenían en poder de los moros. Arjona no mucho después se ganó de los moros con otros pequeños lugares que se tomaron por aquella comarca. Desde allí envió el rey a otro su hermano, don Alfonso, señor de Molina, a lo mismo con un grueso ejército que le seguía, con que hizo entrada en los campos y tierra de Granada sin parar hasta ponerse sobre aquella ciudad. El rey don Fernando, por sospechar lo que podría suceder, a causa que de todas partes acudirían los moros a dar socorro a los cercados y con deseo de apretar el cerco, sobrevino él mismo con mayor golpe de gente. Con su venida y ayuda, el ejército que acudió de los moros, aunque era muy grande, fue vencido en la pelea y desbaratado; pero no pudieron los nuestros ganar la ciudad por estar muy fortalecida, así por el sitio y baluartes como por la muchedumbre que tenía de los ciudadanos, especial que en el mismo tiempo vino aviso que los moros gazules, nombre de parcialidad entre aquella gente, tenían apretado a Martos con cerco que le pusieron. Movido el rey por esta nueva, envió adelante a don Alfonso, su hermano, y al maestre de Calatrava para socorrer a los cercados, cuya venida no esperaron los moros. Pareció al rey se había hecho lo que bastaba para conservar su reputación con la rota que dieron al enemigo, no menor de la que los suyos antes recibieron, además que se les tomaron muchos lugares. Volvió con su ejército salvo a Córdoba, año de 1242.

Don Alfonso, su hijo, por otra parte se gobernaba en lo de Murcia, no con menor prosperidad, porque de los tres pueblos que se dijo no querían sujetarse a los cristianos, por fuerza hizo que Mula se rindiese a su voluntad. Dio otrosí el gasto a los campos de Lorca y de Cartagena y les hizo todo mal y daño tanto, que perdido de todo punto el brío, trataban entre sí de entregarse. A Sancho Mazuelos por Io mucho que en esta guerra sirvió le dio el infante don Alfonso la villa de Alcaudete, que está cerca de Bugarra, tronco y cepa de los condes de Alcaudete, asaz nobles y conocidos en Castilla.

El rey, venido el invierno, se fue al Pozuelo, do su madre doña Berenguela era llegada con deseo de verlo y comunicarle algunas puridades, por ser ya de muchos años y estar en lo postrero de su edad. Detúvose con ella y por su causa en aquel lugar cuarenta y cinco días. Estos pasados, doña Berenguela se volvió a Toledo, el rey a Andújar al principio del año de 1243; la reina, su mujer, que le hacía compañía, se quedó en Córdoba. Las tierras de los moros debajo de la conducta del mismo rey don Fernando maltrataron los cristianos por todas partes, las de Jaén y las de Alcalá, por sobrenombre Benzaide; Íllora fue quemada; llegaron con las armas hasta dar vista a la misma ciudad de Granada. Don Pelayo Correa, maestre de Santiago, que acompañó al infante don Alfonso en la guerra

de Murcia y fue gran parte en todo lo que se hizo, por este tiempo pasó al Andalucía y persuadió al rey, que dudoso estaba, con muchas razones pusiese cerco con todas sus fuerzas sobre la ciudad de Jaén,que tantas veces en balde acometieran a ganar; ofrecíanse grandes dificultades en esta demanda: dentro de la ciudad gran copia de hombres y de armas y muchas vituallas, la aspereza del sitio y fortaleza de los muros, además que no era a propósito el lugar para levantar máquinas y aprovecharse de otros ingenios de guerra. Está aquella ciudad puesta al lado de un monte áspero, tendida en largo entre levante y mediodía, es menos ancha que larga, tiene mucha agua y bastante por las fuentes perpetuas y muy frías de que goza, el río Guadalquivir corre a tres leguas de distancia; los moros los años pasados para que sirviese de muy fuerte baluarte, la tenían proveída de municiones, soldados y de todas las cosas; ella por sí misma era de sitio muy áspero, las fortificaciones y soldados la hacían inexpugnable. Venció todo esto la autoridad y constancia de don Pelayo para que se pusiese cerco a aquella ciudad; proveyéronse todas las cosas necesarias, y el cerco se comenzó y apretó con todo cuidado, que en muchos días y con muchos trabajos poco parecía se adelantaba.

Sucedió que en Granada se alborotó la parcialidad y bando de los Oisimeles, gente poderosa. Corría aquel rey moro por esta causa peligro de perder la vida y el reino; suspenso y congojado con este cuidado, deseaba buscar socorros contra aquellas alteraciones; ninguna cosa hallaba segura fuera de la ayuda de los cristianos. Acordó, con seguridad que le dieron, venir a los reales a verse con el rey don Fernando. Tuvieron su habla y trataron de sus haciendas. El moro prometía que ayudaría al rey don Fernando y le serviría fuerte y lealmente, si le recibiese en su fe y protección, y en señal de sujeción de primera llegada le besó la mano. Tomóse con él asiento e hízose confederación y aianza con estas capitulaciones: Jaén se rinda luego, las rentas reales de Granada se dividan en iguales partes entre los dos reyes, que llegaban por año en aquella sazón a ciento setenta mil ducados; el rey moro como feudatario todas las veces que fuere llamado sea obligado a venir a las Cortes del reino; los mismos enemigos sean comunes a entrambos y también los amigos. Era cosa muy honrosa para el rey don Fernando que hombres de diversa religión hiciesen de él confianza y pretendiesen su amistad y compañía con tan ardiente deseo y partidos tan desaventajados.

Con esto, hecha la confederación, se rindió la ciudad; el rey entró dentro con una solemne procesión. Mandó rehacer los muros, y limpiado el templo, procuró fuese consagrado a la manera de los cristianos por don Gutierre, obispo de Córdoba; y para que la devoción y veneración fuese mayor, le hizo catedral y puso propio obispo en aquella ciudad. Sobre el tiempo en que se ganó Jaén no concuerdan los autores; los más doctos y diligentes señalan el año 1243; los *Anales de Toledo* añaden a este cuento tres años, y señalan que se tomó mediado abril. Duró el cerco ocho meses; y aunque el invierno fue muy recio, siempre los nuestros perseveraron en los reales. En este año puso fin a su historia el arzobispo don Rodrigo, que dice fue de su pontificado el trigésimotercio.

En el siguiente hallo que, los catalanes y aragoneses anduvieron alborotados entro sí y contrastaron sobre los términos de cada uno de aquellos estados, porque entrambos pretendían que Lérida era de su jurisdicción. Los aragoneses alegaban que sus tierras y sus aledaños llegaban hasta el río Segre; los catalanes señalaban por término común al río Cinca. El rey don Jaime se mostraba más aficionado a los catalanes, porque, dividido el reino, pretendía dejar a don Alfonso, su hijo mayor, por heredero de Aragón, y el principado de Cataluña quería mandar a don Pedro, hijo menor y más amado, habido en doña Violante, su segunda mujer. Nombraron jueces para que señalasen la raya y los términos, alegaron las partes de su derecho; finalmente, cerrado el proceso en unas Cortes que se juntaron en Barcelona, dio el rey sentencia en favor de los catalanes, a cuyo principado adjudicó todo aquel pedazo de tierra que ciñen los ríos Segre y Cinca, resolución que ofendió los ánimos de don Alfonso, su hijo, y de muchos señores de Aragón y aún de los catalanes.

Lo que principalmente les daba disgusto era que, dividido el reino en partes, era necesario se enflaqueciesen las fuerzas de los cristianos. Por esto el infante don Alfonso claramente se apartó de su padre, y sentido de él se estaba en Calatayud y con él los que seguían su voz. Estos eran don Fer-

nando, tío del rey, abad de Montearagón, don Pedro Rodríguez de Azagra, don Pedro, infante de Portugal, y otras personas principales y de grandes estados, de la una nación y de la otra, aragoneses y catalanes, que a todos comúnmente alteraba aquella novedad y acuerdo del rey muy errado.

CAPÍTULO IV
QUE DON SANCHO, REY DE PORTUGAL, FUE ECHADO DEL REINO

Los portugueses andaban divididos en bandos y alterados con revueltas domésticas y alborotos por la ocasión que se dirá. Don Sancho, segundo de este nombre, llamado Capelo, de la forma y sombrero de que usaba, tenía aquel reino, que gobernó al principio no de todo punto mal, porque se halla que trabajó los moros comarcanos con guerras y que hizo donación a los caballeros y orden de Santiago de Mertola y otros lugares que ganó a los moros; en lo demás fue de condición tan mansa, que parece degeneraba en descuido y flojedad. Su mujer doña Mencia, hija de don Lope de Haro, señor de Vizcaya, en tanto grado se apoderó de su marido, que no parecía ser ni ella mujer, sino rey, ni él príncipe, sino ministro de los antojos de la reina. Con ella en privanza y autoridad podían mucho los que menos de todos debieran, con estos solos comunicaba sus consejos y puridades; sin ellos ni en la casa real ni fuera de ella se hacía cosa que de algún momento fuese. Por el antojo y para sus aprovechamientos de estos daba el rey las honras y cargos, perdonaba los delitos y el castigo las más veces, sin saber lo que se hacía ni ordenaba. Esto acarreó al rey su perdición, como suele acontecer que los excesos de los criados redundan en daño de sus príncipes y señores, y también al contrario.

Los grandes llevaban mal que la república se gobernase por voluntad y consejo de hombres bajos y particulares. Tratado el negocio entre sí, pretendieron lo primero que aquel matrimonio se apartase con color de parentesco y porque la reina era estéril. Propúsose el negociado al romano pontífice; personas religiosas otrosí acometieron a poner sobre el caso escrúpulo al rey, que, fuera de ser descuidado, no era persona de mala conciencia. No aprovechó cosa alguna esta diligencia por no ser fácil negociar con el papa y estar el rey de tal manera prendado con los halagos de la reina, que el vulgo entendía y decía que le tenía enhechizado y, fuera de sí; dado que el ánimo prendado del amor no tiene necesidad de bebedizos para que parezca desvariar. Tenía don Sancho un hermano menor que él, de excelente natural, por nombre don Alfonso, casado con Matilde, condesa de Boulogne, en Francia. Acordaron los grandes de Portugal que los obispos de Braga y de Coimbra fuesen a informar al pontífice Inocencio sobre el caso, el cual en este tiempo, con deseo de renovar la guerra sagrada de la Tierra Santa, celebraba concilio en Lyon de Francia. Avisado el pontífice de lo que pasaba y de las causas de la embajada que traían de tan lejos, sin embargo no pudieron alcanzar que don Sancho fuese echado del reino; solamente les concedió que su hermano don Alfonso en su nombre, en tanto que viviese, los gobernase. De que hay una carta decretal del mismo Inocencio a los grandes de Portugal con data de este mismo año, que es el capítulo segundo de *supplenda negligentia praelatorvm*, en el libro sexto de las *Epístolas decretales*.

Don Alfonso acudió primero a verse con el pontífice; tras esto juró en París las leyes y condiciones que entre los principales de su nación tenían acordadas, que en sustancia eran miraría por el bien público y pro común. Hecho esto, pasó a Portugal. Los nobles le estaban aficionados; del rey poca resistencia se podía temer, y poca esperanza tenían de su enmienda. Así, sin dilación y sin que ninguno le fuese a la mano, se apoderó de todo. De que todavía resultaron nuevas reyertas, en que anduvieron también revueltos los reyes de Castilla don Fernando y don Alfonso, su hijo. Lo primero el rey don Sancho se retiró a Galicia, donde la reina estaba, forzada a huir de la misma tempestad; después, como quier que lo que pretendía de ser restituido en el reino no le sucediese, se fue a Toledo al rey don Alfonso, que a la sazón sucediera a don Fernando, su padre. Pensó recobrar el reino con las fuerzas de Castilla. Impidió sus trazas la diligencia de don Alfonso, su hermano, que prometió, repudiada la primera mujer, casarse con doña Beatriz, hija bastarda del rey don Alfonso, y salir a pagar tributo y parias por el reino de Portugal cada un año, según que antiguamente se acostumbraba. Esta comodidad prevaleció contra lo que parecía más honesto y justificado. Allegóse el decreto del pontífice, que dio sentencia por don Alfonso y le juzgó por libre del primer matrimonio. Toma-

do este asiento, sin dilación las nuevas bodas se celebraron. El dote fueron ciertos lugares en aquella parte de Portugal por do el río Guadiana desagua en el mar, que poco antes de esto por las armas de Castilla se conquistaran de los moros, y los portugueses pretendían que eran de su conquista y que les pertenecían. Algunos entienden que de esta ocasión la tomaron los reyes de Portugal de añadir a las armas antiguas y a las quinas, por orla los castillos que hoy se pintan en sus escudos.

El rey don Sancho, perdida toda la esperanza de recobrar su reino, pasó lo demás de su vida en Toledo, con rentas que el rey de Castilla liberalmente le señaló para sustentar su casa y corte. Muerto, le hicieron honras como a rey, y su cuerpo sepultaron en la misma iglesia mayor y en el mismo lugar en que el emperador don Alfonso y don Sancho, su hijo, detrás del altar mayor, estaban enterrados. Del tiempo en que murió no concuerdan los autores; quién dice que trece años adelante del en que la historia va, y que tuvo nombre de rey por espacio de treinta y cuatro años, primero con poca autoridad, después con ninguna, por haberle quitado su estado; otros que sólos tres años, que tengo por más acertado.

A la sazón que don Sancho falleció tenía don Alfonso cercada a Coimbra, ca se mantenía todavía en la fe del rey don Sancho; apretábala grandemente; los cercados, aunque: tenían grande falta de todas las cosas, obstinadamente perseveraban en su propósito. Flectio, alcaide de la fortaleza y gobernador de la ciudad, avisado de la muerte de don Sancho, su señor, y no se asegurando de todo punto fuese verdad, pidió licencia de ir a Toledo para informarse mejor de lo que pasaba. Diósela don Alfonso de buena gana, y entre tanto hicieron treguas con los cercados. Flectio, llegado a Toledo y sabida la verdad, abierto el sepulcro del rey muerto, le puso en las manos las llaves de Coimbra, con estas palabras que le dijo. *«En tanto, rey y señor, que entendí érades vivo, sufrí extremos trabajos, sustenté la hambre con comer cueros, bebí orina para apagar la sed; los ánimos de los ciudadanos que trataban de rendirse animé y conforté para que sufriesen todos estos males. Todo lo que se podía esperar de un hombre leal y constante, y que os tenía jurada fidelidad, he cumplido. Al presente que estáis muerto, yo vos entrego las llaves de vuestra ciudad, que es el postrer oficio que puedo hacer; con tanto, habida vuestra licencia, avisaré a los ciudadanos que he cumplido con el debido homenaje, que pues sois fallecido, no hagan más resistencia a don Alfonso, vuestro hermano.»*

Lealtad y constancia digna de ser pregonada en todos los siglos, loa propria de la sangre y gente de Portugal.

CAPÍTULO V
PRINCIPIO DE LA GUERRA DE SEVILLA

Con el concierto que el rey don Femando hizo con el de Granada comenzó a tener grande esperanza de apoderarse de la ciudad de Sevilla. Quinientos caballos ligeros, debajo de la conducta del mismo rey de Granada, fueron delante en tanto que se apercibía lo demás para talar los campos de Carmona, que fue antiguamente pueblo muy principal. Alcalá, por sobrenombre Guadaira, a persuasión del rey de Granada se rindió. Desde allí un grueso escuadrón pasó a Sevilla y puso fuego a las mieses, que ya estaban sazonadas, a las viñas y olivares, que tiene muy principales; de tal manera, que por todo aquel campo se veían los fuegos y humo con que las heredades y cortijos se quemaban. Iba por capitán de esta gente don Pelayo Correa, maestre de Santiago. Otro buen golpe de soldados maltrataba de la misma manera y hacía los mismos daños en los campos de Jerez; los capitanes, el rey de Granada y el maestre de Calatrava. El mismo rey don Fernando se quedó en Alcalá de Guadaira con intento de proveer todo lo necesario y acudir a todas partes. Lo que principalmente pretendía era no aflojar en la guerra, porque no tuviese el enemigo tiempo y comodidad de fortificarse; que fue causa de no poderse hallar a las honras y enterramiento de doña Berenguela, su madre, que falleció por el mismo tiempo. Siguióse la muerte de don Rodrigo, arzobispo de Toledo; quién dice a 9 días del mes de agosto del año de 1245, quién del año 1247, a 10 de junio, con lo cual va el letrero da su sepulcro. Hace maravillar que en fallecimiento de persona tan señalada no recuerden los autores ni las memorias, sin que se pueda averiguar la verdad.

Ambas muertes fueron sin duda en grave daño de la república por las señaladas virtudes que en ellos resplandecían. La reina era de grande edad; don Rodrigo, demás de estar muy apesgado con los años, se hallaba quebrantado con muchos trabajos, en especial de un nuevo viaje que hizo últimamente a Lyon de Francia, do se celebraba el concilio lugdunense. Pretendía, demás de hallarse en el concilio y acudir a las necesidades universales de la Iglesia, allanar a los aragoneses en lo tocante a su primacía. Los años pasados los prelados de aquella corona en un Concilio valentino provincial publicaron una constitución, en que mandaban que el arzobispo de Toledo no llevase guión delante en aquella su provincia, pena de entredicho al pueblo que lo consintiese. Don Rodrigo en cierta ocasión, por el derecho de su primacía, continuó a llevar su cruz delante alzada, como lo tenía de costumbre. Don Pedro de Albalale, arzobispo de Tarragona, principal atizador de aquella constitución y de todo este pleito, le declaró por excomulgado y transgresor de aquel su decreto. Acudieron a Gregorio IX, sumo pontífice, que pronunció sentencia por Toledo y en favor de su primacía. No acababan de rendirse los de Aragón, que fue la causa de emprender en aquella edad jornada tan larga, a lo que yo entiendo. Concluidos los negocios, en una barca por el Ródano abajo daba la vuelta, cuando le salteó una dolencia, de que falleció en Francia. Su cuerpo, según que él lo dejó dispuesto, trajeron a España y le sepultaron en Huerta, monasterio de bernardos, a la raya de Aragón. Junto al altar mayor se ve su sepulcro con un letrero en dos versos latinos, grosero asaz como de aquel tiempo y sin primor, cuyo sentido es:

Navarra me engendra, Castilla de crías:
Mi escuela París, Toledo es mi Silla:
En Huerta mi entierro: Tú al Cielo alma guía.

Su cuerpo murió, la fama de sus virtudes durará por muchos siglos. Fundó en su iglesia doce capellanías para mayor servicio del coro y con cargo de misas que se le dicen. Sucedióle don Juan, segundo de este nombre entre aquellos arzobispos. Hállanse papeles en que le llaman don Juan de Medina, creo por ser natural de aquella villa.

Por el mismo tiempo don Ramón, conde de la Provenza, pasó de esta vida, muy digno de loa por el amor que tuvo a las letras y afición a la poesía. Sólo se nota en él una señalada ingratitud de

que usó con Romeo, mayordomo de su casa, cuya industria, con buenos medios, hizo que valiesen al tresdoble las rentas de aquel estado; más como a la virtud acompaña la envidia, fue acusado y forzado a que diese cuenta del recibo y del gasto. Hízosole el cargo, dio su descargo; y conocida su fidelidad, se partió como peregrino con su bordón y talega, como al principio vino de Santiago, sin que jamás se pudiese entender quién era ni dónde se fue. De cuatro hijas que tuvo don Ramón, Margarita casó con san Luis, rey de Francia; Leonor con Enrique, rey de Inglaterra; Sancha con Ricardo, hermano del dicho Enrique; Carlos, conde de Anjou, casó con doña Beatriz; con la cual, dado que era la menor de todas, por la grande afición que le tenían los provenzales y con la ayuda que le dio Luis, rey de Francia, su hermano, por la muerte de su suegro heredó aquel principado.

En este medio el rey don Fernando se tenía en Córdoba con resolución de combatir a Sevilla y cercarla con todas sus fuerzas; envió a Ramón Bonifaz, ciudadano de Burgos, muy ejercitado en las cosas de la mar, para que en Vizcaya pusiese a punto una armada por la comodidad de los bosques, y ser los de aquella nación señalados en la industria y ejercicios de navegar. En tanto que esta armada se aprestaba, puso el cerco sobre Carmona con la más gente que pudo, el año 1246, poco más o menos, villa fuerte y que estaba apercibida para todo lo que podía suceder, fortificada contra los enemigos de muros, municionada de armas, fuerzas y vituallas; no la pudieron tomar, solamente la forzaron a pagar de presente la cantidad de dineros que le fue impuesta, y para adelante las parias que se señalaron cada un año. Constantina, Reina, Lora, pueblos que antiguamente se llamaron el primero *Iporcense municipium*, el segundo Regina, el tercero Axalita, sin estos Cantillana y Guilléna se ganaron, unos por fuerza, otros se rindieron por su voluntad. Reina fue dada al orden de Santiago, Constantina a la ciudad y ayuntamiento de Córdoba, Lora a los caballeros de San Juan. Todo sucedía prósperamente a los nuestros; solo se recelaban del rey de Aragón no les fuese impedimento en aquella tan buena ocasión, por estar disgustado contra el infante don Alfonso, que residía en el reino de Murcia. Pretendía el aragonés que el infante no guardaba los términos y la raya de la conquista de aquellos reinos que antiguamente señalaron. Temíase alguna revuelta por esta causa.

Algunas personas principales y de autoridad, que para concertar esto señalaron de la una y de la otra parte, buscaban algún camino para componer estas diferencias. Pareció el mejor que don Alfonso casase con doña Violante, hija del rey don Jaime; partido y traza que venía a cuento a ambas naciones y provincias, que tan grandes reyes se trabasen de nuevo entre sí con vínculo de-parentesco. Moviéronse estas pláticas, vinieron en ello las partes, las bodas se celebraron en Valladolid por el mes de noviembre con aparato real y toda muestra de alegría, puesto que el rey don Fernando no se halló presente. El cuidado que tenía de la guerra de Sevilla le impidió, que pretendía hacer con tanto mayor ánimo, que Ramón Bonifaz con una armada de trece naves que puso a punto en Vizcaya, costeadas aquellas marinas y doblado el cabo de Finisterre, aportó a la boca de Guadalquivir por la parte que descarga en la mar. Venció otrosí allí en una batalla naval la armada de los enemigos. Los moros de Tánger y Ceuta habían concurrido para socorrer a Sevilla, avisados de la venida de los nuestros. Salieron pues con sus bajeles del puerto, que llegaban a número de veinte entre galeras y naves; pelearon con gran porfía; los de África no reconocían mucha ventaja a los de Vizcaya, por ser hombros de guerra, ejercitados en las armas, y que sobrepujaban en el número de la armada. Los vizcaínos, confiados en la ligereza de sus navíos y en la destreza de los pilotos, burlaban los acometimientos de los enemigos, y cuando hallaban ocasión de venir a las manos, aferraban con sus naves y pasaban muchos de ellos a cuchillo; tres naves de los moros se tomaron, dos echaron a fondo, a una pusieron fuego, las demás fueron forzadas a huir. Envió el rey en socorro de su armada buen número de caballos, movido por el peligro de los suyos; pero ¿qué podían prestar? Antes que llegasen a la ribera tenían los nuestros desbaratados los enemigos y ganada la victoria. Tanto más creció el deseo que todos tenían de acometer aquella empresa, en particular el rey, dejados los demás cuidados aparte, sólo en este pensamiento días y noches se ocupaba.

CAPÍTULO VI
QUE EN ARAGÓN SE PUSO ENTREDICHO GENERAL

A esta sazón en Aragón estaba puesto entredicho y tenían cerrados todos los templos de la provincia; triste silencio y suspensión del culto divino, castigo de que los pontífices suelen usar contra los excesos de los príncipes y para curarlos, como el postrero remedio, saludable a las veces y eficaz medicina como entonces aconteció. Fue así, que don Jaime, rey de Aragón, cuando era más mozo, tuvo conversación con doña Teresa Vidaura, la cual le puso pleito delante del romano pontífice y le pedía por marido; alegaba la palabra que la dio, contra la cual no se pudo con otra casar. No tenía bastantes testigos para probar aquel matrimonio por ser negocio clandestino. Así, se dio sentencia en el pleito contra doña Teresa y en favor de la reina doña Violante. Sólo el obispo de Gerona, a quien hay fama de secreto le comunicó el rey toda esta puridad, no se sabe con qué intento, pero en fin, dio aviso al pontífice Inocencio IV que el rey no hacía lo que debía en no guardar la palabra que tenía dada; que el postrer matrimonio se debía apartar como inválido, y parecía justo que doña Teresa fuese tenida por verdadera mujer; que el rey se lo había así confesado en secreto, y su conciencia no sufría que con tan grande pecado dejase enredar al rey, al pueblo y a sí mismo si callaba, de que resultasen después graves castigos; que esto lo avisaba por aquella carta escrita en cifra para que en todo se guardase más recato.

Ninguna cosa se pasa por alto a los príncipes, por ser ordinario que muchos con derribar a otros por medio de acusaciones verdaderas o falsas y de chismes pretenden alcanzar el primer lugar de privanza y de poder en los palacios de los reyes. Pues como el rey tuviese aviso que en Roma, mudados de parecer, ordinariamente favorecían la causa de doña Teresa, y que el pontífice manifiestamente se inclinaba a lo mismo, quier fuese que le dieron aviso del que le descubrió, o que por su mala conciencia sospechase lo que era, hizo venir al obispo de Gerona a la corte. Venido, luego que le tuvo en su presencia, le mandó cortar la lengua; cruel carnicería y torpe venganza de un desorden con otro mayor, y con nueva impiedad colmar el pecado pasado; si bien el Obispo era merecedor de cualquier daño, si descubrió el sigilo de la confesión y la religión de aquel secreto; cosa que nunca se permite. Luego que el pontífice Inocencio, que a la sazón en León celebraba un concilio general, como poco antes se dijo, fue avisado de lo que pasaba, cuánto dolor haya concebido en su ánimo, con cuán grandes llamas de saña se abrasase, no hay para qué declararlo; basta decir que puso entredicho en todo el reino, como de ordinario los excesos de los príncipes se pagan con el daño de la muchedumbre y de los particulares, y al rey declaró públicamente por excomulgado.

Conoció el rey su yerro, y por medio de Andrés Albalate, obispo de Valencia, que envió por su embajador sobre el caso, pidió humildemente penitencia y absolución. Decía que le pesaba de lo hecho; pero pues no podía ser otra cosa, que como padre y pontífice diese perdón a su indignación, la cual fue si no justo, a lo menos arrebatada; que estaba presto a satisfacer con la pena y penitencia que fuese servido imponerle. Oída la embajada, el Pontífice envió por sus embajadores al obispo de Camarino y a Desiderio, presbítero, para que en Aragón se informasen de todo lo que pasaba. Dioles otrosí poder muy lleno de reconciliar al rey con la Iglesia, si les pareciese que su penitencia lo merecía. Hízose en Lérida junta de obispos y de señores; halláronse en particular presentes los obispos de Tarragona, de Zaragoza, de Urgel, de Huesca, de Elna. En presencia de estos prelados el rey, puestas en tierra las rodillas, después de una grave reprensión que se le dio, fue absuelto de aquel exceso. La penitencia fue que acabase a sus expensas de edificar el monasterio bonifaciano, que con advocación de Nuestra Señora en los montes de Tortosa veinte años antes de esto, luego que se tomó el pueblo de Morella se comenzara, y se edificaba poco a poco, y acabada la fábrica, le diese de renta para en cada un año doscientos marcos de plata, con que los monjes del Císter se pudiesen sustentar en el dicho monasterio. En Valencia tenían comenzado a edificar un hospital para albergar los pobres y peregrinos. A este hospital señalaron mayores rentas, es a saber, seiscientos marcos de plata

cada un año, con que los pobres y peregrinos se sustentasen, y juntamente algunos capellanes para que dijesen misa y ayudasen al buen tratamiento y regalo de los pobres. Añadióse a esto que en Gerona, en la iglesia mayor fundase una capellanía para que perpetuamente se hiciesen sacrificios y sufragios por el rey y por sus sucesores.

El pontífice expidió su bula a los 22 de septiembre, año de 1240, en que da poder a los dos nuncios para reconciliar al rey con la Iglesia, que se hizo el mes siguiente a 19 de octubre. En Lérida con solemne ceremonia fue el rey absuelto de las censuras en que incurrió por aquel caso. Del obispo de Gerona no refieren más de lo dicho, ni aún declaran qué nombre tuvo. De los archivos y becerro del monasterio bonifaciano se tomó todo este cuento; dado que los más de los historíadores no hicieron de él mención, pareció no pasarle en silencio. El lector le dé el crédito que la cosa misma merece. De aquí sin duda y de estos papeles se tomó ocasión para la fama que vulgarmente anduvo de este rey y anda sobre este caso.

CAPÍTULO VII
QUE SEVILLA SE GANÓ

En lo postrero de España, hacía el poniente, está asentada Sevilla, cabeza del Andalucía, noble y rica ciudad entre las primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene; los edificios públicos y particulares a manera de casas reales son en gran número, la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad, que está a mano izquierda, y un arrabal llamado Triana pasa el río Guadalquivir acanalado con grandes reparos y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razón muy a propósito para la contratación y comercio de los dos mares Océano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad y se pasa de una parte a otra. En la ciudad está la casa real en que los antiguos reyes moraban; en el arrabal un alcázar de obra muy firme, que mira el nacimiento del sol. Una torre está levantada cerca del río, que por el primor de su edificio la llaman de Oro vulgarmente. Otra torre edificada de ladrillo, que está cerca de la iglesia mayor, sobrepuja la grandeza de las demás obras por ser de sesenta varas en ancho y cuatro tanto más alta; sobre la cual se levanta otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada y al rededor adornada de variedad de pinturas, hermosas a maravilla a los que la miran. ¿Qué necesidad hay de relatar por menudo todas las cosas y grandezas de esta ciudad tan vaga y llena de primores y grandezas? Hay en la ciudad en este tiempo más de veinticuatro mil vecinos, divididos en veintiocho parroquias o colaciones. La primera y principal es de Santa María, que es la iglesia mayor, con el cual templo en anchura de edificio y en grandeza ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica, la de Salamanca la fuerte, la de León la bella, la de Sevilla la grande. Tiene su fábrica de renta treinta mil ducados en cada un año, la del arzobispo llega a ciento veinte mil, las canongías y dignidades, así en número como en lo demás, responden a esta grandeza. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes, por la mayor parte plantados de olivas, que en Sevilla se dan muy bien, y el esquilmo es muy provechoso; de allí se llevan aceitunas adobadas, muy gruesas, de muy buen sabor, a todas las demás partes. El trato es tan grande y la granjería tal, que en los olivares llamados Aljarafe, en tiempo de los moros se contaban cien mil, parte cortijos, parte trapiches o molinos de aceite; y dado que parece gran número, la autoridad y testimonio de la *Historia* del rey don Alfonso el Sabio lo atestigua. El número de extranjeros y muchedumbre de mercaderes que concurren es increíble, mayormente en este tiempo, de todas partes a la fama de las riquezas, que por el trato de las Indias y flotas de cada un año se juntan allí muy grandes.

El rey don Fernando tenía por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse de esta ciudad; así por su nobleza como porque, ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto más, que los aragoneses con gran gloria y honra suya se habían apoderado de Valencia, de sitio muy semejante y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla, por nombre Ajatafe, no ignoraba el peligro que corrían sus cosas; tenía juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde la misma África, gran copia de trigo traída de los lugares comarcanos, proveídose de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquier afán antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey don Femando juntaba asimismo de todas partes gente para aumentar el ejército que tenía, trigo y todos los más pertrechos que para la guerra eran necesarios. La diligencia era grande, por entender que duraría mucho tiempo y sería muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese a los soldados. En Alcalá por algún tiempo se entretuvo el rey don Fernando; pasada ya gran parte y lo más recio del verano, movió con todas sus gentes, púsose sobre Sevilla y comenzó a sitiarla a 20 del mes de agosto, año de nuestra salvación de 1247; los reales del rey se asentaron en aquella parte que está el campo de Tablada tendido a la ribera del río, más abajo de la ciudad. Don Pelayo Pérez Correa, maestre de Santiago, de la otra parte del río hizo su alojamiento en una aldea, llamada Aznalfarache; caudillo de gran corazón y de

grande experiencia en las armas. Pretendía hacer rostro a Abenjafón, rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte; tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencía la constancia y esfuerzo de este caballero. El rey barreaba sus reales; los moros, con salidas que hacían de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hubo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances, pero sin efecto alguno digno de memoria, sino que los cristianos las más veces llevaban lo mejor y forzaban a los enemigos con daño a retirarse a la ciudad. Por el mar y río se ponía mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados que tenían en tierra hacían lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salían a robar la tierra; talaban losfrutosque hallaban sazonados, el vino y el trigo todo lo robaban.

Carmona, que está a seis leguas, forzada por estos males, como seis meses antes lo tenían concertado, sin probar a defenderse ni pelear se rindió, con tanto mayor maravilla, que los bárbaros pocas veces guardan los asientos. No se descuidaban los moros ni se dormían; el mayor deseo que tenían era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitrán, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacía que todos estos intentos saliesen en vano, y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban diligentemente no se recibiese algún daño por la parte que tenían a sn cargo. Señalábanse, entre los demás, don Pelayo Correa, maestre de Santiago, y don Lorenzo Suárez, cuyo esfuerzo e industria en todo el tiempo de este cerco fue muy señalada, sobre todos Garci Pérez de Vargas, natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increíbles. Al principio del cerco, a la ribera del río, do tenían soldados de guarda para reprimir los rebates y salidas de los moros, Garci Pérez y un compañero, apartados de los demás, iban no sé a qué parte; en esto al improviso ven cerca de sí siete moros a caballo; el compañero era de parecer que se retirasen; replicó Garci Pérez que, aunque se perdiese, no pensaba volver atrás ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera y pone en el ristre su lanza; los enemigos, sabido quien era, no quisieron pelear. Caminado que hubo adelante algún tanto, advirtió que al enlazar la capellina y ponerse la celada se le cayó la escofia; vuelve por las mismas pisadas a buscarla. Maravillóse el rey, que acaso desde los reales le miraba, pensaba volvía a pelear; más él, tomada su escofia, porque los moros todavía esquivaron el encuentro, paso ante paso se volvió sano y salvo a los suyos por el camino comenzado. Fue tanto mayor la honra y prez de este hecho, que nunca quiso declarar quién era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello; a la verdad, ¿a qué propósito con infamia ajena buscar para sí enemigo y afrenta para su compañero sin ninguna loa suya? Como quier que al contrario con el silencio demás del esfuerzo dio muestra de la modestia y noble término de que usaba.

Entre tanto que con esta porfía se peleaba en Sevilla, el infante don Alfonso, hijo del rey don Fernando, intentó de apoderarse de Játiva en el reino de Valencia, convidado por los ciudadanos. Tomó a Enguerra, pueblo en tierra de Játiva, que se le entregaron los moradores. Cuanto cada uno alcanza de poder, tanto derecho se atribuye en la guerra. El rey don Jaime, avisado de los intentos del infante don Alfonso y alterado, como era razón, se apoderó de Villena y de seis pueblos comprendidos en el distrito de Castilla, por dádivas que dio al que los tenía a cargo. Demás de esto, en la misma comarca, principio del año 1248, tomó de los moros otro pueblo llamado Bugarra. De estos principios parecía que los disgustos pasarían adelante y pararían en alguna nueva guerra que desbaratase la empresa de Sevilla y acarrease otros daños. Don Alfonso, como quier que era de condición sosegada, se determinó de tratar en presencia con el rey de Aragón y resolver todas estas diferencias, y para esto se juntaron a vistas y habla en. Almizra, pueblo del rey de Aragón. Allí por medio de la reina de Aragón, y por la buena industria de don Diego de Haro y otros grandes que se pusieron de por medio se compuso esta diferencia; con que de una y de otra parte se restituyeron los pueblos que injustamente tomaron, y se señaló la raya de la jurisdicción y conquista de ambas las partes. Quedaron en particular en virtud de esta concordia por el reino de Murcia Almansa, Sarasulla y el mismo río Cabriolo; por los de Valencia Biara, Sajona, Alarca, Finestrato. Asentadas las co-

sas de esta manera, los príncipes se despidieron. El rey don Jaime revolvió luego contra Játiva, envió delante sus gentes con intento de cercarla; apoderóse finalmente de ella, pasada ya gran parte del verano, por entrega que hicieron los mismos ciudadanos. Está asentada esta ciudad en un sitio asaz apacible a la parte que el río Júcar entra en el mar; su campiña muy fértil y fresca, la tierra muy gruesa.

El infante don Alfonso y en su compañía don Diego de Haro se apresuraron para hallarse en el cerco de Sevilla. Alhamar, ese mismo rey de Granada, vino a juntarse con el rey don Fernando, acompañado de buen número de soldados, en tiempo sin duda muy a propósito, en que los soldados cristianos, cansados de la tardanza y con la dificultad de aquella empresa, comenzaban a tratar de desamparar los reales y las banderas, además de las enfermedades que sobrevinieron y los tenían muy amedrentados. Era pasado el invierno sin hacer efecto de algún momento. El mismo rey, aquejado de tantos trabajos y de las dificultades que se ofrecían muy grandes, dudaba si alzaría el cerco, o esperaría que las cosas se encaminasen mejor y el remate fuese más apacible que los principios, como otras veces lo tenía probado. Los cercados desbarataron en cierta salida los ingenios de los nuestros y les quemaron las máquinas. Alentados con el buen suceso, no sólo se defendían con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretensión de los contrarios, que llamaban desatino. Amenazaban a los nuestros con la muerte y ultrajábanlos de palabra.

El cerco, sin embargo, se continuaba y se llevaba adelante con tanto mayor ventaja de los fieles, que de cada día les llegaban nuevos socorros. Acudieron los obispos don Juan Arias, de Santiago, bien que poco efecto hizo; su poca salud le forzó en breve con licencia del rey a dar la vuelta. Don García, prelado de Córdoba; don Sancho, de Coria; los maestres de Calatrava y de Alcántara; los infantes don Fadrique y don Enrique; fuera de estos, don Pedro de Guzmán, don Pedro Ponce de León, don Gonzalo Girón, con otro gran número de grandes y ricos hombres que vinieron de refresco. A los cercados, por ser la ciudad tan grande, no se podían de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponía en esto todo cuidado. El general de la armada, Bonifaz, ardía en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados aparte los que juntos hacían tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso por estar la puente puesta sobre barcas que con cadenas de hierro están entre si trabadas; todavía pareció hacer la prueba, que la maña y la ocasión pueden mucho. Apercibió para esto dos naves, esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar y juntamente un recio viento que del poniente soplaba. Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las velas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente, cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero día de mayo con grande alegría de los nuestros y no menos comodidad. Los soldados con la esperanza de la victoria con grande denuedo acometieron a entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derribarlos con los trabucos y máquinas, con tanta porfía, que los cercados estaban a punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana; los moros se defendían valientemente, y la fortaleza de los muros causaba a los nuestros dificultad.

Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Pérez de Vargas; cargábale que el escudo ondeado que traía era de diferente linaje. Ningunos oyen con mayor paciencia las murmuraciones que los que no se sienten culpados. Disimuló él por entonces la ira; después cierto día que acometieron los nuestros a Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea, que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto a su contrario, que estaba en lugar seguro: *«Con razón, dice, nos quitáis las armas del linaje, pues las ponemos a tan graves peligros y trances; vos las merecéis mejor, que como más recatado las tenéis mejor guardadas.»* Él, avergonzado, conoció su yerro; pidió perdón, que le dio a la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo; manera de venganza muy noble.

Comenzaban en la ciudad a sentir gran falta de vituallas; los ciudadanos, visto que la felicidad

de nuestra gente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario a ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y después en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el rey. Luego que les fue concedido, enviaron embajadores, que avisaron querían tratar de concierto con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decían que quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podían sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre; que todavía en la ciudad quedaban compañías de soldados, que no era justo irritarlas ni hacerles perder de todo punto la esperanza; muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes, por lo menos que la victoria sería sangrienta y llorosa, si se allegase a lo último y no se tomaba algún medio. A esto respondió el rey que él no ignoraba el estado en que estaban sus cosas. Tiempo hubo en que se pudiera tratar de concierto; más que al presente por su obstinación se hallaban en tal término, que sería cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con rendirla, no daría lugar a que se tratase de concierto ni de concordia. Entre tanto que se trataba de las condiciones y del asienta hicieron treguas y cesó la batería. Prometían acudir con las rentas reales y tributos todos los que acostumbraban antes a pagar a los miramamolines. Desechada esta condición, dijeron que darían la tercera parte de la ciudad demás de las dichas rentas; después la mitad, dividida con una muralla de lo demás que quedase por los moros. Parecían estas condiciones a los nuestros muy aventajadas y honrosas. El rey, a menos de entregarle la ciudad, no hacía caso de estas promesas ni estimaba todos sus partidos. En conclusión, se asentó que el rey moro y los ciudadanos con todas sus alhajas y preseas se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuera de Sanlúcar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demás pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Diose de término un mes pan cumplir todas estas capitulaciones.

El castillo luego se entregó, y a 27 de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mujeres y niños cien mil moros; parte de ellos pasó en África, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España. Gastáronse en el cerco dieciséis meses, en el cual tiempo los reales a manera de ciudad estaban divididos en barrios, con sns tiendas en que se vendían las cosas necesarias, herrerías para forjar armas, los pabellones puestos por su orden con sus calles y plazas en lugares convenientes. A los 22 de diciembre, con pública procesión y aparato entró el rey en la ciudad, oyó misa en la iglesia mayor, que para este propósito estaba bendecida y aparejada; bendíjola con gran majestad don Gutierre, electo arzobispo de Toledo, que poco antes señalaron por sucesor en aquella iglesia de don Juan, que falleció a los 23 del mes de julio. Don Ramón de Losana fue elegido por arzobispo de la nueva ciudad. Este prelado andando a la escuela, con un cuchillo de plumas sacó otro tiempo un ojo a un su hermano; para absolverse de esta irregularidad y para alcanzar dispensación ya que era de más edad pasó a Roma; viaje que le fue ocasión de hacerse muy erudito y letrado.

Quedaba Sevilla muy falta de moradores; la franqueza que el rey prometió de tributos a los que viniesen a poblar hizo que gran número de gente acudiese de toda España, determinados de hacer allí su asiento y morada; con esto, en breve volvió a tener aquella ciudad nobilísima la hermosura de antes y número de gente asaz.

CAPÍTULO VIII
DE LA MUERTE DEL REY DON FERNANDO

En el mismo tiempo que Sevilla estaba cercada, san Luis, rey de Francia, enriquecía con reliquias santísimas que envió a Toledo y aumentaba la devoción de la iglesia mayor de aquella ciudad; juntamente ganaba las voluntades de nuestra nación. En el Sagrario de aquella iglesia hasta hoy con gran devoción se muestran y guardan las dichas reliquias con la misma carta original del rey, cuyo traslado nos pareció poner en este lugar para memoria de la piedad de príncipe tan señalado y devoto: *«Luis, por la gracia de Dios rey de Francia, a los amados varones en Cristo, canónigos y todo el clero de la iglesia de Toledo, salud y dilección. Queriendo adornar vuestra iglesia con un excelente don por medio de nuestro amado Juan, venerable arzobispo de Toledo, y a su instancia os enviamos algunas preciosas partecicas de los venerables y señalados nuestros santuarios, que hube del tesoro del imperio constantinopolitano, conviene a saber: del madero de la cruz del Señor, una de las espinas de la sacrosanta corona de espinas del mismo Señor, de la leche de la gloriosa virgen María, de la vestidura de púrpura del Señor con que fue vestido, del lienzo con que se ciñó el Señor cuando lavó y limpió los pies de sus discípulos, de la sábana con que su cuerpo estuvo sepultado en el sepulcro, de los paños de la infancia del Salvador. Rogamos pues, y requerimos en el Señor a vuestra caridad, que las sobredischas reliquias recibáis y guardéis en vuestra iglesia con la reverencia debida; asimismo que en vuestras misas y oraciones tengáis memoria benigna de nos. Fecha en Estampas, año del Señor de 1248 por el mes de mayo.»*

Después que el rey Luis hubo enviado esta carta, de Marsella se hizo a la vela y navegó a la Tierra Santa con deseo de reparar en aquellas partes la guerra sagrada. El suceso no fue conforme a su santa intención, porque apoderado que se hubo en las marinas de Egipto de Pelusio, ciudad que hoy se llama Damiata, toda la prosperidad se volvió en contrario. De tres hermanos del rey, Roberto murió en una batalla, Alfonso y Carlos fueron presos con el rey el año 1249. La libertad costó mucho haber, sin que en la Tierra Santa a la cual desde allí pasaron, hiciesen cosa de muy gran momento. Verdad es que las ciudades de Sidón, Cesarea y Joppe fueron recobradas por las armas de Francia año del Señor 1250, pero ninguna otra cosa se hizo.

En el mismo año por muerte de don Gutierre, arzobispo de Toledo, que finó en Atienza a los 9 de agosto, como se ve en los *Anales toledanos*, en su lugar fue puesto don Sancho, hijo del rey don Fernando, a quien algunos llaman don Pedro, otros don Juan, por engaño sin duda. El arzobispo don Rodrigo por orden de la reina doña Berenguela crió en Toledo a sus nietos los infantes don Felipe y don Sancho; proveyóles en aquella su iglesia sendos canonicatos. Estudiaron ambos en los estudios de París; en particular don Felipe tuvo por maestro a Alberto Magno, gran filósofo y teólogo. Todo esto y más el favor de su padre fue ocasión de poner en esta vacante los ojos en don Sancho. Aprobó la elección el papa Inocencio IV; más el electo no parece se consagró por su poca edad, que era el penúltimo de sus hermanos. Por su contemplación dio su padre a la iglesia de Toledo a Uceda y a Iznatoraf, esto a trueco de Baza, que se la diera cuando conquistó a Jaén.

Vivió por este tiempo un hombre señalado, por nombre Pero González, que dejada la corte y palacio, en que tenía buen lugar, gastó lo postrero de su vida en doctrinar a los gallegos y asturianos, predicador de fama. Su contemporáneo Bernardo, canónigo de Santiago, por el gran conocimiento que alcanzó de los derechos, fue muy familiar al pontífice Inocencio, y es el que escribió la glosa sobre las epistolas decretales.

En el mismo tiempo los aragoneses, divididos en parcialidades, se abrasaban con discordias civiles. Tenía el rey don Jaime de doña Violante, su mujer, estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Femando, don Sancho; otras tantas hijas, doña Violante, doña Constanza, doña Sancha, doña María. La reina estaba apoderada del rey, y así, le persuadió que dividiese los estados del reino entre sus hi-

jos, consejo muy perjudicial a la república por enflaquecerse por esta manera las fuerzas, y muy pesado en particular a don Alfonso, su hijo mayor, en cuyo perjuicio se enderezaban estas prácticas. Por esta causa los más de los grandes siguieron la voz del infante, y por su autoridad públicamente se apartaron del rey. Con cuidado de componer estas diferencias, que amenazaban mayores males, por el mes de febrero se tuvieron Cortes generales en Alcañices, pueblo de Aragón. Señaláronse jueces sobre el caso, personas principales, eclesiásticas y seglares; dieron por sentencia que el hijo debía obedecer a su padre. De ningún provecho fue esta diligencia, por estar los vasallos mal contentos y el rey constante en su parecer y propósito, tanto, que en vida hizo donación al infante don Pedro del principado de Cataluña, con que la otra parte se desabrió mucho más. Esto en Aragón.

Las cosas del rey don Fernando se hallaban muy en mejor estado, porque compuestas y asentadas las cosas en Sevilla, en que determinaba hacer su asiento, acometió a Jerez, y ganó de los moros a Medina Sidonia, Begel, Alpechín, Aznalfarache; fuera de esto,a la ribera del mar, en parte abatió, en parte tomó muchos castillos de moros. Pretendía que los demás, escarmentados con aquel daño y castigo, se rindiesen o reprimiesen, Hiciéronse correrías por los campos de Nebrija; algunos pocos pueblos de moros, por estar fortificados de sitio o de murallas, se atrevían y estaban determinados de sufrir el cerco, no solo como cosa más honesta, sino también como más segura, ni por el daño de los otros se movían a rendirse.

Tratóse de pasar la guerra a África; y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercibía una nueva y más gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla a 30 de mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veintitrés días; en León veintidós años, poco más o menos. Fue varón dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podían desear, de costumbres tan buenas, que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dio, no más el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes; muchos dudaron si fuese más fuerte o más santo o más afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que, en conclusión, cumplió con todos los oficios de un varón y príncipe justo y bueno.

En ningún tiempo dio mayor muestra de santidad que a la muerte. Comulgóle don Ramón, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdón de sus pecados a Dios con palabras de grande humildad. Ya que quería rendir el alma, demandó perdón a cuantos allí estaban. Espectáculo para quebrar los corazones y con que todos se resolvían en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: *«El reino,* dijo*, Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecía, te le vuelvo; desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco a la tierra; recibe, Señor mio, mi ánima, y por los méritos de tu santísima pasión ten por bien de la colocar entre los tus siervos.»* Dicho esto, mandó a la clerecía cantasen las letanías, y el *Te Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado.

A su hijo don Alfonso, que nombró por heredero, poco antes de morir dio muchos avisos, y juntamente le encomendó con mucho cuidado a la reina doña Juana y sus hijos, de los cuales se hallaron a su muerte don Fadrique, don Enrique y don Felipe, que era electo prelado de Sevilla, y don Manuel. Don Sancho, electo de Toledo, no se halló por estar en su iglesia. Luego el día siguiente le hicieron el enterramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia mayor de Sevilla.

Dícese que este rey inventó e introdujo el Consejo Real, que hoy en Castilla tiene la suprema autoridad para determinar los pleitos. Señaló doce oidores, a cuyo conocimiento perteneciesen los negocios mayores y los pleitos que en los otros tribunales se tratasen, por vía de apelación con las mil quinientas doblas que deposita el que apela, y las pierde en caso que se dé sentencia contra él. Como las cautelas y engaños poco a poco iban creciendo, y los pleitos eran muchos por la malicia del tiempo, fue necesario establecer este nuevo tribunal; que antes las ciudades, contentas con los

juicios y sentencias que sus jueces daban, y con apelar a las audiencias de su distrito, tenían por cosa fea y sin propósito pasar adelante e implorar el auxilio real.

Demás de esto, encargó a personas principales y doctas el cuidado de hacer nuevas leyes y recoger las antiguas en un volumen, que hoy se llama vulgarmente las *Partidas*, obra de inmenso trabajo, y que se comenzó por este tiempo, y últimamente se puso en perfección y se publicó en tiempo del rey don Alfonso, hijo de este don Fernando. Hasta la muerte del rey don Fernando llegó don Lucas de Tuy con su historia.

CAPÍTULO IX
DE LOS PRINCIPIOS DE DON ALFONSO EL DÉCIMO, REY DE CASTILLA

El reino de don Fernando por derecho de herencia vino al rey don Alfonso, deceno de este nombre, cuya vida y obras pretendemos declarar, ilustres sin duda por la variedad de los sucesos y juego de la fortuna variable, pero que tienen más de maravilla que de honra y loa. ¿Qué cosa más maravillosa que un príncipe, criado en la guerra y ejercitado en las armas desde su primera edad, haya tenido tanta noticia de la astrología, de la filosofía y de las historias, cuan grande apenas los hombres ociosos y ocupados solamente en sus estudios pocas veces alcanzan? Sus libros que publicó y sacó a luz de astrología y de la historia de España dan muestra de su grande ingenio y estudio increíble. ¿ Qué cosa eso mismo más afrentosa que con tales letras y estudios, con que otro particular pudiera alcanzar gran poder, no saber él conservar y defender ni el imperio que los extraños le ofrecieron ni el reino que su padre le dejó? Vio aquella edad y siglo hasta dónde podía llegar la libertad y arrogancia del pueblo, pues redujo un rey tan poderoso casi a vida particular; vio él mismo lo postrero de la desventura, que fue ser despojado de sus riquezas y mando. ¡Qué juegos hace la fortuna o poder más alto! ¡Cómo parece que gusta en burlarse de las cosas humanas! El sobrenombre de Sabio, que ganó por las letras, o por la injuria de sus enemigos, o por la malicia de los tiempos, o él por la flojedad de su ingenio, parece le amancilló; pues con el crédito que tenía de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse.

En Sevilla, do se halló a la muerte de su padre, le alzaron por rey. Lo primero que hizo después de esto fue renovar el concierto con Alhamar, rey de Granada, demás que le hizo suelta de la sexta parte del tributo que tenía costumbre de pagar, en que se tuvo respeto a los buenos servicios que hiciera y a despertarle para que de nuevo hiciese otros; que sin duda por algún tiempo fueron muy grandes y señalados. Era tanto lo que este príncipe amaba al rey don Fernando y érale tan agradable su memoria, que con ser moro, todos los años enviaba a Sevilla buen número de los suyos con cien antorchas de cera blanca para que se hiciesen al rey las exequias y aniversarios.

La falta que tenían de dineros era grande, por estar gastados todos con las guerras de tantos años. Tratóse de buscar algún camino para allegar moneda y remediar este daño; pareció lo mas a propósito que en lugar de los pepiones, que era cierta moneda así llamada de buena ley, se usase de burgaleses, moneda muy baja mezclada de otros metales. Era cosa injusta abajar de quilates la moneda y que fuese del mismo valor que la de antes. Desorden por donde las cosas encarecieron y no se remedió la necesidad del rey; porque fue necesario aumentar los salarios de los jueces y de los demás oficiales con tanta mayor indignación del pueblo, que poco después se inventó otro género de moneda, que se llamaba negra, es a saber, por tener mucho cobre. Quince monedas de este género valían una dobla o escudo; un burgalés valía dos pepiones, noventa un escudo o un maravedí de oro. Este camino de allegar dinero, bien que intentado muchas veces de grandes reyes, que sea muy engañoso y perjudicial, el tiempo y la experiencia y desastrados sucesos lo han bastantemente declarado. Sin duda fue la principal causa por que el rey don Alfonso en breve se hizo muy malquisto y odioso a sus vasallos. De esta manera, si no hay gran tiento, de honestos principios y causas se siguen efectos muy perniciosos y malos. Ésta fue la primera semilla de la discordia civil; de la guerra de fuera hubo otras causas.

Estaba el rey don Alfonso congojado por la esterilidad de la reina doña Violante, por el gran deseo que tenía de dejar sucesión. Los aduladores, de que siempre hay gran número en las casas de los príncipes, pretendían que aquel matrimonio se podía apartar; no les faltaban razones para colorear este engaño, como a gente de grande ingenio; el rey fácilmente se dejó persuadir en lo que deseaba. Envió embajadores al rey de Dinamarca a pedir por mujer una hija suya, llamada Cristina. Era cosa fácil por la grande distancia de los lugares engañar aquella gente. Concertado el casamiento, la doncella fue enviada en España. Estos intentos del rey don Alfonso dieron mucha pena, como

era razón, al rey don Jaime. Procuróse dar algún corte con embajadas que se enviaron; pero como no se efectuase nada, vino el negocio a rompimiento y a las armas. Hiciéronse correrías y cabalgadas de una parte y de otra, robos de hombres y ganados, y esto al principio de aquella diferencia.

Por el mismo tiempo Teobaldo, rey de Navarra, primero de este nombre, falleció a 8 de julio, año de nuestra salvación de 1253; digno de ser alabado por el deseo que mostró de ayudar a la guerra de la Tierra Santa, cuanto reprehensible y manchado por el intento que tuvo de oprimir los derechos y libertad eclesiástica, por la cual causa se dice que hubo entredicho general en todo aquel reino por espacio de tres años enteros. Este tiempo pasado, don Pedro Remigio, o Gazolaz, obispo de Pamplona, alzado el destierro en que le tenían, se reconcilió con el rey a instancia de personas principales que en ello trabajaron y con muy grande alegría y regocijo de todo el pueblo. Teobaldo merece sin duda ser alabado por otras cosas y partes de que fue dotado, en especial por los estudios de las artes liberales, ejercicio y conocimiento de la música y de la poesía tan grande, que acostumbraba componer versos y cantarlos a la vihuela; las poesías que hacía, proponerlas en público en su palacio para ser de todos juzgadas. Tuvo tres mujeres. De la primera, que fue hija del conde de Lorena, no tuvo hijos algunos. Dejada ésta por mandado de los pontífices, casó con Sibila, hija de Filipo, conde de Flandes. De este matrimonio nació Blanca, que casó con Juan, duque de Bretaña, por sobrenombre el Bermejo. De la tercera mujer, que fue hija de Arquimbaudo, conde de Foix, tuvo a Teobaldo y a Enrique y una hija, llamada Leonor. Teobaldo sucedió a su padre después de su muerte; era menor de edad, que no tenía quince años cumplidos, de excelente natural y que daba muestras de grandes virtudes.

La reina Margarita, su madre, cuidadosa de lo que a su hijo tocaba, estaba con temor, en especial de don Alfonso, rey de Castilla, que, vencidos y domados los moros, se entendía quería revolver contra Navarra y despertar el derecho antiguo que pretendían los reyes de Castilla a aquella corona; cuidaba ayudarse del socorro del rey de Aragón y de su sombra. Tratóse por sus embajadores de aliarse; y para que la cosa se concluyese más fácilmente, con seguridad de ambas partes se juntaron a vistas. Al principio del mes de agosto en Tudela se hizo confederación entre los dos reyes, en que se concertó tuviesen los mismos por amigos y por enemigos. Asentaron otrosí que una de las dos hijas que tenía el rey don Jaime se diese por mujer a Teobaldo, y en particular se proveyó que ninguna de las dos casase con alguno de los hermanos del rey de Castilla sin voluntad de la reina Margarita y sin que ella viniese en ello. Al rey de Aragón, sin embargo, le quedó su derecho a salvo, que pretendía tener a aquel reino por la adopción del rey don Sancho de Navarra. Esta confederación para que fuese más fuerte se procuró que el romano Pontífice la aprobase; las fuerzas de los dos reinos claramente se movían y enderezaban contra las de don Alfonso, rey de Castilla. El cuidado de esta guerra y miedo que resultó por esta causa, que suele ser muy gran atadura de concordia, hizo que los aragoneses padre e hijo se concertasen, cosa que tanto se deseaba. Así hallo que lo que el rey de Aragón había donado a don Pedro y don Jaime, sus hijos, lo aprobó con juramento en Barcelona don Alfonso, el hijo mayor del mismo rey don Jaime.

Ofrecióse demás de esto ocasión de nueva guerra. Alasarco, moro de ingenio sagaz, prometió entregar y rendir el castillo de Reguara, que tenía en su poder. El rey de Aragón, como el que era arriscado, creyóse fácilmente que le trataba verdad. Acudió con poca gente como a cosa hecha. Hubiera de caer en el lazo y quedar preso; más quiso Dios que le avisaron del engaño y de lo que pasaba, con que se puso en cobro. El moro, burlada su esperanza, se declaró por enemigo y persuadió a los moros de Valencia que tomasen las armas y que se levantasen. El rey, movido por el peligro, acudió a Valencia; tratóse en aquella ciudad de echar aquella gente de todo el reino. Los señores, por la ganancia que de aquella gente les venía, hacían contradicción; los prelados y el pueblo otorgaban con el rey, que fue el parecer que prevaleció en las Cortes. Mandaron pues a todos los moros que saliesen del reino de Valencia y de todo su distrito dentro de cierto término. Ellos, aunque estaban en armas sesenta mil de ellos, obedecieron a lo que les fue mandado. Repartiéronse por tierra de

Murcia y de Granada, gran parte hizo asiento en la Mancha, que al presente se llama de Aragón, antiguamente de Montearagón, de un pueblo de este nombre que por allí caía. Era comarca áspera y no cultivada en aquel tiempo, al presente de señalada fertilidad en la cosecha de pan, con que provee a otras muchas partes. Llamóse antiguamente campo Spartanario del mucho esparto que tiene. De esta resolución sacó gran interés don Fadrique, que residía en Villena, y la tenía en gobierno en nombre del rey don Alfonso, su hermano. Era por allí el paso; hizo que por él los miserables cada uno pagase un escudo de oro.

El rey de Aragón, embarazado con estos alborotos, no pudo luego volver las armas contra Castilla. Esta tardanza hizo que las sospechas de una gran guerra se trocaron en muy alegre fln y remate. En el mismo tiempo que Cristina, después de tan largo viajo últimamente aportó a Toledo, que fue el año de nuestra salvación de 1254, se entendió que la reina estaba ocupada. El rey, movido con una cosa tan fuera de lo que se esperaba, trocó el odio en amor. Los mismos que antes le persuadían que la dejase trataron que se reconciliase con la reina; y hallaban razones en favor del matrimonio que antes tenían por inválido; tales son las adulaciones de cortesanos. Don Felipe, hermano del rey, sin embargo que era abad de Valladolid y electo arzobispo de Sevilla, renunció el hábito clerical con voluntad del rey, su hermano, para casar con Cristina, que aceptó aquel partido, perdida la esperanza de ser reina; matrimonio que, como mal trabado, en breve se apartó por la muerte de Cristina, que le sobrevino por la pena de la afrenta y por el desabrimiento que recibió por un trueque semejante; así lo entendía la gente vulgar. La esterilidad de la reina doña Violante se mudó en fecundidad, tanto, que parió muchos hijos a su marido. Estos fueron doña Berenguela, doña Beatriz, don Fernando, por sobrenombre de la Cerda, por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas, don Sancho, don Pedro, don Juan, don Diego, doña Isabel y doña Leonor. Todos estos tuvo el rey don Alfonso en la reina. En otra madre de bajo linaje a don Alfonso Fernández; en doña Mayor de Guzmán, hija de Pedro de Guzmán, a doña Beatriz, que fueron el uno y el otro hijos bastardos.

El año siguiente de 1255, Eduardo, hijo mayor de Enrique, rey de Inglaterra, vino a España. Las causas de su venida no se dicen; podemos sospechar ¿quién lo veda? que movido del agravio de Cristina hizo aquel viaje por ser primos hermanos. Su viaje cuánto haya aprovechado el suceso de las cosas lo declara; lo cierto es que en Burgos fue recibido benignamente del rey, y de su mano le armó caballero, ceremonia que en aquel tiempo se usaba, halagos con que se pretendía aplacar el ánimo de aquel príncipe mozo y bravo.

CAPÍTULO X
EL REY DON ALFONSO FUE ELEGIDO POR EMPERADOR

El rey don Alfonso no tenía la misma fama en todas las partes y acerca de todas las naciones. En España, en su reino sin duda era aborrecido del pueblo, a los reyes comarcanos no era nada agradable, dado que con cierta muestra de paz o por miedo de su poder se detenían de tomar contra él las armas. Entre las naciones extrañas volaba la fama de su grande erudición. Decíase que era elocuente, sagaz, instructo igualmente en las artes de la paz y de la guerra. Esto movió a algunos príncipes de Alemania para que en la dieta del imperio, en que se trataba de elegir emperador, le nombrasen en lugar de Guillermo César, que a la sazón murió, y se tuviese cuenta con él, bien que no fue una la voluntad, ni los votos de todos se conformaron en uno; el arzobispo de Colonia en su nombre y en el del arzobispo de Maguncia, cuyo lugar y voz traía, y el conde Palatino nombraron por emperador a Ricardo, conde de Cornubia, hermano de Enrique, rey de Inglaterra. Hízose este nombramiento a 6 de enero, día de los Reyes, año que se contó del Señor de 1256; algunos señalan dos años adelante. El arzobispo de Tréveris y el duque de Sajonia, teniendo por inválida la elección de Ricardo, por sus votos eligieron a don Alfonso, rey de Castilla, el postrer día de marzo luego siguiente.

Enviáronse embajadores a entrambos, y cada cual se tenía por legítimo emperador, y a su competidor al contrario; con tanto más ventaja de Ricardo, que sin dilación, dejadas todas las demás cosas, acudió a Alemania, y de mano del arzobispo de Colonia, a quien esto toca, tomó la corona primera del imperio en Aquisgrán, a 2 días del mes de mayo. Don Alfonso, embarazado con las alteraciones domésticas y desconfiado de la voluntad de sus vasallos, y principalmente por la edad de sus hijos, que era pequeña, dilató su ida, puesto que los obispos de Constancia y de Espira vinieron por embajadores en esta razón, y con nuevas embajadas que le enviaban de cada día le importunaban fuese a tomar el imperio. Esta tardanza entibió la afición de su parcialidad y fortificó los intentos de la parte contraria. Favorecían a don Alfonso, fuera del crédito de su virtud, porque de parte de madre venía de los emperadores de Alemania, como hijo que era de doña Beatriz, y por ella nieto de Felipe, que fue el tiempo pasado emperador.

A Ricardo ayudaba mucho la semejanza de la lengua, que no es pequeña entre ingleses y alemanes, grandes y antiguas alianzas entre aquellas dos naciones, las costumbres semejantes, además del parentesco que entre sí tenían, para que le juzgasen por idóneo y digno del imperio, en tanto grado, que en negocio dudoso parecía aventajarse algún tanto su derecho. Porque dentro de un año después de la muerte del emperador Guillermo fue puesto en su lugar en el mismo día que, de común consentimiento, los electores señalaron para la elección; dentro de otro año, de mano del arzobispo de Colonia, a quien esto pertenece, fue en Aquisgrán coronado y tomó las demás insignias del imperio, y se sentó en la silla de Carlomagno en señal de la posesión que tomaba. En conclusión, así los príncipes como los que tenían a cargo los fortalezas, le hicieron sus homenajes; las cuales cosas todas, como quier que estuviesen establecidas por las leyes que hablan en razón de elegir los emperadores, don Alfonso no las cumplió. Contra Ricardo, que a su tiempo las había todas guardado, no se podía alegar cosa alguna; así lo decían grandes letrados, fuera de que en discordia de los electores, cuando no se conforman en uno, el conde Palatino es el legítimo juez de la diferencia; por lo menos el rey de Bohemia, cuando los votos se dividen igualmente, a la parte que él se allega aquella elección es tenida por válida. Alegaban que lo uno y lo otro hacían por Ricardo, pues el conde Palatino votó por él en su nombre y del rey de Bohemia, cuyas veces tenía; y luego que él mismo supo la elección, de nuevo la aprobó.

Don Alfonso, al contrario, alegaba que su elección fue hecha en Francfordia, dentro de los muros de la ciudad, que era el lugar señalado de común consentimiento de los electores para aquella elección. Que el de Colonia y el Palatino vinieron acompañados de gran número de soldados, no

como a elección, sino como a guerra, y porque ponían espanto y parecía que querían hacer fuerza, fueron amonestados que desistiesen de aquel camino, y a ejemplo de los otros príncipes, con acompañamiento ordinario y competente entrasen en la ciudad. Cargábanles que no quisieron conformarse, antes por nueva manera y perjudicial se juntaron aparte, cosa de grandes inconvenientes, y fuera de la ciudad, como en los reales hicieron su elección. Ésta era la principal nulidad en la elección de Ricardo. Que los príncipes que estaban en la ciudad aguardaron hasta tanto que hubo esperanza que se podrían reducir a mejor consejo, y dejada aquella porfía, concordarse con la razón y con los demás; perdida la esperanza, a postrero de marzo, por voto del arzobispo de Tréveris y del duque de Sajorna, que tenía otrosí el voto del marqués de Brandemburg, que ausente estaba, como su vicario y también por voto del rey de Bohemia, cuyo embajador con derecho de votar estuvo presente en la dieta, fue elegido por rey de romanos don Alfonso, rey de Castilla.

Éstos eran los principales fundamentos de la una parte y de la otra: otros alegaban de menor cuantía, como delitos y excesos que los unos oponían contra los otros, sin que ellos se engañasen; mayormente contra el arzobispo de Tréveris se alegaba estar excomulgado, y por tanto privado de voto, a causa de nuevas y extraordinarias imposiciones que derramaba sobre sus vasallos. La otra parte contraponía que el arzobispo de Colonia hirió al cardenal de San Jorge, legado del pontífice romano, y prendió un obispo. Asimismo que el conde Palatino maltrataba en muchas maneras las personas eclesiásticas, lo cual no era lícito. Mas, que contra la sacrosanta majestad de los pontífices y de la Iglesia, en las revueltas pasadas se allegó al emperador Federico y a su hijo Conrado.

Este pleito comenzó en tiempo del papa Alejandro IV; no se pudo componer por su autoridad y juicio, como fuera justo, y los que mejor lo sentían lo deseaban, a causa que cada cual de las partes, como quier que pretendiese ser de su derecho cierto, no quería, mal pecado, pasar por juicio ni sentencia de alguno ni comprometer la diferencia, porque no pareciese con esto hacían dudosa su causa; más aína cuidaban poner el negocio en el trance de una batalla y pleitear con las armas, así suyas como de los príncipes de Alemania, sus valedores y aliados. Gran mal por esta causa se aparejaba a la cristiandad, si a ambos príncipes no detuvieran y enfrenaran otros negocios domésticos. A don Alfonso le fue impedimento estar tan lejos España; y unas dificultades que nacían y se trababan de otras le detuvieron en su reino; demás que naturalmente era irresoluto, y tenía esperanza que con artificio y maña se podría dar conclusión a aquel debate. Ricardo no pudo tomar las armas a causa que las cosas de Inglaterra andaban muy alteradas con la guerra que se hacía en Francia con todas las fuerzas de la una y de la otra nación, en especial que falleció el sexto año después que se llamó emperador. El fin en que paró toda esta contienda y su remate se declarará en otra parte más adelante.

CAPÍTULO XI
LOS GRANDES DE CASTILLA SE ALTERARON CONTRA EL REY DON ALFONSO

Tenía el rey don Alfonso condición mansa, ánimo grande, más deseoso de gloria que de deleites; era dado al sosiego de las letras y no ajeno de los negocios, pero poco recatado y de maravillosa inconstancia en su manera de proceder; codicioso de allegar dinero, vicio que si no se mira bien, causa muy graves daños, como entonces sucedió, que perdió las voluntades del pueblo y no supo ganar las de los grandes. Con deseo pues de huir el ocio, que es muy a propósito para sembrar chismes y levantar murmuraciones, tomó las armas contra el Andalucía, y divididas sus gentes, trataba con diversas bandas de apoderarse de los pueblos que quedaron en poder de moros. Él mismo ganó a Jerez; don Enrique, su hermano, a Arcos y a Nebrija, pueblo situado en los esteros de Guadalquivir por aquella parte que con grandes acogidas de agua se derrama en el Océano. En Jerez fue puesto por gobernador don Nuño de Lara, hombre de antiguo y noble linaje, más ya casi acabado por la flojedad o contumacia de sus antepasados. Ofrecíase muy buena ocasión de desarraigar por toda aquella comarca las reliquias de los moros, si no fuera que otro nuevo cuidado de una nueva guerra forzó al rey a retirarse y dejar aquella empresa.

Esto fue que Teobaldo, rey de Navarra, segundo de este nombre, ya que era mayor de edad, confiado en la ayuda del rey de Aragón, con quien poco antes renovara sus confederaciones en Montagudo, con sus gentes que juntó de todas partes trataba de acometer las tierras de Castilla. Pretendía que lo de Guipúzcoa, Álava, la Rioja y Briviesca, tierras de sus antepasados, les quitaron a tuerto los años antes y que de derecho le pertenecían. Muchos grandes de Castilla, disgustados con su rey, se pasaron a Navarra y a Aragón, renunciada primero por público instrumento la naturalidad, que era el camino que en los tiempos antiguos hallaron para que no fuesen tenidos por traidores los que se ausentaban de su patria. Estos despertaban la llama, y a aquel príncipe, mozo y feroz por la edad, instigaban para que tomase las armas. Entre estos grandes el más principal era don Diego de Haro, varón muy constante y de notables prendas en lo demás, pero que no sufría se le hiciese ningún agravio ni demasía, y que se mostraba muy ofendido por ver oprimida la libertad de la patria. La muerte cortó sus intentos, que le sobrevino en el lugar de Bañares, do era ido para curarse; mas su hijo don Lope de Haro, aunque era de pequeña edad, con grande acompañamiento de los suyos se fue a Estella, ciudad en que a la sazón se hallaba el rey de Aragón. Lo mismo hizo el infante don Enrique, disgustado de todo punto con su hermano el rey don Alfonso. Hicieron estos señoras entre sí liga contra el poder y armas de todos los príncipes.

El pueblo de Castilla y muchos grandes, dado que aún no se declaraban, sentían lo mismo de secreto. Llevaban mal que la moneda se hubiese abajado de ley, de que se siguió mayor carestía de los mantenimientos; y pretendiendo poner remedio a este daño, resultó otro mayor. Puso el rey tasa y precio a todas las cosas que se vendían y a todas las mercadurías, de que se siguió gran falta de vituallas y provisión, por no querer los que las tenían vender por aquel precio. De esta manera suelen muchas veces acarrear mayor daño las cosas que parecían haberse ordenado con mucha prudencia.

El rey don Alfonso, como era de grande ingenio y que no ignoraba cuán grande era el peligro que le amenazaba, trató de hacer asiento y pacificarse con el rey de Aragón, que sabía no estaba muy lejos de ello por andar envuelto otra vez, aunque era de grande edad, en los amores de doña Teresa Vidaura, tanto, que parecía estar olvidado de sí y de la majestad real. Viéronse en Soria; en aquella habla concertaron paces por el mes de marzo, año de nuestra salvación de 1256, en el mismo tiempo que Margarita, madre de Teobaldo, rey de Navarra, en Francia, do estaba ocupada en asentar las cosas de Campaña, falleció a 11 del mes de abril en Pervino. Fue enterrada en el monasterio de Claravalle, muy noble y conocido en aquella sazón por el crédito que tenían aquellos monjes de santidad.

El año siguiente en Toledo murió don Sancho Capelo, rey de Portugal, como se tocó arriba. El reino que por espacio de trece años había gobernado como teniente don Alfonso, su hermano, le gobernó de allí adelante con nombre de rey. Tuvo de doña Beatriz, hija del rey don Alfonso, a su hijo mayor don Dionisio, y a don Alfonso, conde de Portalegre, y demás de estos a doña Blanca, cuyo cuerpo está sepultado en las Huelgas de Burgos, donde por largo tiempo fue abadesa, y a doña Costanza, que murió de poca edad.

En este comedio don Enrique, hermano del rey, en Nebrija, do se retirara, movía, así moros como a cristianos, a levantarse. Don Nuño de Lara, alterado por estas pláticas, como era razón, y para prevenir los intentos de don Enrique, acudió a Nebrija desde Sevilla. Avisado de esto don Enrique, como no tuviese fuerzas bastantes ni ganadas del todo las voluntades de los de aquella comarca, fue forzado huirse a Valencia por mar. El rey don Jaime estaba allí ocupado en dar asiento en las cosas de aquel reino; recibióle al principio con benignidad; más por no contravenir, si le amparaba, a la alianza puesta con su hermano poco antes, le puso en necesidad de pasar en África. Desde allí, gastados cuatro años en la corte del rey de Túnez y en su compañía, pobre y miserable, dio la vuelta, primero a Francia, y después a Italia con deseo de mover guerra a su hermano, si en alguna parte hallase acogida y socorros bastantes.

El rey de Aragón, asentadas las cosas de Valencia, se fue a Montpellier con deseo de verse con el rey de Francia. Señalaron para las vistas un pueblo llamado Carbolio, en que a 11 días de mayo, año de 1258, tratadas todas sus diferencias, se reconciliaron enteramente con hacer suelta el uno al otro de todo lo que hasta aquel día cada cual poseía y se habían tomado. En particular los de Barcelona y los catalanes quedaron exentos de todo punto del antiguo señorío y jurisdicción de los reyes de Francia; homenaje usado y continuado desde el tiempo en que aquellas tierras se ganaron de los moros, dado que de muchos años atrás, fuera del nombre de estar sujetos y poner en las escrituras públicas el nombre del rey de Francia que a la sazón era y el año de su reinado, ninguna cosa podían allí ni hacían los reyes de Francia. Para que esta confederación fuese más firme se concertó desposorio entre doña Isabel, la menor de las hijas del rey de Aragón, con Felipe, hijo mayor y heredero del rey de Francia, y con ella, en nombre de dote, quedaron por los franceses Carcasona y Besiers.

Hubo este año grandes crecientes con las aguas, que continuaron desde antes del mes de agosto hasta 26 de diciembre; los ríos se hincharon y salieron de madre, con gran daño de las labranzas y de los campos. Muchas puentes cayeron en España, entre ellas la de Toledo, que se llama de Alcántara; más el siguiente año de 1259, que fue de los árabes el año 657, se reparó y reedificó. El letrero que está a la entrada de la puente sobre el arco de la puente, grabado en una piedra, de letra francesa y en lengua vulgar castellana lo declara.

CAPÍTULO XII
QUE SE PUSO ENTREDICHO EN PORTUGAL

Las cosas en España estaban sosegadas para tanta muchedumbre de príncipes como en ella reinaban, diferentes en leyes, costumbres, aficiones y voluntades. Algunas desgracias sucedieron. Doña Violante, reina de Aragón, y el infante don Alfonso, su entenado, fallecieron; los desórdenes del rey aceleraron la muerte al uno y al otro, a lo que parece. Don Alfonso llevaba mal el tratamiento que su padre le hacía y la poca estima que parecía hacer de él; como si fuera menos que los demás hermanos, ninguna mano por entonces le daba en el gobierno del reino; y para adelante con la partición que quería hacer de los estados disminuía la majestad del reino que le dejaba. Este diseño, no solo desabría en particular a don Alfonso, sino en común a los más de los grandes, en tanto grado, que dejado el rey, públicamente seguían la voz y las partes de su hijo. Para reducirlos y sosegarlos el viejo astuto poco antes de la muerte del hijo, revocada la primera donación, le entregó y puso en su poder a Valencia, que mandó anduviese siempre unida con Aragón.

La reina doña Violante llevaba mal el poder de doña Teresa Vidaura, en cuyos amores el rey desde su primera edad estuvo enredado, y dejados por algún tiempo, de nuevo era vuelto a ellos con tan grande afición, que parecía estar enhechizado con bebedizos. Por el albedrío de esta mujer y por su antojo gobernaba las cosas particulares y públicas. A la verdad este príncipe fue dado a deshonestidad y maltrato hasta la postrera edad; olvidado de su deber, no consideraba lo que por la fama se decía de él. Llegó el desorden a que así el tiempo pasado como adelante, muerta la reina doña Violante, la tuvo con la majestad y estado poco menos que si fuera reina. Ella misma una y dos veces puso al rey pleito delante del romano pontífice sobre la corona. Acusábale la palabra que decía le dio de casamiento, como arriba queda dicho. Nacieron de doña Teresa don Pedro, que fue señor de Ayerbe, y don Jaime, señor de Ejerica.

La reina doña Violante fue sepultada en Valbuena en un monasterio de monjas de la orden de San Bernardo, que está en Cataluña; don Alfonso en Valencia, en la iglesia mayor en la capilla de Santiago. Zurita, noble escritor de la historia de Aragón, dice que en el monasterio de Veruela del Císter.

Teobaldo, rey de Navarra, después que su madre murió en Francia, conservó y defendió el principado de Campaña, que muchos señores de Francia pretendían con las armas tomar para sí. Hecho esto, casó con doña Isabel, hija menor de san Luis, rey de Francia, que le dio su padre por mujer de buena gana. En Melun, pueblo de los senones, puesto en una isla pequeña que hace el río Secana, y de la una parte y de la otra del río, donde también hay edificios, se celebraron las bodas, más alegres en los principios que en lo de adelante por la esterilidad de la reina. Tuvo este rey en doña Marquesa de Rada fuera de matrimonio una hija, que tuvo el mismo nombre que su madre, y adelante casó con don Pedro, hijo del rey de Aragón, habido en doña Teresa, como queda dicho.

Matilde, condesa de Boulogne, sabida la muerte de don Sancho, rey de Portugal, acudió por mar a aquella provincia para pretender el derecho de su antiguo matrimonio, si por ventura don Alfonso, su marido, pudiese últimamente mudar su dañada intención. Llegó a Cascaes muy cerca de Lisboa; dende sin que el rey le diese lugar para poderle hablar, fue forzada a dar la vuelta. Escribióle empero una carta de este tenor:

«Llegara más cerca y reprendiera en tu presencia tu felonía, que fuera bastante recompensa del afán que en el viaje he tomado; pero pues no me das lugar para esto, y como ingrato y cruel no pudiste sufrir nuestra presencia o por estar herido de los aguijones de la conciencia y poseído del demonio, no dejaré en ausencia de hacer esto, y dar testimonio con esta carta a todo el mundo del justo dolor que tengo y del agravio que me haces, que será una perpetua memoria de tu deslealtad e impiedad. Son ordinariamente ásperos los remedios que para las enfermedades son saludables;

yo también escribo con gemidos y contra mi voluntad estas cosas. Mas si va a decir verdad, yo te recibí cuando eras pobre, sin tierra, sin bienes, sin esperanza, estoy por decir un hombre bárbaro; y esto en mi casa y por marido. ¡Oh demasía mía, diré, o de los míos, o de los unos y de los otros y necia credulidad! Nuestra opinión y el crédito que de tu lealtad teníamos nos engañó para que, en cambio de que te dimos más de lo que pedías y mayores cosas que esperabas, hicieses burla de nos. Acuérdome cuando jurabas que no podías vivir sin mí no más que sin tu ánima. ¿Ésta es la religión? ¿Esta es la constancia? ¿Qué es esto? Con el reino sin duda has perdido el juicio y te has fementido, mudado en otro varón. Olvidado de mí y sin memoria del beneficio recibido, estás ocupado en nuevos amores de la que es forzoso se llame combleza, pues el primer matrimonio dura, y el nuevo es ninguno. ¿Descontentáronte nuestro linaje, la hermosura, la edad, las riquezas? O lo que es más cierto, ¿los reyes tenéis por santo y por honesto lo que os viene más a cuento para reinar? Yo todavía soy viva, y viviré hasta tanto que mueva contra ti las armas de los príncipes y los odios de todas las naciones; como bestia fiera perecerás agarrochado de todos. El corazón me da que la divina venganza está sobre tu cabeza, y que muy presto llegará. El que al presente, feroz con la maldad y muy contento desprecias nuestras lágrimas, en breve, afligido con todos los tormentos, pagarás justísimamente la pena de nuestro dolor y de tu impiedad. Con esta sola esperanza en estos trabajos me sustentaré, la cual cumplida o perdida, de buena gana dejaré la vida; más de tal manera la dejaré, que claramente se entienda faltó tu deslealtad a lo que era razón y a lo que pensábamos, más aina que a nos la virtud y esfuerzo necesario.»

No se movió el ánimo obstinado del rey don Alfonso por esta carta, antes públicamente se gloriaba que el día siguiente se tornaría a casar y celebraría nuevo matrimonio, si entendiese era a propósito para conservar su reino. Matilde dio la vuelta mal enojada contra el rey; echaba sobre su cabeza grandes maldiciones. En Francia se fue a ver con el santo rey Luis para tratar de vengar aquel agravio. Al pontífice romano Alejandro IV envió sobre el caso sus embajadores. En el francés halló poca ayuda por estar su reino tan lejos. El padre santo amonestó a don Alfonso y le protestó que volviese al primer matrimonio, y recibiese en su gracia y se reconciliase con Matilde, su primera mujer. Advirtióle cuánto peligro corría su salvación; que no debía con obras tan malas irritar a Dios. A estas voces y amonestaciones las orejas del rey estaban tapadas, obstinado el ánimo; la codicia y ambición, consejeros malos, le ponían telarañas delante los ojos para que no viese la luz. El pontífice, porque no quería obedecer, le excomulgó, puso entredicho en todo el reino de Portugal, que dicen duró doce años, porque ni el rey se quería enmendar, ni los pontífices que se siguieron aflojar en la justa indignación y castigo. Los pueblos inocentes pagan la pena de los excesos que hacen los reyes; así van las cosas humanas, así lo lleva la condición de nuestra mortalidad.

Por lo demás, el rey don Alfonso era de condición mansa y tratable, muy amigo de justicia. Quitó en toda la provincia los salteadores y libertad de hacer mal, ca por la revuelta de los tiempos y por la flojedad del rey don Sancho prevalecían en todas partes los males. Ordenó leyes, estableció fueros, tuvo con cierta igualdad trabados entre sí los mayores con los medianos, y con estos los más bajos del pueblo. Esto en su casa y en el gobierno. En la guerra no tuvo menor esfuerzo; con sus armas y por su diligencia se ensancharon los términos de su estado. Ganó de los moros a Faro, Algeciras, Albufera y otros pueblos por la comarca de Silves. Fundó y pobló de nuevo a Castro, Portalegre, Estremoz. La ciudad de Beja y otros muchos pueblos y castillos, que por la revuelta del tiempo pasado estaban por tierra o maltratados, los reparó y reedificó.

Hay también muestras de su piedad; en Lisboa un excelente monasterio, que por estos tiempos fundó y llevó al cabo, del orden de Santo Domingo. En Santaren otra de monjas de Santa Clara, que edificó a sus expensas desde los cimientos. La liberalidad que usaba con los pobres era tan grande, que muchas veces, consumidos los tesoros, para juntar dinero y remediarlos empeñaba las alhajas y joyas de su casa.

A don Alfonso, rey de Castilla, cuya fama volaba por todo el mundo, vinieron por el mismo

tiempo embajadores del sultán de Egipto; traíanle mucha ropa, preciosos tapices y alfombras que le presentaron; demás de esto, animales muy extraordinarios y nunca vistos en España. Fue esto el año de 1260; en este año una villa de Guipúzcoa, parte de lo que llamamos Vizcaya, mudó el nombre antiguo de Arrasata en el de Mondragon, como se ve por un privilegio del mismo rey don Alfonso de los más antiguos que se hallan escritos en lengua española; porque fue el primer rey de España que en lugar de la lengua latina, en que se escribían las escrituras públicas, mandó se usase la española.

Hay otrosí una bula del papa Alejandro IV, duda en Anagni a 18 de marzo, el quinto año de su pontificado, en que manda que la ciudad de Segorbe, que por este tiempo se ganó, esté sujeta al obispo de Albarracín, que se llamaba obispo de Segorbe aún antes que aquella ciudad fuese de los moros ganada. Hay otra bula del mismo pontífice, dada el sexto año de su pontificado, que es el en que vamos, en que mandaba que el obispo de Segorbe, que lo era en aquel tiempo también de Albarracín, sea sufragáneo de la iglesia de Toledo. Opúsose don Arnaldo de Peralta, obispo de Zaragoza; alegaba que parte de aquella diócesis era de su iglesia. El pontífice, vista la resistencia, moderó la primera concesión con otra bula, en que declara ser su voluntad que a los obispos de Zaragoza, no obstante lo susodicho, quedasen salvos sus derechos. El punto de esta diferencia consistía principalmente sobre la palabra Segóbriga. Constaba que una ciudad de este nombre fue antiguamente sufragánea de Toledo; pero la tal ciudad estaba en la Celtiberia; la Segóbriga, es a saber, Segorbe, de que se trataba y sobre que andaba el pleito, alegaban los aragoneses estar en los edetanos, bien apartada de la otra. Este parecer, contra lo que tenían antes determinado, prevaleció finalmente los años adelante.

El de 1261, a los 27 de octubre, falleció don Sancho, arzobispo de Toledo. Entró en su lugar Pascual o Pascasio, que era deán de aquella iglesia, el mismo que llevó la cruz delante el arzobispo don Rodrigo en las Navas de Tolosa. Fue natural de Almoguera, pueblo del Alcarria. Debía ser muy viejo, y así parece murió electo por junio luego siguiente. Su sepultura está en la capilla de Santa Lucía, iglesia mayor de la misma ciudad.

CAPÍTULO XIII
CÓMO LOS REYES DE ARAGÓN Y DE SICILIA EMPARENTARON

Falleció en Tarento, ciudad en lo postrero de Italia, algunos años antes de este tiempo el emperador Federico, aquel cuyo nombre por haber perseguido a los pontífices romanos fue aborrecido en los siglos adelante y siempre tenido por infame. Su hijo Conrado, que le sucedió en sus estados, cuatro años adelante, como de Suabia hubiese pasado en Italia y en Sicilia, dio fin a sus días de su muerte natural, o lo que se dijo por la fama, con hierbas que le dio Manfredo, su hermano bastardo. Éste, no obstante que el difunto nombró por su heredero a Conradino, su hijo, habido en una hija del duque de Baviera, que por ser de pequeña edad le dejara en Suabia, provincia de Alemania, encendido en deseo de reinar, y no haciendo caso por su pequeña edad de su sobrino, se apoderó con las armas y por fuerza de Sicilia y del reino de Nápoles contra derecho y contra voluntad de los pontífices romanos, cuyo feudo eran aquellos reinos desde su primera institución, y que por esta causa claramente amenazaban, si no desistía, le harían todo mal y daño; más él no hacía caso ni se movía por estas palabras, ni temía las censuras eclesiásticas, ni aún hacía caso ni tenía cuenta con la fama que de sus cosas corría; el deseo que tenía de reinar lo atropellaba todo. Antes hizo guerra en Toscana, donde era grande el poder de los güelfos, parcialidad aficionada a los papas, de la cual provincia fácilmente, vencidos los contrarios, se apoderó. Con estos principios y aumento las cosas de Manfredo se aseguraron de tal guisa, que con dificultad se pudieran mudar en contrario, si el señorío y estado ganado por malas mañas pudiera ser duradero. Los papas intentaban todos los caminos para abatir aquel reino que contra justicia y contra razón se fundara. Enviaron predicadores por todas las partes,que no cesaban de reprenderle en sus sermones, como impío y enemigo de la religión cristiana. Poca ayuda tenía el papa en los demás príncipes y poco le prestaban todas aquellas diligencias.

Carlos, hermano legítimo de san Luis de Francia, y él por sí conde de Anjou y de la Provenza, fue convidado a pasar a Italia con esperanza que se le dio de hacerle rey de Sicilia. Manfredo, avisado de estas pláticas e intentos y visto, si esto se hacía, cuán gran riesgo corrían sus cosas, trataba para afirmarse de buscar socorros de todas partes, y porque los cercanos le faltaban, determinó acudir a los de lejos.

En primer lugar acometió a aliarse con don Jaime, rey de Aragón, cuya fama de sus hazañas y la gloria de las cosas por él hechas volaba de tiempo atrás por todas partes. Parecióle para más obligarle trabar con él parentesco. Ofreció a Costanza, su hija, para que casase con don Pedro, su hijo mayor y heredero. Envió sobre el caso embajadores a Barcelona. Al rey de Aragón no le parecía aquel partido de menospreciar, mayormente que con la doncella de presente le ofrecían de dote ciento veinte mil ducados, suma muy grande para aquel tiempo, demás de la esperanza cierta de heredar el reino de Sicilia y juntarle con el de Aragón a causa que Manfredo no tenía hijos varones.

Asentado el negocio y concertado, despachó en embajada al pontífice Alejandro fray Raimundo de Peñafuerte, de la orden de Santo Domingo, varón prudente, erudito y santo, para que con la mucha autoridad que tenía reconciliase con el pontífice a Manfredo y se compusiesen las diferencias pasadas. El pontífice no se movió por las palabras ni razones de fray Raimundo, antes hizo grandes amenazas contra Manfredo. Cargóle que no sólo contra justicia tenía usurpados aquellos estados, sino que era bastardo y hombre impío; avisábale de muchos excesos, en particular que publicó fingidamente que era muerto Conradino, su sobrino; por engaño y por este camino se apoderó del reino y tomó las armas contra la Iglesia. «*No se puede,* dice*, ni se debe conceder alguna cosa al que hace guerra y tiene empuñadas las armas; por ventura se podría condescender en algo, si con humildad rogase. Esto dirás a tu rey, y amonéstale de mi parte que no mezcle sus cosas con un hombre tan malvado; que de otra manera podrá temer la venganza de Dios y nuestra indignación, que en la tierra tenemos sus veces.*»

Esta respuesta tuvo dudoso y suspenso el ánimo del rey de Aragón; pero prevaleció el provecho y útil contra lo que fuera razón y honesto. Hiciéronse los desposorios en Montpellier en la iglesia de Santa María el año 1262 con toda muestra de alegría, juegos y regocijos. De allí, vuelto el rey a Barcelona, a 21 del mes de agosto dividió entre sus hijos sus reinos y estados en esta forma. Cataluña desde el Cabo de Creus, que los antiguos llamaban promontorio de Venus, y todo Aragón y Valencia se adjudicó a don Pedro, su hijo; a don Jaime lo de Rosellón, lo de Cerdaña, Colibre, Confluencia, Valespira, a tal que por las dichas ciudades fuese sujeto al rey de Aragón y le hiciese homenaje. Demás de esto, que todas ellas se gobernasen por las leyes de Cataluña, y no pudiesen en particular y por su autoridad batir moneda. Demás de esto le dio a Mallorca con título de rey y a Montpellier en la Francia. Por esta manera puso el padre en paz a los dos hermanos, que comenzaban a tener diferencias sobre la sucesión y juntamente alborotarse. Los grandes, divididos en bandos, sin cuidado ninguno de hacer el deber, antes con deseo cada cual de adelantarse y mejorar sus haciendas, avivaban el fuego y la llama de la discordia entre aquellos dos príncipes, mozos y hermanos.

CAPÍTULO XIV
QUE LOS MERINOS SE APODERARON DE ÁFRICA

Entre tanto que estas cosas se hacían en España, una nueva guerra muy grave y la mayor de todas las pasadas parecía de presente amenazarla, a causa de un nuevo imperio que se fundó estos años en África. Vencidos los almohades y muertos, el linaje de los merinos levantaba por las armas y despertaba el antiguo esfuerzo de su nación, que parecía estar abatido y flaco por la flojedad de los reyes pasados. Trataban otrosí de pasar la guerra en España con esperanza cierta de reparar en ella la antigua gloria y el imperio de su nación, que casi estaba acabado. Después que Mahomad, por sobrenombre el Verde, fue por las armas de los cristianos vencido en las Navas de Tolosa, y después que murió de su enfermedad, sucedió en su lugar Arrasio, su nieto, hijo de Busafo, que finó en vida del rey, su padre, en tiempo que el imperio de los almohades se extendía en África desde el mar Atlántico, que es el Océano, hasta la provincia de Egipto. Pusieron por gobernador de Tremecén, ciudad puesta a las marinas del mar Mediterráneo, en nombre del nuevo rey un moro, llamado Gomaranza, del linaje de los moros abdalveses, muy noble y poderoso en aquellas partes.

Éste, por hacer poco caso de su rey o por fiarse mucho de sus fuerzas, fue el primero que se determinó de empuñar las armas contra él. Arrasio acudió con su ejército a aquellas alteraciones, pero fue muerto a traición. Ningunas asechanzas hay más perjudiciales que las que se arman debajo de muestra de amistad; un pariente de Gomaranza, que salió del castillo con muestra de dar aviso al rey de lo que pasaba, fue el que le dio la muerte y el ejecutor de tan grave maldad. Muerto el rey, las gentes que le seguían fueron vencidas y desbaratadas con una salida que el traidor levantado hizo del castillo Tremesesir, en que el rey le tenía cercado. Los que escaparon de la matanza se recogieron a Fez, que caía cerca de aquella parte de África que se llama el Algarve, que es lo mismo que tierra llana. Recogió y acaudilló estas gentes Búcar Merino, gobernador que era de Fez, confiado y deseoso de vengar a su señor; con que en una nueva batalla deshizo a los traidores, y en premio de su trabajo y porque no pareciese hacía la guerra con su riesgo y en provecho de otro, se determinó mudar el nombre de gobernador en apellido de rey y apoderarse para sí y para sus descendientes, como lo hizo, del imperio de África. Por esta manera, no vengada la traición, sino trocado el traidor, Búcar Merino se hizo fundador de un nuevo imperio en África. Porque Almorcanda, que era del linaje de los Almohades, y en Marruecos sucediera en lugar de Arrasio, como saliese en busca de Búcar, fue vencido en una batalla cerca de un pueblo llamado Merquesona, que está una jornada de la ciudad de Fez. Resultó que de un imperio en África se hicieron dos, que duraron por algún tiempo, el de Marruecos y el de Fez.

A Búcar sucedió su hijo Hiaya. Por muerte de éste, que falleció en su pequeña edad, su tío Jacob Abenjuzef, que gobernaba el reino en su nombre, hombre de gran ingenio y de gran experiencia en las armas, no sólo quedó por señor de lo de Fez, sino con facilidad increíble ganó para su familia y descendientes el imperio de Marruecos y casi de toda la África. Ninguna nación hay en el mundo más mudable que la africana, que es la causa porque ningún imperio ni estado puede entre aquella gente durar largo tiempo.

Budebusio, que era del linaje de los almohades, moro de grande poder, por estar sentido que Almorcanda le hubiese sido preferido para ser rey de Marruecos (que no era más pariento que él ni tenía deudo más cercano con los reyes almohades difuntos), se determinó probar ventura si podía salir con aquel imperio, y como le faltasen las demás ayudas, acudió a Jacob, rey de Fez. Prometiole, si le ayudaba, más tierras de las que tenía y en particular todo lo que hay desde tierra de Fez hasta el río Nadabo. No era de desechar este partido, en especial que se ofrecía ocasión por la discordia de los almohades de apoderarse él de todo el imperio de África, bastante motivo para intentar la nueva guerra. Así que, juntadas sus gentes, marcharon contra el enemigo. Almorcanda, que no estaba bien arraigado en el imperio ni tenía fuerzas bastantes, desamparada la ciudad de Marruecos, dejó tam-

bién el reino a su contrario.

Con esta victoria apoderado de aquel estado, no quiso pasar por lo que concertó con Jacob, aunque muchas veces le hizo sobre ello instancia, y ordinariamente los que en el peligro se muestran más humildes, en la prosperidad usan de mayor ingratitud, en tanto grado, que el nuevo rey Budebusio daba muestras de querer acometer con las armas la ciudad de Fez. Por esta manera una nueva guerra se despertó y se hizo por espacio de tres años. El pago de quebrantar la palabra fue que Jacob, ganado que hubo una victoria de su enemigo y contrario, se apoderó de Marruecos; después de esto, como quier que todo le sucediese prósperamente, quedó por rey de toda África, sacadas dos ciudades, la de Tremecén y la de Túnez. En aquella revuelta dos señores del linaje y secta de los almohades las tomaron, y con las fuerzas de su parcialidad y por caer lejos, así ellos como sus descendientes las defendieron con nombre de reyes, bien que de poco poder y fuerzas. De este linaje sin que faltase la línea descendió Mulease, rey de Túnez, aquel que pocos años ha echado de su reino, si con justicia o sin ella no hay para qué tratarlo aquí, pero ahuyentado y que andaba desterrado sin casa y sin ayuda, el emperador Carlos V con las armas y poder de España le restituyó en el reino de sus padres después que echó de Túnez con una presteza admirable a Aradieno Barbarroja, gran corsario, por merced de Solimán, emperador de los turcos, y en su nombre señor de aquella ciudad y reino; ocasión, a lo que parecía, para hacer que toda África volviese al señorío da cristianos.

CAPÍTULO XV
QUE SE RENOVÓ LA GUERRA DE LOS MOROS

Estos eran los linajes de los moros que estaban apoderados de África. En España Mahomad Alhamar era rey de Granada, de Murcia Hudiel; pequeñas sus fuerzas, muy menoscabada la majestad de su estado, y el uno y el otro eran tributarios de don Alfonso, rey de Castilla. Estos, cansados de la amistad de los nuestros y con esperanza del socorro de África a causa que el nombre de Jacob, rey de Marruecos, comenzaba a cobrar gran fama, trataron entre sí de levantarse. Los que poco antes eran competidores y enemigos muy grandes, al presente se confederaron e hicieron alianza, como suele acontecer que muchas veces grandes enemistades con deseo de hacer mal a otros se truecan en benevolencia y amor; quejábanse de los agravios que se les hacían, de los tributos muy graves que pagaban, de la miseria de su nación; que se hallaban reducidos a grande estrechura y a un rincón de España los que poco antes eran espantosos y bienaventurados. Que no les quedaba sino el nombre de reyes, vano y sin reputación; miserable estado, servidumbre intolerable estar sujetos a las leyes de aquellos a quien antes las daban. Además, que cuidaban no pararían los cristianos hasta tanto que, con el odio que les tenían, echasen de España las reliquias que de su gente quedaban. Menguado y envejecido el esfuerzo con que sus antepasados vinieron a España, lo que ellos ganaron no lo podipían sustentar sus descendientes; falta y afrenta notable. Concluían que el linaje de los merinos nuevamente se despertara en África, y allí prevalecían; que sería a propósito hacerlos pasar en España, pues ellos solos podían dar remedio y reparar sus pérdidas y trabajos. Trataban estas cosas en secreto y por embajadores, porque si el negocio fuese descubierto, no les acarrease su perdición, por no estar aún apercibidos de fuerzas bastantes.

El rey don Alfonso, o por no ignorar estas pláticas e intentos, o con deseo de desarraigar los moros de todo punto de España, de día y de noche pensaba cómo volvería a la guerra contra ellos. Pretendía con las armas en el Andalucía sujetar algunas ciudades y castillos que rehusaban obedecer y no se le querían entregar, y era razón sujetarlos. Para este efecto el pontífice máximo Alejandro IV dio la cruzada, que era indulgencia plenaria para todos los que, tomada la señal de la cruz, fuesen a aquella guerra y la ayudasen a sus expensas.

Tratóse con los reyes comarcanos que enviasen socorros, y en particular por sus embajadores pidió al rey de Aragón, con quien tenía más parentesco que con los demás, diese licencia a sus vasallos para tomar las armas y con ellas ayudar intentos tan santos, pues constaba que en la confederación hecha en Soria poco antes quedó este punto asentado. El rey de Aragón, ni precisamente negó lo que se le pedía, ni otorgó con ello absolutamente; sólo sacó de esta cuenta a los señores que por sus estados o por tirar gajes de él los tenía obligados; pero concedió que, así los vasallos de éstos como los demás del pueblo, si quisiesen, pudiesen tomar para el dicho efecto las armas y alistarse. Pretendía en esto este príncipe, como viejo y astuto, que los grandes, de cuya voluntad no estaba muy asegurado, si pasaban a Castilla, no se apercibiesen de fuerzas y ayudas contra él. Con esta respuesta el rey don Alfonso se irritó en tanta manera, que dejada la guerra de los moros, trataba de emplear sus fuerzas contra Aragón; detúvole de romper el respeto del provecho público y el deseo que tenía de dar principio a la empresa contra los moros. Con esta determinación los castillos que en la confederación de Soria quedó concertado diese para seguridad, y hasta entonces se dilatara, sin embargo, por la instancia que sobre ello le hacían, los entregó a don Alfonso López de Haro; para que los tuviese en fidelidad le alzó el homenaje, como era necesario, con que estaba obligado a los reyes de Castilla. Los castillos eran Cervera, Ágreda, Aguilar, Arnedo, Autol.

Entre tanto que con estas contiendas se pasaba la buena ocasión de comenzar la guerra, los moros, que no ignoraban dónde iban a parar tantos apercibimientos, acordaron ganar por la mano y se apoderaron del castillo de Murcia y de otros pueblos por aquella comarca en que tenían puestas guarniciones de cristianos. Sobornaron otrosí a los moros de Sevilla que con engaño o por fuerza

dentro del palacio real matasen al rey. Como este intento se estorbase porque los santos patrones de España apartaron tanto mal, ellos con gentes que de todas partes juntaron, por otra parte acometieron las tierras de cristianos con tal denuedo y prisa, que la ciudad de Jerez, Arcos, Béjar, Medina Sidonia, Roda, Sanlúcar, todos estos pueblos volvieron en un punto a poder de moros. En esta guerra se señaló mucho el esfuerzo y lealtad de Garci Gómez, alcaide de la fortaleza de Jerez, que, muertos o heridos todos los soldados que tenía de guarnición, no quiso todavía entregar la fortaleza ni le pudieron persuadir a hacerlo por ningún partido que le ofreciesen, puesto que ninguna esperanza le quedaba de poderla defender; hombre señalado y excelente. Los moros, maravillados de tan grande esfuerzo, sin mirar que era enemigo, con deseo que tenían de salvar la vida al que de su voluntad con tanta obstinación se ofrecía a la muerte, con un garfio de hierro que le echaron le asieron, y derribado del adarve, con gran diligencia y humanidad le hicieron curar las heridas y le salvaron la vida.

El rey don Alfonso, que era ido a lo más dentro de España con intento de aprestar lo necesario para la guerra, el año siguiente acudió con gentes a aquel peligro. En este viaje no lejos de las ruinas de Alarcos, en una aldea que se llamaba el Pozuelo de San Gil, en los oretanos, una legua del río Guadiana, en un muy buen sitio rodeado de muy fértiles campos y apacibles, por la comodidad del sitio fundó un pueblo bien grande con nombre de Villarreal, nombre que adelante don Juan el Segundo, rey de Castilla, le mudó en el que hoy tiene de Ciudad Real. Pretendía en esto el rey que, por estar este pueblo asentado en la raya del Andalucía, sirviese como de un fuerte baluarte para impedir las entradas de los bárbaros y para que desde allí los nuestros hiciesen correrías y cabalgadas. De aquel lugar pasó a tierra de moros; con su entrada todos los pueblos y campos por do pasaba fueron trabajados; en especial el año 1263 los moros en todos los lugares padecieron mucho mal y daños sin cuento. En este año gran número de soldados aventureros acudieron, convidados de la franqueza que les prometían de un tributo que se llamaba martiniega, a tal que con armas y caballo cada un año por espacio de tres meses a su costa siguiesen la guerra y los reales del rey.

Los reyes moros por entender que no podrían ser bastantes para tan grande avenida de los nuestros, tan gran pujanza y tantos apercibimientos, lo que antes intentaron y lo tenían acordado, de nuevo y con mayor instancia importunaron al rey de Marruecos para que les ayudase en la guerra. Declaráronle por sus embajadores el riesgo grande en que se hallaban si no les acudía brevemente. Oyó aquel rey su demanda y otorgó con ellos; envióles mil caballos ligeros de África, los cuales con cierto motín que levantaron pusieron en peor estado las cosas de los moros, tanto, que Jerez con todos los demás pueblos que antes se perdieron volvieron a poder del rey don Alfonso. Junto al puerto de Santa María, que los antiguos llamaron puerto de Mnesteo, se edificó un pueblo de aquel nombre, reparados los edificios antiguos, cuyas ruinas y paredones todavía quedaban como rastros de su grandeza y antigüedad. En Toledo otrosí a expensas del rey se edificó la iglesia de Santa Leocadia detrás del alcázar.

Concluidas estas cosas, el año de 1264 volvió el rey a Sevilla; las gentes, porque se llegaba el invierno, parte enviaron a invernar, los más con licencia que les dieron se volvieron a sus casas. La fama, que suele hacer todas las cosas mayores, corría a la sazón, y por dicho de muchos se divulgaba que los enemigos llamaban de África, no ya socorros, sino ejército formado, cuidadosos de la guerra que los fieles les hacían y con esperanza cierta de reparar su antiguo imperio en España. Estas nuevas y rumores pusieron en grande cuidado a los castellanos y aragoneses, que estaban más cercanos al peligro y eran los primeros en quien descargaría aquella tempestad y contra quien se enderezaban las fuerzas de los contrarios. El rey don Alfonso, aquejado del recelo de esta guerra, fue el primero que convidó al rey don Jaime de Aragón para que juntase con él sus fuerzas. Que pues el peligro era común y aquellas gentes amenazaban a ambas naciones y coronas, era justo que de entrambas partes se acudiese al reparo. Que si no le movía el parentesco y amistad, a lo menos le despertase el peligro y afrenta de la religión cristiana. Don Pedro Yáñez, maestre de Calatrava, enviado

con esta embajada, en Zaragoza a los 7 de marzo propuso lo que por su rey le fue mandado; llevaba cartas de la reina doña Violante, en que suplicaba a su padre con grande instancia ayudase a la cristiandad, a ella, que era su hija, y a sus nietos en aquel aprieto. Era cosa muy honrosa al rey don Jaime que un rey tan poderoso se adelantase a pedirle socorro y a convidarle que hiciesen liga.

Las cosas de Aragón no estaban sosegadas ni sus hijos bastantemente apaciguados en la discordia que entre sí tenían; los grandes del reino divididos en estas parcialidades, y el pueblo otro que tal; de que resultaban latrocinios y libertad para toda suerte de maldades y desafueros tan grandes, que forzó a las ciudades puestas en las montañas de Aragón a ordenar entre sí hermandades para reprimir aquellos insultos, y con nuevas leyes y severas que se ordenaron hacer rostro al atrevimiento de los hombres facinerosos; la grandeza de los castigos que daban a los culpados hacía que todos escarmentasen. Por cualquier delito, puesto que no muy grande, daban pena de muerte. Los pecados ligeros castigaban con azotes o con otra afrenta, con que los malhechores quedaban castigados, y la grandeza de la pena avisaba a los demás que se guardasen de pecar.

Demás de esto, las voluntades de los grandes estaban enajenadas del rey; extrañaban mucho que las honras y cargos se daban a hombres extraños o bajos; que los fueros no se guardaban ni la autoridad del justicia de Aragón, que está por guarda de su libertad y leyes; que con los tributos, no sólo el pueblo, sino también los nobles y hidalgos, se hallaban cargados y oprimidos; que antes sufrirían la muerte que pasar por que les quebrantasen sus fueros y derecho de libertad. Éstas eran las quejas comunes. Demás de esto, cada cual donde le apretaba el calzado tenía su particular dolor y desabrimiento. Por esta causa como el rey en Barcelona para juntar dinero pidiese en las Cortes le concediesen el bovático, don Ramón Folch, vizconde de Cardona, hizo contradicción con grande resolución y porfía. Afirmaba que si el rey no mudaba estilo y desistía de aquellos agravios, no mudaría él de parecer ni se apartaría de aquel intento. Hiciéralo como lo decía, si los otros caballeros no le avisaran que en mala sazón alborotaba la gente, que era mejor aguardar un poco de tiempo que dejar pasar aquella buena coyuntura de ayudar al común, principalmente que con el ejemplo de los catalanes convenía mover a los aragoneses, gente más determinada y más constante en defender sus libertades.

Tuviéronse Cortes en Zaragoza pon el mismo intento de juntar dinero; pero gran parte de los señores y nobleza hicieron contradicción a la voluntad del rey. Fernán Sánchez, hijo del rey, y don Simón de Urrea, su suegro, fueron los que más se señalaron como caudillos de los alterados. Pasaron tan adelante, que dejadas las Cortes, se aliaron entre sí en Alagón contra las pretensiones y fuerzas del rey. La cosa amenazaba guerra y mayores males, si no fuera que personas religiosas se pusieron de por medio para que la diferencia se compusiese por las leyes y tela de juicio sin que se pasase a las manos y a rompimiento. El mismo rey, fuese de corazón o fingidamente, no rehusaba, a lo que decía, enmendar todo aquello en que hasta entonces le cargaban; como prudente que era y mañoso consideraba que la furia de la muchedumbre es a manera de arroyo, cuya creciente al principio es muy brava y arrebatada, pero luego se amansa. Hiciéronse treguas. Señaláronse jueces sobre el caso, que fueron los prelados de Huesca y de Zaragoza, que con su prudencia compusieron aquellos debates; sobre todo la astucia de rey, que daba la palabra de hacer todo aquello que pretendían y sobre que aquellos nobles andaban alborotados.

Sosegado el alboroto, se hicieron levas de soldados para comenzar por aquella parte la guerra, año de nuestra salvación de 1265. El rey don Alfonso con sus gentes entró por las tierras de Granada muy pujante. El rey don Jaime se encargó de hacer la guerra contra el rey de Murcia. Todo lo hallaron más fácil que pensaban, ca no hallo que de África viniese algún número de gente señalado; la causa no se sabe, sino que no hay que fiar en los moros ni en sus promesas, que tienen la fe colgada de la fortuna y de lo que sucede. El rey don Jaime, por la parte del reino de Valencía entrado que hubo en las tierras de Castilla, ganó a Villena de los moros, y se la restituyó a don Manuel, hermano del rey don Alfonso de Castilla, que era yerno tuyo, casado con doña Constanza, su hija; después de

esto sujetó a Elda, Orcelis y a Elche con otros muchos lugares que por aquella comarca quitó a los moros, parte por fuerza, parte que se le entregaron. Demás de esto, pasado el río de Segura, atajó las vituallas que llevaban los moros a Murcia en dos mil bestias de carga con buena guarda de soldados. En el entretanto el rey don Alfonso no se descuidaba en la guerra contra los moros de Granada, y en hacer todo el mal y daño a los pueblos y campos circunstantes, tanto, que los puso en necesidad de pedir a los nuestros se renovase la antigua confederación.

Los reyes don Jaime y don Alfonso para tomar su acuerdo en presencia sobre lo que a la guerra tocaba de propósito por la comodidad del lugar se juntaron en la ciudad de Alcaraz. Estuvo presente a estas vistas la reina doña Violante. Detuviéronse algunos días; y concertado lo que pretendían y hechas sus avenencias, volvieron a la guerra. Las gentes de Aragón, como apercibidas de todo lo necesario, de Orcelis marcharon la vía de Murcia y se pusieron sobre ella por el mes de enero del año 1266. Está aquella ciudad asentada en un llano en comarca muy fresca por do pasa el río de Segura, y sangrado con acequias, riega así bien los campos como la ciudad, que está en gran parte plantada de moreras, cidros y de naranjos y de toda suerte de agrura, y representa un paraíso en la tierra. En nuestro tiempo el principal esquilmo y provecho es el que se saca de la seda, fruto de que se sustenta casi toda la ciudad. Estaba entonces muy pertrechada y fortificada; no sólo tenían aquellos ciudadanos cuenta con la recreación, sino se pertrechaban para la guerra, en particular tenían muy buena guarnición de soldados, así temían menos al enemigo; por el mismo caso los aragoneses sospechaban que el cerco duraría largo tiempo. Al principio se hicieron algunas escaramuzas con salidas que hacían los moros, en que siempre los cristianos se aventajaban. No pasó mucho tiempo que los moros por la buena maña del rey de Aragón, perdida la esperanza de poderse defender, se rindieron a partido y entregaron la ciudad.

Por otra parte, entre el rey don Alfonso y los de Granada en una junta que tuvieron en Alcalá de Benzaide se hizo confederación y concierto debajo de estas condiciones: el rey de Granada se aparte de la liga y amistad del rey Hudiel de Murcia; pague en cada un año cincuenta mil ducados, corno antes acostumbraba; al contrario el rey don Alfonso alce la mano de amparar en su daño los señores moros de Guadix y de Málaga, a tal empero que el rey moro les otorgue treguas por espacio de un año; al rey de Murcia, si acaso viniese a poder de cristianos, se le haga gracia de la vida.

Tomado este asiento, el rey don Alfonso, con deseo de tomar la posesión de la ciudad de Murcia, vuelto ya el rey don Jaime, luego que la rindió, a su tierra, se apresuró para ir allá. En este viaje, en el lugar de Santisteban, Hudiel, rey de Murcia, le salió al encuentro, y echado a sus pies, pidió perdón delo pasado. Confesaba su yerro y su locura que le despeñó en aquellos males. Pedía tuviese misericordia de su trabajo y de tantas miserias como eran las en que se hallaba. Por esta manera fue recibido en gracia y perdonado; más que de allí adelante no fuese ni se llamase rey, y se contentase con las heredades y rentas que le señalaron para sustentar la vida. El nombre de rey se dio a Mahomad, hermano de aquel Abenhut, de quien arriba se dijo fue muerto en Almería. Dejáronle solamente la tercera parte de las rentas reales, y que con lo demás acudiese al fisco real de Castilla. Éste fue el remate de esta guerra, que tenía puesta la gente en gran recelo y cuidado.

CAPÍTULO XVI
QUE LA EMPERATRIZ DE GRECIA VINO A ESPAÑA

En el mismo tiempo que el Andalucía y reino de Murcia estaban encendidos con la guerra contra los moros, lo demás de España gozaba de sosiego, por lo menos las alteraciones eran de poco momento, cosa de maravilla por la diversidad de principados y la grande libertad de los caballeros y del pueblo. Sólo Gonzalo Yáñez Bazán, persona principal entre los navarros, renunciado que hubo por públicas escrituras la naturalidad, como en aquel tiempo se acostumbraba, en la frontera de Aragón con voluntad del rey don Jaime edificó un castillo, llamado Boeta, desde donde trabajaba y hacía daño en los campos comarcanos de Navarra. La pesadumbre que por esta causa recibía aquella gente se mudó en grande alegría por traer en el mismo tiempo a Navarra para poner entre las demás reliquias de la iglesia mayor de Pamplona una parte no pequeña de la corona de espinas que fue puesta en la cabeza de Cristo, Hijo de Dios. San Luis, rey de Francia, les hizo donación de ella; Balduino, emperador de Constantinopla, ya que iba de caída el poder de los franceses en aquel imperio, por la falta de dineros que padecía, se la empeñó por cierta cantidad, con que le socorrió. Esto le hizo aborrecible a sus ciudadanos por atreverse a privar aquella ciudad de una reliquia y prenda tan grande y tan santa. Esta corona se ve hasta el día de hoy y se conserva con gran devoción en París en la capilla santa y real de los reyes de Francia. Es a manera de un turbante, y de ella se tomó la parte que al presente se trajo a Navarra. Esto en España.

De Italia venían nuevas que el año pasado el rey Manfredo fue despojado del reino y de la vida por Carlos, hermano de san Luis, rey de Francia, y que, como vencedor, en su lugar se apoderó de aquellos estados. Urbano y después Clemente IV, pontífices romanos, con esperanza y promesa de darle aquel reino le llamaron a Italia, y llegado que fue a Roma, le coronaron por rey de Sicilia y de Nápoles. La batalla, que fue brava y famosa, se dio cerca de Benevento, con que el poder y riquezas de los normandos, que tantos años florecieron en aquellas partes, quedaron por tierra. Concertó el nuevo rey y obligóse de pagar cada un año a la Iglesia romana en reconocimiento del feudo cuarenta mil ducados, y que no pudiese ser emperador, puesto que sin pretenderlo él le ofreciesen el imperio. El rey don Jaime, alterado como era razón por el desastre y caída de Manfredo, su consuegro, revolvía en su pensamiento en qué manera tomaría enmienda de aquel daño. Así apenas hubo dado fin a la guerra de Murcia, cuando se partió a lo postrero de Cataluña para si en alguna manera pudiese ayudar a lo que quedaba de los normandos y apoderarse del reino, que por la afinidad contraída con Manfredo pretendía ser de su hijo.

En el entretanto don Alfonso, rey de Castilla, se ocupaba en asentar las cosas de Murcia, llevar nuevas gentes para que poblasen en aquella comarca, edificar castillos por todo el distrito para mayor seguridad. No bastaba Castilla para proveer de tanta multitud como se requería para poblar tantas ciudades y pueblos. De Cataluña hizo llamar y vinieron muchos que asentaron en el nuevo reino. No dejaba asimismo, no obstante lo concertado, de ayudar de secreto a los de Guadix y a los de Málaga. Para quejarse de este agravio y que el rey don Alfonso no guardaba lo concertado, el rey de Granada en persona vino a Murcia. La respuesta que se le dio no fue a su gusto; volvióse más enojado que vino, ocasión con que algunos señores, que de tiempo atrás ofendidos del rey don Alfonso se tenían por agraviados, hablaron en secreto con el moro y le persuadieron a que de nuevo tomase las armas. El principal en este trato fue don Nuño González de Lara, hombre de gran ingenio, de grandes riquezas y que tenía muchos aliados. Pretendía que el rey tenía hechos muchos agravios a don Nuño, su padre, y a don Juan, su hermano. De este principio resultaron nuevas alteraciones a tiempo que el rey se prometía paz muy larga y estaba asaz seguro de lo que se trataba, tanto, que era ido a Villarreal para ver los edificios y fábricas que en el nuevo pueblo se levantaban. Desde allí despachó sus embajadores a Francia el año de 1267 al rey san Luis para pedirle su hija doña Blanca por mujer para el infante don Fernando, su hijo mayor. Hecho esto, él se fue a la ciudad de Vitoria,

para donde el rey de Inglaterra le tenía aplazadas vistas, y prometido que en breve sería con él para tratar cosas y negocios muy graves. Todavía no vino, sea mudado de voluntad, o por no tener lugar para ello; envió empero a Eduardo, su hijo mayor, a tiempo que ya el rey don Alfonso era vuelto a Burgos, y en sazón que la emperatriz de Constantinopla, huida de su casa y echada de su imperio, vino a verse con el rey.

Balduino, su marido, y Justiniano, patriarca, echados que fueron de Grecia por las armas de Miguel Paleólogo, en el camino, según se entiende, cayeron en manos del sultán de Egipto. La emperatriz, por nombre Marta, con el deseo que tenía de librar a su marido, concertó su rescate en treinta mil marcos de plata. Para juntar esta suma tan grande fue primero a verse con el Padre Santo y rey de Francia; últimamente, llegada a Burgos el año del Señor 68 de este centenario, suplicó al rey, su primo, solamente por la tercera parte de esta suma. El rey se la dio toda entera, que fue una liberalidad de mayor fama que prudencia, por estar los tesoros tan gastados. Lo que principalmente los señores le cargaban era que con vano deseo de alabanza consumió en esto los subsidios y ayudas del reino, y para suplir sus desórdenes desaforaba los vasallos. Los ánimos, una vez alterados, las mismas buenas obras las toman en mala parte. Algunos historiadores tienen por falsa esta narración, y dicen que Balduino nunca fue preso del sultán de Egipto. Nos en esto seguimos la autoridad conforme de nuestras historias, puesto que no ignoramos muchas veces ser mayor el ruido y la fama que la verdad. El emperador Balduino, recobrada la libertad, por no poder volver a su imperio pasó a Francia, y en Namur, ciudad suya y de los sus estados de Flandes, pasó su vida. Por do parece que los condes de Flandes se pueden intitular emperadores de Constantinopla, no con menos razón que los reyes de Sicilia pretenden el reino de Jerusalén.

Por un privilegio dado a los caballeros de Calatrava, era 1302, de Cristo 1264, a 17 de octubre, se comprueba bastantemente que la iglesia de Toledo estaba vacante, y se convence, si los números allí no están estragados, cosa que suele acontecer muchas veces. En lugar sin duda de don Pascual, arzobispo de Toledo, o este año, o lo que más creo, algunos años antes fue puesto otro don Sancho, hijo de don Jaime, rey de Aragón. Sospecho que el nuevo prelado, sea por su poca edad, sea por otras causas, se detuvo en Aragón antes de arrancar para venir a su iglesia, que dio ocasión a algunos para poner antes de su elección una vacante de no menos que cuatro años. Queríale mucho su padre, que fue causa de venir por este tiempo a Toledo, como luego se dirá.

CAPÍTULO XVII
QUE DON JAIME, REY DE ARAGÓN, VINO A TOLEDO

Por el mismo tiempo en Italia andaban muy grandes alteraciones y revueltas a causa que Corradino, suabo, pretendía por las armas contra la voluntad y mandado da los pontífices restituirse en los reinos de su padre. Seguíale y acompañábale desde Alemania Federico, duque de Austria. Don Enrique, hermano del rey de Castilla, desde Roma se fue con él, donde tenía cargo de senador o gobernador; su nobleza suplía, a lo que yo creo, la falta de otras partes y de su inquieto natural. Demás de estos señores los gibelinos por toda Italia tomaron su voz y en su favor las armas. Con esta gente y pujanza rompió por el reino de Nápoles; en los Marsos, parte del Abruzo, cerca del lago Fucino, hoy el lago deTalliacozo, dio la batalla Corradino al nuevo rey Carlos, que salió al encuentro. Vencieron los franceses, más por maña que por verdadero esfuerzo; fueron presos en la pelea Federico y don Enrique, Corradino en la huida y alcance, que ejecutaron los franceses con crueldad. A Corradino y Federico en juicio cortaron en Nápoles las cabezas, nuevo y cruel ejemplo, que tan grandes príncipes, a los cuales perdonó la fortuna dudosa y trance de la batalla, después de ella en juicio los ejecutasen.

En el entretanto en Aragón se levantó una liviana alteración a causa que Gerardo de Cabrera pretendía el condado de Urgel, con color que los hijos de su hermano don Álvaro, poco antes difunto, no eran legítimos. Don Ramón Folch, tío de los infantes de parte de madre, y otras personas principales por compasión de su edad y por otras prendas que con ellos tenían se encargaron de ampararlos. El rey don Jaime parecía aprobar la pretensión de Gerardo, mayormente que traspasara su derecho en el mismo rey por no confiar en sus fuerzas.

El rey de Granada por otra parte trataba de hacer guerra a los de Guadix y a los de Málaga en prosecución de su derecho y por lo que poco antes se concertó en la confederación que puso con el rey don Alfonso, de quien extrañaba que de secreto ayudase a sus contrarios. Don Nuño de Lara y don Lope de Haro, por estar desabridos con su rey y enajenados, atizaban el fuego. prometían que si de nuevo tomaba las armas se pasarían a él públicamente, no sólo ellos,sino otros muchos señores que estaban asimismo disgustados. Andaba fama de estas prácticas y se rugía lo que pasaba, que pocas cosas grandes de todo punto se encubren, pero no se podían probar bastantemente con testigos. Forzado pues el rey de la necesidad se partió para el Andalucía. Hállase que este año a 30 de julio dio el rey don Alfonso y expidió un privilegio en Sevilla, en que hizo villa a Vergara, pueblo de Guipúzcoa a la ribera del río Deva, y le mudó el nombre que antes tenía de San Pedro de Ariznoa en el que hoy le llaman.

Compuestas en alguna manera las cosas del Andalucía, entrado ya el invierno, fue forzado a dar la vuelta para recibir y festejar al rey don Jaime, su suegro, que venía a Toledo a instancia de don Sancho, su hijo, para hallarse presente a su misa nueva, que quería cantar el mismo día de Navidad. El día señalado don Sancho dijo su misa de pontifical; halláronse presentes para honrarle los dos reyes de Castilla y Aragón, padre y cuñado, la reina su hermana, y el infante don Fernando. Detuviéronse en Toledo ocho días no más, porque el rey de Aragón, aunque se hallaba en lo postrero de su edad, ardía en deseo de abreviar y comenzar la jornada que pretendía hacer para la guerra de la Tierra Santa, sin perdonar a trabajo ni hacer caso de los negocios de su reino, que le tenían embarazado, muchos y graves, por la gran gana de ensanchar el nombre cristiano e ilustrar en la Siria la gloria antigua de los cristianos, que parecía estar anublada. Gran príncipe y valeroso, digno que le sucediera más a propósito aquella jornada.

CAPÍTULO XVIII
QUE EL REY DE ARAGÓN PARTIÓ PARA LA TIERRA SANTA

Las cosas de la Tierra Santa estaban reducidas a lo postrero de los males y apretura. El reino que fundó el esfuerzo de los antepasados, la cobardía y flojedad de los que en él sucedieron le tenían en aquel estado. Además que los príncipes cristianos, ocupados en las guerras que se hacían entre sí por cumplir sus apetitos particulares, poco cuidaban del bien público y de la afrenta de la cristiana religión. El vigor y ánimo con que tan grandes cosas se acabaron por la inconstancia de las cosas humanas se envejecía; y porque tantas veces los príncipes sin provecho alguno por mar y por tierra en gran número acudieran para ayudar a los cristianos los años pasados, la esperanza de mejoría era muy poca y todos desalentados. A la sazón se ofrecía una buena ocasión que casi en un mismo tiempo despertó para volver a las armas a España, Inglaterra y Francia. Ésta fue que los tártaros, salidos de aquella parte de Escitia, como algunos piensan, en que Plinio antiguamente demarcó los tártaros, hecha liga con los de Armenia, habían acometido con las armas aquella parte de la Siria que estaba en poder de los sarracenos, con gran esperanza al principio de los fieles que podrían recobrar las riquezas y poder pasado; pero después todo fue de ningún efecto y se fue en flor lo que pensaban.

En el tiempo que Inocencio IV celebraba un concilio general en Lyon de Francia, fueron por él enviados cuatro predicadores de la sagrada orden de Santo Domingo, cuya fama en aquella sazón era muy grande, a la tierra de los tártaros para acometer si por ventura aquella gente áspera en su trato, dada a las armas, sin ninguna religión o engañada, se pudiese persuadir a abrazar la cristiana. Con esta diligencia se ganó aquella gente; humanáronse aquellos bárbaros con la predicación, y comenzaron a cobrar afición a los cristianos más que a las otras naciones. El rey de aquella gente, que vulgarmente llamaban el Gran Kan, que quiere decir rey de los reyes, no cesaba con embajadores que enviaba a todas partes de despertar los príncipes de Europa para que tomasen las armas. Acusábalos y dábales en cara que parecía no hacían caso de la gloria del nombre cristiano. Esta instancia que hizo los años pasados y no se dejó los de adelante, en este tiempo se continuó con mayor porfía y cuidado; en particular envió al rey de Aragón en compañía de Juan Alarico, natural de Perpiñán (al cual el rey antes movido por otra embajada despachó para que fuese a los tártaros), nuevos embajadores, que en nombre de su rey prometían todo favor, si se persuadiese de tomar las armas y juntar en uno con ellos las fuerzas.

Estos embajadores repararon en Barcelona; Alarico pasó a Toledo, y en una junta de los principales dio larga cuenta de lo que vio y de toda su embajada; palabras y razones con que los ánimos de los príncipes no de una manera se movieron. El rey don Jaime se determinó ir a la guerra, maguer que era de tanta edad. Don Alfonso, su yerno, y la reina alegaban la deslealtad de los griegos, la fiereza de los tártaros, todo con intento de quitarle de aquel propósito, para lo cual usaban y se valían de muchos ruegos y aún de lágrimas que se derramaban sobre el caso. Prevaleció empero la constancia de don Jaime; decía que no era justo, pues tenía paz en su casa y reino, darse al ocio, ni perdonar a ningún afán, ni a la vida que poco después se había de acabar, en tan gran peligro como corrían los cristianos. El rey don Alfonso, por verle tan determinado, le prometió cien mil ducados para ayuda de los gastos de la guerra. Algunos señores de Castilla asimismo se ofrecieron a hacerle compañía en aquella jornada, entre ellos el maestre de Santiago y el prior de San Juan don Gonzalo Pereira. Concluidas las fiestas de Toledo, él se partió; en la ciudad de Valencia oyó los embajadores de los tártaros, y fuera de ellos otro embajador del emperador Paleólogo, que le prometía, si tomaba aquella empresa, de proveerle bastantemente de vituallas y todo lo necesario.

En Barcelona se ponía en orden y estaba a la cola una buena armada apercibida de soldados y de todo lo demás. Antes que se pusiese en camino, a ruego de su hija doña Violante, volvió desde Valencia al monasterio de Huerta. Despedido de sus hijos y de sus nietos, sin dar oídos a los ruegos con que pretendían de nuevo apartarle de aquel propósito, volvió donde surgía la armada, en que se

contaban treinta naves gruesas y algunas galeras. A 4 de septiembre, día miércoles, año de 1269, hechas sus plegarias y rogativas como es de costumbre, alzó anclas y se hizo a la vela; era el tiempo poco a propósito y sujeto a tormentas. En tres días llegaron a vista de Menorca; más no pudieron tomar puerto a causa que cargó mucho el tiempo y una recia tempestad de vientos desrotó las naves y la armada; dejáronse llevar del viento, que las echó a diversas partes. El rey arribó a Marsella en la ribera de Francia, y desde allí por mudarse el viento aportó al golfo agatense o de Agde. Algunas de las naves que pudieron seguir el rumbo que llevaban, llegaron a Acre, pueblo de Palestina, entre las demás las naves de Fernán Sánchez, hijo del rey. Movido por las amonestaciones de los suyos, el rey se rehizo en Montpellier por algunos días del trabajo del mar; y arrepentido de su propósito, a que parecía hacer contradicción el cielo ofendido y enojado contra los hombres y sus pecados, puesto que menospreciaba cosas semejantes como casuales, ni miraba en agüeros, volvió a Cataluña sin hacer otro efecto.

En Castilla el rey don Alfonso llegó hasta Logroño; en su compañía Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, para recibir a su nuera, que concertado el casamiento en Francia, por Navarra venía a verse con su esposo. Las bodas se celebraron en Burgos con aparato el mayor y más real que los hombres vieron jamás; don Jaime, rey de Aragón, abuelo del desposado, a persuasión del rey don Alfonso, y junto con él don Pedro, su hijo mayor, Felipe, hijo mayor del rey de Francia, Eduardo, príncipe y heredero de Inglaterra, el rey de Granada, el mismo rey don Alfonso, sus hermanos e hijos y su tío don Alfonso, señor de Molina, se hallaron presentes. De Italia, Francia y España acudieron muchos señores, entre ellos Guillén, marqués de Monferrat, de quien dice Jovio era yerno del rey don Fernando. Hallóse otrosí el arzobispo de Toledo don Sancho; quién dice que veló a los desposados. Con estas bodas se pretendía que el rey san Luis en su nombre y de sus hijos se apartase del derecho que se entendía tenía a la corona de Castilla, como hijo que era de doña Blanca, hermana mayor del rey don Enrique, como arriba queda dicho y juntamente refutado. Concluidas las fiestas, el rey don Alfonso acompañó al rey don Jaime, su suegro, para honrarle más hasta la ciudad de Tarazona.

CAPÍTULO XIX
SAN LUIS, REY DE FRANCIA, FALLECIÓ

Los ingleses y franceses pasaron más adelante que los aragoneses en lo que tocaba a la guerra de la Tierra Santa; pero el remate no fue nada mejor, salvo que por esta razón se hizo confederación entre Inglaterra y Francia. En París, en una grande junta de príncipes, compusieron todas sus diferencias antiguas; éste fue el principal fruto de tantos apercibimientos. Señaláronse de común consentimiento en Francia los términos y aledaños de las tierras de los franceses y ingleses. Púsose por la principal condición que en tanto que san Luis combatía a Túnez, do pretendía pasar a persuasión de Carlos, su hermano, rey de Nápoles, que decía convenir en primer lugar hacer la guerra a los de África, que siempre hacían daño en Italia y en Sicilia y en la Provenza y a todos ponían espanto; que en el entre tanto el inglés con su armada, que era buena, pasase a la conquista de la Tierra Santa.

Hízose como lo concertaron, que Eduardo, hijo mayor del inglés, con buen número de bajeles, rodeadas y costeadas las riberas de España y de Italia, a cabo de una larga navegación surgió en aquellas riberas y saltó con su gente en tierra de Ptolemaide. Los primeros días la ayuda de Dios le guardó de un peligro muy grande; un hombre en su aposento le acometió y le dio antes que le acudiesen una o dos heridas. Mataron aquel mal hombre allí luego. No se pudo averiguar quién era el que le enviara; díjose que los Asesinos, que era cierto género de hombres atrevidos y aparejados para casos semejantes.

San Luis, con tres hijos suyos, 1 de marzo, año de 1270, desde Marsella se hizo a la vela. Teobaldo, rey de Navarra, puesto a su hermano don Enrique en el gobierno del reino, con deseo de mostrar su valor y ayudar en tan santa empresa, acompañó al rey, su suegro. Padecieron tormenta en el mar y recios temporales; finalmente, desembarcaron en Túnez. Asentaron sus ingenios, con que comenzaron a combatir aquella ciudad. Los bárbaros, que se atrevieron a pelear, por dos veces quedaron vencidos; después de esto, como se estuviesen dentro de los muros, llegó el cerco a seis meses. Los calores son extremos, la comodidad de los soldados poca. Encendióse una peste en los reales, de que murieron muchos; entre los demás, primero Juan, hijo de san Luis, y poco después el mismo rey, de cámaras que le dieron, falleció a 25 de agosto. Esta grande cuita y afán se acrecentara, y hubieran los demás de partir de África y dejar la demanda con gran mengua y daño, en tanta manera tenían enflaquecidas las fuerzas, si no sobreviniera Carlos, rey de Sicilia, que dio ánimo a los caídos. Hízose concierto con los bárbaros que cada un año pagasen de tributo al mismo rey Carlos cuarenta mil ducados, que era el que él debía por Sicilia y Nápoles a la Iglesia romana y al papa; con esto, embarcadas sus gentes, pasaron a Sicilia.

No aflojaron los males; en la ciudad de Trapana, que es en lo postrero de aquella isla, Teobaldo, rey de Navarra, falleció a 5 días de diciembre. Ésta fue la ocasión que forzó a dejar la empresa de la Tierra Santa, que tantas veces infelizmente se acometiera, y de dar la vuelta a sus tierras y naturales. Las entrañas de san Luis sepultaron en la ciudad de Monreal en Sicilia; el cuerpo llevaron a San Dionisio, sepultura de aquellos reyes cerca de París. El cuerpo del rey Teobaldo,embalsamado, llevarón a Pervino, ciudad de Campaña en Francia, y pusieron en los sepulcros de sus antepasados. Su mujer, la reina, doña Isabel, el año luego siguiente, a 25 de abril, falleció en Hiera, pueblo de la Provenza; enterráronla en el monasterio llamado Barra. A todos se les hicieron las honras y exequias como a reyes, con grande aparato, como se acostumbra entre los cristianos. Volvamos la pluma y el cuento a Castilla.

CAPÍTULO XX
DE LA CONJURACIÓN QUE HICIERON LOS GRANDES CONTRA EL REY DON ALFONSO DE CASTILLA

El ánimo del rey don Alfonso se hallaba en un mismo tiempo suspenso y aquejado de diversos cuidados. El deseo de tomar la posesión del imperio de Alemania le punzaba, a que las cartas de muchos con extraordinaria instancia le llamaban. Los grandes y ricos hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del rey, a que no estaban acostumbrados. Rugíase demás de esto por nuevas que venían que de África se aparejaba una nueva guerra con mayores apercibimientos y gentes que en ninguno de los tiempos pasados. Dado que Pedro Martínez, almirante del mar, el año pasado acometió y sujetó los moros de Cádiz, que halló descuidados. Era dificultoso mantener con guarnición y soldados aquellas ciudad e isla; por esta causa la dejaron al rey de Marruecos, de cuyo señorío antes era; resolución a propósito de ganar la voluntad de aquel bárbaro y sosegarle.

El rey don Alfonso de Portugal envió a don Dionisio, su hijo, que era de ocho años, a su abuelo el rey de Castilla para que alcanzase de él libertad y exención para el reino de Portugal, y que le alzase la palabra que dio los años pasados y los homenajes. Tratóse de este negocio en una junta de grandes; callaban los demás, y aún venían en lo que se pedía por no contrastar con la voluntad del rey, que a ello se mostraba inclinado. Don Nuño González de Lara, cabeza de la conjuración y de los desabridos y mal contentos, se atrevió a hacer rostro y contradicción. Decía que no parecía cosa razonable diminuir la majestad del reino con cualquier color, y mucho menos en gracia de un infante. Sin embargo, prevaleció en la junta el parecer del rey, que Portugal fuese exento; y con todo esto la libertad de don Nuño se le asentó más altamente en el corazón y memoria que ninguno pensara.

Juntado este desabrimiento con los demás, fue causa que don Nuño y don Lope de Haro y don Felipe, hermano del rey, se determinasen a mover pláticas perjudiciales al reino y al rey. Quejábanse de sus desafueros y de los muchos desaguisados que hacía; no tenían fuerzas bastantes para entrar en la liza; resolviéronse de acudir a las ayudas de fuera y extrañas. Así en el tiempo que el rey Teobaldo se ocupaba en la guerra sagrada solicitó a don Enrique, gobernador de Navarra, el infante don Felipe que se fuese a ver con él y hermanarse y hacer liga con aquellos grandes. Él, como más recatado, por no despertar contra sí el peso de una gravísima guerra, dio por excusa la ausencia del rey, su hermano. Los grandes, perdida esta esperanza, convidaron a los otros reyes, al de Portugal, al de Granada y al mismo emperador de Marruecos por sus cartas a juntarse con ellos y hacer guerra a Castilla, sin mirar, por el gran deseo que tenían de satisfacerse, cuán perjudicial intento era aquel y cuán infames aquellas tramas.

Don Alfonso, rey de Castilla, era persona de alto ingenio, pero poco recatado, sus orejas soberbias, su lengua desenfrenada, más a propósito para las letras que para el gobierno de los vasallos; contemplaba al cielo y miraba las estrellas; más en el entretanto perdió la tierra y el reino. Avisado pues de lo que pasaba por Hernán Pérez, que los conjurados pretendieron tirar a su partido y atraer a su parcialidad, atónito por la grandeza del peligro, que en fin no dejaba de conocer, volvió todos sus pensamientos a sosegar aquellos movimientos y alteraciones. Con este intento desde Murcia, do a la sazón estaba, envió a Enrique de Arana por su embajador a los grandes, que se juntaron en Palencia con intento de apercibirse para la guerra, por ver si en alguna manera pudiese con destreza e industria apartarlos de aquel propósito.

Él y la reina, su mujer, fueron a Valencia para tratar con el rey don Jaime y tomar acuerdo sobre todas estas cosas. Él, como quier que por la larga experiencia fuese muy astuto y avisado, cuando vino a Burgos para hallarse a las bodas del infante don Fernando, antevista la tempestad que amenazaba a Castilla a causa de estar los grandes desabridos, reprendió a don Alfonso con gravísi-

mas palabras y le dio consejos muy saludables. Estos eran que quisiese antes ser amado de sus vasallos que temido; la salud de la república consiste en el amor y benevolencia de los ciudadanos con su cabeza; el aborrecimiento acarrea la total ruina; que procurase granjear todos los estados del reino; si esto no fuese posible, por lo menos abrazase los prelados y el pueblo, con cuyo arrimo hiciese rostro a la insolencia de los nobles; que no hiciese justicia de ninguno secretamente por ser muestra de miedo y menoscabo de la majestad; el que sin oír las partes da sentencia, puesto que ella sea justa, todavía hace agravio. Estas eran las faltas principales que en don Alfonso se notaban, y si con tiempo se remediaran, el reino y él mismo se libraran de grandes afanes. En la junta de los reyes y con las vistas ninguna cosa de momento se efectuó.

Al rey don Alfonso fue por tanto forzoso el año siguiente volver de nuevo a Alicante para verse con el rey, su suegro, y rogarle enfrenase los nobles de Aragón para que no se juntasen con los rebeldes de Castilla, como lo pretendían hacer; y porque el rey de Granada continuaba en hacer guerra contra los de Guadix y los de Málaga, le diese consejo a cuál de las partes sería más conveniente acudir. En este punto el rey don Jaime fue de parecer que guardase la confederación antigua; que no debía de su voluntad irritar a los de Granada ni hacerles guerra. La embajada de Arana no fue de provecho alguno; antes el rey de Granada a persuasión de los alborotados, quebrantada la avenencia que tenían puesta, fue el primero que se metió por tierras de cristianos talando y destruyendo, y metiendo a fuego y a sangre los campos comarcanos. Tenía consigo un número de caballos africanos que Jacob Abenjucef, rey de Marruecos, le envió delante. Sabidas estas cosas, el rey don Alfonso mandó por sus cartas a don Fernando, su hijo, que a la sazón se hallaba en Sevilla y se apercibía para la nueva guerra, que con todas sus gentes marchase contra el rey de Granada; él se partió para Burgos por ver si en alguna manera pudiese apaciguar los ánimos de los rebeldes.

En aquella ciudad se hicieron Cortes de todo el reino, y en particular fueron llamados los alborotados con seguridad pública que les ofrecieron; y para que estuviesen más sin peligro se señaló fuera de la ciudad el Hospital Real en que se tuviesen las juntas. Habláronse el rey y los señores en diferentes lugares, con que quedaron las voluntades más desabridas. Llegaron los disgustos a término, que renunciada la fidelidad con que estaban obligados al rey, en gran número se pasaron a Granada el año 1272. Don Nuño, don Lope de Haro, el infante don Felipe eran las tres cabezas de la conjuración. Fuera de estos, don Fernando de Castro, Lope de Mendoza, Gil de Roa, Rodrigo de Saldaña; de la nobleza menor tan gran número que apenas se pueden contar. Al partirse con sus gentes quemaron pueblos, talaron los campos y dieron en todo muestra de la enemiga que llevaban. El rey a grandes jornadas pasó a Toledo, de allí a Almagro; y porque no tenía esperanza de que se podrían reducir los grandes a su servicio, pretendía avenirse y sosegar al rey de Granada. Esto sobre todo deseaba; si no salía con ello, se resolvió de hacerle la guerra con todas sus fuerzas y con la más gente que pudiese juntar.

CAPÍTULO XXI
DE NUEVAS ALTERACIONES QUE SUCEDIERON EN ARAGÓN

En el tiempo que estas cosas pasaban en Castilla, Felipe, rey de Francia, que sucedió a su padre san Luis, allegaba a su corona nuevos estados por muerte de Alfonso, su tío, y de Juana, su mujer, que murieron a la sazón sin hijos, y eran condes de Poitiers y de Tolosa. Y no mucho después Rogerio Bernardo, conde de Foix, fue despojado de su estado no por otra causa más de que en cierta ocasión no quiso obedecer a los jueces reales; por lo cual las armas aragonesas, a causa que parte del estado de aquel príncipe era feudo de Aragón, estuvieron para revolverse contra Francia. La prudencia del rey don Jaime atajó el daño; a su persuasión el de Foix puso su persona y todo su estado en manos del rey de Francia, con que se sosegaron aquellos debates.

Dentro del reino de Aragón tenían sospechas de nuevas alteraciones a causa que el infante don Pedro, hijo primero y heredero del rey de Aragón, estaba desabrido con Fernán Sánchez, su hermano bastardo, por entender, entre otras cosas, que cuando volvió de la Tierra Santa fue recibido con gran honra y festejado de Carlos, rey de Nápoles, y por esto sospechaba había con él tratado cosas perjudiciales al reino. Hallábase el dicho don Femando en Burriana; allí don Pedro con buen número de soldados le tomó de sobresalto, y después que por fuerza entró en la casa y buscó en todos los lugares a su hermano, escudriñó los escondrijos, quebró cerraduras, hinchólo todo de ruido y de alboroto. En el entre tanto don Fernando y doña Aldonza, su mujer, se pusieron en salvo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, ca los nobles del reino con esta ocasión de la enemistad de los dos hermanos se dividieron en dos bandos con tan grande obstinación, que, juntadas las fuerzas, no dudaron los que seguían la parcialidad de don Fernando de mover guerra contra el mismo rey; de que no resultó otro provecho sino que el vizconde de Cardona y otros señores parciales fueron por esta causa despojados de sus estados. El mismo Fernán Sánchez, cercado en el castillo de Pomar por su hermano, luego que le tuvo en su poder, le hizo ahogar con un lazo y despeñar en el río Cinca, que por allí pasa, unos decían con razón, otros que injustamente; lo cierto que, quitado el capitán y cabeza, los demás se sosegaron. Este fue el fruto de aquel parricidio; pero la muerte de Fernán Sánchez sucedió tres años adelante. Dejó un hijo de pequeña edad, llamado don Felipe, de quien desciende el linaje de los Castros en Aragón.

A Rugerio de Lauria hizo donación el rey don Jaime en tierra de Valencia de dos heredades, que se llaman Raelo y Abricat, en premio de su trabajo, porque de lo último de Italia acompañó los años pasados a doña Constanza, su nuera. Fue este caballero en lo de adelante persona de grande ingenio y excelente capitán, mayormente por el mar. Con don Enrique, rey de Navarra, que por morir su hermano el rey Teobaldo sin hijos sucedió en aquel reino, y con quien los aragoneses tenían diferencia por pretender que les quitaran aquel reino injustamente, como en su lugar queda dicho, todavía se concertaron treguas por muchos años.

El rey don Jaime veía los suyos alborotados, más inclinados a las armas que a la paz y a la concordia; y por las diferencias que andaban temía que la una de las partes, juntados con los navarros, no le diesen en qué entender. Ésta fue la causa de tomar asiento con Navarra; y aún otro cuidado le aquejaba más de volver las fuerzas contra los moros, de donde una cruel tempestad se aparejaba para España si no se acudía al remedio con tiempo, como los hombres prudentes lo sospechaban y comúnmente se decía no sin causa.

CAPÍTULO XXII
EL REY DON ALFONSO PARTIÓ PARA TOMAR POSESIÓN DEL IMPERIO

Ardía el rey don Alfonso en deseo de ir a Alemania a tomar la corona e insignias del imperio; tanto más y con mayor prisa, que por autoridad del papa Gregorio X los señores de Alemania, cansados de los males que en aquella vacante se padecieron, muchos, muy graves y muy largos, y porque de años atrás era muerto Ricardo, el otro competidor, se aparejaban para hacer nueva elección, sin tener cuenta con el rey don Alfonso. Alterado él con esta nueva, como era razón, pretendía recompensar la tardanza pasada con abreviar; y por esto, aunque muy fuera de sazón, comenzó a tratar muy de veras de su ida a Alemania. A las personas prudentes parecía se debía anteponer a esto el sosiego y el cuidado de la república. Los hombres más livianos y de poca experiencia, hinchados de vana esperanza, le exhortaban a la jornada, sin faltar quien blasonase y dijese era bien aparejar armas, caballos y las demás cosas necesarias para hacer la guerra en Alemania y para sujetar a los que contrastasen a sus intentos. Algunos tomaban por mal agüero que tantas veces se le hubiese al rey don Alfonso desbaratado aquel viaje que tanto deseaba. Era este rey de su natural irresoluto y tardo, las cosas del reino embarazadas; y si hallara algún buen color, de buena gana desistiera de aquella pretensión; pero por miedo de la infamia y mengua de reputación se resolvió pasar adelante. Con este intento procuró con cualquier partido apaciguar los de Granada y los grandes.

En esto, el rey de Granada Alhamar falleció al principio del año 1273. Fue hombre atrevido, astuto y muy contrario a nuestras cosas. Hubo diferencia sobre la sucesión; prevaleció aquella parcialidad con la cual se juntaron los forajidos y grandes de Castilla, y diéronse las insignias reales a Mahomad, por sobrenombre Miralmutio Leminio, hijo mayor del difunto. Este príncipe, puesto que era de suyo contrario a nuestras cosas y muchos le movían a hacer guerra; porque las fuerzas de su nuevo reino andaban en balanzas, el rey don Alfonso entendía que se inclinaba a la paz y que fácilmente se podría efectuar. Demás de esto, algunos de los grandes se reducían a mejor partido y más sanos propósitos. En particular don Fernando de Castro y Rodrigo de Saldaña sobre seguro vinieron a verse con él a Ávila, do se hacían Cortes del reino por el mismo tiempo que en Alemania procedieron a nueva elección apresuradamente; en que Rodolfo, conde de Ausburg, por voto de todos los electores, fue nombrado por rey de romanos. Señor, bien que de poca renta y estado pequeño, pero que descendía del nobilísimo linaje de los antiguos reyes franceses y era en todas virtudes acabado. Los embajadores del rey don Alfonso que so hallaron a la sazón en Francfordia, aunque hicieron contradicción y sus protestaciones, no fue de efecto alguno; la afición de antes la tenían ya trocada en desabrimiento y odio que todos le cobraran.

Despedidas las Cortes de Ávila, se fue el rey a Requena para tomar acuerdo con el rey, su suegro, en presencia sobre la guerra de los moros. Allí, por el trabajo del camino, o por el desabrimiento y disgusto con que andaba, adoleció de una enfermedad no ligera. Y porque las demás cosas no sucedían a propósito y la misma prisa por el gran deseo le parecía tardanza, juzgó sería lo mejor intentar de hacer las paces por industria de la reina y por la autoridad del primado don Sancho. Ellos para tratar de esto sin dilación se partieron para Córdoba. Al pontífice Gregorio X despachó a Aimaro, fraile dominico, que después fue obispo de Ávila, y a Fernando de Zamora, canónigo de Ávila y chanciller del rey. Estos en Civitavieja, en que a la sazón estaba el pontífice, en consistorio declararon las causas por que la elección de Rodolfo pretendían ser inválida. Que no debía el pontífice moverse por los dichos de aquellos que ponían asechanzas y redes a sus orejas y con engaños pretendían ganar gracias con otros, sino conservarse neutral, como lo pedía la persona y lugar sacrosanto que representaba, y con esto ganar ambas las partes a ejemplo de sus antecesores Urbano y Clemente, que con igual honra y título, por no perjudicar a nadie, dieron a Ricardo y a don Alfonso título de rey de romanos. A los electores de Alemania fue don Fernando, obispo de Segovia, para ponerlos en razón y procurar repusiesen lo atentado. Con estas embajadas no se hizo efecto alguno por estar to-

dos cansados de tan larga tardanza.

Sólo el año siguiente de 1274 desde Lyon de Francia, donde, presente el pontífice, se hacía el concilio general de los obispos para reformar la disciplina eclesiástica, renovar la guerra de la Tierra Santa y unir la Iglesia griega con la latina, Frédulo fue enviado por nuncio al rey don Alfonso para que le ofreciese los diezmos de las rentas eclesiásticas en nombre del pontífice para la guerra contra moros, a tal que desistiese de la pretensión y esperanza vana que tenía de ser emperador; que parecía cosa injusta con deseo de imperio forastero alterar la paz de la Iglesia, que tan sosegada estaba.

En este medio don Enrique, rey de Navarra, muy apesgado y disforme por la mucha gordura de su cuerpo, falleció en Pamplona a 22 de julio. De su mujer doña Juana, hija de Roberto, conde de Artesia y hermano del rey san Luis, dejó una hija, llamada también doña Juana, en edad apenas de tres años, que, sin embargo, fue heredera de aquellos estados, así porque el reino la jurara antes, como por testamento de su padre, que lo dejó así dispuesto; de que resultaron nuevas diferencias y discordias, y el reino de Navarra finalmente se juntó con el de Francia.

La embajada de Frédulo no fue desagradable al rey don Alfonso; respondió que se pondría a sí y toda aquella diferencia en manos del pontífice para que él la determinase como mejor le fuese visto. Con esta respuesta el pontífice sin detenerse más aprobó en público consistorio la elección de Rodolfo, a 6 de septiembre, que hasta entonces por respeto de don Alfonso se entretuvo; luego escribió cartas a todos los príncipes en aquella sustancia. Al mismo Rodolfo mandó que lo más presto que pudiese se apresurase a pasar en Italia para coronarse.

Al concilio que se tenía en Lyon se partió don Jaime, rey de Aragón, aunque en lo postrero de su edad, por ser deseoso de honra y por otros negocios. Desde allí, sin hacer cosa de momento, dio la vuelta a su tierra, desabrido claramente con el pontífice porque rehusó de coronarle si no pagaba el tributo que su padre el rey don Pedro concertó de pagar cada un año en el tiempo que en Roma se coronó, como queda dicho en su lugar. Al rey don Jaime le parecía cosa indigna que el reino ganado por el esfuerzo de sus antepasados fuese tributario a algún extraño.

En este comedio el rey de Granada y los grandes forajidos, por diligencia de la reina se redujeron al deber; para sosegar a los grandes les prometieron todas las cosas que pedían; el rey de Granada quedó que pagase cada año de tributo trescientos mil maravedíes de oro, y de presente gran suma de dineros, en pena de los daños y gastos. Demás de esto, se concertaron treguas por un año entre los de Guadix. y de Málaga con aquel rey, por estar el rey don Alfonso encargado del amparo de aquellas dos ciudades. Fue en aquella edad hombre señalado en España Gonzalo Ruiz de Atienza, privado del rey, por cuya diligencia en gran parte y buena maña se concluyó aquel concierto. El rey de Granada y los grandes desde Córdoba partieron en compañía del infante don Fernando, que se halló en todas estas cosas; llegados a Sevilla, el rey don Alfonso los acogió benignamente. Ellos, cotejado el un tiempo con el otro, juzgaron les estaba más a cuento y mejor obedecer a su príncipe con seguridad que la contumacia con peligro y daño.

Concluido esto, las armas de Castilla debajo la conducta del infante don Fernando y por mandado de su padre se movieron contra Navarra para conquistar aquel reino. Don Jaime, rey de Aragón, envió al tanto a don Pedro, su hijo mayor, al cual renunció el derecho que pretendía tener a aquel reino, a ganar las voluntades de los navarros, que de suyo se inclinaban más a los aragoneses que a Castilla. Ni las mañas de Aragón ni las fuerzas de Castilla hicieron efecto, a causa que la reina viuda se recogió a Francia con su hija al amparo del rey, su primo, por temer no le hiciesen fuerza si se quedaba en Navarra en tiempos tan revueltos. Sólo don Fernando acometió a tomar a Viana; y rechazado de allí por la fortaleza de aquella plaza y por el esfuerzo de los cercados, se apoderó de Mendavía y de otros menores pueblos. Todo lo halló más dificultoso que pensaba, dado que ningún ejército bastante le salió al encuentro, que era causa de mayor tardanza; si bien las cosas de aquel reino estaban tan revueltas, que los señores, divididos en parcialidades y aficiones, no podían con-

formarse para acudir a la defensa. Los más se aficionaban a los aragoneses, en especial Armengaudo, obispo de Pamplona, y Pero Sánchez de Montagudo, hombre principal y gobernador del reino.

Don Pedro, infante de Aragón, llegó hasta Sos, pueblo a la raya de los dos reinos; allí alegó de su derecho que por la adopción del rey don Sancho y por otros títulos más antiguos se le debía el reino, por lo menos le debían acudir con sesenta mil marcos de plato, que poco antes el rey Teobaldo concertara de pagar. Tratóse el negocio por muchos días; los nobles acordaron desposar a la niña heredera del reino en ausencia con don Pedro, y por dote señalaron la posesión del reino. Añadióse que si aquello no surtiese efecto, pagarían doscientos mil marcos de plata para los gastos de la guerra que pretendían hacer de consuno contra las fuerzas de Castilla, si todavía perseverasen en el propósito de darles molestia. Estas cosas se asentaron en Olite por el mes de noviembre.

El rey don Alfonso, determinado de todo punto de hacer el viaje de Francia, tenía a la misma sazón Cortes del reino en Toledo para, asentadas las cosas, ponerse luego en camino. Encomendó el gobierno del reino a don Fernando, su hijo, a los otros señores repartió diversos cargos, a don Nuño de Lara dio la mayor autoridad, determinó dejarle por frontero contra los moros por si acaso se alterasen. Con estas caricias pretendía ganar a los parciales. Acabadas las Cortes, a lo postrero del año el rey, la reina, sus hijos menores y don Manuel, hermano del rey, comenzaron su viaje.

Era grande el repuesto y representación de majestad; por tanto hacían las jornadas pequeñas. Pasaron a Valencia, de allí a Tortosa y a Tarragona, ca el rey don Jaime desde Barcelona partió para recibirlos y festejarlos en aquella ciudad. Tuvieron las fiestas de Navidad en Barcelona al principio del año de 1275. Halláronse presentes los dos reyes al enterramiento y honras de fray Raimundo de Peñafuerte, de la orden de Santo Domingo, que finó por aquellos días en aquella ciudad, persona señalada en piedad y erudición.

El mismo año pasó de esta vida don Pelayo Pérez Correa, maestre de Santiago, de mucha edad, muy esclarecido por las grandes cosas que hizo en guerra y en paz. Su cuerpo enterraron en Talavera en la iglesia de Santiago, que está en el arrabal; así lo tienen y afirman comúnmente los moradores de aquella villa; otros dicen que en Santa María de Tudía, templo que él edificó desde sus cimientos, a las faldas de Sierra Morena, en memoria de una batalla que los años pasados ganó de los moros en aquel lugar, muy señalada, tanto, que vulgarmente se dijo y entendió que el sol se paró y detuvo su carrera para que el día fuese más largo y mayor el destrozo de los enemigos y mejor se ejecutase el alcance. Dicen otrosí que aquella iglesia se llamó al principio de Tentudía, por las palabras que el maestre dijo vuelto a la Madre de Dios: *«Señora, ten tu día.»* A la verdad, alterados los sentidos con el peligro de la batalla y entre el miedo y la esperanza ¿quién pudo medir el tiempo? Una hora parece muchas por el deseo, aprieto y cuidado. Demás de esto, muchas cosas fácilmente se creen en el tiempo del peligro y se fingen con libertad.

El rey don Jaime no aprobaba los intentos de don Alfonso, su yerno, y con muchas razones pretendió apartarle de aquel propósito. La principal, que sentenciado el pleito y pasado ya en cosa juzgada, no quedaba alguna esperanza que el pontífice mudaría de parecer; así con tantos trabajos no alcanzaría más de andar entre las naciones extrañas afrentado por el agravio recibido. Estos consejos saludables rechazó la resolución de don Alfonso. Dejados pues su mujer e hijos en Perpiñán, pasó a la primavera por Francia hasta Belcaire, pueblo de la Provenza, asentado a la ribera del Ródano, y por tanto de grande frescura, y que le tenían señalado para verse con el pontífice, que despedido el concilio que de los obispos tuvo en Lyon, todavía se detenía en Francia. Allí, en día señalado en presencia del pontífice y de los cardenales que le acompañaban el rey les hizo un razonamiento de esta sustancia:

«Si por alguna diligencia y cuidado mío yo hubiera alcanzado el imperio, muy honrosa cosa era para mí que dejados tantos príncipes, se conformasen en un hombre extraño las voluntades de Alemania; ¿cuánto menos razón tendrá nadie de cargarme que defienda el lugar en que, sin yo pre-

tenderle, Dios y los hombres me han puesto? Como quier que sea antes cosa torpe no poder conservar los dones de Dios, y de corazón ingrato no responder en el amor a aquellos que en voluntad se han anticipado. Por tanto, es forzoso que sea tanto más grave mi sentimiento, que por engaño de pocos he oído que deslumbrados los príncipes de Alemania, ¡oh hombres poco constantes! se han conformado en elegir un nuevo príncipe sin oírnos y sin que nuestra pretensión y pleito esté sentenciado; en que, si en algún tiempo hubo duda, muerto el contrario era justo se quitase. Que no nos debe empecer la dilación, a que algunos dan nombre de tardanza y flojedad, como más verdaderamente haya sido deseo de reposo y de sosegar las alteraciones de algunos, amor y celo de la religión cristiana, prevención contra los moros,que de ordinario hacen en nuestras tierras entradas. Al presente que dejamos nuestro hijo en el gobierno, que ya tiene dos hijos, con vuestra licencia y ayuda, padre santo, tomaremos el imperio, apellido sin duda sin sustancia y sin provecho; pero somos forzados a volver por la honra pública de España, y en particular rechazar nuestra afrenta; lo cual ojalá podamos alcanzar sin las armas y sin rompimiento, ca de otra manera determinados estamos por conservar nuestra reputación y volver por ella ponernos a cualquier riesgo y afán. Yo, padres, ninguna cosa ni mayor ni más amada tengo en la tierra que vuestra autoridad; desde mis primeros años de tal manera procedí, que todos los buenos me aprobasen y ganase yo fama con buenas obras. Con este camino agradé a los pontífices pasados; por el mismo sin pretenderlo y sin procurarlo me llamaron al imperio. Sería grave afrenta y mengua intolerable quitarme por engaño en esta edad lo que granjeé en mi mocedad y amancillar nuestra gloria con perpetua infamia. Razón es, beatísimo Padre, que vuestra santidad y todos los demás prelados que estáis presentes ayudéis a nuestros intentos en negocio que no se puede pensar otro alguno ni mayor ni más justificado. Procurad con efecto y haced entienda el mundo lo que las particulares aficiones y lo que la entereza y justicia pueden y hasta dónde cada una de estas cosas allega; por lo menos, ahora que es tiempo, prevenid que la república cristiana con nuevas discordias que resultaran no reciba algún daño irreparable.»

A esto replicó el pontífice en pocas palabras: declaró las causas por que con buen título pudieron crear nuevo emperador; que la muerte de Ricardo ningún nuevo derecho le dio; que él mismo prometió de ponerse en sus manos, resolución saludable para todos en común, y en particular no afrentosa para él mismo, pues no era más razón que los españoles mandasen a los alemanes que a España los de aquella nación; que los caminos de Alemania son ásperos y embarazados, las ciudades fuertes, la gente feroz, las aficiones antiguas trocadas, ningunas fuerzas se podrían igualar a las de los alemanes, si se conformasen; la infamia, si se perdiese la empresa, sería notable; si venciese, pequeño el provecho; que era mejor conservar lo suyo que pretender lo ajeno; la gloria ganada con lo que obrara era tan grande, que en ningún tiempo su nombre y con ninguna afrenta se podría escurecer. Hiciese a Dios, hiciese a la religión este servicio de disimular por su respeto, si en alguna cosa no se guardó el orden debido y se cometió algún yerro. Dichas estas palabras, abrazóle y dióle paz en el rostro, como persona que era el papa de su condición amoroso, y por la larga experiencia enseñado a sosegar con semejantes caricias las voluntades de los hombres alterados.

Con esto se dejó aquella pretensión: intentó, empero, otras esperanzas. Pretendía en primer lugar que era suyo el señorío de Suabia después de la muerte de Corradino, por venir de parte de madre de los príncipes de Suabia; que Rodolfo, demás de quitarle el imperio, en tomarle para sí le hacía otro nuevo agravio. Alegaba eso mismo que el reino de Navarra era suyo por derechos antiguos de que se valía; que los franceses hacían mal en apoderarse del gobierno de aquel reino; por conclusión, pedía que por mandado del Pontífice el infante don Enrique, su hermano, fuese puesto en libertad; que Carlos, rey de Sicilia, se excusaba para no hacerlo con la voluntad del pontífice, que no lo quería. Sin embargo, como quier que el pontífice y los cardenales se hiciesen sordos a estas sus demandas tan justas a su parecer, bufaba de coraje. Finalmente, mal enojado se partió de Francia en sazón que el estío estaba adelante y cerca el otoño.

Vuelto en España, no dejó de llamarse emperador ni las insignias imperiales, hasta tanto que el arzobispo de Sevilla, por mandado del papa con censuras que le puso, hizo que desistiese; solamente le otorgaron los diezmos de las iglesias para ayuda a los gastos de la guerra de los moros. Vulgarmente las llamamos tercias a causa que la tercera parte de los diezmos, que acostumbraban gastar en las fábricas de las iglesias, le dieron para que de ella se aprovechase; y aún, como yo creo, y es así, no se las concedieron para siempre, sino por entonces por tiempo determinado y cierto número de años que señalaron. Éste fue el principio que los reyes de Castilla tuvieron de aprovecharse de las rentas sagradas de los templos; éste el fruto que don Alfonso sacó de aquel viaje tan largo y de tan grandes afanes; ésta la recompensa del imperio que a sinrazón le quitaron, alcanzado sin duda sin soborno y sin dinero, de fin y remate desgraciado.

LIBRO DECIMOCUARTO

CAPÍTULO PRIMERO
CÓMO EL REY DE MARRUECOS PASÓ EN ESPAÑA

A esta misma sazón el rey de Marruecos Jacob Abenjuzef, como se viese enseñoreado de África, sabidas las cosas de España, es a saber, que por la partida del rey don Alfonso el Andalucía quedaba desapercibida y sin fuerzas, estaba dudoso y perplejo en lo que debía hacer. Por una parte le punzaba el deseo de vengar las injurias de su nación, tantas veces por los nuestros maltratada, por otra le detenía la grandeza del peligro; demás que de su natural era considerado y recatado, mayormente que para asegurar su imperio, que por ser nuevo andaba en balanzas, se hallaba embarazado con muchas guerras en África, cuando una nueva embajada que le vino de España le hizo tomar resolución y aprestarse para aquella empresa.

Fue así que Mahomad, rey de Granada, como quien tenía más cuenta con su provecho que con lo que había jurado ni con la lealtad, conforme a la costumbre de aquella nación, luego que se partió de la presencia del rey don Alfonso, con quien se confederó en Sevilla, vuelto a su tierra, sin dilación propuso en sí de abrir la guerra y apoderarse de toda el Andalucía, hazaña que sobrepujaba su poder y fuerzas. Quejábase que lo que de su gente quedaba estaba reducido en tanta estrechura, que apenas tenía en qué poner el pie en España, y eso a merced de sus enemigos y con carga de parias que les hacían pagar cada un año. Que los de Málaga y Guadix, confiados de las espaldas que el rey don Alfonso les hacía, nunca cesaban de maquinar cosas en daño suyo, y que no dudarían de moverle nueva guerra luego que el tiempo de las treguas fuese pasado. Puesto en estos cuidados, veía que no tenía fuerzas bastantes contra la grandeza y riquezas del rey don Alfonso, puesto que ausente. Resolvióse con una embajada de convidar al rey de Marruecos para que se juntase con él y le ayudase, príncipe poderoso en aquel tiempo y muy señalado en las armas. Decía ser llegado el tiempo de vengar las injurias y agravios recibidos de los cristianos; que los grandes imperios no se mantienen y conservan con pereza y descuido, sino con ejercitar los soldados y entretenerlos siempre con nuevas empresas; que el derecho de los reinos y la justicia para apoderarse de nuevos estados consiste en las fuerzas y en el poder; mantener sus estados es loa de poco momento; conquistar los ajenos oficio da grandes príncipes; que si ellos no acometían y amparaban las reliquias de la gente mahometana en España, forzosamente serían acometidos en África; en cuanto se debía estimar con sujetar una provincia poner casi en otro mundo los trofeos de sus victorias y de su gloria, y en un punto juntar lo de Europa con lo de África.

Movido por esta embajada el rey de Marruecos determinó hacer guerra a España. Mandó levantar gente por todas sus tierras. No se oía por todas partes sino ruido de naves, soldados, armas, caballos y todo lo al. Ninguna cosa le aquejaba tanto como la falta del dinero y el cuidado de encubrir sus intentos, por temor que si los nuestros fuesen sabidores de ellos, los hallaría apercibidos para la defensa y para rechazar los contrarios. Por el uno y por el otro respeto con embajadores que envió el rey don Jaime de Aragón le pidió dineros prestados, con color que se le había rebelado un señor moro, su vasallo, y entrado en Ceuta, cosa que por el sitio de aquella plaza, que está cerca del estrecho de Gibraltar, era de consideración, y si no se prevenía con tiempo, podría acarrear daño a las marinas de África y de España. Cuanto mayor era el cuidado de encubrir estos diseños, tanto la mal enfrenada fama se aumentaba más, como acontece en las cosas grandes, que fue la causa para que ni el rey de Aragón le enviase dineros ni los de Castilla se descuidasen en apercibirse de lo necesario. Verdad es que todo procedía de espacio por la ausencia del rey don Alfonso y porque su hijo don Fernando se detenía en Burgos, donde aportó después que visitó el reino.

Envió pues el moro en primer lugar desde África alcaides que se apoderasen y tuviesen en su

nombre las ciudades de Algeciras y Tarifa, según concertó que se las entregaría el rey de Granada para que sirviesen como de baluartes, asiento y reparo de la guerra que se aparejaba. Después de esto echó en España gran gente africana, en número diecisiete mil caballos, y dado que no se refiere el número de los infantes, bien se entiende fueron muchos, conforme a la hazaña que se emprendía y al diseño que llevaban. Lo primero que procuró fue de reconciliar todos los moros entre sí y hacer olvidasen las discordias pasadas; lo cual con la autoridad del rey de Marruecos y a su persuasión se efectuó, que se avinieron los de Málaga y Guadix con el rey de Granada. Tuvieron junta en Málaga para resolver en qué forma se haría la guerra. Fueron de acuerdo que la gente se dividiese en dos partes, porque no se embarazasen con la multitud y para con más provecho acometer las tierras de cristianos. Con esta resolución el rey de Marruecos tomó cargo de correr la campaña de Sevilla. El de Granada se encargó de hacer entrada por las fronteras de Jaén.

Era don Nuño de Lara frontero contra los moros. Avisó al infante don Fernando que con toda presteza enviase toda la más gente que pudiese, porque el peligro no sufría dilación. Él mismo arrebatadamente con la gente que pudo se metió en Écija, por do era forzoso pasase el rey de Marruecos, ciudad bien fuerte y que no se podía tomar con facilidad. Concurrió otrosí gran nobleza de las ciudades cercanas, movidos por la fama del peligro y convidados por las cartas que don Nuño les enviara. Confiado pues en la mucha gente y porque los bárbaros no cobrasen mayor esfuerzo si los nuestros daban muestras de miedo, salió de la ciudad, do se pudiera entretener, y puestos sus escuadrones en ordenanza, no dudó de encontrarse con el enemigo. Trabóse la pelea, en que si bien los moros al principio iban de caída, en fin vencieron por su muchedumbre y los fieles fueron desbaratados y puestos en huida. El mismo don Nuño murió en la pelea, y con él doscientos cincuenta de a caballo y cuatro mil infantes. Los demás se recogieron a la ciudad, que caía cerca, como a guarida; lo que también dio a algunos ocasión para que no hiciesen el postrer esfuerzo. La cabeza de don Nuño, varón tan esforzado y valiente, enviaron al rey de Granada en presente, que le dio poco gusto por acordarse de la antigua amistad y que por su medio alcanzó aquel reino que tenía. Así la envió a Córdoba para que junto con el cuerpo fuese sepultada.

Esta desgracia tan señalada, que sucedió el año de 1275 por el mes de mayo, causó gran tristeza en todo el reino, no tanto por el daño presente cuanto por el miedo de mayor peligro que amenazaba. Algún consuelo y principio de mejor esperanza fue que el bárbaro, aunque victorioso y feroz, no se pudo apoderar de la ciudad de Écija; pero sucedió otra nueva desgracia. Ésta fue que don Sancho, arzobispo de Toledo, con el triste aviso de esta jornada, juntado que hubo toda la caballería que pudo en Toledo, Madrid, Guadalajara y Talavera, se partió a gran prisa para el Andalucía. Los moros de Granada talaban los campos de Jaén, robaban los ganados, mataban y cautivaban hombres, ponían fuego a los poblados, finalmente, no perdonaban a cosa ninguna que pudiese dañar su furor y saña. A estos pues procuró de acometer el arzobispo con mayor osadía que consejo; hervíale la sangre con la mocedad, deseaba imitar la valentía del rey, su padre, pretendía quitar a los moros la presa que llevaban, y dado que los más cuerdos eran de parecer que debían de esperar a don Lope de Haro, que sabían marchaba a toda furia, y en breve llegaría con buen escuadrón de gente; que no era justo ni acertado acometer con tan poca gente todo el ejército enemigo; prevaleció el parecer de aquellos que decían, si le esperaban, a juicio de todos sería suya la gloria de la victoria. So color de honra buscaron su daño; trabada la batalla, que se dio cerca de Martos, a los 21 de octubre, fácilmente fueron los fieles vencidos, así por ser menos en número como por ser soldados nuevos, los moros muy ejercitados en el arte militar. La huida fue vergonzosa, los muertos pocos para victoria tan señalada. Prendieron al arzobispo don Sancho, y como quier que hubiese diferencia entre los bárbaros sobre de cuál de los reyes sería aquella presa y estuviesen a punto de venir a las manos, Atar, señor de Málaga, con la espada desnuda le pasó de parte a parte, diciendo: *«No es justo que sobre la cabeza de este perro haya contienda entre caballeros tan principales.»* Muerto que fue, le cortaron la cabeza y la mano izquierda, en que tenía el anillo pontifical. Este estrago fue tanto de mayor compasión y lástima, que pudieran los bárbaros ser destruidos en aquella pelea, si los nues-

tros tuvieran un poco de paciencia y no fueran tan amigos de su honra; porque don Lope de Haro sobrevino poco después, y con su propio escuadrón volvió a la pelea, y con maravillosa osadía forzó los moros a retirarse, pero no pudo vencerlos a causa de la oscuridad de la noche, que sobrevino. El cuerpo, mano y cabeza del arzobispo don Sancho, todo rescatado a precio de mucho oro, enterraron en la capilla real de Toledo, título de Santa Cruz, en que estaban sepultados el emperador don Alfonso y su hijo don Sancho el Deseado. Sucedióle don Hernando, abad de Covarrubias, en el arzobispado; y amovido éste a cabo de seis años por mandado del Padre Santo, que nunca quiso confirmar ni aprobar esta elección, antes él mismo renunció al arzobispado, sucedió en la silla de Toledo por elección del papa don Gonzalo, segundo de este nombre, que primero fue obispo de Cuenca y después de Burgos. Este dicen que fue cardenal y Onufrio lo afirma; en Santa María la Mayor en Roma hay un sepulcro de mármol, suyo según se dice, con esta letra:

HIC DEPOSITUS FUIT QUONDAM DOMINUS GONSALVUS EPISCOPUS ALBANENSIS.
OBIT ANNO DOMINI MCCLXXXXVIIII.

Quiere decir: *«Aquí yace don Gonzalo, obispo que ya fue albanense. Finó año del Señor 1299.»* Fue natural de Toledo, del linaje de los Gudieles, a lo que se entiende. El año en que vamos, por estos desastres aciago, le hizo más notable la muerte del infante don Fernando; murió de enfermedad en Villarreal por el mes de agosto. Iba a la guerra de los moros, y esperaba en aquella villa las compañías de gente que se habían levantado, cuando la muerte le sobrevino. No es menos sino que todo el reino sintió mucho este desmán y falta, endechas y lutos asaz; su cuerpo enterraron en las Huelgas.

Su muerte causó al presente gran tristeza, y adelante fue ocasión de graves discordias, como quiera que el infante don Sancho, su hermano, porfiase que le venía a él la sucesión del reino por ser hijo segundo del rey don Alfonso, que todavía vivía; si bien don Fernando dejó dos hijos de su mujer la infanta doña Blanca, llamados don Alfonso y don Fernando, encarecidamente encomendados al tiempo de su muerte a don Juan de Lara, que fue hijo mayor de don Nuño de Lara. El infante don Sancho, como mozo que era de ingenio agudo y de grande industria para cualquier cosa que se aplicase, en aquel peligro de la república se hizo capitán contra los moros, y con su valor y diligencia refrenó la osadía de los enemigos. Puso guarniciones en muchos lugares, y excusó la pelea con intento que el ímpetu con que los bárbaros venían se fuese resfriando con la tardanza, que fue un consejo saludable.

También se alteraron los moros de Valencia, que nunca fueron fieles; y entonces, perdido el miedo por la vejez del rey don Jaime y llenos de confianza por lo que pasaba en el Andalucía, al principio de aquella guerra se estuvieron quedos y a la mira de lo que sucedía. Como supieron que los suyos vencían, se resolvieron juntar con ellos sus fuerzas, y a cada paso en tierra de Valencia se hacían conjuraciones de moros, si bien don Pedro, infante de Aragón, por mandado de su padre era ido con un escuadrón de soldados a las fronteras de Murcia, y destruía los campos de Almería con quemas y robos.

Las cosas de los navarros no andaban más sosegadas en aquel tiempo. Como Felipe, rey de Francia, hubiese concertado a doña Juana, heredera de aquel reino, con su hijo Felipe, que le sucedió después y tuvo sobrenombre de Hermoso, envió por virrey de Navarra a Esteban de Belmarca, de nación francés, quitado aquel cargo a Pedro de Montagudo. No tenía bastante autoridad un hombre forastero para apaciguar los alborotos que andaban y aquellas parcialidades tan enconadas, mayormente que Pedro de Montagudo, movido de la afrenta que se le hizo en removerle del gobierno, y García Almoravides, que siempre se mostró aficionado a los reyes de Castilla, se declararon por caudillos de los alborotados. Dentro de la misma ciudad de Pamplona se trabaron pasiones y vinieron a las manos el un bando con el otro. La porfía y crueldad fue tal, que se quemaban las mieses y batían a las paredes los hijos pequeños con mayor daño del bando que seguía a los franceses. Al mismo Pedro de Montagudo que, pasado el primer disgusto, inclinaba al bando francés, y que ora

fuese por deseo de quietud, ora a persuasión de otros, ya tenía pensado de pasarse a su parte; como lo entendiesen los del bando contrario le mataron. Indigno de tal desastre por su; muchas virtudes, de que ningún ciudadano de su tiempo era más adornado, varón noble, rico, de buena presencia, prudente y de grandes fuerzas corporales.

CAPÍTULO II
DE LA MUERTE DEL REY DON JAIME DE ARAGÓN

El año siguiente, que del nacimiento de Cristo se contaba 1276, fue señalado por la muerte de tres pontífices romanos; estos fueron Gregorio X, Inocencio V y Adriano V. El pontificado de Inocencio fue muy breve, es a saber, de cinco meses y dos días; el de Adriano de solos treinta y siete días, en cuyo lugar sucedió Juan, vigésimo primero de este nombre, natural de Lisboa, hombre de grande ingenio, de muchas letras y doctrina, mayormente de dialéctica y medicina, como dan testimonio los libros que dejó escritos en nombre de Pedro Hispano, que tuvo antes que fuese papa. Hay un libro suyo de medicina, que se llama *Tesoro de pobres*. Su vida no fue mucho más larga que la de sus antecesores. A los ocho meses y ocho días de su pontificado en Viterbo murió por ocasión que el techo del aposento en que estaba se hundió. Sucedióle Nicolás III, natural de Roma y de la casa Ursina.

En este mismo tiempo en Castilla se abrían las zanjas y echaban los cimientos de guerras civiles, que mucho la trabajaron. Fue así, que el infante don Sancho granjeaba con diligencia las voluntades de la nobleza y del pueblo, usaba de halagos, cortesía y liberalidad con todos, como quiera que todo esto faltase en el rey, su padre, por do el pueblo había comenzado a desgraciarse. Aumentó este disgusto la jornada de Francia tan fuera de sazón y propósito, y casi siempre acontece que a quien la fortuna es contraria le falta el aplauso de los hombres. Deseaba el vulgo novedades, y juntamente, como acontece, las temía; algunos de los principales a punto de alborotarse, otros por ser más recatados se entretenían, disimulaban y estaban a la mira. Don Lope de Haro, que era de tanta autoridad y prendas, se había reconciliado en Córdoba con el infante don Sancho.

Con los moros, cuya furia algún tanto amansaba, se asentaron treguas por espacio de dos años. El rey de Marruecos, hecho este concierto, desde Algeciras, do tenía sus reales y su gente, pasó en África. Don Sancho a gran prisa se fue a Toledo con color de visitar al rey, su padre, que poco antes de Francia por el camino de Valencia y de Cuenca. era llegado a aquella ciudad, fuera de que publicaba tener negocios del reino que comunicar con él. Ésta era la voz; el cuidado que más le aquejaba era de asentar el derecho de su sucesión, que pretendía encaminar con voluntad de su padre y de los grandes. Comenzóse a tratar este negocio; encargóse don Lope de Haro de dar principio a esta plática, que dio mucho enojo al rey don Alfonso. Llevaba mal se tratase en su vida tan fuera de sazón de la sucesión del reino, junto con que se persuadía que conforme a derecho sus nietos no podían ser excluidos, y por el amor que en particular les tenía pesábale grandemente que se tratase de hacer novedad. Mas por consejo del infante don Manuel, su hermano, ya grande amigo de don Sancho, se determinó que se llamasen y juntasen Cortes en Segovia, con intento que allí se determinase esta diferencia. Tratóse el negocio en aquellas Cortes, y ventiladas las razones por la una y por la otra parte, en fin se vino a pronunciar sentencia en favor de don Sancho; si con razón y conforme a derecho o contra él, no se sabe ni hay para qué aquí tratarlo. Lo cierto es que prevaleció el respeto del pro común y el deseo del sosiego del reino. Todos se persuadían que si don Sancho no alcanzara lo que pretendía no reposaría ni dejaría a los otros que reposasen. Su edad era a propósito para el gobierno, su ingenio, industria y condición muy aventajadas, el amor que muchos le tenían grande, su valor muy señalado.

Esto pasaba en Castilla; en Aragón el rey don Jaime usaba de toda diligencia para sosegar el alboroto de los moros, si pudiese por maña, y si no por fuerza. Con este intento discurría por las ciudades, villas y lugares del reino de Valencia; hubo en diversas partes muchos encuentros. Cuándo, los unos vencían; cuándo, los otros. En particular al tiempo que el rey estaba en Játiva, los suyos fueron destrozados en Lujen; el estrado fue tal y la matanza, que desde entonces comenzó el vulgo a llamar aquel día, que era martes, de mal agüero y aciago. Murió en la batalla Garci Ruiz de Azagra, hijo de Pedro de Azagra, señor de Albarracín, noble príncipe en aquel tiempo; fue preso el comen-

dador mayor de los templarios. La causa principal de aquel daño fue el poco caso que hicieron del enemigo, cosa que siempre en la guerra es muy perjudicial. El rey, por la tristeza que sintió de aquella desgracia, y por tener ya quebrantado el cuerpo con los muchos trabajos, a que se llegó una nueva enfermedad que le sobrevino, dejó el cuidado de la guerra al infante don Pedro, su hijo, y él se fue a Algeciras, que es una villa en tierra de Valencia. Allí, aquejado del mal y desahuciado de los médicos, entregó de su mano el reino a su hijo, que presente estaba; diole asimismo consejos muy saludables para saberse gobernar. Esto hecho, él se vistió el hábito de san Bernardo con intento de pasar lo que le quedaba de vida en el monasterio de Poblet, en que quería ser enterrado. No le dio la dolencia tanto lugar, falleció en Valencia a 27 de julio. Príncipe de renombre inmortal por la grandeza de sus hazañas, y no sólo valiente y esforzado, sino de singular piedad y devoción, pues afirman de él edificó dos mil iglesias; yo entiendo que las hizo consagrar o dedicar conforme al rito y ceremonia cristiana, y de mezquitas de Mahoma las convirtió en templos de Dios. En las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos; treinta veces entró en batalla con los moros y siempre salió vencedor, por donde tuvo sobrenombre y se llamó el rey don Jaime el Conquistador. Reinó por espacio de sesenta y tres años; fue demasiadamente dado a la sensualidad, cosa que no poco oscureció su fama.

De la reina doña Violante tuvo estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Sancho, el arzobispo, ya muerto; doña Isabel, reina de Francia; doña Violante, reina de Castilla; doña Costanza, mujer del infante don Manuel; otras dos hijas, María y Leonor, murieron niñas; todos estos fueron hijos legítimos. De doña Teresa Egidia Vidaura tuvo a don Jaime, señor de Ejerica, y a don Pedro, señor de Ayerbe, que a la muerte declaró por hijos legítimos, y llamó a la sucesión del reino caso que los hijos de doña Violante no tuviesen sucesión. De otra mujer de la casa de Antillón hubo a Fernán Sánchez, el que arriba contamos que fue muerto por su hermano. De éste descienden los de la casa de Castro, que se llamaron así a causa de la baronía de Castro que tuvo en heredamiento. De Berenguela Fernández dejó otro hijo, llamado Pero Fernández, a quien dio la villa de Híjar; de todos descendieron muy nobles familias en el reino de Aragón. Lo que más es de considerar que en la sucesión del reino sustituyó los hijos varones de doña Violante, doña Costanza y doña Isabel, sus hijas, después de los cuatro hijos arriba nombrados y declarados por legítimos; pero con tal condición que ni sus madres ni ninguna otra mujer pudiese jamás heredar aquella corona. Dejó mandado a su hijo echase los moros del reino, por ser gente que no se puede jamás fiar de ellos, mandamiento que si en aquella edad y aún en la nuestra y de nuestros padres se hubiera puesto en ejecución se excusaran muchos daños, porque la obstinación de esta gente no se puede vencer ni ablandar con ninguna arte, ni su deslealtad amansar con ningunas buenas obras; no hacen caso de argumentos y razones ni estiman la autoridad de nadie.

El infante don Pedro, dado que su padre ora muerto, no se llamó luego rey; sólo se nombraba heredero del reino en sus provisiones y cartas hasta tanto que se coronase, que se hizo en Zaragoza después de apaciguados los alborotos de Valencia, y fue a 16 de noviembre. Esta honra se guardó para aquella nobilísima y hermosísima ciudad; la reina también fue coronada; y los caballeros principales, hecho su pleito homenaje, juraron a don Alfonso, su hijo, que entonces era niño, por heredero de aquellos estados. A don Jaime, hermano del nuevo rey, se dieron las islas de Mallorca y Menorca con título de rey, como su padre lo dejó mandado en su testamento y como arriba queda dicho que lo tenía determinado; diéronle otrosí el condado de Rosellón y lo de Montpellier en Francia. Tuvo este príncipe por hijos a don Jaime, don Sancho, don Fernando, don Felipe. Esta división del reino fue causa de desabrimientos y sospechas que nacieron entre los hermanos, que adelante pararon en enemistades y guerras. Quejábase don Jaime que le quitaron el reino de Valencia, del cual le hizo tiempo atrás donación su padre, y que por el nuevo corte que se dio quedaba por feudatario y vasallo de su hermano, cosa que le parecía no se podía sufrir. Su cólera y su ambición sin propósito le aguijonaban y aún le despeñaban, sin reparar hasta tanto que le despojaron de su estado.

CAPÍTULO III
QUE LAS DISCORDIAS DE NAVARRA SE APACIGUARON

Lo de Navarra no andaba más sosegado que las otras partes de España, antes ardía en alborotos y discordias civiles; cada cual acudía al uno de los bandos. Felipe, rey de Francia, como se viese encargado de la defensa y amparo del nuevo reino, determinó de ir en persona a sosegar aquellas revueltas con mucha gente de guerra que consigo llevaba. Era el tiempo muy áspero, y las cumbres del monte Pirineo por donde era el paso cargadas y cubiertas de nieve; allegábase a esto la falta de los bastimentos, a causa de la esterilidad de la tierra. Movido por estas dificultades, él se volvió del camino, pero envió en su lugar a Carlos, conde de Arras, con la mayor parte y más escogida de su gente. Era este caballero persona de grande autoridad por ser tío de la reina Juana; así, con su llegada hizo mucho efecto. El bando contrario, maltratado por los franceses junto a un pueblo llamado Reniega, se retiró a un barrio de Pamplona, que se llama Navarrería; íbanles los franceses a los alcances y apretábanles por todas partes. Por esto García de Almorávides, caudillo de aquella gente, y en su compañía sus parientes y aliados con la oscuridad de la noche por entre las centinelas contrarias se fueron por la parte que cada cual pudo, por poblados y despoblados, y se salieron de toda la tierra. Algunos de ellos fueron a parar a Cerdeña, en que por haber hecho allí su morada, hay generación de ellos el día de hoy. Pamplona fue tomada de los enemigos, y le echaron fuego. Los que quedaron después de este estrago, escarmentados con el ejemplo de los otros, tuvieron por bien de sosegarse; otros, acusados por rebeldes y alborotadores del reino, llamados, como no compareciesen, fueron en ausencia condenados de crimen *laesae majestatis*, y se ausentaron de su patria.

El general francés, apaciguada que fue la discordia de los navarros y fundada la paz de la república, pasó en Castilla al llamado del rey don Alfonso, y de él fue muy bien recibido y tratado magnífica y espléndidamente, como pariente muy cercano que era. Con la mucha familiaridad y conversación el rey don Alfonso se adelantó a decir que no le faltaban a él cortesanos de la misma casa del rey de Francia que le diesen aviso y descubriesen los secretos del rey y de sus grandes. Esto, quier fuese verdad o fingido para tentar el ánimo del francés, él lo tomó tan de veras, que desde entonces Broquio, camarero del rey de Francia, comenzó a ser tenido por sospechoso. Acrecentaron la sospecha unas cartas suyas que enviaba al rey don Alfonso en cifra, que vinieron en poder de los que le calumniaban, por haberse muerto en el camino el correo que las llevaba. Pasó el negocio tan adelante, que fue condenado en juicio y pagó con la cabeza; pero esto avino algún tiempo adelante.

Doña Violante, reina de Castilla, como viese que la edad de sus nietos, que ella mucho quería, era menospreciada, y que anteponían a don Sancho, y que ella no estaba muy segura, en tanta manera pervierte todos los derechos la execrable codicia del reinar, pensó de huirse; con este intento hizo que el rey de Aragón, su hermano, viniese al monasterio de Huerta, so color de quererle allí hablar. Acompañaban a la reina sus nietos por manera de honrarla, y así con ellos se entró en Aragón; procuró de estorbárselo el rey don Alfonso desde que supo lo que pasaba, pero fue por demás. El pesar que con esto recibió fue tal y el coraje, que ninguna pérdida suya ni de su reino le pudiera entristecer más. El enojo y saña del rey se volvió contra aquellos que creyó ayudaron y tuvieron parte en la partida de la reina; mandó prender en Burgos, donde el rey y don Sancho eran idos de Segovia, al infante don Fadrique, su hermano, y a don Simón Ruiz de Haro, señor de los Cameros, varón de alto linaje y de muy antigua nobleza. Ardía la casa real y la corte en discordias, y eran muchos los que favorecían a los nietos del rey. Simón Ruiz fue quemado en Treviño por mandado de don Sancho; a don Fadrique hizo cortar la cabeza en Burgos con grande odio del nuevo principado, pues eran estas las primeras señales y muestra que daba, mayormente que sin ser oídos los condenaron. Los más extrañaban este hecho, conforme como a cada cual le tocaban los muertos en parentesco o amistad, pero el odio estaba secreto y disfrazado con la disimulación. Enviáronse embajadores el un rey al

otro.

El rey de Castilla pedía que se le enviase su mujer y que aprobase la elección de don Sancho. Excusábase el rey de Aragón con que no estaba aún del todo determinado el negocio, y alegaba que en su reino tenían refugio y amparo cuantos a él se acogiesen, cuanto más su misma hermana. Pasaron tan adelante, que hubiera el de Aragón movido guerra a Castilla, como algunos pensaban, si la rebelión de los moros de Valencia no le embarazara; los cuales, confiados en la venida del rey de Marruecos, con las armas se apoderaron de Montesa; pero estos movimientos tuvieron más fácil fin de lo que se pensaba. Los moros, despedidos de la esperanza del socorro de África que esperaban, entregaron al rey el mes de agosto, año de nuestra salvación 1277, a Montesa y otros muchos castillos que tomaran.

En este tiempo el rey don Alfonso era venido de Burgos a Sevilla; de allí envió grande armada y mucha gente de guerra a cercar a Algeciras por mar y por tierra. Aquella guerra ante todas cosas tenía los ánimos de los fieles puestos en cuidado; temían que los africanos, por la vecindad de los lugares y por tener ya asiento en España y guarida propria, no acudiesen muchas veces a nuestras riberas. Sin embargo, las discordias civiles por otra parte les tenían los ánimos tan ocupados, que no se les daba mucho de todo lo al; todavía intentaron de quitarles aquel nido. El verano fue don Pedro, hijo del rey don Alfonso, con poderoso ejército a la conquista de aquella ciudad. Dio la vuelta sin hacer algún efecto, con mucha deshonra y pérdida de su gente, y nuestra armada por estar falta de marineros y de soldados con la venida del rey de Marruecos fue desbaratada y presa. Deshízose el campo; los soldados unos se fueron a una parte, otros a otra. Hay quien diga que en aquel tiempo el rey de Marruecos edificó otra nueva Algeciras, poco distante de la primera.

El cuerpo del rey don Jaime se llevó de Valencia, donde le depositaron en un sepulcro junto al altar mayor de la iglesia catedral, y se trasladó al monasterio de Poblet, entrado ya el verano. Las exequias del difunto se celebraron espléndidamente con gran concurso de caballeros principales, que se juntaron en Tarragona por mandado del nuevo rey.

CAPÍTULO IV
DE DIVERSAS HABLAS QUE TUVIERON LOS REYES

Con la partida de la reina doña Violante los reyes de Castilla y Francia comenzaron a estar muy cuidadosos por respeto de los niños infantes. El cuidado por entrambas partes era igual, los intentos diferentes y aún contrarios. El de Castilla quisiera estorbar que no se pasasen en Francia, do para su inocente y tierna edad tenían muy cierta la acogida y el amparo, en especial que don Sancho, su hijo, le ponía en esto con el deseo que tenía de asegurarse, sin descuidarse de continuar en granjear las voluntades de grandes y pequeños con la nobleza de su condición, agudeza de ingenio y agradables costumbres, y con valor y diligencia apercibirse para todo lo que podía suceder. El de Francia temía que si venían a manos y poder de su tío correrían peligro de las vidas, por lo menos de perder la libertad. Sabía muy bien cuán deseosos son los hombres naturalmente de mando, y que la ambición es madre de crueldad y fiereza. Habíanse enviado sobre esta razón diversas veces de parte de Castilla y de Francia muy solemnes embajadas al rey de Aragón, cosa muy honrosa para aquel príncipe, que fuese como juez árbitro para concertar dos reyes tan poderosos, muy a propósito para sus intentos tener suspensos aquellos príncipes y en su poder los infantes. Ventilado el negocio, finalmente se acordó que doña Violante tornase con su marido y que los infantes quedasen en Aragón sin libertad de poder ausentarse; lleváronlos al castillo de Játiva y allí los pusieron a recado.

Esta resolución dio mucha pena a doña Blanca, su madre, por parecerle que en quien fuera justo hallar amparo allí se les armaba celada, y con nuevos engaños les quitaban la libertad. Partióse pues para Aragón, mas no alcanzó cosa alguna, porque las orejas del rey las halló sordas a sus ruegos y lágrimas; no hacía caso de todo lo que se podía decir y pensar a trueco de enderezar sus particulares. Desde allí muy enojada pasó en Francia a hablar al rey, su hermano, y moverle a hacer la guerra contra Castilla y Aragón, si no condescendían con lo que era razón y ella pretendía. Era muy a propósito el reino de Navarra, que se tenía por los franceses, para estos intentos, por confinar con Castilla y Aragón por diversas partes. Puso esto en cuidado al rey de Aragón y al infante don Sancho; para tomar acuerdo de lo que se debía hacer, determinaron venir ¡i habla. Señalaron para ello cierto lugar entre Requena y Buñol, acudieron allí, y se juntaron el día aplazado a 14 de septiembre del año del Señor de 1279. En esta junta y habla, echados aparte todos los desabrimientos y enojos pasados, trabaron entre sí amistad y pusieron confederación para valerse al tiempo de necesidad.

Concluida esta habla, el rey de Aragón tomó el camino de Cataluña, que estaba alterada por las discordias de la gente principal. Armengol de Cabrera era el principal atizador de estas revueltas, hijo de Álvaro de Cabrera, al cual el rey poco antes diera el condado de Urgel, como a su feudatario y por respeto del conde de Foix; todo esto no bastó para ganarle. El rey, visto lo que pasaba, se puso sobre la ciudad de Balaguer, cabecera de aquel estado; prendió al dicho Armengol y a su tío Rogerio Bernardo, conde de Foix, con otros señores que dentro halló; túvolos presos largo tiempo, en especial al de Foix, que se rebelara más veces y más feroz se mostraba; con tanto calmaron las alteraciones de los catalanes.

Don Sancho se encaminó a Badajoz, donde su padre estaba, que era venido desde Sevilla a verse con don Dionisio, su nieto, rey de Portugal, con intento de hacer las paces entre él y don Alfonso, su hermano, al cual pretendía por fuerza de armas echar del estado que su padre le dejó en Portugal. Alegaba diversas razones para dar color a esta su pretensión, de que recibían mucho descontento las gentes de Portugal, por ver que entraba con tan mal pie en el reino, y que apenas era muerto su padre cuando pretendía despojar a su hermano y trabar con él enemistad. Falleció en Lisboa al principio de este mismo año el rey don Alfonso de Portugal, padre de don Dionisio. Vivió setenta años, reinó treinta y dos; en el monasterio de Santo Domingo de aquella ciudad que él edificó, enterraron su cuerpo.

Don Sancho, luego que se hubo visto con su padre, fue por su orden a hacer levas de gente por todo el reino y apercibirse de soldados contra el rey de Granada, que a la sazón sabía estar ocupado en la obra del alcázar de aquella ciudad, llamado el Alhambra, fábrica de gran primor y en que gastó gran tesoro, ca era este rey moro no menos diestro en semejantes primores que en el arte militar. Para moverle guerra no podían faltar achaques, y siempre los hay entre los príncipes cuyos estados alindan. Lo que yo sospecho es que el rey de Granada en la guerra de Algeciras dio favor al de Marruecos, de lo cual por estar agraviados los nuestros, en el asiento que se tomó poco antes de esto con los africanos no fueron comprendidos los de Granada.

Dionisio, rey de Portugal, sea por no fiarse de su abuelo, como quier que sean dudosas e inconstantes las voluntades de los hombres, sea por pensar se inclinaba más a su hermano (como de ordinario siempre favorecemos la parte más flaca, y aún el que es más poderoso, en cualquier diferencia puesto que tenga mejor derecho, siempre parece que hace agravio), si bien había llegado a Yelves, que está tres leguas de Badajoz, repentinamente mudado de parecer volvió atrás. Fue grande el enojo que el rey don Alfonso recibió por esta liviandad; así, perdida la esperanza de verse con su nieto, muy desabrido dio la vuelta para Sevilla.

En este tiempo Conrado Lanza, general de la mar por el rey de Aragón, persona de grande autoridad para con todos por ser pariente cercano de la reina doña Costanza, con una armada que aprestó de diez galeras corrió las marinas de África, mayormente las de Túnez y Tremecén, en castigo de que aquellas ciudades no querían pagar el tributo que algunos años antes concertaron. Cierto autor afirma que esta empresa fue y se enderezó para meter en posesión del reino de Túnez a Miracusar, a quien su hermano le echara de él. Todos concuerdan que la presa que de allí llevaron los aragoneses fue grande, y que en el estrecho de Gibraltar de diez galeras que encontraron del rey de Marruecos y las vencieron, parte tomaron, parte echaron a fondo.

El rey de Aragón en Valencia, donde se entretenía muy de ordinario, hizo donación a don Jaime, su hijo, habido fuera de matrimonio, del estado de Segorbe por el mes de noviembre. En Castilla de cada día se aumentaba la afición que los naturales tenían al infante don Sancho, y aún a muchos parecía que trataba de cosas mayores de lo que ni presente mostraba, y que luego que concluyese con los sobrinos, menospreciaría a su padre, que ya por su edad iba de caída, y le quitaría el mando y la corona. El padre por su gran descuido de ninguna cosa menos se recataba que de esto, sin saber las pláticas de su hijo, así las públicas como las secretas. Partió pues don Sancho el año luego siguiente de 1280 a la primavera con el ejército que tenía levantado la vuelta de Jaén; y con nuevas compañías que su padre le envió desde Sevilla, aumentado su ejército, entró muy pujante por las fronteras de Granada, taló y robó toda la campaña, sin parar hasta ponerse a vista de la misma ciudad, quemó muchas aldeas y pueblos, recogió gran presa de gente y de ganados, con que volvió a Córdoba, desde allí acompañó a su padre hasta Sevilla. Con el buen suceso de esta guerra ganó mayor autoridad y granjeó del todo las voluntades de la gente, cosa que él estimaba en más que todas las demás ganancias, por asegurarse en la sucesión del reino, que era el cuidado que más le aquejaba.

Principalmente que Felipe, rey de Francia, con la afición que tenía a los dos infantes, sus sobrinos, hacía instancia que fuesen puestos en libertad, y que en lugar de su abuelo que los pedía, se los entregasen a él. Envió pues sobre esta razón embajadores a los dos reyes; llevaron orden que al principio tratasen el negocio amigablemente, ca no tenía perdida la esperanza que hubiesen de dar oidos a tan justa demanda; si no se allanasen como deseaba, les diesen a entender que tendrían en los franceses enemigos mortales; que él estaba resuelto de amparar la inocente edad de aquellos mozos por toda las vías y maneras que pudiese. Como los nuestros no se moviesen por amenazas ni por ruegos, se trató y acordó que para tomar algún medio, y en presencia componer todas las diferencias, los tres reyes se juntasen a habla, para lo cual se dieron unos a otros la palabra y seguridad bastante. Con esta determinación el rey de Francia llegó a Salvatierra, el rey de Castilla a Bayona, ciu-

dad que está en los pueblos dichos antiguamente tarbellos en los confines de Guyena. No se juntaron los reyes para tratar de las condiciones y del asiento. El infante don Sancho desbarató la junta con su astucia y con sus mañas, por temer no alcanzasen de su padre, que claramente veía estar aficionado a los nietos, alguna cosa que le empeciese a él. Lo que solamente se pudo alcanzar fue que Carlos, príncipe de Tarento, hijo del rey de Sicilia, interviniese entre los reyes y llevase los recados de la una parte a la otra; y sin embargo, no se concluyó cosa ninguna, porque todos los intentos de los príncipes desbarataba con sus mañas don Sancho, si bien lo que los franceses pedían parecía muy justificado, esto es, que se le diese al infante don Alfonso la ciudad de Jaén con nombre de rey, y como a feudatario y dependiente de los reyes de Castilla.

Desbaratada que fue la junta, todavía los reyes de Francia y Aragón se vieron en Tolosa para tratar de este negocio entre si. El fruto de esta habla no fue mayor que el de antes, en tanto grado, que parecía hacían burla del rey de Francia. Sólo se sacó de esta junta que el rey de Francia prometió debajo de juramento dejaría el estado de Montpellier a don Jaime, rey de Mallorca, porque antes de esto pretendía ser suyo y quitársele. Muy alegre quedó el infante don Sancho de que con todo el esfuerzo que aquel rey hizo y con tantas porfías no se había alcanzado de los reyes cosa alguna que fuese en pro de los infantes, sus sobrinos. Solo se recelaba de la inconstancia de su padre, por la compasión que mostraba tener de aquella tierna edad, no viniese a favorecer los nietos, ca de estar mudado de parecer se veían manifiestas señales. Y muchos que con diligencia y cuidado consideran los enojos de los príncipes y sus inclinaciones, por entender esto no cesaban de irritar al rey don Alfonso contra su hijo, y contarle y encarecerle sus desacatos. Decían que estaba apoderado de todo el gobierno, que todo lo trastornaba y revolvía conforme a su antojo, que no estimaba en nada su real autoridad y grandeza. Era el rey don Alfonso de ingenio vario, mudable, doblado, tenía en sus acciones una maravillosa inconstancia, falta que con la edad suele tomar más fuerza.

Don Sancho, por entender estas cosas, determinó ayudarse de socorros extraños y de fuera, y hacerse amigo del rey de Aragón y prendarle, en que puso mucha diligencia. Envióle sobre esta razón y con este intento sus embajadores, primero a don Gonzalo Girón, maestre de Santiago, después al marqués de Monferrat. La suma de la embajada era que se juntasen para tratar de sus haciendas y de cosas de mucha importancia. Acordado esto, los reyes don Alfonso, don Pedro y también el infante don Sancho se juntaron entre Agreda y Tarazona en un pueblo que se llama el Campillo. Fue esta junta a 27 de marzo del año de 1281. Asentóse confederación entre aquellos dos reinos de tal guisa, que los que fuesen amigos, del uno fuesen amigos del otro, y lo mismo de los enemigos, sin exceptuar a persona alguna; que el que primero quebrantase este concierto, pagase de pena dieciséis mil libras de plata. Dieron al rey de Aragón en esta junta a Palazuelos, Teresa, Jera, Ayora, y a don Manuel, hermano del rey don Alfonso, cuyas eran estas villas, dieron en recompensa la villa de Escalona. Esto fue lo que se trató en público; de secreto se acordó que los dos reyes acometiesen el reino de Navarra y se enseñoreasen de él; señalaron otrosí la parte que a cada cual había de pertenecer acabada la conquista. Ultra de esto, se le concedió a don Sancho que los infantes estuviesen en el castillo de Játiva a buen recado. El cual, despedida la junta, en Agreda donde fue con los dos reyes, para obligar más al rey de Aragón y ganarle más la voluntad, le prometió y aseguró muy de veras que como su padre falleciese, le dejaría todo el reino de Navarra para que le incorporase en la corona de Aragón, y ultra de esto le daría en Castilla la villa de Requena con todos los lugares de su jurisdicion, que están hacía el reino de Murcia y a la raya del de Valencia. Andaba su partido en balanzas, y su ánimo dudoso entre el miedo y la esperanza; por esto no le parecía vergonzoso y feo comprar su seguridad a costa de tantas promesas.

Don Juan Núñez de Lara, en aquellos tiempos varón grave y poderoso, según se ve en las historias, era señor de Albarracín por vía de dote con doña Teresa, hija de don Álvaro de Azagra, que fue señor de Albarracín, y por consiguiente nieta de don Pedro Rodríguez de Azagra. Desde allí por la fortaleza del lugar y por estar a las rayas de Aragón y Castilla tenía costumbre de hacer correrías

en ambas partes y solía llevarse muchos despojos, además que recibía debajo de su amparo y protección a todos aquellos que de los dos reinos acudían a él por delitos que hubiesen cometido. Particularmente don Lope Díaz de Haro, señor tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad, por estar muy mal enojado con don Sancho y con el rey de Castilla a causa de la muerte del infante don Fadrique y del señor de los Cameros. Trataron entre sí don Sancho y el rey de Aragón en Tarazona de dar orden de conquistar aquella ciudad, y deshacer a don Juan de Lara. El rey don Alfonso se fue a Burgos a celebrar las bodas de sus hijos don Pedro y don Juan. A don Pedro dio por mujer una hija del señor de Narbona, y a don Juan una hija del marqués de Monferrat, que fue lo más que se sacó y se efectuó con tantas juntas y coloquios y vistas de reyes, tantos gastos y trabajos.

España a esta sazón sosegaba, si bien parecía que la amenazaba alguna cruel tempestad, a causa de estar todas las voluntades, así bien de los grandes como de los pequeños, muy alteradas y desabridas, y la pretensión que andaba sobre la sucesión del reino.

CAPÍTULO V
CÓMO DON SANCHO SE REBELÓ CONTRA SU PADRE

Las vehementes sospechas que entre don Sancho y su padre el rey don Alfonso se despertaron de pequeños principios poco a poco, como acontece, vinieron a parar en discordia manifiesta y en guerra. Llevaba mal el rey don Alfonso verse a causa de su vejez poco estimado de muchos; dábale pena el deseo que sentía en sus vasallos de cosas nuevas. Para acudir a este daño tan grande y ganar reputación entre los suyos, con gente de guerra que juntó se determinó hacer una nueva entrada en tierra de moros, con que les robó y taló la campaña y les hizo otros daños, dado que su edad era mucha y el cuerpo tenía quebrantado por los muchos trabajos y pesadumbres. Ninguna cosa más le aquejaba que la falta del dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes. Trataba de hallar algún medio para recogerlo. Parecióle que el camino más fácil sería batir un nuevo género de moneda, así de cobre como de plata, de menor peso que lo ordinario y más baja de ley y que tuviese el mismo valor que la de antes, mal arbitrio, y que no se sufre hacer sino en tiempos muy apretados y en necesidad extrema. Resultó pues de esta traza un nuevo daño, es a saber, que se encendió más el odio que públicamente los pueblos tenían concebido contra el rey, mayormente que se decía por cosa cierta que en las causas civiles y criminales y en castigar los delitos no tenía tanta cuenta con la justicia, como con las riquezas que las partes tenían, y que a muchos despojaba de sus haciendas por cargos y acusaciones fingidas que les imponían, cosa que no se puede excusar con ningún género de necesidad, y con ninguna cosa se ganan más las voluntades de los vasallos para con su príncipe que con una entereza y igualdad en hacer a todos justicia.

Envió por embajador a Francia a Fredulo, obispo de Oviedo, francés que era de nación. Echaron fama que para visitar al rey Filipo y por su medio alcanzar del sumo pontífice la indulgencia de la cruzada para los que fuesen a la guerra de los moros. El principal intento era comunicar y tratar con él la manera cómo pondrían en libertad a sus nietos, fuese por la compasión que tenía de aquella inocente edad y por la afición que tenía a los infantes como a sus nietos, o lo que yo más creo, por el aborrecimiento que había cobrado a don Sancho, su hijo, por cuyo miedo los años pasados, más que por su voluntad, los privó de la sucesión del reino. No se le encubrieron a don Sancho las pretensiones de su padre, como quiera que no pueda haber secreto en semejantes discordias domésticas. Acordó de prevenirse; en particular para ayudarse del socorro de los moros se partió para Córdoba; allí asentó confederación con el rey de Granada, y para ganarle más le soltó las dos partes del tributo que pagaba, partido que poco antes pretendió el moro del rey don Alfonso y él no lo quiso aceptar. Demás de esto por negociación del infante don Juan, que ya era del bando del infante don Sancho, su hermano, los grandes de Castilla y de León, que muy de atrás andaban desabridos por la severidad del rey y su aspereza, se declararon por su hijo. La memoria fresca del triste suceso del señor de los Cameros y del infante don Fadrique atizaba más estos desabrimientos.

Tratábanse estas cosas al principio del año 1282 del nacimiento de Cristo nuestro Señor. En el mismo año por el mes de agosto en la villa de Troncoso se celebraron las bodas entre Dionisio, rey de Portugal, y doña Isabel, hija mayor del rey de Aragón. Ésta es aquella reina doña Isabel que por sus grandes virtudes y notable piedad es contada entre los santos del cielo, y su memoria se celebra en aquel reino con fiesta particular. Este rey, sin tener respeto a su abuelo, atraído con la destreza y mañas de don Sancho, se juntó con él y se declaró por su amigo y aliado, sea por algún enojo que tenía con su abuelo, sea por tener por esta vía esperanza de mejor partido y remuneración.

El rey don Alfonso miraba poco las cosas por venir, así por su larga edad como por la común tacha de nuestra naturaleza, que en sus propios negocios cada cual es menos prudente que en los ajenos; estorba el miedo, la codicia y el amor proprio, y ciega para que no se vea la verdad. Hizo llamar a Cortes para la ciudad de Toledo, por ver si en alguna manera se pudieran sosegar las voluntades de su hijo y de la gente principal sin poner mano a las armas. Por seguir el camino más

blando,que era apaciguarlos amigablemente, ni se apercibió como fuera menester, ni usó de bastante recato.

Don Sancho por otra parte, confiado en el favor y ayuda de la nobleza y por estorbar la traza y ardid de su padre, llamó asimismo a Cortes para Valladolid; acudió a su llamado mucha más gente que a Toledo. Tenía deseo de dejar sucesión; casó con doña María, hija de Alfonso, señor de Molina, que era su pariente en tercero grado. De este matrimonio le nacieron don Fernando, su primogénito, y otros hijos. En aquellas Cortes todo lo que se hizo fue conforme al parecer de los grandes que allí se juntaron, porque don Sancho les otorgó todo aquello que se atrevieron a pedir, así en pro de cada cual de ellos como para el público, además de muy mayores mercedes que les prometió para adelante, camino que le pareció el mejor de todos para ganar las voluntades de grandes y pequeños. Proveyéronse nuevos oficios y cargos, hiciéronse nuevas leyes; cuanto cada uno tenía de fuerza y autoridad, tanta mano metía en el gobierno del reino. Cundió el deseo de cosas nuevas y de levantarse contra su rey, y llegó hasta la gente vulgar. Tal era la disposición de los corazones en aquella sazón, que hazaña tan grande como quitar el cetro a su rey unos se atreviesen a intentarla, muchos la deseasen y casi todos la sufriesen, sin faltar quien en medio del aplauso y vocería llamase rey a don Sancho y le diese nombre de padre de la patria con todos los demás títulos de príncipe. Mas él constantemente lo desechó con decir que mientras su padre fuese vivo no sufriría le quitasen el nombre y honra de rey, ora fuese por mostrarse modesto y despreciar un vano apellido, pues en efecto todo lo mandaba, o por encender más las voluntades del pueblo con entretenerlos.

Pasó el negocio tan adelante, que sin embargo el infante don Manuel, tío de don Sancho, en nombre suyo y de los grandes, por sentencia pública que se pronunció en las Cortes, privó al rey don Alfonso de la corona. Castigo del cielo sin duda, merecido por otras causas y por haberse atrevido con lengua desmandada y suelta, confiado en su ingenio y habilidad a reprender y poner tacha en las obras de la divina Providencia y en la fábrica y compostura del cuerpo humano; tal es la fama y voz del vulgo desde tiempo antiguo continuada de padres a hijos. Este atrevimiento castigó Dios con tratarle de esta manera, revés que dicen él había alcanzado por el arte de astrología, en que era muy ejercitado, si arte se puede llamar, y no antes engaño y burla, que siempre será reprendida y siempre tendrá valedores. Añaden que de este conocimiento procedieron sospechas y que con el miedo se hizo cruel, de que resultó el odio que le tenían, y del odio procedió su perdición y caída.

Las bodas del infante don Sancho se celebraron en Toledo; el aparato no fue muy grande, por estar en víspera de la guerra civil todo revuelto. El rey don Alfonso, reducido a estos términos por verse desamparado de los suyos, acudió a pedir socorro y dineros prestados al rey de Marruecos. Envióle en prendas su real corona, que era de gran valor. Alfonso de Guzmán, señor de Sanlúcar, por desabrimientos que tuvo con el rey don Alfonso, residía a la sazón en Marruecos; la causa en particular no se sabe; lo cierto es que era estimado en mucho de aquel rey moro y que le hizo capitán de sus gentes. Hoy día se muestra una carta del rey don Alfonso, para él muy humilde por el aprieto en que se hallaba, que fue la mayor miseria estar forzado a rogar y humillarse a su mismo vasallo que le tenía ofendido. Por la carta le ruega se acuerde de la amistad antigua que entre ellos había y de su nobleza; ponga en olvido los disgustos y cosas pasadas y le favorezca en aquel aprieto; sea parte para que se le envíen dineros y gente de guerra, pues puede y alcanza tanto con el rey moro. Prométele que tendrá perpetua memoria de este beneficio y servicio, y que en efecto podrá esperar de su benignidad cualquier cosa, por grande y dificultosa que sea, que corresponderá en todo a su deseo.

El rey bárbaro lleno de esperanzas y por parecerle se le ofrecía buena ocasión de mejorar su partido a causa de las discordias de Castilla, hizo aún más de lo que se le pedía. Con acuerdo del rey don Alfonso pasó en Algeciras; y en Zahara, villa del reino de Granada, se vio con él. Usaron entre los dos de grandes comedimientos y cortesías. Diósele al rey don Alfonso más alto lugar y silla, honra que se le hizo por ser huésped y porque el de Marruecos ganó el reino que tenía; don Alfonso procedía de casta de reyes y desde su niñez fue criado como quien había de ser rey, por tanto era

mayor en dignidad, que fueron todas razones del mismo bárbaro. Tratóse en esta habla de la forma que se debía tener en hacer la guerra, pues la esperanza de hacer y asentar paces con su hijo era ninguna, aunque de esto también se movió plática.

De las ciudades de la Andalucía, Sevilla se tenía por el rey don Alfonso, Córdoba por don Sancho, su hijo. Los moros tomaron a su cargo de cercar aquella ciudad, como lo hicieron después de talar y robar los campos comarcanos. Acudió el rey don Alfonso desde Sevilla al cerco con la gente de guerra que allí pudo ayuntar. Córdoba se defendió valerosamente por el esfuerzo de los ciudadanos y la buena diligencia de don Sancho, que se previno con presteza contra la venida de los enemigos. Así el rey moro a los veinte días que puso el cerco le alzó; para la prisa que traía, cualquier dilación le era pesada. Todavía con voluntad del rey don Alfonso pasó por Sierra Morena y llegó hasta Montiel; hizo gran daño en toda aquella tierra y grandes despojos con que se volvió a Écija. Este fue el fruto de la discordia civil y no otro. Acudió allí el rey don Alfonso, pero luego se retiró secretamente y se fue a Sevilla, de donde era venido, por aviso que le dieron que el rey moro trataba de le prender; si fue verdad o mentira no se sabe. Lo que consta es que el moro mostró gran sentimiento y pesar de que en su lealtad se pusiese duda, en tanto grado que, dejada España, se pasó en África; restituyó empero a don Alfonso mil caballos escogidos que con su licencia tiraban sueldo del rey moro, que fue señal de no ir de todo punto desabrido. Era caudillo de esta gente Hernán Ponce; cuéntase que como junto a Córdoba se encontrasen con diez mil caballos de los enemigos, fue tan brava la carga que les dieron, que los rompieron y pusieron en huida: tan grande era su valor y esfuerzo, tan señalada su destreza, conocida y probada en muchas guerras.

En Sevilla el rey don Alfonso en una solemne junta que tuvo privó a su hijo don Sancho de la sucesión del reino con palabras muy sentidas y graves y mil denuestos y maldiciones que descargó sobre su cabeza, como se puede pensar de padre tan ofendido. Pasó esto a 8 días del mes de noviembre. El infante don Sancho hacía poco caso de aquellas maldiciones y saña; renovó la confederación con el rey de Granada, y en la comarca de Córdoba, donde estaba, se apercibía para todo lo que pudiese suceder; la gente de guerra para que invernasen repartió por aquellos lugares.

CAPÍTULO VI
DE LA CONJURACIÓN QUE HIZO JUAN PROCHITA CONTRA LOS FRANCESES EN SICILIA

Este año fue notable, no solamente por el desafuero que hicieron al rey don Alfonso y las discordias de Castilla, sino mucho más por la conjuración muy famosa de Juan Prochita. Éste fue señor de la isla de Prochita, que cae junto a Sicilia, varón de grande ingenio, y que fue muy estimado y grande amigo del rey Manfredo; los años pasados por no ser maltratado de los franceses, que entonces tenían el mando y buscaban todas las ocasiones de descomponer la gente poderosa, se recogió a Aragón. Los reyes de Aragón don Jaime y don Pedro holgaron de su venida por ser persona de tanto valor, por medio del cual podrían cobrar los reinos de Sicilia y Nápoles, que pretendían contra derecho les quitaron. No solo le recogieron con mucha alegría y muestras de amor, sino le heredaron de grandes posesiones conque pudiese sustentar su vida, particularmente le dio el rey don Pedro en tierra de Valencia a Lujen y a Bonizan y a Palma. Los gibelinos, oprimidos por el mando que los franceses tenían en toda Italia, gente feroz y soberbia, así lo publicaban ellos, comenzaron a volver los ojos a los aragoneses, ca tenían esperanza que con su ayuda podrían desechar aquel pesadísimo yugo e imperio. Vio Italia en aquella sazón lo que en el más misero cautiverio se puede esperar, que les vedasen el poder hablar libremente; señorío insufrible y que se extendía hasta Roma, donde el rey de Nápoles, puesto allí un su vicario o teniente, tenía el gobierno de todo con nombre de senador.

Nicolás, pontífice romano, procuraba con todas veras librar a Roma de aquella sujeción. Para esto lo primero que hizo fue declarar por un edicto o bula que ninguno en Roma pudiese ser senador más que por un año; quitó otrosí la facultad a los reyes y a sus parientes de poder tener y ejercitar aquel gobierno o magistrado. A Carlos, rey de Sicilia, le privó del nombre y autoridad de vicario, nombre de que usaba en Italia, como lugarteniente de los emperadores, con color que esta era la voluntad del emperador Rodolfo. Todo esto aunque iba encaminado a enflaquecer las fuerzas del rey Carlos, pero como era conforme a razón lo que se ordenaba, aún no se movían las armas ni se llegaba a rompimiento. Lo que algunos autores defienden o porfían, que el papa Nicolás tenía determinado hacer de la familia y casa Ursina, de que él descendía, dos reyes en Italia, el uno en Lombardía, y el otro en Toscana, para estorbar a los tramontanos la entrada de Italia, la más frecuente fama y casi el común consentimiento de todos lo condena como falso.

De cualquier manera que esto sea, Carlos, viudo de la primera mujer, casó con hija del emperador Balduino, desposeido; con esto trataba de volver a aquella pretensión y ayudar con sus fuerzas a Filipo, su cuñado, para recobrar el imperio de Constantinopla. Procuraba para salir con este intento de hacerse amigo de don Alfonso, rey de Castilla. Para más prendarle procuró que le diese su hija doña Violante para casarla con el emperador Filipo. Estas pretensiones se deshicieron con las artes de los aragoneses, y aún expresamente se estableció en el Campillo, donde, como dicho es, los reyes se hablaron, que el rey de Castilla no emparentase con franceses. A doña Beatriz, hija del rey Manfredo, hermana de doña Constanza, reina de Aragón, la tenía el rey Carlos presa sin quererla en manera alguna poner en su libertad, aunque sobre ello había sido importunado. Esto se juntaba con otras causas y razones de discordias y enojos.

Juan Prochita con la ocasión de estas disensiones y disgustos intentó de cobrar su patria y estado; fue una y segunda vez a Constantinopla en hábito desconocido. Puso al emperador Paleólogo, que ya antes tenía recelo de sus cosas, en mayor sospecha y cuidado. Avisóle que el rey Carlos de Nápolos, juntadas sus fuerzas con las de Francia, tenía una poderosa armada puesta en orden pare ir contra él; que los franceses tenían sus fuerzas enteras; a los griegos enflaquecían los bandos que entre ellos andaban, demás de otras desgracias, de tal manera, que no podrían resistir al poder de aquellos dos reyes. *«Los sucesos de las guerras pasadas,* dice*, os pueden servir de aviso. Séame lícito*

decir la verdad; en vos no cabe soberbia, y es cosa muy loable y magnífica saberse el hombre gobernar en el enojo y peligro. Por ventura con estaros en vuestra casa entorpecido ¿esperaréis que os acometan con la guerra y que acrecentados con sus fuerzas y las de vuestros vasallos, que andan disgustados y revueltos, lo que me pone temor decirlo, os echen de vuestro estado ? Gran carga tenéis sobre los hombros, tal, que si no la regís con maña, os oprimirá con su peso; mejor sería que a vuestros enemigos les diésedes en qué entender en sus casas, porque los sicilianos con la memoria del antiguo gobierno y por el aborrecimiento que tienen al nuevo están disgustados de suerte, que más les falta cabeza a quien seguir que deseo de rebelarse. No cesan de importunar a los reyes de Aragón que les den socorro y se apoderen de toda la isla. Fuera de esto, el pontífice romano está muy disgustado con los franceses; si ayudáredes sus pretensiones, sin duda con poco trabajo y costa ahorraréis de grandes tempestades y revolveréis sobre ellos el daño que contra vos procuran. Finalmente, os persuadid que los franceses jamás os serán amigos. El poder y fuerzas que alcanzan ¿quién no lo sabe?»

El emperador tenía por cierto era verdad todo lo que Prochita le decía; más no quería empeñarse mucho en el negocio ni del todo declararse. Prometió que él ayudaría las pretensiones del rey de Aragón con dineros de secreto, porque estas pláticas no se entendiesen. Concertado esto, el Prochita se volvió a Italia; fuése a ver con el papa, que estaba en Roca Suriana junto a Viterbo. Avisóle de todo lo que pasaba, y con tanto dio la vuelta a Sicilia a tratar con los principales de la isla que se rebelasen. Fue el descuido o seguridad de los franceses tal y el silencio de los conjurados, que jamás se entendió cosa alguna.

Falleció en esta sazón el papa Nicolás; por su muerte fue puesto en su lugar Martín IV, natural de Turon de Francia, que favorecía el partido del rey Carlos de tal manera, que a contemplación suya declaró por excomulgado al emperador griego, como a cismático y que no quería obedecer a la Iglesia romana. El rey de Aragón envió al nuevo sumo pontífice por su embajador un varón en aquel tiempo muy señalado y de gran prudencia, llamado Hugo Metaplana, para que procurase entender sus intentos, dado que la voz era para hacer canonizar a fray Raimundo de Peñafuerte. El pontífice no quiso otorgar con esta demanda; decía que no se debía conceder cosa alguna a quien rehusaba de pagar el tributo que debía a la Iglesia romana; antes revocó la concesión que de los diezmos eclesiásticos hicieron sus antecesores al rey don Jaime, su padre. Lo que pudiera atemorizar al aragonés le encendió más para aprestar la jornada, porque si se detenía no sucediese alguna cosa que la estorbase; apercibió una grande armada en las costas de Aragón con voz de pasar en África, en que dos hijos del rey de Túnez, despojado por Conrado Lanza, como arriba se tocó, de aquel reino, competían entre sí sobre el señorío de Constantina y Rugia, ciudades que quedaron en poder de su padre. Esta era la fama; el mayor y más verdadero cuidado de acudir a lo de Sicilia. El pontífice envió a saber por sus embajadores la causa de aquel aparato, y como no cesasen de preguntar lo que les era mandado, el rey encendido en cólera les respondió: *«Quemaría yo mi camisa si pensase era sabidora de mis puridades.»* La misma respuesta dio al rey de Francia, que a entrambos tenían puestos en cuidado las cosas del rey Carlos, tanto más que sabían muy bien la enemiga que los aragoneses tenían contra él. El emperador griego, según que lo tenía prometido, acudió con buena suma de dinero.

La conjuración de los sicilianos se vino a ejecutar en el más santo tiempo de todo el año, que parecía gran maldad, es a saber, el tercero día de la Pascua de Resurrección, que fue a treinta y un días del mes de marzo, cuando por todas partes se hacían juegos y alegrías, muestras más de seguridad y contento que de temor y matanza. Al mismo tiempo y hora que al son de las campanas después de comer llamaban los pueblos a vísperas se ejecutó la matanza de los franceses, que bien descuidados estaban, en toda la isla en un momento; de que vino el proverbio de las Vísperas Sicilianas. Apoderáronse otrosí los sicilianos de toda la armada que en los puertos de Sicilia tenían aprestada contra el emperador griego, ya declarado por enemigo por el papa Nicolás IV. De esta manera

pasó este hecho, según que lo divulgó la fama y lo dejaron escrito muchos autores.

Otros afirman que este estrago tuvo principio en Palermo, donde como la gente en aquel día señalado fuese a visitar la iglesia de Sancti Spiritus, que está en Monreal, una legua distante, un cierto francés, llamado Droqueto, quiso con soltura catar a una mujer para ver si llevaba armas. Aquel desaguisado tomó por ocasión el pueblo para levantarse. En el campo, en la ciudad y en el castillo se hizo gran matanza de franceses, sin tener respeto a mujeres, niños ni viejos, con tan grande furia y deseo de satisfacer su saña, que aún las mujeres que entendían estar preñadas de los franceses, porque de ellos no quedase rastro alguno las pasaban a cuchillo. La misma ciudad de Palermo fue saqueada coma si fuera de enemigos; que el pueblo alborotado no tiene término ni orden, y cualquier grande hazaña casi es forzoso vaya mezclada con muchos agravios y sinrazones. Las demás ciudades y pueblos en muchas partes con el ejemplo de los palermitanos acudieron asimismo a las armas; sólo Mesina por algún tiempo estuvo sosegada a causa de hallarse presente Herberto, aurelianense, gobernador de toda la isla por los franceses; miedo y respeto que no fue bastante ni duró mucho tiempo, antes en breve los mecineses, a ejemplo de las otras ciudades, tomadas las armas, echaron fuera la guarnición de los soldados y al mismo Gobernador. Solo Guillén Porceleto, provenzal de nación y que tenía el gobierno de Calatafimia, en lo más recio del alboroto le dejaron ir libremente, porque la opinión de su bondad y modestia le amparó para que no se le hiciese algún agravio. Este fue el suceso y la manera de la conjuración de Juan Prochita, más famosa que loable. Los sicilianos, amansado aquel primer ímpetu, puesto que entendían el peligro en que quedaban y que algunos se comenzaban a arrepentir de lo hecho, todavía determinados de antes morir que tornar a poder de los franceses, acordaron de acudir de nuevo al rey de Aragón para pedirle los ayudase.

A la sazón que esto pasaba en Sicilia estaba él en Tortosa con su armada aprestada. Pensaba antes que llegase la nueva de Sicilia de pasar en África. Hízolo así. Desde allí robadas y destruidas todas aquellas marinas, volvió repentinamente las velas, y mudado el camino, llegó a Córcega. Allí tuvo aviso de todo lo sucedido en Sicilia y que el rey Carlos a gran prisa era partido de Toscana, y con gente de guerra que juntara de todas partes tenía puesto sitio sobre Mesina, tan apretado, que de muchos años a aquella parte no se dio a ciudad ninguna batería más recia ni más brava. Todos hacían el postrer esfuerzo; los franceses ardian en deseo de vengarse, y con la sangre de los sicilianos pretendían hacerlas exequias de sus ciudadanos y amigos muertos; los cercados, por entender esto, se defendían valerosamente con tanto coraje,que, hasta las mujeres, niños y viejos acudían a todas partes, no esquivaban ni trabajo ni peligro.

A esta sazón llegó el rey de Aragón a Palermo; en aquella ciudad se coronó, y fue de todos saludado por rey, que era meter nuevas prendas; acrecentó su armada con las naves que los sicilianos tomaron al principio de este alboroto, y las tenían apercibidas para ir contra los griegos. Los cercados, con la esperanza del socorro que les venía a buen tiempo, cobraron mayor ánimo, tanto, que el rey Carlos fue forzado de alzar el cerco de Mesina, y con tristeza y vergüenza, pasado el Faro, darla vuelta a Italia. Fue este para los aragoneses un principio de grandes desabrimientos, y de gloria y honra no menor. Enviáronse los reyes cartas llenas de saña y denuestos, con quemasse irritaron las voluntades hasta llegar a declararse la guerra por ambas las partes. El aragonés esperaba nuevo ejército de España, el rey Carlos de la Provenza y de Marsella; todo les era a los aragoneses llano en Sicilia, a los franceses dificultoso. Los reales de estos, puestos junto al estrecho de Mesina a la vista de Sicilia, los soldados aragoneses repartidos en muchas partes y enviados a las ciudades para más asegurarlas y defenderlas; el rey don Pedro, con recelo de perder lo adquirido por ser el enemigo tan poderoso y los socorros que él esperaba muy lejos, acordó de valerse de ardid y maña.

Era el rey Carlos muy valiente por su persona, de grandes fuerzas y destreza, de que él mucho se preciaba. Envióle el de Aragón a desafiar con un rey de armas; que si confiaba en sus fuerzas y valor, saliese a hacer campo con él; perdonasen a tantos inocentes como de fuerza morirían en aquella demanda; que por quien quedase el campo fuese señor de todo lo demás, y cesaría la causa de la

guerra que tenían entre manos. Así lo cuentan los historiadores franceses. Los aragoneses, al contrario, afirman que primero fue desafiado el rey don Pedro del francés, y que el mensajero fue Simón Leontino, de la orden de los Predicadores; lo que se sabe de cierto es que aceptado el riepto, se concertaron que peleasen los dos reyes con cada cien caballeros. Altercóse sobre señalar la parte en que se haría el campo. Al fin se escogió Bordeaux, cabeza de la provincia de Guyena en Francia, que pareció a propósito por estar entonces en poder de Eduardo, rey de Inglaterra; señalóse el día de la pelea y juraron las condiciones de una parte y otra.

El padre santo, como supiese todas estas cosas y lo que en Sicilia pasaba, amonestó al rey de Aragón dejase aquella empresa; que no perturbase la paz pública con desenfrenada ambición. Finalmente, porque no quiso obedecer, a los 9 días del mes de noviembre le declaró por excomulgado; en Montefiascon se pronunció la sentencia. Al rey de Inglaterra le envió a mandar con palabras muy graves que no diese campo a los reyes ni lugar para pelear en su tierra. No aprovechó esta diligencia. La reina doña Constanza por mandado de su marido se fue a Sicilia por ser la señora natural y porque con la ausencia del rey no se mudasen los sicilianos. Llegó a Mesina a 22 días del mes de abril del año del Señor de 1283. Acompañóla don Jaime, su hijo, a quien el padre pensaba dar el reino de Sicilia. Los reyes se aprestaban para su desafío. El rey Carlos pasó en Francia, do tenía cierta la ayuda y favor de su gente, y las voluntades aficionadas. El rey don Pedro con su armada pasó en España.

A 1 de junio, que era el día aplazado para la batalla, el rey don Carlos con el escuadrón de sus caballeros se presentó en Bordeaux. El rey don Pedro no pareció. Los escritores franceses atribuyen este hecho a cobardía, y que quisieron engañar los ánimos sencillos de los franceses con aquella muestra de honra que les ofrecieron, como quier que el rey de Aragón en aquel medio tiempo pretendiese fortalecerse, juntar armas y gente. Nuestros historiadores le excusan; dicen que fue avisado el rey don Pedro del gobernador de Bordeaux se guardase de las asechanzas de los franceses, que le tenían armada una zalagarda, y que el rey de Francia venía con grande ejército. Por ende hiciese cuenta que los cien caballeros aragoneses habían de combatir contra todo el poder de Francia. A la verdad los franceses más cercano tenían el socorro que los aragoneses. Con este aviso dicen que el rey de Aragón entregó al gobernador de Bordeaux el yelmo, el escudo, la lanza y la espada de su mano a la suya en señal que era venido al tiempo señalado; y por la posta se libró de aquel peligro, y se pasó a Vizcaya, que cae cerca. Dejó por lo menos materia a muchos discursos, opiniones y dichos; ocasión y aparejo para nuevas guerras y largas.

CAPÍTULO VII
DE LA MUERTE DE DON ALFONSO, REY DE CASTILLA

Luego que el rey de Aragón volvió a su tierra trató en un mismo tiempo de efectuar dos cosas: la una era echar a don Juan Núñez de Lara de Albarracín, a causa que por la fortaleza de aquella ciudad muchas veces corría libremente las fronteras de Aragón; la otra apaciguar los señores aragoneses y catalanes, que en tiempo tan trabajoso, en que tenían entre manos tantas guerras con los forasteros y tan fuera de sazón, andaban alborotados. Quejábanse que eran maltratados del rey, casi como si fueran esclavos; que no se tenía cuenta con las leyes, antes les quebrantaban todos sus fueros y libertad, finalmente, que los desaforaba. No faltaban entre ellos lenguas sueltas para alborotar los pueblos so color de defender la libertad de la patria. Para acudir a estas revueltas se juntaron Cortes, primero en Tarazona, después en Zaragoza, y últimamente en Barcelona; ofreció el rey de enmendar los daños y desórdenes pasados y expedir en esta razón nuevas provisiones, con que la gente se apaciguó. Fuéronles muy agradables aquellos halagos y blandura, si bien sospechaban que otro tenía en el pecho, y que no procedían tanto de voluntad cuanto del aprieto en que el rey se hallaba. La guerra con los franceses, que era de tanta importancia, le tenía puesto en cuidado; y el recelo que si se ocupaba en las cosas de Italia y Sicilia no se alborotasen en Aragón sus vasallos le hizo ablandar. Demás de esto, la excomunión que contra él fulminó el papa, como poco antes se dijo, le tenía muy congojado, y más en particular una nueva sentencia que en 21 del mes de marzo pronunció en Civita Vieja, en que como inobediente a sus mandamientos le privaba de los reinos de su padre, y daba la conquista de ellos a Carlos de Valois, hijo menor del rey de Francia. Rigor que a muchos pareció demasiado, y que no era bastante causa para esto haberse apoderado de Sicilia, pues los mismos sicilianos puestos en aquel aprieto le llamaron y convidaron con aquel reino para que los ayudase; demás que le pertenecía el derecho del rey Manfredo, ultra de la voluntad y consentimiento que tenía por su parte del pontífice Nicolás III, que se allegaba a lo demás.

Si los negocios de Aragón andaban apretados, en Castilla no tenían mejor término por las alteraciones que prevalecían entre el rey don Alfonso y su hijo. La mayor parte seguía a don Sancho; don Alfonso por verse desamparado de los suyos acudía a socorros extraños; segunda vez hizo venir al rey de Marruecos en España, si bien porque la sonada no fuese tan mala, dio a entender que era contra el rey de Granada, que favorecía a sus contrarios y tenía hecha liga con don Sancho. Esta empresa no fue de efecto memorable a causa que los africanos hallaron a los contrarios más apercibidos de lo que pensaban; y el rey de Granada, con tener puesta guarnición en sus ciudades y plazas, huía de encontrarse con el enemigo, y no quería ponerlo todo al trance de una batalla. Con tanto el de Marruecos dio la vuelta para África. El rey don Alfonso, ya que esta traza no la salió como pensaba, acudió a otra diferente, solicitó al francés para que le acudiese contra su hijo; demás de esto, procuró ayudarse de la sombra de religión y cristiandad. Fue así, que por sus embajadores acusó a don Sancho, delante el pontífice Martín IV, de impío, desobediente e ingrato, y que en vida de su padre le usurpaba toda la autoridad real sin querer esperar los pocos años que le podían quedar de vida, por su mucha ambición y deseo de reinar. Dio oídos el pontífice a estas quejas. Expidió su bula en que excomulgó todos aquellos que contra el rey don Alfonso siguiesen a su hijo don Sancho. Nombró jueces sobre el caso, los cuales en todas las ciudades y villas que le seguían, pusieron entredicho, como se acostumbra entre los cristianos; de suerte que en un mismo tiempo, aunque no por una misma causa, en Aragón y Castilla estuvo puesto entredicho y tuvieron los templos cerrados, cosa que dio gran pesadumbre a los naturales, y todavía se pasó en esto adelante, sin embargo que don Sancho amenazaba de dar la muerte a los jueces y comisarios del papa, si los hubiese a las manos. Todo esto y el escrúpulo y miedo de las censuras fue causa que muchos se apartaron de don Sancho. Entre los primeros sus hermanos los infantes don Pedro y don Juan, conforme a la inclinación natural, comenzaron a condolerse de su padre. Entendió esto don Sancho, entretuvo a don Pedro con promesa de darle el reino de Murcia. Don Juan, dado que dio muestras de estar mudado de

voluntad, de secreto se partió, y por el reino de Portugal se fue a Sevilla, do su padre estaba. Muchos pueblos, arrepentidos de la poca lealtad que a su rey tuvieron, buscaban manera para alcanzar perdón y salir de la excomunión en que los enlazaron; y luego que lo alcanzaron, se le rindieron con todas sus haciendas. En este número fueron Agreda y Treviño, y muchos caballeros principales, como don Juan Núñez de Lara y don Juan Alfonso de Haro y el infante don Diego, se juntaron con el campo de Filipo, rey de Francia, que venía en ayuda del rey don Alfonso, y con él entraron por tierras de Castilla, robaron y talaron los campos hasta Toledo sin hallar resistencia.

Tenía el rey Filipo un hijo, llamado también Filipo, por sobrenombre el Hermoso, que este presente año, otros dicen el siguiente, casó con la reina de Navarra doña Juana, y por este casamiento en dote hubo aquel reino. Este príncipe, conforme al desordenado apetito de los hombres, comenzó a alegar el derecho de los reyes sus antecesores, y por él pretendía ensanchar los términos de aquel nuevo reino, para el cual intento no poco ayudaban las discordias delos nuestros. Don Sancho, cuanto le era concedido en tantas revueltas y avenidas de cosas, acudía a todas partes con diligencia; sosegó la ciudad de Toro, que se le quería rebelar, salió al encuentro a don Juan Núñez de Lara, que con su gente y un escuadrón de navarros destruía los campos de Calahorra, Osma y Sigüenza y sus distritos, hízole retirar a Albarracín más que de paso.

Después de esto, por embajadores que en esta razón se enviaron se acordó que el padre y el hijo se viesen y hablasen con seguridad que se dieron de ambas partes. Con esta resolución el rey don Alfonso fue a Constantina, don Sancho a Guadalcaná. Grande era la esperanza que todos tenían que por medio de esta habla se podría todo apaciguar, ca muchas veces después de las injurias se suelen con el buen término soldar las quiebras y agravios. Ayudaba para esto que don Sancho, fuera de usurpar el reino, en lo demás se mostraba muy cortés, y hablaba con mucho respeto de su padre, sin jamás usar de denuestos o desacatos. Lo que se enderezaba saludablemente a bien lo estorbaron y desbarataron personas muy familiares de don Sancho, que tenían mala voluntad a su padre. Pusiéronle muchas sospechas delante para que no se fiase ni asegurase.

La verdad era que de las discordias de los reyes y trabajo de la república muchos pretendían sacar para sí provecho; que fue causa que sin verse ni hablarse se partieron el rey don Alfonso para Sevilla, y don Sancho para Salamanca, si bien de consentimiento de ambos doña Beatriz, reina de Portugal, viuda a la sazón, y doña María, mujer de don Sancho, en Toro, en que a la sazón parió una hija, que se llamó doña Isabel, se juntaron con intento de componer estas diferencias. Pusieron todo su esfuerzo en ello, más no pudieron efectuar cosa alguna, antes cada día se enconaban más los odios y enemistades y se aumentaba el afán y miseria del reino.

En este estado se hallaban las cosas cuando al rey don Alfonso poco después de esto sobrevino la muerte, que fue algún alivio de tan grandes males. Falleció en Sevilla de enfermedad, recibidos los santos sacramentos de la penitencia y eucaristía como se acostumbra, quién dice a 5, quién a 21 días del mes de abril, a lo menos fue el año de 1284. Por su testamento, que otorgó el mes de noviembre próximo pasado, nombró por herederos del reino, primero a don Alfonso, y luego a don Fernando, sus nietos; caso que los dos muriesen sin sucesión, llama a Filipo, rey de Francia, ca traía origen de los antiguos reyes de Castilla, como nieto que era de la reina doña Blanca y bisnieto del rey don Alfonso el de las Navas. De sus hijos y hermanos no hizo mención alguna por odio de don Sancho; antes por aquel testamento pretendía mover contra él las fuerzas de Francia. Verdad es que a la hora de su muerte a instancia de su hijo el infante don Juan le mandó a Sevilla y a Badajoz, y al infante don Diego el reino de Murcia, a ambos con nombre de reyes, pero como feudatarios y movientes de los reyes de Castilla. Su corazón mandó se enterrase en el monte Calvario, movido de la santidad de aquel lugar, su cuerpo en Sevilla o en Murcia. No se cumplió su voluntad enteramente; el corazón y entrañas están en Murcia junto al altar mayor de la iglesia catedral, el cuerpo está enterrado en Sevilla cerca del túmulo de su padre y madre. El sepulcro y lucillo no es muy rico ni era necesario, porque su vida, si bien tuvo faltas, y las cosas que por él pasaron, merecían que su memo-

ria durase y su nombre fuese inmortal. Grande y prudentísimo rey, si hubiera aprendido a saber para si, y dichoso, si en su postrimería no fuera aquejado de tantos trabajos y no hubiere mancillado las dotes excelentes de su ánimo y cuerpo con la avaricia y severidad extraordinaria de que usó.

Él fue el primero de los reyes de España que mandó que las cartas de ventas y contratos e instrumentos todos so celebrasen en lengua española, con deseo que aquella lengua, que era grosera se puliese y enriqueciese. Con el mismo intento hizo que los sagrados libros de la Biblia se tradujesen en lengua castellana. Así desde aquel tiempo se dejó de usar la lengua latina en las provisiones y privilegios reales y en los públicos instrumentos, como antes se solía usar; ocasión de una profunda ignorancia de letras que se apoderó de nuestra gente y nación, así bien eclesiásticos como seglares.

CAPÍTULO VIII
DE LOS PRINCIPIOS DEL REY DON SANCHO

Por la muerte del rey don Alfonso, si bien el derecho de su hijo don Sancho era dudoso, sin contradicción sucedió en el reino y estados de su padre. Estaba a la sazón en Ávila apenas convalecido de una dolencia que poco antes tuvo en Salamanca, tan peligrosa, que casi le desahuciaron los médicos. Mucho le hizo al caso la edad entera para que el cuerpo con medicinas saludables se alentase. Tomó el nombre de rey, de que hasta entonces se había abstenido por respeto y reverencia de su padre. El sobrenombre de Fuerte que le dieron le ganó por la grandeza de su ánimo y sus hazañas, hasta entonces más dichosas que honrosas; y es así que por la mayor parte los títulos magníficos más se granjean por favor de la fortuna que por virtud. La honra verdadera no consiste en el resplandor de los nombres y apellidos, sino en la equidad, inocencia y modestia. Era sin duda osado, diestro, astuto y de industria singular en cualquier cosa a que se aplicase. Reinó por espacio de once años y algunos días. Su memoria quedó amancillada por la manera cómo trató a su padre; cuanto a lo demás se puede contar en el número de los buenos príncipes. El reino que con malas mañas adquirió, le mantuvo y gobernó con buenas artes. En Ávila hizo las honras de su padre magnífica y suntuosamente. En Toledo tomó las insignias y ornamentos reales, mudado el luto en purpura y manto real. Los caballeros principales del bando contrario venían a porfía a saludar al nuevo rey, muestra de querer recompensar los disgustos pasados con mayores servicios y lealtad; cuanto más fingido era lo que hacían algunos, tanto mostraban más alegría y contento en el rostro y talante, que suele muchas veces engañar. Don Sancho con una profunda disimulación pasaba por todo, si bien tenía propósito de derramar la ira concebida en su ánimo y vengarse luego que hubiese asegurado su reino. Los pueblos, los grandes, toda la gente de guerra le juraron por rey; y doña Isabel, hija del nuevo rey, de edad de dos años, fue declarada y jurada por heredera del reino de consentimiento de todos los estados, caso que su padre no tuviese hijo varón. Esta prevención se enderezaba contra los Cerdas, de quien algunos decían públicamente, y muchos eran de este parecer, que se les hacía notable injuria y agravio en despojarlos del reino de su abuelo. Muchos, si bien en lo público callaban, de secreto estaban por ellos.

El mayor cuidado que tenía don Sancho era de granjear con nuevos regalos y buenas obras al rey de Aragón, en cuyo poder los infantes quedaron; y a la sazón trataba de ir a cercar y apoderarse de Albarracín, no pudiendo ya llevar en paciencia los disgustos que cada día le daba don Juan de Lara, confiado en la fortaleza del sitio y en el socorro que tenía cierto de los navarros. Era este caballero muy diestro, bien hablado, de grande maña para sembrar envidias y rencores entre los reyes, poderoso en revolver la gente y que acostumbraba vivir de rapiña y cabalgadas, con que tenía trabajadas las fronteras de Castilla y Aragón. Esto convidó al nuevo rey don Sancho, ya que él no podía ir en persona por estar ocupado con los cuidados del nuevo reino, a enviar un buen escuadrón en ayuda del rey de Aragón y contra el común enemigo. Hecho esto, él se dio prisa a ir a Sevilla, a causa que su hermano don Juan procuraba apoderarse de aquella ciudad, conforme a lo que su padre dejó mandado en su testamento. Tenía el infante sus valedores y aliados; los ciudadanos no venían en ello, y claramente decían que aquella cláusula del testamento del rey don Alfonso en ninguna manera se debía cumplir. Ayudábanse y alegaban la mucha edad del difunto, la fuerza de la enfermedad, la importunidad del infante para muestra que no tenía a la sazón su entero juicio; que no era justo oscurecer la majestad del reino con quitarle una ciudad tan principal como aquella. Ayudaba a los ciudadanos, que ya se aprestaban para tomar las armas, Alvar Núñez de Lara como cabeza de los demás. Todos estos debates cesaron con la venida del nuevo rey don Sancho, que hizo desistir a su hermano.

Llegaron a aquella ciudad embajadores del rey de Marruecos para asentar con él nueva amistad; mas muy fuera de sazón y imprudentemente fueron despedidos con palabras afrentosas, de que

resultó ocasión a los moros de pasar de nuevo en España y emprender una nueva guerra. Don Sancho para hacerles resistencia, por estar arrepentido de lo hecho, o porque de suyo estaba resuelto en hacer guerra a los bárbaros, aprestó una grande armada. Eran en aquel tiempo los genoveses muy poderosos en el mar y diestros y experimentados en el arte del navegar; llamó pues desde Génova y convidó con grandes ofertas a Benito Zacarías para que viniese a servirle. Hízolo así y trujo consigo doce galeras. Nombróle el rey por su almirante, el cual oficio le dio por tiempo señalado; y por juro de heredad le hizo merced del puerto de Santa María, con cargo de traer a su costa una galera armada y sustentada perpetuamente.

Juntáronse Cortes en Sevilla. Tratóse de reformar el gobierno del reino, que con una creciente y avenida de males y vicios a causa de las revueltas pasadas andaba muy estragado. Demás de esto, en estas Cortes se revocaron los decretos y ordenanzas que por la necesidad y revuelta de los tiempos más se habían violentamente alcanzado que graciosamente concedido, así por el rey don Alfonso como por el mismo don Sancho. Despedidas las Cortes se apresuró para ir a Castilla, por tener nueva que todavía algunos pretendían defender el bando contrario y que trataban entre si secretamente de restituir la corona a los hermanos Cerdas; pretensiones que todas se desbarataron con la venida de don Sancho. Parte de ellos mudaron de parecer, parte pagaron con las cabezas, con cuyo ejemplo y castigo los demás quedaron escarmentados para no continuar en porfías semejantes. Esto pasaba en España.

En el mismo tiempo Rogerio Lauria, general de la armada de los aragoneses en el reino de Sicilia, después que venció junto a Malta veinte galeras francesas, muerto el general, por nombre Guillermo Coralito, francés de nación, en la batalla que se dio a 8 de junio, como diese la vuelta hacía Nápoles, presentó la batalla a Carlos, llamado el Cojo, príncipe de Salerno, hijo del rey Carlos, que halló apercibido para ir sobre Sicilia con una gruesa armada a vengar las injurias y daños pasados. Muchos le avisaron del peligro que corría, y en particular el legado del papa que iba en su compañía; más él con el brío de su edad se resolvió de pelear con el enemigo; acuerdo perjudicial. Fue muy bravo el combate; en fin, el francés quedó vencido y preso con otros muchos. Sobre el número de los bajeles que pelearon de la una y de la otra parte no concuerdan los autores, sin que se pueda del todo averiguar la verdad. La opinión más ordinaria es que las galeras aragonesas eran cuarenta y dos, las de los enemigos setenta; y lo más cierto que se dio la batalla a 23 de junio. Ejecutaron la victoria los aragoneses, ganaron muchas plazas en Italia, todo se les allanaba como a vencedores; a los vencidos todas las cosas les eran contrarias. Pareció aquella desgracia tanto mayor, que el rey Carlos tres días después de la pelea surgió en el puerto de Gaeta con veinte galeras que traía de la Provenza. Allí supo que a su hijo llevado a Sicilia condenaron a muerte los sicilianos en la ciudad de Mesina, do le tenían preso, con intento de vengar la muerte que los franceses dieron los años pasados a Corradino, preso después que le vencieron en otra batalla. La prudencia de la reina le valió, porque con mostrarse muy airada, le mandó guardar para dar parte al rey, como era necesario, y para que con el largo cautiverio y tormentos, los cuales si faltan, la muerte a lo último es el remate de los males, el castigo fuese mayor. Verdad es que no fue parte para que los del pueblo, con el odio mortal que teman a la gente francesa, no quebrantasen las cárceles y pasasen a cuchillo otros sesenta compañeros que con el príncipe tenían presos.

A la misma sazón el rey de Aragón, como si le fallara guerra con los extraños, tenía puesto cerco a la ciudad de Albarracín, y con todo su poder y diligencia la combatía. Ofrecíanse grandes dificultades; las murallas de la ciudad eran muy altas, las torres de piedra de buena estofa, las puertas de hierro con gruesos y fuertes cerrojos, el sitio muy áspero y inaccesible. Demás de esto, los soldados que dentro la defendían, acostumbrados a trabajos y hambre, no enflaquecidos con alguna discordia ni afeminados con deleites, muchos en número, y que tenían grande uso en la guerra por andar cada día las armas en la mano, gran valor y osadía, eran doscientos hombres de a caballo y buen número de infantes. Solamente tenían falta de mantenimientos; no se proveyeron antes a causa que

jamás pensaron que aquella ciudad pudiera ser cercada. Pasaron algunos días y con el tiempo crecía la falta. Don Juan Núñez de Lara, visto el peligro en que se hallaba, dijo en una junta que quería ir a Navarra, do tenía cierta la guarida y el socorro. Amonestóles no desfalleciesen, antes defendiesen la ciudad con el esfuerzo y valor que de ellos se esperaba. Era todo esto fingido, y él tenía determinado de huirse y no volver; su semblante no conformaba con las palabras; sin embargo, le dejaron partir. Después de su ida se sustentó la ciudad algún tiempo, hasta tanto que, perdida la esperanza de ser socorridos, la rindieron el mismo día de San Miguel. Eran los soldados por la mayor parte franceses y navarros; dejáronlos ir libremente, y de los lugares comarcanos trajeron gente para poblar aquella ciudad, así de sus antiguos moradores como de otros que de nuevo poblaron y labraron la tierra. Tenía el rey un hijo en doña Inés Zapata, que se llamaba don Hernando, al cual antes de esto diera en el reino de Valencia a Algeciras y a Liria; a este hizo merced de la ciudad de Albarracín luego que vino a su poder.

Con tanto se dio fin a esta empresa y a aquel estado y principado, que por muchos años estuvo en poder de los Azagras, caballeros de los más nobles y señalados de aquella era, cuya genealogía y descendencia pareció poner en este lugar. Pedro Rodríguez de Azagra, el fundador que fue de este estado, siendo ya viejo dejó por su heredero a Hernán Rodríguez de Azagra, su hermano, por ventura por no tener él sucesión. Este Hernando de Azagra otorgó su testamento, que se ha conservado hasta el día de hoy, a 22 de junio, era de 1231; por el testamento se entiende que tuvo dos hijos, uno legítimo en su mujer doña Teresa Ibáñez, heredero de aquel estado, otro bastardo, que fue comendador de Santiago; el uno y el otro se llamó Pero Fernández. He visto asimismo el testamento de este Pero Fernández, señor de Albarracín, su fecha a 2 de abril, año del Señor de 1241, asaz breve; dechado y muestra muy verdadera de las costumbres, llaneza y simplicidad de aquel siglo. Tuvo estos hijos legítimos: Pero Fernández, Garci Fernández, doña Teresa y don Álvaro. Este le sucedió en aquel estado y tuvo una sola hija, llamada doña Teresa, que casó con don Juan Núñez de Lara, hijo de don Nuño de Lara, y en dote llevó aquel estado, que le quitó el rey de Aragón. De don Juan Núñez de Lara y de doña Teresa de Azagra nacieron don Álvaro y don Juan; de ambos se tornará a hacer mención adelante en su lugar.

CAPÍTULO IX
DE LAS MUERTES DE TRES REYES

Concluida aquella empresa de Albarracín, restaba otro mayor cuidado al rey de Aragón, es a saber, la tempestad que le amenazaba de Francia, la más brava, grave y memorable de cuantas en aquellos tiempos sucedieron, así por ser grandes las fuerzas de aquella nación como la autoridad con que se hacía, que era a instancia del sumo pontífice, que encendía los corazones de los contrarios y los alentaba. El rey de Aragón no tenía fuerzas bastantes para contrastar a Francia, mayormente que se le allegaba lo de Navarra y de Nápoles. Acudió a buscar socorros de fuera, en particular envió embajadores a Alemania para dar un tiento al emperador Rodolfo si por ventura, movido a compasión del bando gibelino, que era maltrado por los franceses en Italia, quisiese favorecerle y para este efecto bajar a Italia. Era el emperador de su naturaleza considerado y recatado, y que se agradaba más de los consejos seguros que de las empresas peligrosas, demás que a la sazón le tenía embarazado la guerra que hacía a los esguízaros. Así esta diligencia no fue de efecto alguno, ni los embajadores fuera de buenas palabras trajeron cosa alguna en que se pudiese estribar.

El rey don Sancho, a ruego del rey de Aragón, que se deseaba ver con él, partió para Soria; en aquella comarca tuvieron su habla en Ciria y Borobia, que son pueblos cerca el uno del otro. Allí con nueva confederación que asentaron confirmaron la amistad que de antes tenían y prometieron de no faltarse el uno al otro en los peligros y ocurrencias. El rey de Marruecos, como enemigo que era ordinario y muy pesado de España, pretendía hacer la guerra de nuevo por la parte del Andalucía. Los franceses corrían las fronteras de Aragón con tanto mayor peligro de aquel reino, que don Jaime, rey de Mallorca, que de razón debiera acudir a los aragoneses, se había, juntado con Francia. En todas partes se veía mucho peligro y nuevas muestras de trabajos. Cercaron los moros a Jerez de la Frontera en número dieciocho mil hombres de a caballo, que corrían la campaña hasta Sevilla con robos que hacían en gran cantidad de hombres y ganados. Acudió con presteza el rey don Sancho a Toledo, do le esperaba Carlos, conde de Artois, embajador que era venido de parte del rey de Francia. La suma de la embajada contenía dos cosas: que por su medio los hermanos Cerdas fuesen puestos en libertad, y que no tuviese comunicación con el rey de Aragón, que estaba excomulgado por el papa. Respondió a esto el rey don Sancho que dentro de muy pocos días enviaría sus embajadores con poderes muy bastantes al rey de Francia para asentar aquellas haciendas. Esta respuesta dio en público; de secreto rogó ahincadamente al embajador que le hiciese muy amigo de su rey. Hay quien asimismo escriba que este tiempo fue cuando el rey don Sancho le tentó para que le descubriese los secretos del reino de Francia, y que Broquio, por entenderse que era espía, fue justiciado, como de suso queda dicho.

El rey de Aragón, juntadas sus huestes contra las de Francia, se puso sobre Tudela, que está en la frontera de Navarra, y la combatía con todas sus fuerzas; todo con intento de divertir los franceses, que entendía pretendían acometer por la parte de Rosellón, y para darles en qué entender en su misma casa con aquella nueva guerra. Defendióse aquel pueblo, sobre todo por el valor y diligencia de don Juan Núñez de Lara, persona más venturosa en las cosas ajenas que en sus haciendas y estado. Solamente destruyeron la campaña y abastecieron las fronteras de Aragón con soldados y municiones para que pudiesen resistir a la furia del enemigo. Hecho esto, ya que sobrevenía el invierno, el rey de Aragón dio vuelta para Zaragoza, en que estuvo al fin de este año y principio del siguiente de 1285 del nacimiento de Cristo, cuando a 7 días del mes de enero Carlos, rey de Nápoles, pasó de esta vida en Fogia, pueblo de la Pulla, cansado de las desgracias y aquejado con el dolor de la prisión y cautiverio de su hijo. Fuera este príncipe esclarecido, así en la guerra como en la paz, si los fines correspondieran con los principios. La larga edad le entregó a la fortuna mudable como a otros muchos. Demás que el vigor y gallardía que los franceses trajeron a Italia se trocara y perdiera del todo con el mucho regalo y vicio de aquella tierra y con los deleites demasiados; de tal forma, que

para con los extraños eran flacos, sólo para con los vasallos y naturales mostraban ferocidad. Los gobernadores de las ciudades y pueblos hacían odioso a su príncipe con cuidar solamente de su ganancia, cohechar la gente y mirar poco por el bien común. Esta muerte del rey de Nápoles hinchó de buenas esperanzas y alegría al rey de Aragón; al contrario, al rey de Francia fue muy pesada. Para aliviar la tristeza con causarla a sus enemigos hizo levas de gente por todas partes. Juntó un gran ejército, en que se contaron veinte mil de a caballo y ochenta mil de a pie; tenía aprestada una armada en las fosas Marianas, que hoy se llaman Aguas Muertas, en que se contaban ciento veinte bajeles, parte galeras reales, parte naves gruesas, y otros vasos pequeños. Determinó ir en persona a esta jornada y en su compañía Filipo y Carlos, sus hijos, y don Jaime, rey de Mallorca, que seguía al francés por grandes disgustos que tenía contra el aragonés, su hermano. Hallóse otrosí con los demás el cardenal Gervasio, que envió por su legado el papa Martín IV; por cuya muerte, que sucedió en Perosa a 29 días del mes de marzo, fue puesto en su lugar Honorio IV, ciudadano romano de casa Sabela, no menos aficionado a los franceses que lo fue el pasado. Hízose la masa del ejército en Narbona, desde allí marcharon la vuelta de Perpiñán. Este lugar se entregó al rey don Jaime, y recibieron a los franceses dentro de las murallas. Lo mismo por su ejemplo hicieron los demás lugares de Rosellón y de aquella comarca, fuera de uno que se llama Génova, ca con esperanza que sería presto socorrido y por el aborrecimiento que tenía al rey don Jaime y por no volver a su poder determinó de hacer resistencia. Engañóle su esperanza, porque el lugar fue tomado por fuerza y todos los moradores pasados a cuchillo, hasta encruelecerse contra las mismas casas y edificios, que abatieron y quemaron. El bastardo de Rosellón, hombre de noble linaje y atrevido, que dentro se halló, entrado el pueblo se subió a la torre de la iglesia; valiéronle para escapar de la muerte más los ruegos del rey don Jaime que la fortaleza y santidad del lugar en que estaba. Sin embargo, se mostró agradecido a los franceses, porque como quier que el rey de Aragón estuviese apoderado de la entrada y estrechuras de los montes Pirineos de tal suerte, que los enemigos no tenían esperanza de poder pasar por allí, los guió por unos senderos que él sabía, por donde con cierto rodeo subieron a las cumbres del monte sin peligro ninguno y se pusieron sobre el mismo campo de los aragoneses.

Con esto y con el espanto que ellos de esto cobraron, los reyes con seguridad pasaron adelante hasta llegar a la comarca de Ampurias. Allí con facilidad se apoderaron de algunas plazas, en particular de Peralada y Figueras, sin reparar hasta ponerse sobre Gerona, que es una ciudad muy noble y grande en los pueblos que antiguamente se llamaron ausetanos. Está puesta en un sitio cuesta abajo, al pie del sitio el río llamado antes Tici, y ahora Ter, tiene comidas aquellas riberas junte a la ciudad de suerte, que le hace gran reparo. Los muros son de buena estofa, las torres de piedra y fuertes; en lo más alto de la ciudad está la iglesia mayor, que es silla episcopal, y junto a ella las casas obispales, de muy buen edificio y grande. Más arriba de la iglesia mayor hay una torre a manera de alcázar, que llaman Gironella. El vizconde de Cardona don Ramón, que tenía por capitán aquella ciudad, la fortaleció con nuevos reparos; echó por tierra todas las casas del arrabal; solo perdonó a la iglesia de San Félix por su mucha devoción y antigüedad. El valor y diligencia de que usó fue grande, con que muchas veces desbarató y pegó fuego a los ingenios, máquinas y pertrechos de los franceses. El rey de Aragón otrosí con buen golpe de gente que consigo tenía andaba por allí cerca. No eran sus fuerzas bastantes para acometer al enemigo y darle la batalla; pero buscaba alguna ocasión para arma lle alguna celada y meter socorro en la ciudad. había ya tres meses que la tenían cercada, cuando don Sancho, rey de Castilla, envió por sus embajadores a don Martín, obispo de Calahorra, y a Gómez García da Toledo, abad de Valladolid, para acordar, si pudiese, estas diferencias. No hicieron efecto alguno, antes fueron forzados a dar la vuelta cargados de muchos baldones y palabras injuriosas que les dijeron, casi sip darles lugar para hablar al rey de Francia. La ocasión debió ser la grande confianza que tenían de salir con la victoria, o por sospechar que so color de embajadores venían a espiar las fuerzas e intentos de los franceses.

Era fama que al rey don Sancho no le faltaba voluntad de juntar sus fuerzas con las de Aragón, y que se entretenía a causa de la guerra que traía muy encendida en el Andalucía con los moros

de algunos meses atrás, ca tenían puesto sitio sobre Jerez de la Frontera, de la cual ciudad con todo su esfuerzo pretendían apoderarse, porque les venía muy a propósito para sus intentos. Esquivaba el rey don Sancho la batalla por no poner a riesgo de lo que podía suceder todo lo demás; por esto a veces estaba en Sevilla, otras iba a Nebrija, siempre apercibido para todas las ocasiones y para estorbar las correrías y cabalgadas de los moros.

Con este ardid y por esta forma a cabo de seis meses que los moros tenían cercada a Jerez alzaron el cerco forzados de la falta de todas las cosas necesarias y por miedo del rey don Sancho, si mudado de propósito les quisiese dar la batalla. Preguntó uno a la vuelta al rey bárbaro después que pasó el río Guadalete con tanta prisa, que más parecía huida que retirada, cuál fuese la causa de aquella resolución y del miedo que mostraba. Respondió: *«Yo fui el primero que entronicé y honré la familia y linaje de Barramedo con título y majestad real; mi enemigo trae descendencia de más de cuarenta reyes, cuya memoria tiene gran fuerza, y en el combate a mí pusiera temor y espanto, a él diera atrevimiento y esfuerzo, si llegáramos a las manos. parecía que el cielo ofrecía muy buena ocasión de hacer efecto y destruir al enemigo, si le siguiera en aquella retirada; pero al rey más agradaban los prudentes consejos con razón que los arriscados, aunque honrosos, y no todas veces de provecho.»*

Así, contento de fortificar y bastecer aquella ciudad, se tornó a Sevilla, sin embargo que los soldados se quejaban porque dejaban ir el enemigo de entre manos, y con ansia pedían los dejasen seguirle, hasta amenazar que si perdían esta ocasión, no tomarían más las armas para pelear; más el rey, inclinado a la paz, no hacía caso de aquellas palabras. Enviáronse embajadores de una parte y otra sobre estas cosas, y viniéronse a hablar los reyes a los esteros de Guadalquivir; otros dicen que fue en un lugar llamado Rocaferrada; allí hicieron sus avenencias. Acordaron que el rey moro pagase para los gastos de la guerra dos cuentos de maravedíes (este era un género de moneda usada en España que no tenía siempre un valor); y con este concierto se dejaron las armas. Mucha gente principal se desabrió por esta causa, en particular el infante don Juan, hermano del rey, y don Lope Díaz de Haro, en tanto grado, que por el disgusto desde Sevilla se fue cada uno a los lugares de su señorío, sin mirar que a los grandes capitanes más veces fue provechosa la tardanza y detenimiento que la temeridad y osadía. A ellos pertenece mirar lo que conviene; a los demás les es dado el obedecer y la gana de pelear, que así se reparten los oficios de la guerra. De allí a poco murió el rey bárbaro de Marruecos; dejó por su sucesor a su hijo Jusef.

Volvamos a Gerona y a su cerco. El rey de Aragón, con deseo de atajar el bastimento que del puerto de Rosas, donde se tenía la armada de los enemigos, traían para sus reales, trataba de armarles alguna celada en los lugares que para ello le parecían más a propósito. Entendido esto por las espías, el condestable de Francia, llamado Rodolfo, y Juan Ancurt o Haricurt, mariscal, que es como maestre de campo, varones muy fuertes y arriscados, comunicado el caso entre sí y con el conde de la Marcha, se fueron al lugar de la celada con trescientos caballos escogidos, y no más. Pretendían que los aragoneses por ser tan poca su gente no rehusasen la batalla. Pelearon a 13 de agosto. Fue este encuentro y esta batalla muy reñida. Los aragoneses eran más en número; los franceses no les daban ventaja ni en el esfuerzo ni en la arte de pelear. El rey de Aragón hizo aquí todo lo que en un prudente capitán y valeroso soldado se podía desear. Hiriéronle malamente en la cara, y como procurase salir de la batalla, un caballero francés le asió las riendas del caballo y le prendiera fácilmente si el rey en aquel peligro no las cortara con la espada que tenía en la mano desnuda, y así se escapó a uña de caballo; así lo escribe Villaneo, que hizo errar a los demás, porque los historiadores aragoneses afirman que el rey salió sano y salvo de la pelea y que murieron tantos de una parte como de otra, aunque el campo quedó por los franceses. Si el caso pasó de esta manera o se mudó por la afición de los escritores no se sabe. Lo que consta es que por la gran calor y las inmundicias y el tiempo, que era el más peligroso de todo el año, sobrevino peste en el campo de los franceses; y sin embargo, los cercados con las nuevas de este encuentro, perdida la esperanza de defenderse, se die-

ron a los franceses a partido que entregada la ciudad pudiesen los cercados irse donde quisiesen y sacar consigo toda la ropa y hacienda que pudiesen llevar.

Muchos ejemplos de crueldad se usaron en los rendidos, y hasta las iglesias de los santos fueron violadas. El sepulcro de san Narciso, que es patrón y abogado de aquella ciudad y tenido y reverenciado con gran devoción y estima, fue desbaratado de los soldados, que robaron todas las riquezas, votos y donativos de los fieles, que allí hallaron en gran cantidad; tal es la condición de la guerra. Castigó el Santo bienaventurado en venganza de su morada aquel desacato con aumentarles la pestilencia; así se tuvo por cierto entre todos. Quitó otrosí el entendimiento a los capitanes, porque tomada que fue la ciudad, como quier que determinasen de irse por tierra desde allí a Francia, venido el otoño, mal pecado, despidieron muchas naves de particulares que tenían en el puerto de Rosas por ahorrar de costa y desembarazarse; muy mal acuerdo, como lo mostró el suceso.

Fue así que Roger de Lauria, tomado que hubo la ciudad de Tarento en lo postrero de Italia, a gran prisa costeó todas aquellas marinas para venir a dar socorro al rey de Aragón. Llegado a España y vista tan buena ocasión, presentó ta batalla al armada de los franceses, que se hallaba fuera del puerto maltratada y en pequeño número, y valerosamente la venció. Prendió a Juan Escoto, general de la armada francesa, y tomó quince galeras; otras doce se retiraron y se metieron en el puerto de Rosas, de que salieron; las cuales quemaron los soldados que iban en ellas y juntamente el lugar, tal era el miedo que cobraron, y de esta manera se fueron al campo del rey de Francia con la nueva del daño recibido. El francés, por ver que todas las cosas le salían más dificultosas de lo que él pensaba y afligido por la poca salud que tenía, reparó y fortaleció la ciudad de Gerona y puso en ella buena guarnición de soldados. Con tanto dio la vuelta hacía Rosellón con lo que del ejército le quedaba.

Al pasar los montes Pirineos tuvieron él y los suyos grande afán y corrieron gran riesgo, a causa que los aragoneses tenían tomados todos los pasos y hacían lo posible por prender al rey de Francia, que por su enfermedad llevaban en hombros en una litera sus soldados. Grande fue el daño que recibieron, gran cantidad da bagaje y carruaje les tomaron en este camino. Lo que fue más pesado, que del movimiento del camino al rey se agravó la enfermedad de suerte, que en Perpiñán a 6 de octubre pasó de esta vida. Su cuerpo, como lo dejó mandado, llevaron su mujer e hijos a la iglesia de San Dionisio, que está junto a París.

Sucedióle en el reino Filipo, su hijo, que ya era rey de Navarra; llamóse por sobrenombre el Hermoso por su extremada gracia y donaire. La partida de los franceses fue causa que en breve tornaron a poder de los aragoneses todas las tierras que les tomaran. Demás de esto, el infante don Alfonso, enviado por su padre, se apoderó de la isla de Mallorca en pago del favor que aquel príncipe dio al rey de Francia y de la amistad que con él trabó contra su mismo hermano. Pretendía el aragonés seguir la fortuna, que se le mostraba risueña; procuraba ir adelante y mejorar su partido, trazaba nuevas empresas cuando la muerte asimismo le atajó los pasos, que le sobrevino en Villafranca a 8 de noviembre en lo mejor de sus días y en el mayor vigor de su edad, que no tenía más de cuarenta y seis años. Ganó sobrenombre de Grande por dejar acrecentado su reino con el de Sicilia y por las cosas señaladas que hizo. Asentábale bien el estado real por ser de buena presencia, de cuerpo grande, de ánimo generoso, muy diestro en las armas, particularmente en jugar de la maza. En ganar las voluntades de los hombres con buenas palabras, cortesía y liberalidad fue muy señalado; sólo dejó nota de sí por la excomunión en que estuvo enlazado hasta el fin de su vida, cuya imaginación se dice que le aquejó mucho y se le ponía delante a la hora de su muerte; por lo menos es bien y provecho para todos que así se entienda. Puesto que de aquel escrúpulo y congoja en el artículo de la muerte le absolvió el arzobispo de Tarragona, tomándole primero juramento sería obediente a la santa Iglesia romana, a la cual antes se mostró inobediente. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz, que está allí cerca.

Sus hijos fueron don Alfonso, el mayor, que en su testamento nombró por heredero de sus reinos sin hacer mención alguna del reino de Sicilia; demás de este don Jaime, don Fadrique, don Pe-

dro, doña Isabel, doña Costanza, todos habidos en la reina doña Costanza, su mujer. Hallóse a su muerte Arnaldo de Villanova, que vino de Barcelona para asistirle y curarle, médico muy nombrado y docto en aquellos tiempos, bien que de mayor fama que aprobación por dejar amancillado su noble ingenio y sus grandes letras con supersticiones y opiniones reprobadas que tuvo, tanto, que poco adelante fue condenado por los inquisidores, y sus libros, que compuso y sacó a luz en gran número, juntamente reprobados. Hay quien diga, por lo menos el Tostado lo testifica, que intentó con simiente de hombre y otros simples que mezcló en cierto vaso de formar un cuerpo humano, y que aunque no salió con ello, lo llevó muy adelante. Si fue verdad o mentira, poca necesidad hay aquí de averiguarlo.

CAPÍTULO X
DE CIERTA HABLA QUE HUBO ENTRE LOS REYES DE FRANCIA Y CASTILLA

La desgracia de este año, por la muerte de tantos príncipes aciago, alivió en alguna manera el parto de la reina de Castilla. En ausencia del rey, que era ido a Badajoz a dar órdenes en cosas del reino y apaciguar los alborotos que allí andaban, parió a los 6 de diciembre un hijo en Sevilla, por nombre don Hernando, que poco después muy niño sucedió a su padre en el reino. El cuidado de criarle y amaestrarle se encargó a Hernán Ponce de León, caballero principal, y para ello señalaron la ciudad de Zamora por el saludable cielo de que goza, la fertilidad y regalo de sus campos y comarca. Demás de esto, el año próximo siguiente de 1286 le juraron en Cortes por heredero del reino, todo a propósito de asegurar la sucesión, que era el mayor cuidado que aquejaba a su padre, así por los hermanos Cerdas, como por ser cosa manifiesta que a causa del parentesco entre él y la reina el casamiento no era válido. Deseaba alcanzar dispensación de los sumos pontífices sobre el dicho parentesco; pero nunca pudo salir con ello por la contradicción que los reyes de Francia le hacían. La causa es de creer era el dolor de que hubiese usurpado el reino y despojado a los Cerdas, deudos tan cercanos de aquella corona.

Por tanto, procuraba el rey don Sancho por todas las vías y maneras posibles ganarle la voluntad, con el cual intento segunda vez envió sus embajadores, que fueron los mismos que el año pasado, es a saber, don Martín, obispo de Calahorra, y don García, abad de Valladolid, a Francia, donde a 6 días de enero el nuevo rey Filipo se coronó y ungió por rey de Francia y de Navarra en la ciudad de Reims con las ceremonias y solemnidades acostumbradas. En tiempo de este rey y por su mandado se edificó en París en la isla de Secana o Seine el palacio real que allí se ve a manera de un grande alcázar, en que poco adelante se asentó la audiencia o parlamento; y la administración de la justicia que antes seguía la corte sin tener asiento estable se puso en lugar determinado y tribunales conocidos. Labróse otrosí en la misma ciudad a expensas de la reina el colegio que llaman de Navarra, de los más insignes que hay en el mundo, así por la grandeza del edificio como por el gran número que tiene de maestros y concurso de estudiantes. Dícese por cierto que en los buenos tiempos de Francia moraban dentro de él setecientos estudiantes ocupados en sus estudios; mudadas las cosas y alteradas, a la sazón que profesamos la teología en aquella Universidad, apenas en el dicho colegio se contaban quinientos entre oyentes y maestros. De este número algunos sustentaba el colegio a su costa, los demás viven a la suya y de sus padres. Tuvieron estos reyes muchos hijos, es a saber, Luis, Filipo, Carlos, Isabel y otra hija, que murió en tierna edad. Esto en Francia.

En Sicilia el infante don Jaime, luego que supo la muerte de su padre, tomó las insignias de rey en Mesina a 2 de febrero, y se llamó rey de Sicilia, príncipe de la Pulla y de Capua, como aquel que poseía parte del reino de Nápoles, y tenía esperanza de apoderarse de las demás ciudades y fuerzas del reino; dado que todas las tierras y partes de aquel reino estaban pertrechadas y fortificadas contra los intentos de los sicilianos, y esto por el mucho valor y diligencia de Roberto, conde de Artois, a quien el rey de Francia, muerto el rey Carlos, encargó el gobierno de Nápoles.

Don Alfonso el Tercero, rey de Aragón, por estar algunos meses ocupado en aprestar una armada para ir sobre Mallorca y Menorca, cosa que su padre a la hora de su muerte dejó muy encomendada, dilató su coronación. Finalmente, a los 14 días del mes de abril, el mismo día de Pascua Florida de Resurrección, tomó la corona en Zaragoza y las demás insignias reales. Hizo la ceremonia don Jaime, obispo de Huesca, por estar a la sazón vaca la silla arzobispal de Tarragona, cuya era aquella preeminencia por antigua costumbre. Juró el rey de guardar todos los privilegios, fueros y libertades de aquel reino. Tratóse con muchas veras y gran porfía de reformar los gastos de la casa real, particularmente en las Cortes que de allí a pocos días se tuvieron en Huesca, concedió a los señores y caballeros de Aragón a su instancia que los valencianos, poco antes de este tiempo incorpo-

rados en aquella corona, se gobernasen conforme a las leyes de Aragón.

Fallecieron este mismo año grandes personas eclesiásticas, entre otros don Miguel Vincastrio, obispo de Pamplona. Sucedióle en la silla don Miguel Legaría. La iglesia de Toledo gobernaba todavía el arzobispo don Gonzalo, varón de grande autoridad y que podía mucho con los reyes; acompañó al rey don Sancho, que iba a los confines de Francia, ca quedó concertado por medio de la embajada, de que se hizo mención, que los dos reyes de Castilla y Francia se juntasen en Bayona para se hablar y tratar allí en presencia de todas sus haciendas y concordar sus diferencias. Nunca los reyes se vieron; no se sabe qué fuese la causa; puédese sospechar que nacieron, como es ordinario, algunas sospechas de una parte y otra o por otros respetos y puntos. Así se detuvieron el rey don Sancho en San Sebastián, y el rey de Francia en Montemarsano. Hóbose de tratar del concierto por terceros. Por parte del rey don Sancho, don Gonzalo, arzobispo de Toledo, fue a Bayona, y por parte del rey de Francia el duque de Borgoña. Trataron de hacer las amistades con grande ahínco de entrambas partes. Los franceses no venían en ningún acuerdo de concordia si el rey don Sancho no repudiaba la reina, pues de derecho por razón del parentesco no podía estar casado con ella, y se casaba con una de dos hermanas del rey de Francia, es a saber, Margarita, que después casó con Eduardo, rey de Inglaterra, o con Blanca, que vino a casar con el duque de Austria. Don Sancho sintió esto gravemente. Parecíale cosa pesada dejar una mujer tan esclarecida y en quien tenía un hijo y una hija. Así llamados los terceros, sin concluir cosa alguna tomó el camino para Vitoria, do se quedara la reina.

Lo que resultó fue enojarse malamente con el abad de Valladolid por saber que muy fuera de tiempo y sazón movió plática de este nuevo casamiento, que dio ocasión a los franceses para hacer en ello instancia. Revolvía en su pensamiento cómo podría satisfacerse de aquel enojo. Comunicólo con la reina, que de estas nuevas estaba con grandísimo pesar. Parecióles muy a propósito pedirle cuenta de las rentas reales que estuvieron a su cargo, y achacarle algún crimen de no las haber administrado bien. Encomendaron a don Gonzalo, arzobispo de Toledo, que tomase estas cuentas. El rey don Sancho, o por cumplir algún voto que hubiese hecho, o por su devoción, se fue a Santiago de Galicia. En el camino en el monasterio de Sahagún halló que los huesos del rey don Alfonso el Sexto y de doña Isabel y doña María, sus mujeres, estaban enterrados pobremente; procuró se pasasen a mejor lugar con sus túmulos y en ellos sus letreros. Vuelto a Valladolid, honró a don Lope Díaz de Haro, señor de Vizcaya, a quien él tenía grande obligación, y por quien principalmente tenía el reino; hízole mayordomo de la casa real y su alférez mayor. Diole asimismo en tenencia muchos castillos y muy fuertes en todo el reino; y ultra de esto, a 1 de enero le engrandeció con título y honra de conde; para que esta merced fuese más señalada le dio privilegio y cédula real en que declaraba ser su voluntad que todas estas honras, privilegios y prerrogativas las heredase don Diego Lope de Haro, su hijo, muerto que fuese el padre. Al hermano de don Lope de Haro, que se llamaba don Diego de Haro, le hizo capitán de la frontera contra los moros.

De aquí vino a crecer grandemente la autoridad y poder de aquella familia en estado y renta. En particular comenzó don Lope de Haro a tener mucha privanza y favor con el rey y atropellar a quien a él se le antojaba, de que muchos se quejaban y murmuraban, movidos algunos de buen celo, otros de envidia que pudiese más uno solo que toda la demás nobleza; y claramente decían que los tenía oprimidos como si propiamente fueran esclavos; que don Lope de Haro era el que reinaba en nombra de don Sancho. En especial llevaban mal esto los gallegos y los de León, y acusaban a don Lope de Haro, entre otras cosas, que siendo muy áspero y severo con los demás, solamente favorecía y daba todos los provechos y honras a sus parientes y amigos. No dura mucho el poder de los privados cuando no se templan y humanan. Andaba don Lope muy ufano porque demás de lo dicho emparentó con la casa real por medio de su hija doña María, que casó con el infante don Juan. Al mismo rey pretendía apartar de su mujer por casarla con Guillelma, su prima, hija que era de Gastón, vizconde de Bearne. Para salir con esto no cesaba de poner mala voz en el casamiento primero y acusarle.

Llevaba el rey muy mal estas pláticas, mayormente que a la misma sazón le nació otro infante de la reina, por nombre don Alfonso. Deseaba descomponer a don Lope; pero la revuelta de temporales tan turbios no daban para ello lugar, ni aún se atrevía a declararse y dar muestra de su enojo y desabrimiento, antes le traía en su compañía en el mismo lugar de autoridad que antes; y visitado que hubo el reino de Toledo, se partió para Astorga, y en su compañía don Lope. La voz era para hallarse a la misa nueva de don Merino, obispo de aquella ciudad, y honrarle con su presencia por ser de nobilísimo linaje y deudo del rey de Francia. Su intento principal era apaciguar a los gallegos, que andaban alborotados, y reprimir las entradas y correrías de portugueses que hacían por aquellas comarcas el infante don Alfonso, hermano del rey de Portugal, y en su compañía don Alvar Núñez de Lara, hijo de don Juan de Lara, como hombre feroz que era y desasosegado y acostumbrado a vivir de rapiña. Eran a propósito para esto los pueblos de Portalegre y de Ronca, que don Alfonso poseía en las fronteras de Portugal y a la raya de Castilla. El cuidado de sosegar los gallegos encargó a don Lope de Haro; sobre lo de Portugal se comunicó con aquel rey, con que, juntadas sus fuerzas y hecha liga, se puso sobre la villa de Ronca; talaron los campos, pusieron fuego a las alquerías y edificios que estaban fuera del pueblo; movidos de este daño los de dentro y por miedo de mayor mal se riudieron.

Halláronse presentes en aquel cerco los dos reyes; don Dionisio, el de Portugal, aconsejó a don Sancho que si quería ver su reino sosegado procurase abatir a don Lope de Haro, y para este efecto recibiese en su gracia y autorízase a don Alvar Núñez de Lara, porque a causa de las grandes riquezas y poder de aquel linaje, igual a su nobleza, era a propósito para contraponerle y amansar el orgullo de aquel personaje. Hízolo así; don Lope, que bien entendía dónde iban encaminadas estas mañas y cautelas, como hombre altivo y que no podía sufrir igual, resentido de esta injuria buscó ocasión para recogerse a Navarra. Dio a entender que iba a visitar a Gastón, vizconde de Bearne, como quier que a la verdad se tenía por agraviado del rey, que con aquel desvío y mal tratamiento desdoraba las mercedes pasadas. La privanza y poder acerca de los reyes nunca es segura, mayormente cuando es demasiada. Con su ida los navarros, a quien no faltaba voluntad de hacer guerra a Castilla por los desabrimientos pasados y por lo que pretendían que de aquel reino les tenían malamente usurpado, tomaron las armas. Era virrey en aquella sazón de Navarra Clemente Luneo, francés de nación. Muchas veces salieron loa navarros a correr las fronteras, así de Castilla como de Aragón, sin suceder cosa alguna memorable, salvo que tomaron a los aragoneses la villa de Salvatierra y pusieron en ella guarnición de soldados navarros.

Con más próspera fortuna hacían los aragoneses la guerra en Italia. Roger de Lauria, bravo caudillo y señalado por las victorias pasadas, acometió de improviso la armada de los enemigos, que tenían muy poderosa por el gran número de bajeles, junto a Nápoles. Fue muy reñida y sangrienta la batalla, que se dio a 16 días del mes de junio. La victoria quedó por los aragoneses; tomaron cuarenta y dos bajeles; los cautivos fueron cinco mil, y entre ellos muchos por su linaje y hazañas muy señalados. Los más de ellos se rescataron por dinero, solo a Guido de Monforte ni por ruegos ni por algún rescate quisieron dar libertad. Esto por dar contento a los reyes de Aragón y de Inglaterra, sus enemigos capitales, a causa que este caballero era bisnieto de Simón, conde de Monforte, aquel que, como arriba se dijo, venció en batalla y mató a don Pedro, rey de Aragón, en la guerra de Tolosa. El nieto de este Simón, llamado asimismo Simón, prendió al emperador Ricardo (que fue elegido en competencia de don Alfonso el Sabio, y era hermano del rey Enrique de Inglaterra) los años pasados en la batalla de Leuvis, que hubo entre los franceses y ingleses, do estuvo un monasterio famoso de San Pancracio. Este Guido en venganza de su padre Simón, que poco después fue por los ingleses muerto en otra batalla que se dio cerca de Vigomia en Inglaterra, el tiempo que Eduardo, rey de Inglaterra, volvía de la guerra, de la Tierra Santa, mató con grande impiedad y crueldad a Enrique, hijo del emperador Ricardo, en Viterbo en la iglesia mayor, donde oía misa. Esto hecho, con las armas se hizo camino para huir y se fue a valer a su suegro el conde del Anguilara, llamado Rubro. Comúnmente cargaban a Carlos, rey que era a la sazón de Nápoles y Sicilia, de que no vengó esta

muerte como vicario que era en aquel tiempo del imperio, y como tal tenía puesto al dicho Guido en el gobierno de Toscana. Los historiadores ingleses y franceses afirman que Guido, después que fue preso en la batalla naval susodicha, fue entregado en poder del rey de Inglaterra. Un historiador siciliano de aquel tiempo porfía que falleció en Sicilia de una enfermedad, de que sólo a juicio de los médicos le pudiera sanar la comunicación con mujer, y que él no quiso venir en ello por no hacer injuria al matrimonio y por no sujetarse a la deshonestidad; que si fue así, es tanto más de loar este caballero, que su mujer Margarita, después que del enviudó, se dice hizo poco caso de lo que debiera y vivió con poco recato. Dejó este caballero una hija llamada Anastasia, que casó con Romano Ursino, pariente cercano del papa Nicolás III y conde de Nola. La nobilísima sucesión que procedió de este casamiento se continuó en aquella casa y estado hasta nuestros tiempos, cuando últimamente faltó y la ciudad de Nola volvió a la corona real.

CAPÍTULO XI
QUE SE TRATO DE LIBRAR LOS HERMANOS CERDAS, Y CARLOS, PRÍNCIPE DE SALERNO, FUE PUESTO EN LIBERTAD

Sosegados estaban los aragoneses y muy pujantes en fuerzas, riquezas y gloria por sus hazañas grandes y memorables. Solamente en la costa de Cataluña inquietaba a los naturales con sus armas don Jaime, rey de Mallorca, bien que no hizo cosa alguna digna de memoria. El nombre del rey don Alfonso de Aragón era célebre. Tenía en su mano puesta la paz y la guerra a causa de los grandes príncipes que tenía en su poder detenidos; los hermanos Cerdas en el castillo de Morela, el príncipe de Salerno en el de Siurana, ambos muy fuertes y con buena guarda. Cansados pues estos príncipes de tan larga prisión y movidos por miedo de mayor mal, se inclinaban a la paz con las condiciones que él quisiese; tenían grandes reyes por intercesores; muchas embajadas de Francia y de Castilla venían al rey de Aragón sobre el caso; la autoridad de Eduardo, rey de Inglaterra, que se interpuso con los demás por medianero, era de más peso y eficacia a causa que el aragonés pretendía tomarle por suegro y casarse con su hija Leonor.

Acordaron pues estos reyes de verse y hablarse en la ciudad de Oloron, que se llamó antiguamente Lugduno, y está en los confines de Francia en los pueblos llamados coquenos (hoy está en el principado de Bearne a las faldas de los montes Pirineos; el emperador Antonino la llamó Illuro). En aquella junta y habla por grande instancia del rey de Inglaterra se alcanzó que dentro de un año Carlos, príncipe de Salerno, fuese puesto en libertad con estas condiciones: que el reino de Sicilia quedase por don Jaime; que el preso alcanzase del papa consentimiento para esto, junto con alzar las censuras puestas contra los aragoneses; item, que pagase treinta mil marcos de plata; últimamente, que Carlos de Valois se apartase de la pretensión que tenía al reino de Aragón que le adjudicara el pontífice Martín; que dentro de tres años, si todo esto no se cumplía, fuese aquel príncipe obligado a tornarse a la prisión, y sin embargo, diese en rehenes a sus tres hijos Roberto, Carlos y Luis, ultra de esto, sesenta caballeros de los más nobles de la Provenza. Graves condiciones eran estas; pero como al vencedor eran estos conciertos provechosos, así a los vencidos era forzoso aceptarlos de cualquiera manera que fuesen, que una vez puestos en libertad, confiaban no les faltaría ocasión de mejorar su partido.

Carlos, príncipe de Salerno, puesto que fue, según lo asentado, en libertad el año del Señor de 1288, desde Aragón pasó a Francia, desde allí a Toscana; apaciguados ende los alborotos de los gibelinos, en Roma finalmente le declaró por rey de Pulla y de Sicilia el papa Nicolás IV, el que al principio de este año sucedió en lugar de Honorio. Púsole la corona real en su cabeza con todas las demás insignias y vestiduras reales. Pretendía el pontífice no ser válido el concierto pasado, como hecho sin su licencia, de un reino que de tiempo antiguo era feudatario de la Iglesia romana. Esto alteró grandemente el ánimo del rey de Aragón, tanto más que entendía y le avisaban que el rey don Sancho quería dejar su amistad y avenirse con el rey de Francia a persuasión del sumo pontífice, parecer que aprobaban la reina y don Gonzalo, arzobispo de Toledo, aunque muchos grandes juzgaban debía ser preferida la amistad del rey de Aragón, así por la vecindad de los reinos como por tener en su poder los hermanos Cerdas. De estos principios se alteraron algunos, y por la muerte de don Lope de Haro, como luego se contará, sus parientes y amigos se pasaron a Aragón, y fueron causa de nuevas y largas guerras; pretendían y procuraban satisfacerse de sus particulares disgustos con las discordias y males comunes. El rey don Sancho por el mismo caso se vio puesto en necesidad de darse prisa a hacer la confederación con el rey de Francia. Enviaron los dos reyes sus embajadores a Lyon de Francia, do los esperaba el cardenal Juan Cauleto, enviado por legado del sumo pontífice para este efecto. Por el rey de Francia vinieron Mornay y Lamberto, caballeros principales de su corte; el rey don Sancho envió a don Merino, obispo de Astorga. El concierto se hizo de esta manera: el rey don Sancho prometía de dar a don Alfonso de la Cerda el reino de Murcia, a tal que no se intitulase

en ninguna manera rey de Castilla, y el reino de Murcia le tuviese como moviente y feudatario de Castilla; que si don Alfonso muriese sin hijos, sucediese don Hernando, su hermano menor; el de Castilla enviase mil caballos en ayuda al rey de Francia, que quería mover guerra a Aragón, y si fuese necesario, diese paso y entrada segura por sus tierras al ejército francés; item, que los hermanos Cerdas, luego que alcanzasen libertad con el poder e industria de los dos reyes, se entregasen en poder del rey de Francia.

Este concierto dio mucho disgusto a doña Blanca, madre de los infantes, en tanto grado, que dejado su hermano, se fue a Portugal. Como mujer varonil pretendía buscar nuevos socorros contra las fuerzas de Castilla, puesto que más fue el trabajo que en esto tomó que el fruto que sacó. El rey Dionisio de Portugal, echados los moros de toda su tierra, gozaba de una tranquila paz, ni le podían convencer a que la alterase en pro de otros y daño suyo. ¿Qué prudencia fuera ponerse en peligro cierto con esperanza incierta, y escurecer la gloria ganada y alterar la quietud y reposo de su reino con mover las armas fuera de tiempo? Tuvo este rey muy buenas partes, y en especial muy noble generación de hijos y hijas. De doña Isabel, su mujer, tuvo antes de esto una hija, llamada doña Isabel, y este año le nació otra, que se llamó doña Costanza; de allí a dos años otro hijo, que se llamó don Alfonso, que fue heredero del reino. De mujeres solteras tuvo estos hijos: a don Alfonso de Alburquerque, de quien trae su descendencia una familia de este sobrenombre, nobilísima en Portugal, y a don Pedro, que fue dado a los estudios de las letras, como da testimonio un libro que compuso de los linajes y de la nobleza de España; y a don Juan y a don Fernando, y ultra de estos dos hijas, que la una casó con don Juan de la Cerda, y la otra se metió monja.

CAPÍTULO XII
DE NUEVAS ALTERACIONES QUE SE LEVANTARON EN CASTILLA

Castilla, por lo que tocaba a los moros, sosegaba a causa de la amistad que tenían con el rey de Granada; con África poco antes se asentaron treguas con Jusef, rey de Marruecos. La guerra civil y doméstica tenía a todos puestos en mayor cuidado. Sucedió este daño por la muerte de don Lope de Haro, que le dieron dentro de palacio y en presencia del mismo rey; si con razón o sin ella, no se averigua bastantemente. Para que todo esto mejor se entienda será bien relatar los principios por do se encaminó esta desgracia. Por muerte de don Alvar Núñez de Lara, que falleció poco después que tornó en gracia del rey don Sancho, don Lope de Haro, su competidor, volvió a Castilla y a la corte con esperanza de recobrar la cabida y autoridad que antes tenía, pues era muerto su contrario; pero la naturaleza, que no permite viva alguno sin competidor y sin contraste, en el mismo punto que murió, hizo que don Juan, hermano del difunto, subiese al mismo grado de dignidad y al favor y gracia del príncipe que su hermano tuvo, con mucho gusto del pueblo y no menor pesar y dolor de don Lope de Haro. Quejábase que con aquellas artes y mañas se le hacía notable agravio, y que todo se encaminaba a disminuir su autoridad y menoscabarla. Era el sentimiento en tanto grado, que no temía de dar muestras de él al mismo rey y formar quejas en su presencia. Como el infante don Juan, su yerno, con un escuadrón de gente corriese la campaña de Salamanca, y con sus ordinarias correrías llegase hasta Ciudad-Rodrigo y el rey se quejase de esto con don Lope de Haro, tuvo atrevimiento de confesar que todo aquello se hacía por su consejo y voluntad, hasta añadir que si el rey iba a Valladolid, su yerno vendría a Cigales, que es un pueblo allí cerca, y era tanto como amenazarle. Soltar la rienda a la mala condición y irritar con esto la ira de los reyes, cosa es muy perjudicial. Verdad es que por entonces el rey tuvo sufrimiento y disimuló lo mejor que pudo hasta que se ofreciese ocasión para castigar tan gran locura y desacato. Fue el rey a Valladolid, habló con don Juan, su hermano, diose orden como aquellos alborotos algún tanto sosegasen. Partido de Valladolid, fue primero a Roa, y de allí a Berlanga y a Soria.

Después tomó el camino para Tarazona para verse con el rey de Aragón y alcanzar de él que le entregase los hermanos Cerdas. Estorbóse esta vista de los reyes por las malas mañas de don Lope de Haro, que como tercero iba de una parte a otra, y a cada cual de las partes refería en nombre del otro condiciones para asentar la paz muy pesadas y muy contrarias de lo que los mismos príncipes pretendían. Todo iba enderezado a derribar por medio de los hermanos Cerdas al rey don Sancho, de quien tenía de todo punto el ánimo enajenado, que fue la causa de no efectuarse cosa alguna y de volverse el rey a Alfaro, que es una villa de Castilla puesta a los confines de Aragón y de Navarra. Acudieron el infante don Juan y don Lope de Haro, su suegro, a hacer reverencia y compañía al rey sin guarda bastante con que se asegurasen. Halláronse presentes don Gonzalo, arzobispo de Toledo, y don Juan Alfonso, obispo de Plasencia, el obispo de Calahorra, el de Osma y el de Tuy; allende de estos el deán de Sevilla, que era chanciller mayor, y el abad de Valladolid, todos llamados a consejo para tratar de cosas importantes. Llegados don Juan y don Lope a besar al rey la mano, mandóles le volviesen a la hora todos los castillos y plazas que tenían en su poder, y para esto alzasen el juramento a los soldados que tenían de guarnición y diesen las contraseñas por do entendiesen por cierto que era tal su voluntad. Fueles este mandato muy pesado, excusábanse de obedecer, mandólos prender; don Lope de Haro, puesta mano a la espada y revuelto el manto al brazo, con palabras muy injuriosas y llamar al rey tirano, fementido, cruel, con todo lo demás que se le vino a la boca y que el furor y rabia le daban, se fue para él con intento de matarle. Locura grande y demasiado atrevimiento, que le acarreó su perdición; los que estaban presentes pusieron asimismo mano a sus espadas, y del primer golpe le cortaron la mano derecha y consiguientemente le acabaron. Caballero que fue arriscado y fuerte, más su arrogancia y poder demasiado, junto con la envidia que muchos le tenían, redujeron a estos términos. Don Juan, su yerno, después que hirió a algunos de los criados del rey, como vio muerto a su suegro, se huyó y acogió al aposento de la reina, que se puso delante para am-

pararle del rey, que venía en su seguimiento con la espada desnuda, y por sus ruegos y lágrimas hizo tanto, que le libró de la muerte. Pusiéronle en prisiones para estar a juicio, y dar razón de este y de los demás desacatos.

Forzosa cosa es pasar muchas cosas en silencio por seguir la brevedad que llevamos. Mas ¿quién podría contar por menudo y a la larga todas las tramas que en esto hubo de traición y deslealtad? ¿Quién decir todo lo que pasó en tan grande ruido y alboroto y encarecer la turbación y desasosiego de toda la casa real? La suma es que, quitadas delante las cabezas, los alborotos se apaciguaron por entonces, y con el ejemplo fresco de aquella culpa y de aquel castigo los demás se tuvieron a raya para que luego no se alterasen. Pero como se hubieron un poco sosegado, en secreto y públicamente en corrillos comenzaron a murmurar de este hecho del rey. Decían que con muestra de amor engañó a tan grandes príncipes; los parientes y aliados de los dos unos se salían de la corte, otros, de que hubo gran número, se fueron del reino. Por todo esto bien se dejaba entender que se armaba alguna gran tempestad, que fue la causa principal de abreviar la confederación y liga con el rey de Francia en León, como arriba queda dicho.

Doña Juana, mujer del difunto don Lope de Haro e hija de don Alfonso, señor de Molina, toda cubierta de luto, se fue a ver con la reina, su hermana, en Santo Domingo de la Calzada, donde estaba la corte. Pretendía con esto recoger las reliquias del naufragio de su casa. Hizo tanto, que con sus lágrimas y a ruego de la reina se amansó el rey para que no despojase a su hijo del señorío de Vizcaya, como lo pretendía hacer, y ya por fuerza se había apoderado de la villa de Haro y del castillo de Treviño. Demás de esto, con deseo de sosiego y de apaciguarlo todo la reina prometió a su hermana que si su hijo don Diego de Haro, como era forzoso, llevase en paciencia la muerte de su padre y se pusiese en manos del rey, le haría dar el lugar y autoridad que su padre tenía. Doña Juana, como mujer inconstante, pensó que estas promesas procedían de miedo; así, mudó luego de parecer y trocó la humildad pasada en cólera, tanto, que con deseo de vengarse atizaba a su hijo, y le aconsejaba que, renunciada la fe y lealtad que al rey tenía prometida, se desnaturalizase y se pasase a Aragón. Doña María, mujer del infante don Juan, que tenían preso, se pasó a Navarra, cerca de la cual estaba. En su compañía se salieron otrosí de Castilla muchos de sus aliados, dado que la mayor parte, como suele acontecer en estas revueltas, dudosos y suspensos se estuvieron en sus casas para tomar consejo conforme al tiempo y como las cosas se rodeasen.

Gastón, vizconde de Bearne, sabido lo que pasaba, vino a gran prisa a Aragón en favor de sus deudos, resuelto de poner a cualquier riesgo su persona y estados por los amparar. A instancia de todos estos señores el rey de Aragón puso en libertad a los hermanos Cerdas. Y para hacer mayor pesar al rey don Sancho, por el mes de septiembre en Jaca, donda hizo traer a los infantes, nombró a don Alfonso, el mayor de ellos, por rey de Castilla y de León, de que resultaron nuevas guerras y grande ocasión para discordias; y es cosa forzosa que los grandes reinos sean muchas veces combatidos de nuevas y grandes tempestades. Por medio de los Cerdas y con el favor de los aragoneses se movió guerra a Castilla. El pueblo estaba no más deseoso que medroso de cosas nuevas. Los caballeros principales de Castilla no eran de un mismo parecer; los más prudentes con deseo de sosiego seguían el partido del rey don Sancho, y querían agradarle a él, pues tenía el mando y señorío.

Él en aquellos días fue a Vitoria, que es en Álava; allí la reina parió un hijo que se llamó don Enrique. La ida se enderezaba, así para verse en Bayona con el rey de Francia, según que lo tenían determinado por sus embajadores, como para acabar de conquistar los lugares y tierras de Vizcaya y ponerlos debajo de su señorío. Esta guerra fue más dificultosa de lo que se pensó por la aspereza de los lugares, la falta de bastimento y la condición de la gente, constante en guardar la fe y lealtad a sus señores. Teníase esperanza por medio del maestre de Calatrava, don Ruy Pérez Ponce, de poder ganar a don Diego de Haro, hermano de don Lope, al cual antes de este tiempo el rey hizo capitán de la frontera, y al presente le ofrecía mucho mayores honras y premios, hasta darle intención que le daría el señorío de Vizcaya. Pero él, sin hacer caso de todo esto, quiso más irse desterrado a Aragón.

Decía no se debía confiar de quien so color de amistad maltrató de tal manera a tales príncipes, sus parientes y amigos. Así, se partió determinado de favorecer y amparar con su consejo y hacienda y diligencia a su sobrino. Todo parecía estar a punto de romper; los pueblos resonaban con aparatos y pertrechos de guerra, cuando, al mismo punto que querían acometer las fronteras de Castilla, falleció de enfermedad don Diego de Haro, hijo de don Lope, en gran pro y beneficio del rey don Sancho y de sus cosas. Con su muerte so resfriaron las voluntades de los que seguían su bando; y Vizcaya, que hasta entonces hacía resistencia, toda ella vino en poder del rey por el esfuerzo y valor de Diego López de Salcedo, a quien se cometiera todo el peso de aquella conquista, y de quien, así en guerra como en paz, se hacía mucho caso.

CAPÍTULO XIII
DE ALGUNAS HABLAS QUE TUVIERON LOS REYES

El rey don Sancho, dado que hubo fin a las cosas de Vizcaya, y que las vistas con el rey de Francia se remitieron para otro tiempo, dejó a su hermano el infante don Juan con buena guarda preso en el alcázar de Burgos, y después le pasaron a Curiel; y él con el cuidado que tenía de la guerra de Aragón y de su reino, que de nuevo andaba en balanzas, se partió para Sabugal, que es una villa a la raya de Portugal. Allí se juntaron él y el rey de Portugal para tratar entre los dos de sus haciendas; hicieron liga contra los aragoneses y los desterrados de Castilla, que se apercibían para la guerra so color de poner en posesión a don Alfonso de la Cerda, que ya se intitulaba rey de Castilla, en el reino de su abuelo. Apartados los reyes y vueltos de estas vistas, don Sancho, recogidas sus fuerzas por todas partes y la gente de guerra que tenía, se fue a encontrar con los aragoneses a la villa de Almazán. En el mes de abril del año del Señor de 1289 se juntaron los dos campos; más no sucedió cosa digna de memoria; sólo la villa de Morón fue tomada por los aragoneses por fuerza de armas, y Almazán fue cercado. De la otra parte del rey don Sancho con una entrada que hizo por las fronteras de Aragón destruía la campaña, robaba ganados y ponía a fuego villas y lugares. Don Diego López de Haro de la misma manera con sus correrías talaba todos los campos y términos de Cuenca y Huete, demás de un escuadrón de enemigos con quien se encontró y los venció y puso en huida junto a la villa de Pajarón. En esta refriega murió Rodrigo de Sotomayor, capitán de los castellanos. Las banderas que les tomó envió don Diego a la ciudad de Teruel. La estrechura del lugar fue causa de este revés; los aragoneses peleaban mejorados de lugar, y por todas partes estaban sobre los enemigos.

En ninguna parte podían reposar, unos daños sucedían a otros, como si anduvieran en rueda; los que con su daño pagaban las discordias de los príncipes eran los inocentes. Verdad es que las más ciudades y villas tenían la voz de don Sancho, unas por miedo, otras por voluntad. Sólo en Badajoz se encendió una revuelta muy grande; estaban aquellos ciudadanos de tiempo antiguo divididos en dos bandos, es a saber, los Bejaranos y los Portugaleses. Fueron los Bejaranos despojados de sus haciendas por los contrarios y forzados a ausentarse de la ciudad. Hicieron recurso al rey para que deshiciese el agravio. Mandólo así; los dañadores no quisieron obedecer a este mandato. Acudieron los Bejaranos a las armas, y con gente que tenían apercibida mataron gran número del otro bando y echaron los que quedaban de la ciudad. A este atrevimiento de quererse vengar por sus manos añadieron otro mayor, y fue que como se hubiesen fortificado en lo más alto de la ciudad, apellidaron por rey a don Alfonso de la Cerda. Dio esto grande pesadumbre al rey don Sancho; el daño que resultó a aquella ciudad fue notable. Grande es la furia del pueblo puesto en armas; las fuerzas de los reyes son mayores. Viose por experiencia que luego que el rey envió su campo sobre ellos la osadía se les trocó en miedo. Rindiéronse a partido, salvas las vidas. No les guardaron el concierto; todos los Bejaranos fueron pasados a cuchillo en número de cuatro mil entre hombres y mujeres. El mismo trabajo corrió Talavera, villa principal en el reino de Toledo; por seguir la voz de don Alfonso de la Cerda hasta cuatrocientos de los más nobles fueron justiciados y descuartizados públicamente a la puerta, que desde aquel tiempo comenzó el vulgo a llamarla la puerta de Cuartos. Así lo testifican los de aquel lugar como cosa recibida de mano en mano de sus antepasados, sin que haya autor ni testimonio más bastante. Lo cierto es que con el castigo de estos dos pueblos quedaron avisados los demás para no se desmandar; y es así,que todo grande ejemplo y hazaña es casi forzoso tenga mezcla de algunos agravios; pero lo que se peca contra los particulares se recompensa con el provecho y sosiego común.

El año próximo siguiente de 1290 se trató de nuevo que los reyes de Francia y de Castilla se viesen y hablasen. Acordado esto, llegaron en un mismo día a Bayona, pueblo de la Guyena, señalado para esta junta. Lo más principal que entre los reyes se resolvió fue que el de Francia alzó la

mano de ayudar a los hermanos Cerdas, renunció otrosí el derecho, si alguno tenía, al reino de Castilla, como bisnieto de la reina doña Blanca, que no faltaba quien le pusiese en seguir esta demanda. Demás de esto, se resolvió de hacer por ambas partes la guerra al reino de Aragón. Al mismo tiempo Tolosa, Segura y Villa franca, que se comenzaran a edificar en la parte de Vizcaya en tiempo del rey don Alfonso, se acabaron en éste por la diligencia del rey don Sancho, de que hay hoy día públicos instrumentos despachados en esta razón en Vitoria y en Valladolid, donde se vino desde Bayona.

El rey de Aragón, sabida la confederación de los dos reyes y visto que no tenía fuerzas para contrastar con Castilla, Francia e Italia, mucho se inclinaba a la paz, sin embargo que Carlos, rey de Nápoles, no cumplía lo que se asentó en el concierto pasado; de que el rey de Inglaterra, por cuya instancia fue puesto en libertad, se sentía muy agraviado que hiciese burla de su fe y palabra.

Acudieron por todas partes al papa o poner en sus manos estas diferencias. Respondió enviaría sus legados, que oídas las partes, con condiciones honestas acordasen todos estos debates. Nombró para esto dos cardenales, es a saber, Benito Colona y Gerardo de Parma para que fuesen a Francia, y lo compusiesen todo.

En este comedio Carlos, rey de Nápoles, y el rey de Aragón, con seguro que se dieron el uno al otro, se vinieron a hablar en Junquera, pueblo de Cataluña. Allí platicaron sobre muchas cosas y asentaron treguas por algunos meses mientras que los legados tomasen algún buen medio para asentar con firmeza la paz, cosa que a todos venía bien y a que todos se inclinaban, Carlos con esperanza de recobrar el reino de Sicilia, el aragonés porque se alzase el entredicho que tanto duraba en su reino y por excusar la guerra que de Francia le amenazaba, demás del deseo que le punzaba, apaciguadas estas diferencias, de volver sus armas contra Castilla.

CAPÍTULO XIV
QUE DON JUAN DE LARA SE PASÓ A ARAGÓN

Don Juan Núñez de Lara, personaje de gran reputación, poder y riquezas, comenzaba de nuevo a aficionarse al partido de Aragón, así por su poca constancia como por la intención que le daban de restituirle la ciudad de Albarracín; cosa muy ordinaria, que los hombres hacen más caso de su interés que de lo que es justo y loable. El rey don Sancho, por tener entendido sería de grande importancia para todo su ida o su quedada, hizo todo lo posible para sosegarle hasta nombrarle por general de las fronteras de Aragón y hacerle otros regalos. No aprovechó nada todo esto, mayormente que en Burgos, donde la corte estaba, un paje le dio ciertas cartas en que le avisaban mirase por sí, que le tenían armada celada. Corrió la fama que fue así verdad; yo más creo fue mentira, como lo afirman autores de crédito; que aquellas cartas fueron echadizas por personas que les pesaba que un caballero tan valeroso hubiese vuelto a la gracia del rey, como hombres que tenían más cuenta con sus intentos particulares que con el bien común. Don Juan, que de su naturaleza era sospechoso, dio crédito a lo que las cartas decían, y a gran furia salió de la corte, y por el reino de Navarra se pasó a Aragón, sin que fuese parte para estorbarlo la diligencia que el rey puso por medio de la reina y con ir él mismo en pos de él hasta Valladolid. Sentía mucho su partida por ver que le amenazaba una grave tempestad si caballero tan poderoso y de tantos amigos se juntase con los demás forajidos. No era este recelo fuera de propósito; que luego con mucha gente entró por las fronteras de Castilla hasta Cuenca y Alarcón, taló y robó toda la campaña, hizo todo el mal y daño que pudo. Acudieron las gentes del rey don Sancho; pero en un encuentro las desbarató y les tomó muchas banderas, rindió y sujetó la villa de Moya, y con gran número de cautivos y ganados dio la vuelta para Valencia. Desde donde el rey de Aragón, don Diego de Haro y don Juan de Lara con gente que tenían aprestada todos juntos volvieron d. entrar por la parte de Molina, Sigüenza, Berlanga y Almazán, sin hallar quien les fuese a la mano, destruyeron toda la tierra.

Aquejaba este daño mucho al rey don Sancho, deseaba acudir con sus gentes desde Cuenca, do era venido para remediar los daños. Poco efecto hizo; unas cuartanas que muy fuera de sazón le tenían trabajado, le embarazaban y debilitaban de suerte, que no podía hacer cosa alguna ni dar orden en lo que convenía, de que recibía más pesadumbre que de la misma enfermedad. Llegó a términos de estar desahuciado de los médicos. La reina, que en Valladolid aquellos días parió un hijo, que se llamó don Pedro, aún no bien convalecida del parto, con el aviso se puso en camino para visitar al rey. Su venida dio al doliente mucho contento, y fue muy provechosa para el bien común su llegada. Con su buena maña redujo a don Juan de Lara, que ya estaba arrepentido de su liviandad por salirle vana la esperanza de recobrar a Albarracín. Concertaron que doña Isabel, hija de doña Blanca y del hermano de la reina, doncella de muy excelentes partes, casase con el hijo de don Juan de Lara, que tenía el mismo nombre que su padre. Era la dote el señorío de Molina, porque el padre de la novia no tenía hijo varón. Asentado esto, se celebraron las bodas en Cuenca con grande majestad y aparato.

Concluidas las fiestas, el rey y la reina se fueron para Toledo y en su compañía don Juan Núñez de Lara. Aposentáronle en el monasterio de San Pablo, que era de la orden de Santo Domingo, fuera de los muros de la ciudad, a la ribera de Tajo. Un día muy noche se entretenía enjugar a los dados con un judío muy rico. Vino al improviso un su criado, llamado Nuño Churuchao; avisóle se pusiese en cobro, porque tenían ordenado de matarle; que la noche pasada metieron muchas armas dentro de palacio. Dio él luego crédito a este aviso; quisiera huir, pero no le fue posible por estar cerradas las puertas de la ciudad y dentro las cabalgaduras y criados. Pasó la noche con este miedo y cuidado, que se le hizo muy larga.

Al alba del día, llamados sus criados y caballeros, les dijo el peligro en que se hallaba; ellos, sin embargo, le aconsejaron que no hiciese movimiento, que pues la noche se pasó sin muestra nin-

guna de tales asechanzas, que entendiese era mentira; porque ¿a qué propósito dilatarlo, si tal pensaran? ¿Para qué esperar a que viniese el día? ¿Por ventura para que fuese testigo de la traición? ¿Qué más querían sus contrarios que verlo ido de la corte, en que tenía tanto poder y mando, que a todos causaba envidia, y sus riquezas les hacían temblar? Que en la ciudad todo lo veían sosegado, que se acordase del engaño pasado; y finalmente, que aquel su consejo, o sería para él saludable, o si todavía fuese necesario huir el peligro, que era lo peor que se podía esperar, que esto sería la noche siguiente; que de día al seguro no se atreverían a acometer tal hazaña.

Con estas razones se mitigó su miedo. Avisado el rey de aquel recelo y sobresalto, sintió mucho que se pusiese duda en su fe y palabra. Cuidaba cómo le quitaría aquella sospecha; cuanto más el rey procuraba darle satisfacción, él sospechaba que no debían engañarle los que le avisaron; y que aunque la verdad no se podía averiguar, que se la querían encubrir con artificio y maña. En este tiempo se asentó de nuevo la confederación con el rey de Granada a tal que pechase el tributo que debía conforme a los conciertos pasados. Fue necesario acudir a esto porque andaba en balanzas, como es la costumbre de aquella gente ser poco constantes. Hernán Ponce de León, que era frontero de los moros, fue el principal medio para que estos reyes se conservasen en paz y amistad. De Toledo fueron los reyes primero a Burgos, y de allí a Palencia, donde se hacía capítulo general de la orden de Santo Domingo.

Don Juan de Lara no se podía sosegar con ningunos beneficios y buenas obras; y no se contentaba con maquinar él solo revueltas, sino que atizaba y persuadía a los grandes de la corte que procurasen de intentar cosas nuevas; con esto andaban muchas voluntades torcidas y enajenadas del rey. Para remedio de esto sacaron de la prisión en que estaba a don Juan, hermano del rey, que era muy bienquisto de grandes y pequeños. Hizo él su juramento y pleito homenaje de ser fiel al rey y al príncipe don Fernando, su hijo, y besó la mano del niño, como heredero del reino, conforme a la costumbre que se guarda en Castilla. Demás de esto, por su medio muchos mudaron parecer y abrazaron los consejos más saludables. Por industria del rey, que fue a Santiago de Galicia so color de devoción y visitar aquella santa casa, se redujo asimismo a mejor partido y a que dejase las armas don Juan Alfonso de Alburquerque, caballero principal, que en Galicia andaba alborotado a persuasión de don Juan de Lara.

Estas cosas pasaban en Castilla el año de 1291, cuando al principio del mes de febrero los cardenales que el sumo pontífice enviara a Francia por legados, como arriba dijimos, en Tarascón, pueblo de la Galia Narbonense, compusieron las diferencias que resultaban entre los reyes de Aragón y Francia. Estuvo presente Carlos, rey de Nápoles, y los dos reyes enviaron sus embajadores con amplios poderes para venir en el concierto. Las condiciones de la paz fueron estas: el rey de Aragón envíe a Roma sus embajadores e humildemente pida perdón de la contumacia e inobediencia pasada. Peche en cada un año a la Iglesia romana treinta onzas de oro en razón de tributo y feudo, como su bisabuelo lo prometió. Con una buena armada pase en favor de la Tierra Santa. A la vuelta aconseje a su madre y hermano y procure partan mano de las cosas de Sicilia. Por conclusión, publique un edicto riguroso en que mande a todos los aragoneses, soldados y caballeros, salgan de aquella isla. Carlos de Valois renuncie el derecho que el papa le dio sobre el reino de Aragón. Demás de esto, se añadió que el padre santo recibiría en su gracia al aragonés y enviaría un prelado a quitar el entredicho que tenía puesto en todo aquel reino; al cual el rey de Aragón entregaría los rehenes que de parte del rey Carlos de Nápoles tenía en su poder. Al concluir estos conciertos no se hallaron los embajadores de Sicilia, y esto por industria del rey de Aragón con intento que no les desbaratasen todo, ca sabía cierto no vendrían en aquellas condiciones; maña de que el rey don Jaime y toda Sicilia se agraviaron en gran manera.

Quejábanse los hubiese engañado y desamparado quien más que todos los debiera favorecer. Sin embargo, querían llevar adelante lo comenzado y poner las vidas y la sangre en la demanda antes que volver al señorío de franceses. La resolución fue tal y tan grande, que al fin salieron con su

intento. Por esta causa la esperanza que tenían de recobrar a Sicilia salió vana a los franceses; y aún la ida del rey de Aragón a la Tierra Santa no se efectué a causa que a la misma sazón vino nueva que Elpis, emperador de Egipto, y su hijo Melesaite con un cerco muy apretado que pusieron sobre Ptolemaide, ciudad que sólo quedaba allí en poder de cristianos, la combatieron de suerte, que la entraron por fuerza, y todos los moradores y soldados pasaron a cuchillo, los edificios al tanto los abatieron por tierra hasta no dejar rastro ni señal alguna de ciudad. Este fue el remate de la guerra sagrada y de aquella empresa de la Tierra Santa. Tal fue la voluntad de Dios. La pereza y poquedad de los fieles vergonzosa acarreó esta mengua y daño.

Viéronse segunda vez los reyes el de Aragón y el de Nápoles en Junquera; tornaron a tratar de la paz, a que el uno y el otro mucho se inclinaban por estar cantados de los trabajos pasados y temerosos de lo por venir. Por esta causa luego que se despidió esta junta, el rey Carlos casó su hija mayor, llamada Clemencia, con Carlos de Valois, y por dote el condado de Anjou y el estado de Maine; con tal condición empero que partiese mano de la pretensión de Aragón. Estaba al tanto muy resuelto el rey de Aragón en cumplir todo lo puesto y concertado, cuando la muerte, muy fuera de lo que pensaba, le atajó los pasos, que le sobrevino en Barcelona en sazón que se aprestaba para hacer traer a doña Leonor, su esposa, y todo andaba lleno de fiestas y contento. Falleció en la flor de su juventud en edad de veintisiete años a 18 días del mes de junio. Si tuviera más larga vida fuera muy señalado príncipe, conforme a las grandes muestras que daba de valor y de virtud. Ante todas cosas merece ser alabado por mostrar, como mostró, la paz al mundo, bien que no se la pudo dar. Su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad y en el hábito de la misma orden. Las exequias y honras, como era razón, con grande aparato y muy solemnes.

CAPÍTULO XV
CÓMO LOS TRES REYES DE ESPAÑA EMPARENTARON ENTRE SÍ

Con el aviso de la muerte del rey de Aragón, porque no dejaba hijos su hermano don Jaime, luego desde Sicilia acudió y vino a Aragón a tomar posesión de aquel reino que le pertenecía, así por el derecho de parentesco como por el testamento de su hermano, ca le nombró por su sucesor. Así, sin contradicción en Zaragoza, a 24 días del mes de septiembre, fue ungido y coronado en la iglesia de San Salvador con las ceremonias acostumbradas. Tocante al testamento de su hermano, en que dejaba por heredero del reino de Sicilia a don Fadrique, su hermano menor, no quiso pasar por esta cláusula ni consentir que saliese de su poder el reino que los sicilianos le dieron con mucha voluntad y a instancia de su mismo padre.

Pretendían a la misma sazón su amistad don Alfonso de la Cerda, que presente se halló, y el rey don Sancho por sus embajadores, ambos con muchas veras. En esta competencia pareció inclinarse más el aragonés a la parte de don Sancho, y aficionarse más a la fortuna que a la justicia de las partes, sin memoria de la voluntad que su padre y hermano mostraron en aquel caso. A la verdad las fuerzas de los Cerdas, que con presteza y calor por ventura prevalecieran, con la tardanza estaban flacas; las del bando contrario de cada día se acrecentaban más y prevalecían, mayormente después que don Juan Núñez de Lara, por industria de la reina, como ya se dijo, trocó parecer y partido; tanto más, que en aquel mismo tiempo el rey don Sancho, puesta su alianza y amistad con Portugal, concertó a don Fernando, su hijo mayor y heredero de sus estados, con doña Costanza, hija del portugués. Para seguridad de que se efectuaría el casamiento entregó algunos castillos y villas de Castilla para que hasta tanto que se celebrase estuviesen como en tercería. Asentaron pues los reyes de Aragón y Castilla su amistad por medio de sus embajadores; y para que fuese más firme acordaron de verse en Montagudo, villa a propósito para esta habla por estar a la raya de los dos reinos. Allí a 29 de noviembre se concertaron los reyes de tal guisa, que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos, y que en ninguno de los dos reinos se diese acogida, favor ni ayuda a los forajidos del otro, antes los entregasen a su señor. Demás de esto, porque a la sazón el rey de Marruecos, sin embargo de las treguas, tenía cercada a Beja, pueblo que algunos tienen que Ptolemeo y Tito Livio llaman Bigerra en la comarca de los bastetanos, en particular se acordó que para ayuda de aquella guerra, si fuese necesario, acudiese el aragonés con veinte galeras.

Para que todo fuese más firme concertaron que doña Isabel, hija del de Castilla, si bien no pasaba de nueve años, casase con el de Aragón. Los desposorios se celebraron en Soria a 1 de diciembre, y la niña fue entregada en poder de su esposo con esperanza de alcanzar dispensación sobre el parentesco de los novios; la prisa que los reyes tenían no sufría más dilación. Celebrados los desposorios, los reyes pasaron a Calatayud; allí se hicieron grandes regocijos, fiestas y convites. Hubo justas y torneos, en que Roger de Lauria, que en compañía del rey de Aragón era venido desde Sicilia, se señaló entre todos y se aventajó por la gran destreza que tenía en las armas.

Los grandes de Aragón desde los años pasados andaban alborotados, así entre sí como contra los reyes, en tanto grado, que pretendieron reformar los gastos de la casa real en tiempo del rey don Alfonso, y porfiaban en hacer mudar las leyes y magistrados y dar una nueva traza en el gobierno. Todas estas porfías eran demasiadas, como sea verdad que así la libertad como el señorío y mando tienen su tasa y medida no menos que las demás cosas del mundo. Estos caballeros por medio del rey don Sancho s.e reconciliaron y alcanzaron perdón de lo pasado. Los reyes se despidieron a la salida del año, cuando el rey bárbaro, alzado el cerco que tenía puesto, dio la vuelta para África por recelo de una grande armada que Benito Zacarías aprestaba en la coste de Galicia, demás que la villa por su fortaleza y por el valor de los nuestros hacía grande resistencia.

Con tantas cosas como en un tiempo se acabaron tornó la paz a España después de tan largo

tiempo y quedaron apaciguados los enemigos domésticos y extraños. Sólo don Juan de Lara no sabía sosegar, y parece que maquinaba novedades; ni se fiaba del rey ni del todo dejaba las armas; por lo cual la guerra se volvió contra él, y por fuerza le quitaron a Moya y Cañete, pueblos de que el rey le hizo merced cuando se tornó de Aragón y se concertó el casamiento de su hijo. Don Juan, desconfiado de sus fuerzas y por no quedar en España a quien acudir a causa de los conciertos pasados, se fue desterrado a Francia. En su seguimiento partió luego don Gonzalo, arzobispo de Toledo, enviado por embajador del rey don Sancho para aplacar aquel rey y prevenirle que por medio de don Juan y por sus siniestras informaciones no diese lugar a que se enturbiase la amistad antigua. En particular llevaba orden de dar razón de la concordia que se asentara con los aragoneses; que dijese fue pura necesidad para sosegar a los suyos y excusar las guerras civiles quede nuevo amenazaban. Respondió a esto el francés que no recibía disgusto, antes que su hermano Carlos renunciaría de voluntad el derecho que tenía al reino de Aragón, a tal que por su medio el aragonés restituyese la isla de Sicilia a la Iglesia romana.

Entre tanto que esto pasaba, al principio del año de 1292 el almirante de Castilla, Benito Zacarías, peleó en la costa de África con veinte galeras de moros, desbaratólas y tomó las trece. Esta pérdida desbarató el propósito que el de Marruecos tenía de pasar de nuevo en España con grandes gentes que para este efecto tenía juntas en Tánger. Convidó asimismo al rey don Sancho esta victoria para que se pusiese con su gente sobre Tarifa, que después de un largo cerco ganó a 21 de septiembre. El rey de Portugal, dado que sobre ello le hicieron instancia, no envió algún socorro para aquella empresa por razones que debió tener bastantes.

La reina de Castilla, a la sazón en Sevilla, parió un hijo, que se llamó don Felipe.

Tomada que fue Tarifa, primero quedó en ella por gobernador don Rodrigo, maestre de Calatrava; después Alfonso Pérez de Guzmán se ofreció de defender aquella plaza con solo que le diesen la tercera parte de lo que a otros se solía dar. Era rico de dinero, que tenía allegado, no solo en España, sino en África, en el tiempo que sirvió al rey de Marruecos en muchas guerras contra otros moros. Con el dinero compró muchos lugares en el Andalucía, y los incorporó en el estado que le dejó su padre de Sanlúcarde Barrameda. Hacia otrosí grandes limosnas, por donde le dieron sobrenombre de Bueno, título que mantienen los de su casa, más ilustre que los que otros príncipes toman con soberbia y arrogancia. De este caballero descienden los duques de Medina Sidonia, señores de los principales de España, así en renta como en vasallos y nobleza.

Tuvo don Alfonso un hijo, llamado don Juan, y un nieto del mismo nombre, que casó con doña Beatriz, hija bastarda del rey don Enrique el Segundo. Diole en dote la villa de Niebla con título de conde, por lo cual a su hijo y heredero en aquel estado llamó don Enrique. A este sucedió don Juan, su hijo, el que por merced del rey don Enrique el Cuarto se intituló duque de Medina Sidonia. Don Juan tuvo un hijo, llamado don Enrique, y un nieto, que se llamó don Juan, al cual el rey don Fernando el Católico dio el marquesado de Casasa en recompensa del trabajo y diligencia que puso en la conquista de la ciudad de Melilla y castillo de Casasa en la costa de África. A este don Juan sucedieron dos hijos que dejó, uno en pos de otro, es a saber, don Alfonso, que no tuvo muy entero juicio, y después de él don Juan, cuyo hijo mayor, que tenía el mismo nombre, murió en vida de su padre; por esta razón al dicho don Juan en nuestros días sucedió un nieto suyo, por nombre don Alfonso, que hoy día vive y tiene aquel estado. Esto cuanto a los señores y duques de Medina Sidonia. Volvamos con nuestro cuento a los reyes.

CAPÍTULO XVI
DE LA MUERTE DEL REY DON SANCHO

Con gran cuidado y diligencia procuraban a un mismo tiempo componer las diferencias entre Francia y Aragón y concertar aquellos príncipes, por una parte el papa Nicolás IV, y por otra el rey de Castilla don Sancho. Envió el pontífice a Aragón sobre el caso a Bonifacio Calamandra, caballero de San Juan; la muerte atajó sus intentos, que fue a 4 de abril. Grave daño y el mayor, que por diferencias que resultaron entre los cardenales estuvo aquella silla vaca más de dos años. Suplió la falta que el pontífice hizo, cuanto a las cosas de Aragón, la buena diligencia del rey don Sancho, que movido por la buena respuesta que le dio el rey de Francia, envió a convidar al rey de Aragón que se llegase a Guadalajara, ca esperaba otorgaría con lo que le pidiese. Tratóse allí delas condiciones de la paz; no se concluyó por entonces cosa alguna, sólo acordaron que de nuevo se viesen. Señalaron para la habla la ciudad de Logroño. Convidaron otrosí a Carlos, rey de Nápoles, para que se hallase en la junta y terciase. Al cual en esta sazón el aragonés, conforme a lo que su hermano asentó, restituyó sus hijos, que tenía en rehenes.

No vino Carlos; la causa no se sabe; pero el año próximo siguiente 1293, los reyes de Castilla y Aragón se juntaron en Logroño. En aquella junta nacieron entre ellos nuevas sospechas; este fue el fruto de la habla. El suegro trataba a su yerno muy ásperamente y encaminaba como artero las cosas a su provecho y comodidad. Desde aquel tiempo el rey de Aragón comenzó a tener poca afición a doña Isabel, su esposa, y poner los ojos en otro nuevo casamiento. Era menester algún color; achacaba el deudo en que el papa aún no había dispensado. Pasó el negocio o que por medio y a instancia de Calamandra se vino a ver con Carlos, rey de Nápoles, en Junquera. En esta junta trataron de sus haciendas y de emparentar, todo con mucho secreto porque no se divulgase. El tiempo, que descubre las puridades, dio a entender que sus vistas se enderezaron sobre la restitución de Sicilia y sobre casarse de nuevo el rey de Aragón con Blanca, hija del rey Carlos.

Esto fue en sazón que en Castilla el rey don Sancho por un su privilegio dado en Valladolid, que hoy está entre los papeles de la iglesia de Toledo, otorga haya escuelas en Alcalá de Henares con las mismas prerrogativas que la Universidad de Valladolid. Asimismo por muerte de doña Isabel, mujer de don Juan de Lara, el mozo, el señorío de Molina recayó en poder de los reyes como deudos más cercanos. Don Juan de Lara, el mozo, o por el sentimiento de la pérdida de aquel estado, o por imitar la inconstancia y ejemplo de su padre, y juntamente con él el infante don Juan, hermano del rey, habido su acuerdo de consuno, comenzaron a alborotarse. El rey, como sagaz, con intento de atajar la guerra que amenazaba, si aquellos disgustos pasaban adelante, procuró de ablandarlos y sosegarlos con tanto cuidado, que en breve tiempo se amansó aquella tempestad.

Don Juan de Lara y su padre, que por este tiempo volvió de Francia, se reconciliaron con su rey y mostraron mudar propósito. El infante don Juan, hermano del rey, en Portugal, do se retiró, junto con Juan Alfonso de Alburquerque hacían correrías por la campaña de León. Envió el rey a don Juan de Lara, el viejo, con gente para que los reprimiese; que con estos halagos y hacer de él confianza pretendía finalmente le fuese fiel, y que con la destreza de su ingenio y maña apaciguase aquellos movimientos. Sucedió al revés la traza, porque fue vencido en una refriega y vino en poder de los enemigos. Desde allí, puesto que fue en libertad, se vino para el rey, que estaba en Toro muy regocijado, porque le nació a la sazón una hija en aquella ciudad, que se llamó doña Beatriz. corría nueva que el rey de Granada trataba de hacer guerra y que el rey de Marruecos quería tornar a pasar en España; envió el rey a don Juan de Lara con sus dos hijos, don Juan y don Nuño, a las fronteras del Andalucía. Todo este aparato se deshizo a causa que los reyes moros se estuvieron sosegados y don Juan de Lara, capitán de nuestra gente, murió en Córdoba en aquel mismo tiempo. Sosegada esta tormenta, levantó de nuevo otra el infante don Juan, hermano del rey, al cual como quier que el rey de Portugal, por no dar muestra con tenerle en su tierra quería perturbar la paz, mandase salir de

su reino, en una nave se pasó a Tánger. El rey de Marruecos, por pensar era a propósito su venida para por su medio hacer guerra a España,después de recibirle muy cortesmente y tratarle con grande honra y regalo, le envió con cinco mil jinetes a combatir a Tarifa. Pasó pues en España y combatió aquella plaza con grande porfía y con todos los ingenios que se puede pensar. Los de dentro, confiados en las buenas murallas y animados por su caudillo y cabeza Alfonso Pérez de Guzmán, resistian con valor y ánimo.

Aconteció que un solo hijo que este caballero tenía vino a poder del infante y de los moros; sácanle a vista de los cercados, amenazan si no se rinden de degollarle. No se mudó el padre por aquel lastimoso espectáculo, antes decía que cien hijos que tuviera era justo aventurarlos todos por no mancillar su honra con hecho tan feo como rendir la plaza que tenía encomendada. A las palabras añade obras. Échales desde el adarve una espada con que ejecutasen su saña, si tanta les importaba. Esto hecho, se fue a yantar. Desde a poco dio la vuelta por el grande alarido que levantaran los soldados por ver degollar delante sus ojos aquel niño inocente, que fue extraño caso y crueldad más que de bárbaros. Hizo más atroz el caso ejecutarse por mandado del infante don Juan. Acudió pues el padre a ver lo que era, y sabida la causa, dijo con mesurado semblante: *«Cuidaba que los enemigos habían entrado la ciudad»*; y con tanto se volvió a comer con su mujer sin dar muestra alguna de ánimo alterado. En tanto grado pudo aquel caballero enfrenar el afecto paterno y las lágrimas; digno de ser comparado con los varones entre los antiguos más señalados. Considerado esto, los bárbaros, que por ningunas artes ni fuerza podría ser vencido el que por amor de su único hijo no quiso torcer un punto ni apartarse del deber, desconfiados de la victoria se volvieron a África; demás que de su voluntad restituyeron al rey de Granada la ciudad de Algeciras con gran contento de los nuestros, que se recelaban de aquella entrada y paso que los de África tenían, podría resultar algún grave daño de España.

Por este tiempo, puesto en libertad, aportó a España el infante don Enrique, tío del rey don Sancho, que muchos años estuvo preso en Nápoles. Holgó el rey mucho con él, y juntos se fueron desde Burgos a Vizcaya contra Diego López de Haro, que con ayuda de Aragón pretendía recobrar aquella provincia. Apaciguados aquellos movimientos y echado don Diego de aquella tierra, se tornaron a Valladolid, y desde allí a Alcalá de Henares. Allí llegó la nueva al rey de lo sucedido en Tarifa, por lo cual el mes de enero del año de 129o escribió a Alfonso Pérez de Guzmán una carta en que alaba mucho su constancia y su lealtad, pues por ella pospuso la salud y vida de su hijo; compárale al santo Abraham, y el sobrenombre de Bueno que por sus virtudes y favor de la gente ganara, manda se le ponga entre sus títulos y se lo llamen; promete de gratificar tantos servicios y tantos trabajos; convídale a que le venga a ver, que su vista le dará gran contento; que él, por estar impedido de enfermedad, no lo podía hacer, puesto que mucho lo deseaba. Esta carta original conservan los duques de Medina Sidonia para memoria y en testimonio de la fe y lealtad de sus antepasados; tesoro de más estima que el oro y las perlas de Levante.

Tres meses después de esto, a 25 días del mes de abril, el rey, recibidos los sacramentos, falleció en la ciudad de Toledo. Sobrevínole en Alcalá la dolencia de que finó; por ver si mejoraría se hizo llevar en hombros a Toledo con gente que de trecho en trecho se mudaba; poco presta la mudanza del cielo y del aire. Reinó once años y cuatro días. Fue igual a los príncipes más señalados en fortaleza, justicia y prudencia; grandemente astuto y sagaz; en muchas cosas y en muchas partes dejó rastros y muestras de crueldad, falta que le hizo odioso a los presentes, y su memoria poco agradable a los de adelante. Declaró por su sucesor a su hijo don Fernando, el cuarto de este nombre, y señaló a la reina por su tutora y para el gobierno del reino, sin embargo que no era su legítima mujer por el impedimento del parentesco, en que nunca se dispensó. Después de la reina mandó que tuviese el segundo lugar en todo don Juan de Lara, cláusula que puso contra su voluntad por acordarse de las revueltas pasadas; pero era forzoso ganarle con hacer de él confianza y aplacarle con buenas obras como quien echaba bien de ver cuántos males amenazaban al reino por su muerte. Su

cuerpo fue sepultado en aquella ciudad en la capilla real, que en aquel tiempo estaba detrás del altar mayor. Enterróle y dijo la misa el arzobispo don Gonzalo; las honras fueron muy solemnes, grandes alabanzas se dijeron del difunto. Sin duda tuvo valor para sobrepujar la fuerza de una recia tempestad y hacer rostro a la fortuna; y que si bien su derecho para la corona no era muy cierto y que los pareceres no se conformaban con tas armas, en que al fin suele consistir el derecho de reinar, aseguró el reino para si y para sus descendientes.

En tiempo del rey don Sancho florecieron dos juristas muy famosos, Guillén Galván, en Aragón, y en Castilla García Hispano, que compuso comentarios sobre las epístolas decretales.

CAPÍTULO XVII
CÓMO ALZARON A DON FADRIQUE POR REY DE SICILIA

Tenía a la sazón la silla de san Pedro Bonifacio VIII, sucesor de Celestino V, aquel que traído del yermo por voto de todos los cardenales y puesto en el gobierno de la Iglesia, como el peso fuese mayor que sus fuerzas, a cabo de seis meses después que entró en el pontificado voluntariamente le renunció, ejemplo de que los venideros se maravillasen, todos le alabasen, y ninguno le imitase. Tanto más digno de reprensión fue su sucesor, que tornándose al yermo para gozar de la acostumbrada soledad, le estorbó su camino y le hizo poner en prisión. Recelábase no se levantase algún alboroto a causa que muchos no tenían por válida ni legal aquella renunciación; murió en la prisión año y medio adelante. Canonizóle el papa Clemente V y púsole en el número de los santos. Lo mismo este presente año hizo también Bonifacio de san Luis, rey de Francia. Hay un elogio de Petrarca en el libro segundo de la *Vida Solitaria* en alabanza del papa Celestino por estas palabras:

«¿Quién, dice*, hubo jamás de tan admirable corazón, que menospreciase el papado? La más alta dignidad que hay en la tierra, cosa tan deseada y tan admirable, que quieren decir que este nombre de papa se deriva de pape, palabra de admiración en latín. ¿Quién jamás, en especial desde que comenzó a ser tenido en tanta estima, hizo tan poco caso de él como Celestino? Aquel Celestino digo que con tanta codicia apetecía el antiguo nombre y lugar de ermitaño y la mansa pobreza, amiga de las buenas costumbres. A muchos oí que contaban haberle visto huir con tanto gozo y con tales muestras de alegría espiritual, que daba con los ojos y con todo el rostro, cuando salido del consistorio finalmente vuelto en sí se vio libre, como si verdaderamente no hubiera librado sus hombros de un liviano peso, sino su cuello de un cruel alfanje.»* Hasta aquí Petrarca.

Por la buena maña de Bonifacio, que era muy ejercitado en negocios, de muchas letras y doctrina, lo que tantas veces se había intentado en vano, se concertó la paz entre los aragoneses y franceses. En Anagni para concluirlo se juntaron con el papa Carlos, rey de Nápoles, y los embajadores de Francia y Aragón, personajes de gran cuenta. Las capitulaciones fueron estas: Blanca, hija del rey de Nápoles, caso con el rey de Aragón; lleve en dote setenta mil libras de plata; Sicilia y todo lo demás de que los aragoneses están apoderados en Calabria vuelva y se restituya a la Iglesia romana; si los sicilianos no vinieren en este asiento, el rey de Aragón acuda con tanto número de gente para sujetarlos cuanto los jueces árbitros señalaren; Carlos de Valois renuncie el derecho que pretende a la corona de Aragón; el pontífice quite el entredicho y censuras a todos los que por razón de estas diferencias están en ellas enlazados; los rehenes se pongan en libertad. Tratóse del rey de Mallorca, y a grande instancia del pontífice y del rey de Francia se alcanzó que fuese restituido en su reino. Esto fue lo que se dijo en público; de secreto el pontífice dio intención al rey de Aragón de entregarle las islas de Cerdeña y Córcega, que por estar y caer más cerca de España eran muy a propósito para las cosas de Aragón. Hay hoy día bula de Bonifacio sobre este concierto, su data a 27 de junio.

Esta nueva, luego que se publicó por la fama, hinchó de alegría todas las demás partes de la cristiandad; solo a los sicilianos fue muy pesada, ca tenían por lo último de los males tornar al señorío de franceses. El mismo infante don Fadrique, a quien el rey, su hermano, cuantioso partió dejó el gobierno de Sicilia, y con él Roger de Lauria, Juan Prochita y Manfredo Lanza, todos caballeros principales, por mandarlo así el pontífice y por el cuidado en que aquellas capitulaciones los tenían puestos, fueron a hacerle reverencia en una armada que aportó a las marinas de Roma. Prometía el pontífice a don Fadrique de casarle con Catalina, hija de Filipo y nieta de Balduino, emperador que fue de Constantinopla, con tal que no contradijese a lo que tenían asentado; y en dote le ofrecían el imperio de Grecia, que pensaban recobrar todos juntos con sus armas y poder. No era este partido de desechar, si las obras se conformaran con las palabras. El rey de Aragón, desde que una y segunda vez fue requerido por los sicilianos no los desamparase en aquel aprieto, como no les acudiese por el deseo que tenía de la paz y por parecerle no era lícito hacerlo, finalmente en la ciudad de Palermo

sobre esta razón juntaron Cortes generales, en que alzaron los estandartes de aquel reino por el infante don Fadrique. Sin embargo, don Jaime, su hermano, casó con la nueva esposa; las bodas se celebraron en Villabeltrán por el mes de octubre. Doña Isabel, con quien antes se desposara, fue enviada a Castilla.

Publicóse un edicto en que mandó a los soldados aragoneses y a los caballeros que en Sicilia se hallaban la desamparasen y volviesen a sus casas. De esta manera vinieron a tener alegre y agradable remate aquellos principios de cosas tan grandes y aquellas alteraciones, que tanto tiempo duraron. Volvió la paz a Aragón, y no se perdió de todo punto el reino de Sicilia, contra la cual claramente se armaba una nueva tempestad de guerra.

Los navarros sosegaban debajo el señorío de Francia; tenían por su virrey a Hugon Confluencio, francés de nación y mariscal de Campaña en Francia. Los gobiernos y tenencias de las ciudades y castillos de aquel reino se daban indiferentemente a personas de ambas naciones, navarros y franceses, lo que era algún alivio para que la gente de la tierra disimulase el disgusto que tenían concebido en sus pechos, pues aunque eran señoreados y gobernados por extraños, no usurpaban para sí todas las honras y cargos.

LIBRO DECIMOQUINTO

CAPÍTULO PRIMERO
DE NUEVOS ALBOROTOS QUE SUCEDIERON EN CASTILLA

En Castilla no podían las cosas tener sosiego: los nobles divididos en parcialidades, cada cual se tomaba tanta mano en el gobierno y pretendía tener tanta autoridad cuantas eran sus fuerzas. El pueblo, como sin gobernalle, temeroso, descuidado, deseoso de cosas nuevas, conforme al vicio de nuestra naturaleza, que siempre piensa será mejor lo que está por venir que lo presente. Cualquier hombre inquieto tenía grande ocasión para revolverlo todo, como acontece en las discordias civiles. Por las ciudades, villas y lugares, en poblados y despoblados cometían a cada paso mil maldades, robos, latrocinios y muertes, quién con deseo de vengarse de sus enemigos, quién por codicia, que se suele ordinariamente acompañar con crueldad. Quebrantaban las casas, saqueaban los bienes, robaban los ganados, todo andaba lleno de tristeza y llanto, miserable avenida de males y daños. La reina era menospreciada por ser mujer; el rey por su tierna edad no tenía autoridad ni fuerzas, puesto que luego el siguiente día después que su padre falleció en Toledo le alzaron por rey con todo aquel homenaje y ceremonias que se suelen hacer a los príncipes. La reina mandó luego franquear la gente de cierta imposición puesta sobre los mantenimientos, que los españoles llaman sisa, la cual imposición fue harta parte para la mala satisfacción y disgusto que todos tenían contra su marido el rey don Sancho. Con este regalo se amansó el pueblo, y fue causa que se mostrase constante en la fe y lealtad que juraron, si bien los príncipes comarcanos por su gran codicia y ambición casi todos estaban con las armas a punto para correr a la presa, sin que hubiese quien se lo estorbase.

Ocasiones y títulos para mover la guerra no les podían faltar en tiempos tan revueltos y desasosegados. Juan Núñez de Lara, que quedó más obligado a guardar lealtad, conforme a su natural inconstancia, claramente inclinaba a favorecer a los enemigos. Acordábase que en tiempo del rey don Sancho corrió riesgo de la vida; esto y la esperanza de acrecentar a río vuelto su estado y cobrar las villas que los días pasados le quitaron le convidaban a ser parte en las revueltas. El infante don Enrique, por su larga prisión más mal acondicionado y desabrido de lo que de suyo era, inconstante y usado a malas mañas, como tal pretendía apoderarse del gobierno. Teníase por agraviado del rey porque en su testamento no hizo de él mención ni le encomendó alguna parte de las cosas. Con esta pretensión en Berlanga lo primero tuvo particulares juntas, poco después divulgada la fama, muchos lugares de aquella comarca se le allegaron; en particular la real ciudad de Burgos más que todos favorecía éstas sus pretensiones. Por este mismo respeto se juntaron de todo el reino Cortes en Valladolid, en que los nobles se mostraron tan de parte de don Enrique, que aunque el rey y la reina acudieron para hallarse presentes, no les dieron entrada en la villa hasta ya tarde y haciéndoles dejar su acompañamiento y cortesanos para tener más libertad de determinar lo que les pluguiese. Acordóse en aquellas Cortes que don Enrique tuviese el gobierno del reino; el cuidado de criar al rey se quedó a la reina, y sin embargo, todos los presentes de nuevo hicieron pleito homenaje al niño rey.

Dejó el rey don Sancho en su testamento a su hijo el infante don Enrique el señorío de Vizcaya como adquirido por las armas. Diego López de Haro por la parta de Navarra entró con grande furia en aquella provincia, y se apoderó de todos los pueblos de ella, parte por fuerza, parte por voluntad, fuera de Balmaseda y Orduña. Favorecían estas pretensiones de don Diego de Haro los hermanos Laras, porque sin acordarse de los antiguos bandos y diferencias que solían tener entre sí estos dos linajes, se hicieron a una en odio de don Enrique, al cual les pesaba en el alma le encargasen el gobierno del reino, alterado en esta parte el testamento del rey don Sancho y contra su voluntad.

El infante don Juan, tío del rey, desde África, donde hasta esta sazón se detuvo, dio la vuelta a Granada para pretender el reino de Castilla. Parecíale seguía en esto el ejemplo del rey don Sancho,

su hermano, y aún se le aventajaba en el derecho a causa que el nuevo rey don Fernando no era nacido de legítimo matrimonio. Fue cosa maravillosa los muchos que por esta causa se alborotaron, con que tuvo comodidad de apoderarse de Alcántara y algunos otros lugares a la raya de Portugal. El rey Dionisio de Portugal le favorecía, y estaba declarado por su parte, tanto, que al tiempo que se hacían las Cortes en Valladolid, envió por sus reyes de armas a denunciar la guerra a Castilla.

Gran miedo se mostraba por todas partes, grandes revueltas y tempestades de guerras. Todos, empero, estos trabajos se pudieran disimular, si como nunca las desgracias paran en poco, no se levantara otro mayor torbellino por la parte de Aragón. En Bordalúa, que es en el distrito de Ariza, se juntaron el rey de Aragón y don Alfonso de la Cerda, que se intitulaba rey de Castilla y de León. Hicieron allí sus conciertos a 21 de enero, año del Señor de 1296. Las capitulaciones fueron estas: que juntasen sus fuerzas para que don Alfonso recobrase el reino de su abuelo; el reino de Murcia se diese al rey de Aragón; al infante don Juan el reino de León, Galicia y Sevilla; la ciudad de Cuenca, Alarcón, Moya y Cañete fuesen para el infante don Pedro de Aragón en premio del trabajo que en aquella empresa tomaba, como general que señalaron para aquella guerra. Entraban en aquel concierto la reina doña Violante, abuela de don Alfonso, los reyes de Francia, Portugal y Granada, y poco después se les allegó don Juan de Lara, por el deseo que tenía de recobrar a Albarracín.

Al contrario don Diego de Haro, por la buena industria de la reina, se reconcilió con el rey; hiciéronle merced del estado de don Juan de Lara, que se pasara a los aragoneses, para que le tuviese juntamente con el señorío de Vizcaya. De estos principios y por esta forma granjearon otros muchos grandes, particularmente a don Juan Alfonso de Haro con hacerle merced de los Cameros, estado que pretendía él serle debido. Por todas partes se procuraban ayudas contra los tempestades de guerras que amenazaban.

El campo de los aragoneses debajo de la conducta de don Alfonso de la Cerda y del infante don Pedro entró en Castilla por el mes de abril; en Baltanas se le juntaron el infante don Juan y don Juan Núñez de Lara. No pararon hasta llegar a León, ciudad que fue antiguamente rica y grande, a la sazón de pequeño número de moradores, pobre de armas y de gente, que fue la causa de rendirse a los enemigos con facilidad, principalmente que tenían inteligencias secretas con algunos ciudadanos. En aquella ciudad fue alzado el infante don Juan por rey de León, Galicia y Sevilla. Poco después en Sahagún dieron a don Alfonso de la Cerda título de rey de Castilla, y alzaron por él los pendones con la misma facilidad y prisa, en cumplimiento todo de lo que tenían concertado. De allí pasaron a ponerse sobre Mayorga, que está a cinco leguas de Sahagún. Defendióse la villa valerosamente por tener buenas murallas y estar guarnecida de gente y armas; el cerco duró hasta el mes de agosto.

Mandaron a la sazón juntar en Valladolid todos los grandes del reino y los procuradores de las ciudades. Acudió el primero don Enrique; y luego que se apeó, vestido como estaba de camino, se fue a ver con la reina, que en el castillo oía misa. Hecha la acostumbrada mesura, con muestra fingida de gran sentimiento le declaró el peligro que todo corría:

«Tres reyes se han conjurado en nuestro daño; a estos sigue gran parte de los grandes del reino; contra tanta potencia y tempestad ¿qué reparo es una mujer, un viejo y un niño? Paréceme, Señora, que las fuerzas se ayuden con maña.»

«Injustamente, respondió ella*, y con malos medios procuran despojar a mi hijo del reino de su padre; espero en Dios tendrá cuidado de defender su inocente edad. Este es el refugio más cierto y la esperanza que tengo.»*

«Está bien; no se remedian los males, dijo don Enrique*, ni los santos se granjean con votos y lágrimas femeniles. Los peligros se han de remediar con velar, cuidar y rodear el pensamiento por todas partes; así se ha conservado la república en los grandes peligros. En el sueño y descuido está cierta la ruina y perdición; mi parecer es que os caséis, señora, con don Pedro, infante de*

Aragón, él soltero y vos viuda. Deseo os agradase este mi consejo cuanto sería saludable. Poned, Señora, los ojos y las mientes en matronas asaz principales, que por este camino sin tacha y sin amancillar su buen nombre mantuvieron a sí y a sus hijos en sus estados, de suerte que ni a ellas ser mujeres empeció, ni a los infantes su tierna edad.»

Turbóse la reina con estas razones. Respondióle con libertad y con el rostro torcido y aún demudado:

«Afuera, Señor, tal mengua; no me mentéis cosa de tanta deshonra e infamia; nunca me podré persuadir de conservar el reino a mi hijo con agraviar a su padre, ni tengo para qué imitar ejemplos de señoras forasteras, pues hay tantos de mujeres ilustres de nuestra nación que conservaron la integridad de su fama, y con vida casta y limpia en su viudez mantuvieron en pie los estados de sus hijos en el tiempo de su tierna edad. No faltarán socorros y fuerzas, no fallecerá la divina clemencia, y una inocente vida prestará más que todas las artes. Cuando todo corra turbio y el peligro sea cierto, yo tengo de perseverar en este buen propósito; no quiero amancillar la majestad de mi hijo con flaqueza semejante.»

De esta manera se desbarató el intento de don Enrique. Hacían levas de gente para acudir al peligro. Juntáronse hasta cuatro mil caballos; más no pudieron persuadir a don Enrique que fuese con ellos a desbaratar el cerco que sobre Mayorga tenían puesto. Daba por excusa que era forzoso acudir a la guerra del Andalucía. Solamente fueron a Zamora por sosegarla y asegurarla en la fe y lealtad de su rey, que andaba en balanzas. Las cosas casi desiertas y desamparadas, los santos patrones y abogados de Castilla las sustentaron.

Con la tardanza del cerco se resfrió la furia con que los enemigos al principio vinieron. Asimismo el excesivo calor del verano, la destemplanza del cielo y la falta que de todas las cosas se padecía en el ejército causó grandes enfermedades. Esto y la muerte que sucedió del infante don Pedro, su general, los forzaron de tornarse a su tierra sin hacer cosa alguna memorable. Muchos de ellos faltaron en esta jornada; el campo, en que se contaban mil hombres de armas y cincuenta mil soldados, volvieron asaz menoscabados en número, menguados de fuerzas y contento. El rey de Aragón en el mismo tiempo por las fronteras de Murcia, por donde entró, tuvo mejor suceso, que tomó a Murcia y todos los lugares y villas a la redonda, y lo metió en su reino, excepto la ciudad de Lorca y las villas de Alcalá y Mula, que se mantuvieron por el rey don Fernando.

En tantas turbaciones y peligros de Castilla, don Enrique, en cuyo poder estaba el gobierno de todo el reino, no hacía grande esfuerzo para favorecer a alguna de las partes, antes se mostraba neutral, y parecía que llevaba mira de allegarse a aquella parte que mejor suceso y fortuna tuviese. Por donde ni los enemigos tuvieron que agradecerle, e incurrió en gravísimo odio de todos los naturales y en gran sospecha que la guerra que se hacía era por su voluntad, y que todo el mal y daño recibido no fue por falta de nuestros soldados ni por valor de los enemigos, sino por engaño suyo y maña. La reina contra estas mañas de don Enrique usaba de semejante disimulación, no se daba por entendida; otros caballeros principales a las claras se lo daban en rostro.

En este número Alfonso Pérez de Guzmán, a dicho y por confesión de todos, tuvo el primer lugar, porque defendió las fronteras de Andalucía contra las insolencias y correrías de los moros; y lo que era más dificultoso, contrastó con grande ánimo y más que todos a las pretensiones del infante don Enrique, ca por no dar tanto que decir a las gentes y por no parecer qua se estaba ocioso, con gente de guerra que juntó marchó la vuelta del Andalucía para refrenar los insultos de los moros. Tuvo con ellos una refriega junto a Arjona, en que fue vencido, y su persona corrió mucho riesgo a causa que le cortaron las riendas del caballo, y por no tener con que regirle, estuvo en términos de ser preso, si Alfonso Pérez de Guzmán no le proveyera en aquel aprieto de otro caballo, con que se pudo salvar. Después de este encuentro se trató de renovar las paces con los moros. Pedía el rey de Granada a Tarifa, y ofrecía en trueco otros veintidós castillos, demás que daría de presente veinte

mil escudos, y contaría adelantado todo el tributo de cuatro años que acostumbraba a pagar. Este partido parecía bien a don Enrique por el aprieto en que las cosas se hallaban y falta que tenían de dinero. Alfonso Pérez de Guzmán era de contrario parecer, y mostraba con razones bastantes sería cosa muy perjudicial, así fiarse de aquel bárbaro como entregarle a Tarifa. Esta diferencia estaba encendida, y amenazaba nueva guerra. Llegaron a término que los moros con su gente y con la nuestra, cosa asaz vergonzosa, se pusieron sobre aquella ciudad.

Hallábase Alfonso de Guzmán sin fuerzas bastantes; los suyos le desamparaban, y le eran contrarios los que debieron ayudar; acordó de buscar ayuda en los extraños. El rey de Portugal era enemigo declarado, y movía las armas contra Castilla. Parecióle dar un tiento al rey de Aragón si por ventura se moviese a favorecerle, vista la afrenta de los cristianos y el peligro que todos corrían. Escribiólo una carta de este tenor: *«Mucha pena me da ser cargoso antes de hacer algún servicio. El deseo de la salud y bien de la patria común, el respeto de la religión me fuerzan acudir a vuestro amparo y protección, lo cual hago no por mi particular, que de buena gana acabaría con la vida, si en esto hubiese de parar el daño, y esperaría la muerte como fin de estas miserias y desgracias. Lo que toca a la república, siento en grande manera que no sea tan trabajada y maltratada por los moros cuanto por la deslealtad de algunos de los nuestros. ¡Oh gran maldad! Porque, ¿qué cosa puede ser más grave que encaminar aquellos mismos el daño que tenían obligación de desviarle? Qué cosa más peligrosa que en muestra de procurar el bien común, armar la celada? Quieren y mandan que Tarifa, ciudad que nos está encomendada, sea entregada a los moros. Y dado que usan de otros colores, la verdad es que, quitada esta defensa y baluarte fortísimo contra las fuerzas de África, pretenden que España quede desnuda y flaca en medio de tantos torbellinos, y por este medio reinar ellos solos, y adelantar sus estados con la destrucción de la patria común. Valerosos caballeros por cierto y esforzados, esclarecidos defensores de España, yo tengo determinado con la misma fe y constancia por que menosprecié los días pasados la vida de mi único hijo de mantenerme en la lealtad sin mancilla con mi propria sangre y vida, que es lo que sólo me resta. Si me enviáredes, señor, algún dinero y algún socorro por el mar, desde aquí vos juro de tener esta plaza por vuestra hasta tanto que llegado el rey, mi señor, a mayor edad seáis enteramente pagado de todos los gastos, Los enojos pasados, si algunos hay de por medio, la caridad y amor que debéis a la patria los amanse. Tened por cierto que será cosa muy honrosa para vos defender la tierna edad de un rey huérfano de las injurias y daños de los extraños, y mucho más delos engaños y embustes de sus mismos vasallos.»* La respuesta que a esta carta dio el rey de Aragón fue loar mucho su lealtad y constancia, pero que por haber puesto poco antes confederación con los moros no podía faltar a su palabra; que si ellos la quebrantasen, él no faltaría de acudir a la esperanza que de él tenía;a favorecer la causa común.

Movíase a la misma sazón otra guerra de parte de Portugal; aquel rey con toda su gente entró hasta Salamanca. Acudiéronle luego el infante don Juan, tío del rey don Fernando, y don Juan Núñez de Lara, después que el campo de los aragoneses dio la vuelta a su tierra. Entraron en consulta sobre lo que se debía hacer en esta jornada; parecióles poner sitio sobre Valladolid, en que tenían al rey don Fernando. Con este acuerdo llegaron a Simancas, que está dos leguas de aquella villa. Allí muchos caballeros se partieron del campo de los portugueses por tener por cosa muy fea que un rey fuese perseguido y cercado de sus mismos vasallos. El rey portugués, con recelo que los demás no hiciesen otro tanto, y que después tomados los caminos no le fuese la vuelta dificultosa, mayormente que entraba ya el invierno, se partió a mucha prisa, primero a Medina del Campo, y desde allí a Portugal, despedido y desbaratado su ejército.

La gente que la reina tenía aprestada para acudir a esta guerra fue por su mandado a cercar la villa de Paredes. No se hizo efecto alguno a causa que don Enrique con la gente que tenía levantada en el reino de Toledo y en Castilla desbarató aquella empresa. Decía no era razón estorbar las Cortes que tenían llamadas para Valladolid con aquella guerra por caer aquella villa muy cerca. Éste era el

color que tomó, como quier que de secreto estaba desabrido con el rey don Fernando e inclinado a la parte de los contrarios. La reina con paciencia y disimulación pasaba por aquellos embustes, y con muestra de amor pretendía ganarle, y en aquel misma tiempo le hizo merced de Santisteban de Gormaz y Calecantor. Con la misma maña atrajo a don Juan de Lara a su voluntad, puesto que no se podían asegurar de él, ca si le dieran a Albarracín, fácilmente se pasara a los aragoneses.

Tuviéronse pues las Cortes en Valladolid a la entrada del año 1297. En ellas por la gran falta que tenían de dinero prometieron los pueblos de acudir con gran cantidad para los gastos de la guerra,y así lo cumplieron poco después. En el mismo tiempo por el valor y diligencia de Juan Alfonso de Haro, fueron los navarros puestos en huida, los cuales de rebate se apoderaran de parte de la ciudad de Nájera; su intento era recobrar el distrito antiguo de aquel reino, y en particular toda la Rioja.

Don Jaime, rey de Aragón, en Roma, donde era ido llamado del papa, fue declarado por rey de Cerdeña y Córcega. Acudieron desde Sicilia doña Costanza, su madre, y doña Violante, su hermana, Roger de Lauria, general del mar, y Juan Prochita. Estaba concertada, por medio de embajadores, doña Violante con Roberto, duque de Calabria, heredero que había de ser del reino de Nápoles. Celebróse este casamiento, y el mismo pontífice Bonifacio veló a los nuevos casados; las fiestas y regocijos fueron muy grandes. El rey don Fadrique se apercibía para defender el reino que le dieron con tanta voluntad. Declaróse la guerra contra él como contra quien alteraba la paz común de toda la cristiandad; nombraron por general de esta guerra a su mismo hermano el rey de Aragón; resolución la más extraña que se pudo pensar, armar un hermano contra otro y quebrantar el derecho natural, pero tanto pudo la fe y el escrúpulo y el mandato del resoluto pontífice. Ordenadas pues las cosas de esta manera, el rey don Jaime se partió para Aragón con intento de aprestarse para la guerra. Roger de Lauria fue enviado a Nápoles para servir a aquellos príncipes en aquella demanda. La reina doña Costanza y Juan Prochita se quedaron en Roma movidos por la devoción y santidad de aquella ciudad, cansados de tantos trabajos y por compasión del miserable estado en que veían puesta a Sicilia. No falta quien diga que murieron en Roma; la más verdadera opinión, con que concuerdan autores muy graves, es que la reina doña Costanza cinco años adelante falleció en Barcelona, y que fue allí sepultada en el monasterio de San Francisco, en que hoy se ve un túmulo suyo con su letrero y nombre de esta señora grabado en la piedra.

CAPÍTULO II
QUE EL REY DON FERNANDO DE CASTILLA SE DESPOSÓ

Vuelto que fue el rey de Aragón a su tierra, le tornaron los navarros los pueblos Lerda, Ulia, Filera y Salvatierra, como se decretó en los conciertos que en Anagni se hicieron, y hasta este tiempo no se había efectuado. El año próximo siguiente, que fue de 1298, era virrey de Navarra por los franceses Alfonso Roneo, de nación francés. Don Fernando, hermano bastardo del rey de Aragón, por voluntad del mismo rey y por su mandado fue despojado de la ciudad de Albarracín, y la entregaron a Juan Núñez de Lara, que parecía tener mejor derecho y se sabía claramente que se hizo agravio a su padre en quitársela, a lo menos se decía así. Éste era el color que se tomó; lo que pretendía a la verdad el rey de Aragón con esto era tornar en su amistad un caballero tan poderoso y tenerle de su bando. Don Juan de Lara hizo su juramento y pleito homenaje en la ciudad de Valencia a los 7 días del mes de abril de guardar a aquel rey fe y lealtad, mayor es a saber que solía. Estas prevenciones hacía el rey de Aragón porque pensaba de acometer en un mismo tiempo con sus armas los reinos de Castilla y de Sicilia; pretensiones más arduas de lo que su estado ni riquezas podían llevar. El rey de Sicilia, por haberle todos desamparado, estaba más cercano al naufragio.

El rey de Castilla se reconcilió con don Dionisio, rey de Portugal, por medio de dos casamientos que se concertaron. El uno fue de doña Costanza, hija de don Dionisio, bien que no era de edad para casarse, con el rey don Fernando, como antes lo tenían tratado. En Alcañiz, que es un lugar cerca de Zamora a la raya de Portugal, en que los reyes se juntaron a vistas para tratar de las paces, se celebró con solemnidad el desposorio. Las muestras de alegría pública, por la esperanza cierta que todos tenían de perpetua concordia, fueron tanto mayores, que doña Beatriz, hermana del rey don Fernando, se desposó también a trueco, que fue el otro matrimonio, con el infante don Alfonso, hijo de don Dionisio y heredero de su reino, aunque no tenía él más de ocho años. Para mayor seguridad la reina, madre de la doncella, la entregó a su suegro, y así la llevaron a Portugal. Era tan grande el deseo de efectuar y establecer esta paz y concordia, que aunque no se dio en dote cosa alguna a doña Costanza, al de Portugal le dieron con su esposa a Olivenza y Congüela y otro pueblo, que se llama el Campo de Moya, con alguna nota de la grandeza de Castilla y grandísima señal de miedo; pero tal era el estado de las cosas y la revuelta de los tiempos, que no se avergonzaron de rescatar la paz con su deshonra y menoscabo. Lo que el rey de Portugal hizo cuando se tornó a su tierra solamente fue dar trescientos hombres de a caballo escogidos, y por capitán de ellos a Juan Alfonso de Alburquerque para que estuviesen en servicio del rey de Castilla contra don Juan, tío del rey don Fernando, que se intitulaba rey de León, como arriba dijimos. Esta ayuda de Portugal y toda esta costa fue de más ruido que provecho, y así, los caballeros se tornaron a Portugal sin dejar hecha cosa alguna.

Por otra parte, don Alfonso de la Cerda había tomado a Almazán y otros lugares que están allí a la redonda a la raya de Aragón y puesto allí soldados de guarnición. Sigüenza fue acometida por los soldados de don Juan de Lora, que cae cerca de la misma raya; pero por el gran valor de los ciudadanos se defendió y estuvo constante en su fe. Los conjurados tenían gran falta de dineros, que lo demás parecía que les era fácil y favorable; y porque no faltase para las provisiones y pagas, batieron moneda con las insignias y nombre de rey, baja de ley de manera tal, que si la ensayaban y hundían, se perdía gran parte del valor. Don Dionisio, rey de Portugal, a ruego de su yerno, vino con buen escuadrón de gente de guerra en su favor y ayuda por la parte de Ciudad-Rodrigo, pero con mayor sosiego y gana de paz que las cosas tan revueltas requerían. Así, sin hacer efecto alguno casi como enojado se tornó a Portugal. La causa de su enojo fue querer que al infante don Juan, que usurpaba título de rey, le dejasen, para él y sus herederos y sucesores la provincia de Galicia, de que por fuerza de armas estaba apoderado, y que la ciudad de León la gozase por sus días. La reina y los grandes de Castilla no eran de este parecer, porque debajo de aquella muestra de paz se encerraban deshonor, daño y menoscabo del reino, cuya autoridad se disminuía, y cuyas fuerzas se enflaquecían

con quitarle una provincia tan principal. Con la vuelta del rey de Portugal algunos grandes de Castilla, que hasta entonces por miedo estuvieron sosegados, comenzaron muy fuera de tiempo a alborotarse. Parece que de la revuelta del reino querían tomar ocasión unos para vengar sus injurias, otros para acrecentar sus estados. El sufrimiento de la reina fue maravilloso y su disimulación, porque de su voluntad acudía a sus codicias, y les daba las villas y castillos que ellos pretendían, a trueco de conservar la paz; que es gran prudencia en tiempos revueltos acomodarse a la necesidad, y no hay ninguno tan amigo de las armas que no quiera más alcanzar lo que desea con sosiego que poner su persona al peligro.

Sobre el reino de Sicilia andaba la guerra muy brava. El crédito de Roger de Lauria era grande, mucho lo que ayudaba a la parte de Francia, que parece llevaba consigo la victoria y buenandanza a la parte que se acostaba y allegaba. Por su buena diligencia se ganaron muchas plazas que estaban por los sicilianos en lo postrero de Italia, que fue la causa de que en Sicilia le acusaron de aleve; y como fuese por sentencia condenado, le despojaron de un gran estado que en aquella isla tenía, merced de los reyes pasados en premio de sus grandes méritos y servicios. Desde a poco, como se hubiese apoderado en la Calabria de la ciudad de Cantanzaro y pretendiese ganar el castillo, que todavía se tenía por los contrarios, fue vencido en una batalla por menor número de soldados que los que él tenía. El hacer poco caso de sus enemigos fue ocasión de este daño, que el popar al enemigo siempre es peligroso, demás que se dice peleó con el sol de cara, otro daño no menor. Muchos fueron los muertos; los más se salvaron por la oscuridad de la noche. El mismo capitán Roger con algunas heridas que le dieron en la batalla se estuvo escondido en unos lugares allí cerca hasta tanto que se pudo escapar, y pasó en Aragón con gran deseo de vengarse. Fue tanto mayor la pesadumbre que recibió de esta desgracia, que nunca tal le aconteció, como el que siempre salió victorioso en las demás batallas.

Desde Aragón el rey y Roger, caudillos de aquella empresa, señalados por los príncipes confederados de común consentimiento, se hicieron a la vela con una gruesa armada que ya tenían aprestada, en que se contaban no menos de ochenta galeras. Llegaron con buen tiempo a Roma; el sumo pontífice les bendijo el estandarte real, y a ellos echó su bendición. En Nápoles se les juntó Roberto, duque de Calabria, con otra armada que tenía a punto. Corrieron las marinas de Sicilia, donde todo al principio lo hallaron más fácil de lo que pensaban. Apoderáronse de la ciudad de Pati, que se entiende Ptolemeo llamó Agalirion, y de otros castillos por aquella comarca. Desde allí, doblado el promontorio Peloro, que es el cabo de Melazo cerca de Mesina, y pasado el estrecho, no pararon hasta ponerse sobre la ciudad de Siracusa. El cerco fue muy apretado por mar y por tierra, y sin embargo, duró muchos días; esto, y por estarlos lugares tan distantes, convidó a los ciudadanos de Pati para que, echada la guarnición que tenían, volviesen al poder del rey don Fabrique. Trataban de combatir el castillo, que todavía se tenía por Aragón. Acudió por mandado del rey de Aragón Juan Lauria con veinte galeras para socorrer los cercados; proveyó el castillo de vituallas y lo demás necesario para la defensa; a la vuelta empero fue preso él y dieciséis galeras de las que llevaba por los de Mesina, que, puesta su armada en orden, le salieron al encuentro y le vencieron. Es aquel estrecho muy peligroso a causa de las grandes corrientes y remolinos que tiene; altéranse las olas sin orden, y a manera de vientos combaten entre sí y corren a fuer de un arrebatado raudal, ora hacía una parte, ora hacía la contraria, de que resultan remolinos y peligros muy grandes para los que navegan. La experiencia que de esto tenían ayudó mucho a los sicilianos, y fue causa que los aragoneses se perdiesen por saber poco de aquel paso. La ciudad de Siracusa en el entre tanto se defendía valerosamente; ayudaba mucho la presencia del rey don Fadrique, que se puso en los lugares cercanos, y estaba alerta para aprovecharse de la ocasión. Por estas dificultades los aragoneses fueron forzados a alzar el cerco, en especial que el ejército le tenían muy menoscabado, muertos más de dieciocho mil hombres, que perecieron a causa de los grandes calores, a que no estaban acostumbrados; y de la falta de las cosas necesarias procedieron graves enfermedades.

Pusieron acusación a Juan Lauria en Mesina; mandáronle que desde la cárcel hiciese su descargo; finalmente se vino a sentencia, y le cortaron la cabeza como a traidor. Fue increíble el dolor que Roger de Lauria, su tío, recibió de este caso; bufaba de coraje y de pesar, que bien entendió aquella afrenta y aquel daño se hacía a su persona propia. No pudo acudir luego a la venganza porque en compañía del rey de Aragón era pasado en España. Desde, allí pasados los fríos del invierno, ambos volvieron sobre Sicilia con mucho mayor armada que antes. Juntáronseles en el camino dos hijos del rey de Nápoles, es a saber, Roberto y Filipo. Llegaron todos juntos al cabo de Orlando, que está cerca de la ciudad de Pati; el número de las galeras era cincuenta y seis sin otros muchos bajeles. El rey don Fadrique, como viese animada su gente por la victoria pasada, acordó de representar la batalla a sus enemigos, dado que su armada era mucho menor, que no pasaba de hasta cuarenta galeras. Peleó valerosamente, más al fin fue desbaratado; sus galeras, parte tomadas por los contrarios, parte se pusieron en huida. Fue grande la crueldad de que el general Roger de Lauria usó con los cautivos; hizo morir gran número de ellos con deseo de vengarse; entre los otros degollaron a Conrado Lanza, hombre muy principal, de que resultó grande odio contra la gente catalana. El mismo don Fadrique estuvo en gran riesgo de ser preso, porque como quier que hubiese defendido su galera por largo espacio, ya que la iban a tomar, cayó desmayado; los suyos sacaron la galera de la batalla, con la cual y otras pocas se retiraron a Mesina. Con tanto el rey de Aragón, a instancia que le hicieron desde España y causas que alegaban y razones verdaderas o aparentes, sin pasar adelante dio la vuelta, no sin queja del papa y del rey de Nápoles. Verdad es que los más cuerdos aprobaban este acuerdo; que sin duda era cosa recia por negocios ajenos poner los suyos en balanzas y su persona a riesgo; fuera de que ganada aquella victoria, no dejaba de condolerse del rey don Fadrique, que en fin era su hermano. Diose aquella batalla memorable y de las más señaladas de aquel tiempo un día sábado a 4 del mes de julio, año de 1299.

En el mismo año falleció en Roma don Gonzalo, cardenal y arzobispo de Toledo, como lo reza la letra de su sepultura en Santa María la Mayor de aquella ciudad. Sucedióle su sobrino don Gonzalo III. Su padre, Dia Sánchez Palomeque; su madre, doña Teresa Gudiel, hermana del cardenal, ciudadanos de Toledo. Sobre el tiempo en que le eligieron hay dificultad; quién dice que algunos años antes, cuando su tío después de la muerte del rey don Sancho partió para Roma, a lo que se entiende, a negociar dispensase el papa en aquel su casamiento; quién que cuando el papa Bonifacio VIII le hizo cardenal por el mes de diciembre del año próximo pasado de 1298, por ser aquellas dignidades incompatibles y costumbre que el obispo a quien daban capelo dejase el obispado; quién que subió a aquella silla por muerte del Cardenal. Esto nos parece más probable por hallarse en papeles, que este año por el mes de agosto se llama electo de Toledo; así los años antes tuvo por su tío el gobierno de aquella iglesia, más no la dignidad.

Volvamos a Sicilia, donde los franceses se quedaron para llevar su intento adelante, seguir la victoria y ejecutarla; pero hicieron un yerro manifiesto, que dividieron el ejército en dos partes. Roberto y Roger de Lauria se encargaron de cercar a Rendazo, que es una plaza muy fuerte, puesta entre Pati y Catania casi a la mitad del camino. Filipo, duque de Tarento, fue con parte de la armada a correr las marinas del cabo de Trapana. Acudió a aquella parte el rey don Fadrique, tomó a los contrarios de sobresalto, y con su arrebatada venida se dio la batalla, en que fueron vencidos los franceses, y Filipo, su general, preso; que fue una buena ocasión para hacer las paces y confederarse aquellas dos naciones con una alianza que se hizo, tan dichosa y acertada cuanto la guerra era desgraciada.

CAPÍTULO III
DEL AÑO DEL JUBILEO

Corria a la sazón el año postrero de este siglo, es a saber, el de nuestra salvación de 1300, año muy señalado por una ley que hizo y publicó para que se guardase perpetuamente el pontífice Bonifacio, tomada en parte de la costumbre antigua de la ciudad de Roma, que celebraba su fundación con ciertos juegos y fiestas cada cien años, en parte de la usanza y ley del pueblo judaico, donde cada cincuenta años había jubileo. Ordenó pues que al fin de cada cien años se concediese plenaria indulgencia y remisión de todos los pecados a todos los que en aquel año devotamente visitasen las iglesias de Roma, iglesias llenas de devoción, de sagradas reliquias y antigüedad. Esta ley era a propósito y se enderezaba para ennoblecer la majestad de Roma y para aumentar el culto de la religión. La cual Clemente VI redujo a cada cincuenta años; y más adelante Sixto IV, con otra nueva ley y constitución que hizo, atenta la humana flaqueza y la brevedad de la vida, mandó que se guardase y celebrase el jubileo cada veinticinco años. Fue grande el concurso de gente que aquel año acudió a la ciudad de Roma a fama de este jubileo. Entre otros vino Carlos de Valois, casado en segundo matrimonio con madama Catarina, hija de Filipo, nieta del emperador Balduino; y así pretendía cobrar el imperio de Grecia, a él debido como en dote de su mujer. Si salía con la empresa, publicaba renovar la la guerra de la Tierra Santa, que tenían olvidada de tantos años atrás. Cosa honrosa para el sumo pontífice, que en su tiempo y con su favor se tornasen e tomar las armas para la guerra sagrada. Venía el papa bien en esto; prometía que no saldrían vanas las esperanzas de Carlos, con tal que desde Francia tornase a Italia a la primavera con ejército bastante.

En Vizcaya, que estaba en poder de Diego López de Haro, hermano de don Lope Díaz de Haro, aquel que dijimos fue muerto en Alfaro en tiempo del rey don Sancho, se edificó la villa de Bilbao, la más noble de toda aquella provincia a la ribera del río Nervio; los moradores por la mucha anchura que lleva le llaman Ibaisabelo. Está dos leguas del mar, y porque allí se traen muchas mercadurías que de las naves se descargan, hay gran comercio y concurso de gente. Los mercaderes de Bermeo, por la comodidad del lugar, los más de ellos se pagaron a morar y hacer su asiento en aquella poblacion nueva. A los moradores se les concedió que viviesen conforme a los fueros de Logroño.

En Lérida otrosí fundó el rey de Aragón universidad, y le concedió los privilegios acostumbrados; llamaron maestros que leyesen en ella todas las ciencias con salarios que les señalaron.

En aquel tiempo era virrey de Navarra por los franceses Alfonso Roleedo, sin que sucediese cosa en aquella provincia por entonces que de contar sea, sino que gozaban de una paz y sosiego grande, que es lo más principal que se puede desear, como quier que las otras provincias de España estuviesen continuamente atormentadas con guerras y desasosiegos. Este envió a Valladolid un embajador a la reina, que era la que tenía en pie las cosas entonces con su valor y prudencia, a pedirle restituyese todo el término desde Atapuerca, que es una villa así llamada junto a Burgos, hasta las fronteras de Navarra; alegaba que les pertenecía, y que antiguamente lo quitaron a gran tuerto los reyes de Castilla a los navarros sin otro derecho más del que consiste en la fuerza. La reina mandó fuesen muy bien tratados los embajadores y que espléndidamente los hospedasen. La respuesta que les dio fue que bien entendía no se pedía aquello de orden ni por voluntad del rey de Francia, y que el derecho de reinar más consiste en la posesión fresca y nueva y en el uso de ella que en títulos y papeles viejos y olvidados.

Los embajadores, visto el mal despacho que les daban, acudieron a don Alfonso de la Cerda y a don Juan Núñez de Lara, ca pensaban por aquel camino alcanzar más fruto de su embajada. Estos señores, acometido que bebieron a Palencia, que casi estuvieron a pique de tomarla por traición de algunos ciudadanos, como no les salió bien la empresa, estaban retirados en Dueñas. Allí, oídos los

embajadores, hicieron mercedes con larga mano del señorío ajeno, y fue don Juan de Lara a Francia para que en presencia de aquel rey tratase de todas las condiciones y incitase a los franceses a que con brevedad les acudiesen con el socorro da gente necesario. Poco fruto sacaron de toda aquella diligencia, si bien los mismos hermanos Cerdas fueron asimismo a Francia en pos de don Juan Núñez de Lara; pero ni los unos ni los otros sacaron de su trabajo más que buenas y corteses palabras, como quiera que al francés le fuese más en la guerra de Flandes, que andaba trabada entre aquellas dos naciones, que en la que tan lejos les caía y les era de menos importancia. Solamente, hecha su confederación, Filipo, rey de Francia, les dio licencia para que pudiesen hacer gente en Navarra. Hiciéronlo así, y un escuadrón de soldados entró por aquella parte en el distrito de Calahorra. Salióles al encuentro don Juan Alfonso de Haro, señor de los Cameros, y en un rebate que tuvo con ellos los venció y prendió a su caudillo don Juan Núñez de Lara, al cual no quiso poner en libertad hasta tanto que restituyese todos los castillos y pueblos del reino que le entregaran en tenencia. Ultra de esto, juró que guardaría lealtad al rey don Fernando y le sería buen vasallo.

De esto mismo tomó ocasión el rey de Aragón para poner debajo de su corona la ciudad de Albarracín, que antes restituyó al dicho don Juan. Junto con esto el infante don Juan, tío del rey don Fernando, dejadas las armas, en que tenía poco remedio contra las fuerzas de su sobrino, que de cada día iban en aumento, se resolvió de seguir mejor partido. Tratóse de ello, y el concierto se hizo el año del Señor de 1301. Las capitulaciones del asiento fueron estas: que ante todas cosas dejase el nombre de rey que usurpara; que restituyese todas las ciudades y pueblos de que se apoderó en el tiempo de la guerra; que el principado de Vizcaya, que pretendía ser dote de su mujer, le dejase a don Diego López de Haro, y a él diesen en trueco a Medina de Ruiseco, Castronuño, Mansilla, Paredes y Cebreros, lugares de que le hicieron merced la reina y el rey, su hijo, por excusar nuevas alteraciones y para que tuviese con qué sustentar su vida como persona que era tan principal.

CAPÍTULO IV
DE RAIMUNDO LULLO

Dos cosas sucedieron este año, ni muy pequeñas ni muy señaladas, de que pareció todavía hacer mención en este lugar. La una fue la muerte de Raimundo Lullo, persona que tuvo gran fama de santidad y de doctrina; la otra el agravio que se hizo a don Garci López de Padilla, maestre de Calatrava, en deponerlede aquella dignidad.

Raimundo fue catalán de nación, nacido en la isla de Mallorca. Ocupóse siendo más mozo en negocios y mercadurías con pretensión de adelantarse en riquezas y seguir en esto las pisadas de sus antepasados, gente de honra y principal. Llegado a mayor edad se recogió al yermo, cansado de las cosas de este mundo y con deseo de huir la conversación de los hombres. En aquella soledad escribió un arte, que por nuevos atajos y senderos en breve introduce al lector en conocimiento de las artes liberales, de la filosofía y aún también de las cosas divinas. Cosa de tan grande maravilla, que persona tan ignorante de letras, que aún no sabía la lengua latina, sacase, como sacó a luz, más de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana, en que trata de cosas, así divinas como humanas, de suerte empero que apenas con industria y trabajo los hombres muy doctos pueden entender lo que pretende enseñar, tanto, que más parecen deslumbramientos y trampantojos, con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas artes y ciencias. Puesto que él testifica alcanzó lo que enseña por divina revelación en un monte en que se le apareció Cristo, nuestro Dios y Señor, como enclavado en la cruz.

Lo que en él merece sin duda ser alabado es que con deseo de extender la religión cristiana y convertir los moros pasó en África, y llegado a Bugía en la costa de Mauritania, como quier que no cesase de amonestar y reprehender aquella gente bárbara, de dos veces que allá fue, la primera le prendieron y maltrataron, la segunda le mataron a pedradas. Su cuerpo, traído a Mallorca, de aquellos isleños es tenido en grande veneración, dado que no está canonizado ni su nombre puesto en el número de los santos.

Sobre sus libros hay diversas opiniones. Muchos los tachan como sin provecho y aún dañosos, otros los alaban como venidos del cielo para remedio de nuestra ignorancia. A la verdad quinientas proposiciones sacadas de aquellos libros fueron condenadas en Aviñón por el papa Gregorio XI a instancia de Aimerico, fraile de la orden de los Predicadores y inquisidor que era en España, ciento de las cuales proposiciones puso Pedro, arzobispo de Tarragona, en la segunda parte del *Directorio de los Inquisidores*. Si va a decir verdad, muchas de ellas son muy duras y malsonantes, y que al parecer no concuerdan con lo que siente y enseña la santa madre Iglesia. Esto nos parece; debe ser por nuestra rudeza y grosería, que impide no alcancemos y penetremos aquellas sutilezas en que los aficionados de Raimundo hallan sentidos maravillosos y misterios muy altos como los que tienen ojos más claros, o por ventura adivinan y fingen que ven o sueñan lo que no ven, y procuran mostrarnos con el dedo lo que no hay. De los cuales hay en este tiempo gran número, y cátedras en Barcelona, Mallorca y Valencia para declarar los dichos libros, buscados con gran cuidado y estimados después que fueron reprobados; que si no se hiciera de ellos caso, el tiempo por ventura los hubiera sepultado en el olvido. Esto de Raimundo Lullo.

Sus discípulos dicen que fue de noble linaje y que falleció en edad de setenta y cinco años, el de Cristo de 1315. Sospecho que en esto se engañan por lo que de los libros del mismo se saca. Lo cierto que fue casado y que dejó mujer e hijos pobres, por donde se ve que no fue tan grande alquimista como algunos le hacen.

Al maestre de Calatrava derribó el desabrimiento que contra él tenían los caballeros de su orden, causado de su severidad y recia condición. Ofrecióseles buena ocasión para ejecutar su saña, y fue que los nuestros no tenían fuerzas para reprimir a los moros por ser los tiempos tan revueltos y

turbios, y aún hallo que el año pasado los moros se apoderaron de la villa de Alcaudete y la quitaron a los caballeros de Calatrava. Acometieron a Baena, pero ya que tenían ganada buena parte de aquella villa, fueron lanzados por el valor y esfuerzo de los soldados que dentro tenía. Pusieron cerco a Jaén y la combatían con todo su poder. Imputaron todo este daño al Maestre, y en particular le achacaron que por su culpa se perdió Alcaudete; demás que decían de secreto tenía inteligencias y favorecía a don Alfonso de la Cerda. Esta era la voz y el color, como quier que, mal pecado, aborreciesen su áspera condición y su severidad; su valor y esfuerzo y gran destreza en las armas los atemorizaba, y por el miedo le aborrecían. Juntaron capítulo, en que absolvieron del maestrazgo a don Garci López de Padilla, y pusieron en su lugar a don Alemán, comendador de Zorita, a sinrazón y contra justicia, como poco después lo sentenciaron los jueces que sobre este caso señaló el papa, es a saber, los padres de la orden del Císter.

Volvió pues a su dignidad al fin de este año y gobernó mucho tiempo aquella orden; más como el aborrecimiento que le tenían los caballeros quedase más reprimido que remediado, adelante al cabo de su vejez le tornaron a poner nuevos capítulos y acusaciones, con que de nuevo le depusieron, y en su lugar eligieron al maestre don Juan Núñez de Prado, no con mejor derecho que al pasado. Verdad es que, como quier que don García por la vejez se hallase muy cansado y sin fuerzas, no solo para los trabajos de la guerra, sino aún para las cosas del gobierno, de su voluntad dejó a su contrario el maestrazgo, que tan contra justicia y sin razón le quitaron. Solo se reservó algunos pueblos en Aragón con que pasar su vejez; caballero de gran valor, no solo por sus grandes hazañas, sino en particular por menospreciar aquella dignidad y honra con deseo de la paz y sosiego, perdonando con ánimo muy generoso el agravio recebido de sus contrarios. Volvamos con nuestro cuento al camino y orden que llevamos.

CAPÍTULO V
DE LAS BODAS DEL REY DON FERNANDO

Tratábase con gran cuidado de alcanzar dispensación del papa para efectuar los casamientos que entre Portugal y Castilla tenían concertados, ca eran prohibidos por derecho a causa del parentesco entre los desposados. Tenían esperanza otorgaría con lo que pretendían, porque, demás de ser el negocio muy justificado, el pontífice Bonifacio se preciaba traer su origen y descendencia de España, con que parecía favorecer a los españoles, y aún comenzaba a desabrirse con los franceses. Los reyes de Castilla y de Portugal sobre esta razón se juntaron en Plasencia; acordaron de enviar sus embajadores a Roma, por cuyo medio consiguieron lo que deseaban. Demás de esto, dispensó también el pontífice en el casamiento de la reina doña María y del rey don Sancho, que tenía la misma falta, si bien don Sancho era ya muerto, y muchos decían no poderse revalidar los casamientos de difuntos que de derecho eran nulos, como gente que ignoraba cuán grande sea la autoridad de los sumos pontífices, cuyos términos extienden algunas veces por respetos que tienen y consideraciones, otras por el bien y en pro común. Como vino la dispensación, con nuevo gozo y alegría se hizo el casamiento del rey don Fernando y doña Costanza en Valladolid, y se celebraron las solemnidades de las bodas, que dilataran hasta entonces, así por la edad del rey como por el parentesco que lo impedía. Ordenaron la casa real, y el rey se encargó del gobierno. Don Juan Núñez de Lara fue nombrado por mayordomo de palacio. Al infante don Enrique, tío del rey, dieron a Atienza y a Santisteban de Gormaz en recompensa del gobierno del reino que le quitaban. Todas estas caricias no bastaban para sanar su mal pecho, porque se halla que a un mismo tiempo con trato doble y muestras fingidas de amistad tenía suspensos a los aragoneses y a los moros. Era su condición y costumbre estar siempre a la mira de lo que sucediese y seguir el partido que le pareciese estarle mejor, que fue la causa de hacer se alzase el cerco que tenía sobre Almazán, villa que se tenía por los Cerdas; y la gente de guerra de Castilla que estaba sobre ella fue enviada a otras partes. En Ariza se vio con el rey de Aragón sobre sus haciendas y aliarse, todo con la misma llaneza que tenía de costumbre con los demás. Tuvo el rey de Aragón cercada mucho tiempo a Lorca, ciudad bien fuerte en el reino de Murcia, y al principio del año del Señor de 1302 la vino a ganar.

Hay una villa muy noble en Castilla la Vieja a la ribera del río Duero, que se llama Peñafiel; allí se celebró concilio de los obispos y prelados de la provincia de Toledo. Abrióse al primer día del mes de abril. Presidió en este concilio don Gonzalo, arzobispo de Toledo. Entre otras constituciones mandaron que los clérigos no tuviesen concubinas públicamente, pena de ser por ello castigados. Tales eran las costumbres de aquel siglo, que les parecía hacían harto en castigar los pecados públicos. Esto contiene el tercer canon. El sexto manda que al sacerdote que revelare los pecados sabidos en confesión se le dé cárcel perpetua, y para su sustento solamente pan y agua. El octavo canon manda que se paguen a la Iglesia los diezmos de todas aquellas cosas que la tierra produce, aunque no sea cultivada. Prohíbese en el nono que las hostias con que se ha de decir misa no se hagan sino por mano de los sacerdotes o en su presencia. Demás de esto, se determinaron otras muchas cosas provechosas para aumento del culto divino.

El mes de mayo siguiente murió Mahomad Miro, rey de Granada; sucedióle su hijo mayor Mahomad Alhamar. Dio este trueco mucho contento a los nuestros por dos respetos, el uno que hubiese faltado el padre, que era valeroso y de grande industria; el otro por suceder su hijo, que era ciego. Verdad es que Farraquen, señor de Málaga, que era su cuñado, hombre de valor y lealtad para con el nuevo rey, se encargó del gobierno público, así de las cosas de la guerra como de la paz.

En Sicilia por el mismo tiempo a cabo de tantas alteraciones y guerras en fin se asentó la paz. Fue así, que junto a la isla de Ponza en una batalla naval fueron vencidos los sicilianos y preso Conrado Doria, genovés, general que era de la armada. Los sicilianos por esta rota comenzaron a temer, y los franceses cobraron esperanza de mejorar su partido, tanto, que sin tardar se pusieron sobre Me-

sina, que es el baluarte y fuerza principal de toda la isla. Llegó a peligro de perderse, defendióse empero por la constancia y valor de los ciudadanos y la buena diligencia del rey don Fadrique, que sabía muy bien cuánto le importaba aquella ciudad. La reina doña Violante acompañó a Roberto, su marido, en aquella jornada, que a la sazón estaba en Catania. A su instancia y por sus ruegos los dos príncipes se juntaron para verse y tratar de sus cosas en las marinas de Siracusa, en la torre llamada de Maniaco. Procuraron asentar las paces; solo pudieron acordar treguas por algunos días con esperanza que se dieron que en breve se concluiría lo que todos deseaban. Hizose así, sin embargo que sobrevinieron a mala sazón dos cosas, que pudieran entibiar y aún desbaratar todas estas pláticas, es a saber, la muerte de doña Violante, que falleció en Termini, ciudad que se tenía por los franceses, no lejos de Palermo; el otro inconveniente fue la venida de Carlos de Valois, que con intento de recobrar el imperio de los griegos abajó a Italia, y por hallar en Toscana las cosas muy alteradas pasó en Sicilia. Contra este peligro proveyó el rey don Fadríque que alzasen todos los bastimentos y los recogiesen en las plazas más fuertes, y los que no pudiesen recoger los echasen a mal; todo esto con intento de excusar de venir a batalla con los enemigos. Con esto y con que se resfrió aquella furia con que los franceses vinieron, los redujo a términos de mover ellos mismos tratos de paz, que también él mucho deseaba.

Finalmente, entre Jaca y Calatabelota, plaza en que don Fadríque se hallaba, por ser lugar muy fuerte, los tres príncipes se juntaron. Hubo muchos dares y tomares sobre asentar el concierto; por conclusión, las paces se asentaron con las capitulaciones siguientes: Filipo, príncipe de Tarento, sea puesto en libertad, asimismo todos los cautivos de la una y de la otra parte; el rey don Fadríque deje todo lo que tiene en la tierra firme de Italia, y al contrario, los franceses las ciudades y fuerzas de que en Sicilia están apoderados; doña Leonor, hermana de Roberto, case con don Fadrique, con retención de Sicilia en nombre de dote hasta tanto que por permisión y con ayuda del papa conquiste a Cerdeña o otro cualquiera reino; si esto no sucediere, sus herederos dejen a Sicilia luego que los reyes de Nápoles contaren doscientos cincuenta mil escudos; a los forajidos y desterrados de Sicilia y de Italia sea perdonada su poca lealtad por la una y por la otra parte.

Hiciéronse estos conciertos el postrer día del mes de agosto, con que todos dejaron las armas. Juan Villaneo, que se halló en esta guerra, y Dante Aligerio, poeta de aquellos tiempos, en extremo elegante y grave, tachan a Carlos de Valois, y le cargan de que en Toscana lo alborotó todo con discordias y guerras civiles, y en Sicilia concertó una paz infame; finalmente, que con tanto estruendo y aparato en efecto no hizo nada.

Fue este año muy estéril, en especial en España, por la grande sequedad y a causa que las tierras se quedaron por arar por haberse consumido, como se decía comúnmente y lo afirman graves autores, en aquellas alteraciones la cuarta parte por lo menos de los labradores y gente del campo.

CAPÍTULO VI
DE LA MUERTE DEL PONTÍFICE BONIFACIO

Por este tiempo el hijo mayor de don Jaime, rey de Mallorca, que tenía el mismo nombre de su padre, renunciado el derecho que tenía a la herencia de aquellos estados, se metió fraile francisco, con que sucedió por muerte de aquel rey, su hijo menor don Sancho; y como estaba obligado, hizo homenaje por aquellos estados y juró de ser leal al rey de Aragón.

En Castilla no estaban las cosas muy sosegadas; en particular se padeció grande falta de dineros. Tuviéronse Cortes en Burgos y en Zamora, en que se reformaron los gastos públicos, y las ciudades sirvieron con gran suma de dineros. Demás de esto, el papa Bonifacio concedió a la reina madre una bula, en que le perdonaba las tercias de las iglesias que cobraron los reyes don Alfonso, don Sancho y el mismo don Fernando sin licencia de la Sede Apostólica hasta entonces, y de nuevo se las daba y hacía gracia de ellas por término de tres años.

Los ánimos de los grandes andaban muy desabridos con la reina madre; quejábanse que las cosas se gobernaban por su antojo sin razón ni orden. Los infantes don Enrique y don Juan, tíos del rey, y con ellos don Juan, hijo del infante don Manuel, don Juan de Lara y don Diego de Haro, con otros caballeros principales, buscaban traza y orden para poner con artificio y maña mal a la reina con su hijo y desavenirlos. Para dar principio a esto apremiaron al abad de Santander, que era canciller mayor, diese cuentas del patrimonio real, cuya administración tuvo a su cargo, maña que se enderezaba contra la reina, por cuya instancia le encomendaron aquellos cargos y honras. Poco aprovecharon por este camino, porque conocida su inocencia e integridad, cayeron por tierra todas estas tramas.

Filipo, rey de Francia, al principio del año 1303 envió sus embajadores para pedir aquellos pueblos de Navarra sobre que tenían diferencias; fueron despedidos sin alcanzar cosa alguna. El rey de Aragón envió a ofrecer condiciones de paz, que también desecharon. Prometía que volvería toda la tierra de Murcia, de que estaba apoderado, a tal que le entregasen a Alicante. Esto no le pareció a propósito a la reina, antes a don Juan de Lara, que comenzaba a privar con el rey, hizo quitar el cargo que tenía y poner en su lugar al infante don Enrique para que fuese mayordomo mayor de la casa real. No le duró mucho el mando, que poco después le dejó, si de grado o contra su voluntad no se sabe.

Lo cierto es que de estas cosas y principios procedieron entre el rey y su madre algunas sospechas y división entre los grandes. En particular don Juan de Lara y el infante don Juan, olvidadas las diferencias y disgustos pasados, hechos a una, tenían grande mano y privanza acerca del rey. Los ruines y gente de malas mañas con chismes y decir mal de otros, que suele ser camino muy ordinario, eran antepuestos a los buenos y modestos. El infante don Enrique y don Juan, hijo del infante don Manuel, y don Diego de Haro llevaban mal que la reina madre fuese maltratada, a quien ellos se tenían por muy obligados por muchos respetos, principalmente se quejaban que las cosas se trastornasen al albedrío y antojo de dos hombres semejantes. Pasaron en este sentimiento tan adelante, que comunicado el negocio entre sí, enviaron a llamará don Alfonso de la Cerda para concertarse con él. Fue con esta embajada Gonzalo Ruiz a Almazán para mover estas pláticas y procurar que los aragoneses hiciesen entrada en Castilla, sin tener cuenta con la fe y lealtad que debían, a trueco de llevar adelante sus pasiones y bandos.

Esto pasaba en Castilla al mismo tiempo que con increíble osadía e impiedad fue amancillada la sacrosanta majestad de la Iglesia romana con poner mano en el papa Bonifacio. El caso, por ser tan exorbitante, será bien contar por menudo. Estaban los franceses por una parte, y por otra los de casa Colona, caballeros de Roma, en un mismo tiempo desabridos con el papa Bonifacio por agravios que pretendían les hiciera. Las causas del disgusto al principio eran diferentes; más a la postre

se aliaron para satisfacerse del común enemigo. Parecía que el papa hizo burla de Carlos de Valois, por no acordarse de las promesas que le tenía hechas. El rey de Francia se entregaba en los bienes de las iglesias y en sus rentas.

Apamea es una ciudad que cae en la Galia Narbonense; antes era de la diócesis de Tolosa, y el papa Bonifacio la hizo catedral. El rey tenía preso al obispo de esta ciudad, porque claramente reprendía aquel sacrilegio; lo uno y lo otro llevaba el pontífice muy mal; enviáronse embajadores de una parte y de otra sobre el caso. Lo que resultó fue quedar más desabridas las voluntades. Paró el debate en que se pronunció contra el rey sentencia de excomunión, que es el más grave castigo que a los rebeldes se suele dar. Demás de esto, los obispos de Francia fueron llamados a Roma para proceder contra el rey. Grande es la autoridad de los sumos pontífices, pero las fuerzas de los reyes son más grandes; así fue que por orden del rey Filipo de Francia, para hacer rostro al pontífice, se juntaron muchos obispos y tuvieron concilio en París. En él se decretó que el papa Bonifacio era intruso y que la renunciación de Celestino no fue válida. Hubo denuestos sobre el caso de la una y de la otra parte. Hoy día hay cartas que se escribieron llenas de vituperios y ultrajes; si verdaderas, si fingidas, no se puede averiguar; mejor es que sean tenidas por falsas. Los de casa Colona fueron perseguidos y forzados a andar huidos de Roma, desterrados y despojados de sus haciendas por espacio de diez años, como el Petrarca lo atestigua, y encarece lo mucho que padecieron. Estos señores desde tiempo antiguo fueron capitanes del bando de los gibelinos, contrarios de los pontífices romanos, de quien se hicieron mucho tiempo temer por su nobleza, riquezas y parentelas. A Pedro y Jacobo, que eran cardenales y de aquel linaje y familia, por edicto público los privó del capelo. Estéfano Colona, cabeza de aquella familia, fue forzado a irse a Francia. Lo mismo hizo Sarra Colona, que era enemigo capital de Bonifacio; nuevos daños y desastres que en esta huida se le recrecieron le acrecentaron la saña, porque un capitán de corsarios le prendió y puso al remo.

El rey dio cargo a Guillelmo Nogarelo, natural de Tolosa, hombre atrevido, de apelar de la sentencia de Bonifacio para la santa Sede Apostólica romana, privada entonces de legítimo pastor. Estos dos comunicaron entre sí cómo podrían desbaratar los intentos del pontífice; si fue con consentimiento del rey o por su mandado, aún entonces no se pudo averiguar; en fin, ellos vinieron a Toscana y se estuvieron en un pueblo llamado Stagia, mientras que fuesen avisados por espías encubiertas y tuviesen oportunidad para acometer la maldad que tenían ordenada. El papa se hallaba en Anagni. Cecano y Supino, personas principales, hijos de Mallo, caballero de la misma ciudad de Anagni, fueron corrompidos a poder de dinero para que ayudasen a poner en efecto esta maldad. Ya que todo lo tenían bien trazado, metieron dentro de Anagni trescientos caballos ligeros y un buen escuadrón de soldados. Sarra Colona era el principal capitán. Al alba del día se levantó un estruendo y vocería de soldados, que con clamores y voces apellidaban el nombre del rey Filipo. Los criados del papa todos huyeron. Bonifacio, conocido el peligro, revestido con sus ornamentos pontificales, se sentó en su sacra cátedra. En aquel hábito que estaba llegó Sarra Colona y le prendió. Escarneciendo de él Nogareto y haciéndole mil amenazas, le respondió Bonifacio con grande constancia: *«No hago yo caso de amenazas de Paterino.»* Este fue abuelo de Nogareto, y convencido de la herejía e impiedad de los albigenses, murió quemado. Con aquella voz del pontífice cayó la ferocidad de Nogareto. Pusieron guardas al Pontífice y saqueáronle su palacio. Dos cardenales solamente estuvieron perseverantes con el pontífice, el cardenal de España Pedro Hispani y el cardenal de Ostia; todos los demás se pusieron en huida.

Desde allí a tres días los ciudadanos de Anagni, por compasión que tuvieron de su pastor y por miedo que no fuesen imputados de ser traidores contra el sumo pontífice, su ciudadano, con las armas echaron de la ciudad a los conjurados. El pontífice se tornó luego a Roma, y del pesar y enojo que recibió le dio una enfermedad, de que con grandes bascas, a manera de hombre furioso, falleció a los 12 días de octubre y a los treinta y cinco de su prisión. Dichoso pontífice, si cuan fácilmente acostumbraba a burlarse de las amenazas, tan fácilmente pudiera evitar las asechanzas de sus enemi-

gos. Con su desastre se dio aviso que los imperios y mandos de los eclesiásticos más se conservan con el buen crédito que de ellos tienen y con buena fama, que deben ellos procurar con buenas obras y con la reverencia de la religión, que con las fuerzas y el poder. Villaneo dice en su historia que Bonifacio era muy docto y varón muy excelente por la grande experiencia que tenía de las cosas del mundo; pero que era muy cruel, ambicioso, y que le amancilló grandemente la abominable avaricia por enriquecer los suyos, que es un grandísimo daño y torpeza afrentosa. Hizo veintidós obispos y dos condes de su linaje. Por el sexto libro de los *Decretales* que sacó a luz mereció gran loa cerca de los hombres sabios y eruditos.

Fue en su lugar elegido por sumo pontífice en el próximo cónclave Nicolás, natural de la Marca Trevisana, general que fue antes de la orden de los Predicadores. En su pontificado se llamó Benedicto XI, en memoria de Bonifacio, que tuvo este nombre antes de ser papa y era criatura suya, ca le hizo antes cardenal. Fue este papa para con los franceses demasiadamente blando, porque les alzó el entredicho que tenían puesto y revocó todos los decretos que su predecesor fulminó contra ellos. Verdad es que Sarra Colona y Nogareto fueron citados para estar a juicio, y porque no acudieron al tiempo señalado, los condenaron por reos del crimen *laesae majestatis* y fulminaron contra ellos sentencia de excomunión. A Pedro y Jacobo Colona, bien que los admitió en su gracia, no les permitió usasen del capelo y insignias de cardenales, conforme a lo que por su antecesor quedó decretado.

CAPÍTULO VII
DE LA PAZ QUE ENTRE LOS REYES DE ESPAÑA SE HIZO EN EL CAMPILLO

Los españoles, cansados de trabajos y alteraciones tan largas, gozaban de algún sosiego; más les fallaban las fuerzas que la voluntad ni ocasión para alborotarse. Las diferencias que aquellos príncipes tenían entre sí eran grandes y necesario apaciguarlas. Los reyes de Castilla y de Aragón altercaban sobre el reino de Murcia. Don Alfonso de la Cerda se intitulaba rey de Castilla, sombra vana y apellido sin mando. El nuevo rey de Granada, conforme a la enemiga que con los fieles tenía, hizo entrada por las tierras que poseía el rey de Aragón; demás de esto, tomó a Bedmar, que es una villa no lejos de Baeza. Éstas eran las discordias públicas y comunes; otra particular, de no menos importancia, andaba entre la casa de Haro y el infante don Juan, tío del rey. Pretendía el infante el señorío de Vizcaya como dote de su mujer; cuidaba salir con su intento a causa del deudo y cabida que con el rey tenía. Los de la casa de Haro por lo mismo andaban muy desabridos, y parece que se inclinaban a tomar las armas. El rey don Fernando, como a quien la edad hacía más recatado, por el mucho peligro que de esta discordia podía resultar, deseaba con todo cuidado componer estas diferencias.

La autoridad del rey de Aragón a esta sazón era muy grande, y parece que tenía puestas en sus manos las esperanzas y fuerzas de toda España. Enviáronle pues por embajador a don Juan, tío del rey, para que con él y por su medio se tratase de tomar algún buen medio y dar algún corte en todos estos debates. En Calatayud por el mes de marzo, año del Señor de 1304, después de muchos dares y tomares, por conclusión acordaron que de consentimiento de las partes se señalasen jueces para tomar asiento en todas estas diferencias, y que para que esto se efectuase, mientras se trataba, hubiese treguas. Señalaron tiempo y lugar para que los reyes se viesen.

En el entre tanto el rey don Femando, con el cuidado en que le ponían las cosas del Andalucía, partió de Burgos, do a la sazón estaba, y por el mes de abril llegó a Badajoz con intento de visitar al rey, sn suegro, con quien eso mismo tenía algunas diferencias, y pretendía cobrar ciertos lugares que en su menor edad le empeñaron. Lo que resultó de estas vistas, fue lo que suele, desabrimientos y faltar poco para quedar del todo enemigos. Solamente se pudo alcanzar del portugués ayudase a su yerno con algunos dineros que le prestó, con que se partió la vuelta del Andalucía. No se llegó a rompimiento con los moros, antes a pedimento del mismo rey de Granada el rey don Fernando envió embajadores a aquella ciudad, y él se detuvo en Córdoba. Por medio de esta embajada se tomó asiento con el rey moro; concertóse y prometió de nuevo de pagar el mismo tributo que se pagaba en tiempo de su padre, con que deshicieron los campos.

El infante don Enrique cargado de años falleció por este tiempo en Roa; tu cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de Valladolid. Tuvo este príncipe ingenio vario y desasosegado, extraordinaria inconstancia en sus costumbres, y basta lo postrero de su edad grande apetito de gloria y mando, codicia desenfrenada y la postrera camisa de que se despojan aún los hombres sabios. Muy grande contento fue el que recibió todo el reino con la muerte de este caballero, ca todos se recelaban no desbaratase todas las pláticas que se comenzaban de paz. No dejó hijos, que nunca se casó; así las villas de su estado se repartieron entre otros caballeros, y la mayor parte cupo a Juan Núñez de Lara por la mucha privanza que con el rey a la sazón alcanzaba.

En prosecución de lo concertado en Calatayud de consentimiento de las partes fue nombrado por juez árbitro pura componer aquellas diferencias Dionisio, rey de Portugal, y por sus acompañados el infante don Juan de la parte de Castilla, y por la de Aragón don Jimeno de Luna, obispo de Zaragoza. Los reyes de Portugal y Aragón tuvieron primero habla en Torrellas, que es una villa a la raya de Aragón y a las faldas de Moncayo, puesta en un sitio muy deleitoso. Allí los jueces, oído lo

que por las partes se alegaba, pronunciaron sentencia, y fue que el río de Segura partiese término entre los reinos de Aragón y Castilla, cosa de grande comodidad y ventaja para el aragonés, porque se le añadió lo de Alicante con otros pueblos de aquella comarca, y de su bella gracia le otorgaron lo que él con tanto ahínco antes deseaba. Pronuncióse la sentencia a los 8 del mes de agosto, y luego el día siguiente los tres reyes se juntaron en el Campillo, que está allí cerca, y por la memoria del concierto que en aquel lugar se hiciera veintitrés años antes de esto entre don Alfonso, rey de Castilla, y don Pedro, rey de Aragón, parecía de buen agüero. Confirmóse allí lo asentado; desde allí los reyes fueron a Agreda, y pasaron a Tarazona. Grandes regocijos y recibimientos les hicieron; muy señalada fue esta junta, porque fuera de los tres reyes se hallaron asimismo presentes tres reinas, las dos de Castilla, suegra y nuera, y doña Isabel, reina de Portugal, persona muy santa, demás de la infanta doña Isabel, hermana del rey don Fernando, la que estuvo primero desposada con el rey de Aragón. El acompañamiento y corte era conforme a la calidad de príncipes tan grandes, en particular el rey de Portugal se señaló más que todos, conforme a la condición de aquella nación, por ser deseoso de honra, y a causa de la larga paz rico de dineros; se dice que trajo en su compañía de Portugal mil hombres de a caballo, y que en todo el camino no quiso alojar en los lugares, sino en tiendas y pabellones que hacía armar en el campo.

En lo que tocaba a la pretensión de los Cerdas, los reyes de Aragón y Portugal, nombrados por jueces árbitros, llegado el negocio a sentencia, mandaron que don Alfonso en adelante no se llamase rey; que restituyese todas las plazas y castillos de que estaba apoderado. Señaláronle a Alba, Béjar, Valdecorneja, Gibraleón, Sarriá, con otros lugares y tierras para que pudiese sustentar su vida y estado, recompensa muy ligera de tantos reinos. Pocas veces los hombres guardan razón, principalmente con los caídos; todos les faltan y se olvidan. El rey de Francia no acudía, sólo el rey de Aragón sustentaba el peso de la guerra contra Castilla; deseaba por tanto concertar aquellos debates de cualquier manera que fuese. Esta sentencia dio tanta pesadumbre a don Alfonso de la Cerda, que aún no se quiso hallar presente para oírla, antes se partió echando mil maldiciones a los reyes.

Restaba de acordar la diferencia del infanta don Juan y Diego López de Haro. El rey tenía prometido al infante que, efectuadas las paces, él mismo le pondría en posesión del señorío de Vizcaya. Concluida pues y despedida la junta de los reyes, don Diego de Haro fue citado para que en cierto día que le señalaron pareciese en Medina del Campo, para donde tenían convocadas las Cortes del reino. Señaláronse jueces árbitros que determinasen la causa. Don Diego López de Haro, sea por fiar poco de su justicia y entender tenía usurpado aquel estado, o por sospechar que el rey no le era nada favorable, sin pedir licencia para partirse se salió de las Cortes, las cuales acabadas que fueron, como entendiesen que don Diego de Haro no haría por bien cosa ninguna, y el infante don Juan, que siempre andaba al lado del rey, diese prisa a que el negocio se concluyese, en Valladolid, vistas sus probanzas, se sentenció en su favor, solamente se difirió la ejecución para otro tiempo, en que se pretendía que con alguna manera de concierto entre las partes se atajase la tempestad de la guerra que podía de esto resultar.

En el año del Señor de 1305 estaban las cosas de esta manera en Castilla, unas diferencias soldadas, otras para quebrar; y a 17 días del mes de enero Roger de Lauria, general del mar, murió en Cataluña, capitán sin segundo y sin par en aquel tiempo, determinado en sus consejos, diestro por sus manos, querido y amado de los reyes, en especial del rey don Pedro, que con su ayuda y por su valor sujetó a Sicilia. Él solo dio fin a grandes hazañas con próspero suceso; los reyes nunca hicieron cosa memorable sin él; su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz con su túmulo y letra junto al enterramiento del rey don Pedro en señal del grande amor que le tuvo.

A los 6 días del mes de abril murió doña Juana, reina de Navarra, en París; su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco con real pompa y célebre aparato; está de presente metido este monasterio dentro del colegio de Navarra. Sucedió luego a su madre difunta en el reino Luis, que tuvo por sobrenombre Hutino; tomó la corona real en Pamplona; después fue también él rey de

Francia por muerte de su padre. Dejó la reina doña Juana allende de este otros hijos, a Filipo, que tuvo por sobrenombre el Largo, a Carlos, que tuvo por sobrenombre el Hermoso, que adelante vinieron a ser todos reyes de Francia y Navarra. Dejó otrosí dos hijas; la una murió siendo niña, la otra, por nombre madama Isabel, casó con Eduardo, rey de Inglaterra, la más hermosa doncella que se halló en su tiempo.

CAPÍTULO VIII
CEMENTE V, PONTÍFICE MÁXIMO

El pontificado de Benedicto no duró más de ocho meses y seis días. Siguióse una vacante larga de diez meses y veintiocho días. Grandes disensiones anduvieron en este cónclave, muy encontrados los votos de los cardenales, así italianos como franceses, que eran en gran número, porque a devoción de los reyes de Nápoles los papas criaron los años pasados muchos cardenales de la nación francesa. En fin, se concertaron de esta suerte: que los italianos nombrasen tres cardenales franceses para el pontificado, y que de estos eligiese el bando contrario uno que fuese papa. Salieron tres arzobispos nombrados, que estaban muy obligados a la memoria de Bonifacio como criaturas suyas. De estos tres en ausencia fue elegido Raimundo Gotro, arzobispo de Burdeos, primero comunicado el negocio con Filipo, rey de Francia. Procuró el rey de Francia que se viniese antes de aceptar a ver con él en la villa de Angelina, que cae en la provincia de Xantoigne, donde dicen hizo que debajo de juramento le prometiese de poner en ejecución las cosas siguientes: que condenaría y anatematizaría la memoria de Bonifacio VIII; que restituiría en su grado y dignidad cardenalicia a Pedro y a Jacobo de casa Colona, que por Bonifacio fueron privados del capelo; que le concedería los diezmos de las iglesias por cinco años, y conforme a esto otras cosas feas y abominables a la dignidad pontifical; pero tanto puede el deseo de mandar.

Con esto a los 5 días del mes de junio fue declarado por pontífice, y tomó nombre de Clemente V. Mandó luego llamar todos los cardenales que viniesen a Francia, y en Lyon tomó las insignias pontificales a 11 de noviembre. Acudió increíble concurso de gente. Aguó la fiesta y destempló el alegría un caso de mal agüero, como muchos lo interpretaron. El mismo día que se celebraba esta solemnidad, mientras el nuevo pontífice hacía el paseo con grande acompañamiento y pompa, le derribó del caballo una gran pared que cayó por ser muy vieja y carcomida y por el peso de la muchedumbre de gente que sobre ella cargó a ver la fiesta. Cayósele la tiara que llevaba en la cabeza, y se perdió de ella un carbunco de gran valor. El rey de Francia, que iba a su lado, se vio en gran peligro; Juan, duque de Bretaña, pereció allí; los reyes de Inglaterra y Aragón escaparon con mucho trabajo. Fue grande el número de los que murieron, parte por tomarles la pared debajo, parte por el aprieto de la mucha gente.

Con estos principios se conformó lo demás; todo andaba puesto en venta, así lo honesto como lo que no lo era. Crió doce cardenales a contemplación y por respeto del rey Filipo de Francia. todavía como le hiciese instancia sobre condenar la memoria del papa Bonifacio, según que lo tenía prometido, dio por respuesta que negocio tan grave no se podía resolver sino era con junta de un concilio general. Por este camino se desbarató la pretensión de aquel rey, y esta dicen fue la principal causa para juntar el concilio de Viena, que se celebró como poco adelante se dirá. Trasladó la silla pontifical desde Roma a Francia, que fue principio de grandes males; ca todo el orbe cristiano se alteró con aquella novedad, y en particular toda Italia, de que resultaron todas las demás desgracias y un gran torbellino de tempestades. Lo que se proveyó para el gobierno de Italia y del patrimonio que allí la Iglesia tiene fue enviar tres cardenales por legados para con poderes bastantes gobernar aquel estado, así en tiempo de guerra como de paz.

En Castilla por el mismo tiempo se despertaron nuevas alteraciones. No hay cosa más deleznable que la cabida y privanza con los reyes. Don Juan Núñez de Lara comenzó a ir de caída por estar el rey don Fernando cansado de él. Quitóle el oficio de mayordomo de la casa real, y puso en su lugar a don Lope, hijo de don Diego López de Haro. El color que se dio fue que don Juan de Lara era general de la frontera contra los moros y no podía servir ambos cargos, como quier que a la verdad el rey pretendiese sobro todo con aquella honra ganar la casa de Haro y apartarla de la amistad que tenía trabada muy grande a la sazón con los de Lara. Entendiéronse fácilmente estas mañas, como suela acontecer, que en las cosas de palacio no hay nada secreto; por donde estos dos caballe-

ros se unieron y ligaron con mayor cuidado y determinación que tenían de desbaratar aquellos intentos. Parecía que el negocio amenazaba rompimiento; acudieron Alfonso Pérez de Guzmán y la reina madre, y con su prudencia hicieron tanto, que estos caballeros se apaciguaron, ca volvieron a cada cual de ellos las honras y cargos que solían tener. Demás de esto, se tomó asiento entre el infante don Juan y la casa de Haro con estas condiciones: que don Diego de Haro por sus días gozase el señorío da Vizcaya, y después de su muerte tornase al infante don Juan; que Orduña y Balmaseda quedasen por don Lope, hijo de don Diego de Haro, por juro de heredad, y de nuevo se le hizo merced de Miranda de Ebro y Villalva de Losa en recompensa de lo que de Vizcaya les quitaban.

El deseo que el rey tenía de apaciguar las diferencias de estos grandes, con que todo el reino andaba alborotado, era tan grande, que ninguna cosa se le hacía de mal a trueco de concordarlos. El alegría que todos recibieron por esta causa fue grande; sólo don Juan de Lara recibió pesadumbre, así por parecerle le habían agraviado en tomar asiento con su suegro don Diego de Haro sin darle a él parte, como por tener costumbre de aprovecharse de los trabajos ajenos y sacar ganancia de las alteraciones que sucedían entre los grandes. Esto fue en tanto grado, que por parecerle forzoso correr él fortuna después de tomado aquel asiento, y que no le quedaba esperanza de escapar si no se valía de alguna nueva trama, renunciada la fe y lealtad que al rey tenía jurada, se retiró a Tordehumos, plaza muy fuerte, así por su sitio como por sus murallas y reparos, donde con sus fuerzas y las de sus aliados pensaba defenderse del rey, que sabía tenía muy ofendido.

Acudieron en breve los del rey, pusieron cerco sobre aquel lugar; pero como quier que no faltasen muchos de secreto aficionados a don Juan de Lara, la guerra se proseguía con mucho descuido, y el cerco duró mucho tiempo. Llegaron o tratar de concierto, y porque el rey se hacía sordo a esto, los soldados se desbandaron y se fueron, unos a una parte, otros a otra. Entre los demás que favorecían a don Juan de Lara era el infante don Juan. Pasó el negocio tan adelante, que al rey fue forzoso perdonarle; solamente por cierta muestra de castigo le quitó las villas de Moya y Cañete, que, como arriba queda dicho, se las diera el rey don Sancho.

Poco duró este sosiego, porque como don Juan de Lara y el infante don Juan entendiesen y tuviesen aviso que el rey pretendía vengarse de ellos, si fue verdad o mentira no se sabe, pero, en fin, por pensar los quería matar, se concertaron entre sí y resolutamente se rebelaron. El infante don Juan brevemente se aplacó con las satisfacciones que le dio el rey; sosegar a don Juan de Lara era muy dificultoso, que de cada día se mostraba más obstinado. A esta sazón don Alfonso de la Cerda, como quier que se hallase desamparado de todos y juzgase que era mejor sujetarse a la necesidad que andar toda la vida descarriado y pobre, despojado del reino que pretendía y perdido el estado que le señalaron, envió a Martín Ruiz para que en su nombre tomase posesión de los pueblos que los jueces úrbitros le adjudicaron. Así, perdida la esperanza de cobrar el reino, en lo de adelante comúnmente le llamaron don Alfonso el Desheredado.

CAPÍTULO IX
QUE LA GUERRA DE GRANADA SE RENOVÓ

El vulgo de ordinario, y más entre los moros, de su natural es inconstante, alborotado, amigo de cosas nuevas, enemigo de la paz y sosiego. Así en este tiempo comenzaron los moros de Granada a alborotarse en gran daño suyo y riesgo de perderse, como quiera que por todas partes estuviesen rodeados de enemigos y aquel reino de Granada reducido a gran estrechura y puesto en balanzas. La ocasión de alborotarse fue que el rey era inútil para el gobierno, y como ciego pasaba en descuido su vida; su cuñado, el señor de Málaga era el que lo mandaba todo, y en efecto, era el que en nombre de otro reinaba. Parecíales cosa pesada tener dos reyes en lugar de uno, porque, fuera de los demás inconvenientes, se doblaba el gasto de la casa real a causa que el de Málaga no tenía menos corte, acompañamiento y casa que si fuera verdadero rey, puesto que el nombre le dejaba a su cuñado. Decían sería mucho mejor nombrar otro rey que fuese hombre que los gobernase, a quien todos tuviesen respeto, obedeciesen a sus mandamientos y con su autoridad se defendiesen y vengasen de sus enemigos. Al vulgo, que andaba alterado, atizaban los principales; mayormente Aborrabes, un caballero que venía de los reyes de Marruecos, con su gente y la de sus aficionados se apoderó de la ciudad de Almería y se intuló rey de ella. La mayor parte del pueblo se inclinaba a favorecer a Mahomad Azar, hermano que era menor del rey ciego, que daba muestras de valor y se veían en él señales de otras virtudes. Fue Aborrabes echado por el bando contrario de Almería; él, con deseo de apoderarse de Ceuta, ciudad que los granadinos tenían en la frontera de África, intentó ayudarse de los cristianos.

Por todo esto se ofrecía buena ocasión para hacer la guerra a los moros y echarlos de todo punto de España. Comunicaron entre sí este negocio por cartas los reyes de Aragón y Castilla; acordaron de juntarse en el monasterio de Huerta, que está a la raya de los dos reinos. Hizóse la junta al principio del año de 1309. Allí y en Monreal, do los reyes pasaron, lo primero que se trató fue de apaciguar a don Alfonso de la Cerda, templada en alguna manera la sentencia que los jueces árbitros dieron; recelábanse que mientras los dos reyes estaban ocupados en la guerra de los moros, no alborotase a Castilla con ayuda de sus parciales y aficionados. Tomada esta resolución, acordaron emprender la guerra de Granada, y para apretar más a los moros acometerlos por dos partes, y en un mismo tiempo poner cerco sobre Algeciras y sobre Almería. Demás de esto, concertaron que la infanta doña Leonor, hermana del rey don Fernando, casase con don Jaime, hijo mayor del rey de Aragón. Por dote le señalaron la sexta parte de todo lo que en aquella guerra se ganase, y en particular la misma ciudad de Almería.

Concluida la junta y despedidos los reyes, todo comenzó a resonar con el estruendo de las armas, provisión de dinero, juntas de soldados y gente de a caballo, de bastimento y bagaje necesario. Tenían los dos príncipes soldados muy diestros, muy unidos entre sí, no inficionados con las discordias civiles; en especial los aragoneses ponían miedo a los moros por la fama que corría de haber sujetado sus enemigos y alcanzado tantas victorias. El rey don Fernando, a ruego de su madre, fue a Toledo para hallarse presente a trasladar los huesos del rey don Sancho, su padre, en un sepulcro muy honroso que la reina tenía apercibido con todo lo demás necesario y conveniente a las exequias y honras de su marido. Tenía el rey don Fernando condición apacible, una honestidad natural, como acostumbraba decir Gutierre de Toledo, que se crió con él desde su niñez, gran modestia en su rostro, su cuerpo bien proporcionado y apuesto, de grande ánimo, muy clemente.

Aconteció que el mismo día de Navidad un caballero muy principal, a quien él tenía señalado para el gobierno de Castilla, se vino a despedir de él para ir a su cargo. El rey, dejados los dados con que acaso se entretenía, le advirtió que en Galicia hallaría muchos caballeros nobles que andaban alborotados; que aunque mereciesen pena de muerte, le encargaba se guardase de ejecutar el castigo, solamente se los enviase, que se quería servir de ellos en la guerra de los moros. Engrandeció el ca-

ballero el acuerdo tan clemente del rey, que, aunque pareció a muchos blando en demasía y temerario, la experiencia mostró ser muy acertado. No hubo en toda la guerra contra los moros quien se señalase más que aquellos hidalgos. Estimulábalos grandemente el deseo de borrar la deshonra pasada, y la voluntad de servir al rey la clemencia de que con ellos usara; sus valerosas hazañas no se podían encubrir; en todas partes y ocasiones peleaban contra los moros con odio implacable, y entre sí tenían competencia de aventajarse en valor y ánimo.

Finalmente, desde Toledo partieron al Andalucía. El campo de los castellanos llegó sobre Algeciras a 27 días del mes de julio. A mediado el siguiente mes de agosto puso su cerco sobre Almería el rey de Aragón. Con los aragoneses vinieron don Fernando, hijo de don Sancho, rey de Mallorca, mancebo de los fuertes y valerosos que en su tiempo se hallaban; don Guillén de Rocaberti, arzobispo de Tarragona; don Ramón, obispo de Valencia y chanciller del rey; don Artal de Luna, gobernador de Aragón, con otros prelados y caballeros. Al rey don Fernando seguían los caballeros de la casa y familia de Haro; don Juan de Lara, poco antes vuelto en amistad del rey; don Juan, tío del rey, y el arzobispo de Sevilla y otros muchos caballeros principales. Gisberto, vizconde de Castelnovo, fue con parte de la armada de los aragoneses sobre Ceuta, que está en la frontera y riberas de África, y la tomó. Los despojos hubieron los aragoneses; la ciudad se dejó a Aborrabes, como lo tenían con él capitulado. Los de Granada, habido sobre ello su acuerdo, porque si venían a repartir su gente no serían bastantes para sustentar ambas guerras, determinaron de defender la ciudad de Almería, fuese por la confianza que hacían de la fortaleza de Algeciras, demás que tenía harta gente de defensa y las provisiones necesarias, o por rabia de que los aragoneses les hubiesen ganado a Ceuta y se hubiesen entremetido en aquella guerra sin pretender contra ellos algún derecho ni haber recibido agravio.

El mismo día de la festividad de San Bartolomé los moros con toda su gente se presentaron a vista de aquella ciudad. Los aragoneses, visto que les representaban la batalla, de buena gana fueron a acometerlos. A los principios no se conoció ventaja en ninguno de los campos, porque los moros peleaban con grandísimo esfuerzo; pero en fin, fueron vencidos y puestos en huida con gran daño y matanza. Los bosques que allí cerca estaban dieron a muchos la vida, que se metieron por aquellas espesuras y escaparon. No hay alegría cumplida en las cosas humanas. Mientras que los nuestros con demasiada codicia y poco recato iban en seguimiento de los bárbaros y ejecutaban el alcance, los de Almería salen de la ciudad y acometen el real de los aragoneses, que tenía poca defensa y por capitán a don Femando de Mallorca. Ganaron el baluarte y trincheras y saquearon y robaron algunas tiendas. Acudieron los nuestros, y aunque con mucha dificultad, en fin lanzaron los moros y los forzaron a retirarse dentro de la ciudad. Esto hizo que el contento de la victoria ganada no se les aguase tanto si perdieran los reales; demás que aquel peligro fue aviso para que en adelante tuviesen mayor recato. Todo era menester, porque segunda vez a los 15 de octubre grande morisma, que llegaban a más de cuarenta mil, acometieron las estancias de los aragoneses, pero sucediéles lo mismo que en el rebate pasado.

No con menos esfuerzo apretaban los de Castilla por mar y por tierra el cerco de Algeciras; más las fuertes murallas y los muchos soldados que dentro tenían impedían a los cristianos para que sus asaltos no hiciesen efecto. Como se detuviesen muchos meses, acordaron de acometer a Gibraltar, villa puesta sobre el monte Calpe, con esperanza de apoderarse de ella, porque no tenía tanta defensa. Fueron para este efecto el arzobispo de Sevilla y don Juan Núñez de Lara con parte del ejército. Alfonso Pérez de Guzmán, caballero el más señalado que se conocía en aquellos tiempos e iba en compañía de los demás, en un rebate que tuvieron con los moros en el monte Gausin quedó muerto, daño que fue muy notable, dolor y sentimiento de todo el reino. Verdad es que la villa de Gibraltar se entregó al mismo rey don Fernando, que acudió para este efecto, como lo concertaron para que los cercados se rindiesen con más reputación y fuese del rey la honra de ganar aquella plaza. Diose libertad a los moros para pasar en África y llevar consigo sus bienes. Entre los demás un

moro muy viejo ya, que quería partirse, habló, según dicen,, al rey de esta manera:

«¿Qué desdicha es esta mía, por mi mal hado o por mis pecados causada, que toda mi vida ande desterrado y a cada paso me sea forzoso mudar de lugar y hacer alarde de mi desventura por todas las ciudades? Don Fernando, tu bisabuelo, me echó de. Sevilla, fuime a Jerez de la Frontera. Esta ciudad conquistó tu abuelo don Alfonso, y a mí fue necesario recogerme a Tarifa. Ganó esta plaza tu padre el rey don Sancho, a mí por la misma razón fue forzoso pasar a Gibraltar. Cuidaba con tanto poner fin a mis trabajos, y esperaba la muerte como puerto seguro de todas estas desgracias. Engañóme el pensamiento; al presente de nuevo soy forzado a buscar otra tierra. Yo me resuelvo pasar en África por ver si con tan largo destierro puedo amparar lo postrero de mi triste vejez y pasar en sosiego este poco de vida que me puede quedar.»

Los soldados que estaban sobre Algeciras, dado que era gente feroz y denodada, cansados con los trabajos y malparados con los fríos del invierno, a cada paso desamparaban las banderas, no sólo la gente baja, sino también la principal y los señores, que demás de lo dicho andaban desabridos porque el rey daba oído a gente baja y de intenciones dañadas. El infante don Juan y don Juan Manuel fueron de poco provecho en esta guerra, antes ocasión de mucho daño, porque partidos ellos, con su ejemplo muchos se salieron del campo y desampararon los reales. Don Diego López da Haro murió en la demanda de enfermedad. Su cuerpo llevaron a Burgos y enterraron en el monasterio de San Francisco. El señorío de Vizcaya, según que lo tenían capitulado, recayó en doña María, mujer del infante don Juan; cosa nueva que en aquel estado sucediese mujer, en que hasta entonces se continuó la sucesión por línea de varón. La muerte de este caballero y las continuas lluvias que sobrevinieron, por ser el tiempo más áspero de todo el año, forzaron a que el cerco de Algeciras se alzase. Capitularon empero que los moros restituyesen, como lo hicieron, las villas de Quesada y Bedmar, que tomaron el tiempo pasado a los nuestros, y para los gastos de la guerra pagasen cuarenta mil escudos. La villa de Quesada poco adelante dio el rey a la iglesia de Toledo, cuya solía ser. Éste fue el fruto que de tanto ruido, tantas pérdidas y trabajos se sacó.

Los aragoneses, si bien tenían en sus reales grande abundancia de todas las cosas necesarias, asimismo por la poca esperanza de salir con la empresa, como les restituyesen los aragoneses que allí tenían cautivos, se partieron de sobre Almería, que fue a los 26 días del mes de febrero, año de 1310, sin suceder otra cosa digna de memoria, salvo que en el mayor calor de esta guerra el ciego rey moro fue despojado del reino por su hermano Azar, y en Almuñécar puesto en prisiones con buena guarda; grande desgracia y caída, el que era rey ser privado de la libertad, mal que se pudiera llevar en paciencia sino pasara adelante. Poco después en Granada, do le hizo volver, sin respeto de lo que se diría ni compasión del que era su hermano, por asegurarse le mandó cruelmente matar; así pervierte todas las leyes de naturaleza el deseo desenfrenado de reinar.

Don Juan Núñez de Lara al fin de la guerra pasada fue por embajador a Francia, y cumplido con su cargo, tornó al rey de Castilla, que era venido a Sevilla, despedido que hubo su ejército. Llevaba orden de impetrar, como lo hizo, los diezmos de las rentas eclesiásticas para ayuda a los gastos de la guerra contra moros; demás de esto de avisar al pontífice Clemente que no debía en manera alguna proceder contra la memoria del papa Bonifacio, por los grandes inconvenientes que de hacer lo contrario resultarían, contra lo que pretendía el rey de Francia, y que el pontífice no estaba fuera de hacerlo, según avisaban personas de autoridad.

En Vizcaya, en aquella parte que llaman Guipúzcoa, por mandado del rey y a costa de los de aquella provincia se fundó la villa de Azpeitia, como se entiende por la provisión real que en esta razón se despachó en Sevilla al principio de este año, desde donde el rey don Fernando se partió para Burgos para celebrar las bodas de la infanta doña Isabel, su hermana, aquella que repudió el rey de Aragón, y de nuevo la tenían concertada con Juan, duque de Bretaña. El cargo de mayordomo de la casa real se dio a don Juan Manuel, sin que el infante don Pedro, hermano del rey, que tenía aquel oficio, mostrase sentimiento alguno. Demás de esto, el mismo don Juan era frontero de Murcia

contra los moros, dado que en su lugar servía este cargo Pero López de Ayala. Todo esto se enderezaba a obligar más a aquel caballero, que era muy poderoso, y fue tan dichoso en sus cosas, que dos hijas suyas, doña Costanza, habida en su primera mujer, fue reina de Portugal, y doña Juana lo fue de Castilla, la cual hubo en doña Blanca, hija de Fernando de la Cerda y de doña Juana de Lara.

En este viaje pasó el rey por Toledo en sazón que por muerte de don Gonzalo, que finó este mismo año, vacaba aquella iglesia. Sucedióle don Gutierre II, natural y arcediano de Toledo. Su padre, Gómez Pérez de Lampar, alguacil mayor de Toledo. Su madre, Horabuena Gutiérrez. Su hermano, Fernán Gómez de Toledo, camarero mayor y muy privado del rey, que por su respeto acudió a su hermano con su favor, y obró tanto, que los canónigos apresuraron la elección y dieron sus votos a don Gutierre, mayormente que se recelaban no se entremetiese el papa y les diese prelado de su mano. Partió el rey de Toledo para Burgos a las bodas, que se festejaron como se puede pensar. Del infante don Juan, tío del rey, no se tenía bastante seguridad por ser de su condición mudable y por cosas que de él se decían, y claramente se dejaba entender que de tal manera haría el deber, que no duraría más el respeto de lo que le fuese necesario. Por esta causa en Burgos, ca acudió a las fiestas de aquellas bodas de la infanta, aunque con seguridad que le dieron, trataban por orden del rey de darle la muerte. Don Juan Núñez de Lara, como de ello tuviese noticia, procuró estorbarlo, afeando en gran manera aquel intento; y sin embargo, el infante don Juan, luego que supo lo que pasaba, se salió secretamente de la corte. Muchos caballeros, movidos de caso tan feo, sin tener cuenta con el rey y con su autoridad ni con la solemnidad de las bodas, le hicieron compañía. Pero todas estas alteraciones, que amenazaban mayores males, apaciguó la reina madre con su prudencia, sin cesar hasta reconciliar el infante don Juan con el rey, su hijo.

En Palencia sobrevino al rey una tan grave enfermedad, que no pensaron escapara. La buena diligencia de los médicos, la fuerza de la edad y la mudanza del aire le sanaron, porque luego que pudo se fue a Valladolid.

En Barcelona murió doña Blanca, reina de Aragón, a 14 días del mes de octubre, señora dotada de grande honestidad y de todo género de virtudes. Dejó noble generación, es a saber, los infantes don Jaime, don Alfonso, don Juan, don Pedro, don Ramón Berenguel. Las hijas fueron doña María, doña Costanza, doña Isabel, doña Blanca, doña Violante. Doña Blanca pasó su vida en el monasterio de Sigena, en que fue abadesa; las demás casaron con grandes príncipes, y por sus casamientos muchos linajes nobilísimos emparentaron con la casa real de Aragón. El cuerpo de la reina sepultaron en Santa Cruz, que es un monasterio muy noble en Cataluña. Las exequias se hicieron con toda la solemnidad que era justo y se puede pensar.

CAPÍTULO X
CÓMO EXTINGUIERON LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

Los obispos de toda la cristiandad se juntaban por este tiempo llamados por edictos de Clemente, pontífice, para asistir al concilio de Viena, ciudad bien conocida en el Delfinado de Francia. A las demás causas públicas que concurrían para juntar este concilio se allegaba una, la más nueva y sobre todas urgentísima, que era tratar de los caballeros templarios, cuyo nombre se comenzara a amancillar con grandes fealdades y torpezas, y era a todos aborrecible. Querían que todos los prelados diesen su voto y determinasen lo que en ello se debía de hacer, pues la causa a todos tocaba. El principio de esta tempestad comenzó en Francia. Achacábanles delitos nunca oídos, no tan solamente a algunos en particular, sino en común a todos ellos y a toda su religión.

Las cabezas eran infinitas, las más graves estas: que lo primero que hacían cuando entraban en aquella religión era renegar de Cristo y de la Virgen, su madre, y de todos los santos y santas del cielo; negaban que por Cristo habían de ser salvos y que fuese Dios; decían que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte; ensuciaban la señal de la cruz y la imagen de Cristo con saliva, con orina y con los pies, en especial, porque fuese mayor el vituperio y afrenta, en aquel sagrado tiempo de la Semana Santa, cuando el pueblo cristiano con tanta veneración celebra la memoria de la pasión y muerte de Cristo; que en la santísima Eucaristía no está el cuerpo de Cristo, el cual y los demás sacramentos de la santa madre Iglesia los negaban y repudiaban; los sacerdotes de aquella religión no proferían las místicas palabras de la consagración cuando parecía que decían misa, porque decían que eran cosas ficticias e invenciones de los hombres, y que no eran de provecho alguno; que el maestre general de su religión, y todos los demás comendadores que presidían en cualquiera casa o convento suyo, aunque no fuesen sacerdotes, tenían potestad de perdonar todos los pecados; solía venir un gato a sus juntas; a este acostumbraban arrodillarse y hacerle gran veneración como cosa venida del cielo y llena de divinidad; ultra de esto tenían un ídolo, unas veces de tres cabezas, otras de una sola, algunas también con una calavera y cubierto de una piel de un hombre muerto; de éste reconocían las riquezas, la salud y todos los demás bienes, y le daban gracias por ellos. Tocaban unos cordones a este ídolo, y como cosa sagrada los traían revueltos al cuerpo por devoción y buen agüero. Desenfrenados en la torpeza del pecado nefando, hacían y padecían indiferentemente. Besábanse los unos a los otros las partes más sucias y pudendas de sus cuerpos, seguían sus apetitos sin diferencia, y esto con color de honestidad como cosa concedida por derecho y conforme a razón. Juraban de procurar con todas sus fuerzas la amplificación de su orden, así en número de religiosos como en riquezas, sin tener respeto a cosa honesta y deshonesta. Referir otras cosas de ellos da pesadumbre y causa horror.

¿Qué dirá aquí el que esto leyere? ¿Por ventura no parecen estos cargos impuestos y semejables a consejas que cuentan las viejas? Villaneo sin duda y san Antonino y otros los defienden de esta calumnia; la fama y la común opinión de todos los condena. Necesario es que confesemos que las riquezas con que se engrandecieron sobremanera fueron causa de su perdición, sea por haberse con tanta sobra de deleites amortiguado en ellos aquella nobleza de virtudes y valor con que dieron cabo a tan esclarecidas hazañas así en el mar como en la tierra, sea que el pueblo ardiese de envidia por ver su pujanza, y los príncipes por esta vía quisiesen gozar de aquellas riquezas. Apenas se podría creer que tan presto hubiesen estos caballeros degenerado en común en todo género de maldad, si no tuviéramos el testimonio de las bulas plomadas del papa Clemente, que el día de hoy están en los archivos de la iglesia mayor de Toledo, que afirma no era vana la fama que corría; antes que en presencia del mismo papa fueron examinados sesenta y dos caballeros de aquella orden, que confesado que hubieron las maldades susodichas, pidieron humildemente perdón. Los primeros denunciadores fueron dos caballeros de aquella orden, es a saber, el prior de Monfalcon, que es en tierra de Tolosa, y Nofo, forajido de Florencia, testigos, al parecer de muchos, no tan abonados como nego-

cio tan grave pedía. Arrimáronseles otros, y entre ellos un camarero del mismo papa que de edad de once años tomó aquel hábito, y como testigo de vista deponía de las culpas susodichas. Las cabezas de estas acusaciones se enviaron al rey de Francia a Poitiers, do estaba con el pontífice Clemente, por cuyo orden a un mismo tiempo, como si tocaran al arma, todos los templarios que se hallaban en Francia fueron presos a los 13 días de octubre, tres años antes de éste en que va la historia. Pusiéronlos a cuestión de tormento; muchos o todos por no perder la vida, o porque así era verdad, confesaron de plano; muchos fueron condenados y los quemaron vivos. Entre otros, el gran maestre de la orden Jacobo Mola, borgoñón de nación, ya que le llevaban a la hoguera, puesto que le daban esperanza de la vida y que le darían por libre si públicamente pedía perdón, habló de esta manera, como lo afirman autores de mucho crédito:

«Como quiera que al fin de la vida no sea tiempo de mentir sin provecho, yo niego y juro por todo lo que puedo jurar que es falso todo lo que antes de ahora se ha acriminado contra los templarios y lo que de presente se ha referido en la sentencia dada contra mí, porque aquella orden es santa, justa y católica; yo soy el que merezco la muerte por haber levantado falso testimonio a mi orden, que antes ha servido mucho y sido muy provechosa a la religión cristiana, y imputándoles estos delitos y maldades contra toda verdad a persuasión del sumo pontífice y del rey de Francia; lo que ojalá yo no hubiera hecho. Sólo me resta rogar, como ruego a Dios, si mis maldades dan lugar, me perdone; y juntamente suplico que el castigo y tormento sea más grave, si por ventura por este medio se aplacase la ira divina contra mí y pudiese mover con mi paciencia a los hombres a misericordia. La vida ni la quiero ni la he menester, principalmente amancillada con tan grande maldad como me convidan a que cometa de nuevo.»

De otros muchos se cuenta que dijeron lo mismo, y que uno de ellos fue un hermano del delfín de Viena, persona nobilísima, cuyo nombre no se sabe, dado que consta del hecho.

El año próximo siguiente expidió el papa sus letras apostólicas a postrero de julio, en que comete a los arzobispos de Toledo y Santiago y les manda procedan contra los templarios en Castilla. Dioles por acompañado a Aimerico, inquisidor y fraile dominico, por ventura aquel que compuso el *Directorio de los Inquisidores* que tenemos, y junto con él otros prelados. En Aragón se dio la misma orden a los obispos don Ramón, de Valencia, y don Jimeno, de Zaragoza; lo mismo se hizo en las demás provincias de España y de toda la cristiandad. Diose a todos orden que, formado el proceso y tomada la información, no se procediese a sentencia sino fuese en los concilios provinciales. Gran turbación y tristeza fue esta para los templarios y todos sus aliados; nuevas esperanzas para otros, que les resultaban de su desgracia y trabajo. En Aragón acudieron a las armas para defenderse en sus castillos; los más se hicieron fuertes en Monzón por ser la plaza a propósito. Acudió mucha gente de parte del rey, y por conclusión los templarios fueron vencidos y presos.

En Castilla Rodrigo Ibáñez, comendador mayor o maestre de aquella orden, y los demás templarios fueron citados por don Gonzalo, arzobispo de Toledo, para estar a juicio. El rey los mandó a todos prender, y todos sus bienes pusieron en tercería en poder de los obispos hasta tanto que se averiguase su causa. Juntóse concilio en Salamanca, en que se hallaron Rodrigo, arzobispo de Santiago; Juan, obispo de Lisboa; Vasco, obispo de la Guardia; Gonzalo, de Zamora; Pedro, de Ávila; Alfonso, de Ciudad-Rodrigo; Domingo, de Plasencia; Rodrigo, de Mondoñedo; Alfonso, de Astorga, y Juan, de Tuy, y otro Juan, obispo de Lugo. Formóse el proceso contra los presos, tomáronles sus confesiones, y conforme a lo que hallaron, de parecer de todos los prelados fueron dados por libres, sin embargo que la final determinación se remitió al sumo pontífice, cuyo decreto y sentencia prevaleció contra el voto de todos aquellos padres, y toda aquella orden fue extinguida. En virtud de este decreto el rey don Fernando se apoderó de todo lo que los templarios poseían en Castilla, así bienes como pueblos. En Galicia tenían a Ponferrada y el Faro; en tierra de León Balduerna, Tavara, Almansa, Alcañices; en Extremadura a la raya de Portugal Valencia, Alconeta, Jerez de Badajoz, Frejenal, Nertóbriga, Capilla y Caracuel; en el Andalucía Palma; en Castilla la Vieja Villalpando; en

la comarca de Murcia Caravaca y Alconchel; en el reino de Toledo Montalbán; demás de estos, a San Pedro de la Zarza y a Burguillos, sin otros pueblos, posesiones y casas por todo el reino, que no se pueden por menudo contar.

Refieren que los templarios tenían en España doce conventos, de los cuales en una bula del papa Alejandro III se nombran cinco, que son estos: el de Montalbán, el de San Juan de Valladolid, el de San Benito de Torija, el de San Salvador de Toro y el de San Juan de Otero en la diócesis de Osma. En los archivos de la iglesia mayor de Toledo está la citación que el arzobispo don Gonzalo hizo a los templarios conforme a la comisión que tenía del papa Clemente, su data en Tordesillas a los 15 de abril del mismo año que murió, de 1310. En esta citación se cuentan veinticuatro bailías de los templarios, todas en Castilla, que eran como encomiendas, esá saber, la bailía de Faro, la de Amotiro, la de Goya, la de San Félix, la de Canabal, la de Neya, la de Villapalma, la de Mayorga, la de Santa María de Villasirga, la de Vilardig, la de Serafines, la de Alcanadre, la de Caravaca, la de Capella, la de Villalpando, la de San Pedro, la de Zamora, la de Medina de Luitosas, la de Salamanca, la de Alconcitar, la de Ejares, la de Cidad, la de Ventoso, las casas de Sevilla, las de Córdoba, la bailía de Calvarzaes, la de Benavente, la de Juneo, la de Montalbán, con las casas de Cebolla y de Villalva que le pertenecen. Hasta aquí la citacion. Otras casas, heredades y lugares que tenían debíanse reducir y ser miembros de las bailías susodichas.

En la ciudad de Maguncia en Alemania, como se tratase de este negocio en un concilio de prelados conforme al orden del papa, cuentan que uno llamado Hugón con otros veinte caballeros de aquella orden entró denodamente en la sala en que se hacía la junta, y a altas voces protestó que si alguna cosa allí se decretase contra su religión, que desde entonces apelaba para el sumo pontífice, sucesor de Clemente. Los prelados, atemorizados con aquella ferocidad, dijeron que no tuviesen pena, que todo se haría bien y se miraría por su justicia. Dieron noticia de lo que pasaba al papa, que cometió al mismo arzobispo de Maguncia de nuevo tomase información y procediese a sentencia. Hiciéronselas diligencias necesarias, y considerado el proceso y cerrado, los dieron por libres de todo lo que les achacaban.

Finalmente, el concilio vienense se abrió el año de 1311 a 16 días del mes de octubre. Muchas cosas se ventilaron. Por lo que tocaba al papa Bonifacio, se acordó no era lícito condenarle ni imputarle el crimen de herejía, como pretendían. Tratóse con muchas veras de renovar la guerra de la Tierra Santa, pero fue de poco efecto. Acerca de los templarios se decretó que su nombre y orden de todo punto se extinguiese; decreto que a muchos pareció muy recio, ni se puede creer que aquellos delitos se hubiesen extendido por todas las provincias, y que todos en general y cada cual en particular estuviesen tocados de aquel contagio. Verdad es que el naufragio y desastre de estos caballeros dio a todos aviso para huir semejantes delitos, mayormente a los eclesiásticos, cuyas fuerzas más consisten en una entera y loable opinión de virtud y bondad que en otra cosa alguna.

Los bienes y haciendas de los templarios adjudicaron a los caballeros de la orden de San Juan, que en aquella sazón ganaron a los turcos la isla de Rodas; conquista con que se adelantaron en gracia y reputación, y aún esperaban que se podría por medio de ellos renovar la guerra de la Tierra Santa. Sola España no admitió esta adjudicación por las grandes guerras que tenían contre los moros por este tiempo, y cada día se esperaban más. Halláronse en este concilio Filipo, rey de Francia, y tres hijos suyos, Carlos de Valois, su hermano, y gran número de embajadores de los otros reyes y príncipes. Asistieron trescientos obispos, otros dicen ciento catorce, dos patriarcas, el de Alejandría y el de Antioquia, y el romano pontífice, que sobrepujaba a todos los demás en autoridad y preeminencia. La divisa de los templarios era una cruz roja con dos traviesas como la de Caravaca en manto blanco; al contrario, los caballeros de San Juan traían y traen cruz blanca de la forma que vemos en manto negro.

CAPÍTULO XI
DE LA MUERTE DE DON FERNANDO EL CUARTO, REY DE CASTILLA

Todo el orbe cristiano estaba alterado con el desastre y caída de los templarios. Los culpados fueron castigados, los que no tenían culpa quedaron libres, y por decreto de los prelados de Viena se les señalaron pensiones en cada un año de las rentas de los mismos conventos, con que pudiesen pasar su vida; solamente les quitaron el hábito y insignia de aquella orden.

En Castilla todo lleno de fiestas y regocijos con el nacimiento del infante don Alfonso, que la reina doña Costanza parió a 3 días del mes de agosto, el cual poco después sucedió en el reino de su padre. Fue tanto mayor la alegría, que hasta entonces tenían poca esperanza de sucesión, porque la reina no se había hecho preñada y daba muestras de estéril. Tenían concertado casamiento por medio de embajadores entre don Pedro, hermano del rey don Fernando, y doña María, hija del rey de Aragón; para efectuarle vinieron los reyes el de Castilla y el de Aragón a verse en Calatayud. Hallóse al tanto allí la reina doña Costanza, ya convalecida del parto, y gran número de caballeros, así castellanos como aragoneses, ilustres por sus hazañas y por su nobleza. Celebráronse las bodas la misma Pascua de Navidad, grandes fiestas, justas y torneos, con que el pueblo se alegró asaz. Doña Leonor, hermana del rey don Fernando, que antes de ahora estaba tratado de casarla con don Jaime, hijo del rey de Aragón, se desposó asimismo con él, y fue entregada en poder de su suegro.

Trataron de renovar la guerra contra los moros a la primavera. Tenían cierta diferencia los reyes de Portugal y Castilla, y aún llegaban a términos de venir sobre ello a las puñadas. El rey don Fernando pretendía cobrar las villas de Mora y de Serpa, que caen en los confines de Portugal junto al cabo de San Vicente, que siendo él niño, entregaron al rey de Portugal contra toda justicia y razón. Para concertar esta diferencia nombraron por juez árbitro al rey de Aragón, que tenía grande industria y buena mano para cosas semejantes. Hecho esto, se despidieron unos de otros, y don Juan, hermano del rey de Aragón, fue sobre el caso por embajador a Portugal.

El rey don Fernando se vino a Valladolid, adonde llamó a Cortes a todos los de su reino para tratar de las provisiones que pretendía hacer para la guerra contra los moros. Pidió ser favorecido de dineros; los procuradores de las ciudades se los concedieron de muy pronta voluntad, porque de buena gana sufrían el menoscabo de dinero y la graveza de los tributos los pueblos y toda la gente común por el gran deseo que tenían de desarraigar aquella nación de España; no echaban al cierto de ver que muchas veces con honestas ocasiones se quebrantan y pierden los derechos de la libertad; que lo que se concede en los tiempos trabajosos, pasado el peligro, se queda perpetuo y se cobra, aún cuando el peligro es pasado.

El infante don Pedro, hermano del rey, nombrado por general contra los moros, llegada la primavera del año de 1312, aprestado su ejército, fue sobre Alcaudete, que, como dijimos arriba, se perdió y le tomaron los moros. El rey fue en pos de él hasta Martos. Allí sucedió una cosa muy notable. Por su mandado dos hermanos Carvajales, Pedro y Juan, fueron presos. Achacábanles la muerte de un caballero de la casa de los Benavides, que mataron en Palencia al salir del palacio real. No se podía averiguar quién fuese el matador; por indicios muchos fueron maltratados. En particular estos caballeros, oído su descargo, fueron condenados de haber cometido aquel crimen contra la majestad, sin ser convencidos en juicio ni confesar ellos el delito; cosa muy peligrosa en semejantes casos. Mandáronlos despeñar de un peñasco que allí hay, sin que ninguno fuese parte para aplacar al rey, por ser intratable cuando se enojaba y no saber refrenarse en la saña. Los cortesanos, por saber muy bien esta su condición, se aprovechaban de ella a propósito de malsinar y derribar a los que se les antojaba. Al tiempo que los llevaban a justiciar, a voces se quejaban que morían injustamente y a gran tuerto; ponían a Dios por testigo, al cielo y a todo el mundo; decían que pues las orejas del rey estaban sordas a sus quejas y descargos, que ellos apelaban para delante el divino tribunal, y citaban

al rey para que en él pareciese dentro de treinta días. Estas palabras, que al principio fueron tenidas por vanas, por un notable suceso, que por ventura fue acaso, hicieron después reparar y pensar diferentemente. El rey, muy descuidado de lo hecho, se partió para Alcaudete, donde su ejército alojaba; allí le sobrevino una enfermedad tan grande, que fue forzado dar la vuelta a Jaén, bien que los moros movían plática de entregar la villa. Aumentábase el mal de cada día y agravábase la dolencia de suerte, que el rey no podía por sí negociar. Todavía alegre por la nueva que le vino que la villa era tomada, revolvía en su pensamiento nuevas conquistas, cuando un jueves, que se contaron 7 días del mes de septiembre, como después de comer se retirase a dormir, a cabo de rato le hallaron muerto. Falleció en la flor de su edad, que era de veinticuatro años y nueve meses, en sazón que sus negocios se encaminaban prósperamente. Tuvo el reino por espacio de diecisiete años, cuatro meses y diecinueve días, y fue el cuarto de su nombre. Entendióse que su poco orden en el comer y beber, le acarrearon la muerte; otros decían que era castigo de Dios, porque desde el día que fue citado hasta la hora de su muerte, cosa maravillosa y extraordinaria, se contaban precisamente treinta días. Por esto entre los reyes de Castilla fue llamado don Fernando el Emplazado. Su cuerpo depositaron en Córdoba, porque a causa de los calores, que todavía duraban, no pudo ser llevado a Sevilla ni a Toledo, do tenían los enterramientos reales.

Acrecentóse la fama y opinión susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes príncipes, que por semejante razón fallecieron en los dos años próximos siguientes; estos fueron Filipo, rey de Francia, y el papa Clemente, ambos citados por los templarios para delante el divino tribunal al tiempo que con fuego y todo género de tormentos los mandaban castigar y perseguían toda aquella religión. Tal era la fama que corría, si verdadera si falsa no se sabe; más es de creer que fuese falsa; en lo que sucedió al rey don Fernando nadie pone duda.

No se sabe lo que determinó el rey de Aragón sobre la diferencia entre los reyes de Castilla y Portugal; bien se entendía empero favorecía más al portugués, y le parecía que el rey don Fernando no tenía razón, lo cual con su muerte y la turbación de los tiempos que se siguió luego en Castilla prevaleció; y aquellos pueblos sobre que era la diferencia se quedaron todavía y están en posesión y debajo del señorío de Portugal.

CAPÍTULO XII
DE LOS PRINCIPIOS DEL REINADO DE DON ALFONSO EL ONCENO, REY DE CASTILLA

Por la muerte del rey don Fernando se siguieron en Castilla grandes torbellinos de tempestades y discordias civiles, como era forzoso, por ser el rey niño, que no tenía más de un año y veintiséis días; lo mismo que estar el reino sin reparo y sin gobernalle. Este es el inconveniente que resulta de heredarse los reinos; más que se recompensa con otros muchos bienes y provechos que de ello nacen, como lo persuaden personas muy doctas y sabias, si con razones aparentes o con verdad, aquí no lo disputamos.

Luego que falleció el rey, alzaron a don Alfonso, su hijo, por rey de Castilla a instancia y por diligencia del infante don Pedro, su tío, que estaba en Jaén, donde acudió luego que Alcaudete se entregó. Alzáronse allí los estandartes reales por el nuevo rey, como es de costumbre, y el infante por lo que hizo movido por la obligación y fidelidad que debía, adelante fue más amado de todos, y las voluntades del pueblo le quedaron más aficionadas. El niño rey estaba a la sazón en Ávila; nombraron por su aya para criarle y dotrinarle a Vataza, una señora nobilísima, nieta de Teodoro Lascaro, emperador que fue de Grecia, que vino de Portugal en compañía de la reina doña Costanza y por su aya. Volvió adelante a Portugal; allí murió; yace en la iglesia mayor de Coimbra con su letrero que así lo reza. La reina doña María, abuela del niño, residía en Valladolid retirada del gobierno, sea por voluntad, sea por habérsele quitado. La reina doña Costanza, que acompañó a su marido cuando fue a la guerra, se hallaba en Martos cargada de tristeza, luto y lágrimas, como la que perdió su marido en la flor de su mocedad, y no sabía lo que sucedería para adelante. El infante don Juan era ido a Valencia, don Juan de Lara a Portugal; el uno y el otro en desgracia del rey don Fernando por disgustos que sucedieron poco antes de su muerte.

Era forzoso proveer quien ayudase a la tierna edad del rey y de presente gobernase las cosas; persona que fuese señalada en valor y nobleza. Muchos se entremetían sin ser llamados. Era negocio peligroso anteponer uno a los demás. La desordenada codicia de mandar salía de madre por no señalarse alguno a quien los demás tuviesen respeto; muchos no tenían vergüenza ni temor ni cuenta con las cosas divinas ni con las humanas, a trueco de salir con su pretensión. Don Alfonso, señor de Molina, hermano de la reina doña María, el infante don Felipe, tío del rey, y don Juan Manuel echaban sus redes para apoderarse del gobierno, bien que secretamente y con modestia. Los infantes tío y sobrino, es a saber, don Juan y don Pedro, más a la rasa. Don Pedro iba más adelante, así por ser el deudo más cercano del rey como por la afición que todos le tenían. Don Juan por su edad era más a propósito, si no fuera de condición inquieta y mudable, tanto, que a muchos parecía nació solamente para revolver el reino. No se veía amor ni lealtad; el deseo de acrecentar cada cual su estado les tenía ocupadas las voluntades. Las reinas, por ser mujeres, no eran bastantes para cosas tan graves, bien que todos entendían su autoridad y favor sería de gran momento a cualquiera parte que se arrimasen, dado que no se concertaban entre sí, como nuera y suegra.

Las cosas del Andalucía quedaron a cargo del infante don Pedro, hizo paces con el rey moro, que a entrambas partes estuvieron bien, en especial que el infante no podía atender a la guerra por estar ocupado en sus pretensiones. Por otra parte, Farraquen, señor de Málaga, procuraba vengar la cruel muerte del rey Alhamar, no tanto confiado en sus fuerzas cuanto en la mala satisfacción que los moros tenían con su rey, así por otras causas como por la muerte que diera a su hermano. Asentada pues esta confederación, el infante don Pedro y la reina doña Costanza comunicaron entre sí en qué forma se gobernaría el reino y sobre la crianza del rey. Acordaron de ir luego a Ávila con esperanza que los ciudadanos no les negarían su demanda, y si hiciesen resistencia, valerse contra ellos de las armas.

Por otra parte, don Juan, tío del rey don Fernando, y don Juan de Lara hicieron entre sí liga. La semejanza de las costumbres y el peligro que ambos corrían los hacían conformes en las voluntades. Procuraban pues con todo cuidado y diligencia de traer a su bando a la reina doña María con esperanzas que le darían a criar su nieto. Don Juan de Lara fue el primero que llegó a Ávila, pero no pudo haber a las manos al rey, porque el obispo don Sancho le metió dentro de la iglesia mayor, y allí se hizo fuerte con él y le defendió. Vinieron luego don Pedro y la reina doña Costanza; sucedióles lo mismo que a don Juan de Lara. Tratóse de medios; acordaron que el rey no se entregase a ninguna de las partes, si primero en Cortes no se acordase a quién se debía de entregar. Sobre que esto así se cumpliría, todos los ciudadanos de Ávila se hermanaron. Dio este consejo don Juan de Lara con esperanza de excluir al infante don Pedro.

Hiciéronse Cortes del reino en Palencia a la entrada de la primavera. Torpes sobornos, grandes cautelas y trazas. Los que mejor sentían nombraban a don Pedro y a la reina doña María, su madre, que mucho inclinaba en favor de su hijo para el gobierno del reino. Otros anteponían a don Juan y a la reina doña Costanza, que por mañas del bando contrario estaba ya encontrada con el infante don Pedro. De aquí nació ocasión de nuevos alborotos. Los grandes y las ciudades andaban muy disconformes, y cada cual seguía diverso parecer, y por un gobierno tenían dos; triste y miserable estado. Don Pedro, confiado en su poder, y en la benevolencia y favor que el vulgo le mostraba y en la ayuda que de fuera le podría venir, hizo avenencia con don Juan Manuel de esta manera: que si salía con la empresa le dejaría el gobierno de los reinos de Toledo y de Murcia; así se ponía en almoneda el mando, y la majestad del reino era tenida por cosa de burla. Fuese a ver con el rey de Aragón, su suegro, a Calatayud al principio del año de 1313. Cuéntale por extenso los engaños de los contrarios, sus cautelas y mañas y el peligro si esta disensión pasaba adelante, que forzosamente pararía en guerra perjudicial; que debía moverse por su justa demanda y favorecer a su yerno, mayormente en cosa tan puesta en razón. Así, de consentimiento de los dos despacharon a Miguel Arbe por embajador al rey de Portugal, por ver si con su autoridad se refrenasen las pretensiones de los revoltosos y pudiesen hacer que el gobierno del reino quedase en poder del infante don Pedro, y que a la reina doña Costanza se le encargase el cuidado de criar su hijo, que de esta forma les parecía se satisfacía a las partes. Los ciudadanos de Ávila, que eran tanta parte en este negocio, no se llegaban con calor a ninguna de las partes; a ambas henchían de esperanzas unas veces, otras amenazaban con miedos. Finalmente, vinieron a seguir el partido de don Pedro y de la reina doña María, su madre. Esto agradó a los más principales de la ciudad y al pueblo, con tal condición que no sacasen al rey de la ciudad.

En este tiempo Azar, rey de Granada, fue forzado a retirarse dentro del Alhambra por miedo de los ciudadanos que se rebelaron contra él. Ismael, hijo de Farraquen, fue el autor de esta rebelión y el capitán. El infante don Pedro, que se hallaba en Sevilla, movido de la injuria que se hacía al rey de Granada, su aliado, y del peligro que corría, pospuesto todo lo al, determinó de ir allá. Llegó tarde, ya que las cosas estaban perdidas, porque Azar vino a concierto con su enemigo, en que hizo dejación del reino y del nombre de rey, con retención de Guadix para su habitación, ciudad puesta en los deleitosos campos y bosques de los túrdulos, pueblos antiguos de España. Verdad es que el infante, ya que no le pudo favorecer en tiempo, procuró vengarle, porque tomó a los moros un castillo muy fuerte en la comarca de Granada, llamado Rute; hizo otrosí grandes correrías por toda aquella campaña. Había reinado Azar cuatro años y siete meses cuando fue despojado de aquel estado, más dichoso y más modesto en el tiempo que reinó su hermano que en el que él mismo tuvo el mando. Sucedióle su competidor Ismael, hijo de su hermana y de Farraquen. Con la toma de Rute el crédito del infante don Pedro se aumentó mucho, y ganó grandemente las voluntades de todos por acabar en tres días con lo que los reyes pasados no pudieron salir, que era ganar aquella fuerza, que muchas veces acometieron a tomar. No pasó adelante en la guerra de los moros por las revueltas que dentro del reino andaban, a que era forzoso acudir, sin cuidar mucho de las cosas de fuera.

Los grandes del reino y los procuradores de las ciudades se juntaron en el monasterio de Sahagún por ver si podrían concordar aquellos debates. Durante la congregación y junta la reina doña Costanza por el mes de noviembre pasó de esta vida. Fue gran parte para su muerte la pesadumbre que tenía de ver a su hijo fuera de su poder y la necesidad y pobreza que padecía, tan grande, que para pagar sus deudas y el gasto de su casa aún el oro y joyas que tenía para su persona no bastaban, como ella misma lo declaró en el testamento que otorgó a la hora de su muerte. La falta de la reina doña Costanza obró que se pudieron encaminar mejor los negocios a causa que el infante don Juan, desamparado que se vio de este arrimo, acudió a la reina doña María y a su hijo el infante don Pedro. Concertáronse en esta forma: que la crianza del rey estuviese a cargo de la reina, su abuela; los infantes gobernasen el reino, cada cual en aquella parte y aquellas ciudades que le siguieron en las Cortes que poco antes se tuvieran en la ciudad de Palencia; manera de gobierno bien extraordinaria y sujeta a grandes inconvenientes; pero era forzoso conformarse con el tiempo y llegar hasta lo que las cosas daban lugar. Al rey llevaron a Toro, ciudad muy apacible y de cielo muy saludable. Lo que principalmente pretendieron fue sacarle de poder de los de Ávila y vengarse de las afrentas que a todos antes hicieron.

Corría a esta sazón el año de 1314 cuando en el reino de Toledo se despertaron nuevos alborotos y bandos, y aún donde quiera se cometían mil maldades, robos, fuerzas y muertes; grande era la avenida de miserias, sin que hubiese fuerzas bastantes para atajar tantos daños. Acordaron buscar otra mejor manera de gobierno; juntaron Cortes en Burgos, en que se determinó que el gobierno supremo del reino estuviese en poder del Consejo Real, al cual se suele apelar de todos los tribunales con las mil quinientas que ha de pagar el que apela en caso que sea condenado. Ordenaron otrosí que el Consejo siguiese siempre la Corte do quiera que el rey y la reina estuviesen. Que los dos infantes determinasen los negocios de menor cuantía, sin darles facultad para enajenar las rentas reales, ni poder nombrar otro en su lugar, caso que alguno de los tres infantes y reina falleciese.

A la misma sazón fallecieron de su enfermedad tres grandes personajes, es a saber, don Pedro, hermano de la reina, que murió poco antes de este tiempo, y don Tello, su hijo, que venía a gran prisa para hallarse en las Cortes. En las mismas Cortes falleció sin hijos don Juan Núñez de Lara, mayordomo que a la sazón era de la casa real. El cargo por su muerte se proveyó a don Alfonso, hijo del infante don Juan. Tenía don Juan Núñez de Lara una hermana, por nombre doña Juana, que casó con don Fernando de la Cerda; de este matrimonio nacieron dos hijos, que fueron doña Blanca y don Juan de Lara, que tomó este apellido porque finalmente heredó el estado de la casa de Lara. Esto en Castilla.

El rey de Aragón por el mes de noviembre envió a Alemania a doña Isabel, su hija, que tenía concertada con Federico, duque de Austria, para que se efectuase el casamiento, al cual a la sazón los tres electores, el de Colonia, el de Sajonia y el Palatino nombraran por rey de romanos; los otros tres electores señalaron a Ludovico, bávaro; a estos se llegó Wenceslao, rey de Bohemia. Por donde este partido pareció tener mejor derecho, por lo menos tuvo más dicha; en una batalla que se dio de poder a poder, venció y prendió a su competidor. Mas este Ludovico se hizo adelante muy aborrecible por perseguir a los pontífices romanos, y en prosecución de esto elegir un nuevo y falso papa, de que resultaron grandes males.

CAPÍTULO XIII
DEL PRINCIPIO QUE TUVIERON LOS TURCOS

Tenía por este tiempo el imperio de Grecia Andrónico, hijo de Miguel Paleólogo, hombre impío y mal cristiano, ca renunció la santa fe católica romana que los griegos de común consentimiento recibieran los años pasados. Pasó en esto tan adelante, que publicó a su padre por excomulgado, y no permitió que a su cuerpo diesen sepultura y le hiciesen las honras acostumbradas. Tal fue el principio que dio a su imperio, desdichado y desgraciado. El odio que con los romanos tenían era tan grande, que no eran tenidos por legítimos los matrimonios que se hacían entre griegos y latinos, si la una de las partes no renunciaba la creencia de sus antepasados. Muchos por ser católicos, que era tenido por el más grave delito, hacía condenar por herejes.

Fue castigo del cielo que en este mismo tiempo los turcos comenzaron a tener nombre; gente hasta entonces no conocida, adelante muy encumbrada por nuestras pérdidas y daños, que de ellos se han recibido muy grandes y ordinarios, más por el descuido de los príncipes, que pudieran al principio atajar el fuego, que por su valor e industria. En aquella parte de Escitia por do corre el río Volga tuvo antiguamente esta gente su asiento. De allí un gran número se derramó en las partes de Europa el año del Señor de 760. Tuvieron una batalla con los húngaros, gente entonces muy poderosa, en la cual, como quedasen muy maltratados, se retiraron a Asia convidados de la fertilidad de la tierra y del poco valor de los naturales, ca con los deleites y regalo los tenían muy estragados. En aquella tierra los turcos se hicieron fuertes en las montañas, con cuya aspereza más que con las armas se mantuvieron largo tiempo. Su nombre no era muy conocido ni tuvieron caudillo muy señalado. Sustentábanse de robos y correrías; en las guerras asentaban al sueldo de la parte que les hacía mejor partido, cuando los príncipes comarcanos los convidaban para ayudarse de ellos, en especial acudían al sultán de Egipto. Fuera muy fácil deshacerlos, si alguno tuviera celo del bien común; pero lo pasado más se puede llorar que enmendar.

En la guerra de la Tierra Santa que emprendió Jofre de Bullon, príncipe señalado en valor y religión, comenzaron los turcos a ganar alguna fama por las rotas que dieron y recibieron muchas veces que con los fíeles vinieron a las manos. Estaban divididos debajo de muchos señores y caudillos hasta tanto que en tiempo del emperador Andrónico un cierto Otomán, hijo de Zico, hombre, bien que de baja suerte, de grandes fuerzas y ánimo, con dar la muerte a muchos de aquellos señores y maltratar a otros, se hizo señor de todos los turcos, que andaban esparcidos a manera de alárabes. Éste fue el primer fundador del imperio de los turcos, tan extendido en nuestro tiempo, y de quien la familia de los Otomanos tomó este apellido. De este por continua sucesión traen su descendencia aquellos emperadores, en que los hijos muchas veces han heredado el estado de los padres, por lo menos los hermanos se han sucedido uno a otro, como se ve por el árbol de su genealogía, que pareció poner en este lugar.

Otomán tuvo un hijo que le sucedió en el imperio, por nombre Orcanes, al cual sucedió su hijo Amurates; a este Bayacete, su hijo, muy nombrado porla jornada que tuvo con el Taborlan y por su grande desgracia, que fue vencido y preso en aquella batalla. Bayacete tuvo un hijo, por nombre Calapino, que le sucedió, y a Calapino dos hijos suyos, uno en pos de otro, que se llamaron el primero Moisés, el segundo Mahomad; hijo de este Mahomad fue Amurates, aquel que, cansado de las cosas del mundo, renunció el imperio y se retiró a hacer vida sosegada en lo mejor de su edad y cuando su imperio llegaba a la cumbre, cosa que le dio más nombradía que todas las otras hazañas que acabó, bien que fueron muy grandes; bienaventurado si por la verdadera y católica religión menospreciara las riquezas y grandeza de aquel estado. En lugar de Amurates fue puesto su hijo Mahomad, el que, pasados más de cien años adelante de este en que vamos, se apoderó por fuerza de armas de la gran ciudad de Constantinopla. A Mahomad sucedió Bayacete; luego Selim; tras este Solimán; después otro Selim; últimamente Amurates, y otro Selim, y al presente Mahomad, abuelo,

padre e hijo que por su orden heredaron aquel imperio.

De esta manera y por estos grados y de tan flacos principios se ha extendido el imperio de los turcos, acrecentado y engrandecido por descuido y poquedad de los nuestros, mayormente por las discordias que entre sí han tenido, sin saberse conformar ni juntar las fuerzas contra el común enemigo de la cristiandad.

CAPÍTULO XIV
QUE LOS CATALANES ACOMETIERON EL IMPERIO DE GRECIA

Luego que los turcos se hubieron enseñoreado de gran parte de la Asia Menor, comenzaron a poner sus pensamientos en lo de Europa y en la Rumanía, que antiguamente se llamó Tracia. Enfrenólos por algún tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar, aledaño de estas dos provincias; que por lo demás los griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo, que fácilmente pudieran salir con su pretensión; los regalos y deportes de todas suertes tenían abatido el valor de aquella gente. En la paz eran revoltosos, blasonaban largo; pero para la guerra eran muy flacos, propias condiciones de gente cobarde. Considerado pues el gran peligro que las cosas corrían, el emperador Andrónico determinó de ampararse a sí y a su imperio y valerse de ayudas y socorros de fuera.

Los catalanes, después que se asentó en Sicilia la paz entre los príncipes, según arriba queda contado, por no sufrir el reposo como gente acostumbrada a andar siempre en la guerra, dieron en ser corsarios por el mar, y en esto se ejercitaban. Fue llamado de Grecia Roger de Bríndez, el principal capitán de los catalanes, debajo de grandes promesas que aquel Emperador le hizo. Era este varón muy insigne en el arte militar, y que tenía adquirida gran fama por sus grandes proezas. traía su origen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y continuo del emperador Federico; tuvo en Bríndez muchos posesiones, y en servicio de Coradino fue muerto en la batalla de Manfredonia. Su hijo fue primero caballero de la orden de los templarios, después sirvió a don Fadrique, rey de Sicilia, en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentía en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fue conocido aún acerca de los extranjeros. Con licencia pues de su rey fue al llamado de los griegos a Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban dieciocho galeras, mil quinientos caballos y hasta cuatro mil infantes; pequeño ejército para tan grande empresa; pero todos eran de extremado valor, soldados viejos de grande experiencia y los que mantuvieron todo el peso de la guerra de Sicilia y ganaron tantas victorias.

Llegada que fue esta armada a Constantinopla, dieron a Roger por mujer una hija del emperador de Zaura y de una hermana de Andrónico y el primer lugar y autoridad después del emperador; añadiéronle a esto título y nombre de Gran Capitán, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos, pasaron con su armada lo más cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron pasaron a cuchillo tres mil hombres de a caballo de los turcos y diez mil infantes. Tras esto en la Frigia, y en la Meonia, donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los turcos junto a Filadelfia, ciudad señalada por el río Pactolo que con hermosas y deleitables riberas la riega; sucedióles tan prósperamente como en la batalla pasada; no fue menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente, junto a Dania, ciudad de la provincia de Cilicia, no lejos de la nombrada Éfeso, en el estrecho del monte Tauro, que llaman Puerta de Hierro, trabaron una batalla con los turcos con el mismo esfuerzo y ventura. Estas victorias de presente muy señaladas para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros, de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fue grande, tanto, que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nación de turcos y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que a mala coyuntura falleció el suegro de Roger, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tío suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio.

Esto puso en necesidad a Roger de dar la vuelta, mayormente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breva sosegó aquella tempestad muy a su gusto; para esto y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguel Entenza, caballero catalán, el cual, sabido lo que en levante pasaba, acudió con trescientos hombres deá caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luego títulos de Gran Capitán y a Roger nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra que en aquel imperio se podía dar después del mismo

emperador; tan grande, que no la dieran a nadie por espacio de cuatrocientos años. Hasta aquí todo procedía muy prósperamente, si la fortuna o desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario.

Fue así, que los griegos tomaron ocasión de aborrecerlos, así bien por envidia de estas preeminencias que les dieron como porque los soldados, que invernaban en Calipolí, comenzaron a alborotarse con color que no les pagaban. Derramábanse por la comarca, cometían robos, violencias y adulterios, todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignación que de esto concibió el emperador fue grande; para vengarse procuraron que Roger viniese a Adrianópoli con muestras de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fue, descuidado de semejante traición, le mataron sin respeto de sus muchas hazañas; así es, más fuerza tiene una injuria para mover a venganza que muchos servicios para sosegar el disgusto, porque la obligación nos es carga pesada, la venganza descarga de cuidados, además que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompensar con alguna notable deslealtad. Muerto que fue Roger, grande multitud de griegos se puso sobre la ciudad de Calipoli; los catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de a caballo y veinte mil infantes. Los demás huyeron; ganáronles los reales; cosa maravillosa y que apenas se pudiera creer, si Ramón Montaner, que se halló en estos hechos, no lo afirmara en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguel Entenza en vengar la muerte de Roger, que llegó con su armada a vista de Constantinopla; taló aquellas marinas, hizo robos de ganados, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego a las alquerías y cortijos de aquella ciudad. A Calojuan, hijo del emperador Andrónico, que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los catalanes con tanto muy bien encaminados sus negocios.

En esto una armada de genoveses debajo la conducta de Eduardo Doria llegó a aquellas partes, que fue causa que el partido de los griegos se mejorase y empeorase el de los catalanes. Con muestra de amistad y confederación los genoveses se apoderaron de la armada catalana y prendieron a su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado a los turcos en su favor, cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos. Quedaba Roberto de Rocafort, que estaba en guarda de Calipoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los catalanes hacían grandes correrías, ganaban muchas victorias, así delos griegos como de los genoveses. Ensoberbecido Rocafort con estos sucesos, no quería reconocer a ninguno por superior; cometía todo género de maldades sin que nadie le fuese a la mano. Entenza, después que a cabo de mucho tiempo fue puesto en libertad, acudió a Cataluña, donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó aprestó una armada, en que otra vez pasó en Grecia. Llegado que fue, Rocafort no le quiso reconocer por superior, de que resultaron entre ellos discordias y armarse el uno al otro celadas.

Sabido el peligro que las cosas corrían por la discordia de estos dos capitanes, el rey de Sicilia don Fadrique, por cuyo orden pasaron primeramente a levante, envió a don Fernando, hijo menor del rey de Mallorca, para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia; sólo les persuadió que, pues la comarca de Calipoli la tenían destruida, juntadas sus fuerzas, marchasen la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Tracia a los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos ríos que junto a ella pasan, es a saber, Neso y Estrimon. En este camino los dos capitanes vinieron a las manos; Berenguel Entenza fue muerto en la pelea con otros muchos. Al infante don Fernando fue forzoso dar la vuelta a Sicilia. En el camino fue preso junto a la isla de Negroponte por ciertas galeras francesas que por allí andaban. Con esta armada puso confederación Rocafort, como el que tenía entendido no podría alcanzar perdón de los aragoneses ni de los sicilianos; más era tanta su soberbia, que puesta esta amistad, menospreciaba a los franceses y hacía de ellos poco caso. Por esta causa prendieron a él y a un hermano suyo, y vueltos a Italia, los entregaron en poder de Roberto, rey de Nápoles, su ca-

pital enemigo, y él los mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron; castigo muy merecido por sus maldades.

Don Fernando de Mallorca andaba más libre, porque su prisión no era tan estrecha, y poco después a instancia de los reyes de Aragón y Sicilia fue puesto en libertad. Llegó a Mesina, donde casó con doña Isabel, nieta de Luis, el postrer príncipe de la Morea, francés de nación, y que poco antes falleció sin dejar hijo varón. Partidos que fueron de levante los franceses, los catalanes, que todavía quedaban algunos, por do quiera que iban, todo lo asolaban. Sucedió que Gualtero de Brena, duque de Atenas, del linaje de los franceses, tenía guerra con algunos señores comarcanos. Éste convidó a los catalanes para que le ayudasen. Poco les duró la amistad; y con color que no les pagaba, se amotinaron y en cierta refriega, muerto el duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron a saco. Verdad es que el nombre de duque de aquella ciudad reservaron para don Fadrique, rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabían muy bien el riesgo que corrían si no les venía socorro de otra parte. Aceptó pues el rey don Fadrique aquella oferta y envió gobernadores para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él después en su testamento a don Guillén, su hijo menor; a este sucedió don Juan, su hermano; a don Juan don Fadrique, su hijo, por cuya muerte, que falleció sin dejar sucesión, recayó este principado en el rey de Sicilia don Fadrique, bisnieto del primer don Fadrique, por cuyo mandado fueron los catalanes a Grecia la primera vez. De aquí los reyes de Aragón se intitulan, como reyes que son de Sicilia, duques de Atenas y Neopatria hasta nuestra edad; estados de título solo y sin renta. Fue esta guerra muy señalada por el esfuerzo de los soldados, por las batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente, por los muchos años que duró, que llegaron a doce no menos.

Cosa maravillosa que se pudiese mantener tan poca gente tan lejos de su tierra, rodeada de tantos enemigos y dividida entre sí con parcialidades y bandos perpetuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció escribiese al rey de Aragón muy apretadamente forzase a los catalanes por sus edictos a salir de Grecia. Hizo instancia sobre esto a ruego de Carlos de Valois, que poseía en la Morea algunas ciudades en dote con su mujer, demás de las lágrimas y quejas ordinarias que le venían de los naturales de aquella tierra, que se quejaban y plañían ser maltratados con todo género de molestias ellos y sus haciendas, hijos y mujeres por un pequeño número de ladrones, gente mala y desmandada.

CAPÍTULO XV
DEL PONTÍFICE JUAN XXII

Los dos años siguientes fueron señalados por los nuevos reyes que en Francia hubo y por la vacante de Roma, que duró dos años y casi cuatro meses.

Fue así, que el rey Luis Hutin de una grave dolencia que le sobrevino falleció en el bosque de Vincena, que es cuatro millas de la ciudad de París, a los 5 días del mes de junio, año del Señor de 1315. De su primera mujer Margarita, hija del duque de Borgoña, tuvo una hija, que se llamó Juana. La dicha Margarita fue convencida de adulterio; así dentro de la prisión donde la tenían la mandó ahogar. A todos les pareció esta justa causa de dolor y tristeza; y es cosa de admiración que en un mismo tiempo fueron acusadas de adulterio tres nueras del rey Filipo el Hermoso; demasiada licencia, deshonestidad y soltura notable para unas señoras tan principales. Las dos de ellas, es a saber, las mujeres de Luis y de Carlos fueron convencidas en juicio. A los adúlteros cortaron sus partes vergonzosas, y desollados vivos, los arrastraron por las calles y plazas públicas, finalmente los ahorcaron. Casó la segunda vez con Clemencia, hija del rey de Hungría, que quedó preñada al tiempo que su marido falleció, y parió un hijo, que se llamó Juan, con esperanza heredaría el reino de su padre; pero muerto el niño dentro de veinte días, Filipo, su tío, que tenía por sobrenombre el Largo, y hasta entonces era gobernador del reino, de consentimiento de todos los estados se coronó y tomó las insignias reales. A la infanta doña Juana excluyeron de la herencia y reino de su hermano por la ley sálica, ora fuese verdadera, ora de nuevo fingida o ampliada en favor y gracia del más poderoso. Las palabras de la ley son estas: *«En la tierra Sálica,* quiere decir de los francos, *no sucedan las mujeres.»* Del reino de Navarra no podía ser despojada, por considerar que su abuela del mismo nombre le hubo pocos años antes por razón de herencia.

Mayor alteración resultó sobre el pontificado romano. Los cardenales italianos procuraban con todas sus fuerzas que se eligiese un pontífice de su nación y que la silla pontifical se tornase a Roma. Sobrepujaban en número los franceses, y salieron finalmente con su pretensión. En Carpentraz, ciudad de la Francia Narbonense y del condado de Aviñón, do Clemente pontífice falleció, mientras estaban en cónclave sobre la elección del nuevo pontífice, se alborotó gran número de la gente de la tierra, y comenzaron a quebrantar las casas de los italianos y a robarlas, apoderáronse de la ciudad y pusieron en huida a los cardenales de ambas naciones. Las cosas amenazaban seísmo.

De allí a mucho tiempo se tornaron a juntar en Lyon de Francia. En aquella ciudad Jacobo Osa, de nación francés, cardenal y obispo portuense, fue elegido por sumo pontífice a los 7 días del mes de agosto el año 16 de aquel siglo y centuria. Tomó por nombre en su pontificado Juan XXII. Hizo a Tolosa y a Zaragoza sillas metropolitanas con deseo de hacerse grato a los franceses y aragoneses. A Zaragoza le dio por sufragáneas las iglesias de Pamplona, Calahorra, Huesca, Tarazona, que todas y la misma Zaragoza eran sufragáneas de Tarragona. A Cahors, ciudad de Francia, hizo silla obispal; esta honra quiso hacer a su patria. Canonizó a santo Tomas de Aquino, teólogo prestantísimo de la orden de los Predicadores, y a san Luis, obispo de Tolosa. Éste fue hijo de Carlos, el más Mozo, rey de Nápoles, cuñado del rey de Aragón. Estas cosas ilustraron más que otra alguna el largo pontificado de este Papa, demás de las anatas que impuso primeramente sobre los beneficios eclesiásticos.

En Castilla no tenían las cosas sosiego, y sin embargo, acudían a hacer la guerra contra los moros. Azar, no pudiendo sufrir la gran caída que había dado y la vida particular en que vivía, aunque harto más dichosa de la que antes tenía, usurpaba el título de rey contra el concierto antes hecho. Éste, como más flaco de fuerzas, y que no tenía poder bastante para contrastar con su enemigo, pretendía valerse de los cristianos. A los nuestros no estaba mal acudir a aquel rey, que era su confederado, demás de la ocasión que se ofrecía de sujetar por medio de aquellas revueltas toda aquella

nación. Acordaron pues de hacer guerra a los moros; el cuidado se encomendó al infante don Pedro, así por tener edad a propósito como por estar de su parte muchos de entre los moros a causa de la confederación que poco antes con ellos asentó. Demás que el infante don Juan, su tío, se hallaba embarazado y triste por la muerte de don Alfonso, su hijo mayor, que le sobrevino al principio de esta guerra en un pueblo llamado Morales cerca de la ciudad de Toro. Su cuerpo sepultaron en la ciudad de León en la iglesia de Santa María de Regla.

Por el mismo tiempo don Fernando de Mallorca, como en la Morea pretendiese recobrar el estado y dote de su mujer, y para esto ayudarse de los catalanes, pasó de esta vida en lo más recio de la guerra. Su cuerpo traído a España le enterraron en Perpiñán en el monasterio de Santo Domingo. Este fin tuvo aquel caballero, persona de las más señaladas que en aquel tiempo se hallaban. Dejó de su mujer un hijo muy pequeño, llamado don Jaime como su abuelo.

El infante don Pedro, llegado al Andalucía, no cesaba de apercibirse de todo lo necesario para la guerra. Estaba la ciudad de Guadix muy falta de bastimentos; que los moros habían talado todos aquellos campos. Deseaban los cristianos proveerles de lo necesario, pero los bastimentos y recua que tenían juntado era necesario que pasase por tierras de los enemigos, y por esta causa que llevase mucha escolta. Acudieron los maestres de Santiago y Calatrava, juntóse gran golpe de gente y el mismo infante por caudillo principal. Saliéronles al encuentro hasta un pueblo llamado Alaten la gente de a caballo de Granada en gran número y muy gallarda, y por su caudillo Ozmín, soldado muy señalado. Acometieron los de la una y de la otra parte con grande ánimo; trabóse la batalla, que fue muy reñida y al principio dudosa. Mas al fin el campo quedó por los fieles con muerte de mil quinientos jinetes moros que perecieron en la refriega y en la huida, entre ellos cuarenta de los más nobles de Granada, por donde aquella rota fue para los moros de gran tristeza y dolor. Ganada esta victoria, todo lo demos se allanó. Guadix quedó bastecida; y dos fuerzas, es a saber, Cambil y Algabardos, se ganaron de los moros por fuerza de armas.

Este buen suceso, que debiera ser parte para ganar las voluntades y favor de todos, fue ocasión en muchos de envidia y de buscar maneras para desbaratar los intentos del infante; su tío don Juan de secreto atizaba a los demás. Buscaban algún color para salir con lo que pretendían. Parecióles el más a propósito pedir a los gobernadores diesen fiadores y pusiesen en tercería algunos pueblos de sus estados para seguridad que gobernarían bien el reino y las rentas reales. Juntáronse sobre esta razón Cortes, primero en Burgos, y después en Carrión. Salieron con todo lo que pretendían, prueba con que se descubrió más el valor y virtud del infante don Pedro. Tratóse demás de esto de recoger algún dinero por la gran falta que de él tenían. Los naturales no podían oír que se tratase de nuevas derramas, por ser muchos los pechos que el pueblo pagaba; pero todo se consumía en la guerra contra los moros y en sosegar las revueltas que en el reino andaban. Pareció buena traza acudir al pontífice nuevo, y por sus embajadores suplicarle concediese las décimas de las rentas eclesiásticas para proseguir la guerra contra los moros. Demás de esto, otorgase indulgencia y la cruzada a todos los que a sus expensas para aquella guerra tomasen las armas. Lo uno y lo otro concedió el pontífice benignamente. Los pueblos al tanto acudieron con alguna suma de dineros. Con esto nuestro ejército se aumentó, y por tres veces hicieron entradas en tierra de moros, con que trabajaron aquella comarca y trajeron presas de gente y de ganado, en que pasaban tan adelante, que llegaban a vista de la misma ciudad de Granada. Los moros esquivaban de venir a batalla, la cual mucho deseaban los nuestros. Trataron los moros de cercar a Gibraltar, pero previnieron sus intentos, ca la abastecieron muy bien de gente y vituallas; por esto los bárbaros desistieron de aquella demanda, y al contrario, la villa y castillo de Belmes se ganó de los moros.

Corría en esta sazón el año del Señor de 1316, en que por muerte de Rocaberti, arzobispo de Tarragona, por votos de aquel cabildo, como entonces se acostumbraba, salió elegido el infante don Juan, hijo tercero del rey de Aragón. Acudieron al padre santo para que confirmase la elección; nunca lo quiso hacer; no refieren las causas que para ello tuvo; puédese sospechar que por alguna simo-

nía, o lo más cierto por no tener el infante edad bastante. No se usaba entonces tan de ordinario dispensar en las leyes eclesiásticas a contemplación de los príncipes. Los pontífices tenían cierta entereza y grandeza de corazón para contrastar a las codicias desordenadas de los más poderosos reyes y emperadores. En fin, hubieron de desistir de aquella pretensión y pasar a don Jimeno de Luna, que era arzobispo de Zaragoza, a la iglesia de Tarragona. Don Pedro de Luna fue proveído en el arzobispado de Zaragoza, y al infante don Juan dieron el abadía de Montearagón, que vacó por la promoción del nuevo arzobispo don Pedro.

CAPÍTULO XVI
LOS INFANTES DON PEDRO Y DON JUAN MURIERON EN LA GUERRA DE GRANADA

El año siguiente de 1317, con diversas embajadas que el rey de Aragón envió sobre el caso, alcanzó últimamente del sumo pontífice que de los bienes que los templarios solían tener en el reino de Valencia se fundase una nueva caballería debajo la regla del Císter y sujeta a la orden de Calatrava, aunque con su maestre particular. Señaláronle por hábito y por divisa una cruz roja simple y llana en manto blanco. El principal asiento y convento se fundó en Montesa, de donde tomó el apellido. La renta no era mucha; en las hazañas contra los moros, que corrían aquellas marinas de Valencia, no se señalaron menos que las otras órdenes. Desde a poco, eso mismo en Portugal por concesión del mismo pontífice se fundó otra milicia, que llaman de Cristo, la más señalada de aquel reino. La insignia que traen es una cruz roja con unos torzales blancos por en medio. Aplicaron a esta milicia los bienes y tierras que en aquel reino tenían los templarios. Su principal asiento y convento al principio fue en Castro Marín; adelante se pasaron a Tomar.

Todo esto iba bien encaminado, si el sosiego de que los portugueses gozaban de mucho tiempo atrás no se comenzara a enturbiar con alborotos que dentro del reino resultaron. El infante don Alfonso estaba disgustado con el rey Dionisio, su padre; lo que le desasosegaba era la ambición y deseo de reinar, enfermedad mala de curar; dado que se publicaban otras quejas, es a saber, que don Alfonso Sánchez, hijo bastardo del rey, tenía más cabida con su padre de lo que la razón pedía; que era mayordomo de la casa real; que se hallaba en las consultas de los negocios más importantes; finalmente, que todo colgaba de su parecer y voluntad; lo más áspero de todo que a su persuasión trataban de desheredar al mismo don Alfonso. Estas quejas y colores, fuesen verdaderos o falsos, luego que se divulgaron dieron ocasión a muchos de apartarse del rey, los que hacían más caso de sus particulares esperanzas que del respeto y lealtad que debían a su señor. Los grandes y ricos hombres divididos. Don Alfonso se apoderó de las ciudades de Coimbra y de Oporto; todos los forajidos, ladrones, homicianos y facinerosos hallaban en él acogida y amparo. La paciencia del rey fue muy señalada, que pasaba por todo por ver si por buena vía se podría apartar su hijo del camino que llevaba. Entendía muy bien que si venían a las manos, de cualquiera manera que sucediese, alcanzaría tanta parte del daño y de la desgracia a los unos como a los otros. Esto cuanto a Portugal.

En Aragón falleció en este tiempo la reina doña María. Esta señora era hermana del rey de Chipre, y el año próximo pasado la trajeron de aquella isla para que casase con el rey de Aragón. Las bodas se celebraron en Gerona, y las honras de su enterramiento en Tortosa, do en el año del Señor de 1318 al fin del mes de marzo murió. Enterróse en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad.

El año próximo 1319 fue muy señalado por dos cosas notables que en él acaecieron: la una el desastrado fin delos dos infantes don Juan y don Pedro, gobernadores de Castilla; la otra fue la renunciación de don Jaime, heredero de Aragón. El infante don Juan sentía en el alma que su competidor don Pedro fuese creciendo cada día más en poder y autoridad; sus esclarecidas hazañas se la daban y virtudes sin par. No podía llevar en paciencia que todos los negocios, así de paz como de guerra, le acudiesen. Lo que más le punzaba era que don Pedro sólo administraba las décimas que se concedieron por el papa de las rentas eclesiásticas sin darle parte. Don Pedro, cuanto las cosas por él hechas eran de más valor y estima, tanto menos le parecía que era justo sufrir agravios e injurias de nadie. Si iba adelante esta competencia, se echaba de ver que vendrían sin duda a rompimiento y a las manos. A fama y color de la guerra con los moros tenía levantada don Juan mucha gente en toda Tierra de Campos y Castilla la Vieja. La reina con su industria y saber puso fin a estas pasiones; en Valladolid, donde a la sazón se tenían Cortes del reino, los concordaron de esta manera: que ambos acometiesen la morisma por dos partes, dividido el ejército y el dinero al tanto para las pagas. Lo

que prudentemente se ordenó desbarató otro más alto poder.

En estas Cortes don fray Berenguel, poco antes instituido en arzobispo de Santiago por el pontífice Juan, por comisión suya y en su nombre propuso el negocio de don Alfonso de la Cerda, y amenazó que procedería con censuras y todo rigor si no obedecían a demanda tan justa. Hacia lástima ver un caballero como aquel, nacido con esperanza de reinar, derrocado de su grandeza, pobre, ahuyentado, vagabundo. Es perversa la naturaleza de los hombres, que muchas veces y con grande ahínco torna a desear lo que antes desechaba y menospreciaba, con igual desatino en lo uno y en lo otro y temeridad. Así le acaeció a don Alfonso de la Cerda, que ahora tornaba a pedir la posesión de aquellos lugares que los años pasados le fueron adjudicados y él los menospreció. Los grandes daban sus excusas; decían estar juramentados, y que conforme al pleito homenaje que hicieron, no podían en ninguna manera consentir en cosa que fuese en daño y disminución del patrimonio real, entre tanto que el rey no tuviese edad competente. Lo que se pudo alcanzar fue que a don Fernando, hermano de don Alfonso, le diesen cargo de mayordomo de la casa real, frívola recompensa de tantos daños. Con tanto, la reina se fue a Ciudad-Rodrigo para verse con el infante don Alfonso de Portugal, su yerno, y hacer las amistades entre él y su padre. Todo el trabajo que en esto se tomó fue perdido.

Los infantes don Pedro y don Juan se partieron para el Andalucía cada uno por su parte. Ismael, rey de Granada, determinó de apercibirse contra esta tempestad de la ayuda de los africanos; para esto dio al rey de Marruecos a Algeciras y Ronda con todos los lugares de su contorno, cosa que era a propósito para los intentos de ambas las partes, dado que el de Granada compraba caro la amistad de la gente africana. Don Pedro ganó por fuerza de armas la villa de Tiscar, que está en un sitio muy áspero y fuerte de su naturaleza, y que tenía gran copia de gente. El castillo rindió Mahomad Andon, cuya era la villa. Parecía que con esta victoria se mejoraba mucho nuestro partido, que la guerra y todo lo demás sucedería muy bien; más el infante don Juan con desordenada ambición de loa la desbarató todo y acarreó la ruina y perdición para sí y todos los demás y gran pérdida para toda España. Estaba en Baena muy codicioso de mostrar su gallardía; determinó de pasar adelante con su gente hasta ponerse a la vista de Granada. Desatinado acuerdo por el tiempo tan trabajoso del año y los grandes calores que hacía. Verdad es que en Alcaudete se juntaron los dos infantes con toda su gente, en que se contaban nueve mil de a caballo y gran número de infantes. Entran por las tierras de los moros, destruyen y talan cuanto topaban. Don Juan regía la vanguardia, deseoso grandemente de señalarse; don Pedro la retaguardia, y en su compañía los maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara y los arzobispos de Toledo y Sevilla, la flor de Castilla en nobleza y en hazañas. Tomaron la villa de Alora; pero por la prisa que llevaban quedó el castillo por ganar. Un sábado, víspera de San Juan Bautista, llegaron a vista de Granada; estuviéronse en sus estancias aquel día y el siguiente sin hacer cosa de momento.

El día tercero, vistas las dificultades en todo, comenzaron a retirarse, don Pedro en la vanguardia, y don Juan en el postrer escuadrón con el bagaje. Avisados los moros de esta retirada, salieron de la ciudad hasta cinco mil jinetes y gran multitud de gente de a pie mal ordenada; su caudillo era Ozmín. No llevaban esperanza de victoria ni intento de pelear, sino solamente como quien tenía noticia de la tierra, pretendían ir picando nuestra retaguardia. Hallábanse los nuestros alejados del río al tiempo que el sol más ardía, sin ir apercibidos de agua, cosa que a los moros presentaba ocasión de acometer alguna facción señalada. Embistieron pues con ellos, trabóse la pelea por todas partes, no se oía sino vocería y alaridos de los que morían, de los que mataban, unos que exhortaban, otros que se alegraban, otros que gemían, ruido de armas y de caballos. Don Pedro, oídas aquellas voces, revolvió con su-escuadrón para dar socorro a los que peleaban. Los soldados despartidos y cansados apenas podían sustentar las armas, no había quien rigiese ni quien se dejase gobernar. Empuñada pues la espada y desnuda, como quier que el infante don Pedro animase su gente, con el trabajo y pesadumbre que sentía y la demasiada calor que le aquejaba, mal pecado, cayó repentinamente des-

mayado, y sin poderle acudir rindió el alma. Lo mismo sucedió al infante don Juan, salvo que privado de sentido llegó hasta la noche. Publicada esta triste nueva por el ejército, los soldados la mejor que pudieron se cerraron entre sí y se remolinaron. Los moros por entender que pretendían volver a la pelea, robado el bagaje, se retiraron. Esto y la oscuridad de la noche que sobrevino fue ocasión que muchos de los fieles se pusieron en salvo. Los cuerpos de los infantes llevaron a Burgos y allí los sepultaron. Don Juan dejó un hijo de su mismo nombre, al cual por la falta natural que tenía llamaron vulgarmente don Juan el Tuerto; las costumbres no hicieron a la presencia ventaja. Doña María, mujer del infante don Pedro, en Córboba, do quedó muy cargada, parió una hija, por nombre doña Blanca, de cuya tutela y del gobierno del estado, que por muerte de su padre heredara, se encargó Garci Laso de la Vega, merino mayor de Castilla, y que tuvo grande familiaridad y privanza con el difunto.

Tras esta desgracia tan grande se siguieron nuevas disensiones, causadas de las competencias que nacieron entre las grandes de Castilla sobre el gobierno del reino, que cada cual pretendía y todos deseaban salir con él, ora fuese por buenas vías, ora por malas.

A la misma sazón Aragón se alteró por un caso muy extraordinario. Fue así, que don Jaime, hijo mayor de aquel rey, estaba determinado de renunciar su mayorazgo y herencia. Las causas que le movieron para tomar esta resolución no se saben. Sus costumbres mal compuestas y la severidad de su padre pudieron dar ocasión a cosa tan nueva. Recibió el rey gran pena de esta determinación; rogóle y mandóle como a hijo no hiciese cosa con que amancillase su fama y fuese ocasión a su patria y a su padre de perpetua tristeza. Hablóle cierto día en esta sustancia:

«Mi vejez, dice*, no puede ya dar a mis vasallos cosa más provechosa que un buen sucesor, ni tu mocedad les puede ayudar mejor que con serles buen príncipe. Con este intento procuré fueses enseñado desde tu primera edad en costumbres reales; no parecía faltarte natural para ser digno del cetro, aunque no fueras hijo del rey como lo eres. Teníate aparejada para mujer una nobilísima doncella, que ha sido de mí tratada como quien es, con casa y estado muy principal. Si a esto se puede añadir algo, yo soy presto de lo hacer; pero veo que mi esperanza me ha burlado, y a ti ha estragado el sobrado regalo para que en esa edad rehuses tomar sobre tus hombros el gobierno que yo sustento en lo postrero de la mía. ¿Por ventura es justo anteponer tu particular reposo al pro común, a la obediencia que debes a tu padre y al juramento con que nos obligamos que doña Leonor, tu esposa, de quien tú debieras tener compasión, ha de ser tu mujer y reina de Aragón? ¿Por ventura te cansa esperar la muerte de este triste viejo, que ya según orden natural no le pueden quedar muchos días? Puesto que alegues otras causas, la codicia de reinar es la que te punza y reduce a estos términos. Nadie puede poner ley a la voluntad de Dios, de quien dependen los años y la vida; lo que es de mi parte, yo desde luego de muy buena gana te renuncio el reino. Sólo te ruego te apartes de ese propósito, que no puede dejar de ser enojoso a mí y a nuestra común patria. Así le lo pido por Dios y por todos los santos que están en el cielo, te lo amonesto y te lo aconsejo; y advierte que con esa acelerada prisa no te despeñes de suerte, que cuando quieras no tengas reparo ni te quede remedio de volver atrás.»*

A todas estas razones el determinado mancebo respondió en pocas palabras que él estaba resuelto de seguir aquel su parecer y trocar la vida de rey, sujeta a tantas miserias, con el reposo de la particular y bienaventurada. Con esto en la ciudad de Tarragona en las Cortes que allí se juntaron hizo renunciación en pública forma del derecho que tenía a la sucesión a los 23 días del mes de diciembre. Halláronse presentes a este auto muchos grandes y prelados, entre los demás el infante don Juan de Aragón, electo de Toledo por muerte del arzobispo don Gutierre II, que finó a los 4 de septiembre. Su mucha virtud y la diligencia de don Juan Manuel, su cuñado, le ayudaron a subir a aquella dignidad. Hecha la renunciación, don Jaime luego tomó el hábito de Calatrava, después se pasó a la orden de Montesa. Doña Leonor, su esposa, fue enviada doncella a Castilla. Sobre este hecho hubo diversas opiniones, unos le alababan, otros le reprendían; sus costumbres y torpeza y la vida

suelta que después hizo dieron muestra que, no por deseo de darse a la virtud y piedad renunciaba el reino, sino por su liviandad y ligereza.

Por la cesión de don Jaime entró en aquel derecho de la sucesión don Alfonso, su hermano, hijo segundo del rey, que a la sazón en doña Teresa, su mujer, tenía un hijo sietemesino, niño de pocos días, llamado don Pedro. El dote de esta señora fue el condado de Urgel, que le dejó en su testamento don Armengol, su tío, hermano de su abuela. De esta forma en un mismo tiempo los reinos de Portugal y Aragón fueron trabajados con desabrimientos domésticos de padres a hijos, y dado que los propósitos de los dos hijos de aquellos reyes eran diferentes, pero la tristeza y daño de los padres corrieron a las parejas y fueron iguales.

CAPÍTULO XVII
DE LA MUERTE DE LA REINA DOÑA MARÍA

El daño que los nuestros recibieron en Granada fue ocasión que los moros soberbios y pujantes y deseosos de seguir la victoria ganaron a Huéscar en el adelantamiento de Cazorla, y a Orés y a Galera, pueblos que eran de los caballeros de Santiago. Por otra parte, se apoderaron por fuerza de Martos, villa fuerte y buena, en cuyos moradores ejecutaron todo género de crueldad sin respeto alguno ni hacer diferencia de mujeres, niños ni viejos, salvo que muchos escaparon en el peñasco que allí cerca está y en la fortaleza.

En Castilla andaban grandes alborotos, nuevas esperanzas de muchos; todos los que en nobleza y estado se adelantaban pretendían apoderarse del gobierno del reino. La reina doña María, por lo que se capituló los años pasados, pretendía tocarle todo el gobierno, y con deseo de apaciguar estas alteraciones despachó sus cartas a todas las ciudades, en que les amonestaba no se dejasen engañar de nadie en menoscabo de su honra y de la lealtad a que eran obligados. Sin embargo, por ser mujer era de muchos tenida en poco; parecíales no tenía fuerzas bastantes para peso tan grande. Muchos de los grandes en un mismo tiempo pretendían apoderarse de todo; los principales, entre otros, eran el infante don Felipe, tío del rey, don Juan Manuel y el otro don Juan el Tuerto, señor de Vizcaya; todos muy poderosos y que poseían grandes riquezas y nobilísimos por la real prosapia de que descendían. A estos se entregó el cuidado y mando del reino, no de común consentimiento de los pueblos, antes andaban divisos en bandos y pareceres; todas las cosas se hacían inconsideradamente y como a tiento. Juntáronse las ciudades y villas, no todas en uno, sino según las comarcas y provincias; grandes miedos se representaban y peligros. Resultó de estas juntas que a don Felipe señaló el Andalucía para que los gobernase; el reino de Toledo y la Extremadura a don Juan Manuel; la mayor parte de Castilla la Vieja seguían a don Juan, señor de Vizcaya. Dentro de las ciudades se veían mil contiendas por los bandos que cada uno seguía. Mudábanse a cada paso los gobiernos; los mismos se aficionaban, ora a una parte, ora a otra, conforme como a cada cual le agradaba. El vulgo con la esperanza del interés se vendía al que más le daba, vario como suele e inconstante en sus propósitos. De aquí se seguía libertad para cometer todo género de maldades, muertes, robos y latrocinios; miserable avenida de calamidades. Los más poderosos atropellaban a los pequeños. Los que regían la república y la gente principal usurpaban para sí las rentas y patrimonio real; infame latrocinio y torpísimo robo. Finalmente, ningún género de desventura se puede pensar que no padeciese aquella provincia. Don Fernando de la Cerda tenía pocas fuerzas y era tenido de todos por sospechoso, y por las antiguas competencias del reino no hacían cuenta de él; determinó de allegarse a don Juan, señor de Vizcaya. A los 1320 años iban las cosas por esta orden en Castilla.

Este año se consagró en le ciudad de Lérida don Juan, hijo del rey de Aragón, en arzobispo de Toledo, con grande alegría de ambos reinos, grandes esperanzas y grande aplauso por pronosticar que aquel pontificado sería próspero, justo y dichoso. La reina doña María todavía no dejaba de recelarse que la venida de un príncipe como aquel podría enconar más los ánimos de su gente que sanarlos. Estas sospechas cesaron con las cartas que el papa envió a la reina doña María, y se le quitó del todo aquel miedo, porque la prometió que todo estaría sosegado y muy en su favor. Con los prelados de Aragón tuvo el nuevo Arzobispo grandes diferencias sobre la preeminencia de la iglesia de Toledo. Llevaba su cruz delante, que es prerrogativa de aquella dignidad. Esto pretendía él serle concedido como a primado de las Españas, así por derecho y costumbre antigua como por nueva confirmación y privilegio de los sumos pontífices. Los prelados de Tarragona y de Zaragoza que se hallaron a su consagración lo contradecían. Alegaban que estaba este negocio en litispendencia, y aún no por sentencia determinado. Andando en estos debates, como quiera que el arzobispo de Toledo no mudase de propósito, determinado de conservar la dignidad de su iglesia y confiado en el favor de su padre, el obispo de Zaragoza, donde entonces hacía el rey de Aragón Cortes de su reino y

estos prelados acudieron, pronunció contra el de Toledo sentencia de excomunión; mandó cerrar todas las iglesias y puso entredicho público; increíble osadía, confianza singular. El color que se tomó fue una constitución que hicieron los prelados de aquella corona los años pasados, en que, so pena de excomunión, se mandaba ningún prelado en provincia ajena llevase cruz delante; éste era el color y la capa pura aquella determinación. Grande fue el enojo que de esto recibió el rey de Aragón por ver a su hijo maltratado dentro de su reino y delante de sus ojos. Envió sobre ello cartas al sumo pontífice llenas de acedia y de mil amenazas; según la saña hiciera algún sentimiento si los suyos no le metieran por camino con decir que en aquello se trataba de la dignidad de sus iglesias y reino, y que no era justo, por favorecer un particular negocio de su hijo, defraudase y atrepellase los públicos. Con esto parece que se amansó el furor que en su ánimo tenía concebido. La respuesta que dio el sumo pontífice fue ambigua, con que tuvo suspensas entrambas las partes; porque de tal manera reprendió el atrevimiento que el de Zaragoza tuvo y mandó reponer lo hecho, que ordenó otrosí fuese absuelto el arzobispo de Toledo de la excomunión, por si acaso fue justa. Partido el nuevo Prelado de Aragón y llegado a Toledo, de tal manera se hubo con don Juan Manuel, su cuñado, casado con su hermana mayor doña Costanza, que el recelo que tenían no le favoreciese demasiadamente de todo punto se quitó. De primera llegada no quiso que en su arzobispado cobrase las rentas reales, cuya administración él pretendía pertenecerle, de donde resultó entre ellos un odio inmortal.

A la misma sazón los navarros, que todavía estaban sujetos a Francia, fueron muy maltratados en Vizcaya. Falleció Felipe el Largo, rey de Francia, a 2 de junio, año de 1321 sin dejar sucesión; heredó el reino su hermano Carlos, por sobrenombre el Hermoso, que fue igual a sus hermanos en valor; en la liberalidad, fortaleza y apostura sin par. En tiempo de este rey los vizcaínos de rebato se apoderaron del castillo de Gorricia, que cae en aquella parte que llaman Guipúzcoa. Pretendían que aquel castillo era suyo y que los navarros le poseían a sinrazón. Acudieron de Navarra sesenta mil hombres, si los números o la fama no están errados, llegaron a los 19 de septiembre a Beotivara. Los vizcaínos hasta ochocientos en número, como quier que se apoderasen de las estrechuras y hoces de aquellos montes, dende con galgas y cubas llenas de piedras que dejaban rodar sobre los navarros los maltrataron de manera, que los desbarataron e hicieron huir con muerte de más gente que se pudiera pensar de número tan pequeño, demás que cautivaron a muchos. Caudillo de los vizcaínos era Gil Oñiz, de los navarros Ponce Morentaina, francés de nación y gobernador de Navarra por el rey de Francia. Dan muestra que esta victoria fue de las más señaladas de aquel tiempo las coplas que hasta hoy día se cantan y los romances en las dos lenguas castellana y vizcaína compuestos en esta razón.

El papa envió por su legado a Castilla al cardenal Guillelmo Bayonense, obispo sabino, por ver si con su diligencia y con la autoridad pontificia se pudiere poner fin a tantos males. Procuró el legado se juntasen Cortes en la ciudad de Palencia en el mismo tiempo que la reina doña María, amparo que fue de todo en tiempo de tres reyes y honra de Castilla, cargada de años, falta de salud, llena de congojas por los trabajos tan grandes como se padecían, de una enfermedad que le sobrevino en Valladolid pasó de esta vida, a 1 de junio, año de 1322. Muestras de su piedad y religión son el monasterio de las Huelgas, que a su costa fundó en aquella ciudad y ennobleció, do ella misma se mandó enterrar, y otros dos monasterios que fundó, uno en Burgos, y otro en Toro, sin otros que hizo en diversas partes del reino. Les Cortes de Palencia no parece fueron de efecto. Juntáronse por mandado del legado Guillelmo los obispos de toda Castilla en Valladolid para tener un concilio, que fue muy señalado. En él, a 2 días del mes de agosto, se promulgaron muchas constituciones saludables; entre otros, descomulga a todos aquellos que en tiempo de Cuaresma o de las Cuatro Témporas comieren carne y a los que en tales días la vendieren públicamente; que mientras se celebran los divinos oficios, los que no fueren cristianos no se puedan hallar presentes; pero si los tales se bautizaren, puedan ser ordenados y tener beneficios para remedio de su pobreza; repruébase la purgación vulgar de que se usaba de ordinario en España. Demás de esto, hasta hoy día se conservan las constituciones que por el mismo tiempo estableció el arzobispo de Toledo don Juan, en que, entre otras

cosas, se manda que si los judíos y moros no se salieren de las iglesias al tiempo que se celebran los divinos oficios, no se pase adelante; que el dinero que se recogiere de la Cruzada se le entregue al Prelado para efecto de emplearle en la redención de cautivos y remedio de los pobres; que los sacerdotes digan misa por lo menos cuatro veces al año, y que no la digan sin primero rezar los maitines; que los bienes adquiridos por vía de la Iglesia no se puedan dar ni mandar a los hijos, dado que sean habidos de legítimo matrimonio. ¿Quién dice que los sacerdotes y obispos son señores de estos bienes y que los pueden dispensar a su voluntad y albedrío?

El mismo año el rey de Granada Ismael fue muerto en el Alhambra por los suyos, que se hermanaron contra él; cabeza de los matadores fue el señor de Algeciras y Ozmín participante, por estar el uno y el otro muy indignados desde el tiempo que tomaron a Martos, a causa que al señor de Algeciras quitó una cautiva muy hermosa, y a Ozmín mataron un sobrino que él mucho quería en aquel combate. Apenas se sabía la muerte de este rey cuando Mahomad, su hijo, de edad de doce años, fue puesto en una silla y en hombros llevado por todas las calles de la ciudad y saludado por rey. El gobernador de la ciudad con esta presteza dio muestra de su amor y fidelidad,y hizo que los contrarios quedaron atónitos, como acontece cuando toman al pueblo de sobresalto; que si no hubiera ganado por la mano, los conjurados pensaban poner rey a su voluntad; más con esta presteza fueron forzados a salirse de la ciudad, y por miedo de ser castigados se desterraron y esparcieron, unos a una parte, y otros a otra.

CAPÍTULO XVIII
QUE EL REY DON ALFONSO EL ONCENO DE CASTILLA SE ENCARGÓ DEL GOBIERNO DE SU REINO

Por la muerte de la reina doña María se doblaron los trabajos, todo era alborotos, muertes y robos. La esperanza de remedio tenían todos puesta en el rey, si llegase a edad de poder gobernar. En aquella su edad daba ya tales muestras, que parecía sería príncipe muy señalado; los hombres fácilmente favorecen a sus deseos y de buena gana creen lo que querrían. Como llegase pues a edad de quince años, acordó en Valladolid encargarse del gobierno; aunque la edad era flaca para tan grande carga, las cosas no daban lugar a mayor tardanza. Era prudente más que conforme a su edad; los vasallos, por la natural afición que tienen a sus reyes, deseaban grandemente que este negocio se apresurase. En particular Garci Laso de la Vega y Alvar Núñez Osorio, caballeros de mucha prudencia, por la larga experiencia que tenían y por su grande ingenio y maña, procuraban adelantarse en la gracia y favor del rey con intento de alcanzar perdón de los desafueros que en la larga vacante se habían cometido, de acrecentar sus estados y también de ayudar al común. Recibiólos en su casa, y comenzó o darles tanta cabida, que en gran parte se gobernaba por su consejo. Con los dos se juntó otro tercero, es a saber, un Jusef, judío, natural de Écija; después de estos dos caballeros tenía el primer lugar en privanza por ser hombre muy rico y como cabeza de los alcabaleros y arrendadores. Sabía muy bien los caminos de allegar dinero, cosa muy a propósito en aquella apretura, y aún que siempre suelo ser ocasión de hacer a hombres semejantes muy agradables a los príncipes.

Despachó el rey sus cartas para los gobernadores del reino, que acudieron con mucha presteza a Valladolid, cada cual con intento de adelantarse y ser el primero en ganarle la voluntad con servicios acomodados al tiempo, bien que los corazones no estaban muy llanos, como se echó luego de ver; porque, quedando sólo el infante don Felipe con el rey, don Juan Manuel y don Juan el Tuerto sin pedir licencia se salieron de la corte. Mostrábanse muy desabridos con color que traían al rey engañado con malos consejos. Para prevenirse juntaron sus fuerzas contra todo lo que les podía suceder. Hicieron solemne juramento y pleitesía entre sí en esta razón en Cigales; y para que esta confederación fuese más firme, se trató de casar a don Juan, señor de Vizcaya, a la sazón viudo por muerte de su primera mujer, con doña Costanza, hija de su compañero don Juan Manuel. La manera con que entre los grandes de Castilla se hacía esta pleitesía antiguamente era esta. Leídas las capitulaciones de la confederación, uno de los caballeros que se hallaban al concierto, en nombre de los concertados decía estas palabras: *«Juro por Dios omnipotente y por su gloriosísima Madre que todo lo que se ha declarado por su orden en el instrumento y escritura pública que se ha leído lo cumpliremos cada uno de nos sin intervenir en ello fraude ni engaño. Que no iremos el uno sin el otro contra nuestros enemigos, ni contravendremos en alguna guisa a lo que aquí se ha establecido. El que primero a sabiendas lo quebrantare, en aquel mismo día vos, Dios todopoderoso, le quitad en este mundo la vida, y en el otro atormentad su ánima con crueles y eternas penas; haced que le falten las fuerzas y las palabras, y en la batalla el caballo, las armas, las espuelas y sus vasallos cuando más lo hubiere menester.»* Dicho esto, los que estaban presentes respondían: *«Amen.»* Otras veces se dividía una hostia consagrada en dos partes, y a cada uno de ellos se daba la mitad, y luego se añadían los juramentos y maldiciones. Esta era la más célebre solemnidad y rito para hacer amistades y alianzas entre los grandes y caballeros, que se guardó por largos años. Tenía puestos en gran cuidado a todos los cortesanos y criados del rey la avenencia de estos dos príncipes; temían que de ella podrían recrecerse nuevas guerras, quisieran desbaratarla. Buscaban para ello alguna ocasión; parecióles la mejor que el rey pidiese a don Juan Manuel su hija doña Costanza por mujer. Suelen los príncipes procurar antes el provecho que tener cuenta con su palabra ni con el deber, y allí vuelven la proa de su pensamiento donde más esperanza se muestra de interés, sin tener cuenta con lo que de ellos publicará la fama.

Don Juan Manuel con esto se fue secretamente a Peñafiel, villa de su estado, y se entregó todo al rey, y su hija, puesto que no era de edad para casarse, la puso en su poder. El otro don Juan, muy triste por salirle vana su esperanza y verse cogido con sus mismas mañas, determinó de procurar el casamiento de doña Blanca, hija del infante don Pedro, que murió en la guerra de Granada, convidado por la gran dote que tenía, porque era señora de Almazán y Alcocer y las demás villas a la redonda que caen a la raya de Aragón, muy a propósito para las novedades que él maquinaba. Para estorbar estas pretensiones persuadieron al rey que despojase a doña Blanca del estado de su padre y de todas sus riquezas. Todas las grandes hazañas tienen mezcla de agravios; pero dícese que las injurias que se hacen a los particulares se recompensan con el público provecho. El principal autor de esto fue Garci Laso para mostrarse muy aficionado del rey con darle un consejo tan atroz, olvidado de los beneficios y mercedes que del infante don Pedro recibió. Rara es la fe y amistad con los muertos. Don Juan Manuel, vuelto en gracia del rey, trazaba cómo vengarse del arzobispo de Toledo y armarle alguna celada. Fue así, que el rey pidió cuenta al arzobispo de Toledo de las rentas y tributos reales; él agraviόse mucho de esto por entender se encaminaba todo por engaño de su émulo. Dio su satisfacción al rey de todo lo por él hecho y las causas que a ello le movieron. Hecho esto, y vuelto a don Juan Manuel, que acaso se halló presente, le maltrató con palabras muy injuriosas; dijéronse el uno al otro grandes baldones y vituperios, segnn que la cólera y enojo les atizaba.

Apaciguóse por entonces aquella cuestion; y don Juan Manuel, por la preeminencia y autoridad que acerca del rey tenía, para vengar su afrenta persuadió al rey que hiciese muchas cosas a disgusto del arzobispo, en particular que le quitase el cargo de chanciller mayor, que después de la persona real era el supremo magistrado y honra, y desde tiempo antiguo se daba siempre a los arzobispos de Toledo. No pudo sufrir esta afrenta su ánimo, poco acostumbrado a recibir injurias; y así, mal enojado se partió de la corte y se salió de Castilla, y por medio del rey, su padre, alcanzó que le mudasen a la iglesia de Tarragona con nombre de patriarca de Alejandría, dignidad de solo apellido. Don Jimeno de Luna era arzobispo de Tarragona; permutaron las iglesias, que fue trueco muy desigual. Con tanto, don Jimeno comenzó a ser arzobispo de Toledo como cuatro años adelante del en que vamos. Garci Laso tuvo cargo de chanciller. Desde allí comenzó a caer aquel oficio y preeminencia y oscurecerse con los bajos ministros a quien se daba. En nuestro tiempo ha venido a disminuirse aquella autoridad y casi a no servir más que de nombre. Duró mucho tiempo aún después de esto, que o los arzobispos mismos hacían aquel oficio, o por lo menos nombraban otro en su lugar que le ejercitase, hasta tanto que en tiempo del rey don Pedro por su mucha severidad se desbarató todo esto, y a los dichos arzobispos en adelante sólo quedó el título de chanciller mayor de Castilla. El arzobispo don Juan, entre otras cosas buenas que estableció en Toledo, fue una que el número de trece pobres que todos los días se sustentaban en las casas arzobispales los llegó a treinta, como hoy se guarda. Esto pasaba en Castilla este año y algunos adelante.

El rey de Aragón, conforme a lo que el papa Bonifacio le concedió, pretendía apoderarse de la isla de Cerdeña, que poseía el común de Pisa sin derecho bastante, en menoscabo de la Iglesia romana, debajo de cuyo amparo de largo tiempo atrás estuvo aquella isla. Envió para este efecto una gruesa armada debajo la conducta de don Alfonso, su hijo, que en espacio de dos años la sujetó, y en diversas batallas y encuentros venció siempre a los pisanos. Verdad es que gran parte de los aragoneses pereció de enfermedades, causadas de los aires malsanos de aquella tierra. De que resultó al infante don Pedro esperanza, si su hermano don Alfonso falleciese, excluidos sus hijos, de suceder en aquel reino. Ayudaba para esto el fresco ejemplo de Castilla, el favor de muchos grandes que a porfía se le ofrecían, que fue causa de apresurar las paces con los pisanos. Asentáronse por el mes de junio, año de 1324, con estas capitulaciones: que los cautivos de una y de otra parte fuesen puestos en libertad; volviese el trato y comercio acostumbrado en aquellas naciones; por los pisanos quedase el castillo de Caller con los pueblos y territorio a él sujeto; todo lo demás de la isla fuese de los aragoneses. Hecho este concierto y tomada la posesión de la isla, el infante don Alfonso, vuelto a España, negoció con su padre que declarase por herederos a sus hijos, caso que él faltase y fallecie-

se, para quitar debates, y los antepusiese al infante don Pedro, su hermano. Hízose así, y en Zaragoza, donde se juntaron Cortes del reino, los infantes fueron jurados por herederos de su abuelo, puesto que su padre muriese antes de él; así varían y se alteran las constituciones y opiniones de los hombres.

El año siguiente de 1325, lunes, a 7 de enero, falleció en Santarem Dionisio, rey de Portugal, príncipe muy señalado, así por el mucho tiempo que reinó, es a saber, cuarenta y cinco años, nueve meses y cinco días, como por la grandeza de su ánimo y por la felicidad que siempre tuvo; sólo las discordias de su cosa y debates que hubo entre padre e hijo en su postrimería aguaron este contento. Su cuerpo enterraron en el monasterio de San Bernardo, legua y media de Lisboa, que él mismo fundó a su costa, en que se muestra su piedad y religión; la liberalidad y magnificencia se entienden por muchos pueblos que edificó, y otros que cercó, reparó y fortificó. Su mujer doña Isabel, reina de vida y costumbres muy santas, vivió once años adelante; sus virtudes fueron tan señaladas y tan grande el celo del culto divino, el cuidado de remediar los pobres en tiempo de hambre, amparar las viudas y gente flaca, su inocencia y mansedumbre, que después de muerta la canonizaron, y su cuerpo, que está en Coimbra en la iglesia de Santa Claro, fundación suya, y de la otra parte del río Mondego, es reverenciado en toda aquella provincia con gran devoción. Fue tanta la humildad de esta señora, que en su viudez andaba vestida del hábito de Santa Clara, y servía a las monjas de aquel monasterio en el refectorio, en que algunas veces le hacía compañía su nuera la reina doña Beatriz. Tenía por su devoción junto al dicho monasterio las casas de su morada; falleció a 4 de julio del año 1332. Los papas León X y Paulo IV concedieron, el primero que se rezase de ella en el obispado de Coimbra, Paulo que se le hiciese fiesta con altar, oficio e imagen en todo el reino de Portugal. Al rey Dionisio sucedió don Alfonso, su hijo mayor; tuvo sobrenombre de Fuerte por su condición y inclinación a las armas. De seis hijos que tuvo en su mujer, don Alfonso, don Dionisio y don Juan murieron niños sin dejar en vida ni en muerte cosa digna de memoria; doña María, don Pedro y doña Leonor alcanzaron de días a sus padres.

Este año en Cerdaña falleció don Sancho, rey de Mallorca, y por morir sin hijos nombró por su heredero a don Jaime, hijo de don Fernando, su hermano. El rey de Aragón pretendía ser suyo aquel reino por el testamento de don Jaime, su abuelo, que fue el primero que le instituyó y dejó a su hijo menor. No faltaban razones por ambas partes. El niño don Jaime se aventajaba en la posesión y en la compasión que le tenían por su tierna edad y por la memoria de su padre; el rey de Aragón era más poderoso. Interpúsose don Felipe, tío del niño, persona eclesiástica, a quien el rey don Sancho nombró en su testamento por gobernador del reino y tutor del nuevo rey hasta tanto que llegase a edad bastante, por cuya diligencia se concertaron de esta manera: que doña Costanza, nieta del rey de Aragón, casase con don Jaime, rey de Mallorca, y por dote llevase el derecho que pretendían sus abuelo y padre para que su marido quedase con el reino sin que nadie le fuese a la mano.

CAPÍTULO XIX
DE LA MUERTE DEL REY DE ARAGÓN

Aun no sosegaba Castilla; la soltura pasada, los grandes odios y enemistades traían todavía alborotada la gente principal, a la manera que después de una brava tempestad no luego se sosiegan las olas del mar ni luego se sigue bonanza; que fue ocasión al rey don Alfonso para que, sin embargo de su condición, que era mansa, castigase algunos revoltosos, de donde fue llamado don Alfonso el Vengador.

El primero entre los castigados fue don Juan, señor de Vizcaya,que procuraba por malas mañas casar con doña Blanca, la cual y su madre se retiraran a Aragón. Encendía en él este deseo el grande estado de aquella señora; si no salía con su pretensión, revolvía en su pensamiento de traer de Francia a don Alfonso de la Cerda y renovar las competencias pasadas; todo se enderezaba a dar pesadumbre al rey, que sabía cualquiera de estas cosas le serían pesadas. Era forzoso atajar estos intentos; usar de fuerza, cosa peligrosa; de engaño y maña, mal sonante. ¿Qué se podía hacer? Venció el provecho a la honestidad; así, con color de la guerra que apercibía el rey contra los moros, llamó a don Juan para que se viese con él en la ciudad de Toro, con intención que le dieron de casarlo con la infanta doña Leonor, hermana del mismo rey; partido más honrado que lo que él pretendía. Para allanar el camino despidieron de la corte a Garci Laso, de quien don Juan se quejaba le era enemigo capital; que fue todo vencer una arte con otra. A la hora pues vino al llamado del rey; fue bien recibido y convidado para comer en palacio el mismo día de Todos Santos, año del Señor de 1327. La fiesta y el convite más daban muestra de regocijo y seguridad que de temor ni sospecha; así, desarmado y desapercebido, como estaba en el banquete, fue muerto por mandado del rey. Los delitos por él cometidos parecían merecer cualquier castigo; pero quebrantar el derecho del hospedaje y debajo de seguridad matar persona tan principal a todos pareció cosa fea, puesto que no faltaba quien con razones aparentes pretendiese colorear aquel hecho. Una sola hija que quedó de don Juan, y estaba a criar en poder de su ama, fue llevada a Bayona, ciudad a la raya de Francia, y entonces sujeta a los ingleses. La madre del muerto, doña María, que estaba recogida de tiempo atrás en un monasterio de monjas de Perales, con el aviso del caso y con estas tristes nuevas bien se puede pensar cuán grande congoja recibió. Dícese que a instancia de Garci Laso vendió al rey todo el señorío de Vizcaya, si de miedo o de su voluntad, no se sabe. Basta entender que era peligroso contrastar a la voluntad del rey en aquel trance, pero de mala sonada y contra derecho, por ser viva su nieta; que adelante, aplacado el enojo del rey, casó con don Juan de Lara, como se referirá en su lugar, y vino a ser señora de Vizcaya. Los pueblos y castillos que don Juan heredó de su padre, y eran más de ochenta, parte se ganaron por fuerza, parte se rindieron de su voluntad, y quedaron incorporados en la corona real.

Don Juan Manuel era frontero contra los moros; y dado que amedrentado con aquel caso y que echaba de ver lo poco que se podía fiar del rey, pues a son de bodas quitó la vida a un príncipe y deudo suyo tan cercano, todavía con gran cuidado y diligencia acudía a la guerra contra los moros, que poco antes de sobresalto ganaron el castillo de Rute, y pretendían con su caudillo Ozmín, que ya parece estaba en gracia de aquel rey, hacer entrada por las fronteras del Andalucía. Vino con ellos a las manos junto al río Guadalhorza, donde los venció y mató gran número de ellos. Don Juan Manuel, habida esta victoria, se fue a las tierras de su estado, dejada la guerra y mal indignado contra el rey, de quien se publicaba tenía propósito de repudiar a doña Costanza, su hija, y emparentaren Portugal, todo encaminado a su perdición. No era su miedo vano, ca se trató de aquel nuevo casamiento; y en efecto, doña María, hija del rey de Portugal, entró en lugar de doña Costanza. Autor de este consejo y mudanza fue Alvar Núñez Osorio. El pesar que de esto sintió don Juan Manuel fue cual se puede pensar; lo mismo el rey de Aragón, tío de doña Costanza.

Reinaba a la sazón don Alfonso el Cuarto en Aragón por muerte de su padre el rey don Jaime el Segundo, que falleció en Barcelona un día después de la muerte de don Juan el Tuerto, do se hizo

su enterramiento en la iglesia de Santa Cruz con real pompa y aparato. Doña Teresa, su nuera, murió cinco días antes del suegro en Zaragoza, y se sepultó en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. El luto y llanto de toda la provincia fue doblado a causa que en un mismo tiempo quedó huérfana de dos príncipes que mucho amaba. Sucedió pues al rey don Jaime su hijo don Alfonso; tuvo en doña Teresa, su mujer, estos hijos: don Pedro, don Jaime y doña Costanza; porque otros cuatro hijos que tuvieron murieron en su niñez. Lo que hay mucho que loar en el rey don Jaime fue que los principados de Aragón, Cataluña y Valencia ordenó anduviesen siempre unidos sin dividirse. Fue tan enemigo de pleitos, que en aquella era eran asaz, que desterró perpetuamente de su reino como a prevaricador a Jimeno Rada, un abogado señalado de aquellos tiempos, por cuyas mañas muchos fueron despojados de sus haciendas.

Carlos, rey de Francia y Navarra, por sobrenombre el Hermoso, falleció de enfermedad en el bosque de Vincena primer día de febrero, año de 1328; al cual el papa Juan XXII otorgó los diezmos de las rentas eclesiásticas en toda la Francia, con tal condición que hiciese la guerra al emperador Luis, bávaro, tan grande enemigo de la Iglesia, que el año antes de éste hizo papa en Roma en competencia del verdadero pontífice y en su perjuicio a Pedro Corbara con nombre de Nicolás V. Demás de esto, le mandó acudir a él con parte de aquel interés, según que lo publicaba la fama. Esta misma concesión se hizo antes a instancia del rey Filipo el Largo, pero con esta modificación y palabras expresas: *«Si los obispos del reino juzgasen ser conveniente»*; condición muy honesta, de que ojalá usasen los demás pontífices contra las importunidades de los príncipes. La mujer del rey Carlos, por quedar preñada, a cabo de tres meses después de la muerte de su marido parió una hija, que se llamó Blanca. No podía conforme a las leyes y costumbres de Francia suceder en aquella corona. Así un hijo de Carlos de Valois, que falleció dos años antes del rey, por nombre Felipe, primo hermano de los tres reyes pasados por una parte, y Eduardo, rey de Inglaterra, como hijo de madama Isabel, hermana de los mismos tres reyes, comenzaron a pretender aquel reino. Los estados del reino, conforme a la ley sálica, se conformaron en dar la corona a Felipe de Valois, de que resultaron enemistades y guerras muy largas y graves entre aquellas dos naciones, y los reyes de Inglaterra tomaron apellido de reyes de Francia, y pusieron las flores de lis en sus escudos.

A los navarros sucedió mejor, que quedaron libres del yugo de Francia, porque Juana, hija del rey Luis Hutin, casó con el conde de Evreux, que se llamaba Filipo, y en Pamplona fueron declarados por reyes de Navarra de conformidad de todos los estados por el derecho que aquella señora tenía de parte de su madre; en que por ser cosa tan justificada fácilmente vino el nuevo rey de Francia, demás que el dicho conde era su deudo muy cercano por ser, como era, bisnieto de san Luis, rey de Francia. En esta sazón los navarros, por tener los reyes flacos, se alborotaron, y como gente sin dueño, se encarnizaron en los judíos que moraban en aquel reino; en particular en Estella cargó tanto la tempestad, que degollaron diez mil de ellos, si ya el número o las memorias no van errados.

CAPÍTULO XX
NUEVOS CASAMIENTOS DE REYES

A la misma sazón en Castilla se hacían apercibimientos muy grandes para la guerra contra los moros, nuevas levas de gente que se alistaba en el reino, socorros que pretendían de los reyes comarcanos. La tierna edad del rey moro y las discordias que los suyos entre sí tenían presentaban ocasión para hacer algún buen efecto; mayormente que se pasó a los nuestros un hijo de Ozmín, llamado Abraham el Borracho por el mucho vino que bebía. Seguíale un buen escuadrón de soldados; acordó el rey don Alfonso de ir a Sevilla con toda presteza, dende corría las fronteras de los enemigos y les hacía notables daños. Tomóles a Olvera, Pruna y Ayamontes. En esto se gastó el verano, y pasado el otoño, los soldados, cargados de despojos y alegres, dieron la vuelta para invernar en Sevilla. Don Alfonso Jofre, almirante que era del mar, acudió al tanto para dar al rey aviso de una victoria señalada que alcanzó en una batalla naval que trabó con los moros, en que de veintidós galeras que traían les tomó tres, y cuatro echaron a fondo. Eran estas galeras, parte del reino de Granada, y parte africanas; mataron y cautivaron más de mil doscientos moros, por los cuales causas todos estaban muy gozosos, y aquella nobilísima ciudad resonaba con fiestas y regocijos. Enviáronse embajadores para tratar del casamiento del rey.

Don Juan Manuel, vista la resolución de dejar a su hija, renunciada por sus reyes de armas la fe y lealtad que tenía jurada, se confederó con los reyes de Aragón y de Granada; junto con esto desde Chinchilla y Almansa, por ser plazas muy fuertes, hacía entradas por las tierras de Castilla; robaba y talaba por do quiera que pasaba con gran daño en especial de los labradores, a la misma sazón que el rey en Sevilla dio título de conde de Trastámara, Lemos y Sarriá a Alvar Núñez Osorio, que era su mayor privado, cosa muy nueva; que hasta entonces en Castilla no se diera de mucho tiempo atrás a ninguno título de conde. La ceremonia que se hizo fue muy tosca, como entre gente en aquella sazón falta de todo género de policía y primor. Echaron tres sopas en una taza de vino y pusiéronselas delante, convidáronse por tres veces el rey y el conde sobre cuál de ellos tomaría primero; finalmente, el rey tomó la una, y el conde la otra. Concediósele que en los reales tuviese caldera y cocina aparte para su mesnada, y en la guerra propia y particular bandera con sus divisas y armas. Hiciéronse las escrituras y privilegios; y leídos, todos los presentes aclamaron con gran aplauso: *«viva el conde».* Tal fue la costumbre y ceremonia con que se creaban los condes en aquella era.

En la ciudad de Córdoba usó el rey de una severidad extraordinaria, y fue que hizo cortar la cabeza a Juan Ponce porque no obedeció a su mandato, en que le ordenaba restituyese el castillo de Cabra, que tomara a los caballeros de Calatrava al tiempo que las cosas del reino andaban alborotadas, demás que le achacaban y cargaban de hombre sedicioso y pernicioso para la república. El mismo castigo se dio a otros muchos ciudadanos de Córdoba, sea por ser de la misma parcialidad, o porque fueron convencidos de otros delitos muy graves.

En Soria en el monasterio de San Francisco fue muerto a puñaladas Garci Laso sin respeto del lugar sagrado y que estaba oyendo misa. El sentimiento del rey fue grande; poco antes de este desastre le enviara desde Sevilla para atajar los intentos y pretensiones de don Juan Manuel. El aborrecimiento que los caballeros le tenían muy grande, por entender trataba de destruir con sus malas mañas y descomponer toda la nobleza, fue causa de esta desgracia. Escalona, una villa pequeña en el reino y tierra de Toledo, andaba alborotada y pretendía juntarse con los rebeldes y amotinados.

De Castilla la Vieja asimismo avisaban que la gente se alborotaba; en particular Toro, Zamora y Valladolid estaban alzados contra el rey. El principal movedor de estos alborotos era don Hernán Rodríguez de Balboa, prior de San Juan, confiado en sus riquezas y en los muchos aliados y deudos que tenía en aquella provincia de los más nobles y ricos. El color que tomaron era quejarse que el nuevo conde Álvaro Osorio y un judío, llamado Jusef, gobernaban todo el reino y le trastornaban a

su voluntad; que tenían rendido al rey como si les fuera esclavo y como si le hubieran dado bebedizos. Acudió el rey a Escalona; pero con las nuevas de Castilla alzó el cerco por acudir al mayor peligro y necesidad. Llegó a Valladolid; no le quisieron dar entrada hasta tanto que despidiese de palacio y de su corte al dicho Osorio. Hízose así, que es forzoso sujetarse a la necesidad. Sin embargo, fue tan grande el sentimiento de este caballero, como persona acostumbrada a todo favor y privanza, que, quitada la máscara, se rebeló contra el rey, y trató de juntar sus fuerzas con don Juan Manuel, causa de su total perdición. Ramiro Flores de Guzmán con muestra que huía del rey se hizo su amigo; y como un día estuviese desapercibido y descuidado, le dio de puñaladas. Por su muerte el rey a la hora se entregó en sus castillos y tesoros, que tenía allegados muy grandes en el tiempo que tuvo el reino a su mandar y lo robaba todo sin reparo. Pusiéronle acusación, hiciéronle cargos muchos y muy graves; no salió persona ninguna a la causa y defensa, y así, fue convencido en juicio y dado por rebelde y traidor; pronunció la sentencia el mismo rey en la villa de Tordehumos. Tal fue la fin de estos dos caballeros, que en aquel tiempo tuvieron tanta grandeza y pujanza. A Jusef defendió su bajeza y el menosprecio en que es comúnmente tenida aquella nación; lo que pudiera acarrear a otro su perdición, eso le valió.

Celebráronse las bodas del rey en Ciudad Rodrigo. Tratóse entre los dos reyes de Castilla y Portugal de aplacar al rey don Alfonso de Aragón y apartarle de la amistad de don Juan Manuel. Pareció buen medio ofrecerle la infanta doña Leonor, hermana del rey de Castilla, para que casase con ella, ca se hallaba viudo y libre del primer matrimonio por muerte de su primera mujer doña Teresa. Aceptado este partido y hechas las escrituras y conciertos, llevaron la doncella a Aragón. Salió don Juan, el patriarca, arzobispo de Tarragona, hasta Alfaro a recibirla y acompañarla. Efectuáronse las bodas en la ciudad de Tarazona, hallóse presente con el de Aragón el rey de Castilla; las alegrías y regocijos fueron grandes. Sucedió esto al principio del año de 1329.

Para que la amistad entre los reyes fuese más firme, y meter prendas de todas partes trataron de casar a doña Blanca, hija del infante don Pedro, el que, como queda dicho, murió en la guerra de Granada, con el hijo mayor del rey de Portugal, llamado don Pedro. Hechas las capitulaciones, la doncella fue entregada en poder de la reina de Castilla para que la enviase a Portugal. Junto con esto los dichos tres reyes asentaron liga entre sí contra los moros para, juntadas sus fuerzas, desarraigar de todo punto las reliquias de aquella gente malvada. Asentóse demás de esto para mayor sosiego y paz de todos que los rebeldes del un reino no tuviesen acogida en el otro. Quedó por este camino don Juan Manuel despojado del amparo del rey de Aragón; trató de valerse como pudiese, y para este efecto casó segunda vez con doña Blanca, hija de don Fernando de la Cerda. Asimismo don Juan de Lara casó con doña María, hija de don Juan, llamado el Tuerto, con esperanza que le dieron de juntar todos tres sus fuerzas para recobrar el señorío de Vizcaya, que de derecho pertenecía a aquella doncella, y el rey por fuerza y contra razón se le tenía usurpado. Don Juan Manuel y don Juan de Lara llanamente estaban declarados contra el rey, otros de secreto y con sagacidad le eran contrarios, como eran don Pedro de Castro y don Juan Alfonso de Alburquerque, hijo de Hernán Sánchez y nieto del rey Dionisio de Portugal. El principal y cabeza de los demás era don Juan de Haro, señor de los Cameros. Estos todos llevaban tras sí gran parte del reino.

Los nuevos reyes de Navarra este mismo año vinieron a Pamplona. Allí les fue dada la posesión de aquel reino, pero debajo de estas condiciones: que por espacio de doce años no se batiese nuevo género de moneda, a causa que en aquel tiempo era muy ordinario falsear la moneda y bajarla de ley, costumbre perjudicial y mala, contra la cual hay un decreto del pontífice Juan, que se promulgó en aquel tiempo y anda en las *Extravagantes*. La segunda condición que en los oficios de la casa real no se admitiesen forasteros, lo mismo cuanto a las tenencias de los castillos. Que no pudiesen vender ni trocar el reino ni enajenar el patrimonio real. Que el primer hijo varón que tuviesen, luego que llegase a edad de veintiún años cumplidos, fuese rey de Navarra y tuviese el mando y gobierno; y que a Filipo, su padre, acudiesen con cien mil coronas para los gastos. Si falleciesen sin hi-

jos, que los tres estados del reino nombrasen rey a su voluntad. De esta suerte los navarros para recibir leyes las dieron al que los había de gobernar. Juraron los reyes estas condiciones, y con tanto fueron coronados y ungidos en la iglesia mayor de aquella ciudad a los 5 días del mes de marzo. Todos los presentes de cualquier suerte, estado y edad, en señal de alegría y regocijo, a voces pedían para sus reyes larga vida y toda buenandanza. Las calles tenían cubiertas de flores y verdura, las paredes vestidas de ricos paños. No quedó género de contento que allí no se mostrase. Parecíales salir de unas escuras tinieblas a una luz muy resplandeciente y clara, y que toda aquella provincia con la venida de sus propios reyes, como después de un largo destierro y a cabo de cincuenta y cinco años que faltaban, era restituida en su antigua grandeza, sosiego y prosperidad. Fueron estos reyes muy dichosos en sucesión. Los hijos Carlos, Felipe y Luis alcanzaron adelante grandes estados; las hijas Juana, María, Blanca y Inés casaron asimismo muy principalmente.

Los flamencos a esta misma sazón andaban alterados, ca puesto primeramente en prisión Luis, su conde y señor, después que se libró, le cercaron en Gante. Huyó también del cerco, y acudió al amparo del rey de Francia. Envió él sus embajadores a Flandes sobre el caso, pero no hicieron efecto alguno; llegó el negocio a las armas y a las manos. Acudieron a esta guerra muchos príncipes, y entre los demás Felipe, rey de Navarra. Juntáronse los dos campos no lejos de la villa de Casel. Hubo algunas escaramuzas, y por el mes de agosto, un día en lo más recio del calor, a tiempo que las guardas y centinelas estaban descuidadas, los flamencos dieron de rebato sobre los reales de Francia, ganaron los baluartes y trincheras sin que les pudiesen ir a la mano, acometieron la tienda del rey, y antes que se pudiesen armar ni subir a caballo, muchos de los franceses fueron pasados a cuchillo. El rey mismo se vio en grande aprieto hasta tanto que acudió gente de la otra parte de los reales. Con esto los flamencos, y por el peso de las armas y calor, que hacía muy grande, desmayaron; y muertos muchos de ellos, los lanzaron de los reales y huyeron. Después de esta victoria todo quedó llano, y el Conde fue restituido en su estado.

El de Navarra, concluida la guerra, dio vuelta a su reino, que halló lleno de latrocinios y maldades, a causa de la libertad que por la larga ausencia de los reyes la gente había tomado. Tratóse del remedio; por consejo y parecer de personas principales y de letras se ordenaron y establecieron nuevas leyes con que el pueblo fuese regido y mantenido en justicia y en paz. Estas leyes son las que vulgarmente se llaman del *Fuero Nuevo*. Dado que hubieron asiento en las cosas de aquel reino, los nuevos reyes se volvieron a Francia con voz de favorecer al rey francés, su deudo y amigo, contra los ingleses, que tornaban con las armas a la demanda del reino. La verdad era que el amor de la patria los aquejaba; las riquezas otrosí de Francia, trajes, vestidos y abundancia les hacía menospreciar la pobreza de Navarra. Dejaron para gobierno del reino a Enrique Soliberto, de nación francés, gran dolor de los naturales por durarles tan poco su alegría y considerar cuán tarde caían en la cuenta y cómo les engañaba su esperanza. ¡Cuán breves son y engañosos los contentos de este mundo! ¡La buenandanza, cuán presto se pasa!

CAPÍTULO XXI
QUE LA GUERRA CONTRA LOS MOROS SE RENOVÓ

Aquejaban a Castilla por una parte las discordias civiles, por otra el cuidado de la guerra contra los moros. Lo que sobre todo apretaba era la falta de dineros para hacer las provisiones y pagar a los soldados. Juntáronse Cortes del reino en Madrid. En estas Cortes se establecieron algunas notables leyes: una, que en la casa real ninguno tuviese más que un oficio; otra, que sin llamar Cortes no se impusiesen nuevos pechos; tercera, que no se diesen beneficios a los extranjeros. Los pueblos otrosí ofrecieron el dinero necesario para la guerra tanto con mayor voluntad, que los moros por el mismo tiempo se apoderaran de la villa de Priego, que está a la raya de los dos reinos, y era de la orden de Calatrava. No fue necesario derramar sangre, porque el mismo alcaide que la tenía en guarda la entregó.

Buscaban algún medio para sosegar a don Juan Manuel y sus consortes, y demás de esto para granjear al rey de Aragón y hacer que acudiese con sus fuerzas en ayuda de esta guerra. Lo uno y lo otro se efectuó, y en particular para reducir a don Juan le restituyeron a doña Costanza, su hija, que hasta entonces la detuvieron en la ciudad de Toro, con que la cuita y la afrenta se doblaba; repudiarla y tenerla como presa. Por otra parte apretaron a Jusef, el judío de Écija, de quien se ha hablado, para que diese cuenta de las rentas reales que tenía a su cargo, todo a propósito de hallar ocasión para derribarle, que no podía faltar. Fue así, que no hizo su descargo bastantemente; con esta color le privaron del cargo de tesorero general. Demás de esto, para adelante ordenaron que a ninguno que no fuese cristiano se encargase aquel oficio. Asimismo que el tesorero no se llamase almojarife, apellido que por ser arábigo era odioso, sino que adelante se nombrase tesorero general; ordenanza que dio satisfacción a todo el reino.

El rey de Portugal envió quinientos caballos de socorro; el de Aragón y don Juan Manuel prometieron de hacer entrada en tierra de moros por otra parte. Era don Juan Manuel frontero por la parte de Murcia, y por su teniente Pero López de Ayala. El rey de Castilla, juntado que tuvo su ejército, rompió por la parte del Andalucía en tierra de Granada; puso cerco sobre Teba de Ardales, villa muy fuerte, que fue el año de 1330. Ozmín con seis mil jinetes que su rey le dio estaba alojado en Turrón, tres leguas de Teba, desde donde hacía gran daño a nuestra gente, mayormente cuando salían a hacer forraje o dar agua a los caballos, que por lo demás no se atrevía venir a batalla. En este medio los cristianos ganaron la villa de Pruna; Ozmín cautelosamente envió tres mil caballos al río que allí cerca pasa para dar vista a los enemigos, y por otra parte, cuando la batalla estuviese más trabada apoderarse él de nuestros reales. Fue el rey avisado de este intento. Envió adelante un grueso escuadrón de gente contra los moros, y él con los demás a punto se quedó en el real, que fue engañar una astucia con otra; además que los moros fueron puestos en huida, y los nuestros en su seguimiento con el mismo ímpetu que llevaban entraron por los reales contrarios, que no tenían defensa, saquearon y robaron todas las tiendas y bagaje. Con esto los de Teba, perdida la esperanza de defenderse, por el mes de agosto rindieron la villa, salvas solamente las vidas. Cañete otrosí y Priego sin dilación hicieron lo mismo sin otros muchos castillos y fortalezas.

Fue tanto mayor la honra que ganó el rey don Alfonso, que ni el rey de Aragón ni don Juan Manuel ayudaron, como prometieron, por su parte. El uno aún no andaba bien llano, el otro se excusaba con los genoveses, que le alborotaban la isla de Cerdeña, a que le era forzoso acudir; demás de esto el socorro de Portugal se era tornado a su tierra. Todo esto fue ocasión de nuevo desabrimiento, en especial contra don Juan Manuel y sus aliados, y de tomar asiento con los moros, como se hizo a la primavera, debajo que cada un año pagasen de tributo doce mil ducados. Esto asentado, se dio lugar al comercio y trato de una parte a otra y saca a los moros de trigo y otras provisiones de Castilla.

Todo lo cual se efectuó con tanta mayor voluntad, que el rey en Sevilla, do se concertaron las

paces, se comenzaba a entregar a doña Leonor de Guzmán de tal suerte, que la tenía y trataba como si fuera su legítima mujer. Esta señora en linaje, apostura y riquezas se pudiera tener por dichosa; su padre fue Pero Núñez de Guzmán, su marido Juan de Velasco, que poco antes falleciera; con la conversación del rey más fama ganó que loa. De este trato tuvo mucha generación, y en particular un hijo, que después de su muerte y después de grandes trances últimamente vino a ser rey.

El capitán Ozmín falleció en la ciudad de Granada; dejó dos hijos, Abraham y Abucebet. El rey moro, privado de tal amparo y consejo y con deseo de intentar nuevas esperanzas, pasó en Berbería para traer dende nuevas gentes y dar principio a una nueva guerra, brava y sangrienta, cual fue la que adelante se encendió en España, según que en el libro siguiente se declara.

LIBRO DECIMOSEXTO

CAPÍTULO PRIMERO
QUE EL REY DE GRANADA PASÓ EN ÁFRICA

La tercera parte de la redondez de la tierra es África. Tiene por linderos a la parte del occidente el mar Océano Atlántico; a la del oriente a Egipto y al mar Bermejo, mar bajo y sin puertos; al septentrión la baña el mar Mediterráneo. Combatida por el un costado y por el otro de las furiosas olas del mar Océano, de anchísima que es, se estrecha y adelgaza en forma piramidal hasta rematarse por la banda del sur en una punta que llamaron primero cabo de las Tormentas, y hoy se llama el cabo de Buena Esperanza. Los moradores de esta tierra son de muchas raleas, diferentes en leyes, ritos, costumbres, trajes, color y en todo lo al. Lo más interior habitan los etíopes largamente derramados, todos de color bazo o negro. Síguense luego los de Libia, y después los númidas, generaciones de gentes que se dividen entre sí, y parten términos por las altas cumbres y cordilleras del monte Atlante. Por la costa y ribera de nuestro mar se extienden los que por su propio nombre llamamos africanos, berberiscos o moros. En esta parte los campos son buenos de pan llevar y para ganados; arboledas hay pocas, llueve en ellos raras veces; tienen asimismo pocas fuentes y ríos. Los hombres gozan de buena salud corporal, son acostumbrados al trabajo y muy ligeros. Vencen las batallas más con la muchedumbre de la gente que con el verdadero valor y valentía; sus principales fuerzas consisten en la gente de a caballo.

En esta provincia Albohacén, noveno rey de Marruecos, de la familia y linaje de los Merinos, poseía por este tiempo un anchísimo imperio; había con perpetua y dichosa guerra domado todos los príncipes comarcanos, y era el que parecía podía aspirar al señorío de toda España por ser muy temido de los cristianos, y por su persona hombre singular, de loables costumbres, dotado de muchas partes, así del alma como del cuerpo. Traía guerra con Botejefin, rey de Tremecén, llevando adelante en esto las enemistades que su padre con él tuvo. Esto era lo que le faltaba para acabar de sujetar toda aquella provincia y lo que le hacía estorbo para acometer a España, a que le incitaban las antiguas victorias de sus antepasados, y encendíale el deseo de restituir en España y adelantar el imperio de los moros. Mahomad, rey de Granada, como el que tenía pocas fuerzas, pasó el mar para verse con Albohacén, deseoso de que fuesen compañeros en la guerra y de revolver a África con España. Llegado a Fez, ciudad nobilísima de la Mauritania Tingitana, fue espléndida y magníficamente recibido y tratado del rey bárbaro, puestas en olvido las contiendas viejas que antes tuvo, ca era enemigo de Ozmín y de su casa. Cada uno de ellos procuró mostrarse al otro más cortés, dadivoso y más amigo. Llegaron a tratar de sus haciendas un día para ello señalado. El rey de Granada habló al rey bárbaro en esta manera:

«En España, poderoso Rey, apenas podemos sufrir la guerra; las fuerzas de mi reino están ya gastadas y la gloria de nuestra gente oscurecida; no sabré fácilmente decir si los tiempos o nosotros tenemos la culpa de ello. En el postrer rincón de la Andalucía estamos ya retirados, cercados de todo género de miseria, de manera que con dificultad conservamos la libertad y la vida. Tengo vergüenza de decirlo, pero en fin lo diré; ojalá se nos concediera ser sujetos con algunas honestas y tolerables condiciones, y que pudiéramos estar seguros de que nuestros enemigos nos las guardaran; pero habémoslas con quien piensa que gana el cielo haciéndonos daño y engañándonos, y que para con nosotros no hay religión ni juramentos que les obliguen a guardarnos las treguas y capitulaciones que nos prometieren. Hácennos entradas cada año, quémannos las mieses, echan fuego a las campos, arruinan los pueblos, y nos roban las mujeres, los niños y viejos y los ganados: no podemos ya respirar; vémonos en estado que nos sería mejor morir de una vez que sustentar vida tan llena de peligros y miseria. ¿Dónde está aquella valentía de nuestros antepasados, con la cual

con increíble presteza, llenos de gloria y de victorias, corrieron la Asia, África y España, y con sólo el miedo y fama de su valor juntaron naciones tan divisas y apartadas? Torpe cosa es no imitar los hechos valerosos de nuestros mayores; empero no sustentar la autoridad, gloria y reinos que nos dejaron es gran maldad y mengua. En estos trabajos y miserias hasta aquí nos ha sustentado la esperanza, puesta en tu felicidad, virtud y grandeza sin par; ahora me ha forzado a que, dejado mi reino, pasase en África a echarme a tus pies. Séame de provecho confesar la necesidad que tengo de tu amistad y amparo. Real cosa es corresponder a la voluntad de aquellos de quien eres suplicado; mas tomar la defensa de tu gente, ampararlos miserables, ser tenido, como lo eres, por escudo y defensor de la santa ley de nuestros abuelos, te igualará con los inmortales. Sujetados ya todos los pueblos de África y rendidos a tu poder, se ha de acabar la guerra y dejar las armas, o las has de volver contra otras gentes. Muchos grandes príncipes fueron más famosos durante el tiempo de la guerra que después de alcanzada la victoria. Lo que se pierde con la descuidada y ociosa paz, se repara con las armas en la mano y con ganar nuevos reinos, fama y riquezas. Por vecinos tienes los españoles, que sólo un angosto estrecho de ti los aparta, y ellos están divididos en muchos señoríos y se abrasan con guerras civiles; tan enemigos son entre sí, que no se juntaran puesto que vean armas extrañas en su tierra. Tú tienes fortísimos ejércitos, prácticos y experimentados con las continuas guerras; en la entrada de España fortísimos castillos muy a propósito para la guerra; a nos no faltan soldados, armas, bastimentos y dineros con que poderte ayudar. Todo lo que se ganare será tuyo; yo me contentaré con la parte que darme quisieres de la presa. El mayor premio que yo espero de la victoria es la venganza de una tan mala y abominable gente.»

El rey bárbaro respondió a esto que su venida le daba mucho contento, y le era muy agradable le solicitase para que juntasen las armas y hiciesen la guerra de consuno, que siempre les sucedió bien el tener ambas gentes amistad, por el contrario de las discordias se les recrecieran graves daños. Luego que hubiese dado fin a las resultas de las guerras de África pasaría con todos sus ejércitos en España; de presente le parecía sería bien enviar delante a su hijo Abomelique con un buen golpe de gente de a caballo; que sería meter tales prendas en la empresa para continuar lo que entre ellos quedaba asentado.

Entre tanto que esto pasaba en África, los moros de Granada y por sus capitanes Reduan y Abucebet entraron en tierra de Murcia, talaron y robaron los campos, destruyeron en particular y quemaron a Guardamar. Éste es un pueblo llamado así porque está sobre el mar edificado a la boca del río Segura. Con esta cabalgada llevaron cautivas mil doscientas personas. Venido el rey Mahomad a Granada, don Juan Manuel y los demás sediciosos se determinaron a tratar con él de conciertos; hiciéronse las amistades y alianza por medio de Pedro Calvillo, que andaba de una parte a otra en estos tratos. Estaban los pechos de todos tan llenos de una diabólica discordia, que sin tener memoria de la cristiana religión ni misericordia de los suyos, por hacer pesar a su rey y vengar sus particulares enojos no echaban de ver ni curaban de estos grandísimos apercibimientos de guerra que contra la misma cristiandad se hacían ni la tempestad que se armaba.

CAPÍTULO II
QUE ABOMELIQUE VINO A ESPAÑA

Vivía todavía doña Isabel, reina de Portugal, y aunque en lo postrero de su edad, tenía corazón y buen ánimo para tomar cualquier trabajo por la común salud y paz pública. Rogó al rey de Castilla fuese a Badajoz. De estas vistas ningún mayor provecho resultó que visitar el rey y acariciar con todo género de respeto y benevolencia a una santísima mujer, abuela suya. Venía el rey de esta ciudad cuando don Alonso de la Cerda, el que en vano tanto tiempo y tantas veces con grave peligro de la república movió guerra sobre el derecho del reino, con la edad más cuerdo sin pensarlo nadie se encontró con él en el lugar de Burguillos, y echándose a sus pies le besó la mano, señal entre los castellanos de honra y protestación de vasallaje. Fue este hecho gratísimo al rey, y a don Alonso saludable y de importancia, ca fue restituido en su tierra, y se le dieron ciertas villas con cuyas rentas pudiese sustentarse. Habíase casado en Francia con una nobilísima señora, llamada Madelfa, de la sangre de los reyes de Francia, en quien tuvo dos hijos, a don Luis y a don Juan. Don Luis, que era el mayor, vino con su padre a España; a don Juan como a pariente tan cercano el rey de Francia dio el ducado de Angulema, y después le hizo su condestable, dignidad que hoy en Castilla ha quedado sólo en una sombra y vano título casi sin poder ni jurisdicción alguna; pero en Francia en las cosas de la guerra es la suprema potestad y autoridad después de la real.

Llegó el rey a Talavera, villa que está en la Carpetania, hoy reino de Toledo; en esta sazón Santolalla, que es un pueblo puesto en la mitad del camino entre Talavera y Toledo, era de don Juan Manuel. De este pueblo salían bandas de gente perdida a saltear los caminos, mataban los hombres y robaban los campos; estos fueron presos por mandado del rey, y convencidos de sus delitos, los castigaron con pena de muerte. Un semejante ejemplo de justicia mandó hacer en Toledo, de donde se fue a Madrid y a Segovia y a Valladolid. En esta villa doña Leonor le parió un hijo, que llamaron don Pedro, a quien dio el señorío de Aguilar del Campo. Para remediar la falta del dinero que padecía, con malo e imprudente acuerdo acuñó un género de moneda baja de ley, que llamaron cornados, de que se siguió gran carestía y falta en los mantenimientos, en grave daño y enojo del pueblo, porque falseada y adulterada la moneda, luego cesaron los tratos y comercio.

Estando el rey en Burgos le vinieron embajadores de aquella parte de Cantabria o Vizcaya que llaman Álava, que le ofrecían el señorío de aquella tierra, que hasta entonces era libre, acostumbrada a vivir por si misma con propios fueros y leyes, excepto Vitoria y Treviño que mucho tiempo antes eran de la corona de Castilla. En los llanos de Arriaga, en que por costumbre antigua hacían sus concejos y juntas, dieron la obediencia al rey en persona; allí la libertad, en que por tantos siglos se mantuvieron inviolablemente, de su propia y espontánea voluntad la pusieron debajo de la confianza y señorío del rey. Concedióseles a su instancia que viviesen conforme al fuero de Calahorra; confirmóles sus privilegios antiguos, con que se conservan hasta hoy en un estado semejante al de libertad, ca no se les pueden imponer ni echar nuevos pechos ni alcabalas. De todos estos conciertos hay letras del rey don Alonso, su data en Vitoria, a 2 días de abril del año de nuestra salvación de 1332. En esta ciudad instituyó el rey un nuevo género de caballería, que se llamó de la Banda, de una banda o faja de cuatro dedos en ancho que traían estos nuevos caballeros, de color rojo o carmesí, que por encima del hombro derecho y debajo el brazo izquierdo rodeaba todo el cuerpo, y era el blasón de aquella caballería y señal de honra. No se admitían en esta milicia o caballería sino los nobles o hijosdalgo y que por lo menos diez años hubiesen servido en la guerra y en el palacio real. No se recibía otrosí en ella los mayorazgos de los caballeros y señores. El mismo rey fue elegido por maestre de toda esta junta y caballería, honra y traza con que los mancebos nobles y generosos se inflamaban y alentaban a acometer grandes hechos y acabar cosas arduas. Esta caballería mucho tiempo fue tenida en grande estima; después por descuido de los reyes que adelante reinaron y por la inconstancia de las cosas se desusó de manera, que al presente no ha quedado de ella rastro ni señal

alguna.

Visitó el rey la iglesia del apóstol Santiago en Compostela, y en ella se armó caballero; y en Burgos él y la reina fueron coronados por reyes. Hizo en ambas ciudades el oficio y ceremonia don Juan de Lima, arzobispo de Santiago. La reina por su honestidad no fue ungida, demás que estaba preñada. Halláronse presentes gran número de prelados; armó el rey caballeros a muchos señores y nobles que le presentaron delante armados de todas piezas de punta en blanco; y aún se ordenó para adelante, y se guardó, que de esta misma suerte se diese siempre y tomase la orden de la caballería. El público regocijo y contento que de esto resultó destemplaron y menoscabaron dos cosas de disgusto que sucedieron: la primera fue que se comenzó a tratar divorcio entre doña Blanca y don Pedro, infante de Portugal; la segunda que pretendía en lugar de doña Blanca recibir por mujer y casarse con doña Costanza, hija de don Juan Manuel; ambas a dos cosas eran pesadas y desabridas para el rey de Castilla. Dona Blanca era enfermiza y mañera, que no podía tener hijos. El principal autor y movedor de este divorcio Fernán Rodríguez de Balboa, prior de San Juan, aconsejaba a la reina, cuyo chanciller era, lo procurase para vengarse en esta forma del amancebamiento tan continuado y feo de su marido. En esta sazón el rey tuvo en la reina a don Fernando, que si viviera, fuera sucesor en el reino., y en doña Leonor, su combleza, a don Sancho, a quien dio la villa de Ledesma. Los dos nacieron en un mismo tiempo en Valladolid.

Demás de esto, Abomelique, hijo del rey de Marruecos, como quedó concertado con el rey de Granada, pasó el estrecho de Cádiz, y en Algeciras se intituló rey de ella y de Ronda. Vinieron con él de África siete mil jinetes con codicia, intento y esperanza de enseñorearse de toda España. En el principio del año de 1333, a los 13 de enero, el arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna celebró concilio en Alcalá de Henares, *indictione prima*, y del pontificado de Juan XXII el año diez y siete. Abomelique asimismo se puso sobre Gibraltar luego por el mes de febrero; combatiéronla sus gentes con mantas, torres y con todo género de máquinas militares. El rey se detuvo algunos días en Castilla la Vieja para apaciguar algunos alborotos de gente sediciosa; pero envió delante a Jofre Tenorio, almirante de la mar, y a los maestres de las órdenes militares para que por tierra socorriesen a los cercados; desigual ejército contra tan grandes fuerzas como eran las de los moros. Padecían grande falta de mantenimientos en la villa por culpa y negligencia de su alcaide Vasco Pérez, que por hacer de la guerra granjería no la tenía apercibida de almacén y municiones ni de soldados.

Por otra parte, el rey de Granada hizo entrada en tierra de Córdoba, grandes robos y quemas en los campos; tomó a Cabra, derribóle el castillo, y llevó cautivos todos sus moradores por traición del alcaide, que llamó a los moros, Y los metió dentro de la villa y les entregó el castillo. Gibraltar, después de padecidos grandes trabajos y perdida la esperanza de poderse defender, en el mes de junio se dio a partido, salvas la libertad y vidas de los soldados y de los vecinos. El alcaide Vasco Pérez, por acusarle su conciencia de la maldad cometida y temer la indignación del rey y el odio del reino, se pasó en África. Esta pérdida causó de presente grande dolor y puso para lo de adelante grandísimo miedo, por acordarse que la general pérdida y destrucción que los moros hicieron en España comenzó y tuvo principio por aquella parte.

El rey de Castilla, pareciéndole que dejaba sosegados los sediciosos, hechos por todo el reino grandes llamamientos y juntas de gente de guerra y puesto en orden un buen ejército, en lo recio del estío vino a Sevilla, tarde y sin ningún provecho para el socorro de Gibraltar, que ya halló en poder de moros. Diéronle esta nueva de la pérdida de Gibraltar en Jerez; todavía con esperanza de cobrarla antes que los moros la fortificasen y municionasen con grande presteza fue sobre ella. Hallóse en esta jornada don Jaime de Ejerica con algunas compañías de aragoneses. Cerca del pueblo con varios sucesos se escaramuzó muchas veces; la batalla campal ambas partes la esquivaban. Abomelique no se descuidaba ni se ensoberbecía con la victoria; el rey tenía esperanza de volver a ganar a Gibraltar. Desbarató sus intentos la falta de bastimentos que se comenzó a sentir en los reales, porque, aunque se traía continuamente gran copia de ellos por el mar, la gran muchedumbre de gente

brevemente los consumía. Por esta mengua muchos soldados desamparaban el real y caían en manos de Abomelique, que tenía puestas celadas en los lugares que para esto eran más cercanos y a propósito. Puso en esto tanta vigilancia y cuidado, que cautivó muchos soldados, y en tan gran número, que con gran deshonra y mengua del nombre cristiano se dice que se vendía un cautivo por una dobla de oro.

Acudió el rey de Granada, con cuya venida Abomelique, y por ver nuestro ejército disminuido y sus fuerzas quebrantadas, cobrado nuevo esfuerzo y ánimo, se determinó de presentar al rey la batalla; con esta resolución sacó todo el ejército tres veces en campaña. Al rey de Castilla le pareció que era el mejor consejo el más seguro, ca fuera temeridad con vana esperanza de un buen suceso arriscar el todo y ponerlo a la temeridad de la fortuna y trance de una batalla. Los más cuerdos y prudentes juzgaban asimismo que si tomaban a Gibraltar, que era a lo que allí eran venidos, todo lo demás se haría bien; a esta causa se resolvió de excusar la batalla. Cerraron pues todos los reales con un foso y albarrada para estorbar los rebatos de los enemigos; tiróse este foso desde el mar haciendo un cierto seno y vuelta, y yéndose encorvando conforme a la disposición de los lugares, de manera que con la otra punta del arco tocaba en la otra ribera. Estas dos cosas interpretaban y creían los enemigos que se hacían de miedo, con que les creció el ánimo, y concibieron grande esperanza de la victoria.

Mientras esto aquí pasaba, don Juan Manuel y don Juan Núñez de Lara y sus amigos, puesta confederación con el rey de Aragón, hacían gravísimos daños en la raya de Castilla. Habíaseles juntado don Juan de Haro, señor de los Cameros, caballero rico, poderoso y de muchos vasallos; así, de la parte que debían venir socorros y gente de allí resultó daño gravísimo. Por esto a pedimento de los moros les concedió el rey treguas por término de cuatro años, a tal empero que todavía el rey de Granada pechase y acudiese con las parias que solía; con tanto se quedó Gibraltar por los moros, no sin grande nota y menoscabo de la majestad real. El rey, que consideraba prudentemente el peligro, juzgó aquellos partidos por honrados, que eran más conformes al tiempo y aprieto en que se hallaban las cosas, sin hacer caso de las murmuraciones del vulgo ni de la que llama honra la gente menos considerada.

CAPÍTULO III
DE LAS MUERTES DE ALGUNOS PRÍNCIPES

Hechas las treguas, los reyes de Castilla y de Granada se hablaron, y en señal de amistad comieron a una mesa; hiciéronse asimismo a porfía ricos presentes, y diéronse el uno al otro joyas y paños de gran valor, cortés contienda y liberalidad en que el moro quedó vencido, camino por do se le ocasionó su perdición y ruina. El rey de Castilla se volvió a Sevilla, salva y entera la fama de su valor, no obstante los malos sucesos que tuvo. Abomelique se partió para Algeciras, y el rey de Granada caminó a Málaga con deseo de ver aquella ciudad.

Allí los hijos de Ozmín, que a todas estas cosas se hallaron presentes, se conjuraron de matarle. Abominaban y blasfemaban de él; cargábanle que con la familiaridad y trato que tenía con los cristianos, a sí mismo y a su nación y secta deshonraba. Acaso traía puesta una ropa que le dio el rey de Castilla; esto les encendió más el enojo y saña que contra él tenían, y les dio mayor ocasión de calumniarle. Andaba con el rey un cierto moro, llamado Alhamar, de la sangre y alcurnia de los primeros reyes de Granada, más noble que señalado ni de grande cuenta. A este tentaron primero los hijos de Ozmín, y le persuadieron que se vengase de la notoria injuria y agravio que se le hacía en tenerle usurpado el reino que de derecho lo venía, y que castigase el grande desacato que contra su secta se cometía. Concertada la traición, estando el rey muy seguro y descuidado de ella, le mataron a puñaladas en 23 días del mes de agosto. Reduan, que a este tiempo era el caballero de más autoridad y que había sido alcaide y justicia mayor de Granada, a la sazón ausente, no supo cosa alguna ni fue en esta cruel traición. Éste procuró que un hermano del muerto, que se llamaba Juzef Bulhagix, fuese alzado por rey de Granada, como lo hizo; cosa soberbia y muy odiosa, dar el reino de su mano, mayormente dejando sin él a Ferraguen, hermano mayor del rey muerto. De esta manera andaban las cosas revueltas entre los moros.

Pasáronse al nuevo rey los de Aguilar, don Gonzalo y don Fernando, hermanos, señores de Montilla y de Aguilar, caballeros poderosos en el Andalucía. Estaban estos caballeros, aunque no se sabe la causa, desavenidos y mal enojados con su rey. Empezáronse a hacer robos y entradas en las rayas de los reinos, con que se rompieron las treguas que poco antes se concertaron. El rey de Castilla se detuvo en Sevilla más tiempo del que se pensó y aún del que él quisiera; esperaba en qué pararían estos movimientos. Pasaran más adelante los daños, y aún revolvieron guerra formada contra los cristianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre y le mandara volver a África para que le sirviese en la guerra de Tremecén. Con su partida se volvieron a tratar treguas con el nuevo rey de Granada. Y en el principio del año de 1334 se concluyeron y asentaron por otros cuatro años, sin que el rey de Granada quedase obligado a pechar las parias y tributo que cada año solía; tanto era el deseo que tenía el rey de quedar libre para castigar los sediciosos y alborotados. En este tiempo de un parto de doña Leonor de Guzmán le nacieron al rey dos hijos, don Enrique y don Fadrique, bien nombrados adelante.

Primero pasó el invierno que el rey pudiese desembarazarse de la Andalucía. A la primavera vino a Castilla, y fue a Segovia, y de allí a Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra, sino correrías y robos, comenzaron a ser molestados haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorío de Lara fueron muchas villas tomadas por el rey, como Ventosa, Bustos, Herrera; y lo demás que en tierra de Vizcaya tenían aquellos señores y no estaba acabado de allanar se recibió a merced debajo del amparo real. En una junta que se hizo en Guernica debajo de un antiquísimo árbol, a la usanza de vizcaínos, fue el rey en persona jurado y le prometieron fidelidad. Algunas fuerzas y castillos quedaron todavía en aquella tierra por los de Lara, que no se quisieron dar al rey, confiados más en ser inexpugnables por el sitio y naturaleza de los lugares que en otra cosa alguna. Don Juan de Haro en su villa de Agoncillo por mandado del rey fue degollado, y toda su tierra como de rebelde confiscada. La villa de los Cameros

dejó a sus hermanos don Álvaro y don Alonso, porque del todo no pereciese el señorío y el nombre de esta ilustrísima casa. El alcaide del castillo de Iscar, confiado en su fortaleza y porque la tenía bien abastecida, cerró las puertas al rey, por lo cual, siendo preso, le fue cortada la cabeza; aviso con que se entendió que ningún juramento ni homenaje hecho a los señores particulares excusa los desacatos que contra los reyes se cometen. Por estos mismos días en los postreros del mes de agosto parió la reina en Burgos un hijo, que se llamó don Pedro, que por muerte de don Fernando, su hermano, por triste y desdichada suerte suya y de Castilla sucedió en fin en el reino. De doña Leonor nació al rey otro hijo, llamado eso mismo don Fernando.

En Aragón murieron dos hermanos de aquel rey, uno en pos de otro. Don Jaime, maestre de Montesa, murió en Tarragona, donde antes renunció el derecho del reino; don Juan, arzobispo de Tarragona, en un lugar de tierra de Zaragoza que llaman Povo, a los 18 de agosto; enterraron su cuerpo en la iglesia de Tarragona dentro de la reja del altar mayor. Iba a verse con el rey, su hermano. Sucedióle en el arzobispado Arnaldo Cascomes, obispo que era de Lérida. El rey de Aragón, aunque se hallaba en lo bueno de su edad, por sus continuas indisposiciones que le sobrevinieron, luego que se volvió a casar alzó la mano, no solamente de las cosas de la guerra, sino también del gobierno del reino; lo cual todo encargó a don Pedro, su hijo mayor. La reina doña Leonor, como aquella que mandaba al rey, con sus continuos e importunos ruegos alcanzó de él que diese a sus hijos don Fernando y don Juan algunas villas y ciudades, entre las demás fueron Orihuela, Albarracín y Monviedro; recibía en esto notable agravio y perjuicio el infante don Pedro, ca le disminuían y acortaban un reino que de suyo no era muy grande. Acusábanle al rey un juramento que los años pasados hizo en Daroca, en que se obligó y estableció por ley perpetua que no enajenaría cosa de la corona real. Murmurábase en el reino este hecho. Rugíase que el rey no tenía valor y se dejaba engañar de las caricias y mañas de la reina, que le tenía como enhechizado. De esta ocasión entre la madrastra y el alnado resultó un mortal odio, de que se siguieron grandes alborotos en el reino. La reina, para hallarse apercibida, suplicó al rey de Castilla tuviese por bien que se viesen; otorgó él con los ruegos de su hermana; viéronse en Ateca, aldea en tierra de Calatayud; el rey prometió a la reina de asistirla con sus fuerzas y no faltarle cuando le hubiese menester. Don Juan de Ejerica y su hermano don Pedro, que seguían la parcialidad de la reina, quedaron animados a la servir y amparar cuando se ofreciese y por cuanto sus fuerzas alcanzasen.

CAPÍTULO IV
DE ALGUNOS MOVIMIENTOS DE NAVARROS Y PORTUGUESES

En el principio del año siguiente, que se contaba de 1335, don Juan Manuel, atemorizado con el mal suceso de don Juan de Haro y tomando escarmiento en el de Lara, se reconcilió con el rey. El contento del reino fue extraordinario por ver acabadas en tan breve tiempo cosas tan grandes, y por la esperanza de la paz y sosiego por todos tanto tiempo deseada. En las ciudades y villas se hicieron grandes regocijos, juegos y espectáculos públicos. En Valladolid se hizo un torneo, en que los caballeros de la Banda desafiaron a los demás caballeros y fueron los mantenedores del torneo; el rey se halló en él, pero en hábito disfrazado porque se tornease con mayor libertad. Diéronse grandes encuentros y golpes sin hacerse mal ni herirse, salvo que algunos fueron de los caballos derribados. Despartióse el torneo, sin que se pudiese averiguar a cuál de las partes se debiesen dar los premios y prez y las joyas que tenían aparejadas para el que más se señalase.

Las cosas humanas, como son vanas e inconstantes, fácilmente se truecan y mudan y revuelven en contrario; y así, este universal contento se añubló con nuevas que vinieron de que se volvían a alterar los humores. El rey de Portugal persistía en su intento de repudiar a doña Blanca y de casarse con doña Constanza, determinado si no pudiese cumplir su deseo por bien de alcanzarlo por la espada, por lo menos meterlo todo a barato. El hijo mayor del rey de Aragón se concertó de casar con doña María, hija del rey de Navarra, anteponiéndola en la sucesión del reino, aunque era menor de edad, a su hermana doña Juana, si el rey muriese sin dejar hijos varones. El autor de estos conciertos fue el virrey de Navarra don Enrique. Ambas a dos cosas fueron pesadas y desabridas para el rey de Castilla, porque se entendía que estas alianzas se hacían para ser más poderosos contra él. A la verdad el infante de Aragón don Pedro, por el odio que tenía con su madrastra, se confederó con los navarros, que tomaron de sobresalto el monasterio de Fitero, que era del señorío de Castilla; exceso que por un rey de armas les fue demandado, y enviaron embajadores al rey de Aragón para quejarse de estos desaguisados. Excusóse aquel rey con su poca salud y alegar que no era poderoso para ir a la mano a su hijo en lo que hacer quisiese. Con esta respuesta de necesidad se hubo de romper la guerra. Envióse contra los navarros un grueso ejército y por capitán general Martín Portocarrero, porque don Juan Núñez de Lara, en quien el rey tenía puestos los ojos para que hiciese este oficio se excusó de aceptarle.

Juntáronse las gentes de la una parte y de la otra, diose la batalla junto a Tudela, fue muy cruel y reñida, quedaron vencidos y destrozados los navarros y muchos de ellos anegados en el río Ebro. Entendióse haberles sucedido este desastre por falta de capitán, porque el virrey don Enrique se quedó en Tudela por miedo del peligro o por respeto de la salud y bien público, que dependía de la conservación de su persona. Don Miguel Zapata, aragonés, no se halló en la batalla a causa que se entretuvo en fortalecer a Fitero, creyendo que el primer ímpetu de la guerra sería contra aquel pueblo. Mas ya que se quería fenecer la batalla se descubrió encima de unos cercanos montes de aquella campaña, con cuya llegada se rehizo el campo de los navarros. Los aragoneses, como quier que entraron descansados, entretuvieron por un rato la pelea, pero al fin fueron desbaratados y vencidos por los de Castilla y preso su capitán; no fue tan grande el número de los muertos como se pensó. Los castellanos se hallaron cansados con el continuo trabajo de todo el día, demás que con la obscuridad de la noche que cerró no se conocían, mayormente que todos por saber la lengua castellana apellidaban Castilla, ardid que les valió para que la matanza fuese menor.

Por otra parte, los vizcaínos con su capitán Lope de Lezcano, destruida la comarca de Pamplona, tomaron en aquellos confines el castillo de Unsa. Con estos malos sucesos se reprimió la osadía y atrevimiento de los navarros y se castigó su temeridad. En un mismo tiempo se derramó la fama de estas cosas en Francia y en España.

Estaba entonces el rey de Castilla en Palencia enfermo de cuartanas, donde, por lástima que tuvo delos navarros, mandó a Portocarrero que no les hiciese más guerra ni daños; parecíale quedaban bastantemente castigados, ora hubiesen tomado las armas de su voluntad, ora hubiesen sido a tomarlas forzados; sacóse el ejército de aquella provincia junto con el pendón del infante don Pedro, que le llevaron a la batalla, porque los grandes señores no rehusasen de ir a esta guerra, como si fuera a ella la misma persona real del infante. La fama de estos sucesos movió a Gastón, conde de Foix, a que viniese a restaurar las cosas malparadas de los navarros, obligado a ello por la antigua amistad que entre sí ambas naciones tenían y facilitado con la vecindad de estos dos estados. Venido el de Foix, acometieron a Logroño, ciudad principal de aquella frontera. Salió contra ellos mucha gente de los pueblos comarcanos, y juntos con los ciudadanos de Logroño, pasaron el río Ebro. Dieron en los enemigos, peleóse bravamente, y fueron vencedores los navarros. Recogiéronse en la ciudad los vencidos con propósito de se defender con el amparo y fortaleza de los muros. Ruy Díaz de Gaona, capitán y ciudadano de Logroño, hizo en esta retirada un hecho memorable, que con una extraña osadía, ayudado de solos tres soldados, defendió a todo el ejército de sus enemigos que no pasasen el puente, porque mezclados con su gente no entrasen el pueblo; murió él en esta defensa, y sus compañeros, que quedaron con la vida, defendieron el pueblo que no se perdiese, ca los navarros, viendo que no le podían tomar, se volvieron.

En el tiempo que las cosas se hallaban en este estado sucedió que Juan, arzobispo de Reims, yendo en romería a Santiago, pasó acaso por esta tierra. Este prelado era un varón muy santo y de grande autoridad entre estas dos naciones, por cuya solicitud y diligencia se concertaron e hicieron paces; tanto a las veces puede la diligencia de un solo hombre, y tan grandes bienes dependen de su autoridad.

En este mismo tiempo, de tres reyes Albohacen, Felipe de Francia, y Eduardo de Inglaterra, vinieron tres honradas embajadas al rey de Castilla. Movíanse a esto por la gran fama que tenía acerca de las naciones comarcanas. De África le enviaron muy ricos presentes; pedían se confirmasen las treguas que tenían asentadas los nuestros con los moros. El inglés ofrecía una hija suya para que casase con el infante don Pedro. El rey no aceptó este partido por la tierna y pequeña edad del infante, de quien sin nota de temeridad ninguna cosa cierta se podían prometer ni asegurar. Todo esto pasaba en Castilla el año de 1333 de nuestra salvación.

Poco después, entrante el año próximo, el rey de Aragón don Alonso murió en Barcelona a 24 de enero; varón justo, pío y moderado; por esto tuvo por renombre y fue llamado el Piadoso. Fue más dichoso en el reinado de su padre que en el suyo a causa de la poca salud que siempre tuvo, que por lo demás no le falló virtud ni traza, como se pudo bien ver por las cosas que hizo en su mocedad. A don Jaime, el hijo menor del primer matrimonio, dejó el condado de Urgel, y don Pedro quedó por heredero del reino. Los hijos del segundo matrimonio dejó heredados en otros estados, según que arriba queda apuntado. La reina doña Leonor, por recelo que el nuevo rey por los enojos pasados no le hiciese algún agravio a ella y a sus hijos, a grandes jornadas se fue luego a Albarracín, donde por ser aquella ciudad fuerte y caerle cerca Castilla, si se le moviese guerra, pensaba podría muy bien en ella defenderse. Los de Ejerica, por tener en más el acudir al amparo y servicio de la reina que cuidar de lo que a ellos tocaba, se fueron tras ella.

Por estos mismos días de Portugal nuevas tempestades de guerra se emprendieron. La avenencia que don Juan de Lara y don Juan Manuel hicieron con el rey, no era tan verdadera y sincera que se entendiese duraría tanto como era menester. Todos entendían que más les faltaban fuerzas y buena ocasión para rebelarse que gana y voluntad de ponerlo por obra. Traía en mucho cuidado a don Juan Manuel la dilación de los casamientos de Portugal, y no osaba hacerlos sin la voluntad y licencia del rey, ca temía no le tomase su estado patrimonial, que tenía grandísimo en Castilla. Don Pedro Fernández de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, que se apartaron de la obediencia del rey de Castilla, persuadían y solicitaban al rey de Portugal para que moviese guerra a Castilla; no

pudieron estar secretos tantos bullicios de guerra y tantas tramas. Así, el rey hizo nueva entrada en las tierras de don Juan de Lara y le tomó algunas villas y castillos, y a él le cercó en la villa de Lenna en 14 de junio. Combatiéronla de día y de noche con mantas, torres, trabucos y con todo género de máquinas de guerra. Procuróse otrosí con los vecinos de la villa que entregasen a don Juan, ya con grandes amenazas, ya con promesas; ofrecíanles la gracia del rey y libertad a ellos y a sus hijos, con apercibimiento que si se tardaban en hacerlo los destruirían. Ninguna cosa bastó para que no guardasen una singular y gran lealtad a don Juan confiados en la fortaleza de la villa; ni los ruegos prestaron ni las amenazas para hacer que le entregasen. Vista su determinación cercaron toda la villa al rededor con fosos y trincheras. Talaron y destruyeron sus campos y heredades; enviaron otrosí algunas bandas de gente para que tomasen los pueblos de la comarca. Alargábase el cerco, y los cercados, por no estar bien proveídos, empezaron a sentir necesidad de bastimentos. Tenían poco socorro en don Juan Manuel, puesto que para mostrar su valor y ver si podría socorrerlos, salido de allí secretamente, se entró en Peñafiel, villa de su estado y cercana de Lerma. Poco faltó para que el rey no le prendiese, ca sobrevino de repente. Tuvo noticia del peligro, huyó y escapóse. El de Alburquerque, mudado propósito, se redujo al servicio del rey.

El rey de Portugal por sus embajadores envió a rogar al rey que alzase el cerco de Lerma. Extrañaba que hiciese agravio y maltratase a un caballero de tanta lealtad y en particular amigo suyo. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna. El rey de Portugal para satisfacerse juntó su ejército, rompió por las tierras de Castilla. A la raya cercó a Badajoz y la combatió con grande furia y cuidado. Envió asimismo con mucha gente a Alonso de Sosa para que robasen la tierra. Apellidáronse los de la comarca, encontraron los contrarios cerca de Villanueva, desbaratáronlos, mataron y prendieron muchos de ellos, con que avisaron y escarmentaron los demás portugueses para que no se atreviesen otra vez a hacer entrada semejante. El rey mismo, por temer otro mayor daño si viniesen a las manos, con todo su ejércitose tornó a Portugal La villa de Lerma, asimismo destituida del socorro que de fuera esperaba y cansada con los trabajos de un cerco tan largo, se entregó en los postreros de noviembre. A don Juan Núñez de Lara, sin embargo, recibió el rey en su amistad, y por el camino que cuidaba perderse alcanzó grandes mercedes nuevas, y se le volvió su patrimonial estado que tenía en Vizcaya. Sólo desmantelaron a Lerma en castigo de su rebelión y para que otra vez no se atreviese a hacer lo mismo.

En este año el rey de Marruecos aumentó sus reinos con el de Tremecén, cuyo Rey, su enemigo, venció y mató. Los moros de España cobraron con esto nuevas esperanzas, y a los nuestros creció el recelo de algunos nuevos y grandes daños que de aquella pujanza podrían resultar. Todos temían y con razón la guerra que de África amenazaba.

CAPÍTULO V
CONCÉDENSE TREGUAS A LOS PORTUGUESES

Blandeaba el rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacía buenos partidos por atraerlos a su servicio. Sus caricias prestaban muy poco, por ser ellos hombres revoltosos, de seso mal asentado y astutos. Tuvo las pascuas de la Navidad de nuestro señor Jesucristo del año 1337 en Valladolid. Allí en el principio de este año hizo merced a don Juan de Lara del cargo de su alférez mayor, ca estaba determinado de recompensar con mercedes los deservicios y vengar con blanduras las injurias que le hacían. Con este artificio y con la intercesión de doña Juana, que era madre de don Juan de Lara, recibió en su servicio y perdonó a don Juan Manuel, hombre doblado, inconstante y que a dos reyes, al de Castilla y al de Aragón, los entretenía y traía suspensos. Fingía quererse confederar con cada uno de ellos con intento de que si rompiese con el uno, quedase el otro con quien ampararse.

Continuábanse todavía los desabrimientos y diferencias entre el de Aragón y doña Leonor, su madrastra; tratóse de concordia por sus embajadores. Todavía el de Aragón, bien que daba buenas palabras, al cabo no hacía cosa. El rey de Castilla a ruego de su hermana fue a Aillón, villa que esta en la raya de entrambos reinos. Allí la reina se le quejó de los agravios y crueldad de su alnado, y con muchas lágrimas le suplicó recibiese debajo de su protección y amparo a ella y a sus hijos y a los grandes que seguían su parcialidad. E1 rey estuvo suspenso. Parecíale por una parte inhumana cosa no favorecer a su hermana, y por otra deseaba mucho no divertirse antes de vengar los agravios recibidos del rey de Portugal. Finalmente, mandó a don Diego de Haro que, juntadas las fuerzas y soldados de Soria, Molina y Cuenca y de otros pueblos, hiciese entrada en Aragón. La reina doña Leonor, por Burgos y Valladolid se fue a Madrid a esperar al rey, que en razón de aparejarse para la guerra de Portugal, hacía grandes llamamientos de gentes para Badajoz, por donde cuidaba dar principio a aquella guerra. En esta sazón, de doña Leonor le nació al rey otro hijo, que se llamó don Tello.

Lo que más tenía enojado al rey de Portugal era lo poco en que el de Castilla tenía a su hija la reina doña María, hasta decirse que trataba de repudiarla; parecíale que esta no era injuria que en manera alguna se pudiese disimular. De Badajoz con grandísimo ímpetu entró en Portugal; talaron los campos e hicieron la guerra a fuego y sangre. La destemplanza del tiempo causó al rey una calentura en Olivencia, y le puso en necesidad de partirse de Badajoz en el mes de junio para Sevilla. Por estos mismos días Jofre, almirante del mar por el rey de Castilla, talado que hubo y corrido la costa de Portugal, no lejos de Lisboa peleó con la armada de los portugueses, de quien era general Pecano, genovés. La pelea fue brava y dudosa; al principio los portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó grande temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huida. Era cosa horrenda ver en aquel espacioso y ancho mar huir, dar la caza, prender y matar, y todo cuanto alcanzaba la vista estar lleno de armas y tinto en sangre. Tomáronse ocho galeras, y seis echaron a fondo, y el general Pecano con Carlos, su hijo, quedó preso. Fue para aquella era esta victoria muy ilustre y rara, en tanto grado, que a la vuelta salió el rey a recibir al almirante, que entró en Sevilla con triunfal demostración y aparato; la honra que se hace a la virtud inflama los ánimos valerosos para emprender cosas mayores.

Halláronse presentes el arzobispo de Reims, embajador del rey de Francia, y el maestre de Rodas, a quien para tratar de paces enviara por su legado Benedicto XI, sumo pontífice, que tres años antes sucedió al papa Juan. Ambos con todas sus fuerzas procuraron concertar y poner paz entre estos dos reyes; pero no les fue posible concluirlo, antes el rey de Castilla, cobrada entera salud, entró otra vez a robar y destruir a Portugal. La entrada fue por aquella parte por do solían habitar los antiguos turdetanos, que ahora se llama el Algarve.

Recibieron los portugueses grava daño con esta entrada, y les causó mucho odio contra su rey, por ver que con todos sus intentos ninguna cosa más hacía que irritar y mover contra los suyos las armas y fuerzas de Castilla. Por otra parte hacía sin provecho alguno guerra en lugares apartados, conviene a saber, a los gallegos; en Salvatierra destruía y quemaba los campos. Si se sentía con pocas fuerzas, ¿para qué movía guerra? y si en ellas confiaba, ¿por qué, convidado, rehusaba venir con los enemigos a las manos? El rey de Castilla, venido el otoño, sin haber encontrado ningún ejército de sus enemigos, se recogió a Sevilla.

Este mismo año a 25 de junio murió Federico, rey de Sicilia, ya cargado de edad, y famoso por la guerra que sustentó por tanto tiempo contra potencias tan grandes. En Catania en la iglesia de Santa Agata está un lucillo con un bulto o estatua suya, y dos versos en latín de este sentido:

El cielo alegre está, la tierra triste,
Sicania llora de su Fadrique
la ausencia. ¡Oh muerte, cuánto mal hiciste!

Sucedióle en el reino su hijo don Pedro. Los ducados de Atenas y Neopatria mandó a Guillermo, su hijo segundo; a don Juan, hijo tercero, hizo otras mandas. Cuatro hijas que tenía, por su testamento las dejó excluidas de la sucesión del reino, ley que no fue perpetua ni era conforme a lo que de antes se solía usar en aquel reino, y adelante se usó.

Andaba en la corte de Castilla Gil Álvarez de Cuenca, arcediano de Calatrava, dignidad en la iglesia de Toledo, varón de conocido valor y prudencia para tratar negocios y cosas graves. El arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna finó en la su villa de Alcalá de Henares a los 16 de noviembre de este año, quién dice que del siguiente. Sepultaron su cuerpo en la iglesia mayor de Toledo en la capilla de San Andrés. Por su muerte sucedió en aquella dignidad e iglesia el susodicho Gil Álvarez de Cuenca, que adelante se llamó y hoy le llaman comúnmente don Gil de Albornoz. Procurólo el rey muy de veras, e hizo en elle tal instancia, que las voluntades de los del cabildo, si bien estaban muy puestos en nombrar a don Vasco, su deán, se trocaron e inclinaron a dar gusto al rey. Las grandes virtudes y hazañas de este nuevo prelado mejor será pasadas en silencio que quedar en este cuento cortos. Fue natural de Cuenca, sobrino de su predecesor don Jimeno de Luna, su padre Garci Álvarez de Albornoz, su madre doña Teresa de Luna, personas ilustres, de mucha reputación y fama y hacienda. Crióse en Zaragoza en tiempo que don Jimeno, su tío, fue prelado de aquella ciudad. Su ingenio muy vivo y capaz empleó en el estudio de los derechos en Tolosa de Francia, no para darse al ocio, sino para habilitarse más para los negocios. Ya que era de edad, se sirvió el rey de él en su consejo, después le eligieron en arzobispo de Toledo; últimamente, criado cardenal, sirvió a los papas en empresas de grande importancia. Echó los tiranos de las tierras de la Iglesia que en Italia tenían usurpadas. En todas edades y estados fue igual, entero en las cosas de justicia, menospreciador de las riquezas, constante y sin flaqueza en los casos arduos. No se sabe en qué fue más señalado, si en el buen gobierno en tiempo de paz, si en la administración y valor en las cosas tocantes a la guerra.

Todos los hombres do letras tienen obligación a celebrar sus alabanzas, porque en la Galia Cisalpina o Lombardía, en la ciudad de Bolonia, instituyó un famoso colegio, en que hay cuatro capellanes y treinta colegiales, todos españoles, con gruesas rentas para que estudien, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido muchos excelentes varones en letras y erudición, conque las letras resucitaron en España, y a su imitación se han fundado otros muchos colegios por personas que imitaron su celo y tenían con qué poderlo hacer. Dejó al cabildo de Toledo la villa de Paracuellos con carga de cierta pensión con que mandó acudiesen cada un año a la iglesia de Villaviciosa, que él mismo fundó, y puso en ella canónigos reglares, cerca de la villa de Brihuega.

El arzobispo de Reims y el maestre de Rodas, andando de una parte a otra, no cesaban de amonestar a los reyes de España y procurar que se acordasen y hiciesen paces. Poníanles delante

cómo los reinos se asuelan con las guerras y con la paz se restauran; que África amenazaba con una temerosísima guerra; muchas veces las discordias internas se concordaban y componían con el miedo de los males de fuera; que así para los vencedores como para los vencidos el único remedio era la paz. Con estas amonestaciones parecía que el rey de Castilla blandeaba algo, si bien era el que andaba más lejos de acordarse; que el rey de Portugal grandemente deseaba concierto. Concluyóse que el rey de Castilla fuese a Mérida a tratar de medios de paz. En aquella ciudad se concertaron e hicieron treguas por un año en principio del de nuestra salud de 1338. No fue posible concordarlos del todo ni hacer paces perpetuas.

CAPÍTULO VI
CÓMO MATARON A ABOMELIQUE

Del aparato y preparamentos de guerra que hacía el rey Albohacen, como en semejantes casos acaece, se decían mayores cosas de aquellas que en realidad de verdad eran. Referíase que se juntaba todo el poder de los moros y se apellidaban todas las provincias de África; que pasaban a España con sus casas y mujeres e hijos para quedarse a morar y vivir de asiento en ella después que toda la hubiesen ganado; que era tan innumerable la gente que venía, que ni se les podría estorbar el pasaje ni tampoco podrían ser vencidos. Corría fama que lo primero desembarcarían en la playa de Valencia, y allí cargaría aquella tempestad que se armaba. Estas nuevas tenían atemorizados los fieles y mucho más a los de Aragón. Hacíanse grandes provisiones de armas, caballos y bastimentos; todo era ruido y asonadas de guerra. Estaban todos alerta con gran cuidado y solicitud. Empezóse entre los nuestros a platicar de paz, porque, juntas las fuerzas, se podía tener esperanza de la victoría; divididas y sin concordia, era cierta la ruina de todos y su perdición. A los embajadores ingleses, que en nombre de su rey pedían paz y alianza, con dudosa respuesta entretenía el rey de Aragón. Decíales que su amistad les era y sería siempre muy agradable, si se les permitiese guardar las alianzas que antes con los demás tenían hechas.

Tratábase de desposar el de Aragón con la infanta doña María, hija del navarro; diferianse estas bodas por ser aún de poca edad la doncella y no de sazón para casarse; a esta causa la entretenían en Tudela; más al fin con grande regocijo de ambas naciones se casaron en Aragón a 25 de julio. Velólos Felipe, tío de la doña María, hermano de su padre, obispo de Xalon o cabillonense en Francia. Envióse una embajada al sumo pontífice romano suplicándole volviese los ojos a España y que echase de ver que no poco a su Santidad tocaba el grandísimo y cercano peligro que corría la cristiandad. Que las décimas de las rentas eclesiásticas que se concedieran a los reyes de Aragón para subsidio y ayuda de la guerra contra los moros las mandase subir al justo y presente valor, porque si se cobraban según los valores y por los padrones antiguos, serían de poco provecho; esto es lo que toca al rey de Aragón.

El rey de Castilla era ido a Burgos a hacer Cortes, en que con deseo de reformar el grande exceso que se veía estar introducido en el comer y vestir, promulgó leyes que moderaban estos gastos. Mandó tras esto a su almirante Jofre Tenorio se pusiese en el Estrecho para estorbar el pasaje a los moros. Desde Burgos, a ruego de su hermana doña Leonor, fue a Cuenca, y en su compañía don Juan Núñez de Lara y don Juan Manuel, ya del todo reconciliados con el rey. Allí vino don Pedro de Azagra con embajada de paz de parte del rey de Aragón para que se aliasen contra los moros. Ofrecía la tercera parte de la armada que fuese menester para estorbar el paso a los moros. Respondió el rey que aceptaría su oferta, y que entonces le sería muy grata su amistad cuando hubiese satisfecho a su hermana doña Leonor en las quejas que tenía y en sus pretensiones. En unas Cortes de Aragón que se hicieron en Duroca se consultaron todas estas diferencias, y se nombraron por jueces árbitros el infante don Pedro, tío hermano de padre del rey de Aragón, y don Juan Manuel, que para tratar de esto era embajador del rey de Castilla. Concluyóse en que se diese perdón al señor de Ejerica, y a la reina y a sus hijos se les confirmase todo aquello que les mandara su padre. Para que más fácilmente tuviese efecto esta concordia vino bien que don Pedro de Luna, arzobispo de Zaragoza, que la contradecía, a esta sazón se hallaba ausente, citado por el papa para que pareciese en Roma a responder a cierto pleito y demanda puesta contra él. Firmó el rey de Castilla estos capítulos en Madrid, y la reina doña Leonor y sus hijos se volvieron a Aragón, do fueron bien recibidos, casi con aparato real. Suelen acomodarse y conformarse con el tiempo, así bien los reyes como las personas particulares, y usar de grandes disimulaciones para poder gobernar la república, mayormente en tiempos revueltos. El arzobispo de Reims y el maestre de Rodas y el arzobispo de Braga, que era embajador del rey de Portugal para tratar de las paces, fueron despedidos por entonces del rey de

Castilla por parecer pedían capitulaciones injustas. Lo que más descontentaba era que pedían a doña Costanza, hija de don Juan Manuel, para que se desposase con don Pedro, heredero de Portugal.

En el principio del año de 1339 murió don Vasco Rodríguez Cornado, maestre de Santiago. En su lugar fue elegido, por voto de los caballeros del hábito, su sobrino don Vasco López. Pesóle mucho al rey y enojóse de esta elección, como quier que deseaba el maestrazgo para su hijo don Fadrique. Opusiéronle al nuevo maestre contra su persona muchos capítulos y defectos en la elección, si verdaderos, si falsos por hacer lisonja al rey, ¿quién lo averiguará? El maestre, por adivinar la tempestad que venía sobre él, se fue a Portugal, con que pareció darse por culpado; así, en ausencia fue privado de la dignidad; y dada por ninguna la primera elección, fue elegido de nuevo por maestre don Alonso Meléndez de Guzmán, tío hermano de madre del niño don Fadrique, con asaz grande dolor y murmuración de muchos, que echaban de ver una maldad y desconcierto tan grande, que no bastase el peligro grande del reino para que echasen de él la ambición y sobornos.

Por este tiempo, quién dice dos años antes, don Ruy Pérez, maestre de Alcántara, fue al tanto privado del maestrazgo, y elegido en su lugar don Gonzalo Martínez, a quien otros llaman Núñez; algunos por la disimilitud y diversidad de los nombres hacen diverso y dividen lo que no se debe apartar, porque en la lengua antigua de Castilla Nuño y Martín son una misma cosa. Lo sobredicho se hizo con autoridad de don Juan Núñez de Prado, maestre de Calatrava, a quien por sus antiguas constituciones estaban sujetos los caballeros de Alcántara.

Tratábase con grande calor lo tocante a la guerra de los moros; para ella de todo el reino se juntaba grande ejército en Sevilla. Apercibióse brevisimamente el rey de Castilla, porque tuvo nuevas que Abomelique era de África pasado por el Estrecho con cinco mil hombres de a caballo; era ya cumplido el tiempo de las treguas, y convenía que con la presteza se impidiese el intento de los moros. Hízose entrada en el reino de Granada, talaron los campos de Antequera y Archidona, y apenas las mismas ciudades se libraron de esta furia. Lo mismo se hizo en los términos de Ronda; y por el esfuerzo de don Juan de Lara y de don Juan Mauuel y del maestre de Santiago fue desbaratada gran multitud de moros que salieron de aquella ciudad a dar y cargar en nuestra retaguardia, en que iban estos capitanes. Ejecutaron los vencedores el alcance; muchos moros, que se recogieron a ciertas breñas, forzados del miedo, se despeñaron de aquellos riscos por salvarse y se hicieron pedazos. Con esto los cristianos se volvieron a Sevilla; y de allí se enviaron muchas guarniciones para guardar las fronteras contra los moros.

Vino en esta sazón el almirante de Aragón Gilaberto con doce galeras y orden de su rey que se juntase con la armada del rey de Castilla y guardase el estrecho de Gibraltar. La falta de dineros era grande; para suplir esta necesidad en el mes de septiembre fue el rey a las Cortes que tenía aplazadas para Madrid. Dejó por general en su lugar al maestre de Santiago, repartió otrosí entre los demás grandes, ricos hombres y capitanes el cuidado de lo que en su ausencia hacerse debía. En Nebrija, villa puesta a la boca de Guadalquivir, sentada en una campaña fertilísima, tenían juntada gran copia de trigo para el gasto de la guerra. Los moros, cobrada osadía con la partida del rey, se concertaron de ir sobre esta villa y tomarla. Sabido esto por los nuestros, fueles forzado, puesto que era en el rigor del invierno, de sacar las guarniciones y compañías de los alojamientos. Abomelique, resuelto de hacerles rostro, asentó sus reales junto a Jerez, y envió mil quinientos caballos a Nebrija. Los de la villa se defendieron; robaron empero los moros y estragaron los campos. Acudieron a la fama de lo que pasaba de Tarifa Fernán Pérez Portocarrero, y de Sevilla Alvar Pérez de Guzmán y don Pedro Ponce de León, señores principales; y el maestre de Alcántara con su gente, con que entrara a hacer cabalgadas en tierra de moros, se juntó con estos capitanes; pequeño número en comparación de la grande muchedumbre de los moros. Marcharon de día y de noche; vinieron a alcanzar cerca de Arcos a los mil quinientos moros, que caminaban muy despacio por ir embarazados con la grande presa que llevaban. Dieron con grande furia en ellos y los desbarataron, apenas escapó ninguno que no fuese muerto o preso, quitáronles toda la cabalgada que llevaban.

Con tan dichoso y buen suceso animados los nuestros, entraron en consejo si acometerían a Abomelique, hecho que no era proporcionado con el pequeño número de gente que llevaban. Los pareceres variaban; unos, considerada la gran multitud de los moros, eran de parecer que no tentasen más la fortuna; otros con ánimo feroz y generoso decían que no debían de tener miedo a los moros, sino que, confiados en Dios y en el valor y esfuerzo de sus soldados, no perdiesen tan buena ocasión como se les presentaba de hacer un hecho memorable; que no vence el número sino el ánimo, y que no era razón que en semejante coyuntura dejasen de arriscar sus personas y vidas, que tan poco les podían durar. Siguióse al fin esto parecer; la honrosa vergüenza pudo más que la cobardía recatada. Los moros, descuidados con los prósperos sucesos pasados, levantado su real, con grandísimo desorden marchaban la vía de Arcos sin llevar adalides ni centinelas; infinitas veces ha sido total perdición menospreciar al enemigo. Los cristianos al amanecer entre dos luces, tocada la señal de arremeter, hirieron valerosamente en los moros; a la pasada de un río quinientos moros hicieron un poco de resistencia, pero luego que los nuestros le pasaron, todolo demás fue fácil; en un momento los moros fueron puestos en huida y destrozados. Abomelique, como suele acaecer en un repentino alboroto, huía a pie; así, sin ser conocido fue muerto por los que seguían el alcance, que cuidaron fuese algún soldado particular; su primo Alistar al tanto murió en la batalla; perecieron cerca de diez mil moros, tal fama corría. Los nuestros, robados los reales y el carruaje de los enemigos y alegres con las dos victorias que ganaron, con mucha honra y contento volvieron sus soldados a los alojamientos de que los sacaron.

Este año el arzobispo de Tarragona celebró concilio provincial en Barcelona, y en él con una solemnísima procesión el cuerpo de santa Eulalia se trasladó a otro más honrado y conveniente lugar. El rey de Aragón fue a Aviñón a dar al papa la obediencia y reconocerle y hacer el homenaje que tenía obligación, como feudatario de la Iglesia por las islas de Cerdeña y Córcega.

CAPÍTULO VII
QUE LOS MOROS FUERON VENCIDOS JUNTO A TARIFA

La muerte de Abomelique fue muy llorada y plañida en África. Su padre la sintió ternísimamente; dolíanse y querellábanse que con su temprana y arrebatada muerte no había podido llegará ser tal rey como prometían sus buenas partes. Con esto muy más inflamados y deseosos de vengarle, se dieron gran prisa a aprestar la jornada que tenían pensado hacer en España. Para ello hicieron por todo el reino grandes llamamientos de gentes, y por toda la África enviaron asimismo ciertos hombres, que con muestra de santidad, con pretexto y color de religión y de no grande servicio de Dios incitasen los moros a tomar las armas en defensa y aumento de la religión y secta de sus antepasados. Con esta voz se juntó un increíble número de soldados, setenta mil de a caballo y cuatrocientos mil de a pie, muchedumbre tan grande, cual es cosa averiguada nunca alguno de los pasados reyes juntaron para pasar en España. Recogieron otrosí una flota de doscientas cincuenta naves y setenta galeras, armáronla de soldados y abasteciéronla de vituallas y de todo lo al.

Estaba el rey de Castilla con gran congoja y cuidado de la defensa que tenía de hacer a los moros cuando le sobrevino otra nueva pesadumbre. Diéronle grandes querellas de don Gonzalo Martínez o Núñez, maestre de Alcántara. Acusábanle de muchos delitos, no sabré decir si fueron verdaderos o falsamente imputados; fue empero citado a que pareciese ante el rey en Madrid a responder a la acusación que le ponían y descargarse. Tuvo en poco el mandato del rey, y no quiso parecer, sino pasarse al rey de Granada, que fue remediar una culpa con otra mayor. No se sabe si esto lo hizo por tener mal pleito o con temor del poder y asechanzas de doña Leonor de Guzraan, que le era contraria. Demás de esto, el general de la armada del rey de Aragón, saltado que hubo con su gente en la playa de Algeciras, fue muerto con una saeta en una escaramuza que trabó con los moros. Sin embargo, venida la primavera, se partió el rey a la Andalucía, y los designios del maestre don Gonzalo, con la diligencia y presteza que se puso, fueron desbaratados. Cercáronle en Valencia, pueblo que cae en el distrito de la antigua Lusitania; rindióse al rey, fue preso y dado por traidor, y como tal degollado y quemado, a propósito todo que los demás escarmentasen con un castigo tan grande. Fue elegido en su lugar don Nuño Chamizo, varón de conocida virtud y grandes prendas.

Comenzaba Albohacen a pasar su ejército en España; envió delante tres mil caballos, que para hacer demostración de su esfuerzo corrieron la tierra de Arcos, Jerez y Medina Sidonia, y les talaron los campos; más como se volviesen con grande presa, salieron los de Jerez a ellos, cargaron de sobresalto sobre los que iban descuidados y seguros, desbaratáronlos y quitáronles la presa con muerte de dos mil de ellos. En este comedio, gastados cinco meses en pasar el estrecho, todo el ejército de los moros se juntó cerca de Algeciras por negligencia del almirante Tenorio. Todo el pueblo le cargaba la culpa de que él les pudo estorbar el paso. Verdad es que muchas veces el pueblo con envidia a ingrato ánimo se queja de los hombres valerosos. No pudo sufrir esta afrenta el feroz corazón del Almirante. Atrevióse a pelear con toda la armada de los enemigos, recibió una grande rota, murió él en la batalla y fue echada a fondo su armada. Salváronse solamente cinco galeras, que huyendo aportaron a Tarifa.

El rey se hallaba suspenso entre dos dificultades que le tenían puesto en gran cuidado; por una parte temía no le sucediese a España algún gran desastre; por otra el deseo de ganar honra y fama le solicitaba. En Sevilla, donde proveía las cosas necesarias para la guerra, acordó de hacer junta de los prelados y grandes del reino para consultar lo tocante a la guerra. Desque estuvieron juntos, puesta la espada a la mano derecha y la corona a la siniestra, sentado en su real trono les hizo una plática en esta manera:

«Parientes y amigos míos, ya veis el peligro en que está todo el reino y cada uno en particular. Pienso también que no ignoráis en qué estado estén nuestras cosas. Desde mis primeros años

juntamente con el reino me han fatigado continuas congojas y afanes; así lo ha ordenado Dios; dame con todo eso mucha pena que nuestros pecados los hayan de pagar los inocentes. Aún no teníamos bien sosegados los alborotos del reino, cuando ya nos hallamos apretados con la guerra de los moros, la más pesada y de temer que España ha tenido. Mis tesoros consumidos y nuestros súbditos cansados con tantos pechos, sólo en mentarles nuevos tributos se exasperan y azoran. Por ventura ¿será bien hacer paz con los moros? Pero no hay que fiar en gente sin fe, sin palabra y sin religión. ¿Pediremos socorro fuera de nuestros reinos? No era malo, más a los reyes nuestros vecinos se les da muy poco del peligro y necesidad en que nos ven puestos. ¿Tendremos confianza de que Dios nos ayudará y hará merced? Temo que le tenemos mal enojado con nuestros pecados y que no nos desampare. No llega mi prudencia ni consejo a saber dar corte y remedio conveniente a tan grandes dificultades. Vos, amigos míos, a solas lo podréis consultar y conforme a vuestra mucha prudencia y discreción veréis lo que se debe hacer, que para que con mayor libertad digáis vuestros pareceres yo me quiero salir fuera. Sólo os advierto miréis que de vuestra resolución no se siga algún grave peligro a esta corona real ni a esta espada deshonra ni afrenta alguna; la fama y gloria del nombre español no se mengüe ni oscurezca.»

Ido el rey, hubo varios pareceres entre los que quedaron; los más prudentes afirmaban que las fuerzas del rey no eran tantas que pudiesen resistir al gran poder de los moros; que sería acertado hacer paz con el enemigo con algunos partidos razonables. Otros con mayor esfuerzo, deseosos de ganar honra y fama, fueron de voto que la guerra pasase adelante; decían no poderse hacer paz alguna que no fuese deshonrada y que les estuviese muy mal, porque de necesidad las condiciones de ella serían a gusto y ventaja del enemigo. Siguióse este parecer, y todos fueron de acuerdo que se procurase solicitar los reyes de Aragón y de Portugal para que juntasen sus gentes y armas con las del rey. Rehízose la armada en el puerto de Sanlúcar y diose el cargo de ella a don Alfonso Ortiz Calderón, prior de San Juan. El rey de Aragón envió su armada con el capitán Pedro de Moncada. Los genoveses a costa del rey de Castilla ayudaron con quince galeras. Juan Martínez de Ley va fue por embajador al sumo pontífice para alcanzar indulgencia a los que se hallasen en esta santa guerra. El papa vino en ello, y a todos los que tres meses sirviesen en ella a su costa, les concedió la cruzada y jubileo plenísimo y remisión de todos sus pecados, y cometió la publicación de estas indulgencias a don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo. Para ganar al rey de Portugal el rey de Castilla dio licencia para que doña Costanza, hija de don Juan Manuel, se enviase a Portugal y se desposase con el infante don Pedro. Así se celebraron las bodas en Ébora con real majestad y aparato; la dote fueron trescientos mil ducados. Demás de esto, doña María, reina de Castilla, por mandado del rey, tu marido, fue a Portugal a suplicar al rey, su padre, quisiese juntar sus fuerzas con las de Castilla y ayudar on esta santa demanda. Su padre se lo otorgó y prometió de por su propia persona hacer el socorro que le pedían. Luego con el capitán Pecano, que ya estaba suelto de la prisión, envió de Portugal doce galeras. El rey de Castilla, por gratificar al rey de Portugal y sanarle más la voluntad, se partió a Portugal y se hablaron junto a Juramena, pueblo sentado a la ribera de Guadiana. Quedaron los reyes muy amigos, olvidadas ya todas las antiguas querellas que entre sí tenían; que el miedo suele ser más poderoso que la ira.

En el entre tanto de todas partes acudían a Sevilla muchas gentes de guerra. Juntábase el ejército tanto con mayor prisa y diligencia, porque vino aviso que Albohacen y el rey de Granada tenían cercada a Tarifa. Sentaron sobre ella sus reales en 23 de septiembre; combatíanla furiosamente con trabucos, con mantas y picos, con que pretendían arrimarse a los adarves y hacer entrada; para acrecentar el miedo a los cercados edificaban grandes torres de modera, y aunque los cerrados tenían buena guarnición, teníase miedo que no podrían mucho tiempo sufrir el cerco. El rey, temeroso no entregasen la ciudad, por este temor con mucha diligencia solicitaba el socorro, y a los cercados se les daba cierta esperanza da brevemente acudirles. Después que el rey tornó a Sevilla, dende a pocos días llegó el rey de Portugal con mil caballos, gente de estimar más por su esfuerzo y valor que por el número, que era pequeño. Puestas en orden y apercibidas todos las cosas necesarias para

la jornada, partieron de la ciudad de Sevilla, donde se hacía la masa, con determinación de forzar al enemigo a que levantase el cerco a darle la batalla. Tenían grande ánimo y esperanza de alcanzar victoria, no obstante que apenas tenían la cuarta parte de gente que los moros. Los de a caballo eran catorce mil, y los de a pie serían hasta veinticinco mil. Con este ejército marcharon poco a poco la vía de Tarifa.

Los reyes moros, avisados riel designio que los nuestros llevaban, pegaron fuego a las máquinas y torres con que combatían la ciudad; y por si se viniese a las manos, para mejorarse de lugar ocuparon con sus gentes unos cerros cercanos a sus reales. No se fortificaron mucho, por tener entendido que consistía la victoria en venir luego a las manos. Llegaron los nuestros a una aldea que se llama la Peña del Ciervo; allí descubrieron los enemigos y se hizo consejo de capitanes para consultar lo que se debía hacer. Tomóse resolución que a la media noche se enviasen a Tarifa mil caballos y cuatro mil infantes para que estuviesen de guarnición y asegurasen la plaza; juntamente llevaban orden al tiempo de la pelea de acometer a los enemigos por un lado y echarlos de los cerros; a los demás se les mandó que descansasen y tomasen refresco y que estuviesen apercibidos para dar al amanecer en los enemigos. Hubo grande regocijo aquella noche en nuestros reales; hiciéronse muchos votos y plegarias y a bandas y escuadras se prometían y conjuraban de en los peligros favorecerse los unos a los otros y de no volver a sus casas sino era con la victoria.

Al apuntar del alba los reyes y con su ejemplo los demás del ejército confesaron y recibieron el santísimo sacramento de la Eucaristía; luego se formaron los escuadrones en orden de batalla. Diose la vanguardia a don Juan de Lora y a don Juan Manuel y al maestre de Santiago; la retaguardia se encomendó a don Gonzalo de Aguilar; don Pero Núñez quedó de respeto con buen golpe de gente de a pie. El cuerpo y fuerzas del ejército quedó a cargo de los reyes, acompañados del arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz y de otros obispos y grandes del reino. El pendón de la cruzada por mandado del papa le llevaba un caballero francés, llamado Jugo; todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los pechos como aquellos que iban a pelear contra los infieles en defensa de la religión y de la cruz. El rey de Portugal tomó a su cargo de acometer al rey de Granada; hacíanle compañía con su gente los maestres de Alcántara y de Calatrava. El rey de Castilla, ya que tenía las haces en orden y a punto de arremeter contra Albohacen, animó a los suyos y los inflamó a la batalla con estas razones:

«Tened por cierto, mis caballeros, y creedme que esta desordenada muchedumbre de bárbaros, allegada de muchas gentes sin delecto ni orden alguno, la ha traído a nuestra España una profunda avaricia y una sed insaciable de reinar y un mortal e implacable odio que tiene al nombre cristiano, y no alguna justa causa que tengan para movernos guerra. No os atemorice su innumerable multitud, porque ella misma los ha de destruir. Los unos a los otros se embarazarán de manera, que ni podrán guardar sus ordenanzas ni entender lo que se les mandare. Cuanto cada uno se mostrare más sin miedo y cuidare menos de su persona, tanto estará más seguro, que a ninguno le está bien poner la esperanza de su vida en los pies, sino en sus manos y esfuerzo; volved valerosamente la cara al enemigo, y no las espaldas ciegas para ser heridas de los contrarios. Vémonos en tiempo que, o hemos de darnos por esclavos a los moros, o tenemos de pelear animosamente por la patria, por nuestras mujeres e hijos y por nuestra santísima fe con cierta y no vana esperanza de alcanzar una gloriosísima victoria, que si otra cosa sucediere, ¿dónde con mayor provecho ni más honradamente podemos arriscar las vidas que mañana se han de acabar? ¿Qué cosa nos puede ser más saludable que con un brevísimo dolor ganar aquellas perpetuas sillas celestiales? Que es lo que aquella santísima cruz nos promete, a quien tenemos por amparo y guía en esta jornada, y lo que los obispos nos aseguran y conceden. Ea pues, soldados y amigos, alegres y sin ningún recelo acometed y herid en vuestros mortales enemigos.»

Dada la señal, luego empezaron los escuadrones a adelantarse y moverse hacía el enemigo. corría entre los dos campos un río que llaman el Salado, de quien esta memorable batalla y victoria

tomó el nombre, que se llamó la del Salado, y desde a poco espacio entra en el mar. Los que primero lo pasasen eran los primeros a pelear. Envió el rey bárbaro dos mil jinetes para que estorbasen el paso. Entre tanto él, arrogante y muy hinchado con la esperanza de la victoria, que ya tenía por suya, habló a sus escuadrones en esta manera:

«Si mirara solamente o nuestra edad y a los grandes hechos que en África hemos acabado, ninguna cosa nos faltaba ni para gozar de esta vida, ni para que de nosotros en los venideros tiempos quedase un glorioso nombre y perpetua fama, pues con vuestro esfuerzo, valerosos soldados, tenemos ya sujetas todas las provincias que con nuestro imperio confinan. El amor de nuestra nación y el deseo del aumento de nuestra sagrada y paterna religión y vuestros ruegos me hicieron pasar en España. Cosa fea sería no cumplir en la batalla lo que en tiempo de la paz me tenéis prometido, y mal parecerá ser flojos en la pelea y en sus casas hacer grandes amenazas y blasones. Cuando nuestros enemigos fueran otros tantos como nos, estuviera yo en vuestro valor bien confiado; cuando el peligro fuera cierto, sin duda tuviera por mejor quedar todos muertos en el campo que mostrar ninguna flaqueza. Al presente tenéis llana la victoria, nuestros enemigos son pocos, mal armados, sin disciplina militar y con menos uso de la guerra; lo que más al presente se puede temer es no sea caso de menos valer venir a las manos con gente semejante aquellos que han domado la poderosa África, pues de cualquiera manera que a ellos les avenga, les será mucha honra contrastar con nosotros. Tened presentes aquellas insignes victorias de Fez, de Tremecén y del Algarve. Pelead con aquel ánimo y con aquella confianza que es razón tengan concebida en sus pechos los que están acostumbrados a vencer. Acometed con gallardía, tened firme en los peligros, menospreciad vuestros enemigos y aún la misma muerte.»

De parte de los cristianos guiaron al río y llegaron los primeros don Juan de Lara y don Juan Manuel. Estuvieron un rato parados, no se sabe si de miedo, si por otra ocasión; pero es cierto que se sospechó y derramó por todos los escuadrones que estaban conjurados y que lo hacían de propósito. Los dos hermanos Lasos, Gonzalo y García, pasado un pequeño puente, fueron los primeros que comenzaron a pelear. Cargó muy mayor número de enemigos que ellos eran; estaban estos caballeros muy apretados, socorriólos Alvar Pérez de Guzmán, siguiéronles los demás. El rey de Portugal caminaba a la parte siniestra por la ladera de los cerros. El rey de Castilla, con un poco de rodeo que hizo la vuelta de la marina, con grande ímpetu dio en los moros. Alzaron de ambas partes grandes alaridos, animábanse unos a otros a la batalla, peleábase por todas partes valerosamente. Detiénense los escuadrones y a pie quedo se matan, hieren y destrozan. Los capitanes hacen pasar los pendones y banderas a aquellas partes donde es la mayor prisa de la batalla y donde ven que los suyos tienen mayor necesidad de ser acorridos. Ciertas bandas de los nuestros se apartaron de la hueste por sendas que ellos sabían; dieron en los reales de los moros, y desbaratada la guarnición que los guardaba, se los ganaron. Destruyeron y robaron cuanto en ellos hallaron. Visto esto por los moros que andaban en la batalla, y hasta entonces se defendían valientemente, comenzaron a desmayar y retraerse, y a poco rato volvieron las espaldas y fueron puestos en huida. Fue grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y en el alcance doscientos mil moros, cautivaron una gran multitud de ellos; de los cristianos no murieron más de veinte, cosa que con dificultad se puede creer y que causa grande espanto.

Los soldados de la armada fueron de poco provecho, porque todos los aragoneses, sin faltar uno, se estuvieron dentro de sus naves. No se hallaron los navarros en esta batalla, porque su rey don Felipe se hallaba embarazado en las guerras de Francia. Era gobernador de Navarra Reginaldo Ponclo, hombre de nación francés. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, nunca se quitó del lado del rey de Castilla, que siendo en la batalla casi desamparado de los suyos, se iba a meter con grande furia donde se veía el mayor golpe de los moros, mas el arzobispo le echó mano de brazo y le detuvo. Díjole con una grande voz no pusiese en contingencia una victoria tan cierta con arriscar inconsideradamente su persona.

Ganóse esta batalla el año de 1340 de nuestra salvación. Del día varían los historiadores, empero nosotros de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta nobilísima batalla se dio lunes, 30 de octubre, como está señalado en el *Calendario* de la iglesia de Toledo, do cada año por antigua constitución con mucha solemnidad y alegría se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria de esta victoria.

CAPÍTULO VIII
DE LO RESTANTE DE ESTA GUERRA

Los moros, vencidos y desbaratados, se recogieron a Algeciras; desde allí, por no confiarse de la fortificación de aquella ciudad, con temor de ser asaltados de los nuestros, el rey de Granada se fue a Marbella, y Albohacen a Gibraltar, y la misma noche se pasó en África por miedo que su hijo Abderramán, a quien dejara por gobernador del reino, no se alzase con él cuando supiese la pérdida de la batalla; que los moros no guardan mucho parentesco ni lealtad con padres, hijos ni mujeres; cásanse con muchas, según la posibilidad y hacienda que cada uno alcanza, y con la multitud de ellas y de los hijos se mengua y divide el amor, y las unas y las otras se estiman y quieren poco. Así, Albohacen no sintió mucho le hubiesen cautivado en esta batalla a su principal mujer Fátima, hija del rey de Túnez, y otras tres de sus mujeres y a Abohamar, su hijo; otros dos hijos de Albohacen fueron muertos en la batalla. Los reales de los moros se hallaron llenos de todo género de riquezas, así del rey como de particulares, costosos vestidos, preseas y tanta cantidad de oro y plata, que fue causa que en España abajase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercadurías.

Nuestros reyes victoriosos se volvieron la misma noche a los reales; de los soldados, los que ejecutaron el alcance volvieron cansados de herir y matar; otros que tuvieron más codicia que esfuerzo, tornaron cargados de despojos. El día siguiente se fueron a Tarifa, repararon los muros que por muchas partes quedaron arruinados, abasteciéronla y pusieron en ella un buen presidio. El miedo que tenían los moros era grande, y parece fuera acertado poner luego cerco sobre Algeciras; pero desistieron de la conquista de aquella ciudad a causa que no venían apercibidos de mantenimientos y mochila sino para pocos días, de que se comenzaba a sentir falta. Por esto y porque ya entraba el invierno, les fue forzoso a los reyes volverse a Sevilla.

Allí fueron recibidos con pompa triunfal; saliólos a recibir toda la ciudad, niños y viejos, eclesiásticos y seglares y todos estados de gente. Llamábanlos con alegres y amorosas voces augustos, libertadores de la patria, defensores de la fe, príncipes victoriosos. En toda España se hicieron muchas procesiones para dar gracias a Dios, nuestro Señor, por tan alta victoria como les diera, grandes fiestas y alegrías y luminarias por todos el reino. El rey de Portugal de toda la presa de los moros tomó algunos jaeces y alfanjes para que quedasen por memoria y señal de tan insigne victoria. Dierónsele algunos esclavos y volvióse a su reino, ganada grande fama y renombre de defensor de los cristianos y de capitán valeroso. Acompañóle su yerno el rey de Castilla hasta Cazalla de la Sierra. De la presa de los moros envió o Aviñón al papa Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanjes y adargas colgados de los arzones, y veinticuatro banderas de los moros y el pendón real y el caballo con que el mismo rey don Alonso entró en la batalla y otras cosas. Salieron un buen espacio los cardenales a recibir el embajador, por nombre Juan Martínez de Leyva, que llevaba este mandado. El papa, después de dicha la misa, como es de costumbre, en acción de gracias a nuestro Señor delante de muchos príncipes y de toda la corte predicó y dijo grandes cosas en honra y alabanza del rey don Alonso.

Después de esto hizo el rey de Castilla almirante del mar a un caballero genovés, llamado Gil Bocanegra, y le encomendó guardase el estrecho de Gibraltar, porque los moros no rehiciesen su armada y volviesen a entrar en España; esto por gratificar a los genoveses lo que sirvieron en esta jornada, y también porque, como era acabada la guerra, no mandasen volver sus galeras, como lo hicieron los aragoneses y portugueses, bien que después las volvieron a enviar en mayor número que de antes a instancia y ruego del mismo rey de Castilla, que se recelaba, y con él todos los hombres inteligentes y de más prudencia juzgaban que los moros no sosegarían, sino que, rehecho que hubiesen su ejército, a la primavera volverían a España y acometerían de nuevo su primera demanda.

CAPÍTULO IX
DEL PRINCIPIO DE LAS ALCABALAS

Libres de un miedo tan grande, así el rey como los españoles, por la victoria que ganaron a los moros cerca de Tarifa, crecióles el ánimo y deseo de desarraigar del todo las reliquias de una gente tan mala y perversa. Trataban de llegar dinero para la guerra, que se entendía sería larga. El oro y plata que se ganó a los moros lo más de ello se despendió en hacer mercedes y premiar los soldados y en pagarles el sueldo que se les debía. El reino se hallaba muy falto y gastado con los tributos y pechos ordinarios; solos los mercaderes eran los que restaban libres, ricos y holgados; todos los demás estados pobres y oprimidos con lo mucho que pechaban. En Ellerena y en Madrid concedió el reino un servicio extraordinario, de que se llegó una razonable suma de dinero, pero era muy pequeña ayuda para tan grandes gastos como tenían hechos y se recrecían de nuevo.

Sin embargo, en el principio del año de nuestra salvación de 1341 desde Córdoba, do se mandó juntar el ejército, se hizo entrada en el reino de Granada; alcanzaron una famosa victoria, más con industria y arte que con poder y fuerzas; enviaron algunas naves cargadas de mantenimientos para desmentir al enemigo con dar muestra que se quería poner cerco sobre Málaga; ocupáronse los moros y embebeciéronse en abastecerla, y luego el rey de improviso cercó a Alcalá la Real, que se le entregó a partido en 26 de agosto, con que dejase salvos y libres a los de la villa. Causó esta pérdida grande dolor a los moros por ver como fueron engañados. Tomada esta villa, Priego, Rutes, Benamejir y otras villas y castillos de aquella comarca se rindieron al rey, unas de ellas por su voluntad se entregaron, y otras fueron entradas por fuerza; sucedían a los vencedores todas las cosas prósperamente, y a los vencidos al contrario; así acontece en la guerra. Volvióse el ejército a invernar, y en lugares convenientes se dejaron presidios para que guardasen las fronteras.

Tenía el rey puesto todo su cuidado y pensamiento en cercar a Algeciras y en allegar para ello dineros de cualquiera manera que pudiese. Aconsejáronle que impusiese un nuevo tributo sobre las mercadurías. Esta traza, que entonces pareció fácil, después el tiempo mostró que no carecía de graves inconvenientes. Es tan corto el entendimiento humano, que muchas veces viene a ser dañoso aquello que primero se juzgó prudentemente que sería provechoso y saludable; tomado este consejo, el rey se partió para Burgos, ciudad principal; dejó la frontera encargada al maestre de Santiago. Tuvo la pascua de Navidad en Valladolid en el principio del año de 1342. Llamó el rey a Burgos muchos grandes y prelados, y en particular a don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, y a don Juan de Lara y a don García, obispo de Burgos, para que terciasen y granjeasen las voluntades. Por la grande instancia que el rey y estos señores hicieron, los de Burgos concedieron al rey la veintena parte de lo que se vendiese para que se gastase en la guerra de los moros; concedióse otrosí por tiempo limitado, tan solamente mientras durase el cerco de Algeciras. A imitación de Burgos concedieron lo mismo los de León y casi todas las demás ciudades del reino. El ardiente deseo que entonces todos tenían de acabar la guerra de los moros los allanaba, ninguna cosa les parecía demasiada. Adelante, perdido ya el miedo, el uso ha enseñado cuán oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales por granjear el favor del rey procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino hace que sean muy validas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho o tributo alcabala, nombre y ejemplo que se tomó de los moros.

Alentaron al reino para que esto concediese unas nuevas que a esta sazón vinieron que los nuestros habían vencido la armada de los moros. Estaban en Ceuta en la costa de África ochenta y tres galeras para renovar la guerra, y en el puerto de Bullon otras doce. A estas, diez galeras nuestras que sobrevinieron a la primavera, antes que tuviesen tiempo de poderse juntar con las demás de su armada las embistieron y destrozaron; después toda la armada de los moros, que aportó a la boca del río Guadamecil, fue vencida en una muy reñida y memorable batalla. Tomaron y echaron a fondo

veinticinco galeras de los enemigos, y mataron dos generales, el de África y el de Granada. No se hallaron en esta batalla las galeras de Aragón; verdad es que al volver de Aragón, do eran idas, vencieron junto a Estepona trece galeras que encontraron de los moros, cargadas de bastimentos. Rindieron cuatro de ellas y echaron dos al fondo. Las demás se pusieron en huida y se salvaron en la costa de África. No parecía sino que la tierra y el mar de acuerdo favorecían y ayudaban a la felicidad y fortaleza de los cristianos. Diéraseles mayor rota si en Guadamecil fueran por mar y por tierra acometidos los moros. Con determinación de hacerlo así era ido el rey a muy largas jornadas a Sevilla y después a Jerez, en do le dieron la nueva de la victoria. Un caso que sucedió forzó a los nuestros a dar la batalla. En la menguante del mar quedaron encalladas en unos bajíos tres naves de las nuestras, y como los moros las acometiesen, fue forzoso para defenderlas trabar aquella batalla muy reñida y porfiada.

CAPÍTULO X
DEL CERCO DE ALGECIRAS

Con tantas victorias como por mar y por tierra se ganaran, tenían esperanza que lo restante de la guerra se acabaría muy a gusto; nuestra armado estaba junto a Tarifa en el puerto de Jatarez. Allí fue el rey con el deseo grande que tenía de conquistar a Algeciras para por mar reconocer el sitio de ella y la calidad de su tierra. Parecióle que era una principal ciudad, y su campaña muy fértil, y los montes que la cercaban hermosos y apacibles; veíanse muchos molinos, aldeas y casas de placer esparcidos por aquellos campos cuanto la vista podía alcanzar. Con esto, y con que de los cautivos se sabía que la ciudad no estaba bien abastecida de trigo, se encendió mucho más el ánimo del rey en el deseo de ganarla y quitar a los moros una guarida tan fuerte y segura como allí tenían; que ganada, todo lo demás juzgaba le sería fácil. Este ardor y deseo del rey le entibiaba el verse con pequeño ejército y pocos bastimentos; más no obstante esto, con grande presteza juntó algunas compañías de los pueblos comarcanos y llamó de por sí a muchos grandes. Vino el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, don Bartolomé, obispo de Cádiz, y los maestres de Calatrava y Alcántara con buena copia de caballeros. Los concejos de Andalucía, movidos con el deseo grande que tenían de que esta conquista se hiciese, enviaron a su costa más gente de aquella que por antigua costumbre tenían obligación de enviar. Y como quier que al que desea mucho una cosa cualquiera pequeña tardanza se le hace muy larga, el rey para proveer bastimentos y municiones y lo demás necesario a esta guerra se partió a la ciudad de Sevilla.

Habíanse juntado dos mil quinientos caballos y hasta cinco mil peones; con este ejército se puso el cerco a Algeciras en 3 del mes de agosto. La guarda del mar se encomendó a las armadas de Castilla y de Aragón, porque los portugueses, después de la batalla que se dio en el río Guadamecil, se volvieron a Portugal sin que en ninguna manera pudiesen ser detenidos. Entendíase que los cercados, confiados en la fortaleza de la ciudad y en la mucha gente que en ella tenían, no se querían rendir ni entregar la ciudad. Era la guarnición ochocientos hombres de a caballo y al pie de doce mil flecheros, bastante número, no solo para defender la ciudad, sino también para dar batalla en campo abierto. Hacían los moros muchas salidas, y con varios sucesos escaramuzaban con los nuestros; ganóseles la torre de Cartagena, puesta cerca de la ciudad. El rey estuvo un día en harto peligro de ser muerto con un puñal que para ello un cautivo arrebató a un soldado; hiriérale malamente, si de presto no se lo estorbaba los que se hallaron con él. Entendíase que el cerco iría muy a la larga; comenzaron a traer madera y fagina, y hacer fosos y trincheras, que servían más de atemorizar los cercados que no de provecho alguno. Entre tanto que en esto andaban, en el mes septiembre, con grandísimo pesar del rey, la armada de Aragón se fue con achaque de la guerra de Mallorca, para donde el rey de Aragón se apercibía. Verdad es que después a ruegos del rey de Castilla le envió diez galeras de socorro con el vicealmirante Mateo Mercero. Desde algunos días le socorrió de otras tantas con el capitán Jaime Escrivá, ambos caballeros valencianos.

Murió a esta sazón el maestre de Santiago de una larga enfermedad, varón en paz y en guerra muy señalado, y en este tiempo por la privanza que tenía con el rey muy estimado. Diose esta dignidad en los mismos reales a don Fadrique, hijo del rey, si bien por su poca edad aún no era suficiente para el gobierno de la religión. En el mes de octubre sobrevinieron tan grandes lluvias, que todo cuanto tenían en los reales destruyó y echó a perder. Comenzaron asimismo a sentir muchas descomodidades, en particular era grande la falta de dinero; que, por estar el reino muy falto y gastado, le fue forzoso al rey de pedirle prestado a los príncipes amigos, al papa Clemente VI, que sucedió a Benedicto, a los reyes de Francia y de Portugal. Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, fue para esto con embajada a Francia. Prestó aquel rey cincuenta mil escudos de oro; veinte mil se dieron luego de contado, lo demás en pólizas para que a ciertos plazos se pagasen en bancos de Génova. El papa Clemente VI al tanto otorgó cierta porte de las rentas eclesiásticas. Era esto pequeño subsidio

para tan grandes empresas; pero la constancia grande del rey lo vencía todo.

Los cercados, por entender que mientras el rey viviese no podían tener sosiego ni seguridad, hicieron grandes promesas a cualquiera que le matase. Decían que se haría un gran servicio a Mahoma en matar a un tan gran enemigo de los moros. No faltaban algunos que con semejante hazaña pensaban quedar famosos y ennoblecidos sin temor del riesgo a que ponían sus vidas, que es lo que suele ser estorbo para que no se emprendía grandes hechos. Un moro, tuerto de un ojo, que fue preso, confesó venía con intento de matar al rey, y que otros muchos quedaban hermanados para hacer lo mismo. Así lo confesaron dende a pocos días otros dos moros que fueron presos y puestos a cuestión de tormento; pero a los que Dios tiene debajo de su amparo los libra de cualquier peligro y desmán.

Los reyes moros deseaban socorrer a los cercados. El rey de Marruecos estábase quedo en Ceuta por no estar asegurado de su hijo Abderraman, al cual por este tiempo costó la vida el intentar novedades. El rey de Granada no se atrevía con solas sus fuerzas a dar la batalla a los nuestros; más porque no pareciese que no hacía algo, envió algunas de sus gentes a que corriesen la tierra de Écija, y él fue a Palma, pueblo que está edificado a la junta de los dos ríos Genil y Guadalquivir, saqueó y quemó esta villa. No osó dejar en ella guarnición ni detenerse mucho en aquella comarca, porque tenía aviso que las ciudades vecinas se apellidaban contra él. La otra gente fue desbaratada por Fernando de Aguilar, que salió a ellos y les quitó una grande presa que llevaban.

Era ya entrado el año de 1343, y en Algeciras aún no se hacía cosa alguna que fuese de importancia, solamente se entendía en algunos pertrechos que Íñigo López de Horozco por mandado del rey solicitaba. Hiciéronse fosos, trincheras, y en contorno de la ciudad se labraron unas torres o castillos de madera y trabucos y máquinas para batir los muros. Mas eran tantas las defensas, preparamientos y tiros que de antiguo tenía la ciudad, que con ellos todo el trabajo y diligencia de los nuestros era perdido y sin efecto, y las máquinas las hacían pedazos con piedras que de los muros arrojaban; especial que el lugar no era a propósito para poder cómodamente arrimar las máquinas a la muralla, y ni los soldados podían tenerse en pie por la aspereza del lugar, ni menos sin gran peligro podían andar ni estar en los ingenios.

En el estrecho de Glbraltar hay dos senos en el tamaño desiguales, pero de una misma forma. Tarifa está puesta sobre el menor, y un poco apartada estaba Algeciras, asentada sobre el mayor en un cerro de subida agria y pedregosa. Y dejado en medio un espacio, dividíase en dos partes, en la vieja y en la nueva; cada cual tenía sus muros enteros y barbacana, como si fueran dos pueblos. Era esta ciudad en España la silla del imperio africano, nobilísima y hermosísima. La grande diligencia del rey y la guarda de los soldados hacía que no entraban a los cercados bastimentos, excepto algunos pocos que sin verlos, cubiertos con la obscuridad de la noche, les metían en algunas barcas, muy pequeño refrigerio para los que ya padecían hambre y necesidad.

CAPÍTULO XI
DE LA TOMA DE ALGECIRAS

Gastados muchos días y trabajos en el cerco, no se hacía cosa de importancia. Los nuestros se hallaban dudosos y suspensos, pensaban de día y de noche cuál de dos cosas sería la mejor, si levantar el cerco, porque era sin algún provecho el proseguirle y continuar, si esperar el fin de la guerra, que en lo demás les era favorable. El rey se recelaba de perder algo de su honra y reputación, principalmente que ya tenía consumido el dinero que le prestaron el papa y el rey de Francia, que el de Portugal ninguna cosa contribuyó, y tenía faltado bastimentos, y el número delos soldados cada día era menor. Los más sagaces le aconsejaban que hiciese algún buen concierto con el enemigo. Siendo medianero y llevando recaudos de una parte a otra Ruy Pavón, primero se trató de paz, y después de que se hiciesen treguas; pero todos estos tratados salieron vanos por estar puesto el rey de Castilla en no hacer acuerdo ninguno con el rey de Granada, si primero no dejaba la amistad de África, la cual quitada, ¿qué le quedaba al que se sustentaba y entretenía más con las fuerzas ajenas que con las suyas propias?

El rey de Granada, perdida ya la esperanza de concertarse con el rey, acercó sus reales al río Guadiarro, a cinco leguas de Algeciras, con que antes daba a entender el miedo que tenía que no que se pensase venía con ánimo de presentar la batalla. En el puerto de Ceuta tenían aprestada una gruesa armada, allegada de las fuerzas de toda la África, para luego que diese lugar el tiempo pasar en España. Venían estos de refresco y descansados; los cristianos se hallaban quebrantados con los continuos trabajos y incomodidades. Las cosas de España, que corrían gran riesgo, los santos patrones de ella las ampararon y la perpetua felicidad y constancia grande con que el rey vencía todos los males y dificultades que ocurrían. Así, en unos mismos días le vino un buen número de gente de socorro de Inglaterra, de Francia y de Navarra, lugares muy apartados los unos de los otros; acudieron muchos señores y nobles a ayudarle. De Inglaterra, con licencia del rey Eduardo, los condes de Arbid y de Soluzber; de Francia el conde de Foix con su hermano don Bernardo y otros que se les juntaron. El papa Clemente VI, lemovicense, que el año antes fue electo en lugar de Benedicto, tenía concedida cruzada a los que se hallasen en esta santa guerra. El rey don Felipe de Navarra en el mes de julio, enviados delante muchos mantenimientos por mar, y dejando mandado le siguiese su ejército por tierra, vino con gran prisa por no dejarse de hallar en la batalla, que corría fama sería muy presto.

El rey, como era razón, recibió muy gran contento con la venida de estos príncipes, y a los nuestros con la cierta esperanza de la victoria les creció el ánimo y el aliento para pelear. Vinieron antes don Juan Núñez de Lara y don Juan Manuel, y cada día concurrían nuevas compañías de todo el reino. Los moros, como vieron tan reforzado el ejército del rey, rehusaban dar la batalla. Afrentábalos Albohacen por ello, enviábales a preguntar la causa de su miedo. Respondieron que en la batalla pasada experimentaron harto a su costa cuán grande fuese el esfuerzo y constancia de los cristianos, y que ahora tenían mayores fuerzas, por tener mayor número de soldados que entonces tenían. Que de lejos no se podía dar consejo conveniente al tiempo y ocasiones que ocurrían; si tuviese por bien de pasar el estrecho, que ellos en ninguna cosa contradirían a su voluntad. Que conservar su ejército en tiempo tan peligroso y aciago les era mucha más honra que pelear temerariamente con el enemigo, más poderoso y más bien afortunado.

En el entretanto no dejaban los moros de pedir treguas con muchas embajadas. Quisieron los embajadores ver los reales; otorgó el rey con su deseo. Púsoles en admiración el concierto y buena disposición de los pabellones, los soldados repartidos por sus cuarteles, las calles de oficiales, las plazas como en una ciudad llenas de provisión; parecíales todo tan bien, que confesaron que los nuestros les hacían grande ventaja en la disciplina militar y policía, y que ellos en su comparación sabían poco de aquel menester.

Por el tratado de las treguas no se dejaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros; de la ciudad hacían otro tanto, en especial tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora, que con grande estampido y no poco daño de los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que de este género de tiros de pólvora hallo hecha mención en las historias.

En el mes de agosto en Cervera en el condado de Urgel nació un niño con dos cabezas y cuatro piernas. Creyeron aquellos hombres con supersticioso y vano pensamiento que el tal era prodigio que pronosticaba algún mal; por tanto, para evitarle con su muerte le enterraron vivo. Sus padres, conforme a las leyes, fueron castigados como parricidas por ejecutarse esta crueldad con su consentimiento. Este mismo año murió el rey Roberto en Nápoles, más famoso por la afición y estudio de las letras que señalado por el ejercicio de las armas. De este rey fue aquel dicho: *«Más quiero las letras que el reino.»*

Volvamos a las cosas de Algeciras. Los soldados extranjeros, en quien los primeros ímpetus son muy fervorosos y con la tardanza se resfrían, se fueron de los reales luego que vino el otoño; los de Inglaterra, llamados de su rey, así quisieron se entendiese, y el conde de Foix, que dio asimismo para irse por excusa el poco sueldo que a sus soldados se daba. Esto se decía; yo sospecho que les hizo volver a su tierra llevar mal los calores que en tiempo del estío hace en el Andalucía y el estar quebrantados con las enfermedades y trabajos de la guerra. Aprueba nuestra conjetura lo que después sucedió, que el conde de Foix a la vuelta murió en Sevilla, y el rey Filipo de Navarra, habida licencia del rey, murió en Jerez. Sucedieron ambas muertes en el mes de septiembre; sus cuerpos fueron llevados a sus tierras. Con la ida de estos príncipes cobraron avilenteza los enemigos, y mudado parecer, se determinaron de dar la batalla. Sesenta galeras de los moros que en el mes de octubre surgieron en Estepona luego se pasaron a Gibraltar. Corría el río Palmones entre los dos campos, y como dos y tres veces en diferentes días llegasen a encontrarse en el río, finalmente, al pasarle se vino a la batalla, en que los moros mostraron no ser iguales con gran parte a los españoles, ni en fuerzas, ni en esfuerzo, ni en disciplina militar; así, fueron en poco tiempo vencidos y puestos en huida. En la ciudad se padecía extrema necesidad de mantenimientos a causa que nuestra armada en dos veces les tomó dos galeras cargadas de bastimentos. Entraron cinco barcas en el principio del año de 1344, y vueltos estos bajeles a África, dieron aviso que los cercados no se podían ya sustentar más tiempo, ca estaban puestos en tan grande aprieto, que les era fuerza perecer todos o entregar la ciudad.

Con esto los moros luego movieron plática y trataron de concertarse. En 26 de marzo se entregó la ciudad con estos partidos: que el rey de Granada, como feudatario del rey de Castilla, pechase las parias que cada año le solía dar antes que se rompiese la guerra; que todos los cercados quedasen libres y pudiesen irse con sus haciendas a donde quisiesen; concertáronse otrosí treguas con los reyes moros por espacio y tiempo de diez años. Hechos los conciertos, muchos moros se pasaron a África. El rey de Castilla entró en la ciudad con una solemne procesión en 27 de marzo, y el siguiente din se bendijo la iglesia mayor, y se le puso por nombre Santa María de la Palma, por ser Domingo de Ramos o de las Palmas, y se celebraron en él los divinos oficios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron a los soldados, que a porfía pasaban sus casas y menaje a la ciudad, y se querían allí avecindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos. Puestas en orden las cosas de Algeciras, el rey se partió para Sevilla.

Allí le vino embajada de Eduardo, rey de Inglaterra, para pedir al rey don Alonso que su hijo legítimo don Pedro casase con su hija Juana. Don Alonso por entonces vino en ello; más adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta a las veces con su palabra conforme a las cosas y a las comodidades se mudan. En la batalla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen; estas por tenerle grato se le enviaron sin rescate. No quiso el bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesía del rey, antes le envió lue-

go desde África sus embajadores con muy ricos presentes. La fama de esta victoria hinchó a toda España y a todos los cristianos de Europa de alegría por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de África quebrantadas, hiciéronse grandes fiestas y alegrías; todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias a Dios, cumplían sus votos; no dejaban ningún género de alegría ni de religiosa demostración de agradecimiento, conque publicaban el contento y regocijo singular que tenían concebido dentro de sus pechos.

CAPÍTULO XII
DE LA GUERRA DE MALLORCA

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía, se revolvieron las armas de Aragón. Lo que resultó fue que el rey de Mallorca quedó despojado de su reino paterno, grande desafuero del rey de Aragón don Pedro el Ceremonioso, que era el que tenía más obligación a le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de señorear le cegó y endureció su corazón para que los trabajos y desastres de un rey, su pariente, no le enterneciesen, ni considerase lo mal que parecía un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Montpellier es una noble y rica ciudad de la Gallia Narbonense, que en otro tiempo solía estar sujeta a los obispos de Magalona, por cuya permisión o disimulación tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios de estos prelados. Recayó este señorío primero en los aragoneses, y después en los reyes de Mallorca cómo y en la forma que arriba se mostró. De esta manera, poco a poco fue en diminución la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece más la fuerza y antojo de los reyes que no la razón y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fue vender, como vendieron más de cincuenta años antes de este tiempo, este derecho por cierto precio y cantidad a los reyes de Francia.

Con color de esta compra los franceses no desistían de requerir a los reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenaje que estaban obligados como sus feudatarios, y que a los vecinos de Montpellier se les permitiese apelar para París. Rehusaban hacerlo los de Mallorca; decían que el derecho de los señoríos no pendía de unos pergaminos viejos, sino de la moderna costumbre usada y guardada, y que pues los reyes de Francia no tenían más derecho que los obispos de Magalona, no debían ni se les pudo dar mayor ni mejor acción de aquella que poseían los mismos prelados. Vinose a las armas, y por fuera los franceses tomaron muchos pueblos de la jurisdicción y señorío de Montpellier, y pusieron en ellos sus presidios. Apercibíase el rey de Mallorca para la guerra; pidió al rey de Aragón que aquello que poseía por gracia y como feudo de Aragón con sus armas le fuese conservado y defendido. El rey de Aragón con una profunda astucia y sagacidad y con una infinita ambición contemporizaba con el rey de Francia, y pareció pretendía más agradarle que favorecer a su deudo. Entendía y deseaba que, por tener de suyo pocas fuerzas desamparado de otras ayudas, vendría a ser presa de sus vecinos. Con esto, aunque le instaba y pedía socorro, no le daba otra ayuda más que buenas palabras. Tuvieron entre sí habla; respondió el aragonés a la demanda del mallorquín que él haría lo que se le rogaba, en caso que el rey de Francia no quisiese fenecer este pleito por tela de juicio. Sobre este punto se enviaron de una parte a otra muchas embajadas, todas con fin de poner dilación al negocio, no con ánimo de dar algún socorro al necesitado.

Para cubrir estas marañas con capa de justicia procuró de hacerle muchos cargos de graves culpas y levantar muchos testimonios al miserable rey. Que no reconocía sujeción a los reyes de Aragón, y que, aunque era llamado, no venía a las Cortes. Que en Perpiñán, sin poderlo hacer, labraba moneda baja de ley, de cuño y peso no acostumbrado. Sobre todo, que en Barcelona, do vino debajo de la fe y confianza de vistas, se conjuró para matar al aragonés, trato que descubrió la misma mujer del de Mallorca, como la que mucho cuidaba de la vida del rey, su hermano. Finalmente, que trató con el rey de Francia, con los potentados de Italia y con el mismo rey de Marruecos de confederarse en daño de Aragón. Estos fueron los capítulos que le opusieron, no se sabe si verdaderos, si falsos. La fama fue que se los levantaron, a que hizo dar crédito la destrucción del desdichado rey y pensar que muy a tuerto le despojaron de su estado.

Estos fueron los principios de las desastradas discordias que el papa y la reina de Nápoles, doña Sancha, parienta de ambos reyes, procuraron atajar, sin que pudiesen concluir cosa alguna. Los mallorquines, como suele acaecer en los señoríos pequeños, estaban muy cargados de nuevos pechos y tributos, y como quier que no esperasen ser relevados de ellos, no les pesaba de mudar señor.

Vino el negocio a rompimiento de guerra, y del cerco de Algeciras fue llamado para esto el almirante del mar Pedro de Moncada, como arriba se dijo. Juntase una poderosa armada, que entre grandes y pequeños tenía ciento dieciséis bajeles; partió el aragonés del cabo de Llobregat, desembarcó en Mallorca, donde los isleños tenían juntados trescientos hombres de a caballo y quince mil de a pie, toda gente allegadiza, flaca y de poca defensa. Fue luego desbaratado el rey de Mallorca, y huyó a la ciudad de Poncia. De allí, perdida la esperanza de cualquier buen suceso, se pasó a tierra firme. Los voluntades de los isleños estaban inclinadas al aragonés, y es ordinario que al vencedor todo se le sujeta y todos le ayudan. Recibido juramento y homenaje de fidelidad de los de los islas, y puesto por virrey Arnaldo de Eril, el rey de Aragón se volvió con su armada a Barcelona. Los de Rosellón y de Cerdaña, que están en los postreros linderos de España, y eran del rey de Mallorca, fueron molestados con guerra y les tomaron algunos pueblos.

En esto sobrevino un cardenal, que el papa envió por legado a estos príncipes para ponerlos en paz. Con su llegada cesó por unos pocos días la guerra, demás que entraba ya el invierno, y no trajeron las máquinas que eran menester para batir las murallas de los pueblos. No prestó la diligencia del legado ni la autoridad del padre santo. Pasado el invierno, por abril del año de 1344 se renovó la guerra con mayor furia; talaron las mieses, quemaron los campos, las ciudades y villas, unas por fuerza y otras de grado fueron tomadas. Algunos de los amigos del rey de Mallorca le persuadían que era mejor confiarse del rey de Aragón que no experimentar sus fuerzas. Otros, para muestra de muy fieles y bravos, con palabras libres y arrogantes decían que antes morirían que consintiesen que se pusiese en manos de su enemigo. Muéstranse antes de la batalla muy esforzados los que a las veces, cuando ven el peligro de cerca, suelen ser los más cobardes. El ánimo del rey vacilaba congojado con varios pensamientos, tenía empacho de que pareciese que alguno más que él estimase la libertad; pero espantábale mucho y poníale grande miedo el verse con pocas fuerzas, ca no le quedaba ya otra cosa sino la villa de Perpiñán. ¿Qué podía hacer en aquel aprieto? Engañóle su esperanza y las buenas palabras de los terceros; en aquella duda escogió el consejo más seguro que honrado. Envió con don Pedro de Ejerica a decir al rey que se pondría en sus manos, si le aseguraba primero su libertad y su vida. Con esperanza pues que le dieron, o él temerariamente se tomó de recobrar su reino por la clemencia y liberalidad del vencedor, acompañado de sus caballeros y de otros señores de Aragón y con la seguridad que pedía, el mes de julio vino de Perpiñán a la ciudad de Elna, do el rey de Aragón tenía sus reales. Llegado delante del rey, hincadas las rodillas lo besó la mano, y le habló en esta manera:

«Errado he, rey invencible, yo he errado; pero mi yerro no ha sido de deslealtad ni de traición. Lo que se peca por ignorancia, la clemencia, virtud de reyes y tuya propia, lo debo perdonar a un rey humilde, pariente y amigo, y que mientras sus cosas le dieron lugar acudió a vuestro servicio con grande afición, y con nuevos y mayores servicios de aquí adelante recompensará las faltas pasadas. No ha sido uno solo el yerro que he hecho en este caso, yo lo confieso; pero entonces es más de loar la clemencia cuando hay mayor razón de estar enojado. En lo demás yo soy vuestro; de mí y de mi reino haced lo que fuere vuestra merced y voluntad; espero que usaréis conmigo benignamente, acordándoos de la poca estabilidad y constancia de las cosas humanas.»

A esto el rey de Aragón con rostro ledo y engañoso le acarició, excusóle su culpa, y le dijo que merecía ser perdonado por el arrepentimiento que mostraba. Los hechos fueron bien contrarios a las palabras. Poco después, en una junta de nobles que se hizo en Barcelona le privó del título y honra real, y le señaló cierta renta para que se sustentase. Hallóse burlado el rey de Mallorca, sintió cuán pesada sea la caída de un reino; al fin cayó en la cuenta, entendió que las palabras blandas de don Pedro de Ejerica le engañaron y sus esperanzas. Así, si bien se hallaba desnudo de todos amparos y defensas, trató de renovar la guerra: pasóse a Francia. Allí primero acudió al papa Clemente, y como en él hallase poco amparo, con grande sumisión se entró por las puertas del rey de Francia, causa primera de aquella tempestad, y para los gastos de la guerra le vendió el señorío de Montpe-

llier, sobre que era el pleito, por cien mil escudos de oro. El francés y el papa le recibieron debajo de su protección y amparo, ayudáronle tarde y con tibieza; en fin, se hubieron en este caso como suelen los hombres en peligro ajeno.

Volvió pues a renovar con gran furia la guerra en las islas y en los estados de Cerdaña y de Rosellón, pero no hizo otra cosa sino acarrearse la muerte. Cinco años adelante, en una batalla que se dio en Mallorca, fue vencido y muerto por los aragoneses; este fin tuvieron sus desdichas. Su cuerpo por mandado del rey de Aragón depositaron en Valencia; sus hijos y los de su hermano don Femando, que poco antes del tiempo de la guerra falleció, en pena del pecado y culpa, si así se puede llamar, ajena, pasaron su vida huidos, desamparados, presos, sin casa ni sosiego alguno. Desgracia que a muchos pareció injustísima que los hijos fuesen privados del derecho del reino por cualesquier delitos de sus padres.

En el mismo año que se ganó Algeciras y que el rey de Mallorca fue despojado del reino, con temeroso y descomunal ruido tembló la tierra en Lisboa, ciudad que está en la ribera del mar Océano, y con mucho espanto de las gentes temblaron los edificios y se cayó el cimborrio de la iglesia mayor, principio y presagio, según se entendió, de otros mayores males. Murió doña Costanza, hija de don Juan Manuel y mujer del infante don Pedro de Portugal, el año siguiente de 1345. Sintieron ella y el marido menos su muerte, porque él trataba amores con doña Inés de Castro, dama muy apuesta que servía a la infanta; la trataba casi con igual estado que a su mujer. Lo que fue peor y sacrilego, que sacó la misma de pila al infante don Luis, hijo de don Pedro, que murió niño, y por el tanto entró en deudo con su padre. Quedaron dos hijos de doña Costanza, don Fernando y doña María.

CAPÍTULO XIII
DE LAS REVUELTAS QUE HUBO EN EL REINO DE ARAGÓN

Concluida la guerra de los moros con la felicidad que se podía desear, el rey de Castilla, libre de este cuidado, pensó de castigar los agravios y desafueros que en el tempestuoso tiempo de la guerra era necesario hubiesen cometido muchos de los jueces y grandes del reino. Junto con esto su mayor deseo era procurar que a ejemplo de los de Burgos y León, asimismo los del Andalucía y reino de Toledo, le concediesen las alcabalas de las mercadurías que se vendiesen. En lo demás las cosas estaban sosegadas, y todo el reino con una abundante paz florecía.

En el reino de Aragón resultaron nuevas revueltas, de que primeramente fue la causa el inquieto y perverso ingenio del rey de Aragón,que pretendía ensanchar su reino con trabar unas guerras de otras. Quejábase que las fuerzas del reino quedaron enflaquecidas y la majestad real disminuida con las dádivas y mercedes que sus antepasados indiscretamente hicieron. Ensoberbecido otrosí con el próspero suceso que tuvo contra el rey de Mallorca, volvió su enojo contra su hermano carnal don Jaime, que le sintió estar inclinado a compadecerse y tener misericordia del rey desposeído. Además que a los que señorean siempre les son sospechosos aquellos que están inmediatos a la sucesión del estado. Decíase en el reino que por fuero y costumbre antigua de Aragón era don Jaime sucesor y heredero del reino; que debían ser excluidas de la herencia paterna doña Costanza, doña Juana y doña María, hijas del rey, habidas en la reina, su mujer. Por esta razón, hecho vicario y procurador del reino, había ganado las voluntades y amor de los nobles y del pueblo con su buen término y trato llano y virtuoso, sin fraude ni algún mal engaño. Llamóle el rey un día, mandóle dejar el oficio de procurador.

De esta manera arrebatadamente y sin consejo se hacían todas las demás cosas, mayormente que por este tiempo, que corría el año de nuestra salvación de 1346, murió la reina de Aragón, mujer de santísimas costumbres, y por el mismo caso desemejable de su marido; falleció cinco días después que parió un niño, que vivió tan solamente un día, con que el reino tuvo un breve contento, destemplado en mucho pesar. Sepultóse el cuerpo de esta señora en Valencia en la iglesia de San Vicente, si bien ella se mandó enterrar en Poblet, entierro antiguo de aquellos reyes.

Para que el rey tuviese hijo varón con que se evitasen muchas revueltas en el reino luego se trató de volver a casarle; para este fin enviaron embajadores al rey de Portugal a pedirle su hija doña Leonor. Deseaba su hermano don Fernando casarse con aquella infanta, confiado en el favor de su tío el rey de Castilla y por estar él en la flor de su juvenil edad. Venció, como era forzoso, en esta competencia el rey de Aragón. Ayudó para ello primeramente don Juan Manuel, que por ser enemigo de doña Leonor de Guzmán y por el mismo caso también del rey de Castilla, toda su voluntad tenía puesta en la del rey de Aragón y en agradarle. Así procuró y concluyó de casar a su hijo don Fernando con doña Juana, prima hermana del rey de Aragón e hija de don Ramón Berenguel; conque quedaba emparentado con tres casas reales en parentesco muy estrecho, y por esto era el más poderoso de los grandes del reino.

Los nobles de Aragón y de Valencia juntamente con el pueblo se comenzaron a alborotar; conjuráronse todos de guardar su libertad, mirar por sus fueros, y si menester fuese, defenderlos con las armas. Tomaron por ocasión de este alboroto la fuerza que a don Jaime, conde de Urgel, se hizo para que desistiese y se apartase del derecho de la sucesión y procuración del reino, y que se hacían leyes y publicaban edictos en nombre de doña Costanza, hija del rey de Aragón, como si ella hubiera de ser la sucesora y heredera del reino. Señalaron y nombraron por conservadores de la libertad a Jimeno de Urrea, Pedro Coronel, Blasco de Alagón y a don Lope de Luna, que era el más principal de los nombrados por tener el señorío de Segorbe y estar casado con doña Violante, tía del rey. Hicieron cabeza de todos, como era necesario, a don Jaime, conde de Urgel; y llamaron de Castilla,

donde residía con su madre, por no confiarse del rey de Aragón, a sus hermanos don Fernando y don Juan con muchas cartas y embajadas que les enviaron, con que ellos se determinaron de ir a Aragón. Llevaron consigo quinientos hombres de a caballo, que les dio para su guarda su tío el rey de Castilla.

El rey de Aragón no ignoraba que las fuerzas del pueblo, alborotadas, son furiosas en los principios, más que después con el tiempo y la dilación se amansan y enflaquecen. Procuró hacer Cortes en Zaragoza, en que para aplacar el pueblo, más que por hacer el deber con sincera voluntad, restituyó a su hermano don Jaime la procuración del reino, y dado por ninguno lo que primero tenía decretado, fue declarado por heredero y sucesor del reino. Con esto se volvieron a pacificar y sosegar las cosas; pero con la muerte que luego sucedió a don Jaime se anubló la luz que comenzaba a resplandecer. El rey de Aragón por dar prisa a sus bodas se fue a Barcelona, ca tenía mandado llevasen allí su esposa los que la traían de las últimas partes de Portugal. En aquella ciudad de Barcelona, luego que allí llegó, falleció el ya dicho conde de Urgel de enfermedad en fin del año de 1347; fue fama que le ayudaron con hierbas que le dieron, y que le vino este mal por la sospecha que de él se podía tener de que se quería alzar con el reino. Celebraron las bodas sin ninguna señalada solemnidad por estar todo el reino triste con la muerte y luto de don Jaime y por la tempestad de revueltas que temían se les armaba. Enterróse su cuerpo en la misma ciudad en el monasterio de San Francisco.

Los hermanos don Fernando y don Juan, que, acabadas las Cortes, se tornaron a Castilla, comunicado el negocio en Madrid con su madre y con el rey, su tío, se hicieron cabezas de los pueblos amotinados; ayudóles el rey de Castilla con ochocientos caballos. Con tanto don Fernando se fue a Valencia, y don Juan a Zaragoza. Su madre en Cuenca y en Requena, en que lo demás del tiempo residía, esperaba en qué pararían estas alteraciones con grande cuidado de la salud de sus hijos. Enviáronse los reyes sus embajadores; de Castilla Fernán Pérez Portocarrero para hacer las amistades entre las hermanos; de Aragón vino por embajador Muñón López de Tauste a quejarse de agravios y a rogar que no se les diese ningún favor ni ayuda a los rebeldes. Otorgósele que el capitán Alvar García de Albornoz hiciese en Castilla seiscientos hombres de a caballo a sueldo del rey de Aragón; el cual rey, no sin nota y menoscabo de la majestad real, casi como quien pide perdón, se fue a Valencia poco menos que a ponerse en manos de los conjurados; así se vio en términos de que le perdiesen el respeto y le maltratasen.

Los del rey y los del pueblo, como gente desavenida, los unos no se fiaban de los otros, antes se miraban a la cara, notábanse las palabras y semblante del rostro, y con afrentas y malas palabras que se decían, parece buscaban ocasión de revolverse y venir a las manos. Llegó el pueblo a alborotarse y a tomar las armas, y con ellas en las manos entraron con furioso ímpetu y violencia en el palacio real con grande miedo de los cortesanos y de la gente de palacio. Llegó la cosa a términos que el rey de necesidad hubo de subir en un caballo y aventurarse a ponerse en medio de la gente alborotada para que con sus palabras y presencia se apaciguase. Concedióse al infante don Fernando que durante la vida del rey fuese procurador del reino, y después de la muerte le sucediese en él, y que las hijas quedasen excluidas de la sucesión. Eran estos conciertos sacados por fuerza, y por esta razón se entendía que no serían firmes ni durarían mucho.

Ido el rey, don Lope de Luna, que ya se pasara a su servicio, no dejó las armas, antes a los conjurados les era un importuno y molesto enemigo, disimulándolo primero el rey, y después mandándoselo. Tenía sus gentes y reales en Daroca y su tierra. Don Fernando, por impedir los intentos de don Lope, partió de Zaragoza con quince mil hombres, parte de a caballo y parte de a pie. Sentó su real cerca de Épila a la ribera del río Jalón. No pudo tomar el pueblo porque era fuerte, quemó los campos y las mieses, que las querían ya segar; sobrevinieron en esto los del rey, pelearon a banderas tendidas; los conjurados, por ser gente popular y más para hallarse en alborotos y sediciones que para pelear en batalla reñida, fueron vencidos y desbaratados. Murieron en la batalla don Jimeno de Urrea y otros hombres principales, y su capitán don Fernando fue preso con una herida en la cara;

mas el capitán Alvar García de Albornoz, a quien le dieron en guarda, le soltó y dejó ir libre a Castilla. Podíase temer cualquiera cosa de la severidad del rey, su hermano, que debió ser la ocasión de soltarle. No se sabe si se hizo esto sin que lo supiese don Lope de Luna o si lo disimuló, mudado de parecer y trocado de voluntad, como ordinariamente suele acontecer en las guerras civiles. Bien se mostró quedar el rey satisfecho de él, pues en premio de lo bien que en aquella guerra le sirvió, para honrarle le dio título de conde de Luna, cosa nueva y poca usada en Aragón.

Después de esta victoria todo en Aragón quedó llano al rey; y asentada la paz en Zaragoza, totalmente se deshizo la unión y liga de los conjurados de suerte, que no se oyó más su nombre. La sucesión del reino se confirmó a don Fernando. Amplióse la autoridad del justicia de Aragón, con cuyo oficio por ley antigua del reino se prevenía que el rey no pudiese quitarles su libertad. Esto pasaba en Aragón el año de 1348 de nuestra salvación.

Este año una gravísima peste maltrató primero las provincias orientales, y de ellas se derramó y se pegó a las demás regiones, como a Italia, Sicilia, Cerdeña y Mallorca, y después a todos los reinos y ciudades de España. Eran tantos los que morían, que se halló por cuenta en Zaragoza que en el mes de octubre morían cada día cien personas; como era una infección del aire, el curar los enfermos y tocarlos extendía más la enfermedad por pegarse el mal a muchos. Por donde los heridos, o se quedaban sin que hubiese quien los quisiese remediar, o si los intentaban curar, daba luego la misma dolencia a los que se llegaban cerca del enfermo y a los que le curaban. El ver tantos enfermos y muertes había endurecido de manera los corazones de los hombres, que no lloraban los muertos, y se dejaban los cuerpos por enterrar tendidos en las calles. De esta peste y de su fiereza escribió largamente en sus *Epístolas* Francisco Petrarca, hombre de este tiempo, señalado en letras, mayormente en la poesía en lengua toscana. Era grandísima lástima ver lo que pasaba en todos los pueblos y ciudades de España.

La nueva reina de Aragón doña Leonor, sin dejar hijos, murió por este tiempo en Ejerica, donde se retiró el rey por miedo de la peste; su cuerpo sepultaron en el mismo lugar sin pompa ni aparato real. Con su muerte quedó el rey libre para poderse casar tercera vez más dichosamente que las pasadas por los hijos que de este matrimonio tuvo. No se sosegaban los conjurados. Hizo el rey a los alterados de Valencia en general guerra, y en particular justicia de muchos después de habida la victoria; con el rigor y grandeza del castigo pretendía espantar a los demás y que tomasen escarmiento y supiesen que no se debe temerariamente irritar la cólera e indignación de los reyes.

CAPÍTULO XIV
QUE SE APACIGUARON LAS DISCORDIAS ENTRE LOS CABALLEROS DE CALATRAVA

Los caballeros de Castilla de la orden de Calatrava y los de Aragón de la misma orden tenían entre sí grandes diferencias y cisma; en lugar de uno eligieron y tenían dos maestres, uno en Calatrava, otro en Alcañices. La cosa pasó de esta manera. Don Garci López, maestre de esta religión, más de veinte años antes de éste en que vamos, fue acusado de gravísimos delitos y de traición; oponíanle que, siendo el rey menor de edad, robó el reino e hizo muy poco caso de su religión y orden, de que en ellas se siguieron innumerables daños y desórdenes. Por estas y otras cosas le citaron para que pareciese delante el rey don Alfonso de Castilla y respondiese a lo que se le imputaba. No quiso parecer, antes se fue a Aragón, o por miedo de ser castigado como merecía y le acusaba su conciencia, o lo que es más de creer, con temor de las cautelas y potencias de sus enemigos, ca los que le acusaban eran los más poderosos y más ilustres de su orden. Ésta fue la principal causa y principio de las diferencias y contiendas que tanto después duraron. Con el favor del rey de Aragón don Garci López residía en Alcañices, pueblo de la orden, y allí conservaba su autoridad. Ejercitaba el oficio de maestre, no obstante que a instancia del rey de Castilla fuera condenado en rebeldía y privado del maestrazgo. Eligieron en su lugar a don Juan Núñez de Prado, de quien era fama y se decía que era hijo no legítimo de doña Blanca, tía del rey de Portugal y abadesa del monasterio de las Huelgas de Burgos. Los abades de la orden del Císter, que por instituto antiguo tenían poder de visitar esta religión, aprobaron y confirmaron la elección del nuevo Maestre. Los freiles y caballeros aragoneses no se quisieron rendir ni obedecerle, antes, muerto que fue don Garci López, sustituyeron en su lugar a don Alonso Pérez de Toro, cuya elección de su voluntad, o porque para ello fue inducido y engañado, confirmó Arnaldo, abad de Morimonte en la Francia, a quien de oficio competía hacer semejante ratificación.

Intentóse muchas veces de concordar estos caballeros, que ambas partes veían serles muy dañosa su división. Sobre esta razón los reyes se enviaron diversas embajadas, que no tuvieron hasta este tiempo efecto alguno, cuando por muerte de don Alonso Pérez eligieron los de Alcañices a don Juan Rodríguez. Antes que esta postrera elección se confirmase, a instancia de los reyes de Castilla y de Aragón, en Zaragoza, do a la sazón se hacían Cortes, se juntaron ambos maestres y muchos caballeros de ambas naciones. Litigada la causa, el rey de Aragón, como juez árbitro que era, cerrado el proceso, por lo que de él resultaba, sentenció conforme a las pretensiones y méritos de Castilla. Hízose otrosí constitución que de allí adelante fuese habida por verdadera y canónica elección de maestre la que hiciesen aquellos caballeros en Calatrava. A don Juan Rodríguez se le quitó el oficio y título de maestre, y en recompensa se le dio la encomienda mayor de Alcañices, con jurisdicción sobre todos los freiles y caballeros de Aragón; y aún se proveyó que el maestre no pudiese proveer cosa alguna tocante al comendador mayor y los caballeros aragoneses mientras durase la vida de los presentes, si no fuese con consejo de los abades de Poblet y de Veruela. Prevenían con esto que por envidia y emulación no se les hiciese algún agravio. En esta forma se concordaron los caballeros de Calatrava, y las divisiones que entre sí tenían se acallaron en 25 del mes de agosto. Los juicios de los hombres son varios; muchos fueron de parecer y murmuraban que en estas cosas no se procedió conforme al punto y rigor de derecho, sino por respeto y a voluntad del rey de Castilla.

En este mismo tiempo don Luis, conde de Claramonte, hijo de don Alonso de la Cerda, a quien llamaban el Desheredado, ponía en orden una armada en la ribera de Cataluña con licencia y ayuda del rey de Aragón y por concesión del papa, que dos años antes le adjudicara las islas de Canarias, llamadas por los antiguos Afortunadas. Diole aquella conquista el sumo pontífice con título de rey, y que como tal hizo un solemne paseo en Aviñón. Púsole por condición que a aquellas gentes bárbaras hiciese predicar la fe de Cristo.

Será bien, pues esta ocasión se ofrece, decir algo del sitio, de la naturaleza y del número de estas islas, y en qué tiempo se hayan incorporado en la corona de los reyes de Castilla. Al salir de la boca del estrecho de Gibraltar en el mar Atlántico a la mano izquierda caen estas islas. Son siete en número, extendidas en hilera de levante a poniente, leste, oeste, veintisiete grados apartadas de la línea equinoccial. La mayor de estas islas llámase la Gran Canaria; de ella las demás tomaron este nombre de Canarias. El suelo de la tierra es fértil para pasto y labor, hay en ellas tan grande multitud de conejos, que se han multiplicado de los que de tierra firme se llevaron, que destruyen las viñas y los panes de suerte, que ya les pesa de haberlos llevado. En la isla que llaman del Hierro no hay otra agua de la tierra sino la que se distila y regala de las hojas de un árbol, que es un admirable secreto y variedad de la naturaleza. Es cierto que don Luis, a quien por esta navegación que quiso hacer, llamaron el infante Fortuna, nunca pasó a estas islas; si bien tuvo la conquista de ellas y la armada aprestada para irlas a conquistar, las guerras de Francia se lo estorbaron y la batalla que Filipo, rey francés, perdió por estos tiempos junto a Cresiaco.

Como cincuenta años adelante los vizcaínos y andaluces, repartida entre sí la costa, armaron una flota para pasar a estas islas con intento de hacer a los isleños guerra a fuego y a sangre, más por codicia de robarlos que por allanar la tierra. Una grande presa que trujeron de la isla de Lanzarote puso gana a los reyes de conquistarlas, sino que después, ocupados en otras cosas, se olvidaron de esta empresa. Pasados algunos años, Juan Bentacurto, de nación francés, volvió a hacer este viaje con licencia que le dio el rey de Castilla don Enrique, tercero de este nombre, con condición que, conquistadas, quedasen debajo de la protección y homenaje de los reyes de Castilla. Ganó y conquistó las cinco islas menores; no pudo ganar las otras dos por la muchedumbre y valentía de los isleños, que se lo defendió.

Envióse a estas islas un obispo llamado Mando; el obispo y Menaute, heredero de Bentacurto, no se llevaron bien; antes tenían muchas contiendas, de tal guisa, que estuvieron a punto de hacerse guerra. El francés sólo miraba por su interés; el obispo no podía sufrir que los pobres isleños fuesen maltratados y robados sin temor de Dios ni vergüenza de los hombres. El rey de Castilla, avisado de este desorden, envió allá a Pedro Barba, que se apoderó de estas islas. Éste después por cierto precio las vendió a un hombre principal llamado Peraza, y de este vinieron a poder de un tal Herrera, yerno suyo, el cual se intituló rey de Canaria. Mas como quier que no pudiese conquistar la Gran Canaria ni a Tenerife, vendió las cuatro de estas islas al rey don Fernando el Católico, y él se quedó con la una, llamada Gomera, de quien se intituló conde. El rey don Fernando, que entre los reyes de España fue el más feliz, valeroso sin par, envió diversas veces sus flotas a estas islas, y al fin las conquistó todas, y las incorporó en la corona real de Castilla.

Volvamos a lo que se ha quedado atrás. En el año de 1349 doña Leonor, hermana mayor de don Luis, rey de Sicilia, nieto que fue de Federico, y en su menor edad sucedió al rey don Pedro, su padre, casó con voluntad de su madre y en vida del rey, su hermano, con el rey de Aragón. Llevada a la ciudad de Valencia, se celebraron las bodas con gran regocijo y fiestas de todo el reino.

CAPÍTULO XV
DE LA MUERTE DEL REY DON ALFONSO DE CASTILLA

Levantáronse en este tiempo grandes revoluciones en África, causadas por Abohanen, que conforme a la condición de los moros y por codicia de reinar, atropellado el derecho paternal y no escarmentado con la muerte de su hermano, se rebeló contra su padre Albohacen, y se alzó en África con el reino de Fez, y en España se apoderó de Gibraltar y de Ronda y de todas las demás tierras que a los reyes de África en España quedaban y puso en ellas sus guarniciones de soldados. Hacía cargo a su padre que por su descuido y cobardía con grande menoscabo y mengua del nombre africano sucedieran las pérdidas y desastres pasados; decía que si a él quisiesen llevar por guía y capitán, vengaría las injurias recibidas y tomaría enmienda de aquellos daños. Con estas persuasiones el vulgo, amigo de novedades, se le arrimaba por el vicio general de la naturaleza de los hombres, y más por la liviandad y ligereza particular de los africanos, en quien más que en otras gentes reina esta inconstancia, esperaban que las cosas presentes serían más a propósito y de mayor comodidad que las pasadas. Estas revueltas de los moros parecía a los nuestros que les daban la ocasión en las manos para hacer su hecho, si no estuviera de por medio el juramento conque se obligaron de tener treguas por diez años. Sin embargo, los más prudentes juzgaban que por ser ya otro el rey diferente de aquel con quien asentaron las treguas, quedaban libres de la jura. El deseo de renovar la guerra y de conquistar a Gibraltar los acuciaba, cuya fortaleza les era un duro freno para que sus intentos no los pudiesen poner en ejecución. El cuidado de proveerse de dineros tenía al rey congojado, bien que no perdía la esperanza que el reino le ayudaría de buena gana, por estar descansado con la paz de que ya cinco años gozaba. El vehemente deseo que todos tenían de desarraigar de España a sus enemigos, velo con que muchas veces se mueve y engaña el pueblo, les animaba a servir de buena gana y ayudar estos intentos.

Publicáronse Cortes para la villa de Alcalá de Henares, llamaron a ellas muchas ciudades del reino que no solían ser llamadas. Las del Andalucía y de la Carpetania, hoy reino de Toledo, por la mayor parte solían ser libres de las cargas de la guerra como quier que hacían frontera a los moros, y de necesidad grandes gastos para defenderles la tierra. Al presente en esta ocasión, con color de honrarlos, se dejaron llevar; pretendían con grande fuerza que a imitación de los de Castilla y de León, como repartida entre todos la carga, pechasen alcabala de todas las cosas que se vendiesen. Entre las ciudades que se juntaron en estas Cortes, los procuradores de la ciudad de Toledo alegaban que debían tener el primer lugar y voto. Los de Burgos, si bien la causa era dudosa, como estaban en posesión, resistían valientemente y pretendían ser en ella amparados. Alegaban en favor de Toledo la grandeza de la ciudad, su antigüedad, su nobleza, la santidad de su famosísima iglesia, la majestad y autoridad de su arzobispo, que tiene primacía sobre todos los prelados de España, los hechos valerosos de los antepasados; demás que en tiempo de los godos era la cabeza del reino y silla de los reyes, y modernamente se le diera título de imperial. Decían asimismo parecía cosa injustísima y fuera de razón que hubiese de reconocer mayoría a ninguna ciudad aquella a quien Dios y los hombres aventajaron, y la misma naturaleza, que la puso en el corazón de España en un lugar eminentísimo, en que se dividen y reparten las aguas. Que si no le daban la autoridad y lugar que se le debía, no parecería a todos sino que la llamaron a las Cortes para hacer burla de ella y desautorizarla. Si la razón que Burgos alegaba tenía fuerza, la misma militaba por las demás ciudades del reino, y que a aquella cuenta no le quedaba a Toledo sino el postrer lugar, y aún a merced, si se le quisiesen dejar. Que tocaba a todos y era común la causa de Toledo; así la deshonra que a ella se hiciese manchaba y desautorizaba a toda España.

Los de Burgos se defendían con la preeminencia que tenían en Castilla, en que poseían el primer lugar de tiempo muy antiguo. Decían que contra esta posesión no era de importancia alegar actos ya olvidados y desusados, y que si la competencia se llevaba por vía de honra, ¿de dónde se dio

principio para restaurar la fe y avivar las esperanzas de echar los moros de España? Por esto con mucha razón era Burgos la silla y domicilio de los primeros reyes de Castilla; no era justo quitarles en la paz aquel lugar que ellos en la guerra ganaron con mucha sangre que sus antepasados derramaron. Demás que sin suficiente causa no se le podían derogar los privilegios que los reyes pasados le concedieron. Los grandes en esta competencia andaban divididos, según que tenían parentesco y amistades en alguna de las dos ciudades. Nombradamente favorecía a Toledo don Juan Manuel, y a Burgos don Juan Núñez de Lara; los unos no querían conceder ventaja a los otros. Después que se hubo bien debatido esta causa, se acordó y tomó por medio que Burgos tuviese el primer asiento y el primer voto, y que a los procuradores de Toledo se les diese un lugar apartado de los demás en frente del rey, y que Toledo fuese nombrado primero por el rey de esta manera: *«Yo hablo por Toledo y hará lo que le mandare; hable Burgos.»* Con esta industria y esta moderación se apaciguó por entonces esta contienda, traza que hasta nuestros tiempos continuadamente se ha usado y guardado; así acaece muchas veces que los debates populares se remedian con tan fáciles medios como lo son sus causas.

Dieciocho ciudades y villas son las que suelen tener voto en las Cortes, Burgos, Soría, Segovia, Ávila y Valladolid; éstas en Castilla la Vieja. Del reino de León es la primera la ciudad de León, después Salamanca, Zamora y Toro. De Castilla la Nueva Toledo, Cuenca, Guadalajara, Madrid. Del Andalucía y de los contestanos Sevilla, Granada, Córdoba, Murcia, Jaén. Entre todas estas ciudades Burgos, León, Granada, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén y Toledo por ser cabeceras de reinos tienen señalados sus asientos y sus lugares para votar conforme a la orden que están referidas. Las demás ciudades se sientan y hablan sin tener lugares señalados, sino como vienen a las juntas y Cortes. En las Cortes de Alcalá consta que se hallaron muchas más villas y ciudades, porque el rey, para ganar las voluntades de todo el reino, quiso esta honra repartirla entre muchos y tenerlos gratos con este honroso regalo. Pidióse en estas Cortes el alcabala. Al principio no se quiso conceder; las personas de más prudencia adivinaban los inconvenientes que después se podían seguir; más al cabo fue vencida la constancia de los que la contradecían, principalmente que se allanó Toledo, si bien al principio se extrañaba de conceder nuevos tributos. El deseo que tenía que se renovase la guerra y la mengua del tesoro del rey para poderla sustentarla hizo consentir con las demás ciudades.

Concluido esto, de común acuerdo de todos con increíble alegría se decretó la guerra contra los moros, y para ella en todo el reino se hizo mucha gente y se proveyeron armas, lanzas, caballos, bastimentos, dineros y todo lo al necesario. Juntado el ejército, fueron al Andalucía, asentaron sus reales sobre Gibraltar, cercáronla con grandes fosos y trincheras y muchas máquinas que levantaron. La villa se hallaba bien apercibida para todo lo que le pudiese acaecer; tenía hechas nuevas defensas y fortificaciones, muy altas murallas con sus torres, saeteras, traviesas, troneras a la manera que entonces usaban, muchos y buenos soldados de guarnición, que a la fama del cerco vinieron muchos moros de África. Puesto el cerco, se quemaron y derribaron muchas casas de placer, y se talaron y destruyeron muy deleitosas huertas y arboledas que estaban en el contorno de la ciudad, por ver si los moros mudaban parecer y se rendían por excusar el daño que recibían en sus haciendas y heredades. Batieron los muros con las máquinas militares. Los moros se defendían con grande esfuerzo, con piedras, fuego y armas que arrojaban sobre los contrarios. Todavía les dieron tal prisa, que los moros comenzaron poco a poco a desmayar y a perder la esperanza de poder sufrir el cerco ni defender el pueblo; no esperaban ser socorridos por las alteraciones que todavía continuaban en África. Los que más desfallecían eran los ciudadanos con temor que si el pueblo se tomase por fuerza, por ventura no les querrían dar ningún partido ni perdonarlos; mas los soldados que tenían en su defensa no tenían tanto cuidado de lo que podría después suceder. Gastábase el tiempo y el cerco se alargaba.

En esto ciertos embajadores, que el rey de Castilla antes enviara al rey de Aragón para rogarle que le ayudase en esta guerra e hiciese paces con él, vinieron a sus reales, y en su compañía Bernar-

do de Cabrera, que en aquellos tiempos era tenido por varón sabio y grave; por esta causa el rey de Aragón le sacó de su casa, en que con deseo de descansar se retirara, para la administración de los negocios públicos. Así, por su consejo principalmente gobernaba el reino, por donde de necesidad de muchos era envidiado. Con su venida, que fue en 29 de agosto, se hizo paz y alianza entre los reyes con estas capitulaciones: que la reina doña Leonor y sus hijos hubiesen pacífica y enteramente todo aquello que el rey, su marido y padre, les mandó por su testamento; el rey de Castilla, cumplido esto, no les daría ningún favor ni ayuda para que levantasen nuevas revueltas en Aragón. Hecha la paz, envió el rey de Aragón cuatrocientos ballesteros con diez galeras, cuyo capitán era Raimundo Villano.

Doña Juana, reina de Navarra, que después de la muerte de su marido se quedó en Francia y vivió por espacio de cinco años, murió en la villa de Conflans, puesta a la junta de los ríos Oise y Sejuana, en 6 de octubre; enterráronla en el monasterio de San Dionisio junto al sepulcro de su padre el rey Luis Hutin. Fue esta señora de santísimas costumbres y dichosa en tener muchos hijos. Dejó por sucesor del reino a Carlos, su hijo, de edad de diecisiete años. Quedáronle otros dos menores, don Filipo y don Luis, el que hubo después en dote el estado y señorío de Durazo; tuvo otrosí estas hijas, las infantas Juana, María, Blanca y doña Inés, que con el tiempo casaron con grandes príncipes; la mayor con el señor de Ruan, la segunda con el rey de Aragón, y con la tercera en el postrer matrimonio se casó Filipo de Valois, rey de Francia; la menor de todas fue casada con el conde de Foix. En esta sazón era virrey de Navarra un caballero francés llamado mosen Juan de Conflens.

Volvamos al cerco de Gibraltar. Los nuestros estaban con esperanza de entrar el pueblo, sino que las grandes fortificaciones y reparos que habían hecho los de dentro, la fortaleza de los muros les impedía que no le tomasen. Los moros de Granada daban muchos rebatos en los reales, y paraban celadas a los nuestros, y cautivaban a los que se desmandaban del ejército. Salían muchas veces los soldados de la ciudad a pelear, y hacíanse muchas escaramuzas y zalagardas. El cerco le tenían en este estado, cuando una grande peste y mortandad que dio en el real de los fieles desbarató todos sus diseños; morían cada día muchos, y faltaban; con esto la alegría, que antes solían tener en los reales, toda se convirtió en tristeza y lloro y descontento; tan grande es la inconstancia de las cosas. Don Juan de Lara y don Hernando Manuel, que por muerte de su padre era señor de Villena, eran de parecer y instaban que se levantase el cerco y se fuesen, ca decían no ser la voluntad de Dios que se tomase aquella villa, y que por ser en mal tiempo del año el perseverar en el cerco sería yerro perniciosísimo y mortal, especialmente que al cabo la necesidad los forzaría a que se fuesen, que era locura estarse allí con la muerte al ojo, sin ninguna esperanza de hacer cosa de provecho.

Movíanle algo estas razones al rey; mas con el deseo que tenía de salir con la demanda y ganar la villa que en su tiempo se perdiera, y con la esperanza que tenía concebida y el ánimo grande por los buenos sucesos pasados, se animaba y proseguía el cerco. Decía que los valerosos y de grande corazón peleaban contra la fortuna y alcanzaban lo que pretendían, y los cobardes con el miedo perdían las buenas esperanzas; que pues la muerte no se excusa, ¿dónde mejor podía acabar que en este trance y pretensión un hombre criado desde niño en la guerra? Y ¿en qué empresa mejor podía hallar la muerte a un rey cristiano que cuando procuraba ampliar y defender nuestra santa fe y católica religión? Esta constancia o pertinacia del rey fue mala, dañosa y desastrada. Alcanzóle la mala contagion; dióle una landre, de que murió en 26 de marzo del año de 1350, el primero en que por constitución del papa Clemente se ganó el jubileo de cincuenta en cincuenta años, que de antes se mandó ganar de ciento en ciento.

Fue asimismo señalado este año por la muerte de Felipe, rey de Francia. Sucedióle su hijo Juan, rey de sublime y generoso corazón, sin doblez ni alguna viciosa disimulación, tales eran sus virtudes; los grandes infortunios que a él y a su reino acontecieron le hicieron de los más memorables. Este fin tuvo don Alfonso, rey de Castilla, undécimo de este nombre, muy fuera de sazón y an-

tes de tiempo, a los treinta y ocho años de su edad; si alcanzara más larga vida desarraigara de España las reliquias que en ella quedaban de los moros. Pudiérase igualar con los más señalados príncipes del mundo, así en la grandeza de sus hazañas como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillara las demás virtudes y las oscureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La afición que tenía a la justicia y su celo, o las veces demasiado, le dio acerca del pueblo el renombre que tuvo de Justiciero. Por la muerte del rey su gente se alzó a la hora del cerco. Llevaron su cuerpo a Sevilla, y allí le enterraron en la capilla real. En tiempo del rey don Enrique, su hijo, le trasladaron a Córdoba, según que él mismo lo dejó mandado en su testamento. Los moros, dado que los tenía él cercados, reverenciaban y alababan la virtud del muerto en tanto grado, que decían no quedar en el mundo otro semejante en valor, y las demás virtudes que pertenecen a un gran príncipe, y como quier que tenían a gran dicha verse libres del aprieto en que los tenía puestos, no acometieron a los que se partían ni les quisieron hacer algún estorbo ni enojo.

En este cerco no se halló el arzobispo don Gil de Albornoz, por ventura por estar ausente de España; por lo menos se halla que al fin de este año a 18 de diciembre le creó cardenal el papa Clemente, que tenía bien conocidas sus partes desde el tiempo que fue a Francia a solicitar el subsidio ya dicho. Lorenzo de Padilla dice que ésta fue la causa de renunciar el arzobispado por ser a la verdad incompatibles entonces aquellas dos dignidades, y que en su lugar fue puesto don Gonzalo el Cuarto, deudo suyo, de la casa, apellido y nombre de los Carrillos. Otros quieren que el sucesor de don Gil se llamó don Gonzalo de Aguilar, obispo que fue primero de Cuenca. A la verdad, como quier que se llamase, su pontificado fue breve, ca gobernó la iglesia de Toledo como tres años, y no más; fue prelado de prendas y de valor.

CAPÍTULO XVI
CÓMO MATARON A DOÑA LEONOR DE GUZMÁN

Siguiéronse en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos, crueles y sangrientas guerras, engaños, traiciones, destierros, muertes sin número y sin cuento, muchos grandes señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningún cuidado de las cosas sagradas ni profanas; todos estos desórdenes, si por culpa del nuevo rey, si de los grandes, no se averigua. La común opinión carga al rey, tanto que el vulgo le dio nombre de Cruel. Buenos autores, gran parte de estos desórdenes la atribuyen a la destemplanza de los grandes, que en todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguían su apetito, codicia y ambición tan desenfrenada, que obligó al rey a no dejar sus excesos sin castigo. La piedad y mansedumbre de los príncipes, no solamente depende de su condición y costumbres, sino asimismo de las de los súbditos. Con sufrir y complacer a los que mandan, a las veces ellos se moderan y se hacen tolerables; verdad es que la virtud, si es desdichada, suele ser tenida por viciosa. A los reyes al tanto conviene usar a sus tiempos de clemencia con los culpados, y les es necesario disimular y conformarse con el tiempo para no ponerse en necesidad de experimentar con su daño cuán grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al rey don Pedro. ¿De qué aprovecha querer sanar de repente lo que en largo tiempo enfermó? ¿Ablandar lo que está con la vejez endurecido, sin ninguna esperanza de provecho y con peligro cierto del daño? Las cosas pasadas, dirá alguno, mejor se pueden reprender que enmendar ni corregir; es así, pero también las reprensiones de los males pasados deben servir de avisos a los que después de nos vendrán, para que sepan regir y gobernar su vida.

Mas antes que se venga a contar cosas tan grandes, será necesario decir primero en qué estado se hallaba la república, qué condiciones, qué costumbres, qué restaba en el reino sano y entero, qué enfermo y desconcertado. Luego que murió el rey don Alonso, su hijo don Pedro, habido en su legítima mujer, como era razón, fue en los mismos reales apellidado por rey, si bien no tenía más de quince años y siete meses, y estaba ausente en Sevilla, do se quedó con su madre. Su edad no era a propósito para cuidados tan graves; su natural mostraba capacidad de cualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado; Veíanse en él, finalmente, muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo; su cuerpo no se rendía con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podía ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero. Entre estas virtudes se veían no menores vicios, que entonces asomaban y con la edad fueron mayores, tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oír soberbiamente, dar audiencia con dificultad, no solamente a los extraños, sino a los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad; con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolución en la lujuria y la aspereza de condición y costumbres. Estas faltas y defectos, que tenía de su mala inclinación natural, se le aumentaron por ser mal doctrinado de don Juan Alonso de Alburquerque, a quien su padre cuando pequeño se lo dio por ayo para que le impusiese y enseñase buenas costumbres. Hace sospechar esto la grande privanza que con él tuvo después que fue rey, tanto, que en todas las cosas era el que tenía mayor autoridad, no sin envidia y murmuración de los demás nobles, que decían pretendía acrecentar su hacienda con el daño público y común, que es la más dañosa pestilencia que hallarse puede.

Tenía el nuevo rey estos hermanos, hijos de doña Leonor de Guzmán: don Enrique, conde de Trastámara; don Fadrique, maestre de Santiago; don Fernando, señor de Ledesma, y don Tello, señor de Aguilar. Demás de estos tenía otros hermanos: doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Felipe de Castro, don Sancho, don Juan y don Pedro, porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aún pequeños. Sus hermanos no se confiaban de la voluntad del rey, ca temían se acordaría de los enojos pasados, en especial que la reina doña María era la que mandaba al hijo y la que atizaba todos estos disgustos. Doña Leonor de Guzmán, que se veía caída de un tan

grande estado y poder (nunca la mala felicidad es duradera), hacíala temer su mala conciencia, y recelábase de la reina viuda. Partió de los reales con el acompañamiento del cuerpo del rey difunto; más en el camino, mudada de voluntad, se fue a meter en Medina Sidonia, pueblo suyo y muy fuerte. Allí estuvo mucho tiempo dudosa y en deliberación si aseguraría su vida con la fortaleza de aquel lugar, si confiaría sus cosas y su persona de la fidelidad y nobleza del nuevo rey. Comunicado este negocio con sus parientes y amigos, le pareció que podría más acerca del nuevo rey la memoria y reverencia de su padre difunto y el respeto de sus hermanos que las quejas de su madre; por esto no se puso en defensa, en especial que era fuerza hacer de la necesidad virtud, a causa que Alonso de Alburquerque amenazaba si otra cosa intentaba, que usaría de violencia y armas. Tomado este acuerdo, ella se fue a Sevilla; sus hijos don Enrique y don Fadrique y los hermanos Ponces y don Pedro, señor de Marchena, don Hernando, maestre de Alcántara, todos grandes personajes, y Alonso de Guzmán y otros parientes y allegados, unos se fueron a Algeciras, otros a otras fortalezas y castillos para no dar lugar a que sus enemigos les pudiesen hacer ningún agravio, y poder ellos defenderse con las armas y vengar las demasías que les hiciesen.

El atrevido ánimo del rey, la saña e indignación mujeril de su madre no se rindieron al temor, antes aún no eran bien acabadas las exequias del rey, cuando ya doña Leonor de Guzmán estaba presa en Sevilla. La ira de Dios, que al que una vez coge debajo le destruye, permitía que las cosas se pusiesen en tan peligroso estado. Su hijo don Enrique, echado de Algeciras, como debajo de seguro se fuese al rey, comunicado el negocio con su madre, dio prisa a casarse con doña Juana, hermana de don Fernando Manuel, señor de Villena, que antes se la tenían prometida. Concluyó de presente estas bodas para tener nuevos reparos contra la potencia del rey y crueldad de la reina.

Sucedió que el rey enfermó en Sevilla de una gravísima dolencia, de que estuvo desahuciado de los médicos; llegábase el fin del reino apenas comenzado. Concebíanse ya nuevas esperanzas, y como en semejantes ocasiones suele acaecer, el vulgo y los grandes nombraban muchos sucesores, unos a don Fernando, marqués de Tortosa, otros a don Juan de Lara o a don Fernando Manuel, que eran los más ilustres de España y todos de la sangre real de Castilla; de don Enrique, conde de Trastámara, y de sus hermanos aún no se hacía mención alguna. Desde a pocos días el rey mejoró de su enfermedad, con que cesaron estas pláticas de la sucesión, de las cuales ningún otro fruto se sacó más de que el rey supiese las voluntades del pueblo y de los nobles, de que resultaron nuevas quejas y mortales odios, ca por la mayor parte son odiosos a los príncipes aquellos que están más cercanos para les suceder. Enojado pues de esto don Juan de Lara y no pudiendo sufrir que don Alonso de Alburquerque gobernase el reino a su voluntad, se partió de Sevilla y se fue a Castilla la Vieja con ánimo de levantar la tierra; lo que podía él bien hacer por tener en aquella provincia grande señorío. Andaban ya estos enojos para venir en rompimiento cuando los atajó la muerte, que brevemente sobrevino en Burgos a don Juan de Lara en 28 de noviembre; su cuerpo sepultaron en la misma ciudad en el monasterio del señor San Pablo, de la orden de los Predicadores; dejó de dos años a su hijo don Nuño de Lara. Murió casi juntamente con él su cuñado don Fernando Manuel, y quedó de él una hija llamada doña Blanca. Dio mucho contento la muerte de estos señores a don Alonso de Alburquerque, que deseaba acrecentar su poder con los infortunios de los otros, y quitados de por medio sus émulos, pensaba a sus solas reinar, y en nombre del rey gozarse él del reino sin ningún otro cuidado.

Sabidas por el rey estas muertes, partió de Sevilla, por estar cierto que se podría con la presteza apoderar de sus estados. No fue este camino sin sangre, antes en muchos lugares dejó rastros y demostraciones de una condición áspera y cruel. Vino su hermano don Fadrique a la villa de Ellerena, do el rey había llegado; recibióle con buen semblante; más por lo que sucedió después se echó de ver que tenía otro en su pecho, y que su rostro y palabras eran dobladas y engañosas. Mandó en el mismo tiempo a Alonso de Olmedo que matase a su madre doña Leonor de Guzmán en Talavera, villa del reino de Toledo, donde la tenían presa; que fue un mal anuncio del nuevo reinado, cuyos

principios eran tan desbaratados. En un delito ¡cuántos y cuan graves pecados se encierran! ¿Qué le valió el favor pasado? ¿De qué provecho le fue un rey tan amigo? ¿De qué tanta muchedumbre de hijos? Todo lo desbarató la condición fiera y atroz del nuevo rey; bien que por su poca edad, toda la culpa y odio de esta cruel maldad cargó sobre la reina, su madre, que se quiso vengar del largo enojo y pesar del amancebamiento del rey con la muerte de su combleza. Dende este tiempo, porque esta villa era del señorío de la reina, se llamó vulgarmente Talavera de la reina.

En Burgos, dentro del palacio real, sin que le pudiesen defender los que le acompañaban, ca los prendieron, por mandado del rey fue preso y muerto Garci Laso de la Vega. El mayor cargo y delito gravísimo era la afición que tenía a don Juan de Lara. Era Garci Laso adelantado de Castilla; sucedióle en este cargo Garci Manrique. Consultóse cómo el rey habría en su poder al niño don Nuño de Lara, señor de Vizcaya. Previnolo doña Mencía, una principal señora que le tenía en guarda, que le escapó de la ira y avaricia del rey, ca huyó con él a Vizcaya con esperanza de poder resistirle con la fidelidad de los vizcaínos. La resolución del rey era tan grande, que fue en su seguimiento y estuvo muy cerca de cogerlos; y como quier que en fin no los pudiese alcanzar, se determinó de apoderarse con las armas de todo su señorío, que fue más fácil por la muerte del niño, que avino dentro de pocos días, y con apoderarse de doña Juana y doña Isabel, sus hermanas; con esto incorporó en la corona real a Vizcaya, Lerma, Lara y otras villas y castillos.

Esto pasaba en el año de nuestra salvación de 1351, cuando en Aragón todo era fiestas, regocijos y parabienes por el nacimiento del infante don Juan, con que fenecieron todas las contiendas que resultaran sobre aquella sucesión, que mucho tiempo trabajaron aquel reino. Encargó el rey de Aragón la crianza de su hijo y le dio por ayo a Bernardo de Cabrera, varón de conocida virtud y prudencia. Dio otrosí luego el rey al infante el estado de Gerona con título de duque. De aquí tuvo origen lo que después quedó por costumbre, que al hijo mayor de los reyes de Aragón se le diese este título y este estado, a imitación de los reyes de Francia, a quien pocos años antes Humberto, delfín, vendió por cierto precio su delfinado, debajo de condición que los hijos mayores de los reyes de Francia le poseyesen con título de delfines y trujesen las armas de aquel estado. Y él, con raro ejemplo de santidad, tomado el hábito de los predicadores, trocó el señorío temporal por el estado monástico, y la vida de príncipe por otra mejor y más bienaventurada.

Los reyes de Castilla y de Aragón en un mismo tiempo procuraban cada cual aliarse con el rey Carlos de Navarra, que el año antes se coronó en la ciudad de Pamplona. Pensaban que el que primero se confederase con él y le tuviese de su parte esforzaba y aventajaba su partido. Los que mejor sentían de las cosas tenían por cierto que amenazaban de muy cerca grandes tempestades y revoluciones de guerra, y que era acertado prevenirse. En particular don Fernando, marqués de Tortosa, buscaba ayudas y hacía muchos apercibimientos de guerra para acometer la frontera de Aragón. Parecióle al navarro de entretener los dos reyes con buenas esperanzas y muestras de amistad con entrambos, dado que por ruego del rey de Castilla vino a Burgos con su hermano don Felipe a verse con él. Entre estos reyes mozos hubo contienda de gala, liberalidad y cortesía. La conformidad de la edad y semejanza de condiciones los hizo muy amigos. A la verdad a este rey Carlos unos le llamaron el Malo, y otros le dieron renombre de Cruel. La ocasión, que en el principio de su reinado castigó con más rigor del que era justo un alboroto popular que se levantó en su reino. Como fueron los principios, tales los medios y los remates; los excesos de los príncipes castiga la libertad de la lengua, de que no pueden ellos enseñorearse como de los cuerpos.

Gastados algunos días en Burgos en fiestas, juegos y banquetes, que era lo que pedía la edad de los reyes, el de Castilla se fue a Valladolid para tener Cortes en aquella villa, y el rey Carlos se volvió a Pamplona. De allí, dado que hubo orden en las cosas, con deseo de tornarse a Francia, su natural y patria, se fue primero a Momblanco, pueblo de Aragón, por hacer placer al rey de Aragón en verle, ca deseaba mucho que se hablasen. Platicáronse asimismo dos matrimonios, uno del rey Carlos con la hermana del rey de Sicilia; otro de doña Blanca, viuda de Filipo, rey de Francia, y her-

mana del mismo Carlos, con el rey de Castilla. Excusóse él de entrambos; decía ser costumbre de Francia que no se casasen segunda vez las reinas viudas, aunque quedasen mozas, y que él aún no tenía años y edad para tomar mujer. Esto era lo público; de secreto pretendía y esperaba casar con Juana, hija del rey de Francia, partido que venía mejor a las cosas de Navarra por la grandeza del señorío, no inferior al de un rey, que de su herencia paterna este príncipe tenía en el reino de Francia.

CAPÍTULO XVII
DEL CASAMIENTO DEL REY DON PEDRO

En las Cortes de Valladolid se trataron, entre otras cosas de menor importancia, dos graves y de mucho momento. En Castilla la Vieja algunos pueblos tenían costumbre de tiempo inmemorial de a su voluntad mudar los señores que quisiesen; unos de ellos podían elegir señor entre toda la gente al que les pareciese les venía más a cuento; otros pueblos le escogían de un particular y señalado linaje; los unos y los otros por esta razón se decían behetrías, que parece behetría quiere decir buena compañía y hermandad, de *Hetaeria*, que en griego quiere decir compañía, y es como decir gobierno popular, con igualdad y como entre hermanos; por donde las cosas en ellos andaban muy revueltas y confusas, de que se tomaba una disoluta licencia para que se cometiesen grandes maldades. Alonso de Alburquerque procuró con todas sus fuerzas que el rey diese a estos pueblos ciertos señores, y les quitase la libertad de poderlos ellos nombrar; cosa que él deseaba o por el bien público o por su particular interés, que como era de los grandes el más favorecido del rey, tenía esperanza que le haría merced de la mayor parte de aquellos pueblos. Contradecían esto Juan de Sandoval y otros ricos hombres y principales que en aquella tierra tenían su naturaleza y otros respetos e intereses particulares. Decían que era gran sinrazón quitar a estos pueblos la libertad que de sus antepasados tenían heredada; en fin, estos intentos no tuvieron efecto.

Tratóse luego de casar al rey; don Vasco, obispo de Palencia, chanciller mayor del rey, y don Alonso de Alburquerque persuadieron a su madre la reina que le quisiese casar en Francia y que esto fuese luego; que a los mancebos ninguna cosa les para mayor peligro que los propios gustos y deleites de que están rodeados; demás que también importaba mucho que el rey se casase porque tuviese hijos que le sucediesen en el reino. Para este efecto don Juan de Roelas, obispo de Burgos, y Alvar García de Albornoz, caballero de Cuenca, se partieron por embajadores a Francia, para que de seis hijas que tenía Pedro, duque de Borbón, poderoso y nobilísimo príncipe de la sangre real de Francia, pidiesen una de ellas, la que les pareciese que era la más a propósito y más digna de ser mujer del rey. Vino en ello el duque, su padre, mostróles las hijas, escogieron a doña Blanca, con quien luego por poderes del rey se hicieron los desposorios. Parecía esta señora dichosa por las raras dotes de alma y cuerpo con que el cielo y naturaleza a porfía la enriquecieron y adornaron; pero fue desdichada con este matrimonio, que era lo que se esperaba sería el colmo de su felicidad. Así la fortuna o alguna causa oculta se burla de las humanas esperanzas y hace juego de nos y de todo aquello que estimamos.

Don Enrique, conde de Trastámara, de las Asturias, donde se huyó después de las muertes de su madre y de Garci Laso, se pasó a Portugal, desconfiado de la voluntad del rey y por no ser tan poderoso que le pudiese resistir. El rey de Portugal, movido de lástima de don Enrique y con miedo del peligro que corría el rey don Pedro por el odio y enojo que el reino con él tenía, parecíale que le tocaba a él mirar por su persona, pues era su nieto, hijo de su hija; rogóle se viesen en Ciudad Rodrigo. En aquellas vistas alcanzó de él que restituyese y perdonase a don Enrique. En tanta confusión y diversidad de voluntades y tantos enojos no era posible que hubiese quietud, ni las cosas podían estar sosegadas.

En el principio del año de 1352 se empezaron a mover discordias civiles en el Andalucía y en las Asturias y en tierra de Murcia. Don Alonso Fernández Coronel, muy rico y de grande autoridad entre los ricos hombres del Andalucía, poseía a Aguilar por merced del rey, sobre el cual pueblo tuvo antes mucho tiempo pleito con Bernardo de Cabrera. Recelábase del rey, porque cuando estuvo enfermo en Sevilla se dejó decir que le debía suceder en el reino don Juan de Lara, cosa de que el rey tomó con él grande enojo. Confiado pues este caballero en la fortaleza de su villa de Aguilar, fortificó y basteció las otras villas y castillos de su estado y procuró de aliarse con muchos grandes. Hizo gente de guerra y pidió a algunos príncipes de fuera del reino que le ayudasen, en particular

para este efecto envió a tierra de moros a su yerno don Juan de la Cerda, hijo de don Luis. No le quiso favorecer el rey de Granada por las treguas que tenía con el rey de Castilla; tampoco en África halló amparo alguno, antes se dice que le ayudó y sirvió a Abohanen en una memorable batalla en que fueron quebrantadas las fuerzas de su padre Albohacen. De allí se volvió a Portugal, do anduvo huido y desterrado, puesta la esperanza de recobrar su patria en sola la clemencia y misericordia ajena. Su mujer doña María Coronel, por no poder sufrir la ausencia del marido, quiso más perder la vida que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos; así, fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada; mujer digna de mejor siglo y digna de loa, no por el hecho, sino por el deseo invencible de castidad.

En el entretanto el rey de Castilla acudió a los movimientos y alteración del Andalucía. Tomó muchas villas a don Alonso Coronel. Trataba y daba orden de cercar la villa de Aguilar, cuando juntamente tuvo aviso que don Enrique, confiado en la fortaleza de Gijón, levantaba bandera en las Asturias y se apercibía de armas, y que su hermano don Tello, desde Montagudo, en la raya de Aragón hacía muchos robos en sus tierras. El rey, dejada la Andalucía, se partió a las Asturias, porque los movimientos de aquella provincia eran más peligrosos. Llegado el rey, luego se rindieron los que tenían la fortaleza de Gijón a partido que el rey los perdonase a ellos y a don Enrique, que andaba escondido en las montañas comarcanas.

En esta jornada quedó prendado el rey de la hermosura grande y apostura de doña María de Padilla, doncella que se criaba en la casa de don Alonso de Alburquerque. Comenzó esta comunicación y favores en la villa de Sahagún, olvidado de su esposa y loco con estos nuevos amores, de donde resultó la total destrucción del rey y del reino; fue el medianero e intercesor de estos deshonestos y desdichados conciertos Juan de Hinestrosa, tío de la dama. Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos y ayudarle a conseguir sus deleites deshonestos sin ningún respeto de lo honesto ni miedo de los hombres; en gravísimo perjuicio de la república granjeaban el favor y privanza del rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera de él todo crueldad, a la cual todos los demás vicios del rey reconocían y daban la ventaja.

Revolvió el rey con las armas contra Montagudo y le tomó con otros pueblos a él cercanos, ca don Tello los había desamparado y huídose a Aragón. Los reyes de Castilla y de Aragón, convidados con la cercanía de los lugares, acordaron de tratar de concordarse entre sí; no se vieron, pero enviáronse sus embajadas, y al fin se juntaron en tierra de Tarazona don Alonso de Alburquerque y Bernardo de Cabrera; allí concluyeron las paces, según que a ellos mejor les pareció. Concertóse que los reyes tuviesen los mismos por amigos y enemigos, que perdonasen a trueco, el uno a don Tello, y el otro a don Fernando de Aragón.

Concluidas estas cosas tornó el rey a la Andalucía y cercó la villa de Aguilar; los cercados, con grande lealtad, sufrieron cuatro meses el cerco hasta el mes de febrero del año de 1353, en que se tomó la villa por fuerza. Oía misa don Alonso Coronel, cuando le dijeron que se entraba la villa; no dejó por tanto de oírla hasta que fue la sagrada hostia consumida; estaba cierto de su muerte y sin ninguna esperanza de ser perdonado. Prendiéronle dentro de una torre en que se entró para defenderse. Fue castigado con las penas que se dan por las leyes a aquellos que han ofendido a la majestad real. Lo mismo avino a cinco compañeros suyos, hombres principales que con él hallaron. La villa mandó el rey desmantelar; así, derribados los muros, dio perdón al pueblo.

En el mismo mes de febrero a los 25 falleció don Gonzalo de Aguilar, arzobispo de Toledo, dicen en Sigüenza, y que allí yace sepultado. Las revueltas de Castilla, que ya comenzaban, por ventura tenían al arzobispo don Gonzalo fuera de su iglesia, donde murió. Sucedióle sin duda don Vasco o Blas, que el mismo es, que fue deán de Toledo, y a la sazón era obispo de Palencia y chanciller del rey; su padre Fernán Gómez, camarero del rey don Fernando el Emplazado y hermano de don Gutierre el Segundo, prelado de Toledo.

Partióse el rey de Aguilar para Córdoba en sazón que doña María de Padilla le parió a su hija doña Beatriz. De allí se vino al reino de Toledo. En Torrijos, que es una villa que está cinco leguas de Toledo, en un torneo que se hizo en las alegrías por las habidas victorias y nacimiento de la hija, fue herido el rey en una mano, de que estuvo en grande peligro de la vida a causa que con ningunos beneficios ni diligencia los cirujanos le podían restañar la sangre. A esta villa vino don Juan Alonso de Alburquerque de una embajada en que fue al rey de Portugal; y por su consejo se vino con él don Juan de la Cerda, a quien el rey recibió en su gracia con palabras amorosas; mas no se pudo alcanzar de él que le quisiese restituir los pueblos que tomó a su suegro, que ya comenzaba a señorear en él no la razón y equidad, sino el rigor, la fuerza, el antojo y apetito. Daba por excusa que de la mayor parte tenía hecha merced a su hija, como si ya la recién nacida tuviera necesidad de dote para casarse y de estado con que sustentarse.

Por este mismo tiempo doña Blanca de Borbón llegó a Valladolid, acompañada del vizconde de Narbona y del maestre de Santiago don Fadrique, que la salió a recibir; don Alonso de Alburquerque quería que se hiciesen luego las bodas. Era a la sazón el que lo mandaba todo con autoridad y señorío tan grande, que a las veces decía al rey palabras pesadas. Pesábale, y con razón temía que los deudos de doña María de Padilla viniesen a ser los más íntimos y privados del rey, por esto le quería casar. Mas como se hallaba enlazado en los amores de doña María no podía sufrir que le necesitasen a obedecer, especialmente que con los años se hacía más fiero e indomable, ni ya don Alonso de Alburquerque podía tanto con él y privaba menos. Los ministros y consejeros muy privados suelen ser pesados a sus señores, mayormente si ellos se adelantan en la privanza o los señores se mudan de voluntad. De aquí tuvo principio su caída con menor sentimiento y lástima del pueblo, en cuanto todos creían que él fuera el principio, por la mala crianza del rey, de todos los desórdenes pasados.

Celebráronse todavía las bodas en 3 de junio con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serían desgraciadas; así lo sospechaba la gente. Fueron los padrinos don Alonso de Alburquerque y la reina de Aragón doña Leonor; halláronse presentes en la fiesta don Enrique y don Tello, hermanos del rey, don Fernando y don Juan, infantes de Aragón, don Juan Núñez, maestre de Calatrava, don Juan de la Cerda y otros ricos hombres.

Por estos mismos días en Francia se celebraron otras bodas más dichosas que las nuestras, por los muchos hijos que de ellas procedieron y el grande amor que hubo entre don Carlos, rey de Navarra, y su esposa madama Juana, hija mayor del rey de Francia. De este matrimonio tuvieron tres hijos, que fueron Carlos, Felipe y Pedro (don Felipe murió en sus primeros años); otras tres hijas María, Blanca y Juana. Blanca falleció de edad de trece años; sus hermanas casaron con grandes príncipes. De otra señora le nació antes de esto al rey Carlos otro hijo llamado León, de quien descienden en Navarra los marqueses de Cortes. De don Pedro, hijo legítimo del mismo rey, se precian venir por línea femenina los marqueses de Falces, casa asimismo principal de Navarra.

CAPÍTULO XVIII
QUE EL REY DE CASTILLA DEJÓ A LA REINA DOÑA BLANCA

Aun no eran bien acabadas las fiestas de las bodas, cuando ya al rey de Castilla daba en rostro la novia, y no la podía ver por estar embebecido y loco con los amores de doña María de Padilla, no más hermosa que la reina, y de linaje, aunque noble, humilde, si se compara con la excelencia real. Dende a dos días el rey aderezó su partida para el castillo de Montalbán, que es una fortaleza sentada a la ribera del río Tajo, donde dejó a su amiga, que antes era ya combleza. La reina, su madre, y su tía la reina doña Leonor, avisadas de lo que el rey quería hacer, le hablaron en secreto y con muchas lágrimas le rogaron y conjuraron por Dios y por sus santos que no fuese a despeñarse y a perder y destruir temerariamente su persona, fama, reino y todas sus cosas; que mirase lo que se diría en el mundo; que sería causa de que Francia le hiciese guerra, porque no sufriría tan grande agravio y mengua. Además, que daría ocasión para que los suyos se revolviesen, pues los estados se sustentan más que con otra cosa con la buena fama y opinión, y que contra aquellos que no están bien con Dios y los deja de su mano, se conjuran y hacen a una los hombres y todos los males e infortunios del mundo. Que tuviese lástima y le moviesen las lágrimas de su esposa, y no trocase su amor por una torpe deshonestidad, no viniese de esta maldad a caer en su total destrucción. No se movió el rey por cosa que le dijesen, antes negó tener tal intento; pero luego hizo traer de secreto los caballos y se fue sin hablar a nadie.

Don Enrique y don Tello y los infantes de Aragón fueron tras él, que muchos de los grandes daban en acomodarse con el tiempo y en lisonjear y saborear el gusto del rey, un pésimo género de servicio. Sólo uno, que era don Gil de Albornoz, cardenal y antes arzobispo de Toledo, como el que era en todo muy señalado, no dejaba de amonestarle lo que le convenía y de palabra y por cartas le reprendía; ocasión y principio de serle pesado y odioso. Cuanto las causas de aborrecerle eran más injustas, tanto era el odio mayor. Antes de este tiempo con color que tenía en su tierra ciertos negocios tocantes a su casa, alcanzada licencia, se retiró a Cuenca. De allí pasó a Francia, do los papas residían, ca tenía por mejor vivir desterrado que traer la vida al tablero por estar el rey enojado, en especial que tres años antes, como ya se dijo, fuera creado cardenal por Clemente VI. Sucedió a Clemente Inocencio el año pasado, el cual con este prelado consultaba todos los negocios.

El rey y doña María de Padilla desde Montalbán se fueron a Toledo. En Valladolid se consultó de hacerle volver por fuerza; no se le encubrió este trato al rey. Indignóse grandemente contra don Juan Alonso de Alburquerque, que fue el que movió esta plática, en tanto grado, que para aplacarle le fue necesario darle en rehenes un hijo suyo llamado Gil; en fin, con grandísimos ruegos de los grandes se alcanzó que quisiese volver a Valladolid a ver la reina, pero no estuvo con ella sino solos dos días; tan desasosegado le traía y tan loco el amor deshonesto. Fue fama que le hechizaron con una cinta, sobre la cual un judío hizo tales conjuros, que le parecía al rey que era una grande culebra. Algunos tuvieron sospecha temeraria y desvergonzada que el rey no sin causa se apartó tan repentinamente de su mujer doña Blanca, sino porque halló cierta traición de su hermano don Fadrique, padre de don Enrique, a quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada doña Paloma, tronco de quien desciende la casa y familia de los Enríquez, inserta en la casa real de Castilla. Cosas que no me parecen verosímiles, antes creo que después que un deshonesto amor se apodera del corazón y entrañas de un hombre aficionado, no hay que buscar otros hechizos ni causas para que parezca que un hombre está loco y fuera de juicio.

De Valladolid se fue el rey a Olmedo, villa de aquella comarca, y por su mandado vino allí de Toledo doña María de Padilla, sin que más el rey tuviese memoria ni lástima de la reina, su mujer. Don Alonso de Alburquerque algunos días se recogió en ciertas villas fuertes de su estado; después por miedo que el rey no le hiciese fuerza se pasó a Portugal. Parecióle que no se podía nada fiar de la fe y palabra de quien tenía en poco la santidad del matrimonio y la religión del sacramento.

Don Fadrique, maestre de Santiago, había estado mal con el rey desde que hizo matar a su madre. Ahora, vuelto a su amistad, se vino a Cuéllar, do entonces la corte estaba. Con su hermano don Tello se casó en Segovia doña Juana, hija mayor de don Juan de Lara. Llevó en dote el señorío de Vizcaya; favorecieron a este casamiento los deudos de doña María de Padilla, con intento de hacerse amigos y tener obligados los hermanos del rey, que ya estaban mal con don Alonso de Alburquerque.

La reina doña Blanca residía en Medina del Campo en compañía de la reina, su suegra; pasaba la vida más de viuda que de casada con algunos honestos entretenimientos. De allí por mandado del rey fue llevada a Arévalo, con orden que no la dejasen hablar con su suegra ni con ninguno de los grandes. Pusieron por guardas de la que no pretendía huir a don Pedro Gudiel, obispo de Segovia, y a Tello Palomeque, caballero de Toledo. Mudó el rey los oficios de su casa, e hizo su camarero a don Diego García de Padilla, hermano de su amiga, dio la copa a Álvaro de Albornoz, y la escudilla a Pero González de Mendoza, fundador de la casa de Mendoza, digo de la grandeza que hoy tiene, que entonces en aquella parte de Vizcaya que se llama Álava poseía un pueblo de este nombre, de que se tomó este apellido de Mendoza. Fue hijo de este caballero Diego de Mendoza, que el tiempo adelante llegó a ser almirante. Estas mudanzas de oficios se hicieron en odio de don Alonso de Alburquerque, que en la casa real tenía obligados a muchos. Lo mismo se hizo en Sevilla, donde el rey se fue venido el otoño, que quitó en el Andalucía muchos oficios que el de Alburquerque a muchos grandes y ricos hombres proveyó el tiempo de su privanza. Así se truecan y mudan las cosas de este mundo. No hay cosa más incierta, mudable y sin firmeza que la privanza con los reyes, especialmente si es granjeada con malos medios.

Habíase el rey entregado de todo punto, para que le gobernasen, a doña María de Padilla y a sus parientes; ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el rey y reino se regían. Los grandes y los mismos hermanos del rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguían el viento próspero de su buena fortuna, y a porfía cada uno pretendía con presentes, servicios y lisonjas tener granjeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veía el reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas. En el invierno, con las grandes y continuas lluvias salieron de madre los ríos; especial en Sevilla la creciente fue tal, que por miedo no la asolase calafetearon fuertemente las puertas de la ciudad.

En el principio del año siguiente de 1354, como quier que don Juan Núñez de Prado, maestre de Calatrava, en días pasados se hubiese huido a Aragón por miedo que no le atropellasen, llamado del rey con cartas blandas y amorosas, se vino a su villa de Almagro, pueblo principal de su maestrazgo. Allí por mandado del rey le prendió don Juan de la Cerda, que ya estaba favorecido y aventajado con nuevos cargos. El mayor delito que el maestre tenía cometido era ser amigo de don Juan Alonso de Alburquerque, y ser parte en el consejo que se tomó de suplicar al rey volviese con la reina doña Blanca luego que la dejó. No paró en esto la saña, antes hizo que a la hora eligiesen en su lugar por maestre a don Diego de Padilla, sin guardar el orden y ceremonias que se acostumbraban en semejantes elecciones, sino arrebatada y confusamente sin consulta alguna; y al maestre don Juan Núñez súbitamente le hicieron morir en la fortaleza de Maqueda, en que le tenían preso. Dio el rey a entender que le pesaba de que le hubiesen muerto, no se sabe si de corazón, si fingidamente por evitar la infamia y odio en que podía incurrir con una maldad tan atroz y descargarse de un hecho tan feo con echar la culpa a otros. Pero, como quier que no se hizo ninguna pesquisa ni castigo, todo el reino se persuadió ser verdad lo que sospechaban, que lo mataron con voluntad y orden del rey.

Después de esto se hizo guerra en la tierra de don Juan Alonso de Alburquerque, que tenía muchas villas y castillos muy fuertes y bien abastecidos. Cercaron la villa de Medellín, que está en la antigua Lusitania; desconfiado el alcaide de poderla defender, dio aviso a don Alonso del estado en que se hallaba y con su licencia la entregó. Asimismo se puso cerco a la villa de Alburquerque, plaza fuerte y que la tenían bien apercibida; así, no la pudieron entrar. Levantóse el cerco y queda-

ron por fronteros en la ciudad de Badajoz don Enrique y don Fadrique, para que los soldados de Alburquerque no hiciesen salidas y robasen la tierra. Esta traza dio ocasión a muchas novedades que después sucedieron.

Fuese el rey a Cáceres; desde allí envió sus embajadores al rey don Alonso de Portugal, que en aquella sazón en la ciudad de Ébora celebraba con grandes regocijos las bodas de su nieta doña María con don Fernando, infante de Aragón. Los embajadores, habida audiencia, pidieron al rey les mandase entregar a don Juan Alonso de Alburquerque para que diese cuenta de las rentas reales de Castilla, que tuvo muchos años a su cargo, que sin esto no debía ni podía ser amparado en Portugal. Como don Juan Alonso estaba ya irritado con tan continuos trabajos no sufrió su generoso corazón esta ultraje. Respondió con grande brío a esta demanda de los embajadores que él siempre gobernó el reino y administró la hacienda del rey, su señor, leal y fielmente; que estaba aparejado para defender esta verdad en campo por su persona; que retaba como a fementido a cualquiera que lo contrario dijese; cuanto a lo que decían de las cuentas, dijo estaba presto para darlas con pago como se las tomasen en Portugal. Pareció que se justificaba bastantemente. Con esto los embajadores fueron despedidos sin llevar otro mejor despacho.

A los hermanos del rey pesaba mucho que las cosas del reino anduviesen revueltas y estuviesen expuestas para ser presa de cada cual. Pensaron poner en ello algún remedio; la comodidad del lugar los convidaba, acordaron de confederarse con don Juan Alonso de Alburquerque, que cerca se hallaba. Enviáronle su embajada, y mediante ella concertaron de verse entre Badajoz y Yelves. Allí trataron de sus haciendas y consultaron de ir a la mano al rey en sus desatinos y temerarios intentos. Arrimáronseles otros grandes. Las fuerzas no eran iguales a empresa tan grande; solicitaron al infante Don Pedro, hijo del rey de Portugal, para que se aliase con ellos, con esperanzas que le dieron de le hacer rey de Castilla, así por el derecho de guerra como por el de parentesco, como nieto que era del rey don Sancho, hijo de doña Beatriz, su hija. Dejóse de intentar esto a causa que el rey de Portugal, luego que supo estas trazas, estuvo mal en ello y lo estorbó. Esta nueva tela se urdía en la frontera de Portugal.

El rey de Castilla, con su acostumbrado descuido y desalmamiento, echó el sello a sus excesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada,que cuando las demás se pudieran algo disimular y encubrir, a ésta no se le pudo dar ningún color ni excusa. Doña Juana de Castro, viuda, mujer que fue de don Diego de Haro, a quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El rey, que no sabía refrenar sus apetitos y codicias, puso los ojos en ella. Sabía cierto que por vía de amores no cumpliría su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero, alegó que no estaba casado con su mujer doña Blanca, presentó de todo indicios y testigos, que en fin al rey no le podían faltar. Nombró por jueces sobre el caso a don Sancho, obispo de Ávila, y a don Juan, obispo de Salamanca. Ellos, por sentencia que pronunciaron en favor del Rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron a contradecir a un príncipe furioso; venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia. ¡Oh, hombres nacidos, no ya para obispos, sino para ser esclavos! Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla.

Dado que se hubo la sentencia en Cuellar, do el rey era ido, se hicieron con grandísima prisa las bodas. El alcanzar lo que pretendía, al tanto que en las primeras, le causó fastidio. Detúvose muy poco tiempo con la novia; algunos dicen que no más de una noche. El color fue que los grandes se aliaban contra el rey, y que convenía atajarles los pasos antes que con la dilación se hiciesen más poderosos. Doña Juana de Castro se retrujo en Dueñas; allí cubría su injuria y afrenta con el vano título de reina. De estas bodas nació un hijo, que se llamó don Juan, para consuelo de su madre; juego que fue adelante de la fortuna.

A los principios de las guerras civiles que se tramaban, en Castrojeriz, villa de Castilla la Vieja, casó doña Isabel, hija segunda de don Juan Núñez de Lara, con don Juan, infante de Aragón. Lle-

vó en dote el señorío de Vizcaya que el rey quitó a don Tello, su hermano, a quien pertenecía de derecho por estar casado con la hermana mayor. La causa del enojo fue estar aliado con los demás grandes. No era cosa justa castigar la culpa del marido con despojar a la inocente mujer de su estado patrimonial, si en el reinado de don Pedro valiera la razón y justicia y se hiciera alguna diferencia entre tuerto o derecho. En el mismo pueblo doña María de Padilla parió a doña Costanza, su hija, que adelante casó en Inglaterra con el duque de Lancaster.

Con los señores aliados su confederaban cada día otros grandes, en especial don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, por vengar con las armas la injuria que el rey hizo a su hermana, se confederó con ellos. Lo mismo hicieron los ciudadanos de Toledo por estar mal con la locura y desatino del rey y tener lástima de la reina doña Blanca. Las ciudades de Córdoba, Jaén, Cuenca y Talavera siguieron la autoridad y ejemplo de Toledo; después se les juntaron los hermanos infantes de Aragón. Favorecían las reinas doña Leonor y doña María este partido por parecerles que la enfermedad y locura del rey no se podía sanar con medicinas más blandas. De esta suerte se abrían las zanjas y se echaban los fundamentos de unas crueles guerras civiles, que mucho afligieron a España y por largo tiempo continuaron, y el cielo abría el camino para que el conde don Enrique viniese a reinar.

CAPÍTULO XIX
DE LA GUERRA DE CERDEÑA

Paréceme será bien apartar un poco el pensamiento de los males de Castilla y recrear al lector con una nueva narración; que no va fuera de nuestro intento contar las cosas que en otras provincias de España acontecieron. El rey de Granada Juzef Bulhagix, después que reinó por espacio de veintiún años, le mataron este año sus vasallos. El autor principal de esta traición, que fue Mahomad, a quien por la vejez llamaron Lago, tío que era de Juzef, hermano de su padre e hijo de Farraquen, señor de Málaga, se apoderó del reino, y le tuvo toda su vida con grandes trabajos y muchas desgracias que le sucedieron, como sea así que nunca sale bien el señorío adquirido con parricidio y maldad. El imperio de los moros a grande prisa se iba a acabar por estar los señores de él divididos en bandos y mudar reyes a cada paso.

Este mismo año el rey de Aragón en Huesca, ciudad antigua en los pueblos ilergetes, fundó una universidad, y la dotó de suficientes rentas para sustentar a los profesores que enseñasen en ella las ciencias. Hacíase esto en tiempo que todo Aragón estaba alborotado y los pueblos llenos de ruido de armas y aparejos de guerra que se hacían para pasar con el rey a Cerdeña. Tuvieron un tiempo los pisanos usurpada esta isla; después por concesión del papa Bonifacio VIII los echaron de ella por fuerza de armas los aragoneses. Duró entonces la guerra muchos años, en que hubo varios trances; el remate fue a los aragoneses favorable. Érales muy dificultoso sustentar aquella isla por estar en el mar Mediterráneo, lejos de la costa de España, y tener de una parte a África y de otra a Génova tan cerca, que solamente está en medio de ellas la isla de Córcega como escala, de la cual divide a Cerdeña un angosto estrecho de mar. Los isleños, deseosos de novedades, con las esperanzas que concebían temerarias, no les agradaba lo que era más sano y seguro.

Poseían en aquella isla los Orias, linaje nobilísimo de Génova, algunos pueblos. Éstos, confiados en las voluntades y afición de la gente de la tierra, se pusieron en querer echar de la isla a los aragoneses con ayuda que para ello les hizo la señoría de Génova. Quejábanse los Orias que sin ser oídos y sin causa bastante les tomaron los aragoneses a Sacer y Caller, dos fuertes ciudades y cabeceras, que solían ser suyas, y están asentadas en los postreros cabos de la isla. Rompida la guerra, ganaron la ciudad de Alguer, y pusieron cerco sobre Sacer; no la pudieron entrar porque los ciudadanos fueron fidelísimos a los aragoneses, y la defendieron valientemente hasta tanto que el rey de Aragón les envió en socorro su armada, con que algún tiempo se entretuvo con varia fortuna la guerra. Los venecianos, que siempre fueron émulos y enemigos de los genoveses, enviaron sus embajadores al rey de Aragón para pedirle se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas, mejor castigasen la soberbia y orgullo con que los genoveses andaban.

Hechas sus alianzas, las armadas de Aragón y de venecianos tres años antes de éste, en el estrecho de Gallipoli junto a la ciudad de Pera, que en aquel tiempo era de genoveses, pelearon con gran porfía con las galeras de Génova, no obstante que el mar andaba muy alto y levantaba grandes olas; fueron vencidos los genoveses, y les tomaron veintitrés galeras; otras muchas con la fuerza de la tempestad dieron en tierra al través. Murió en la batalla Ponce de Santapau, general de la armada de Aragón, y se perdieron doce galeras de las suyas. Esta victoria no fue de mucha utilidad, ni aún por entonces estuvo muy cierto cuál de las dos partes fuese la vencedora, antes cada cual de ellas se atribuía la victoria. Los papas Clemente e Inocencio, por ver cuán grandes daños se seguían a la cristiandad de estas discordias, procuraron de apaciguar los aragoneses y venecianos con los genoveses; rogáronles insistentemente hiciesen paces, a lo menos asentasen algunas buenas treguas; enviáronles para este efecto muchas veces sus legados, que nunca los pudieron concordar. Estaban tan enconados los corazones, que parecía no se podrían sosegar a menos de la total destrucción de una de las partes.

A la de los genoveses en Cerdeña a esta sazón se allegó Mariano, juez de Arborea, príncipe antiguo de Cerdeña, rico y poderoso por los muchos vasallos y allegados que tenía. Este caballero con la esperanza de la presa y ganancia se juntara con Mateo Doria, cabeza de bando de los genoveses, con la mayor parte de los isleños que le seguían. Con esto en brevísimo tiempo se apoderaron de las ciudades, villas y castillos de toda la isla, excepto de Sacer y Caller, que siempre fueron leales a los aragoneses y se tuvieron por ellos. Llegó el negocio a riesgo de perderlo todo. No tenían fuerzas que bastasen a resistir al enemigo poderoso y bravo en el mar con la armada de Génova, y por ser las voluntades de los isleños tan inciertas e inconstantes. Sabidas estas cosas en Aragón, se juntó una grande y poderosa armada de cien velas, entre las cuales se contaban cincuenta y cinco galeras. Iban en esta flota mil hombres de armas, quinientos caballos ligeros y al pie de doce mil infantes, toda gente muy lucida y de valor para acometer cualquier grande empresa. Hicieron otrosí mochila para muchos días y matalotaje, como se requería. Vinieron a servir al rey de Aragón muy buenos soldados y caballeros de Alemania, Inglaterra y Navarra. Todos los nobles del reino se quisieron hallar en esta famosa jornada, señaladamente don Pedro de Ejerica, Roger de Lauria, don Lope de Luna, Oto de Moncada y Bernardo de Cabrera, que iba por general del mar, y por cuyo consejo todas las cosas se gobernaban.

Juntóse esta armada en el puerto de Rosas. De allí, mediado el mes de junio, alzaron anclas y se hicieron a la vela. Dejó el rey por gobernador del reino a su tío don Pedro. Tuvieron razonable tiempo, con que a cabo de ocho días descubrieron a Cerdeña, surgieron a tres millas de Alguer y echaron la gente en tierra. Marchó luego el ejército la vía de la ciudad, y tras ellos con su armada por la mar Bernardo de Cabrera. El rey mostró este día su valor y buen ánimo, ca iba delante los escuadrones para escoger los lugares en que se asentasen los reales. Hallábase en los peligros, y con su ejemplo animaba a los demás para que en las ocasiones se hubiesen esforzadamente. Príncipe que si no fuera ambicioso y no tuviera tan demasiada codicia de señorear, por lo demás pudiera igualarse con cualquiera de los antiguos y famosos capitanes. Descubriéronse en el mar hasta cuarenta galeras de los genoveses, más para hacer ostentación con su ligereza que fuertes y bien guarnecidas para dar batalla. El señor de Arborea con dos mil hombres de a caballo y quince mil de a pie asentó su real a vista de los aragoneses; no osaron dar la batalla porque era gente allegadiza, sin uso ni disciplina militar, no acostumbrados a obedecer y guardar las ordenanzas, y que ni en vencer ganaban honra, ni se afrentaban por quedar vencidos. Batieron los aragoneses los muros de día y de noche con máquinas y tiros y otros ingenios militares. Como el tiempo era muy áspero y la tierra malsana, comenzaron a enfermar muchos en el ejército de Aragón; el mismo rey adoleció; por esto de necesidad se hubo de tratar de acuerdo con el enemigo.

Concluyóse la paz con feas condiciones para el rey de Aragón. Estas fueron: que el juez de Arborea y Mateo Doria fuesen perdonados y se quedasen con los vasallos y pueblos que tenían. Demás de esto, dio el rey al juez de Arborea muchos lugares en Gallura, que es una parte de aquella isla. De esta manera como, contra lo que temían por sus deméritos, quedasen los enemigos premiados, para adelante se hicieron más fieros y desleales. Entregóse la ciudad de Alguer al rey; a los vecinos se dio licencia para que fuesen a vivir donde les pareciese, y en su lugar se avecindaron en ella muchos de los soldados viejos catalanes. La reina, que en compañía de su marido se halló presente a todo, hacía instancia por la partida. Por esta causa y por la muerte de Oto de Moncada y de don Felipe de Castro y de otros nobles se apresuraron estos conciertos, y se concluyeron en el mes de noviembre. Detúvose el rey en Cerdeña otros siete meses, en que se pusieron en orden las cosas, y se acabaron de allanar los isleños con castigar algunos culpados. El juez de Arborea y Mateo Doria, que volvían a intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo. Asentado el gobierno de la isla y puesto por virrey en ella Olfo Prochita, volvió la armada en salvamento a Barcelona. El ruido y aparato de esta empresa fue mayor que el provecho ni reputación que se sacó de ella; pero muchos grandes príncipes no pudieron a las veces dejar de conformarse con el tiempo ni de obedecer a la necesidad, que es la más fuerte arma que se halla.

CAPÍTULO XX
DE LOS ALBOROTOS Y REVUELTAS DE CASTILLA

Después que el rey de Castilla combatió las villas y castillos de don Juan Alonso de Alburquerque y le tomó la mayor parte de ellos, como quisiese ir a cercar a su hermano don Fadrique, que se hacía fuerte en el castillo de Segura, ya que se quería partir para aquella jornada, envió desde Toledo a Juan Fernández de Hinestrosa a Castilla la Vieja para que trujese presa a la reina doña Blanca y la pusiese a buen recaudo en el alcázar de Toledo. El color, que era causa de la guerra y de las revoluciones del reino. Fue este mandato riguroso en demasía, y cosa inhumana no dejar a una inocente moza sosegar con sus trabajos. Traída a Toledo, antes de apearse fue a rezar a la iglesia mayor con achaque de cumplir con su devoción; no quiso dende salir por pensar defender su vida con la santidad de aquel sagrado templo, como si un loco y temerario mozo tuviera respeto a ningún lugar santo y religioso. El rey, avisado de lo que pasaba, se alborotó y enojó mucho. Dejó el camino que llevaba, vínose a la villa de Ocaña. Hizo que en lugar de su hermano don Fadrique fuese allí elegido por maestre de Santiago don Juan de Padilla, señor de Villagera, no obstante que era casado, lo que jamás se hiciera. El antojo del rey pudo más que las antiguas costumbres y santas leyes. De este principio se continuó adelante que los maestres fuesen casados, y se quebraron las antiguas constituciones por amor de doña María de Padilla, cuyo hermano era el nuevo Maestre.

Crecían en el entre tanto las fuerzas de los grandes. Vino de Sevilla don Juan de la Cerda para juntarse con ellos. Todos los buenos entraban en esta demanda. Cualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos de estos caballeros aliados. Demás de su natural crueldad embravecía al rey la mala voluntad que veía en los grandes y la rebelión de Toledo por ocasión de amparar la reina, sobre todo que no podía ejecutar su saña por no hallarse con bastantes fuerzas para ello. Acudió a Castilla la Vieja para juntar gente y lo demás necesario para la guerra. Con esta determinación se fue a Tordesillas, do estaba su madre la reina. Los de Toledo llamaron al maestre don Fadrique para valerse de él; vino luego en su ayuda con setecientos de a caballo. Los demás grandes al tanto acudieron de diversas partes; y alojados en derredor de Tordesillas, tenían al rey como cercado, con intento de, cuando no pudiesen por ruegos, forzarle a que viniese en lo que tan justamente le suplicaban. Esto era, que saliese del mal estado en que andaba con la amistad de doña María de Padilla y la enviase fuera del reino; que quitase de su lado y del gobierno a los parientes de la dicha doña María; con esto que todos le obedecerían y se pasarían a su servicio. Llevó esta embajada la reina de Aragón doña Leonor. Valióle para que no recibiese daño el derecho de las gentes, ser mujer y la autoridad de reina y el parentesco que con el rey tenía. Volvió empero sin alcanzar cosa alguna.

Con esto los grandes perdieron la esperanza de que de su voluntad haría cosa de las que le pedían. Y como la reina y el rey su hijo se saliesen de Tordesillas, dieron la vuelta para Valladolid e intentaron de entrar aquella villa, más no pudieron salir con ello. Fueron sobre Medina del Campo, y la ganaron sin sangre. Acudió a esta villa el maestre don Fadrique; en ella murió a la sazón Juan Alonso de Alburquerque con hierbas que le dio en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas a que lo hiciese por sus contrarios y en gracia del rey. Este fin tuvo un caballero, como él era, entre los de aquella era señalado. Alcanzó en Castilla grande señorío, puesto que era natural de Portugal, hijo de don Alonso de Alburquerque y nieto del rey don Dionis. De parte de la madre no era tan ilustre, pero ella también era noble. Privó primero mucho con el rey, como el que fue su ayo; después fue de él aborrecido, y acabó sus días en su desgracia con tan buena opinión y fama acerca de las gentes cuanto la tuvo no tal en el tiempo que con él estuvo en gracia. Su cuerpo, según que él mismo lo mandó en su testamento, los señores, como lo tenían jurado, le trajeron embalsamado consigo, sin darle sepultura hasta tanto que aquella demanda se concluyese.

Enviaron los nobles de nuevo su embajada al rey con ciertos caballeros principales para ver si,

como se decía, le hallaban con el tiempo más aplacado y puesto en razón. Lo que resultó de esta embajada fue que concertaron para cierto día y hora que señalaron se viese el rey con estos señores en una aldea cerca de la ciudad de Toro, lugar a propósito y sin sospecha. El día que tenían aplazado vinieron a hablarse con cada cincuenta hombres de a caballo con armas iguales. Llegados en distancia que se pudieron hablar, se recibieron bien con el término y mesura que a cada uno se debía; y los grandes aliados, conforme y según se usa en Castilla, besaron al rey la mano. Hecho esto, Gutierre de Toledo por su mandado brevemente les dijo que era cosa pesada, y que el rey sentía mucho ver apartados de su servicio tantos caballeros tan ilustres y de cuenta como ellos eran, y que le quisiesen quitar la libertad de poder ordenar las cosas a su albedrío, cosa que los hombres, mayormente los reyes, más precian y estiman, querer bien y hacer merced a los que tienen por más leales; empero que él les perdonaba la culpa en que por ignorancia cayeran, a tal que despidiesen la gente de guerra, deshiciesen el campo que tenían y en todo lo al se sujetasen; en lo que le suplicaban tocante a la reina doña Blanca, que haría lo que ellos pedían, sino era que tomaban este color para intentar otras cosas mayores. Los grandes, habido su consejo sobre lo que el rey les propuso, cometieron a Fernando de Ayala que respondiese en nombre de todos. Él, habida licencia, dijo:

«Suplicamos a vuestra alteza, poderoso Señor, que nos perdonéis el venir fuera de nuestra costumbre armados a vuestra presencia; no nos atreviéramos si no fuera con vuestra licencia, y no la pidiéramos si no nos compeliera el justo miedo que tenemos, de las asechanzas y zalagardas de muchos que nos quieren mal, de quienes no hay inocencia ni lealtad que esté segura. Por lo demás, todos somos vuestros; de nos como de criados y vasallos podéis, Señor, hacer lo que fuere el vuestro servicio y merced. La suerte de los reyes es de tal condición, que no pueden hacer cosa buena ni mala que esté secreta y que el pueblo no la juzgue y sepa. Dícese, y nos pesa mucho de ello, que la reina doña Blanca, nuestra señora, a quien en nuestra presencia recibisteis por legítima mujer, y como a tal le besamos la mano, se teme mucho de doña María de Padilla, que la quiere destruir. Sentimos otrosí en el alma que haya quien con lisonjas os traiga engañado. Esto no puede dejar de dar mucha pena a los que deseamos vuestro servicio. Sin embargo, tenemos esperanza que se pondrá presto remedio en ello, mayormente cuando con más edad y más libre de afición echéis de ver y conozcáis la verdad que decimos y el engaño de hasta aquí. Cuanto es más dificultoso hacer buenos a los otros que a sí mismo, tanto es cosa más digna de ser alabada el procurar con grandísimo cuidado de no admitir en el palacio ni dar lugar a que priven ni tengan mano sino los que fueren más virtuesos y aprobados. Muchos príncipes famosos vieron deslustrado su nombre con la mala opinión de su casa. ¿Qué mujer hay en el reino más noble ni más santa que la reina? ¿Cuán sin vanidades ni excesos en el trato de su persona? ¿Qué costumbres? ¿Cuán suave y agradable condición la suya? Pues en apostura y hermosura ¿cuál hay que se le pueda igualar? Cuando tal señora fuera extraña, cuando nosotros calláramos, era justo que vos la consoláredes y enjugáredes sus continuas y dolorosas lágrimas, y procurar, si fuese necesario, con vuestras gentes y armas restituirla en su antigua dignidad, honra y estado. Mirad, Señor, no os dejéis engañar de algunos desordenados gustos, no cieguen de manera el entendimiento que se caiga en algún yerro por donde todos seamos forzados a llorar y quedemos perpetuamente afrentados.»

Esto fue lo que estos caballeros dijeron al rey. No se pudo concluir caso tan grave en aquel poco tiempo que allí podían estar juntos; acordaron que señalasen cuatro caballeros de cada parte para que tratasen de algunos buenos medios de paz. Con esto se acabaron las vistas y se despidieron. En la ejecución puso tanta dilación el rey, que se entendió nunca haría cosa buena, en especial que, dejadas las cosas en este estado, se partió de Toro, para do tenía su amiga. La reina, su madre, que de días atrás era del mismo parecer que estos señores, visto este nuevo desorden, les hizo ir a Toro, do ella estaba, y les entregó la ciudad. Atemorizaron al rey estas nuevas; recelábase no se levantase todo el reino contra él. Por prevenir y atajar los daños volvió a Toro, y en su compañía Juan Fernández de Hinestrosa y Simuel Levi, un judío a quien quería mucho y era su tesorero mayor.

Recibióle la reina, su madre, con muestras grandes de amor; él le dijo que venía a ponerse en su poder y hacer lo que ella gustase. Quitáronle luego las personas que con él venían, y puestos en prisión, mudaron los principales oficios de la casa real. A don Fadrique hicieron camarero mayor, chanciller mayor al infante don Fernando de Aragón, a don Juan de la Cerda alférez mayor, mayordomo a don Fernando de Castro, que casó entonces con doña Juana, hermana del rey, e hija de doña Leonor de Guzmán, dado que este matrimonio no fue válido, y se apartó adelante por ser los dos primos segundos. Con esta demostración de autoridad y acompañarle de tales personas se pretendía que estuviese a manera de preso, sin darle lugar que pudiese hablar con todos los que quisiese. Esto hecho, teniendo por acabada su demanda, llevaron a enterrar el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque al monasterio de la Espina, que es de la orden del Císter, en Castilla la Vieja. Quedara para siempre manchada la lealtad y buen nombre de los castellanos por forzar y quitar la libertad a su natural rey y señor, si el bien común del reino y estar él tan malquisto y difamado no los excusara.

Permitíanle que saliese a caza; con esta ocasión y con grandes promesas que hizo a algunos de los grandes, y los granjeó, se huyó a Segovia, en su compañía Simuel Levi, que debajo de fianzas andaba ya suelto, y don Tello, a quien el rey mostraba amor, y aquel día le tocaba la guarda de su persona; amistad que duró pocos días. De aquí resultaron otros nuevos y mayores alborotos. Los infantes de Aragón y su madre la reina doña Leonor se fueron a la villa de Roa, que el rey se la dio a su tía los mismos días que estuvo en Toro detenido. Don Juan de la Cerda se partió a Segovia para estar con el rey; don Fadrique a Talavera, donde dejara sus gentes; don Fernando de Castro se volvió a Galicia con su mujer, que llevó en su compañía; don Tello a Vizcaya; don Enrique y la reina madre se quedaron en Toro para defender la ciudad. Estas cosas acaecieron en el fin del año.

En el principio del siguiente, que se contó 1335, se hicieron Cortes en Burgos, en que se hallaron los infantes de Aragón. El rey se quejó al reino del atrevimiento e insolencia de los grandes; pidió que le ayudasen para juntar un ejército con que los castigar, que no solamente cometieron delito contra él, sino en su persona; tenían eso mismo ofendido y agraviado o todo el reino, que era justo se vengase la injuria hecha a todos con las armas de todos. Concedióle el reino un servicio extraordinario de dinero para pagar parte de la gente de guerra.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Navarra mató en Francia al condestable don Juan de la Cerda, hijo menor del infante don Alonso el Desheredado. Parecióle al rey de Francia este hecho muy atroz; sintió mucho que hubiesen malamente y con asechanzas muerto un tal personaje, que era muy valeroso y su condestable, y a quien él quería mucho y le trataba familiarmente desde su niñez. La ocasión de su muerte fue que el rey le hizo merced del condado de Angulema, al cual el rey de Navarra decía tener derecho. Pretendía otrosí del rey de Francia los condados de Champaña y de Bria; alegaba para esto que fueron de su padre. No quiso el rey dárselos; por esto se enojó grandemente y quebró su ira con el condestable. Envió una noche secretamente unos caballeros suyos que escalaron la fortaleza llamada de Aigle o del Águila en Normandía, en que se hallaba el condestable descuidado en su lecho. Allí le mataron en 8 días del mes de enero. Frosarte, historiador francés, concuerda en el día, mas quita dos años de nuestra cuenta. Publicada esta muerte, el rey de Francia no salió en público ni se dejó hablar por espacio de cuatro días. Hízose pesquisa, y fue citado el rey de Navarra; pidió en rehenes para su seguridad a Luis, hijo del rey; pareció demasía lo que pedía, pero en fin vinieron en ello; con tanto fue a París a responder por sí en juicio. Alegaba que le pretendía el condestable matar; no se probaba este descargo bastantemente; mandóle el rey prender, y por ruegos e importunaciones de su mujer y de su hermana, viuda, le perdonó, si bien se entendía por su condición feroz no permanecería en la fe y lealtad mucho tiempo, como en breve se experimentó. Pidió el rey de Francia al reino que le sirviesen con dineros para hacer guerra a los ingleses; contradíjolo el navarro, injuria que sintió grandemente aquel rey, como era razón, y la guardó y quedó bien arraigada en su ofendido pecho para vomitarla a su tiempo.

Dijose arriba cómo don Pedro, infante de Portugal, tenía de muchos días atrás amistad y trato con doña Inés de Castro; con esta misma el año pasado se casó clandestinamente con mengua de la majestad real. Para quitar esta mancha y reducir y sanar a su hijo la hizo matar el rey en la ciudad de Coimbra. Era cosa injusta castigar la deshonestidad y culpa del hijo con la muerte de la amiga, en especial que le pariera cuatro hijos, es a saber, don Alonso, que murió niño, don Juan y don Dionis y doña Beatriz.

Luis, rey de Sicilia, falleció por el mes de julio en la ciudad de Catania; sucedióle su hermano don Fadrique, Simple de nombre y en la edad, costumbres y entendimiento. El reinado de estos dos reyes hermanos fue trabajado de tempestades, guerras extranjeras y civiles, camino que se abrió al rey de Aragón para volverse a hacer señor de aquella isla. Pero dejemos este cuento por ahora, y volvamos a lo que se nos queda atrás.

CAPÍTULO XXI
DE MUCHAS MUERTES QUE SE HICIERON EN CASTILLA

Despedidas las Cortes de Burgos, el rey se fue a Medina del Campo. Allí por su mandado fueron muertos dos caballeros de los más principales, el uno Pero Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla, el otro Sancho Ruiz de Rojas; mandó otrosí prender algunos otros. A Juan Fernández de Hinestrosa soltaron los de Toro debajo de pleitesía de volver a la prisión, si no aplacase y desenojase al rey, más no cumplió su promesa. Don Enrique y don Fadrique, juntadas sus gentes en Talavera, se fueron a encastillar en la ciudad de Toledo para prevenir los intentos del rey. Pasado el río, quisieron entrar por el puente de San Martín; más como les resistiesen la entrada algunos caballeros de la ciudad, dieron vuelta por encima de los montes, de que casi toda al rededor está cercada, y llegados a la otra parte de la ciudad, entraron por el puente que llaman de Alcántara. Hízose gran matanza en los judíos, y les robaron las tiendas de mercería que tenían en el Alcana. Fueron más de mil judíos los que mataron, lo cual no se hizo sin nota y murmuración de muchos a quien tan grande desconcierto parecía muy mal. Avisado el rey del peligro en que la ciudad estaba, vino a grande prisa antes que se pudiesen fortificar los contrarios en una plaza de suyo tan fuerte. Con su llegada los hermanos fueron forzados a desampararla con presteza, cosa que les valió no menos que las vidas. El rey vengó su enojo en los ciudadanos, mató algunos caballeros, y del pueblo mandó matar veintidós. Entre estos condenados era un platero viejo de ochenta años; un hijo que tenía, de dieciocho, se ofreció de su voluntad a que le matasen a él en cambio de su padre. El rey en lugar de perdonarle, que al parecer de todos lo merecía muy bien por su rara y excelente piedad, le otorgó el trueco y fue muerto, horrendo espectáculo para el pueblo,y misericordia mezclada con tanta crueldad. Los nombres de padre e hijo no se saben por descuido de los historiadores, el caso es muy cierto.

Hizo otrosí el rey prender al obispo de Sigüenza don Pedro Gómez Barroso, varón insigne entre los de aquel tiempo y gran jurista; la causa, que favorecía a sus ciudadanos y a la reina doña Blanca, que envió el rey presa a la fortaleza de Sigüenza. Asentadas las cosas de Toledo, restaba reducir a su servicio las demás ciudades. Los de Cuenca, por estar más conformes entre sí, cerraron las puertas al rey; no se atrevió a usar de violencia por ser aquella ciudad muy fuerte. Criábase entonces en ella don Sancho, hermano del rey, y aunque se libró de este peligro presente, pocos días después Alvar García de Albornoz, hermano del cardenal don Gil de Albornoz, que le tenía en guarda, le escapó y llevó a Aragón.

Púsose cerco a la ciudad de Toro, en que estaba la reina Madre, don Enrique y don Fadrique, don Per Estévanez Carpintero, que se llamaba maestre de Calatrava, y todas las fuerzas de los caballeros de la liga. Durante el cerco, que fue largo asaz, en Tordesillas doña María de Padilla parió una hija, que fue la tercera, y se llamó doña Isabel. Don Juan de Padilla, su hermano, maestre de Santiago, fue muerto en un rencuentro que tuvo entre Tarancón y Uclés. Causóle la muerte la honra y estado en que el rey le puso. Venciéronlo don Gonzalo Mejía, comendador mayor de Castilla, y Gómez Carrillo, que favorecían y tenían la parte de don Fadrique. El rey, con la edad hecho más prudente, no quiso que se proveyese el maestrazgo por dejar la puerta abierta para que su hermano se redujese a su servicio.

El papa Inocencio por estos días envió al cardenal de Boloña para que pusiese en paz al rey y a estos grandes. Las cosas estaban tan enconadas, que no pudo efectuar nada; solamente alcanzó que soltasen de la prisión al obispo don Pedro Gómez Barroso. Don Enrique de Toro se huyó a Galicia, y escapó del peligro que le amenazaba y corría. Aunque era mozo, tenía sagacidad y cordura, de que dio bastantes muestras en todas las guerras en que anduvo. Don Fadrique, habida seguridad, salió de la ciudad y se fue al rey. Finalmente, en 5 de enero del año de 1356, un cierto ciudadano dio al rey entrada por una puerta que él guardaba. Apoderado de la ciudad, hizo matar a don Per Estévanez Carpintero y Ruy González de Castañeda y otros caballeros principales; matáronlos en presencia de

la reina madre, que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces maldijo a su hijo el rey, y desde a pocos días con su licencia se fue a Portugal, donde no miró más por la honestidad que antes. Ninguna cosa se encubre en lugares tan altos. Como tratase amores con don Martín Tello, caballero portugués, fue muerta con hierbas por mandado del rey de Portugal, su hermano. Algunos afirman que la hizo matar su padre el rey don Alonso el Cuarto, ca por fidedignos testimonios pretenden probar vivió hasta el año de 1361; otros más acertados dicen que el dicho rey murió el año de 57.

El rey de Castilla se fue a Tordesillas, y allí hizo un torneo en señal de regocijo por las cosas que acabara. El lugar y el día más prometían placer y contento que miedo. No obstante esto, el rey otro día de mañana hizo matar a dos escuderos de la guarda de don Fadrique. Cuando él lo supo, tuvo grande temor no hiciese otro tanto con él; más esta vez no pusieron en él las manos. Este año tembló en muchas partes la tierra con grande daño de las ciudades marítimas; cayeron las manzanas de hierro que estaban en lo alto de la torre de Sevilla, y en Lisboa derribó este terremoto la capilla mayor, que pocos días antes se acabara de labrar por mandado del rey don Alonso. Algunos pronosticaban por estas señales grandes males que sucederían en España, pronósticos que salieron vanos, pues el reinado del rey de Castilla y él en sus maldades continuaron por muchos años adelante; el pueblo por lo menos hizo muchas procesiones y plegarias para aplacar la ira de Dios.

Tomada la ciudad de Toro, el conde don Enrique por caminos secretos y escondidos se huyó a Vizcaya, do su hermano don Tello con la gente y aspereza de la tierra conservaba lo que quedaba de su parcialidad, ca venció en dos batallas ciertos capitanes que tenían la voz del rey. Desde allí don Enrique se fue en un navío a la Rochela, ciudad de Xantoine, en Francia, para estar a la mira y esperar en qué pararían los humores que removidos andaban.

A esta sazón el rey de Navarra en un convite a que le convidó en Ruan Carlos el delfín y duque de Normandía fue preso por el rey de Francia, que de repente sobrevino, y le compelió a que desde la prisión respondiese a ciertos cargos que se le hacían; el principal era de traición, porque favorecía a los ingleses contra lo que era obligado como príncipe por muchas vías y títulos sujeto a la corona de Francia. De esta manera se veían en aquel reino divididas las aficiones de los españoles que en él residían; don Enrique tiraba gajes del rey de Francia, don Felipe, hermano del rey de Navarra, llamaba los ingleses a Normandía y se juntó con ellos. Lo mismo hizo el conde de Foix enojado por la injuria y agravio hecho al rey, su cuñado. Así en un mismo tiempo en España y en Francia se temían muchas novedades y nuevas y temerosas guerras.

LIBRO DECIMOSÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO
DEL PRINCIPIO DE LA GUERRA DE ARAGÓN

Una guerra entre dos reinos y reyes vecinos y aliados y aún de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragón, contará el libro diez y siete; guerra cruel, implacable y sangrienta, que fue perjudicial y acarreó la muerte a muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dio principio, con que se abrió el camino y se dio lugar a un nuevo linaje y descendencia de reyes, y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente a la tierra. Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta a dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embarázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dese este perdón y licencia a esta narración, concédasele que sin pesadumbre se lea, dese a los que temerariamente perecieron, y no menos a los que como locos y sandios se arrojaron a tomar las armas y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron estos desconciertos y un furor que se derramó por las tierras.

Las causas de las guerras, mirada cada una por sí, fueron pequeñas; mas de todas juntas como de arroyos pequeños se hizo un río caudal y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada cual de los dos reyes era de ardiente corazón y que no sufría demasías, en las condiciones y aspereza semejables; bien que el de Castilla por la edad, que era menor y más ferviente, se aventajaba en esto, y en rigor, severidad y fiereza. Querellábase el aragonés que sus hermanos tuviesen en Castilla guarida y hallasen en ella ayuda para alborotarle su reino. Sentía asimismo que don Fernando, su hermano, con color de asegurar al de Castilla que le sería leal, en hecho de verdad por darle a él molestia, hubiese puesto guarnición de castellanos en las sus fortalezas de Alicante y de Orihuela. Por el contrario, el rey de Castilla se quejaba que las galeras de Aragón a la boca de Guadalquivir tomaron ciertas naves que en tiempo de necesidad venían cargadas de trigo, de que resultó mayor hambre y carestía. Quejábase otrosí que los forajidos de Castilla eran recibidos y amparados en Aragón; que los caballeros aragoneses de Calatrava y de Santiago no querían obedecer a sus maestres, que eran de Castilla; en todo lo cual pretendía era agraviado, y decía quería tomar de todo enmienda con las armas.

A estos cargos y causas de romper la guerra se allegó otra nueva, y fue en esta manera. El rey de Castilla, apaciguado que hubo las alteraciones de Castilla la Vieja y dada orden en las demás cosas, entrado ya el verano partió al Andalucía para acabar de sosegar a Sevilla y los demás pueblos de aquella comarca. En Sevilla, fatigado con los cuidados y negocios, para tomar un poco de alivio determinó irse a las Almadrabas, en que se pescan los atunes, que es una vistosa pesca y muy gruesa granjería. Hizo aprestar una galera, y en ella se fue desde Sevilla a Sanlúcar de Barrameda. Sucedió estar surgidas en aquel puerto dos naves gruesas. Acaso diez galeras de Aragón que iban en favor de Francia contra los ingleses, sus capitales enemigos, salidas del estrecho de Gibraltar, costeaban aquellas riberas del mar Océano. El capitán de las galeras, que se llamaba Francisco Perellós, por codicia de la presa acometió y tomó aquellas dos naves delante los ojos del mismo rey. Pareció este un desacato insufrible. Encarecíanle los cortesanos en grande manera, como gente que deseaba se encendiese alguna guerra con que pensaban acrecentar sus haciendas y ser más estimados y honrados que en tiempo de paz, cuando por no ser tan necesarios los estimaban en menos; tal es la condición de soldados y palaciegos. Fue Gutierre de Toledo a reñir esta pendencia y agraviarse del atrevimiento y demasía; más el capitán aragonés, como quier que era hombre determinado y feroz, sin hacer caso de las amenazas y fieros dio por final respuesta que aquellas mercadurías eran de genoveses, y que por derecho de la guerra las podía tomar por estar con ellos a la sazón rompida en la isla

de Cerdeña por grande deslealtad de Mateo Doria, genovés de nación.

Vista esta respuesta tan resoluta, el rey de Castilla envió al rey de Aragón una embajada con Gil Velázquez de Segovia, uno de sus alcaldes. Mandóle representase las quejas arriba referidas. Que mandase restituir los navíos que sus galeras tomaron a tuerto; demás que le entregase al capitán de ellas para castigarle conforme a su temeridad y locura. Aprestaba a la sazón el de Aragón en Barcelona una armada para pasar en Cerdeña contra los rebeldes de aquella isla. Fuéle por esta causa enojosa la demanda de Castilla. Respondió empero con blandura y humildad que él contentaría al rey de Castilla, satisfaría los agravios que le proponía y echaría de Aragón los castellanos forajidos. Asimismo, que vuelto el capitán, le castigaría según su culpa mereciese. En lo que tocaba a los caballeros de Santiago y de Calatrava, dijo no pertenecía a su jurisdicción aquel pleito por ser personas religiosas, y a él sería mal contado si en sus cosas se empachaba; que se podría tratar con el sumo pontífice como causa y negocio eclesiástico, y lo que se determinase él mismo lo tendría por bueno y pasaría por ello. No se satisfizo nada Gil Velázquez con esta respuesta, antes de parte de su rey le desafió y denunció la guerra. Replicó el rey de Aragón: *«No me parece que ésta es bastante causa para romper la guerra entre dos reyes amigos y confederados; más yo lo dejo al juicio de Dios, que no permitirá pase sin castigo y enmienda cualquier insolencia; yo no comenzaré la guerra, pero con la ayuda divina, si me la dieren, ni la rehusaré ni la temo.»*

De estos principios se vino a las manos. Residían en Sevilla muchos mercaderes catalanes; todos en un punto fueron presos y confiscados sus bienes. Hicieron en ambos reinos levas de gentes y los demás apercibimientos. Acudieron asimismo a procurar socorros de príncipes extranjeros. En particular don Luis, hermano del rey de Navarra, que luego que en Francia prendieron al rey, su hermano, se volvió a España para proveer a lo de acá, requerido por entrambas partes que se juntase con ellos, no quiso declararse por la una parte ni por la otra, sino como sagaz entretenerlos con buenas esperanzas y estar a la mira, dado que de secreto más se inclinaba al de Aragón como a más amigo y deudo. Hízose por un mismo tiempo entrada por tres partes en el reino de Valencia. Don Hernando de Aragón pretendía levantar los de aquel reino por la parte que en él tenía y por la memoria de las revoluciones pasadas, cosa en que más confiaba que en las armas; más no halló la entrada que él pensaba, ca estaban escarmentados por causa de los males y castigos pasados. De esta manera se entretenía la guerra y continuaba en los postreros del mes de agosto con daño notable de los campos y aldeas de aquella frontera.

En estos mismos días se dio en Francia la famosa batalla de Poitiers, memorable por la matanza que de franceses se hizo muy grande por mucho menor número de ingleses, con que las fuerzas de aquel poderoso reino quedaron de todo punto quebrantadas. El mismo rey de Francia fue preso y Felipe, el menor de sus hijos. Murieron en el campo Pedro, duque de Borbón, padre de la reina doña Blanca; Gualter, condestable de Francia; Roberto, señor de Durazo y pariente del cardenal de Perigueux, que, enviado por legado del papa Inocencio para concertar aquellas gentes y asentar las paces, se halló en aquella batalla, sin otros muchos personajes de cuenta que allí perecieron. Sucedió aquella desgraciada batalla a 19 días del mes de septiembre de este año de 1356. De esta jornada resultaron dos cosas notables y a propósito de nuestra historia. La una que por orden de algunos vasallos suyos el rey de Navarra se soltó de la prisión en que le tenían, y hallada entrada en París, se hizo capitán de muchos sediciosos y alborotó el pueblo para que no acudiesen al delfín, que pretendía buscar socorros y allegar dineros para libertar al rey, su padre, no sin grave ofensión de aquella gente. Con esta ocasión el navarro en una junta que se tuvo en París se querelló públicamente del agravio y afrenta pasada. Dijo que su derecho que tenía a la corona de Francia era mejor que el de los que la pretendían por las armas, por ser, como era, nieto del rey Luis Hutin, hijo de su hija, como el inglés fuese hijo de madama Isabel, hermana del mismo. No hay duda sino que el navarro tramaba una nueva tela de discordias, si sus fuerzas fueran iguales a su voluntad y ánimo. En fin hizo tanto, que le fueron restituidos sus bienes; y a los pueblos y estado que heredó de su padre le añadieron el

señorío de Mascon y de Bigorra. No pudo empero alcanzar, por más que andaban revueltas las cosas, que le entregasen a Bria, Champaña y Borgoña, estados a que pretendía tener derecho.

Sucedió asimismo que don Enrique, conde de Trastámara, después de esta batalla, en que se halló y salió salvo, se vino al rey de Aragón convidado con grandes promesas que le hizo. Ésta fue la primera puerta que se le abrió y el primer escalón para venir después a ser rey de Castilla, éste el principio de su prosperidad. La suma de las capitulaciones de los dos fue: que don Enrique se desnaturalizase de Castilla e hiciese pleito homenaje de ser perpetuamente vasallo y amigo del rey de Aragón; que fuesen suyas todas las ciudades y villas, excepto Albarracín, que tuvo el infante don Fernando de Aragón; que el rey le diese sueldo para seiscientos hombres de a caballo y otros tantos infantes que anduviesen debajo de su pendón y bandera.

Entrado el año de nuestra salvación de 1357, con varios sucesos se hacía la guerra en las fronteras de Castilla y Aragón. Tomaron los aragoneses a Alicante, y los castellanos a Embite y a Bordalúa. Los principales capitanes del rey de Aragón eran el conde de Trastámara don Enrique, don Pedro de Ejerica y el conde don Lope Fernández de Luna; por el rey de Castilla don Fadrique, maestre de Santiago, los dos hermanos infantes de Aragón y don Juan de la Cerda. Servían sus capitanes con mayor fidelidad al rey de Aragón que los suyos al de Castilla; los unos constantes y firmes, y estos otros dudosos y como a la mira de lo que resultaría de estas guerras. Especialmente que en general aborrecían las maldades y aspereza de condición de su rey. Así, al cabo el de Aragón con su buena industria y maña, de que hallo que en esta guerra se valió más que de sus fuerzas, los vino a atraer todos a su servicio y a tenerlos de su parte. Don Juan de la Cerda y Alvar Pérez de Guzmán fueron los primeros que se apartaron del servicio del rey de Castilla, que todavía tenían presente la muerte de su suegro don Alonso Coronel, señor de Aguilar, a quien el rey hizo matar, y ellos eran casados con doña María y doña Aldonza, sus hijas. Tenían otrosí miedo que el rey, que con una desenfrenada lujuria había puesto los ojos en doña Aldonza, se la quería tomar a su marido Alvar Pérez: así por ventura fueron dos las causas que compelieron a estos caballeros a apartarse del servicio de su rey, y a que de Seron, de donde hacían la guerra en la raya de Aragón, se pasasen al Andalucía, en que tenían muchos parientes y amigos y grande estado. Pretendían con su autoridad y presencia levantar y alborotar aquella provincia, como lo comenzaron a poner por obra; puesto que era grande confianza y osadía, más aina temeridad, atreverse a mover guerra civil en el medio y corazón de un reino tan poderoso.

A esta sazón el rey de Castilla con todo su ejército tenía sitiado un castillo de Aragón junto a la raya de Castilla, que se dice Tebal o Sisamón, como otros dicen. Allí tuvo nueva como estos caballeros, desamparado Seron, se iban al Andalucía; fue luego en pos de ellos. Siguiólos algún tanto, mas no los pudo alcanzar, que se fueron como si huyeran por la posta. Volvióse a encender la guerra con mayor furia que de primero. Tomó el rey de Castilla algunos pueblos de poca importancia; con el mismo ímpetu fue sobre Tarazona, ciudad principal, que está cerca de Navarra; ganóla y entróla por fuerza en 9 de marzo. Los ciudadanos, perdida la parte alta de la ciudad, que era la más fuerte de ella, se dieron a partido, salvas las vidas y hacienda; así los dejaron ir libremente a Tudela. Dijose que esta ciudad la perdieron los aragoneses por culpa del alcaide Miguel de Gurrea, que la pudiera sustentar mucho más tiempo si tuviera mayor corazón y más sufrimiento; así, por entender que no podría descargarse y satisfacer bastantemente a su rey, se pasó con su casa y familia al reino de Navarra. Pobló el rey la ciudad de soldados castellanos y avecindólos en ella; repartióles sus casas, campos y heredades.

El rey de Aragón, después que perdió esta ciudad, no se tenía por seguro dentro de los mismos muros de Zaragoza. Por esta causa con mayor ansia y cuidado que de antes procuró nuevos socorros y ayudas de extranjeros; mayormente que en esta sazón don Juan de la Cerda en el Andalucía fue muerto y desbaratado por el concejo de Sevilla, de cuyas gentes fueron capitanes en aquella batalla Juan Ponce de León, señor de Marchena, y el almirante Gil Bocanegra. Vino de Francia en servicio

del rey de Aragón el conde de Foix y en su compañía muchos caballeros, soldados de fama. El señor de Labrit, su contrario, vino al tanto con un buen número de lanzas a ayudar al rey don Pedro de Castilla. El papa Inocencio envió a España a Guillén, cardenal de Boloña, por su legado para que pusiese paz entre estos dos reinos. Hizo muchas idas y venidas de los unos a los otros con grandísimo trabajo suyo; en fin, concertó treguas por un año y tres meses mientras que algunos grandes trataban medios de paz, para lo cual fue nombrado par parte del rey de Aragón Bernardo de Cabrera, y por el de Castilla Juan Fernández de Hinestrosa. En el entretanto los pueblos que ambas partes ganaran, se pusieron en fieldad y como en tercería en poder del cardenal legado, que puso pena de excomunión contra el primero que quebrase las treguas. Concluyéronse estas pláticas en 18 días del mes de mayo.

En este mes murió en Lisboa don Alonso el Cuarto, rey de Portugal, de edad de setenta y siete años y seis meses; reinó por espacio de treinta y un años, cinco meses y veinte días; fue enterrado su cuerpo en la misma ciudad junto al altar de la iglesia mayor, do sepultaron su mujer doña Beatriz. Sucedióle en el reino su hijo don Pedro, por sobrenombre el Cruel. Un mes antes le había nacido un hijo de doña Teresa, gallega, a quien tenía por amiga, después que su padre hizo matar a doña Inés de Castro. Era doña Teresa mujer muy apuesta; por lo demás ninguna otra gracia tenía porque mereciese ser querida. Llamaron a su hijo don Juan, a quien los cielos tenían determinado de entregar el reino de su padre y abuelos, como se dirá adelante en su debido lugar.

Volvamos a las cosas de Aragón y Castilla. Hechas las treguas, los aragoneses entregaron al cardenal legado los pueblos y fortalezas que tenían de Castilla. Hiciéronlo de mejor gana por ser pocas las que ellos ganaran. El rey de Castilla, si bien consintió en todas las demás capitulaciones, nunca se pudo acabar con él que quisiese sacar de Tarazona los soldados castellanos que nuevamente hizo avecindaren ella. Mientras estas cosas se concluían, fuese a la ciudad de Sevilla para apaciguar las revueltas del Andalucía y juntar una buena armada con que hacer guerra en los pueblos marítimos de Aragón luego que expirase el tiempo de las treguas; la paz, ni la esperaba, ni aún la deseaba. En Sevilla diose tanto a los amores de doña Aldonza Coronel, que en su respeto no hacía ya caso de doña María de Padilla: ¡cuán poco duran las privanzas y favores! ¡Cuán ciega e indómita bestia es un hombre sujeto a sus pasiones! Ningunas dificultades ni trabajos eran bastantes para poder apartar al rey don Pedro de sus deleites y torpezas.

Cansado pues y mohíno el legado de sus cautelas y marañas, le excomulgó y puso en toda Castilla entredicho. Todavía pareció que el legado en esto procedió con más prisa y cólera de la que en tan grave caso se requería; por esta causa el papa le envió a llamar y le hizo salir de España. Todas eran trazas y mañas del rey de Aragón por hacer más odioso al de Castilla y que le tuviesen por un mal hombre, sacrílego y excomulgado, ca pretendía con esta infamia y mala opinión que los de su reino le desamparasen, maña en que ponía más confianza que en su valor y fuerzas. Sucedióle al rey de Castilla otro nuevo disgusto. Tenía en su poder a doña Juana, mujer de su hermano don Enrique. Pedro Carrillo, un caballero criado suyo, tuvo manera para la sacar de Castilla, y la llevó a Aragón y la entregó a su marido. Con esto se acabó de perder la esperanza que de paz podía quedar entre los dos hermanos. Los otros dos, don Fadrique y don Tello, tenían gana de rebelarse. Ninguna otra cosa los detenía para que no se pasasen al de Aragón sino que entendían no les podría dar igual recompensa a los grandes estados que dejaban en Castilla. Esta tardanza en este mismo tiempo fue dañosa y mortal a muchos. Don Fernando de Aragón estaba en esta coyuntura en guarnición de la villa de Jumilla, que él en aquella frontera ganara a los aragoneses; tenía sus tratos secretos con Bernardo de Cabrera; en fin se pasó al rey de Aragón porque se le concedió la procuración del reino y la restitución de su estado; que en tiempo tan apretado y de tanta necesidad nada parecía demasiado. La rebelión de don Enrique y de don Fernando, como dio la vida a los aragoneses, así causó la muerte a los hermanos de ambos, como adelante se verá.

En Cerdeña en estos días las cosas se mejoraban con la muerte de Mateo Doria, que sucedió a

buen tiempo, y el rey de Aragón se concertó con sus sucesores. Mariano, el juez de Arborea, no se acababa de sosegar, puesto que con tan gran pérdida como la de Oria poco se adelantaba su partido.

La mayor parte de Sicilia en este mismo tiempo tenían ocupada las guarniciones y soldados del rey Luis de Nápoles; Palermo y Mesina, dos principales ciudades de aquella isla, eran suyas. Don Fadrique, llamado el Simple, que dos años antes sucedió en aquel reino a su hermano el rey don Luis, era de poca edad, de corto ingenio y menos fuerzas y poder. El título de rey conservaba en sola la ciudad de Catania con cortas esperanzas, a causa que volvía a revivir la parcialidad francesa, y tenía por vecinos a los reyes de Nápoles, y los isleños le eran desleales. Con esto, en tanto grado perdió el ánimo y esperanza de poder defenderse y sustentar su reino, que hizo donación de Sicilia, Atenas y Neopatria a su hermana doña Leonor, mujer del rey de Aragón. De esta donación envió al rey, marido de ella, escrituras públicas y auténticos instrumentos para convidarle y animarle a que le enviase sus gentes y armada con que defender a Sicilia. El rey de Aragón quisiera acudir a su cuñado; más tenía tanto que hacer en su casa con una tan pesada y peligrosa guerra y llena de grandes dificultades, que no pudo ayudar como quisiera a las cosas de Sicilia, que llegaron a término de estar de todo punto perdidas. El esfuerzo y lealtad de don Artal de Alagón, conde de Mistreta y maestre justicier de Sicilia, que hizo rostro a los enemigos y los venció en una batalla en que mató muchos dellos e hizo justicia de algunos del reino culpados, las entretuvo. La deslealtad de otros fue vencida con algunas mercedes que les hicieron; que en fin dádivas todo lo acaban y ablandan.

CAPÍTULO II
DE LAS MUERTES DE ALGUNOS SEÑORES DE CASTILLA

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero a los reyes de Castilla y de Aragón, sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podría decir de ellos; en que se empeñaron de suerte, que no tuvieron empacho de llamar los moros en su ayuda. El rey moro de Granada envió golpe de gente de a caballo en favor del rey de Castilla, con quien meses antes se aviniera. El de Aragón llamó de África al rey de Marruecos para oponerle a su enemigo, balanzar las fuerzas y estar con él a la iguala; acuerdo infame y traza vergonzosa a la religión cristiana. Quejóse gravemente de ello por sus cartas el padre santo Inocencio, y entre otras razones les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase a tanto extremo, que no tuviesen miedo de traer a su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasión en otro tiempo se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del pontífice buena y a buen tiempo; más las orejas los reyes tenían con un exceso de pasión y enojo de tal manera tapadas, que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones.

Los grandes, que seguían la opinión de Castilla, fueron por los aragoneses solicitados y aún persuadidos a que se pasasen a su parte. El primero el infante don Fernando de Aragón; la misma naturaleza inclinaba a que en este riesgo quisiese antes favorecerá su hermano que al rey de Castilla, su primo. Tuvo sus hablas secretas en la villa de Jumilla, que ganara en esta guerra, como se tocó ya, y finalmente, por la buena diligencia y persuasiones de Bernardo de Cabrera se pasó a su hermano el rey de Aragón. No pudieron estar secretos tratos de tan grande importancia; así, en el principio del año de 1358 el maestre de Santiago don Fadrique tomó por fuerza de armas a Jumilla, y la sacó del poder de los aragoneses. Hecho esto, vínose el maestre a Sevilla, y entrado en el alcázar, por mandado del rey, su hermano, delante de sus ojos, fue cruelísimamente muerto por unos ballesteros de maza del rey. Éste fue el premio y mercedes que le hizo por el buen servicio que le acababa de hacer; bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado y que trataba de pasarse a Aragón. Sospecho que este trato debió de venir a noticia del rey, y que por esta causa se le aceleró la muerte.

Luego que fue muerto don Fadrique, se partió el rey a grande prisa a Vizcaya; las manos, que ya tenía tintas en la fraternal sangre, quería en aquella provincia volverlas a ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Sospechólo su hermano don Tello, y huyóse a Francia en un navío, y de allí se fue a Aragón para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien, en su lugar, el cruel rey ejecutase su saña. Ido don Tello, el infante don Juan de Aragón, a quien se debía el señorío de Vizcaya por ser casado con doña Isabel, hija de don Juan Núñez de Lara, y también el rey a la partida de Sevilla se le prometió, le suplicó fuese servido de dársele, pues con la huida de don Tello quedaba sin dueño y desamparado. El rey, o porque le apretó mucho con esta demanda, o por saber que era de acuerdo con los demás grandes que se eran pasados a Aragón, en Bilbao, do a la sazón estaban, le hizo matar a sus maceros; y aún escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de jabalina que le dio con su propia mano: abominable crueldad. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caído en la plaza, dijo a muchos vizcaínos que lo miraban: *«Veis ahí a vuestro señor y al que demandaba el estado de Vizcaya.»* Mandóle después llevará Burgos; más ni le dio sepultura ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, antes por mandado del rey lo echaron en lo profundo del río, que nunca más pareció; con esto echó el sello y acabó de suplir lo que a un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su primo hermano, tan malamente muerto.

Con la misma furia a la reina doña Leonor, su tía, madre del infante, y su infelicísima mujer doña Isabel, las hizo prender en Roa y llevarlas desde allí presas al castillo de Castrojeriz. Prosiguióse por todo el reino una grande carnicería, y de diversas partes le trujeron a Burgos seis cabezas

de caballeros principales, que fueron para él un espectáculo tan grato y apacible cuanto era horrendo y miserable a los hombres buenos que le miraban. Tenía también determinado de matar otros muchos en Valladolid, si no se lo estorbara la entrada que repentinamente hicieron en Castilla don Enrique y el infante don Fernando. Don Enrique destruía y asolaba la tierra de Campos, de Soria y Almazán; don Fernando hacía cruel guerra en el reino de Murcia. A entrambos incitaba el justo sentimiento de la muerte de sus hermanos, y el grave dolor que su memoria les causaba los encendía en cólera y deseo de vengarlos y satisfacerse con las armas. El rey de Castilla, con miedo de la entrada que estos caballeros hicieron en su reino, se fue al Burgo de Osma para proveer lo necesario a esta guerra. De allí, en el principio del mes de julio, envió un ballestero de maza al rey de Aragón a quejarse porque le había rompido malamente la tregua, y faltando a su verdad hacía que sus gentes le entrasen en su tierra estando él descuidado y desapercebido con la seguridad de su palabra. A esto respondió el rey de Aragón que él era forzado a tomar las armas por el desafuero que él le hacía en no cumplir las condiciones de las treguas, demás que con la toma de la villa de Jumilla él primero las quebrara. Que cualquiera de ellos fuese el culpado, era cosa muy inhumana e injusta que pagase sus disgustos la sangre inocente de tantas gentes. Que sería mejor que estas diferencias se acabasen por combate de veinte con veinte, o cincuenta con cincuenta, o ciento con ciento. En esta forma el rey de Aragón desafió al de Castilla con grandes amenazas y palabras de mucha confianza.

Su enemigo, como quier que era más poderoso y de grande corazón, ningún caso hizo de sus fieros y desafío. Envió a don Gutierre Gómez de Toledo, a quien pocos días antes dio el priorato de San Juan, a que pusiese cobro en las cosas del reino de Murcia; a otros despachó a diversas partes, según que le pareció convenía a la buena administración de la guerra. Él se partió a gran prisa a Sevilla; tenía allí puesta en orden una armada de doce galeras, con las cuales se juntaron otras seis que vinieron de Génova. Con esta flota se determinó correr toda la costa del reino de Valencia, acometer y dar un tiento a las villas y ciudades marítimas. Fueron sobre Guardamar, villa del infante don Fernando, que ganaron por fuerza de armas. No se tomó el castillo, porque sobrevino súbitamente una borrasca tan furiosa, que dieron las galeras al través en tierra y las hizo pedazos; solamente escaparon dos que por buena suerte se acertaron a hallar en alta mar. Con tan grande y no pensado infortunio el fiero y soberbio corazón del rey no desmayó ni se quebrantó, antes quemó el pueblo y las galeras destrozadas, y levantado el ejército, se fue por tierra a Murcia. Dende a pocos días que llegó a aquella ciudad envió a Sevilla a Martín Yañez, privado suyo, con orden que hiciese labrar otra nueva armada; y él, juntado que tuvo de todas partes su ejército, se partió para Almazán, do tenía muchos hombres de armas.

Entró por aquella parte en las tierras de su enemigo; ganóle algunas villas y castillos, así de los que tenían los aragoneses en Castilla como otros del reino de Aragón, y principalmente se hizo cruel guerra en el estado de don Tello. En fin del otoño se volvió el rey a Sevilla con intento de, en pasando el invierno, juntar una grande flota y hacer la guerra por el mar, ca le parecía que se haría de esta manera mayor daño al enemigo. Para este efecto su tío el rey de Portugal le envió diez galeras, y tres el de Granada.

Este año fue señalado por el nacimiento de doña Leonor, hija del rey don Pedro de Aragón, y de don Juan, hijo de don Enrique, los cuales tenía Dios determinado que se ayuntasen en matrimonio y heredasen los reinos de Castilla. Nació doña Leonor en 20 días del mes de febrero, y don Juan asimismo en 20 del mes de agosto. En este mismo año en las Cortes de Valencia se estableció que los años no se contasen como solían por la era de César, sino por el nacimiento de Cristo.

En el principio del año siguiente de 1359 el rey de Aragón puso cerco sobre Medinacelí, pueblo puesto en los confines de los antiguos celtíberos, carpetenos y arevacos, que en tiempo antiguo fue una grande ciudad, más en este solo era una mediana villa, empero fuerte por su sitio natural y por tener dentro buena guarnición de gente, que la defendió valerosamente, tanto, que fue forzado el aragonés a volverse a Zaragoza sin empecerles ni dejar hecha cosa que fuese de mucha considera-

ción ni momento. Estaba el rey de Castilla para ir a socorrer a Medinacelí, cuando tuvo aviso que era llegado a Almazán el cardenal Guido de Boloña, legado del papa Inocencio. Dióle el rey audiencia en esta villa; el legado de parte del papa le dijo que sentía tanto el padre santo hubiese guerra entre él y el rey de Aragón, y le tenía puesto en tan gran cuidado, que si no fuera por su mucha edad y por otros gravísimos negocios de la Iglesia que se lo estorbaron, él mismo en persona viniera a poner paz entre ellos y hacerlos amigos. Que los reyes de Castilla siempre fueron columna de la Iglesia, amparo y defensa, no solamente de España, sino de toda la cristiandad; pero que visto como al presente, olvidado de todo punto de la guerra de los moros, se ocupaba en hacerla a un príncipe cristiano, vecino y pariente suyo, no podía dejar de recibir grandísima pena y dolor. Que cuando saliese con la victoria, antes ganaría odio e infamia que honra ni provecho alguno. Que a ambos con paternal amor les rogaba, y de parte de Dios les amonestaba que tantas gentes, tesoros y armas los empleasen contra los enemigos de nuestra santa fe; si así lo hiciesen, su divina Majestad les daría en las manos muy honradas y señaladas victorias como las alcanzaron sus antepasados, esclarecidos reyes.

Respondió a esto el rey que se recelaba de pláticas de paz por causa que el rey de Aragón le engañó ya una vez con color de ella y muestra de querer amistad. Así, que estaba de terminado y con entera resolución de no venir en concierto m acuerdo alguno, si no fuese que ante todas cosas echase de su reino los castellanos forajidos y restituyese a la corona de Castilla las ciudades de Orihuela y Alicante y otros pueblos de aquella comarca, que en el tiempo de las tutorías de su abuelo el rey don Femando los aragoneses, contra razón y justicia, usurparon; demás que por los gastos hechos en esta guerra, el rey de Aragón le contase quinientos mil florines. El legado, oído lo que decía el rey, fue a verse con el de Aragón; llevaba alguna esperanza de poderlos concertar, pues se comenzaba a hablar en condiciones. El rey de Aragón, oída la demanda, se excusaba y acusaba al enemigo, como es ordinario. Decía que el de Castilla fue el primero que sin justa causa movió la guerra; que no era cosa razonable ni se podía sufrir le pidiese y él diese lo que heredó de sus padres y abuelos; ni tampoco a él le sería bien contado si menoscabase o enajenase parte alguna desus reinos. Que este pleito en otro tiempo se litigó ante jueces árbitros, y oídas las partes, pronunciaron sentencia en favor de Aragón. Sin embargo, para mayor satisfacción y dar a todo el mundo a entender su justicia, él dejaría esta causa de nuevo en las manos del padre santo.

Gastábase el tiempo en demandas y respuestas sin concluirse nada. Era lástima grande ver cómo estas dos nobles naciones corrían furiosamente a su perdición, sin que nadie los pudiese reparar ni poner en paz ni fuese siquiera parte para hacerles sobreseer la guerra con algunas treguas. Si hablaban en ellas, el rey de Castilla se excusaba con las grandes expensas y gastos hechos en juntar una gruesa armada que tenía a la cola y aprestada para acometer las tierras marítimas de Aragón.

CAPÍTULO III
QUE LA ARMADA DE CASTILLA HIZO GUERRA EN LA COSTA DE ARAGÓN

Dejadas pues las pláticas de paz, volvió a encruelecerse la guerra, renováronse las muertes y crecieron los odios. El rey de Castilla, estando en Almazán, procedió contra el infante don Fernando y contra los dos hermanos don Enrique y don Tello; y aunque ausentes, por sentencia que pronunció contra ellos los declaró por rebeldes y enemigos de la patria. Con esto se acabó de perder la poca esperanza que les restaba de que se podrían concordar, mayormente que el rey hizo matar en la prisión a la reina doña Leonor; hecho sin duda cruel y detestable, puesto que fuera muy culpada y mereciera muchas muertes. Tanto mayor inhumanidad y fiereza lavar la culpa de los hijos con la sangre de su madre, sin tener respeto a que era mujer, reina y tía suya. Doña Juana y doña Isabel de Lara, hermanas y señoras de Vizcaya, le fueron compañeras en este último trabajo. Doña Juana fue llevada a Sevilla, donde pocos días después la hizo morir; a doña Isabel la mandó llevar con la reina doña Blanca, que en el mismo tiempo la hizo pasar del castillo de Sigüenza, en que la tenía presa, a Jerez de la Frontera, que fue dilatar la muerte de ambas por pocos días. La culpa de sus maridos, don Tello y don Juan de Aragón, descargó sobre las que en nada le erraron; así iban los temporales.

Estaba el corazón del rey tan duro y obstinado, que ningún motivo, por tierno y miserable que fuese, era poderoso para hacerle enternecer o ablandar; parecía que le cegaba la divina justicia para que no huyese el cuchillo de su ira, que tenía ya levantado para descargarle sobre su cruel cabeza. Con todo eso no dejaba de importunar con ruegos y plegarias a los santos patrones del reino que Dios tenía ya para otro guardado. Hacía estos votos al tiempo que se quería embarcar en la armada que tenía aprestada en Sevilla, en que se contaban cuarenta y una galeras y ochenta naves tan bien abastecidas y municionadas y con tanta caballería y gente de guerra, que era para poderse con ella intentar cualquier grande empresa. Defendieron esta vez el reino de Aragón y le libraron los ángeles de su guarda y la concordia grande que hubo entre los aragoneses. Fueron adelante siete galeras a las islas de Mallorca y Menorca, descubrieron en el camino una gran carraca de venecianos, y la tomaron, no con otro mejor derecho, sino porque se puso en defensa. Llevada a Cartagena, para que del todo este agravio no tuviese excusa ni descargo, el codicioso y hambriento rey le tomó muchas y muy ricas mercadurías de que venía cargada. El resto de la armada fue sobre Guardamar, y ganó la villa y castillo por combate. Desampararon los aragoneses a Alicante por no se sentir con las fuerzas y municiones que eran menester para poder defender aquella plaza. Iban en esta flota con el rey el almirante don Gil Bocanegra, el maestre de Calatrava y Diego González, hijo del maestre de Alcántara don Gonzalo Martínez, y otros muchos grandes y señores de todo el reino.

Don Gutierre de Toledo, prior de San Juan, quedó para con buen número de caballeros y soldados guardar estos pueblos que se ganaron; con lo demás de la armada se fue el rey a Tortosa; salió el cardenal legado de aquella ciudad, y se vio con él en su galera a la boca del río Ebro. Dióle un tiento para el negocio de la paz, que fue tan sin fruto como las veces pasadas. De allí se fue la vuelta de Barcelona, surgió en aquella playa en 19 días del mes de mayo. Halló en ella doce galeras de Aragón, acometió por dos veces a tomarlas, no lo pudo hacer ni dañarlas mucho por estar muy llegadas a la tierra, con que los ciudadanos con grande gallardía las defendieron. Burlado pues de su intento, partió con la flota para las islas que por allí caen, aportó a la de Ibiza; un lugar que tiene del mismo nombre, aunque fue reciamente combatido con tiros y máquinas de guerra, por estar en un sitio muy fuerte, no pudo ser tomado.

En el entre tanto el rey de Aragón juntó con mucha presteza una armada de cuarenta galeras de los puertos más cercanos a Barcelona, pasó con ella a Mallorca con deliberación de pelear con la armada de Castilla. En esta isla se quedó el dicho rey por grandes importunaciones de sus caballeros, que le suplicaron no quisiese arriscar su persona y con ella el bien y salud del reino ni ponerlo

todo al riesgo y trance de una batalla. Movido con sus ruegos, envió a Bernardo de Cabrera, su almirante, y al vizconde de Cardona con orden que peleasen con la flota del enemigo, que con estas nuevas, levantado de sobre Ibiza, era ido a Calpe con la misma resolución de pelear. La armada de Aragón se entró en la boca del río que desagua en el mar junto a Denia; pienso es el río Júcar, que corre por aquella comarca. Ambas flotas daban muestra de tener gran deseo de la batalla; el recelo era no menor; así quedó por todos el venir a las manos. Con esto se fue en humo todo aquel ruido y asonadas de guerra tan bravas. El aragonés se recogió a Barcelona en 29 días de agosto. El rey de Castilla desde Cartagena envió su armada a Sevilla, y él se partió por tierra a Tordesillas por ver a doña María de Padilla, que en aquella villa le parió un hijo, por nombre don Alonso. El contento que el rey tuvo por su nacimiento, muy grande, le duró muy poco, y se le volvió en pesar con su temprana muerte. A don Garci Álvarez de Toledo, que ya era maestre de Santiago después de la muerte de don Fadrique, le encargó el rey la crianza de este niño y le hizo su ayo.

En las faldas del monte Cauno, que hoy se llaman las sierras de Moncayo, se extienden los campos de Araviana, bien nombrados y famosos en España por la lastimosa muerte que en tiempos antiguos sucedió en ellos de los siete nobilísimos hermanos, llamados los infantes de Lara. En estos campos don Enrique y su hermano don Tello, con setecientos aragoneses de a caballo que llevaban, se encontraron con los capitanes de la frontera de Castilla. Venidos a las manos, pelearon muy esforzadamente; fueron los de Castilla vencidos y desbaratados; quedaron tendidos en el campo al pie de trescientos hombres de armas, y muertos y presos muchos y muy nobles caballeros. Entre los otros fue muerto su capitán Juan Fernández de Hinestrosa, y don Fernando de Castro se escapó a uña de caballo; diose esta batalla en el mes de septiembre. El pesar y enojo que el rey de Castilla recibió por este desmán fue tal, que como fuera de sí y furioso por vengar su ira y hartar su corazón, mandó matar a dos hermanos suyos que tenía presos en Carmona, a don Juan, que era de dieciocho años, y a don Pedro, que no tenía más de catorce, sin que le moviese a piedad la buena memoria de su padre el rey don Alonso, ni a misericordia la inocencia y tierna edad de dos inculpables hermanos suyos; ningún afecto blando podía mellar aquel acerado pecho. Asombró esta crueldad a todo el reino; hízose el rey más aborrecible que antes; refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes y señores principales como sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, ejecutó en pocos años un solo hombre, o por mejor decir, una carnicera, cruel y fiera bestia, tan bárbara y desatinada, que no tuvo miedo de en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad, piedad, religión y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones, nadie se tenía por seguro, no había conciencia tan sin mancha ni reprensión que no temiese cualque castigo de lo que ni por pensamiento le pasaba. Visto pues el grande peligro en que tenían sus vidas en Castilla, muchos prudentes y nobles caballeros se determinaron de asegurarlas en el reino de Aragón, escarmentados en tanto número de cabezas de hombres señalados.

No faltó en estos días otra ocasión en que el rey mostrase la dureza de su injusto pecho. Tuvo aviso que doce galeras venecianas habían de pasar forzosamente el estrecho de Gibraltar. Envió veinte galeras para que las aguardasen y prendiesen en el estrecho. Quiso su suerte que al tiempo que pasaban se levantase una recia tempestad; no fueron vistas de las galeras de Castilla, y así se libraron del peligro y daño que les tenía aparejado. Parecía que deseaba tener nueva ocasión de hacer guerra a los venecianos, no con más justa causa de que quería con otra nueva maldad irritar aquella señoría, a quien poco antes tenía agraviada con la toma de la carraca de sus mercaderes.

Grande porfía y trabajo puso el cardenal legado para que se volviese a tratar de paz, como se hizo en el principio del año de 1360. Enviáronse de ambas partes sus embajadores con poderes cumplidos para poderla efectuar con cualesquier capitulaciones. Estuvieron cerca de concordarse. Blandeaba el de Castilla a causa que en la batalla de Araviana faltaron muchos caballeros castellanos, otros cada día se pasaban al rey de Aragón; entre los demás fueron Diego Pérez Sarmiento, adelantado mayor de Castilla, y Pedro de Velasco, no menos noble y rico que el Adelantado. Andaban las

pláticas de la paz, pero ni en Tudela ni en Saduna, donde poco después se volvieron o juntar los comisarios para tratar de las paces, no se concluyó ni hizo nada. Los aragoneses con los buenos sucesos se hallaban más animados; el rey de Castilla con las pérdidas y desastres aún no perdía del todo su primera fiereza, no obstante que por faltarle tantos amparos y amigos, andaba dudoso sin saber a qué parte se arrimar. Vacilaba entre los pensamientos de paz y de la guerra, no sabía de quién fiarse; así cada día mudaba los capitanes y otros oficiales. En este miserable estado se hallaba este rey, bien merecido por su sangrienta y terrible condición.

CAPÍTULO IV
DE LA MUERTE DE LA REINA DOÑA BLANCA

De tal manera andaban los tratos de la paz, que en el interín no se alzaba la mano de la guerra; antes hacían nuevas compañías de soldados, buscaban dineros, pedían socorros extranjeros, y en todo lo al se ponía gran diligencia, especialmente de parte del rey de Aragón, que el de Castilla principalmente cuidaba y se ocupaba en vengarse y hacer castigos en sus nobles. Con este pensamiento partió de Sevilla para León por prender a Pero Núñez de Guzmán, adelantado mayor de León. No salió con su intento a causa que el adelantado fue avisado por un escudero suyo de la venida del rey y se huyó a Portugal. Después de esto, un día que Per Álvarez Osorio comía en León con don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, de quien era convidado, por orden del rey le mataron allí en la mesa dos ballesteros de maza suyos, sin que el maestre supiese cosa alguna de este hecho. Pasó de León a Burgos; allí con semejante crueldad hizo matar al arcediano Diego Arias Maldonado, sin tener respeto a su dignidad y sagrados órdenes; causáronle la muerte unas cartas que recibió del conde don Enrique.

A otros muchos a quien él quería matar dio la vida la repentina entrada que los aragoneses hicieron en Castilla. Debajo la conducta de los hermanos don Enrique y don Tello y del conde de Osona entraron con gran furia por la Rioja, y ganaron la villa de Haro y la ciudad de Nájera, donde dieron la muerte a muchos judíos por hacer pesar al rey que los favorecía mucho por amor de Simuel Levi, su tesorero mayor. Hízose otrosí gran matanza en los pueblos comarcanos y gran estrago en los campos y heredades; con este ímpetu llegaron los pendones de Aragón hasta el lugar de Pancorvo. La ciudad de Tarazona volvió en estos días a poder de los aragoneses por entrega que hizo de ella el alcaide y capitán a quien el rey de Castilla la tenía encomendada, que se llamaba Gonzalo González de Lucio; pienso que la entregó por algún miedo que tuvo de su rey o con esperanza de mejorar su hacienda.

El rey de Castilla, juntado su ejército, fue en busca de sus enemigos, que tenían sus estancias en Nájera; asentó sus reales junto a Azofra, pueblo pequeño y de poca cuenta. En este lugar un clérigo de misa y de buena vida, así fue fama, vino de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y dijo al rey que corría grande peligro que su hermano don Enrique le matase, porque Dios estaba con él muy airado, que esto se lo mandó decir el bienaventurado santo Domingo de la Calzada, que le apareció en sueños en una soberana figura y representación más que humana. Costóle la vida su embajada, ca el rey le hizo quemar públicamente en los reales; muchos dudaron si con razón o sin ella. Levantó el rey su ejército de Azofra, y mandó marchar para Nájera; llegado junto a la ciudad, salieron a él los enemigos; tuvieron un bravo rencuentro en que fueron desbaratados los de Aragón, ycon mucho daño y pérdida los compelieron a volver las espaldas y huirse a la ciudad. Pudieran ser tomados a manos dentro de ella, si no fuera por el poco seso y menos cordura del rey, que no quiso creer los saludables consejos de los que eran de parecer los cercasen. Parecióle que bastaba haberlos forzado a que huyesen y se encerrasen dentro de los muros de la ciudad. Dende a dos o tres días los aragoneses desampararon a Nájera y Haro, y metió el rey en ellas buenas guarniciones de soldados.

Puesto buen recaudo en aquella frontera, se volvió a Sevilla; trató e hizo con el rey de Portugal en esta sazón que se entregasen el uno al otro los caballeros que andaban huidos en sus reinos. Asiento en que quebrantaron su palabra y fe pública, alteraron la costumbre de los príncipes y violaron el derecho de las gentes, que fue causa de otras nuevas muertes. Mató el rey de Portugal a un Pero Cuello y a otro cierto escribano, llamado Álvaro, porque se le acordaba que estos por mandado de su padre dieron la muerte a su amiga doña Inés de Castro. Tuvo mejor dicha Diego López Pacheco, que era uno de los que la ejecutaron, que fue avisado y tuvo lugar de huirse a don Enrique; el cual después por los buenos servicios que le hizo, le dio un buen estado en Castilla, y fue en ella el fundador y cabeza de la casa de los Pachecos, rica y noble entre los grandes de España. Otros caba-

lleros entregaron al rey de Castilla, que luego los hizo matar en Sevilla. Uno de ellos fue el adelantado de León Pero Núñez de Guzmán, otro Gómez Carrillo, que le cortaron la cabeza en una galera en que por orden del rey iba desde Sevilla a Algeciras con recados fingidos y cartas para que le recibiesen por alcaide y capitán de aquella ciudad. Quería el rey mal a este caballero, y se recelaba de él porque un año antes le había tomado a su hermano Garci Laso Carrillo su mujer doña Mari González de Hinestrosa, por lo cual se fue a Aragón el marido a servir a don Enrique. La mala conciencia hace a los hombres sospechosos, y por el miedo, crueles y sanguinarios. Asimismo en la villa de Alfaro hizo descabezar en la prisión a un caballero que era su repostero mayor, por nombre Gutierre Fernández de Toledo, cuya muerte fue muy llorada en todo el reino, porque era un muy buen caballero y de loables costumbres. El rey, por evitar el odio que le podía causar la muerte no merecida de un caballero tan bienquisto, fingió algunas causas porque lo mandó matar, la principal que se inclinaba al partido de don Enrique; más a la verdad, su culpa fue decirle con ánimo libre y fiel las cosas que le cumplían, ca semejante libertad no puede dejar de ser peligrosísima con los malos príncipes; lo más seguro es adularlos. La lisonja aún con los buenos reyes se puede usar sin peligro; esto hace que en los palacios de los príncipes crezca en tan gran número este perverso linaje de gente aduladora, y que de ninguna cosa haya mayor mengua que de hombres que con lealtad y sano pecho digan la verdad y adviertan de lo que importa.

Sabida la muerte de Gutierre de Toledo por sus sobrinos Gutierre Gómez de Toledo, prior de San Juan, y Diego Gómez, su hermano, hubieron mucho miedo y enojo, y se fueron a Aragón. Al arzobispo de Toledo don Vasco compelió el rey a que a la hora saliese desterrado del reino. Diósele tanta prisa, que no le concedieron tiempo para tomar otro vestido ni llegar a su cámara a sacar un breviario, sino que súbitamente como le halló el mensajero oyendo misa, fue forzado dejar a Toledo y partirse su camino, no por otro delito más de haber, como era razón, sentido mucho la muerte de su hermano Gutierre Fernández. Fuese este prelado a Coimbra, donde en un monasterio de los Predicadores acabó santamente su vida e injusto destierro; después pasados algunos años, se trasladó su cuerpo a la iglesia mayor de Toledo. Muchos a este arzobispo le llamaron don Blas, que me pareció advertir, porque la variedad del nombre, como otras veces suele, no cause engaño. Ordenó su testamento en Coimbra, luego el año siguiente a 20 de enero, en que dice que quiere ser sepultado delante del altar de nuestra Señora del Coro de la iglesia de Toledo junto a la sepultura de don Gonzalo, obispo albanense y cardenal, y así se hizo. De aquí se saca que el cardenal don Gonzalo solamente estuvo depositado en Roma, como lo reza su lucillo de Santa María la Mayor en la letra que de suso queda puesta. Parece renunció don Vasco el arzobispado luego que le desterraron, pues se halla que aquel mismo año entró en su lugar don Gómez Manrique, hijo de Pedro Manrique, señor de Amusco y de Avia, y hermano de Garci Fernández Manrique, adelantado de Castilla, cepa y tronco de los duques de Nájera y de otras casas de Castilla de aquel apellido de Manrique. Fue don Gómez Manrique obispo de Palencia, y al presente lo era de Santiago. Sucedióle luego en aquella iglesia de Santiago don Suero Gómez de Toledo, sobrino de don Vasco; que debió ser manera de permuta y recompensa que se le hizo por la iglesia de Toledo que dejaba.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Aragón envió cuatro galeras muy bien armadas de soldados y municiones y abastecidas de todo lo demás en socorro del rey de Tremecén, con quien estaba aliado. Encontraron con ellas cinco galeras de Castilla, que las rindieron y llevaron a Sevilla. Allí los más de los soldados aragoneses por mandado del rey don Pedro fueron muertos en compañía de su capitán Mateo Mercero, sin tener memoria ni hacer caso de los buenos servicios que este caballero hizo antes en el cerco de la ciudad de Algeciras.

Era tesorero mayor del rey Simuel Levi, que administraba a su albedrío las rentas y patrimonio real, con que juntó las grandes riquezas, y alcanzóla mucha privanza y favor, que al presente le acarrearon su perdición. Hiciéronle diversos cargos, de que resultó echarle en la cárcel y ponerle a cuestión de tormento, tan bravo, que por no le poder sufrir rindió el alma. Apoderóse el rey de todos

sus bienes, que en tiempo de mal príncipe el derecho del fisco nunca suele ser malo. Llegaban al pie de cuatrocientos mil ducados, otros dicen más, sin los muebles y joyas, paños de oro y seda; cosa maravillosa que un judío juntase tantas riquezas, y que no pudo ser sin grave daño del reino.

Al fin de este año Mahomad Lago, rey de Granada, fue echado del reino por una conjuración que contra él hicieron sus vasallos. Levantaron por rey a un arráez, pariente suyo, por nombre Mahomad Aben Alhamar, a quien por el color de la barba y cabellos llamaban vulgarmente el rey Bermejo; decían que de derecho le venía a este el reino, por decender de la sangre real de los primeros reyes de Granada. De aquí sucedieron nuevas guerras; el rey de Castilla era amigo y aliado del rey desposeído, el cual se huyera a Ronda, que era entonces del rey de Marruecos. Sintió el de Castilla el trabajo de su amigo Mahomad, y propuso de favorecerle. Por el contrario, el nuevo rey buscaba por todas partes socorros y ayudas de que valerse, y estaba muy inclinado a la parte del de Aragón, lo cual le vino a costar la vida. Principalmente ayudó a su perdición el llamar de África al rey Abohanen para que viniese a hacer guerra en España.

En el fin de este año asimismo doña Costanza, hija del rey de Aragón, fue desde Barcelona enviada a Sicilia para que casase con el rey don Fadrique, a quien su padre la tenía otorgada. Era capitán de la armada en que la llevaron Olfo Procitah, gobernador de la isla de Cerdeña por el rey de Aragón. Celebráronse las bodas en la ciudad de Catania a 11 días del mes de abril del año siguiente de 1361, desde el cual tiempo las cosas de aquella isla comenzaron a ponerse en mejor estado. Los enemigos napolitanos parte de ellos fueron vencidos, y parte echados del reino; de este matrimonio nació doña María, que fue después reina de Aragón, y llevó en dote el reino de Sicilia. Finalmente, en Castilla se hicieron paces por la buena diligencia del cardenal legado, no con ánimos sinceros, ni se entendía que serían durables. Los capítulos de ellas: que se restituyesen los unos a los otros los pueblos que se tomaron durante la guerra; que los forajidos de Castilla fuesen echados de Aragón, a tal que el rey de Castilla los perdonase. En la villa de Deza, do el rey de Castilla tenía sus reales, se publicaron estas paces a voz de pregonero en 18 días del mes de mayo. Ayudó mucho a que esta concordia se asentase el miedo grande de la guerra que el rey de Granada entonces hacía a Castilla.

Para mayor firmeza de esta paz acordaron que de ambas partes se diesen rehenes que estuviesen en fieldad en poder del rey Carlos de Navarra, que en aquella sazón se hallaba en Francia de partida para España, con mucho contento y regocijo que tenía por un hijo que le naciera de la reina, su mujer, que se llamó Carlos. Gobernaba en el entre tanto el reino de Navarra su hermano don Luis. Hecha la paz, el rey de Aragón se partió de Calatayud para Zaragoza, el de Castilla a Sevilla, don Enrique y sus hermanos acordaron conformarse con el tiempo y retirarse a Francia, escalón y camino para hacerse pujantes y para hacer temblar a Aragón y Castilla y renovarse la guerra con mayor furia y obstinación que antes.

Los trabajos y desdichas de la reina doña Blanca movían a compasión a muchos de los grandes de Castilla, y los obligaban a que tratasen de juntar sus fuerzas y armas para ampararla. No se le pudieron encubrir al rey estos pensamientos; cobró por esto mayor odio a la reina, como si fuera ella la causa de tan grandes guerras y debates. Parecióle que, quitada de por medio, quedaría libre él de este cuidado. Hízola morir con hierbas que por su mandado le dio un médico en Medina Sidonia en la estrecha prisión en que la tenían, tanto, que no se le permitía que nadie la visitase ni hablase; abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar a su propia mujer, moza de veinticinco años, agraciada, honestísima, inocentísima, prudente, santa, de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia. No hay memoria entre los hombres de mujer en España a quien con tanta razón se le deba tener lástima como a esta pobre, desastrada y miserable reina. De muchas tenemos noticia que fueron muertas y repudiadas de sus maridos; pero por alguna culpa o descuido suyo, a lo menos que en algún tiempo tuvieron algún contento y descanso, con cuya memoria pudiesen tomar algún alivio en sus trabajos. En la reina doña Blanca nunca se vio cosa por que mereciese ser sino muy estimada y querida. Sin embargo, no amaneció para ella un día alegre, todos para ella

fueron tristes y aciagos. El primero de sus bodas fue como si la enterraran. Luego la encerraron, luego la desecharon, luego la enviaron, no gozó sino de calamidades, pesares y miserias. Quitáronle sus damas y criados, privaba su émula; ¿quién en tales trances la podía favorecer? Todo socorro y alivio humano estaba muy lejos.

«Mas a ti, rey atroz, o por mejor decir, bestia inhumana y fiera, la ira e indignación de Dios te espera, tu cruel cabeza con esta inocente sangre queda señalada para la venganza. De esas tus rabiosas entrañas se hará a aquel justo y contra ti severo Dios un agradable y suave sacrificio. La alma inculpable y limpia de tu esposa, más dichosa en ser vengada que con tu matrimonio, de día y de noche te asombrará y perseguirá de tal guisa, que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni el miedo del peligro, ni la razón y cordura de tu locura y desatino te aparten ni enfrenen para que fuera de seso no aumentes las ocasiones de tu muerte, hasta tanto que con tu vida pagues las que a tantos buenos y inocentes tienes quitadas.»

Es fama, y autores fidedignos lo dicen, que, andando el rey a caza junto a Medina Sidonia, le salió al camino un pastor con traje y rostro temeroso, erizado el cabello y la barba revuelta y encrespada, y le amenazó de muerte si no tenía misericordia de la reina doña Blanca y hacía vida con ella. Añaden que los que envió el rey con gran diligencia para averiguar si le enviara la reina, la hallaron hincada de rodillas, que hacía sus castas y devotas oraciones, y tan encerrada y guardada de los porteros, que se perdió toda la sospecha que se podía tener de que ella le hubiese hablado. Confirmóse mucho más la opinión que comúnmente se tenía de que fue enviado por Dios, con que después que soltaron al pastor de la prisión en que le echaron, nunca jamás pareció ni se supo qué se hiciese de él.

Doña Isabel de Lara, hija de don Juan de Lara, fue al tanto muerta con hierbas que le dieron en la prisión en que en Jerez la tenían. Un historiador, que fue y se llama el despensero mayor de la reina doña Leonor de Castilla, en unos *Comentarios* que escribió de las cosas de su tiempo que pasaron los años adelante, dice que la muerte de doña Blanca sucedió en Ureña, villa de Castilla la Vieja cerca de la ciudad de Toro; creo que se engañó.

CAPÍTULO V
DE LA MUERTE DEL REY BERMEJO DE GRANADA

De esta manera con la sangre de inocentes los campos y las ciudades, villas y castillos, y los ríos y el mar, estaban llenos y manchados; por donde quiera que se fuese se hallaban rastros y señales de fiereza y crueldad. Qué tan grande fuese el terror de los del reino, no hay necesidad de decirlo; todos temían no les sucediese a ellos otro tanto, cada uno dudaba de su vida, ninguno la tenía segura. Esta común tristeza en alguna manera se alivió con la muerte de doña María de Padilla; dio fin a sus días en Sevilla entrado el mes de julio; si no se hubiera manchado con la deshonesta amistad que tuvo con el rey, mujer, por lo demás, digna de ser reina por las grandes partes de que Dios, así en el alma como en el cuerpo, la dotó. El cuerpo de la reina doña Blanca fue depositado algunos años adelante en el sagrario de la iglesia mayor de Tudela por los caballeros franceses que vinieron en ayuda del conde don Enrique, ca tenían intento de llevarla después a enterrar en Francia en los sepulcros de sus antepasados. El entierro y exequias de doña María se hicieron en todas las ciudades y villas del reino con aquella majestad, lutos, pompa y aparato como si fuera la legítima y verdadera reina de Castilla. Llevaron su cuerpo a enterrar a Castilla la Vieja al monasterio de Santa María de Estudillo, que ella a sus expensas edificara. En la ciudad de Toledo, en el monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real, que es de la orden de los Predicadores, hay tres sepulcros, el uno es de doña Teresa, dama que fue de la reina madre del rey don Pedro, de la cual debajo de la palabra de casamiento hubo una hija, que se llamó doña María, que fue muchos años priora de este monasterio, y está enterrada en el segundo sepulcro; en el tercero están enterrados don Sancho y don Diego, hijos asimismo del rey don Pedro, habidos en una doña Isabel, de quien no se tiene noticia cuya hija fuese ni de qué calidad y linaje. A la verdad no había mujer alguna tan casta ni tan fortalecida con defensas de honestidad y limpieza y todo género de virtudes, que tuviese seguridad de no caer en las manos de un rey mozo, loco, deshonesto y atrevido. No podían estar tan en vela los maridos, padres y parientes, que bastasen a poderle escapar la que él de veras una vez codiciaba; todo lo sobrepujaba y vencía su temeridad y desvergüenza grande.

Por este tiempo el rey de Portugal declaró pública y solemnemente en Lisboa que los hijos que arriba dijimos hubo en doña Inés de Castro eran legítimos y de legítimo matrimonio, y como tales eran capaces para poder heredar el reino. Presentó por testigos del matrimonio clandestino que con ella contrajo a don Gil, obispo de la Guardia, y a Esteban Lovato, su guardarropa mayor; con solemnes juramentos el rey y los testigos confirmaron ser así verdad como lo decían. Estuvieron presentes a esta declaración los nobles del reino, y entre ellos don Juan Alfonso Tello, conde de Barcelos, a quien el año antes diera aquel título en la misma ciudad de Lisboa con grande fiesta y regocijo de todo el pueblo. Estos títulos se usaban muy poco en España, y en Portugal hasta entonces nunca jamás. En nuestros tiempos son innumerables los condes, marqueses y duques que hay; vicio y corrupción de nuestra humana condición es desechar y menospreciar las cosas antiguas, y llenos de admiración irnos embelesados tras las nuevas.

En el entretanto la guerra de Granada con grande ahínco y enojo de ambas partes se proseguía. Juntáronse en Castilla muchas compañías de todo el reino y entraron por las tierras de los moros haciéndoles grandes daños. Cercaron la ciudad de Antequera, a quien los antiguos llamaron Singilia; no la pudieron tomar por ser plaza muy fuerte y tener dentro buena guarnición de valientes moros que se la defendieron. Talaron la vega de Granada, y sin hacer cosa señalada se volvieron a Castilla. Pocos días después entraron en el adelantamiento de Cazorla seiscientos moros de a caballo y hasta dos mil peones, que hicieron una buena presa de cautivos y ganados. Sabido esto por los caballeros de la ciudad de Jaén y de los pueblos de su comarca, se apellidaron contra ellos, y les quitaron toda la presa con muerte de muchos de ellos y prisión de otros, los demás se pusieron en huida. Estos fueron los principios de la guerra de los moros.

Mayor tempestad de guerra se temía de la parte de Francia, daño que deseaba remediar el cardenal legado, que aquel estío se quedó en Pamplona, por ser pueblo fresco, sano y de buen cielo y a propósito para lo que él con grande solicitud pretendía. Esto era que el rey de Castilla perdonase los forajidos que andaban en Francia y revocase la sentencia que contra ellos diera en Almazán declarándolos por rebeldes y enemigos de la patria. Decía que el rey era obligado a hacer esto por ser uno de los capítulos y condiciones con que se concluyeron las paces de Aragón. El fiero y duro corazón del rey no se ablandaba con tan justos y razonables ruegos; antes parecía que forjaba en su pecho mucha mayor guerra contra Aragón de la que antes hiciera. Por esto el cardenal legado, a ruego e instancia del rey de Aragón por el derecho y poder que le dieron y facultad que tenía, dio por ninguna la sentencia que en Almazán se pronunció contra don Enrique y sus consortes.

Enojóse mucho el rey de Castilla por esta declaracion, y crecióle con ella el deseo que tenía de vengarse. Propuso de ejecutar su ira y saña, concluido que hubiese la guerra de los moros, que todavía andaba muy encendida con varios sucesos que acontecían. En particular en 18 de febrero del siguiente año de 1362 junto a Acci, que ahora es la ciudad de Guadix, tuvieron los moros de Granada una buena victoria de los castellanos. El caso pasó de esta manera. Don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, y Enrique Enríquez, adelantado de la frontera de Jaén, y otros caballeros entraron en las tierras de los moros con mil caballos y dos mil infantes con intento de combatir a Guadix; más sin que los cristianos lo supiesen, había ya entrado en aquella ciudad para defenderla gran número desoldados, que de la comarca y de Granada vinieron a socorrerla. Los nuestros sin recelo enviaron algunas compañías a que talasen y robasen los campos que llaman de Val de Alhama. Los moros, visto que estaban divididos, salieron con grande ímpetu de la ciudad y dieron en los que quedaran, y trabaron con ellos una brava y reñida pelea que duró todo el día. Todos pugnaban por vencer; al fin, como quier que fuese muy mayor el número de los moros, no obstante que los cristianos se defendieron valerosamente, los desbarataron y mataron muchos, a otros cautivaron, prendieron al Muestre y lleváronle a Granada al rey Bermejo, que sin ningún rescate le envió luego al rey don Pedro, ca deseaba con este regalo desenojarle. El rey, pensando que de miedo le hacía aquella cortesía, se ensoberbeció más, y juntado que hubo sus gentes, para reparar la honra perdida y vengar la injuria de los suyos entró en el reino de Granada, y con grande furia destruyó los campos, quemó las aldeas, ganó algunas villas, y se volvió con rica presa a Sevilla.

A este mal suceso para el rey de Granada se le allegó otro peor, y fue que muchos caballeros del reino de los que antes seguían su parcialidad y tenían su voz le comenzaron a dejar y favorecer a su émulo Mahomad Lago, no obstante que estaba despojado y andaba huido. Como el rey Bermejo sintió las voluntades inclinadas a su enemigo, temió perder el reino. Consultó el negocio con los de quien más se fiaba. En fin, con seguro que alcanzó del rey de Castilla se determinó de ir a Sevilla y ponerse en sus manos. Autor de este mal acertado y desdichado consejo fue Edriz, un caballero grande amigo del rey y su compañero en los peligros, y que tenía mucha autoridad entre los moros, y era muy estimado y de gran nombre por la mucha prudencia que con la larga experiencia de los negocios alcanzaba. Vino el moro a Sevilla con cuatrocientos hombres de a caballo y doscientos de a pie que le acompañaban. Trujeron grandísimas riquezas de paños preciosos, oro, piedras, perlas, aljófar y otras joyas y cosas de gran valor. ponía el moro la esperanza de su amparo contra el rey ofendido en lo que fue causa de toda su perdición. Recibióle el rey con grande honra en el alcázar de Sevilla. Llegado a su presencia, después de hecha una gran mesura, uno de sus caballeros habló de esta manera:

«El rey de Granada, que está presente, poderoso Señor, por saber muy bien que sus antepasados fueron siempre aliados, tributarios y vasallos de la casa de Castilla, se viene a poner debajo del amparo de vuestra real alteza, cierto de que se procederá con él con aquella mansedumbre, equidad y moderación cual los reyes de Granada la solían hallar en vuestros antecesores; que si acaso recibían algún deservicio de ellos, que no es de maravillar según son varias y mudables las

cosas de los hombres, con mandarles pagar parias y algunos dineros en que eran penados, los volvían a recibir en su gracia y amistad. Si entre ellos asimismo y en su casa nacían algunas diferencias y debates, todo se componía y apaciguaba por el arbitrio y parecer de los reyes de Castilla. Estamos alegres que lo mismo nos haya acontecido de acudir a la vuestra merced; tenemos grande confianza que nos será gran reparo el venir con esta humildad a echarnos a vuestros pies. Mahomad Lago fue justamente echado del reino por su mucha soberbia con que trataba los pueblos y por su mucha avaricia con que les quitaba lo suyo; a nos de común consentimiento pusieron en su lugar y coronaron por descender derechamente de la real y antigua alcurnia y sangre de Granada y ser legítimos herederos del reino, de que a tuerto y con gran tiranía nos tenía despojados. Hacemos ventaja en poder y fuerzas a nuestro competidor, solamente a vos reconocemos y tememos, con cuya felicidad y grandeza no nos pretendemos comparar. Tenemos cierta esperanza que, pues la justicia claramente está de nuestra parte, no dejaremos de hallar amparo en la sombra de un justo príncipe, y que los ruegos de un rey hallarán benigna cabida en la piedad de vuestra real clemencia, mayormente que el seguro que se nos mandó dar nos animó mucho e hizo ciertos que nuestra venida sería a nos dichosa y a vos grata. Parécenos que tenemos suficientísimo amparo en nuestra inocencia y justicia. Deseamos se entienda que vuestra prudencia la aprueba, y vuestra poderosa e invencible mano la ampara.»

A esto el rey de Castilla con engañoso y risueño rostro y blandas palabras respondió que holgaba con su venida, que tuviese buena esperanza de que todo se haría bien, y puestos los ojos en el rey, le dijo: *«Este día ni a vos ni a los vuestros os acarreará algún daño. Entre nos hay todas las obligaciones de amistad, fuera de que no acostumbramos a traer guerra con la fortuna y desgracia de los hombres, sino con la soberbia y presunción de los atrevidos y rebeldes.»*

Dicho esto, el maestre de Santiago, don García de Toledo, llevó al rey moro a que cenase con él. Al tiempo que cenaban le echaron mano y le prendieron, sea por mudarse repentinamente la voluntad, sea por quitarse la máscara aquel desleal y cruel príncipe. No paró aquí la desventura; dentro de pocos días el desdichado rey, adornado de sus vestiduras reales, que eran de escarlata, y subido en un asno, con treinta y siete caballeros de los suyos, que también llevaban a ejecutar, le sacaron a un campo donde justician los malhechores, que está cerca de la ciudad y se dice de Tablada. Allí mataron al mal aconsejado rey y a los treinta y siete caballeros suyos. Corrió fama que les causó la muerte las grandes riquezas que trujeron, y que el avariento ánimo del rey se acodició a ellas. Refieren otrosí algunos autores de aquel tiempo que el mismo tirano y cruel rey le mató de un bote de lanza, hecho feo, abominable, oficio de verdugo, y crueldad que parece más grave y terrible que la misma muerte. No consideró el rey don Pedro cuán aborrecible y odioso se hacía y lo que de él hablarían las gentes, no sólo entonces, sino mucho más en los siglos venideros. Al tiempo que le hirió escriben que dijo estas palabras: *«Toma el pago de las paces que por tu causa tan sin sazón hice con el rey de Aragón.»* Y que el moro le respondió: *«Poca honra ganas, rey don Pedro, en matar un rey rendido y que vino a ti debajo de tu seguro y palabra.»* Envió el rey de Castilla el cuerpo del rey Bermejo a su competidor Mahomad Lago, que a la hora, recobrado el reino, envió libres al rey don Pedro todos los cristianos que cautivaron los moros en la batalla de Guadix.

CAPÍTULO VI
RENUÉVASE LA GUERRA DE ARAGÓN

Concluida la guerra de los moros y dado orden en las cosas del Andalucía, se volvió con mayor coraje a la guerra de Aragón, aunque con disimulación fingía el de Castilla que los apercibimientos que se hacían eran para defenderse de la guerra que se temía de Francia, cuyo autor y cabeza principal se decía ser el conde don Enrique. Trató de aliarse con el rey de Inglaterra, que no esperaba hallaría buena acogida en el rey de Francia, por entender no estaría olvidado de la muerte de su sobrina la reina doña Blanca, cuya venganza era de creer querría hacer con las armas. Quiso asimismo el rey de Castilla ayudarse del rey de Navarra, y para tratar de ello se vieron en la ciudad de Soria; allí secretamente se conformaron contra el rey de Aragón. No tenía el navarro causa ninguna justa de romper con el aragonés; para hacer la guerra con algún color fingió y publicó que estaba agraviado de él, porque siendo su cuñado y teniendo hecha con él alianza, no le favoreció cuando le tuvo preso el rey de Francia; que por esto no quería más su amistad, antes pretendía con las armas tomar emienda de este agravio. Con esta resolución juntó de su reino las más gentes que pudo y cercó en Aragón la villa de Sos, que tomó al cabo de muchos días que la tuvo cercada.

El rey de Castilla al tanto juntó un grueso ejército de diez mil caballos y treinta mil infantes, con que entró poderosamente en el reino de Aragón con intento de poner cerco sobre Calatayud. Rindió en el camino la fortaleza y pueblo de Ariza, y tomó a Ateca, Cetina y Alhama. Pasó adelante, y en el mes de junio asentó sus reales sobre Calatayud, que es una ciudad fuerte de la Celtiberia. Tenía dentro de guarnición mucha gente valerosa y muy leal al rey de Aragón. Él mismo, sabido el aprieto en que podían estar los cercados, les envió desde Perpiñán y Barcelona, donde aquellos días se hallaba, al conde de Osona, hijo de Bernardo de Cabrera, para que él y don Pedro de Luna y su hermano don Artal y otros caballeros procurasen entrar en la ciudad y animasen a los cercados y los entretuviesen mientras se les enviaba algún socorro. Encamináronse, según les era mandado; más como llegasen una noche al lugar de Miedes, que está junto a Calatayud, fue avisado de ello el rey don Pedro. Cargó de sobresalto sobre ellos, tomó el lugar a partido, y a estos señores los llevó presos a sus reales.

Hallábase el rey de Aragón muy desapercebido; las paces tan recién hechas le hicieron descuidar. Visto pues que a deshora venía sobre él una guerra tan peligrosa, envió luego a pedir su ayuda a Francia y a rogar a don Enrique y a don Tello le viniesen a favorecer. Estos socorros se tardaban; la ciudad, como no se pudiese más defender por ser muy combatida y faltar a los cercados municiones y bastimentos, con licencia de su rey se rindieron al rey don Pedro en 29 días de agosto, salvas sus personas y haciendas y con condición que los vecinos quedasen libres y pacíficos en sus casas como lo estaban cuando eran de Aragón. Tomada esta ciudad, dejó en ella el rey con buena gente de guerra por guarnición al maestre de Santiago, y él se volvió a Sevilla.

En esta ciudad, antes que fuese sobre Calatayud, tuvo Cortes en que públicamente afirmó que doña María de Padilla era su legítima mujer por haberse casado con ella clandestinamente mucho antes que viniese a España la reina doña Blanca; que por esta razón nunca fuera verdadero el matrimonio que con la reina se hizo; que tuviera secreto este misterio hasta entonces por recelo de las parcialidades de los grandes, mas que al presente, por cumplir con su conciencia y por amor de los hijos que en ella tenía, lo declaraba. Mandó pues que a doña María de allí adelante la llamasen reina y que su cuerpo fuese enterrado en los enterramientos de los reyes. No faltó aún entre los prelados quien predicase en favor de aquel matrimonio, adulación perjudicial. Después de esto falleció en 17 de otubre su hijo don Alonso, a quien pensaba dejar por heredero del reino. El rey mismo, acosado de la memoria de estas muertes y por los peligros en que andaba, en 18 de noviembre otorgó su testamento. En él mandaba que enterrasen su cuerpo con el hábito de San Francisco y fuese puesto en una capilla que labraba en Sevilla en medio de doña María de Padilla y de su hijo don Alonso; como

hombre pío y religioso pretendía con aquella ceremonia aplacar a la divina majestad. De este testamento, que hoy parece autorizado y original, se colige que no dejó de tener algún temor de Dios y cualque memoria y sentimiento de las cosas de la otra vida; no obstante, que aquel su natural le arrebatase muchas veces y ayudado con la costumbre le hiciese desbaratar. En este testamento sucesivamente llama a la herencia del reino a las hijas de doña María de Padilla, y después de ellas a don Juan, el hijo que tuvo en doña Juana de Castro, como quier que no fuese compatible que todos pudiesen ser herederos legítimos del reino. De donde bien al cierto se infiere que la declaración del casamiento con doña María no fue otra cosa sino una ficción y una mal trazada maraña, como de hombre que, mal pecado, no tenía cuenta con la razón y justicia, sino que se dejaba vencer de su antojo y desordenado apetito, y quería hacer por fuerza lo que era su gusto y voluntad.

Presentó el rey en aquellas Cortes por testigos de su casamiento unos hombres por cierto sin tacha ni sospecha, mayores de toda excepción, a don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, y a JuanFernández de Hinestrosa, el primero hermano, y el segundo tío de la doña María, y a un Juan Alfonso de Mayorga y a otro Juan Pérez, clérigo, que con grandes juramentos atestiguaban por el matrimonio. ¿Quién no diera crédito a testimonios tan calificados en una causa en que no iba más de la sucesión y herencia de los reinos de León y de Castilla? Mandaba en una cláusula del testamento ya dicho que ninguna de sus hijas, so pena de su maldición y de la privación de la herencia del reino, se casase con el infante don Fernando de Aragón, ni con don Enrique, ni con don Tello, sus hermanos, sino que su hija mayor doña Beatriz casase con don Fernando, príncipe de Portugal, y llevase en dote los reinos de Castilla; señaló y nombró por gobernador y tutor a don Garci Álvarez de Toledo, maestre de Santiago; encargaba otrosí y mandaba que a don Diego de Padilla, maestre de Calatrava, y a don Suero Martínez, maestre de Alcántara, los mantuviesen en sus honras, oficios y dignidades.

Ordenadas las cosas de su casa y asentado el estado del reino, en el corazón del invierno y principio del año de 1363 se reparó y rehizo la guerra con grande prisa y calor; tan codicioso estaba el rey de Castilla de vengarse del Aragonés. Alistó nuevas compañías de soldados por todo el reino, envió a pedir ayudas fuera de él, y en particular se confederó con el rey de Inglaterra y con su hijo el príncipe de Gales. El primer nublado de esta guerra descargo sobre Maluenda, Aranda y Borja, que con otros pueblos de menor importancia sin tardanza fueron tomados. Puso otrosí cerco a la ciudad de Tarazona. Por otra parte, el rey de Navarra entró en Aragón por cerca de Ejea y Tiermas, estragó, asoló y robó los campos y labranzas de aquella comarca, puso gran miedo en todos aquellos pueblos y cuita con los grandes daños que les hizo, en especial se señaló la crueldad de los soldados castellanos que llevaba. Vinieron a servir en esta guerra al rey de Castilla don Luis, hermano del rey de Navarra, acompañado de gente muy escogida y lucida, y don Gil Fernández de Carvallo, maestre de Santiago en Portugal, con trescientos caballos y otros señores de Francia.

El rey de Aragón envió a rogar al rey moro de Granada que diese guerra en el Andalucía; no lo quiso hacer el moro por guardar fielmente la amistad que tenía puesta con el rey don Pedro y mostrarse agradecido de la buena obra que de él acababa de recibir. Solicitó eso mismo el aragonés los moros de África a que pasasen en su ayuda, sin tener ningún cuidado de su honra y fama; excusábase con que el rey de Castilla tenía en su ejército a Farax Reduan, capitán de seiscientos jinetes, que por mandado de Mahomad Lago, rey de Granada, le servían. Esperaban cada día en Aragón a don Enrique que venía en su socorro acompañado de tres mil lanzas francesas. Sin embargo, las fuerzas del rey de Aragón no se igualaban en gran parte con las de Castilla; así se le rindieron Tarazona y Teruel, y por otra parte Segorbe y Ejeríca y gran número de villas y castillos de menor cuenta. No tenían fuerzas que bastasen a resistir la fuerza y poder de los castellanos, que entraron victoriosos y llegaron con sus banderas a lo más interior del reino. Cercaron a Monviedro y le forzaron a que se diese a partido. En 20 de julio llegaron a dar vista a Valencia y se pusieron sobre ella. Causó esto gran miedo a todo Aragón, y se tuvieron de todo punto por perdidos.

Estaba a este tiempo muy falto de gente el ejército de Castilla por las muchas guarniciones y presidios que dejaron en tantos pueblos como a la sazón se conquistaron; dio la vida al rey de Aragón don Enrique, que en esta coyuntura llegó a España, y con su venida se reforzó tanto el ejército, que pudo hacer rostro a su enemigo. Mas él, por no aventurar todas sus victorias y lo que tenía ganado en el trance de una batalla, levantó su real de sobre Valencia y retiróse a Monviedro, como plaza fuerte, para desde allí proseguir la guerra. El aragonés, visto que no podía forzar al enemigo a que diese la batalla, tornóse a Burriana, que es un lugar fuerte que está cerca de allí en los edetanos. Dos mil jinetes que envió el rey de Castilla en su seguimiento para que le estorbasen el camino no hicieron cosa de momento.

Mientras esto pasaba en España, el rey de Francia Juan en Londres dos meses antes de esto falleció, donde era ido a rescatar los rehenes que allá dejó cuando le soltaron de la prisión. Trajeron su cuerpo a la ciudad de París, que llevaron en hombros los oidores del parlamento para le enterrar en el monasterio de San Dionisio. Su hijo Carlos, quinto de este nombre, conforme a las costumbres y uso antiguo de Francia, fue ungido y recibido por rey en la ciudad de Reims. El nuevo rey Carlos quería mal al de Navarra, teníale guardado el enojo por los desabrimientos que de antes entre ellos pasaron. Para vengarse, luego que tomó la posesión del reino, despachó con él un famoso y valiente capitán suyo, natural de la Menor Bretaña, llamado Beltrán Claquin, que después hizo cosas muy señaladas en las guerras de Castilla. Este caudillo en las tierras que el rey de Navarra tenía en Francia hizo cruel guerra, y con un ardid de que usó le tomó en Normandía la villa de Mante, y otros capitanes ganaron la villa y castillo de Meulan y a Longavilla, y el mismo Beltrán venció y desbarató en una batalla a don Felipe, hermano del rey de Navarra, que murió por estos días.

Por su muerte el navarro se inclinó a tratar de hacer paces entre los reyes de España; demás que le pesaba del peligro y malos sucesos del rey de Aragón, que en fin era su pariente y fueron antes amigos y aliados. Por el contrario, le era odiosa la prosperidad del rey de Castilla, y sus hechos y modos de proceder eran muy cansados y desagradables. De consentimiento pues de los reyes don Luis, hermano del rey de Navarra, juntamente con el abad de Fiscan, que era nuncio apostólico, fueron a hablar al rey de Castilla, con quien hallaron al conde de Denia y Bernardo de Cabrera, que eran venidos con embajada del rey de Aragón para echar a un cabo y concluir sus diferencias. Con la intercesión de estos señores parece que el fiero corazón del rey comenzó a ablandarse, especialmente con el trato que movieron de dos casamientos, el uno del rey de Castilla con doña Juana, hija del rey de Aragón, el otro del infante don Juan, duque de Gerona, con doña Beatriz, hija mayor del rey don Pedro. Esto pasaba en lo público; de secreto se procuraba la destrucción de don Enrique, conde de Trastámara, y del infante don Fernando de Aragón, como de los principales autores de las discordias de los dos reinos. El rey de Castilla pretendía esto muy ahincadamente, el de Aragón todavía extrañaba este trato; parecíale hecho atroz y feísimo matar a estos caballeros sin nueva culpa ni ocasión, que estaban debajo de su seguro y palabra. No quería comprar la paz con el precio de la sangre de aquellos que de él hacían confianza.

Todavía, ora fuese por esta causa de complacer al de Castilla, ora por otra, el infante don Fernando por mandado del rey, su hermano, fue muerto en esta sazón en Castellón, un pueblo que está cerca de Burriana. Los antiguos odios estaban ya maduros, demás que trataba entonces de pasarse en Francia con una buena compañía de soldados castellanos que seguían su bando y amistad. Huíase su mujer a Portugal; fue detenida primero y presa en el camino, después enviada al rey, su padre. Con la muerte del infante don Fernando quedó el conde don Enrique libre y desembarazado de un grandísimo émulo y competidor para la pretensión del reino de Castilla. Poco faltó que no se le añublase aquel contento; otro día después de la muerte de don Fernando, sin saberlo él, corrió gran riesgo su vida. Los reyes de Aragón y Navarra tenían concertado que juntamente con don Enrique se viesen en el castillo de Uncastillo, que era de Aragón, en la raya de Navarra, y que allí le matasen. Recelóse el conde, puesto que no sabía nada de estos tratos, de entrar en aquella fortaleza; para asegurarle

la pusieron en poder de Juan Ramírez Arellano, que para esto nombraron por alcaide de aquella fortaleza, y era natural de Navarra. Quién dice que esta habla de los reyes fue en Sos a la raya de Navarra. Hizo confianza don Enrique de aquel caballero, que debía ser buen cristiano, y entró debajo de su seguro; no le valió este recato menos que la vida, a causa que los reyes nunca pudieron acabar con el alcaide que permitiese se le hiciese ningún daño. Decía que el conde don Enrique era su amigo, y fió su vida de la palabra y seguridad que le dio; que por cosa de las del mundo él no mancharía su linaje con infamia de semejante traición, ni consentiría alevosamente la muerte de un tan gran príncipe. Cosa verdaderamente de milagro, que en un tiempo en que los corazones de los hombres se mostraban con tantas muertes encruelecidos y fieros hubiese quien hiciese diferencia entre lealtad y traición; grandísima maravilla, que un hombre extranjero tuviese tan grande constancia que se opusiese a la voluntad y determinación de dos reyes, y más que era camarero del aragonés. La verdad es que Dios, a quien los hombres no pueden engañar ni impedir sus decretos, tenía ya determinado de dar al conde el reino de su hermano, y quitarle al que con tantas crueldades le tenía desmerecido.

Por este tiempo, en el mes de agosto, en Catania de Sicilia dio fin a sus días la reina de Sicilia doña Costanza. Dejó una hija, llamada doña María, heredera que fue adelante del reino de su padre, y por ella su marido don Martín, hijo de otro don Martín, duque de Momblanc, y últimamente rey de Aragón.

CAPÍTULO VII
QUE DON ENRIQUE FUE ALZADO POR REY DE CASTILLA

Resfriado el calor con que se trataban las paces y perdida gran parte de la esperanza que de concluirlas se tenía, el rey de Aragón se fue a Cataluña a procurar nuevos socorros para defenderse, el rey de Castilla a Sevilla con tanta codicia de renovar la guerra, que en el fin del año entró por Murcia en el reino de Valencia, y unas por combate, y otras a partido, ganó las villas de Alicante, Muela, Callosa, Denia, Gandía y Oliva. Pasó tan adelante, que en el mes de diciembre puso cerco a la ciudad de Valencia, cabecera de aquel reino. Esto causó en toda la provincia un miedo grandísimo, en especial al rey, a quien tenía esta guerra puesto en gran cuidado, que a la sazón tuvo las pascuas de Navidad en la ciudad de Lérida. Poco después se vio con el de Navarra en la fortaleza de Sos en 23 días del mes de febrero, año de nuestra salvación de 1364. Hallóse presente el conde don Enrique, reconciliado con los reyes, o lo que yo tengo por más cierto, porque no sabía el peligro en que estuvo en las vistas pasadas. Hízose liga entre ellos y amistades no más duraderas que otras veces: presto se desavernán y serán enemigos. Pensaban si venciesen repartirse entre sí a Castilla, como presa y despojo de la victoria. Don Enrique tenía concebida esperanza de apoderarse de las riquezas y reino de su hermano, y el haberse escapado de tantos peligros le parecía a él que era de ello cierto presagio y prenda, como si hubiera ganado una grandísima victoria. Finalmente, su juego se entablaba bien y mejor que el de sus contrarios. En el repartimiento de Castilla daban al rey de Navarra a Vizcaya y a Castilla la Vieja; el reino de Murcia y de Toledo tomaba para si el rey de Aragón, que es cosa muy fácil ser liberal de hacienda ajena.

Sólo a Bernardo de Cabrera no contentaban estos pretensos; parecíale que con ellos no se granjearía más de irritar y echarse a cuestas las fuerzas y armas de Castilla, más poderosas que las de Aragón, como los sucesos de las guerras pasadas bastantemente lo mostraban. Tratóse entre estos príncipes de matar al dicho Bernardo de Cabrera, plática que no estuvo tan secreta que primero que lo pudiesen efectuar no viniese a su noticia, y de Almudévar, donde esto se ordenaba, se huyese a Navarra. Siguiéronle por mandado de don Enrique algunos capitanes de a caballo de los suyos, alcanzáronle en Carcastillo, y preso le tuvieron en buena guarda hasta que después en ciertos conciertos fue entregado al rey de Aragón, que estaba muy ansiado por el cerco de la ciudad de Valencia sin saber en lo que pararía. Con este cuidado juntó todo su ejército para irla a descercar con ánimo de dar la batalla al enemigo. Partió de Burriana con su campo, y llegado a vista de los enemigos, les presentó la batalla. Excusóla el rey de Castilla; no se sabe por qué no se atrevió a venir a las manos con los aragoneses. Ellos, visto que los castellanos se estaban quedos dentro de sus reales, con grande honra suya y afrenta de los enemigos en 28 de abril se entraron como victoriosos en la ciudad de Valencia.

La armada de Castilla, que era muy poderosa, de veinticuatro galeras y de cuarenta y seis navíos, dado que hubo un tiento a los pueblos de aquella costa, aportó a Monviedro. Allí se supo de las espías que el vizconde de Cardona tenía en el río de Cullera diez y siete galeras aragonesas. El rey de Castilla tenía gran deseo de tomarlas, y parecíale que le sería cosa fácil por estar en parte que no se le podrían escapar; sacó su armada, y con gran presteza cercó la boca del río. Cargó repentinamente el tiempo y sobrevino una furiosa tempestad que le forzó volverse a su puerto, por no ponerse a riesgo de correr fortuna o de dar al través en aquella ribera. Viose el rey este día en grandísimo peligro de perderse; así, luego que saltó en tierra, fue en romería a la casa de nuestra Señora Santa María del Puch a dar gracias a nuestro Señor de haberle librado de las ondas del mar y de las manos de sus enemigos, que de la ribera esperaban por momentos cuando alguna grupada se le entregaría. Dícese que hizo esta romería a pie, descalzo, en camisa y con una soga a la garganta; que de su natural no era tan sin piedad ni tan indevoto, si no hiciera las cosas tan sin orden y sin justicia.

Con esto se volvieron los reyes, el de Aragón a Barcelona, y a Murcia el de Castilla, y de allí a

Sevilla, en lo más recio de las calores del estío, en el tiempo que en 26 de julio en la ciudad de Zaragoza fue justiciado públicamente Bernardo Cabrera por sentencia que dio contra él el mismo rey de Aragón, y la ejecutó su hijo el infante don Juan. Confiscaron las villas de Cabrera y Osuna y otros muchos pueblos de su señorío; fiad en servicios y en privanza. Caso es éste que, si atentamente se considera, se echará de ver que el rey de Aragón cometió un delito feo y atroz, muy semejante a parricidio, en hacer matar el discípulo a su ayo, de quien fuera santísimamente doctrinado, mayormente que era inocente y a todo el mundo eran manifiestos los grandes servicios que tenía hechos a la casa real de Aragón. Causóle la muerte la incorrupta libertad con que decía su parecer. Es así, que los príncipes huelgan con la disimulación y lisonja; demás que los reyes cometen muchas veces grandes yerros, que a veces redundan en odio de sus privados; esto fue lo que acarreó la muerte a este excelente varón sin tener otra mayor culpa. Conspiraron contra él para llegarle a este trance la reina, el rey de Navarra, don Enrique y el conde de Ribagorza.

Después de esto se volvió con nueva cólera a echar mano a las armas. El rey de Castilla tomó a Ayora en el reino de Valencia. Don Gutierre de Toledo, que por muerte de don Suero era maestre de Calatrava, iba por mandado de su rey a abastecer a Monviedro; acometiéronle en el camino golpe de aragoneses, y en un bravo encuentro que tuvieron le desbarataron y fue muerto en la pelea con otros muchos de los suyos. Por su muerte dieron el maestrazgo a don Martín López de Córdoba, repostero mayor del rey. Esta pérdida renovó y dobló la afrenta al rey de Castilla, que a la sazón molestaba mucho las comarcas de Alicante y Orihuela, y tenía harta esperanza de ganar esta ciudad. El aragonés con toda su hueste, confiado y cierto que cada día se reforzaría su ejército con gentes que le acudirían del reino, llegó a poner su campo a vista del enemigo; y como también allí representase la batalla al rey de Castilla, y él por no fiarse de los suyos la rehusase, socorrió a Orihuela con gente y bastimentos; con que se volvió a Aragón. Esto pasaba en el fin de este año.

En el principio del siguiente de 1366 de nuestra salvación, el rey de Aragón cercó a Monviedro y le apretó de suerte, que forzó a los castellanos a que se le entregasen a partido. Por el contrario, el rey de Castilla con un largo cerco ganó también la ciudad de Orihuela. En 7 días del mes de junio de este mismo año murió en Orihuela, la cual el rey don Pedro tenía cercada, Alonso de Guzmán después que hizo grandes servicios a don Enrique, cuya parcialidad seguía; murió en la flor de su mocedad; era hombre de grande valor, de agudo ingenio, de maduro y alto consejo. Sucedióle en el señorío de Sanlúcar y en lo demás de su estado Juan de Guzmán, su hermano. Don Gómez de Porras, prior de San Juan, sea con miedo que tuvo del rey don Pedro por rendir, como rindió, a Monviedro, sea por hacer amistad a don Enrique, se pasó a la parte de Aragón con seiscientos caballos que en aquella ciudad tenía de guarnición. De este principio, aunque pequeño, se comenzaron a enflaquecer, o por mejor decir, ir muy de caída las fuerzas del rey de Castilla; que así muchas veces acontece que de pequeñas ocasiones, en la guerra mayormente, sucedan desmanes muy grandes.

Allegóse también a esto, que como quier que a la sazón hubiese paces entre Francia e Inglaterra, vinieron muchos soldados de Francia en ayuda de Aragón, que, como vivían de lo que ganaban en la guerra, les era forzoso, hecha la paz, sustentarse de las haciendas que robaban a los miserables pueblos. Estos mismos ladrones que andaban por Francia vagabundos y desmandados tuvieron cercado al mismo papa Urbano y le forzaron a comprar con mucha suma de dineros su libertad y la de su sacro palacio. La voz era que les daba trescientos mil florines por modo de salario y debajo de nombre de sueldo; capa con que cubrieron la afrenta del papa y aquel sacrilegio. Habíales dado el rey de Francia otra tanta cantidad por echar de su tierra una tan cruel pestilencia como ésta. El sumo pontífice, librado de este peligro, pensó pasar su silla a Italia, dado que por entonces aquel propósito no duró mucho. Sentía el castigo de Dios, y temíale mayor de cada día por haber sus antecesores desamparado su sagrada casa. Muerto pues el cardenal don Gil de Albornoz, quiso visitar, y así lo hizo, el patrimonio de la Iglesia que le dejó ganado, y poner en paz y justicia a sus súbditos.

Vino pues, como decíamos, a España de esta gente de Francia, una grande avenida de solda-

dos alemanes, ingleses, bretones y navarros y de otras naciones por codicia de la ganancia y robo. Llamólos el conde don Enrique, a quien querían bien desde el tiempo que estuvo en las guerras de Francia. Señalábanse entre ellos muchos caballeros y señores de cuenta, muy valientes soldados y valerosos capitanes. Los más principales eran Beltrán Claquin, bretón, y Hugo Carbolayo, inglés. La cabeza y caudillo de esta gente Juan de Borbón, que quería venir a vengar la muerte de su hermana doña Blanca, no se sabe por qué causa se quedó en Francia; cierto es que no vino a España. Toda esta gente entre los de a caballo y de a pie llegaban como a doce mil hombres de guerra. Frossarte, historiador francés de aquella era, dice que venían en aquel ejército treinta mil soldados. El primer día de enero del año 1366 llegaron a Barcelona las primeras banderas de este campo; las demás desde a pocos días. El rey de Aragón hizo a todos muy buena acogida, y convidó a un gran banquete a los más principales capitanes. Dioles de contado una gran cantidad de florines, y prometióles otra paga mucho mayor para adelante. A Beltrán Claquin dio el estado de Borja con título de conde, porque con mayor gana le sirviese en esta guerra.

Estos apercibimientos tan grandes despertaron al rey de Castilla que estaba en Sevilla, aunque no era de suyo nada lerdo ni descuidado. Partióse a Burgos, y en Cortes que allí tuvo pidió al reino ayuda para esta guerra; todo era sin provecho lo que intentaba por tener enojado a Dios y las voluntades de los hombres no le eran favorables. Monsieur de Labrit era venido de Francia en su ayuda; aconsejábale que procurase con mucho dinero hacer que los extranjeros se pasasen a él y desamparasen a su hermano don Enrique. Ofrecía su industria para acabarlo con ellos, porque conocía su condición, que no era mal aparejada para cosas semejantes; además que tenía entre ellos muchos parientes y amigos que le ayudarían en esto. Ciega Dios los ojos del alma a aquellos a quien es servido de castigar, no aciertan en cosa; así estuvieron cerradas las orejas del rey don Pedro, que no oyeron un consejo tan saludable; como era hombre tan fiero, no hacía caso del peligro que le corría.

Entre tanto en la ciudad de Zaragoza, do estaban los soldados extranjeros, se vieron el rey de Aragón y el conde don Enrique. En estas vistas en 5 del mes de marzo confirmaron de nuevo la alianza que primero tenían hecha, y se declaró la parte del reino de Castilla que había de dar al de Aragón don Enrique, caso que se apoderase de aquel reino. Para mayor amistad y firmeza de lo capitulado se concertó que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragón, casase con don Juan, hijo del conde don Enrique. Acabadas las vistas, el rey se quedó en Zaragoza para esperar el fin que tendrían cosas tan grandes; el conde don Enrique, ya que tuvo junto todo el ejército, entró poderosamente en el reino de Castilla por Alfaro. Estaba allí por capitán Íñigo López de Horozco; no se quisieron detener en combatir esta villa, que era fuerte, por no gastar en ello el tiempo que les era menester para cosas mayores. Sabían muy bien que en las guerras civiles ninguna cosa tanto aprovecha como la presteza; toda tardanza es muy dañosa y empece. Dejado Alfaro, marchó el ejército con buena orden derecho a Calahorra, ciudad que baña el río Ebro, y es de las más principales de aquella comarca. Luego que llegó el conde don Enrique, le abrieron las puertas don Fernando, obispo de aquella ciudad, y Fernán Sánchez de Tovar, que la tenía por el rey de Castilla. Entró el conde en ella lunes 16 días del mes de marzo; no se sabe si la entregaron por no estar tan bien fortificada y abastecida que se pudiese poner en defensa, o porque los ciudadanos estuviesen mal con el rey don Pedro.

Aquí en Calahorra se hizo consejo para determinar cómo se procedería en esta guerra. Los pareceres eran diferentes y contrarios; unos decían que era bien ir luego a Burgos como a cabeza de Castilla, otros fueron de parecer que el conde don Enrique tomase título de rey para que, perdida del todo la esperanza de reconciliarse con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra y para meter a todos en la culpa y empeñarlos. Beltrán Claquin, como quier que era varón de grande pecho y ánimo y por la grande experiencia que tenía en las cosas de la guerra, el hombre de más autoridad que venía en el ejército, dicen que habló de esta manera:

«Cualquiera que hubiere de dar parecer y consejo en cosas de grande importancia está obligado a considerar dos cosas principales: la una, cuál sea lo más útil y cumplidero al bien común;

la otra, si hay fuerzas bastantes para conseguir el fin que se pretende. Como es cosa inhumana y perjudicial anteponer sus intereses particulares al bien público y pro común, así intentar aquello con que no podemos salir, y a lo que no allegan nuestras fuerzas, no es otra cosa sino una temeridad y locura. Ninguna cosa, señor, te falta para que no puedas alcanzar el reino de Castilla; todo está bien pertrechado; por tanto, mi voto y parecer es que lo pretendas, ca será utilísimo a todos, a ti muy honroso, y a nos de grandísima gloria, si con nuestras fuerzas y debajo de tu pendón, y siguiéndote como a cabeza y capitán, echaremos del mundo un tirano y un terrible monstruo que en figura humana está en la tierra para consumir y acabar las vidas de los hombres. Restituirás a tu patria y al nobilísimo reino de tu padre la libertad que con su muerte perdió, y darásle lugar a que respire de tan innumerables trabajos y cuitas como desde entonces hasta el día de hoy han padecido. ¿Por ventura no ves como las casas, campos y pueblos están cubiertosde la miserable sangre de la nobleza y gente de Castilla? ¿No miras tus parientes y hermanos cruelmente muertos, que ni aún a las mujeres ni niños no se ha perdonado? ¿No tienes lástima de tu patria? ¿No sientes sus males y te compadeces y avergüenzas de su miserable estado, tantos destierros, confiscaciones de bienes, perdimientos de estados, robos, muertes? Tan grandes avenidas y tempestades de trabajos, ¿quién, aunque tuviese el corazón de acero, las podría mirar con ojos que no se deshiciesen en lágrimas? No lo has de haber con aquellos antiguos y buenos reyes de Castilla, los Fernandos y Alfonsos, aquellos que, confiados más en el amor que les tenían sus vasallos que en las armas, alcanzaron de los moros tan señaladas y gloriosas victorias. Ofrécesete un enemigo, que en ser aborrecido puede competir con el tirano que más malquisto haya sido en el mundo, desamado de los extraños, insufrible y molestísimo a los suyos; una carga tan pesada, que cuando no hubiera quien la derribara, ella misma se viniera por sí al suelo. Falto y desguarnecido de gente, y si tiene algunos soldados, estarán como su príncipe corrompidos y estragados con los vicios, y que vendrán a la batalla ciegos, flacos y rendidos. Tú tienes un valeroso ejército en que se halla toda la flor de Francia, Inglaterra, Alemania y Aragón y lo mejor del propio reino de Castilla, todos soldados viejos muy ejercitados y que se han hallado en grandes jornadas. Tienes muchos reyes amigos, y sobre todo tu ventura y felicidad y grande benevolencia con que de todo este ejército eres amado. Deséate toda Castilla, los buenos del reino te esperan, y te quieren favorecer y servir; no habrá ninguno que, sabido que te han alzado por rey, no se venga a nuestros reales. A otros pudiera en algún tiempo ser provechoso el nombre de rey, más a ti en este trance es necesario del todo para sustentar la autoridad que es menester para que te respeten y para descubrir las aficiones y voluntades de los hombres. Si, como yo lo espero, el cielo nos ayuda, a ti se te apareja una gloria grande, nos quedaremos contentos con la parte de la merced y honra que nos quisieres hacer. Si sucediere al revés, lo que de pensarlo tiemblo, no puede avenirte peor de lo que de presente padeces. Todos corremos el mismo riesgo que tú; por tanto, nuestro consejo se debe tener por más fiel y seguro, pues es igual para todos el peligro. No ha lugar ni conviene entretenerse cuando la tardanza es peor que el arrojarse. Ea pues, ten buen ánimo, ensancha y engrandece el corazón y toma a la hora aquel nombre, para el cual te tiene Dios guardado de tantos peligros. Ayúdate con presteza, y haz de tu enemigo lo que él pretende hacer de ti; acábale de esta vez, o si fuere menester, muere valerosamente en la demanda, que la fortuna favorece y teme a los fuertes y esforzados, derriba a los pusilánimes y cobardes.»

Después que Beltrán acabó su plática, todos los demás caudillos del ejército rodearon a don Enrique y le animaron a que se llamase rey; trujéronle a la memoria pronósticos en esta razón, aseguráronle que Dios y los hombres le favorecían. Con esto despliegan los pendones, y con mucho regocijo por las calles públicas de la ciudad dicen a voces: *«Castilla, Castilla por el rey don Enrique.»* El nuevo rey, según el estado y méritos de cada uno, hizo muchas mercedes; a unos dio ciudades, y a otros villas, castillos, lugares, oficios y gobiernos, holgaba de parecer liberal, y era fácil serlo de hacienda ajena. Cada uno pensaba que cuanto pidiese tanto se hallaría, que todo le sería concedido. A Beltrán Claquin dio a Trastámara, y a Hugo Carbolayo a Carrión, al uno y al otro con

título de condes. A los hermanos del nuevo rey, a don Tello restituyó el estado de Vizcaya, a don Sancho dio el de Alburquerque, el maestrazgo de Santiago se dio a don Gonzalo Mejía, y a don Pedro Múñiz, que también él era muy querido de don Enrique, dieron el maestrazgo de Calatrava; a don Alonso de Aragón, conde de Denia y Ribagorza, que era tío hermano del padre del rey de Aragón, le hizo merced de Villena con título de marqués y con todo el señorío que fue de don Juan Manuel; a otros dio villas y castillos, con que los contentó de presente y los heredó en el reino para adelante.

CAPÍTULO VIII
QUE EL REY DON PEDRO FUE ECHADO DE ESPAÑA

Con los dos reyes que se intitulaban de Castilla el reino andaba alborotado. El rey don Pedro, por su mucha crueldad, tenía poca parte en las voluntades de sus pueblos, todos deseosos de poderse rebelar y vengar la sangre de sus parientes. Ninguna cosa los tenía sino el miedo que, si les fuese contraria la fortuna, serían sin misericordia castigados. Los dos reyes con grande porfía y ahinco comenzaron la contienda sobre el reino. Cada cual tenía por sí grandes ayudas y valedores. De parte de don Enrique estaba el ejército extranjero, el odio de su competidor, y el ser los hombres naturalmente aficionados a cosas nuevas. A don Pedro ayudaba que casi antes fue rey que hubiese nacido, que era hijo de rey y descendía de otros muchos reyes, y que él solo quedaba por heredero legítimo de todos ellos. En ambos el nombre y majestad real era respetado y venerable. Punzaba a don Pedro la ofensa que se le hacía; a don Enrique le encendía en cólera y animaba a la venganza la sangre que de su madre y hermanos, amigos y parientes derramaron, y los grandes trabajos que el reino padecía. Finalmente, mayor cuidado tenía de sustentar el nuevo nombre de rey que su propia vida. Con esta resolución don Enrique y los suyos se determinaron ir luego a Burgos; en el camino pasaron cerca de Logroño, más no quisieron llegar a él porque entendieron que los ciudadanos no harían nada de su voluntad, y que si les cercaban sería cosa muy larga; Navarrete y Briviesca se les dieron luego.

Mientras esto así pasaba, don Pedro se hallaba en Burgos con pocos amigos, ca muchos de ellos él mismo los hizo matar; suspenso y dudoso de lo que haría, no se atrevía a fiarse de nadie ni tomar resolución si se iría, si esperaría a su enemigo. Resolvióse finalmente en ir con grande presteza a Sevilla, porque tenía en aquella ciudad sus hijos y tesoros, y temía perderlo todo. No se atrevió a arriscarse por saber cuán pocos eran los que le querían bien. Los de Burgos todavía le ofrecieron su ayuda; él se lo agradeció, y dijo que entonces no se quería valer de su buen ofrecimiento y lealtad, antes les alzó el homenaje que le tenían hecho para que, si se viesen en aprieto, pudiesen entregarse a don Enrique sin incurrir infamia ni caso de traición. Cególe Dios para que no acetase el favor que le hacían, mayormente que como toda su perdición le viniese por su crueldad, acrecentó de nuevo el odio que le tenían, con que al tiempo que se quería partir hizo matar a Juan Fernández de Tovar no por otra culpa sino porque su hermano acogió en Calahorra a don Enrique. Esto hecho, se partió de Burgos en 28 días del mes de marzo. Dende el camino mandó a los capitanes y alcaides de las villas y castillos que tomara en Aragón, les pegasen fuego, y desamparados, sacasen luego las guarniciones, y que lo más presto que pudiesen se fuesen para él a Toledo. De esta suerte en un instante perdió lo que con gran costa y trabajo en muchos años tenía ganado. Uno de estos pueblos fue la ciudad de Calatayud; la libertad que cobró en el postrero de marzo, hasta hoy la celebra con fiesta solemne y procesión, en que van fuera de la ciudad a Santa María de la Peña a cumplir el voto que entonces hicieron en memoria de la merced recibida. Llegó el rey don Pedro a Toledo; allí se detuvo algunos días en asegurar aquella ciudad y dejarla a buen recaudo. Mandó quedar en ella por general a don Garci Álvarez de Toledo, maestre de Santiago.

Partido el rey don Pedro de Burgos, los de la ciudad enviaron por sus cartas a llamar a don Enrique. Diéronle título de conde, pero ofrecíanle la corona de rey si la fuese a tomar en su ciudad, pues por su antigüedad y nobleza se le debía que en ella y no en otra diese principio a su reinado. Aceptó su oferta, y luego se partió para aquella ciudad, en que le recibieron con grandes aclamaciones y regocijos; en el monasterio de las Huelgas fue coronado y recibido por rey de Castilla. Con el ejemplo de Burgos las más ciudades y fortalezas del reino de su propia voluntad en espacio de veinticinco días después de su coronación le vinieron a dar la obediencia. Con esto no quedó nada inferior a su contrario ni en fuerzas ni en vasallos; los grandes y los pueblos todos a porfía deseaban con apresurarse ganar la gracia del nuevo rey.

Asentadas las cosas de Castilla y León, se fue don Enrique a Toledo. Allí sin ninguna dificul-

tad, antes con mucho regocijo, le abrieron las puertas. Renunció el maestre de Santiago, don Garci Álvarez de Toledo. Dióle el rey don Enrique en recompensa del maestrazgo y de que se pasó a su servicio lo de Oropesa y de Valdecorneja, con que don Gonzalo Mejía quedó sin contradicción por maestre de Santiago. Por muerte de don Garci Álvarez lo de Oropesa quedó a su hijo Fernán Álvarez de Toledo, que en su mujer doña Elvira de Ayala tuvo a Garci Álvarez de Toledo, señor de Oropesa, y a Diego López de Ayala, cabeza de los Ayalas de Talavera, señores de Cebolla. Lo de Valdecorneja quedó a otro Fernán Álvarez de Toledo, hermano o sobrino del maestre, y de él vienen los duques de Alba. Llámanse Valdecorneja el Barrio, Dávila, Piedrahita, Horcajada y Almirón. Apoderado don Enrique de tan principal ciudad como Toledo, todo lo demás del reino quedó llano, de manera que don Pedro no se atrevió más a estar en el reino, antes perdida del todo la esperanza, se determinó de ponerse en salvo en una galera, en que embarcó sus hijos y tesoros, con que se fue a Portugal. Al que Dios comenzaba a desamparar parecía que le faltaba el consejo y también el favor de los hombres.

El rey de Portugal no le quiso tener en su reino, antes le envió a decir que no cabían dos reyes en una provincia. Don Fernando, hijo del rey de Portugal, estaba inclinado a don Enrique; favorecíale, y enviábanse muchos recados el uno al otro, y estaba mal con el rey don Pedro. Verdad es que en Portugal no se le hizo ningún desaguisado por no violar el derecho de las gentes, antes se le dio paso seguro para Galicia, para do se encaminaba con intento de juntar en aquellos pueblos alguna flota en que pasarse a Bayona de Francia.

Llegado a Compostela, hizo matar a don Suero, arzobispo de Santiago, y al deán de aquella iglesia, que se decía Perálvarez, ambos naturales de Toledo. No amansaban tantos peligros el cruel ánimo del rey, y él mismo sin necesidad aumentaba las causas de su destrucción. Ordenó su partida a Francia; parecióle que le era muy peligroso ir por tierra; así, allegó de aquella costa una armada de veintidós navíos y algunos otros bajeles menores. Embarcóse en ella con don Juan, su hijo, y otras dos hijas, que doña Beatriz, la mayor, era muerta, aunque Polidoro escribe que falleció en Bayona de Francia. Con buen viento llegaron a Bayona en la Guyena, que a la sazón se tenía por los ingleses; llevó consigo una buena parte de sus tesoros. Verdad es que la mayor cantidad de ellos, que enviaba en una galera con su tesorero Martín Yañez, se la tomaron los ciudadanos de Sevilla con deseo de hacer algún notable servicio a don Enrique, al cual todo se le allanaba. Córdoba se le había entregado, y por horas le esperaban en Sevilla. De esta manera entendió don Pedro por su mal que las cosas humanas no permanecen siempre en un ser, y que muchas veces muy grandes príncipes, por más dichosos y más poderosos que fuesen, aunque estuviesen rodeados de grandes ejércitos, fueron destruidos por ser malquistos del pueblo, y llevaron el pago que sus obras merecían.

El nuevo rey don Enrique, después de llegado a Sevilla, asentó paces con los reyes de Portugal y de Granada. Hecho esto, del ejército de los extranjeros escogió mil quinientas lanzas, y por sus capitanes Beltrán Claquin y don Bernal, hijo del conde de Foix, señor de Bearne; con tanto, como si todo lo al quedara llano, despidió los demás soldados. De Aragón le enviaron a su mujer y a su nuera la infanta doña Leonor, en cuya compañía vinieron don López Fernández de Luna, arzobispo de Zaragoza, y otros señores principales. Era necesario asentar el gobierno del reino y poner buen recaudo en las rentas reales, proveer de dineros, porque el tesoro real le halló muy consumido con la guerra pasada. No se ponía duda sino que de Francia bajaría otra tempestad de guerra, y que don Pedro, por ser de corazón tan ardiente, no sosegaría hasta que dejase juntamente el reino y la vida.

Por tanto, se hicieron en Burgos Cortes generales de todo el reino, y en ellas el infante don Juan, hijo de don Enrique, fue jurado por sucesor y heredero del reino para después de los días de su padre. En estas Cortes asimismo se concedió la décima parte de las cosas que se vendiesen, sin limitar el tiempo de esta concesión. La gana de que se administrase bien la guerra y el aborrecimiento que tenían a don Pedro les hizo en parte que no advirtiesen por entonces cuán grave carga había de ser este tributo en los tiempos venideros. La ciega codicia de venganza y el dolor y peligro presente

fácilmente turba y desbarata la corta providencia de los entendimientos de los hombres. Hizo don Enrique merced a la ciudad de Burgos de la villa de Miranda de Ebro por los servicios que le hicieron en su coronación y en recompensa de la villa de Briviesca, que era de Burgos y la diera a Pedro Fernández de Velasco, su camarero mayor; y porque la villa de Miranda era de la iglesia de Burgos, le dio en pago sesenta mil maravedíes de juro cada un año situados en los diezmos del mar, para que se gastasen en las distribuciones ordinarias de las horas nocturnas y diurnas y se repartiesen entre los prebendados que asistiesen a los divinos oficios en la dicha iglesia mayor, que antes de esto no tenían estas distribuciones. Era a la sazón obispo de Burgos don Domingo, único de este nombre, cuya elección fue memorable; por muerte de su antecesor don Fernando los votos del cabildo se dividieron sin poderse concordar en dos bandos. Conviniéronse en que aquel fuese de común consentimiento de todos electo por obispo a quien nombrase el canónigo Domingo, como árbitro que le hacían de esta elección, ca le tenían por hombre santo y de buena conciencia. Él, aceptado que hubo la acción que le daban, sin hacer caso de ninguno de los competidores, dijo por sí aquella sentencia que después se mudó en refrán: *«Obispo por obispo séaselo Domingo.»* Holgaron todos los canónigos que se hubiese hombrado, y recibiéronle por su prelado; diéronle las insignias episcopales e hiciéronle consagrar.

En estos días el arzobispo don Lope de Luna vino otra vez a Castilla enviado por el rey de Aragón con embajada a don Enrique para pedirle cumpliese con él lo que tenía capitulado y acusarle los juramentos que le tenía hechos y las pleitesías; en particular quería le pagase mucha suma de moneda que le prestara. El rey don Enrique le respondió que él confesaba la deuda y ser así todo lo que el rey decía; todavía que aún no estaban sosegadas las cosas del reino, y que si no era con grande riesgo de alguna gran revuelta y escándalo, no podía tan presto enajenar de la corona real tantas villas y ciudades como le prometió; que pasado este peligro, él estaba presto para cumplir lo asentado; que le tenía en lugar de padre y le debía el ser, vida y reino que poseía y todo lo al. Esto decía por entretener al rey de Aragón; por lo demás muy resuelto de no enajenar ninguna parte de lo que antiguamente era reino de Castilla. De esta manera suelen los príncipes mirar más por lo que les es útil y provechoso que tener cuenta con el deber y promesas que tengan hechas y juradas.

CAPÍTULO IX
DE LAS GUERRAS DE NAVARRA

Estas cosas pasaban en Castilla; entre los navarros y franceses con varia fortuna se proseguía en Francia la guerra que tres años antes de este se comenzara, aunque con mayor daño del rey de Navarra por estar ausente y ocupado en negocios de su reino. Tomáronle algunas villas y ciudades, cercáronle y combatieron otras. Los reyes de Francia y de Aragón hicieron liga en la ciudad de Tolosa, que es en la Galia Narbonense, por sus procuradores, que cada uno de ellos para este efecto envió. El principal en asentar los capítulos de esta liga fue Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia. Quedaron de acuerdo que el rey de Aragón hiciese guerra al de Navarra dentro de su reino, y que el rey de Francia le ayudase con quinientas lanzas pagadas a su costa, todo sin tener ningún respeto al estrecho parentesco que con él tenían, porque entrambos reyes eran sus cuñados por estar el de Navarra casado con hermana del rey de Francia, y el de Aragón tenía asimismo por mujer una hermana del mismo navarro. Aquellos príncipes, que tenían obligación a defenderle cuando otros le movieran guerra, esos se conjuraban contra él. ¡Oh fiera codicia de reinar! El mal modo de proceder del rey Carlos de Navarra y su aspereza le hacían odioso a los reyes sus vecinos, y era la causa que tuviese muchos enemigos.

Entendida esta liga por el navarro, él se estuvo quedo en España para hacer resistencia al rey de Aragón, mayormente que ya por su mandado Luis Coronel desde Tarazona hacía guerra en Navarra, robaba y destruía toda aquella frontera. A la reina, su mujer, envió a Francia, dado que preñada, para que procurase aplacar al rey, su hermano, y buscase algún remedio para salir del aprieto en que se hallaban. Esta ida no fue de provecho alguno, a causa que el rey de Francia pensaba y pretendía quedarse de esta vez con toda la tierra que el de Navarra tenía en su reino. Estando pues la reina en su villa de Evreux en Normandía, en el postrero día del mes de marzo parió al infante don Pedro, su segundo hijo, conde que fue de Moretano o Mortaigne en Normandía, y con él en el medio del estío se volvió a Navarra; por no hallar buena acogida en el rey de Francia, de necesidad el navarro hubo de buscar de quien favorecerse. Parecióle el mejor medio de todos aliarse y juntar sus fuerzas con el rey don Pedro, que andaba desterrado, y le rogaba hiciese liga con él; y como los hombres cuando se ven en algún grande aprieto son muy liberales, para traerle a su amistad le hacía una muy larga promesa de pueblos en Castilla, ca le ofrecía toda la tierra de Guipúzcoa, Calahorra, Logroño, Navarrete, Salvatierra y Vitoria; parecen hoy día, si no son fingidas, las escrituras que hicieron de este concierto en este año en la ciudad de Lisboa, cuando el rey don Pedro desde Sevilla se retiró a Portugal.

Al presente el rey don Pedro desde Bayona procuraba socorros para poder volver a cobrar el reino de Castilla. En particular solicitaba a Eduardo, príncipe de Gales, que por su padre el rey de Inglaterra gobernaba el ducado de Guyena, para que le ayudase con sus gentes. Viéronse en Cabreron, que es un pueblo cerca de la canal de Bayona; hallóse en aquellas vistas don Carlos, rey de Navarra. Convidólos a comer el príncipe, sentáronse con este orden en la mesa; don Pedro a la mano derecha y luego junto a él el príncipe, y a la mano izquierda se sentó solo de por sí el rey de Navarra. Confederáronse allí estos tres príncipes, y confirmaron con solemne juramento los conciertos que hicieron, que fueron estos, que el rey don Pedro fuese restituido en su reino, y que al príncipe Eduardo se le diese en recompensa de su trabajo el señorío de Vizcaya; que el rey de Navarra hubiese a Logroño, y que don Pedro dejase en Guyena sus hijas para seguridad y prenda de que cumpliría lo capitulado y pagaría, alcanzada la victoria, el dinero que se le prestaba para el sueldo de la gente de guerra.

Sabida esta liga por el rey de Aragón, receloso del daño que de ella le podía venir, para hallarse con mayores fuerzas y poder mejor resistir a sus enemigos, renovó con el rey de Francia la confederación y amistades que con él tenía hechas.

El rey de Navarra estaba con gran cuidado y miedo no descargasen estos nublados sobre su reino, como el que caía en medio de dos enemigos tan poderosos como eran los reyes de Francia y Aragón. Por otra parte temía a los ingleses; juzgaba que para pasar en Castilla o les había de dar el camino por sus tierras, o se le abrirían con las armas. Hallábase muy congojado; aquejado con este pensamiento, no sabía qué consejo se tomase. La peor resolución que él pudo tomar fue quedarse neutral, porque de esta manera a ninguno obligaba, y a todos dejó querellosos. Todavía después que lo hubo todo bien ponderado, tomó por mejor partido concertarse con el rey don Enrique, ora lo hiciese con disimulación y engaño, ora que hubiese mudado su voluntad y quisiese salir fuera de la liga hecha con don Pedro y el príncipe de Gales. Como quiera que esto fuese, él tuvo sus hablas con el rey don Enrique en Santacruz de Campezo, que es una villa en la frontera de Navarra; halláronse presentes don Gómez Manrique, arzobispo de Toledo, que fuera elegido en lugar de don Vasco, don Alonso de Aragón, conde de Denia y marqués de Villena y don Lope Fernández de Luna, arzobispo de Zaragoza, y Beltrán Cloquin. La confederación que estos príncipes hicieron fue que el rey de Navarra no diese paso a los ingleses; que en la guerra que esperaban ayudase con su persona y con todo su ejército al rey don Enrique, y que para seguridad diese ciertas villas y castillos en rehenes de que cumpliría estos conciertos. Por el contrario, que don Enrique le diese a él a Logroño, la misma ciudad que poco antes don Pedro le prometió.

En estos días don Luis, hermano del rey de Navarra, se casó con Juana, duquesa de Durazo; en la Macedonia, hija mayor de Carlos, de quien heredó este estado, y a quien algunos años después el papa Urbano VI dio la investidura del reino de Nápoles. Y porque comúnmente se yerra en la descendencia de estos príncipes, me pareció ponerla en este lugar. Carlos II, rey de Nápoles, tuvo por hijo a Juan, duque de Durazo; hijos de Juan fueron Carlos y Luis; Carlos fue padre de Juana y Margarita. De Luis, el otro hijo de Juan, nacieron Carlos, que vino a ser rey de Nápoles, y Juana, la que dijimos casó con el infante don Luis, hermano del rey de Navarra.

Las vistas del rey de Navarra y de don Enrique, que se hicieron en Campezo, fueron en el principio del año de 1367, en el cual, quién dice el año siguiente, en 18 de enero murió en Estremoz, villa de Portugal, el rey don Pedro. Vivió por espacio de cuarenta y seis años, nueve meses y veintiún días; reinó nueve años y otros tantos meses y veintiocho días. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza junto a doña Inés de Castro; hízosele un real y solemnísimo enterramiento con grande aparato y pompa. Entre otras cosas dejó buena renta para seis capellanes que allí dijesen cada día misa por su ánima y por las de sus antepasados; fue aventajado en ser justiciero; lloráronle mucho sus vasallos, y sintieron su muerte como si con él en la misma sepultura se hubiera enterrado la pública alegría y bien de todo el reino. Tenía mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio. Hizo muy santas leyes contra la avaricia de los jueces y abogados, para que con su codicia y largas no fuesen los pleitos inmortales. Fue severísimo contra los malhechores, especialmente era rigurosísimo contra los adúlteros; llegó a que por haber cometido este delito el obispo de Oporto, con sus propias manos le maltrató muy rudamente; así se decía vulgarmente, que traía consigo un azote para castigar a los que cogiese en algún delito. Tenía costumbre de distribuir cada año muchos marcos de plata, parte labrada, y parte acuñada, entre los suyos, según la calidad y méritos de cada uno. Refiérese de él aquella sentencia: *«Que no era digno de nombre de rey el que cada día no hiciese bien y merced a alguna persona.»* Hizo el puente y villa de Limia en Portugal; dejó por heredero de su reino a su hijo don Fernando, cuyo reinado no fue tal y tan feliz como el del padre. Con los embajadores que el rey de Aragón envió a su padre asentó él paces en 4 días del mes de marzo de este año en los palacios de Alcanhaaes,que son cerca de Santarem. Tuvo amores deshonestos con doña Leonor de Meneses, mujer de Lorenzo Vázquez de Acuña, a quien se la quitó. El marido por tanto anduvo mucho tiempo huido en Castilla, y se dice de él que traía en la gorra unos cuernos de plata como por divisa y blasón, para muestra de la deshonestidad del rey y de su afrenta, mengua y agravio.

CAPÍTULO X
QUE DON ENRIQUE FUE VENCIDO JUNTO A NÁJERA

Toda Castilla y Francia ardían llenas de ruido y asonadas de guerra; hacíanse muchas compañías de hombres de armas, jinetes e infantería; todo era proveerse de caballos, armas y dineros. Las partes ambas igualmente temían el suceso y esperaban la victoria. Don Enrique en Burgos, do era ido, se apercibía de lo necesario para salir al camino a su enemigo, que sabía con un grande y poderoso campo era pasado los Pirineos por las estrechas sendas y montañas cerradas de Roncesvalles. Llegó a Pamplona sin que el rey Carlos de Navarra le hubiese hecho ningún estorbo a la pasada, ca estaba a la sazón detenido en Borja. Prendióle andando a caza cerca de allí un caballero bretón, llamado Olivier de Mani, que la tenía en guarda por Beltrán Claquin, su primo. Entrambos los reyes sospecharon que era trato doble, concierto con este capitán que le prendiese, para tener color de no favorecer a ninguno de ellos, y después excusa aparente con el que venciese. A los príncipes ningún trato que contra ellos se haga, aunque sea con mucha cautela, se les puede encubrir; antes muchas veces les dicen más de lo que hay, y eso lo malician y echan a la peor parte.

Don Enrique partió de Burgos con un lucido y grueso ejército de mucha infantería y cuatro mil quinientos hombres de a caballo, en que iba toda la nobleza de Castilla y la gente que de Francia y Aragón era venida en su ayuda. Llegó con su campo al encinar de Bañares, llamó a consejo los más principales del ejército, y consultó con ellos lo tocante a esta guerra. Los embajadores de Francia, que eran enviados a sólo este efecto, y Beltrán Claquin procuraron persuadir que se debía en todas maneras excusar de venir a las manos con el enemigo y no darle la batalla, sino que fortificasen los pueblos y fortalezas del reino, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y le entretuviesen y gastasen; que la misma tardanza le echaría de España por ser esta provincia de tal calidad, que no puede sufrir mucho tiempo un ejército y sustentarle. Que se considerase el poco provecho que se sacaría cuando se alcanzase la victoria, y lo mucho que se aventuraba de perder lo ganado, que era no menos que los reinos de Castilla y León y las vidas de todos. Que en el ejército de don Pedro venía la flor de la caballería de Inglaterra, gente muy esforzada y acostumbrada a vencer, a quien los españoles no se igualaban ni en la destreza en pelear ni en la valentía y fuerzas de los cuerpos. Finalmente, que se acordasen que no es menos oficio del sabio y prudente capitán saber vencer al enemigo con industria y maña que con fuerza y valentía. Esto dijeron los embajadores de Francia de parte de su rey, y Beltrán Claquin de la suya.

Otros, que tenían menos experiencia y menor conocimiento del valor de los ingleses, y eran más fervorosos y esforzados que considerados y sufridos, instaron grandemente en que luego se diese la batalla. Decían que la cosas de la guerra dependían mucho de la reputación, y que se perdería si se rehusase la batalla, por entenderse que tenían miedo del enemigo y serían tenidos por cobardes y de ningún valor. Que si el ánimo no faltaba, sobraban las fuerzas y ciencia militar para desbaratar y vencer dos tantos ingleses que fuesen. Sobre todo que a tan justa demanda Dios no faltaría, y con su favor esperaban se alcanzaría una gloriosa victoria.

Aprobó don Enrique este parecer, mandó marchar su campo la vía de Álava para hacer rostro a algunas bandas de caballos ligeros del enemigo, que se habían adelantado y robaban aquella tierra. Llegó con su ejército junto a Saldrian, y a vista del de su enemigo asentó su campo en un lugar fuerte, porque le guardaban las espaldas unas sierras que allí están, con que podía pelear con ventaja si no le forzaban a desamparar aquel sitio. Considerando esto, los ingleses levantaron sus reales y tiraron la vía de Logroño, ciudad que tenía la voz de don Pedro, con intento de traer a don Enrique o la batalla o entrar en medio del reino, por donde tenían esperanza que todas las cosas podrían acabar a su gusto. Entendido por don Enrique, que estaba en Navarrete, el fin del enemigo, volvió atrás camino de Nájera, que es una ciudad que se piensa ser la antigua Tritio Metallo en los autrigones; y de que sea ella no es pequeño indicio que dos millas de allí está una aldea que retiene el mismo nombre

de Tritio. Esta ciudad alcanza muy lindo cielo y unos campos muy fértiles, y por muchas cosas es un noble pueblo, y con el suceso de esta batalla se hizo más famoso.

Escribiéronse estos príncipes; cada cual daba a entender al otro la justicia que tenía de su parte y que no era él la causa de esta guerra; antes la hacía forzado y contra su voluntad, y tenía mucho deseo y gana de que se concordasen y no se viniese al riesgo y trance de la batalla por la lástima que significaban tenerá la mucha gente inocente que en ella perecería. Mas como quier que no se concordasen en el punto principal de la posesión del reino, perdida la esperanza de ningún concierto, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Don Enrique puso a la mano derecha la gente de Francia, y con ella a su hermano don Sancho con la mayor parte de la nobleza de Castilla; a su hermano don Tello y al conde de Denia mandó que rigiesen el lado izquierdo; él con su hijo el conde don Alonso se quedó en el cuerpo de la batalla.

Los enemigos, que serían diez mil hombres de a caballo y otros tantos infantes, repartieron de esta manera sus escuadrones. La vanguardia llevaban el duque de Lancaster y Hugo Carbolayo, que se era pasado a los ingleses. El conde de Armañac y monsieur de Labrit iban por capitanes en el segundo escuadrón; en el postrero quedaron el rey don Pedro y el príncipe de Gales y don Jaime, hijo del rey de Mallorca, el cual, después que se soltó de la prisión en que le tenía el rey de Aragón, casara con Juana, reina de Nápoles. Halláronse en esta batalla trescientos hombres de a caballo navarros, que con su capitán Martín Enrique los envió el rey Carlos de Navarra en favor del rey don Pedro.

Corría un río en medio de los dos campos; pasóle don Enrique, y en un llano que está de la otra parte ordenó sus haces. En este campo se vinieron a encontrar los ejércitos con grandísima furia y ruido de las voces, de los combates, del quebrar de las lanzas y el disparar de las ballestas. El escuadrón de la mano derecha, que regía Beltrán Claquin, sufrió valerosamente el ímpetu de los enemigos, y parecía que llevaba lo mejor; empero en el otro lado quitó don Tello a los suyos la victoria de las manos; con más miedo que vergüenza volvió en un punto las espaldas, sin acometer a los enemigos ni entrar en la batalla. Como él y los suyos huyeron, dejaron descubiertos y sin defensa los costados de Beltrán y de don Sancho, por donde pudieron fácilmente ser rodeados de los enemigos, y apretándolos reciamente por ambas partes, los vencieron y desbarataron. Hízose gran matanza, y fueron presos muchos grandes y ricos hombres, entre ellos los capitanes más principales del ejército. Don Enrique con mucho esfuerzo y valor procuró detener su escuadron, que comenzaba a ciar y retirarse; por dos veces metió su caballo en la mayor priesa de la batalla con grandísimo peligro de su persona; más como quier que no pudiese detener a los suyos por la gran muchedumbre de enemigos que cargó sobre ellos y los desbarató, mal pecado, perdida del todo la esperanza de la victoria, se salió de la batalla y se acogió a Nájera.

De allí por el camino de Soria se fue a Aragón, acompañado de Juan de Luna y Fernán Sánchez de Tobar y Alfonso Pérez de Guzmán y de algunos otros caballeros de los suyos. A la entrada de aquel reino le salió a ver y consolar don Pedro de Luna, que después en tiempo del gran cisma fue el papa Benedicto. No paró el rey don Enrique hasta que por los puertos de Jaca entró en el reino de Francia, sin detenerse en Aragón por no se fiar de aquel rey, si bien era su consuegro. Hallábase en grande cuita, poca esperanza de reparo. Por semejantes rodeos lleva Dios a los varones excelentes por estos altos y bajos hasta ponerlos de su mano en la cumbre de la buenandanza que les está aparejada. Los demás de su ejército se huyeron por las villas y pueblos de aquella comarca, todos esparcidos, sin quedar pendón enhiesto, ni compañía entera, ni escuadra que no fuese desbaratada.

Después de la batalla hizo matar el rey don Pedro a Íñigo López de Horozco, a Gómez Carrillo de Quintana, a Sancho Sánchez de Moscoso, comendador de Santiago, y a Garci Jofre Tenorio, hijo del almirante Alfonso Jofre, que todos fueron presos en la pelea. Otros muchos dejó de matar por no los haber a las manos, que por ningún precio se los quisieron entregar los ingleses, cuyos prisioneros eran; demás que el príncipe de Gales le reprendió con palabras casi afrentosas porque, des-

pués de alcanzada la victoria, continuaba los vicios que le quitaban el reino. Uno de los presos fue don Pedro Tenorio, adelante arzobispo de Toledo. Llevó en esta batalla el pendón de don Enrique Pero López de Ayala, aquel caballero que escribió la historia del rey don Pedro, y fue uno de los presos. Por esta razón algunos no dan tanto crédito a su historia, como de hombre parcial. Dicen que por odio que tenía al rey don Pedro encareció y fingió algunas cosas; a la verdad fue uno de aquellos contra quien en Alfaro él pronunció sentencia, en que los dio por rebeldes y enemigos de la patria.

Diose esta batalla sábado 3 de abril de este año de 1367. Don Tello llevó a Burgos las tristes nuevas de este desgraciado suceso. La reina doña Juana, mujer de don Enrique, sabida la rota, tuvo gran miedo de venir a manos de don Pedro; así, ella y sus hijos con gran prisa se fueron de Burgos a la ciudad de Zaragoza. En esta sazón en Burgos se hallaban don Gómez Manrique, arzobispo de Toledo, y don Lope Fernández de Luna, arzobispo de Zaragoza, que se quedaron con la reina. Estos la acompañaron en este viaje de Aragón; llegada allí, no halló en el rey tan buena acogida como pensaba, que es cosa común y como natural en los hombres desamparar al caído y hacer aplauso y dar favor al vencedor. Olvidado pues el rey de Aragón ya de las amistades y confederaciones que tenía hechas con don Enrique, tenía propósito de moverse al son de la fortuna y llegarse a la parte de los que prevalecían. A esta causa era ya venido en Aragón por embajador Hugo Carbolayo, inglés, y porque no podían tan presto y fácilmente concluirse paces, se hicieron treguas por algunos meses.

Después de la victoria el rey don Pedro con todo su ejército se fue a Burgos, prendió en aquella ciudad a Juan Cordollaco, pariente del conde de Armañac y arzobispo de Braga, que era de la parcialidad del rey don Enrique. Hízole el rey llevar al castillo de Alcalá de Guadaira y meterle en un silo, en que estuvo hasta la muerte del mismo don Pedro, cuando, mudadas las cosas, fue restituido en su libertad y obispado. El rey don Pedro, sin embargo, se hallaba muy congojado en trazar cómo podría juntar tanto dinero como a los ingleses de los sueldos debía y él recibió prestado del príncipe de Gales. No sabía asimismo cómo podría cumplir con él lo que le tenía prometido de darle el señorío de Vizcaya, porque ni los vizcaínos, que es gente libre y feroz, sufrirían señor extraño, ni el tesoro y rentas reales, consumidos con tan excesivos gastos, como con estas revoluciones se hicieron, no alcanzaban con gran parte a pagar la mitad de lo que se debía. Por esta causa con ocasión de ir a juntar este dinero se fue don Pedro muy apriesa a Toledo, de allí a Córdoba. En esta ciudad en una noche hizo matar dieciséis hombres principales; cargábales fueron los primeros que eella dieron entrada al rey don Enrique. En Sevilla mandó asimismo matar a micer Gil Bocanegra y a don Juan, hijo de Pero Ponce de León, señor de Marchena, y a doña Urraca de Osorio, madre de Juan Alfonso de Guzmán, y a otras personas. A doña Urraca hizo quemar viva, fiereza suya, y ejecución en que sucedió un caso notable. En la laguna propia en que hoy está plantada una grande alameda armaron la hoguera. Una doncella de aquella señora, por nombre Isabel Dávalos, natural de Úbeda, luego que se emprendió el fuego, se metió en él para tenerle las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama; hazaña memorable, señalada lealtad, con que grandemente se acrecentó el odio y aborrecimiento que de atrás al rey tenían.

Con los infortunios, destierro y trabajo que había padecido parece era razón hubiera ya corregido los vicios que de antes parecían tener excusa con la mocedad, licencia y libertad, si su natural no fuera tan malo. Por el contrario, la afabilidad y buena condición del rey don Enrique causaba que todos tenían lástima de sus desastres y le amaban más que antes. Con esto se volvió a la plática de enviarle a llamar y restituirle en los reinos de Castilla.

El rey de Navarra, de Borgia, do le tenían arrestado, se vino después de dada la batalla a Tudela; a mosen Olivier, que le hizo compañía en aquella villa, le hizo prender, y no le quiso soltar de la prisión hasta que le entregó a su hijo el infante don Pedro, que quedó en Borja para seguridad que cumpliría lo que los dos capitularon.

Este mismo año que se dio la batalla de Nájera falleció en Viterbo, ciudad de Italia, el cardenal don Gil de Albornoz en 24 días del mes de agosto, fiesta de San Bartolomé. Fue este prelado ex-

celente varón, de gran valor y prudencia, no menos en el gobierno que en las cosas de la guerra, muy querido de tres papas que alcanzó, Clemente, Inocencio y Urbano V, que a esta sazón gobernaba la Iglesia romana. Hizo guerra en Italia a los tiranos que tenían usurpadas muchas ciudades y tierras de la Iglesia, y con dichosas armas las restituyó al patrimonio y estado de san Pedro, con que abrió el camino a sus sucesores para que pasasen la silla apostólica a la antigua ciudad de Roma, que no tardó mucho tiempo en cumplirse. Depositaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Asís; después, sosegadas las cosas de España con la muerte del rey don Pedro, por haberlo él así mandado en su testamento, le trasladaron a la ciudad d e Toledo; está enterrado en la iglesia mayor en la capilla de San Ildefonso. Concedió el romano pontífice indulgencias a los que le trajesen en hombros; y fue tanta la devoción de los pueblos, que por doquier que pasaba salían a bandas a los caminos por ganar los perdones, y de esta manera le trajeron hasta Toledo.

CAPÍTULO XI
DEL MAESTRE DE SAN BERNARDO

El maestre de San Bernardo, dignidad cuyo nombre y noticia apenas ha llegado a nuestros tiempos, se halló en la batalla de Nájera con otros muchos en favor de don Enrique, donde fue preso y muerto por mandado del rey don Pedro, y le confiscaron muchos pueblos que poseía en las behetrías. No cuenta esto ninguno de los historiadores, sino solamente el despensero mayor de la reina doña Leonor, de quien arriba hicimos mención. Verdad es que no escribe el nombre del maestre ni qué principio o autoridad tuviese esta dignidad, cosa en aquel tiempo muy sabida, al presente de todo punto olvidada; el tiempo todo lo gasta. Sólo consta que este maestre era hombre de religión y eclesiástico, porque el rey don Pedro fue excomulgado por la muerte que le dio. Lo que yo sospecho es que cuando el rey don Pedro por consejo de Juan Alonso de Alburquerque, como de suso se dijo, quiso encorporar las behetrías en la corona real, o lo que es más cierto, darlas a algunos señores particulares que las pretendían con más codicia de estados que de hacer lo que era razón y justicia, entonces de su voluntad y con facultad del papa con color de religión se debieron de sujetar a la orden de San Bernardo, a imitacion de los caballeros de Calatrava y Alcántara, y eligieron una cabeza con título que le dieron de maestre de San Bernardo, para que como las demás religiones militares hiciesen guerra a los moros. Este color y diligencia, aunque fue a propósito para que aquellos pueblos se mantuviesen en la libertad en que por tantos siglos inviolablemente se mantuvieron, dio empero ocasión para que el rey se indignase contra ellos. Por esta causa creo yo que el dicho maestre se llegó a la parte de don Enrique; esto pudo ser, más no es más que conjetura y pensamiento.

Lo que se sigue es cierto, que el sumo pontífice Urbano V por esta muerte y porque tenía fuera de sus iglesias a los obispos de Calahorra y de Lugo, envió un arcediano con orden que le notificase cómo estaba excomulgado, y por tal le publicase. Este arcediano, como quier que temiese la crueldad de don Pedro y el poco respeto que tenía a la Iglesia, usó con él de cautela y maña; esto fue que se vino por el río en una galeota muy ligera a Sevilla, y se puso a la ribera del campo de Tablada cerca de la ciudad; aguardó a que el rey pasase por aquella parte, sucedióle como lo deseaba, preguntóle si quería saber nuevas de levante, que le diría cosas maravillosas y jamás oídas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el rey cerca por oírle, y él le intimó entonces las bulas del papa. Esto hecho, luego con grandísima velocidad se fue el río abajo a vela y remo; ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del Océano volvían a bajar, así pudo más ligeramente escaparse. El rey enojóse mucho con la burla y como fuera de sí, desnuda la espada y arrimadas las espuelas al caballo, se lanzó en el río. Tiró una gran cuchillada al arcediano, que por no le poder alcanzar dio en la galeota, sin desistir de seguirle hasta tanto que el caballo no podía nadar de cansado; corriera gran peligro de ahogarse si no le acorrieran prestamente con un barco en que le recogieron muy encolerizado. Decía a grandes voces que él quitaría la obediencia al papa que tan violenta y suciamente regía la Iglesia; procuraría otrosí que hiciesen lo mismo los reyes de Aragón y de Navarra; además que aquella injuria él la vengaría muy bien con las armas y con hacer guerra a sus tierras. Esto dijo con los ojos encarnizados y hechos ascuas y con la voz muy fiera, alta y descompuesta. Las afrentas, amenazas y desacatos que dijo contra el papa más le desdoraron a él que agraviaron al padre santo. Mandó luego apercebir una armada y hacer grandes llamamientos de gentes de guerra.

El papa, vista la furiosa condición del rey don Pedro, se determinó de aplacarle de la mejor manera que pudiese; para hacerlo con mayor autoridad le envió un legado, que fue un sobrino suyo, cardenal de San Pedro, que lo absolvió de la excomunión, e hizo las amistades entre él y su tío con estas condiciones. Que consumido el oficio y nombre de maestre de San Bernardo, todos aquellos pueblos de allí adelante tuviesen su antiguo nombre de behetrías y fuesen del patrimonio real, a tal empero que no pudiesen ser entonces ni en algún tiempo dados ni vendidos ni enajenados; guárdes-

eles este respeto y preeminencia por ser bienes de religión y eclesiásticos. Demás de esto, que la tercera parte de las décimas que llevaba a la sazón el papa de los beneficios fuese del rey para ayuda a la guerra de los moros. Que el papa otrosí sin consentimiento de los reyes de Castilla no pudiese en sus reinos dar obispados ni maestrazgos ni el priorato de San Juan ni otros mayores beneficios. Esto se le concedió teniendo consideración al sosiego común y al bien general de la paz, puesto que era contra la costumbre y uso antiguo. Es cosa notable y maravillosa que por contemplación ni respeto de ningún príncipe quisiese el papa perder en España tanto de su derecho y autoridad: en tanto se tuvo en aquella era el sanar la locura de un rey, que primero con sus trabajos y ahora con la victoria andaba desatinado.

CAPÍTULO XII
QUE DON ENRIQUE VOLVIÓ A ESPAÑA

Llegado don Enrique a Francia, no perdió el ánimo, sabiendo cuán varias y mudables sean las cosas de los hombres, y que los valientes y esforzados hacen rostro a las adversidades y vencen todas las dificultades en que la fortuna los pone, los cobardes desmayan y se rinden a los trabajos y desastres. El conde de Foix, a cuya casa primero aportó, le recibió muy bien y hospedó amigablemente, aunque con recelo no le hiciesen guerra los ingleses porque le favorecía. De allí fue a Villanueva, que es cerca de Aviñón, para hablar a Luis, duque de Anjou y hermano del rey de Francia, en quien halló mejor acogimiento del que él podía esperar; socorrióle con dineros, y dióle consejos tan buenos, que fueron parte para que sus cosas tuviesen el próspero suceso que poco después se vio. Envió por inducimiento y aviso del duque con su embajada a pedir al rey de Francia su ayuda y favor para volver a Castilla. Fue oído benignamente, y determinóse el rey de favorecerle. A la verdad la mucha prosperidad y buenos sucesos de los ingleses le tenían con mucho miedo y cuidado; tenía asimismo en la memoria los agravios que don Pedro le había hecho y la enemiga que tenía con él. Respondióle pues con mucho amor, y propuso de le ayudar con gente y dineros; dióle el castillo de Perapertusa en los confines de Rosellón, en que tuviese a su mujer e hijos, ca desconfiados del rey de Aragón se retiraron a Francia; mandóle otrosí dar el condado de Seseno, en que pudiese vivir en el entretanto que volvía a cobrar el reino de Castilla, de donde cada día se venían a él muchos caballeros que fueron presos en la batalla de Nájera, y estaban ya rescatados y librados de la crueldad del rey don Pedro; que los ingleses los escaparon de sus manos.

De los primeros que se pasaron y acudieron en Francia a don Enrique, fue don Bernal, hijo del conde de Foix, señor de Bearne, a quien el rey don Enrique, después de acabada la guerra, en remuneración de este servicio le dio a Medinaceli con título de conde. Fue casado este príncipe con doña Isabel de la Cerda, hija de don Luis y nieta de don Alonso de la Cerda el Desheredado, de quien los duques de Medinaceli, sin haber quiebra en la línea, se precian descender. Hallóse también con don Enrique el conde de Osona, hijo de don Bernardo de Cabrera, el cual, después que estuvo preso en Castilla, sirvió en la guerra a don Pedro por el gran sentimiento que tenía de la muerte de su padre. Finalmente, puesto en su entera libertad, se pasó a don Enrique con propósito de servirle y seguir su fortuna hasta la muerte. Demás de esto le avino bien a don Enrique en que el príncipe de Gales se volvió en estos días a Guyena, enojado y mal satisfecho de don Pedro porque ni le entregó el señorío de Vizcaya que le prometió, ni le pagó los emprestidos que le hiciera, ni a muchos de los suyos el sueldo que les debía. Demás de esto, en Castilla le comenzaba a ayudar la fortuna, ca muchos grandes y caballeros habían tomado su voz y hacían guerra a don Pedro. En particular se tenían por él las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya y las ciudades de Segovia, Ávila, Palencia, Salamanca y la villa de Valladolid y otros muchos pueblos del reino de Toledo. Cada día se reforzaba más su bando y parcialidad, su enemigo mismo le ayudaba con hacerse por momentos más odioso con su mal modo de proceder y desvariados castigos que hacía en los suyos.

Juntado pues por don Enrique su ejército, entró en Aragón por las asperezas de los Pirineos llamadas Val de Andorra; pasó por aquel reino con tanta presteza, que primero estuvo dentro de Castilla que pudiese el rey de Aragón atajarle el paso, si bien puso para estorbárselo toda la diligencia que pudo. Llegado don Enrique a la ribera del río Ebro, preguntó si estaba ya en tierra de Castilla. Como le respondiesen que sí, se apeó de su caballo, e hincado de rodillas hizo una cruz en la arena, y besándola dijo estas formales palabras: *«Yo juro a esta significanza de cruz que nunca en mi vida por necesidad que me venga salga de Castilla; antes que espere ahí la muerte, o estaré a la ventura que me viniere.»* Fue importante esta ceremonia para asegurar los corazones de los que le seguían e inflamarlos en la afición que le tenían. Vuelto a subir en su caballo, fue con todo su campo a Calahorra, que por aquella parte es la primera ciudad de Castilla; entró en ella el día del arcán-

gel san Miguel con mucho contento y regocijo de los ciudadanos y de muchos del reino que luego de todas partes le acudieron, ca andaban unos desterrados, y otros huidos de miedo de la crueldad del rey, su hermano.

De Calahorra se partió a Burgos; allí fue recibido con una muy solemne procesión por el obispo, clerecía y ciudadanos de aquella ciudad. Halló en el castillo preso a don Felipe de Castro, un grande del reino de Aragón, casado con su hermana doña Juana, que le prendieron en la batalla de Nájera; mandóle luego soltar, e hízole donación de la villa de Paredes de Nava y de Medina de Rioseco y de Tordehumos. Por el contrario, prendió en el mismo castillo a don Jaime, rey de Nápoles e hijo del rey de Mallorca, que se quedara en Burgos después que se halló en la batalla por la parte del rey don Pedro, y ahora cuando vio que recibían a don Enrique, se retiró al castillo para defenderse en él con el alcaide Alfonso Fernández. Con el ejemplo de la real ciudad de Burgos otras muchas ciudades tomaron la voz de don Enrique, quitado el miedo que tenían, el cual no suele ser buen maestro para hacer a los hombres constantes en el deber y en hacer lo que es razón. Sosegadas las cosas en Burgos, pasó con su campo sobre la ciudad de León, que a cabo de algunos días se le rindió a partido el postrero día de abril del año de 1368.

En la imperial ciudad de Toledo unos querían a don Enrique, la mayor parte sustentaba la opinión de don Pedro, escarmentados del riguroso castigo que hizo allí los meses pasados y de miedo de la gente de guerra que allí tenía de guarnición, que eran muchos ballesteros y seiscientos hombres de armas, cuyo capitán era Fernando Ávarez de Toledo, alguacil mayor de la misma ciudad. Tenía don Enrique en su ejército mil hombres de armas; con estos y con la infantería, que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo y tenerla cercada. Tenía por cierto que, apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demás le sería fácil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende a la parte del septentrión a las faldas de la ciudad; puso muchas compañías en los montes que están de la otra parte del río Tajo; este gran río como con un compás rodea las tres cuartas partes de la ciudad, corre por la parte del levante, y revuelve hacia mediodía y poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales a los otros y se favoreciesen en tiempo de necesidad mandó fabricar un puente de madera, que fue después muy provechoso. Los toledanos sufrían constantemente el cerco, puesto que harto inclinados a don Enrique; más no osaban admitirle en la ciudad por miedo no lo pagasen los rehenes que consigo se llevara don Pedro, que eran los más nobles de Toledo.

La ciudad de Córdoba en este tiempo, quitada la obediencia a don Pedro, seguía la parte de don Enrique con tanto pesar y enojo de su contrario, que no dudó de pedir al rey de Granada le enviase su ayuda para irla a cercar. Envióle Mahomad gran número de moros jinetes, con que y su ejército puso en gran estrecho la ciudad y la apretó de manera, que un día estuvo a punto de ser entrada, ca los moros a escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los cordobeses, considerado el peligro y cuán sin misericordia serían tratados si fuesen vencidos, y pelearon aquel día con gran desesperación, y rebatieron tan valerosamente los moros, que mal de su grado los forzaron a salir de la ciudad. A muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos de ellos hasta bien lejos. Señaláronse mucho en este día las mujeres cordobesas, ca visto que era entrada la ciudad por los moros, no se escondieron ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerzo salieron por las calles y a los lugares en que sus maridos e hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron a la pelea; con esto los cordobeses tomaron tanto brío y coraje, que pudieron recobrar la ciudad, que ya se perdía, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos. Desesperados los reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco.

Don Pedro se fue a Sevilla a proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacía más de espacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba; el rey de Granada, sin que don Pedro le fuese a la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaén y Úbeda, que a imitación de Córdoba seguían el bando de don Enrique; taló otrosí lo más de los campos del Andalucía, con que llevaron los moros a

Granada gran muchedumbre de cautivos, tanto, que fue fama que en sola la villa de Utrera fueron más de once mil almas las que cautivaron. Con esto, toda la Andalucía se veía estar llena de llantos y miseria; por una parte los apretaban las armas de los moros, por otra la crueldad y fiereza de don Pedro.

CAPÍTULO XIII
QUE EL REY DON PEDRO FUE MUERTO

El rey don Pedro, desamparado de los que le podían ayudar y sospechoso de los demás, lo que sólo restaba, se resolvió de aventurarse, encomendarse a sus manos y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla; sabía muy bien que los reinos se sustentan y conservan más con la fama y reputación que con las fuerzas y armas. Teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo; estaba aquejado, y pensaba cómo mejor podría conservar su reputación, esto le confirmaba más en su propósito de ir en busca de su enemigo y darle la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla; decíanle que se destruía y se iba derecho a despeñar; que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército y esperar las gentes que cada día vendrían de sus amigos y de los pueblos que tenían su voz. Esto que le aconsejaban era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegaran la grandeza de sus maldades y la divina justicia, ya determinada de muy presto castigarlas.

Estando en este aprieto, sucedióle otro desastre, y fue que Vitoria, Salvatierra y Logroño, que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del rey de Navarra y por falta de socorro por estar don Pedro tan lejos, se entregaron al navarro. Ayudó a esto don Tello, el cual, si estaba mal con don Pedro, no era amigo de su hermano don Enrique, y así se entretenía en Vizcaya sin querer ayudar a ninguno de los dos.

Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuviese, como dijimos, dividida en aficiones, algunos de los que favorecían a don Enrique intentaron de apoderarse de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los Abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron darle entrada en la ciudad por el puente de San Martín, sobre lo cual los del un bando y del otro vinieron a las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el rey don Pedro, diose muy mayor prisa a irla a socorrer, por no hallarla perdida cuando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus tesoros, y con sus hijos don Sancho y don Diego llevarlos a Carmona, que es una fuerte y rica villa del Andalucía, y está cerca de Sevilla. Hecho esto, juntó arrebatadamente su ejército y aprestó su partida para el reino de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de a caballo; pero la mitad de ellos, mal pecado, eran moros y de quien no se tenía entera confianza, ni se esperaba que pelearían con aquel brío y gallardía que fuera necesario.

Dícese que al tiempo de su partida consultó a un moro sabio de Granada, llamado Benagatin, con quien tenía mucha familiaridad, y que el moro le anunció su muerte por una profecía de Merlín, hombre inglés, que vivió antes de este tiempo como cuatrocientos años. La profecía contenía estas palabras: *«En las partes de occidente, entre los montes y el mar, nacerá una ave negra, comedora y robadora, y tal, que todos los panales del mundo querrá recoger en sí, todo el oro del mundo querrá poner en su estómago, y después gormarlo ha, y tornará atrás. Y no perecerá luego por esta dolencia, caérsele han las péñolas, y sacarle han las plumas al sol, y andará de puerta en puerta y ninguno la querrá acoger, y encerrarse ha en la selva y allí morirá dos veces, una al mundo y otra a Dios, y de esta manera acabará.»* Esta fue la profecía, fuese verdadera o ficción de un hombre vanísimo que le quisiese burlar; como quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos días.

El rey don Pedro con la hueste que hemos dicho bajó del Andalucía a Montiel, que es una villa en la Mancha y en los oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por don Enrique la venida de don Pedro, dejó a don Gómez Manrique, arzobispo de Toledo, para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil cuatrocientos hombres de a caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran prisa en busca de don Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que está a cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltrán Claquin con seiscientos caballos extranjeros que traía de Francia;

importantísimo socorro y a buen tiempo, porque eran soldados viejos y muy ejercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto allí don Gonzalo Mejía, maestre de Santiago, y don Pedro Múñiz, maestre de Calatrava, y otros señores principales que venían con deseo de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria. Partió don Enrique con esta caballería; caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista a los enemigos antes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos, cuando vieron que tenían tan cerca a don Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hubiese alguna traición y trato para dejarlos en sus manos; a esta causa no se fiaban los unos de los otros. Recelábanse también de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha prisa y turbación hicieron recoger los más de los soldados que tenían alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos de ellos desampararon las banderas de miedo o por el poco amor y menos gana con que servían. Al salir el sol formaron sus escuadrones de ambas partes y animaron sus soldados a la batalla. Don Enrique habló a los suyos en esta sustancia:

«Este día, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honra y reino, o nos lo ha de quitar. No nos puede suceder mal, porque de cualquiera manera que nos avenga, seremos bien librados; con la muerte saldremos de tan inmensos e intolerables afanes como padecemos; con la victoria daremos principio a la libertad y descanso, que tanto tiempo ha deseamos. No podemos entretenernos ya más; si no matamos a nuestro enemigo, él nos ha de hacer perecer de tal género de muerte, que la tememos por dichosa y dulce si fuere ordinaria, y no con crueles y bárbaros tormentos. La naturaleza nos hizo gracia de la vida con un necesario tributo, que es la muerte; esta no se puede excusar, empero los tormentos, las deshonras, afrentas e injurias evitarálas vuestro esfuerzo y valor. Hoy alcanzaréis una gloriosa victoria, o quedaréis como honrados y valerosos tendidos en el campo. No vean tal mis ojos, no permita vuestra bondad, Señor, que perezcan tan virtuosos y leales caballeros. Mas ¿qué muerte tan desastrada y miserable nos puede venir que sea peor que la vida acosada que traemos? No tenemos guerra con enemigo que nos concederá partidos razonables ni aún una tolerable servidumbre cuando queramos ponernos en sus manos; ya sabéis su increíble crueldad, y tenéis bien a vuestra costa experimentado cuán poca seguridad hay en su fe y palabra. No tiene mejor fiesta ni más alegre que la que solemniza con sangre y muertes, con ver destrozar los hombres delante de sus ojos. ¿Por ventura habémoslo con algún malvado y perverso tirano, y no con una inhumana y feroz bestia? Que parece ha sido agarrochada en la leonera para que de allí con mayor braveza salga a hacer nuevas muertes y destrozos. Confío en Dios y en su apóstol Santiago que ha caído en la red que nos tenía tendida, y que está encerrado donde pagará la cruel carnicería que en nos tiene hecha; mirad, mis soldados, no se os vaya, detenedla, no la dejéis huir, no quede lanza ni espada que no pruebe en ella sus aceros. Socorred por Dios a nuestra miserable patria, que la tiene desierta y asolada; vengad la sangre que ha derramado de vuestros padres, hijos, amigos y parientes. Confiad en nuestro Señor, cuyos sagrados ministros sacrílegamente ha muerto, que os favorecerá para que castiguéis tan enormes maldades, y le hagáis un agradable sacrificio de la cabeza de un tal monstruo horrible y fiero tirano.»

Acabada la plática, luego con gran brío y alegría arremetieron a los enemigos; hirieron en ellos con tan gran denuedo, que sin poder sufrir este primer ímpetu en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algún tanto; más como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey don Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos más fueron los que perecieron en el alcance; de los cristianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles 14 días de marzo del año de 1369.

Don Enrique, visto cómo don Pedro se encerró en la villa, a la hora la hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados a padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenían les dañó de industria, a lo que parece, algún soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco. Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podría huirse del castillo más a su salvo. Hallábase con él un ca-

ballero que le era muy leal, natural de Trastámara, decíase Men Rodríguez de Sanabria; por medio de este hizo a Beltrán Claquin una gran promesa de villas y castillos y de doscientas mil doblas castellanas, a tal que dejado a don Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Extrañó esto Beltrán; decía que si tal consintiese, incurriría en perpetua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodríguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien más se fiaba, le aconsejaron que contase a don Enrique todo lo que en este caso pasaba; tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió a que con trato doble hiciese venir a don Pedro a su posada, y le prometiese haría lo que deseaba. Concertaron la noche; salió don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban, entró en la estancia de Beltrán Claquin con más miedo que esperanza de buen suceso.

El recelo y temor que tenía dicen se le aumentó un letrero que leyó poco antes, escrito en la pared de la torre del homenaje del castillo de Montiel, que contenía estas palabras: *«Esta es la torre de la Estrella.»* Ca ciertos astrólogos le pronosticaron que moriría en una torre de este nombre. Ya sabemos cuán grande vanidad sea la de estos adivinos, y como después de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejas. Lo que se refiere que le pasó con un judío médico es cosa más de notar. Fue así, que por la figura de su nacimiento le había dicho que alcanzaría nuevos reinos y que sería muy dichoso. Después cuando estuvo en lo más áspero de sus trabajos, díjole: *«Cuán mal acertaste en vuestros pronósticos.»* Respondió el astrólogo: *«Aunque más hielo caiga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar.»* Dio por estas palabras a entender que la voluntad y acciones de los hombres son más poderosas que las inclinaciones de las estrellas.

Entrado pues don Pedro en la tienda de don Beltrán, díjole que ya era tiempo que se fuesen. En esto entró don Enrique armado; como vio a don Pedro, su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado; la grandeza del hecho le tenía alterado y suspenso, o no le conocía por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero francés dijo a don Enrique señalando con la mano a don Pedro: *«Mirad que ese es vuestro enemigo.»* Don Pedro con aquella natural ferocidad que tenía, respondió dos veces: *«Yo soy, yo soy.»* Entonces don Enrique sacó su daga y diole una herida con ella en el rostro. Vinieron luego a los brazos, cayeron ambos en el suelo; dicen que don Enrique debajo, y que con ayuda de Beltrán, que les dio vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas, con que le acabó de matar; cosa que pone grima. Un rey, hijo y nieto de reyes, revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo. ¡Extraña hazaña! A la verdad cuya vida fue tan dañosa para España, su muerte le fue saludable; y en ella se echa bien de ver que no hay ejércitos, poder, reinos ni riquezas que basten a tener seguro a un hombre que vive mal e insolentemente. Fue este un extraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen y supiesen también que las maldades de los príncipes las castiga Dios, no solamente con el odio y mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni sólo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen, y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas.

Frossarte, historiador francés de este tiempo, dice que don Enrique al entrar de aquel aposento dijo: *«¿Dónde está el hideputa judío que se llama rey de Castilla?»* Y que don Pedro respondió: *«Tú eres el hideputa, que yo hijo soy del rey don Alonso.»* Murió don Pedro en 23 días del mes de marzo, en la flor de su edad, de treinta y cuatro años y siete meses; reinó diecinueve años menos tres días. Fue llevado su cuerpo sin ninguna pompa funeral a la villa de Alcocer, do le depositaron en la iglesia de Santiago. Después, en tiempo del rey don Juan el Segundo, le trasladaron por su mandado al monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real de Madrid, de la orden de los Predicadores. Prendieron después de muerto el rey don Pedro a don Fernando de Castro, Diego González de Oviedo, hijo del maestre de Alcántara, y Men Rodríguez de Sanabria, que salieron con él de la villa para

tenerle compañía.

Estos tiempos tan calamitosos y revueltos no dejaron de tener algunos hombres señalados en virtud y letras; uno de estos fue don Martín Martínez de Calahorra, canónigo de Toledo y arcediano de Calatrava, dignidad de la santa iglesia de Toledo, que está enterrado en la capilla de los Reyes Viejos de aquella iglesia con un letrero en su sepulcro que dice cómo por honra de la santidad y grandeza de la iglesia de Toledo no quiso aceptar el obispado de Calahorra para el cual fue elegido en concordia de todos los votos del cabildo de aquella iglesia.

CAPÍTULO XIV
QUE DON ENRIQUE SE APODERÓ DE CASTILLA

Con la muerte del rey don Pedro enriquecieron unos y empobrecieron otros; tal es la usanza de la guerra, y más de la civil. Todas las cosas en un momento se trocaron en favor del vencedor: diose a la hora Montiel. Llegada la nueva de lo sucedido a Toledo, tuvieron gran temor los vecinos de aquella ciudad. Padecían a la sazón necesidad de bastimentos. Acordaron de hacer sus pleitesías con los de don Enrique, que los tenían cercados. Entregáronles la ciudad, y todos se pusieron en la merced del nuevo rey, pues con la muerte de don Pedro se entendía quedaban libres del homenaje y fidelidad que le prometieron. Entre los príncipes extranjeros se levantó una nueva contienda sobre quién tenía mejor derecho a los reinos de Castilla. Convenían todos en que Enrique no tenía opción a ellos por el defecto de su nacimiento. Demás de esto, cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que más pudiese apañar; que de esta suerte se suelen adquirir nuevos reinos y aumentarse los antiguos. El rey de Navarra, según poco ha dijimos, se apoderara de muchos y buenos pueblos de Castilla. Al rey de Aragón por traición de los alcaides se le entregaron Molina, Cañete y Requena. El rey de Portugal pretendía toda la herencia y sucesión, y se intitulaba rey de Castilla y de León por ser sin contradición alguna bisnieto del rey don Sancho, nieto de doña Beatriz, su hija. Teníanse ya por él Ciudad Rodrigo, Alcántara y la ciudad deTuy en Galicia. El rey de Granada tramaba nuevas esperanzas receloso por la constante amistad que guardó a don Pedro. La mayor tempestad de guerra que se temía era de Inglaterra y Guyena, a causa que don Juan, duque de Lancaster, hermano del príncipe de Gales, se casara con doña Costanza, hija del rey don Pedro, y el conde cantabrigense, hermano también del mismo príncipe, tenía por mujer a doña Isabel, hija menor del mismo, habidas ambas en doña María de Padilla. De esta suerte dentro el nobilísimo reino de Castilla se temían discordias civiles, y de fuera le amenazaban grandes movimientos y asonadas nuevas de guerras.

El remedio que estos temores tenían era con presteza ganar las voluntades de las ciudades y grandes del reino. Como don Enrique fuese sagaz y entendiese que era esto lo que le cumplía, luego que puso cobro en Montiel, se partió sin detenerse a Sevilla, do fue recibido con gran triunfo y alegría.Todas las ciudades y villas del Andalucía vinieron luego a darle la obediencia, excepto la villa de Carmona en que don Pedro dejó sus hijos y tesoros, y por guarda al capitán Martín López de Córdoba, maestre que se llamaba de Calatrava, que todavía hacía las partes de don Pedro, aunque muerto. En los días que el rey don Enrique estuvo en Sevilla, por no tener a un tiempo guerra con tantos enemigos, pidió treguas al rey moro de Granada, no sin disminución y nota de la majestad real; mas la necesidad que tenía de asegurar y confirmar el nuevo reinado le compelió a que disimulase con lo que era autoridad y pundonor. No se concluyó de esta vez nada con el moro; por esto, puesto buen cobro en las fronteras y asentadas las cosas del Andalucía, el nuevo rey volvió a Toledo por tener aviso que de Burgos eran allí llegados la reina, su mujer, y el infante, su hijo. En esta ciudad se buscó traza de allegar dineros para pagar el sueldo que se debía a los soldados extraños, y lo que se prometió a Beltrán Claquin en Montiel por el buen servicio que hizo en ayudar a matar al enemigo. Juntóse lo que más se pudo del tesoro del rey y de los cogedores de las rentas reales. Todo era muy poco para hartar la codicia de los soldados y capitanes extraños, que decían públicamente y se alababan tuvieron el reino en su mano y se le dieron a don Enrique, palabras al rey afrentosas y para el reino soberbias; la dulzura del reinar hacía que todo se llevase fácilmente. Para proveer en esta necesidad hizo el rey labrar dos géneros de moneda, baja de ley y mala, llamada cruzados la una, y la otra reales, traza con que de presente se sacó grande interés, y con que salieron del aprieto en que estaban; pero para lo de adelante muy perniciosa y mala, porque a esta causa los precios de las cosas subieron a cantidades muy excesivas. De esta manera casi siempre las trazas que se buscan para sacar dineros del pueblo, puesto que en los principios parezcan acertadas, al cabo vienen a ser dañosas, y con ellas quedan las provincias destruidas y pobres.

Todas estas dificultades vencía la afabilidad, blandura y suave condición de don Enrique, sus buenas y loables costumbres, que por excelencia le llamaban el Caballero; ayudábanle otrosí a que le tuviesen respeto y afición la majestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenía grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y afición que por ellas el pueblo le tenía las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacía. Por donde entre los reyes de Castilla él solo tuvo por renombre el de las Mercedes, honroso título con que le pagaron lo que merecía la liberalidad y franqueza que con muchos usaba. A la verdad fuele necesario hacerlo de esta manera para asegurar más el nuevo reino y gratificar con estados y riquezas a los que le ayudaron a ganarle y tuvieron su parte en los peligros, ocasión de que en Castilla muchos nuevos mayorazgos resultaron, estados y señoríos.

Avivábanse en este tiempo las nuevas de la guerra que hacían en las fronteras los reyes de Portugal y de Aragón; proveyó a esto prestamente con un buen ejército que envió a la frontera de Aragón, cuyos capitanes, Pero González de Mendoza, Alvar García de Albornoz, cobraron a Requena, echados de ella los soldados aragoneses. Él, por su persona, fue a Galicia, en que tenía nuevas que andaban los portugueses esparcidos y desmandados y con gran descuido; y que por ir cargados de lo que robaban en aquella tierra podrían fácilmente ser desbaratados. Cercó en el camino a Zamora, y sin esperar a ganarla entró en Portugal por aquella parte que está entre los ríos Duero y Miño, que es una tierra fértil y abundosa; destruyó y corrió los campos de toda aquella comarca, quemó y robó muchas villas y aldeas, ganó las ciudades de Braga y Berganza. De esta manera, puesto grande espanto en los portugueses y vengadas las demasías y osadía que tuvieron de entrar en su reino, se volvió para Castilla. Hallóse con el rey don Enrique en esta guerra su hermano el conde don Sancho, ya rescatado por mucho precio de la prisión en que estuvo en poder de los ingleses después que le prendieron en la batalla de Nájera. El rey de Portugal no se atrevió a pelear con don Enrique, aunque antes le enviara a desafiar, por no estar tan poderoso como él, ni se le igualaba en la ciencia militar ni en la experiencia y uso de las cosas de la guerra.

Valió a los portugueses la nueva que don Enrique tuvo de los daños y robos que el rey de Granada hacía en el Andalucía, junto con la pérdida de la ciudad de Algeciras, que el moro tomó y la echó por el suelo, de manera tal, que jamás se volvió reedificar. Debiéralo de hacer en venganza de las muchas vidas de moros que aquella ciudad costara. Demás de esto, el rey tenía necesidad de volver a Castilla para proveer todavía de dineros con que pagar los soldados extraños y despachar a Beltrán, que en esta sazón era solicitado del rey de Aragón para que pasase en Cerdeña a castigar la gran deslealtad del juez de Arborea Mariano, que de nuevo andaba alzado en aquella isla y tenía ganados muchos pueblos, y se entendía aspiraba a hacerse señor de toda ella.

Había enviado el rey de Aragón contra él a don Pedro de Luna, señor de Almonacir, el cual, sin embargo que tenía parentesco de afinidad con Mariano, por estar casado con doña Elsa, parienta suya, le apretó reciamente en los principios; puso brevemente en tanto estrecho, que por no se atrever a esperar en el campo, aunque tenía mayor ejército que el aragonés, se encerró dentro los muros de la ciudad de Oristan. Túvole don Pedro cercado muchos días; y como quier que por tener en poco al enemigo en sus reales faltase la guarda y vigilancia que pide la buena disciplina militar, el juez, que estaba siempre alerta y esperaba la ocasión para hacer un notable hecho, salió repentinamente con su gente y dio tan de rebato sobre sus enemigos y con tan grande presteza, que primero vieron ganados sus reales, presos y muertos sus compañeros que supiesen qué era lo que venía sobre ellos. Finalmente, fue desbaratado todo el ejército y muerto el general don Pedro de Luna y con él su hermano don Felipe.

Pasados algunos días, Brancaleon Doria, que en estas revoluciones seguía la parcialidad del señor de Arborea, quier por algún desabrimiento que con él tuvo, quier con esperanza de mayor remuneración, se reconcilió con el rey, con que alcanzó, no solamente perdón de los delitos que tenía cometidos, sino también favores y mercedes. Poco tiempo después el juez de Arborea forzó a la ciu-

dad de Sacer, que es la más principal de Cerdeña, a que se le rindiese, con que se perdió tanto como fue de provecho reducirse al servicio del rey de Aragón un señor tan poderoso e importante como era Brancaleon. Estuvo entonces esta isla a pique de perderse; para entretenerla lo mejor que ser pudiese mientras el rey iba a socorrerla envió allá por capitán general a don Berenguel Carroz, conde de Quirra; fuera de esto, con grandes promesas solicitó a Beltrán Claquin quisiese pasar en Cerdeña y tomará su cargo aquella guerra. Era muy honroso para él que los príncipes de aquel tiempo le hacían señor de la paz y de la guerra, y que tenía en su mano el dar y quitar reinos.

Estaba para conceder con los ruegos del rey de Aragón, cuando otra guerra más importante que en aquella coyuntura se levantó en Francia se lo estorbó y llevó a su tierra. Los pueblos del ducado de Guyena se hallaban muy fastidiados y querellosos del gobierno de los ingleses, que les echaron un intolerable pecho que se cobraba de cada una de las familias; esto para restaurar los excesivos gastos que el rey Eduardo hiciera en la entrada de su hijo el príncipe de Gales en España cuando restituyó en su reino de Castilla a don Pedro. Llevaron muy mal esta carga los guyeneses, y lamentaban la opresión y servidumbre; más les faltaba cabeza que los favoreciese y acaudillase que no gana de rebelarse. No tenían otro príncipe más a propósito a quien se entregar que el rey de Francia; avisáronle de su determinación, y suplicáronle tuviese lástima de aquel noble estado, que en otro tiempo fue de su corona, y al presente le tenían tiranizado y en su poder sus capitales enemigos. Pareció al francés que era ésta buena ocasión para pagarse de lo que los ingleses hicieron en la batalla de Poitiers. Por esto holgó con la embajada, y los animó y confirmó en su propósito; prometióles de encargarse de su defensa; que les exhortaba no dudasen de echar de su tierra los presidios de los ingleses, que él los socorrería con un buen ejército. Animáronse con esto los guyeneses. Los primeros que arbolaron banderas y tomaron cajas por Francia fueron los de Cahors. El rey, visto que ya estaba rompida la guerra y que para empresa de tan gran riesgo e importancia le faltaba un prudente y experimentado capitán de quien se pudiese fiar, juzgó que Beltrán Claquin era el mejor de los que podía escoger y el que con más amor y lealtad le serviría. Con este acuerdo le envió a llamar a España; juntamente rogó al rey de Navarra le fuese a ayudar en esta guerra.

Determinóse el navarro de pasar a Francia, dado que a la sazón tenía en Aragón a Juan Cruzate, deán de Tudela, para que tratase de confederarle con aquel rey. Dejó en Navarra por gobernadora del reino a la reina dona Juana, su mujer; y partido de España, se quedó en Chireburg, una villa fuerte de su estado, que está en Normandía. No se atrevió a fiarse del rey de Francia por las antiguas contiendas que entre sí tuvieran. Demás de esto, como hombre astuto, quería desde allí estarse a la mira sin arriscarse en nada, propio de gente doblada, y visto en qué paraban estos movimientos, después inclinarse a aquella parte de que con menos costa y peligro pudiese sacar mayor ganancia e interés. Procuraba el rey de Francia amansar y sosegar la feroz e inquieta condición del navarro, por saber que muchas veces de pequeñas ocasiones suelen resultar irreparables daños y mudanzas notables de reinos. Envióle con este fin una amigable embajada con ciertos caballeros principales de su corte. Poco se hacía por medio de los embajadores; acordaron de hablarse en Vernon, que es una villa asentada en la ribera del río Seina o Secuana en los confines de los estados de ambos reyes. Concertaron en aquellas vistas que el rey de Navarra dejase al de Francia las villas de Mante y Meulench y el condado de Longavilla, que eran los pueblos sobre que tenían diferencia, y que el rey de Francia diese en recompensa al navarro la baronía y señorío de Montpellier; empero estas vistas y conciertos se hicieron más adelante de donde ahora llega nuestra historia, que fue en el año de 1375. Volvamos a lo que se queda atrás y lo que pasaba en Castilla.

CAPÍTULO XV
CÓMO MURIÓ DON TELLO

Muy alegre se hallaba don Enrique con la victoria que alcanzó de su enemigo; su fama se extendía y volaba por toda Europa como del que fundara en España un nuevo y poderoso reino, bien que por estar rodeado de tantos enemigos no dejaba de ser molestado de varios y enojosos pensamientos. Representábasele que muchas veces un pequeño yerro suele estragar y ser ocasión que se pierdan poderosos estados. Todos los buenos en Castilla le querían bien y se agradaban de su señorío; no era posible tenerlos a todos contentos, forzosamente los que tenían recibidas algunas mercedes de don Pedro, o por su muerte perdieron sus comodidades e intereses, defendían las partes del muerto y les pesaba del buen suceso de don Enrique.

Los portugueses tenían en este tiempo en Ciudad Rodrigo una buena guarnición de hombres de armas, desde allí hacían grandes daños en las tierras de Castilla, corrían los campos, robaban y quemaban las aldeas, con que los labradores, como más sujetos a semejantes daños, eran malamente molestados. Para remedio de estos males y reducir a su servicio esta ciudad, que es de las más principales de aquella comarca, el rey con toda su hueste la cercó en el principio del año de 1370. Pensaba hallarla desapercibida y hacer que por fuerza o de grado se la entregasen; hallóse en todo engañado, la ciudad bien prevenida, y se la defendieron valerosamente los portugueses, por donde el cerco duró más tiempo de lo que el rey tenía imaginado. La aspereza de aquel invierno fue grande, no pudo por ende el ejército estar más en campaña, y fue forzoso levantar el cerco e irse a Medina del Campo a esperar el buen tiempo.

Tuvo Cortes en aquella villa. Lo principal que de ellas resultó fue un gran socorro y servicio de dineros que los procuradores de las ciudades le hicieron para que acabase de allanar el reino, por ser ya consumido lo que montaron los intereses que se sacaron de las monedas de cruzados y reales que el año pasado se acuñaron y arrendaron, gastados en pagar sueldos y premiar capitanes y en satisfacer su demasiada codicia. Debíanselе a Beltrán Claquin ciento veinte mil doblas que le prometió don Enrique porque le entregase en Montiel al rey don Pedro, que para en aquella era fue una grandísima cuantía. Dióle en precio de las setenta mil a don Jaime, hijo del rey de Mallorca y rey de Nápoles, que era el rescate que la reina, su mujer, señora riquísima, tenía prometido. Lo demás se le dio en oro de contado, y ultra de sus pagas le hizo el rey merced de la ciudad de Soria y de las villas de Almazán, Atienza, Montagudo, Molina y Serón. Con estas riquezas y grande estado que por su valor adquirió, ganada ultra de esto una fama y gloria inmortal, se volvió a nuevas esperanzas que se le representaban en Francia.

Maurello Fienno, que era condestable de Francia, hizo dejación del cargo, con que el rey le proveyó a don Beltrán; él con su valor reprimió los bríos de los ingleses que abrasaban todo aquel reino, y alcanzó de ellos grandes victorias, unas con esfuerzo, y otras con industria y arte, con que restituyó a su gente la honra y gloria militar perdida de tantos años atrás. En el mes de julio de este año se concordaron en Tortosa los aragoneses y navarros y se aliaron; la voz era favorecerse los unos a los otros contra sus enemigos, en realidad de verdad no era otra cosa sino juntar sus fuerzas para hacer guerra a don Enrique. Fueron entonces restituidas por la reina de Navarra al rey de Aragón las villas de Salvatierra y la Real, que antiguamente eran de aquel reino; hicieron este acuerdo con los aragoneses don Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, y Juan Cruzate, deán de Tudela, a quien el rey Carlos de Navarra al tiempo de su partida dejó por consejeros y coadjutores de la reina para la gobernación del reino.

En Castilla consultaba el rey a cuál parte sería mejor acudir primero; resolvióse en enviar a Galicia a Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y a Pero Ruiz Sarmiento, adelantado de Galicia, que llevaron algunas compañías de hombres de armas y otras de infantería para defender aquella co-

marca de los portugueses, que se apoderaran de las ciudades de Compostela, Tuy y del puerto de La Coruña. Envió asimismo a mandar a su hermano don Tello que él por su parte fuese a la defensa de aquella provincia. Despachados estos socorros para Galicia y despedidas las Cortes, partióse luego a Sevilla con la fuerza de su ejército. A la verdad en el Andalucía era la mayor necesidad que se tenía de su persona, por la guerra que en ella hacían los moros y estar todavía Carmona rebelada y la armada de Portugal, que por aquella costa hacía mucho daño y tenía tomada la boca del río Guadalquivir. Fueron en esta coyuntura muy a propósito las treguas que los maestres de Santiago y Calatrava asentaron con el rey de Granada; recibió gran contento el rey don Enrique con esta nueva, porque si en un mismo tiempo fuera acometido de tantos enemigos, parece que no tuviera bastantes fuerzas para pode ellos resistir a todos, dividido su ejército en tantas partes. Traían los portugueses en su armada dieciséis galeras y veinticuatro naves; mandó el rey en Sevilla echar veinte galeras al agua, que no se pudieron poner todas en orden de navegar por falta de remos y jarcias, que los tenían dentro de Carmona por orden del rey don Pedro, que las mandó allí guardar para quitar la navegación a Sevilla, si se intentase rebelar. Por esto hizo venir de la costa de Vizcaya otra armada de navíos y galeras, con que los castellanos quedaron tanto más poderosos en el mar, que los portugueses no osaron esperar la batalla; antes perdidas tres galeras y dos navíos que les tomaron los contrarios, se volvieron desbaratados a Portugal.

A este tiempo se hallaba menoscabada la flota portuguesa a causa que algunas de las galeras eran idas a Barcelona a llevar a don Martín, obispo de Ébora, y a don Juan, obispo de Silves, y a fray Martín, abad del monasterio de Alcobaza, y a don Juan Alfonso Tello, conde de Barcelos, que iban por embajadores para hacer alianza con el rey de Aragón. Mediante la diligencia de estos prelados y del conde, se confederaron estos reyes contra don Enrique en esta forma: que el reino de Murcia y la ciudad de Cuenca y todas las villas y castillos de aquella comarca fuesen para el rey de Aragón, lo demás de Castilla quedase por el rey de Portugal, como señor y rey que ya se intitulaba de Castilla; item, que para mayor firmeza de esta avenencia tomase el rey de Portugal por mujer a la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragón, con cien mil florines de dote; conciertos que no tuvieron efecto por causa que el rey de Portugal se embebeció en otros amores, y aún se casó de secreto con doña Leonor Téllez de Meneses, hija de Alonso Tello, hermano del conde de Barcelos. Asimismo el rey de Aragón aflojó en lo tocante a la guerra de Castilla por el peligro en que tenía su isla de Cerdeña, que le traía en gran cuidado.

Por estos días en 15 del mes de octubre murió en Galicia don Tello, señor de Vizcaya; fue hombre de buenas costumbres y en todas sus cosas igual; padeció muchos trabajos, y al cabo vino a estar desavenido con el rey, su hermano. Díjose entonces a la sorda que un médico de don Enrique, llamado Maestre Romano, le dio hierbas con que le mató, mentira que se creyó vulgarmente, como suele acontecer; lo cierto fue que murió de su enfermedad. Dio el rey al infante don Juan, su hijo, el señorío de Vizcaya y de Lara, que era de su tío don Tello; estados que desde entonces hasta hoy han quedado incorporados en la corona real de Castilla. Enterraron el cuerpo de don Tello en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Palencia; el entierro y exequias se le hicieron con grande pompa y majestad.

CAPÍTULO XVI
DE LAS BODAS DEL REY DE PORTUGAL

De grande importancia fueron las treguas que tan a tiempo se hicieron con el rey de Granada, y no de menor momento echar de la costa de Castilla la armada de los portugueses. Lo que restaba era concluir el cerco de Carmona, que no sólo importaba el ganarla por hacerse señor de una tan buena villa, sino también era de mucha consideración, por lo que tocaba a todo el estado de la guerra, quitar aquella guarida a todos los de la parcialidad de don Pedro, que necesariamente eran muchos y los más soldados viejos y muy ejercitados en las armas. Determinóse pues el rey don Enrique de echar a una parte el cuidado en que le tenía puesto esta villa; venida la primavera del año de 1371, llegó con todo su ejército sobre Carmona y la sitió. Fue este cerco largo y dificultoso, y pasaron entre los cercados y los del rey algunos hechos notables en las continuas escaramuzas y rebatos que tenían. Los de la villa peleaban con grande ánimo y valor, y muchas veces a la iguala con los que la tenían cercada. Tan confiados y con tan poco temor de sus enemigos, que de día ni de noche no cerraban las puertas, ni jamás rehusaban la escaramuza, si los del rey la querían; antes los tenían siempre alerta con sus continuas salidas. Sucedió que un día se descuidaron las centinelas por ser el hilo de mediodía; los soldados recogidos en sus tiendas por el excesivo calor que hacía; advirtiéronlo desde la muralla los cercados, salieron de improviso de la villa, arremetieron furiosamente, ganaron en un punto las trincheras, y con la misma presteza sin detenerse corrieron derechos a la tienda del rey para con su muerte fenecer la guerra. Dios y el apóstol Santiago libraron en este día al rey y al reino, que estuvo muy cerca de suceder un gran desastre, si algunos caballeros, visto el peligro, no le acorrieran prestamente y acudieran a entretener aquella furia e ímpetu de los enemigos hasta tanto que llegaron más gente, con cuya ayuda después de pelear gran rato con ellos dentro de los reales, los forzaron a que se retirasen a la villa tan mal parados, que no se fueron alabando de su osadía.

El rey, visto que no podía ganar por fuerza esta villa, mandóla escalar una noche con gran silencio. Subieron cuarenta hombres de armas y ganaron una torre, pero como lo sintiesen las centinelas y escuchas, tocaron alarma. Alborotáronse los de la villa, primero por pensar que del todo era entrada, más vueltos sobre sí y cobrado esfuerzo, rebatieron los que subieran en la muralla. Con el grande peso y prisa de los que bajaban se quebraron las escalas, con que quedaron dentro de la villa presos los más de los que estaban en la torre. Venido el capitán Martín López de Córdoba, que aquella noche no se halló en la villa, sin ninguna misericordia los hizo matar. El rey recibió de esto grande enojo, y después de tomada la villa, vengó sus muertes con la de aquel que los mandara matar. Apretóse pues más de allí adelante el cerco, no los dejaban entrar bastimentos. El capitán Martín López de Córdoba, forzado de la hambre y necesidad, se dio finalmente a partido. Sin embargo, no obstante la seguridad que el maestre de Santiago le dio, a quien se rindió, le mandó el rey justiciar en Sevilla, sin respeto del seguro y palabra, a trueco de vengar el enojo y pesar que le hizo en matarle sus soldados. Vinieron a poder del rey los tesoros e hijos inocentes de don Pedro para que pagasen con perpetua prisión los grandes desafueros de su padre.

Concluida esta guerra, el rey don Enrique hizo que los huesos de su padre el rey don Alonso, como él lo dejara mandado en su testamento, fuesen trasladados a Córdoba a la capilla real que está detrás del altar mayor de la iglesia catedral, do se ven dos túmulos, el uno del rey don Alonso, y el otro de su padre el rey don Fernando, que también está en ella sepultado; aunque son humildes y de madera, no de mala escultura para lo que el arte alcanzaba en aquella era.

A la sazón que el rey don Enrique estaba sobre Carmona tuvo nuevas como Pero Fernández de Velasco le ganó la ciudad de Zamora y la redujo a su servicio, echados de ella los portugueses, y que sus adelantados Pero Manrique y Pero Ruiz Sarmiento tenían sosegada la provincia de Galicia, ca vencieron en una batalla a don Fernando de Castro, que era el principal autor de las revueltas de

aquella comarca, y el que más se señalaba en favor de los portugueses; y así, perdida la batalla, se fue con ellos a Portugal. En un cuerpo muelle y afeminado con los vicios no puede residir ánimo valeroso ni esforzado, ni se puede en los tales hallar la fortaleza que es necesario para sufrir las adversidades. Quebrantóse mucho el corazón del rey don Fernando de Portugal con los malos sucesos que hemos referido tuvo en la guerra con don Enrique; así oyó de buena gana los tratos de paz en que de parte del rey de Castilla le habló Alfonso Pérez de Guzmán, alguacil mayor de Sevilla, por cuya buena industria en primero de marzo se concluyeron las paces en Alcautín, villa de Portugal, con estas condiciones: que el rey de Castilla le restituyese los pueblos que durante la guerra le ganara; que la infanta doña Leonor, hija del rey de Castilla, casase con el de Portugal; el dote fuese Ciudad Rodrigo y Valencia de Alcántara en Extremadura, y Monreal en Galicia.

Tuvo el portugués gran ocasión de ensanchar su reino, más todo lo pervirtieron los encendidos amores que tenía con doña Leonor de Meneses, como de suso se dijo, que pasaban muy adelante y estaban muy arraigados por tener ya en ella una hija, que se llamaba doña Beatriz. Esto le hizo mudar intento y no efectuar el casamiento con doña Leonor, infanta de Castilla. Envió a su padre una embajada para disculparse de su mudanza y para que le entregasen las villas y ciudades que él tenía de Castilla, en señal que quería ser su amigo. Aceptó don Enrique el partido y excusas de aquel rey. En el entre tanto él se casó públicamente con doña Leonor de Meneses; fueron padrinos don Alfonso Tello, conde de Barcelos, y su hermana doña María, tíos de la novia, hermanos de su padre; casamiento infeliz y causa de grandes males y guerras que por su ocasión resultaron entre Portugal y Castilla. Antes que este matrimonio se efectuase, como entendiesen los ciudadanos de Lisboa lo que el rey quería hacer, pesóles mucho de ello, y tomadas las armas, fueron con gran tropel y alboroto al palacio del rey. Daban voces y decían que si pasase adelante semejante casamiento sería en gran menoscabo y desautoridad de la majestad del reino de Portugal, que con él se ensuciaba y oscurecía la esclarecida sangre de sus reyes. Mas el obstinado ánimo del rey no quiso oír las justas querellas de los suyos, ni temió el peligro en que se metía, antes se salió escondidamente de Lisboa, y en la ciudad de Oporto públicamente celebró sus bodas, mudado el nombre que doña Leonor tenía de amiga en el de reina. Dióle un gran señorío de pueblos para que los poseyese por suyos, y mandó a los señores y caballeros que se hallaron presentes le besasen la mano como a su reina y señora. Hiciéronlo todos hasta los mismos hermanos del rey, excepto don Dionis, el cual claramente dijo no lo quería hacer, de que el rey se encolerizó de suerte, que, puesta mano a un puñal, arremetió a él para herirle. Libróle por entonces Dios; anduvo por el reino escondido hasta que se pasó al servicio y amistad del rey de Castilla.

Desde entonces la nueva Reina comenzó a mandar al rey y al reino, que no parecía sino que le tenía dados hechizos y quitádole su entendimiento; ella era la gobernadora, por cuya voluntad todas las cosas se hacían. Los caballeros de la casa de los Vázquez de Acuña se fueron desterrados del reino por miedo de ella, que estaba mal con ellos por la memoria de su primer casamiento y porque ellos fueron los autores del alboroto de Lisboa. Por el contrario, los parientes y allegados de doña Leonor fueron muy favorecidos del rey, y les dio nuevos estados y dignidades; a don Juan Tello, primo hermano de la reina, hijo del conde de Barcelos, dio el condado de Viana; a don Lope Díaz de Sosa, su sobrino, hijo de su hermana doña María Téllez de Meneses, el maestrazgo de la caballería de Cbristus; a otros muchos sus deudos hizo otras mercedes muy grandes. El más privado del rey y de la reina era don Juan Fernández de Andeiro, gallego de nación, que en las guerras pasadas de La Coruña, de do era natural, vino a servir al rey, y por esta causa le hizo conde de Oren. Con este caballero tenía la reina mucha familiaridad, y estaba muchas veces con él en secreto y sin testigos, de que comúnmente se vino a tener sospecha que era deshonesta su amistad, y públicamente se decía que los hijos que paría la reina no eran del rey, sino de este caballero. No se supo si esto era como se decía, que muchas veces el vulgo con sus malicias oscurece la verdad, por ser los hombres inclinados a juzgar lo peor en las cosas dudosas, en especial cuando se atraviesan causas de envidia y odio.

En el fin de este año el rey don Enrique tuvo Cortes en Toro, en que por estar ya restituidos los pueblos que el rey de Portugal tenía en Castilla, que fue una de las cosas con que él se hizo a los suyos más odioso, se decretó que a la primavera se enviase ejército a la frontera de Navarra para cobrar las ciudades y villas que las revoluciones pasadas los navarros usurparon en Castilla. Al arzobispo de Toledo don Gómez Manrique por sus muchos servicios dio el rey la villa de Talavera, y en trueque a la reina, cuya era aquella villa, la ciudad de Alcaraz, que era del arzobispo, el cual adquirió también a su dignidad la villa de Yepes. Ordenóse en estas Cortes que los judíos y moros que habitaban en el reino mezclados con los cristianos, que era una muchedumbre grandísima, trajesen cierta señal con que pudiesen ser conocidos. Mandóse también bajar el valor de las monedas de cruzados y reales, que dijimos se acuñaron para del aprovechamiento e interés que se sacase de ellas pagar los soldados extraños. No pareció que era bien por entonces consumirlas por estar muy gastado el tesoro y hacienda real. En estas mismas Cortes quisiera el rey que se repartieran entre los señores los otros pueblos de las behetrías que no fueron de la caballería de San Bernardo. Decía el rey que esta licencia que tenían aquellos pueblos de mudar señores era de mucho inconveniente y causa de grandes escándalos y revueltas. Suplicáronle algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso por algunas razones que le representaron; a la verdad lo que principalmente les movía no era el pro común, sino su particular interés; así se quedaron en el estado que antes.

Despedidas las Cortes, el rey don Enrique envió su ejército a Navarra como en ellas se acordara. Hízose la guerra algunos días en aquel reino. Después se convino con la reina gobernadora que aquellos pueblos sobre que era la diferencia se pusiesen en secreto y fidelidad del sumo pontífice Gregorio XI, lemosín de nación, que fue en el principio de este año elegido por papa en lugar de su antecesor Urbano V. Este papa Gregorio ilustró asaz su nombre con la restitución que hizo de la Silla Apostólica a su antiguo asiento de la ciudad de Roma. Entre los cardenales que creó, el primero fue don Pero Gómez Barroso, arzobispo de Sevilla, que falleció el cuarto año adelante en la ciudad de Aviñón. Era este prelado natural de Toledo, y los años pasados tuvo el obispado de Sigüenza. Dio asimismo el capelo a don Pedro de Luna, aragonés, hombre de negocios, y que con sus muchas letras colmaba la nobleza de su linaje. Púsose en los conciertos que el legado del papa, cuya venida de cada día se esperaba, fuese juez de todas las diferencias y pleitos que tenían Castilla y Navarra. Tomó estos pueblos en fidelidad un caballero navarro, que se decía Juan Ramírez de Arellano, muy obligado a don Enrique por la merced que le hizo del señorío de los Cameros en remuneración del gran servicio con que le obligó cuando no le quiso entregar a los reyes de Aragón y de Navarra en las vistas de Uncastillo o de Sos. Hizo este caballero juramento y pleito homenaje de tener estos pueblos en nombre de su Santidad, y de entregarlos a aquel en cuyo favor se pronunciase la sentencia. De esta manera cesó por entonces la guerra entre Navarra y Castilla; sin embargo, poco después el rey don Enrique fue a Burgos, y envió su ejército a la frontera de Navarra, y contra lo capitulado, se apoderó de Salvatierra y de Santacruz de Campezo. Hecho que algunos excusaron, y decían que lo pudo hacer, porque como estas villas de su voluntad se dieron al de Navarra, así él las podía ahora recibir, que de su voluntad tomaban su voz y se querían reducir a su servicio y obediencia. Logroño y Vitoria ni por fuerza ni de grado quisieron por entonces mudar opinión, sino permanecer y tenerse por el rey de Navarra.

CAPÍTULO XVII
DE OTRAS CONFEDERACIONES QUE SE HICIERON ENTRE LOS REYES

Mayor era el miedo de la guerra que amenazaba de la parte del rey de Aragón, enemigo poderoso y que se tenía por ofendido. A muchas ocasiones que se ofrecían para estar mal enojado se allegó otra de nuevo, esto es, la libertad que se dio al infante de Mallorca doa Jaime, rey de Nápoles, contra lo que el aragonés deseaba y tenía rogado por medio del arzobispo de Zaragoza que no le diese libertad por ningún tratado que sobre ello le moviesen. Recelábase y aún tenía por cierto que pretendería con las armas recobrar a Mallorca, como estado que fue de su padre. Por esta causa se trataron de aliar el aragonés y el duque Juan de Lancaster para quitar el reino a don Enrique; intentos que se resfriaron por una muy reñida guerra que a esta sazón se encendió entre los franceses e ingleses. Al rey de Aragón tenía eso mismo con cuidado la guerra de Cerdeña; además que se temía del infante de Mallorca no viniese con las fuerzas de Francia, do se hacían muchas compañías de gente de guerra, a conquistar el estado de Rosellón, fama que corría hasta decirse cada día que llegaba.

El papa Gregorio XI, deseoso de poner paz entre estos príncipes, envió a Aragón al cardenal de Cominge para que los concordase; venido, concertó se ratificase el compromiso que tenían hecho, y se pusieron graves penas contra el que quebrantase las treguas que para este efecto se concertaron en 4 días del mes de enero del año de 1372. Todavía el rey don Enrique, por recelo que el papa no favoreciese en la sentencia más al rey de Aragón que a él, entretuvo la conclusión mucho tiempo con dilaciones que buscaba y procurar otros medios para la concordia. En estos días el mismo rey de Castilla se puso sobre la ciudad de Tuy y la tomó, que la tenían por el rey de Portugal Men Rodríguez de Sanabria y otros forajidos de Castilla. Envió otrosí en ayuda del rey de Francia, para mostrarse grato de la que de él tenía recibida, doce galeras con su almirante micer Ambrosio Bocanegra, capitán famoso y de ilustre sangre. El almirante, juntado que se hubo con la armada de Francia, desbarató y venció la flota de los ingleses junto a la Rochela, tomóles todos sus bajeles, que eran treinta y seis navíos, prendió al conde de Peñabroch, general de los ingleses, y a otros muchos señores y caballeros, y les tomó una grandísima cantidad de oro que llevaban para los gastos de la guerra que querían hacer en Francia. Lo cual todo juntamente con el general y los prisioneros, que eran sesenta caballeros de espuelas doradas y de timbre, envió a Burgos al rey don Enrique en señal de su victoria, que fue de las más señaladas que en aquel tiempo hubo en el mar Océano. De este Ambrosio Bocanegra, primer almirante de Castilla, decienden como de cepa los condes de Palma. La Rochela, que es una ciudad muy fuerte de Francia en Xantogne, y entonces se tenía por los ingleses, con esta victoria se entregó al rey de Francia, a causa que los ciudadanos, perdida la flota de los ingleses, tomaron las armas y echaron fuera la guarnición que tenían dentro de la ciudad. Derribaron asimismo un castillo que les labraron los ingleses, y levantaron banderas por Francia.

Tenía el rey de Aragón tres hijos en su mujer la reina doña Leonor, hija del rey de Sicilia; estos eran el infante don Juan, heredero del reino, y don Martín y doña Costanza, la que arriba dijimos casó con don Fadrique, rey de Sicilia. En el mes de junio de este año se celebraron las bodas del infante don Martín con la condesa doña María de Luna, única heredera del conde don Lope de Luna. Llevó en dote los estados de Luna y de Segorbe, y el rey, padre de él, le dio más la baronía de Ejerica con título de condado, y poco después le hizo condestable del reino. El infante don Juan desposó con doña Marta, hermana del conde de Armeñaque, con dote de ciento cincuenta mil francos; de este matrimonio nació la infanta doña Juana, que casó adelante con Mateo, conde de Foix.

En 22 días del mes de agosto a don Bernardino de Cabrera, nieto de don Bernardo de Cabrera, hijo de su hijo el conde de Osona, que por este tiempo falleció, le restituyó el rey el estado que era de su abuelo, excepto la ciudad de Vic con una legua en contorno. Túvose lástima a una nobilísima casa como esta, y al rey y a la reina remordía la conciencia de la injusta muerte de tan gran señor y buen caballero como fue don Bernardo.

Entre Castilla y Portugal se volvió a encender la guerra con mayor cólera y peligro que antes, por ocasión que los portugueses tomaron ciertas naves vizcaínas que iban cargadas de hierro y acero y de otras mercadurías de las que lleva aquella provincia. No se sabe qué fuese la causa por que los portugueses rompiesen la guerra. A los forajidos de Castilla, que eran muchos, por ventura pesaba de la paz y temían de ser en algún concierto entregados a su señor, como se hiciera en tiempo del rey don Pedro. Hallábase a la sazón el rey don Enrique en Zamora, dende envió su embajador a Portugal a que pidiese la restitución de los navíos, enmienda y satisfacción de los daños, con orden de denunciarles la guerra si no lo quisiesen hacer. De estos principios se vino a las armas. Don Alonso, hijo bastardo del rey de Castilla, fue despachado para que diese guerra a Portugal por la parte de Galicia y cercase a Viena. Al almirante Bocanegra se dio orden que armase doce galeras en Sevilla y fuese con ellas a correr la costa de Portugal. Tenía don Enrique buena ocasión para hacer alguna cosa notable, por estar el rey don Fernando mal avenido con los de su reino. Por no perder esta oportunidad dejó en Zamora el carruaje que le podía embarazar, y entró en Portugal poderosamente destruyendo los campos, robando los ganados y quemando los lugares y aldeas que topaba. Tomó las villas de Almoida, Panel, Cillorico y Linares. Esto fue en los postreros días de este año.

En esto tuvo cartas del cardenal Guido de Boloña, que era llegado a Castilla por legado del papa Gregorio a poner paz entre él y el rey de Portugal. Envióle don Enrique a rogar le esperase en Guadalajara, do quedó la reina. Replicóle el cardenal que no era justo estarse él quedo sin hacer diligencia en aquello para que el papa le mandaba, que era estorbar la guerra que tan trabada veía. Con esto se dio prisa a caminar hasta que llegó a Ciudad Rodrigo, con intento de hablar a ambos los reyes. En el entre tanto Portugal se abrasaba en guerra y era miserablemente destruido, ca en principio del año de 1373 el rey don Enrique tomó por fuerza de armas y forzó la ciudad de Viseo, que se entiende es la que antiguamente se llamaba Vico Acuario. De allí dio vista a la ciudad de Coimbra; no le pareció detenerse en cercarla, antes se determinó de ir en busca de su enemigo, que tenía nueva alojaba con su ejército en Sentarem. Quisiera mucho venir con él a las manos y darle la batalla; pero, aunque llegó cerca del pueblo, no osó el portugués salir de los muros por no tener suficiente ejército para poder hacer jornada, ni tampoco se fiaba de la voluntad de sus soldados. Sabía que tenía a muchos descontentos; en particular su hermano don Dionis se era pasado a Castilla por medio de Diego López Pacheco, caballero portugués, al cual en remuneración de haber hecho lo mismo, le hizo el rey merced de Béjar. Éste persuadió al infante don Dionis, que vio andaba congojado y desabrido, hiciese lo que él, y con esto se vengase de los agravios que de su hermano tenía recibidos.

Visto pues que el rey de Portugal esquivaba la batalla el de Castilla pasó a Lisboa. Luego que llegó se apoderó de los arrabales de la ciudad, que entonces no estaban cercados, en que los soldados pusieron fuego a muy ricos edificios. La parte alta de la ciudad, que llaman la villa, era fuerte y bien cercada, y tenía dentro gente valerosa que la defendió esforzadamente, que fue causa que don Enrique no la pudo ganar; pero quemó muchos navíos que surgían en el puerto, otros tomó el armada de Castilla que por mandado del rey era allí venida; fueron muchos los cautivos que prendieron y grande el despojo que se hubo.

En este medio tiempo el cardenal legado no reposaba, hablaba muchas veces al un rey y al otro sin excusar ningún trabajo, ni el riesgo en que ponía su salud con tantos caminos como hacía. Tanta diligencia puso, que en 28 días del mes de marzo los reyes y el legado se hablaron en el río Tajo en una barca junto a Santarem, y se concertaron debajo de las condiciones siguientes: que el rey de Portugal, dentro de cierto término que señalaron, echase de su reino los forajidos de Castilla, que serían como quinientos caballeros; que los pueblos tomados por ambas las partes en aquella guerra se restituyesen; que doña Beatriz, hermana del rey de Portugal, casase con don Sancho, hermano del rey de Castilla y conde de Alburquerque; y doña Isabel, hija natural del mismo rey de Portugal, casase con don Alonso, conde de Gijón, hijo bastardo del rey don Enrique. Éstas fueron las condiciones con que se hicieron las paces; el rey don Fernando dio ciertos rehenes para seguridad

que cumpliría lo capitulado.

Celebráronse luego en Santarem las bodas de don Sancho y de doña Beatriz; doña Isabel se puso en poder del rey don Enrique, que a causa de su edad de solos ocho años no podía efectuarse el matrimonio. Compuestas en esta forma las diferencias que estos príncipes tenían, hechos amigos se partieron de Santarem; el rey don Enrique volvió toda la fuerza de la guerra contra Navarra, y con su ejército fue a la ciudad de Santo Domingo de la Calzada para entrar por aquella parte. Intervino también el legado apostólico entre estos reyes, y por su medio se concordaron. El rey de Navarra restituyó al de Castilla las ciudades de Logroño y Vitoria; demás de esto, se concertaron desposorios entre doña Leonor, hija de don Enrique, y don Carlos, hijo del rey de Navarra, y que se diesen al navarro ciento veinte mil escudos de oro, pagados a ciertos plazos por razón de la dote, y en recompensa de lo que tenía gastado en la fortificación y reparos de los dichos pueblos que entregó al de Castilla.

Viéronse los reyes en Briones, villa que está a los mojones de los dos reinos; allí se hicieron los desposorios de los dos infantes don Carlos y doña Leonor, y por prenda y mayor firmeza de estas paces el rey de Navarra envió a Castilla al infante don Pedro, que era el menor de sus hijos, para que se criase en ella. Cuando el rey de Navarra volvió de Francia en España halló que don Bernardo, obispo de Pamplona, y Cruzate, deán de Tudela, los que arriba dijimos dejó por coadjutores de la reina para lo tocante al gobierno, no habían administrado las cosas como era razón y eran obligados. Indignóse mucho contra ellos, tanto, que de miedo se ausentaron fuera del reino. El deán fue por asechanzas muerto en el camino, sospechóse que por mandado del rey; el obispo fue más dichoso, que tuvo lugar de huirse en Aviñón. De allí pasó a Roma con el papa Gregorio, y murió en Italia sin volver más a España. Tales fines suelen tener los que no corresponden a la confianza que de ellos hacen los príncipes, aunque también es verdad que muchas veces en los reinos se peca a costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya; esto especialmente acontece cuando los reyes son fieros e implacables, como se refiere lo era el rey Carlos de Navarra.

CAPÍTULO XVIII
DE LAS PACES QUE SE HICIERON CON EL REY DE ARAGÓN

Despedidas las vistas de Briones y asentada la esperanza de la paz de España, el rey de Castilla se fue al reino de Toledo, y el de Navarra se tornó a su reino; dende envió a la reina, su mujer, a Francia para que aplacase y satisficiese aquel rey, que estaba malamente airado contra él, por entender hubiese persuadido a ciertos hombres que le diesen hierbas, los cuales fueron presos, y convencidos del delito, pagaron con las cabezas. El navarro, partida su mujer, fue en persona a la villa de Madrid para tratar con el rey don Enrique que dejase la parte de Francia y favoreciese a los ingleses; que si pagaba lo que el rey don Pedro debía al príncipe de Gales del sueldo que él y sus soldados ganaron cuando vinieron a Castilla a restituirle en el reino, el rey de Inglaterra y sus hijos el príncipe y el duque de Lancaster se apartarían de la demanda del reino de Castilla y de los demás derechos que contra él pretendían. Respondió el de Castilla que en ninguna manera desampararía al rey de Francia ni dejaría su amistad, ca tenía muy en la memoria el grande amparo que halló en él cuando salió huido de Castilla; todavía si ellos hiciesen paces con Francia, que de muy buena gana entraría a la parte, y satisfaría con dineros a los ingleses cuanto señalasen los jueces que para arbitrarlo se podrían nombrar en conformidad. Con tanto el navarro, sin alcanzar lo que pretendía, se volvió a Pamplona, don Enrique partió para el Andalucía.

Siguióse otra pretensión y demanda de una buena parte de Castilla. La condesa doña María, hija de don Fernando de la Cerda y de doña Juana, hermana de don Juan de Lara el Tuerto, en Francia casara con el conde de Alanzon, nobilísimo señor de la sangre real de Francia, de quien tenía muchos hijos; envió un embajador a pedir al rey le mandase entregar los estados de Vizcaya y Lara, que por ser hija de doña Juana de Lara y ser muertos todos los que la precedían, en derecho le pertenecían. Venido el rey del Andalucía a Burgos, se trató en aquella ciudad de este negocio, que tuvo muy apretados al rey y a su consejo; por una parte parecía que esta señora pedía razón en que se le admitiese tu demanda y se le hiciese justicia; por otra era cosa dura, y de que podían resultar grandes daños, enajenar dos estados de los más grandes y más ricos de Castilla y ponerlos en poder de franceses. Después de muchas consultas y acuerdos respondió el rey con artificio a la condesa que holgaría volviesen estos estados a su casa, a tal que le enviase para dárselos dos hijos que se quedasen a vivir en su corte; que Vizcaya y Lara eran tan grandes señoríos, que era forzoso a los reyes de valerse muchas veces del servicio de los señores que los poseían, y por esta causa no podían dejar de residir dentro del reino. Con esta apariencia de buen despacho y de venir en lo justo fue despedido el embajador; más bien se entendió que no le daban nada, por ser cosa cierta que ninguno de cinco hijos que tenía la condesa aceptaría la oferta del rey, como ninguno lo aceptó. Los tres poseían en su tierra tres grandes condados, de Alanzon, Percha y Estampas, y no se quisieron desnaturalizar de su patria, en que eran ricos y poderosos. Los otros dos eran prelados, y no podían heredar estados seculares.

Por el mes de octubre de este año Baltasar Espínula, genovés, vino a Aragón con embajada de los ingleses para confederarse con aquel rey contra el de Castilla; prometíanle, en caso que se ganase aquel reino, las ciudades de Murcia, Cuenca, Soria y todas las villas adyacentes a ellas. El de Aragón, oída esta demanda, como era sagaz y de grande ingenio, no hizo caso de estas ofertas por tener en más la amistad del rey don Enrique, que en aquella sazón era tenido por famoso capitán, muy poderoso por lo mucho que sus vasallos le querían, y le caía muy cerca de sus estados; además que era mucho de temer tomar por enemigo al que tenía tanta noticia de las cosas de Aragón, y en aquel reino muchos aficionados que ganara el tiempo que anduvo en él huido, y aún en Aragón se tenía entendido que Dios con particular providencia le puso de su mano en aquel reino y le quitó a su contrario. Muchos asimismo se amedrentaban por señales que se vieron en el cielo, en especial un gran temblor de tierra que por el mes de febrero sucedió en el condado de Ribagorza, con que se

hundieron muchos pueblos. Los supersticiosos interpretaban que por aquella parte amenazaba algún gran desastre al reino. Diose esto más crédito porque en los confines de Rosellón se veían ya juntas muchas compañías de hombres de armas franceses, que tenía asoldadas el infante de Mallorca para hacer guerra en aquel estado.

En fin, los pretensos de los ingleses salieron vanos, y por medio de don Luis, duque de Anjou, se comenzó a tratar con mucho calor la paz entre Aragón y Castilla. Vino el duque a Carcasona con deseo de efectuar estas amistades, por miedo que tenía, si las discordias se continuaban, no se apoderasen de España los ingleses, capitales enemigos de Francia. Enviáronse a Aragón embajadores sobre este hecho; pedía don Enrique que la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragón, que estaba prometida a su hijo el infante don Juan, le fuese entregada. No rehusaba el aragonés de hacer cosa tan justa, si don Enrique le entregase aquellas ciudades que le tenía prometidas. Excusaba él de darlas; alegaba que no tenía obligación a cumplirle aquella promesa, pues no solo no le ayudó cuando andaba huido y desterrado, antes hizo liga contra él con su cruel enemigo. Finalmente, se concordaron de dejar sus diferencias en mano del legado el cardenal Guido de Bolonia, que fue al presente más dichoso que antes en hacer las paces entre los españoles.

En el tiempo que estas cosas se trataban en Aragón, en 15 de octubre el papa Gregorio XI confirmó la regla de los monjes que comúnmente en España se llaman frailes de San Jerónimo, cuyo instituto es aventajarse a las demás religiones en guardar con gran paciencia una estrecha y loable clausura y ocuparse los días y las noches con suavísimo canto y dulce melodía en perpetuas alabanzas de Dios. Ha crecido mucho en España esta religión, y poseen muchas y muy ricas casas de magníficos y suntuosísimos edificios. El hábito de estos religiosos es las túnicas y lo interior de lana blanca, las capas de paño buriel. Dieron principio a esta santa religión ciertos ermitaños italianos, que, encendidos con el deseo de servir a nuestro Señor, hicieron su habitación en un lugar apartado cerca de la ciudad de Toledo, en que al presente esté el monasterio de aquella orden llamado de la Sisla, del nombre de una aldea que allí estaba antiguamente. Creció la opinión de su santidad, con que tomaron su modo de vivir y se le juntaron algunos hombres principales, que fueron Fernando Yáñez, capellán mayor de los Reyes Viejos y canónigo de la santa iglesia de Toledo, y don Alonso Pecha, obispo de Jaén, que renunció su obispado, y su hermano Pedro Fernández Pecha, camarero que fuera del rey don Pedro. El primer monasterio que se fundó debajo de estas constituciones y regla, fue junto a la ciudad de Guadalajara, encima de un pueblo que se llama Lupiana, en una ermita que les dio este mismo año el arzobispo don Gómez Manrique. Después por la magnificencia de los reyes y otros señores de Castilla se han edificado otras muchas casas. Los años adelante salió también de esta religión la de los isidorianos o isidros.

En el mes de diciembre, como quier que no se concertasen las paces entre los reyes de Castilla y de Aragón, se hicieron treguas hasta el día de Pentecostes, pascua de Espíritu Santo; asentaron estas treguas los procuradores de estos reyes, que fueron por el de Aragón don Juan, conde de Ampurias, su primo hermano y yerno, ca estaba casado con doña Juana, hija del rey, y por el de Castilla Juan Ramírez de Arellano, señor de los Cameros.

En el año de 1374 Juan, duque de Lancaster, con un grueso ejército pasó al puerto de Cales, llamado Iccio por los antiguos, que está en los Morinos, provincia de la Galia Bélgica. Juntóse con él Juan de Monforte, duque de Bretaña, que andaba en deservicio del rey de Francia, y favorecía a los ingleses por estar casado con una hermana del de Lancaster. Entraron estos príncipes con sus gentes en el Artois y Vermandoes; hicieron gran estrago en los campos, villas y aldeas que topaban, y hartos ya de los robos y muertes con que dejaron asoladas aquellas provincias, enderezaron su camino al ducado de Guyena, y pasado el río Ligeris, llamado hoy Loira, llegaron a Burdeos con pensamiento de entrar en España y conquistar el reino de Castilla. Enviaron sus embajadores a los reyes de Aragón y de Navarra para que les asistiesen y ayudasen; más el aragonés y el navarro eran prudentes y sagaces, no quisieron por una esperanza incierta de interés ponerse en un peligro cierto de

ser destruidos, sino como muchos hombres suelen hacer, les pareció sería mejor estarse a la mira y tomar el partido conforme las cosas se encaminasen.

El rey don Enrique, avisado de la tempestad que sobre él venía, estaba con gran cuidado. Acudió a Burgos para resistir y juntar sus gentes de todas las partes del reino, y hacer de nuevo otras muchas compañías. Llamó particularmente a los soldados viejos, cuyo valor tenía experimentado en las guerras pasadas. Acudieron al tanto todos los grandes con gran deseo de servir y acompañar a su rey. Los mismos que en las revueltas pasadas le fueron contrarios, en esta ocasión le querían recompensar y con su diligencia y alegría dar ciertas muestras del amor y lealtad con que le servían; de suerte que los que de antes andaban divisos en bandos y parcialidades, visto el riesgo que corrían de ser señoreados por extraños, se juntaron en una conformidad para defender su patria y su libertad; verdad es que en 19 de marzo sucedió en aquella ciudad un gran desastre que causó en todos gran pesar y tristeza, esto es, que el conde de Alburquerque don Sancho, hermano del rey, por apaciguar una revuelta que se levantó entre sus soldados y los de Pero González de Mendoza sobre las posadas, sin ser conocido, por ser la refriega de noche, fue herido en el rostro con una lanza por un hombre de armas, de que desde a un rato murió. Alborotóse el rey, como era razón, por la muerte tan desgraciada de su hermano; pero no hizo demostración por suceder acaso y por ignorancia. La condesa doña Beatriz, mujer del muerto, quedó preñada y parió a doña Leonor, que casó con el infante don Fernando, adelante rey de Aragón. Después que el rey don Enrique tuvo junto su ejército, partió de Burgos, y cerca de la villa de Bañares hizo alarde; halló que tenía mil doscientos caballos y cinco mil infantes, todos gente escogida, y que con su valor suplían el pequeño número, y estaban prestos para acudir a la parte que fuese menester. Amenazaba esta hueste principalmente, así a los de Aragón, porque ya expiraban las treguas, como a los ingleses de Francia, de quienes se tenían nuevas sordas que no pasaban ya en España, porque su ejército se hallaba muy menoscabado y menguado, a causa que Filipo, duque de Borgoña, y un famoso capitán llamado Juan de Viena, que era almirante de Francia, vinieron en pos de ellos,y por todo el camino les hicieron grandes daños; que de treinta mil combatientes que eran, casi no llegaban a seis mil cuando entraron en Burdeos.

Ofrecíase buena ocasión de hacer alguna cosa notable, y echar a los ingleses de toda Francia; parecía que ya la fortuna y buena dicha de la guerra los desamparaba y favoreciaá los franceses. Luis, duque de Anjou, escribió al rey don Enrique que juntasen sus fuerzas y cercasen a Bayona, ciudad delos antiguos tarbellos. Decía que esto importaba mucho para ganar reputación, si diesen a entender que eran poderosos, no solamente para defenderse de sus enemigos, sino también para irles a hacer guerra dentro de su casa. Con esto animado el rey don Enrique, pasó a Bayona, y la cercó en los postreros del mes de junio; más como sobreviniesen muchas aguas, que impedían las labores que se hacían para combatir la ciudad, y faltasen bastimentos, que por ser muy estéril la provincia de Vizcaya de que se proveían, abastecía mal el ejército, cansados todos con estas descomodidades, levantaron el cerco y se volvieron a Castilla. Asimismo el duque de Anjou no pudo venir, como tenía prometido, por estar ocupado en el cerco de Montalbán. Sirvió muy bien en esta jornada al rey don Enrique Beltrán de Guevara, señor de la villa de Oñate y de la casa de Guevara; y a la venida de Bayona en remuneración de sus servicios le hizo merced del valle de Leñiz con su acostumbrada largueza en hacer dádivas, cosa que puso en necesidad a los reyes sus descendientes de reformarlas.

En el mes de agosto el infante de Mallorca entró por el condado de Rosellón con un grande y poderoso ejército, con el cual las fuerzas de los aragoneses no se pudieran igualar, si se hubiera de hacer jornada y dar la batalla. Prevaleció en este aprieto la buena dicha de Aragón, que en esta entrada no hizo el infante cosa notable más de desbaratar algunas banderas de enemigos con muy poco provecho suyo y llevar alguna presa de hombres y de ganados. Los que en esta entrada del infante padecieron mayores daños fueron los del condado de Urgel. Por otra parte, el señor de Bearne y Jofre Recco, bretón, que tenían muchos pueblos y vasallos en Castilla, sea por orden del rey don Enrique, o de su propio motivo, hicieron entrada en los campos de Borja y molestaron con guerra toda

su tierra, combatiendo algunas villas, destruyendo y abrasando las aldeas, labranzas, rozas y heredades de aquella comarca.

En estos días el rey de Aragón envió a Inglaterra a Francés de Perellós, vizconde de Roda, a pedir ayuda al duque de Lancaster y a convidarle se confederase con él; y como este embajador con recio temporal corriese fortuna y aportase a la costa de Granada, fue preso por mandado del rey moro, y encarcelados los mercaderes catalanes en venganza de que Pedro Bernal, capitán de unas galeras de Aragón, pocos días tomara una nave del rey de Granada, que enviaba a Túnez conciertos recados suyos. Pretendía el moro otrosí en prender estos aragoneses hacer placer al rey de Castilla, cuyos enemigos eran. Con tantos desastres y malos sucesos, ¿qué podían hacer los de Aragón? ¿De quién valerse? ¿Qué ayudas podían buscar? El rey don Enrique pretendía sanar al rey de Aragón, y no destruir al que con su ayuda fue parte para que él llegase a la cumbre de alteza en que al presente se veía; con este fin envió otra vez a Barcelona por embajadores a Juan Ramírez de Arellano y al obispo de Salamanca para que hiciesen paz con él.

En 3 de noviembre de este año en el castillo de Evreux en Normandía murió doña Juana, reina de Navarra, por cuyas lágrimas muchas veces su hermano el rey de Francia perdonó grandes ofensas que su marido le tenía hechas. Al presente en esta ida que hizo a Francia, como quier que hallase cerradas las orejas del hermano, recibió tan grande pena, que de ella le sobrevino una dolencia que la acabó. Su cuerpo sepultaron en el monasterio de San Dionisio entre los reyes sus antepasados; hiciéronle las obsequias con real pompa y aparato. Su marido dio nuevas ocasiones para que con mucha razón el pueblo le aborreciese, porque persiguió con muertes, destierros y confiscaciones de bienes a los parientes y allegados de aquellos que en las revueltas y calamidades de aquel tiempo siguieran el partido de sus enemigos. Si estos castigos él los hiciera en las personas de los que le ofendieron, pudiérale excusar el dolor de la ofensa y el deseo de la venganza, mas pagaban los inocentes por los culpados.

Sobre los trabajos que hemos referido que padecía el reino de Aragón con las guerras le vino otro muy mayor de una gran hambre que en este año padeció toda aquella provincia, mas algún tanto se remedió con trigo que se trujo de África. Fueles por otra parte provechosa esta hambre, porque compelidos de ella se fueron del reino sus enemigos. En Castilla asimismo, do pasaron los franceses a buscar mantenimientos, luego en principio del año de 1375 murió de enfermedad su capitán el infante de Mallorca don Jaime, rey de Nápoles; enterraron su cuerpo en la ciudad de Soria en el monasterio de San Francisco. Acompañó en esta guerra al infante su hermana doña Isabel, que estaba casada con el marqués de Monferrat, animada de la esperanza que tenía de vengar las injurias que el rey, su padre, recibió del rey de Aragón.

Esta señora, muerto su hermano, se hizo cabeza, y debajo de su conducta se volvió el ejército de los franceses a sus casas. En aquella tierra renunció ella y cedió los derechos paternos que tenía contra la casa de Aragón, en Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia, de que se recrecieron nuevos pleitos y debates, en sazón que las paces entre los reyes de Castilla y de Aragón se concluyeron por intervención y diligencia de la reina de Castilla doña Juana, que para este efecto fue a la villa de Almazán. Por parte del rey de Aragón se hallaron allí el arzobispo de Zaragoza y Ramón Alamán de Cervellón. En 12 días del mes de abril se concluyeron y firmaron las paces con estas condiciones: que la infanta doña Leonor, que antes estaba otorgada al infante don Juan, le fuese entregada para que se celebrase el matrimonio; en dote le señalaron doscientos mil florines, que al rey don Enrique dio prestados el rey de Aragón en los principios de las guerras civiles; que Molina se restituyese al de Castilla, que a ciertos plazos contaría al de Aragón ciento ochenta mil florines por los gastos de la guerra.

La nueva de esta concordia, que se entendía sería por muchos tiempos, se festejó en ambos reinos con parabienes por la paz y grandes banquetes que se hicieron, juegos, fiestas y alegrías por la esperanza que tenían que después de tantas tempestades y guerras se seguiría en toda España la

quietud y sosiego por tanto tiempo deseado, y la luz clara se les mostraría después de una oscuridad tan larga y tan espesas tinieblas.

CAPÍTULO XIX
ALGUNOS CASAMIENTOS DE PRÍNCIPES

Fue este año dichoso, no solamente para España,sino también para todo el mundo y toda la cristiandad, a causa que Gregorio XI, pontífice máximo, honra de los papas, dejado Aviñón, donde estuvo la Silla Apostólica por espacio de setenta años, la restituyó al sagrado asiento y casa de sus antecesores, y se fue a residir lo que le restaba de vida a la santa ciudad de Roma; varón verdaderamente grande y digno de loa inmortal. Las grandes revoluciones de Italia no sufrían la ausencia de los papas. La virgen santísima Catalina de Sena, de quien hay doce cartas escritas a Gregorio, fue la que principalmente le movió a tomar este saludable consejo contra lo que sentían algunos cardenales. Decíale con un celo santo y elocuencia del cielo que en cosa tan claramente conveniente, y que a él solo tocaba, no tomase acuerdo con nadie, sino que usase de su propio arbitrio y parecer.

Beltrán Claquin, por haber ganado grandes honras en Francia y acrecentado su estado con el condado de Longavilla, vendió en esta sazón al rey don Enrique la ciudad de Soria y las villas de Atienza y Almazán y los demás pueblos que le diera en Castilla por precio de doscientas y sesenta mil doblas, que para aquel tiempo fue una suma asaz grande. La mayor parte le pagó en veintiséis prisioneros nobilísimos de los que prendió la armada de Castilla en la batalla de la Rochela; por el dinero restante le dio en rehenes a un hijo de don Juan Ramírez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del rey tan gastado, que no se pudo contar de presente. Para celebrar las bodas de los infantes de Castilla y de Navarra se escogió la ciudad de Soria por estar en los confines de ambos reinos; y por hallarse en lugar tan acomodado para ello quiso el rey don Enrique hacer juntamente las bodas de ambos hijos, como lo tenía concertado. A la infanta doña Leonor trujeron de Aragón a Soria Lope de Luna, arzobispo de Zaragoza, y el embajador Cervellón con gran acompañamiento de señores y caballeros de aquel reino. Vino otrosí a esta ciudad a celebrar su matrimonio el infante don Carlos, hijo del rey de Navarra. Hízose el casamiento de doña Leonor, hija de don Enrique, en 27 días del mes de mayo. Túvose respeto en dar el primer lugar al infante de Navarra por ser huésped. En 19 días del mes de junio se veló el de Castilla don Juan con su esposa doña Leonor. Todo estaba lleno de juegos, fiestas y regocijos, no sólo en Soria, sino en todo lo demás de España, por la esperanza que los hombres tenían concebida de una larga paz y estable felicidad.

En estos días vinieron nuevas que don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, el que dijimos que el año pasado se fue a Portugal, murió en Inglaterra. Tenía esperanzas de volver a Castilla y ser restituido por las armas en su patria. Súpose otrosí que Fernando de Tovar, capitán entre los de aquel tiempo de la fama, con la armada de Castilla hizo grandes daños en la costa de Inglaterra, destruyendo, robando, quemando y asolando muchos pueblos y campos, rozas y labranzas de aquella isla.

De Soria, concluidas las fiestas, se pasó el rey don Enrique a Burgos; príncipe esclarecido en las demás naciones, y en su reino bienquisto. Tenía intento por el favor que halló en Francia de acudirla con todas sus fuerzas contra los ingleses y pagarles el bien que de ella recibió, a la sazón que don Alonso, su hijo, conde de Gijón, con ligereza juvenil, mudado de voluntad acerca del casamiento con doña Isabel, hija del rey de Portugal, por no efectuarle se fue a Francia y a la Rochela por mar, más el rey, su padre, le hizo venir desde a pocos días.

En los postreros días de este año falleció don Gómez Manrique, arzobispo de Toledo. Juntáronse en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor; no se concordaron, antes, divididos los votos, los unos eligieron a don Pedro Fernández Cabeza de Vaca, deán de la misma iglesia; los otros nombraron a don Juan García Manrique, sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garci Fernández Manrique, y de arcediano de Talavera le pasaran primero a ser obispo de Orense, y después de Sigüenza; favorecía a este el rey con grandes veras, porque era

afín y allegado de don Juan Ramírez de Arellano. El arzobispo difunto avisó a su muerte que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino, porque era inquieto, sino al deán. Acudieron al papa Gregorio para que determinase estas diferencias; él, no teniendo por canónica ninguna de las dos elecciones, dio el arzobispado a don Pedro Tenorio, y de la iglesia de Coimbra, cuyo obispo era, le pasó a la de Toledo, varón de muchas prendas, letras y erudición. En Italia y Francia anduvo peregrinando y desterrado; estudió en Tolosa y Aviñón y Cerosa; en el estudio de Boloña tuvo por maestro a Baldo, famoso jurista, y él mismo leyó derechos en Roma. Fue hombre de grande prudencia por el uso y experiencia que tenía de muchos negocios, de grande pecho y valor, aventajado entre los hombres más señalados de aquel tiempo. Fue arcediano de Toro en la iglesia de Zamora; su padre, Juan Tenorio, comendador de Estepa y trece de la orden de Santiago; su madre, doña Juana, está enterrada en la colegial de Talavera; sus hermanos Juan Tenorio y Melendo Rodríguez anduvieron con él desterrados en tiempo del rey don Pedro. Su hermana doña María Tenorio casó con Fernán Gómez de Silva, cuyo hijo Alonso Tenorio fue adelantado por su tío de Cazorla.

Murieron por estos días algunos varones principales de Navarra, en particular don Rodrigo Urriz, señor rico y de grande autoridad. Fue por mandado de su rey preso y degollado en la ciudad de Pamplona en los últimos días de marzo del año de 1376. Causáronle la muerte unos tratos mal encubiertos que traía con el rey de Castilla. Era fama se quería pasar a él, y entregarle los castillos de Tudela y Caparroso; yo sospecho que sin razón y falsamente se creyó esto, porque no es verosímil quisiese turbar aquel caballero tan presto la paz que se acababa de asentar.

Don Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, murió en 7 de julio en Italia en la ciudad de Anagnia, donde vivía desterrado de su iglesia; la libertad, gravedad y autoridad de este prelado le hicieron odioso a su rey, o por haberse mal gobernado, como arriba queda apuntado. Fue elegido en su lugar don Martín Calva, doctísimo en ambos derechos pontificio y cesáreo, y tenido por tan eminente, que muchos le igualaban a Baldo, tan famoso letrado y excelente en aquella facultad.

Don Fadrique, rey de Sicilia, falleció en Mesina a 27 días del mes de julio; dejó por heredera del reino y de los ducados de Atenas y de Neopatria a su hija doña María, de que resultaron nuevas esperanzas, y a muchos príncipes se les dio materia de diferencias y debates sobre la pretensión del casamiento de esta infanta y codicia del reino de Sicilia. Amenazaban otrosí nuevas pretensiones y revoluciones, en particular a los aragoneses se les presentó buena ocasión de dilatar y ensanchar sus estados.

LIBRO DECIMO OCTAVO

CAPÍTULO PRIMERO
DEL CISMA QUE HUBO EN LA IGLESIA

Gozaba por estos tiempos España de paz y quietud a causa del parentesco y afinidad con que los reyes, aunque diferentes en leyes, lenguas, costumbres y pretensiones, estaban entre sí en muchas maneras y con diversos casamientos trabados; demás que se hallaban cansados con las guerras de antes, tan pesadas y tan largas. Parecía que la paz asentada duraría por mucho tiempo. Con los moros, por ser diferentes en la secta y creencia, no podía intervenir matrimonio ni asentar con ellos amistad que fuese fírme y durable; pero tenían concertadas treguas. Al duque de Lancaster de cada día se le regalaban más sus esperanzas y pensamiento que tuvo de apoderarse de Castilla, así por la universal concordia de los príncipes de España como porque en Francia de nuevo se emprendió una muy reñida guerra, con que trocada la fortuna y mudada en contrario, los ingleses, hasta allí vencedores, comenzaban a caer de su prosperidad. La fama y nombradía del rey don Enrique volaba por todo el mundo, por haber conquistado un reino tan poderoso como es el de Castilla. Tenía en su mano la paz y la guerra como el a quien todos los demás acudían. Concluidas pues y sosegadas las guerras, volvió su pensamiento a asentar las cosas de la paz y del gobierno, castigar insultos, que con la ocasión de la guerra tomaran mucha licencia. Procuraba restituir las buenas y ancianas costumbres de los pasados, fortalecer las villas y ciudades, aumentar el bien común y mirar por él con todas sus fuerzas.

Sólo Aragón en esta sazón no estaba sin algún trabajo y nuevas sospechas de guerra, porque, como arriba hemos dicho, Luis, duque de Anjou, a quien don Jaime, príncipe mallorquín, traspasó su derecho del reino de Mallorca, tomó esta empresa por suya y la quiso llevar adelante. Juntó Cortes el rey en Monzón, donde se trató de la defensa de esta guerra. Hiciéronse para juntar dinero nuevas imposiciones, más solamente sobre los judíos y moros que en aquel reino vivían, por contradecir los señores y pueblos que sobre la otra gente se echasen pechos ni derramas de nuevo, bien que decían estaban prestos, según costumbre de sus antepasados, a voluntad del rey de tomar a su costa las armas por la defensa y libertad de su patria. Hiciéronse levas, alistóse y juntóse mucha gente, y aparejáronse todas las demás cosas necesarias para acudir aquella guerra peligrosa y la más grave que por aquel tiempo hubo. Hay fama que se armaron cuarenta galeras en las marinas de Francia y se juntaron cuatro mil hombres de armas; y hechas las paces con los ingleses, como se entendía las asentarían por la grande instancia que sobre ello hacía el sumo pontífice, temían mucho en Aragón no viniesen, y revolviesen en su daño todas las fuerzas de Francia. Llegóse a esto un nuevo temor de guerra por cierta ocasión ligera y no de mucho peso, como quiera que a veces de pequeñas centellas, si con tiempo no se acorre, se suelen emprender grandes fuegos. La cosa pasó así. Había el obispo de Sigüenza don Juan García Manrique ido a seguir su pretensión sobre el arzobispado de Toledo, por dificultades que sus contrarios sobre su elección ponían, delante del sumo pontífice; iba en su compañía don Juan Ramírez de Arellano. A la vuelta en Barcelona delante del rey de Aragón el vizconde de la Rota, mozo brioso, le desafió y le llamó de traidor, porque sin embargo de tantas mercedes como había del rey de Aragón recibido poco antes, movió a don Jaime el Mallorquín a que viniese sobre Aragón. El rey daba muestras de favorecer el partido del vizconde por estar muy sentido de don Juan, no por alguna culpa, sino por la mucha cabida que tenía con el rey de Castilla y porque usaba mucho de su buen consejo. Aceptóse el reto; señalóse el plazo para de allí a noventa días. El rey don Enrique tomó este agravio y negocio de su privado por suyo; tratóse por terceros de alzar aquel desafío y desbaratarle; más por estar el rey de Aragón por el vizconde, no se efectuó. Avisó el rey de Castilla desde que supo el caso, que era contento combatiesen; más que para seguridad del

campo acordaba enviar tres mil caballos. Era esto en buenas palabras denunciar la guerra a Aragón; por tanto, aquel rey desistió de su intento, que fue acuerdo no menos prudente que saludable y a todos cumplidero.

En Brujas, mercado muy famoso de los estados de Flandes, se juntaron con seguridad bastante para tratar de paces entre Francia e Inglaterra el duque de Anjou y el de Borgoña con los duques de Lancaster y el de York, ingleses de nación. Acudieron asimismo a aquella junta por el rey de Castilla Pedro Fernández de Velasco, su camarero mayor, y don Alonso Barrasa, obispo de Salamanca. Su intento era que con los demás le comprendiesen en aquella confederación y alianza que pensaban asentar; no se pudo concluir cosa alguna, si bien se procuró con todo cuidado. Ni en aquella junta ni en la que después el año de 1377 se tuvo en Boulogne la de Francia, ciudad asentada sobre el mar, no lejos de Brujas y de los estados de Flandes, no se pudo efectuar lo que tanto se deseaba. La nueva que a deshora llegó de la muerte del rey de Inglaterra Eduardo VI, que avino a los 10 de julio, desbarató todas estas pláticas y las esperanzas que comúnmente tenían. Falleció asimismo poco antes que su padre su hijo mayor, que se llamó también Eduardo, príncipe de Gales; por donde quedó por heredero del reino Ricardo, nieto de este rey, o hijo del príncipe, como su abuelo lo dejó dispuesto en su testamento, que se cumplió enteramente, si bien el niño quedaba en edad de once años, y tenía tíos que pudieran hacer alguna contradicción, pero no quisieron; que fue un ejemplo notable de modestia y de nobleza, en especial en tiempos tan estragados y revueltos.

Despedida que fue aquella junta, el duque de Borgoña con grande acompañamiento y repuesto vino a España, por voto que tenía hecho de visitar en Galicia personalmente el cuerpo del glorioso apóstol Santiago. Cumplido su voto y su devoción, antes que diese la vuelta para sus estados se vio en Segovia con el rey don Enrique; fue tratado con todo género de regalo y cortesía, como era razón y justo con tal huésped se hiciese. Lo demás del estío pasó el rey en León, el invierno tuvo en Sevilla.

Todo el aparato de guerra que en Francia se hacía revolvió en daño del rey de Navarra y de sus tierras, de quien los franceses estaban gravemente sentidos por las cosas que el tiempo pasado en su perjuicio hiciera. Hallábanse a la sazón en Normandía los infantes de Navarra don Pedro y doña María, que en el viaje de Francia acompañaron a la reina, su madre, para con su tierna edad mover a compasión al rey de Francia, su tío, para que templase la saña que contra su padre tenía. Con el mismo intento pasó otrosí a Francia don Carlos, hijo mayor de aquellos reyes, si bien nuevamente desposado con la infanta de Castilla doña Leonor, que dejó en casa de su padre, y su suegro no aprobaba esta jornada que hizo. Dióle el padre por acompañado a Balduino, famoso capitán, que tenía a su cargo muchas fortalezas y plazas de Normandía, y a Jacques de la Rua, su muy privado, y que por el mismo caso tenía mucha mano en el gobierno. A esto dio orden en puridad que se viese con el lugl és y le significase cómo él estaba presto de tomar las armas contra Francia, si viniese en darle como en feudo el ducado de Guyena.

Poco secreto se guarda en las casas de los reyes. Tuvo el francés aviso de todas estas tramas y trazas, echó mano del dicho Rua, púsole a cuestión de tormento, y como confesase lo que se le preguntaba, le condenaron a muerte, que se ejecutó en París. A Balduino mandaron entregase las fortalezas que en Normandía se tenían por su rey, y para ello declarase las contraseñas y cifra con que los alcaides entendiesen era aquella su voluntad y determinación. Al infante don Carlos, primer heredero de Navarra, mandaron no saliese fuera de aquella corte; a sus hermanos don Pedro y doña María pusieron presos y arrestaron en Bretol. Las tierras que en Francia dejaron al navarro sus antepasados, muchas y muy buenas, lo de Evreux y las demás ciudades, fuerzas y plazas en un punto se las quitaron, parte por fuerza, otras por concierto. Con este revés tal y tan grave, cual en aquel tiempo ninguno mayor, quedaron castigadas las demasías y pretensiones de aquel rey. Los caudillos en aquella guerra y empresa fueron, demás de Beltrán Claquin, los duques de Borbón y de Borgoña. Solos dos pueblos no se sabe por qué causa quedaron en Francia por el navarro, demás de estos

Querebourg, que tenía en su poder el inglés empeñado por cierta cuantía de dinero que le prestó los años pasados y para seguridad de la amistad que entre sí tenían asentada. El francés, no contento con esta satisfacción, no dejaba de solicitar al rey don Enrique para que por su parte hiciese entrada en Navarra, que por ir tan decaída sus cosas no podría aquel rey hacerle contraste. Nunca los príncipes dejan pasar ocasiones semejantes, y el de Castilla se conocía muy obligado al de Francia; pero era necesario buscar algún buen color para romper con el que era su deudo, amigo y aliado.

Ofrecióse una ocasión acaso, que lo pareció bastante. Quejábase el navarro que el dinero que concertaron de contarle en la confederación y asiento que tomara con Castilla, y debían pagarle todo en oro, parte le dieron en plata, moneda baja de ley, y que llevaba liga demasiada. Acuñaban la moneda por estos tiempos muy baja, que era la causa de concertar en los contratos la suerte en que se debían hacer las pagas. Para satisfacerse de este agravio sobornaba a Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y gobernador que era de Logroño, le entregase aquella plaza, con grandes ofertas que le hacía, si venía en lo que le importunaba. El adelantado como caballero leal avisó a su rey de lo que pasaba. La respuesta fue que le cebase con buenas esperanzas, y con color de quererle entregar aquella ciudad le metiese en el lazo y le echase mano. Hizolo así; vino el navarro acompañado de cuatrocientos de a caballo, de los cuales envió parte al pueblo para apoderarse de él; que por recelarse de algún trato doble, él no se aseguró de entrar. Acertólo; los que envió, luego que estuvieron dentro, fueron presos y despojados, excepto algunos pocos que con ánimo varonil se pusieron en defensa y pudieron escapar. Entre los demás se señaló de muy valiente Martín Enríquez, alférez real, que con la espada desnuda se defendió de gran número del pueblo que cargaron sobre él, y por salvar a sí y el estandarte, como lo hizo, se arrojó de la puente en el río Ebro, que por debajo pasa. De estos principios se vino a rompimiento y a las puñadas.

El rey don Enrique nombró por general de aquella guerra a su hijo el infante don Juan, que rompió por las tierras de Navarra, taló los campos, hizo presas de hombres y de ganados, tomó a la Guardia y a Viana, quemó a Larraga y Artajona. El odio con que peleaban era implacable; a ninguna cosa perdonaban en que el fuego y la espada se pudiesen emplear. Mucho padecían los navarros, pues en un mismo tiempo eran forzados a sustentar la guerra contra dos reyes muy poderosos, sin ser bastantes para contrastar al uno solo, a su grandeza y poder. Esto pasaba el año que se contó de Cristo de 1378, alegre para Castilla, para las demás naciones de la cristiandad aciago.

Hallábase el rey de Castilla en Burgos, presto para acudir a las cosas de la guerra, y alegre por las buenas nuevas que le venían de Navarra. Junto con esto celebraba en aquella sazón y ciudad las bodas de cus hijos. Don Alonso, conde de Gijón, su hijo bastardo, estaba concertado con doña Isabel, hija otrosí fuera de matrimonio del rey de Portugal; era el conde mozo liviano y mal inclinado; huyóse con color de no quererse casar, hízole su padre volver del camino, y finalmente se efectuó el matrimonio. Concertó asimismo otras dos hijas bastardas que tenía con los dos hijos de don Alonso de Aragón, conde de Denia y marqués de Viliena; la mayor, por nombre doña Juana, casó luego con don Pedro, el hijo menor, cuyos hijos fueron el famoso don Enrique de Villena y don Alonso. Doña Leonor, la menor, quedó desposada con don Alonso, a la sazón ausente y en poder de ingleses por prenda del rescate que su padre concertó cuando a él mismo le prendieron en la batalla de Nájera; bodas que por entonces se dilataron por esta causa, y después nunca se efectuaron. Concertáronse otrosí desposorios de doña Beatriz, hija legítima del portugués, con don Fadrique, hijo bastardo del rey de Castilla.

En Roma falleció el papa Gregorio XI a los 27 de marzo. Hechas las honras al difunto como es de costumbre, se juntaron en cónclave los cardenales para nombrar sucesor. Acudieron los senadores y la nobleza romana para suplicarles no desamparasen a Roma ni se volviesen a Francia; que pues la Iglesia era Roma, nombrasen pontífice de aquella ciudad; las menguas y revueltas pasadas los moviesen a compasión de la que era cabeza de la cristiandad, origen y albergue de toda santidad. Juntaban con los ruegos amenazas; que el pueblo estaba tan alterado, que con razón se podría temer

no se descomidiese y resultase algún grave escándalo. Hallábanse en el cónclave cuatro cardenales italianos y trece franceses; los intentos, trazas y voluntades de todo punto diferentes y contrarias. La vocería y estruendo del pueblo los atemorizaba y aún enfrenaba, que con las armas en la mano decía a gritos: *«Por Dios crucificado, dadnos pontífice romano, a lo menos italiano.»* Con esto a los 9 de abril salió por papa Bartolomé Butilla, napolitano, arzobispo de Bari; en el pontificado se llamó Urbano VI. Entre el ruido y regocijo del pueblo algunos cardenales se retiraron al castillo de Santángel, otros se salieron fuera de la ciudad, los más se fueron a sus casas.

Quejábanse de la fuerza y ponían dolencia en la elección; pero todos de común consentimiento, sea por estar mudados de voluntad, sea por conformarse con el tiempo, se hallaron a la coronación del nuevo Papa, que se hizo a los 18 de abril, que fue el principal fundamento en que estribó la defensa de Urbano en el cisma gravísimo que luego resultó; porque si fueron forzados, ¿qué les movió a volver a Roma y hallarse a la coronación? Y, si de voluntad eligieron, ¿qué desvarío retratar con daño común y tan grave lo que una vez aprobaron? Alegaban que los caminos estaban tomados y todos los pasos con guardas de soldados. Color y capa que tomaron, como a la verdad no pudiesen llevar la severidad del nuevo pontífice, mayor por ventura que podían llevar tiempos tan estragados.

Urbano también se pudiera templar algún tanto de suerte que la gente no se alterara, acomodarse a lo presente y desear lo mejor para adelante. Luego al principio de su pontificado quitó el gobierno de la Campania a Honorato Cayetano, conde de Fundi, ocasión cual deseaban los cardenales mal contentos para intentar novedades y alterar la paz de la Iglesia, que con achaque de los grandes calores y el cielo de Roma malsano se salieron de Roma, y por diversos caminos se juntaron en Fundi. En esta ciudad, a los 19 de septiembre, nombraron por papa a Roberto, cardenal de Ginebra, con nombre de Clemente VII, que fue dar principio al cisma y a los debates entre los dos pontífices y a las excomuniones y censuras que el uno contra el otro fulminaron. El papa Urbano, para suplir el colegio y consistorio, en un día creó veintinueve cardenales de diversas naciones, varones todos señalados. Clemente se partió luego para Aviñón con harta duda de la cristiandad sobre cuál fuese el verdadero papa. Los italianos, los alemanes y los ingleses seguían al papa Urbano; los franceses y los escoceses a Clemente; los españoles al principio estuvieron neutrales y a la mira, si bien de la una y de la otra parte les hacían gran instancia con embajadas para que se declarasen.

CAPÍTULO II
DE LA MUERTE DEL REY DON ENRIQUE

En el mismo tiempo que la república cristiana se comenzaba a turbar con el cisma de dos pontífices que se continuó por largos años, los portugueses gozaban de una larga y grande paz; cuanto a lo demás las cosas de aquel reino no se podían hallar en peor estado. La reina apoderada del rey más de lo que fuera razón; la fama de su honestidad no tal ni tan buena. Decían tenía puestos los ojos y la afición en don Juan Fernández de Andeiro, conde de Uren. A sus parientes y aliados solamente se daban los cargos y gobiernos; la demás nobleza por el mismo caso estaba descontenta y perseguida, o de callada, o al descubierto. Amenazaba alguna gran tempestad, por cuyo miedo el infante don Donis, hermano de aquel rey, se retiró a Castilla, como queda dicho de suso. Poco después hizo lo mismo el infante don Juan, su hermano. A don Juan, hermano de los mismos, aunque bastardo y maestre de Avis, pusieron en prisión y le amenazaron de muerte. Él, como prudente, acordó disimular y acomodarse al tiempo y con algunos servicios y muestras de dolor aplacar el ánimo irritado de la reina. En Lisboa, cabeza de aquel reino, se fortaleció con muros la parte más baja de aquella ciudad, que remata con el mar. Hizo esto el rey don Fernando, así por el daño que por allí se recibió los años pasados como para pertrecharse y apercibirse para todo lo que pudiese suceder.

Los dos pontífices no se descuidaban en solicitar por sus legados a los reyes de España para que se declarasen. El de Aragón todavía se quiso estar neutral, bien que sentido en particular del pontífice Urbano, que trataba de desposeerle de Cerdeña y de Sicilia; todavía no dio lugar que en su reino se leyesen los edictos que Clemente contra él fulminaba. Sólo proveyó que las rentas eclesiásticas y aprovechamientos que pertenecen al papa se pusiesen en tercería en poder de un depositario que las tuviese de manifiesto basta tanto que la Iglesia determinase a quién se debía acudir con ellas. Los legados de Urbano enviados al rey don Enrique le hallaron en Córdoba, do era ido para proveer a las cosas del Andalucía. Pedían en nombre del que los enviaba que le tuviese por verdadero pontífice, y declarase a su competidor por falso, elegido contra los cánones y derecho. Oyólos benignamente; pero antes de resolverse en negocio tan grave, acordó juntar en Toledo las personas más señaladas del reino para determinar lo que se debía responder. Hallábase en aquella ciudad el infante don Juan, su hijo, de vuelta de la guerra y con intento de pasar el invierno en aquellas partes. Acudieron embajadores del rey de Francia, que vinieron a hacer las partes de Clemente. Hízose la junta; los obispos, los ricos hombres y letrados que en ella se hallaron, habido su acuerdo, finalmente respondieron no tocaba a ellos el juicio y determinación de aquella controversia, más que estaban prestos de seguir lo que la Iglesia en el caso determinase, y en el entre tanto las rentas y proventos pertenecientes al papa estarían guardados para el que ella juzgase era verdadero papa. Con esta respuesta se volvieron los embajadores el año de 1379.

Don Enrique se fue de allí a Burgos, donde estando apercibiendo las cosas necesarias para la guerra de Navarra, le vinieron embajadores de parte de aquel rey, hombres muy principales, con muy cumplidos poderes para hacer conciertos de paz, que se asentó finalmente con estos condiciones: que saliesen de Navarra todos los soldados ingleses; que para mayor seguridad veinte fuerzas, y entre ellas fuesen las tres, Estella, Tudela y Viana, por diez años tuviesen guarnición de castellanos; que el rey de Castilla para ayuda de los gastos hechos en aquella guerra prestase al de Navarra hasta en cantidad de veinte mil ducados luego que se firmasen las paces. Concluido el concierto, los dos reyes se vieron en Santo Domingo de la Calzada. Llevaron gran repuesto, y a porfía pretendía cada cual aventajarse en todo género de grandeza, cortesía y comedimiento.

El rey de Granada por el mismo caso se recelaba no revolviesen las fuerzas de los cristianos en daño suyo. Acusábale su conciencia por lo que hizo en tiempo del rey don Pedro en su ayuda; no se persuadía estuviere el rey don Enrique olvidado, ni que le faltase voluntad de tomar de todo enmienda. Las fuerzas no eran bastantes, si se venía a rompimiento y a las puñadas. Acordó valerse de

arte y de maña. Persuadió a un moro que con muestra de huir de Granada se pasase a Castilla y procurase dar la muerte al rey. El moro era sagaz como la pretensión lo pedía; procuró ganar la gracia del rey, ya con servicios a propósito, y con ricas joyas y preseas que le presentaba. Entre los demás presentes le dio unos borceguíes a la morisca muy vistosos y primos, pero inficionados de veneno mortal. Así lo atestiguan autores muy graves; conseja a que dio crédito la dolencia que desde que se los calzó le sobrevino, que en diez días le acabó en la misma ciudad de Santo Domingo; su muerte fue domingo a los 29 del mes de mayo. Bien es verdad que autores más atentados y graves testifican falleció del mal de gota.

Vivió cuarenta y seis años y cinco meses; reinó después que se llamó rey en Calahorra trece años y dos meses. Varón de los más señalados, y príncipe en la prosperidad y adversidad, constante contra los encuentros de la fortuna, de agudo consejo y presta ejecución, y que el mundo le puede llamar bienaventurado por la venganza que tomó de las muertes de su madre y de sus hermanos con la sangre del matador y con quitarle de la cabeza la corona. Ejemplo finalmente con que se muestra que la falta del nacimiento no empece a la virtud y al valor, y que si enfrenara sus apetitos deshonestos en que fue suelto, pudiera competir con los reyes antiguos más señalados. La franqueza demasiada de que algunos le tachan disculpa asaz la revuelta de los tiempos y la codicia de 1os nobles, que no se dejaban granjear sino a precio de grandes y excesivas mercedes. Además que estaba puesto en razón hiciese parte de los premios de la victoria a los que se la ayudaron a ganar y se hallaron a los peligros y trabajos. Todavía en su testamento corrigió en gran parte esta liberalidad con excluir de la herencia de aquellos estados que dio a los deudos trasversales, y admitir solamente a los descendientes, hijos y nietos, traza con que gran parte de los pueblos que por esta causa se enajenaron y de las donaciones enriqueñas han vuelto a la corona real.

Hallóse a su muerte don Juan Manrique, obispo de Sigüenza; con él comunicó sus cosas, y nombradamente con él envió a don Juan, su hijo, los avisos siguientes: que en el cisma que corría no se inclinase fácilmente a ninguna de las partes; trajese siempre ante sus ojos el santo temor de Dios y el amparo de su Iglesia; conservase con todas las fuerzas y con toda buena correspondencia la amistad de Francia, de donde les vino en sus cuitas el remedio; pusiese en libertad todos los cautivos cristianos; procurase buenos ministros y criados, que son el todo para gobernar bien. Advirtióle empero que de tres raleas y suertes de gentes que se hallaban en el reino, los que siguieron su parcialidad, los que al rey don Pedro y los que se mantuvieron neutrales, a los primeros conservase las mercedes que él les hizo, más que de tal suerte se fiase de ellos, que se recelase de su deslealtad e inconstancia; a los segundos podría cometer cualesquier oficios y cargos, como a personas constantes, y que procurarían recompensar con sus buenos servicios las ofensas pasadas y hacer con toda lealtad y cuidado lo que les encomendase; a los terceros mantuviese en justicia, más no les encargase cuidado alguno ni gobierno del reino, como a personas que mirarían más por sus particulares que por el pro común.

Llevaron su cuerpo de aquella ciudad en que falleció a la de Burgos. Acompañóle su hijo don Juan, ya rey. Depositáronle en el sagrario de la iglesia mayor, en la capilla de Santa Catalina. Las honras le hicieron con real aparato y toda muestra de majestad. De allí le pasaron a Valladolid, y al fin del mismo año a una capilla que se labró a costa del rey en Toledo, en aquella parte de la iglesia mayor que estaba junto a la torre principal, en que por tradición de padres a hijos se tiene por cierto que puso los pies la sagrada Virgen cuando bajó del cielo para honrar a su siervo Ildefonso. Esta capilla en tiempo del emperador don Carlos se pasó a otra parte, donde al presente están enterrados los cuerpos de este rey, de su hijo y nieto que le sucedieron, y de las reinas sus mujeres en seis sepulcros de obra curiosa y prima, cada uno con su letrero. Asisten en esta capilla, y en ella celebran los oficios treinta y seis capellanes, con muy buenas rentas, que para sustentarse les señalaron y tienen. Mandóse sepultar con el hábito de santo Domingo por el amor y devoción que él tenía a la memoria de aquel Santo, su pariente; de cuyo orden tenían otrosí costumbre los reyes de tomar confesor.

Murió también por aquel tiempo el rey moro, a quien sucedió Mahomad, llamado por sobrenombre el de Guadix por la curiosidad que tuvo de hermosear y engrandecer aquella ciudad. Éste por haber tenido el reino con quietud y sin alteraciones civiles puede ser tenido por más aventajado y dichoso que todos sus antepasados.

El rey de Aragón, aunque viejo y anciano, se tornó nuevamente a casar; tomó por mujer a Sibila Fortia, que era una dama viuda de gran hermosura, por la cual la prefirió al casamiento con que le convidaban de Juana, reina de Nápoles. Tuvo dos hijos de este casamiento, que murieron en su tierna edad, y una hija llamada Isabel, que adelante casó con el conde de Urgel.

CAPÍTULO III
DE CÓMO COMENZÓ A REINAR EL REY DON JUAN

El rey don Juan, concluido el enterramiento y honras de su padre, recibió en Burgos en las Huelgas la corona del reino en edad que era de veintiún años y tres meses. Juntamente con él se coronó su mujer la reina doña Leonor. Armó caballeros a cien mancebos, la flor de la caballería, con las ceremonias que se acostumbraban en aquel tiempo. Demás de esto a aquella nobilísima ciudad, por los gastos que en tal solemnidad le fue necesario hacer y en premio de su bien probada lealtad, le hizo donación de la villa de Pancorvo. Teníanse Cortes en aquella ciudad, en que se establecieron muchas cosas: una, que el clérigo de menores órdenes casado pechase; pero que si fuese soltero, como trajese abierta la corona y hábito clerical, gozase del privilegio de la Iglesia. Fueron grandes las alegrías y fiestas que se hicieron por todo el reino por la coronación del nuevo rey, tanto con mayor afición y voluntad cuanto más confiaban que el hijo saldría semejable a su padre en todo género de virtud y caballería, porque era de noble condición, dócil ingenio, apacibles costumbres y un alma compuesta e inclinada a todas obras de piedad, no de precipitado o arrebatado juicio, sino inclinado a oír el ajeno. Era bajo de cuerpo, pero en su aspecto representaba majestad.

Luego que tomó el cuidado del reino, lo primero en que puso mano fue en señalarse por amigo de los franceses, y así hizo poner luego a punto una armada y enviarla contra Juan de Monforte, duque de Bretaña, a quien por el favor que daba a los ingleses aquel rey y su consejo le dieron por enemigo de la corona de Francia, y con público pregón adjudicaron sus bienes y estado al fisco real. Corrió la armada toda la costa de Bretaña y en ella ganó una fuerza que llaman Gayo.

El rey pasó en Burgos lo restante del estío. Esta pública alegría, dos cosas que acontecieron, la una la aguó algo, y la otra la aumentó. La primera fue que un judío, llamado Josef Pico, muy principal entre los suyos y muy rico, fue muerto por engaño y envidia de su misma gente. Era este recogedor general de las alcabalas reales y tesorero, por donde vino a tener gran cabida y autoridad con todos. Algunos de su nación judíos, hombres principales, no se sabe por qué, le tenían mala voluntad, y con este odio dieron traza de matarle. Para esto por engaño, sin entender el rey lo que hacía, ganaron una provisión real en que mandaba fuese luego muerto; cogieron de presto al verdugo real, o inducido con el mismo engaño, o sobornado con dineros, lo cual se puede sospechar, pues tan de rebato usó de su oficio. Acudieron a la casa de Josef, que estaba bien seguro de tal caso, en que de improviso le acabaron. Conocido el engaño, se hizo justicia de los culpados y se le quitó a esta nación la potestad que tenía y el tribunal para juzgar los negocios y pleitos de los suyos; desorden con que habían hasta allí disimulado los reyes por la necesidad y apretura de las rentas reales y ser los judíos gente que tan bien saben los caminos de allegar dinero. Materia de contento extraordinario fue el hijo que nació al rey en Burgos a los 4 de octubre, sucesor que fue y heredero de sus estados; su nombre don Enrique por memoria de su abuelo y para que remedase su valor y virtudes.

En fin de este año y principio del siguiente, que se contó de 1380, las lluvias fueron grandes y continuas en demasía; salieron con las avenidas de madre los ríos, rebalsaron los campos y las labradas y sembrados, en particular el río Ebro cerca de Zaragoza rompió los reparos y tomó otro camino, de guisa que para hacerle volver a su curso se gastó mucho trabajo y dinero.

De Burgos pasó el rey a Toledo, ciudad en que de nuevo hizo las honras de su padre y puso su cuerpo, como queda dicho, en su sepulcro de asiento. Partió para el Andalucía con intento de acudir a la ayuda de Francia contra los ingleses. Armó en Sevilla veinte galeras, con que el almirante Fernán Sánchez de Tovar, que iba por general, costeadas las riberas de España y de Francia, no paró hasta llegar a Inglaterra, y por el río Támesis arriba dar vista a la ciudad de Londres, cabeza de aquel reino, con gran mengua y cuita de aquella gente y ciudadanos, que veían la armada enemiga a sus puertas, talados sus campos, quemadas sus alquerías y casas de campo sin poderlo remediar.

La discordia entre los pontífices andaba más viva que nunca; castigo de los muchos pecados del pueblo y de las cabezas. El mayor daño, y que hacía más incurable la dolencia, que cada cual de las partes tenía sus valedores, personas en letras y santidad eminentes hasta señalarse con milagros. ¿Qué podía con esto hacer el pueblo? ¿Qué partido debía seguir? Ardía el pontífice Urbano en un vivo deseo de tomar enmienda de la reina de Nápoles, causadora principal de aquel cisma, ca si no fuera con su sombra, no acometieran los cardenales a ejecutar lo que hicieron. Para atender a esto con mayores fuerzas y más de propósito hizo paces con florentinos y perusinos y otros pueblos que no le querían reconocer homenaje y andaban alborotados. Convidó a Carlos, duque de Durazo, a pasar en Italia con intención que le dio y promesa de hacerle rey de Nápoles. Este Carlos estaba casado con Margarita, su prima hermana, hija que fue de su tío Carlos, duque de Durazo; marido y mujer eran bisnietos de Carlos II, rey de Nápoles, como queda deducido de suso. Aceptó las ofertas del pontífice, ayudóle con gente y dinero Ludovico, rey de Hungría, por el odio que tenía contra la reina, por la muerte que dio a su marido Andreaso, hermano del húngaro. Demás de esto, la soltura de esta reina en materia de honestidad era muy conocida. La grandeza y la fama de los príncipes corren a las parejas; así sus virtudes como sus vicios están a la vista de todos, y cuanto es mayor y más alto el lugar, tanto debe ser menor la libertad, por el ejemplo, que si es malo, cunde y empece mucho.

No se le encubrieron a la reina los intentos del pontífice y sus trazas. Sabía muy bien el aborrecimiento que comúnmente le tenían, ocasionado de la torpeza de su vida. Recelábase por el mismo caso que no tendría fuerzas bastantes para contrastar a tan poderosos enemigos. No tenía sucesión, si bien se casó cuatro veces: la primera con Andreaso, al cual ella misma dio la muerte; la segunda con Ludovico, príncipe de Tarento, deudos el uno y el otro muy cercanos suyos; la tercera con don Jaime, infante de Mallorca; y últimamente tenía por marido a Otón, duque de Brunzvique. Comunicóse con el otro pontífice Clemente, y habido con él su acuerdo, determinó para desbaratar aquella tempestad y torbellino que contra ella se armaba valerse de las fuerzas de Francia. Para esto prohijó a Luis, duque de Anjou, príncipe muy poderoso. Dióle título de duque de Calabria, que era el que tenían los herederos de aquel reino de Nápoles. Hízose el auto de la adopcion con la solemnidad necesaria en el castillo de aquella ciudad, llamado del Ovo, a los 29 de junio. Principios de grandes alteraciones y guerras que adelante resultaron, en que entró también a la parte España finalmente, y el primer título que tuvieron aquellos duques de Anjou para pretender con tanta porfía y por tanto tiempo el reino de Nápoles; traza enderezada para defenderse la reina y juntamente afirmar el partido del papa Clemente, que a la una y al otro prestó poco.

Falleció por este tiempo a 13 de julio el valeroso caudillo Beltran Claquin; tomóle la muerte en los reales y en el cerco que tenía puesto sobre Castronuevo, pueblo de Bretaña. Su linaje ilustre, sus hazañas esclarecidas; su padre se llamó Reginaldo Claquin, señor de Bronio cerca de Rennes, ciudad muy conocida en el ducado de Bretaña. El oficio de condestable, que es muy preeminente en Francia y vacó por su muerte, se dio poco adelante a Oliverio Clisson. Murió asimismo a los 16 de septiembre Carlos, rey de Francia, en el bosque de Vincenas, que mandó en su testamento sepultasen el cuerpo de Claquin junto al suyo en San Dionisio, sepultura de aquellos reyes junto a París; honra muy debida a lo mucho que sirvió en su vida y a su valor. Sucedió en aquella corona Carlos, hijo del difunto, sexto de este nombre.

Al rey de Portugal aquejaba el cuidado de lo que sería de aquel reino después de su muerte. La edad estaba adelante, no tenía hijo varón ni esperaba tenerle. Doña Beatriz, habida en la reina, de la cual adelante se puso en duda si era legítima, en vida del rey don Enrique quedó desposada con su hijo bastardo don Fadrique, duque de Benavente. No quiso el portugués después de muerto el rey don Enrique pasar por estos desposorios, antes despachó sus embajadores al nuevo rey de Castilla, que volvía del Andalucía para pedirle para su hija al infante don Enrique, si bien era niño de pocos meses nacido; acuerdo poco acertado, sujeto a grandes inconvenientes, por la edad de los novios tan diferente y desigual. Todavía el rey don Juan no desechó aquel partido por la comodidad que se pre-

sentaba de haber el reino de Portugal por aquel camino, y juntarle con Castilla. Tratóse de las condiciones, y finalmente en Soria, donde se juntaron las Cortes de Castilla, se concertaron los desposorios, que al cabo no surtieron efecto.

Prendieron por mandado del rey al adelantado Pedro Manrique; cargábanle ciertas pláticas y tratos que decían tenía con don Alonso de Aragón, conde de Denia, en perjuicio del reino. La verdad es que murió en la prisión sin dejar hijos. Sucedióle en aquel cargo y en sus estados su hermano Diego Manrique, merced que tenía bien merecida por su valor y los servicios que hiciera en la guerra de Navarra.

Era el rey de Francia de poca edad; tenía en su lugar el gobierno de aquel reino Luis, duque de Anjou, por aventajarse a los otros señores de Francia y por el deudo que alcanzaba con aquella casa real. Recelábase el rey de Aragón no quisiese con aquella ocasión volver a la pretensión del reino de Mallorca por el derecho que de suso queda tratado. Pero a él otro cuidado le aquejaba más, que era amparar la reinado Nápoles, y de camino asegurar para su casa la sucesión de aquel reino; acudió, sin embargo, el rey don Juan de Castilla, despachó embajadores a Francia para tratar de conciertos. Dio oídos el de Anjou a estas pláticas por quedar desembarazado para la empresa de Italia. Asentaron que vendiese a dinero el derecho que con dinero comprara, en que el rey don Juan puso de su casa buena cantia en gracia de su suegro, y por el deseo que tenía no se alterase el sosiego de que en España gozaban.

Despachó otrosí embajadores al sultán de Egipto que de su parte le hiciesen instancia para que pusiese en libertad a León, rey de Armenia, que tenía cautivo, y se le murieran en la prisión mujer e hija. Condescendió el bárbaro con aquellos ruegos tan puestos en razón. Soltó al preso, que envió con cartas que le dio soberbias e hinchadas en lo que de sí decía, honorificas para el rey don Juan, cuyo poder y valor encarecía, y le pedía su amistad. Vino aquel rey despojado tres años adelante, primero a Francia, desde allí a Castilla. Es muy propio de grandes reyes levantar los caídos, y más los que se vieron en prosperidad y grandeza. Recibióle el rey y hospedóle con toda cortesía y regalo, y para consuelo de su destierro y pasar la vida le consignó las villas de Madrid y Ándújar con rentas necesarias y bastantes para el sustento de su casa. No paró mucho en España, antes dio la vuelta a Francia con intento de pasar a Inglaterra para concertar aquellos reyes y persuadirles que dejadas entre sí las armas, las volviesen con tanto mayor prez y gloria contra los enemigos de Cristo, los infieles de Asia. En esta demanda sin efectuar cosa alguna le tomó la muerte, y le atajó sus trazas como suele. En la iglesia de los monjes Celestinos de París, en la capilla mayor se ve el día de hoy un arco cavado en la pared con un lucillo de mármol de obra prima con su letra que declara yace en él León, rey de Armenia.

CAPÍTULO IV
QUE CASTILLA DIO LA OBEDIENCIA AL PAPA CLEMENTE

Estaba el mundo alterado con el cisma de los romanos pontífices, y los príncipes cristianos cansados de oír los legados de las dos partes. Los escrúpulos de conciencia, que cuando se les da entrada se suelen apoderar de los corazones, crecían de cada día más. El rey determinó de hacer Cortes de Castilla para resolver este punto en Medina del Campo. Grandes fueron las diligencias que en ellas los legados de ambas partes hicieron, por entender que lo que allí se determinase abrazaría toda España. No se conformaban los pareceres, unos aprobaban la elección de Roma, otros la de Fundi. Los más prudentes juzgaban que como si hubiera sede vacante, se estuviesen a la mira; y que esta causa se debía dejar entera al juicio del concilio general.

Entre estos dares y tomares parió la reina a los 28 de noviembre un hijo, que llamaron don Fernando, que en nobleza de corazón y prosperidad de todas sus empresas excedió a los príncipes de su tiempo, y llegó a ser rey de Aragón por sus partes muy aventajadas. Vinieron también a estas Cortes gran número de monjes benitos; quejábanse que algunos señores, a título de ser patrones de sus ricos y grandes conventos, les hacían en Castilla la Vieja grandes desafueros, ca les tomaban sus pueblos y imponían a los vasallos nuevos pechos; avocaban a sí las causas criminales y civiles, y todas las demás cosas hacían a su parecer y albedrío contra toda orden de derecho y contra las costumbres antiguas. Señaláronse jueces sobre el caso, varones de mucha prudencia, que pronunciaron contra la avaricia e insolencia de los señores, y decretaron que a ninguno le fuese lícito tocar a las posesiones y rentas de los conventos, y que sólo el rey tuviese la protección de ellos, lo cual se guardó por el tiempo de su reinado.

Entre los cardenales que siguieron las partes de Clemente fue uno don Pedro de Luna, hechura del pontífice Gregorio, de muy noble alcurnia entre los aragoneses, de vivo y grande ingenio y muy letrado en derechos. Por esta causa Clemente le envió por su legado a España al principio del año de 1381, por ver si con su buena maña y letras podría atraer nuestra nación a su parcialidad y devoción. En Aragón salió en vacío su trabajo por no querer resolverse en tan grande duda el rey y sus grandes. Con el rey de Castilla tuvo mayor cabida. Juntáronse en la corte los varones más señalados del reino, y gastados muchos días para la resolución de este negocio, finalmente en Salamanca, para do trasladaron la junta, a 20 de mayo dieron por nula la elección de Urbano, y aprobaron la de Clemente, que residía en Aviñón, como legal y hecha sin fuerza, en que parece atendieron a que residía cerca de España y a la amistad del rey de Francia, más que a la equidad de las leyes. Muchos tuvieron por mal pronóstico y por indicio de que la sentencia fue torcida, la muerte que vino a esta sazón a la reina doña Juana, madre del rey, santísima señora, y tan limosnera, que la llamaban madre de pobres. En su viudez trajo hábito de monja, con que también se enterró. Hízose el enterramiento en Toledo junto a don Enrique, su marido, con célebre aparato, más por las lágrimas y sentimiento del pueblo que por otra alguna cosa.

Clemente trabajaba de traer a España a su devoción, como está dicho, y al mismo tiempo en Italia se mostraban grandes asonadas de guerra. Don Carlos, duque de Durazo, vino de Hungría a Italia al llamado del pontífice Urbano; diéronle los florentinos gran suma de dinero porque no entrase de guerra por la Toscana. En Roma le dio el pontífice título de senador de aquella ciudad y la corona del reino de Nápoles. Allí desde que llegó le sucedieron las cosas mejor de lo que él pensaba, que todas las ciudades y pueblos abiertas las puertas le recibían, hasta la misma nobilísima y gran ciudad de Nápoles. La reina, por la poca confianza que hacía así de su ejército como de la lealtad de los ciudadanos, se hizo fuerte por algún tiempo en Castelnovo. Otón, su marido, fue preso en una batalla que se arriscó a dar a los contrarios, con que la reina, perdida toda confianza de poderse tener, se rindió al vencedor. Pusiéronla en prisiones, y poco después la colgaron de un lazo en aquella misma parte en que ella hizo dar garrote a su marido Andreaso.

Muerta la reina, dieron libertad a Otón para que se fuese a su tierra. Con esta victoria la parte de Urbano ganó mucha reputación. Parecía que Dios amparaba sus cosas y menguaba las de su competidor. Había entrado en Italia el duque de Anjou con un grueso campo; falleció empero de enfermedad en la Pulla, provincia del reino de Nápoles; con su muerte se regalaron y fueron en flor sus esperanzas y trazas. Don Luis, infante de Navarra, tenía deudo con Carlos, el nuevo conquistador de aquel reino, ca estaban casados con dos hermanas, como se tocó de suso. No pudo hallarse en esta empresa ni ayudarle por estar ocupado en la guerra que en Ática hacía con esperanza de salir con el ducado de Atenas y Neopatria, por el antiguo derecho que a él tenían los reyes de Nápoles; más los principales de aquella provincia, por traer su descendencia de Cataluña, se inclinaban más a los aragoneses, y no cesaban de llamar, ya por cartas, ya por embajadores, al rey de Aragón para que fuese o enviase a tomar la posesión de aquel estado y provincia, como finalmente lo hizo.

CAPÍTULO V
DE LA GUERRA DE PORTUGAL

Una nueva tempestad y muy brava se armó en España entre Portugal y Castilla, que puso las cosas asaz en grande aprieto, y al rey don Juan en condición de perder el reino. Ligáronse los portugueses e ingleses; juntaron contra Castilla sus fuerzas y armas. Pensaban aprovecharse de aquel rey por su edad, que no era mucha, y no faltaban descontentos, reliquias y remanentes de las revueltas pasadas. Los ingleses pretendían derecho y acción a la corona por estar casado el duque de Lancaster con la hija mayor del rey don Pedro; el de Portugal llevaba mal que le hubiesen ganado por la mano y cortado las pretensiones que tenía a aquel reino de Castilla, a su parecer no mal fundadas, además que al rey don Juan tenía por excomulgado por sujetarse, como seguía, al papa Clemente, ca en Portugal no reconocían sino a Urbano.

Aprovechóse de esta ocasión don Alonso, conde de Gijón, para alborotarse conforme a su condición y alborotar el reino. Su hermano el rey don Juan, porque de pequeños principios, si con tiempo no se atajan, suelen resultar muy graves daños, acudió a la hora a Oviedo, cabeza de las Asturias, para sosegar aquel mozo mal aconsejado. Junto con esto mandó hacer gente por tierra, y armar por el mar para por entrambas partes dar guerra a Portugal y desbaratar sus intentos, por lo menos ganar reputación. Los bullicios del conde fácilmente se apaciguaron, y él se allanó a obedecer; si de corazón, si con doblez, por lo de adelante se entenderá. Hacíase la masa de la gente en Simancas. Acudió el rey desde que supo que estaba todo a punto, marchó con su campo la vuelta de Portugal, púsose sobre Almoyda, villa que está a la raya, no lejos de Badajoz. El sitio y las murallas eran fuertes, y los de dentro se defendían con valor, que fue causa de ir el cerco muy a la larga. Por otra parte, dieciséis galeras de Castilla se encontraron con veinte y tres de Portugal. Diose la batalla naval, que fue muy memorable. Vencieron los castellanos; tomaron las veinte galeras contrarias y en ellas gran número de portugueses con el mismo general don Alfonso Téllez, conde de Barcelos.

Fuera esta victoria asaz importante por quedar los de Castilla señores de la mar y los enemigos amedrentados, si el general castellano, que era el almirante Fernán Sánchez de Tovar, la ejecutara a fuer de buen guerrero; pero él, contento con lo hecho, dio la vuelta a Sevilla, con que los portugueses tuvieron lugar de rehacerse, y la armada inglesa tiempo de aportar a Lisboa, que fue el daño doblado. Todavía el rey don Juan, animado con tan buen principio y confiado que serían semejables los remates, acordó emplazar la batalla a los contrarios. Escribióles con un rey de armas un cartel de esta sustancia: que sabía era venido a Portugal Edmundo, conde de Cantabrigia, en lugar de su hermano el duque de Lancaster, acompañado de gente lucida y brava; que si confiaban en la justicia de su querella y en el valor de sus soldados, se aprestasen a la batalla, la cual les presentaría luego que se apoderase de Almoida, y para combatirlos les saldría al encuentro espacio de dos jornadas, confiado en Dios, que volvería por la justicia y por su causa. Deseaban los ingleses venir a las manos como gente briosa y denodada; entreteníalos empero la falta de caballos, que ni los traían en la armada ni los podían tan en breve juntar en Portugal. La respuesta fue prender al rey de armas contra toda razón y derecho.

Cerraba en esta sazón el invierno, tiempo poco a propósito para estar en campaña. Retiróse sin hacer otro efecto el rey de Castilla, resuelto de volver a la guerra con más gente y mayor aparato luego que el tiempo diese lugar y abriese la primavera del año de 1382. Tornó el conde de Gijón, mozo liviano, a alborotarse; retiróse a Berganza para estar más seguro y con más libertad; desamparáronle los suyos que llevó consigo. Esto y la diligencia de don Alonso de Aragón, conde de Denia y marqués de Villena, que se puso de por medio, fueron parte para que se redujese a obediencia, y el rey, su hermano, segunda vez le perdonase. Al tercero por este servicio y por otros nombró por su condestable, cosa nueva para Castilla, entre las otras naciones y reinos muy usada; creó otrosí dos mariscales, que eran como los legados antiguos y los modernos maestres de campo, sujetos al con-

destable; estos fueron Fernán Álvarez de Toledo y Pero Ruiz Sarmiento. Pretendía el rey, como prudente, con estas honras animar a los suyos y juntamente hermosear la república y autorizarla con cargos semejantes y preeminencias.

Pasóse en esto el invierno; la masa de la gente se hizo segunda vez en Simancas. La fertilidad de la tierra y su abundancia era a propósito para sustentar el ejército y proveerse de vituallas. Luego que todo estuvo en orden, el rey con toda prisa se enderezó la vuelta de Badajoz por tener aviso que los enemigos pretendían romper por aquella parte y que eran llegados a Yelves, distante de aquella ciudad tres leguas solamente. Traía el rey de Portugal tres mil caballos y buen número de infantes. Los ingleses otrosí eran tres mil de a caballo y otros tantos flecheros. En el campo de Castilla los hombres de armas llegaban a cinco mil quinientos caballos ligeros; el número de la gente de a pie era muy mayor, todos muy diestros, ejercitados en las guerras pasadas, acostumbrados a vencer, y sobre todo con gran talante de venir a las manos y a las puñadas, y con sus armas humillar el orgullo de los contrarios, que emprendían mayores cosas que sus fuerzas alcanzaban.

Todavía el rey de Castilla, por ser manso de condición y por no aventurar lo que tenía ganado en el trance de una batalla, acordó de requerir a los enemigos de paz. Para ello envió a don Álvaro de Castro para avisar sería más expediente tomar algún asiento en aquellas diferencias que poner a riesgo la sangre y la vida de sus buenos soldados; que la victoria sería de poco provecho para el que venciese, y al vencido acarrearía mucho daño; finalmente, que las prendas de amistad y parentesco eran tales, que debían antes del rompimiento atajar los males que amenazaban y acordarse cuáles y cuán tristes podrían ser los remates si una vez se ensangrentaban. Por esto juzgaba, y era así, que a cualquiera de las dos partes vendría más a cuento componer aquel debate por bien, que por las armas. Los ingleses daban de buena gana oídos a estas pláticas por estar pesantes de haber emprendido aquella guerra tan dificultosa y tan lejos de su tierra, si bien demás del reino de Castilla que pretendían les ofrecían el de Portugal en dote de la infanta doña Beatriz, que pospuestos los demás conciertos, daba su padre intención de casarla con Duarte, hijo de Emundo, conde de Cantabrigia.

Tratóse pues de concierto, en que intervinieron personas principales de las dos naciones, por cuya industria se conformaron en las capitulaciones siguientes: que dona Beatriz de nuevo desposare con el infante don Fernando, hijo menor del rey de Castilla; pretendían por este camino que el reino de Portugal no se juntase con Castilla, como fuera necesario si casara con el hijo mayor; que los prisioneros y las galeras que se tomaron en la batalla naval se volviesen al de Portugal; demás de esto, que el rey de Castilla proveyese de armada y de flota en que los ingleses se volviesen a su tierra. Pudieran parecer pesadas estas capitulaciones al rey de Castilla, que se hallaba muy poderoso y pujante; más ordinariamente es acertado prevenir los sucesos de la guerra, que pudieran ser muy perjudiciales para España, y no hay alguno tan amigo de pelear que no huelgue más de alcanzar lo que pretende con paz que por medio de las armas. Por todo esto el de Castilla se inclinó a la paz y aceptar aquellos partidos, y aún entregó al de Portugal en rehenes personas muy principales para seguridad que se cumpliría enteramente lo concertado; conque por entonces se impidió la batalla y juntamente se dio fin a aquella guerra, que amenazaba grandes males.

CAPÍTULO VI
DE LA MUERTE DEL REY DE PORTUGAL

El contento que resultó de estas paces se destempló muy en breve por causa de algunas muertes que se siguieron de grandes personajes; tal es nuestra fragilidad. El rey don Juan se fue al reino de Toledo, y estaba enfermo en Madrid, cuando murió en Cuéllar, villa de Castilla la Vieja, su mujer la reina doña Leonor de parto de una hija, que vivió pocos días. El sentimiento y llanto del rey y de todo el reino fue extraordinario por ser ella un espejo de castidad y santidad; sepultaron su cuerpo en Toledo en la capilla de los Reyes. Esta muerte dio ocasión al rey de Portugal de tomar nuevo acuerdo y alterar el primer capítulo de los conciertos pasados. El rey de Castilla, aunque tenía dos hijos, quedaba viudo y en la flor de su edad. Envióle embajadores para ofrecerle por mujer a doña Beatriz, su hija. Parecióle que con este vínculo se daría mejor asiento a la nueva amistad y a la sucesión del reino de Portugal; que era cosa larga esperar que el infante don Fernando fuese de edad para casarse, y que en el entre tanto podían intervenir cosas que impidiesen el casamiento y desbaratasen todas las trazas, concertáronse pues muy fácilmente. Entre las demás capitulaciones fue una que por muerte del rey don Fernando gobernase a Portugal la reina viuda hasta tanto que la infanta tuviese hijo de edad competente. Señalóse para las bodas la ciudad de Yelves, en que poco antes se dio asiento en la paz. Esto pasaba en España al remate del año.

En el mismo tiempo en el Ática tenían sus reencuentros de armas los navarros y aragoneses sobre el principado de Atenas y de Neopatria. Felipe Dalmao, vizconde de Rocaberti, general de la armada aragonesa, allanó aquel estado al rey, ca mató y echó fuera de aquellas tierras toda la gente de guarnición de los navarros y dejó en ella con suficiente presidio a Román de Villanueva que quedó por gobernador, con que él pudo dar la vuelta.

En Sicilia andaban también las cosas alteradas, porque Artal de Alagón, conde de Mistreta, por la mucha autoridad y poder que en aquella isla alcanzaba, quería a su voluntad casar a la reina y poner de su mano a quien él quisiese en el reino. A este fin llamó de Lombardía a Juan Galeazo, que aún no era duque de Milán; pero él no pudo hacer este viaje ni acudir con presteza, porque las galeras de Aragón los años pasados en el puerto de Pisa le habían tomado su armada. Los señores de Sicilia llevaban muy mal que don Artal quisiese mandar tanto, y que solo él pudiese más que todos los demás juntos. Don Guillén Ramón de Moncada, comunicado su intento con el rey de Aragón, de secreto entró en Catania, y apoderándose de la reina, la llevó a Augusta, que era una de las fuerzas de su estado, fuerte por su sitio, que está sobre la mar, por sus murallas y por la grande guarnición que en ella puso de catalanes que el rey le envió con el capitán Roger de Moncada. Don Artal, visto que con esto le burlaban sus trazas, acudió con furor y rabia. Púsose sobre Augusta y combatíala por tierra y por mar. Avino muy a propósito que Dalmao, a la vuelta de Grecia, aportó a Sicilia. Supo lo que pasaba, y con su armada forzó al enemigo a alzar el cerco; con tanto puso a la reina en sus galeras, tocó a Cerdeña, y finalmente llegó con ella a salvamento a las riberas de España. La reina casó adelante en Aragón, con que al cabo de años los reinos de Sicilia y Aragón se volvieron a juntar con nudo muy más fuerte y más duradero que antes.

Don Carlos, hijo mayor del rey de Navarra, todavía le tenían arrestado en Francia. Intercedió el rey de Castilla para que el francés le pusiese en libertad, el cual otorgó con ruegos tan justos; con esto aquel príncipe junto con el deudo, ca eran cuñados, quedó tan obligado y reconocido, que por toda la vida con muy buen talante acudió a las cosas de Castilla. Llegó a Pamplona por principio del año que se contó de Cristo 1383. Regocijaron su venida todos los de aquel reino como era razón. El rey, su padre, eso mismo con la edad se mostraba más cuerdo y enmendaba con buenas obras las culpas de la vida pasada. En Pamplona y en otros lugares quedan memorias de esta mudanza de vida, con que procuraba aplacar a Dios, y acerca de los hombres borrar la infamia y mala voz que corría de sus cosas por todas partes. Cargábanle por lo menos que trató de dar hierbas al rey de

Francia, su cuñado, a los duques de Borgoña y de Berri y al conde de Foix; si con verdad o levantado, lo que más creo, no se puede averiguar; lo cierto es que aquellos rumores le hicieron grandemente y en todas partes odioso.

Las bodas del rey de Castilla con la infanta de Portugal se celebraron en el lugar señalado; el concurso de las dos naciones fue grande, las fiestas y regocijos al tanto, si bien el rey de Portugal no se pudo hallar por causa de estar a la sazón doliente. El conde de Gijón don Alonso, conforme a sus mañas, volvía a revolver la feria en las Asturias, mozo mal inclinado y bullicioso. Envió el rey alguna gente que allanasen aquellos alborotos, y él dio la vuelta para Segovia a tener Cortes a sus vasallos. Los bullicios de las Asturias fácilmente se sosegaron, y el conde se redujo al deber. En las Cortes ninguna cosa se estableció, que se sepa, de mayor momento, salvo que a imitación de los valencianos, que en esto ganaron por la mano a los demás pueblos de España, se hizo una ley en que se ordenó trocasen la manera de contar los años, que antes usaban por las eras de César en los años del nacimiento de Cristo, como hasta hoy se guarda.

Celebrábanse estas Cortes cuando en Lisboa falleció el rey don Fernando de Portugal de una larga dolencia que al fin le acabó en 20 de octubre. Vivió cuarenta y tres años, diez meses y dieciocho días; reinó dieciséis años, nueve meses y diez días. Púdose contar entre los buenos príncipes por su condición muy suave, su mansedumbre y elocuencia, si no se ponen los ojos en la infamia de su casa. En el gobierno se señaló más que en las armas por la larga paz de que gozó en su reinado. Su cuerpo enterraron en Santarem en el monasterio de los franciscos junto al sepulcro de su madre la reina doña Costanza.

Cerdeña no acababa de sosegar. Hugo Arborea, hijo de Mariano, llevaba adelante las pretensiones de su padre, y continuaba en la codicia y trazas de hacerse rey, mal incurable. Era de condición intratable y fiera; por esto su misma gente se hermanó contra él,y le dieron muerte, ejecutando en él los tormentos y crueldades de que él mismo contra otros usara; que fue justo juicio de Dios. Con su muerte se pensó tendrían fin aquellas revueltas; por esto Brancaleón Doria, que en las guerras pasadas sirviera muy bien al rey, acudió a Aragón para dar traza a sosegar la isla. Echáronle empero mano, a causa que su mujer Leonor Arborea, dueña de pecho varonil, pretendía con las armas vengar la muerte de su hermano y recobrar el estado de su padre; sujetaba otrosí por toda aquella isla fortalezas y plazas, ya por fuerza, ya de voluntad. Llevaron a su marido Brancaleón con la guarda necesaria para sosegar a su mujer y hacerla que viniese en lo que era razón. No pudo alcanzar cosa alguna de ella, si bien usó de toda la diligencia que pudo; así él estuvo mucho tiempo arrestado en la ciudad de Caller, sin poder salir de ella. Y el partido de Aragón iba de caída por estar el rey embarazado con otros cuidados que más le aquejaban y no acudir con presteza a las necesidades de aquella guerra como fuera conveniente.

CAPÍTULO VII
QUE EL REY DE CASTILLA ENTRÓ EN PORTUGAL

Con la muerte del rey don Fernando de Portugal se recrecieron nuevas y muy sangrientas guerras entre Portugal y Castilla. La gente plebeya y aún la principal por el odio que a Castilla tenía, como suele acontecer entre reinos comarcanos, no podía llevar que rey extraño los mandase. El deseo de libertad los encendía, bien que con poco concierto pretendían que de su nación fuese alguno nombrado por rey; los hombres, las mujeres, los niños, en secreto y en públicos corrillos de ninguna otra cosa trataban. Los señores tuvieron junta en Lisboa sin se acabar de resolver en un negocio tan grave. El miedo hacía por el rey don Juan de Castilla, el antojo los volvía contra él; dos malos consejeros y perjudiciales. Algunos principales de secreto por cartas le convidaban con la posesión de aquel reino con intento de granjear la gracia del nuevo príncipe más que por deseo del pro común. Entre estos fue uno don Juan, el maestre de Avis, de suso nombrado, todo con artificio y maña por no tener aún granjeadas para sí las voluntades del pueblo. Las trazas de los que andaban de mala y los diseños que con la presteza se debieran cortar, con la tardanza se hicieron fuertes y prevalecieron.

Gastábase el tiempo en Castilla en consultas y debates; así se les salió la buena ocasión de entre las manos para nunca más volver. Los pareceres eran diferentes, como suele acontecer; unos sentían que se debía esperar hasta tanto que por común acuerdo de los principales y del pueblo el rey fuese llamado a recibir la corona. Alegaban que al no se podía hacer a pena de ser perjuros, pues en les asientos próximos de la paz juraron que dejarían la gobernación del reino a la reina viuda hasta tanto que doña Beatriz tuviese algún hijo en edad que pudiese gobernar a Portugal. Los de más sano consejo y más avisados decían que en tanta alteración del reino las armas eran las que habían de allanar, que de voluntad no harían cortesía los portugueses. Tomóse un acuerdo medio que fue de ningún momento, antes perjudicial, de ir ni bien de paz ni bien de guerra, esto es, que fuese el rey delante de paz, y tras de él fuese el ejército para allanar los rebeldes y mal intencionados. El obispo de la Guardia, que es en la raya de Portugal, estaba en servicio de la reina. Diósele el rey, su padre, para que con él comunicase todos sus secretos. Este prelado se ofreció de dar llana al rey su ciudad.

Antes de acometer esta jornada era necesario atajar en Castilla los siniestros intentos de algunos. A don Juan, hermano legítimo del rey difunto de Portugal, que se había pasado a Castilla por miedo de la reina, como está dicho, puso el rey en el alcázar de Toledo como en prisión, no por otro crimen, sino porque su nobleza y derecho, que podía pretender a aquel reino, hacían que de él se recatasen. Al conde de Gijón le pusieron en prisiones en el castillo de Montalván, no lejos de Toledo, porque después de perdonado tantas veces, se carteaba con los portugueses y trataba de rebelarse; confiscáronle otrosí todos sus bienes y estado. Encomendóse su guarda a don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, por cuyo orden estuvo mucho tiempo preso en el castillo de Almonacir, tres leguas de Toledo.

Asentadas todas estas cosas, el rey y la reinase fueron a Plasencia, y de allí con prisa pasaron a Portugal. Los sacerdotes de la Guardia, como lo prometió el Obispo, los salieron a recibir con cruces y capas de iglesia, en altas voces dándoles el parabién del nuevo reino y rogando a Dios le gozasen por largos años. El alcaide de la fortaleza hizo resistencia por no estar determinado en lo que debía hacer hasta ver el suceso de aquellos alteraciones y qué partido tomarían los demás. Antes de la venida del rey, Lisboa le juró por rey a persuasión de don Enrique Manuel, conde de Sintra, tío que era del rey don Fernando difunto. Vino también en ello doña Leonor, la reina viuda, por entender que para reprimir las voluntades e intentos, así de los grandes como del pueblo, era menester mayor fuerza que la suya. De este principio comenzó el pueblo a alterarse y dividirse en bandos, de que resultaron muertes de muchos. El primero que mataron fue el conde de Andeiro, a quien en el mismo palacio real dio de puñaladas el maestre de Avis. La demasiada cabida que con la reina tenía, de que

muchos sentían mal, le empeció y acarreó su perdición. Nunca paran en poco los alborotos; e1 vulgo de este principio pasó tan adelante, que sin ningún término ni respeto dieron al tanto la muerte a don Martín, obispo de Lisboa, en la misma torre de la iglesia mayor, donde se recogió para escapar de aquel furor; no dudaron de poner sus sacrílegas manos en aquel varón consagrado, no por otra culpa sino porque nació en Castilla, y parecía que no sentía bien de los alborotos que se movían en Portugal y que favorecía las partes del rey don Juan. Entre gente furiosa el seso suele dañar, y entre los alevosos la lealtad. La reina doña Leonor, por recelo no le hiciesen algún desacato, con voluntad del maestre de Avis, se salió de la ciudad de Lisboa y se fue a Santarem.

En tan confusa tempestad y revueltas tan grandes ningún lugar se daba al consejo ni a la mesura; todo lo regía la saña y la locura de que el pueblo estaba tomado como de vino y como bestia en celo. El maestre de Avis tenía partes aventajadas; era agraciado, bien apuesto, cortesano, comedido, liberal, y por el mismo caso bienquisto generalmente; filialmente, sus calidades tales, que suplían la falta de no ser legítimo. Por el contrario el rey don Juan, bien que manso y apacible, sino le alteraba ninguna injuria, en el hablar, que es con lo que se granjean las voluntades, y por esto lo hizo tan fácil la naturaleza, era corto en demasía; por esta causa, aunque con su presencia luego que llegó a Portugal se ganaron algunos, los más se extrañaron, como gente que es la portuguesa de su natural apacible y cortés, cumplida y acostumbrada a ser tratada con afabilidad de sus reyes. De la Guardia, al principio del año de 1384, pasó el rey a Santarem por visitar a la reina, su suegra, y a su instancia y para tomar con ella acuerdo de lo que se debía hacer y cómo se podrían encaminar aquellas pretensiones. Acompañábanle quinientos de a caballo, bastante número para entrar de paz, más para sosegar los alborotados muy pequeño. El condestable don Alonso de Aragón, el arzobispo de Toledo y Pero González de Mendoza, nombrados por gobernadores del reino de Toledo en ausencia del rey, no se descuidaban en hacer gente por todas partes y encaminar a Portugal nuevas compañías de soldados. La mayor dificultad para la expedición de todo era la falta del dinero. Con las guerras y gastos pasados el patrimonio real estaba consumido, y todo el reino cansado de imposiciones. Acordaron aprovecharse en aquel aprieto de las ofrendas muy ricas y preseas del famoso templo de Guadalupe, santuario muy devoto. Tomaron hasta en cantidad de cuatro mil marcos de plata, ayuda más de mala sonada que grande, y principio del cual el pueblo pronosticaba que la empresa sería desgraciada, y que la Virgen tomaría enmienda de los que despojaban su templo, de aquel desacato y osadía.

Don Carlos, infante de Navarra, por no fallar al deudo y amistad que tenía con el rey de Castilla y no mostrarse ingrato a los beneficios que de él tenía recibidos, se aprestaba para acudirle con buen golpe de su gente. El de Aragón por su edad y aquejarle otros cuidados y guerras, a que le convenía acudir, acordó estarse a la mira, en especial que comúnmente los príncipes llevan mal que ninguno de sus vecinos se acreciente mucho, antes pretenden siempre balanzar las potencias.

En Portugal se hicieron grandes consultas. Acordaron finalmente que la reina doña Leonor renunciase en el rey, su yerno, la gobernación de aquel reino. Lo que pareció sería medio para allanarlo todo fue causa de mayor alboroto. La nobleza y el pueblo aborrecían a par de muerte sujetarse con esto a Castilla por el odio que entre sí estas dos naciones tienen. Lamentábanse de la reina, acusábanle el juramento que les tenía hecho y la disposición y testamento del rey, su marido, en que dejó proveído lo que se debía hacer en esto. El sentimiento era general, bien que algunos de los principales, como tenían que perder, no quisieran se revolviera la feria, y se mostraban de parte del rey don Juan. Estos eran don Enrique Manuel, conde de Sintra, Juan Tejeda, que fuera chanciller mayor de aquel reino, don Pedro Pereira, prior de San Juan en Portugal, por otro nombre de Ocrato, que adelante en Castilla fue maestre de Calatrava, y con él dos hermanos suyos, Diego y Fernando, sin otros algunos de los más granados. Demás de estos, muchos pueblos seguían esta voz, en especial la comarca toda entre Duero y Miño, por la buena diligencia de Lope de Leyra, que aunque nacido en Galicia, tenía el gobierno de aquella tierra. Alonso Pimental entregó a Berganza, en cuya tenencia estaba. Lo mismo hicieron Juan Portocarrero y Alonso de Silva de otras fuerzas que a su car-

go tenían.

CAPÍTULO VIII
DEL CERCO DE LISBOA

Las pretensiones del rey de Castilla en la manera dicha procedían en Portugal hasta aquí sin daño notable. Tenían esperanza que todo el reino de conformidad haría lo que pedía la razón y el tiempo, que tiene gran fuerza; pues constaba que si bien todos se conformaban en un parecer, no eran bastantes para hacer rostro al poder de Castilla, tanto menos estando divididos en bandos y disconformes, camino para más presto perderse; esperanza que muy presto se fue en flor, y finalmente prevaleció la parte contraria, y los descontentos pasaron siempre adelante, en que se mostró claramente de cuánta mayor eficacia es el valor que las fuerzas, la maña que todo lo al. Los portugueses llevaban mal ser gobernados por extraños y mucho más por los castellanos por la competencia que entre sí tienen, como acontece entre los reinos comarcanos. Extrañaban mucho que les quebrantasen las capitulaciones con que últimamente asentaron la paz. Querellábanse que el infante don Juan, en quien tenían puestos los ojos para remedio de sus daños, le tuviesen arrestado en Toledo sin alguna culpa suya, sólo porque no les acudiese. Decían que por tener poca razón y justicia se valían de la violencia y engaño. Lo que solo les restaba, todos comúnmente volvieron los ojos y pensamiento al maestre de Avis, que era persona sagaz y de negocios, y que con su buena manera y afabilidad sabía granjear las voluntades y prendarlas. Conoció él la ocasión que le presentaba la gran afición del pueblo; ofrecióse a ponerse a cualquier riesgo y trabajo por el bien común y pro de la patria. Todavía los alborotados por entonces no pasaron más adelante de nombrar por su gobernador al infante don Juan, que, como queda dicho, le tenían preso en Toledo. Para más alterar la gente sacaron en los estandartes su retrato aherrojado y puesto encadenas; el cuidado de acaudillar la gente se encargó al maestre de Avis. Decían que doña Leonor no era reina, ni su matrimonio con el rey era válido por ser vivo su marido, a quien el rey la quitó por su hermosura sin otras ventajas de linaje y de valor, sólo para que fuese un tizón con que todo el reino se abrasase; que por el mismo caso su hija doña Beatriz, como bastarda, era incapaz de la sucesión y de la corona; que si la juraron fue por condescender con la voluntad del rey, su padre, a que no se podía contrastar; finalmente, que su testamento tocante a este punto no se debía guardar. Todo esto pasaba en la ciudad de Lisboa, que estaba ya declarada contra Castilla.

Arrimáronsele muchos señores y fidalgos, unos al descubierto, otros de callada; el que más se señalaba era Nuño Álvarez Pereira, hijo del prior de Ocrato Alvar González Pereira, y nieto de don Gonzalo Pereira, arzobispo de Braga, si bien sus hermanos seguían el partido de Castilla. Era este caballero mozo brioso, de grande ingenio, acertado consejo y muy diestro y osado en las armas; fundador adelante, después que alcanzaron la victoria, de la casa de Berganza la más poderosa de Portugal. Importa mucho la reputación en la guerra; acordaron los levantados que el Nuño Pereira con golpe de gente corriese las tierras de Castilla. Hízose así. Acudió gente del rey don Juan por su orden; vinieron a las manos cerca de Badajoz, en que los castellanos quedaron vencidos, muerto el maestre de Alcántara don Diego Gómez Barroso; huyeron don Juan de Guzmán, conde de Niebla, y el almirante Tovar; el daño fue grande, pero muy mayor la mengua y el pronóstico de los males que de este principio se continuaron. Don Gonzalo, hermano de la reina viuda, estaba en Coimbra con guarnición de soldados. Acordó el rey don Juan ir allá acompañado de las reinas madre e hija, confiado que le abrirían luego las puertas. Salió vana esta esperanza, ca el gobernador quiso más volver por su nación que tener respeto al deudo. De esta burla quedó el rey muy sentido, tanto más que don Pedro, su primo, conde de Trastámara e hijo del maestre don Fadrique, se retiró de él y se acogió a aquella ciudad. Sospechóse que en esta huida tuvo parte la reina doña Leonor, y que el conde se comunicó con ella, que cansada de su yerno, se inclinaba a las cosas de Portugal. Por esto acordó enviarla a Castilla con noble acompañamiento para que estuviese en Tordesillas, destierro y prisión honrada en que murió adelante, y castigo del cielo en lo mismo que hizo padecer a los infantes, sus cuñados, y a otros. Yace sepultada en Valladolid en el claustro de la Merced.

Hecho esto, se trató en consejo de capitanes sobre poner sitio a Lisboa, ciudad la más rica de Portugal, por ser la cabeza de aquel reino y de presente haberse recogido a ella lo mejor y más granado con sus haberes y preseas. Los pareceres no se conformaban. Algunos decían sería más acertado dividir el ejército, que era grande en número de soldados, en muchas partes, acometer y allanar las demás fuerzas y plazas de menos importancia; que allanado lo demás, Lisboa sería forzada a rendirse; donde no, la podrían con mayor fuerza cercar y combatir. Pero prevaleció el consejo de los que sentían se debía en primer lugar acudir a aquella ciudad, como a cabeza del reino y raíz de toda la guerra, que ganada, no hallarían resistencia en lo restante del reino. Acudieron pues al cerco. De camino talaron los campos, quemaron las aldeas, prendieron hombres y ganados, con que gran número de pueblos se rindieron y entregaron. Llegados a la ciudad, asentaron sus reales y los barrearon en aquella parte de al presente está edificado el monasterio de los Santos. Para más apretar el cerco por tierra y por mar, armaron en Sevilla trece galeras y doce naves, sin otros bajeles de menor consideración. Entró esta armada por la boca del río Tajo y echó anclas enfrente de la ciudad, con intento de estorbar que no entrase por aquella parte alguna provisión ni socorro a los cercados. La muchedumbre del pueblo era grande, por ser aquella ciudad de suyo muy populosa y por los muchos que se recogieran a ella de todas partes. Por donde muy presto se comenzó a sentir la falta de las vituallas y mantenimientos, que suelen encarecerse por la necesidad presente, y mucho más por el miedo que cada uno tiene no le falte para adelante. Los portugueses, para acudir a esta necesidad, salieron con dieciséis galeras y ocho naves que tenían aprestadas en la ciudad de Oporto. Ayudóles el viento, que les refrescó, y la creciente del mar muy favorable, con que por medio de los enemigos, aunque con pérdida de tres naos, se pusieron en parte que proveyeron bastantemente la falta que de bastimentos padecían los cercados, principio con que las cosas de todo punto se trocaron, mayormente que el otoño fue muy enfermo y muchos adolecieron de los que alojaban en los reales, por la destemplanza del cielo y no estar los de Castilla acostumbrados a aquellos aires.

Por esta causa pareció al rey don Juan mover tratos de paz; tuvieron habla sobre el caso Pero Fernández de Velasco por la una parte, y por la otra el maestre de Avis que acaudillaba los alborotados. Dijéronse muchas razones, los daños que podían resultar de la guerra, los bienes que se podían esperar de la concordia. El maestre, con el gusto que tenía de mandar de presente y la esperanza que se le representaba de cerca de ser rey, respondió finalmente a la demanda que no vendría en ningún asiento de paz, si a él mismo no le dejasen por gobernador del reino hasta tanto que doña Beatriz tuviese hijo de edad bastante pura poderse encargar de aquel gobierno. Que esto pedía el pueblo y pretendían los fidalgos; que si no otorgaban con ellos, él no podía faltar a las obligaciones que tenía a los suyos y a su patria.

Las dolencias iban adelante, y a manera de peste de cada día morían, no sólo soldados ordinarios, sino también grandes personajes, como don Pedro Fernández, maestre de Santiago, y el que le sucedió luego en aquella dignidad, por nombre Ruy González Mejía, el almirante Fernán Sánchez de Tovar, Pero Fernández de Velasco y los dos mariscales Pero Sarmiento y Fernán Álvarez de Toledo. Item, Juan Martínez de Rojas; días hubo que fallecieron doscientos más y menos, con que el numero de los soldados menguaba y el ánimo mucho más. Por esto los más principales blandeaban y aborrecían aquella guerra por ser entre parientes y contra cristianos. Quisieran que de cualquiera manera se tomara asiento y se concertaran las partes; finalmente, los trabajos eran tan grandes y la cuita por esta causa tal, que fue forzoso levantar el cerco con mengua y pérdida muy grande y volver atrás. Nombró el rey por mariscal a Diego Sarmiento luego que falleció su hermano; encargóle la guarda de Santarem con buen número de soldados; otros capitanes repartió por otras partes, ca pensaba rehacerse de fuerzas y muy en breve volver a la guerra. Hecho esto, la armada por mar y los demás por tierra en compañía del rey se encaminaron para Sevilla. Pudieran recibir daño notable a la partida, que las piedras se levantan contra el que huye, si los portugueses salieran en su seguimiento, que pocos, bien gobernados, pudieran maltratar y deshacer los que iban tan trabajados; más ellos se hallaban no menos gastados y afligidos que los contrarios, y tenían por merced de Dios verse libres

de aquel peligro y de aquel cerco, y aún como dicen, al enemigo que huye, puente de plata. Hicieron procesiones, así en Lisboa como en lo restante del reino, con toda solemnidad en acción de gracias por merced tan señalada.

Por este mismo tiempo el rey de Aragón no hacía buen rostro a sus dos hijos de la primera mujer, los infantes don Juan y don Martín. Decíase comúnmente que la reina, como madrastra, con sus malas mañas era causa de este daño. Verdad es que el infante don Juan había dado causa bastante de aquel disgusto, por casarse, como se casó, contra la voluntad de su padre arrebatadamente y de secreto con madama Violante, hija de Juan, duque de Berri, sin hacer caso de la reina de Sicilia, cuyo casamiento para todos estaba muy más a cuento. Quebró el enojo en don Juan, conde de Ampurias, yerno y primo de aquel rey. Su culpa fue que los recogió en su estado para que allí se casasen. Por lo cual, luego que el hijo se redujo y se puso en las manos de su padre y él le perdonó aquella liviandad, revolvió contra el conde y le quitó la mayor parte del estado, que le tenía asaz grande en lo postrero de España. No le pudo haber a las manos, que se huyó a Aviñón en una galera resuelto de tentar nuevas esperanzas, y con las fuerzas que pudiese juntar suyas y de sus amigos recobrar aquel condado.

CAPÍTULO IX
DE LA FAMOSA BATALLA DE ALJUBARROTA

Corría el año de 1385, cuando al conde de Ampurias avino aquella desgracia. Al principio del cual el rey de Castilla, con el deseo en que ardía de rehacer la quiebra pasada, levantaba gente por todas partes y armaba en el mar. Juntó un grueso campo por tierra y una armada de doce galeras y veinte naves para enseñorearse del mar y asegurar la tierra. Todo procedía despacio a causa de una dolencia que le sobrevino, de que llegó a punto de muerte. Luego empero que convaleció y pudo atender a las cosas de la guerra, dio mucha prisa para que todo lo necesario se aprestase. Vino a la sazón una nueva que en cierto encuentro que los portugueses tuvieron con la guarnición de Santarem quedaron presos el maestre de Avis y el prior de San Juan, alegría falsa y que muy en breve se trocó en dolor y pena, porque se supo de cierto que los portugueses en la ciudad de Coimbra habían alzado los estandartes reales por el maestre de Avis, que era meter las mayores prendas y empeñarse del todo para no volver atrás. El caso pasó en esta guisa.

Juntáronse en aquella ciudad las cabezas de los alzados para acordar lo que se debía hacer en aquella guerra. Concordaban todos en que para hacer rostro a los intentos de Castilla les era necesario tener cabeza, algún valeroso capitán que acaudillase el pueblo, ca muchedumbre sin orden es como cuerpo sin alma. Añadían que para mayor autoridad de mandar y vedar y para que todos se sujetasen, y aún para que él mismo se animase más y con mayor brío entrase en la demanda, era forzoso darle nombre de rey. Alegaban que la república da la potestad real, y por el mismo caso, cuando le cumpliere, la puede quitar y nombrar nuevo rey; muchos y muy claros ejemplos, tomados de la memoria de los tiempos en confirmación de esto, el derecho que la naturaleza y Dios da a todos de procurar la libertad y esquivar la servidumbre; sobre todo que si los contrarios confiaban en su derecho y razón, ¿por qué causa a tuerto fueron los primeros a tomar las armas? Que a ninguno es defendido valerse de la fuerza contra los que le hacen agravio. No faltaban letrados que todo esto lo fundaban en derecho con muchas alegaciones de leyes divinas y humanas. La grandeza del negocio y la dificultad espantaba; por donde algunos eran de parecer no quitasen el reino a doña Beatriz, pues sería cosa inhumana privarla de la herencia de su padre, temeridad irritar las fuerzas de Castilla, locura confiar de sí demasiado y no medirse con la razón. Que los enemigos antes de venir a las manos y de ensangrentarse saldrían a cualquier partido; las haciendas, las vidas y la libertad quedaría en mano del vencedor. Por conclusión, que era prudencia acordarse de los temporales que corrían, y medirse con las fuerzas, desearlo mejor y con paciencia acomodarse al estado presente. No faltaban en la junta votos en favor del infante don Juan, bien que en Toledo arrestado. Decían se debía tratar de su libertad, alegaban el común acuerdo pasado; ¿qué otra cosa significaban aquellos estandartes? ¿Qué cosa se ofrecía de nuevo para mudar lo acordado una vez? Pero este parecer comúnmente desagradaba; ¿a qué propósito hacer rey al que ni los podía gobernar ni acudiese en aquel peligro, no ser ayuda, sino sólo causa de guerra?

Con tanto mayor voluntad acudieron los votos al maestre de Avis, que presente estaba, y de cuyo valor y maña todos muchos se pagaban. En San Francisco de Coimbra, do se tenía aquella junta, le alzaron por rey a los 5 de abril con aplauso general de todos los que presentes se hallaron. Los mismos que sentían diversamente eran los primeros a besarle la mano y hacerle todo homenaje para mostrarse leales y que aprobaban su elección. Publicaban que las estrellas del cielo y las profecías favorecían aquella elección, en particular que un infante de ocho meses al principio de estas revueltas en Ébora se levantó de la cuna, y por tres veces en alta voz dijo: *«Don Juan, rey de Portugal.»* Lo cual interpretaban en derecho de su dedo del maestre de Avis; que así suelen los hombres favorecer sus aficiones, y por decir mejor, soñar lo que desean. Los portugueses, como tan empeñados en aquel negocio que no podía ser más, desde aquel día en adelante tomaron las armas con mayor brío y tanto mayor esperanza de salir con su intento cuanto menos les quedaba de ser perdonados, y aún

mucho se movían por el deseo natural que todos los hombres tienen de cosas nuevas y enfado de lo presente.

La comarca de Portugal que está entre Duero y Miño muy en breve se declaró por el nuevo rey, unos se le allegaban por fuerza, los más de su voluntad. Enturbióse esta alegría con la armada de Castilla que del Andalucía y de Vizcaya aportó a las marinas de Portugal, y se presentó delante la ciudad de Lisboa; con que los castellanos quedaron señores de la mar, y corrían aquellas riberas y los campos comarcanos sin contradicción; cosa que mucho enfrenó la alegría y los bríos de los portugueses. Hallábase el rey de Castilla en Córdoba; desde el principio del estío envió la reina, su mujer, a Ávila, pues no podía ser de provecho por tenerle la gente perdido todo respeto y para que no embarazase. A la misma sazón y a los primeros de julio buen golpe de gente debajo la conducta de don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, y por orden del rey, por la parte de Ciudad Rodrigo hizo entrada, y rompió por la comarca de Viseo con gran daño de los naturales, talas, robos, deshonestidades que cometían los soldados sin perdonar a doncellas ni casadas. Verdad es que a la vuelta cargó sobre ellos gente de Portugal, que los desbarataron y quitaron toda la presa con muerte de muchos de ellos. De pequeños principios se suelen trocar las cosas en la guerra y aún los ánimos; fue así que los portugueses con este buen suceso se animaron mucho para hacer rostro en todas partes. En diversos lugares a un mismo tiempo tenían encuentros, en que ya vencían los unos, ya los otros; pero de cualquiera manera todo redundaba en daño de los naturales y principalmente de la gente del campo. Los unos y los otros comían a discreción, que era un miserable estado y avenida de males.

Juntóse el ejército de Castilla en Ciudad Rodrigo ya que el estío estaba adelante; sólo faltaba el infante don Carlos, hijo del rey de Navarra, que se decía allegaría muy en breve acompañado de mucha y muy buena gente. Consultaron en qué manera se haría la guerra. Los pareceres eran diferentes, como siempre acontece en cosas grandes. Los más cuerdos querían se excusase la batalla; que sería acertado dar lugar a que el furor de los rebeldes se amansase y tiempo para que volviesen sobre sí. Decían que los buenos intentos y la razón se fortifica con la tardanza, y por el contrario los malos se enflaquecen. Que para domar a Portugal y sujetarle sería muy a propósito darles una larga guerra, talarles los campos, quemarles las mieses y repartir por todas partes guarniciones de soldados. Añadían que no debían mucho confiar en sus fuerzas por ser los capitanes que al presente tenían gente moza, poco prácticos y de poca experiencia, por la muerte de los que faltaron en el cerco de Lisboa, que era la flor de la milicia, además de la falta de dinero para hacer las pagas y de la poca salud que el rey de ordinario tenía, que en ninguna manera debía entrar en tierra de enemigos ni hallarse a los peligros y trances dudosos de la guerra, pues de su vida y salud dependían las esperanzas de todos, el bien público y particular. Esto decían ellos, cuyo parecer el tiempo y sucesos de las cosas mostró era muy acertado; pero prevaleció el voto de los que como mozos tenían más caliente la sangre, por ser de más reputación; personas que con muchas palabras engrandecían las fuerzas de Castilla, y abatían las de los contrarios como de canalla y gente allegadiza, y que tenía más nombre de ejército que fuerzas bastantes. Que convenía apresurarse porque con el tiempo no cobrasen fuerzas y se arraigasen en guisa que la llaga se hiciese incurable. Sobre todo que sería inhumanidad desamparar los que en Portugal seguían su voz, las plazas que se tenían por ellos y las guarniciones de soldados que las guardaban. A este parecer se arrimó el rey, si bien el contrario era más prudente y más acertado. En muchas cosas se cegaron los de Castilla en esta demanda, permisión de Dios para castigar por esta manera los pecados y la soberbia de aquella gente. Debieran por lo menos esperar los socorros que de Navarra les venían con su caudillo el infante don Carlos.

Tomada esta resolución, partieron de Ciudad Rodrigo, y en aquella parte de Portugal que se llama Vera se pusieron sobre Cillorico y le rindieron. Pasaron adelante, quemaron los arrabales de Coimbra e intentaron de tomar a Leiria, que estaba y se tenía por la reina de Portugal doña Leonor. Durante el cerco de Cillorico, el rey, con el cuidado en que le ponía su poca salud, los trabajos y peligros de la guerra, otorgó su testamento a los 21 de julio. En él mandó que los señoríos de Vizcaya

y de Molina, herencia de su madre, quedasen para siempre vinculados y fuesen de los hijos mayores de los reyes de Castilla. Nombró seis personajes por tutores de su hijo y heredero don Enrique, doce gobernadores del reino durante su menoridad. De la reina, su suegra, y de los infantes de Portugal don Juan y don Dionis, de los hijos del rey don Pedro y del hijo de don Fernando de Castro, que tenía en Castilla presos, mandó se hiciese lo que fuese justicia. Si los pretendía perdonar, si castigarlos, la brevedad de su vida no dio lugar a que se averiguase. Otras muchas cosas dejó dispuestas en aquel testamento, que por hacerle arrebatadamente fueron adelante ocasión de alborotos y diferencias asaz.

Los portugueses con su campo eran llegados a Tomar, resueltos de arriscarse y probar ventura. Los castellanos asimismo pasaron adelante en su busca. Diéronse vista como a la mitad del camino, en que los unos y los otros hicieron sus estancias y se fortificaron, los portugueses en lugar estrecho, que tenía por frente un buen llano, y a los lados sendas barrancas bien hondas que aseguraban los costados. Los de a caballo eran en número dos mil doscientos, los peones diez mil; los castellanos, como quier que tenían mucha más gente, asentaron a legua y media de un gran llano descubierto por todas partes. Su confianza era de suerte, que sin dilación la misma vigilia de la Asunción se adelantaron puestas en orden sus haces para presentar al enemigo la batalla. El rey de Castilla iba en el cuerpo de la batalla, los costados quedaron a cargo de algunos de los grandes que le acompañaban, los cuales al tiempo del menester y de las puñadas no fueron de provecho por la disposición del lugar. Don Gonzalo Núñez de Guzmán, maestre de Alcántara, quedó de respeto con golpe de gente y orden que por ciertos senderos tomase a los enemigos por las espaldas. Pretendían que ninguno pudiese escapar de muerto o de preso; grande confianza y desprecio del enemigo demasiado y perjudicial. Los portugueses se estuvieron en su puesto para pelear con ventaja; y por la estrechura de toda su gente formaron dos escuadrones. En la vanguardia iba por caudillo Nuño Álvarez Pereira, ya condestable de Portugal, nombrado por su rey en los mismos reales para obligarle más a hacer el deber; del otro escuadrón se encargó el mismo rey. Adelantáronse de ambas partes con muestra de querer cerrar, repararon empero los portugueses a tiro de piedra por no salir a lo raso. Entonces el nuevo Condestable pidió habla a los contrarios con muestra de mover tratos de paz. Sospechóse tenía otro en el corazón, que era entretener y cansar para aprovecharse mejor de los enemigos, porque si bien se enviaron personas principales para oirle y comunicar con él, ningún efecto se hizo más de gastar el tiempo en demandas y respuestas.

En este medio entre los capitanes y personajes de Castilla se consultaba si darían la batalla, si la dejarían para otro día. Los más avisados y recatados no querían acometer al enemigo en lugar tan desaventajado, sino salir a campo raso e igual. Los más mozos, con el orgullo que les daba la edad y la poca experiencia, no reparaban en dificultad alguna, todo lo tenían por llano, y aún pensaban que como con redes tenían cercados a los enemigos para que ninguno se salvase. Será bien no pasar en silencio el razonamiento muy cuerdo que hizo Juan de Ria, natural de Borgoña, el cual, como embajador que era del rey de Francia, viejo de setenta años, de grande prudencia y autoridad, seguía los reales y el campo de Castilla. Preguntado pues su parecer, habló en esta sustancia:

«Al huésped y extranjero, cual yo soy, mejor le está oír el parecer ajeno que hablar; mas por ser mandado diré lo que siento en este caso. Holgaría agradar y acertar, donde no, pido el perdón debido a la afición y amor que yo tengo a la nación castellana, y también a esta edad, que suele estar libre de altivez y sospecha de liviandad, que por haberla gastado en todas las guerras de Francia, me ha enseñado por experiencia que ningún yerro hay tan grave en la guerra como el que se comete en ordenar el ejército para la batalla. Porque saber elegir el tiempo y el lugar, disponer la gente por orden y concierto, y fortificarla con competente socorro, es oficio de grandes capitanes. Más victorias han ganado el ardid y maña que no las fuerzas. Nuestros enemigos, aunque menos en número y de ningún valor, como algunos antes de mí con muchas palabras han querido dar a entender, están bien pertrechados y se aventajan en el puesto; por la misma razón los cuernos de

nuestro ejército serán de ningún provecho, ya es tarde y poco queda del día. Los soldados están cansados del camino, de estar tanto tiempo en pie, del peso de las armas, flacos, sin comer ni beber por estar los reales tan lejos. Por todo esto mi parecer es que no acometamos, sino que nos estemos quedos; si los enemigos nos acometieren, pelearemos en campo abierto; si no se atrevieren, venida la noche, los nuestros se repararán de comida, los contrarios, muchos de necesidad desampararán el campo por venir de rebato, sin mochila y sustento más de para el presente día. De noche no tendrán empacho de huir; de día temerán ser notados de cobardes. Yo aparejado estoy de no ser el postrero en el peligro, cualquier parecer que se tome; pero si no se pone freno a la osadía, Dios quiera que me engañe mi pensamiento, témome que ha de ser cierto nuestro llanto y perdición, y la afrenta tal, que para siempre no se borrará.»

Al rey parecíale bien este consejo; más algunos señores mozos, orgullosos, sin sufrir dilación, antes de tocar al arma acometieron a los enemigos, y los embistieron con gran coraje y denuedo. Acudieron los demás por no los desamparar en el peligro. La batalla se trabó muy reñida, como en la que tanto iba. A los castellanos encendía el dolor y la injuria de haberles quitado el reino; a los portugueses hacía fuertes el deseo de la libertad y tener por más pesado que la muerte estar sujetos al rey de Castilla y a sus gobernadores. Los unos peleaban por quedar señores, los otros por no ser esclavos. Volaron primero los dardos y jaras, tras esto vinieron a las espadas, derramábase mucha sangre. Peleaban los de a caballo mezclados con los de a pie, sin que se mostrase nadie cobarde ni temeroso, defendían todos con esfuerzo el lugar que una vez tomaron, con resolución de matar o morir. El rey de Castilla por su poca salud en una silla en que le llevaban en hombros, a vista de todos animaba a los suyos. El primer batallón de los enemigos comenzó a mostrar flaqueza y ciaba; quería ponerse en huida, cuando visto el peligro, el de Portugal hizo adelantar el suyo diciendo a grandes voces entre los escuadrones:

«Aquí está el rey; ¿a dó vais, soldados? ¿Qué causa hay de temer? Por demás es huir, pues los enemigos os tienen tomadas las espaldas; esperanza de vida no la hay sino en la espada y valor. ¿Estáis olvidados que peleáis por el bien de vuestra patria, por la libertad, por vuestros hijos y mujeres? Vuestros enemigos sólo el nombre traen de Castilla, no el valor, que éste perdióse el año pasado con la peste. ¿No podréis resistir a los primeros ímpetus de los bisoños, que traen no armas, no fuerzas, sino despojos que dejaros? Poned delante los ojos el llanto, la afrenta y calamidades, que de necesidad vendrán sobre los vencidos, y mirad que no parezca me habéis querido dar la corona de rey para afrentarme, para burla y para escarnio.»

Volvieron sobre sí los soldados, animados con tales razones; acudieron a sus banderas y a ponerse en orden, conque dentro de poco espacio se trocó la suerte de la batalla. Los capitanes de Castilla fueron muertos a vista de su propio rey sin volver atrás; la demás gente, como la que quedaba sin capitanes y sin gobierno, murieron en gran número. El rey, por no venir a manos de sus enemigos, subió de presto en un caballo y salióse de la batalla; tras él los demás se pusieron en huida. Fue grande la matanza, ca llegaron a diez mil los muertos, y entre ellos los que en valor y nobleza más se señalaban. Don Pedro de Aragón, hijo del condestable; don Juan, hijo de don Tello; don Fernando, hijo de don Sancho, ambos primos hermanos del rey; Diego Manrique, adelantado de Castilla; el mariscal Carrillo; Juan de Tovar, almirante del mar, que en lugar de su padre poco antes le habían dado aquel cargo, y dos hermanos de Nuño Pereira, Pedro Álvarez de Pereira, maestre de Calatrava, y don Diego, que siguieron el partido y bando de Castilla; ultra de estos Juan de Ria, el embajador del rey de Francia, indigno por cierto de tal desastre, y que causó grande lástima; hoy de sus descendientes y apellido en Borgoña viven muchos y muy nobles y ricos personajes. Muchos se salvaron ayudados de la oscuridad de la noche, que sobrevino y cerró poco después de la pelea. De éstos unos se recogieron al escuadrón del maestre de Alcántara, que, sin embargo de la rota, tuvo fuerte por un buen espacio. Otros se encaminaron a don Carlos, hijo del rey de Navarra, que entrara en son de guerra por otra parte de Portugal, por no poderse hallar ni allegar antes que se diese la batalla. Los

más de la manera que pudieron sin armas y sin orden se huyeron a Castilla. No costó a los portugueses poca sangre la victoria; no falta quien escriba faltaron dos mil de los suyos. El rey de Castilla, sacadas fuerzas de flaqueza, sin tener cuenta con su poca salud, por la fuerza del miedo caminó toda la noche sin parar hasta Santarem, que dista por espacio de once leguas. De allí el día siguiente en una barca por el río Tajo se encaminó a su armada, que tenía sobre Lisboa, y en ella alzadas las velas se partió sin dilación. Llegó a Sevilla cubierto de luto y de tristeza, traje que continuó algunos años. Recibióle aquella ciudad con lágrimas mezcladas en contento, que si bien se dolían de aquel revés tan grande, holgaban de ver a su rey libre de aquel peligro.

Ésta fue aquella memorable batalla en que los portugueses triunfaron de las fuerzas de Castilla, que llamaron de Aljubarrota porque se dio cerca de aquella aldea, pequeña en vecindad, pero muy celebrada y conocida por esta causa. Los portugueses cada un año celebraban con fiesta particular la memoria de este día con mucha razón. El predicador desde el púlpito encarecía la afrenta y la cobardía de los castellanos; por el contrario, el valor y las proezas de su nación con palabras a las veces no muy decentes a aquel lugar. Acudía el pueblo con grande risa y aplauso, regocijo y fiesta más para teatro y plaza que para iglesia; exceso en que todavía merecen perdón por la libertad de la patria que ganaron y conservaron con aquella victoria. Los de Castilla se excusan comúnmente, y dicen que la causa de aquel desmán no fue el esfuerzo de los contrarios, no su valentía, sino el cansancio y hambre de los suyos por comenzar tan tarde la pelea; otros pretenden fue castigo de Dios, contra el cual no hay fuerzas bastantes, que tomó de los que despojaron el santuario muy devoto de Guadalupe; quieren decir que aquella sagrada Virgen volvió por esta manera por su casa.

Después de esta victoria todo Portugal se allanó al vencedor. Santarem y Berganza y otros muchos pueblos y fuerzas, cual por armas, cual de grado se rindieron; con que el nuevo rey entabló su juego de guisa, que el reino que adquirió con poco derecho, le dejó firme y estable a sus sucesores; tanto puede y vale una buena cabeza, y en el aprieto una buena determinación.

Estuvo a esta sazón muy doliente el rey de Aragón en Figueras. Su edad, que estaba adelante, y los trabajos continuos le traían quebrantado. Desde que convaleció se mostró torcido con su hijo el infante don Juan. El pueblo cargaba a la reina que tenía gran parte en estos desabrimientos, hasta persuadirse tenía hechizado y fuera de sí a su marido. El hijo, mal contento, se salió de la corte; llamó en su favor y del conde de Ampurias, despojado, gente de Francia, que fue nueva ofensa. El rey por esto le quitó la procuración y gobernación del reino que solían tener los hijos herederos de aquellos reyes. En Aragón, según que de suso queda dicho, de tiempo antiguo tienen un magistrado y juez, que llaman el justicia de Aragón, para defensa de sus libertades y fueros y para enfrenar el poder y desaguisados que hacen los reyes, a la manera que en Roma los tribunos del pueblo defendían y amparaban los particulares de cualquier demasía y insolencia. Hizo pues el infante recurso al Justicia para que le desagraviase de las injurias e injusticias que le hacían, el rey al descubierto, y de callada la reina. El justicia le amparó, como a despojado violentamente, en la posesión de aquel oficio y preeminencia hasta el conocimiento de la causa, debate que tuvo principio el año presente, y se concluyó el siguiente.

Volvamos a tratar lo que sucedió en Castilla y en Portugal después de aquella memorable y famosa jornada.

CAPÍTULO X
QUE LOS PORTUGUESES HICIERON ENTRADA EN CASTILLA

Nueva causa de temor y de cuidado, sobre las pérdidas pasadas y el sentimiento muy grande, sobrevino al rey de Castilla y a los suyos; muestra de las alteraciones a que están sujetas todas las cosas debajo del cielo, y argumento de que las adversidades no paran en poco, de un mal se tropieza en otro sin poderse reparar. Los portugueses, como hombres denodados que son, resueltos de ejecutar la victoria y seguir su buena ventura, acordaron lo primero de enviar una solemne embajada a Inglaterra para hacer liga con el duque de Lancaster, pretensor antiguo de la corona de Castilla por vía de su mujer. Que las fuerzas de Castilla con dos pérdidas muy grandes y juntas, quedaban quebrantadas, los ánimos otro que tal, muy flacos y muy caídos. Que si juntaba sus fuerzas con las de Portugal podía tener por muy segura la victoria y por concluida la pretensión. Entre tanto que andaban estas tramas y se sazonaban, por no estar ociosos y no dar lugar a los contrarios de rehacerse y alentarse, acordaron otrosí de continuar la guerra; el nuevo rey de Portugal para sujetar lo que restaba, correr por todo el reino las reliquias y restante de los castellanos, como lo hizo muy cumplidamente. Su condestable Nuño Pereira con buen número de gente rompió por las tierras del Andalucía haciendo correrías, mal y daño, presas por todas partes. Salieron al encuentro Pero Múñiz, maestre de Santiago, y Gonzalo Núñez de Guzmán, que ya era maestre de Calatrava, y el conde de Niebla, y con lo que quedaba de la pérdida pasada encerraron a los enemigos, que traían menos gente, y los cercaron como con redes cerca de un lugar llamado Valverde. Ellos, visto su peligro, comenzaron a temer y pedir partido; mas también la fortuna aquí les favoreció por un caso no pensado, que al principio de la refriega mataron el caballo al maestre de Santiago y después a él mismo. Por tanto atemorizados los demás rehusaron la pelea como cosa desgraciada, y los portugueses se volvieron sin daño a su tierra, alegres y ricos con la presa que llevaban. Al condestable Nuño Pereira por sus buenos servicios le dio el nuevo rey el condado de Barcelos. En lugar de Pero Muñiz hizo el rey de Castilla maestre de Santiago a Garci Fernández de Villagarcía.

Restaba la guerra que amenazaba de parte de los ingleses, que ponía al rey de Castilla en mayor cuidado de cómo se defendería. Vínose de Sevilla a Valladolid para hacer Cortes. El deseo de venganza y reputación suele calmar en semejantes aprietos; acudió don Carlos, hijo del rey de Navarra, príncipe valeroso y agradecido para con su cuñado. Acordaron que se hiciesen de nuevo levas de gente en mayor número que hasta allí; que se armasen los vasallos conforme a la posibilidad de cada cual; que se hiciesen rogativas para aplacar a Dios en lugar del luto que traía el rey y le templó a suplicación de las Cortes; que dentro y fuera del reino procurasen ayudas y también dinero, de que padecían gran falta.

Para esto juzgaban que en Francia tendrían muy cierto el favor y amparo. Despacharon embajadores, personas muy nobles, sobre esta razón. Llegados al principio del año de 1386, en París delante del rey y sus grandes, con palabras lastimosas declararon el trabajo de su patria; que demás de los daños pasados, tales y tan grandes, de Inglaterra se les armaba de nuevo otra tempestad, la cual si a los principios no se atajaba, a manera de fuego que de una casa salta en otras, primero abrasada toda España, pasaría desde allí a Francia; que les pesaba mucho de estar reducidos a tal término, que fuesen competidos a serles tantas veces cargosos, sin merecerlo sus servicios; que confesaban ser ningunos o cortos por no dar lugar a ello los tiempos; que tenían en la memoria que don Enrique, su señor, adquirió aquel reino con las fuerzas de Francia; la merced hecha al padre era justo continuarla en su hijo y pensar que de esta guerra no dependía sola la reputación y autoridad, sino la libertad, la vida y todo su estado, de que sin duda, si fuesen vencidos, serían despojados. Los grandes de Francia que presentes se hallaron con su acostumbrada nobleza, todos muy de corazón y voluntad, consultados, respondieron que se debía dar el socorro que aquel rey, su aliado y amigo, pedía. En particular acordaron que fuese de dos mil caballos, y por capitán de ellos Luis de Borbón, tío del rey de

Francia de parte de madre, y cien mil florines para las primeras pagas. Añadieron que si este socorro no bastase para la presente necesidad, prometían que el mismo rey en persona acudiría con todas las fuerzas y poderes de Francia y tomaría a su cargo la querella.

El pontífice Clemente eso mismo desde Aviñón escribió al rey don Juan en una carta en que le consolaba con razones y ejemplos tomados de los libros sagrados y de historias antiguas.

Don Pedro, conde de Trastámara, primo hermano del rey, que se pasara en tiempo de la guerra de Portugal del ejército real a Coimbra y de allí a Francia, volvió a esta sazón a España ya perdonado. Poca ayuda era toda esta por estar ya las fuerzas apuradas. La tardanza de los ingleses dio entonces la vida, con que la llaga se iba sanando. El rey de Portugal se armó de nuevo y puso cerco sobre Coria. No la pudo ganar a causa que le entró gente de socorro; sólo volvió a su reino cargado de despojos. En Segovia se tornaron a juntar Cortes de Castilla a propósito de dar orden en las derramas que convenían hacerse para recoger dinero. En estas Cortes publicó el rey un escrito en forma de ley, en que pretende animar y unir sus vasallos para tomar las armas en su defensa y deshacer la pretensión del duque de Lancaster. Entre otras razones que alega, una es la violencia de que usó el rey don Sancho el Bravo contra sus sobrinos los hijos del infante don Fernando; el deudo que él mismo tenía con su mujer, en que en su vida nunca fue dispensado; la ilegitimidad de las hijas del rey don Pedro, como habidas en su combleza durante el matrimonio de la reina doña Blanca; por el contrario, funda su derecho, en el consentimiento del pueblo, que dio la corona a su padre, y en la sucesión de los Cerdas, despojados a tuerto. La verdad era que la reina, su madre, fue nieta de don Fernando de la Cerda, hijo menor del infante don Fernando, y nieto del rey don Alonso el Sabio, y por muerte de otros deudos quedó sola por heredera de sus estados y acciones. No debió de hacer cuenta de don Alonso de la Cerda, hijo mayor del dicho Infante, ni de su sucesión por la renunciación que él mismo los años pasados hizo de sus derechos y acciones.

Aceptó el de Lancaster el partido que de Portugal le ofrecían, resuelto de aprovecharse de la ocasión que el tiempo le presentaba. Intentó pasar por Aragón; y el de Castilla, desde que lo supo, de impedirlo; sobre lo cual de entrambas partes se enviaron embajadores a aquel rey. Despedido pues de tener aquel paso, en una armada pasó de Inglaterra a España. Aportó a La Coruña a los 26 de julio. Entró en el puerto, en que halló y tomó seis galeras de Castilla; el pueblo no le pudo forzar a causa que el gobernador que allí estaba, por nombre Fernán Pérez de Andrada, natural de Galicia, le defendió con mucho valor y lealtad. Eran los ingleses mil quinientos caballos y otros tantos arqueros, ca los ingleses son muy diestros en flechar, poca gente, pero que pudiera hacer grande efecto si luego se juntaran con la de Portugal. Los días que en aquel cerco de La Coruña se entretuvieron fueron de gran momento para los contrarios, si bien ganaron algunos pueblos en Galicia. La misma ciudad de Santiago, cabeza de aquel estado y reino, se les rindió, si por temor no la forzasen, si por deseo de novedades, no se puede averiguar. Lo mismo hicieron algunas personas principales de aquella tierra que se arrimaron a los ingleses. Tenían por cierta la mudanza del príncipe y del estado, y para mejorar su partido acordaron adelantarse y ganar por la mano, traza que a unos sube y a otros abaja. El de Lancaster, a ruegos del portugués, pasó finalmente a Portugal. Echó anclas en la boca del río Duero. Tuvieron los dos habla en aquella ciudad de Oporto, en que trataron a la larga de todas sus haciendas. Venían en compañía del duque su mujer doña Costanza y su hija doña Catalina y otras dos hijas de su primer matrimonio, Filipa e Isabel. Acordaron para hacer la guerra contra Castilla de juntar en uno las fuerzas; que ganada la victoria, de que no dudaban, el reino de Castilla quedase por el inglés, que ya se intitulaba rey; para el portugués en recompensa de su trabajo señalaron ciertas ciudades y villas. Mostrábanse liberales de lo ajeno, y antes de la caza repartían los despojos de la res. Para mayor seguridad y firmeza de la alianza, concertaron que doña Filipa casase con el nuevo rey de Portugal, a tal que el pontífice Urbano dispensase en el voto de castidad, con que aquel príncipe se ligara como maestre de Avis a fuer de los caballeros de Calatrava.

Grande torbellino venía sobre Castilla, en gran riesgo se hallaba. Los santos sus patrones la

ampararon, que fuerzas humanas ni consejo en aquella coyuntura no bastaran. Hallábase el rey de Castilla en Zamora ocupado en apercibirse para la defensa, acudía a todas partes con gente que le venía de Francia y de Castilla. Publicó un edicto en que daba las franquezas de hidalgos a los que a sus expensas con armas y caballo, sirviesen en aquella guerra por espacio de dos meses, notable aprieto. A don Juan García Manrique, arzobispo de Santiago, despachó con buen número de soldados para que fortaleciese a León, ca cuidaban que el primer golpe de los enemigos sería contra aquella ciudad por estar cerca de lo que los ingleses dejaron ganado. Todo sucedió mejor que pensaban. El aire de aquella comarca, no muy sano, y la destemplanza del tiempo, sujeto a enfermedades, fue ocasión que la tierra probase a los extraños, de guisa que de dolencias se consumió la tercera parte de los ingleses. Además que como salían sin orden y desbandados a buscar mantenimientos y forraje, los villanos y naturales cargaban sobre ellos y los destrozaban, que fue otra segunda peste no menos brava que las dolencias. Así se pasó aquel estío sin que se hiciese cosa alguna señalada, más de que entre los príncipes anduvieron embajadas. El inglés con un rey de armas envió o desafiar al rey de Castilla y requerirle le desembarazase la tierra y le dejase la corona que por toda razón le tocaba. El de Castilla despachó personas principales, uno era Juan Serrano, prior de Guadalupe (ya aquella santa casa era de jerónimos) para que en Orense, do el Duque estaba, le diesen a entender las razones en que su derecho estribaba. Hicieron ellos lo que les fue ordenado, La suma era que doña Costanza, su mujer, era tercera nieta del rey don Sancho, que se alzó a tuerto con el reino contra su padre don Alonso el Sabio. Por lo cual le echó su maldición como a hijo rebelde y le privó del reino, que restituyó a los Cerdas, cuya era la sucesión derechamente y de quien descendía el rey, su señor. Otras muchas razones pasaron. No se trató de doña María de Padilla ni de su casamiento, creo por huir la nota de bastardía que a entrambras las partes tocaba. Repiquetes de broquel para en público; que de secreto el Prior de parte de su rey movió otro partido más aventajado al duque, de casar su hija y de doña Costanza con el infante don Enrique, que por este camino se juntaban en uno los derechos de las partes; atajo para sin dificultad alcanzar todo lo que pretendían, que era dejar a su hija por reina de Castilla. No desagradó al inglés esta traza, que venía tan bien y tan a cuento a todos, si bien la respuesta en público fue que a menos de restituirle el reino, no dejaría las armas ni daría oído a ningún género de concierto; aún no estaban las cosas sazonadas.

CAPÍTULO XI
CÓMO FALLECIERON TRES REYES

En este estado se hallaban las cosas de Castilla, para caídas y tantos reveses tolerable. El ver que se entretenían, y los males no los atropellaban en un punto, de presente los consolaba, y la esperanza para adelante de mejorar su partido hacía que el enemigo ya no les causase tanto espanto.

A esta sazón en lugares asaz diferentes y distantes, casi a un mismo tiempo sucedieron tres muertes de reyes, todos príncipes de fama. En Hungría dieron la muerte a Carlos, rey de Nápoles, a los 4 de junio, con una partesana que le abrió la cabeza. El primer día de enero luego siguiente, principio del año 1387, falleció en Pamplona don Carlos, rey de Navarra, segundo de este nombre, bien es verdad que algunos señalan el año pasado; mas porque concuerdan en el día y señalan nombradamente que fue martes, será forzoso no los creamos. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella ciudad. Cuatro días después pasó otrosí de esta vida en Barcelona el rey de Aragón don Pedro, cuarto de este nombre; su edad de setenta y cinco años; de ellos reinó por espacio de cincuenta y un años menos diecinueve días. Era pequeño de cuerpo, no muy sano, su ánimo muy vivo, amigo de honra y de representar en todas sus cosas grandeza y majestad, tanto, que le llamaron el rey den Pedro el Ceremonioso. Mantuvo guerra a grandes príncipes sin socorro de extraños solo con su valor y buena maña; en llevar las pérdidas y reveses daba clara muestra de su grande ánimo y valor. Estimó las letras y los letrados; aficionóse más particularmente a la astrología y a la alquimia, que enseña la una a adivinar lo venidero, la otra mudar por arte los metales, si las debemos llamar ciencias y artes, y no más aina embustes de hombres ociosos y vanos. Sepultáronle en Barcelona de presente; de allí le trasladaron a Poblet, según que lo dejó mandado en su testamento.

Al rey de Nápoles acarreó la muerte el deseo de ensanchar y acrecentar su estado. Los principales de Hungría por muerte de Luis, su rey, le convidaron con aquella corona como el deudo más cercano del difunto. Acudió a su llamado. La reina viuda le hospedó en Buda magníficamente. Las caricias fueron falsas, porque en un banquete que le tenía aparejado le hizo alevosamente matar; tanto pudo en la madre el dolor de verse privada de su marido, y a su hija María excluida de la herencia de su padre. De su mujer Margarita, cuya hermana Juana casó con el infante de Navarra don Luis, según que de suso queda apuntado, dejó dos hijos, a Ladislao y a Juana, reyes de Nápoles, uno en pos de otro, de que resultaron en Italia guerras y males; el hijo era de poca edad, la hija mujer y de poca traza.

El de Navarra de días atrás estaba doliente de lepra. Corrió la fama que murió abrasado; usaba por consejo de médicos de baños y fomentaciones de piedra azufre; cayó acaso una centella en los lienzos con que le envolvían; emprendióse fuego, con que en un punto se quemaron las cortinas del lecho y todo lo al. Diose comúnmente crédito a lo que se decía en esta parte, por su vida poco concertada, que fue cruel, avaro y suelto en demasía en los apetitos de su sensualidad. Su hija menor, por nombre daña Juana, ya el septiembre pasado era ida por mar a verse con su esposo Juan de Monforte, duque de Bretaña. Tuvo esta señora noble generación, cuatro hijos, sus nombres Juan, Arturo, Guillelmo, Ricardo, y tres hijas. Sucedió en la corona de Navarra el hijo del difunto, que se llamó asimismo don Carlos, casado con hermana del rey de Castilla y amigo suyo muy grande. Con la nueva de la muerte de su padre, de Castilla se partió a la hora para Navarra, y hechas las exequias al difunto y tomada la corona, hizo que en las Cortes del reino declarasen al papa Clemente por verdadero pontífice, que hasta entonces, a ejemplo de Aragón, se estaban neutrales sin arrimarse a ninguna de las partes. Los maliciosos, como es ordinario en todas las cosas nuevas, y el vulgo que no perdona nada ni a nadie, sospechaban y aún decían que en esta declaración se tuvo más cuenta con la voluntad de los reyes de Francia y de Castilla que con la equidad y razón. El rey de Castilla asimismo en gracia del nuevo rey y por obligarle más, quitó las guarniciones que tenía de castellanos en algunas fortalezas y plazas de Navarra en virtud de los acuerdos pasados; y para que la gracia

fuese más colmada, le hizo suelta de gran cuantía de moneda que su padre le debía; obras de verdadera amistad. Con que alentado el nuevo rey, volvió su ánimo a recobrar de los reyes de Inglaterra y de Francia muchas plazas que en Normandía y en otras partes quitaron a tuerto a su padre. Acordó enviar al uno y al otro embajadas sobre el caso. Podíase esperar cualquier buen suceso por ser ellos tales, que a porfía se pretendían señalar en todo género de cortesía y humanidad; contienda entre príncipes la más honrosa y real. Además que la nobleza del nuevo rey, su liberalidad, su muy suave condición, junto con las demás partes en que a ninguno reconocía ventaja, prendaban los corazones de todo el mundo; en que se mostraba bien diferente de su padre. El sobrenombre que le dieron de Noble es de esto prueba bastante. En doña Leonor, su mujer, tuvo las infantas Juana, María, Blanca, Beatriz, Isabel. Los infantes Carlos y Luis fallecieron de pequeña edad. Don Jofre, habido fuera de matrimonio, adelante fue mariscal y marqués de Cortes, primera cepa de aquella casa. Otra hija, por nombre doña Juana, casó con Íñigo de Zúñiga, caballero de alto linaje.

En Aragón el infante don Juan se coronó asimismo después de la muerte de su padre; fue príncipe benigno de su condición y manso, si no le atizaban con algún desacato. No se halló al entierro ni a las honras de su padre, por estar a la sazón doliente en la su ciudad de Gerona de una enfermedad que le llegó muy al cabo. Por lo mismo no pudo atender al gobierno del reino, que estaba asaz alborotado por la prisión que hicieron en las personas de la reina viuda doña Sibila y de Bernardo de Forcia, su hermano, y de otros hombres principales, que todos por miedo del nuevo rey se pretendían ausentar. A la reina cargaban de ciertos bebedizos, que atestiguaba dio al rey su marido un judío, testigo poco calificado para caso y contra persona tan grave. Pusieron a cuestión de tormento a los que tenían por culpados, y como a convencidos los justiciaron. A la reina y a su hermano condenaron otrosí a tortura; más no se ejecutó tan grande inhumanidad, sólo la despojaron de su estado, que le tenía grande, y para sustentar la vida le señalaron cierta cuantía de moneda cada un año. Luego que el nuevo rey se coronó y entró en el gobierno, la primera cosa que trató fue del cisma de los pontífices. Así lo dejó su padre en su testamento mandado so pena de su maldición, si en esto no le obedeciese. Hubo su acuerdo con los prelados y caballeros que juntos se hallaban en Barcelona. Los pareceres fueron diferentes y la cuestión muy reñida. Finalmente, se concertaron en declararse por el papa Clemente, como lo hicieron a los 4 de febrero con aplauso general de todos. Con esto casi toda España quedaba por él, en que su partido y obediencia se mejoró grandemente. Para todo fue gran parte la mucha autoridad y diligencia de don Pedro de Luna, cardenal de Aragón y legado de Clemente en España, que para salir con su intento no dejó piedra que no moviese. Don Juan, conde de Ampurias, era vuelto a Barcelona; asegurábale la estrecha amistad que tuvo con aquel rey en vida de su padre, la fortuna que corrió por su causa. Suelen los reyes poner en olvido grandes servicios por pequeños disgustos, y recompensar la deuda, en especial si es muy grande, con suma ingratitud. Echáronle mano y pusiéronle en prisión; el cargo que le hacían y lo que le achacaban era que intentó valerse contra Aragón para recobrar su estado de las fuerzas de Francia, grave culpa, si ellos mismos a cometerla no le forzaran.

Los alborotos de Cerdeña ponían en mayor cuidado; consultaron en qué forma los podrían sosegar; ofrecíase buena ocasión por estar los sardos cansados de guerras tan largas y que deseaban y suplicaban al rey pusiese fin a tantos trabajos. Acordó el rey de enviar por gobernador de aquella isla a don Ximen Pérez de Arenos, su camarero. Llegado, se concertó con doña Leonor Arborea en su nombre y de su hijo Mariano, que tenía de su marido Brancaleón Doria, en esta forma: que el juzgado de Arborea les quedase para siempre por juro de heredad; para los demás pueblos a que pretendían derecho se nombrasen jueces a contento de las partes, con seguridad que estarían por lo sentenciado; los pueblos y fortalezas de que durante la guerra se apoderaron por fuerza y en que tenían guarniciones, los restituyesen al patrimonio real y a su señorío. Firmaron las partes estas capitulaciones, con que por entonces se dejaron las armas y se puso fin a una guerra tan pesada.

CAPÍTULO XII
DE LA PAZ QUE SE HIZO CON LOS INGLESES

Las pláticas de la paz entre Castilla e Inglaterra iban adelante, y sin embargo se continuaba la guerra con la misma porfía que antes. Seiscientos ingleses a caballo y otros tantos flecheros, que los demás de peste y de mal pasar eran muertos, se pusieron sobre Benavente. Los portugueses eran dos mil de a caballo y seis mil de a pie. El gobernador que dentro estaba, por nombre Álvaro Osorio, defendió muy bien aquella villa, y aún en cierta escaramuza que trabó mató gente de los contrarios. El rey de Castilla, avisado por la pérdida pasada, no se quería arriscar, antes por todas las vías posibles excusaba devenir a batalla. El cerco con esto se continuaba, en que algunos pueblos de aquella comarca vinieron a poder de los enemigos. El provecho no era tanto cuanto el daño que hacía la peste en los extraños y la hambre que padecían a causa que los naturales, parte alzaron, parte quemaron las vituallas, vista la tempestad que se armaba. Por esto, pasados dos meses en el cerco sin hacer efecto de mucha consideración, juntos portugueses e ingleses, por la parte de Ciudad Rodrigo, se retiraron a Portugal. Los soldados aflojaban enfadados con la tardanza y cansados con los males; olían otrosí que entre los príncipes se trataba de hacer paces, que les era ocasión muy grande para descuidar. Los más deseaban dar vuelta a su tierra, como es cosa natural, en especial cuando el fruto no responde a las esperanzas. Apretábase el tratado de la paz, que estas ocasiones todas la facilitaban más. Así el rey de Castilla, por tener el negocio por acabado, despidió los socorros que le venían de Francia, y todavía, si bien llegaron tarde y fueron de poco provecho, les hizo enteramente sus pagas, parte en dinero de contado, que se recogió del reino con mucho trabajo, parte en cédulas de cambio.

Despachó otrosí sus embajadores al inglés con poderes bastantes para concluir. Hallábase el duque en Troncoso, villa de Portugal. Allí recibió cortesmente los embajadores, y les dio apacible respuesta. A la verdad a todos venía bien el concierto; a los soldados dar fin a aquella guerra desgraciada para volverse a sus casas, al duque porque por medio de aquel casamiento que se trataba hacía a su hija reina de Castilla, que era el paradero del debate y todo lo que podía desear. Asentaron pues lo primero que aquel matrimonio se efectuase; señalaron a la novia por dote a Soria, Atienza, Almazán y Molina. A la duquesa, su madre, dieron en el reino de Toledo a Guadalajara, y en Castilla a Medina del Campo y Olmedo. Al duque quedaron de contar a ciertos plazos seiscientos mil florines por una vez, y por toda la vida suya y de la duquesa doña Costanza cuarenta mil florines cada un año. Esta es la suma de las capitulaciones y del asiento que tomaron.

Sintiólo el rey de Portugal a par de muerte, ca no se tenía por seguro si no quitaba la corona a su competidor; bufaba de coraje y de pesar. Por el contrario, el de Lancaster se tenía por agraviado de él, y se quejaba que antes de venir la dispensación hubiese consumado el matrimonio con su hija. Por esto, y para con más libertad concluir y proceder a la ejecución de lo concertado, de la ciudad de Oporto se partió por mar para Bayona la de Francia, mal enojado con su yerno. A la hora los pueblos de Galicia que se tenían por los ingleses con aquella partida tan arrebatada volvieron al señorío de su rey. Los caballeros otrosí que se arrimaron a ellos, alcanzado perdón de su falta, se redujeron prestos de obedecer en lo que les fuese mandado. Sosegaron con esto los ánimos del reino; los miedos de unos, las esperanzas de otros se allanaron, trazas mal encaminadas sin cuento, finalmente, una avenida de grandes males. Hallábase el rey de Castilla para acudir a las ocurrencias de la guerra lo más ordinario en Salamanca y Toro. Despachó de nuevo embajadores a Bayona para concluir últimamente, firmar y jurar las escrituras del concierto. La mayor dificultad era la del dinero para hacer pagado al de Lancaster y cumplir con él. La suma era grande, y el reino se hallaba muy gastado con los gastos de guerra tan larga y desgraciada, y con las derramas que forzosamente se hicieron.

Para acudir a esto se juntaron Cortes en Briviesca por principio del año de 1388. Mostróse el rey muy humano para granjear a sus vasallos y para que le acudiesen en aquel aprieto. Otorgó con ellos en todo lo que le suplicaron, en particular que la audiencia o chancillería se mudase, los seis

meses del verano residiese en Castilla, los otros seis meses en el reino de Toledo, que no sé yo si finalmente se pudo ejecutar. Acordaron para llegar el dinero de repartir la cantidad por haciendas, imposición grave, de que no eximían a los hidalgos ni aún a los eclesiásticos; no parecía contra razón que al peligro común todos sin excepción ayudasen. Los señores y gente más granada llevaban esto muy mal, ca temían de este principio no les atropellasen sus franquezas y libertades; que aprietos y necesidades nunca faltan, y la presente siempre parece la mayor. Al fin se dejó este camino, que era de tanta ofensión y se siguieron otras trazas más suaves y blandas.

Despedidas las Cortes, se vieron los reyes de Castilla y Navarra primero en Calahorra, y después en Navarrete; trataron de sus haciendas y renovaron su amistad. Acompañó a su marido la reina doña Leonor, y con su beneplácito se quedó en Castilla para probar si con los aires naturales, remedio muy eficaz, podía mejorar de una dolencia larga y que mucho la aquejaba. A la verdad ella estaba descontenta, y buscaba color para apartar aquel matrimonio, según que se vio adelante. Partido el rey de Navarra, y firmados los conciertos, el rey de Castilla señaló la ciudad de Palencia, por ser de campaña abundante y porque en Burgos y toda aquella comarca todavía picaba la peste, para tener Cortes y celebrar los desposorios de su hijo. Trajeron a la doncella caballeros y señores que envió el rey hasta la raya del reino para acompañarla. Celebráronse los desposorios con real magnificencia. Las edades eran desiguales; don Enrique de diez años, su esposa doña Catalina de diecinueve, cosa de ordinario sujeta a inconvenientes y daños. Los hijos herederos de los reyes de Inglaterra se llaman príncipes de Gales. A imitación de esto quiso el rey que sus hijos se llamasen príncipes de las Asturias, demás que les adjudicó el señorío de Baeza y de Andújar, costumbre que se continuó adelante que los hijos herederos de Castilla se intitulen príncipes de las Asturias, y así los llamará la historia. En las Cortes lo principal que se trató fue de juntar el dinero para las pagas del duque de Lancaster. Diose traza que se repartiese un empréstido entre las familias que antes eran pecheras, sin tocar a los hidalgos, doncellas, viudas y personas eclesiásticas. En recompensa otorgó el rey muchas cosas, en particular que a los que sirvieron en la guerra de Portugal, como queda dicho arriba, los mantuviesen en sus hidalguías. Administrábanse los cambios en nombre del rey; suplicóle el reino que para recoger el dinero que pedía, lo encomendase a las ciudades.

Hecho el asiento y las paces, la duquesa doña Costanza, hija del rey don Pedro, dejado el apellido de reina, con licencia del rey y para verse con él, por el mes de agosto pasó por Vizcaya y vino a Medina del Campo. Allí fue muy bien recibida y festejada, como la razón lo pedía. Para más honrarla, demás de lo concertado le dio el rey por su vida la ciudad de Huete, dádiva grande y real, mas pequeña recompensa del reino, que a su parecer le quitaban. Presentáronse asimismo, aunque en ausencia, magníficamente el rey y el duque; en particular el duque envió al rey una corona de oro de obra muy prima con palabras muy corteses; que pues le cedía el reino se sirviese también de aquella corona que para su cabeza labrara. Partiéronse después de esto, la duquesa para Guadalajara, cuya posesión tomó por principio del año de 1389; el rey se quedó en Madrid. Allí vinieron nuevos embajadores de parte del duque de Lancaster para rogarle se viesen a la raya de Guyena y de Vizcaya. No era razón tan al principio de la amistad negarle lo que pedía. Vino en ello, y con este intento partió para allá. En el camino adoleció en Burgos, con que se pasó el tiempo de las vistas y a él la voluntad de tenerlas. Todavía llegó hasta Vitoria, de donde despidió a la duquesa doña Costanza para que se volviese a su marido. En su compañía para más honrarla envió a Pero López de Ayala y al obispo de Osma, y a su confesor fray Hernando de Illescas, de la orden de San Francisco, con orden de excusarle con el duque de la habla por su poca salud y por los montes que caían en el camino cubiertos de nieve y ásperos. La puridad era que el rey temía verse con el duque, por tener entendido le pretendía apartar de la amistad de Francia; temía descompadrar con el duque si no concedía con él; por otra parte, se le hacía muy cuesta arriba romper con Francia, de quien él y su padre tenían todo su ser. Los beneficios eran tales y tan frescos, que no se dejaban olvidar.

No le engañaba su pensamiento, antes el duque, perdida la esperanza de verse con el rey, co-

municó sobre este punto con los embajadores. La respuesta fue que no traían de su rey comisión de asentar cosa alguna de nuevo, que le darían cuenta para que hiciese lo que bien le estuviese. Con tanto se volvieron a Vitoria, sin querer aún venir en que los ingleses pudiesen como las demás naciones visitar la iglesia del apóstol Santiago. Esto pareciera grande estrañeza, si no temieran por lo que antes pasara no alterasen la tierra con su venida ellos y sus aficionados, que siempre quedan de revueltas semejantes, por la memoria del rey don Pedro, y por el tiempo que los ingleses poseyeron aquella comarca.

Por este tiempo a los 13 de marzo en Zaragoza, al abrir las zanjas de cierta parte que pretendían levantar en el templo de Santa Engracia, muy famoso y de mucha devoción en aquella ciudad, acaso hallaron debajo de tierra dos lucillos muy antiguos con sus letras, el uno de santa Engracia, el otro de san Lupercio. Alegróse mucho la ciudad con tan precioso tesoro y haber descubierto los santos cuerpos de sus patrones, prenda muy segura del amparo que por su intercesión esperaban del cielo alcanzar. Hiciéronse fiestas y procesiones con toda solemnidad para honrar los santos, y en ellos y por ellos a Dios, autor y fuente de toda santidad.

CAPÍTULO XIII
LA MUERTE DEL REY DON JUAN

Las vistas del rey de Castilla y duque de Lancaster se dejaron; juntamente en Francia se asentaron treguas entre franceses e ingleses por término de tres años. Pretendían estas naciones, cansadas de las guerras que tenían entre sí, con mejor acuerdo después de tan largos tiempos de consuno volver sus fuerzas a la guerra sagrada contra los infieles. Juntáronse pues y desde Génova pasaron en Berbería; surgieron a la ribera de Afrodisio, ciudad que vulgarmente se llamó África, pusiéronla cerco y batiéronla; el fruto y suceso no fue conforme al aparato que hicieron ni a las esperanzas que llevaban.

España no acababa de sosegar; en la confederación que se hizo con los ingleses se puso una cláusula, como es ordinario, que en aquellas paces y concierto entrasen los aliados de cualquiera de las partes. Juntáronse Cortes de Castilla en Segovia. Acordaron, entre otras cosas, se despachasen embajadores a Portugal para saber de aquel rey lo que en esto pensaba hacer. La prosperidad, si es grande, saca de seso aún a los muy sabios, y les hace olvidar de la inestabilidad que las cosas tienen. Estaba resuelto de continuar la guerra y romper de nuevo por las fronteras de Galicia. Sólo por la mucha diligencia de fray Hernando de Illescas, uno de los embajadores, persona en aquella era grave y de traza, se pudo alcanzar que se asentasen treguas por espacio de seis meses.

Falleció a esta sazón en Roma a los 15 de octubre el papa Urbano VI. En su lugar dentro de pocos días los cardenales de aquella obediencia eligieron al cardenal Pedro Tomacello, natural de Nápoles; llamóse Bonifacio IX. El portugués, luego que expiró el tiempo de las treguas, con sus gentes se puso sobre Tuy, ciudad de Galicia, puesta sobre el mar a los confines de Portugal. Apretaba el cerco y talaba y robaba la comarca sin perdonar a cosa alguna. El rey de Castilla, hostigado por las pérdidas pasadas, no quería venir a las manos ni aventurarse en el trance de una batalla con gente que las victorias pasadas la hacían orgullosa y brava. Acordó empero enviar con golpe de gente a don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, y a Martín Yáñez, maestre de Alcántara, ambos portugueses, para meter socorro a los cercados. Llegaron tarde, en sazón que hallaron la ciudad perdida y en poder del enemigo. Todavía su ida no fue en vano, ca movieron tratos de concierto, y finalmente por su medio se asentaron treguas de seis años con restitución de la ciudad de Tuy y de otros pueblos que durante la guerra de la una y de la otra parte se tomaron.

El año que se contó-de nuestra salvación de 1390 fue muy notable para Castilla por las Cortes que en él se juntaron de aquel reino en la ciudad de Guadalajara, las muchas cosas y muy importantes que en ellas se ventilaron y removieron. Lo primero, el rey acometió a renunciar el reino en el príncipe, su hijo; decía que, hecho esto, los portugueses vendrían fácilmente en recibir por sus reyes a él y a la reina doña Beatriz, su mujer. Sueñan los hombres lo que desean; reservaba para sí las tercias de las iglesias que le concediera el papa Clemente, a imitación de su competidor Urbano que hizo lo mismo con el inglés. Cada cual con semejantes gracias pugnaba de granjear las voluntades de los príncipes de su obediencia. Reservábase otrosí a Sevilla, Córdoba, Jaén, Murcia y Vizcaya. No vinieron en esto los grandes ni las Cortes. Decían que se introducía un ejemplo muy perjudicial, que era dejar el gobierno el que tenía edad y prudencia bastante, y cargar el peso a un niño, incapaz de cuidados; que de los portugueses no se debía esperar harían virtud de grado si su daño no los forzaba; que los tiempos se mudan, y si una vez ganaron, otra perderían, pues la guerra lo llevaba así.

En segundo lugar se trató de los que faltaron a su rey y se arrimaron durante la guerra al partido de Portugal; acordaron se diese perdón general; confiaban que los revoltosos con sus buenos servicios recompensarían la pasada deslealtad, además que la culpa tocaba a muchos. Soló quedó exceptuado de esta gracia el conde de Gijón y en las prisiones que antes le tenían. Su culpa era muy calificada y de muchas recaídas; el rey mal enojado, y aún si el ejemplo del rey don Pedro no le en-

frenara, que se perdió por semejantes rigores, se entiende acabara con él, que perro muerto no ladra. Demás de esto, se acordó que el reino sirviese al rey con una suma bastante para el sustento y paga de la gente ordinaria de guerra, porque, acabadas las guerras, se derramaban por los pueblos, comían a discreción, robaban y rescataban a los pobres labradores; estado miserable. Para que esto se ejecutase mejor reformaron el número de los soldados, en guisa que restasen cuatro mil hombres de armas, mil quinientos jinetes, mil arqueros, con la gente necesaria para su servicio. Que esta gente estuviese presta para la defensa del reino y se sustentasen de su sueldo, sin vagar ni salir de sus guarniciones ni de las ciudades que les señalasen. De esta manera se puso remedio a la soltura de los soldados, y para aliviar los gastos bajaron el sueldo, que recompensaron con privilegios y libertades que les dieron. Quitaron la licencia a los naturales de ganar sueldo de ningún príncipe extraño; ley saludable, y que los reyes adelante con todo rigor ejecutaron.

Acostumbraban los papas a proveer en los beneficios y prebendas de España a hombres extranjeros, de que resultaban dos inconvenientes notables, que se faltaba al servicio de las iglesias y al culto divino por la ausencia de los prebendados, y que los naturales menospreciasen el estudio de las letras, cuyos premios no esperaban; queja muy ordinaria por estos tiempos, y que diversas veces se propuso en las Cortes y se trató del remedio. Acordáronse suplicase al papa Clemente proveyese en una cosa tan puesta en razón y que todo el reino deseaba. Los señores asimismo de Castilla, infanzones, hijosdalgo, con las revueltas de los tiempos estaban apoderados de las iglesias con voz de patronazgo. Quitaban y ponían en los beneficios a su voluntad clérigos mercenarios, a quien señalaban una pequeña cota de la renta de los diezmos, y ellos se llevaban lo demás. Los obispos de Burgos y Calahorra, por tocarles más este daño, intentaron de remediarle con la autoridad de las Cortes y el brazo real. El rey venía bien en ello; pero, vista la resistencia que los interesados hacían, no se atrevió a romper ni desabrir de nuevo a los señores, que poco antes llevaron muy mal otro decreto que hizo, en que a todos los vasallos de señorío dio libertad para hacer recurso por vía de apelacion a los tribunales y a los jueces reales; además que se valían de la inmemorial en esta parte, de los servicios de sus antepasados, de las bulas ganadas de los pontífices antes del concilio lateranense, en que se estableció que ningún seglar pudiese gozar de los diezmos eclesiásticos ni disfrutar las iglesias, aunque fuese con licencia del sumo pontífice, decreto notable.

Las mercedes del rey don Enrique fueron muchas y grandes en demasía. Advertido del daño, las cercenó en su testamento en cierta forma, según que de suso queda declarado. Los señores propusieron en estas Cortes que aquella cláusula se revocase, por razones que para ello alegaban. El rey a esta demanda respondió que holgaba, y quería que las mercedes de su padre saliesen ciertas; buenas palabras; otro tenía en el corazón y las obras lo mostraron.

A un mismo tiempo llegaron a aquella ciudad embajadores de los reyes de Navarra y de Granada. Ramiro de Arellano y Martín de Aivar pidieron en nombre del navarro que, pues la reina doña Leonor, su señora, se quedó en Castilla para convalecer con los aires naturales, ya que tenía salud, a Dios gracias, volviese a hacer vida con su marido, que no era razón en aquella edad en que podían tener sucesión estar apartados, en especial que era necesario coronarse, ceremonia y solemnidad que por la ausencia de la reina se dilatara hasta entonces. Al rey pareció justa esta demanda. Habló con su hermana en esta razón; que el rey, su marido, pedía justicia, por ende que sin dilación aprestase la partida. Excusóse la reina con el odio que decía le tenía aquella gente; que no podía asegurar la vida entre los que intentaron el tiempo pasado matarla con hierbas por medio de un médico judío. Al rey pareció cosa fuerte y recia forzar la voluntad de su hermana; vino empero a instancia de los embajadores en que, pues no tenían hijo varón, la infanta doña Juana, que era la mayor de las hijas y su madre la dejara en Roa, la restituyese a su padre.

Con esto el de Navarra, despedido de recobrar su mujer por entonces, acordó coronarse en la iglesia mayor de Pamplona. La ceremonia se hizo a los 13 de febrero con toda representación de majestad. Ungiéronle a fuero de Navarra; levantáronle en hombros en un pavés, y todos los circuns-

tantes en alta voz le saludaron por rey. Hizo la ceremonia Pedro Martínez de Salva, obispo de aquella ciudad. Halláronse presentes el cardenal don Pedro de Luna, legado por el papa Clemente, y otros caballeros principales.

De parte del rey moro vino a Castilla por embajador el gobernador de Málaga. Pretendía que antes que expirase el tiempo de las treguas puestas entre Castilla y Granada se prologasen. Negoció bien, porque presentó largamente caballos, jaeces, paños de mucho precio y otros adobos semejantes. Lo que hubo particular en estas treguas fue que las firmaron los reyes y sus hijos herederos de los estados.

Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, a sus expensas edificaba sobre el río Tajo una hermosa puente, que hasta hoy día se llama la puente del arzobispo. Junto a la obra estaban unas pocas casas, por mejor decir chozas, a manera de alquería. Agradóse el rey de la obra, que era muy importante y de la disposición apacible de la tierra cuando pasó a Sevilla para hacer guerra a Portugal. Con esta ocasión hizo el arzobispo instancia que diese franqueza a todos los que viniesen allí a poblar. Otorgó el rey con su demanda, y quiso que el pueblo se llamase Villafranca y que gozase de la misma franqueza Alcolea, en cuyo territorio se edificaba la puente. Expidióse el privilegio, que está en los archivos de la iglesia de Toledo, en Guadalajara a los 14 de marzo.

A su hijo menor el infante don Fernando, demás del estado de Lara que ya tenía, adjudicó de nuevo la villa de Peñafiel con título de duque. Pusiéronle en señal del nuevo estado en la cabeza una corona rasa sin flores, a diferencia de la real, si bien en esta era, no sólo los duques, pero los marqueses y condes graban en sus escudos y ponen por timbre o cimera coronas que se rematan en sus flores como la de los reyes. El escudo de armas que le señalaron fue mezclado de las de Castilla y de Aragón, a propósito que se diferenciasen de las del príncipe y por que traía su descendencia de aquellas dos casas. Las Cortes de Guadalajara, que fueron tan célebres por las muchas cosas que en ellas se trataron, se despidieron entrado bien el verano.

Por el mes de junio se acabaron de asentar las treguas con Portugal por término de seis años. Crecían los portugueses cada día en fuerzas y reputación, no sin gran recelo de los de Castilla. Manteníanse en la obediencia de los papas de Roma en que muy recio se tenían. Así, Bonifacio IX, que, como se dijo, al fin del año pasado fue puesto en lugar de Urbano, erigió la ciudad de Lisboa en metropolitana arzobispal. Señalóle por sufragáneo sólo al obispo de Coimbra; mas en nuestros tiempos el papa Paulo III le añadió el obispado de Portalegre, que él mismo erigió de nuevo en aquel reino.

La ciudad de Segovia está puesta en los montes con que parten término Castilla la Vieja y la Nueva. Su mucha vecindad por la mayor parte se sustenta del trato de la lana y artificio de ropa muy fina que en ella se labra. El invierno es riguroso como de montaña, el estío templado por causa de las muchas nieves con que los montes que la rodean están cubiertos todo el año. Acordó el rey por esta razón, de Guadalajara irse a aquella ciudad para pasar en ella los calores, y de camino quería ver el monasterio del Paular, que a su costa en Rascafría, no lejos de aquella ciudad, se levantaba; el más rico, vistoso y devoto que los cartujos tienen en España. Consignó asimismo a los monjes benitos en Valladolid el alcázar viejo para que le devolviesen y mudasen en un monasterio de su orden, en que en nuestro tiempo reside el general de los benitos y en él juntan sus capítulos generales. Demás de esto, los años pasados el devotísimo templo de Guadalupe, en que el rey don Alonso, su abuelo, puso sacerdotes seglares, entregó a la orden de San Jerónimo, acuerdo muy acertado. Estas tres insignes memorias hay en España de la piedad de este rey, demás de algunas leyes que estableció muy religiosas, en particular con acuerdo de las Cortes de Briviesca, tres años antes de éste mandó que no sacasen las cruces en los recibimientos de los reyes, ni figurasen la cruz en tapices o otras partes que se pisasen.

Pasado el estío, envió al príncipe y princesa a Talavera, para que en aquel pueblo tuviesen el invierno por la templanza del aire y la campiña asaz apacible. Él se encaminó a Alcalá con intento

de pasar al Andalucía para reprimir los insultos y males que por la revuelta de los tiempos más allí que en otras partes se desmandaban. Las leyes tenían poca fuerza, y menos los jueces para las ejecutar; el favor, el dinero y la fuerza prevalecían contra la razón y verdad.

Llegaron a Alcalá cincuenta soldados jinetes que llamaban farfanes, cristianos de profesión, pero que tiraban sueldo del rey de Marruecos, y así venían muy ejercitados en la manera de la milicia africana, como es ordinario que a los soldados se pegan las costumbres de los lugares en que mucho tiempo residen. Señálanse los de África en la destreza de volver y revolver los caballos con toda gentileza, en saltar en ellos, en correrlos, en apearse y jugar de las lanzas. Quiso el rey un domingo, después de misa, que fue a los 9 de octubre, ver lo que hacían aquellos soldados. Salió al campo por la puerta de Burgos, que está junto a palacio, acompañado de sus grandes y cortesanos. Iba en un caballo muy hermoso y lozano. Antojósele de correr una carrera. Arrimóle las espuelas, corrió por un barbecho y labrada, tropezó el caballo en los surcos por su desigualdad, y cayó con tanta furia, que quebrantó al rey, que no era muy recio ni muy sano, de guisa que a la hora rindió el alma; caso lastimoso y desastre no pensado.

No hay bienandanza que dure, ni alegría que presto no se mude en contrario. ¿Qué le prestó su poder, sus haberes? ¿Sus cortesanos, qué le prestaron para que en la flor de su edad, que no pasaba de treinta y tres años, no le arrebatase la muerte desgraciada y fuera de sazón? Reinó once años, tres meses y veinte días. A propósito de despertar a los nobles y cortesanos con el cebo de la honra a emprender grandes hazañas y señalarse en valor, a imitación del rey don Alfonso, su abuelo, inventó en lo postrero de sus días en Segovia, y publicó día de Santiago, cierta compañía y hermandad que trajese por divisa de un collar de oro una paloma colgada a manera de pinjante. Ordenó sus leyes, con que los que entrasen en esta caballería se gobernasen, todas enderezadas a despertar el valor de sus vasallos. La muerte tan temprana le atajó para que esta su traza y otras no pasasen adelante.

CAPÍTULO XIV
DE LAS COSAS DE ARAGÓN

Esto pasaba en Castilla. En Aragón el nuevo rey don Juan, primero de aquel nombre, procedía asaz diferentemente de su padre. El padre era de ingenio despierto, belicoso, amigo de aumentar su estado; en hacer guerra y asentar paz tenía más atención al útil que a la reputación y fama; el rey don Juan era de un natural afable y manso, si ya no le trocaba algún notable desacato, más inclinado al sosiego que a las armas. Ejercitábase en la cetrería y montería, y era aficionado a la música y a la poesía, todo con atención a representar grandeza y majestad; tan excesivo el gasto, que las rentas reales no bastaban para acudir a estos deportes y solaces; dejo otros deleites poco disfrazados y cubiertos. La reina otro que tal, como cortada a la traza de su marido, aunque dentro de los limites de mujer honesta, usaba de entretenimientos semejantes. Así, en la casa real todo era saraos, juegos y fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban más en cantar y tañer y danzar que a su edad y a mujeres convenía. ningún instrumento ni ocasión faltaba en aquel palacio de una vida regalada y muelle. Dábanse muy aventajados premios a los poetas que, conforme a las costumbres que corrían, componían y trovaban en lenguaje lemosín y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovas. Lo cual era en tanto grado, que despachó una embajada al rey de Francia en que le pedía le buscase con cuidado y enviase algunos de aquellos poetas de los más señalados. La semejanza de las costumbres y la fama que de estas cosas corría convidó al emperador Wenceslao, príncipe muy conocido por su descuido y flojedad, para que por sus embajadores le pidiese su amistad y su hija por mujer, negocio que por entonces se dilató, y no se efectuó adelante.

Los nobles de Aragón, indignados por los desórdenes de su rey, su poca atención al gobierno y los escándalos que de ellos resultaban, al mismo tiempo que el rey tenía Cortes en Monzón, se juntaron en Calasanz para comunicarse y acordar en qué guisa se podría acudir al remedio. Las cabezas principales de la junta eran don Alonso de Aragón, conde de Denia y marqués de Villena, don Jaime, su hermano, obispo de Tortosa, don Bernardo de Cabrera, sin otros ricos hombres y varones de mucha cuenta. Pareció poner por escrito las quejas y enviarlas a las Cortes. Las cabezas principales: que con los regalos y deleites sin tasa, la disciplina militar se estragaba, y la gente se afeminaba; que las costumbres antiguas se alteraban de todas maneras por e1 regalo en las comidas y los gastos en los vestidos; que no era razón al albedrío de una mujer se trastornase todo el reino, y que pudiese ella sola más que las leyes y la nobleza, no sin nota de los mismos rey y reina, que tal desorden sufrían en su misma casa. Esto decían por una dama, por nombre Carroza de Vilaragur, que con su privanza estaba muy apoderada de la reina, y ella del rey, mengua de que resultaba gran parte de los desórdenes y de las quejas y odio. Anduvieron demandas y respuestas hasta apuntar que se valdrían de las armas y fuerza, si por bien no se acudía al remedio de aquellos daños. Pudiérase de estos principios encender alguna guerra y revuelta, si no lo atajara la apacible condición del rey. Otorgó con lo que aquellos señores le suplicaban. Cercenó las demasías y soltura de la casa real. Ordenó pragmáticas, en que se puso tasa y limite a los gastos de la gente, en particular despidió de palacio aquella privada de la reina, con orden que no se entremetiese en el gobierno del reino ni de la casa real.

Con esto calmaron los disgustos que amenazaban mayores daños, en sazón que de Francia se mostraban nuevos temores y asonadas de guerra. Bernardo de Armeñac con golpe de bretones rompió por los confines de Cataluña. Mayor fue el ruido que el daño. Siguióle por ende poco después su hermano el conde de Armeñac con más gente. Tomich, historiador catalán, atestigua que llegaron a dieciocho mil caballos, mentira que muestra fue el número grande. La causa de hacer guerra era la codicia de robar. Pusieron fuego en algunos lugares y granjas, hicieron presas de gente y de ganados; en lo de Ampurias y de Gerona cargó lo más recio de la tempestad. Acudió gente de todo el reino, tuvieron diversos encuentros; en uno desbarató Bernardo de Cabrera ocho banderas de franceses junto a Navarra. En otro Ramón Bages, caudillo señalado, cerca de otro pueblo llamado Cava-

ñas, deshizo otro buen golpe de enemigos con prisión de Mastin, su capitán. Con estas victorias se alentaron los aragoneses y desmayaron los bretones; así lo lleva la guerra. El mismo rey, de Gerona, donde se estaba a la mira, salió en campaña resuelto de acometer a los enemigos, que de diversas partes se juntaban y se rehacían de fuerzas. Tienen los franceses los primeros acometimientos muy bravos, pero aflojan con la tardanza; así avino en este caso, que los franceses, cansados de guerra tan larga y en que les iba tan mal, acordaron dar la vuelta sin esperar al rey ni venir con él a las manos. Salieron por la parte de Rosellón, en que de camino hicieron todo mal y daño. Era asimismo forzoso al conde de Armeñac acudir a la defensa de su estado contra Marigoto, natural de Alvernia, que a persuasión del rey de Aragón y a su costa le comenzaba a hacer guerra.

A la misma sazón que esto pasaba en Cataluña, a la primavera en Aviñón se concertó casamiento entre Luis, hijo del otro Luis, duque de Anjou, que se intitulaba rey de Jerusalén y de Sicilia, y que murió en la conquista de Nápoles, y doña Violante, hija del rey de Aragón. No pudo el padre de la infanta hallarse a los conciertos por causa de la guerra sobredicha, que le tenía puesto en cuidado. Hizo las capitulaciones el papa Clemente a contento de las partes que se hallaron allí, el novio en persona, y el de Aragón por sus embajadores; en Barcelona se concluyó, do vino el desposado con grande acompañamiento. Lo que se pretendía principalmente y lo que capitularon en este casamiento fue que el rey de Aragón ayudase a su yerno para cobrar lo de Nápoles.

En Perpiñán otrosí el rey dio su consentimiento para que se hiciesen los desposorios entre María, reina de Sicilia, y don Martín, señor de Ejerica, sobrino del rey, hijo de don Martín, su hermano, duque de Momblanc. Vino también el papa en ellos; que por ser aquel reino feudo de la Iglesia se requería su beneplácito.

En Cerdeña se volvió a las revueltas pasadas a causa que Brancaleon Doria, sin tener cuenta con el asiento tomado y olvidado del perdón que le dieron, por principio del año 1391 acudió a las armas con voz de libertar la gente que tenían oprimida; color con que granjeó a los genoveses, y muchos de los isleños se le arrimaron deseosos de novedades y cansados del gobierno de Aragón. Hizo tanto, que se apoderó de Sacer, la ciudad más principal de aquella isla, y de otros pueblos y castillos. Para atajar estos daños mandó el rey hacer gente de nuevo, y por un edicto que hizo pregonar en Zaragoza ordenó a todos los que estuviesen heredados en aquella isla acudiesen a la defensa con las armas.

En este mismo año el papa Clemente dio el capelo a don Martín de Salva, obispo de Pamplona, prelado en aquellos tiempos señalado en virtud y grave, que fue el primer cardenal que aquella iglesia tuvo.

CAPÍTULO XV
DE LOS PRINCIPIOS DE DON ENRIQUE, REY DE CASTILLA

Cuando el rey don Juan de Castilla cayó con el caballo, como queda dicho, hallóse a su lado el arzobispo don Pedro Tenorio, persona de consejo acertado y presto. Mandó que a la hora se armase una tienda en el mismo lugar de la caída. Puso gente de guarda, hombres de confianza y callados. Hacía fomentar y cubrir de ropa el cuerpo del rey, y en su nombre ordenaba se hiciesen rogativas y plegarias en todas las partes por su salud, por demás por estar ya difunto y sin alma, todo a propósito de entretener la gente, y con mensajeros que despachó a las ciudades, prevenir que no resultasen revueltas, por los humores y pasiones que todavía, aunque de secreto, duraban entre los nobles, eclesiásticos y gente popular. A veces publicaban que el rey se hallaba mejor y siempre fingían recados de su parte. Pero como el semblante del rostro no decía con las palabras, y muchas veces los de palacio se apartasen a hablar y comunicar entre sí, no pudo por mucho tiempo encubrirse el engaño. La primen que acudió al triste espectáculo fue la reina doña Beatriz, despojada antes del reino de su padre, y al presente del marido, sin hijos algunos con cuya compañía aliviase sus trabajos, su viudez y su soledad. El sentimiento bien se puede entender sin que la pluma le declare.

El príncipe don Enrique, alterado con la muerte de su padre, partió de Talavera, pero reparó en Madrid acompañado de su hermano el infante don Fernando. Allí el arzobispo, que todo lo meneaba, dio orden que los estandartes reales se levantasen por el nuevo rey, y que le pregonasen por tal y le publicasen, primero en una junta de grandes, después por las plazas y calles de aquella villa, alegría destemplada con cuita y pena por haber perdido un buen rey, y el que le sucedía, demás de su poca edad, tener el cuerpo muy flaco, por donde vulgarmente le llamaron el rey don Enrique el Doliente, y fue de este nombre el tercero. Acudieron a porfía los señores de todo el reino a hacerle sus homenajes, besarle la mano, ofrecer a su servicio personas y estados. Muchos, como es ordinario, con la mudanza del príncipe y del gobierno se prometían grandes esperanzas; que tal es el mundo, unos suben, otros bajan, y más en ocasiones semejantes. Halláronse presentes a la sazón don Fadrique, duque de Benavente, don Pedro, conde de Trastámara, los maestres de las órdenes don Lorenzo de Figueroa, de Santiago; don Gonzalo Núñez de Guzmán, de Calatrava, don Martín Yáñez de la Barbuda, de Alcántara, don Juan Manrique, arzobispo de Santiago y chanciller mayor de Castilla.

Don Alonso de Aragón, marqués de Villena, se hallaba en Aragón, do se fue el tiempo pasado mal enojado con el rey difunto por agravios que alegaba. Ofrecióse volver a Castilla y hacer el reconocimiento debido a tal que le restituyesen en el oficio de condestable que tenía antes. Vinieron en lo que pedía el rey y la reina, conformándose en esto con lo que hizo su padre, que le dio aquella preeminencia; sin embargo, él no vino por impedimentos que le detuvieron en Aragón. Concluida la solemnidad susodicha, acudieron a Toledo para sepultar el rey, según que él lo dejó dispuesto, en la su capilla real. Hiciéronle las honras y enterramiento con toda representación de tristeza y de majestad; juntáronse tras esto Cortes en Madrid de los prelados, nobleza y procuradores de las ciudades. Pretendían dar orden en el gobierno por la edad del rey, que no pasaba de once años y pocos días más. Andaba en la corte doña Leonor, hija única de don Sancho, conde de Alburquerque. El dote y sus haberes y rentas eran de guisa, que el pueblo la llamaba la rica hembra; muchos ponían los ojos en este casamiento; entre los demás se adelantaba su primo hermano el duque de Benavente. Engañóle su esperanza, ganósela, y fuele antepuesto el infante don Fernando. Desposáronlos, más con condición que en el matrimonio no se pasase adelante hasta tanto que el rey tuviese catorce años. El intento era que si muriese antes de aquella edad, el infante con el reino sucediese en la carga de casar con la reina doña Catalina, según que en los asientos que se tomaron con el duque de Lancaster quedó todo esto cautelado. Juró los desposorios la novia por ser de dieciséis años; el infante don Fernando por lo dicho y por su poca edad no juró. Al tiempo que en las Cortes se trataba de asentar el gobierno del reino, durante la minoridad del nuevo rey, por dicho de Pero López de Ayala, de

quien traen su descendencia los condes de Fuensalida, se supo que el rey don Juan los años pasados otorgó su testamento. Acordaron que antes de pasar adelante se hiciese diligencia. Revolvieron los papeles reales y sus escritorios, en que finalmente hallaron un testamento que ordenó en Portugal al mismo tiempo que estaba sobre Cillorico, según que de suso queda declarado. Leyóse el testamento, que causó varios sentimientos en los que presentes se hallaron. Ofendíales sobre todo la cláusula en que nombraba por tutores del príncipe hasta que tuviese quince años a don Alonso de Aragón, condestable, a los arzobispos de Toledo y de Santiago, al maestre de Calatrava, a don Juan Alonso de Guzmán, conde de Niebla, a Pedro de Mendoza, mayordomo mayor de la casa real, y con ellos a seis ciudadanos de Burgos, Toledo, León, Sevilla, Córdoba, Murcia, uno de cada cual de estas ciudades sacado por voto de sus, cabildos. Como no se podían nombrar todos, los que dejó de mentar se sentían ellos o sus aliados. Altercóse mucho sobre el caso. Algunos pocos querían que la voluntad del testador se cumpliese; los más juzgaban se debía dar aquel testamento por ninguno y de ningún valor, para lo cual alegaban razones y testigos que comprobaban había descontentado al mismo lo que con aquella prisa sin mucha consideración dispuso. Éste parecer prevaleció, si bien el arzobispo de Toledo no vino en que el testamento se quemase, por causa de ciertas mandas que en él hacía a la su iglesia de Toledo, que pretendía eran validas, puesto que las demás clánsulas no lo fuesen. Tomado este acuerdo, salieron nombrados por gobernadores del reino el duque de Benavente, el marqués de Villena, el conde de Trastámara, señores todos de alto linaje y muy poderosos. Arrimáronles los arzobispos de Toledo y de Santiago, los maestres de Santiago y de Calatrava. De los diez y seis procuradores de Cortes decretaron que los ocho por turno, de tres en tres meses, se juntasen con los demás gobernadores con igual voto y autoridad. Lo que la mayor parte de la junta decretase eso quedase por asentado y valedero.

No contentó al arzobispo de Toledo esta traza; en público alegaba que la muchedumbre sería ocasión de revueltas, de secreto le punzaba la poca mano que entre tantos le quedaba en el gobierno. Pretendía se acudiese a la ley del rey don Alfonso el Sabio, en que ordena que en tiempo de la minoridad del rey los gobernadores sean uno, tres, cinco o siete. Éste era su parecer; más vencido de las importunidades de los grandes, mezcladas a veces con amenazas, vino en lo decretado. Mandaron que en adelante no corriese cierto género de moneda, sino en cierta forma, que se llamaba Agnus Dei, y era como blancas, y por las necesidades de los tiempos se acuñara de baja ley. Don Alonso, conde de Gijón, tenía preso en el castillo de Almonacir el arzobispo de Toledo por orden del rey; temía él las revueltas de los tiempos, hizo instancia que le descargasen de aquel cuidado. Pasáronle a Monterrey, y encomendaron al maestre de Santiago le guardase hasta tanto que con maduro consejo se decidiese su causa.

En Sevilla y en Córdoba el pueblo se alborotó contra los judíos de guisa, que con las armas sin poder los jueces irles a la mano, dieron sobre ellos, saquearon sus casas y sus aljamas, y les hicieron todos los desaguisados que se pueden pensar de una canalla alborotada y sin freno. Apellidábalos con sus sermones sediciosos que hacía por las plazas, y atizaba su furor Fernán Martínez, arcediano de Écija. De este principio cundió el daño después por otras partes de España. En Toledo, Logroño, Valencia, Barcelona a los 5 de agosto del año adelante, como si hubieran aplazado aquel día, les robaron sus haciendas y saquearon las casas; tan grande era el odio y la rabia. Muchos de aquella nación se valieron de la máscara de cristianos contra aquella tempestad, que se bautizaron fingidamente; forzaba el miedo a lo que la voluntad rehusaba. Pero esto avino después.

Acostumbraban a juntarse en cierta iglesia de Madrid los procuradores del reino y los otros brazos. Entraron en la junta con armas el duque de Benavente y el conde de Trastámara, acompañados de gente que dejaron en guarda de aquél templo y como cercado. Esta demasía sintió el arzobispo de Toledo de suerte, que el día siguiente se salió de la corte la vía de Alcalá, y desde allí fue a Talavera. Solicitaba por sus cartas desde estos lugares a los pueblos y caballeros a tomar las armas y librar el reino de los que con color de gobierno lo tiranizaban. Dio noticia de lo que pasaba al papa

Clemente, a los reyes de Aragón y de Francia; que la violencia de unos pocos tenía oprimida la libertad de Castilla; que en las Cortes del reino no se daba lugar a la razón, antes prevalecía la soltura de la lengua y las demasías, las banderas campeaban en palacio, y en la corte no se veía sino gente armada, la junta del reino no osaba chistar, ni decían lo que sentían; antes por el miedo se dejaban llevar del antojo de los que todo lo querían mandar y revolver, hombres voluntarios y bulliciosos; que la postrimera voluntad del rey don Juan, que debieran tener por sacrosanta, era menospreciada, con la cual si no se querían conformar, por haber hecho aquel su testamento de prisa y con el ánimo alterado, velo con que cubrían su pasión, ¿qué podían alegar para no obedecer a las leyes que sobre el caso dejó establecidas un príncipe tan sabio como el rey don Alfonso? ¿Si le querían tachar de falta de juicio o gastado con sus trabajos y años? Concluía con que no creyesen era público consentimiento lo que salía decretado por las negociaciones y violencia de los que más podían; pedía acudiesen con brevedad al remedio de tantos males y a la flaca edad del rey, de que algunos se burlaban y hacían escarnio, y en todo pretendían sus particulares intereses, sin tener cuenta con el pro y daño común; que esto les suplicaba por todo lo que hay de santo en el cielo la mayor y más sana parte del reino.

El de Benavente poco adelante por disgustos que resultaron y nunca suelen faltar, a ejemplo del arzobispo, se salió de la corte y se fue a la su villa de Benavente sin despedirse del rey. Comunicóse con el arzobispo de Toledo; pusieron su alianza, y por tercero se les allegó el marqués de Villena, si bien ausente de Castilla. Los que restaban con el gobierno despacharon a todos sus cartas y mensajes, en que les requerían que, pues era forzoso juntar Cortes generales del reino, no faltasen de hallarse presentes. Ellos se excusaron con diversas causas que alegaban para no venir.

De parte del papa Clemente vino por su nuncio fray Domingo, de la orden de los predicadores, obispo de San Ponce, con dos cartas que traía enderezadas la una al rey, la otra a los gobernadores. La suma de ambas era declarar el sentimiento que su Santidad tenía por la muerte desgraciada del rey don Juan, príncipe poderoso y de aventajadas partes. Que aquella desgracia era bastante muestra de cuan inconstante sea la bienandanza de los hombres y cuan quebradiza su prosperidad. Sin embargo, los amonestaba a llevar con buen ánimo pérdida tan grande, y con su prudencia y conformidad atender al gobierno del reino y soldar aquella quiebra. Lo cual harían con facilidad, si pospuestas las aficiones y pasiones particulares, pusiesen los ojos en Dios y en el bien común de todos, cosa que a todos estaría bien, y como padre se lo encargaba, y de parte de Dios se lo mandaba. Trató el nuncio, conforme el orden que traía, de concertar aquellas diferencias que comenzaban entre los grandes. Habló ya a los unos, ya a los otros, pero no pudo acabar cosa alguna. La llaga estaba muy fresca para sanarla tan presto.

Vinieron en la misma sazón embajadores de Francia y de Aragón. Lo que sacaron fue que se renovaron las alianzas antiguas entre aquellas coronas, y de nuevo se juraron las paces. Los embajadores de Navarra que acudieron asimismo, demás de los oficios generales del pésame por la muerte del padre y del parabién del nuevo reino, traían particular orden de hacer instancia sobre la vuelta de la reina doña Leonor a Navarra para hacer vida con su marido y ofrecer todo buen tratamiento y respeto, como era razón y debido. Alegaban para salir con su intento las razones de suso tocadas. La reina a esta demanda dio las mismas excusas que antes. Era dificultoso que el rey acabase con su tía, mayormente en aquella edad, lo que su mismo hermano no pudo alcanzar. En este medio el arzobispo de Toledo juntaba su gente con voz de libertar el reino; que unos pocos mal intencionados tenían tiranizado. La gente se persuadía quería con este color apoderarse del gobierno, conforme a la inclinación natural del vulgo, que es no perdonar a nadie, publicar las sospechas por verdad, echar las cosas a la peor parte, demás que comúnmente le tenían por ambicioso y por más amigo de mandar que pedía su estado y la persona que representaba.

Acometieron segunda y tercera vez a mover tratos de conciertos entre los grandes de Castilla; el suceso fue el que antes, ninguna cosa se pudo efectuar por estar tan alteradas las voluntades y tan

encontradas. Los procuradores del reino que asistían al gobierno se recelaron de alguna violencia. Parecióles no estaban seguros en Madrid por no ser fuerte aquella villa; acordaron de irse a Segovia en compañía del rey.

El conde de Trastámara, uno de los gobernadores, pretendía ser condestable de Castilla. Para salir con su intento, alegaba que el rey don Juan antes de su muerte le dio intención de hacerle aquella gracia, testigos no podían faltar ni favores ni valedores. A los más prudentes parecía que no era aquel tiempo tan turbio a propósito para descomponer a nadie, y menos al marqués de Villena, si le despojaban de aquella dignidad. Diose traza de contentar al de Trastámara con setenta mil maravedíes por año que le señalaron de las rentas reales, y eran los mismos gajes que tiraba el condestable por aquel oficio, con promesa para adelante que si el marqués de Villena no viniese en hacer la razón y apartarse de los alborotados, en tal caso se le haría la merced que pedía, como se hizo poco después.

Arrimáronse al arzobispo de Toledo, demás de los ya nombrados, el maestre de Alcántara y Diego de Mendoza, tronco de los duques del Infantado, señores hoy día muy poderosos en rentas y aliados. Juntaron mil quinientos caballos y tres mil quinientos de a pie. Con esta gente acudieron a Valladolid, do el rey era ido; hicieron sus estancias a la ribera del río Pisuerga, que baña aquel pueblo y sus campos, y poco adelante deja sus aguas y nombre en el río Duero. La reina doña Leonor de Navarra, de Arévalo en que residía, acudió para sosegar aquellos bullicios y atajar el peligro que todos corrían si se venía a las manos, y el daño que sería igual por cualquiera de las partes que la victoria quedase. Puso tanta diligencia, que, aunque a costa de gran trabajo e importunación, alcanzó que las partes se hablasen y tratasen entre sí de tomar algún asiento y de concertarse. Juntáronse de acuerdo de todos en la villa de Perales en día señalado personas nombradas por la una y por la otra parte. Acudió asimismo la misma reina, hembra de pecho y de valor, y el nuncio del papa Clemente para terciar en los conciertos.

El principal debate era sobre el testamento del rey don Juan, si se debía guardar o no. El arzobispo de Santiago con cautela preguntó en la junta al de Toledo si quería que en todo y por todo se estuviese por aquel testamento y lo que en él dejó ordenado el rey don Juan. Detúvose el de Toledo en responder. Temía alguna zalagarda, en particular que pretendían por aquel camino excluir y desabrir al duque de Benavente, que no quedó en el testamento nombrado entre los gobernadores del reino. Finalmente, respondió con cautela que le placía se guardase, a tal que al número de los gobernadores allí señalados se añadiesen otros tres grandes, es a saber, el de Benavente, el de Trastámara y el maestre de Santiago, gran personaje por sus gruesas rentas y muchos vasallos. Que esto era conveniente y cumplidero para el sosiego común que tales señores tuviesen parte y mano en el gobierno. Vinieron en esto los contrarios mal su grado, no podían al hacer por no irritar contra sí tales personajes. Acordaron que para mayor firmeza de aquel concierto y asiento que tomaban se juntasen Cortes generales del reino en la ciudad de Burgos, para que con su autoridad todo quedase más firme. En el entretanto se dieron entre si rehenes, hijos de hombres principales, es a saber, el hijo de Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor de la casa real, de quien descienden los condes de Montagudo, marqueses de Almazán, el hijo de Pero López de Ayala, el hijo de Diego López de Zúñiga, el hijo de Juan Alonso de la Cerda, mayordomo del infante don Fernando. Con esta traza por entonces se sosegaron aquellos bullicios, de que se temían mayores daños.

CAPÍTULO XVI
QUE SE MUDARON LAS CONDICIONES DE ESTE CONCIERTO

Con esta nueva traza que dieron quedó muy válido el partido del arzobispo de Toledo, tanto, que se sospechaba tendría él solo mayor mano en el gobierno que todos los demás que le hacían contraste, lo uno por ser de suyo muy poderoso y rico, que tenía mucho que dar, lo otro por los tres señores tan principales que se le juntaban, como granjeados por su negociación. Así lo entendían el arzobispo de Santiago y sus consortes; por este recelo buscaban algún medio para desbaratar aquel poder tan grande. Comunicaron entre sí lo que se debía hacer en aquel caso. Acordaron de procurar con todas sus fuerzas de poner en libertad al conde de Gijón para contraponerle a los contrarios y a la parte del de Toledo. Decían que la prisión tan larga era bastante castigo de las culpas pasadas, cualesquier que ellas fuesen. Parecía muy puesta en razón esta demanda, y así, con facilidad se salió con ella. Sacáronle de la prisión, y lleváronle a besar la mano al rey, que le mandó restituir su estado. La revuelta de los tiempos le dio la libertad que a otros quitara; así van las cosas, unos pierden, otros ganan en semejantes revoluciones.

Juntáronse las Cortes en Burgos, según que lo tenían concertado. Comenzóse a tratar del concierto puesto entre las partes. El arzobispo de Santiago, como lo tenían trazado, dijo que no vendría en ello si no admitían al conde de Gijón por cuarto gobernador junto con los tres grandes que antes señalaron, pues en nobleza y estado a ninguno reconocía ventaja. Mucho sintió el arzobispo de Toledo verse cogido con sus mismas mañas. Altercaron mucho sobre el caso. Los procuradores de las ciudades, divididos, no se conformaban en este punto, como los que estaban negociados por cada cual de las partes. Temíase alguna revuelta no menor que las pasadas. Para atajar inconvenientes acordaron de nombrar jueces árbitros que determinasen lo que se debía hacer. Señalaron para esto a don Gonzalo, obispo de Segovia, y Alvar Martínez, muy eminentes letrados en el derecho civil y eclesiástico. No se conformaron ni fueron de un parecer por estar tocados de los humores que corrían y ser cada uno de su bando. Continuáronse los debates, y duraron hasta el principio del año que se contaba 1392, en que, finalmente, a cabo de muchos días y trabajos otorgaron con el dicho arzobispo de Santiago que todos los cuatro grandes de suso mentados tuviesen parte en el gobierno junto con los demás. Dieron asimismo traza que entre todos se repartiese la cobranza de las rentas reales. Para lo demás del gobierno, que cada seis meses por turno gobernasen los cinco de diez que eran, y los demás por aquel tiempo vacasen. Parecióles que con esta traza se acudía a todo y se evitaba la confusión que de tantas cabezas y gobernadores podía resultar. Tomado este asiento, parecía que toda aquella tempestad calmaría y se conseguiría el deseado sosiego.

Regaláronse estas esperanzas por un caso no pensado. Dos criados del duque de Benavente dieron la muerte a Diego de Rojas volviendo de caza, que era de la familia y casa del conde de Gijón. Entendióse que aquellos homicianos llevaban para lo que hicieron orden y mandato de su amo. De esta sospecha, quier verdadera, quier falsa, resultó grande odio en general contra el duque. Representábaseles lo que se podía esperar en el gobierno y poder del que a los principios tales muestras daba de su fiereza y de su mal natural. Alteróse pues la traza primera, y por orden de las Cortes acordaron que el testamento del rey se guardase, mas que en tanto que el marqués de Villena y conde de Niebla, llamados por sendas cartas del rey, no viniesen, el arzobispo de Toledo tuviese sus veces y entrase en las juntas con tres votos. Todo se enderezaba a contentarle para que no revolviese la feria. Al duque de Benavente y conde de Gijón, en recompensa del gobierno que les quitaban, les señalaron sendos cuentos de maravedíes cada un año durante su vida. Concedieron otrosí al arzobispo de Toledo que él solo cobrase la mitad de las rentas reales; de que por su mano se hiciese pagado de los gastos que hizo en levantar la gente en pro común del reino; que así lo decía, y aún quería que los demás otorgasen con él.

El tiempo de las treguas asentadas con Portugal expiraba, y era mala sazón para volver a la

guerra; el rey mozo, las fuerzas muy flacas. Acordaron los gobernadores se despachasen embajadores que procurasen se alargase el tiempo, que fueron las cabezas Juan Serrano, prior de Guadalupe, primero obispo de Segovia, y ya de Sigüenza, y Diego de Córdoba, mariscal de Castilla, de quien descienden los condes de Cabra. El conde de Niebla Juan Alonso de Guzmán para asistir al gobierno partió de su casa. Con su ida se levantó en Sevilla una grande revuelta. Diego Hurtado de Mendoza, con la cabida que tenía en el nuevo rey, pretendió que le nombrasen por almirante del mar. No se podía esto hacer sin descomponer a Alvar Pérez de Guzmán, que tenía de atrás aquel cargo. El conde de Niebla, quier de su voluntad, quier negociado, quiso más granjear un nuevo amigo, que podía mucho en la corte, que mirar por la razón y por su deudo Álvaro de Guzmán. Ésta fue la ocasión del alboroto, porque él, descompuesto, se juntó con Pero Ponce, señor de Marchena, y ambos se apoderaron de Sevilla con daño de los amigos y deudos del conde de Niebla, ca los echaron todos de aquella ciudad, escándalos que por algún tiempo se continuaron.

A la sazón el rey se hallaba en Segovia, ciudad fuerte por su sitio y para con sus reyes muy leal. Allí volvieron los embajadores que se enviaron a Portugal. El despacho fue que el rey de Portugal no daba oídos a aquella demanda de alargar el tiempo de las treguas, antes quería volver a las armas, confiado demás de las victorias pasadas en la poca edad del rey de Castilla y más en las discordias de sus grandes, ocasión cual la pudiera desear para mejorar sus haciendas. El de Benavente otrosí por la mala cara con que en la corte le miraban y la mala voz que de sus cosas corría, junto con la privación del gobierno, mal contento se retiró a su casa y estado; y aún se sonrugía que se comunicaba con el de Portugal y aún traía inteligencias de casar con doña Beatriz, hija bastarda de aquel rey, con gran suma de dineros que en dote le señalaban. Daba cuidado este negocio, por ser el duque persona de tantas prendas, señor de tantos vasallos, y que tenía su estado a la raya de Portugal. Avisado de lo que se decía, se excusó con el agravio que le hicieron en quitarle el casamiento que tuvo por hecho de doña Leonor, condesa de Alburquerque; y aún se dijo que esta fue la ocasión de la muerte que hizo dar a Diego de Rojas, que no terció bien en aquella su pretensión. Todavía ofrecía, si mudado acuerdo se la daban, trocaría por aquel casamiento el de Portugal. Tiene la necesidad grandes fuerzas; acordaron los gobernadores por el aprieto en que todo estaba de venir en lo que pedía. Señalaron a Arévalo, villa de Castilla, para que las bodas se celebrasen. Cosa maravillosa; luego que otorgaron con su deseo, se volvió atrás, sea porque a las veces lo que mucho apetecemos, alcanzado nos enfada, o lo que yo más creo, temía debajo de muestras de quererle contentar alguna zalagarda.

Apretóse con esto el negocio de Portugal. El arzobispo de Toledo por atajar el daño que de esto podía resultar fue a toda prisa a verse con el duque. Confiaba en su autoridad y en las prendas de amistad que había de por medio. Ofrecióle, si mudaba partido, de casarle con hija del marqués de Villena, y en dote tanta cantidad como en Portugal le prometían. Muchas razones pasaron; la conclusión fue que el duque no salió a cosa alguna; excusóse que el gran poder de sus enemigos le tenía en necesidad de valerse del amparo de extraños. El arzobispo, visto que sus amonestaciones no prestaban, dio la vuelta por Zamora para prevenir que Nuño Martínez de Villaizán, alcaide del alcázar, y que tenía en su poder la torre de San Salvador, no pudiese entregar aquella fuerza al duque de Benavente, como vehementemente se sospechaba, y sobre ello la ciudad estaba alborotada y en armas. Llegado el arzobispo, lo compuso todo; diéronse rehenes de ambas partes, y en particular el alcaide para mayor seguridad entregó aquella torre fuerte a quien el arzobispo señaló para que la guardase.

Eran entrados los calores del estío cuando vino nueva cierta que los embajadores que fueron de nuevo a Portugal se juntaron con el prior de San Juan, que vino de parte de su rey a Sabugal, a la raya de los dos reinos; por mucha instancia que hicieron no pudieron alcanzar que las treguas se prorogasen. Ardían los portugueses en un vivo deseo de volver a las manos y no dejar aquella ocasión de ensanchar su reino y mejorar su partido. El primero que salió en campaña fue el duque de

Benavente, que acompañado de quinientos de a caballo y gran número de infantes hizo sus estancias cerca de Pedrosa, no lejos de la ciudad de Toro. Grande era el aprieto en que Castilla se hallaba, los grandes discordes, la guerra que de fuera amenazaba.

En Granada otrosí se albarotaron los moros en muy mala sazón. Falleció por principio de este año Mahomad, que siempre se preció de hacer amistad a los cristianos. Sucedióle su hijo Juzef, otro que tal, en tanto grado, que en vida de su padre a muchos cristianos dio libertad sin rescate. Esta amistad con los nuestros le acarreó mal y daño. Tenía cuatro hijos, Juzef, Mahomad, Alí, Hamet. Mahomad era mozo brioso, amigo de honra y de mandar. No tenía esperanza, por ser hijo segundo, de salir con lo que deseaba, que era hacerse rey, si no se valía de malicia y de maña. Para negociar la gente y levantarla, comenzó de secreto a achacar a su padre y cargarle de que era moro sólo de nombre, en la afición y en las obras cristiano. Por este modo muchos se le arrimaron, unos por el odio que tenían a su rey, otros por deseo de novedades. De estos principios crecieron las pasiones de tal suerte, que estuvo la ciudad en gran riesgo de ensangrentarse y tomar los unos contra los otros las armas. Hallóse presente a esta sazón un embajador del rey de Marruecos, moro principal y de reputación por el lugar que tenía, y su prudencia muy aventajada. Púsose de por medio y procuró de sosegar los bullicios y pasiones que comenzaban. Avisóles del riesgo que todos corrían, si el fuego de la discordia civil se emprendía y avivaba entre ellos, de ser presa de sus enemigos, que estaban alerta y a la mira para aprovecharse de ocasiones semejantes. En una junta en que se hallaban las principales cabezas de las dos parcialidades les habló en esta sustancia:

«Los accidentes y reveses de los tiempos pasados os deben enseñar y avisar cuánto mejor os estará la concordia, que es madre de seguridad y buenandanza, que la contumacia, mala de ordinario y perjudicial. No el valor de los enemigos, sino vuestras disensiones han sido causa de las pérdidas pasadas, muchas y muy graves. ¿Qué podremos al presente esperar, si como locos y sandios de nuevo os alborotáis? Toda razón pide que el hijo obedezca a su padre, sea cual vos le quisiéredes pintar. Hacerle guerra, ¿qué otra cosa será sino confundir la naturaleza y trocar lo alto con lo bajo? ¿Por qué causa no juntaréis antes vuestras fuerzas para correr las tierras de cristianos? ¿Cuál es la causa que dejáis pasar la buena ocasión que de mejorar vuestras cosas os presenta la edad del rey de Castilla, las discordias de sus grandes, además del miedo y cuidado en que los tiene puestos la guerra de Portugal?»

Con estas pocas razones se apaciguaron los rebeldes, y el mismo Mahomad prometió de ponerse en las manos de su padre. Acordaron tras esto de hacer una entrada en el reino de Murcia, como lo hicieron por la parte de Lorca, en que talaron los campos e hicieron grandes presas de hombres y de ganados. Eran en número de setecientos caballos y tres mil peones. Siguiólos el adelantado de Murcia Alonso Fajardo, y si bien no llevaba más de ciento cincuenta caballos, les dio tal carga y a tal tiempo, que los desbarató, degolló muchos de ellos, finalmente, les quitó la presa que llevaban; gran pérdida y mengua de aquella gente, con que España quedó libre de un gran miedo que por aquella parte le amenazaba; lo cual fue en tanto grado, que el rey de Aragón, a quien este peligro menos tocaba, por acudir a él deshizo una armada que tenía en Barcelona aprestada para sosegar los movimientos y alborotos que de nuevo andaban en Cerdeña, a causa que Brancaleón Doria sin respeto de los negocios pasados, con las armas se apoderaba de diversos pueblos y ciudades. Verdad es que los moros, castigados con aquella rota, y temerosos de la tempestad que se les armaba por la parte de Aragón, con más seguro consejo acordaron pedir treguas al rey de Castilla; que fácilmente les concedieron por no embarazarse juntamente en la guerra de Portugal y en la de los moros.

Hallábase el portugués muy ufano por verse arraigado en aquel reino sin contradicción, por las muchas fuerzas y riquezas que tenía, y más en particular por la noble generación que le nacía de doña Filipa, su mujer, que en cuatro años casi continuados parió cuatro hijos: primero a don Alonso, que falleció en su tierna edad; después a don Duarte, que sucedió en el reino de su padre, y en este mismo año a 9 de septiembre nació en Lisboa don Pedro, que fue adelante duque de Coimbra, y

dende a dieciséis meses don Enrique, duque de Viseo y maestre de Christus, y que fue muy aficionado a la astrología, de la cual ayudado y de la grandeza de su corazón se atrevió el primero de todos a costear con sus armadas las muy largas marinas de África, en que pasó tan adelante, que dejó abierta la puerta a los que le sucedieron para proseguir aquel intento hasta descubrir los postreros términos de levante, de que a la nación portuguesa resultó grande honra y no menor interés, como se notará en sus lugares. Los postreros hijos de este rey se llamaron don Juan, y el menor de todos don Fernando.

En este mismo año a Carlos VI, rey de Francia, se le alteró el juicio por un caso no pensado. Fue así, que cierta noche en París, al volver de palacio el condestable de Francia Oliverio Clison cierto caballero le acometió y le dio tantas heridas, que le dejó por muerto. Huyó luego el matador, por nombre Pedro Craon, recogióse a la tierra y amparo del duque de Bretaña, el rey se encendió de tal suerte en ira y rabia por aquel atrevimiento, que determinó ir en persona para tomar enmienda del matador por lo que cometió, y del duque porque, requerido de su parte le entregase, no quería venir en ello; bien que se excusaba que no tuvo parte ni arte en aquel delito y caso tan atroz. Púsose el rey en camino y llegó a la ciudad de Maine. Salió de allí al hilo de medio día en los mayores calores del año; tal era el deseo que llevaba y la prisa. No anduvo media legua cuando de repente puso mano a la espada furioso y fuera de sí; mató a dos, e hirió a otros algunos; finalmente, de cansado se desmayó y cayó del caballo. Volviéronle a la ciudad y con remedios que le hicieron tornó en su juicio; pero no de manera que sanase del todo, ca a tiempos se alteraba. De este accidente y de la incapacidad que quedó al rey por esta causa, resultaron grandes inconvenientes en Francia, por pretender muchos señores, deudos del mismo rey y de los más poderosos de aquel reino, apoderarse del gobierno, quien con buenas, quien con malas mañas. Juan Juvenal, obispo de Beauvais, refiere que ninguna cosa le daba más pena, cuando el juicio se le remontaba, que oir mentar el nombre de Inglaterra e ingleses, y que abominaba de las cruces rojas, divisa y como blasón de aquella nación; creo porque a los locos y a los que sueñan se les representan con mayor vehemencia las cosas y las personas que en sanidad y despiertos más amaban o aborrecían.

CAPÍTULO XVII
DE LAS TREGUAS QUE SE ASENTARON ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL

La porfía y los disgustos de don Fadrique, duque de Benavente, ponía en cuidado a los de Castilla, en especial a los que asistían al gobierno. Deseaban aplacarle y ganarle, más hallaban cerrados los caminos. El arzobispo de Toledo, como deseoso del bien común, sin excusar algún trabajo, se resolvió de ponerse segunda vez en camino para verse con el duque. Confiaba que le doblegaría con su autoridad y con ofrecerle nuevos y aventajados partidos. Viose con él por principio del año del Señor de 1393. Persuadióle se fuese despacio en lo del casamiento de Portugal; que esperase en lo que paraban las treguas, de que con mucho calor se trataba. No pudo acabar que deshiciese el campo ni que se fuese a la corte; excusábase con los muchos enemigos que tenía en la corte, personajes principales y poderosos. Que no se podría asegurar hasta tanto que el rey saliese de tutela, y no se gobernase al antojo de los que tenían el gobierno; además que no estaría bien a persona de sus prendas andar en la corte como particular, sin poder, sin autoridad, sin acompañamiento.

Partió con tanto el arzobispo en sazón que la ciudad de Zamora segunda vez corrió peligro de venir en poder del duque de Benavente por inteligencias que con él tenía el alcaide Villaizan de entregarle aquel castillo. Alborotóse la ciudad sobre el caso. Acudieron los arzobispos de Toledo y de Santiago y el maestre de Calatrava, que atajaron el peligro y lo sosegaron todo. Dio el de Benavente con su gente vista a aquella ciudad, confiado que sus inteligencias y las promesas del alcaide saldrían ciertas; más como se hallase burlado, revolvió sobre Mayorga, villa del infante don Fernando, de cuyo castillo se apoderó por entrega del alcaide Juan Alonso de la Cerda que le tenía en su poder. Suelen a las veces los hombres faltar al deber por satisfacerse de sus particulares disgustos. Juan Alonso se tenía por agraviado del rey don Juan, a causa que por su testamento le privó del oficio de mayordomo que tenía en la casa del infante, que fue la ocasión de aquel desorden. El alcaide Villaizan otrosí estaba sentido que no le diesen el oficio de alguacil mayor que tuvo su padre en Zamora. Dieron traza para asegurar aquella ciudad con alguna muestra de blandura, que con retención de los gajes que antes tiraba Villaizan entregase el castillo a Gonzalo de Sanabria, vecino de Ledesma, hijo de aquel Men Rodríguez de Sanabria que acompañó al rey don Pedro cuando salió de Montiel, y muerto el rey, quedó preso.

Pasó el rey don Enrique con esto su corte a Zamora, como a ciudad que cae cerca de Portugal, para desde allí tratar con más calor y mayor comodidad de las treguas, en sazón que las fuerzas del duque de Benavente por el mismo caso se enflaquecían de cada día más, y muchos se le pasaban a la parte del rey: querían ganar por la mano antes que los de Castilla y de Portugal concertasen sus diferencias, sobre que andaban demandas y respuestas; el remate fue acordarse con las condiciones siguientes: que Sabugal y Miranda se entregasen a las portugueses, cuyas los tiempos pasados fueron; el rey de Castilla no ayudase en la pretensión que tenían de la corona de Portugal, ni a la reina dona Beatriz, ni a los infantes, sus tíos, don Juan y Dionis, arrestados en Castilla; lo mismo hiciese el de Portugal sobre la misma querella con cualquier que pretendiese pertenecerle el reino de Castilla; a trueco por ambas partes se diese libertad a los prisioneros. Para seguridad de todo esto concertaron diesen al de Portugal en rehenes doce hijos de los señores de Castilla. Mudóse esta condición en que fuesen cada dos hijos de ciudadanos de seis ciudades, Sevilla, Córdoba, Toledo, Burgos, León y Zamora. Con tanto se pregonaron las treguas por término de quince años mediado el mes de mayo en Lisboa y en Burgos, do a la sazón los dos reyes se hallaban, con grande contento de ambas naciones. Estas capitulaciones parecían muy aventajadas para Portugal, menguadas y afrentosas para Castilla; pero es gran prudencia acomodarse con los tiempos; que en Castilla corrían muy turbios y desgraciados, y llevar en paciencia la falta de reputación y desautoridad cuando es necesario, es muy propio de grandes corazones.

CAPÍTULO XVIII
DE LA PRISIÓN DEL ARZOBISPO DE TOLEDO

La alegría que todos comúnmente en Castilla recibieron por el asiento que se tomó con Portugal, vencidas tantas dificultades y a cabo de tantas largas, se destempló en gran manera con la prisión que hicieron en la persona del arzobispo de Toledo. Parecía que unos males se encadenaban de otros, y que el fin de una revuelta era principio y víspera de otro daño. Hacía el arzobispo las partes del duque de Benavente por la amistad y prendas que había entre los dos. Deseaba otrosí que a Juan de Velasco, camarero del rey, amigo y aliado de los dos, volviesen la parte de los gajes que por el testamento del rey don Juan le acortaron. No pudo salir con su intento por muchas diligencias que hizo; acordó como despechado ausentarse de la corte. Recelábanse los demás gobernadores que esta su salida y enojo no fuese ocasión de nuevos alborotos, por su grande estado y ánimo resoluto, que llevaba mal cualquiera demasía, y aún quería que todo pasase por su mano. Comunicáronse entre sí y con el rey; salió resuelto de la consulta que le prendiesen, como lo hicieron dentro de palacio, juntamente con su amigo Juan de Velasco. Era este caballero asaz poderoso en vasallos, y que poco antes con su mujer en dote adquirió la villa de Villalpando. Su padre se llamó Pedro Hernández de Velasco, de quien arriba se dijo que murió con otros muchos en el cerco de Lisboa, y el uno y el otro, fueron troncos del muy noble linaje en que la dignidad de condestable de Castilla se ha continuado por muchos años sin interrupción alguna hasta el día de hoy. Prendieron asimismo e don Pedro de Castilla, obispo de Osma, y a Juan, abad de Fuselas, muy aliados del arzobispo y participantes en el caso. Pareció exceso notable perder el respeto a tales personajes y eclesiásticos, si bien se cubrían de la capa del bien público, que suele ser ocasión de se hacer semejantes demasías. Pusieron entredicho en la ciudad de Zamora, do se hizo la prisión, en Palencia y en Salamanca. Quedaban por el mismo caso excomulgados, así el rey como todos los señores que tuvieron parte en aquellas prisiones, si bien no duraron mucho, ca en breve los soltaron a condición que diesen seguridad.

El arzobispo dio en rehenes cuatro deudos suyos, y puso en tercería las sus villas de Talavera y Alcalá; más sin embargo, se ausentó sentido del agravio. Juan de Velasco entregó el castillo de Soria, cuya tenencia tenía a su cargo. Acudieron asimismo al papa por absolución de las censuras, que cometió a su nuncio Domingo, obispo primero de San Ponce, y a la sazón de Albi en Francia; sobre lo cual le enderezó un breve, que hoy día se halla entre las escrituras de la iglesia mayor de Toledo; su tenor es el siguiente:

«Lleno está de amargura mi corazón después que poco ha he sabido la prisión y detención de las personas de nuestros venerables hermanos Pedro, arzobispo de Toledo, y Pedro, obispo de Osma, y Juan, abad de Fuselas, que se hizo en la iglesia de Palencia por algunos tutores de don Enrique, ilustre rey de Castilla y León, así eclesiásticos como seglares, y otros del su consejo y vasallos y por mandamiento y consentimiento del mismo rey. Es nuestro dolor y nuestra tristeza tan grande, que no admite ningún consuelo, porque estando la Iglesia santa de Dios en estos lastimosísimos tiempos tan afligida y por muchas vías desconsolada y miserablemente dividida con la discordia del cisma, sobre sus tantas heridas se haya añadido una tan grande por el sobredicho rey, su particular hijo y principal defensor. Mas porque por parte del rey se nos ha dado noticia que en la dicha prisión y detención que se hizo por ciertas causas justas y razonables que concernían al buen estado, seguridad, paz, quietud y provecho del mismo rey, y su reino y vasallos, tenido primero maduro acuerdo por los de su consejo y sus grandes, no ha intervenido otro algún grave o enorme exceso acerca de las personas de los dichos presos, y que luego los mismos dende a poco tiempo fueron puestos en libertad, de que plenariamente gozan; nos, teniendo consideración a la tierna edad del rey, y que verosímilmente la dicha prisión y detención no se hizo tanto por su acuerdo como por los de su consejo, queremos por estas causas habernos con él blandamente en esta parte; e inclinado por sus ruegos cometemos a vos, nuestro hermano, y mandamos que si el mismo rey

con humildad lo pidiere, por vuestra autoridad le absolváis en la forma acostumbrada de la sentencia de excomunión, que por las razones dichas en cualquier manera haya incurrido por derecho o sentencia de juez; y conforme a su culpa le impongáis saludable penitencia, con todo lo demás que conforme a derecho se debe observar, templando el rigor de derecho con mansedumbre, según que conforme a justas y razonables causas vuestra discreción juzgare se debe hacer. Queremos otrosí que por la misma autoridad le relajéis las demás penas, en que por las causas ya dichas hubiere en cualquier manera incurrido. Dado en Aviñon a 29 de mayo en el año décimo quinto de nuestro pontificado.»

Recebido este despacho, el rey, puestas las rodillas en tierra en el sagrario de santa Catalina en la iglesia mayor de Burgos, con toda muestra de humildad pidió la absolución. Juró en la forma acostumbrada obedecería en adelante a las leyes eclesiásticas, y satisfaría al arzobispo de Toledo con volverle sus plazas; tras esto fue absuelto de las censuras, día viernes, a los 4 de julio. Halláronse presentes a todo don Pedro de Castilla, obispo de Osma; Juan, obispo de Calahorra; y Lope, obispo de Mondoñedo, y Diego Hurtado de Mendoza, que sin embargo de los escándalos de Sevilla, ya era almirante del mar. Alzóse otrosí el entredicho; a esta alegría se allegó para que fuese más colmada la reducción del duque de Benavente, que a persuasión del arzobispo de Santiago que lo mandaba todo y por su buena traza vino en deshacer su campo, abrazar la paz y ponerse en las manos de su rey. En recompensa del dote que le ofrecían en Portugal concertaron de contarle sesenta mil florines y que tuviese libertad de casar en cualquier reino y nación, como no fuese en aquel. Demás de esto, de las rentas reales le señalaron de acostamiento cierta suma de maravedíes en los libros del rey. Asentado esto, sin pedir alguna seguridad de su persona para más obligar a sus émulos, vino a Toro. Recibióle el rey allí con muestras de amor y benignidad, y luego que se encargó del gobierno y le quitó a los que le tenían, le trató con el respeto que su nobleza y estado pedían.

De esta manera se sosegó el reino, y apaciguadas las alteraciones que tenían a todos puestos en cuidado, una nueva y clara luz se comenzó a mostrar después de tantos nublados. Grande reputación ganó el arzobispo de Santiago, todos a porfía alababan su buena maña y valor. Duróle poco tiempo esta gloria a causa que en breve el rey salió de la tutela y se encargó del gobierno; el arzobispo de Toledo, su contendor, otrosí volvió a su antigua gracia y autoridad, con que no poco se menguó el poder y grandeza del de Santiago. El pueblo, con la soltura de lengua que suele, pronosticaba esta mudanza debajo de cierta alegoría, disfrazados los nombres de estos prelados y trocados en otros, como se dirá en otro lugar.

Al rey de Navarra volvieron los ingleses a Chereburg, plaza que tenían en Normandía en empeño de cierto dinero que le prestaron los años pasados. Encomendó la tenencia a Martín de Lacarra y su defensa, por estar rodeada de pueblos de franceses y gente de guerra derramada por aquella comarca.

Las bodas de la reina de Sicilia y don Martín de Aragón finalmente se efectuaron con licencia del rey de Aragón, tío del novio, y del papa Clemente, según que de suso se apuntó. Los varones de Sicilia, con deseo de cosas nuevas, o por desagradarles aquel casamiento, continuaban con más calor en sus alborotos y en apoderarse por las armas de pueblos y castillos y gran parte de la isla. No tenían esperanza de sosegarlos y ganarlos por buenos medios; acordaron de pasar en una armada que aprestaron para sujetar los alborotados aquellos reyes, y en su compañía su padre don Martín, duque de Momblanc. En la guerra, que fue dudosa y variable, intervinieron diversos trances. El principio fue próspero para los aragoneses; el remate, que prevalecieron los parciales hasta encerrar a los reyes en el castillo de Catania y apretarlos con un cerco que tuvieron sobre ellos. Don Bernardo de Cabrera, persona en aquella era de las más señaladas en todo, acompañó a los reyes en aquella demanda; mas era vuelto a Aragón por estar nombrado por general de una armada que el rey don Juan de Aragón tenía aprestada para allanar a los sardos. Este caballero, sabido lo que en Sicilia pasaba, de su voluntad o con el beneplácito de su rey se resolvió de acudir al peligro. Juntó buen número de

gente, catalanes, gascones, valones; para llegar dinero para las pagas empeñó los pueblos que de sus padres y abuelos heredara. Hízose a la vela, aportó a Sicilia ya que las cosas estaban sin esperanza. Diose tal maña, que en breve se trocó la fortuna de la guerra, ca en diversos encuentros desbarató a los contrarios, con que toda la isla se sosegó, y volvió, mal su grado de muchos, al señorío y obediencia de Aragón, en que hasta el día de hoy ha continuado, y por lo que se puede conjeturar durará por largos años sin mudanza.

LIBRO DÉCIMONONO

CAPÍTULO PRIMERO
CÓMO EL REY DON ENRIQUE SE ENCARGÓ DEL GOBIERNO

Reposaba algún tanto Castilla a cabo de tormentas tan bravas de alteraciones como padeció en tiempo pasado; parecía que calmaba el viento de las discordias y de las pasiones, ocasionadas en gran parte por ser muchos y poco conformes los que gobernaban. Para atajar estos inconvenientes y daños el rey se determinó de salir de tutela y encargarse él mismo del gobierno, si bien le faltaban dos meses para cumplir catorce años; edad legal y señalada para esto por su padre en su testamento. Mas daba tales muestras de su buen natural, que prometían (si la vida no le faltase) sería un gran príncipe, aventajado en prudencia y justicia con todo lo al. Demás que los señores y cortesanos le atizaban y daban prisa; la porfía de todos era igual, los intentos diferentes. Unos, con acomodarse con los deseos de aquella tierna edad, pretendían granjear su gracia para adelantar sus particulares, los de sus deudos y aliados. Otros, cansados del gobierno presente, cuidaban que lo venidero sería más aventajado y mejor, pensamiento que las más veces engaña. Por conclusión, el rey se conformó con el consejo que le daban.

A los primeros de agosto juntó los grandes y prelados en las Huelgas, monasterio cerca de Burgos, en que los reyes de Castilla acostumbraban a coronarse. Habló a los que presentes se hallaron, conforme a lo que el tiempo demandaba. Que él tomaba la gobernación del reino; rogaba a Dios y a sus santos fuese para su servicio, bien, prosperidad y contento de todos. A los que presentes estaban encargaba ayudasen con sus buenos consejos aquella su tierna edad y con su prudencia la encaminasen. Pero desde aquel día absolvía a los gobernadores de aquel cargo, y mandaba que las provisiones y cartas reales en adelante se rubrasen con su sello. Acudieron todos con aplauso y muestras grandes de alegría, así el pueblo como los ricos hombres y señores que asistían a aquel auto, el nuncio del papa, el duque de Benavente, el maestre de Calatrava y otros muchos. El arzobispo de Santiago, como quier que ejercitado en todo género de negocios, y los demás le reconocían por sus aventajadas partes, tomó la mano, y habló al rey en esta forma:

«No con menos piedad y alegría hablaré agora, que poco antes en aquel sagrado altar dije misa por vuestra salud y vida; confío que con el mismo ánimo vos me oiréis. Este es el tercer año después que por el testamento de vuestro padre fuimos puestos por vuestros tutores y gobernadores del reino. Cuanto hayamos en esto aprovechado quédese a juicio de otros. Esto con verdad os podemos certificar que ningún trabajo ni peligro de nuestras vidas hemos excusado por esta causa, por el bien y pro común de estos vuestros reinos. Hablar de nuestras alabanzas es cosa penosa y ocasión de envidia; no puedo empero dejar de avisar como hasta ahora siempre hemos conservado la paz y el reino ha estado en sosiego, que es de estimar asaz en tanta variedad de pareceres y voluntades. En nuestro gobierno ni sangre ni muerte de alguno no se ha visto, cosa que se debe atribuir a milagro y a vuestra buena dicha y felicidad, que plegue a Dios sea así y se continúe en lo restante de vuestro reinado. Con los moros, enemigos perpetuos de la cristiandad, habiéndose rebelado para eximirse de vuestro imperio, hicimos nueva confederación. Aplacamos con treguas los ánimos feroces de los portugueses. Honramos como convenía y granjeamos con todas buenas obras y correspondencia a los franceses, ingleses y aragoneses. Dirá alguno que los pueblos están irritados y gastados con nuestras imposiciones. ¿Cómo puede ser esto, pues para aliviarlos redujimos el alcabala a la mitad menos de lo que antes pagaban, es a saber, a razón de uno por veinte? Todo a propósito de acudir a las necesidades del pueblo y atajar sus quejas y disgustos. Así, muchos que se habían desterrado de sus tierras y desamparado sus haciendas por la violencia y crueldad de los alcabaleros, se hallan al presente en sus casas. Dirá otro que los tesoros y rentas reales

están consumidas y acabadas. No lo podemos negar; pero de otra suerte ¿cómo se pagaran las deudas y las obligaciones que quedaban y se apaciguaran las alteraciones de la nobleza y del pueblo si no fuera con hacerles mercedes y acrecentarles sus gajes? Que si pareciere demasiado, ¿quién quita que no lo podáis todo reformar como pareciere más expediente, asentadas las cosas de vuestro reino? Ningún pueblo, hasta la menor aldea, hallaréis enajenada; todo está tan entero como antes. De suerte que ninguna cosa falta para vuestra felicidad y para nuestra alegría sino lo que hoy se hace, que concluida tan larga navegación, llegados al puerto después de tantos peligros y a salvamento, caladas las velas y echadas anclas, muy de gana descansemos en vuestra prudencia y benignidad, seguros y ciertos que si en tanta diversidad de cosas algo se hubiere errado, sin que sea menester intercesor ni tercero, vos mismo lo perdonaréis. Esto también aumentará vuestra gloria, que hayáis tenido por tutores personas que con las mismas virtudes de templanza, prudencia y diligencia con que han hecho guerra a los vicios y llevado al cabo cosas tan grandes, podrán de aquí adelante sufrir la vida particular, su recogimiento y sosiego.»

A estas razones respondió el rey en pocas palabras: *«De vuestros servicios, de vuestra lealtad y prudencia todo el mundo da bastante testimonio. Yo mientras viviere no me olvidaré de lo mucho que os debo, antes estoy resuelto que como hasta aquí por vuestro consejo he gobernado mi persona, así en lo de adelante ayudarme de vuestros avisos y prudencia en todo lo que concierne al gobierno de mi reino.»*

Concluido este auto, se trataron otros negocios. Muchos extranjeros pretendían las prebendas eclesiásticas de estos reinos, tanto con mayor codicia y maña cuanto las rentas son más gruesas. En las provisiones que de ellas se hacían por el pontífice no se tenía cuenta o poca con los méritos, ciencia y bondad de los proveídos. Muchas veces y en diversos tiempos se trató en las Cortes de remediar este grave daño y de suplicar al padre santo no permitiese se continuase más el desorden. Últimamente en las Cortes de Guadalajara, como se dijo de suso, se propuso y apretó con mayor cuidado este negocio de los extranjeros. Parecía cosa muy fea y cruel que disfrutasen las iglesias gente que ni ellos ni sus antepasados las ayudaron en cosa alguna ni las podrían ayudar. Continuaban, sin embargo, las provisiones de la manera que antes, ca los papas no llevaban bien que les atasen las manos. Los gobernadores del reino, visto esto, proveyeron los años pasados que se embargasen los frutos que poseían los extraños. Por esta causa a instancia del nuncio se trató en las Cortes, que para la coronación del rey se juntaron, muy de propósito este punto. Hubo consultas diferentes, muchas demandas y respuestas sobre el caso. La resolución finalmente fue que los extraños no pedían razón en lo que pretendían, y que lo proveído se llevase adelante. Pero como quier que muchos cortesanos pretendiesen tener parte en los despojos y alcanzar del papa aquellas y semejantes gracias, hicieron tal y tanta instancia para que no se ejecutase aquel decreto, que al fin por entonces fue forzoso disimular. La edad del rey era deleznable, y las negociaciones grandes en demasía.

Todavía para resolver con más acuerdo este punto de las extranjerías y otros negocios graves que instaban, acordaron se aplazasen de nuevo Cortes generales del reino para la villa de Madrid. Entre tanto que las Cortes se juntaban, a instancia de los vizcaínos, que mucho lo deseaban, el nuevo rey fue en persona a tomar la posesión del señorío de Vizcaya. Juntáronse los principales de aquel estado. Otorgóles que a ejemplo de Castilla, donde todavía se continuaba esta antigua y dañada costumbre, pudiesen decidir y concluir sus pleitos, que eran asaz, por las armas y desafío.

Lo que hizo a este año muy señalado fue la navegación que de nuevo, al cabo de largo tiempo, se tornó a hacer a las Canarias. Armaron los vizcaínos, en que hicieron grande gasto, costearon con sus naves las marinas de España, alargáronse después al mar, descubrieron las Canarias, reconociéronlas todas, informáronse de sus nombres, de sus riquezas y frescura. Surgieron en Lanzarote y saltaron en tierra, vinieron a las manos con los isleños, prendieron al rey, a la reina y ciento setenta de sus vasallos. Con tanto dieron la vuelta a España, cargados los bajeles, demás de los cautivos, de pieles de cabras y alguna cera, de que aquellas islas tienen abundancia, para muestra de los trajes, de

los frutos y fertilidad de la tierra y del útil que se podría sacar si continuasen las navegaciones, a propósito de sujetar aquellas islas a la corona de Castilla, como finalmente se hizo.

CAPÍTULO II
DE LAS CORTES DE MADRID

En este medio, conforme al orden que se dio, acudieron a Madrid y se juntaron los tres brazos, gran número de obispos, grandes y los procuradores de las ciudades. El rey asimismo, asentadas las cosas de Vizcaya y pasados los calores del estío en la ciudad de Segovia por su mucha templanza, llegó a Madrid por el mes de noviembre. En la primera junta habló a los congregados en pocas razones esta sustancia. Después de loar a su padre y declarar el estado en que el reino se hallaba, dijo tenía muchos ejemplos y muy buenos de sus antepasados para gobernar bien sus estados. Que en su menor edad, si bien el reino se mantuvo en paz con los extraños, pero llegó a punto de perderse por las discordias y alteraciones de los naturales. Lo que por razón de los tiempos se estragó era razón concertarlo con su autoridad y por el consejo de los que presentes se hallaban. En la traza de su gobierno se pretendía apartar de los caminos e inconvenientes en que sus buenos vasallos tropezaron, en especial pondría todo cuidado en que ni la ambición hallase entrada ni el dinero qué comprar. Sobre todo deseaba poner en su punto las leyes y dar toda autoridad a los tribunales que la libertad de los tiempos les quitaran. Las rentas reales estaban consumidas y acabadas; para remedio de este daño se podía tomar uno de dos caminos, imponer nuevos tributos en los pueblos o revocar las donaciones que sus tutores hicieron con buen ánimo y forzados de la necesidad, más en gran perjuicio de su patrimonio real; en todo empero pretendía usar de blandura y clemencia, a que su edad y su condición más le inclinaban que a rigor ni a severidad.

El razonamiento del rey y sus concertadas razones agradaron asaz a los que presentes se hallaron, si bien se dejaba entender que por su boca hablaban sus privados y cortesanos, los que en su nombre y por su mando gobernaban todo a su voluntad, no sin grave ofensión de los demás, como es ordinario que unos se mueven por envidia, otros por el menoscabo de la autoridad real. Los que más cabida tenían y alcanzaban con el rey eran tres: Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo de la casa real, Diego López de Zúñiga, justicia mayor, y Ruy López Dávalos, su camarero mayor. Tenían entre sí conformidad, entre privados cosa semejante a milagro. Su mayor cuidado, enfrenar la edad deleznable del rey, mirar por el gobierno en común, y en particular amparar a los pequeños contra las demasías de los grandes. Preguntados los procuradores en qué manera se podría acudir al reparo de las rentas reales, dieron por respuesta que el pueblo estaba tan cargado de imposiciones y tan gastado por causa de las revueltas pasadas, que no podrían llevar se mentase de cargarles con nuevos tributos. Todavía les parecía que de las ventas y mercadurías se podría acudir al rey a razón de uno por veinte. Que sería todavía más fácil y hacedero reformar el gran número de compañías de soldados que por sus particulares los señores sustentaban y entretenían a costa del común; por lo menos les abajasen las pagas y sueldo conforme al que se daba en tiempo de los reyes pasados; lo mismo de las pensiones que los señores cobraban.

Este medio pareció el más acertado y más fácil, demás que se reformaron y borraron de los libros del rey las pensiones y acostamientos que en tiempo de la menor edad del rey o se concedieron de nuevo o en gran parte se acrecentaron. Ofendiéronse muchos con esta determinación, que estaban mal acostumbrados al dinero del rey, pero era la querella de secreto, que en lo público todos aprobaban el decreto. Hecho esto, se celebraron las bodas del rey con su esposa la reina doña Catalina por haber llegado a edad de poderse casar legalmente; lo mismo se hizo en el casamiento del infante don Fernando con doña Leonor, condesa de Alburquerque, su esposa, concertado de antes, y no efectuado por las razones que arribase tocaron. Las alegrías, como se puede entender, fueron muy grandes, con que las Cortes de Madrid se concluyeron y despidieron.

El rey al principio del año de 1394, por causa de la peste que comenzaba a picar en Madrid, se partió para Illescas, villa de buena comarca y de aires saludables, puesta entre Toledo y Madrid a la mitad del camino. Convidado el arzobispo de Toledo con la ocasión del lugar, que era suyo, fue a

hacer reverencia al rey, que le recibió muy bien, y a él fue fácil volver a la autoridad y cabida que antes tenía, por su buena gracia y maña en granjear la gracia de los príncipes y de los cortesanos. El arzobispo de Santiago, su gran contendor, llevó muy mal esta venida y privanza, en tanto grado, que con ocasión fingida, a lo que se decía, de su poca salud se salió de la corte y se fue a Hamusco, villa suya en Castilla la Vieja, mal enojado contra el rey y contra el de Toledo, y aún resuelto de satisfacerse, si ocasión para ello se le presentase.

Fueron estos dos prelados en aquella era los más señalados del reino, dotados de prendas y partes aventajadas, ingenio, sagacidad, diligencia, bien que las trazas eran bien diferentes. Parece por la ocasión que el lugar nos presenta será bien declarar en breve sus condiciones y naturales. La nobleza, la edad, la elocuencia, la grandeza de ánimo eran casi iguales; los caminos por donde se enderezaban eran diferentes. El de Santiago usaba de caricias, astucia y liberalidad; el de Toledo se valía de su entereza, en que no tenía par, y de otras buenas mañas. El primero hacía placer y granjeaba la voluntad de los grandes; el otro se señalaba en gravedad y mesura y severidad. El uno daba, el otro tenía más que dar; aquel amparaba a los culpados y los defendía, el de Toledo quería que los ruines fuesen castigados. El uno era solícito, vigilante, favorecía a sus amigos, y a nadie negaba lo que estuviese en su mano; el otro ponía todo cuidado en la templanza, reformación y todo género de virtudes. Al uno punzaba el dolor por la iglesia de Toledo, que los años pasados le quitaron a tuerto y contra razón, como él se persuadía; al de Toledo acreditaba haberla alcanzado sin pretensión ni trabajo; era respetado y temido de sus contrarios por su valor, y si bien diversas veces le armaron lazos y cayó en sus manos, siempre se libró de ellas, y con los rayos de su luz deshizo las tinieblas de muchas celadas que sus émulos le paraban.

CAPÍTULO III
DE LA MUERTE DEL MAESTRE DE ALCÁNTARA

Sentían mucho los grandes y caballeros les reformasen los gajes y acostamientos que cada un año tiraban de las rentas reales, de que resultaron en Castilla la Vieja alteraciones y revueltas en esta manera. El duque de Benavente se salió de Madrid mal enojado; apoderábase de las rentas reales y eclesiásticas en todas las partes que podía. La pequeña edad del rey y los tiempos daban ocasión a estas demasías y desórdenes. Despacharon al mariscal Garci González de Herrera que le reportase y pusiese en razón y juntamente le avisase era mal término usurpar por autoridad lo que se debía alcanzar con buenos medios y servicios. Llevó asimismo orden de verse con la reina de Navarra y los condes de Gijón y Trastámara, que se mostraban sentidos por la misma causa y tramaban de juntar sus fuerzas y alborotar la tierra. La respuesta del de Benavente al recado que le dieron fue que no podía llevar ni era razón que el rey se gobernase por ciertos hombres que poco antes se levantaron del polvo de la tierra, y que ellos solos tuviesen el palo y el mando. Que ésta fue la causa de su salida de la corte, do no pensaba volver si no ponían en su poder para su seguridad, como en rehenes, los hijos de aquellos tres personajes más poderosos de palacio. La respuesta de los otros señores descontentos fue semejable. Diego López de Zúñiga por orden del rey fue asimismo a verse con el arzobispo de Santiago y amonestarle que, pospuesto todo lo al, se viniese a la corte, ca se entendía traía sus inteligencias con los alborotados. Respondió al mensaje que la enemiga que tenía con el de Toledo, que era antigua y muy notoria, no le daba lugar a hacer presencia en la corte mientras su contrario en ella estuviese.

Supo el rey de Navarra lo que en Castilla pasaba, los disgustos y pasiones. Parecióle buena ocasión para recobrar su mujer. Despachó sus embajadores sobre el caso, que hallaron al rey de Castilla en Alcalá de Henares, do era ya ido. Hicieron sus diligencias conforme al orden que traían; mas sin embargo que el rey estaba torcido con la reina por inclinarse ella y favorecer a los señores disgustados, todavía tuvieron más fuerza las excusas que daba, las mismas que antes diera y el respeto que a su persona por ser reina y tía del rey se debía. Propusieron que a lo menos les entregase dos hijas que tenía en su compañía para llevarlas a su padre. No vino el rey tampoco en esto, antes dio por respuesta que en tanto que el matrimonio estaba apartado, era justo y puesto en razón que el padre y la madre repartiesen entre sí los hijos para con su presencia llevar mejor la viudez y soledad.

Concluido con esta embajada, vinieron de Portugal nuevos embajadores, que en nombre de su rey con palabras determinadas pidieron firmasen ciertos grandes las capitulaciones de las treguas y asiento que tomaron, que no lo habían querido hacer. Estos eran el marqués de Villena y el conde de Gijón; el de Villena alegaba que, pues no le dieron parte en los conciertos que hicieron no era justo ni necesario que él los firmase; el de Gijón antes de firmar pretendía que el de Portugal le entregase los pueblos que con su mujer se señalaron en dote; el uno tomaba la firma por torcedor, y el otro por punto de honra; caminos que suelen desbaratar grandes negocios. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna, no sin recelo que las cosas llegasen a rompimiento.

Nueva ocasión, que por cierto accidente resultó de mayor cuidado, hizo que no se reparase tanto en el disgusto de Portugal. Don Martín Yáñez de la Barbuda, que fue en Portugal (do nació) clavero de Avis, los años pasados en tiempo del rey don Juan se desterró de su patria y dejó el lugar que tenía por seguir las partes de Castilla en las guerras que andaban sobre aquella corona de Portugal. Debía estar disgustado con su maestre, o pretendía aventajarse en rentas y autoridad, que de su ingenio no sé si se puede y debe creer se moviese por la justicia de la querella. Finalmente, ayudó al rey de Castilla y se halló en aquella memorable jornada de Aljubarrota. En premio de sus servicios y recompensa de lo que dejó en su natural, se dio orden como le hiciesen maestre de Alcántara, con que se acrecentó en autoridad y renta. Era de ingenio precipitado, voluntario y resoluto. Avino que un ermitaño, por nombre Juan Sago, tenido por hombre santo a causa de la vida retirada que por

mucho tiempo hizo en el yermo, le puso en la cabeza que tenía revelación alcanzaría grandes victorias contra moros, singular renombre y muy poderoso estado, si desafiase aquella gente en comprobación de la verdad de la religión católica.

Dejóse el maestre persuadir fácilmente por frisar con su humor aquel dislate. Envió personas a Granada que retasen aquel rey a hacer campo con él, con orden que si este reto no se recibiese, ofreciesen que entrasen en la liza veinte, treinta o cien cristianos, y que el número de los moros fuese en cualquier de estos casos doblado; que por la parte que la victoria quedase, aquella religión y creencia se tuviese por la acertada, temeridad y desatino notable. Los moros fueron más cuerdos; maltrataron y ultrajaron a los embajadores, sin hacer de ellos algún caso. El maestre, más indignado por estoy confiado en la revelación del ermitaño y la justicia de su querella, se determinó con las armas romper por la frontera de moros. Ninguna cosa tiene más fuerza para alborotar el vulgo que la máscara de la religión; reseña a que los más acuden como fuera de sí, sin reparar en inconvenientes. A la fama pues de la empresa que el maestre tomaba le acudió mucha gente, no de otra guisa que si tuvieran en las manos la victoria. Pasaron alarde de más de trescientos de a caballo, hasta cinco mil peones de toda broza, los más aventureros, mal armados, sin ejercicio de guerra, finalmente, más canalla que soldados de cuenta.

Desde que el rey supo lo que pasaba procuró apartarle de aquel intento. Asimismo los hermanos Alonso y Diego Fernández de Córdoba, señores de Aguilar, caballeros de mucha cuenta, ya que marchaba con su gente, le salieron al camino para con sus buenas razones y autoridad divertirle de aquel dislate. *«¿Dó vais,* dicen*, Maestre, a despeñaros?¿Por qué lleváis esta gente al matadero? Vuestros pecados os ciegan, estos pobrecillos nos lastiman, que pretendéis entregarlos a sus enemigos carniceros. Volved, por Dios, en vos mismo, desistid de ese vuestro intento tan errado, enfrenad con la razón el ímpetu demasiado de vuestro corazón; que si no tomáis nuestro consejo ni dais orejas a nuestros ruegos, el daño será muy cierto y el llanto, junto con la mengua de toda la nación y reino.»*

No se doblegó con estas razones su pecho, no más que si fuera de piedra. Saca por su divina permisión la ira divina a los hombres de seso, cuando no quiere que se emboten sus aceros. Rompieron pues por tierra de moros un domingo 26 de abril. Pusiéronse sobre la torre de Ejea, puesta en la misma frontera, para combatirla, cuando de sobresalto se mostró el rey moro, acompañado de cinco mil de a caballo y de ciento veinte mil de a pie, grande número, pero que se hace probable por causa que el moro so graves penas mandó que todos los de edad a próposito se alistasen. Los cristianos, con la vista de morisma tan grande, a la hora desmayaron. En los de a pie no hubo resistencia por ser gente allegadiza y porque los moros los apartaron de sus caballos. Hirieron en ellos a toda su voluntad, los más quedaron tendidos en el campo; algunos se salvaron que con tiempo se encomendaron a los pies. Los de a caballo hicieron el deber, ca arremolinados entre sí, por una pieza pelearon con valor y tuvieron en peso la batalla. Sobre todos se señaló el maestre en aquel aprieto de valeroso y esforzado, e hizo grandes pruebas de su persona; mas finalmente, como quier que los enemigos eran tantos, cayó muerto y con él los demás, sin que ninguno mostrase cobardía ni volviese las espaldas; pequeño alivio de un revés y de una afrenta tan grande, con que la *Dominica in Albis*, que quiere decir blanca, y era aquel día, se trocó en negra y aciaga. El cuerpo del maestre con licencia de los moros llevaron a Alcántara y le sepultaron en la iglesia mayor de Santa María en un lucillo, y en él una letra que él mismo se mandó poner:

AQUÍ YACE AQUEL EN CUYO CORAZÓN NUNCA PAVOR TUVO ENTRADA.

Cierto caballero refirió este letrero al emperador Carlos V, que dicen respondió: *«Nunca ese fidalgo debió apagar alguna candela con sus dedos.»*

Era clavero de Calatrava Fernán Rodríguez de Villalobos, hombre de valor y anciano. Juntáronse los caballeros, acudió el rey con su favor, y nombráronle en lugar del muerto (si bien no era

hijo legítimo de su padre) para que fuese maestre de Alcántara, elección que mucho sintieron y murmuraron los de aquella orden; pero prevaleció la voluntad del rey y los muchos servicios y valor del electo.

Los moros, aunque agraviados de aquella entrada del maestre por haberles quebrantado las treguas, todavía antes de romper la guerra despacharon al rey don Enrique un embajador, que le halló en San Martín de Valdeiglesias; allí propuso sus quejas; la respuesta fue que la culpa de aquel caso sólo la tenía el maestre, que su muerte y la de los suyos era bastante enmienda, con lo cual los moros se sosegaron.

CAPÍTULO IV
DE NUEVOS ALBOROTOS QUE SE LEVANTARON EN CASTILLA

Los grandes que en Castilla la Vieja andaban descontentos hacían de nuevo mayores juntas de gentes y de soldados. La voz era para acudir al llamado del rey, que decían se apercibía en Toledo, do estaba, para acudir a la guerra que de parte de Granada por la causa dicha de suso amenazaba; mas otro tenían en el corazón, que era llevar adelante sus disgustos y pasiones. Avino a la misma sazón que el rey de Castilla volvió a Illescas bien acompañado de gente, de grandes y ricos hombres. El maestre de Calatrava hizo tanto con el marqués de Villena, que le trajo consigo a aquella villa para reconciliarle con el rey; muchos nobles para honrarle desde Aragón le hicieron compañía. Recibióle el rey con muchas muestras de amor y de contento; que es muy propio de los reyes contemporizar y ganar con caricias y benignidad las voluntades. El marqués hizo instancia que le restituyesen la dignidad de condestable que tenía por merced del rey don Juan, y los tutores a tuerto la dieron al conde de Trastámara. Hubo el rey su acuerdo sobre la demanda; respondió era contento de otorgar con lo que,pedía, a tal empero que le acompañase a Castilla la Vieja, do era forzoso pasar para poner en razón los que andaban alborotados. Excusóse que no venía aprestado para aquella jornada; con tanto dio vuelta a Aragón con algún sentimiento del rey, que quisiera tener a su lado un tal varón.

Los bullicios de Castilla continuaban y por el mismo caso los agravios que se hacían a la gente menuda y desvalida. Pero visto que el rey se aprestaba de gente, los grandes, que no tenían fuerzas para resistir a la potencia real, tomaron mejor acuerdo. Diéronles seguridad, y así vinieron a la corte, primero el arzobispo de Santiago, y tras él el duque de Benavente. Alegaron en excusa suya el mucho poder de sus enemigos y sus agravios, que los pusieron en necesidad para su defensa de acompañarse de gente. Ofrecieron de recompensar las culpas con mayores servicios y lealtad. Perdonólos el rey de buena gana; y aún para más prendar al de Benavente le señaló de las sus rentas reales quinientos mil maravedíes de acostamiento en cada un año y la villa de Valencia en Extremadura en recompensa del dote que le daban en Portugal, a condición empero que se llegase a cuentas de las rentas reales que por su orden se cobraron los años pasados. La esperanza de sosiego que todos comúnmente concibieron con esto se aumentó con la reducción de don Pedro, conde de Trastámara, que don Alonso Enríquez, su hermano, le aconsejó y persuadió que dejase aquellas porfías y bullicios, que de ordinario paran en mal. Diéronle de acostamiento otra tanta cuantía de maravedíes; y para igualarla en todo con el de Benavente, le restituyeron la villa de Paredes, que don Alonso, conde de Gijón, contra razón y derecho le tenía usurpada por fuerza.

Trataba el rey de sujetar con las armas al conde de Gijón, que sólo restaba de los grandes alborotados, y no tenían esperanza que se dejaría vencer por buenos medios y blandos, tan bullicioso era y tan arrestado de su natural, cuando vinieron por embajadores de don Carlos, rey de Navarra, el obispo de Huesca, que era francés de nación, y Martín de Aivar para intentar, lo que tantas veces acometieron en vano, que la reina doña Leonor volviese a hacer vida con su marido. Lo que la razón no alcanzó, hizo cierto accidente que se efectuase. La reina estaba muy sentida que la hubiesen acortado gran parte de la pensión que tiraba de las rentas reales, por la cual causa se salió de las Cortes de Madrid, en que se tomó este acuerdo, mal enojada. Comunicábase con los grandes que andaban alborotados por la misma razón, y aún se entendía entraba a la parte de los bullicios. El rey de Castilla estaba por esto con ella torcido, que fue la ocasión de despachar de nuevo esta embajada. Avino que el conde de Trastámara, sabido lo que se tramaba contra la reina acerca de su partida, al improviso se salió de la corte y se fue para la reina, que moraba en Roa, para asistirla, que no se le hiciese fuerza ni agravio. Puso al rey en cuidado esta partida tan arrebatada no fuese principio de nuevas alteraciones. Sospechóse que el de Trastámara se comunicó en lo que hizo y pretendía con el duque de Benavente. Llamóle a la corte, y llegado, le echaron mano y pusieron a buen recaudo, que fue un

sábado 25 de julio. Hecho esto, porque la reina y el conde no tuviesen lugar de afirmarse, con la gente que pudo y que tenía aprestada para ir contra el conde de Gijón, a grandes jornadas partió el rey la vuelta de Roa. No pudo haber a las manos al conde, que con tiempo se huyó a Galicia. La reina, visto el riesgo que corría, para aplacar la saña del rey, sin ponerse en defensa, con sus hijas todas cubiertas de luto, le salió a recibir a las puertas de la villa. Dio sus descargos que no tuvo parte alguna en la partida del conde, pero que venido a su casa, no era razón dejar de hospedar a su hermano, mayormente que publicaba venía a consolarla en su tristeza y trabajos. Mostró el rey satisfacerse con sus descargos de tal guisa, que se apoderó de la villa, si bien dejó a la reina las rentas para que con ellas se sustentase, y a ella mandó que le acompañase a Valladolid, do la mandó poner guardas para que no se pudiese ausentar ni huir.

En el entre tanto don Alonso, conde de Gijón, se fortalecía de armas, soldados y vituallas en la su villa de Gijón. Para atajarle los pasos acudió el rey con toda presteza a las Asturias. Apoderóse de la ciudad de Oviedo, que se tenía por el conde. Dende partió para Gijón y puso sobre ella sus estancias. El sitio es tan fuerte por su naturaleza, que por fuerza no la podían tomar. Detenerse en el cerco muchos días érales muy pesado por ser los mayores fríos del año, que en aquella tierra son mayores por ser muy septentrional, demás de muchas enfermedades que picaban en el campo y en los reales. Todavía no fue la jornada en balde, porque durante el cerco el conde de Trastámara se redujo a mejor partido, y con perdón que le dieron vino a los dichos reales. Con el conde cercado asimismo, visto que no le podían forzar, se tomó asiento a condición que, fuera de aquella villa de Gijón, en todos los demás pueblos de su estado se pusiesen guarniciones de soldados por el rey. Ultra de esto, que el conde en persona pareciese en Francia para descargarse delante de aquel rey, como juez árbitro que nombraban de común acuerdo, del aleve que se le imputaba; y que la sentencia que se diese se cumpliese enteramente. Para seguridad del cumplimiento y de todo lo concertado el conde puso en poder del rey de Castilla a su hijo don Enrique, con que por el presente se dejaron las armas, y el reino se libró del cuidado en que por esta causa estaba.

CAPÍTULO V
DE LA ELECCIÓN DEL PAPA BENEDICTO XIII

Esto pasaba en Castilla en sazón que en Aviñón falleció el papa Clemente a los 16 de septiembre. Los príncipes y potentados, los de cerca y los de lejos, por sus embajadores requirieron a los cardenales de aquella obediencia se fuesen despacio en la elección del sucesor. Que su principal cuidado fuese de buscar alguna traza como el cisma se quitase y con esto se pusiese fin a tantos males. A los cardenales no pareció dilatar el cónclave y la elección. Sólo por mostrar algún deseo de condescender con la voluntad de los príncipes, de común acuerdo ordenaron que cada cual de los cardenales por expresas palabras jurase, en caso que le eligiesen por Papa, renunciaría el pontificado cada y cuando que hiciese lo mismo por su parte el pontífice de Roma; camino que les pareció el mejor que se podía dar para apaciguar y unir toda la cristiandad. Creo será bien poner en este lugar la forma del juramento que hicieron los cardenales:

«Nos, los cardenales de la santa Iglesia romana, congregados en cónclave para la elección futura, todos juntos y cada cual por sí delante el altar donde es costumbre de celebrar la misa conventual, por el mayor servicio de Dios y unidad de su Iglesia y salud de todas las ánimas de sus fieles prometemos y juramos, tocando corporalmente los santos Evangelios de Dios, que sin algún dolo o fraude o engaño trabajaremos y procuraremos con toda fidelidad y cuidado, por cuanto a lo que nos toca o adelante puede tocar, la unión de la Iglesia, y poner fin cuanto en nos fuere al cisma que agora con íntimo dolor de nuestros corazones hay en la Iglesia. Item, que daremos para esto auxilio, consejo y favor al Pastor nuestro y de la grey del Señor, que ha de ser y por tiempo será señor nuestro y vicario de Jesucristo, y que no daremos consejo o favor directa o indirectamente, en público o en secreto para impedir las cosas arriba dichas. Más que cada uno de nos, cuanto le fuere posible, aunque sea elegido para la silla del apostolado, hasta hacer cesión inclusivamente de la dignidad del papado, guardará y procurará todas estas cosas y cada una de ellas y todas las demás arriba dichas; junto con esto todas las vías útiles y cumplideras al bien de la Iglesia y a la dicha unión con sana y sincera voluntad, sin fraude, excusa o dilación alguna, si así pareciere convenir al bien de la Iglesia y a la sobredicha unión a los señores cardenales que al presente son o por tiempo serán en lugar de los presentes o a la mayor parte de ellos.»

Hecho este juramento en la manera que queda dicho, se juntaron los cardenales, número veinte y uno, para hacer la elección. Salió con todos los votos, sin que alguno le faltase, el cardenal de Aragón don Pedro de Luna. Su nobleza era muy conocida; su doctrina muy aventajada en los derechos civil y canónico, demás de las muchas legacías en que mucho trabajó; su buena gracia, maña y destreza con que se granjean mucho las voluntades. En su asunción se llamó Benedicto XIII. Después que se vio papa comenzó a tratar de pasar la silla a Italia, sin acordarse del juramento hecho ni de dar orden en renunciar el pontificado. Alteróse mucho la nación francesa por la una y por la otra causa. Tuvieron su acuerdo en París en una junta de señores y prelados. Parecióles que para reportar el nuevo pontífice, que sabían era persona de altos pensamientos y gran corazón, como lo declaró bien el tiempo adelante, era necesario enviarle grandes personajes que le representasen lo que aquel reino y toda la Iglesia deseaba. Señalaron por embajadores los duques de Borgoña y de Orliens y de Bourges, los cuales, luego que llegaron a Aviñón, habida audiencia, le requirieron con la paz, y protestaron la restituyese al mundo, y que se acordase de las calamidades que por causa de aquella división padecía la cristiandad; acusábanle el juramento que hizo, y más en particular le pedían juntase concilio general en que los prelados de común acuerdo determinasen lo que se debía hacer. Respondió el papa que de ninguna suerte desampararía la Iglesia de Dios vivo y la nave de san Pedro, cuyo gobernalle le habían encargado. No se contentaron aquellos príncipes de esta respuesta ni cesaban de hacer instancia; mas visto que nada aprovechaba, dieron la vuelta mal enojados, así ellos como su rey y toda aquella nación.

Procuraba el pontífice con destreza aplacar aquella indignación, para lo cual concedió al rey de Francia por término de un año la décima de los frutos eclesiásticos de aquel reino. Esto pasaba por el mes de mayo del año del Señor de 1390 años, en que se comenzó a destemplar poco a poco el contento del nuevo pontífice y trocarse su prosperidad en miserias y trabajos. El gobernador de Aviñón con gente de Francia, por orden de aquel rey, le puso cerco dentro de su palacio muy apretado. Publicóse otrosí un edicto en que se mandaba que ningún hombre de Francia acudiese a Benedicto en los negocios eclesiásticos. Sobre todo los cardenales mismos de su obediencia le desampararon, excepto sólo el de Pamplona, que permaneció hasta la muerte en su compañía. Finalmente, por todas estas causas se vio tan apretado, que le fue forzoso salirse de Aviñón en hábito disfrazado y pasarse a Cataluña para poderse asegurar; pero esto aconteció algunos años adelante.

Las negociaciones entre los príncipes sobre el caso andaban muy vivas, y las embajadas que los unos a los otros se enviaban. El rey de Francia procuraba apartar de la obediencia de aquel papa a los reyes, al de Navarra, al de Aragón y al de Castilla. Hacíaseles cosa muy grave a estas naciones apartarse de lo que con tanto acuerdo abrazaron, en particular el de Castilla despachó a don Juan, obispo de Cuenca, persona prudente y de trazas, para que reconciliase al rey de Francia con el papa, ca entendían la causa de aquella alteración y mudanza eran disgustos particulares; poco prestó esta diligencia.

En Aragón por la parte de Rosellón entró gran número de soldados franceses para robar y talar la tierra. La reina doña Violante, como la que por el descuido de su marido ponía en todo la mano, despachó al rey de Francia y a sus tíos los duques, el de Borgoña y el de Berri, y al duque de Orleans un embajador, por nombre Guillén de Copones, para querellarse de aquellos desórdenes; diligencia con que se atajó aquella tempestad, y los franceses dieron la vuelta en sazón que el rey don Juan de Aragón murió de un accidente que le sobrevino de repente. Salió a caza en el monte de Foja, cerca del castillo de Mongriu y de Urriols en lo postrero de Cataluña. Levantó una loba de grandeza descomunal; quier fuese que se le antojó por tener lesa la imaginación, quier verdadero animal, aquella vista le causó tal espanto, que a deshora desmayó y se le arrancó el alma, que fue a los 19 de mayo, día miércoles, príncipe a la verdad más señalado en flojedad y ociosidad que en alguna otra virtud. Su cuerpo fue sepultado en Poblet, sepultura ordinaria de aquellos reyes.

No dejó hijo varón, solamente dos hijas de dos matrimonios, doña Juana y doña Violante. La primera dejó casada con Mateo, conde de Foix; la segunda concertada con Luis, duque de Anjou, según que de suso queda apuntado. Nombró en su testamento por heredero de aquella corona a su hermano don Martín, duque de Momblanc, lo que con gran voluntad aprobó el reino por no caer en poder de extraños, si admitían las hembras a la sucesión. Hallábase don Martín ausente, ocupado en allanar a sus hijos la isla de Sicilia y componer aquellas alteraciones. Doña María, su mujer, persona de pecho varonil, hizo sus veces, ca se llamó luego reina, y en una junta de señores que se tuvo en Barcelona mandó se pusiesen guardas a la reina doña Violante, que decía quedar preñada, para no dar lugar a algún embuste y engaño. La misma Reina viuda dentro de pocos días se desengañó de lo que por ventura pensaba.

Pretendía el conde de Foix que le pertenecía aquella corona por el derecho de su mujer, como de hija mayor del rey difunto. Contra el testamento que hizo su suegro se valía del del rey don Pedro, su padre, que llamó a la sucesión las hijas, de la costumbre tan recibida y guardada de todo tiempo que las hembras heredasen el reino, la cual ni se debía ni se podía alterar, mayormente en su perjuicio. Estas razones se alegaban por parte del conde de Foix y de su mujer, si no concluyentes, a lo menos aparentes asaz. Sin embargo, las Cortes del reino, que se juntaron en Zaragoza por el mes de julio, adjudicaron el reino de común acuerdo de todos a don Martín, que ausente se hallaba, las insignias, nombre y potestad real. Platicaron otrosí de los apercibimientos que se debían hacer para la guerra que de Francia por el mismo caso amenazaba.

CAPÍTULO VI
CÓMO LA REINA DONA LEONOR VOLVIÓ A NAVARRA

El reino de Aragón andaba alterado por las sospechas y recelos de guerra que los aquejaban. En las ciudades y villas no se oía sino estruendo de armas, caballos, municiones, vituallas. Castilla sosegaba por haberse los demás grandes allanado y el de Gijón ausentado y partido para Francia, conforme a lo que con él asentaron. La reina de Navarra, asimismo mal su grado, fue forzada a volver con su marido, negocio por tantas veces tratado. Para asegurarla hizo el rey, su marido, juramento de tratarla como a reina e hija de reyes. Para honrarla y consolarla el mismo rey de Castilla, su sobrino, la acompañó hasta la villa de Alfaro, que es en la raya de Navarra. En la ciudad de Tudela la recibió el rey, su marido, magníficamente, con toda muestra de alegría y de amor. Hiciéronse por esta vuelta procesiones en acción de gracias por todas partes, fiestas y regocijos de todas maneras.

Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo de la casa real, tenía gran cabida con el rey de Castilla; por esto y en recompensa de sus servicios, le hizo poco antes donación de la villa de Ágreda, y en el territorio de Soria de los lugares Ciria y Borovia. El pueblo llevaba mal esto por la envidia, que, como es ordinario, se levanta contra los que mucho privan, y suélese llevar mal que ninguno se levante demasiado. Los vecinos de Ágreda no querían sujetarse ni ser de señor ninguno particular, con tanta determinación, que amenazaban defenderían con las armas, si necesario fuese, su libertad. Tenían por cosa pesada que aquel lugar de realengo se hiciese de señorío, gobierno que al principio suele ser blando y adelante muy pesado y grave, de que cada día se mostraban ejemplos muy claros. Demás que por estar a los confines de Navarra y Aragón corrían peligro de ser acometidos los primeros sin que los pudiesen defender las fuerzas de ningún señor particular. Querellábanse otrosí que no les pagaban bien los servicios suyos y de sus antepasados y la lealtad que siempre con sus reyes guardaron. Partióse el rey de Castilla para allá con intención y fiucia que con su presencia se apaciguarían aquellos disgustos. Poco faltó que no le cerrasen las puertas, si no intervinieran personas prudentes que les avisaron con cuánto peligro se usa de fuerza para alcanzar de los reyes lo que con modestia y razón se debe y puede hacer, consejo muy saludable, porque el rey, oídas sus razones, con facilidad se dejó persuadir que aquella villa se quedase en su corona, con recompensa que hizo a Juan de Mendoza en las villas de Almazán y Santisteban de Gormaz que a trueco le dieron, con que se sosegó aquella alteración.

El rey don Enrique para seguir al conde de Gijón envió sus embajadores a Francia, que comparecieron en París al plazo señalado. El conde no compareció, sea por no poder más, sea por maña; verdad es que al tiempo que los embajadores se aprestaban para dar la vuelta tuvieron aviso que el conde era llegado a la Rochela, ciudad y puerto en tierra de Santonge, puesto entre la Guyena y la Bretaña. Por esta causa se detuvieron. Pusiéronle demanda delante del rey de Francia, alegaron las partes de su derecho, y sustanciado el proceso y cerrado, se vino a sentencia, en que el conde fue dado por aleve y mandado se pusiese en manos de su rey y se allanase; si así lo cumpliese, podía tener esperanza del perdón y de recobrar su estado, en que aquel rey ofrecía interpondría su autoridad y ruegos; si perseverase en su rebeldía, le avisaban que de Francia no esperase ningún socorro ni lugar seguro en aquel reino. En esta sustancia se despacharon cartas para el duque de Bretaña y otros señores movientes de aquella corona y a los gobernadores, en que les avisaban no ayudasen al conde para volver a España con dineros, armas, soldados ni naves. Por otra parte, el rey de Castilla, avisado de la sentencia, pedía que le entregasen la villa de Gijón conforme a las condiciones que asentaron. La Condesa, que dentro estaba, no venía en ello, sea por ser mujer varonil, o por los consejeros que tenia a su lado. Acudió el rey a esto, porque con la dilación no se pertrechase; púsose sobre aquella villa cerco, que no duró mucho a causa que los cercados, perdida toda esperanza de socorro, en breve se rindieron. El rey hizo abatir los muros de la villa y las casas para que adelante no se pudiese rebelar. A la condesa entregaron a su hijo don Enrique, que estaba en poder del rey, a tal que

desembarazase la tierra y se fuese fuera del reino con su marido, que a la sazón se hallaba en tierra de Santonge con poca o ninguna esperanza de recobrar su estado.

Hecho esto, el rey dio la vuelta a Madrid, resuelto de visitar en persona el Andalucía, que lo deseaba y los negocios lo pedían, y por diversas causas lo dilatara hasta entonces. Pasó a Talavera con este intento; allí por el mes de noviembre le llegaron embajadores del rey de Granada para pedir que el tiempo de las treguas, que ya espiraba, o era del todo pasado, se alargase de nuevo. Recelábanse los moros que, apaciguadas las pasiones del reino y de los grandes, no revolviesen las fuerzas de Castilla en daño de Granada para tomar enmienda de los daños que ellos hicieron en su menor edad por aquellas fronteras. No los despacharon luego; sólo les dieron orden que fuesen a Sevilla en compañía del rey, al cual recibió aquella ciudad con grandes fiestas y regocijos, como es ordinario. En ella hizo prender al arcediano de Écija por amotinador de la gente y atizador principal de los graves daños que los días pasados se hicieron en aquella ciudad y en otras partes a los judíos. Esta prisión y el castigo que le dieron fue escarmiento para otros y aviso de no levantar el pueblo con color de piedad.

Por todas estas causas una nueva y clara luz parecía amanecer en Castilla después de tantos torbellinos y tempestades, y una grande seguridad de que nadie se atrevería a hacer desaguisado a los miserables y flacos. Las treguas asimismo se renovaron con los moros, que mucho lo deseaban, con que quedaba todo sosegado sin miedo ni recelo de alguna guerra ni alboroto. Mucho importó para todo la prudencia y buena maña del rey don Enrique, que, aunque mozo, de cada día descubría más prendas de su buen natural en valor y todo género de virtudes. Verdad es que las esperanzas que de este príncipe se tenían muy grandes en breve se regalaron y deshicieron como humo por causa de su poca salud, mal que le duró toda la vida. Grande lástima y daño muy grave; con la indisposición traía el rostro amarillo y desfigurado, los fuerzas del cuerpo flacas, las del juicio a veces no tan bastantes para peso tan grande, tantos y tan diversos cuidados. Finalmente, los años adelante no continuó en las buenas muestras que antes daba y que las gentes se prometían de su buen natural. Fue esto en tanto grado, que apenas se puede relatar cosa alguna de las que hizo los años siguientes. Algunas atribuyen esta dificultad a la falta que hay de memorias de aquel tiempo y mengua de las crónicas de Castilla. Es así, pero juntamente se puede entender que la continua indisposición del rey y la grande paz de que por beneficio del cielo gozaron en aquel tiempo fueron ocasión de que pocas cosas sucediesen dignas de memoria y de cuenta.

El duque de Benavente estaba preso en Monterey por cuenta y a cargo del maestre de Santiago; pasáronle adelante dende a la villa de Almodóvar. El arzobispo de Santiago, prelado, aunque pequeño de cuerpo, de gran corazón y que no sabía disimular, se mostraba de esto agraviado, pues el duque, fiado de su palabra, deshizo su gente, y se vino a la corte para ponerse en las manos del rey. Demás de esto, tenía por peligroso para la conciencia obedecer a los papas de Aviñón, que cuidaba ser falsos, y verdaderos los que residían en Roma. Este color tomó y esta ocasión para dejar a Castilla y pasarse a Portugal. Allí le criaron, primero obispo de Coimbra, y después arzobispo de Braga en recompensa de la prelacía muy principal que dejaba en Castilla, de Santiago, en que por su ausencia entró don Lope de Mendoza. Era en la misma sazón obispo de Palencia don Juan de Castro, personaje más conocido por la lealtad que siempre guardó al rey don Pedro y sus descendientes que por otra prenda alguna. Anduvo fuera de España en servicio de doña Constanza, hija del rey don Pedro, por cuya instancia y a contemplación de su marido el duque de Lancaster le hicieron obispo de Aquis en la Guyena. Después, al tiempo que se hicieron las paces entre Castilla e Inglaterra, volvió entre otros del destierro para ser obispo de Jaén, y finalmente de Palencia. Refieren que este prelado escribió la crónica del rey don Pedro con más acierto y verdad que la que anda comúnmente llena de engaños y mentiras por el que quiso lavar su deslealtad con infamar al caído y bailar al son que los tiempos y la fortuna le hacían. Añaden que aquella historia se perdió y no parece, más por diligencia de los interesados, que por la injuria del tiempo, o por otro demérito suyo. Tal es la fama que corre;

así lo atestiguan graves autores. Nos en los hechos y vida del rey don Pedro seguimos la opinión común, que es la sola voz de la fama, y de ordinario va más conforme a la verdad; y es averiguado que no menos ciega el amor que el odio los ojos del entendimiento para que no vean la luz ni refieran con sinceridad y sin pasión la verdad.

En Aragón no andaba la gente sosegada; la mudanza de los príncipes, en especial si el derecho del sucesor no es muy claro, suele ser ocasión de alteraciones. Prendieron a don Juan, conde de Ampurias; achacábanle se inclinaba a la parte del conde de Foix, quier por tener su derecho por más fundado y su demanda más justa, quier por satisfacerse del agravio que pretendía le hicieron los años pasados. Amenazaba guerra de parte de Francia. Juntaron Cortes del reino en San Francisco de Zaragoza muy generales y llenas a 2 de octubre; acordaron se hiciese gente por todas partes para la defensa, y por general señalaron a don Pedro, conde de Urgel. Ninguna diligencia era demasiada, porque el conde de Foix, con un grueso campo, pasadas las cumbres de los Pirineos, corría la comarca que baña con su corriente el río Segre y los pueblos llamados antiguamente ilérgetes. Robaba, saqueaba, quemaba y finalmente a los postreros de noviembre se puso sobre la ciudad de Barbastro con cuatro mil caballos y gran número de infantería. En aquellos reales se hicieron él y su mujer alzar y pregonar por reyes de Aragón con las ceremonias que en tal caso se acostumbran.

Tembló la tierra en Valencia, mediado el mes de diciembre, con que muchos edificios cayeron por tierra, otros quedaron desplomados; que era maravilla y lástima. El pueblo, como agorero que es, pensaba eran señales del cielo y pronósticos de los daños que temían. Desbaratóse este nublado muy en breve a causa que el de Foix, alzado el cerco, fue forzado a dar la vuelta por la parte de Navarra a su tierra con tal priesa, que más parecía huida que retirada, de que daba muestra el fardaje que en diversas partes dejaba. La falta de vituallas le puso en necesidad de volver atrás, por ser la tierra no muy abundante y tener los naturales alzados los mantenimientos y la ropa en lugares fuertes; demás que el conde de Urgel en todos lugares y ocasiones le hacía siempre algún daño con encuentros y alarmas que le daba.

La retirada de los enemigos y el sosiego de Aragón y Cataluña fue por principio del año del Señor de 1396, en sazón que el nuevo rey don Martín, alegre con las nuevas que de Aragón le vinieron y allanados los alborotos de Sicilia, acordó de dar la vuelta a España en una buena armada que de naves y galeras aprestó en Mesina. Aportó de camino a Cerdeña, en que apaciguó asimismo en gran parte las alteraciones de aquella isla. Parecía que el cielo favorecía sus intentos y que todo se le allanaba. En la costa de la Provenza, por el río Ródano arriba, llegó hasta la ciudad de Aviñón para verse con el papa Benedicto y hacerle el homenaje debido. Él le presentó la rosa de oro con que suelen los pontífices honrar a los grandes príncipes, y le dio la investidura de Cerdeña y de Córcega con título de rey y como a feudatario de la Iglesia con las ceremonias y juramentos acostumbrados. Despedido del papa, finalmente con su armada surgió en la playa de Barcelona. Allí hizo su entrada en aquella ciudad a manera de triunfo por las victorias que ganara y tantos reinos como en breve se le juntaron; y en una pública junta de los más principales tomó la posesión de aquel reino por el derecho que a él tenía y por el que le daba el testamento de su hermano el rey don Juan. Al conde de Foix y a su mujer, porque tomaron nombre de reyes y por la entrada que hicieron por fuerza en aquel reino, los hizo publicar por traidores y enemigos de la patria; si a tuerto, si con razón, ¿quién lo podrá averiguar? Pero de estas cosas se tornará a tratar en otro lugar; al presente volvamos a lo que se nos queda rezagado.

CAPÍTULO VII
QUE DE NUEVO SE ENCENDIÓ LA GUERRA DE PORTUGAL

El estado de las cosas de España en esta sazón era tolerable. El imperio oriental de los griegos padecía mucho y amenazaba alguna gran ruina por las discordias que en tan mala coyuntura se levantaron entre aquellos príncipes y la perpetua felicidad de los otomanos, emperadores de los turcos. La parcialidad de los griegos más flaca, como es ordinario, sin tener respeto al bien común, buscó socorros de fuera, y lo que fue peor, llamó en su ayuda a Amurates, gran emperador de aquella gente. No le pareció al turco dejar pasar la ocasión que aquellas discordias le presentaban de apoderarse de todo. Pasó con gran gente el estrecho de Helesponto, y cerca de él se apoderó de primera entrada de Gallipoli y Adrianópoli, dos ciudades famosas y principales. Aspiraba a hacer lo mismo de lo restante de aquel imperio, y aún sus gentes se derramaron por diversas partes. El daño que hizo fue grande, y mayor el espanto, no sólo en lo de Grecia, si no en las naciones comarcanas, en especial en Hungría, cuyo rey era Segismundo, más conocido y famoso por la paz que los años siguientes puso en la Iglesia, quitado el cisma, que venturoso en las armas. En este aprieto despachó sus embajadores a Carlos VI, rey de Francia, para avisarle del peligro que corría toda la cristiandad, si prestamente todos no acudían a apagar aquel fuego antes que cobrase más fuerzas y el imperio de aquella gente bárbara y fiera con el tiempo se arraigase en Europa.

Oyeron los franceses por su nobleza y valor esta embajada de buena gana. Aprestaron buen golpe de gente a caballo, y por caudillo Juan, hijo del duque de Borgoña, y Felipe, condestable de Francia, Enrique de Borbón con otras personas de cuenta. Llegados a Hungría, consultaron con el rey Segismundo en la ciudad de Buda sobre la manera en que se debía hacer la guerra. Acordaron convenía presentar la batalla al enemigo lo más presto que pudiesen antes que se resfriase el calor que los franceses traían de pelear. Hicieron algunas cabalgadas, no de mucha cuenta, y quitaron de poder de los enemigos algunos pueblos de poco nombre, pero que les dio avilanteza para aventurar el resto y menospreciar al enemigo, cosa de ordinario muy perjudicial en la guerra. Marcharon con su gente hasta los confines de Tracia y hasta dar vista al enemigo cerca de la ciudad de Nicópoli. Ordenaron sus haces con resolución de pelear, lo mismo hicieron los contrarios, diose la señal por ambas partes de acometer. Los franceses, con el orgullo que llevaban, se adelantaron sin dar lugar a que los húngaros saliesen de sus reales y les hiciesen compañía. Cerraron antes de tiempo, que fue ocasión de perder aquella memorable jornada; muchos quedaron muertos en el campo, otros cautivaron, y entre los demás a Juan, hijo del duque de Borgoña, a quien su padre adelante rescató por gran dinero. El rey Segismundo escapó a uña de caballo.

Sucedió este grave daño y revés la misma fiesta de San Miguel, 29 de septiembre, con que el resto de la cristiandad quedó atemorizado, no solo por el estrago presente, sino mucho más por los males que para adelante amenazaban. En unas partes se oían llantos por la pérdida de los suyos, en otras hacían procesiones y rogativas para aplacar a Dios y su saña.

En Granada falleció el rey Juzef; rugíase que por engaño del rey de Fez, que con muestra de amistad le envió entre otros muy ricos presentes una marlota inficionada de ponzoña, tal y tan eficaz, que luego que la vistió convidado de su hermosura, se hirió de tal suerte, que dentro de treinta días expiró atormentado de gravísimos dolores; las mismas carnes se le caían a pedazos, cosa maravillosa, si verdadera. Muerto Juzef, se apoderó por fuerza del reino su hijo menor, por nombre Mahomad, y por sobrenombre Balva. Quedó excluido y privado el hijo mayor, llamado como el padre Juzef; venció su mejor derecho la maña que su hermano tuvo en granjear las voluntades del pueblo y sus buenas partes de ingenio vivo y valor, en que no tenía par. Sólo le ponía en cuidado el rey de Castilla no emprendiese con sus fuerzas de restituir a su hermano en el reino de su padre. Para prevenirse partió para Toledo, resuelto de conquistar con dones y con su buena maña aquel rey y a sus cortesanos. Salióle bien la jornada, que, renovado el concierto puesto con su padre, de nuevo se

tornaron a asentar las treguas.

Teníanse a la sazón Cortes en Toledo, en que se publicó una pragmática sobre las prebendas eclesiásticas, que no las pudiese poseer ningún extranjero, excepto algunos pocos, con quien pareció en particular dispensar, y en general con toda la nación portuguesa, ca la pretendían conquistar y su afición con semejantes caricias. Publicó otrosí el rey este año una ley, en que mandó que ninguno pudiese tener mula de silla que no mantuviese caballo de casta, con algunas modificaciones que se pusieron, todo a propósito que en el reino se criase número de caballos. En Sevilla un jueves, 5 de octubre, falleció Juan de Guzmán, conde de Niebla. Sucedióle Enrique de Guzmán, su hijo, que fue padre de otro Juan de Guzmán, por merced de los reyes primer duque los años adelante de aquella nobilísima casa. Los caballeros de Calatrava trocaron la muceta de que antes usaban con su capilla de color negra en la cruz roja de que hoy usan por bula del papa Benedicto, ganada a instancia y suplicación de su maestre don Gonzalo de Guzmán.

Los portugueses, por aprovecharse de la ocasión que la poca salud del rey don Enrique les presentaba, trataban de volver a las armas. Era necesario buscar algún color para acometer aquella novedad. Parecióles bastante que algunos grandes de Castilla no firmaron en tiempo las treguas que se asentaron. Juntaron sus huestes, con que de primera entrada se apoderaron de Badajoz, ciudad puesta a la raya de Portugal, en que prendieron al gobernador, que era el mariscal Garci González de Herrera. De estos principios de rompimiento se continuó la guerra por espacio de tres años con el mismo tesón y porfía que la pasada. Para hacer resistencia mandó el de Castilla juntar y alistar sus gentes, y por general a don Ruy López Dávalos, que poco antes hiciera su condestable, sea por muerte del conde de Trastámara, o por despojarle de aquella dignidad; lo del mar, como negocio no menos importante, encargó al almirante Diego Hurtado de Mendoza. Sucedió por el mes de mayo del año siguiente l307 que cinco galeras castellanas se encontraron con siete portuguesas, que volvían de Génova cargadas de armas y otras municiones. Embistiéronlas con tal denuedo, que las desbarataron; las cuatro tomaron, una echaron a fondo, las otras dos se escaparon. Pareció gran crueldad que después de la victoria echaron a la mar cuatrocientas personas, si ya no juzgaron que con semejante rigor se debía enfrenar el orgullo de aquella nación. El almirante otrosí con su armada costeó las marinas de Portugal, saqueó y quemó pueblos, taló los campos y robó toda la tierra, sin que le pudiesen ir a la mano.

Muchos nobles y fidalgos de Portugal, unos por tener la guerra por injusta y aciaga, otros por estar cansados del gobierno de su rey, se pasaron a Castilla; personas de valor, de que dieron muestra en todas las ocasiones que se presentaron. Los de más cuenta fueron Martín, Gil y Lope de Acuña, todos tres hermanos; Juan y Lope Pacheco, hermanos asimismo. A estos caballeros heredaron magníficamente los reyes de Castilla en premio de sus servicios y recompensa de la naturaleza y lo demás que en su tierra dejaron; zanjas y cimientos sobre que adelante se levantaron en Castilla muy principales casas y estados de estos apellidos y de otros. Continuábase la guerra, en que los portugueses se apoderaron de Tuy, ciudad de Galicia puesta a la raya de Portugal. Demás de esto, por otra parte en la Extremadura pusieron sitio sobre la villa de Alcántara, bien conocida por ser asiento de la caballería de aquel nombre. Acorrió a los cercados en tiempo el nuevo condestable de Castilla, con que no solo desbarató el cerco e hizo retirará los enemigos, pero rompió por las fronteras de Portugal, corrió y robó la tierra y aún se apoderó de algunos pueblos de poca cuenta y enfrenó el orgullo y osadía de los contrarios. Por otra parte, el maestre de Alcántara y Diego Hurtado de Mendoza, el almirante, y con ellos Diego López de Zúñiga, justicia mayor de Castilla, se pusieron sobre Miranda de Duero. Acudió asimismo con su gente el condestable, con que de tal guisa apretaron el cerco, que los de dentro fueron forzados a rendirse. Así por la una y por la otra parte resultaban pérdidas y ganancias, conque los portugueses algún tanto se templaron, y todos comúnmente entraron en esperanza se podría con buenas condiciones asentar paz entre aquellas dos naciones, que era lo que mejor les venía.

CAPÍTULO VIII
CÓMO SE RENOVARON LAS TREGUAS ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL

Al principio de esta guerra dos frailes franciscos, cuyos nombres no se saben, sólo se dice que encendidos en deseo de extender la religión cristiana y de enseñar a los moros descaminados y errados el camino de la verdad, se atrevieron a predicarles en público en Granada con gran concurso del pueblo, que se maravillaba de aquella novedad. Mandáronles dejasen aquella porfía; y como no quisiesen obedecer, si bien los maltrataron de palabra y obras, los alfaquíes, para atajar el escándalo, de consuno se fueron al rey y se querellaron del desacato que con aquella libertad se hacía a su religión. Salió decretado que les echasen mano e hiciesen de ellos justicia como de amotinadores del pueblo. Fue fácil prender a los que no huían y convencer a los que no se descargaban; cortáronles las cabezas y arrastraron sus cuerpos con todo género de denuestos y ultrajes que les dijeron e hicieron. Los cristianos después de muertos los tienen y honran como a mártires.

En Aviñón el papa Benedicto, desamparado de sus cardenales, como se tocó arriba, y por tener enojado y por enemigo al rey de Francia, y él mismo estar cercado dentro de su sacro palacio, se hallaba con poca esperanza de poder resistir a torbellinos tan grandes y mantenerse en el pontificado. Sólo le alentaba contra el odio común que los reyes de España casi todos tenían recio por él, sin embargo que el rey de Francia traía gran negociación por medio de sus embajadores para apartarlos de aquella obediencia. Decían que ningún otro camino se descubría para la unión de la Iglesia, tan deseada y tan importante, sino que Benedicto renunciase simplemente, como él mismo lo tenía prometido y jurado cuando le sacaron por papa. Hízose junta general de obispos y otras personas graves en ciencia y prudencia. Asistieron de parte del rey de Aragón Vidal de Blanes, un caballero de su casa y otro gran jurista, por nombre Ramón de Francia. No se alteró nada en esta junta, si bien el rey deseaba venir en lo que el de Francia le pedía; sólo acordaron se procurase que con efecto los dos papas revocasen las censuras que el uno contra el otro tenían fulminadas, y de común consentimiento con toda brevedad señalasen lugar en que los dos se comunicasen sobre los medios que se podrían tomar para unir la Iglesia y asentar una verdadera paz.

En Pamplona la principal parte de la iglesia catedral estaba por tierra, que se cayó siete años antes de éste en que vamos. Deseaban repararla, pero espantábales la mucha costa, para que no eran bastantes ni los proventos de la iglesia ni las limosnas particulares. El rey don Carlos, visto esto, con gran liberalidad señaló para la fábrica la cuadrágesima parte de sus rentas reales por término de doce años, de que hay pública escritura, su data en San Juan de Pie de Puerto, a las vertientes de los Pirineos de la parte de Francia, de este año a 25 de mayo. Deseaba este rey en gran manera recobrar el estado que sus antepasados poseyeron en Francia, que era el condado de Evreux y gran parte de Normandía. Trató de esto por medio de sus embajadores con el rey de Francia, y comoquier que en ausencia no se efectuase cosa alguna, acordó en persona pasar a la corte de aquel rey, que aún no estaba del todo sano de su enfermedad, antes a tiempos se le alteraba la cabeza de suerte, que mal podía atender al gobierno. Por esto el navarro, sin acabar cosa alguna de las que pretendía, cansado y gastado, dio la vuelta para su reino por el mes de septiembre del año 1398. Llegado, dio orden que todos los estados jurasen por heredero de aquella corona un hijo que el año pasado le nació de su mujer, y le llamaron asimismo don Carlos. La ceremonia y solemnidad se hizo en Pamplona a los 27 de noviembre; la alegría duró poco a causa de la muerte del infante que le sobrevino en breve.

Los portugueses, hostigados con los reveses pasados, tomaron mejor acuerdo de mover pláticas de paz. Despacharon embajadores en esta razón; respondió el rey don Enrique que ni él rompió la guerra ni pondría impedimento a la paz a tal que las condiciones fuesen honestas y tolerables. Dieron y tomaron sobre el caso; era dificultoso asentar paces perpetuas; acordaron de confirmar las treguas pasadas. Recelábanse los de Castilla de los de Aragón que querían tomar las armas; que causas de disgustos entre reyes comarcanos nunca faltan, ni razones conque cada cual abona su quere-

lla. El marqués de Villena ponía en cuidado, que andaba desabrido, y ni quería venir a la corte de Castilla como lo requerían, y tenía un grande estado a la raya de Valencia, y aún se podía sospechar atizaba en Aragón el fuego de los disgustos.

Allegóse otra nueva ocasión para hacerle guerra y atropellarle. Esto fue que dos hijos del marqués, don Alonso y don Pedro, casaron los años pasados con dos tías del rey de Castilla, que llevaron en dote cada una treinta mil ducados. Todo este dinero se contó de presente para pagar el rescate del marqués a los ingleses, que le prendieron en la batalla de Nájera, como queda dicho en otros lugares, y para librar a don Alonso, que le entregó su padre en rehenes hasta tanto que el rescate suyo se pagase. Don Pedro murió en la batalla de Aljubarrota, padre que fue del famoso don Enrique de Villena, de quien se tuvo por cierto que por el deseo que tenía de saber no dudó de aprender el arte condenada de nigromancia. Algunos libros que andan suyos dan muestras de su agudeza y erudición, si bien el estilo es afectado con mezcla de las lenguas latina y castellana usada en aquella era, en esta muy desgraciada. Don Alonso no vino en efectuar su casamiento. Excusábase con la fama que corría del poco recato y honestidad de su esposa. Pretendía el rey don Enrique, como sobrino y valedor de aquellas señoras, que pues la una quedó viuda y el casamiento de la otra no se efectuaba, que por lo menos les debían restituir sus dotes. Hacíanse sordos a esta demanda el marqués y su hijo, y alegaban sus causas para no hacerlo; que a semejantes personajes nunca faltan. Esto tomó por ocasión el rey don Enrique para quitarse de cuidado y ejecutar lo que por todas vías le venía a cuento y lo deseaba, que fue con las armas apoderarse de aquel grande estado de Villena, que se hizo con facilidad. Sólo quedaron por el marqués Villena y Almansa, que tenía bien pertrechadas y con buena guarnición de soldados aragoneses.

Contemporáneo de don Enrique de Villena, y que le semejaba en los estudios y erudición, fue don Pablo de Cartagena, del cual por ser persona tan señalada será justo hacer memoria en este lugar. Su nación y profesión fue de judío desde sus primeros años, el más rico y principal entre aquella gente, dado a la lección de los libros sagrados y a las otras ciencias. Con deseo de saber revolvía las obras de santo Tomás de Aquino, que escribió en materia de teología. Con esta lección se convenció de la ventaja que hace la verdad cristiana a las fábulas y a las invenciones judaicas; finalmente se bautizó; y como era tan sabio, en defensa de la religión que tomaba escribió libros admirables. En premio de sus letras y para mover a los demás judíos que le imitasen le honraron mucho. Primero le hicieron arcediano de Treviño, después obispo de Cartagena, y finalmente de Burgos, su natural y patria; premios todos debidos a su virtud y doctrina y al ejemplo que dio. Adelante fue chanciller mayor de Castilla, oficio de grande preeminencia; y aún le encargaron la enseñanza del rey don Juan el Segundo, confianza que de pocos de aquella nación se podía hacer, según que el mismo don Pablo lo atestiguaba, que no se debía encomendar algún cargo público a aquella gente por ser de ingenios doblados, compuestos de mentiras y engaños, que ni valen para la guerra, ni son de provecho para la paz. Esto, quién lo entiende de los obstinados en su ley, quién de los que de ellos proceden, aunque convertidos y cristianos. Tuvo cuatro hijos y una hija de su mujer, con quien casó antes de ser cristiano. El mayor, por nombre Gonzalo, por sus buenas partes subió primero al obispado de Plasencia y después al de Sigüenza. El segundo, Alonso, que fue deán de Segovia y de Santiago, y más adelante sucedió a su padre en la iglesia de Burgos. Anda una obra suya impresa de no mal estilo, en que como en compendio abrevió los hechos de los reyes de España, que él mismo intituló *Anacefáleosis*, que es lo mismo que recapitulación; otra que intituló *Defensorium fidei*; otra de mano por nombre *Defensorium catholicae unitatis*, en defensa de los nuevamente convertidos y contra los estatutos que en aquel tiempo comenzaban. Los dos hijos menores se llamaron Pedro y Álvaro. Este Álvaro piensan que fue el que escribió la *Crónica de don Juan el Segundo, rey de Castilla*, asaz larga, de traza y de estilo agradable, no toda, sino una buena parte. La verdad es que Alvar García de Santa María, el cronista, no fue el hijo de Paulo, burgense, sino su hermano.

En lo demás de esta *Crónica* otros pusieron la mano, y en especial Hernán Pérez de Guzmán,

señor de Batres, la llevó al cabo; cuya descendencia pareció poner en este lugar. Su abuelo fue Pero Suárez de Toledo, camarero mayor del rey don Pedro; su padre Pero Suárez de Guzmán, notario mayor del Andalucía. Casó Hernán Pérez con doña Marquesa de Avellaneda, de la casa de Miranda. De esta señora y de otra segunda mujer dejó muchos hijos. El mayor y heredero de su casa, Pedro de Guzmán, casó con doña María de Ribera, hija del señor de Malpica. De este matrimonio quedó doña Sancha de Guzmán, heredera de aquella casa. El rey don Fernando, por ser su deuda de parte de madre, la casó con Garci Laso de la Vega, de la casa de Feria. Fue comendador mayor de León, embajador en Roma, y de él se hace mención diversas veces en esta historia. Compró la villa de Cuerva, do yacen él y su mujer, y heredó la villa de los Arcos. Dejó muchos hijos, el mayor don Pero Laso de la Vega, el segundo Garci Laso, insigne poeta castellano, de cuya muerte desgraciada se trata en otro lugar. Don Pedro casó con doña María de Mendoza, de la casa del Infantado; su hijo, Garci Laso de la Vega, caballero muy conocido; su nieto, don Pero Laso de la Vega, primer conde de los Arcos, en quien por vía de su madre doña Aldonza Niño se han juntado otras dos casas, la de Dávalos y la de los Niños, condes de Añover. Volviendo a Hernán Pérez de Guzmán, fue del consejo del rey, muy dado a los estudios; demás de la *Crónica* escribió *De los claros varones* de aquel tiempo y otros libros.

CAPÍTULO IX
DE LAS COSAS DE ARAGÓN

Con las discordias de los dos papas y la poca esperanza que daban de conformarse y unir a la Iglesia, las provincias se lastimaban. Añadióse a estos daños el de la peste que comenzó el año pasado a picar, y todavía se continuaba con mortandad de mucha gente por toda la costa que corre desde Barcelona hasta Aviñón. Salieron otrosí de madre por causa de las muchas aguas los rios; en particular los de Ebro y Orba con sus acogidas hicieron grande estrago en hombres, ganados, sembrados y edificios. El rey de Aragón, luego que el tiempo y las lluvias dieron lugar, de Barcelona se partió para Zaragoza con intento de tener allí Cortes a los de su reino, que se abrieron a los 29 de abril en la iglesia de San Salvador. El rey desde su sitial hizo a los congregados un razonamiento muy concertado y a propósito de lo que las cosas demandaban de esta sustancia:

«No con hierro ni con gruesos ejércitos, parientes y amigos, se conservan los reinos; la lealtad y constancia de los naturales los tienen en pie y los adelantan; de lo cual si faltasen ejemplos de fuera, dentro de nuestra casa los tenemos, muchos y muy claros. Ca nuestro reino por este camino de pequeños principios y muy estrecha jurisdicción ha llegado a la grandeza que hoy tiene y ganado la reputación y nombradía que está derramada por todas las tierras. De los montes Pirineos, en que nuestros mayores ampararon su libertad confiados más en aquellas fraguras que en sus brazos, bajamos y extendimos los términos de nuestro señorío, no sólo por España, sino que sujetamos valerosamente a nuestro cetro muchas islas del mar Mediterráneo. Los trofeos y los blasones de vuestra gloria y de las victorias ganadas quedan levantados en Cerdeña, en Sicilia y por toda Italia; tal y tan grande es la fuerza de la concordia y de la lealtad. Los reyes don Sancho y don Pedro, padre e hijo, no con gran número de soldados, sino con fortaleza y valor, ganado que hubieron a Huesca, de los montes en que estaban como escondidos, bajaron a lo llano sin parar hasta tanto que el rey don Alfonso se apoderó de esta ciudad en que estamos, con que fortificó su reino y abrió camino a sus descendientes para pasar adelante y quitar a los moros toda la tierra. No me quiero detener en antiguallas; nos, con quinientos caballos aragoneses, desbaratamos gran número de gente siciliana y allanamos toda aquella isla, todo por vuestra lealtad y fortaleza, que si vence, ejecuta la victoria con grande ánimo; si es vencida, se rehace de fuerzas y no se deja oprimir ni caer. Por los cuales servicios pido a Dios os dé el merecido galardón, pues conforme a nuestra voluntad y a vuestro valor, no alcanzamos fuerzas bastantes; bien que jamás pondremos en olvido la deuda, antes procuraremos que nadie nos tache de ingratos. Lo que toca al auto presente, bien sabéis que os he juntado en este lugar para hacer los homenajes acostumbrados a nos y a nuestro hijo, que os pedimos encarecidamente hagáis con la afición que debéis a nuestra voluntad.»

Hízose todo lo que el rey pedía, en conformidad de todos los brazos que allí se hallaron congregados. La alegría pública y regocijos que se hicieron por esta causa enturbiaron algo las sospechas que se mostraran de nueva guerra por la parte de Francia. El bastardo de Tardas, pasados los montes Pirineos, se apoderó de Termas, que es un pueblo de Aragón a la raya de Navarra, cosa que puso en cuidado a todo el reino de Aragón no se emprendiese algún gran fuego de aquellos pequeños principios. Acudió al peligro Gil Ruiz de Lihorri, gobernador de Aragón, acompañado de golpe de gente y de algunos ricos hombres. No esperaron los franceses que llegasen, antes, desamparada la plaza, se retiraron a Francia con poca honra suya y del conde de Foix que los enviara. Sicilia asimismo padeció algunas alteraciones, aunque pequeñas; que los humores no estaban del todo asentados. Alguna esperanza de bonanza se mostró con un hijo que nació a aquellos reyes de Sicilia a los 17 de noviembre, por nombre don Pedro, heredero que fuera de los reinos de sus padres y abuelos si la muerte no le arrebatara en breve muy fuera de sazón junto con la reina, su madre, como se dirá en su lugar, con que la alegría común se trocó en luto y en llanto: vanas todas nuestras trazas y delezna-

bles contentos.

Poco adelante el rey y la reina de Aragón en Zaragoza por el mes de abril del año 1399, ungidos como era de costumbre, se coronaron y recibieron las insignias reales de mano de don Fernando de Heredia, prelado de aquella ciudad. A don Alonso de Aragón, marqués de Villena, se concedió pusiese en su escudo las armas reales, le dieron el ducado de Gandía, alguna recompensa de lo mucho que en Castilla le quitaran. A la misma sazón el papa Benedicto se hallaba muy aquejado, desamparado de sus cardenales, cercado de los enemigos. Despachóle el rey de Aragón dos personas de cuenta, el uno Cervellon Zacuamo, gran jurista, el otro fray Martín, de la orden de San Francisco, hombre de letras y erudición. Estos, conforme al orden que llevaban, comunicaron con el papa sobre los medios que se podían tomar para apagar el cisma y unir la Iglesia. La respuesta fue que pondría aquel negocio en las manos de los príncipes de su obediencia, en especial de los reyes el de Francia y Aragón. Ninguna llaneza había, antes les advirtió mirasen con cuidado que con son de paz no atropellasen la justicia que muy clara por su parte estaba. Por lo demás, que ninguna cosa más deseaba que poner fin a aquellos debates. Con esta respuesta los embajadores de Aragón por mandado de su rey se partieron de Aviñón para dar de todo razón al rey de Francia. Túvose junta en París de aquella nación sobre el caso. Acordaron enviar personas al papa que le requiriesen y protestasen en suma diese sin más dilaciones orden en asentar la paz y quitar el cisma. Para esto se hallase presente en el concilio que pensaban juntar, y se pusiese a sí y a sus cosas en manos de los obispos; que para su seguridad el rey de Francia empeñaba su palabra real, y proveería de gente para que nadie le hiciese desaguisado.

Andaban estas pláticas muy calientes cuando en Castilla sobrevino la muerte a don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, a los 22 de noviembre, fin de este año, si bien la letra de su sepultura, que está en Toledo en propia capilla de la iglesia mayor, dice a 18 de mayo, el mismo día de pascua de Espíritu Santo. Fue persona de valor, consejo acertado, presta ejecución, bueno para el gobierno y para las armas. Su patria, Tavira, en Portugal; quién dice que Talavera, villa del reino de Toledo, por razones que para ello alegan, si concluyentes o no, no lo quiero averiguar. En su mocedad estudió derechos; ausentóse de Castilla juntamente con sus hermanos por los recios temporales que corrían en el reinado de don Pedro. Vuelto a España fue primero obispo de Coimbra; de allí le trasladó sin ninguna pretensión suya el pontífice romano, por la noticia que de su persona y de sus partes tenía, a Toledo, según que de suso se dijo. Las gruesas rentas de su dignidad gastó en gran parte en levantar diversos edificios en todo el reino con magnificencia real y mayor que de particular. A la verdad en su casa era concertado, en su persona templado; lo que se ahorraba por este camino empleaba en socorrer necesidades y en adornar la república; virtud propia de grandes personajes. En Toledo reedificó la puente de San Martín, que abatieron las guerras civiles entre los reyes don Pedro y don Enrique. En un recuesto y peñol, a vista de la ciudad, levantó un castillo cerca del sitio antiguo del monasterio muy famoso de San Servando. El claustro pegado con la iglesia catedral es obra suya, y en ella una capilla en que está su túmulo y el de Vicente de Balboa, obispo de Plasencia, su muy privado y familiar. Dotó en aquella capilla y fundó dieciséis capellanías a propósito que todos los días se hiciesen allí sufragios por su ánima y las de sus antepasados. En Alcalá la Real, frontera del reino de Granada, levantó una torre a manera de atalaya para que por el farol que todas las noches en ella se encendía los cautivos que escapaban de tierra de moros se pudiesen encaminar a la de cristianos. En Talavera fabricó un monasterio de obra magnífica, pegado con la iglesia mayor y con advocación de Santa Catalina. Su intento al principio fue viviesen en él los canónigos de aquella iglesia para que hiciesen vida regular; más, visto que los seglares y clérigos lo contradecían, lo entregó a los monjes jerónimos para que lo poblasen, con gruesas rentas que les señaló para su sustento. Dejo la Puente del Arzobispo, que, como queda dicho de suso, fue asimismo fundación suya. Casó a su hermana doña María con Fernán Gómez de Silva, como se tocó en otro lugar. De este matrimonio nació Alonso Tenorio, al cual el tío hizo adelantado de Cazorla; casó con doña Isabel de Meneses, y en ella tuvo a don Pedro, obispo que fue primero de Tuy, y después de Badajoz. Yace en

Toledo en la iglesia de San Pedro Mártir; tuvo otrosí a Juan de Silva, que fue embajador en el concilio de Basilea, y adelante conde de Cifuentes por merced del rey en remuneración de sus buenos servicios.

Después de la muerte de don Pedro Tenorio parece por memorias que el cabildo nombró a don Gutierre de Toledo, arcediano de Guadalajara; el rey ofreció el arzobispado a Hernando Yáñez, fraile jerónimo y canónigo que fue de Toledo, mas no aceptó. El papa Benedicto por algunas dificultades no debió aprobar estas elecciones, ni el rey la que acometió él a hacer de don Pedro de Luna, sobrino suyo, administrador que era del obispado de Tortosa. Por estas diferencias don Juan de Illescas, obispo de Sigüenza, vicario del arzobispado sede vacante, continuó en su gobierno aún algunos años después de la elección hecha por el papa, que finalmente prevaleció, como se verá adelante.

CAPÍTULO X
DEL AÑO DEL JUBILEO

Mucho se menguó el alegría y devoción del año que se contó de 1400, en que conforme a la costumbre recibida se concedió jubileo plenísimo a todos los que visitasen la ciudad y santuario de Roma, por la discordia y diferencias que todavía continuaban entre los que se llamaban papas; si bien los príncipes cristianos procuraban con todo cuidado sosegarlas, y parece lo traían en buenos términos. Con este intento y por domeñar el corazón fiero del papa Benedicto, a persuasión de don Pedro Hernández de Frías, cardenal de España, el reino de Castilla, habido su acuerda, le quitó públicamente la obediencia. El pueblo y gente menuda, conforme a su costumbre de echar las cosas a la peor parte, sospechaba y aún decía que en esta determinación no se tuvo tanta cuenta con la justicia como de gratificar al rey de Francia, que mucho lo pretendía. Así, esta determinación no fue durable, porque el rey de Aragón se puso de por medio, y a su instancia finalmente se revocó el decreto a cabo de tres años, y volvieron las cosas al mismo estado de antes, según que se relatará adelante.

Sobrevino una grande peste, que de la Galia Narbonense y Lenguadoc y de Cataluña, en que comenzó a picar, se derramó y cundió por todas las demás partes de España. La mortandad fue tal, que forzó al rey de Castilla a publicar una ley, en que dio licencia a las viudas para casarse dentro del año después de la muerte del marido contra lo que disponía el derecho común y otras leyes del reino. Hizo esta ley primero en Cantalapiedra, después en Valladolid, y últimamente en Segovia, si bien residía de ordinario y se entretenía en Sevilla, convidado de la templanza de aquel aire, frescura, fertilidad y recreación de toda aquella comarca, y aún forzado de su poca salud, que la traía muy quebrada. Avino por el mes de julio que en la torre de la iglesia mayor asentaban el primer reloj y subían una grande campana, que no son más antiguos que esto los relojes de esta suerte. Acudió el rey a la fiesta, la corte, los nobles y gran concurso del pueblo. Levantóse de repente tal tempestad y torbellino, que pereció mucha gente con un rayo que despidieron las nubes. El pueblo, como suele, decía era castigo de los males presentes y pronóstico de otros mayores. Hiciéronse procesiones y rogativas para aplacar a Dios y a sus santos. Por el contrario, junto a la villa de Nieva, cinco leguas de la ciudad de Segovia, se halló una imagen de Nuestra Señora de mucha devoción. Moviéronse, como suelen, los pueblos comarcanos a visitarla. El concurso y devoción era tal, que la reina doña Catalina mandó a su costa edificar un templo en que la pusiesen, y un monasterio de dominicos pegado a él, que cuidasen de la imagen y de los peregrinos, con que muchos, convidados de la devoción y del sitio, se pasaron a vivir y poblar aquel lugar, de suerte que en nuestro tiempo es una villa de buena cantidad de vecinos.

Doña Violante, hija de don Juan, rey de Aragón, quedó en vida de su padre concertada con Luis, duque de Anjou, como queda dicho. Habíanse dilatado las bodas por su edad, que era poca, y por diferencias que nunca faltan. Concertaron este año su dote en ciento y sesenta mil florines a condición que con juramento y por escritura pública renunciase cualquier derecho que al reino de Aragón pretendiese. Hecho esto, desde Barcelona con noble acompañamiento la llevaron a Francia para verse con su esposo. Falleció por este mismo tiempo Juan de Monfort, duque de Bretaña; dejó en doña Juana, su mujer, hermana de don Carlos, rey de Navarra, cuatro hijos, cuyos nombres son Juan, Ricardo, Arturo, Guillén; más sin embargo, la duquesa viuda casó segunda voz con Enrique, duque de Lancaster, el cual poco antes, vencido y preso su competidor y primo el rey Ricardo, se apoderó del reino de. Inglaterra, y estaba asimismo viudo de su primer matrimonio, deque le quedaron también muchos hijos.

El año siguiente de 1401 por el mes de marzo juntó el de Castilla Cortes del reino en Tordesillas, en que se establecieron pragmáticas buenas, las más a propósito de enfrenar la codicia y demasías de los arrendadores y otros ministros de justicia. En Sicilia a los 26 de mayo falleció en Cata-

nia, ciudad de cielo saludable y alegre, la reina propietaria doña María. Entendióse que la pena que recibió por la muerte de su hijo, que en edad de siete años murió poco antes desgraciadamente, le ocasionó la dolencia que la privó de la vida. Sepultaron a la madre y al hijo en aquella misma ciudad. Sin embargo, el reino quedó por don Martín, su marido, como deudo más cercano por derecho de la sangre por su abuela la reina doña Leonor, que fue tía de la difunta, y con beneplácito de su padre el rey de Aragón, a quien tocaba la sucesión por estar en grado más cercano. Acudieron muchos principales luego a casarle, quién con su hija, quién con su hermana. Aventajábase en hermosura doña Blanca, hija tercera del rey de Navarra, y aventajóse en ventura, porque en lo de adelante vino a heredar el reino de su padre, y de presente en aquel casamiento se la ganó a las demás pretendientes. Juntáronse los dos reyes de Aragón y de Navarra a la raya de sus reinos entre Mallén y Cortes para capitular y concluir, como en efecto lo hicieron. Entregó el padre la novia al suegro de su mano, que en una armada la envió desde Valencia a Sicilia, y en su compañía y por general de la flota don Bernardo de Cabrera. Pero así los desposorios como la partida fueron el año adelante de 1402.

En el cual al rey de Castilla nació de la reina una hija en Segovia a 14 de noviembre, gran gozo de sus padres y de todo el reino. Llamóse doña María, y casó adelante con su primo hermano don Alonso, rey que fue de Aragón y de Nápoles; matrimonio de que no quedó sucesión por ser esta señora mañera.

CAPÍTULO XI
DEL GRAN TAMORLÁN, ESCITA DE NACIÓN

Después de la jornada de Nicópolis, tan aciaga para los franceses y para los húngaros, como queda dicho, los turcos entraron en gran esperanza de apoderarse de todo el imperio de levante, en que pasaron tan adelante, que el Gran Turco Bayazeto se puso con todo su campo sobre Constantinopla, silla de aquel imperio y almacén de sus riquezas. Gran espanto para los de cerca, y no menor cuidado para los que caían lejos. Engañosa es la confianza de los hombres, vana y deleznable su prosperidad.

Levantóse otra mayor tempestad y torbellino al improviso que desbarató estos intentos, sosegó los miedos de los unos y abatió el orgullo y soberbia de sus contrarios. Tamorlán, natural de Escitia, hombre de gran cuerpo y corazón, de gentil denuedo y apariencia, y que para cualquier afrenta le escogieran entre mil, allegador de gente baja y amotinador, con estas mañas, de soldado particular y bajo suelo llegó a ser gran emperador, caudillo de un número grande y descomunal de gentes que le seguían. Apenas se puede creer lo que refieren como verdadero autores muchos y graves, que juntó un ejército de cuarenta mil caballos y seiscientos mil infantes. Con esta gente rompió por las provincias de levante a fuer de un muy arrebatado raudal, asolaba y destruía todas las tierras por do pasaba sin remedio. Los partos, los primeros, se rindieron a su valor y le hicieron homenaje. Lo de la Siria y lo de Egipto maltrató con muertes, robos y talas. Tenía por costumbre, cada y cuando que se ponía sobre algún pueblo, enarbolar el primer día estandartes blancos en señal de clemencia, si le abrían las puertas sin dilación y se le rendían y sujetaban; el día siguiente enarbolaba estandartes rojos, que amenazaban a los cercados muertes y sangre; las banderas del día tercero eran negras, que denunciaban sin remedio asolaría de todo punto los moradores y la ciudad. El espanto era tan grande, que todos se le rendían a porfía, ca su fiero corazón ni admitía excusas ni se dejaba por ruegos ni por intercesión de nadie doblegar.

Sucedió que los de Berito no se rindieron hasta el segundo día. Conocido su yerro, para aplacarle enviaron delante las doncellas y niños con ramos en las manos y vestidos de blanco. No se movió a compasión el bárbaro, dado que llegados a su presencia se postraron en tierra, y con voz lastimosa pedían misericordia; antes mandó a la gente de a caballo que los atropellasen a todos y hollasen. Un genovés, que seguía aquellos reales y campo, movido de aquella bestial fiereza, le avisó en lengua escítica, como el que bien la sabía, se acordase de la humanidad y que era hombre mortal. El bárbaro con rostro torcido y semblante airado: *«¿Piensas,* dice, *que yo soy hombre? No soy sino azote de Dios y peste del género humano.»* A mucho tuvo el genovés de escapar con la vida, tan sañudo se mostró.

Corría lo de Asia la Menor gran peligro; por esto el Gran Turco, alzado el cerco que tenía sobre Constantinopla, con todas sus fuerzas y gentes volvió en busca del enemigo feroz y bravo. En aquella parte del monte Tauro, llamada Stella, muy conocida por la batalla que antiguamente allí se dieron Pompeyo y Mitrídates, se acercaron los dos campos; ordenaron sus haces; diose la batalla, que fue muy reñida y dudosa. Pelearon de ambas partes con gran coraje, los unos como vencedores del mundo, los otros por vencer. Finalmente, la victoria y el campo quedó por los escitas; los muertos llegaron a doscientos mil, muchos los prisioneros, y entre ellos el mismo emperador Bayazeto, espanto poco antes de tantas naciones. Llevóle por toda la Asia cerrado en una jaula de hierro y atado con cadenas de oro como en triunfo y para ostentación de la victoria. Comía sólo lo que el vencedor, de su mesa, le echaba como a perro, y con una increíble arrogancia todas las veces que subía a caballo ponía los pies sobre sus espaldas, trabajo y afrenta que le duró por todo lo restante de la vida. Gran burla y escarnio de su grandeza; así ruedan y se truecan las cosas debajo del cielo; género de infelicidad, tanto más mal de llevar cuanto el paciente se vio poco antes más encumbrado.

El rey don Enrique de Castilla, sin embargo de su poca salud, no se descuidaba ni del gobierno de sus vasallos ni de acudir a las cosas y ocurrencias de fuera. Enviaba sus embajadores a los príncipes, a los de cerca y a los de lejos para informarse de todo y trabar amistad en diversas partes. En especial a las partes de levante envió a Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos para saber de las fuerzas, costumbres e intentos de aquellas naciones apartadas. Estos dos embajadores acaso o de propósito se hallaron en aquella famosa batalla que se dio entre turcos y escitas. El Tamorlán, ganada la victoria, los trató con muestras de benignidad y cortesía. Al dar la vuelta para España quiso los acompañase un su embajador, que envió para trabar amistad con el rey de Castilla; hizo él su embajada conforme al orden que traía. Volvieron con él Alonso Páez, Ruy González y Gómez de Salazar, tres hidalgos que despachó el rey para que fuesen a saludar aquel príncipe, viaje largo y muy dificultoso, de que los mismos compusieron un libro, que hoy día anda impreso con nombre de *Itinerario*, en que relatan por menudo los particulares de su embajada y muchas otras cosas asaz maravillosas, si verdaderas.

La grandeza y gloria grande del Tamorlán pasó presto como un rayo. Vuelto a su tierra, de los despojos y presas de la guerra fundó la ciudad de Mercanti y la adornó grandiosamente de todo lo bueno y hermoso que robó en toda la Asia. A su muerte le sucedieron dos hijos, ni de las prendas ni de la ventura de su padre. Grande cosa fuera, si las virtudes y el valor se heredaran. Sobre el partir de la herencia resultaron muy grandes diferencias entre los dos. Finalmente, el imperio que se ganó con mucho esfuerzo y con gran trabajo se menoscabó por descuido y flojedad.

Fue este año desgraciado para los portugueses y los navarros, a causa que fallecieron en él los herederos de aquellos reinos; don Alonso, hijo mayor del rey de Portugal, en edad de doce años; sepultáronle en la iglesia mayor de Braga, pérdida que, aunque causó muy grande sentimiento, fácilmente los de aquella nación se conhortaron por quedar otros muchos hermanos, los infantes Duarte, Pedro, Enrique, Juan, Fernando y dos hermanas, doña Blanca y doña Isabel. En Pamplona murieron los infantes Luis, de seis meses, y Carlos, de cinco años, que juntos los sepultaron en la iglesia mayor en el sepulcro del rey don Felipe, su tercer abuelo. El dolor grande de los navarros fue sin consuelo por no quedar hijo varón y recaer forzosamente la corona en hembra, cosa que, de ordinario, los vasallos mucho aborrecen.

El invierno, fin de este año y principio del siguiente de 1403, se continuaron las lluvias por muchos días, con que los ríos por toda España se hincharon grandísimamente, de guisa que salieron de madre e hicieron muy graves daños, en particular Guadalquivir subió con su grande creciente sobre los adarves de Sevilla, y el agua llegó hasta la iglesia de San Miguel y la puerta que llaman de las Atarazanas, cosa de grandísimo espanto y peligro no menor. La buena diligencia del que a la sazón regía aquella ciudad, por nombre Alonso Pérez, ayudó mucho para reparar el daño, ca de día ni de noche no se descuidaba en hacer todos los reparos que podía, calafetear las puertas y reparar de los muros las partes más flacas, sin cesar hasta tanto que aquella tempestad amansó.

La santa iglesia de Toledo, después de la muerte de don Pedro Tenorio, se estaba vacante; la discordia entre los papas era ocasión de este y semejantes daños que resultaban en el reino, porque de tal suerte quitó Castilla la obediencia a Benedicto, que no la dio a su competidor; miserable estado, cual se puede pensar, cuando en el gobierno falta la cabeza y el gobernalle. Considerados estos inconvenientes, se juntaron Cortes del reino en Valladolid para acordar sobre este punto lo que se debía hacer. Acudió el de Aragón por medio de sus embajadores en favor de Benedicto, como se dijo de suso, el cual a los 12 de marzo se salió en hábito disfrazado por el Ródano abajo de Aviñón, en que le tuvieron los cardenales como preso por espacio de dos años. La grande diligencia del rey de Aragón en su favor fue tal y de tal suerte, que finalmente a los 28 de abril le volvieron a reconocer dentro en Castilla con ceremonia y auto muy solemne; estaban presentes el rey y los grandes, ricos hombres y prelados. Lo mismo se hizo dentro en Francia a los 20 de mayo, acuerdo que debió ser arrebatado, pues no duró mucho tiempo. Todavía el papa Benedicto, en virtud de este reconoci-

miento y homenaje y con beneplácito del rey, proveyó la iglesia de Toledo como lo deseaba dos años atrás, a los 20 del mes de julio en la persona de don Pedro de Luna, su sobrino, hijo de su hermano Juan Martínez de Luna, señor de Illueca y Gotor. Hermanos de don Pedro fueron Álvaro de Luna, padre del condestable don Álvaro; Rodrigo de Luna, prior de San Juan; Juan Martínez de Luna. De éstos el primero fue copero, y el tercero camarero del rey don Enrique el Tercero de Castilla que les hizo mercedes, en especial a Álvaro de Luna dio a Cañete, Jubera y Cornago. Verdad es que don Pedro se entretuvo algún tiempo en Aragón por negocios y dificultades que se ofrecen de ordinario.

Hallábase el papa Benedicto en Sellon, pueblo de la Provenza, retirado por causa de la peste que picaba por aquellas partes todavía. Allí falleció el cardenal de Pamplona Martín de Salva. Proveyó el papa aquella iglesia en la persona de Miguel de Salva, sobrino del difunto, y poco después le dio el capelo, así por sus méritos, que fue insigne jurista, como a contemplación de su tío, que siempre estuvo con él y le acompañó en todos sus trabajos en el mismo tiempo que los demás cardenales de su obediencia le desampararon y se le mostraron contrarios.

Falleció otrosí en su estado Mateo, conde de Foix, pretensor del reino de Aragón, intento que de todo punto cesó por no dejar sucesión y porque su mujer doña Juana se concertó con el rey, su tío, por medio de Jaime Escrivá. Señaláronle tres mil florines en cada un año para sus alimentos, pequeña recompensa de un reino que, al parecer de muchos, sin razón le quitaron; mas es forzoso a las veces rendirse a la necesidad, que de ordinario tiene mayores fuerzas que la justicia y la razón. Tomado este asiento, dejó a Francia y se volvió a su tierra para pasar en ella su viudez y vida.

CAPÍTULO XII
QUE NACIÓ UN HIJO AL REY DE CASTILLA

Gozaba España de una muy grande paz y sosiego a causa que las alteraciones de dentro calmaban y los enemigos de fuera no se movían ni inquietaban por hallarse todos cansados con las guerras y diferencias pasadas, que mucho duraron. Sólo el rey de Navarra se hallaba disgustado por verse despojado de los grandes estados que tenía en Francia, de Evreux, de Champaña y de Bria. Y dado que sobre este punto andaban embajadas y se hacía muy grande instancia, todavía no se alcanzaba cosa alguna; y aún él mismo por dos veces fue a Francia sobre lo mismo, pero en balde. La pretensión era muy importante y claro el agravio que le hacían; acordó pues tercera vez de probar ventura por si pudiese alcanzar de su primo el rey de Francia y de sus grandes con presentes y caricias lo que la razón y la honestidad no había podido alcanzar. Encomendó el gobierno del reino a su mujer; con esta resolución se partió para Francia, y llegado a aquella corte, trató su negocio con todas las veras y por todos los caminos que le parecieron a propósito para salir con la demanda; gastáronse muchas demandas y respuestas; finalmente, se tomó por postrera resolución que el de Navarra se apartase de aquella pretensión y sacase de Quireburg, que todavía se tenía por él, los soldados que allí tenía de su guarnición, y que en recompensa le diesen a Nemurs, ciudad de la Galia Céltica, con título de duque; trueque a la verdad muy desigual, y muy baja recompensa de estados tan principales y grandes como renunciaba. Verdad es que le añadieron en las condiciones del concierto una pensión de doce mil francos en cada un año además de una gran suma de dinero que, para acallarle, de presente le contaron. Pasó todo esto en París a 9 de junio del año que se contaba de 1404. Dícese que de aquel dinero labró este rey don Carlos en Olite y en Tafalla, villas de Navarra, distantes entre sí por espacio de una legua, sendos palacios de real magnificencia, muy hermosos y de habitación muy cómoda, ca era este príncipe muy entendido, no solo en las cosas de la paz y de la guerra, sino asimismo en las que sirven para curiosidad y entretenimiento. Decían otrosí que si la muerte no atajara sus trazas, pretendía juntar aquellos dos pueblos con un pórtico o portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro.

Los reyes de Castilla y de Granada a porfía se presentaban entre sí ricos y hermosos dones, que parecía cada cual se pretendía adelantar en todo género de cortesía. A los moros venía bien aquella amistad por sus pocas fuerzas y su estado, que no era grande; al rey de Castilla por su continua indisposición le era forzoso atender más a conservarse que a quitar a otros lo suyo. En particular el rey moro envió al de Castilla un presente muy rico de oro y de plata, piedras preciosas y adobos de vestidos muy hermosos; y para que la cortesía pareciese mayor, lo envió todo con una de sus mujeres; que los moros según su posibilidad cada cual acostumbra a tener muchas, en especial los reyes; que es la causa de estimarlas de ordinario en poco por repartirse la afición entre tantas. Las obras, finalmente, eran tales y las muestras de amor, que bastaran a ligarlos y hermanarlos por mucho tiempo si pagara bien la amistad y fuese durable entre los que se diferencian en la creencia y religión. Así, poco adelante se rompió la guerra entre estos dos reyes, como se verá en su lugar.

En Roma falleció el papa Bonifacio IX a primero de octubre. Juntáronse sus cardenales en cónclave, y con toda prisa nombraron por sucesor del difunto al cardenal Cosmato Meliorato, natural de Sulmona, ciudad del Abruzo en el reino de Nápoles, a los 17 del mismo mes. Llamóse Inocencio VII. Su pontificado fue breve, de solos dos años y veinte días. Acometieron de nuevo con esta ocasión los príncipes a concertar los papas y unir la Iglesia. Usaron de las diligencias posibles, pero todo su trabajo fue en vano. Alegaban las partes que no hallaban lugar seguro en qué juntarse. Todo era color y hacer del juego maña para entretener la gente y engañar en grave perjuicio de toda la Iglesia. En especial el papa Benedicto, como más artero y duro, por ningún camino se doblegaba, si bien desamparado de la mayor parte de sus amigos y valedores andaba de una parte a otra sin hallar lugar que le contentase ni persona alguna de quien fiarse; tan sospechosos le eran los de su casa

como los extraños.

Bien es verdad que muchas personas señaladas por su doctrina y santa vida defendían su partido y le seguían; entre otros fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia, su patria, y de su orden de Santo Domingo por el buen olor que de sí daba y el gran fruto que hizo en todas las partes en que predicó la palabra de Dios, que fueron muchas, como trompeta del Espíritu Santo y gran ministro del Evangelio. Averiguóse que las naciones extrañas le entendían, si bien predicaba en su lengua vulgar, los italianos, los franceses, los castellanos; gracia singular, y después de los apóstoles a él sólo concedida. Los milagros que obraba y con que acreditaba su doctrina, eran muy ordinarios; daba vista a los ciegos, sanaba cojos, mancos, enfermos, y aún resucitaba los muertos. Todo lo hace más creíble lo que se dice de la innumerable muchedumbre de gente que por su medio salió de las profundas tinieblas de vicios y de ignorancia en que estaban. De los viciosos que convirtió, no diré nada; en sola España por su predicación se bautizaron ocho mil moros y treinta y cinco mil judíos, cosa maravillosa. En particular en el obispado de Palencia se hicieron cristianos casi todos los judíos, que, por ser hacendados y en favor del bautismo quedar libres de diezmos y otros pechos y derramas, las rentas del obispo don Sancho de Rojas, que a la sazón lo era de aquella ciudad, se adelgazaron de suerte, que le fue necesario hacer recurso al rey y ganar un privilegio real que hoy se muestra, en que le concede para recompensa de aquel daño cierta cantidad de maravedíes de las rentas reales.

La alegría que por esta causa resultaba en todo el reino se aumentó con el parto de la reina, que en Toro en el monasterio de San Francisco, viernes a los 6 de marzo del año de 1405, parió un infante, que se llamó del nombre de su abuelo, el príncipe don Juan; el gozo de todos fue tanto mayor cuanto más desconfiados estaban por la dilación y la poca salud del rey. Hiciéronse fiestas y regocijos por todas las partes. Los príncipes extraños enviaron sus embajadas para congratularse por el nacimiento del infante. La reina otrosí alcanzó del rey con esta ocasión de su parto que perdonase e hiciese merced a don Pedro de Castilla, su primo, niño de poca edad. Don Juan, su padre, hijo del rey don Pedro, falleció poco antes de este tiempo en la prisión en que le tenían en el castillo de Soria. De su mujer doña Elvira, hija del mismo alcaide Beltrán Eril, dejó dos hijos, don Pedro y doña Costanza; la hija vino a las manos del rey, y por su orden hizo profesión en Santo Domingo el Real, monasterio de Madrid. Don Pedro se huyó, que le pretendían poner en prisión. La culpa del padre y de los hijos no era otra sino tener el uno por padre y los otros por abuelo aquel príncipe desgraciado, que muchas cosas hacen los reyes para su seguridad que parecen exorbitantes. Compadecióse la reina de aquel mozo; mandóle poner tras de las cortinas de la cama. Venida la ocasión que el rey entró a visitarla, le suplicó por el perdón. Otorgó el rey con su demanda, que no era justo en aquella sazón negarle cosa alguna. Sacáronle a la hora vestido de clérigo para que le besase la mano. Diósela con amoroso semblante, y para que se sustentase en los estudios le proveyó del arcedianato de Alarcón. Adelante le promovieron al obispado de Osma, y finalmente al de Palencia. Suplió la nobleza sus faltas; en particular tuvo poca cuenta con la honestidad. De dos mujeres, la una Isabel, de nación inglesa, y la otra María Bernarda, dejó muchos hijos, cuatro varones, don Alonso, don Luis, don Sancho y don Pedro, y otras tantas hembras, doña Aldonza, doña Isabel, doña Catalina, doña Costanza. De estos, y principalmente de don Alonso, que tuvo siete hijos de legítimo matrimonio, desciende la casa y linaje de Castilla, asaz extendida y grande, aunque no de mucha renta ni estado.

En Guadalajara falleció don Diego Hurtado de Mendoza, almirante del mar. Sucediéronle en sus estados y tierras Íñigo López de Mendoza, su hijo, que adelante fue el primer marqués de Santillana; en el oficio de almirante, don Alonso Enríquez, hermano menor de don Pedro, conde de Trastámara, ambos nietos de don Fadrique, maestre de Santiago.

CAPÍTULO XIII
DE LA GUERRA QUE SE HIZO CONTRA MOROS

El reino de Aragón por este tiempo andaba alborotado, y más Zaragoza, por causa de dos bandos y parcialidades, cuyas cabezas eran, de la una Martín López de Lanuza, de la otra Pedro Cerdán, hombres poderosos en rentas y vasallos. En Valencia asimismo prevalecían otros dos bandos, el delos Soleres y el de los Centellas. Trababan a cada paso pasión entre sí y riñas; matábanse y robábanse las haciendas sin que la justicia les pudiese ir a la mano.

Juntó el rey Cortes en Maella, villa de Aragón, a propósito de asentar el gobierno y apaciguar las alteraciones que ponían a todos en cuidado. En aquellas Cortes se establecieron leyes muy buenas, unas para acudir a los inconvenientes presentes, otras que se guardasen siempre, enderezadas todas al bien y pro común. Ordenóse demás de esto que el rey don Martín de Sicilia, lo más presto que fuese posible, viniese a España para que se acostumbrase a guardar los fueros de Aragón y no quisiese adelante atropellar sus libertades y gobernar aquel reino a fuer de los demás a su albedrío y voluntad. Sabida él esta determinación, la voluntad del rey, su padre, y de todo el reino, aprestado que hubo una armada, se hizo a la vela en Trapana, ciudad de Sicilia; de camino saltó en tierra en Niza, ciudad del Piamonte, para visitar y hacer homenaje al papa Benedicto, que a la sazón se hallaba en aquellas partes con voz de querer dar corte con su competidor en aquellas diferencias y debates tan reñidos. Hallóse presente acaso o de propósito a la habla Luis, duque de Anjou, que se llamaba rey de Nápoles, y por el derecho de su mujer pretendía el reino de Aragón; mas por medio del pontífice se concertaron y apaciguaron. Despedida esta habla, se tornó a embarcar el rey de Sicilia, y a los 3 de abril finalmente surgió en la playa de Barcelona. Por su venida hicieron fiestas por todo el reino, que pensaban sería por largo tiempo; más engañóles su esperanza, porque con color que los de aquella isla no sosegaban del todo y que de nuevo don Bernardo de Cabrera con ocasión de su ausencia se tomaba más autoridad y mano en el gobierno de lo que era razón, dejando las cosas medio compuestas en Aragón, a los 6 de agosto en la misma armada en que vino se embarcó en Barcelona y pasó en Sicilia. Con su llegada mandó luego a don Bernardo de Cabrera salir de palacio, y poco después de toda la isla, con orden de presentarse delante de su padre el rey de Aragón para descargarse de las culpas que le achacaban. Hizo él lo que le fue mandado, y partió para España en sazón que por el principio del mes de noviembre llegaron a Barcelona cuatro estatuas de plata vaciadas y cinceladas y sembradas de pedrería, que envió el papa Benedicto para que pusiesen en ellas las reliquias que en Zaragoza tenían de los santos mártires Valerio, Vincencio, Laurencio, Engracia, para sacarlas con esta pompa en las procesiones más solemnes y generales.

En Castilla se continuaba la conversión de los judíos, y aún para domeñar a los obstinados y duros se ordenó de nuevo, entre otras cosas, que los judíos no pudiesen dar a logro, cosa entre ellos muy usada; y que para ser conocidos trajesen sobre el hombro derecho por señal un redondo de paño rojo, como tres dedos de ancho. Lo mismo tres años adelante se ordenó de los moros, que trajesen otro redondo algo mayor de paño azul en forma de luna menguada, y lo que es más, veinticinco años antes de éste en que vamos estableció el rey don Juan el Primero en las Cortes que se hicieron en Soria que las mancebas de los clérigos se distinguiesen de las mujeres honestas por un prendedero de paño bermejo, tan ancho como los tres dedos, que les mandó traer sobre el tocado para que fuesen conocidas, leyes muy buenas, pero que no sé yo si en algún tiempo se guardaron. Lo que toca a los judíos, el tiempo presente se pidió por el reino en las Cortes que los meses pasados para jurar al príncipe don Juan recién nacido se juntaron en Valladolid, y el rey lo otorgó por una ley que publicó en esta razón en la villa de Madrid a los 21 días del mes de diciembre. Ca había pasado a aquellas partes para proveer a la guerra de Granada, que entonces pensaba hacer de propósito, a causa que aquel rey, sin embargo de los conciertos y amistad hechos, se apoderó por fuerza de la villa de Ayamonte, puesta a la boca del río Guadiana por la parte que desagua en el mar, y la quitó a Ál-

varo de Guzmán, cuya era; demás que no quería pagar el tributo y las parias que conforme a los conciertos pasados debía pagar en cada un año. Todavía antes de venir a rompimiento intentó el rey de Castilla si le podría poner en razón con una embajada que le envió para ver si podría con aquello requerirle de paz y que no diese lugar a aquellas novedades y demasías.

El moro, orgulloso por lo hecho y por pensar que aquella embajada procedía de algún temor y flaqueza, no sólo no quiso hacer enmienda de lo pasado, antes por principio del año 1406 envió un grande golpe de gente para que rompiesen por la parte del territorio de Baeza, como lo hicieron con muy grave daño de toda aquella comarca. Saliéronles al encuentro Pedro Manrique, frontero en aquella parte, Diego de Benavides y Martín Sánchez de Rojas con toda la demás gente que pudieron en aquel aprieto apellidar. Alcanzaron a los enemigos, que era muy grande cabalgada; llegaban muy cerca de la villa de Quesada. Pelearon con igual esfuerzo sin reconocerse ventaja ninguna hasta que cerró la noche y la oscuridad tan grande los despartió. Los cristianos, juntos y cerrados, rompieron por medio de los enemigos para procurar mejorarse de lugar en un peñol que cerca cae, que fue señal de flaqueza; demás que en la pelea perdieran mucha gente, y entre ellos personas de mucha cuenta, y en particular Martín Sánchez de Rojas y Alonso Dávalos, el mariscal Juan de Herrera y Garci Álvarez Osorio, en que si bien vendieron caramente sus vidas, quedaron tendidos en el campo. Esta batalla llaman la de los Collejares. El rey don Enrique, sin embargo de su poca salud, no se descuidaba en velar y mirar por todo. En Madrid, do estaba, convocó Cortes para la ciudad de Toledo; quería con acuerdo del reino proveer de todo lo necesario para aquella guerra, que cuidaban sería muy larga.

El de Navarra, concluidas ya las cosas en Francia de la manera que de suso queda dicho, al dar la vuelta pasó por Narbona, desde allí atravesó a Cataluña, y en Lérida por el mes de marzo se vio con el de Aragón, que le festejó en aquella ciudad y en Zaragoza magníficamente, como lo pedía la razón. Llegó finalmente a Pamplona, y en aquella ciudad celebró el casamiento que de tiempo atrás tenía concertado de su hija doña Beatriz, menor que doña Blanca, con Jacques de Borbón, conde de la Marca, persona en quien la nobleza, gentil disposición y destreza en las armas corrían a las parejas. Hiciéronse las bodas la los 14 de septiembre, en el cual mes junto al castillo de Mónaco en la costa de Génova falleció de peste Miguel de Salva, cardenal de Pamplona, que andaba en compañía del papa Benedicto; infección de que por aquella comarca pereció mucha gente. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de Niza; sucedióle en el obispado de Pamplona que vacó por su muerte Lanceloto de Navarra, en sazón que, cansada Francia de las largas del papa Benedicto en renunciar como le pedían y unir la Iglesia, de nuevo le tornaron a negar la obediencia y apartarse de su devoción.

CAPÍTULO XIV
DE LA MUERTE DEL REY DON ENRIQUE

Teníanse Cortes de Castilla en Toledo, que fueron muy señaladas por el concurso grande que de todos los estados acudieron, por la importancia de los negocios que en ellas se trataron y mucho más por la muerte que en aquella sazón y ciudad sobrevino al rey. Halláronse en ellas don Juan, obispo de Sigüenza, en su nombre y como gobernador sede vacante del arzobispo de Toledo, que el electo don Pedro de Luna aún no era venido a aquella iglesia; don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, don Pablo, obispo de Cartagena, don Fadrique, conde de Trastámara, don Enrique de Villena, maestre de Calatrava dos años había por muerte de Gonzalo Núñez de Guzmán, don Ruy López Dávalos, condestable, Juan de Velasco, Diégo López de Zúñiga y otros señores y ricos hombres. Luego al principio de estas Cortes se le agravó al rey la dolencia de guisa, que no pudo asistir.

Presidió en su lugar su hermano el infante don Fernando; las necesidades apretaban y la falta de dinero para hacer la guerra a los moros y enfrenar su osadía. Tratóse ante todas cosas que el reino sirviese con alguna buena suma, tal que pudiesen asoldar catorce mil de a caballo, cincuenta mil peones, armar treinta galeras y cincuenta naves, aprestar y llevar seis tiros gruesos, que nuestros cronistas llaman lombardas, creo de Lombardía, de do vinieron primero a España, o porque allí se inventaron, cien tiros menores con los demás pertrechos y municiones y almacén. Que todo esto y no menos cuidaban sería necesario para de una vez acabar con la morisma de España, como todos deseaban. Los procuradores del reino llevaban mal que se recogiese del pueblo tan gran suma de dinero como era menester para juntar tantas fuerzas, por estar todos muy gastados con las imposiciones pasadas; mayormente que los obispos no venían en que alguna parte de aquel servicio se echase sobre los eclesiásticos. Hubo demandas y respuestas y dilaciones, como es ordinario. Finalmente, acordaron que de presente sirviesen para aquella guerra con un millón de oro, gran suma para aquellos tiempos, en especial que se puso por condición, si no fuese bastante aquella cantidad, que se pudiesen hacer nuevas derramas sin consulta ni determinación de Cortes; tan grande era el deseo que todos tenían de ver acabada aquella guerra. El sueldo que en aquella sazón se daba a un hombre de a caballo era por cada día veinte maravedíes, y al peón la mitad. La buena diligencia del infante don Fernando y su buena traza hizo que se allanasen todas las dificultades.

Llegó en esto nueva que en Roma falleció el papa Inocencio a los 6 de noviembre y que los cardenales a gran prisa pusieron en su lugar al cardenal Angelo Corario, ciudadano de Venecia, a los 30 del mismo mes, que se llamó en el pontificado Gregorio XII.

Asimismo en el mayor calor de las Cortes falleció el rey don Enrique en la misma ciudad de Toledo a 25 de diciembre, principio del año del Señor de 1407. Tenía veintisiete años de edad; de ellos reinó los diez y seis, dos meses y veintiún días. Dejó en la reina, su mujer, al príncipe don Juan y a las infantas doña María y doña Catalina, que le naciera poco antes. Sepultáronle con el hábito de san Francisco en la su capilla real de Toledo. El sentimiento de los vasallos fue grande, y las lágrimas muy verdaderas. Veíanse privados de un príncipe de valor en lo mejor de su edad, y el reino, como nave sin piloto y sin gobernalle, expuesto a las olas y tempestades que en semejantes tiempos se suelen levantar. Fue este príncipe apacible de condición, afable y liberal, de rostro bien proporcionado y agraciado, mayormente antes que la dolencia le desfigurase, bien hablado y elocuente, y que en todas las cosas que hacía y decía se sabía aprovechar de la maña y del artificio. Despachaba sus embajadores a los príncipes cristianos y moros, a los de cerca y a los de lejos, con intento de informarse de sus cosas y de todo recoger prudencia para el buen gobierno de su reino y de su casa y para saber en todo representar majestad, a que era muy inclinado.

Del valor de su ánimo y de su prudencia dio bastante testimonio un famoso hecho suyo y una resolución notable. Al principio que se encargó del gobierno gustaba de residir en Burgos. Entrete-

níase en la caza de codornices, a que era más dado que a otro género de montería o volatería. Avino que cierto día volvió del campo cansado algo tarde. No le tenían cosa alguna aprestada para su yantar. Preguntada la causa, respondió el despensero que, no sólo le faltaba el dinero, más aún el crédito para mercar lo necesario. Maravillóse el rey de esta respuesta; disimuló empero con mandarle por entonces que sobre un gabán suyo mercase un poco de carnero con que (y las codornices que él traía) le aderezasen la comida. Sirvióle el mismo despensero a la mesa, quitada la capa, en lugar de los pajes. En tanto que comía se movieron diversas pláticas. Una fue decir que muy de otra manera se trataban los grandes y mucho más se regalaban. Era así que el arzobispo de Toledo, el duque de Benavente, el conde de, Trastámara, don Enrique de Villena, el conde de Medinaceli, Juan de Velasco, Alonso de Guzmán y otros señores y ricos hombres de este jaez se juntaban de ordinario en convites que se hacían unos a otros como en turno. Avino que aquel mismo día todos estaban convidados para cenar con el arzobispo, que hacía tabla a los demás. Llegada la noche, el rey disfrazado se fue a ver lo que pasaba, los platos muchos en número, y muy regalados los vinos, la abundancia en todo. Notó cada cosa con atención, y las pláticas más en particular que sobremesa tuvieron, en que por no recelarse de nadie, cada uno relató las rentas que tenía de su casa y las pensiones que de las rentas reales llevaba. Aumentóse con esto la indignación del rey que los escuchaba; determinó tomar enmienda de aquellos desórdenes. Para esto el día siguiente luego por la mañana hizo corriese voz por la corte que estaba muy doliente y quería otorgar su testamento. Acudieron a la hora todos estos señores al castillo en que el rey posaba. Tenía dada orden que como viniesen los grandes, hiciesen salir fuera los criados y sus acompañamientos. Hízose todo así como lo tenía ordenado. Esperaron los grandes en una sala por gran espacio todos juntos. A medio día entró el rey armado y desnuda la espada. Todos quedaron atónitos sin saber lo que, quería decir aquella representación ni en qué pararía el disfraz. Levantáronse en pie, el rey se asentó en su silla y sitial con talante, a lo que parecía, sañudo. Volvióse al arzobispo; preguntóle: *«¿Cuántos son los reyes que habéis conocido en Castilla?»* La misma pregunta hizo por su orden o cada cual de los otros. Unos respondieron: *«Yo conocí tres», «yo cuatro»*, el que más dijo cinco. *«¿Cómo puede ser esto,* replicó el rey, *pues yo de la edad que soy he conocido no menos que veinte reyes?»* Maravillados todos de lo que decía, añadió: *«Vosotros todos, vosotros sois los reyes en grave daño del reino, mengua y afrenta nuestra; pero yo haré que el reinado no dure mucho ni pase adelante la burla que de nos hacéis.»* Junto con esto, en alta voz llama los ministros de justicia con los instrumentos que en tal caso se requieren y seiscientos soldados que de secreto tenía apercibidos. Quedaron atónitos los presentes; el de Toledo, como persona de gran corazón, puestos los hinojos en tierra y con lágrimas pidió perdón al rey de lo en qué errado le había. Lo mismo por su ejemplo hicieron los demás; ofrecen la enmienda, sus personas y haciendas como su voluntad fuese y su merced. El rey desde que los tuvo muy amedrentados y humildes, de tal manera les perdonó las vidas, que no los quiso soltar antes que le rindiesen y entregasen los castillos que tenían a su cargo y contasen todo el alcance que les hicieron de las rentas reales que cobraron en otro tiempo. Dos meses que se gastaron en asentar y concluir estas cosas los tuvo en el castillo detenidos. Notable hecho, con que ganó tal reputación, que en ningún tiempo los grandes estuvieron más rendidos y mansos. El temor les duró por más tiempo, como suele, que las causas de temer.

De severidad semejante usó en Sevilla en las revueltas que traían el conde de Niebla y Pero Ponce; y aún el castigo fue mayor, que hizo justiciar mil hombres que halló en el caso más culpados. Benefició las rentas reales por su industria y la del infante, su hermano, de suerte que grandes sumas se recogían cada un año en sus tesoros, que hacía guardar en el alcázar de Madrid, al cual para mayor seguridad arrimó las torres, que hoy tiene antiguas, pero de buena estofa. Suyo es aquel dicho: *«Más temo las maldiciones del pueblo que las armas de los enemigos.»* Así llegó y dejó grandes tesoros sin pesadumbre y sin gemido de sus vasallos, sólo con tener cuenta y cuidado con sus rentas y excusar los gastos sin propósito; virtud de las más importantes de un buen príncipe.

CAPÍTULO XV
QUE ALZARON POR REY DE CASTILLA A DON JUAN EL SEGUNDO

Hecho el enterramiento y las exequias del rey don Enrique con la magnificencia que era razón y con toda representación de majestad y tristeza, los grandes se comunicaron para nombrar sucesor y hacer las ceremonias y homenajes que en tal caso se acostumbran. No eran conformes los pareceres, ni todos hablaban de una misma manera. A muchos parecía cosa dura y peligrosa esperar que un infante de veintidós meses tuviese edad competente para encargarse del gobierno. Acordábanse de la minoridad de los reyes pasados, y de los males que por esta causa se padecieron por todo aquel tiempo. Leyóse en público el testamento del rey difunto, en que disponía y dejaba mandado que la reina, su mujer, y el infante don Fernando, su hermano, se encargasen del gobierno del reino y de la tutela del príncipe. A Diego López de Zúñiga y Juan de Velasco encomendó la crianza y la guarda del niño, la enseñanza a don Pablo, obispo de Cartagena, para que en las letras fuese su maestro, como era ya su chanciller mayor, hasta tanto que el príncipe fuese de edad de catorce años. Ordenó otrosí que los tres atendiesen sólo al cuidado que se les encomendaba, y no se empachasen en el gobierno del reino.

Algunos pretendían que todas estas cosas se debían alterar; alegaban que el testamento se hizo un día antes de la muerte del rey cuando no estaba muy entero, antes tenía alterada la cabeza y el sentido; que no era razón por ningún respeto dejar el reino expuesto a las tempestades que forzosamente por estas causas se levantarían. De esto se hablaba en secreto, de esto en público en las plazas y corrillos. Verdad es que ninguno se adelantaba a declarar la traza que se debía tener para evitar aquellos inconvenientes; todos estaban a la mira, ninguno se quería aventurar a ser el primero. Todos ponían mala voz en el testamento y lo dispuesto en él; pero cada cual asimismo temía de ponerse a riesgo de perderse si se declaraba mucho. Ofrecíaseles que el infante don Fernando los podría sacar de la congoja en que se hallaban y de la cuita si se quisiese encargar del reino; mas recelábanse que no vendría en esto por ser de su natural templado, manso y de gran modestia, virtudes que cada cual les daba el nombre que le parecía, quién de miedo, quién de flojedad, quién de corazón estrecho; finalmente, de los vicios que más a ellas se semejan. La ausencia de la reina y ser mujer y extranjera daba ocasión e estas pláticas. Entreteníase a la sazón en Segovia con sus hijos cubierta de luto y de tristeza, así por la muerte de su marido, como por el recelo que tenía en qué pararían aquellas cosas que se removían en Toledo. Los grandes, comunicado el negocio entre sí, al fin determinaron dar un tiento al infante don. Fernando. Tomó la mano don Ruy López Dávalos por la autoridad que tenía de condestable y por estar más declarado que ninguno de los otros. Pasaron en secreto muchas razones primero, después en presencia de otros de su opinión le hizo para animarle, que se mostraba muy tibio, un razonamiento muy pensado de esta sustancia:

«Nos, señor, os convidamos con la corona de vuestros padres y abuelos, resolución cumplidera para el reino, honrosa para vos, saludable para todos. Para que la oferta salga cierta, ninguna otra cosa falta sino vuestro consentimiento; ninguno será tan osado que haga contradicción a lo que tales acordaron. No hay en nuestras palabras engaño ni lisonja. Subir a la cumbre del mando y del señorío por malos caminos es cosa fea; más desamparar al reino que de su voluntad se os ofrece y se recoge al amparo de vuestra sombra en el peligro, mirad no parezca flojedad y cobardía. La naturaleza de la potestad real y su origen enseñan bastantemente que el cetro se puede quitar a uno y dar otro conforme a las necesidades que ocurren. Al principio del mundo vivían los hombres derramados por los campos a manera de fieras, no se juntaban en ciudades ni en pueblos; solamente cada cual de las familias reconocía y acataba al que entre todos se aventajaba en la edad y en la prudencia. El riesgo que todos corrían de ser oprimidos de los más poderosos y las contiendas que resultaban con los extraños y aún entre los mismos parientes, fueron ocasión que se juntasen unos con otros, y para mayor seguridad se sujetasen y tomasen por cabeza al que enten-

dían con su valor y prudencia los podría amparar y defender de cualquier agravio y demasía. Este fue el origen que tuvieron los pueblos, este el principio de la majestad real, la cual por entonces no se alcanzaba por negociaciones ni sobornos; la templanza, la virtud y la inocencia prevalecían. Asimismo no pasaba por herencia de padres a hijos; por voluntad de todos y de entre todos se escogía el que debía suceder al que moría. El demasiado poder de los reyes hizo que heredasen las coronas los hijos, a veces de pequeña edad, de malas y dañadas costumbres. ¿Qué cosa puede ser más perjudicial que entregar a ciegas y sin prudencia al hijo, sea el que fuere, los tesoros, las armas, las provincias, y lo que se debía a la virtud y méritos de la vida, darlo al que ninguna muestra ha dado de tener bastantes prendas? No quiero alargarme más en este ni valerme de ejemplos antiguos para prueba de lo que digo. Todavía es averiguado que por la muerte del rey don Enrique el Primero sucedió en esta corona, no doña Blanca,su hermana mayor, que casara en Francia, sino doña Berenguela, acuerdo muy acertado, como lo mostró la santidad y perpetua felicidad de don Fernando, su hijo. El hijo menor del rey don Alonso el Sabio la ganó a los hijos de su hermano mayor el infante don Fernando, porque con sus buenas partes daba muestras de príncipe valeroso. ¿Para qué son cosas antiguas? Vuestro abuelo el rey don Enrique quitó el reino a su hermano y privó a las hijas de la herencia de su padre; que si no se pudo hacer, será forzoso confesar que los reyes pasados no tuvieron justo titulo. Los años pasados en Portugal el maestre de Avis se apoderó de aquel reino, si con razón, si tiránicamente, no es de este lugar apurarlo; lo que se sabe es que hasta hoy lo ha conservado y mantenidose en él contra todo el poder de Castilla. De menos tiempo acá dos hijas del rey don Juan de Aragón perdieron la corona de su padre, que se dio a don Martín, hermano del difunto, si bien se hallaba ausente y ocupado en allanar a Sicilia; que siempre se tuvo por justo mudase la comunidad y el pueblo conforme a la necesidad que ocurriese, lo que ella misma estableció por el bien común de todos. Si convidáramos con el mando a alguna persona extraña, sin nobleza, sin partes, pudiérase reprehender nuestro acuerdo. ¿Quién tendrá por mal que queramos por rey un príncipe de la alcurnia real de Castilla, y que en vida de su hermano tenía en su mano el gobierno? Mirad pues no se atribuya antes a mal no hacer caso ni responder a la voluntad que grandes y pequeños os muestran, y por excusar el trabajo y la carga, desamparar a la patria común, que de verdad, tendidas las manos, se mete debajo las alas y se acoge al abrigo de vuestro amparo en el aprieto en que se halla. Esto es finalmente lo que todos suplicamos; que encargaros uséis en el gobierno de estos reinos de la templanza a vos acostumbrada y debida no será necesario.»

Después de estas razones los demás grandes que presentes estaban se adelantaron cada cual por su parte para suplicarle aceptase. No faltó quien alegase profecías y revelaciones y pronósticos del cielo en favor de aquella demanda. A todo esto el infante con rostro mesurado y ledo replicó y dijo no era de tanta codicia ser rey que se hubiese de menospreciar la infamia que resultaría contra él de ambicioso e inhumano, pues despojaba un niño inocente y menospreciaba la reina viuda y sola, a cuya defensa toda buena razón le obligaba, demás de las alteraciones y guerras que forzosamente en el reino sobre el caso se levantarían. Que les agradecía aquella voluntad y el crédito que mostraban tener de su persona, pero que en ninguna cosa les podía mejor recompensar aquella deuda que en darles por rey y señor al hijo de su hermano, su sobrino, por cuyo respeto y por el pro común de la patria él no se quería excusar de ponerse a cualquier riesgo y fatiga, y encargarse del gobierno según que el rey, su hermano, lo dejó dispuesto; sólo en ninguna manera se podría persuadir de tomar aquel camino agrio y áspero que le mostraban.

Concluido esto, poco después juntó los señores y prelados en la capilla de don Pedro Tenorio que está en el Claustro de la iglesia mayor. El condestable don Ruy López, por si acaso había mudado el parecer, le preguntó allí en público a quién quería alzasen por rey. Él, con semblante demudado, respondió en voz alta: *«¿A quién sino al hijo de mi hermano?»* Con esto levantaron los estandartes, como es de costumbre, por el rey don Juan el Segundo, y los reyes de armas le pregonaron por rey, primero en aquella junta y consiguientemente por las calles y plazas de la ciudad.

Gran crédito ganó de modestia y templanza el infante don Fernando en menospreciar lo que otros por el fuego y por el hierro pretenden. Los mismos que le insistieron aceptase el reino, no acababan de engrandecer su lealtad, camino por donde se enderezó a alcanzar otros muy grandes reinos que el cielo por sus virtudes le tenía reservados. Fue la gloria de aquel hecho tanto más de estimar, que su hermano al fin de su vida andaba con él torcido y no se le mostraba favorable, por reportes de gentes que suelen inficionar los príncipes para derribar a los que ellos quieren y ganar gracias con hallar en otros tachas; demás que naturalmente son sospechosos y odiosos a los que mandan los que están más cerca para sucederles en sus estados. Verdad es que poco antes de su muerte, vencido de la bondad del infante, trocó aquel odio en buena voluntad, y aún vino en que su hija la infanta doña María, que podía suceder en el reino, casase con don Alonso, hijo mayor del infante; acuerdo muy saludable para los dos hermanos en particular, y en común para todo el reino.

CAPÍTULO XVI
DE LA GUERRA DE GRANADA

Esto pasaba en Castilla a tiempo que en Aragón sucedió la muerte de la reina doña María, que falleció en Villarreal, pueblo cerca de Valencia, a los 29 de diciembre, con gran sentimiento del rey de Aragón, su marido, y de toda aquella gente, por sus prendas muy aventajadas. Sepultaron su cuerpo con el acompañamiento y honras convenientes en Poblet, sepultura de aquellos reyes. De cuatro hijos que parió, los tres se le murieron en su tierna edad, don Diego, don Juan y doña Margarita; quedó solo don Martín, a la sazón rey de Sicilia, y que se hallaba embarazado en el gobierno de aquella isla, con poco cuidado de su vida y salud, por ser mozo, y los muchos peligros a que hacía siempre rostro por ser de gran corazón; de que poco adelante a él sobrevino la muerte, y con ella a los suyos muy grandes adversidades.

El infante don Fernando, compuestas las cosas en Toledo y hechas las exequias de su hermano, a primero de enero se partió para Segovia con intento de verse con la reina, que allí estaba, y con su acuerdo dar orden y traza en todo lo que pertenecía al buen gobierno del reino. Para que todo se hiciese con más autoridad y con más acierto dio orden en aquella ciudad se juntasen, como se juntaron, Cortes generales del reino, a que acudieron los prelados y señores y procuradores de las ciudades. Tratáronse diversas cosas en estas Cortes, en particular la crianza del nuevo rey se encargó a la reina por instancia que sobre ello hizo, mudado en esta parte el testamento del rey don Enrique. En recompensa del cargo que les quitaban dieron a Juan de Velasco y a Diego López de Zúñiga cada seis mil florines, pequeño precio y satisfacción,; más érales forzoso conformarse con el tiempo, y no seguro contradecir a la voluntad de la reina y del infante, que tenían en su mano el gobierno.

Tratóse otrosí de la guerra que pensaban hacer a Granada tanto con mayor voluntad de todos, que por el mes de febrero los cristianos entraron en tierra de moros por la parte de Murcia. Pusiéronse sobre Vera; más no la pudieron forzar porque vinieron sin escalas y sin los demás ingenios a propósito de batir las murallas y por la nueva que les vino de un buen número de moros que venían en socorro de los cercados. Alzado pues el cerco, fueron en su busca, y cerca de Jujena pelearon con ellos con tal denuedo, que los vencieron y desbarataron. La matanza no fue grande por tener los vencidos la acogida cerca. Todavía tomaron y saquearon aquel pueblo, efecto de más reputación que provecho, por quedar el castillo en poder de moros. Los caudillos principales de esta empresa fueron el mariscal Fernando de Hererra, Juan Fajardo, Fernando de Calvillo con otros nobles caballeros. Sonó mucho esta victoria, tanto, que los que se hallaban en las Cortes, alentados con tan buen principio, que les parecía pronóstico de lo demás de aquella guerra, otorgaron de voluntad toda la cuantía de maravedíes que para los gastos y el sueldo les pidieron por parte de la reina y del infante. Nombraron por general, como era razón, al mismo infante don Fernando, entre el cual y la reina comenzaron cosquillas y sospechas.

No faltaban hombres malos, de que siempre hay copia asaz en las casas reales, que atizaban el fuego; decían que algún día don Fernando daría en qué entender a la reina y sus hijos. Muchos cargaban a una mujer, por nombre Leonor López, que terciaba mal entre los dos y tenía más cabida con la reina de lo que sufría la majestad de la casa real y el buen gobierno del reino. Los disgustos iban adelante; dieron traza que se dividiese el gobierno; de guisa que la reina se encargó de lo de Castilla la Vieja, don Fernando de la Nueva con algunos pueblos de la Vieja. Tomado este acuerdo, el infante envió su mujer e hijos a Medina del Campo, y él se partió de Segovia para Villarreal con intento de esperar allí las gentes que por todas partes se alistaban para aquella guerra, las municiones y vituallas. En este medio los capitanes que estaban por las fronteras no cesaban de hacer cabalgadas en tierra de los moros, talar los campos, robar los ganados, cautivar gente, saquear los pueblos. Aveces también volvían con las manos en la cabeza, que tal es la condición de la guerra.

Un cierto moro, de secreto aficionado a nuestra religión, se pasó a tierra de cristianos, y llevado a la presencia del maestre de Santiago don Lorenzo Suárez de Figueroa, que se ocupaba en aquella guerra y estaba en Écija por frontero, le habló en esta manera: *«Bien entiendo cuán aborrecido es de todos el nombre de forajido; sin embargo, me aventuré a seguir vuestro partido, movido del cielo, toque poderoso, contra el cual ninguna resistencia basta. No pido que aprobéis mi venida y mi resolución ni la condenéis tampoco, sino que estéis a la mira de los efectos que viéredes. Lo primero os ruego que me hagáis bautizar, que el tiempo muy en breve dará clara muestra de mi buen celo y lealtad; a las obras me remito.»* Bautizáronle como el moro lo pedía. Tras esto les dio aviso que Pruna, plaza de los moros de importancia, se podría entrar por la parte y con el orden que él mismo mostraría. Las prendas que metiera eran tales, que se aseguraron de su palabra que no era trato doble. Acompañóle con gente el comendador mayor de Santiago; cumplió el moro su promesa, que al momento entraron aquel pueblo en 4 días del mes de junio, y quitaron aquel nido, de do salían de ordinario moros a correr las tierras de cristianos, hacer mal y daño continuamente.

Pasó el infante a Córdoba, y entró en Sevilla a los 22 de junio; probóle la tierra y los calores, de que cayó en el lecho enfermo en sazón mal a propósito y en que llegó a aquella ciudad el conde de la Marca, yerno del de Navarra, y por sí de lo más noble de Francia, de gentil presencia entre mil, muy cortés, con que aficionaba la gente. Traía en su compañía ochenta de a caballo, y venía con deseo de ayudar en aquella guerra sagrada, que se temía saldría larga y dificultosa. Los moros en este medio no dormían: lo primero acometieron a tomar a Lucena, pueblo grande; y como quier que no les saliese bien aquella empresa, revolvieron sobre Baeza gran morisma, ca dicen llegaban a siete mil de a caballo y cien mil de a pie, número que apenas se puede creer, y que por lo menos puso en gran cuidado a todo el reino. Todavía no pudieron forzar la ciudad, que se la defendieron los de dentro, aunque con dificultad, muy bien; sólo tomaron y quemaron los arrabales. Apellidáronse los cristianos por toda aquella comarca, los de cerca y los de lejos, porque no se perdiese aquella plaza tan importante. Supieron los moros lo que pasaba; y por no aventurarse a perder la jornada, alzado el cerco, dieron la vuelta cargados de despojos y de los cautivos que por aquella tierra robaron.

Por el contrario, el almirante don Alonso Enríquez cerca de Cádiz ganó de los moros una victoria naval, asaz importante. Los reyes de Túnez y de Tremecén tenían armadas veinte y tres galeras para correr las costas del Andalucía a contemplación de su amigo y confederado el rey de Granada. Dioles vista el almirante; y si bien no llevaba pasadas de trece galeras en su armada, no dudó de embestirlas, lo cual hizo con tal denuedo y destreza, que las venció. Tomó las ocho, las demás, parte echó a fondo, y otras se huyeron. En este medio convaleció de su dolencia el infante don Fernando, y alegre con esta buena nueva, salió de Sevilla a los 7 de septiembre. No llevaba resolución por qué parte entraría en tierra de moros. Hizo consulta de capitanes y de otros personajes; salió acordado que rompiese por tierra de Ronda y se pusiese con todo el campo sobre Zahara, villa principal en aquella comarca. Hízose así; comenzaron a batirla con tres cañones gruesos de día y de noche. El daño que hacían era muy poco por no ser muy diestros los de aquel tiempo en jugar y asestar el artillería. El cerco iba a la larga, y fuera la empresa muy dificultosa si los de dentro por falta que padecían y por miedo de mayores daños si se detenían no se rindieran a partido que, libres sus personas y hacienda, dejasen al vencedor las armas y provisión.

Al tanto otros pueblos pequeños se dieron por aquellas partes. Septenil, villa bien fuerte por sus adarves y por la gente que tenía de guarnición, por esta causa no se quiso rendir; cercáronla y combatiéronla con todos los ingenios y fuerzas que llevaban, en sazón que Pedro de Zúñiga por otra parte recobró de los moros a Ayamonte, según que el infante don Fernando se lo encargara. El rey moro por estas pérdidas y por no echar el resto en el trance de una batalla, la excusaba cuanto podía; solo ayudaba las fuerzas con maña, y procuraba divertir las del enemigo. Juntó toda diligencia sus gentes, que dicen eran ochenta mil de a pie y seis mil de a caballo, los más canalla sin valor ni honra. Con este campo se puso sobre Jaén; pero no salió con su intento porque acudieron con toda bre-

vedad los nuestros, y le forzaron a retirarse con poca reputación. Sólo hizo daño en los campos, de que se satisficieron los contrarios con correrle toda la tierra hasta la ciudad de Málaga. Repartíanse otrosí diversas bandas de soldados y se derramaban por todas partes sin dejar respirar ni reposar a los moros. Para que todo sucediese bien y el contento fuese colmado sólo falto que no pudieron forzar ni rendir a Septenil. El otoño iba adelante, y las lluvias comenzaban, que suelen ser ordinarias por aquel tiempo. Por esta causa el infante a los 25 de octubre, alzado aquel cerco, dio la vuelta a Sevilla, y tornó a poner en su lugar la espada con que el rey don Fernando el Santo, ganó antiguamente aquella ciudad, y en ella la guardan con cuidado y reverencia; y a las veces los capitanes para sus empresas, como por buen agüero, la solían desde tomar prestada. Hecho esto, repartió la gente para qie invernase en Sevilla, Córdoba y otros pueblos, y él paso al reino de Toledo con intento de apercibirse de todo lo necesario y recoger más gente para continuar aquella guerra.

A esta sazón falleció en Calahorra Pero López de Ayala, canciller mayor de Castilla, caballero señalado por su nobleza, por las muchas cosas que por él pasaron, y por la *Crónica* que dejó escrita del rey don Pedro y don Enrique el Segundo, y don Juan el primero. Si bien algunos sospechan que con pasión encareció mucho los vicios de don Pedro, y subió de punto las virtudes de su competidor en perjuicio de la verdad. Enterraron su cuerpo en el monasterio de Quijana.

Francia asimismo andaba revuelta por la muerte que Juan, duque de Borgoña, hizo dar en París a Luis, duque de Orliens, volviendo muy de noche a palacio. El homiciano que ejecutó esta maldad se llamaba Otonvilla. La causa de la enemistad no se averigua del todo; sospecharon comúnmente que, por estar el rey a tiempos falto de juicio, el matador pretendía apoderarse del gobierno de Francia, y para salir con esto acordó de quitarse delante al que sólo le podía contrastar por ser hermano del rey. Luego que se descubrió al autor de de aquella maldad, el de Borgoña se retiró a sus tierras para apercibirse, si alguno pretendiese vengar aquella muerte. La duquesa Valentina, mujer del muerto, puso acusación contra el matador y hacía instancia sobre el caso. Los jueces, vencidos de sus lágrimas y de la razón, citaron al de Borgoña para que compareciese en persona a descargarse de lo que le achacaban. No dudó él de obedecer y presentarse, confiado en sus riquezas y en los muchos valedores que tenía en la corte de Francia. Formábase el proceso en el Parlamento; y por los púlpitos Juan Petit, doctor teólogo de París, franciscano y predicador de fama en aquella era, no cesaba en sus predicaciones de abonar aquel hecho, como hombre lisonjero e interesal. Cargaba al de Orliens que pretendía hacerse rey de Francia; que el que atajó estos intentos tiránicos, no sólo era libre de pena, sino digno de mercedes muy grandes. No mostraron los jueces más entereza; antes llegados a sentencia, dieron por libre al de Borgoña, con gran sentimiento de los hijos del muerto y de su mujer. De que resultaron guerras muy largas, con que se abrasaron y consumieron las riquezas y grandeza de Francia.

La cuestión de si un particular puede por su autoridad matar al tirano se ventiló mucho entre los teólogos de aquel tiempo; y aún el concilio de Constancia que se juntó poco adelante, los padres sacaron un decreto, en que contra lo que Juan Petit enseñaba y contra lo que el de Borgoña hizo, determinaron no ser lícito matar al tirano. Era Luis, duque de Orleans, hermano del rey de Francia, y el duque de Borgoña su primo hermano.

CAPÍTULO XVII
QUE SE HICIERON TREGUAS CON LOS MOROS

Las fiestas de Navidad tuvo el infante don Fernando en Toledo, principio del año 1408, en que hizo el cabo de año de su hermano el rey don Enrique. El rey niño y la reina, su madre, residían en Guadalajara por el buen temple de aquella ciudad y cielo saludable de que goza. Acordaron se juntasen allí Cortes a propósito de apercibir lo necesario para continuar la guerra que tenían comenzada con mayores fuerzas y gente. Los prelados y señores y ciudades que concurrieron al tiempo aplazado venían bien en lo que se pedía. La mayor dificultad consistía en hallar forma y traza cómo se juntase el dinero para los gastos. Los pueblos no daban oídos a nuevas imposiciones y derramas, cansados y consumidos con las contribuciones pasadas y recelosos no se continuase en tiempo de paz el servicio que por la necesidad de la guerra se otorgase. Mas por la mucha instancia que hizo el infante y otros señores concedieron cantidad de ciento cincuenta mil ducados con gravamen de tener libros de gasto y recibo para que constase se empleaban solo en los gastos de la guerra, y no en otros al albedrío de los que gobernaban.

Teníanse las Cortes en tiempo que el rey de Granada, a los 18 días del mes de febrero, se puso sobre la villa da Alcaudete, acompañado de siete mil caballos y ciento veinte mil peones, número descomunal. Corrió gran peligro de perderse la plaza, y toda la Andalucía se alteró con este miedo por tener pocas fuerzas, los socorros lejos y el tiempo del año riguroso para salir en campaña. Acude nuestro Señor cuando falta la prudencia. Defendiéronse muy bien los cercados, con que se abatió el orgullo de los moros. Junto con esto, los nuestros por tres partes diferentes hicieron entradas en las tierras enemigas para divertir las fuerzas de los moros, y con las talas, quemas y robos, que fueron grandes, tomar enmienda de los daños que hicieran en las fronteras de cristianos. Quebrantados los moros con tantos males y pérdidas, acordaron despachar sus embajadores para pedir treguas. No venía en otorgarlas el infante, antes se quería aprovechar de la ocasión que la flaqueza de los enemigos le presentaba. La reina era, como mujer, enemiga de guerra, que en fin hizo se concediesen las treguas por término de ocho meses.

Los pueblos pretendían, pues la guerra cesaba, excusarse del servicio que otorgaron. El infante no quiso venir en ello, ca decía era necesario estar proveído de dinero para volver a la guerra el año siguiente; todavía se hizo suelta a los pueblos de la cuarta parte de aquella suma. Vino entre los demás a estas Cortes finalmente don Pedro de Luna, sobrino del papa Benedicto, y por su orden arzobispo de Toledo, como se dijo de suso. Traía de Aragón en su compañía a Álvaro de Luna, su sobrino, mozo de dieciocho años. Su padre Álvaro de Luna, señor de Cañete y Jubera, le hubo fuera de matrimonio en María de Cañete, mujer poco menos que de seguida, por lo menos tan suelta y entregada a sus apetitos, que tuvo cuatro hijos bastardos cada cual de su padre; al ya nombrado y a don Juan de Cerezuela, del gobernador de Cañete y a Martín, de un pastor por nombre Juan; y el cuarto también Martín, de un labrador de Cañete; los dos postreros por respeto de su hermano tuvieron adelante el sobrenombre de Luna. De tan bajos principios se levantó la grandeza de este mozo, que en un tiempo pudo competir con los muy grandes príncipes, de que al fin le despeñó su desgracia. En el bautismo le llamaron Pedro; agradóse de él el papa Benedicto, de su presencia, de su viveza y apostura, y quiso que en la confirmación le mudasen el nombre de pila en el de Álvaro por respeto de su padre. Venido a Castilla, le hicieron de la cámara del rey, con lo cual y su buena gracia y diligencia en servir, poco a poco le ganó la voluntad y aún se hizo señor de ella.

En el alcázar de Granada a los 11 de mayo falleció el rey Mahomat, con que la gente se aseguraba que las paces serían más ciertas. La ocasión de su muerte refieren fue una camisa inficionada que se vistió por engaño. Sacaron de Salobreña, donde le tenía preso, a Juzef, su hermano, para que le sucediese en el reino. Así ruedan y se truecan las cosas de los hombres, hoy cautivo y mañana rey. Apresuráronse los moros en esto, y usaron de todo secreto porque no se recreciese algún impedi-

mento, mayormente de parte de los cristianos,que desbaratase sus intentos. Luego que Juzef se vio rey, despachó sus embajadores con ricos presentes para el de Castilla de caballos, jaeces, alfanjes, telas preciosas, pasas, higos y almendras, sustento el más ordinario y regalado de aquella gente. Diéronles en retorno otros dones de valía; pero no otorgaron con lo que pretendían principalmente, que era se alargase el tiempo de las treguas.

CAPÍTULO XVIII
QUE EL PAPA BENEDICTO VINO A ESPAÑA

El papa Benedicto por este tiempo se hallaba aquejado de diversos cuidados. Las provincias cansadas de cisma tan largo, sus amigos y devotos desabridos de sus trazas, sus mañas, en que no tenía par, descubiertas y entendidas. No sabía qué camino podía tomar para conservarse, que era su intento principal. Cuando se salió de Aviñón, fue a parar en Marsella, ciudad fuerte y puesta a la lengua del agua; su vivienda en San Víctor, monasterio muy célebre en aquella ciudad. Dende acometió al papa Gregorio, su contendor, con partido de paz, que decía deseó siempre y de presente la deseaba. Que sería bien se juntasen en un lugar para tomar acuerdo sobre sus haciendas, que por medio de terceros era cosa muy larga. Para señalar lugar a contento de las partes vinieron embajadores de Gregorio a Marsella. Dieron y tomaron, y finalmente acordaron fuese la vista en Saona, ciudad del Genovés; sacóse por condición que hasta tanto que los papas se hablasen ni el uno ni el otro criase algún cardenal. Asentado esto, Benedicto sin dilación se embarcó para pasar allá. Pretendía por esta diligencia que todos entendiesen deseaba la paz. El papa Gregorio replicó que no tenía por seguro aquel lugar por estar a la obediencia de su contrario. Solo fue a Luca, ciudad puesta en lo postrero de Toscana; y el papa Benedicto al principio de este año se adelantó y pasó a Portovenere para más de cerca capitular y concertarse. Todo era mañas y traspasos para entretener y engañar, y aún el papa Gregorio, contra lo que tenían concertado, de una vez hizo tres cardenales, con que los demás cardenales suyos se alborotaron y de común acuerdo se pasaron a Pisa. El papa Benedicto, por aprovecharse de aquella ocasión, envió allá cuatro cardenales de su obediencia y tres arzobispos, que se detuvieron algún tiempo en Liorno entre tanto que los florentinos, cuya era Pisa, les enviaban seguridad.

Juntáronse finalmente con los cardenales de Pisa. A lo que la junta se enderezaba era convocar concilio general, como lo hicieron. Sonrugíase que daban traza de prender a los papas, en especial a Benedicto. Esta fama, quier verdadera, quier falsa, dio ocasión a Benedicto de desamparar a Italia, donde demás de la sospecha ya dicha pretendía que su contrario estaba muy arraigado y poderoso, en particular se recelaba del rey Ladislao de Nápoles, que tenía muy de su parte como al que nombrara por vicario del imperio y senador de Roma, cargos a la sazón muy principales. Antes de su partida para mejor entretener la gente convocó concilio general para Perpiñán, villa en la raya de Cataluña, y con tanto se hizo a la vela. Aportó a Colibre a 2 de julio, dende por la ciudad de Elna pasó a la dicha villa de Perpiñán para dar calor en lo del concilio y esperar que los prelados se juntasen. Acudió a visitar al papa entre otros el rey de Navarra, que llevaba intento de pasar en Francia y acometer las nuevas esperanzas que de recobrar alguna parte de sus antiguos estados le daban las alteraciones de aquel reino. Pero esta su ida a París no fue de más efecto que las pasadas; así, finalmente dio la vuelta a su reino sin alcanzar cosa alguna de las que pretendía.

Juntáronse en Perpiñán ciento veinte obispos, casi todos de Francia y de España. Abrióse el.-Concilio a 1 de noviembre; la principal cosa que trataron fue buscar medios para concertar los papas y unir la Iglesia. Los pareceres eran diferentes y aún los fines a que cada cual se encaminaba, por donde los más de los obispos, perdida la esperanza de hacer cosa de momento, de secreto se salieron de Perpiñán y se volvieron a sus tierras. Quedaron solo dieciocho obispos, que dieron de consuno un memorial al papa en que le suplicaron atendiese con cuidado a quitar el cisma, aunque fuese necesario tomar el camino de la renunciación, pues era más justo conformarse con el deseo de toda la Iglesia que dejarse engañar de las lisonjas de particulares. Que la Iglesia con lágrimas en los ojos, las rodillas por el suelo y tendidas las manos le rogaba, lo que era muy puesto en razón, antepusiese el bien público a cualquier otro respeto; que ningún otro camino se mostraba para la cura de dolencia tan larga. Poca esperanza tenían que viniese en lo que pedían el que como a puerto seguro se había retirado a España. Todavía por mostrar voluntad a la concordia envió a Pisa siete personas prin-

cipales con voz de querer concierto, mas a la verdad otro tenía en el corazón, ca pretendía le sirviesen de escuchas y le avisasen de todo lo que allí pasaba.

Hallábanse en aquella ciudad juntos, además de un gran número de obispos, veinte y tres cardenales, los seis de la obediencia de Benedicto, que eran la mayor parte de su colegio. Entre estos asistió don Pedro Fernández de Frías, cardenal de España, criado por Clemente, papa de Aviñón. Publicaron sus edictos, en que citaban a los dos papas para que en presencia del concilio alegasen de su derecho; más visto que no comparecían y que se gastaba mucho tiempo en demandas y respuestas, de común acuerdo a los 26 de junio del año 1409 sacaron por pontífice a Pedro Filargo, natural de Candía, de la orden de los Menores, presbítero cardenal y arzobispo de Milán. Llamóse en el pontificado Alejandro V. Duróle el mando muy poco, que no llegó a año entero. Resultó de esta elección, de que se esperaba el remedio, otro nuevo y mayor daño, esto es, que la llaga más se encancerase por añadir a los dos papas otro tercero, que cada cual pretendía ser el legítimo y los otros intrusos; tanta vez tiene la sazón en todo y la buena traza. Así la cristiandad, en lugar de dos bandos, quedó dividida en tres con otras tantas cabezas y papas, como suele acontecer que se vuelve al revés y daña lo que parecía prudentemente acordado; tan cortas son nuestras trazas.

CAPÍTULO XIX
DE LA MUERTE DEL REY DON MARTÍN DE SICILIA

Con mejor orden gobernaba el infante don Fernando el reino de Castilla, bien que no se descuidaba en adelantar su casa y estado por los caminos que podía, sin dejar ocasión alguna. No faltaba quien por esta misma razón la tomase de ponerle mal con la reina, como mujer y de su natural sospechosa. No hay cosa más deleznable que la gracia de los reyes, ni más frágil que su privanza. Decían que el gran poder del infante don Fernando podría parar perjuicio a la casa real; que con el poder, cuando mucho crece, pocas veces se acompaña la lealtad. Los que más atizaban el fuego eran Diego López de Zúñiga y Juan de Velasco por la mucha cabida que todavía tenían en la casa real. Don Fadrique, conde de Trastámara, hijo de don Pedro, el que fue condestable de Castilla, daba consejo a don Fernando que les echase mano. Poco secreto se guarda en los palacios; avisados de lo que se meneaba, se pusieron ellos con tiempo en salvo. Quedó la reina desde que lo supo más lastimada y recelosa que antes; decía que aquella befa a ella misma se hiciera para despojarla de su consejo y del amparo que pensaba en ellos tener. Ultra de las demás prendas de que la naturaleza y el cielo dotaron a don Fernando con mano liberal, en que ningún príncipe en aquella era se le aventajaba, tenía muy noble generación en su mujer: cinco hijos varones, don Alonso, don Juan, don Enrique, don Sancho y don Pedro, que llamaron adelante los infantes de Aragón, y dos hijas, doña María y doña Leonor.

Falleció por aquellos días Fernán Rodríguez de Villalohos, maestre de Alcántara; por su muerte hubo aquel maestrazgo el infante don Fernando en cabeza de su hijo don Sancho con dispensación que dio en la edad el papa Benedicto. Lo mismo se hizo con don Enrique, el tercer hijo, dende a pocos meses para hacerle maestre de Santiago por muerte de Lorenzo Suárez de Figueroa. No faltaron sentimientos y disgustos de personas que llevaban mal que el infante, no contento con el gobierno del reino, se apoderase en nombre de sus hijos de todo lo que vacaba.

En esta misma sazón el conde de Lucemburg y el duque de Austria enviaron a ofrecer socorros de gente para continuar la guerra de Granada. Lo mismo hizo Carlos, duque de Orleans, que prometía enviar en ayuda mil caballos franceses, y juntamente pedía por mujer a la reina doña Beatriz, pretensora del reino de Portugal, y viuda del rey de Castilla don Juan el Primero. No se le otorgó la una, ni aceptaron la otra de estas dos demandas, porque la reina, ni quería casar segunda vez, ni con color de matrimonio desterrarse de España, y el tiempo de las treguas con los moros le habían alargado por otros cinco meses, por la mucha instancia que sobre ello hizo Juzef, el nuevo rey de Granada, si bien poco después acometieron los moros a tomar la villa de Priego, con que dieron bastante ocasión para que, sin embargo del concierto, se rompiese con ellos. Pero el rey de Granada se envió a descargar que aquel exceso no se hizo con su voluntad, y todavía ofrecía de hacer enmienda conforme a lo que determinasen y hallasen se debía hacer jueces nombrados por las partes.

Hallóse este año entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo una imagen devota de nuestra Señora, que llaman de la Peña de Francia, muy conocida por un monasterio de dominicos que para mayor veneración se levantó en aquel lugar y por el gran concurso de gentes que acude en romería de todas partes.

El mismo año fue muy aciago y triste para los aragoneses por la muerte de don Martín, rey de Sicilia, hijo único y heredero del rey de Aragón, que falleció en Caller de Cerdeña a los 25 de julio en la flor de su edad y de las muchas esperanzas que prometía su buen natural. Mandóle su padre pasar en aquella isla para allanar a Brancaleon Doria y Aimerico, vizconde de Narbona, que por estar casados con dos hijas de Mariano, juez de Arborea, pretendían apoderarse por derechos que para ello alegaban de toda aquella isla. Andaban muy pujantes a causa que las fuerzas de los aragoneses eran flacas, y los naturales les acudían con mayor voluntad que a los extraños. La venida del rey

hizo que se trocasen las cosas. Juntaron sus gentes cada cual de las partes; llegaron a vista unos de otros cerca de un pueblo llamado San Luri. Ordenaron sus haces y diose la batalla, en que los sardos quedaron desbaratados y preso Brancaleon, su caudillo. La muerte que sobrevino al rey en aquella coyuntura hizo que no pudiese ejecutar la victoria ni concluir aquella guerra, si bien por algún tiempo el mariscal Pedro de Torrellas, muy privado de este príncipe, y otros caballeros con la gente que les quedó se entretuvieron y sustentaron el partido de Aragón. Sepultaron el cuerpo del difunto en la iglesia catedral de Caller. En su mujer doña Blanca tuvo un hijo que falleció los días pasados. De dos mujeres solteras naturales de Sicilia dejó dos hijos, a don Fadrique, cuya madre se llamó Teresa, y en Agatusa a doña Violante, que casó adelante con el conde de Niebla. Corrió fama que la ocasión de su muerte fue desmandarse, antes de estar bien convalecido de cierta dolencia, en la afición de una moza natural de aquella isla de Cerdeña. Ordenó su testamento, en que nombró a su padre por heredero del reino de Sicilia, y a su mujer la reina doña Blanca encargó continuase en el gobierno que le dejó encomendado a su partida, señalándole personas principales de cuyo consejo se ayudase.

Mucho sintió todo el reino de Aragón la falta de este príncipe. Muchos debates se levantaron sobre la sucesión de aquellos reinos. El rey, su padre, como a quien más tocaba el daño, ¿cuántas lágrimas derramó? ¿Qué extremos y demostraciones de dolor no hizo? Cada cual lo juzgue por sí mismo. Reportóse empero lo más que pudo, y hechas las honras de su hijo, volvió su cuidado a asentar y asegurar las cosas de su reino. Sus privados le aconsejaban se casase, pues estaba en edad de tener hijos, conque se aseguraría la sucesión y se atajarían las tempestades que de otra suerte les amenazaban. Parecióle al rey buen consejo éste; casó con doña Margarita de Prades, dama muy apuesta y de la alcurnia real de Aragón. Celebráronse las bodas en Barcelona a los 17 de septiembre. No pasaba el rey de cincuenta y un años; pero tenía la salud muy quebrada, y era grueso en demasía; las medicinas con que procuró habilitarse para tener sucesión le corrompieron lo interior y aceleraron la muerte. Luis, duque de Anjou, avisado de lo que pasaba, fue el primero que volvió a las esperanzas antiguas de suceder en aquella corona. Despachó al obispo de Conserans para suplicar al rey declarase por sucesor de aquel reino a Luis, su hijo y de doña Violante, que, por ser su sobrina hija del rey don Juan, era la que le tocaba en más estrecho grado de parentesco, mayormente que su hermana mayor la infanta doña Juana era ya muerta, que falleció en Valencia dos años antes de este. Pedía otrosí que diese licencia para que la madre viniese a Aragón para criar a su hijo conforme a las costumbres de la tierra.

Túvose a mal pronóstico que durante la fiesta de las bodas que el rey celebraba le pidiesen nombrase sucesor. Los del reino tenían por más fundado el derecho del conde de Urgel. Favorecían lo que deseaban y lo que comúnmente apetecen todos, que era no tener rey extraño, sino de su misma nación. La descendencia del conde se tomaba del rey don Alonso el IV, su bisabuelo, cuyo hijo don Jaime fue padre de don Pedro y abuelo del conde. Demás que estaba casado con hermana del rey don Martín, la cual su padre el rey don Pedro hubo en la reina doña Sibila. Semejantes pretensiones y esperanzas tenía, bien que de más lejos, don Alonso de Aragón, conde de Denia y marqués de Villena, que por importunación de los suyos, aunque muy viejo, entró en esta demanda como el que continuaba su descendencia de don Jaime el Segundo, rey de Aragón.

CAPÍTULO XX
DE UNA DISPUTA QUE SE HIZO SOBRE EL DERECHO DE LA SUCESIÓN EN LA CORONA DE ARAGÓN

Dio el rey de Aragón audiencia al obispo francés y enteróse bien de todo lo que pedía y de las razones en que fundaba el derecho y la pretensión del duque. Concluido aquel auto y despedida la gente, luego que se retiró a su aposento, los que le acompañaban continuaron la plática, y de lance en lance trabaron en presencia del rey una disputa formada, que me pareció poner aquí por sumarse en ella los fundamentos de todo este pleito. Guillén de Moncada fue el primero a hablar en esta forma:

«Será, señor, servido Dios de daros sucesión, consuelo para la vida y heredero para la muerte. Pero si acaso fuese otra su voluntad, lo cual no permita su clemencia, ¿quién se podrá anteponer a Luis, hijo del duque de Anjou? ¿Quién correr con él a las parejas, pues es nieto de vuestro hermano, nacido de su hija? No dudaré decir lo que siento. Cada cual en su negocio propio tiene menos prudencia que en el ajeno; impide el miedo, la codicia, el amor, y oscurece el entendimiento. Pero si a vos no tuviéramos, por ventura, ¿no diéramos la corona a la hija del rey, vuestro hermano? Que si vos, lo que Dios no permita, faltárades sin hijos, ¿quién quita que no se reponga la misma y se restituya en su antiguo derecho? Si le empece para la sucesión ser mujer, ya sustituye en su lugar y derecho a su hijo, aragonés de nación por parte de madre, y legítimo por ende heredero del reino.»

Acabada esta razón, los más de los que presentes estaban la mostraban aprobar con gestos y con meneos. Replicó Bernardo Centellas:

«*Muy diferente es mi parecer; yo entiendo que el derecho del conde de Urgel va más fundado. Don Pedro, su padre, es cierto que tiene por abuelo el mismo que vos, en quien pasara la corona, muerto el rey don Alonso el Cuarto, si vuestro padre el rey don Pedro no fuera de más edad que don Jaime, su hermano, abuelo del conde. Que si aquel ramo faltase con sus pimpollos, ¿por qué no volverá la sustancia del tronco y se continuará en el otro ramo menor? La hembra ¿cómo puede dar al hijo el derecho que nunca tuvo? Como quier que sea averiguado ser las hembras incapaces de esta corona. Que si admitimos a las hembras a la sucesión, en esto también se aventaja el conde, pues tiene por mujer a vuestra hermana doña Isabel, hija del rey don Pedro y de doña Sibila, deuda más cercana vuestra que la hija de vuestro hermano, sí, que la hermana en grado más estrecho está que la sobrina.»*

Movieron asimismo estas razones a los circunstantes, cuando Bernardo Villalico acudió con su parecer, que era asaz diferente y extraño:

«No puedo, dice, *negar sino que se han tocado muy agudamente los derechos del duque y del conde ya nombrados, si don Alonso, marqués de Villena y conde de Gandía, no se les aventajara. El cual tiene por padre a don Pedro, hijo que fue del rey don Jaime el Segundo. De suerte que vuestro bisabuelo es abuelo del marqués, y vuestro abuelo el rey don Alonso el Cuarto, tío del mismo, como al contrario el bisabuelo del conde de Urgel, que es el mismo rey don Alonso, es vuestro abuelo. Así, el marqués y su hermano el conde de Prades, abuelo de vuestra mujer la reina doña Margarita, tienen con vos el mismo deudo que vos con el conde de Urgel. Que si el deudo es igual, deben ser antepuestos los que de más cerca traen su descendencia de aquellos reyes, de donde como de su fuente se toma el derecho de la corona y de la sucesión. No hay para qué traer en consecuencia la mujer del conde de Urgel, ni ponernos en necesidad de declarar más en particular quién fue su madre doña Sibila antes que fuese reina.»*

Oyeron todos con atención lo que dijo Villalico, si bien poco aprobaron sus razones. Parecía-

les fuera de propósito valerse de derechos tan antiguos para hacer rey a persona de tanta edad. De suerte que más faltaba voluntad a los que oian, que probabilidad a las razones que alegó. Tomó el rey la mano y habló en esta manera:

«Con claridad habéis alegado lo que hace por los tres ya nombrados, y aún pudiérades añadir otras cosas en favor de cualquiera de las partes. Pero hay otro cuarto que, si mi pensamiento no me engaña, tiene su derecho más fundado. Éste es el infante don Fernando, tío del rey de Castilla e hijo de doña Leonor, mi hermana de padre y de madre, en que se aventaja a la condesa de Urgel. Vuestras particulares aficiones sin duda os cegaron para que no echásedes de ver lo que hace por esta parte. El marqués de Villena y el conde de Urgel de más lejos nos tocan en deudo. Lo mismo puedo decir del hijo del duque de Anjou; en más estrecho grado está el hijo de mi hermana que el nieto de mi hermano, por donde es forzoso que se anteponga a los demás pretensores. Para que mejor lo entendáis os propondré un ejemplo. Así como el reguero del agua y el acequia, cuando la quitan de una parte y la echan por otra, deja las primeras eras a que iba encaminada sin riego, y no las torna a bañar hasta dejar regados todos los tablares a que de nuevo encaminaron el agua, así debéis entender que los hijos y descendientes del que una vez es privado de la corona quedan perpetuamente excluidos para no volver a ella, si no es a falta del que le sucedió y de todos sus deudos, los que con él están de más cerca trabados en parentesco. Que por estar el reino en poder del postrer poseedor, quien le tocare de más cerca en deudo, ese tendrá mejor derecho para sucederle que todos los demás que quier que aleguen en su defensa. Conforme a esto, yerran los que para tomar la sucesión ponen los ojos en los primeros reyes don Jaime, don Alonso, don Juan, dejándome a mí, que al presente poseo la corona, y cuyo pariente más cercano es doña Leonor, mi hermana, y después de ella su hijo el infante don Fernando, cuyo derecho en igualdad fuera razón apoyar y defender, pues más que todos los otros pretensores se adelanta en prendas y partes para ser rey. Mienten a las veces a cada cual sus esperanzas, y de buena gana favorecemos lo que deseamos; pero no hay duda sino que las muestras que hasta aquí ha dado de virtud y valor son muy aventajadas. Este es nuestro parecer; ojalá se reciba tan bien como es cumplidero para vos, en particular los que presentes estáis, y para todo el reino en común. Las hembras no deben entrar en esta cuenta, pues todo el debate consiste entre varones, en quien no se debe considerar por qué parte nos tocan en parentesco, sino en qué grado.»

Este razonamiento del rey, como se divulgase primero por Barcelona, en cuyo arrabal se trabó toda la disputa, y después por toda la cristiandad volase esta fama, acreditó en gran manera la pretensión de don Fernando, y aún fue gran parte para que se la ganase a sus competidores. De estas cosas se hablaba públicamente en los corrillos y a veces en palacio en presencia del rey, de que mostraba gustar, si bien de secreto se inclinaba más a su nieto don Fadrique, que ya era conde de Luna, y para dejarle la corona pretendía legitimarle por su autoridad y con dispensación del papa Benedicto. Que si esto no le saliese, claramente anteponía a don Fernando, su sobrino, a todos los demás, a quien sus virtudes y proezas y haber menospreciado el reino de Castilla hacían merecedor de nuevos reinos y estados.

Todavía el rey por la mucha instancia que sobre ello hizo el conde de Urgel le nombró por procurador y gobernador de aquel reino; oficio que se daba a los sucesores de la corona, y resolución que pudiera perjudicar a los otros pretensores si él mismo de secreto no diera orden a los Urreas y a los Heredias, dos casas las más principales de Zaragoza, que no le dejasen entrar en aquella ciudad ni ejercer la procuración general, sin embargo de las provisiones que en esta razón llevaba; trato doble de que mucho se sintió el conde de Urgel y de que resultaron grandes daños.

CAPÍTULO XXI
DE LA MUERTE DE DON MARTÍN, REY DE ARAGÓN

El tiempo de las treguas asentadas con los moros era pasado, y sus demasías convidaban y aún ponían en necesidad de volver a la guerra y a las armas, en especial que tomaron la villa de Zahara, y talaban de ordinario los campos comarcanos y hacían muchas cabalgadas. Para reprimir estos insultos y tomar enmienda de los daños, el infante don Fernando, hechos los apercibimientos necesarios de soldados y armas, de dinero y de vituallas, por el mes de febrero del año que se contaba 1410 se encaminó con su campo la vuelta de Córdoba en sazón que los moros, por no poder forzar el castillo, desampararon la villa de Zahara, y los nuestros a toda prisa repararon los adarves y pusieron aquella plaza en defensa.

La gente de don Fernando eran diez mil peones y tres mil quinientos caballos, la flor de la milicia de Castilla, soldados lucidos y bravos. Acompañábanle don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, Álvaro de Guzmán, Juan de Mendoza, Juan de Velasco, don Ruy López Dávalos, otros señores y ricos hombres. Con este campo se puso el infante sobre la ciudad de Antequera a los 27 de abril con resolución de no partir mano de la empresa hasta apoderarse de aquella plaza. El rey moro envió para socorrer a los cercados cinco mil caballos y ochenta mil infantes, gran número, si las fuerzas fueran iguales. Dieron vista a la ciudad y fortificaron sus estancias muy cerca de los contrarios. Ordenaron sus haces para presentar la batalla, que se dio a los 6 de mayo; en ella quedaron los moros desbaratados con pérdida de quince mil que perecieron en la pelea y en el alcance; con el mismo ímpetu les entraron y saquearon los reales. Victoria en aquel tiempo tanto más señalada, que de los cristianos no faltaron más de ciento veinte. Dio don Fernando gracias a Dios por aquella merced; despachó correos a todas partes con las buenas nuevas.

Para apretar más el cerco hizo tirar un foso de anchura y hondura suficiente en torno de los adarves, y en el borde de fuera levantar una trinchera de tapias con sus torreones a trechos, todo a propósito de impedir las salidas de los moros y hacer que no les entrase provisión ni socorro. Fue muy acertado aprovecharse de este ingenio por estar el campo falto de gente, a causa que diversas compañías se derramaban por su orden para robar y talar aquellos campos, como lo hicieron muy cumplidamente, sin reparar hasta dar vista a la ciudad de Málaga. Los daños eran grandes y mayor el espanto. Mandó el rey moro que todos los que fuesen de edad se alistasen y tomasen las armas, diligencia con que juntó gran número de gente, si bien estaba resuelto de no arriscarse segunda vez, y sólo se mostraba para poner miedo por los lugares cercanos, más seguros por su fragura o la espesura de árboles.

Los cercados padecían necesidad, y lo que sobre todo les aquejaba era la poca esperanza que tenían de ser socorridos. Rendirse les era a par de muerte; entretenerse no podían; ¿qué debían hacer los miserables? Avino que trescientos de a caballo de la guarnición de Jaén entraron con poco orden y recato en tierra de moros; que todos fueron sobresaltados y muertos. Este suceso de poca consideración animó a los cercados para pensar podría haber alguna mudanza y suceder algún desmán a los que los cercaban.

Al tiempo que esto pasaba en Antequera, falleció en Bolonia de Lombardía Alejandro, el nuevo y tercero pontífice, a 3 de mayo. Sepultaron su cuerpo en San Francisco de aquella ciudad. Juntáronse los cardenales que le seguían; y a 17 del mismo mes sacaron por papa a Baltasar Cosa, diácono cardenal, natural de Nápoles, y que a la sazón era legado de aquella ciudad de Bolonia. Llamóse Juan XXIII. Era hombre atrevido, sagaz, diligente, acostumbrado a valerse, ya de buenos medios, ya de no tales, como las pesas cayesen y según los negocios lo demandasen. Dichoso en el pontificado de su predecesor, en que tuvo mucha mano; en el suyo desgraciado, pues al fin le derribaron y despojaron de la tiara.

Siguióse la muerte del rey don Martín de Aragón, que falleció de modorra, postrero de aquel mes en Valdoncellas, monasterio de monjas pegado a los muros de la ciudad de Barcelona. Su cuerpo sepultaron en Poblet con enterramiento y honras moderadas por estar la gente afligida con la pérdida presente y lo que para adelante los amenazaba. Teníanse a la sazón Cortes en Barcelona de aquel principado, no sin sospechas de alteraciones y desasosiegos. Acordaron que de todos los brazos se nombrasen personas principales que visitasen al rey en aquella dolencia y le suplicasen que para excusar reyertas dejase nombrado sucesor. Hízose así; llevó la habla con beneplácito de los acompañados Ferrer, cabeza de los jurados o conselleres de aquella ciudad. Preguntóle si era su voluntad que sucediese en aquella corona el que a ella tuviese mejor derecho; abajó la cabeza en señal de consentir con la demanda. A otras preguntas que le hicieron no le pudieron sacar palabra ni respuesta. Con su muerte se acabó la sucesión por línea de varón de los condes de Barcelona, que se continuó primero en Cataluña, y después en Aragón por espacio de seiscientos años.

Añublóse la buenandanza de Aragón y su prosperidad muy grande. Despertáronse otrosí las esperanzas de muchos personajes para pretender la corona en aquella, como vacante de aquel reino. En semejantes ocasiones suele ser la presteza muy importante, y la diligencia, como dicen, madre de la buena ventura. El infante don Fernando, a quien Dios tenía reservada aquella grandeza, le tenía a la sazón ocupado la guerra de los moros. Hizo un público auto, en que aceptó la sucesión y el reino que nadie le ofrecía; juntamente despachó por sus embajadores a Fernán Gutiérrez de Vega, su repostero mayor, y al doctor Juan González de Acevedo, personas inteligentes y de maña, para que en Aragón hiciesen sus partes; que él mismo no quiso alzar la mano del cerco por la esperanza que tenía de salir en breve con la empresa, y se aumentó por cierta refriega que parte de su gente trabó cerca de Archidona con los moros, y la venció. De cuyo suceso y de la ocasión será bien decir alguna cosa, tomado de la historia elegante que Laurencio Valla escribió de los hechos y vida de este infante don Fernando, que fue poco adelante rey de Aragón.

CAPÍTULO XXII
DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

Apoderábanse los cristianos de diversos pueblos por aquella comarca, como de Coza, Sebar, Alzana, Mara, de unos por fuerza, y de otros que por miedo se rendían. Temían los moros no fuese lo mismo de Archidona, villa principal distante de Antequera por espacio de dos leguas. Con este cuidado metieron dentro buen golpe de soldados para que la defendiese, con la provisión y municiones que pudieron juntar. Hecho esto y animados con este buen principio, corrían los campos comarcanos, hacían alzar las vituallas para que los que estaban sobre Antequera padeciesen necesidad y mengua. Tenían más gente de a caballo que los nuestros, que era la causa de llevar adelante sus intentos. Supieron que todos los días salían de los reales los jumentos y caballos, que los llevaban a pacer con poca guarda al río Corza, que por allí pasa. Con este aviso acordaron dar sobre ellos de rebato y aprovecharse de aquella ocasión. Una centinela, desde un peñol que llaman la Peña de los Enamorados, avisó con ahumadas del peligro que corría la escolta, los mochileros y los forrajeros, si no les acorrían con presteza. Los cristianos, tomadas las armas, salieron de los reales y cargaron sobre los moros con tal denuedo, que los forzaron a retirarse hacia Archidona. No se pudieron recoger tan presto por estar muy trabada la escaramuza y refriega, en que a vista de la misma villa quedaron desbaratados los contrarios con muerte de hasta dos mil de ellos y otros muchos que quedaron presos. Fue este encuentro tanto más importante, que de los fieles solos dos faltaron y pocos salieron heridos.

El lugar y la ocasión de esta victoria pide se dé razón del apellido que aquella peña tiene, puesta entre Archidona y Antequera, y por qué causa se llamó la Peña de los Enamorados. Un mozo cristiano estaba cautivo en Granada. Sus partes y diligencia eran tales, su buen término y cortesía, que su amo hacía mucha confianza de él dentro y fuera de su casa. Una hija suya al tanto se le aficionó y puso en él los ojos. Pero como quier que ella fuese casadera y el mozo esclavo, no podían pasar adelante como deseaban, ca el amor mal se puede encubrir; y temían, si el padre de ella y amo de él lo sabía, pagarían con las cabezas. Acordaron de huir a tierra de cristianos, resolución que al mozo venía mejor por volver a los suyos, que a ella por desterrarse de su patria; si ya no la movía el deseo de hacerse cristiana, lo que yo no creo. Tomaron su camino con todo secreto hasta llegar al peñasco ya dicho, en que la moza cansada se puso a reposar. En esto vieron asomar a su padre con gente de a caballo, que venía en su seguimiento. ¿Qué podían hacer o a qué parte volverse? Qué consejo tomar? ¡Mentirosas las esperanzas de los hombres y miserables sus intentos! Acudieron a lo que sólo les quedaba, de encumbrar aquel peñol trepando por aquellos riscos, que era reparo asaz flaco. El padre con un semblante sañudo los mandó bajar; amenazábales si no obedecían de ejecutar en ellos una muerte muy cruel. Los que acompañaban al padre los amonestaban lo mismo, pues sólo les restaba aquella esperanza de alcanzar perdón de la misericordia de su padre con hacer lo que les mandaba y echársele a los pies. No quisieron venir en esto. Los moros puestos a pie acometieron a subir el peñasco; pero el mozo les defendió la subida con galgas, piedras y palos y todo lo demás que le venía a la mano y le servía de armas en aquella desesperación. El padre, visto esto, hizo venir de un pueblo allí cerca ballesteros para que de lejos los flechasen. Ellos, vista su perdición, acordaron con su muerte librarse de los denuestos y tormentos mayores que temían. Las palabras que en este trance se dijeron no hay para qué relatarlas. Finalmente, abrazados entre si fuertemente, se echaron del peñol abajo por aquella parte en que los miraba su cruel y sañudo padre. De esta manera expiraron antes de llegar a lo bajo con lástima de los presentes y aún con lágrimas de algunos que se movían con aquel triste espectáculo de aquellos mozos desgraciados; y a pesar del padre, como estaban, los enterraron en aquel mismo lugar; constancia que se empleara mejor en otra hazaña, y les fuera bien contada la muerte, si la padecieran por la virtud y en defensa de la verdadera religión, y no por satisfacer a sus apetitos desenfrenados.

Volvamos al cerco de Antequera, en que después de la refriega de Archidona no cesaban con la artillería de batir las murallas y aportillarlas por diversas partes. Los de dentro de noche rehacían con toda diligencia lo que de día les derribaban, por donde con mucho trabajo se adelantaba poco. Advirtió don Fernando que lo alto de cierta torre le faltaba por estar echado por tierra; parecióle hacer por aquella parte el último esfuerzo, y que arrimadas las escalas, los soldados escalasen la muralla. Hízose así, aunque con dificultad y peligro por causa del gran esfuerzo con que los de dentro defendían la subida y la entrada de su ciudad. Finalmente, los nuestros subieron y forzaron a los moros que se recogiesen al castillo con esperanza de entretenerse en él o rendirle con partidos aventajados.

El día siguiente se levantó contienda entre los soldados sobre quién fue el primero a subir la muralla. Muchos salieron a la demanda, que fue asaz porfiada por los valedores que acudían a cada cual de las partes, deudos, amigos o naturales de la misma tierra. Temían no resultase algún motín por aquella causa. Los jueces que señalaron sobre el caso, oídas las partes y examinados los testigos, pronunciaron que Gutierre de Torres, Sancho González, Serva, Chirino y Baeza fueran los primeros a acometer la subida; pero que se adelantó y se la ganó a los demás Juan Vizcaíno, que perdió la vida en la misma torre, y tras él Juan de San Vicente, que llevó el prez a todos los otros. El Infante los alabó a todos y los premió liberalmente con razón, pues tomada aquella ciudad, los enemigos, no sólo perdieron una plaza tan principal, sino se quebrantaron las esperanzas de aquella gente. Ganóse Antequera a los 10 de septiembre. Los que se recogieron al castillo dende a ocho días le rindieron a partido de salir libres con sus personas y haciendas, que se les guardó enteramente, y juntos se pasaron a Archidona. Los vencedores hicieron procesión para dar gracias a Dios por merced tan señalada. La mezquita del castillo se consagró en iglesia para celebrar en ella los oficios divinos.

Quedó nombrado por alcaide del castillo y gobernador de aquella ciudad Rodrigo de Narvaez, que hizo sus homenajes al rey de Castilla. Tomáronse algunos pueblos y otros castillos por aquella comarca, talaron los campos de los moros muy a la larga; con tanto, casi pasado el otoño, dieron ta vuelta, a la ciudad de Sevilla, que los recibió con grandes muestras de alegría y contentamiento universal.

LIBRO VIGÉSIMO

CAPÍTULO PRIMERO
DEL ESTADO DE LAS PROVINCIAS

Temporales ásperos, enmarañados y revueltos, guerras, discordias y muertes, hasta la misma paz arrebolada con sangre, afligían no sólo a España, sino a las demás provincias y naciones cuan anchamente se extendía el nombre y el señorío de los cristianos. Ninguna vergüenza ni miedo, maestro, aunque no de virtud duradera, pero necesario para enfrenar a la gente. Las ciudades y pueblos y campos asolados con el fuego y furor de las armas, profanadas las ceremonias, menospreciado el culto de Dios, discordias civiles por todas partes, y como un naufragio común y miserable de todo el cristianismo, avenida de males y daños, si causados de alguna maligna concurrencia de estrellas, no lo sabría decir, por lo menos señal cierta de la saña del cielo y de los castigos que los pecados merecían.

A Italia traía alborotada el cisma continuado por tantos años y la ambición desapoderada de tres pontífices, pretensores todos de la silla y cátedra de San Pedro. El descuido y flojedad de los emperadores de Alemania, que debían, por el lugar que tenían, principalmente atajar estos daños; por una parte las armas de Ladislao, rey de Nápoles, en favor del pontífice Gregorio XII la trabajaban; por otra les hacía rostro Luis, duque de Anjou, a persuasión de los pontífices de Aviñón, de los de su valía y obediencia. En la Lombardía en particular Galeazo Vicecomite, duque de Milán, se aprovechaba para ensanchar grandemente su estado de la ocasión que aquellas revueltas le presentaban. Apoderóse antes de esto de Bolonia, ciudad rica y abastada; aspiraba a hacer lo mismo de las otras ciudades libres de Lombardía.

Por la muerte del emperador Alberto, que falleció 1 de junio, la vacante del imperio en Alemania daba, como es ordinario, ocasión de revueltas, además de la flojedad de Wenceslao, antes emperador que fue y a la sazón rey de Bohemia, con que los decretos antiguos y sagradas ceremonias en aquel reino alteraban en gran parte gente novelera y sus cabezas y caudillos principales Juan Hus y Jerónimo de Praga. Recelábanse no cundiese el daño y a guisa de peste se pegase en las otras provincias.

El imperio de levante gozaba de algún sosiego después que el gran Tamorlán con su famosa entrada sujetó muchas naciones y abatió algún tanto el orgullo de los turcos. Mas todavía ponían en cuidado después que soldada aquella quiebra y pasado el estrecho de Tracia, se entendía pretendían apoderarse de Europa, por lo menos conquistar aquel imperio de Grecia. Emanuel Paleologo, emperador griego, antevista la tempestad y el torbellino que venía a descargar sobre su casa, para apercibirse de lo necesario pasó por mar a Venecia, y desde allí por tierra a Francia a solicitar algún socorro contra el enemigo común. Poco prestó esta diligencia y viaje; fuera de buenas palabras no pudo alcanzar otra ayuda, a causa que la misma Francia ardía en discordias y revoluciones después de la muerte que dio Juan, duque de Borgoña, a Luis, duque de Orleans, a tuerto. Grandes revueltas, intentos y pretensiones contrarias, asonadas de guerra por todas partes, miserable avenida de males y tiempos alterados, en tanto grado, que el pueblo de París, dividido en parcialidades, unos contra otros trataban pasión, con que la ciudad muchas veces se ensangrentaba. Los mismos carniceros, ralea de gente por el oficio que usa desapiadada y cruel, entraban a la parte con las armas en favor del Borgoñón. El rey, si bien en su dolencia y alteración tenía algunos lucidos intervalos, no era bastante para atajar tantos males, ocasión más aína del daño que remedio. Los ingleses a cabo de tanto tiempo por aprovecharse de esta ocasión andaban sueltos por Francia con mayor porfía y esperanza que tuvieron jamás.

En Aragón por la muerte del rey don Martín los naturales, por no conformarse en un parecer sobre la sucesión de aquel reino, se hallaban alterados asaz y divididos. La discordia amenazaba alguna guerra civil, puesto que con todo cuidado se trataba de asentar por las leyes y en juicio aquel debate. Los pretensores eran príncipes muy señalados en nobleza y en poder. El punto principal de la diferencia era acordar si en aquella sucesión se había de tener cuenta con las personas que pretendían o con el tronco que cada cual representaba, y por el cual le venía el derecho de la sucesión. Muchas juntas se tuvieron sobre el caso, que al principio ninguna cosa prestaron. Estas revueltas eran causa que el partido aragonés empeorase en Cerdeña, si bien Pedro, de Torrellas le sustentaba con poca esperanza de prevalecer, por ser sus fuerzas flacas y no acudirle socorros de España. En Sicilia asimismo don Bernardo de Cabrera hacía grandes demasías, hasta tener cercada la misma Reina viuda dentro del castillo de Siracusa sin ningún respeto de la majestad real. El rey de Navarra, avisado del peligro que corría su hija, a la vuelta del viaje que hizo a Francia pasó por Barcelona, do llegó a los 29 de diciembre, entrante el año de 1411, para tratar en aquella ciudad, como lo procuró, que la reina, su hija, diese la vuelta, que pues no tenía hijo alguno, no era razón gobernase aquel reino de Sicilia con su riesgo y en provecho de otros.

En Castilla, por la minoridad del rey, gobernaban aquel reino la reina doña Catalina, su madre, y el infante don Fernando, su tío, divididas entre si las ciudades y partidos que debían acudir a cada cual; traza poco acertada y que pudiera acarrear graves daños, en especial que no faltaban, como es ordinario, personas mal intencionadas que torcían las palabras y hechos de don Fernando para ponerle mal con la reina. La prudencia del infante y su mucha paciencia fue causa que todo procediese bien, sin tropiezo y sin inconveniente. Debíanle todos en común lo que cada cual a sus padres, y concluida tan a gusto la guerra contra moros, quedó con más renombre y fama. Asentó con aquella gente treguas en Sevilla por término de diecisiete meses; con tanto, ordenadas las demás cosas del Andalucía, dio vuelta para Castilla. En esto resultaron nuevas sospechas de revueltas a causa que don Fadrique, duque de Benavente, escapó de la prisión en que le tenían de años atrás en el castillo de Monreal, muerto que hubo a Juan Aponte, alcaide de aquella fuerza. Puso este caso en gran cuidado al Infante, que temía, pors er persona poderosa y de sangre real, no fuese parte para turbar la paz. Mandó con presteza atajar los caminos, tomar los puertos a la raya de Portugal y por aquellas partes. No prestó esta diligencia, porque el duque, o acaso o confiado en la amistad que tenía con su cuñado el rey de Navarra, acudió a valerse de él. Engañóle su esperanza, ca don Fernando envió sus embajadores a requerir se le entregasen, en que vino aquel rey; y puesto el duque en el castillo de Almodovar, tierra de Córdoba, en aquella prisión feneció sus días.

Sólo Portugal florecía con los bienes de una larga paz, y el nuevo rey con obras muy señaladas recompensaba la falta de su nacimiento. Levantó un monasterio de dominicos en Aljubarrota, que se llama de la Batalla, para memoria de la que allí venció contra los castellanos. A la ribera de Tajo fundó y pobló la villa de Almerin, en Sintra un palacio real, sin otros edificios, muchos y magníficos, que a sus expensas levantó en diversas partes. Señalóse en el celo grande de la justicia, con que enfrenó las demasías, y tuvo trabados los mayores con los menores. Llegó en esto a tanto, que a Fernán Alfonso de Santareo, teniente de camarero mayor, hizo sacar de la iglesia y quemar porque se atrevió a doña Beatriz de Castro, dama de la reina, que despidió asimismo de palacio en pena de su liviandad. Hallábanse tan pujantes los portugueses; que se determinaron a emprender nuevas conquistas y pasar en África, principio y escalón para subir a grande alteza.

Éste era el estado en que se hallaban las provincias. El cisma de la Iglesia tenía sobre todo puesta en cuidado la gente en qué pararía aquella división, qué remate tendría y qué salida; puesto que en España con mayor calor se altercaba sobre la sucesión en la corona de Aragón y cuál de los pretensores más partes y mejor derecho tenía.

CAPÍTULO II
QUE EN ARAGÓN NOMBRARON NUEVE JUECES

Los catalanes, aragoneses y valencianos, naciones y provincias que se comprehenden debajo de la corona de Aragón, se juntaban cada cual de por sí para acordar lo que se debía hacer en el punto de la sucesión de aquel reino y cuál de los pretensores les vendría más a cuento. Los pareceres no se conformaban, como es ordinario, y mucho menos las voluntades. Cada cual de los pretendientes tenía sus valedores y sus aliados, que pretendían sobre todo echar cargo y obligarse al nuevo rey con intento de encaminar sus particulares, sin cuidar mucho de lo que en común era más cumplidero. Los catalanes por la mayor parte acudían al conde de Urgel, en que se señalaban sobre todos los Cardonas y los Moncadas, casas de las más principales; y aún entre los aragoneses, los de Alagón y los de Luna se le arrimaban; en que pasaron tan adelante, que Antonio de Luna por salir con su intento dio la muerte a don García de Heredia, arzobispo de Zaragoza, con una celada que le paró cerca de Almunia, no por otra causa sino por ser el que más que todos se mostraba contra el conde de Urgel y abatía su pretensión. Pareció este caso muy atroz, como lo era. Declararon al que le cometió por sacrílego y descomulgado, y aún fue ocasión que el partido del conde de Urgel empeorase; muchos por aquel delito tan enorme se recelaban de tomar por rey aquel cuyo principio tales muestras daba. Los nobles de Aragón asimismo acudieron a las armas, unos para vengar la muerte del arzobispo, otros para amparar el culpado.

Era necesario abreviar por esta causa y por nuevos temores que cada día se representaban; asonadas de guerra por la parte de Francia, y de Castilla compañías de soldados que se mostraban a la raya para usar de fuerza, si de grado no les daban el reino. Las tres provincias entre sí se comunicaron sobre el caso por medio de sus embajadores que en esta razón despacharon. Gastáronse muchos días en demandas y respuestas; finalmente se convinieron de común acuerdo en esta traza: que se nombrasen nueve jueces por todos, tres de cada cual de las naciones; estos se juntasen en Caspe, castillo de Aragón, para oír las partes y lo que cada cual en su favor alegase. Hecho esto y cerrado el proceso, procediesen a sentencia. Lo que determinasen por lo menos los seis de ellos, con tal empero que de cada cual de las naciones concurriese un voto, aquello fuese valedero y firme. Tomado este acuerdo, los de Aragón nombraron por su parte a don Domingo, obispo de Huesca, y a Francisco de Aranda y a Berenguel de Bardax. Los catalanes señalaron a Sagariga, arzobispo de Tarragona, y a Guillén de Valseca y a Bernardo Gualbe. Por Valencia entraron en este número fray Vicente Ferrer, de la orden de Santo Domingo, varón señalado en santidad y púlpito, y su hermano fray Bonifacio Ferrer, cartujano, y por tercero Pedro Beltrán. resolución maravillosa y nunca oída que pretendiesen por juicio de pocos hombres, y no de los más poderosos, dar y quitar un reino tan importante.

Los jueces, luego que aceptaron el nombramiento, se juntaron, y despacharon sus edictos con que citaron los pretensores con apercibimiento, si no comparecían en juicio, de tenerlos por excluidos de aquella demanda. Vinieron y algunos otros enviaron sus procuradores. Por el infante don Fernando comparecieron Diego López de Zúñiga, señor de Béjar, el obispo de Palencia don Sancho de Rojas, que en premio de éste y semejantes viajes dicen adquirió a su iglesia el condado de Pernia, que hoy poseen sus sucesores los obispos de Palencia. Las partes del conde de Urgel hacía don Jimeno, de fraile francisco a la sazón obispo de Malta, y que alcanzaba gran cabida con aquel príncipe. A estos todos hicieron jurar pasarían y tendrían por bueno lo que los jueces sentenciasen. Luis, duque de Anjou, no quiso comparecer, sea por no fiarse en su derecho, sea por estar resuelto de valerse de sus manos. Todavía recusó cuatro de los jueces como sospechosos y parciales. De don Fadrique, conde de Luna, no se hizo mención alguna; su edad era pequeña, los valedores ningunos, además de su nacimiento, que por ser bastardo habido fuera de matrimonio, no les parecía con aquella mengua amancillar la nobleza y lustre de los reyes de Aragón. Don Alonso de Aragón, duque de Gandía, y muerto él en lo más recio de este debate, su hijo don Alonso y su hermano don Juan, con-

de de Prades, que le sucedieron en la pretensión, fácilmente los excluyeron por tocar a los reyes postreros de Aragón en grado de parentesco más apartado que los demás competidores. Restaban el conde de Urgel y el infante don Fernando, que por diversos caminos pretendían vencer en aquel pleito y en aquella reyerta tan importante.

Por parte del conde de Urgel se alegaba que las hembras, conforme a la costumbre recibida de sus mayores y guardada, debían ser excluidas de aquella corona y de aquella pretensión. Que se memorasen de los alborotos que resultaron en tiempo del rey don Pedro, no por otra causa sino por pretender dejar en su lugar por heredera a su hija doña Costanza. Después de la muerte del rey don Juan excluyeron, como incapaces, dos hijas suyas, las infantas doña Juana y doña Violante. Que no era razón por contemplación de nadie alterar lo que tenían tan asentado, ni moverse por ejemplos de cosas olvidadas y desusadas, sino más aína abrazar la costumbre más nueva y fresca. Excluidas las hembras, no sería justo admitir a sus hijos, pues no les pudieron traspasar mayor derecho que el que ellas mismas alcanzaran, si fueran vivas. Finalmente, que don Martín, rey de Aragón, nombró al fin de sus días por gobernador del reino y por su condestable al conde de Urgel; muy cierta señal de su voluntad y de su parecer que al conde y no a otro alguno tocaba la sucesión después de su muerte. Estas eran las razones en que aquel príncipe fundaba su derecho.

Los procuradores del infante don Fernando, conforme a la instrucción e información que llevaban de don Vicente Arias, obispo de Plasencia, tenido en aquella era por jurista señalado y de fama en España, sin hacer mención del derecho que por vía de hembra competía al infante, como flaco, tomaron diferente camino, es a saber, que el reino se hereda por el derecho que llaman de sangre; así, en caso que falte la línea recta de ascendientes y descendientes, y que se hayan de llamar a la corona los parientes trasversales, entre los tales, puesto que estén en el mismo grado de consanguinidad, se debe tener consideración al sexo de cada cual y a la edad para efecto que el varón preceda a la hembra, y al más mozo el de más edad, sin mirar el tronco y la cepa de donde procede. Que esto era conforme al derecho común y observado en el particular de Aragón. Por este camino don Alonso, nieto del rey don Ramiro, heredó aquella corona; y el testamento del mismo en cuanto llamó a las hijas a la sucesión, de grandes juristas fue tenido por inválido y de ningún valor. A la verdad ¿qué razón, sufre que para heredar el reino, en que se requieren partes tan aventajadas, no se anteponga a los demás el que supuesto que viene de la alcurnia y sangre real, y ninguno en grado más cercano, en todas buenas calidades y partes se adelanta a los que o son menos parientes del rey muerto, o menos a propósito, solo porque descienden por línea de varón? Todavía porque esta dificultad, puesto que ventilada muchas veces, forzosamente según las ocurrencias se tornará a disputar, el lugar pide que en general tratemos brevemente del derecho de la sucesión entre los deudos trasversales y en qué manera se funda.

CAPÍTULO III
DEL DERECHO PARA SUCEDER EN EL REINO

Grave disputa es esta, enmarañada, escabrosa, de muchas entradas y salidas; pleito, en que si bien muchos ingenios han empleado su tiempo en llevarle al cabo, ninguno del todo ha salido con ello ni ha podido apear su dificultad. Tocaremos en breve los puntos principales y los nervios de esta cuestión tan reñida, lo demás quedará para los juristas. No hay duda sino que el gobierno de uno, que llamamos monarquía, se aventaja a las demás maneras de principados y señoríos. Va más conforme a las leyes de naturaleza, que tiene un primer movedor del cielo y un supremo gobernador del mundo, no muchos, traza que abrazaron los primeros y más antiguos hombres, gente más atinada en sus determinaciones, como los que caían más cerca del primer principio y mejor origen del mundo, y por el mismo caso tenían cierto resabio de divinidad, y entendían con más claridad la verdad y lo que pedía la naturaleza. Las otras formas de gobierno el tiempo las introdujo y las inventó y la malicia de los hombres. De que procedieron aquellas palabras y sentencia vulgar: *«No es bueno que haya muchos gobiernos, solo uno sea el rey.»*

Al principio del mundo, cuando todos vivían en libertad y sin reconocer homenaje a alguna cabeza, para valerse mejor, defenderse y tomar enmienda de los muchos desaguisados que unos a otros se hacían, los pueblos y gentes por sus votos, para que los acaudillasen, pusieron en la cumbre y en el gobierno aquellos que por su edad, prudencia y otras prendas se aventajaban a todos los demás. Dudóse adelante si sería más a propósito y más cumplidero a los pueblos, muerto el príncipe que eligieron, darle por sucesores a sus hijos y deudos, o tomar de nuevo a escoger de toda la muchedumbre el que debía mandar a todos. Guardóse esto postrero por largo tiempo, que las más naciones se mantuvieron en no permitir que se heredasen los reinos. Recelábanse que el poder del rey, que ellos dieron para bien común, con la continuación del mando y seguridad de la sucesión de hijos a padres no se estragase y mudase en tiranía; sabían muy bien que a los veces los hijos por los deleites, de que hay gran copia en las casas reales, y por el demasiado regalo se truecan y no salen semejables a sus antepasados. En España por lo menos se mantuvieron en esta costumbre por todo el tiempo que los godos en ella reinaron, que no permitían se heredase la corona.

Mudadas las cosas con el tiempo, que tiene en todo gran vez, se alteraron con las demás leyes ésta, y se comenzó a suceder en el reino por herencia, como se hace en las más provincias de Europa. El poder de los príncipes comenzó a ser grande, y los pueblos a adularlos y rendirse de todo punto a su voluntad; y aunque la experiencia enseñaba lo contrario, todavía confiaban lo que deseaban y era razón, que los hijos de los príncipes por la nobleza de su sangre y criarse en la casa real, escuela de toda virtud, semejarían a sus mayores. Engañóles su pensamiento y su esperanza a las veces, que por este camino hombres de costumbres y vida dañada y perjudicial se apoderaron de la república. Verdad es que este inconveniente y peligro se recompensaba con otras muchas comodidades y bienes, cuales son los siguientes: que la reverencia y respeto, fuente de salud y de vida, es mayor para con los que descienden de padres y abuelos reyes que el que se tiene a los que de repente se levantan de estado particular. Que los hombres más se gobiernan por la opinión que por la verdad, y no puede el príncipe tener la fuerza y autoridad conveniente si los vasallos no le estiman ni le tienen el respeto debido. Además que es cosa muy natural a los hombres sobrellevar antes y sufrir al príncipe que heredó el estado, aunque no sea muy bueno, que al que por votos del pueblo alcanzó la corona y el mando, dado que tenga partes más aventajadas. Lo que mucho importa, que por esta manera se continúa un mismo género de gobierno, y se perpetúa en cierta forma, como también la república es perpetua. Y el que sabe que ha de dejar a sus hijos el poder y el gobierno, con más cuidado mira por el bien común que el que posee el señorío por tiempo limitado solamente. Finalmente, no es posible por otro camino excusar las tempestades y alteraciones que resultan forzosamente en tiempo de las vacantes, y las enemistades y bandos que sobre semejantes elecciones se suelen forjar,

sino es que por vía de herencia esté muy asentado a quien toca la sucesión cuando el príncipe muere. Por todas estas razones se excusa y se abona la herencia en los reinos tan recibida casi en todas las naciones.

Solamente pareció a los pueblos cautelarse con ciertas leyes que se guardasen en este caso de la sucesión, sin que los príncipes las pudiesen alterar, pues les daban el mando y la corona debajo de las tales condiciones. Estas leyes, unas se pusieron por escrito, otras se conservan por costumbre inmemorial y inviolable. Sobre la inteligencia de las leyes escritas suelen de ordinario levantarse cuestiones y dudas; las costumbres alterarse, según que ruedan las cosas y los tiempos, su variedad y mudanza, de que resulta toda la dificultad de esta disputa y cuestión, que demás de ser de suyo intricada, la diversidad de opiniones entre los juristas la han enmarañado y revuelto mucho más. Todavía de lo que escriben escogeremos lo que parece más encaminado y razonable. Muy recibido está por las leyes y por la costumbre que los hijos hereden la corona y que los varones se antepongan a las hembras, y entre los varones los que tienen más edad. La dificultad consiste primero; si en vida del padre falleció su hijo mayor que dejó asimismo sucesión, quién debe suceder, si el nieto por el derecho de su padre, que era el hijo mayor del que reinaba, si el tío por tocarle su padre en grado más cercano; de que hay ejemplos muy notables por la una y por la otra parte en España y fuera de ella; ca ya los tíos han sido antepuestos a los nietos, y al contrario, a los nietos se ha adjudicado la sucesión y la corona de su abuelo, cuando viene a muerte, sin tener cuenta con sus tíos; acuerdo que a los más parece conforme a toda razón y a las leyes, que los que nacieron y se criaron con esperanza de suceder en el reino no los despojen de él por ningún respeto; ni sobre la falta que les hace el padre, se les añada esta nueva desgracia de quitarles la herencia y el derecho de su padre.

Lo segundo, sobre que hay más diferentes opiniones y por tanto tiene mayor dificultad, a falta de hijos por ser todos muertos o porque no los hubo, cuál de los parientes trasversales debe heredar la corona; imagina que el rey que muere tuvo hermanos y hermanas, si los hijos de ellos o de ellas, que es lo mismo que decir si se ha de mirar el tronco y cepa de que proceden, para que se haga con ellos lo que con sus padres, si fueran vivos, o si se deben comparar entre sí las personas, no de otra manera que si fueran hijos del que muere, sin considerar si proceden por vía de hembra o de varón, si de hermano mayor o menor; supuesto que el grado de parentesco sea igual. Demás de esto, se duda si en algún caso el que está en grado más apartado debe ser antepuesto al deudo más cercano, como el nieto del hermano mayor a su tío y a su tía, cuando todos suceden de lado y como deudos trasversales.

En los demás bienes en, que se sucede por vía de herencia no hay duda, sino que en diversos casos se guardaba lo uno, ya lo otro; en por ley común en la auténtica de la herencia que proviene abintestato, se halla que al abuelo deben suceder los nietos, que dejó alguno de los hijos del que muere, si los tales nietos tienen otros tíos, de tal suerte, que se refieran al tronco, y no hereden mayor parte todos juntos que heredara su padre si fuera vivo. Al tanto cuando un hermano que fallece sin testamento aviene que tiene otro hermano vivo y sobrinos de otro tercer hermano difunto, los tales sobrinos tendrán parte en la herencia junto con el tío; pero considerados en su tronco y contados todos por un heredero, como lo fuera su padre si viviera. Pero si no suceden los sobrinos junto con su tío al abuelo, ni a otro tío de la manera que queda dicho, sino que o el abuelo no deja más que nietos de diversos hijos, o el tío sobrinos de diversos hermanos, o sea que no se hallan parientes tan cercanos, sino más apartados, será necesario, para repartir la herencia entre los que se hallan en igual grado, que se considere no el tronco, sino las personas, como si fueran hijos del que hereda. Pongamos ejemplo: suceden al abuelo cinco nietos, dos de un hijo, y tres de otro; no se harán dos partes de la herencia, sino cinco iguales para que cada cual de los cinco nietos haya la suya. Item, heredan al tío que murió sin testamento cuatro sobrinos, los tres de un hermano, y el uno de otro; no se repartirá la herencia por mitad, como si los padres fueran vivos, sino en cuatro partes, a cada sobrino la suya. Esto en las herencias particulares.

En el reino, cuando los parientes trasversales de lado heredan la corona a falta de descendientes, qué orden se haya de tener hay gran dificulta y diversidad de pareceres entre los juristas. Los más doctos y en mayor número juzgan que en este caso segundo se debe tener cuenta con las personas y no con el tronco. Los argumentos de que se valen para decir esto son muchos y las alegaciones. Las principales cabezas son las siguientes: Que el reino se hereda por derecho de sangre, que es lo mismo que decir que por costumbre, por ley o por voluntad de algún particular; la tal herencia está vinculada a cierta familia, y no se hereda por juicio y voluntad del que últimamente la posee como otros bienes que se adquieren por derecho de herencia y disposición del testador. Por esta causa, pretenden que como el grado de parentesco sea igual, el más excelente de aquel linaje debe suceder en el reino. Este es el primer argumento. En segundo lugar alegan que la opinión contraria, que juzga se deben los pretensores considerar en el tronco, abre camino a las hembras y a los niños, personas inhábiles al gobierno, para que hereden la corona, daño de gran consideración y que se debe atajar con todo cuidado. Alegan demás de esto que la representación de que se valen los contrarios, que es lo mismo que mirar las personas no en sí, sino en sus troncos, es una ficción del derecho, y como tal se debe desechar, por lo menos no extenderla a lo que por las leyes no se halla establecido con toda claridad. ¿Qué razón, dicen, sufre que por nuestras imaginaciones y ficciones despojemos el reino de un excelente gobernador, y en su lugar pongamos un inhábil con riesgo manifiesto y en perjuicio común de todos, cual sería anteponer la hembra y el niño que descienden por vía de varón al que viene de hembra y tiene edad y prendas aventajadas? ¿Por ventura será razón antepongamos nuestras sutilezas y argumentos al bien y pro común del reino? Replicará alguno que en los mayorazgos y estados de menor cuantía se guarda la representación entre los herederos trasversales. Respondo que no todos vienen en esto; y dado que se conceda, por estar así establecido en las leyes de la provincia, no se sigue que se haya de hacer lo mismo en el reino, que tiene muchas cosas particulares en que se diferencia de todas las demás herencias y estados.

Por conclusión, recogiendo en breve toda esta disputa, decimos que con tal condición que los pretensores sean habidos de legítimo matrimonio y estén en igual grado de parentesco, el que por ser varón, por su edad y por otras prendas de valor y virtud se aventajare a todos los demás que en la pretensión fueren considerables, el tal debe ser antepuesto en la sucesión del reino. Añadimos asimismo que en caso de diferencia y que haya contrarias opiniones sobre el derecho de los que pretenden, la república podrá seguir libremente la que juzgare le viene más a cuento conforme al tiempo que corriere y al estado de las cosas, a tal empero que no intervenga algún engaño ni fuerza. Libertad de que han procedido ejemplos diferentes y contrarios; que la representación a veces ha tenido lugar, y a veces la han desechado. Que si las leyes particulares de la provincia disponen el caso de otra manera, o por la costumbre está recibido y puesto en plática lo contrario, somos de parecer que aquello se siga y se guarde. Nuestra disputa y nuestra resolución procedía y se funda en los principios del derecho natural y del derecho común solamente. Todo lo cual de ordinario poco presta por acostumbrar los hombres comúnmente a llevar los títulos de reinar en las puntas de las lanzas y en las armas; el que más puede, ése sale con la joya, y se la gana a sus competidores, sin tener cuenta con las leyes, que callan entre el ruido de las armas, de los atambores y trompetas; y no hay quien, si se puede hacer rey por sus manos, aventure su negocio en el parecer y albedrío de juristas. Por todo esto se debe estimar en más y tenerlo por cosa semejante a milagro que los de Aragón en su vacante y elección hayan llevado al cabo este pleito y sus juntas sin sangre ni otro tropiezo, según que se entenderá por la narración siguiente.

CAPÍTULO IV
QUE EL INFANTE DON FERNANDO
FUE NOMBRADO POR REY DE ARAGÓN

Luego que el negocio de la sucesión estuvo bien sazonado y oídas las partes y sus alegaciones, se concluyó y cerró el proceso, los jueces confirieron entre sí lo que debían sentenciar. Tuvieron los votos secretos y la gente toda suspensa con el deseo que tenían de saber en qué pararía aquel debate. Para los autos necesarios delante la iglesia de aquel pueblo hicieron levantar un cadalso muy ancho para que cupiesen todos, y tan alto que de todas partes se podía ver lo que hacían; celebró la misa el obispo de Huesca, como se acostumbra en actos semejantes. Hecho esto, salieron los jueces de la iglesia, que se asentaron en lo más alto del tablado, y en otra parte los embajadores de los príncipes y los procuradores de los que pretendían. Hallóse presente el pontífice Benedicto, que tuvo en todo gran parte. A fray Vicente Ferrer por su santidad y grande ejercicio que tenía en predicar encargaron el cuidado de razonar al pueblo y publicar la sentencia. Tomó por tema de su razonamiento aquellas palabras de la Escritura:

«Gocémonos y regocijémonos y démosle gloria porque vinieron las bodas del cordero. Después de la tempestad y de los torbellinos pasados abonanza el tiempo y se sosiegan las olas bravas del mar, con que nuestra nave, bien que desamparada de piloto, finalmente, caladas las velas, llega al puerto deseado. Del templo no de otra manera que de la presencia del gran Dios, ni con menor devoción que poco antes delante los altares se han hecho plegarias por la salud común, venimos a hacer este razonamiento. Confiamos que con la misma piedad y devoción vos también oiréis nuestras palabras. Pues se trata de la elección del rey; ¿de qué cosa se pudiera más a propósito hablar que de su dignidad y de su majestad, si él tiempo diera lugar a materia tan larga y que tiene tantos cabos? Los reyes sin duda están puestos en la tierra por Dios para que tengan sus veces y como vicarios suyos le semejen en todo. Debe pues el rey en todo género de virtud allegarse lo más cerca que pudiere e imitar la bondad divinal. Todo lo que en los demás se halla de hermoso y honesto es razón que él solo en sí lo guarde y lo cumpla. Que de tal suerte se aventaje a sus vasallos, que no le miren como hombre mortal, sino como a venido del cielo para bien de todo su reino. No ponga los ojos en sus gustos ni en su bien particular, sino días y noches se ocupe en mirar por la salud de la república y cuidar del pro común. Muy ancho campo se nos abría para alargarnos en este razonamiento; pero, pues el rey está ausente, no será necesario particularizar esto más. Sólo servirá para que los que estáis presentes tengáis por cierto que en la resolución que se ha tomado se tuvo muy particular cuenta con esto, que en el nuevo rey concurran las partes de virtud, prudencia, valor y piedad que se podían desear. Lo que viene más a propósito es exhortaros a la obediencia que le debéis prestar y a conformaros con la voluntad de los jueces, que os puedo asegurar es la de Dios, sin la cual todo el trabajo que se ha tomado sería en vano, y de poco momento la autoridad del que rige y manda, si los vasallos no se le humillasen. Pospuestas pues las aficiones particulares, poned las mientes en Dios y en el bien común; persuadíos que aquel será mejor príncipe que con tanta conformidad de pareceres y votos, cierta señal de la voluntad divina, os fuere dado. Regocijaos y alegraos, festejad este día con toda muestra de contento. Entended que debéis al santísimo pontífice, que presente está para honrar y autorizar este auto, y a los jueces muy prudentes, por cuya diligencia y buena maña se ha llevado al cabo sin tropiezo un negocio él más grave que se puede pensar, cuanto cada cual de vos a sus mismos padres que os dieron el ser y os engendraron.»

Concluidas estas razones y otras en esta sustancia, todos estaban alerta esperando con gran suspensión y atención el remate de este auto y el nombramiento del rey. Él mismo en alta voz pronunció la sentencia dada por los jueces, que llevaba por escrito. Cuando llegó al nombre de don Fernando, así él mismo como todos los demás que presentes se hallaron, apenas por la alegría se podían reprimir, ni por el ruido oír unos a otros. El aplauso y vocerío fue cual se puede pensar. Aclamaban

para el nuevo rey vida, victoria y toda buenandanza. Mirábanse unos a otros, maravillados como si fuera una representación de sueño. Los más no acababan de dar crédito a sus orejas; preguntaban a los que cerca les caían quién fuese el nombrado. Apenas se entendían unos a otros; que el gozo cuando es grande impide los sentidos que no puedan atender ni hacer sus oficios. Los músicos que prestos tenían a la hora cantaron con toda solemnidad, como se acostumbra, en acción de gracias el himno *Te Deum laudamus*.

Hízose este auto tan señalado postrero del mes de junio; el cual concluido, despacharon embajadores para avisar al infante don Fernando y acuciarle la venida. Hallábase él a la sazón en Cuenca, cuidadoso del remate en que pararían estos negocios. Acudieron de todas partes embajadores de príncipes para darle el parabién del nuevo reino y alegrarse con él, quién de corazón, quién por acomodarse con el tiempo. En particular hizo esto Segismundo, nuevo emperador de Alemania, electo por el mes de mayo próximo pasado, príncipe más dichoso en los negocios de la paz que en las armas,que en breve ganó gran renombre por el sosiego que por su medio alcanzó la Iglesia, quitado el cisma de los pontífices, que por tanto tiempo y en muchas maneras la tenía trabajada. Don Fernando, luego que dio asiento en las cosas de su casa, partió para Zaragoza; en aquella ciudad por voluntad de todos los estados le alzaron por rey, y le proclamaron por tal a los 3 días del mes de septiembre. Hiciéronle los homenajes acostumbrados juntamente con su hijo mayor el infante don Alonso, que juraron por sucesor después de la vida de su padre, con título que le dieron, a imitación de Castilla, de príncipe de Gerona, como quier que antes de esto los hijos mayores de los reyes de Aragón se intitulasen duques de aquella misma ciudad.

Concurrieron a la solemnidad de los pretensores del reino don Fadrique, conde de Luna, y don Alonso de Aragón, el más mozo, duque de Gandía. El conde de Urgel para no venir alegó que estaba doliente, como a la verdad pretendiese con las armas apoderarse de aquel reino, que él decía le quitaron a sinrazón. Sus fuerzas eran pequeñas y las de su parcialidad; acordaba valerse de las de fuera, y para esto confederarse con el duque de Clarencia, señor poderoso en Inglaterra, e hijo de aquel rey. Estas tramas ponían en cuidado al nuevo rey, por considerar que de una pequeña centella, si no se ataja, se emprende a las veces un gran fuego; sin embargo, concluidas las fiestas, acordó en primer lugar de acudir a las islas de Cerdeña y Sicilia, que corrían riesgo de perderse. Los genoveses, si bien aspiraban al señorío de Cerdeña, movidos de la fama que corría del nuevo rey, le despacharon por sus embajadores a Bautista Cigala y Pedro Perseo para darle el parabién, por cuyo medio se concertaron entre aquellas naciones treguas por espacio de cinco años.

En Sicilia tenían preso a don Bernardo de Cabrera sus contrarios, que le tomaron de sobresalto en Palermo, y le pusieron en el castillo de la Mota, cerca de Tavormina. La prisión era más estrecha que sufría la autoridad de su persona y sus servicios pasados; pero que se le empleó bien aquel trabajo, por el pensamiento desvariado en que entró antes de esto de casar con la reina viuda, sin acordarse de la modestia, mesura y de su edad, que la tenía adelante. Sancho Ruiz de Lihorri, almirante del mar en Sicilia, fue el principal en hacerle contraste y ponerle en este estado. Ordenó el nuevo rey le soltasen de la prisión a condición de salir luego de Sicilia, y lo más presto que pudiese comparecer delante de él mismo para hacer sus descargos sobre lo que le achacaban. Hízose así, aunque con dificultad; con que aquella isla, a cabo de mucho tiempo y después de tantas contiendas quedó pacífica. Cerdeña asimismo se sosegó por asiento que se tomó con Guillermo, vizconde de Narbona, que entregase al rey la ciudad de Sacer, de que estaba apoderado, y otros sus estados heredados en aquel reino, a trueco de otros pueblos y dineros que le prometieron en España. En este estado se hallaban las cosas de Aragón.

En Francia Archimbaudo, conde de Foix, falleció por este tiempo; dejó cinco hijos: Juan, que le sucedió en aquel estado, el segundo Gastón, el tercero Archimbaudo, el cuarto Pedro, que siguió la iglesia y fue cardenal de Foix, el postrero Mateo, conde de Cominges. Juan, el mayor, casó con la infanta doña Juana, hija del rey de Navarra; y ésta muerta sin sucesión, casó segunda vez con María,

hija de Carlos de Labrit, en quien tuvo dos hijos, Gastón, el mayor, y el menor Pedro, vizconde de Lotrec, tronco de la casa que tuvo aquel apellido en Francia, ilustro por su sangre y por muchos personajes de fama que de ella salieron y continuaron casi hasta nuestra edad, claros asaz por su valor y hazañas.

CAPÍTULO V
QUE EL CONDE DE URGEL FUE PRESO

El sosiego que las cosas de Aragón tenían de fuera no fue parte para que el conde de Urgel desistiese de su dañada intención.

En Castilla las treguas que se pusieron con los moros, a su instancia por el mes de abril pasado se alargaron por término de otros diecisiete meses. Por esto el dinero con que sirvieron los pueblos de Castilla para hacer la guerra a los moros, hasta en cantidad de cien mil ducados, con mucha voluntad de todo el reino se entregó al nuevo rey don Fernando para ayuda a sus gastos, demás de buen golpe de gente a pie y a caballo, que le hicieron compañía, todo muy a propósito para allanar el nuevo reino y enfrenar los mal intencionados, que do quiera nunca faltan. Lo que hacía más al caso era su buena condición, muy cortés y agradable, con que conquistaba las voluntades de todos, si bien los aragoneses llevaban mal que usase para su guarda de soldados extraños, y que en el reino que ellos de su voluntad le dieron pretendiese mantenerse por aquel camino. Querellábanse que por el mismo caso se ponía mala voz en la lealtad de tos naturales y en la fe que siempre guardaron con sus reyes después que aquel reino se fundó.

Sin embargo, el rey con aquella gente y la que pudo llegar de Aragón partió en busca del conde de Urgel con resolución de allanarle o castigarle. Tenía él pocas fuerzas para contrastar. Valióse de maña, que fue enviar sus embajadores a Lérida, do el rey era llegado, para prestarle los debidos homenajes; y así los hicieron en nombre de su señor a los 23 de octubre; todo encaminado solamente a que el nuevo rey descuidase y deshiciese su campo, y más en particular para que enviase a sus casas los soldados de Castilla, como se hizo, que despidió la mayor parte de ellos.

Juntáronse a vistas el rey y el pontífice Benedicto en Tortosa. Lo que resultó demás de otras pláticas fue que el pontífice dio la investidura de las islas de Sicilia y de Cerdeña y Córcega al nuevo rey, como se acostumbra, por ser feudos de la iglesia, como las tuvieron los reyes de Aragón, sus antepasados. Despedidas estas vistas, al fin de este año y principio del siguiente 1413 se juntaron Cortes de los catalanes en Barcelona. Todos deseaban sosegar al conde de Urgel para que no alterase la paz. De aquellos estados, con el cual intento le otorgaron todo lo que sus procuradores pidieron, en particular que el infante don Enrique casase con la hija y heredera del conde. No se aplacaba con estas caricias su ánimo; antes al mismo tiempo traía inteligencias con Francia y con Inglaterra para valerse de sus fuerzas. El rey, avisado de esto y porque de pequeños principios no se incurriese, como suele acontecer, en mayores inconvenientes, mandó alistar la más gente que pudo en aquellos estados. De Castilla asimismo vinieron cuatrocientos caballos, que le enviaba la reina doña Catalina, bien que tardaron, y al fin se volvieron del camino. Ofreciósele el rey de Navarra, mas no quiso aceptar su ayuda por recelarse se ofenderían los naturales si se valía de tantas gentes extrañas. Todavía Jofre, conde de Cortes, hijo de aquel rey fuera de matrimonio, le acudió acompañado de número de caballos, gente lucida. Con estas diligencias se juntó buen campo, con que rompió por las tierras del conde de Urgel sin reparar hasta ponerse sobre la ciudad de Balaguer, cabecera de aquel estado, en que el conde por su fortaleza pretendía afirmarse y estaba dentro. El cerco fue largo y dificultoso, durante el cual las demás plazas de aquel estado se rindieron al rey.

En esta sazón le vinieron embajadores de dos reyes, el de Francia y el de Nápoles. El francés le avisaba que por la insolencia del duque de Borgoña y estar alborotado el pueblo de París, sus cosas se hallaban en extremo peligro, él y su hijo, y otros señores como cautivos y presos. Pedíale le acorriese en aquel trance; que el respeto de la humanidad le moviese y de la amistad de tiempos atrás trabada entre aquellas dos casas y reinos. El rey Ladislao pretendía que juntasen sus fuerzas contra el duque de Anjou, su competidor en aquel reino de Nápoles, pues si salía con aquella pretensión, era cierto, que revolvería con tanto mayores fuerzas sobre Aragón, cuya corona asimismo pre-

tendía. Al francés respondió el rey don Fernando que sentía mucho el afán y aprieto en que, así él como aquel su noble reino, se hallaban. Que tendría cuidado de lo que deseaba por cuanto sus fuerzas alcanzasen y el tiempo le diese lugar. Al rey Ladislao dio por respuesta que estimaba en mucho la amistad que le ofrecía; pero que entre él y el duque de Anjou intervenían grandes prendas de parentesco y amistad, en que nunca hubo quiebra, no obstante la competencia en la pretensión de aquel reino. Finalmente, le aseguraba que de mejor gana terciaría para concertarlos, que arrimarse a ninguna de las partes contra el otro. Despidiéronse con tanto los embajadores.

El cerco se apretaba de cada día más, y los ciudadanos padecían falta y aún deseaban concertarse. La condesa doña Isabel, visto esto y por prevenir mayores inconvenientes, con licencia de su marido y beneplácito del rey salió a verse con él e intentar si por algún camino le pudiese aplacar. Usó de las diligencias posibles, mas no pudo del rey, su sobrino, alcanzar para el conde más de seguridad de la vida, si venía a ponerse en sus manos. El aprieto era grande; así fue forzoso acomodarse. Salió el conde de la ciudad a postrero de octubre, y con aquella seguridad se fue a los reales. Llegado a la presencia del rey y hecha la mesura acostumbrada, los hinojos entierra y con palabras muy humildes, le suplicó por el perdón del yerro que como mozo confesaba haber cometido, que ofrecía en adelante recompensar con todo género de servicios y lealtad. La respuesta del rey fue que si bien tenía merecida la muerte por sus desórdenes, se la perdonaba y le hacía gracia de la vida. De la libertad y del estado no hizo mención alguna; sólo mandó le llevasen a Lérida y en aquella ciudad le pusiesen a buen recaudo.

Hecho esto, lo primero se entregó aquella ciudad, y se dio orden en las demás cosas de aquel estado; consiguientemente se formó proceso contra el conde, en que lo acusaron de aleve y haber ofendido a la majestad. Oídos los descargos y sustanciado el proceso, finalmente se vino a sentenciar en que le confiscaron su estado y todos sus bienes, y a su persona condenaron a cárcel perpetua. Tenía todavía gentes aficionadas en aquella corona; para evitar inconvenientes le enviaron a Castilla, donde por largo tiempo estuvo preso, primero en el castillo de Ureña, adelante en la villa de Mora; finalmente, acabó sus días sin darle jamás libertad en el castillo de Játiva, ciudad puesta en el reino de Valencia. Príncipe desgraciado no más en la pretensión del reino que por un destierro tan largo, junto con la privación de la libertad y estado grande que le quitaron. Entre los más declarados por el conde uno era don Antonio de Luna, que se hacía fuerte en el castillo de Loharri; más visto lo que pasaba, acordó desampararle y desembarazar la tierra junto con su estado propio, que vino eso mismo en poder del rey. De esta manera se concluyeron y se sosegaron aquellas alteraciones del conde más fácilmente que se pensaba y temía.

CAPÍTULO VI
QUE SE CONVOCÓ EL CONCILIO CONSTANCIENSE

Al mismo tiempo que lo susodicho pasaba en Aragón, de todo el orbe cristiano hacían recurso los príncipes por medio de sus embajadores al emperador Segismundo para dar orden con su autoridad y buena maña de sosegar las alteraciones de la Iglesia, causadas del cisma continuado por tantos años. Habido con él y entre sí su acuerdo, requirieron a los que se llamaban pontífices viniesen con llaneza en que se juntase concilio general de los prelados, en cuyas manos renunciasen el pontificado y pasasen por lo que allí se determinase. A la verdad hasta este tiempo la muestra que dieron de querer venir en esto no fue más que una máscara para entretener y engañar, como quier que las intenciones fuesen muy diferentes. Los papas Juan y Gregorio se mostraban más blandos a esta demanda, y parece daban oídos a lo que comúnmente se deseaba; el ánimo de Benedicto estaba muy duro y obstinado sin inclinarse a ningún medio de paz. Encargaron al rey de Aragón le pusiese en razón; él y el rey de Francia para este efecto le despacharon sus embajadores, personas de cuenta.

En sazón que el de Aragón, concluida la guerra de Urgel y fundada la paz pública de su reino, se encaminó a Zaragoza y entró en aquella ciudad a manera de triunfante; juntamente se coronó por rey a los 11 de febrero, año del Señor de 1414, solemnidad dilatada hasta entonces por diversas ocurrencias, y ceremonia que hizo el arzobispo de Tarragona como cabeza y el principal de los prelados de aquel reino. Púsole en la cabeza la corona que la reina doña Catalina, su cuñada, le envió presentada, pieza muy rica y vistosa, y en que el primor y el arte corría a las parejas con la materia, que era de oro y pedrería de gran valor. Halláronse presentes diversos embajadores de príncipes extraños, los prelados y grandes de aquel reino, en particular don Bernardo de Cabrera, conde de Osona y de Modica, que ya estaba en gracia del nuevo rey, y don Enrique de Villena, notable personaje, así bien por sus estudios, en que fue aventajado, como por las desgracias que por él pasaron, y a la sazón se hallaba despojado de su patrimonio y del maestrazgo de Calatrava.

Fue así, que por muerte de don Gonzalo de Guzmán y con el favor del rey don Enrique el Tercero, el dicho don Enrique de Villena pretendió y alcanzó aquella dignidad. Alegaban muchos de aquellos caballeros que era casado, y por tanto conforme a sus leyes no podía ser maestre. Determinóse, tal era la ambición de su corazón, de dar repudio a su mujer doña María de Albornoz, si bien su dote era muy rica, por ser señora de Alcocer, Salmerón y Valdolivas con los demás pueblos del infantado. Para hacer este divorcio confesó que naturalmente era impotente. Para que sns propios estados no recayesen en aquella orden por el mismo caso que aceptaba el maestrazgo, cautelóse con renunciar al mismo rey las villas de Tineo y Cangas, junto con el derecho que pretendía al marquesado de Villena. Olieron los comendadores de aquella orden, como era fácil, que todo era invención y engaño. Juntáronse de nuevo, y considerado el negocio, depuesto don Enrique como elegido contra derecho, nombraron en su lugar a don Luis de Guzmán. Resultaron de esta elección diferencias que se continuaron por el espacio de seis años. Los caballeros de aquella orden no se conformaban todos; antes andaban divididos, unos aprobaban la primera elección y otros la segunda. La conclusión fue que por orden del pontífice Benedicto los monjes del Císter, oídas las partes, pronunciaron sentencia contra don Enrique, y en favor de su competidor y contrario. Por esta manera el que se preciaba de muchas letras y erudición pareció saber poco en lo que a él mismo tocaba; y vuelto al matrimonio, pasó lo restante de la vida en pobreza y necesidad a causa que le quitaron el maestrazgo y no le volvieron los estados que tenía de su padre.

Concluidas las fiestas de Zaragoza, que se hicieron muy grandes, volvió el nuevo rey su pensamiento a las cosas de la Iglesia, conforme a lo que aquellos príncipes deseaban. Comunicóse con el pontífice Benedicto, acordaron de verse y hablarse en Morella, villa puesta en el reino de Valencia a los confines de Cataluña y Aragón. Acudieron el día aplazado, que fue a 18 de julio. Señalóse el rey en honrar al pontífice con todo género de cortesía. Lo primero llevó de diestro el palafrén en

que iba debajo de un palio hasta la iglesia del pueblo. De allí hasta la posada le llevó la falda. Luego el día siguiente en un convite que le tenía aprestado, él mismo sirvió a la mesa, y el infante don Enrique de paje de copa. Para que la solemnidad fuese mayor, trocó la vajilla de peltre, de que usaba el pontífice para muestra de tristeza por causa del cisma, en aparador de oro y plata; todo enderezado, no solo a acatar la majestad pontificia, sino a ablandar aquel duro pecho y granjearle para que hiciese la razón.

Juntáronse diversas veces para tratar del negocio principal. El papa no venía en lo de la renunciación, y mucho menos sus cortesanos, que decían el daño sería cierto, y el cumplimiento de lo que le prometiesen quedaría en mano y a cortesía del que saliese con el pontificado sin poderse bastantemente cautelar. En cincuenta días que se gastaron en estas demandas y respuestasno se pudo concluir cosa alguna.

De Italia a la misma sazón llegaron nuevas de la muerte de Ladislao, rey de Nápoles, que le dieron con hierbas, según que corría la fama, en el mismo curso sin duda de su mayor prosperidad y en el tiempo que parecía se podía enseñorear de toda Italia. No dejó sucesión; por donde entró en aquella corona su hermana, por nombre Juana, viuda de Guillén, duque de Austria, con quien casó los años pasados, y a la sazón tenía pasados treinta años de edad; hembra ni más honesta ni más recatada en lo de adelante que la otra reina de Nápoles de aquel mismo nombre, de quien se trató en su lugar. Muchos príncipes con el cebo de dote tan grande entraron en pensamiento de casarse con ella; en particular por medio de embajadores que de Aragón sobre el caso se despacharon se concertó casase con el infante don Juan, hijo segundo del rey don Fernando; y así como a cosa hecha pasó por mar a Sicilia; sin embargo, este casamiento no se efectuó, antes aquella señora por razones que para ello tuvo casó con Jacques de Borbón, francés.de nación y cónde de la Marcha, mozo muy apuesto y de gentil parecer. Rugíase que otro joven, por nombre Pandolfo Alopo, tenía más cabida con la reina de lo que la majestad real y la honestidad de mujer pedía, de que el vulgo, que no sabe perdonar a nadie, sentía mal, y los demás nobles se tenían por agraviados.

Perdida la esperanza de reducir al pontífice Benedicto, los príncipes todavía acordaron celebrar el concilio general. Señalaron para ello de común acuerdo a Constancia, ciudad de Alemania, por quererlo así el emperador ca era de su señorío. Comenzaron a concurrir en primer lugar los obispos de Italia y de Francia. El pontífice Gregorio envió sus embajadores con poder, si menester fuese, de renunciar en su nombre el pontificado. Juan, el otro competidor, acordó hallarse en persona en el concilio, confiado en la amistad que tenía con el César y no menos en su buena maña. El rey don Fernando no cesaba por su parte de amonestar a Benedicto que se allanase a ejemplo de sus competidores. Después de muchas pláticas sobre el caso se convinieron los dos de hacer instancia con el emperador para que se viesen los tres en algún lugar a propósito. Para abreviar le despacharon por embajador a Juan Ijar, persona en aquel tiempo muy conocida por sus partes aventajadas de letras y de prudencia, en que ninguno se la ganaba; diéronle por acompañados otras personas principales. Pasábase adelante en la convocación del concilio. La reina de Castilla en particular envió a Constancia por sus embajadores a don Diego de Anaya, obispo a la sazón de Cuenca, y a Martín de Córdoba, alcaide de los Donceles. Concurrieron de todas las naciones gran número de prelados, que llegaron a trescientos, todos con deseo de poner paz en la Iglesia y excusar los daños que del cisma procedían.

Abrióse el concilio a los 5 del mes de noviembre en tiempo que en Aragón gran número de judíos renunciaron su ley y se bautizaron a persuasión de san Vicente Ferrer, que tuvo con los principales de ellos y en sus aljamas muchas disputas en materia de religión con acuerdo del pontífice Benedicto, que dio mucho calor a esta conversión; creo con intento de servir a Dios y también de acreditarse. Pareció expediente para adelantar la conversión apretar a los obstinados con leyes muy pesadas, que contra aquella nación promulgaron. Hállase hoy día una bula del pontífice Benedicto en esta razón, su data en Valencia a los 11 de mayo del año veinte y uno de su pontificado. Las princi-

pales cabezas son las siguientes: Los libros del Talmud se prohiben; los denuestos que los judíos dijeren contra nuestra religión se castiguen; no puedan ser jueces ni otro cargo alguno tengan en la república; no puedan edificar de nuevo alguna sinagoga ni tener más de una en cada ciudad; ningún judío sea médico, boticario o corredor; no puedan servirse de algún cristiano; anden todos señalados de una señar roja o amarilla, los varones en el pecho, y las hembras en la frente; no puedan ejercer las usuras, aunque sea con capa y color de venta; los que se bautizaren, sin embargo, puedan heredar los bienes de sus deudos; en cada un año por tres veces se junten a sermón que se les haga de los principales articulos de nuestra Santa fe. El tanto de este edicto se envió a todas las partes de España, y uno de ellos se guarda entre los papeles de la iglesia mayor de Toledo.

En Constancia la noche de Navidad, principio del año que se contaba de 1415, se hallaron presentes a los maitines el pontífice Juan y el emperador. Pusiéronles dos sillas juntas, la del pontífice algo más alta; en otros lugares se asentaron la Emperatriz y los prelados. Pasada la festividad, comenzaron a entrar en materia. Parecía a todos que el más seguro camino y más corto para apaciguar la Iglesia sería que los tres pontífices de su voluntad renunciasen. Comunicaron esto con el pontífice Juan, que presente se hallaba, y al fin, aunque con dificultad, le hicieron venir en ello. Dijo misa de pontifical a los 4 de marzo, y acabada, prometió públicamente con grande alegría y aplauso de los circunstantes que haría la renunciación tan deseada de todos. Invención y engaño por lo que se vio; que dende a pocos días de noche se hurtó y huyó de aquella ciudad con intento de renovar los debates pasados. Enviaron personas en pos de él que le prendieron; y vuelto a Constancia, mal su grado fue forzado a hacer la renunciación postrero día del mes de mayo, y para atajarle los pasos de todo punto dieron cuidado al conde palatino que le tuviese debajo de buena guarda, más huyó tres años adelante. Finalmente, para sosegarle, por concierto le fue vuelto el capelo, con que, pasados algunos años, falleció en Florencia, cabeza de la Toscana. Sepultaron su cuerpo en aquella ciudad en el baptisterio de san Juan, enfrente de la iglesia mayor. Sus tesoros, que allegó muy grandes en el tiempo de su pontificado, quedaron en poder de Cosme de Médicis, ciudadano principal de aquella señoría; escalón por donde él mismo subió a gran poder, y los de su casa adelante se enseñorearon de aquella república; tal es la común opinión del vulgo.

La alegría que los prelados recibieron por la deposición del pontífice Juan se dobló con la renunciación que cinco días adelante Carlos Malatesta, procurador del pontífice Gregorio, conforme a los poderes que traía muy amplios hizo en su nombre. Restaba solo Benedicto, cuya obstinación ponía en cuidado a los padres, si antes que renunciase nombraban otro pontífice, no recayesen en los inconvenientes pasados. Acudieron al medio que les ofrecieron de España, que el césar Segismundo en algún lugar a propósito se viese con el rey de Aragón y con el dicho papa Benedicto, ca no tenían de todo punto perdida la esperanza; antes cuidaban se dejaría persuadir y seguiría el común acuerdo de todas las naciones y el ejemplo de sus competidores. Para estas vistas señalaron a Niza, ciudad puesta en las marinas de Génova, y en esta razón despacharon para los dos, el rey y el papa, sus embajadores, personas de cuenta y de autoridad.

CAPÍTULO VII
QUE LOS TRES PRÍNCIPES SE VIERON EN PERPIÑÁN

Al mismo tiempo que estas cosas pasaban en Constancia, el rey de Aragón en Valencia festejaba con todo género de demostración el casamiento del príncipe don Alonso, su hijo, con la infanta doña María, hermana del rey don Juan de Castilla. Para más autorizar la fiesta se halló presente el pontífice Benedicto. Concurrió toda la nobleza y señores de aquel reino, grandes invenciones, trajes y libreas. Acompañó a la infanta desde Castilla, con otras personas de cuenta, don Sancho de Rojas, que a la misma sazón de obispo que era de Palencia, trasladaron al arzobispado de Toledo por muerte de don Pedro de Luna, que finó en Toledo a los 18 de septiembre y le enterraron en la capilla de San Andrés de aquella su iglesia, junto a don Jimeno de Luna, su pariente; al presente yace en propio lucillo que le pusieron en la capilla de Santiago. La promoción de don Sancho se hizo por intercesión y a instancia del rey de Aragón, y él mismo por su persona y aventajadas prendas era digno de aquel lugar y por los muchos servicios que a los reyes hizo en tiempo de paz y de guerra. Su padre Juan Martínez de Rojas, señor de Monzón y Cabra, que falleció en el cerco de Lisboa en tiempo del rey don Juan el Primero; su madre doña María de Leiva. Hermanos Martín Sánchez de Rojas, y Día Sánchez de Rojas y doña Inés de Rojas, la cual casó con Fernán Gutiérrez de Sandoval.

Nació de este casamiento Diego Gómez de Sandoval, conde de Castro Jeriz, adelantado mayor de Castilla y chanciller mayor del sello de la puridad. Fue gran privado de don Juan, rey de Navarra, cuyo partido y de los infantes, sus hermanos, siguió en las alteraciones que anduvieron los años adelante, que fue ocasión de perder lo que tenía en Castilla, grandes estados y de adquirir la villa de Denia por merced que le hizo de ella el mismo rey don Juan de Navarra. El arzobispo don Sancho le hizo donación de la villa de Cea que compró de su dinero, pero con tal condición que tomase el apellido de Rojas, homenaje que después le alzó. Casó segunda vez la dicha doña Inés con el mariscal Fernán García de Herrera, que tuvo en ella muchos hijos, cepa y tronco de los condes de Salvatierra, que adquirieron asimismo la villa de Empudia por donación del mismo don Sancho de Rojas. Las bodas del príncipe don Alonso se celebraron a los 12 del mes de junio. Dejó a la infanta su padre en dote el marquesado de Villena; más de él la despojaron y la dieron a trueque doscientos mil ducados, por llevar mal los de Castilla que los reyes de Aragón quedasen con aquel estado, puesto a la raya de ambos reinos en parte que se podían fácilmente hacer entradas en Castilla.

El rey de Portugal desde el año pasado aprestaba una muy gruesa armada. Los príncipes comarcanos, con los celos que suelen tener de ordinario, sospechaban no se enderezase a su daño; al de Aragón en especial le aquejaba este cuidado por rugirse quería tomar debajo de su amparo al conde de Urgel y por este camino alterarle el nuevo reino de Aragón. Engañóles su pensamiento, porque el intento del portugués era asaz diferente, esto es, de pasaren África a conquistar nuevas tierras. Animábale su buena dicha, con que ganó y con poco derecho se afirmó en aquel su reino, y poníanle en necesidad de buscar nuevos estados los muchos hijos que tenía para dejarlos bien heredados, por ser Portugal muy estrecho. En la reina, su mujer, tenía los infantes don Duarte, don Pedro, don Enrique, don Juan, don Fernando y doña Isabel; fuera de estos, a don Alonso, hijo bastardo, que fue conde de Barcelos. Armó treinta naves gruesas, veintisiete galeras, treinta galeotas, sin otros bajeles,que todos llegaban hasta en número de ciento veinte velas. Partió el rey con esta armada la vuelta de África, sin embargo que a la misma sazón pasó de esta vida la reina doña Filipa, que hizo sepultar en el nuevo monasterio de la Batalla de Aljubarrota. De primera llegada se apoderó por fuerza a los 22 de agosto de Ceuta, ciudad puesta sobre el estrecho de Gibraltar. El primero a escalar la muralla fue un soldado por nombre Cortereal; otro que se decía Alberguería se adelantó al entrar por la puerta; al uno y al otro remuneró el rey y honró como era debido y razón; lo mismo se hizo con los demás conforme a cada uno era. Los moros, unos pasaron a cuchillo, otros se salvaron por los pies y algunos quedaron por esclavos. De este buen principio entraron los portugueses en espe-

ranza de sujetar las muy anchas tierras de África. Mudaron otrosí este mismo año la manera de contar los tiempos por la era de César, como se acostumbraba, en la del nacimiento de Cristo, por acomodarse a lo que las otras naciones usaban y en conformidad de lo que poco antes de este tiempo, como queda dicho, se estableció en los reinos de Aragón y Castilla.

El cuidado de sosegar la Iglesia todavía se llevaba adelante, y los Padres del concilio continuaban en sus juntas. No pudo el rey don Fernando ir a Niza por cierta dolencia continua que mucho le fatigaba; acordaron que el César llegase hasta Perpiñán; villa puesta en lo postrero de España y en el condado de Rosellón; príncipe de renombre inmortal por el celo que siempre mostró de ayudar a la Iglesia sin perdonar a diligencia ni afán. El pontífice Benedicto y el rey don Fernando, como los que se hallaban más cerca, acudieron los primeros. El emperador llegó a los 19 de septiembre, acompañado de cuatrocientos hombres de armas a caballo y armados, asaz grande representación de majestad. El vestido de su persona ordinario y la vajilla de su mesa de estaño, señal de luto y tristeza por la aflicción de la Iglesia. Concurrieron al mismo lugar embajadores de los reyes de Francia, Castilla y Navarra. Todo el mundo estaba a la mira de lo que resultaría de aquella habla. El miedo y la esperanza corrían a las parejas.

No podía el rey por su indisposición asistir a pláticas tan graves. Todavía desde su lecho rogaba y amonestaba a Benedicto restituyese la paz a la Iglesia, y se acordase del homenaje que en esta razón hizo los tiempos pasados; el concilio de los obispos se celebraba; no era razón engañase las esperanzas de toda la cristiandad, acudiese al concilio e hiciese la renunciación que todos deseaban, conforme al ejemplo de sus competidores; ¿cuánto podía quedar de vida al que por sus muchos años se hallaba en lo postrero de su edad? Pudiera Benedicto con mucha honra doblegarse y ponerse en las manos de tan grandes príncipes y de toda la Iglesia si el apetito de mandar se gobernara por razón, afecto desapoderado, y más en los viejos; más él estaba resuelto de no venir en ningún partido de su voluntad, sólo pretendía entretener y alargar con diferentes cautelas y mañas. Apretábaule los dos príncipes para que se resolviese y acabase. Un día hizo un razonamiento muy largo en que declaró los fundamentos de su derecho; que si en algún tiempo se dudó cuál era el verdadero papa, la renunciación de sus dos competidores ponía fin en aquel pleito, pues quitados ellos de por medio, él solo quedaba por rector universal de la Iglesia; que no era justo desamparase el gobernalle que tenía en su mano de la nave de san Pedro; cuanto tenía la edad más adelante, tanto más se debía recelar de no ofender a Dios y a los santos por falta de valor y de amancillar su nombre con una mengua perpetua. Siete horas enteras continuó en esta plática sin dar alguna señal de cansancio, si bien tenía setenta y siete años de edad, y los presentes de cansados unos en pos de otros se le salían de la sala. Alegaba sobre todo que si él no era el verdadero pontífice, por lo menos la elección del que se había de nombrar pertenecía a solo él, como al que restaba de todos los cardenales que fueron elegidos antes del cisma por pontífice cierto sin alguna duda y tacha.

Gastábase mucho tiempo en estas alteraciones sin que se mostrase esperanza dn hacer algún efecto. El emperador, cansado con la dilación, se partió de Perpiñán. Amenazaba a Benedicto usarían contra él de fuerza, pues no quería doblegar su voluntad. Todavía se entretuvo en Narbona por si con la diligencia del rey don Fernando, que se ofrecía a hacerla, se ablandase aquel obstinado corazón. Todo prestó poco, antes con toda prisa Benedicto se robó y se partió para Peñíscola, con cuya fortaleza, que está sobro un peñón casi por todas partes rodeada del mar, cuidaba afirmarse y defender su partido. Llegóse al último plazo y remedio, que fue quitarle en Aragón la obediencia, como se hizo por un edicto que se publicó a los 6 de enero del año que se contó 1416;en que se vedaba acudir a él en negocios y lo mismo tenerle por verdadero papa. El principal en este acuerdo y resolución fue fray Vicente Ferrer, que el tiempo pasado se le mostró muy aficionado y parcial. La larga costumbre puede mucho; así en los ánimos de algunos, todavía quedaba algún escrúpulo, y se les hacía de mal apartarse de lo en que por tantos años continuaron. El pueblo fácilmente se acomodó a la voluntad del rey, como el que poca diferencia hace entre lo verdadero y lo falso. Desabrióse Benedicto

por esta causa; decía que el que le debía más, ese era el primero a hacerle contraste, que esperaba en Dios que el reino que él mismo le dio se le quitaría como a ingrato; amenazas vanas y sin fuerzas para ejecutarlas.

Al mismo tiempo que con mayor calor se trataban estos pleitos falleció doña Leonor, reina de Navarra, en Pamplona a los 5 de marzo. Yace en la iglesia mayor de aquella ciudad en un sepulcro de alabastro con su letra que esto declara.

CAPÍTULO VIII
DE LA MUERTE DEL REY DON FERNANDO

La indisposición del rey don Fernando continuaba; tenía gran deseo de volverá Castilla por probar si con los aires naturales, remedio a las veces muy eficaz, mejoraba. A los dolientes, en especial con las bascas de la muerte, se les suelen antojar sus esperanzas. Demás que pretendía mirar por el bien de Castilla como cosa que por el deudo y el cargo que tenía de gobernador mucho le tocaba. En particular deseaba que aquel reino alzase la obediencia a Benedicto a ejemplo de Aragón y que de todo punto le desamparase. Con este propósito de Perpiñán dio la vuelta a Barcelona; desde aquella ciudad, pasados los fríos del invierno, al principio del verano se puso en camino para Castilla. Con el movimiento se le agravó la dolencia; que en cuerpos enfermos y flacos cualquiera ocasión los altera. Reparó en Igualada, seis leguas de Barcelona. Allí le desahuciaron los médicos, y recibidos los sacramentos como buen cristiano, pasó de esta vida, jueves, a los 2 de abril. Príncipe dotado de excelentes partes de cuerpo y alma, presencia muy agradable, y que no tenía menos autoridad que gracia, de grande ingenio y destreza en granjear las voluntades y aficionarse la gente, no sólo después que fue rey, sino en el reino de otro; cosa más dificultosa. No faltó quien le tachase de algunas cosas, en especial que en su habla y acciones era tardo, que desamparó a Benedicto y se aprovechó de las rentas reales de Castilla, que era pródigo de lo suyo, y codicioso de lo ajeno para suplir lo que derramaba. A los grandes personajes sigue la envidia, y nadie vive sin tacha. Reinó por espacio de tres años, nueve meses y veintiocho días. Su cuerpo yace en Poblet en un sepulcro humilde y muy ordinario.

En su testamento, que otorgó los meses pasados en Perpiñán, heredó a sus hijos en esta forma: a don Juan en el estado de Lara junto con Medina del Campo y la villa de Momblanc, con título de duque, que le mandó, en Cataluña; item, otros muchos pueblos. A don Enrique dejó a Alburquerque, a don Sancho a Montalván. Por heredero del reino nombró al príncipe don Alonso, su hijo mayor. Caso que todos los hermanos faltasen sin dejar sucesión, llamó a la corona los hijos y nietos de las infantas doña María y dona Leonor, sus hijas, si bien a ellas mismas dejó excluidas, de la sucesión; cláusula digna de memoria, más que ya otra vez se estableció en aquel reino lo mismo, según que en otro lugar queda declarado. La muerte del rey don Fernando fue ocasión que Castilla por algún tiempo se mantuviese en la devoción de Benedicto. Tenía en ella muchos obligados con beneficios y gracias; en especial los arzobispos, el de Toledo y el de Sevilla, don Sancho de Rojas y don Alonso de Ejea, se mostraban muy declarados en su favor.

CAPÍTULO IX
DE LA ELECCIÓN DEL PAPA MARTINO V

En Castilla resultaron nuevas alteraciones y bullicios, principios de mayores males y muestra de cuánto importaba para el sosiego de la España la prudencia y el valor del rey don Fernando. La reina doña Catalina, luego que, como es de costumbre, hizo las honras del rey, su cuñado, en Valladolid, ella sola se apoderó de todo el gobierno del reino. La crianza del rey encomendó al arzobispo de Toledo junto con Juan de Velasco y Diego López de Zúñiga, justicia mayor. Quejábanse muchos que en el repartimiento de oficios y cargos no les cupo parte, sobre todos se señalaban en esto el almirante don Alonso Enríquez.y el condestable don Ruy López Davalos, disgustos que amenazaban mayores revueltas y daños. Con mejor acuerdo por principio del año que se contaba 1417, asentaron treguas con el rey de Granada por término de dos años, en que le sacaron por condición diese en cada un año libertad a cien cautivos cristianos.

Los prelados que continuaban en el concilio de Constancia acudían a todas las partes, y cuidaban de lo que concernía al buen estado de la Iglesia y a su pacificación. Para sosegar las revueltas de Bohemia y reducir a los herejes procuraron muy de veras que sus cabezas y caudillos, Jerónimo de Praga y Juan Hus, viniesen a aquella ciudad con salvoconducto que el emperador les dio para su seguridad. El mal de la herejía es casi incurable, mayormente cuando está muy arraigado. Huyeron los dos de Constancia, prendiéronlos en el camino personas que para ello enviaron, y traídos a la ciudad, los quemaron públicamente; castigo por ellos bien merecido, pero en que muchos dudaron si fuera más expediente que se les guardara la seguridad que les dieron, si bien constaba cometieron en la cindad, y por el camino delitos por que no se les debía guardar. Castigados los herejes y condenadas sus herejías, volvieron su pensamiento a componer las revueltas de la Iglesia. A Benedicto, que de los tres pontífices todavía continuaba en su contumacia, le excomulgaron a los 26 de julio, y le despojaron del pontificado y derecho que podía tener a las llaves de San Pedro.

Publicada esta sentencia, dieron orden en nombrar de conformidad un nuevo papa. Hallábanse presentes veintidós cardenales de las tres obediencias de los papas depuestos. Juntaron con ellos otros treinta electores, parte obispos, parte personas principales. Encerráronse los unos y los otros en cónclave. Vinieron todos sin faltar uno de conformidad en nombrar por pontífice al cardenal Otón Columna, natural de Roma. Hízose la elección a los 11 de noviembre. Llamóse en el pontificado Martino V. El contento que resultó de esta elección, así en la ciudad de Roma como en las demás naciones por cuanto se extendía la cristiandad, fue cual se puede pensar. Parecíales que después de muy espesas tinieblas les amanecía una mañana muy clara, y una luz muy alegre. se mostraba a las tierras; ca todos, olvidadas las aficiones pasadas, se conformaron y prestaron obediencia al nuevo Pontífice. Solamente el rey de Escocia y el conde de Armeñaque tuvieron recio por algún tiempo con Benedicto y algunos pocos cardenales que le acompañaron cuando se salió de Perpiñán; pero también le dejaron poco adelante. Disolvióse con tanto el concilio; bien que para adelante dejaron aquellos padres decretado que dende a cinco años se juntase concilio general la primera vez, la segunda desde a otros siete años, el tercero se celebrase diez años después del segundo, y así se guardase perpetuamente que cada diez años se juntase concilio general.

Despachó el nuevo pontífice dos monjes del Císter para avisar a Benedicto se conformase con la voluntad de todos los prelados, y a sus cardenales procurasen le desamparasen. En Benedicto no pudieron hacer mella por su condición. Los cuatro cardenales que tenía, con promesa que les hicieron de conservarlos en aquel grado de cardenales y hacerles nuevas gracias, todos españoles, 1e dejaron luego y se fueron al nuevo y verdadero papa, que hallaron en Florencia. El más principal era don Alonso Carrillo, cardenal de San Eustaquio y obispo de Sigüenza, deudo del otro cardenal don Gil de Albornoz, y tío de don Alonso Carrillo, que adelante fue arzobispo de Toledo.

Este mismo año fue muy desgraciado para Francia; para Castilla alegre por la navegación que por voluntad de la reina de Castilla y licencia que dio el rey don Enrique antes de su muerte, se tornó de nuevo a hacer a las islas Canarias; camino para sujetarlas, como a la verdad se apoderó delas cinco Juan Bentacurt, de nación francés, caudillo de esta empresa. Sucedióle Menaute,su deudo. El papa Martino proveyó por obispo de aquellas islas a un fraile, por nombro Mendo. Resultaron entre los dos diferencias; acudió Pedro Barba con tres naves por orden del rey. Este compró a dinero las islas de Menaute, y las vendió a Pedro de Peraza, ciudadano principal de Sevilla, cuyos descendientes las poseyeron hasta los tiempos del rey don Fernando el Católico, que las acabó de sujetar finalmente, como queda de suso declarado, y las incorporó en la corona de Castilla. Esto es lo que toca a España.

Las desgracias de Francia se encaminaron de esta manera: Enrique, quinto de este nombre, rey de Inglaterra, pidió a Carlos VI, rey de Francia, le diese por mujer a su hija madama Catalina. No vino en ello el francés, de que el inglés se tuvo por agraviado. Para vengar esta afrenta pasó en una armada muy gruesa a Normandía. Ganó una grande victoria de los franceses,.en que prendió a los duques de Orleans y de Borbón. Púsose otrosí sobre Ruan, cabeza de Normandía, que al fin ganó, aunque con trabajo y tiempo. No pararon en esto las desgracias, antes la reina Isabel de Francia se partió de su marido, y con su hija Catalina se retiró a Turon. Desde allí llamó al duque de Borgoña en su favor, que acudió luego con gente por no perder la ocasión que se le presentaba de satisfacerse de los disgustos pasados. Apoderóse, no sólo de la reina y de su hija, sino del mismo rey y de la ciudad de París. Restaba Carlos, el delfín, heredero de aquella corona, el cual con gentes que pudo juntar, reparaba aquellos daños y hacía rostro a los ingleses y borgoñones. Para divertir al duque de Borgoña procuró verse con él. Señalaron de acuerdo para la habla una puente del río Secuana, en aquella parte en que el río Icauna desagua en él. Para mayor seguridad atajaron la puente con una verja de madera; solo dejaron un postigo por de se podía pasar, pero bien cerrado y asegurado. Concertaron otrosí que acompañasen a los príncipes cada diez hombres armados.

Acudieron al tiempo aplazado. El delfín saludó al duque con rostro ledo y alegre semblante, y convidóle a pasar do él estaba. Aseguróse el duque del buen talante con que le habló; abierto el postigo, pasó como se le rogaba. Trabóse cierta pasión y riña entre los soldados, si acaso, si de propósito, no se averigua. Resultó que el Borgoñón quedó muerto, cuya vida si fue perjudicial para Francia, no menos lo fue su muerte, a causa que el duque Felipe por satisfacerse de la muerte de su padre entregó al inglés los rey y reina de Francia con su hija Catalina y la ciudad de París, de que procedieron males sin cuento y sin término, enemigas, quemas, muertes y robos. Pero estas cosas avinieron algún tiempo adelante, y por ser extrañas no nos incumben ni queremos particularizarlas más.

CAPÍTULO X
OTROS CASAMIENTOS DE PRÍNCIPES

La reina doña Leonor de Aragón, después de la muerte del rey, su marido, se retiró a Castilla, y en Medina del Campo con la compañía de sus hijos, que le quedaron muchos, y otros honestos entretenimientos pasaba su viudez y soledad. Comenzóse a mover plática que su hija la infanta doña María casase con el rey de Castilla. Extrañaba la reina doña Catalina, su madre, este casamiento. Excusábase con la poca edad del rey, como quier que a la verdad de secreto se inclinase más a casarle en Portugal con la infanta doña Leonor, que demás de ser su sobrina, parecía así a ella como a los más de los cortesanos sería a propósito para atar aquellos dos reinos con un vínculo muy fuerte de perpetua concordia. Creemos fácilmente lo que deseamos. Desbarató la muerte estos intentos, que sobrevino de repente a la reina doña Catalina en Valladolid, jueves, a los 2 de junio del año 1418. Su edad de cincuenta años, el cuerpo grande y grueso, en la bebida algo larga conforme a la costumbre de su nación, la condición sencilla y liberal; virtudes de que se aprovechaban para sus particulares y para malsinar a otros y desdorarlos los que le andaban al lado, que los más eran gente baja. Estos eran sus consejeros y sus ministros, grave daño, y más en príncipes tan grandes. Sepultáronla en la capilla real de Toledo en propio lucillo, en que fundó quince capellanías, y las añadió a las de antes para que se hiciesen sufragios ordinarios por las ánimas suya y del rey, su marido.

Con la muerte de la reina se trocaron y alteraron las cosas en gran manera. El rey, sin embargo de su poca edad, salió de la tinieblas en que su madre le tuvo muy retirado, y comenzó en parte por si mismo a gobernar el reino, ayudado del consejo de algunos personajes que le asistían. Entre los demás se señalaba el arzobispo de Toledo, que por ser de gran corazón, muy codicioso de honra y entremetido, se apoderó del gobierno, de suerte que en nombre del rey lo pretendía todo trastornar a su albedrío. Acudieron de Francia dos embajadores para solicitar les socorriesen en aquel aprieto en que aquel reino se hallaba. La respuesta fue excusarse con la poca edad del rey y las alteraciones, que unas comenzaban, y otras se temían. Volvióse a la plática de casar al rey. El de Toledo reconocía todo lo que era y valía de los reyes de Aragón; así hizo instancia, y finalmente concluyó que el casamiento de Aragón se antepusiese al de Portugal. Celebráronse los desposorios entre el rey don Juan y la infanta doña María con grandes fiestas en Medina del Campo a los 21 de octubre. Entre las capitulaciones matrimoniales que asentaron, una fue que la infanta doña Catalina, hermana menor del rey don Juan, casase con uno de los infantes de Aragón. No señalaron por entonces alguno de ellos a causa que don Juan, el mayor de los hermanos por casar, andaba en balanzas sin resolverse en qué parte casaría. Primero estuvo concertado con doña Isabel, hija del rey de Navarra. Desistió de este casamiento, cebado de la esperanza que se le mostró de casar con Juana, reina de Nápoles, engañosa y vana como de suso se tocó, y la infanta casó con el conde de Armeñaque.

Entretúvose por algún tiempo el infante don Juan en el gobierno de Sicilia en lugar de la reina doña Blanca, que su padre el rey de Navarra procuró diese la vuelta, por ser la mayor de sus hermanas y heredera de la corona. Muchos príncipes pretendieron casar con ella, movidos de sus prendas y más del gran dote que esperaba. El rey, su padre, finalmente antepuso a los demás competidores al ya dicho infante don Juan por sus buenas partes y por la esperanza que se tenía en juntar lo de Navarra y lo de Aragón, por no tener sucesión el rey don Alonso, su hermano. El dote de presente fueron. cuatrocientos y veinte mil florines. Púsose por condición que, caso que doña Blanca muriese, puesto que no dejase hijos, su marido después de sus suegros por todo el tiempo de su vida se intitulase y fuese rey de Navarra. Hiciéronse los desposorios en Olite por poderes. El procurador de parte del infante, que hizo sus veces, Diego Gómez de Sandoval, sobrino del arzobispo de Toledo, adelantado de Castilla y mayordomo mayor del infante, su muy privado, y que por esta causa adelante alcanzó gran poder y estado, y aún finalmente los vientos favorables se le trocaron en contrarios y corrió fortuna, como se notará en otro lugar. Cuando se celebraron los desposorios de Navarra corría el año

de nuestra salvación de 1419. En el mismo el gran predicador y varón apostólico fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia, su patria, y de la orden de los Predicadores, pasó de esta vida mortal a la eterna en Vanes, ciudad de la Bretaña, a los 5 de abril. Sus grandes virtudes y los milagros, muchos y maravillosos, que obró en vida y después de muerto, le pusieron poco adelante en el número de los santos. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella misma ciudad. Volvamos a lo que del rey don Juan de Castilla se queda atrás.

CAPÍTULO XI
DE LAS ALTERACIONES DE CASTILLA

Los reinos de Castilla se comenzaban a alterar no de otra guisa que una nave sin gobernalle y sin piloto azotada con la tormenta de las hinchadas y furiosas olas del mar. Los grandes traían entre sí diferencias y pasiones. El rey por su poca edad y no mucha capacidad no tenía autoridad para enfrenarlos. Al arzobispo de Toledo, que ponía la mano en todo, muchos le envidiaban, y llevaban mal pudiese más un clérigo que toda la nobleza. Acudieron al rey, diéronle por consejo tomase la entera y libre administración del reino; que la edad de catorce años que tenía era bastante para ello y legal. Con este acuerdo se juntaron Cortes en Madrid, en que se hallaron grandes y muchos personajes de gran calidad. A los 7 de marzo, ya que los tenían juntos en el alcázar de aquella villa, el arzobispo de Toledo con un razonamiento muy pensado declaró la voluntad que el rey tenía de salir de tutorías y encargarse del gobierno. Respondió y otorgó en nombre de los congregados y del reino el almirante don Alonso Enríquez. Siguióse el aplauso de los demás que presentes se hallaron a este auto y solemnidad.

La poca edad del rey tenía necesidad de reparo. Recibió en su consejo y mantuvo a todos los que en tiempo de su padre y sus tutorías tuvieron aquel lugar. Para despachar las cosas de gracia señaló al arzobispo de Toledo, al almirante, al condestable, y con ellos a Pero Manrique, adelantado de León, y Juan Hurtado de Mendoza, su mayordomo mayor, y que Gutierre Gómez de Toledo, arcediano de Guadalajara, ordenase y refrendase las cédulas reales. Agraviose de esto el arzobispo de Toledo, que pretendía le pertenecía aquel oficio como a chanciller mayor que era de Castilla. Andaban en aquella corte entre otras personas de cuenta los infantes de Aragón don Juan y don Enrique, maestre de Santiago; el arzobispo de Toledo para tener más mano y afirmarse contra sus émulos procuró conquistarlos con todo género de caricias y buena correspondencia. Todo se enderezaba a continuar en el gobierno, de que era muy codicioso y de que estaba asaz apoderado.

De Madrid fue el rey con su corte a Segovia, ciudad puesta entre montes y a propósito para pasar los calores del verano. Levantóse de repente un alboroto de los del pueblo contra la gente del rey y sus cortesanos. Estuvieron a pique de venir a las puñadas, y la misma ciudad de ensangrentarse. Los infantes ya dichos de Aragón poco se conformaban entre sí; mando y privanza no sufren compañía. Andaban como en celos cada cual con intento de apoderarse de la persona del rey y del gobierno, cosa que les parecía fácil por su poca edad, y no querían dar parte a nadie ni aún a su mismo hermano. Resultaron con esto sospechas, dividiéronse los grandes y caballeros en dos bandos; a don Enrique favorecían el condestable don Ruy López Dávalos y Pedro Manrique; al infante don Juan asistían don Fadrique, conde de Trastámara, y el de Toledo.

La edad del rey era flaca, y que se mudaba fácilmente, sus enojos repentinos, las caricias que hacía fuera de tiempo; cosas que la una y la otra a cualquier príncipe están mal, por donde más era menospreciado que temido. El cuerpo conforme a la edad que tenía era grande y blanco, pero de poca fuerza, el rostro no muy agraciado, la condición mansa y tratable. Deleitábase en la caza y en justas y torneos; era aficionado a los estudios y letras, y hallábase de buena gana en los razonamientos en que se trataba de cosas eruditas. Hacia él mismo metros, y trovaba no muy mal en lengua castellana. Estas virtudes, que comenzaron a mostrarse desde niño, con la edad llegaron a madurarse y hacerse mayores; todas empero las estragaba el descuido y poca cuenta que tenía de las cosas y del gobierno. Oía de mala gana y de prisa; sin oír, ¿cómo podía resolverse en negocios tan arduos como se ofrecían? En suma no tenía mucha capacidad, ni era bastante para los cuidados del gobierno. Esto dio a sus cortesanos entrada para adquirir gran poder, en especial a Álvaro de Luna, que comenzaba ya a tener con él más familiaridad y privanza que los demás. Por temer esto la reina; su madre, le despidió de palacio los años pasados, y le hizo que volviese a Aragón, en que acertó sin duda; pero gobernóse imprudentemente en tener al rey, como le tuvo hasta su muerte, encerrado en Valladolid

en unas casas junto al monasterio de San Pablo por espacio de más de seis años, sin dejarle salir ni dar licencia que ninguno le visitase fuera de los criados de palacio. En lo cual ella pretendía que no se apoderasen de él los grandes y resultase alguna ocasión de novedades en el reino; miserable crianza de rey, sujeta a graves daños, que el gobernador de todos no ande en público ni le vean sus vasallos, tanto, que aún a los grandes que le visitaban, no conocía; que quitasen al príncipe la libertad de ver, hablar y ser visto, y como metido en una jaula le embraveciesen y estragasen su buena y mansa condición, cosa indigna.

¿Como pollo en caponera me pongas tú a engordar al que nació para el sudor y para el polvo? ¿En la sombra y entre mujeres se críe a manera de doncella aquel cuyo cuerpo debe estar endurecido con el trabajo y comida templada para resistir a las enfermedades y sufrir igualmente en la guerra el frío y los calores? ¿Con los regalos quieres quebrantar el ánimo, que de día y de noche ha de estar como en atalaya mirando todas las partes de la república? Ciertamente esta crianza muelle y regalada acarreará gran daño a los vasallos; la mayor edad será semejable a la niñez y mocedad flaca y deleznable, dada a deshonestidad y a los demás deleites, como se ve en gran parte en este príncipe. Porque muerta la reina, como si saliera de las tinieblas y casi del vientre de su madre de nuevo a la luz, perpetuamente anduvo a tienta paredes. Con la grandeza de los negocios se cansaba y ofuscaba. Por esto se sujetó siempre al mando y albedrío de sus palaciegos y cortesanos, cosa de gran perjuicio y de que resultaron continuas alteraciones y graves. Dirá alguno; reprehender estos vicios es cosa fácil, ¿quién los podrá enmendar? ¿Quién se atreverá a afirmar lo que es muy verdadero, que a las mujeres conviene el arreo y el regalo, a los príncipes el trabajo desde su primera edad? ¿Quién, digo, se atreverá a decir esto delante de aquellos que ponen la felicidad del señorío, y la miden con el regalo, lujuria y deleites, y tienen por el principal fruto de la vida servir al vientre y a las otras partes más torpes del cuerpo? Demás de esto, ¿quién persuadirá esta verdad a los que tienen por género de muy agradable servicio conformarse con los deseos de los príncipes y con sus inclinaciones para por allí medrar? Dejemos pues estas cosas, y volvamos a nuestro cuento.

En el principio del año siguiente, que se contó de 1420, pasó el rey a Tordesillas, villa de Castilla la Vieja. Don Enrique, maestre de Santiago, o por pretender casarse con la infanta doña Catalina, o con intento de sujetar sus contrarios, acompañado de los suyos entró en aquel lugar, prendió a Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo de la casa real, y a otros del palacio; con tanto se apoderó del mismo rey a 12 del mes de junio, y le quitó la libertad de ir a parte ninguna o determinar algún negocio; gran vergüenza y grave afrenta del reino que el rey estuviese cercado, preso y encerrado por sus vasallos. Movidos de esta indignidad los demás grandes de la provincia, acudieron a las armas, por su caudillo el infante don Juan de Aragón, que, celebrado que hubo sus bodas en Pamplona, concluidas las fiestas y gustados en ellas no más de cuatro días, se partió para Castilla, movido de la fama de lo que sucediera y por las cartas de muchos que le llamaban. En Ávila se celebraron las bodas del rey de Castilla con pequeño aparato y pocos regocijos por estar ausente gran parte de los grandes y el rey detenido a manera de preso. Don Enrique para su seguridad y para fortificarse tenía en aquella ciudad tres mil de a caballo; don Juan, su hermano, se entretenía en Olmedo, con igual número de caballos, que tenía alojados por los lugares comarcanos; concurrían a él de toda la provincia, los menores, medianos y mayores trataban de vengar la injuria del rey y mengua del reino. Procuróse que los infantes hermanos se viesen; no se dio lugar a esto, ni permitieron que el infante don Juan se pudiese ver con el rey

El infante don Enrique, maguer que a la sazón apoderado de todo, cuidadoso de lo de adelante, procuró se tuviesen Cortes en aquella ciudad. Nadie tenía libertad para tratar los negocios por estar la ciudad llena de soldados, y el lugar en que se juntaban cercado de hombres armados. Con esto don Enrique por Cortes fue dado por libre de toda culpa de lo que hasta allí se le podía imputar; nadie se atrevió a contradecirlo ni hablar, en tanto grado, que como por galardón y pago de aquella hazaña con voluntad del rey se alcanzó del pontífice Martino V que el maestrazgo de Santiago con to-

das sus rentas y estado quedase por juro de heredad a los descendientes de don Enrique, que fuera una nueva plaga de España y un gravísimo daño, si el rey no revocara aquel decreto llegado a mayor edad. Lo que sólo restaba, la infanta doña Catalina era la que principalmente hacía resistencia a los intentos de don Enrique. Decía claramente no quería por marido el que con armas y fieros pretendía alcanzar lo que debiera con servicios, agrado y buena voluntad. Todavía vencida su flaqueza o inconstancia, aquellas bodas se celebraron con grandes regocijos en Talavera, villa principal cerca de Toledo, do el rey se pasó desde Avila. Diéronle en dote el señorío de Villena con nombre de duque. A Álvaro de Luna, el principal entre los palaciegos, por lo que en esto trabajó, le fue hecha donación de Santisteban de Gormaz, principio y escalón para subir al gran poder que tuvo, y alcanzar tantas riquezas como juntó adelante.

Por este tiempo cada día en Cataluña bramaba la tierra y temblaba toda desde Tortosa hasta Perpiñán. Junto a Gerona estaba un pueblo, llamado Amer, en que se abrieron dos bocas de fuego que abrasaba los que se llegaban a dos tiros de piedra. De otra boca junto a las de fuego salía agua negra, y a media legua se mezclaba con un río, que debía ser Sameroca, con que aquel pueblo se destruyó, y los peces del río murieron. Era el olor del agua tan malo,que las aves batían las alas cuando por allí pasaban; extendíase tanto, que llegaba hasta Gerona con estar apartada de allí y distante cuatro leguas.

En Salamanca por el mismo tiempo se edificaba el colegio de San Bartolomé a costa de don Diego de Anaya, que en el mismo tiempo del concilio constanciense fue de Cuenca trasladado al arzobispado de Sevilla. Diole grandes rentas con que buen número de colegiales se pudiesen sustentar, a la manera del colegio de Bolonia, que el cardenal don Gil de Albarnoz dejó allí fundado para quemen él estudiasen mozos españoles. Viole don Diego de Anaya a su pasada por Talia; determinóse de hacer otro tanto. Ejemplo de liberalidad que imitaron personas principales en toda España, ca edificaron los años adelante colegios semejantes, de donde como de castillos roqueros ha salido gran número de varones excelentes en todo género de letras. En aquella misma ciudad y universidad se fundaron con el tiempo otros tres, que se llaman mayores; en Valladolid el cuarto, el quinto en Alcalá, los menores apenas se pueden contar.

En el mismo tiempo se abría puerta a los aragoneses y portugueses para adquirir nuevos estados. Fue así, que don Enrique, hijo del rey de Portugal, por el conocimiento que tenía de las estrellas, profesión en que gastó gran parte de su vida, sospechó que en la anchura del mar Océano se podría abrir camino para descubrir nuevas islas y gentes no conocidas. Acometió con diversas flotas que envió para este efecto si podría hacer algo que fuese de provecho. Por este modo entre Lisboa y las islas de Canaria, casi en medio de aquel espacio, este año hallaron una isla, aunque pequeña, pero que goza de muy buen cielo y tierra fértil, como lo mostraban los bosques espesos que en ella hallaron a propósito para cortar muy buena madera, de donde se llamó la isla de la Madera. De este principio, costeando las riberas de África, poco a poco parte este infante, y más los reyes adelante, llegaron con esfuerzo invencible hasta lo postrero de levante, corrieron las marinas del Asia, la India y la China con gran gloria del nombre portugués y provecho no menor.

Tenía cercada dentro de Nápoles a la reina doña Juana Luis, duque de Anjou. La causa de hacerle guerra era la enemiga que de antiguo tenía con aquellos reyes y las deshonestidades poco recatadas de la misma reina, a las cuales como quier que el conde Jaques, su marido, no pudiese poner remedio, ni las pudiese sin gran mengua suya disimular, vuelto a Francia, algún tiempo después renunciada la vida de señor, se hizo fraile de San Francisco. El que principalmente ayudaba al duque de Anjou era Mucio Esforcia, capitán de gran nombre en aquella sazón, esto por envidia que tenía a Bracio de Monton, otro capitán a quien la reina daba más favor. Las cosas y fuerzas de la reina se hallaban en gran peligro y casi acabadas cuando don Alonso, rey de Aragón, quinto de este nombre, muy esclarecido por la excelencia de sus virtudes y por haber frescamente domado y sosegado a Cerdeña, fue llamado y convidado a dar socorro a los cercados, con esperanza que le daban de que

sucedería en el reino de Nápoles por adopción que la reina, por no tener hijo ninguno, le ofrecía hacer de su persona y prohijarle. No dejó pasar la ocasión que sin procurarla se le ofrecía de ensanchar su reino; así, con una armada que envió desde Cerdeña, hizo alzar el cerco de Nápoles. El premio de este trabajo y de esta ayuda fue que en una junta de señores que se tuvo en aquella ciudad se otorgó y publicó la escritura de la adopción, a 16 de septiembre, y el pontífice romano algún tiempo después asimismo la tuvo por buena. No trato del derecho que tuvieron para hacer esto, por ser la disputa más fácil que necesaria. Sin duda de este principio largas y perjudiciales guerras nacieron entra franceses y españoles, trabadas unas de otras hasta nuestra edad.

El mismo rey don Alonso, sujetado que hubo a Cerdeña y desamparado a Córcega para que los genoveses se apoderasen de ella, se apresuró para pasar en Sicilia. Llegó a Palermo en breve; el deseo y esperanza que tenía de asegurarse en la sucesión del nuevo reino le aguijonaba; el cuidado era tanto más encendido, que cierto matemático cinco años antes de esto le dijo, consideradas las estrellas, o por arte más oculta: *«El cielo, rey don Alonso, te pronostica grandes cosas y maravillosas. Los hados te llaman al señorío de Nápoles, que será breve al principio; no te espantes, no pierdas el ánimo. Dásete cierta silla, grandes haberes, muchos hombres. Vuelto que seas al reino, serán tan grandes las riquezas, que hasta a tus cazadores y monteros darás grandes estados. Confiado en Dios pasa adelante a lo que tu fortuna y tu destino te llama, seguro que todo te sucederá prósperamente y conforme a tu voluntad y deseo.»*

CAPÍTULO XII
CÓMO FUE PRESO DON ENRIQUE, INFANTE DE ARAGÓN

No pararon en poco las alteraciones y graves desmanes de Castilla; la flojedad del rey era la causa y sobre esto haberle quitado la libertad, de que resultaron discordias civiles y prisiones de grandes personajes y miedos de mayores males que de esto se siguieron. Estaba la corte en Talavera, como poco antes queda dicho; el rey mostraba no hacer caso ni cuidar de su injuria, antes se deleitaba y entretenía en cazar. Con esta color salió del lugar a 29 de noviembre y se fue a Montalván, que es un castillo puesto y asentado en un ribazo de tierra, casi en medio de Talavera y Toledo, a la ribera del río Tajo, de campos fértiles y abundantes. Persuadióle que huyese e hízole compañía Álvaro de Luna, que ya por este tiempo estaba apoderado del rey; otro género de prisión no menos menguada y perjudicial. Llevó mal esto el infante don Enrique; recelábase de lo que había hecho, y por la mala conciencia temía lo que merecía. Por esta causa con nuevo atrevimiento, juntadas arrebatadamente sus gentes, puso cerco a Montalván, bien que no le combatió por tener en esto sólo respeto al rey, que dentro se hallaba. Concurrían los grandes para vengar este nuevo desacato; estos eran el arzobispo de Toledo, el infante don Juan, el almirante don Alonso Enríquez; pero corría igual peligro, y se sospechaba de cualquiera parte que venciese no se quisiese apoderar de todo. En el entre tanto comenzó a sentirse falta de mantenimiento en el castillo, tanto, que se sustentaban de los jumentos y caballos y otros manjares sucios y profanos. Al fin, por mandado del rey, aunque cercado y por miedo de los que a su defensa acudieron, a los 10 de diciembre se alzó el cerco; don Enrique se fue a Ocaña, villa de su jurisdicción y maestrazgo, con intento de defenderse con las armas si le hiciesen guerra y en ocasión volver a sus mañas.

El rey, ido don Enrique, dio la vuelta a Talavera; en el camino le salieron al encuentro los infantes de Aragón, don Juan y don Pedro, su hermano; saludáronse entre sí, reprehendieron el atrevimiento de don Enrique, comieron con el rey en el castillo de Villalva, que está cerca de Montalván, hubo de la una parte y de la otra muchas caricias y cumplimientos, todos engañosos y dobles. Mandóles el rey que volviesen atrás, porque también esto le aconsejó Álvaro de Luna, que pretendía solo apoderarse de todo y subir a la cumbre para con mayor ímpetu despeñarse. Mudóse con esto el estado de la cosas y trocóse la fortuna de las parcialidades. El rey se fue a Talavera para celebrar en aquella villa las fiestas de Navidad al principio del año 1421. De allí se fue a Castilla la Vieja, do tenía mayores fuerzas y más llanas las voluntades de los naturales.

Don Enrique de Aragón tenía en dote el estado de Villena, como poco antes queda dicho, con gran pesar y disgusto de los naturales, que decían no era duradero lo que por fuerza se alcanzaba, ni justo contra las leyes y privilegios de los reyes pasados enajenar aquel estado, que poco antes rescataron a dineros porque no viniese en poder del rey de Aragón. ¿Qué otra cosa era entregar tan principal estado en la raya del reino a don Enrique, sino poner a peligro la salud pública y abrir puerta a los aragoneses para hacerse señores de Castilla? De la alteración de las palabras se procedió y vino a las armas. Don Enrique, como era de su natural arrojado y persona a quien contentaban más los consejos atrevidos que los templados, con soldados que envió se apoderó y guarneció todos aquellos lugares y estado, sacado sólo Alarcón, que se defendió por la fortaleza del sitio. Mandóle el rey en esta sazón dejar las armas y despedir los soldados. No obedeció; por esto y por mandado del rey y con sus fuerzas le fue quitado aquel estado. Revocóse demás de esto lo que tenían concertado del maestrazgo de Santiago, es a saber, que los descendientes de don Enrique le heredasen.

A estos principios se siguió gran peso y balumba de cosas, porque don Enrique, movido del sentimiento de aquella injuria partió de Ocaña, resuelto de ir en busca del rey. Llevaba consigo para su guarda y seguridad mil quinientos de a caballo. Llegó a Guadarrama, pasó los puertos sin reparar hasta donde el rey se entretenía en Arévalo. Corría peligro no se viniese a batalla y a las manos. La reina doña Leonor, cuidadosa de la salud de su hijo don Enrique, hablaba ya a los unos, ya a los

otros, y procuraba sosegar aquella tempestad, que amenazaba mucho mal. Lo mismo hizo don Lope de Mendoza, arzobispo de Santiago. Persuadieron a don Enrique despidiese sus gentes. Decían ser cosa de mala sonada y mal ejemplo querer por armas y por fuerza alcanzar lo que podía por las leyes y justicia. ¿Qué podía esperar con tener empuñadas las armas? Como antes con fieros semejantes cometiese crimen contra la majestad; que si las dejaba, todo se haría a su voluntad. Avisáronle que a pocos sucedió bien irritar la paciencia de los reyes, que tienen los ímpetus, aunque tardíos, pero vehementes y bravos. De esta manera se dejaron por entonces las armas.

Doña Blanca, hija del rey de Navarra, a 29 de mayo parió en Arévalo un hijo de su marido, que del nombre de su abuelo materno se llamó don Carlos. Sacóle de pila el rey de Castilla, y por su acompañado Álvaro de Luna, al cual quiso el rey hacer esta honra; ninguna de estas cosas por entonces parecía demasiada por ir en aumento su privanza.

Las Cortes del reino se convocaron primero para Toledo, y después para Madrid; con esta determinación el rey y la reina partieron para Castilla la Nueva. Llegaron a Toledo a 23 de octubre. Don Enrique de Aragón, el condestable don Ruy López Dávalos, el adelantado Pedro Manrique, llamados a estas Cortes, se excusaban por las enemistades que con ellos tenían algunas personas principales.

Entre tanto que esto pasaba en Castilla, don Alonso, rey de Aragón, y Luis, duque de Anjou, contendían grandemente sobre el reino de Nápoles; don Alonso se estaba dentro de la ciudad de Nápoles; Aversa, que cae allí cerca, se tenía por los franceses; de una parte y de otra se hacían correrías y cabalgadas. Cerra, un pueblo cuatro millas de la ciudad de Nápoles, fue cercada por las gentes de Aragón; y aunque se defendió largamente por el sitio del lugar y valor de la guarnición, en fin se rindió a don Alonso. Don Pedro, infante de Aragón, movido, así por las cartas del rey, su hermano, como de su voluntad, con licencia del rey de Castilla se partió para aquella guerra de Nápoles al principio del año 1422.

En Madrid se hacían y continuaban las Cortes generales. Hallóse presente don Juan, infante de Aragón, y otros señores en gran número. El arzobispo de Toledo; por estar doliente, no se pudo hallar presente. Don Enrique y sus consortes, porque el rey les quería hacer fuerza si no venían a las Cortes, trataron entre sí el negocio, y resolvieron que don Enrique y Garci Fernández Manrique, adelante conde de Castañeda, obedeciesen; mas el condestable y Pedro Manrique se quedasen en lugares seguros para todo lo que pudiese suceder. A 13 de junio don Enrique y Garci Fernández entraron en Madrid. Recibiéronlos bien y aposentáronlos amorosamente; el día siguiente, como llamados por el rey fuesen al alcázar a besarle la mano, los prendieron. A don Enrique enviaron en prisión al castillo de Mora; diose a Garci Álvarez de Toledo, señor de Oropesa, cuidado de guardarle, y al conde de Urgel, que desde los años pasados tenían preso en aquel castillo, pasaron a Madrid. En las Cortes pusieron acusación a estos señores de haber ofendido a la majestad y tratado con los moros de hacer traición a su príncipe y a su patria. Catorce cartas del condestable, escritas al rey Juzef, se presentaron y leyeron en este propósito. Pareció ser esto una maldad atroz; así, los bienes de don Enrique y Garci Manrique por sentencia de los jueces que señalaron fueron confiscados; lo mismo se determinó y sentenció de Pedro Manrique, que, avisado de lo que pasaba, era ido a Tarazona. Ordenóse otro tanto de los bienes del condestable, el cual, perdida la esperanza de ser perdonado, en compañía de doña Catalina, mujer de don Enrique, primero se recogió a Segura, pueblo asentado en lugares muy ásperos y de dificultosa subida hacia el reino de Murcia, después se fue a tierra de Valencia. Dejó en Castilla grandes estados que tenía, es a saber, a Arcos, Arjona, Osorno, Ribadeo, Candeleda, Arenas y otros pueblos en gran número; con que la casa de Dávalos de grandes riquezas y estado que tenía comenzó a ir de caída y arruinarse.

Levantáronse otrosí a nuevos estados diferentes casas y linajes, de nobles y ilustres personajes, como los Fajardos, los Enríquez, los Sandovales, los Pimenteles y los Zúñigas, no de otra guisa que de los pertrechos y materiales de alguna gran fábrica, cuando la abaten se levantan nuevos edifi-

cios. Rugióse por entonces que aquellas cartas del condestable eran falsas, y aún se averiguó adelante que Juan García, su secretario, las falseó por su misma confesión, que hizo puesto a cuestión de tormento. Disimulóse empero por ser interesados el rey y los que con aquellos despojos se enriquecieron, si bien justiciaron conforme a las leyes al falsario. A don Álvaro de Luna con esta ocasión dio el rey título de conde de Santisteban de Gormaz, y le nombró por su condestable. A don Gonzalo Mejía, comendador de Segura, se encargó que en lugar de don Enrique, maestre de Santiago, tuviese sus veces y la administración de aquel maestrazgo, con libre poder de hacer y deshacer.

Concluidas en un tiempo cosas tan grandes, el rey se fue a Alcalá; a la misma sazón parió la reina en Illescas una hija, a 5 de octubre, que se llamó doña Catalina, cosa que causó grande alegría a toda la provincia, no sólo por el nacimiento de la infanta, sino por entender que la reina no era mañera, y por la esperanza que concibieron que otro día pariría hijo varón. Esta alegría se escureció algún tanto con la muerte del arzobispo de Toledo, que en breve se siguió. Falleció de una larga enfermedad en Alcalá de Henares a 24 de octubre; su sepultura de mármol y de obra prima se ve en la capilla de San Pedro, parroquia de la iglesia mayor de Toledo, capilla que hizo él mismo edificar a su costa. En su lugar por votos del cabildo fue puesto don Juan Martínez de Contreras, deán que a la sazón era de Toledo, natural de Riaza, y que fue vicario general de su predecesor. El cabildo se inclinaba al maestrescuela Juan Álvarez de Toledo, hermano de Garci Álvarez de Toledo, señor de Oropesa. Interpúsose el rey, que cargó con su intercesión en favor del deán. Así salió electo, y luego se partió para Roma con intento de alcanzar confirmación de su elección del papa Martino V; tal era la costumbre de aquel tiempo; en ida y vuelta gastó casi dos años.

CAPÍTULO XIII
CÓMO FALLECIÓ EL REY MORO DE GRANADA

En Toledo, para donde, acabadas las Cortes, se partió en breve el rey de Castilla, con su ida se mudó la forma del gobierno, por estar antes revuelta y sujeta a diferencias y bandos. Tenían costumbre de elegir para dos años seis fieles, tres del pueblo, y otros tantos de la nobleza. Éstos, con los dos alcaldes que gobernaban y tenían cargo de la justicia y con el alguacil mayor, representaban cierta manera de senado y regimiento, y gobernaban las cosas y hacienda de la ciudad. Podían entrar en las juntas que hacían y en el regimiento de los nobles todos los que quisiesen hallarse presentes, con voto en los negocios que se ventilaban; desorden muy grande por ser los regidores, parte inciertos, parte temporales. Diose orden en lo uno y en lo otro por mandado del rey, y decretóse que conforme a lo que el rey don Alonso, su tercer abuelo, estableció en Burgos, se nombrasen dieciséis regidores de la nobleza y del pueblo por partes iguales, los cuales fuesen perpetuos por toda su vida, y lo que la mayor parte de estos determinase, esto se siguiese y fuese valedero. Cuando alguno falleciese, sucediese otro por nombramiento del rey; camino por donde se dio en otro inconveniente, que los regimientos comenzaron a venderse en grave daño de la república; así muchas veces se vuelve en contrario lo que de buenos principios y con buenos intentos se encamina.

Con mayor ocasión algún tanto después se corrigió la forma del gobierno en Pamplona, que estaba dividida en tres gobernadores o alcaldes, que a otras tantas partes de la ciudad hacían justicia, conviene a saber, uno al arrabal, otro a la ciudad, el tercero a cierto barrio, que se llama Navarrería; cosa que causaba muchas veces alteraciones en materia de jurisdicción, como se puede creer por ser tantos los gobiernos. El rey don Carlos de Navarra ordenó que hubiese uno solo para hacer justicia, y con él diez jurados, que tratasen del bien público y de lo que a la ciudad toda era más cumplidero; demás de esto, que todos los ciudadanos se redujesen a un cuerpo y un juzgado.

A Juan, conde de Foix, de su mujer le nació un hijo, llamado don Gastón, que con la edad, por maravillosa mudanza de las cosas, vino a ser rey de Navarra los años siguientes por muerte del príncipe don Carlos, hijo de don Juan, infante de Aragón, y de doña Blanca, su mujer, que debía suceder adelante en el reino de su abuelo, y su padre de presente le envió juntamente con su madre para que ella estuviese en compañía del rey, su padre, y el niño se criase en su casa. Luego que el niño llegó, fue nombrado por príncipe de Viana con otras muchas villas que le señalaron, en particular a Corella y a Peralta, cosa nueva en Navarra, pero tomada de las naciones comarcanas y a su imitación; lo cual se estableció por ley perpetua que aquel estado se diese a los hijos mayores de los reyes. Promulgóse esta ley a 20 de enero, año del Señor de 1423. Cinco meses después, a instancia del abuelo, todos los estados del reino juraron al dicho príncipe por heredero de aquel reino en Olite do el rey, por su edad pesada en lo postrero de su vida, solía morar ordinariamente, convidado de la frescura y apacibilidad de aquella comarca y de la hermosura y magnificencia de un palacio que allí él mismo edificó con todas las comodidades a propósito para pasar la vida.

Con el rey de Castilla aún desde su mocedad y minoridad tenía muchas veces el rey de Portugal tratado por sus embajadores que hiciesen confederación y paces; que a la una y a la otra nación tenían cansadas los largos debates y guerras pasadas, y era justo que se pusiese fin y término a los males. Determinóse solamente que se condescendiese en parte con la voluntad del portugués, y se hiciesen treguas por espacio de veintinueve años. Añadióse que este tiempo pasado no pudiesen los unos tomar las armas contra los otros si no fuese que denunciasen primero la guerra año y medio antes de venir a rompimiento. Estas treguas se pregonaron en Ávila, por estar allí a la sazón el rey de Castilla, con gran regocijo y fiesta de toda la gente. Hiciéronse procesiones a todos los templos por tan grande merced, juegos, convites y todos géneros de fiestas y alegrías. En una justa que en la corte se hizo, Fernando de Castro, embajador del rey de Portugal, salió por mantenedor en un caballo del mismo rey de Castilla con sobrevistas entre todos señaladas y vistosas. Rehusaban los demás de

encontrarse con él; más Rodrigo de Mendoza, hijo de Juan Hurtado de Mendoza, del primer encuentro le arrancó del caballo con gran peligro que le corrió la vida. El rey le acarició mucho y consoló, y luego que sanó de la caída, con muchos dones que le dieron le despachó alegre a su tierra.

Entre los reyes de Castilla y de Aragón se volvieron a enviar embajadas. Juan Hurtado de Mendoza, señor de Almazán, enviado para esto, en Nápoles declaró las causas de la prisión de don Enrique, y pidió en nombre de su rey le fuesen entregados doña Catalina, su mujer, y el condestable don Ruy López Dávalos y los demás forajidos de Castilla. Sobre lo uno y lo otro envió el rey de Aragón nuevos embajadores al de Castilla; el principal de la embajada, Dalmacio, arzobispo de Tarragona, alegó para no venir en lo que el rey quería los fueros de Aragón, conforme a los cuales no podían dejar de amparar todos los que se acogiesen.a sus tierras, fuera que decía vinieron con salvoconducto que no se puede quebrantar conforme al derecho de las gentes.

Demás de esto, declaró y dio nueva del estado en que quedaban las cosas de Nápoles; como entre la reina y el rey resultaban muchas sospechas, con que las ciudades y pueblos estaban divididos en parcialidades; que la fortuna de los aragoneses de la grande prosperidad en que antes se hallaba, comenzaba a empeorarse, y corrían peligro no se viniese a las manos. Quejábase la reina que don Alonso en el gobierno tomaba mayor mano y autoridad; que no se medía conforme al poder que le concediera; que daba y quitaba gobiernos, mudaba guarniciones, y mandaba que los soldados le hiciesen a él los homenajes; que lo trocaba todo a su albedrío, alteraba y revolvía las leyes, fueros y costumbres de aquel reino. Estas cosas reprehendía ella en don Alonso, su prohijado, como mujer de suyo varia y mudable y enfadada del que prohijó; la que se mostró liberal en el tiempo que se vio apretada, libre del miedo, se mostraba ingrata y desconocida, vicio muy natural a los hombres.

El rey don Alonso temía la poca firmeza de la reina, y no podía sufrir sus solturas mal disimuladas y cubiertas; trataba de enviarla lejos a Cataluña, y con este intento mandó aprestar en España una armada. No se le encubrió esto a la reina, por ser de suyo sospechosa y aún porque en las discordias domésticas, y más entre príncipes, no puede haber cosa secreta ni puridad. Desde aquel tiempo la amistad entre las dos naciones comenzó a aflojar e ir de caída. Querellábanle entrambas las partes que los contrarios no trataban llaneza, antes les paraban celadas y se valían de embustes, en que no se engañaban. El rey se tenía en Castelnovo, la reina en la puerta Capuana, lugar fuerte a manera de alcázar. De este principio y por esta ocasión resultaron en Nápoles dos bandos, de aragoneses y andegavenses o angevinos, nombres odiosos en aquel reino, y que desde este tiempo continuaron hasta nuestra edad y la de nuestros padres. Pasaron adelante los disgustos y las trazas. Fingió el rey que estaba enfermo; vínole a visitar el senescal Juan Caraciolo, el que tenía más cabida con la reina y más autoridad que la honestidad sufría; por esto fue preso en aquella visita; junto con esto sin dilación acudieron los de Aragón a la puerta Capuana. Los de la reina cerraron las puertas y alzaron el puente levadizo; con tanto don Alonso se retiró, ca no sin riesgo suyo le tiraban saetas y dardos desde lo alto.

De estos principios se vino a las manos; en las mismas calles y plazas peleaban; el partido al principio de los aragoneses se mejoraba, apoderáronse de la ciudad, y en gran parte saqueadas y quemadas muchas casas, pusieron cerco al alcázar en que la reina moraba; más aunque con toda porfía le combatieron, se mantuvo por la fortaleza del lugar y lealtad de la guarnición. Acudió a la reina Esforcia, llamado de allí cerca, donde tenía sus reales. También a don Alonso vino desde Sicilia don Bernardo de Cabrera, y desde Cataluña una armada de veintidós galeras y ocho naves gruesas. Esta armada, llegada que fue a Nápoles a 10 de junio, rehizo las fuerzas de los aragoneses, que comenzaban a desfallecer e ir de caída. Cobraron ánimo con aquel socorro, y de nuevo tornaron a pelear dentro de la ciudad, en que nuevas muertes y nuevos sacos sucedieron. La reina se fue a Aversa, y en su compañía Esforcia con guarnición de soldados y cinco mil ciudadanos que se ofrecieron a la defensa. Trocáronse los cautivos de ambas partes, y con esta Careciolo fue puesto en libertad. Vinose a lo postrero que la reina revocó en Nola, a 21 de junio, la adopción de don Alonso

como de persona ingrata y desconocida. En su lugar prohijó y nombró por su heredero a Ludovico, duque de Anjou o audegavense, tercero de este nombre, hijo del segundo; llamóle para esto desde Roma, y le nombró por duque de Calabria, estado y apellido que se acostumbraba dar a los herederos del reino. Dieron este consejo a la reina Esforcia y Caraciolo, que lo podían todo. Con pequeñas ocasiones se hacen grandes mudanzas en cualquier parte de la república, y muy mayores en guerras civiles, que se gobiernan por la opinión de los hombres y por la fama más que por las fuerzas.

Por esto la fortuna de la parte aragonesa desde este tiempo se trocó y mudó grandemente. Don Alonso llamó a Braccio de Monton desde los pueblos llamados vestinos, parte de lo que hoy es el Abruzo, do tenía cercada al Aguila, ciudad principal, y esto con intento de contraponerle a Esforcia. Pero él excusó, sea por no tener esperanza de la victoria, o por la que tenía de apoderarse de aquella ciudad que tenía cercada, y con ella de toda aquella comarca. Por esta causa a don Alonso fue forzoso resolverse en pasar por mar en España para apresurar los negocios y recoger nuevas ayudas para la guerra, dado que la voz era diferente, de librar de la prisión a don Enrique su hermano. Dejó en su lugar a don Pedro, el otro hermano, para que tuviese cuidado, de las cosas de la paz y de la guerra y todos le obedeciesen. Quedaron en su compañía Jacobo Caldora y otros capitanes de la una y de la otra nación. En particular puso en el gobierno de Gaeta a Antonio de Luna, hijo de Antonio de Luna, conde de Calatabelota.

En el mismo tiempo el rey de Castilla visitaba las tierras de Plasencia, Talavera y Madrid, y le nació de su mujer otra hija a 10 de septiembre, que se llamó doña Leonor.

El rey moro Juzef falleció en Granada el año de los árabes 826. Sucedióle Mahomad, su hijo, por sobrenombre el Izquierdo, que fue adelante muy conocido y señalado a causa que le quitaron por tres veces el reino, y otras tantas le recobró, y por sus continuas desgracias más que por otra cosa que hiciese. Mantúvose al principio en la amistad del rey de Castilla, y juntamente hizo muchos servicios a Muley, rey de Túnez, con que se le obligó. Por esta forma se apercibía el moro con sagacidad de ayudas contra los enemigos de fuera, para que si de alguna de las dos partes le diesen guerra, tuviese acogida y amparo en los otros. Pero el ayuda muy segura, que consiste en la benevolencia de los naturales, no procuró ganarla, o no supo; siniestro como en el nombre y en el cuerpo, que le llamaron por esto Mahomed el Izquierdo, así bien en el consejo poco acertado y la fortuna, que le fue siniestra y enemiga asaz.

CAPÍTULO XIV
CÓMO DON ENRIQUE DE ARAGÓN FUE PUESTO EN LIBERTAD

Don Pedro de Luna, el que en tiempo del cisma se llamó Benedicto XIII, en Peñíscola por todo lo restante de la vida, confiado en la fortaleza de aquel lugar, continuó a llamarse pontífice; falleció en el mismo pueblo a 23 de mayo, el mismo día de Pentecostés, pascua de Espíritu Santo, de edad muy grande, que llegaba a noventa años; parece como milagro en tan grande variedad de cosas y tan grandes torbellinos como por él pasaron poder tanto tiempo vivir. Su cuerpo fue depositado en la iglesia de aquel castillo. Luis Panzán, ciudadano de Sevilla y cortesano de don Alonso Carrillo, cardenal de San Eustaquio, dice por cosa cierta en un propio comentario que hizo y dejó escrito de algunas cosas de este tiempo que Benedicto fue muerto con hierbas que le dio en ciertas suplicaciones, que comía de buena gana por postre, un fraile llamado Tomás, que tenía con él grande familiaridad y cabida, y que, convencido por su confesión del delito, fue muerto y tirado a cuatro caballos. Dice más, que el cardenal Pisano, enviado a Aragón para prender a Benedicto, dio este consejo, y que, ejecutada la muerte, de Tortosa, donde se quedó a la mira de lo que sucedía, se huyó por miedo de don Rodrigo y don Álvaro que pretendían vengar la muerte indigna de su tío Benedicto con darla al legado si él apresuradamente no se partiera de España concluido lo que deseaba, aunque no sosegado del todo el cisma, porque por elección de dos cardenales que quedaban fue puesto en lugar del difunto un Gil Muñoz, canónigo de Barcelona. Vil era y de ninguna estima lo que paraba en tal muladar, y él mismo estuvo dudoso y esquivaba recibir la honra que le ofrecían contra el consentimiento de todo el orbe, hasta tanto que don Alonso, rey de Aragón, le animó e hizo aceptase el pontificado con nombre de Clemente VIII. Pretendía el rey en esto dar pesadumbre al pontífice Martino V, que veía inclinado a los angevinos, y era contrario a las cosas de Aragón, tanto, que a Ludovico, duque de Anjou, los días pasados nombró por rey de Nápoles como a feudatario de la Iglesia romana, y se sabía de nuevo aprobó la revocación que la reina Juana hizo de la adopción de don Alonso, y juntaba sus fuerzas con sus enemigos contra él.

Un Concilio de obispos que se comenzaba a tener en Pavía en virtud del decreto del concilio constanciense por causa de la peste que andaba muy brava, se trasladó a Sena, ciudad principal de Toscana; acudieron allí los obispos y embajadores de todas partes. Envió los suyos asimismo el rey don Alonso con orden o instrucción que con diligencia defendiesen la causa de Benedicto y se querellasen de haberle injustamente quitado el pontificado. Atemorizó este negocio al papa Martino y entibióle en la afición que mostraba muy grande a los angevinos, tanto, que despidió el Concilío apresuradamente y le dilató para otro tiempo, con que los obispos y embajadores se partieron. Recelábase que si nacía de nuevo el cisma no se enredase el mundo con nuevas dificultades y torbellinos. Hallóse en esto Concilio don Juan de Contreras con nombre de primado, y así tuvo el primer lugar entre los arzobispos por mandado del pontífice Martino, como se muestra por dos bulas suyas, cuyo traslado ponemos aquí. Hallólas acaso un amigo entre los papeles de la iglesia mayor de Toledo; la una dice así:

«Como los patriarcas y primados sean una misma cosa y sólo difieran en el nombre, tenemos por justo y debido que gocen también de las mismas preeminencias. De aquí es que nos, de consejo de los venerables hermanos nuestros cardenales de la santa Iglesia romana, para quitar cualquiera duda o dificultad que sobre esto ha nacido o nacerá, por autoridad apostólica y tenor de las presentes declaramos que el venerable hermano nuestro Juan, arzobispo de Toledo, que es primado de las Españas, y sus sucesores arzobispos de Toledo en nuestra capilla, concilios generales, sesiones, consistorios y otros cualesquier lugares, así públicos como particulares, deben preceder a cualesquier notarios de la Sede Apostólica y otros arzobispos que no son primados, aunque sean más antiguos en la edad y en la promoción, a la manera que los venerables hermanos nuestros patriarcas hasta aquí los han precedido y los preceden, queriendo y por la misma autoridad ordenando que el

dicho Juan, arzobispo, y sus sucesores y todos los demás primados, de aquí adelante para siempre jamás a la manera de los patriarcas susodichos sean preferidos y antepuestos en los susodichos lugares, capilla, concilios, sesiones, consistorios y lugares semejantes a los notarios y otros arzobispos que no son primados, no obstante la edad y ordenación más antigua de los tantos arzobispos no primados, no obstando todas las demás cosas contrarias, cualesquier que sean.»

Este es el traslado de la primera bula; el tenor de la otra bula o breve es el que se sigue: *«Aunque los venerables hermanos nuestros arzobispos y prelados que se hallan en el concilio general estén obligados a mirar diligentemente, cuidar, velar y trabajar por el estado próspero de la Iglesia universal y nuestro y por la conservación de la libertad eclesiástica; tú empero, que tenemos y confesamos ser primado de las Españas, y por tanto, como ya lo enseñó la experiencia en nuestra corte, eres antepuesto a los amados hijos nuestros, nuestros notarios y de la Sede Apostólica, los cuales son antepuestos a los demás prelados, como también has de ser preferido en el concilio y sus sesiones y otros lugares públicos; por tanto debes con más fervor animarte y con más vigilancia mirar por todo lo que pertenece al estado de la Iglesia católica y nuestro, cuanto por la tal primacía eres sublimado con más excelente título de dignidad. Por lo cual requerimos y exhortamos a tu fraternidad, que no dudamos ser ferviente en la fe y circunspecto, que en las cosas del dicho Concilio procures se proceda bien; que, pues eres primado de las Españas, así como prudentemente lo haces conforme a la sabiduría que Dios te ha dado, mires todas aquellas cosas en el dicho Concilio, aconsejes y proveas las que te parecerán necesarias o provechosas para el feliz estado de la Iglesia romana y nuestra honra y de la Sede Apostólica y todo lo que conocieres pertenecer a la gloria de Dios y paz de los fieles de Cristo. Dada en Roma en San Pedro en las nonas de enero de nuestro pontificado año séptimo.»* Pero estas cosas sucedieron algo adelante de este tiempo en que vamos.

Al presente el rey don Alonso, en ejecución de la resolución que tenía de pasar a España, se embarcó en una armada de dieciocho galeras y doce naves. Hízose a la vela desde Nápoles mediado el mes de octubre. El tiempo era recio, y la sazón mala; y así, con borrascas que se levantaron, los bajeles se derrotaron, corrieron y dividieron por diversos lugares. Calmó el viento; con que se juntaron y siguieron su derrota. Llegaron a Marsella, ciudad principal en las marinas de la Provenza, célebre por el puerto que tiene muy bueno, y a la sazón sujeta al señorío de los angevinos. Metiéronse en el puerto rompidas las cadenas con que se cierra; ganado el puerto, acometieron a la ciudad; fue la pelea muy recia por mar y por tierra, que duró hasta muy tarde. Venida la noche, Folch, conde de Cardona, que venía por genaral de las naves, era de parecer no se pasase adelante por ser ciertos los peligros, no tener noticia de las calles de la ciudad, estar dentro los enemigos y todo a propósito de armarles celada; aunque las puertas estuviesen de par en par, decía que no se debía entrar sino con luz y viendo lo que hacían; al contrario, Juan de Corbera porfiaba debían apretar a los que estaban medrosos, y no darles espacio para que se rehiciesen de fuerzas y cobrasen ánimo. De este parecer fue el rey: tornóse a comenzar la pelea, y con gran ímpetu entraron en la ciudad. Fue grande el atrevimiento y desorden de los soldados a causa de la oscuridad de la noche, grande la libertad de robar y otras maldades. Mostró el rey ser de ánimo religioso en lo que ordenó, que a las mujeres que se recogieron a las iglesias no se les hiciese agravio alguno; las mismas cosas que llevaron consigo mandó pregonar no se las quitasen, y así se guardó. Dejaron la ciudad y embarcaron en las naves toda la presa, con que se partieron al fin del año.

Entre otras cosas, los huesos de San Luis, obispo de Tolosa, hijo de Carlos II, rey de Nápoles, fueron llevados a España y a Valencia, donde el rey aportó y dio fondo con su armada acabada la navegación. No quiso detenerse en otras ciudades por abreviar, y desde más cerca tratar de la libertad de don Enrique, su hermano. Avisado el rey de Castilla de su venida, le envió sus embajadores al principio del año 1424 que le diesen el parabién de la venida y de las victorias que ganara; demás de esto, le pidiesen de nuevo le entregasen los desterrados y forajidos para que estuviesen a juicio de

lo que los cargaban. Estos embajadores tuvieron audiencia en Valencia a los 3 de abril, en tiempo que las cosas de Aragón en Nápoles se empeoraban grandemente, y de todo punto se hallaban sin esperanza de mejoría; dado que Esforcia, capitán de tanto nombre, por hacer alzar el cerco del Aguila, que la tenía cercada Braccio, se ahogó a 5 de enero al pasar del río Aterno, que con las lluvias del invierno iba hinchado.

Fue de poco momento esta muerte, porque Francisco Esforcia, que ya era de buena edad, suplió bastantemente las partes y falta de su padre; acudiéronles sin esto fuerzas y socorros de fuera. El pontífice romano Martino y Felipe duque de Milán, por industria del mismo pontífice, se concertaron con los angevinos. El duque hizo aprestar una buena armada en Génova, y la envió en favor de la reina debajo de la conducta del capitán Guidon Taurello. Esta armada y gentes de tierra que acudieron cargaron sobre Gaeta. Pudiérase entretener por su fortaleza, mas brevemente se rindió a partido que dejasen ir libre, como lo hicieron, la guarnición de aragoneses. Ganada Gaeta, pasaron sobre Nápoles. Jacobo Caldora, que tenía el cuidado de guardar aquella ciudad, se concertó con los enemigos, que le prometieron el sueldo que los aragoneses le debían y no le pagaban; tomado el asiento, sin dificultad les abrió las puertas. El color que tomó para lo que hizo era que el infante don Pedro le pretendiera matar, como a la verdad fuese hombre de poca fidelidad, de ánimo inconstante y deseoso de cosas nuevas. A 12 de abril se perdió la ciudad de Nápoles, y todavía los de Aragón conservaron en ella dos castillos, es a saber, Castelnovo y otro que se llama del Ovo, pequeño y estrecho, pero fuerte en demasía, por estar sobre un peñón cercado todo de mar. Ganada la ciudad de Nápoles, las demás cosas eran fáciles al vencedor; las ciudades y pueblos a porfía se le rendían.

Llevaba mal el de Aragón y sentía mucho que por la prisión que hiciera el rey de Castilla en la persona de su hermano, a él puso en necesidad de hacer ausencia y se hubiese recibido aquel daño tan grande. Encendíase en deseo de venganza, pero determinó de probarlo todo antes de comenzar y romper la guerra. Con este intento el arzobispo de Tarragona Dalmao de Mur, que despachó por su embajador en Ocaña, en presencia de los grandes y del rey de Castilla propuso su embajada. Decía era justo a cabo de tanto tiempo se moviese a soltar al infante, si no por ser tan justificada la demanda, a lo menos por el deudo que con él tenía y por los ruegos de sus hermanos. Si algún delito había cometido, bastantemente quedaba castigado con prisión tan larga. *«Que el rey, su señor, quedaba determinado no apartarse de aquella demanda hasta tanto que fuese libertado su hermano. Vuestra alteza, rey y señor, debéis considerar que por condescender con los deseos particulares de los vuestros no pongáis en nuevos peligros la una y la otra nación si vinieren a las manos.»* En el palacio real de Castilla y en su corte andaban muchos de mala; sus aficiones, avaricia y miedos particulares los enconaban; recelábanse que si don Enrique fuese puesto en libertad podrían ellos ser castigados por el consejo que dieron que fuese preso. Temían otrosí no les quitasen los bienes de los desterrados, de cuya posesión gozaban, y aún por el mismo caso tenían adversas sus voluntades para que no se hiciese el deber. A los intentos de estos ayudaban otros, en especial Álvaro de Luna, soberbio por la demasiada privanza y poder con que se hallaba, y que tenía por bastante ganancia y provecho gozar de lo presente sin extender la vista más adelante. Éstos fueron ocasión que no se efectuase nada de esta vez, ni aún se pudo alcanzar que los reyes se juntasen para tratar entre si de medios.

Despedidos los embajadores de Aragón, el rey de Castilla se fue a Burgos en el mismo tiempo que su hija doña Catalina murió en Madrigal, pueblo de Castilla la Vieja, a 10 del mes de agosto; enterráronla en las Huelgas. Esta tristeza en breve se mudó en nueva y muy grande alegría, por causa que en Valladolid nació de la reina el príncipe don Enrique, a 5 de enero, principio del año que se contó de aquel siglo vigésimo quinto. Sacáronle de pila por orden de su padre el almirante don Alonso Enríquez, don Álvaro de Luna, Diego Gómez de Sandoval, adelantado de Castilla, junto con sus mujeres. Por el mes de abril todos los estados del reino le juraron por príncipe y heredero después de los días del rey su padre, en sus estados.

En Zaragoza el rey de Aragón se apercibía con todo cuidado para la guerra; por todas partes se oía ruido de soldados, caballos y armas. Tratóse en Valladolid de apercibirse para la defensa. Hízose consulta, en que hubo diferentes pareceres. Algunos querían que luego se comenzase, hombres que eran habladores antes del peligro, cobardes en la guerra y al tiempo del menester; otros más recatados sentían que con todo cuidado se debía divertir aquella tempestad y excusarse de venir a las manos. El rey se hallaba dudoso, y no entendía bastantemente ni se enteraba de lo que le convenía hacer. Don Carlos, rey de Navarra, cuidadoso de lo que podría resultar de esta contienda, en que se ponía a riesgo la salud pública, envió con embajada al rey de Castilla a Pedro Peralta, su mayordomo, y a Garci Falces, su secretario, en que ofrecía su industria y trabajo para sosegar aquella contienda. Estaba esta plática para concluirse por gran diligencia de los embajadores; más estorbáronlo ciertas cartas que vinieron del rey de Aragón en que mandaba al infante don Juan, su hermano, se fuese para él, que quería tratar con él cosas de grande importancia. Partióse para Aragón contra su voluntad, como lo daba a entender. Pidió y alcanzó para ello licencia del rey de Castilla; él demás de la licencia le dio comisión para que de su parte tratase con su hermano de conciertos. Estaban los reales del rey de Aragón en Tarazona a punto para romper por tierras de Castilla si no le otorgaban lo que pretendía, con tan grande deseo de vengarse y satisfacerse, que parecía en comparación de esto no hacer caso de las cosas de Nápoles. Si bien tenía aviso que sucediera otro nuevo desastre, y fue que Braccio, capitán que era de grande nombre en aquella sazón, quedó vencido y muerto junto al Águila, que tenía sitiada, en una batalla que se dio a 25 de mayo. La demasiada confianza y menosprecio de los enemigos le acarreó la perdición.

Era general del ejército del papa que acudía a la reina Jacobo Caldora; con él dos sobrinos del cardenal Carrillo, por nombre Juan y Sancho Carrillo, aquel día se señalaron entre los demás de buenos, y fueron gran parte para que se ganase la victoria como mozos que eran de grandes esperanzas. Los mismos demás de esto en prosecución de la victoria, con gentes del papa que llevaban y les dieron en breve se apoderaron de la Marca de Ancona, de que Braccio antes se apoderara. El cuerpo de Braccio, muerto y llevado a Roma como de descomulgado, fue sepultado delante la puerta de San Lorenzo en lugar profano; más en tiempo de Eugenio IV, pontífice romano, le trasladó a Perosa y puso en un sepulcro muy primo Nicolás Fortebraquio, que tomó aquella ciudad de Roma, y procuró se hiciese esta honra a la memoria de su tío, hermano de su madre.

En Florencia, ciudad de la Toscana, falleció don Pedro Fernández de Frías, cardenal de España, por mayo; su cuerpo, vuelto a España, está sepultado en la iglesia catedral de Burgos, a las espaldas del altar mayor. Era de bajo linaje y hombre pobre; más su buena presencia, industria y destreza y la privanza que alcanzó con los reyes don Enrique y don Juan le levantaron a grandes honras. Fue obispo de Osma y de Cuenca; la estatura mediana, la vida torpe por su avaricia y deshonestidad. Sucedió que en Burgos tuvo ciertas palabras con el obispo de Segovia don Juan de Tordesillas, al cual el mismo día un criado del cardenal dio de palos. La infamia de delito tan atroz hizo aborrecible a su amo, aunque no tuvo parte ni lo supo, como lo confesó después el mismo que cometió aquel caso. Sin embargo, a instancia de caballeros que se quejaban y decían que la soberbia de aquel hombre sin mesura, olvidado de su suerte antigua, se debía castigar, fue forzado el dicho Cardenal a ir a Italia. Apoderóse el rey de todo su dinero, que tenía juntado en gran cantidad,que fue la principal causa de apresurar su partida y destierro. De esta manera perecen mal y hacen perecer los tesoros allegados por mal camino; los varones sagrados ningún más cierto reparo tienen que en la piedad y buena opinión. Si en el destierro, en que pasó lo demás de la vida, mudó las costumbres, no se sabe; lo cierto es que fue a la sazón gobernador de la Marca de Ancona por el papa, y que en Castilla fundó el monasterio de Espeja, de la orden de San Jerónimo, religión que iba por este tiempo en aumento muy grande en España.

Don Juan, infante de Aragón, fue recibido benigna y magníficamente en Tarazona por el rey, su hermano. Entre tanto que por medio del dicho don Juan se trataba de las condiciones y se espera-

ban más amplios poderes del rey de Castilla y de los grandes para pronunciar sentencia en aquellos debates y de todo punto concluir, doblado el camino, entraron los dos hermanos sin hacer daño en tierra de Navarra, y asentaron sus reales cerca de Milagro, pasados ya los calores del estío. Venidos los poderes de Castilla como se pedían, se volvió a tratar de componer las diferencias entre los reyes. Consultóse mucho y largamente sobre el negocio; últimamente, en una junta que cerca de la torre de Arciel a los 3 de septiembre se tuvo de personas de todos los tres reinos y naciones, se pronunció sentencia, la cual contenía que sin dilación el infante don Enrique fuese puesto en libertad, y todas sus honras y estados le fuesen vueltos con todas las rentas corridas que tenían depositadas. Lo mismo se sentenció en favor de Pedro Manrique, que andaba desterrado. Esta sentencia pareció grave al rey de Castilla y a los suyos; más era cosa muy natural que el infante don Juan favoreciese y se inclinase a sus hermanos, en especial que ninguna esperanza quedaba de concierto si no daba al preso ante todas cosas la libertad, que fue lo que hizo amainar al rey de Castilla y a los grandes.

En el mismo tiempo don Carlos rey de Navarra, llamado el Noble, finó en Olite. Su muerte fue de un accidente y desmayo que le sobrevino de repente sin remedio, un sábado, a 8 de septiembre, el mismo día que se celebra el nacimiento de nuestra Señora. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de Pamplona. Las honras se le hicieron con aparato real. Hallóse a su muerte doña Blanca, su hija, que parió poco antes una hija de su mismo nombre, y tuvo adelante poca ventura. Ella, luego que falleció su padre, envió a su marido en señal de la sucesión el estandarte real, con que en los reales, donde se hallaba, le pregonaron por rey de Navarra. Pareció a algunos demasiada aquella prisa, que decían fuera justo que ante todas cosas en Pamplona jurara los privilegios del reino y sus libertades; pero los reyes son de esta manera, sus voluntades tienen por leyes y derecho, disimulan los grandes, el pueblo sin cuidado de al y sin hacer diferencia entre lo verdadero y lo aparente hace aplauso y a porfía adula a los que mandan, y si alguna vez se ofende, no pasa de ordinario la ofensión de las palabras.

La nueva de la libertad que a la hora se dio a don Enrique en día y medio llegó a noticia de sus hermanos con ahumadas que tenían concertado se hiciesen en las torres y atalayas, de que hay en Castilla gran número. Con esto las gentes de Aragón y soldados dieron vuelta a Tarazona, y luego por el mes de noviembre los despidieron y se deshizo el campo. El infante don Juan pasó hasta Ágreda para recibir a su hermano que venía de la prisión y llevarle al rey de Aragón. Ningún día amaneció más alegre que aquel para los tres hermanos; regocijábanse no más por la libertad de don Enrique que por dejar vencidos con el temor y miedo a los de Castilla, que es un género de victoria muy de estimar. Falleció por el mismo tiempo en Valencia, a 29 de noviembre, don Alonso, el más mozo, duque de Gandía, sin sucesión. Su estado de Ribagorza se dio al infante don Juan, ya rey de Navarra. Éste fue el premio de su trabajo, además que le estaba antes prometido.

Don Enrique de Guzmán, conde de Niebla, después de grandes diferencias y debates, se apartó de doña Violante, su mujer, hija que era de don Martín, rey de Sicilia, con gran sentimiento de su hermano don Fadrique, conde de Luna. Dolíase y sentía grandemente que su hermana, sin tener respeto a que era de sangre real y sin alguna culpa suya, sólo por los locos amores de su marido, mozo desbaratado, fuese de aquella suerte mal tratada, de que resultó grave enemiga y larga entre aquellas dos casas. Don Fadrique atraía a su voluntad y procuraba ganar a todos los señores de Castilla que podía, con deseo e intento de afirmarse y satisfacerse de su cuñado.

CAPÍTULO XV
QUE DON ÁLVARO DE LUNA FUE ECHADO DE LA CORTE

Con la libertad de don Enrique las cosas de Castilla empeoraron, si antes estaban trabajadas. El reino se hallaba dividido hasta aquí en tres parcialidades y bandos, es a saber, el de don Álvaro de Luna, el de don Juan y el de don Enrique, infantes de Aragón. A estos como a cabezas seguían los demás señores conforme a las esperanzas varias que tenía cada uno, o por la memoria de los beneficios recibidos de alguna de las partes. En lo de adelante, concertados los infantes entre sí y reconciliados, de tres bandos resultaron dos no menos perjudiciales al reino. La mayor parte de los señores se conjuró contra don Álvaro. Llevaban mal que en la casa real con pocos de su valía, y esos hombres bajos y que los tenía obligados, estuviese apoderado de todo, y gobernase a los demás con soberbia y arrogancia. Menudeaban las querellas y cargos; quejábanse que sin méritos suyos en las armas y sin tener otras prendas y virtudes, sólo por maña y por saberse acomodar al tiempo hubiese subido a tal grado de privanza y de poder, que solo él reinase en nombre de otro. Miraban con malos ojos aquella felicidad de este hombre, y deseaban se templase aquella su prosperidad con la memoria de sus trabajos y oscuros principios. Mas él, asegurado por el favor de su príncipe, con quien desde su pequeña edad tenía gran familiaridad, y sin cuidado de lo de adelante, a todos los demás en comparación suya menospreciaba, confiado demasiadamente en el presente poder, en tanto grado que se sonrugía, y grandes personajes lo afirmaban, que se atrevió a requerir de amores a la reina si con verdad o falsamente, ni aún entonces se averiguó; creemos que por la envidia que le tenían le levantaron muchos falsos testimonios y se creyeron de él muchas maldades. La semilla de esta conspiración se sembró en gran parte en Tarazona cuando se juntaron, como está dicho, los tres hermanos infantes de Aragón.

El año luego siguiente, que se contó de 1426, vino a sazonarse la trama; en cuyo principio el rey de Castilla celebró las fiestas de Navidad en Segovia, y don Juan, nuevo rey de Navarra, las tuvo en Medina del Campo con su madre, y aún poco antes se viera con el rey de Castilla en la villa de Roa. Don Enrique era ido a Ocaña por estarle mandado que no entrase en la corte ni se entremetiese en el gobierno. El rey de Aragón se entretenía en Valencia en sazón que doña Costanza, hija del condestable Ruy López Dávalos, se desposó con Luis Masa, joven muy noble y rico, con dote que el rey le dio en gran parte. Tal fue la grandeza de ánimo de este príncipe, que no sólo ayudó a la pobreza de su padre, viejo y huido y derribado sólo por la malquerencia de sus contrarios, sino que al tanto a su hijo, llamado don Íñigo Dávalos, y a su nieto que tenía de don Beltrán su hijo, llamado don Íñigo de Guevara, dio grandes estados después que se apoderó del todo de Nápoles. La reina de Aragón, viuda, con su hija doña Leonor fue a Valencia a instancia del rey de Aragón, su hijo, más en breve dio la vuelta a Medina del Campo. No quería que con su larga ausencia recibiese pesadumbre el rey de Castilla, con cuya licencia el conde de Urgel de Castrotaraf, donde le pasaran del castillo de Madrid, fue llevado en esta sazón al reino de Valencia, por en tender era más a propósito para las cosas de Aragón por las alteraciones que a Castilla amenazaban. Pusiéronle en el castillo de Játiva, en que dio fin a sus días y prisión larga.

En la ciudad de Toro se tuvieron Cortes de Castilla, en que se trató de reformar los gastos de la casa real, atento que las riquezas y rentas reales, aunque muy grandes, no bastaban. Para esto la guarda, en que se contaban mil de a caballo, fue reducida a ciento, y por capitán de ella don Álvaro, que fue ocasión con el nuevo cargo a él de mayor poder, a los otros de que la envidia que le tenían se aumentase. Fueron señaladas estas Cortes por la muerte que a la sazón sucedió de dos personas principales. El uno fue Juan de Mendoza, en cuyo lugar don Rodrigo, su hijo, fue hecho mayordomo de la casa real; don Juan, su hijo menor, quedó por prestamero de Vizcaya. Adoleció otrosí gravemente don Alonso Enríquez, que finó tres años adelante en Guadalupe; esclarecido por ser de la alcurnia real y por sus virtudes; su oficio que tenía, de almirante del mar, dio el rey a don Fadrique, su

lujo.

Los grandes de Castilla comunicaron entre si sus sentimientos por cartas y mensajeros para.-que la plática fuese más secreta; estos fueron los maestres de las órdenes, el de Calatrava don Luis de Guzmán, y el de Alcántara don Juan de Sotomayor, Pedro de Velasco, camarero mayor, el rey de Navarra, don Enrique, su hermano y otros. Hicíeron entre sí confederación jurada con todas las fuerzas posibles, que tendrían los mismos por amigos y por enemigos, y que, salva la autoridad real, procurarían que la república no recibiese algún daño, que traían alterada los malos consejos y gobierno de algunos. Esta confederación se hizo al principio del mes de noviembre en la ermita de Orcilla, tierra de Medina del Campo; los intentos más eran de vengarse que de aprovechar. El que anduvo en todo ello fue el adelantado Pedro Manrique, de quien por las memorias de aquel tiempo se entiende fue hombre de ingenio inquieto y bullicioso.

El rey de Castilla, de Toro se fue a Zamora al principio del año 1427; don Enrique, infante de Aragón, alcanzada primero, y después negada licencia de entrar en la corte, sin embargo, movió de Ocaña para Castilla la Vieja con hermoso acompañamiento, y con las armas apercibido para lo que sucediese. El rey era vuelto a Simancas; los infantes de Aragón y los grandes conjurados se estuvieron en Valladolid. Los otros señores de Castilla, por tener diferentes voluntades, hacían sus juntas, cada cual de los bandos aparte. Pocos que amaban más el sosiego que el bien común, se estuvieron neutrales y a la mira de lo que resultaría de las contiendas ajenas, sin entrar ellos a la parte. El rey, por estar divididos los suyos, poca autoridad tenía, especial que demás de su flojedad natural parecía estar hechizado y sin entendimiento.

Presentaron los conjurados una petición que contenía las faltas de la casa real y los excesos de don Álvaro de Luna; que era razón buscar algún camino para poner remedio a los daños públicos. Consultado el negocio, fueron nombrados jueces sobre el caso casi todos de los conjurados, es a saber, el almirante, el maestre de Calatrava, Pedro Manrique, Hernando de Robles, que aunque era hombre bajo, era muy adinerado y tenía oficio de tesorero general. A estos se dio poder para conocer de los excesos y capítulos que se ponían a don Álvaro, y en caso de discordia se nombró por quinto juez el abad de San Benito; lo que la mayor parte determinase, aquello puntualmente se siguiese. Trataron entre si el negocio. Pronunciaron sentencia: lo primero que el rey, dejado don Álvaro, pasase a Cigales; a los hermanos infantes de Aragón diese lugar para que le pudiesen visitar; añadieron otrosí que don Álvaro saliese de la corte desterrado por espacio de año y medio. Grande afrenta e infamia, ¿diré del rey o del reino o de aquella era? quitar al príncipe lo que en el principado es la cosa más principal, que es no ser forzado en cosa alguna; que los vasallos mandasen, y el rey obedeciese; pero tal era la miseria de aquellos tiempos.

Conforme a lo decretado, el rey fue a Cigales. Los conjurados llegaron a besarle la mano; entre ellos el infante don Enrique, puesta la rodilla, por algún espacio derramó lágrimas en señal de arrepentimiento de lo hecho; en tanto grado el fingir y disimular es fácil a los hombres. Don Álvaro se fue a Ayllón, lugar suyo, acompañado de grande nobleza, que le siguieron para honrarle y en ocasión ampararle. Entre los demás iban Garci Álvarez de Toledo, señor de Oropesa, y Juan de Mendoza, señor de Almazán, por estar ambos obligados a don Álvaro, del cual tiraban acostamiento cada un año. Siguióse contienda entre los grandes, que con diferentes mañas pretendían alcanzar la familiaridad del rey, con quien podía tanto la privanza, que a sí y a sus cosas se entregaba al parecer del que le sabía ganar. Hernán Alonso de Robles se anteponía a los demás en autoridad; y como antes fuese en privanza del rey el más cercano a don Álvaro, a la sazón, quitado el competidor, se hizo más poderoso y fuerte, tanto, que con achaque de estar él malo muchas veces, el rey y los grandes venían a su casa a hacer consejo, cosa que a un hombre oscuro y bajo, cual él era, acarreaba mucha envidia, como quier que muchas veces el favor demasiado de los príncipes se convierte en contrario si no se pone templanza. Estaba el rey ofendido contra él porque apresuradamente pronunció sentencia de destierro contra don Álvaro, al cual estaba obligado en muchas maneras. Como entendieron

esta ofensión y disgustos y que le podrían atropellar aquellos que con diligencia buscaban ocasión para hacerlo, procuraron que el rey de Navarra le acusase delante del rey de Castilla de muchos delitos. Cargóle que era hombre revoltoso y que comunicaba con forasteros y con los grandes cosas en deservicio del rey. Que muchas veces hablaba palabras osadas y contra la majestad real. Consultado el negocio, se proveyó que le echasen mano y le guardasen en Segovia. Hízose así, y finalmente murió en la cárcel en Uceda, donde le pasaron, ejemplo no pequeño, y aviso de que no hay cosa más incierta que el favor de palacio, que con ligera ocasión se desliza y muda en contrario.

El rey de Granada este año por conjuración de sus ciudadanos fue echado del reino y de la patria; pasó a África desterrado y miserable a pedir socorro al rey de Túnez. Mahomad, llamado el Chico, luego que fue puesto en su lugar y se encargó del reino, comenzó a perseguir la parcialidad contrariando los que eran aficionados al rey pasado; condenábalos en muertes, destierros y confiscación de bienes que pródigamente daba a otros. En particular Juzef, uno de los Abencerrajes, linaje muy noble entre los moros y que a la sazón tenía el gobierno de la ciudad, perdida la esperanza de prevalecer, se fue a Murcia para ponerse en seguro y mover las armas de Castilla contra el nuevo rey para derribarle antes que se afirmase en el reino.

Por el mismo tiempo sucedieron en Castilla dos cosas memorables: la primera que el rey por medio de don Álvaro de Isorna, obispo de Cuenca, que envió a Roma, pidió al Santo Padre le perpetuase las tercias, y aún parece salió con ello porque en adelante los reyes comenzaron a hacer de ellas mercedes como de cosa propia para siempre jamás; la otra que la orden de San Jerónimo se dividió en dos partes, como arriba se apuntó. Fue así, que fray Lope de Olmedo por la amistad que alcanzaba con el pontífice Martino V, trabada en París al tiempo de los estudios en que tuvieron una misma habitación y morada, con su autoridad fue autor de esta división. Fundó cerca de Sevilla un monasterio con nombre de San Isidro, que fue cabeza de la nueva reformación. De este convento todos los que se llegaron a esta manera de vida se llamaron isidros. Duró esta división hasta tanto que en nuestra edad se han tornado a unir y sujetar a la orden antigua de jerónimos, de donde salieron, por diligencia de don Felipe II, rey de España. Volvamos con nuestro cuento a las alteraciones de Castilla.

CAPÍTULO XVI
CÓMO DON ÁLVARO DE LUNA VOLVIÓ A PALACIO

Parecer y tema de los estoicos, secta de filósofos por lo demás muy severa y muy grave, fue que por eterna constitución y trabazón de causas secretas, que llaman hado, cada cual de los hombres pasa su carrera y vida, y que nuestro albedrío no es parte para huir lo que por destino, ley invariable del cielo, está determinado. Dirás que necia y variamente sintieron esto, ¿quién lo niega? ¿quién no lo ve? Por ventura ¿puede haber mayor locura que quitar al hombre lo que le hace hombre, que es ser señor de sus consejos y de su vida? Pero necesario es confesar hubo alguna causa secreta que de tal suerte trabó entre sí al rey de Castilla y a don Álvaro de Luna, así aficionó sus corazones y ató sus voluntades, que apenas se podían apartar, dado que por aquella razón estuviese encendido un grande odio contra ambas, bien que mayor contra don Álvaro, tanto, que en esto sobrepujaba los Seyanos, Patrobios, asiáticos, libertos que fueron de los emperadores romanos, y sus nombres muy aborrecidos antiguamente. ¿Cuál fue la causa que ni el rey se moviese por la infamia que resultaba de aquella familiaridad, ni don Álvaro echase de ver su perdición, donde a grandes jornadas se apresuraba? Es así sin duda que las cosas templadas duran, las violentas presto se acaban; y cuanto el humano favor más se ensalza, tanto los hombres deben más humillarse y temer los varios sucesos y desastres con la memoria continua de la humana inconstancia y fragilidad. Sin duda tienen algún poder las estrellas, y es de algún momento el nacimiento de cada uno; de allí resultan muchas veces las aficiones de los príncipes y sus aversiones, o quita el entendimiento el cuchillo de la divina venganza, cuando no quiere que sus filos se emboten, como sucedió en el presente negocio.

Ningún día amaneció alegre para el rey, nunca le vieron sino con rostro torcido y ánimo desgraciado después que le quitaron a don Álvaro. De él hablaba entre día, y de él pensaba de noche, y ordinariamente traía delante su entendimiento y se le representaba la imagen del que ausente tenía. Los que andaban en la casa del rey y le acompañaban, entendiendo que era treta forzosa que don Álvaro fuese en breve restituido, y sospechando que tendría mayor cabida en lo de adelante, como quien dejaba sobrepujados y puestos debajo de sus pies a sus enemigos y a la fortuna, con mayor diligencia procuraban su amistad. El mismo rey de Navarra por envidia que tenía a don Enrique, su hermano, de quien no llevaba bien tuviese mayor privanza con el rey de Castilla y el primer lugar en autoridad, comenzó a favorecer a don Álvaro y tratar que volviese a la corte.

Ofrecíase buena ocasión para esto por la muerte de don Ruy López Dávalos; a 6 de enero, año de 1428, falleció en Valencia, do a la sazón se hallaba e1 rey de Aragón. Fue este caballero más dichoso en sucesión que en la privanza de palacio. De tres mujeres que tuvo engendró siete hijos y dos hijas; de quien en Italia proceden los condes de Potencia y de Bovino, los marqueses del Vasto y de Pescara y muchas otras familias y casas en España. Su cuerpo depositaron en Valencia, de allí le trasladaron los años adelante a Toledo, y enterraron en el monasterio de San Agustín. Tenía costumbre de dar oídos y crédito a los pronósticos de los astrólogos, por ser, como otros muchos, aficionado a aquella vanidad; más no pudo pronosticar ni conocer su caída. Cuando murió aún no tenía del todo perdida la esperanza de recobrar sus honras antiguas y su estado.

Don Enrique de Aragón comenzó a poner en esto gran diligencia; pero por su desgracia y por desampararle sus amigos no tuvo efecto, como ordinariamente a los miserables todos les faltan. Sólo Alvar Núñez de Herrera, natural de Córdoba, guardó grande y perpetua lealtad con don Ruy López; fue mayordomo suyo en el tiempo de su prosperidad, y después puesto en prisión como consorte en el delito que le achacaban. Libre que se vio de la prisión, no reposó antes de convencer a Juan García, inventor de aquella mentira, de haber levantado falso testimonio y hacerle ejecutar como a falsario y traidor. Para ayudar también a la pobreza de su señor, vendió los bienes que de él recibiera en cantidad, y juntó ocho mil florines de oro, los cuales metidos en los maderos de un telar

para que el negocio fuese más secreto, cargados en un jumento, y su hijo a pie en hábito disfrazado, se lo envió donde estaba; lealtad señalada y excelente, digna de ser celebrada con mayor elocuencia y abundancia de palabras.

Con la muerte del competidor el poder de don Álvaro de Luna se arraigó más. El rey de Castilla se entretenía en Segovia, ocupado en procurar deshacer las confederaciones y ligas que los grandes tenían hechas entre sí. Publicó una provisión, en que mandaba que se alzasen los homenajes con que entre sí se obligaran. Otorgó otrosí un perdón general y perpetuo de los delitos pasados y desacatos. Demás de esto, a la infanta doña Catalina, mujer de don Enrique, en trueque de Villena dio las ciudades de Trujillo y Alcaraz, fuera de algunos otros lugares de menor cuantía en el reino de Toledo cerca de Guadalajara; añadióle asimismo doscientos mil florines, que fue dote muy grande y verdaderamente real. A instancia del mismo don Enrique de Aragón don Ruy López Dávalos fue dado por libre de lo que le acusaban; pero lo que fuera razón se hiciese, sus honras y bienes no fueron restituidos a sus hijos. Así lo quiso el rey, así convenía a los que se veían ricos y grandes con sus despojos. Concluidas estas cosas, el rey de Castilla se fue a Turégano. Allí vino don Álvaro a su llamado con muy grande y lucido acompañamiento, como quien ganara de sus contrarios un nobilísimo triunfo, alegre y soberbio. Crecía de cada día en privanza, y tenía mayor autoridad en todas las cosas. Sólo en particular podía más que los demás grandes y toda la nobleza.

Doña Leonor, hermana del rey de Aragón, estaba concertada con don Duarte, príncipe de Portugal, heredero futuro del reino, y que era de edad de treinta y seis años. Los desposorios se celebraron, presente el rey de Aragón, en tierra de Daroca, en una aldea llamada Ojos Negros. Hallóse presente don Pedro, prelado de Lisboa, como embajador de Portugal, hijo que era de don Alonso, conde de Gijón. El dote de la doncella fueron doscientos mil florines. Señaláronle por camarera mayor a doña Costanza de Tovar, viuda del condestable don Ruy López Dávalos. De Valencia partió esta señora por tierras de Castilla. En Valladolid el rey de Castilla y sus hermanos la festejaron mucho; hicieronse algunos días justas y torneos. Desde allí con grandes dones y joyas que le dieron pasó a Portugal a verse con su esposo. Las bodas se hicieron con tanto mayores regocijos del pueblo cuanto se dilataron por más tiempo, que casi tenía perdida la esperanza que el infante don Duarte se hubiese de casar por haberlo hasta aquella edad dilatado.

Sucedió por el mismo tiempo que don Pedro, hermano de don Duarte, después de una larga peregrinación en que visitó al emperador Segismundo y al mismo Tamorlán escita (el vulgo dice que anduvo las siete partidas del mundo), volvió en España. Llegó a Valencia por el mes de junio; por el de septiembre se casó con doña Isabel, hija mayor del conde de Urgel, que tenían preso. De este matrimonio nacieron doña Isabel, que vino a ser reina de Portugal, doña Filipa, que fue monja, don Pedro, condestable de Portugal, don Diego, cardenal y obispo de Lisboa, que falleció en Florencia de Toscana, don Juan, rey de Chipre, y doña Beatriz, mujer que fue de don Adolfo, duque de Cleyes. Don Pedro, hechas las bodas, partió de Valencia y visitó al rey de Castilla en Aranda; últimamente llegó a Portugal, salíanle al encuentro los pueblos enteros, mirábanle como si fuera venido del cielo y más que hombre, pues había peregrinado por provincias tan extrañas; maravillábanse demasiadamente como hombres que eran de groseros y rudos ingenios.

El rey de Castilla, asentadas las cosas de Castilla la Vieja y puesto en libertad a Garci Fernández Manrique, de quien dijimos fue preso con don Enrique de Aragón, y restituidole en sus antiguos estados, dio la vuelta al reino de Toledo al fin de este año, y después que algún tiempo se detuvo en Alcalá, pasó a Illescas. Llegó allí a la sazón Iuzef abencerraje, huido de Granada, sobre negocios del rey moro despojado. Fue recibido y tratado benignamente por el rey; envióle con Alonso de Lorca, que desde Murcia le hizo compañía, al rey de Túnez con cartas, en que le exhortaba y pedía tuviese compasión de aquel rey desterrado, y le restituyese en el reino con sus fuerzas y gentes; que haciendo ellos el deber, no dejaría de ayudarlos con dineros, armas, soldados y provisiones. El de Túnez, movido por esta embajada, tornó a enviar al rey Mahomad en España con una armada y trescientos

de a caballo; y como desembarcasen en Vera, causó grande mudanza y alteración en los corazones de los que por ser hombres de ingenio mudable se tornaban a aficionar al gobierno antiguo, y aborrecer el nuevo señorío y mando del nuevo rey. Las ciudades y lugares de aquel reino a porfía se le entregaban; la misma ciudad de Granada vino en su poder al principio del año de 1429. El tirano se retiró al castillo del Alhambra, en que en breve fue preso y muerto; y con tanto dejó con ayuda del ciclo y grande aplauso de toda la provincia el cetro de que injustamente y a tuerto se apoderara al rey legítimo, que procedía de sus padres y abuelos reyes. Esto en España.

Las cosas de Francia no podían hallarse en peor estado que el que tenían, apoderados los ingleses, perpetuos enemigos de Francia, de París y de otra muy grande parte de aquella provincia. Carlos, séptimo de este nombre, rey de Francia, en aquella apretura y peligro envió a pedir socorro con grande sumision, así a los otros príncipes como al rey de Aragón. Matías Rejaque, enviado por esta causa de Francia, llegó a Barcelona por el mes de abril. Hallábase el rey de Aragón embarazado con dos guerras, en especial la de Nápoles le aquejaba, de donde, casi perdida la esperanza, don Pedro, su hermano, en una armada había venido a España. En su lugar y en el gobierno quedó Dalmacio Sarsera para que entretuviese lo que quedaba en pie. Demás de esto, pensaba el dicho rey hacer guerra a Castilla, y para ella se apercibía a la sazón con grande cuidado. Por esta causa la embajada de Francia no fue de efecto alguno; más las cosas de aquel reino sin fuerzas, sin ayuda, sin gobierno, fueron por favor del cielo ayudadas, y se mejoraron con esta ocasión. Ya siete meses los ingleses tenían sitiada a Orleans, ciudad nobilísima, puesta sobre el río Loire. Los cercados padecían falla de todo lo necesario, y apenas con los muros se defendían del enemigo.

Una doncella llamada Juana, de no más de diez y ocho años, salvó aquella ciudad. Era natural de San Remi, aldea en la comarca de los leucos, parte de lo que al presente llamamos Lorena. Su padre se llamó Jacques Durcio, y su madre Isabel. Desde su primera edad se ejercitó en pastorear las ovejas de su padre. Esta doncella vino a los reales de los franceses, díjoles que por divina revelación era enviada para librar a Orleans de aquel peligro, y a Francia del señorío de los ingleses. Hiciéronle muchas preguntas, y como de todas saliese bien, quedaron persuadidos el rey y sus capitanes que decía verdad. Luego con gentes que le dieron, por medio de los enemigos metió dentro de Orleans socorro y vituallas. Los de dentro con la esperanza de poderse defender cobraron ánimo, y con diversas salidas y rebates al fin hicieron tanto, que el cerco se alzó a 27 de mayo. Recobraron fuera de esto los lugares en contorno y sacáronlos de poder de los contrarios. Tuvieron solamente diversas escaramuzas sin que se llegase a batalla. Pretendían con la costumbre de vencer en aquellos encuentros y rebates que los franceses cobrasen ánimo y se alentasen del miedo que tenían cobrado.

El rey de Francia, otrosí, por medio de sus enemigos, pasó a Reims por consejo de aquella doncella a coronarse y ungirse, lo que hasta entonces no se había hecho; con esto a los suyos se hizo más venerable, a los enemigos espantoso. Recobradas muchas ciudades, acometieron los franceses a París; no la pudieron entrar, antes a la puerta de San Honoré la doncella o *poncella* de Francia fue herida. Pasaron con la guerra a otra parte. Tenían los ingleses cercada la ciudad de Compieñe; la doncella, animada por las cosas pasadas, con un escuadrón apretado y cogido de los suyos se metió en la ciudad. De allí hizo una salida y dio una arma a los ingleses, en que por secretos juicios de Dios fue presa por los enemigos y llevada a Ruan. Acusáronla de hechicera, y por ello fue quemada; el principal acusador y atizador fue Pedro Chauchonio, obispo de Beauvais, sin que tuviese alguno de su parte que osase abrir la boca en su defensa, dado que muchos se persuadían, y hoy lo sienten así, que aquella doncella fue condenada injustamente; honra perpetua de Francia, famosa en todos los siglos, y noble, como lo pronunciaron los jueces, a quien cometió los años adelante esta causa el pontífice Calixto; proceso y sentencia que hasta hoy se guardan y están en los archivos de la iglesia mayor de París. Una estatua, suya de metal se ve en medio de la puente de Orleans, puesta en memoria del beneficio que de ella recibieron; pero esto pasó en algún tiempo adelante.

En Tarragona, ciudad en Cataluña, los obispos de la provincia tarraconense se juntaron, llama-

dos a concilio por don Pedro, cardenal de Foix, legado que a la sazón era del pontífice Martino V. Lo que en aquel concilio se decretó no se sabe; sólo lo que era de mayor importancia y más se pretendía, el canónigo Gil Muñoz renunció las insignias y nombre de pontífice, los cardenales que consigo tenía fueron depuestos y quitádoles la dignidad y nombre que sin propósito usurpaban, lo uno y lo otro por orden del rey de Aragón en gracia del pontífice Martino, al cual como antes tuvo enfrenado con el miedo, así bien ahora le pretendía ganar y traerle a su partido con este servicio tan señalado. Peñíscola, que fue de la orden de San Juan de tiempo antiguo, quedó en lo de adelante por el rey. A Gil Muñoz, para alguna manera de recompensa, hicieron obispo de Mallorca. Alonso de Borgia fue otrosí nombrado por obispo de Valencia en premio del trabajo que tomó en reducir a buen seso al dicho Gil y a sus consortes, principio y escalón para subir a las más altas dignidades que hay. Sucedió todo esto en Tortosa por el mes de agosto. De esta manera se puso fin al cisma más reñido y de más tiempo que jamás la Iglesia padeció. En acción de gracias por beneficio tan señalado se hicieron procesiones por todas partes y grandes plegarias para aplacar a los santos y suplicarles con gozo envuelto en lágrimas conservasen lo comenzado y diesen perpetuidad a mercedes tan señaladas. Esto en Aragón y en Francia. Razón será que volvamos a las cosas de Castilla que se han quedado atrás y a declarar las causas de una nueva guerra, que se emprendió muy brava entre los reyes de España.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS

FIN DEL TOMO SEGUNDO